

teoría acción social y desarrollo en américa latina



siglo
veintiuno
editores
sa

ALDO E. SOLARI
ROLANDO FRANCO
JOEL JUTKOWITZ

TEXTOS DEL
INSTITUTO
LATINOAMERICANO
DE PLANIFICACION
ECONOMICA
Y SOCIAL

301.44
S684t
1976

TEORÍA, ACCIÓN SOCIAL Y DESARROLLO EN AMÉRICA LATINA

por

ALDO E. SOLARI

ROLANDO FRANCO

y

JOEL JUTKOWITZ



900059701 - BIBLIOTECA CEPAL





siglo veintiuno editores, sa

CERRO DEL AGUA 248 MÉXICO 20. D.F.

siglo veintiuno de españa editores, sa

EMILIO RUBÍN 7 MADRID 33 ESPAÑA

siglo veintiuno argentina editores, sa

Av. PERÚ 952. BS. AS. ARGENTINA

A JOSÉ MEDINA ECHAVARRÍA,
QUE HA ABIERTO TANTAS PERSPECTIVAS
A LA SOCIOLOGÍA LATINOAMERICANA

edición al cuidado de alejandra gómez lara
portada de ricardo harte

primera edición, 1976

© siglo xxi editores, s. a.

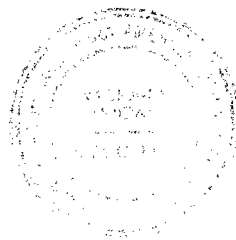
derechos reservados conforme a la ley
impreso y hecho en méxico
printed and made in mexico

sociología
y
política



Textos
del
INSTITUTO LATINOAMERICANO
DE
PLANIFICACIÓN ECONÓMICA Y SOCIAL

INDICE



PRESENTACIÓN

13

PRIMERA PARTE: SOCIOLOGÍA E INTERPRETACIONES DEL DESARROLLO

I. LAS CONCEPCIONES DEL PENSAMIENTO SOCIAL Y DE LA SOCIOLOGÍA 21

i. Introducción 21

ii. Los pensadores 21

1. Caracteres generales, 21; 2. El supuesto irrealismo de los pensadores, 25; 3. El ensayo como instrumento, 26; 4. La enseñanza de la sociología, 27; 5. Los grandes temas de reflexión, 29; 6. Los problemas del contacto exterior, 29; 7. Los problemas endógenos, 30; 8. Pensadores y acción, 33

iii. La renovación de la sociología en la posguerra 34

1. Introducción, 34; 2. La sociología concebida como ciencia, 35; 3. El problema de los valores y de la neutralidad valorativa, 43; 4. La ruptura del paradigma, 49

iv. La crítica al "cientificismo" y a la sociología "crítica" 50

1. Sobre los actores de la nueva orientación, 50; 2. Clasificación de las críticas, 52; 3. Contra la neutralidad valorativa, 52; 4. Ciencia y sociología, 54; 5. Las formas de institucionalización de la sociología, 56; 6. Los enfoques sustitutivos, 59

v. Balance y perspectivas 62

1. La naturaleza del quehacer sociológico, 62; 2. Influencias intelectuales e institucionales externas en la evolución de la sociología latinoamericana, 69; 3. La recepción de la sociología norteamericana y las críticas políticas, 73; 4. Sociología y valores, 78; 5. La investigación empírica 84; 6. La ideología, política y sociología, 85

II. INTERPRETACIONES DEL DESARROLLO LATINOAMERICANO. LA ORIENTACIÓN CIENTÍFICA 89

i. Introducción 89

ii. El tema del desarrollo económico 91

1. Los problemas metodológicos del tema, 91; 2. El modelo weberiano, 93; 3. El ethos económico, 96; 4. La capacidad de ejecución, 98; 5. La capacidad directiva, 99

III. La modernización	100
1. Las características generales del modelo interpretativo, 100; 2. El análisis de la transición hacia la modernidad, 106; 3. El problema de las etapas, 107; 4. El papel de los factores exógenos, 108; 5. Cambio, desarrollo y reintegración del orden social, 110	
IV. El desarrollo y la estratificación internacional	111
1. El subdesarrollo como tensión entre las aspiraciones y el nivel de vida existente, 111; 2. Los aspectos de la tensión anómica, 112; 3. El subdesarrollo, desarrollo y sistema internacional de estratificación, 114; 4. Teoría de las tensiones estructurales, 115; 5. La teoría de la anomia, 116	
V. Desarrollo político, Estado, planificación y unidad nacional	117
1. Desarrollo económico y opción política, 117; 2. La planificación y el orden político, 119; 3. Desarrollo y democracia, 120; 4. El orden democrático y la planeación como condiciones del desarrollo, 122	
VI. El papel de la nación y el nacionalismo	123
1. Los puntos de partida: las naciones, el nacionalismo y las clases, 123; 2. La clasificación del nacionalismo, 125; 3. El nacionalismo como ideología, 127; 4. El nacionalismo como valor social, 129	
VII. El papel de la historia y el problema de la asincronía	132
1. La historia abstracta y las etapas comunes, 132; 2. El papel de la hacienda en América Latina, 133	
III. INTERPRETACIONES DEL DESARROLLO LATINOAMERICANO. LA ORIENTACIÓN CRÍTICA	138
I. Introducción	138
II. Los elementos originarios del nuevo enfoque	138
1. Críticas al tipo de análisis precedente, 138; 2. Análisis integrado y énfasis en las situaciones concretas, 140	
III. Integración de las ciencias sociales e historia	140
1. Reintegración de las ciencias sociales y no estudios multidisciplinarios, 140	
IV. La concepción del desarrollo	145
1. El enfoque global del desarrollo, 145; 2. Las hipótesis básicas, 146	
V. Los aspectos estructurales: el sistema capitalista mundial y su dinámica	149
1. La cadena de explotación metrópoli-satélite, 149; 2. La explotación regional y de clases, 152; 3. Subdesarrollo, periferia y dependencia, 161	

VI. El problema político y el Estado	164
1. Centralidad de lo político, 164; 2. El "enfoque político", 165	
VII. Las situaciones estructurales básicas y su sucesión	167
1. Dominación colonial o dependencia. Enclave o control nacional del sistema productivo, 167; 2. Las pautas de dominación externa, 173	
IV. ALGUNAS REFLEXIONES CRÍTICAS SOBRE LAS INTERPRETACIONES DEL DESARROLLO LATINOAMERICANO	179
I. La orientación "científica" y sus problemas	179
1. Unidad y divergencias, 179; 2. Los supuestos comunes: el modelo a alcanzar, 180; 3. Los supuestos comunes sobre los puntos de partida, 182; 4. Las unidades del análisis, 182; 5. La estratificación de naciones, 183; 6. Teoría y valores, 183; 7. Los rasgos básicos del análisis, 184; 8. La discusión de los supuestos y la vinculación con la orientación "crítica", 185; 9. El diagnóstico de la transición, la asincronía y sus dificultades, 186	
II. La orientación "crítica" y sus problemas	192
1. Los temas centrales, 192; 2. Sistema de valores subyacentes en la orientación "científica" y en la crítica, 193; 3. Conocimiento social y acción política, 194; 4. La historia ¿concreta o abstracta?, 195; 5. La concepción mecanicista de la dependencia, 195; 6. Dependencia y futuro político, 199; 7. Orientación "crítica" y marxismo, 200; 8. Líneas de unión y diálogo entre las perspectivas, 200	
III. El ordenamiento de las grandes áreas problemáticas	201
SEGUNDA PARTE: LOS AGENTES DE CAMBIO Y CONSERVACIÓN EN AMÉRICA LATINA	
V. LAS GRANDES CONCEPCIONES DE LOS SISTEMAS DE CLASES LATINOAMERICANAS	205
I. Introducción	205
1. Las diferentes perspectivas, 205; 2. Los temas y su importancia relativa, 206; 3. Ordenación de los temas, 207; 4. El carácter central del problema de las clases, 208	
II. Las concepciones biclasistas y las primeras respuestas de la orientación "científica"	208
1. Las versiones "precientíficas", 208; 2. Sistema de clases y modernización, 209; 3. Sistema de clases y dependencia externa, 212	
III. La revisión crítica	215
1. La influencia marxista, 215; 2. La historicidad de las clases, 216; 3. Esencialismo o coyunturalismo, 217	

VI. LAS CLASES O ESTRATOS ALTOS	219
I. Introducción	219
II. La clase alta y las oligarquías	220
1. Las clases altas latinoamericanas. Sus características, 220; 2. El concepto de oligarquía, 222; 3. La oligarquía y la política, 225; 4. La oligarquía ¿mito o realidad?, 227; 5. La clase como prestigio: una visión alternativa de la clase alta, 230; 6. Burguesía y revolución burguesa, 231	
III. Oligarquías y élites	238
IV. El problema de las élites	241
1. Concepto y función de las élites, 241; 2. Élites y socialización, 244; 3. Élites emergentes, 246; 4. Una imagen voluntaria de las élites, 251	
V. Los empresarios	253
1. El concepto de empresario, 253; 2. El empresario, factor de desarrollo, 254; 3. Los estudios latinoamericanos sobre el empresario industrial, 257; 4. Empresarios e ideología, 264	
VI. Fuerzas armadas, élites militares y desarrollo	265
1. La concepción tradicional, 265; 2. Militares y teoría de la modernización, 266; 3. El origen social de los militares, 267; 4. El ejército como factor de desarrollo, 270; 5. ¿Son eficientes los militares?, 273; 6. Profesionalización y participación política, 274	
VII. Sobre élites religiosas y desarrollo	276
1. Religión y cambio, 276; 2. Tipos de élites religiosas y etapas de desarrollo, 277; 3. Tipos de creencias y su adopción por los fieles, 280; 4. Algunos alcances comparativos, 281; 5. Interrogantes abiertas, 282	
VIII. Burócratas, técnicos y tecnócratas	283
1. Evaluaciones del papel de la tecnocracia, 283; 2. Las tesis dualistas sobre la burocracia, 284; 3. Burocracia y modernización, 286; 4. Burocracia y tecnocracia: un análisis empírico, 288; 5. Caracteres de los análisis de la tecnocracia, 291; 6. Burocracia, tecnocracia y formas de racionalidad, 292; 7. Algunas ideas de la CEPAL, 293; 8. Las dudas sobre la tecnocracia como agente de cambio, 293; 9. La tecnocracia en el poder, 295; 10. Tecnocracia y autoritarismo, 296	
VII. LAS CLASES MEDIAS	301
I. El concepto de clases medias	301
1. Trascendencia y complejidad del tema, 301; 2. Los materiales de la Unión Panamericana, 302; 3. Los estudios vinculados a la teoría de la modernización, 307	
II. Las dudas sobre el papel de las clases medias	313
1. Grupos sociales de función variable, 313; 2. La política de compromiso, 318	

III. Las clases medias y burguesía	320
1. Las clases medias en el capitalismo dependiente, 320; 2. Las clases medias ¿son autónomas?, 324	

IV. Sumario y balance crítico	329
1. Una clasificación de los juicios sobre las clases medias, 329; 2. Industrialización y clases medias, 331; 3. Problemas de los estudios, 331	

VIII. LOS SECTORES POPULARES	335
------------------------------	-----

I. La clase obrera	335
1. Identificación de los sectores populares, 335; 2. Los estudios sobre el proletariado, 336; 3. La tesis clásica: el corte entre vieja y nueva clase obrera, 338; 4. El estado actual del problema, 344; 5. Inserción estructural y comportamiento obrero, 349	

II. Los grupos marginales	351
1. El término "marginalidad". Orígenes y usos, 351; 2. La teoría del hombre marginal, 352; 3. La marginalidad latinoamericana, 353; 4. La teoría de DESAL y la superposición cultural, 355; 5. La marginalidad, consecuencia del funcionamiento del capitalismo dependiente, 357; 6. La marginalidad, resultado de la forma de implantación del modo de producción capitalista en América Latina, 359; 7. El fundamento económico de las teorías de la marginalidad, 361; 8. La tesis "ortodoxa" sobre el empleo en América Latina, 361; 9. Insuficiencia dinámica de la economía para la absorción de una fuerza de trabajo creciente, 362; 10. El problema de la tecnología, 364; 11. Los procedimientos de mediación del subempleo, 369; 12. Evaluación política de la marginalidad, 372; 13. En torno a la homogeneidad o heterogeneidad de los marginales, 373; 14. Sobre la existencia de un corte en el sistema de clases, 375; 15. El sistema de dominación interno al sector popular, 376; 16. Condiciones y precauciones a tomar en los estudios sobre la marginalidad, 377	

III. El campesinado	380
1. ¿Conservadores a ultranza o los únicos revolucionarios, 380; 2. El concepto de campesinado, 382; 3. Las estructuras agrarias y los diversos actores de la sociedad rural, 386; 4. Los movimientos campesinos, 394; 5. Relaciones étnicas y relaciones de clase, 399; 6. Comportamiento político rural y coyuntura histórica, 401	

TERCERA PARTE: LAS CONDICIONES ESTRUCTURALES. LA INSERCIÓN EN EL SISTEMA INTERNACIONAL Y LAS RELACIONES INTERNAS

IX. LAS RELACIONES INTERNAS	405
-----------------------------	-----

1. Introducción	405
-----------------	-----

ii. El dualismo estructural y la noción de colonialismo interno	406
1. El dualismo estructural. Orígenes, 406; 2. La crítica del dualismo, 409; 3. El colonialismo interno como concepto de contenido étnico y cultural, 410; 4. El colonialismo interno, aspecto de la cadena de explotación internacional en el sistema capitalista, 414; 5. Otros usos de la expresión "colonialismo interno", 414; 6. ¿Renacimiento del dualismo?, 417	
iii. Feudalismo y capitalismo en América Latina	421
1. Bases políticas de la polémica, 421; 2. Las tesis feudales y capitalistas, 422; 3. El concepto de "feudalismo", 423; 4. La situación europea y española en los siglos xv y xvi, 425; 5. La situación precolombina y el descubrimiento, 428; 6. ¿Cuándo hay capitalismo?, 430; 7. Características de la conquista y colonización de América, 434; 8. La evolución de la situación americana, 434; 9. Condición del trabajador y proyecto político, 436	
X. LAS RELACIONES INTERNACIONALES	437
i. Introducción	437
ii. El sistema estratificado de naciones	437
iii. La dependencia	439
1. El sistema capitalista mundial y sus unidades componentes, 439; 2. La noción de dependencia, 440; 3. La dependencia, categoría histórico-estructural, 440; 4. La difusión: concepciones y tendencias actuales, 442	
iv. Dependencia del imperialismo	448
1. Unas relaciones conflictivas, 448; 2. El pensamiento marxista clásico sobre el imperialismo, 448; 3. La etapa contemporánea, 452; 4. Los efectos del imperialismo, 454; 5. Imperialismo y dependencia, 455	
v. La transferencia de la plusvalía entre naciones y sus mecanismos	458
1. Planteo de la cuestión, 458; 2. El sistema centro-periferia, 458; 3. El intercambio desigual, 463; 4. Vinculación con la sociología latinoamericana, 464; 5. Divergencias entre los sociólogos "críticos", 465	
CUARTA PARTE: LOS VALORES, LA POLIS Y LA PLANEACIÓN	
XI. VALORES Y ACTITUDES QUE AFECTAN AL PROCESO DE DESARROLLO	473
i. Las grandes orientaciones en torno al problema de las relaciones entre valores y cambio social	473
1. Categoría fundamental o elemento interviniente, 473; 2. El pensamiento de Weber, 474; 3. El estructural funcionalismo parsoniano, 475;	

4. McClelland y la necesidad de logro, 478; 5. Validez de la teoría de la necesidad de logro, 480; 6. Los valores y situaciones estructurales, 482	
ii. Sobre el papel de los sistemas de valores	485
1. Las precauciones olvidadas, 485; 2. Referencias al caso latinoamericano, 487; 3. Los valores y actitudes ante el cambio social programado, 491	
XII. EL SISTEMA POLÍTICO LATINOAMERICANO	494
i. Sociocentrismo y políticocentrismo en el análisis político latinoamericano	494
1. Los antecedentes generales, 494; 2. Los antecedentes inmediatos, 496; 3. Las diversas orientaciones y su clasificación, 499	
ii. Desarrollo económico y democracia. La versión latinoamericana	501
1. La crisis oligárquica y la participación, 501; 2. La democratización creciente, 501; 3. El acuerdo sobre el sistema oligárquico y su quiebra, 504; 4. Las dudas sobre la correlación entre desarrollo económico y desarrollo político, 505; 5. Desarrollo político y modernización, 508	
iii. Desarrollo económico y democracia. La visión norteamericana	510
1. Desarrollo limitado e inestabilidad política, 510; 2. Democracia y modernización, 513; 3. Contendores de poder y política tentativa, 514	
iv. Desarrollo económico y autoritarismo	517
1. El énfasis en el orden y la eficiencia, 517; 2. Desarrollo y autonomía del Estado, 518; 3. Modernización y autoritarismo, 519; 4. Similitudes de las variantes optimistas y pesimistas, 523	
v. Estancamiento económico y autoritarismo	525
1. Supuestos básicos, 525; 2. Modelos políticos operacionales, 525; 3. América Latina y la sociedad internacional, 526; 4. Autonomía y formas de dependencia, 527	
vi. Un ordenamiento analítico basado en el conflicto	529
vii. Las perspectivas marxistas	532
1. Estado y clases sociales, 532; 2. El proceso político centroamericano, 534; 3. Las alternativas políticas: socialismo o fascismo, 535	
viii. El primado de lo político	536
ix. Los esfuerzos de superación de los modelos tradicionales de análisis	540
1. La crítica del reduccionismo, 540; 2. El nuevo autoritarismo, 541	
x. El tema del populismo	543
1. Diversos sentidos del término, 543; 2. El populismo latinoamericano	

no, 544; 3. Caracterizaciones del populismo latinoamericano, 545; 4. Clasificación de los movimientos populistas, 549; 5. Los movimientos populistas en el poder, 522; 6. Las reflexiones de la sociología crítica, 555	
xI. Los modelos vigentes y las alternativas políticas de América Latina	559
1. La realidad política y el debate teórico, 559; 2. Algunas líneas de investigación sobre las relaciones sociales entre las sociedades civil y política, 564; 3. Sobre la tecnoburocracia, 570; 4. El primado de la sociedad civil, 577	
XIII. EL ESTADO Y LA PLANEACIÓN	579
I. Introducción	579
II. Las primeras preocupaciones sociológicas por la planeación	580
1. El aporte de Mannheim, 580; 2. Las elaboraciones latinoamericanas, 582	
III. La planificación económica y la CEPAL	585
1. Concepción del desarrollo y supuesta neutralidad de la planeación, 585; 2. Alteraciones en el pensamiento de CEPAL, 590	
IV. La crítica externa de las ideas de CEPAL	592
1. La versión oligárquica, 592; 2. La oposición de izquierda, 594; 3. Otras críticas, 595	
V. Revisión interna	598
1. Orientaciones básicas, 598; 2. La crítica defensa-ideológica, 598; 3. El análisis en términos de actores, 603	
VI. Algunas interpretaciones sociológicas recientes de la planificación	607
1. La tendencia a las soluciones globales, 607; 2. Diversas formas de racionalidad implicadas en la planeación, 608; 3. Hacia una sociología de la planificación, 610; 4. El contexto sociohistórico de la planificación y las funciones latentes de los planes, 614	
VII. La planificación social y el enfoque unificado	616
1. Un malentendido usual, 616; 2. ¿Qué es planificación social?, 617; 3. El enfoque unificado, 619	
VIII. Un balance	622
1. La historia de la planificación en América Latina, 622; 2. Relaciones entre política y planeación, 623; 3. Funciones ideológicas de las concepciones actuales de la planificación, 623	
ÍNDICE DE CUADROS	637

PRESENTACIÓN

1. El primer proyecto de esta obra, elaborado por el Programa de Planificación Social del ILPES, partía del reconocimiento de que, desde la década del 40 y además de la economía, otras disciplinas sociales se esforzaban por interpretar el desarrollo de América Latina. Aunque ya desde entonces cabía distinguir ciertas etapas fundamentales, parecía obvio que una enorme multiplicidad de enfoques, muchos de los cuales parecían contradictorios, trataban de explicar el subdesarrollo de la región. Esas contradicciones, aparentes o reales, no podían resolverse en función de investigaciones empíricas puesto que los esfuerzos técnicos no habían sido acompañados de las necesarias para invalidar o confirmar su validez. Dos grandes vertientes se abren así al análisis: por un lado, la relación de las teorías propuestas para explicar el desarrollo de América Latina con las grandes corrientes del pensamiento en que se inspiran; por otro, su confrontación con el análisis empírico.

Una tercera vertiente está inevitablemente presente a lo largo de este estudio, pero no constituye su foco principal: el análisis de las corrientes ideológicas que influyen sobre los supuestos, sobre el desarrollo conceptual o sobre ambos en las interpretaciones del cambio social en América Latina. Cualquiera que sea la opinión sobre la influencia de la ideología sobre la teoría científica, que puede ser muy variable, es indudable la posibilidad, desde el punto de vista analítico, de una distinción que no es necesario fundamentar aquí. El objetivo central de un análisis puede estar constituido por las corrientes ideológicas mismas, por el comportamiento de los grupos que son sus portadores, aunque no se ignoren las justificaciones científicas que las acompañan. En otros casos, el objetivo central pueden ser las teorías científicas como tales, su construcción conceptual y la relación de ellas con sus referencias empíricas, lo que no significa ignorar los posibles o necesarios —según la postura que se adopte— supuestos o consecuencias ideológicas con los que están vinculadas.

Tal es el caso del presente estudio. Esta obra arranca de los primeros esfuerzos de renovación profunda de la sociología en América Latina, realizados en la década de 1940, y llega hasta nuestros días. Intenta presentar un análisis sistemático y crítico de las diversas orientaciones predominantes, tanto en sus supuestos básicos, como respecto a los diversos problemas que esas orientaciones consideraban ineludibles para comprender el proceso de cambio y desarrollo en América Latina. De ahí que no deba buscarse en ella una historia de la sociología latinoamericana de posguerra, sino una sistematización de sus hallazgos y frustraciones más importantes. El punto de vista histórico, sin embargo, está siempre presente, pues sería imposible comprender muchas transformaciones de las teorías y muchos cambios en los problemas centrales sin referirse a ese contexto, por lo que abundan consideraciones a su respecto a lo largo de la obra.

Considera ésta un proceso que parte del esfuerzo sistemático por definir el objeto de la sociología y su legitimidad y termina en el intento de superar la distinción entre ciencias sociales diversas, para construir un análisis integrado según algunos y multidisciplinario según otros.

Por otra parte, aun en la época en que la sociología era concebida como una disciplina aparte, se comprueba una profunda influencia de los aportes de otras ciencias sociales, particularmente de la economía. En consecuencia, si bien el objetivo original de este trabajo era considerar las interpretaciones sociológicas y sociopolíticas del desarrollo latinoamericano y tal cosa continúa constituyendo su enfoque central, se consideran en él los aportes de otras disciplinas en cuanto ayudan a comprender los avatares de aquéllas y, desde luego, en cuanto forman parte de los intentos de análisis integrado o multidisciplinario. Sin embargo, las teorías propuestas por economistas no son consideradas sistemáticamente, por grande que sea su valor académico y aunque traspasen, como suele ocurrir, los estrictos límites de la ciencia económica. Hay varias razones para ello. Por una parte, los muchos análisis sistemáticos de las teorías de los economistas, que no existen sobre los de los sociólogos. En segundo lugar, de intentarse ese objetivo, esta obra, de por sí extensa, adquiriría proporciones desmesuradas. Por último, en cuanto esas teorías influyeron sobre los enfoques estrictamente sociológicos, integrados o multidisciplinarios, han sido considerados interesantes para el tema.

2. La obra se compone de cuatro partes y parece necesario fundar brevemente esta división. Por un lado, se han formulado con respecto a América Latina interpretaciones teóricas generales sobre los problemas del cambio social y el desarrollo, tratando de reunir en un haz coherente toda una serie de variables para obtener una visión global del problema. Esas teorías están unidas a ciertas consideraciones sobre la significación, el papel y el sentido de la ciencia social. Por ello ha parecido razonable dividir la parte I en dos capítulos, el primero dedicado a esta última cuestión y el segundo a analizar las principales interpretaciones.

Se consideró indispensable analizar las ideas sobre la naturaleza de la ciencia social, antes de pasar a las interpretaciones, dada la especial importancia que el tema ha tenido en América Latina. Hay una interacción constante y explícita entre él y las grandes orientaciones interpretativas, de tal manera que ambas cuestiones se iluminan mutuamente.

Tanto el análisis de las ideas sobre la naturaleza de la ciencia social como el de las interpretaciones pudieron encararse de diversas maneras, cada una de las cuales planteaba sus propias dificultades y ventajas. Como la exposición de unas y otras alargaría desmesuradamente esta introducción, sólo cabe justificar la adoptada en esta obra, reconociendo que otras serían igualmente legítimas.

Se reconoce que desde la posguerra han dominado sucesivamente a la ciencia social latinoamericana dos grandes orientaciones, la "científica" y la "crítica". Aunque tales denominaciones tienen algo de convencionales, también

corresponden a la manera de percibirse a sí mismas y de percibir a la adversaria. Las razones para distinguirlas se desprenden de la lectura de la parte I. Cabe señalar aquí que cada una de ellas considera centrales ciertos temas, sobre los que reflexionan los distintos autores que participan de la orientación. En torno a esos temas centrales se ordena la parte I en cada uno de sus capítulos. Por otra parte, sobre algunos de esos temas centrales existen importantes discrepancias dentro de una misma orientación, las que son puestas de relieve y analizadas sistemáticamente. Tanto para ilustrar los grandes temas centrales como para mostrar las discrepancias que pueda haber en su análisis, se toman ciertos autores que han dado la versión más acabada o una de las versiones más acabadas desde el punto de vista de la orientación sobre el tema central o de las discrepancias.

Consecuencia de estos criterios es que el análisis presenta autores latinoamericanos y de fuera de la región. No ha parecido razonable limitarlo a los primeros. A los efectos de este estudio, las causas que llevan a analizar la perspectiva de un autor son su importancia, su nivel teórico, su representatividad y la influencia que ha tenido en su tema básico, es decir, en la interpretación del desarrollo de América Latina. La nacionalidad del autor, cualquiera que sea, tiene una significación menor en relación con las otras variables a considerar.

Aunque se acepte esta justificación para referirse a autores no latinoamericanos, cabe siempre preguntar por qué se prefirió examinar a unos y no otros. La razón de ello también se advierte con la simple lectura de la parte I. Justificar las exclusiones excedería los propósitos de esta introducción y obligaría a presentar argumentos variables según los casos individuales que se propusieran. Para ello se han seguido toda una serie de criterios, aunque siempre haya algo de arbitrario en una decisión de esta naturaleza, cualesquiera que sean los argumentos justificativos que se invoquen. Se ha considerado en primer lugar, para incluir a determinados autores, no un juicio personal de quienes han redactado esta obra acerca de su valor intrínseco, pues algunos son considerados de manera muy crítica, sino su influencia efectiva y el hecho de que sus ideas han sido adoptadas por otros con modificaciones relativamente menores o sin ellas. Se ha tratado de seguir así el juicio de la comunidad académica, no una opinión personal. En segundo lugar, dejando aparte la posibilidad de error en nuestra interpretación de ese juicio, hay casos en que dos autores hubieran podido representar en condiciones más o menos análogas una misma dirección de pensamiento. Entonces se eligió el que parece de mayor repercusión. En tercer lugar, debe tenerse presente que nuestro objetivo básico era presentar los temas centrales y las posibles discrepancias dentro de cada orientación, no agotar una lista de autores que hubiera dado al trabajo dimensiones absurdas, porque se buscaba poner de relieve las grandes líneas fundamentales de interpretación. Se eligen autores considerados representativos de esas líneas de pensamiento, otras contribuciones importantes aparecerán en el resto de la obra.

Las grandes líneas de interpretación van planteando una serie de problemas que consideran básicos para comprender el desarrollo de América Latina. Pue-

de observarse bastante acuerdo acerca de cuáles son esos problemas, por grandes que sean las discrepancias sobre su significado último. Hemos tratado de desarrollar las distintas posiciones alrededor de ellos, no sólo porque ello da sustancia a las teorías generales, sino porque alrededor de esos problemas ha girado y gira gran parte de la reflexión sobre América Latina hasta nuestros días. La dificultad no estuvo en detectar esos problemas, sino en la manera de ordenarlos.

Uno pareció previo porque en casi todas las interpretaciones tiene carácter central y porque, además, confiere sentido a buena parte de las hipótesis propuestas sobre los demás problemas: la magna y compleja cuestión de los agentes de conservación y de cambio en América Latina. A él se dedica toda la parte II. Desde cierto punto de vista, la ciencia social latinoamericana puede mirarse como una búsqueda sistemática, que a veces parece desesperada, de quiénes son los grandes actores que pueden producir el cambio o que lo refrenan, en el drama de la sociedad latinoamericana.

El carácter básico del problema de los actores lleva a la ciencia social latinoamericana a dar gran importancia a las estructuras, o si se quiere a los escenarios donde actúan. Se abre así la polémica sobre las características estructurales constitutivas de las sociedades latinoamericanas, que a su vez no pueden comprenderse sino en relación con la sociedad internacional en que América Latina se ha desarrollado. El análisis de los principales problemas suscitados con este motivo ocupa la parte III.

Los agentes del cambio, por último, actúan dentro de ciertas estructuras pero vinculados también con ciertos valores y en un sistema político que puede considerarse como una consecuencia de lo que ocurre en la sociedad civil, si se quiere usar esa terminología, o como un factor autónomo que explicaría sus transformaciones. A esta cuestión se dedica la parte IV y última de la obra.

3. Se podría hacer una serie de reflexiones sobre el método seguido en la exposición de esta obra, las variadas cuestiones que planteó su construcción, etc. No se hará así porque los autores parten de la convicción de que una obra intelectual debe sostenerse por sí misma y en caso contrario no es a través de largas explicaciones introductorias como puede conseguirse. El enjuiciamiento de tal punto corresponde a otros, no a los autores. La historia intelectual enseña que hay obras de valor considerable, por razones completamente diferentes a las que imaginaron sus autores. La tragedia que acecha a todo trabajo intelectual no es ésta, sino que carezca de valores propios, sean o no los imaginados por quienes la elaboraron.

La obra termina con un epílogo que intenta hacer un balance muy general de los logros y las frustraciones de la ciencia social en América Latina en el pasado, así como de sus perspectivas y de los problemas a que se enfrentaría en el futuro.

4. La investigación que dio origen a esta obra es el producto de un convenio celebrado entre el Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social y la Fundación Ford. Esta última aportó los fondos necesarios para financiar parte de ella y pudo iniciarse en marzo de 1972.

Es justo mencionar a las personas que han intervenido en este trabajo. El proyecto fue dirigido durante todo su transcurso por Aldo E. Solari, director del Programa de Planificación Social, y en todo él trabajaron Rolando Franco y Joel Jutkowitz. Durante buena parte del mismo se contó con la importante colaboración de Elio de la Vega, que sería uno de los autores de la obra si diversas razones no le hubiesen impedido participar en las etapas fundamentales de su redacción final. También durante algunos meses trabajaron como ayudantes Luis Barros, Sonia Camargo y Hugo Madariaga, a quienes debemos una serie de valiosas aportaciones. La responsabilidad última es, sin embargo, de los tres autores primeramente mencionados. No menos importante han sido la dedicación y el espíritu de colaboración demostrado por Miriam Alarcón en la tarea de secretaria en este largo período, así como el apoyo obtenido sobre todo en la etapa final, de Carmen Guzmán, de Carmen Pfingsthorn y del equipo de secretarías del Instituto. Sin su lealtad y capacidad hubiera sido imposible este trabajo.

Los consultores con los que el proyecto tuvo el honor de contar fueron los profesores Mario Bunge, Gino Germani y Fernando H. Cardoso. Sólo los dos últimos pudieron venir a Santiago y el primero envió sus opiniones por escrito. También aportaron sus sugerencias los profesores José Medina Echavarría y Jorge Graciarena. Sería largo relatar las deudas que esta obra tiene con unos y otros: baste señalar que sus opiniones han sido para los autores de una gran fertilidad intelectual, aunque no siempre las hayan seguido y aunque el producto final sea de su sola responsabilidad.

PRIMERA PARTE

SOCIOLOGÍA E INTERPRETACIONES DEL DESARROLLO

LAS CONCEPCIONES DEL PENSAMIENTO SOCIAL Y DE LA SOCIOLOGÍA

I. INTRODUCCIÓN

El cambio social en América Latina ha sido objeto de análisis desde hace mucho tiempo, tanto por latinoamericanos como por pensadores ajenos a la región. No se trazará aquí la historia de esos estudios, pero sí se revisará sus aportes principales más vinculados a la situación de la sociología contemporánea. A esos efectos, pueden distinguirse tres grandes etapas: la primera y más larga suele denominarse de los "pensadores"; la segunda se desarrolla desde los comienzos de la posguerra y está asignada por los intentos sistemáticos de institucionalizar y renovar la sociología en América Latina; la tercera, por reacción contra la anterior, marca la aparición de lo que se ha llamado a veces sociología crítica. Las denominaciones son arbitrarias y podrían proponerse otras, pero las que se han usado respetan la distinción de etapas de muy diferente duración y significado, que resultan básicas para comprender la coyuntura actual. Las consideraciones anteriores llevan a dividir en cuatro secciones, relativas las tres primeras a las etapas caracterizadas y la cuarta a un balance de la situación actual y de sus perspectivas.

Se trata de demostrar el carácter central que tiene, en la ciencia social de la posguerra, el problema del cambio social y el desarrollo, así como los diversos caminos que se han ensayado para abordarlo. El análisis de los pensadores reviste, por lo tanto, un carácter sobre todo introductorio. Ello explica que no se establezcan divisiones entre ellos como sería ineludible si los propósitos fueran otros. Se pondrán de relieve las continuidades y discontinuidades de la reflexión latinoamericana sobre los dos grandes temas, mostrando sus más importantes antecedentes en los pensadores.

II. LOS PENSADORES

1. *Caracteres generales*

La primera etapa, la de los "pensadores" tiene al "ensayo" como principal instrumento de expresión. En este contexto se da a ambos términos, "pensador" y "ensayo", un sentido a la vez muy genérico y muy lato. Genérico porque

los pensadores se originaron en las más diversas disciplinas del saber y pocas veces cultivaron alguna de manera sistemática. De ahí que la mayoría de ellos no puedan ser considerados como sociólogos, filósofos o historiadores en sentido estricto. Lato, porque el ensayo asume las más variadas formas y no es fácil definirlo con precisión.

En otras palabras, los llamados pensadores son los intelectuales de América Latina, o, en cuanto aquí interesa, aquellos intelectuales que centraron su preocupación en "lo social" y "lo político" latinoamericano. La mejor demostración que puede darse de las ambigüedades del término "pensador" es confrontar las diferentes concepciones que se han propuesto del personaje y de sus funciones sociales.¹ En efecto, se ha atribuido a los pensadores los rasgos más contradictorios dándoles valor universal a partir de casos concretos siempre susceptibles de ser rebatidos con otros ejemplos.

Desde el punto de vista de este trabajo, el pensador es un intelectual preocupado de interpretar la realidad social a que se enfrenta como un paso necesario para transformarla. Quedan fuera de este análisis otros tipos de intelectuales que existieron y existen en América Latina, incluso aquéllos que se ocupan de la sociedad pero en términos que poco o nada dicen respecto a la realidad en la que están inmersos.

La definición de cuál sea esa realidad cuya interpretación es objeto de los esfuerzos depende del pensador mismo, pero es característica de los latinoamericanos la tendencia a considerar la sociedad global, es decir, la sociedad nacional, o la latinoamericana en su conjunto, mucho más que el análisis de aspectos parciales. Cuando éstos aparecen, lo hacen en calidad de instrumentos para un esfuerzo globalizante.

Esta caracterización del pensador es muy general y una larga polémica se ha suscitado a través de los diversos intentos para precisarla. Algunos de esos intentos, partiendo de ciertos rasgos psicosociales que serían propios de los pensadores latinoamericanos, derivan conclusiones acerca de su papel social. Así, el pensador tendría un origen burgués, sería idealista, "arielista" o "esteticista" y atribuiría gran importancia a la forma de que se revisten las ideas, todo lo cual lo haría disfuncional o negativo para el desarrollo y la aceptación del cambio.²

El "arielismo", el humanismo antitécnico, serían las causas básicas por las cuales los intelectuales latinoamericanos son una fuente de resistencia al cambio. Así, Stokes afirma que son indiferentes a la tecnología o la critican, sobre todo si es introducida por los Estados Unidos; creen que los valores de la cultura hispánica y los de la anglonorteamericana están en conflicto, y presu-

¹ Como sólo se trata de probar la ambigüedad y complejidad de la figura del "pensador", en lo que sigue no se encontrará intento alguno de sistematizar la sociología de los intelectuales, tan poco cultivada en América Latina, sino sólo de mencionar algunas interpretaciones que ilustran la validez del aserto, en ciertos casos más por sus oposiciones que por su valor intrínseco.

² Esta visión puede encontrarse en términos parciales, es decir, como ingrediente de una concepción más compleja en algunos autores (como Marsal), mientras que en otros es una imagen prácticamente total llevada a veces a una simplificación caricaturesca (Stokes, por ejemplo).

men que los primeros son más valiosos. Han sostenido asimismo, que el ocio ennoblece y el trabajo, salvo el intelectual, es degradante.³

No vale la pena desarrollar, por deleznales, los demás elementos que integran esta imagen. Lo mejor que puede decirse de ella es que aplicada a determinados pensadores latinoamericanos, plantea cuestiones dignas de discutirse, pero afirmada con validez universal para todos ellos, como lo hacen algunos autores norteamericanos, revela una ignorancia completa de la historia del pensamiento social en América Latina.

El "ariélismo", como ha hecho notar Godoy, es un rasgo de un grupo específico de intelectuales, que se da a comienzos de este siglo y cuya inspiración es generalmente antipositivista. Afirmarlo como característica general es suprimir a la larga pléyade de pensadores saintsimonianos y a los positivistas de inspiración comtiana o spenceriana, que en todas partes de América Latina vieron en el retraso técnico la causa principal o una de las principales del atraso de sus países. Es común, por ejemplo, la creencia de que los países latinoamericanos poseen grandes riquezas mal explotadas y que cuando se introduzcan las técnicas modernas darán todos sus frutos y les asegurarán un porvenir venturoso. Esta convicción puede ser ingenua, pero no ignora la importancia de la técnica ni menosprecia el trabajo.

La afirmación de que los pensadores creen en la superioridad de los valores hispánicos y menosprecian los angloamericanos es disparatada. Significa olvidar a los muchos que afirmaron lo contrario y creyeron ver en el sistema de valores y en la actitud hacia la vida de los anglosajones el modelo que debería adoptarse e imitarse lo más fielmente posible. Más aún, si se revisara la historia del pensamiento social norteamericano podrían encontrarse muchos de estos rasgos que autores de esa nacionalidad hoy atribuyen a los latinoamericanos.

Estas comprobaciones hacen necesario tener en cuenta una evolución histórica larga y compleja que difícilmente permite colocar a los intelectuales y pensadores dentro de esquemas tan simplificados. De ahí los intentos que han hecho, entre otros, Marsal, Godoy y Uriceochea,⁴ quienes subrayan la necesidad de dar "especificidad histórica" a los análisis y proponen, como parte de ese esfuerzo, distinciones en etapas, clasificaciones de los pensadores y determinación de las causas endógenas y exógenas a los sistemas sociales a que pertenecen, que pueden explicar sus posiciones.

³ William S. Stokes, "The drag of the *pensadores*", en *Foreign aid re-examined*, compilado por James W. Wiggins y Helmuy Schoek (Public Affairs Press, 1958); "The *pensadores* of Latin America", en G. B. Huszar, *The intellectuals: A controversial portrait* (Free Press, Glencoe). Es interesante notar que obras publicadas anteriormente en los Estados Unidos ofrecen una visión mucho más completa y cercana a la verdad. En este sentido, véase William Rex Crawford, *A century of Latin-American thought* (Harvard University Press, 1967), cuya primera edición es de 1944.

⁴ Juan Francisco Marsal, "Los intelectuales latinoamericanos y el cambio social", en *Desarrollo Económico*, vol. 6, núm. 22-23 (julio-diciembre de 1966); "Pensadores, ideólogos y expertos", en *Revista de Occidente*, núm. 47 (febrero de 1967); Juan F. Marsal y Margey Asent, "La derecha intelectual argentina: Análisis de la ideología y la acción política de un grupo de intelectuales", en *Revista Latinoamericana de Sociología*, 1969, núm. 3; "Los en-

Aunque no se trata aquí de considerar crítica y sistemáticamente estas concepciones, es importante advertir que, pese a su complejidad y a su grado de elaboración, no escapan a algunos de los problemas que plantea toda generalización sobre los intelectuales. La distinción entre etapas, por ejemplo, ayuda a comprender que cambian tanto los problemas que consideran básicos como las soluciones. Así, el arielismo o la explicación del atraso de las sociedades por causas endógenas, que muchos han considerado característicos de todos los pensadores, sólo lo son en ciertas etapas. Además aparecen vinculados con ciertos acontecimientos internos y especialmente externos, sin que antes ni después de ellos sean importantes como posiciones intelectuales.

Subsiste, sin embargo, una dificultad grave. Las etapas, sea cual sea la validez de los criterios utilizados para establecerlas, en el mejor de los casos sólo denotan la existencia de corrientes predominantes, pero rara vez generales ni siquiera dentro de la etapa considerada. Uricoechea, para citar un caso, afirma y documenta el hecho de que los intelectuales aceptan la división internacional del trabajo en el período que llama precrítico y confían en que las grandes riquezas naturales, exportadas como materias primas, asegurarán el porvenir. Pese a ello admite excepciones: se dan intelectuales que ya entonces emitían mensajes industrializantes (Alberdi en la Argentina, Lastarria en Chile y Núñez en Colombia).⁵ Muchas otras excepciones podrían agregarse en otros países de América Latina. Fenómenos análogos se dan en todas las etapas, pues siempre existen corrientes secundarias —si se les quiere designar como tales simplemente por ser minoritarias— que sería imposible excluir del movimiento intelectual. Más aún, es frecuente que constituyan esas corrientes quienes más firmemente están empeñados en una interpretación de su sociedad que vaya más allá de la aplicación mecánica de los esquemas teóricos de que parten. Hasta puede ocurrir que justamente una conciencia muy fuerte de las exigencias especiales de la sociedad en que viven los lleve a ser infieles a sus puntos de partida básicos, a introducir excepciones en ellos. De ahí que puedan ser considerados —si se admite que la conciencia crítica es la principal característica del intelectual— más plenamente intelectuales que los otros. Suele insistirse en el hecho exacto de que fueron miles los liberales que aplicaron fielmente los esquemas del liberalismo económico más ortodoxo a situaciones muy diferentes a las que originaron esa corriente en los países desarrollados, pero es imposible olvidar a los pocos pero notables liberales que llegaron a la conclusión de que era indispensable hacer ciertas excepciones y establecer medidas proteccionistas y, abandonando la ortodoxia, incluso crear bancos estatales para ejercer funciones que jamás podrían esperarse de los privados y que eran necesarias en sociedades como las latinoamericanas.

sayistas socio-políticos de Argentina y México”, en Juan F. Marsal (compilador), *El intelectual latinoamericano. Un simposio sobre sociología de los intelectuales* (Editorial del Instituto, Buenos Aires, 1970); “Introducción” a *Los intelectuales políticos* (Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1971). De Hernán Godoy Urzúa, “La sociología del intelectual en América Latina”, en Marsal, *op. cit.* (1970), pp. 107-128 y F. Uricoechea, *Intelectuales y desarrollo en América Latina* (Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1969).

⁵ F. Uricoechea, *op. cit.*, p. 40.

Estas y otras reflexiones llevan a pensar que muchos de los esquemas simplificadores propuestos en torno a los pensadores son, en definitiva, un cómo escape ante la real complejidad que, si no es bueno exagerar, tampoco cabe desconocer.

2. El supuesto irrealismo de los pensadores

En otro plano, más próximo a lo que hoy se llama ciencia política, es común señalar el irrealismo y el formalismo de los pensadores latinoamericanos. Irrealistas al no haber percibido que las soluciones que se proponían trasplantar eran inaplicables a situaciones sociales tan diferentes. Formalistas porque confiaron sobre todo en las soluciones jurídicas y vieron en la implantación de un régimen jurídico determinado —cuanto más perfecto mejor— la solución de los problemas básicos que afligían a los países. También en este caso ocurre que las afirmaciones son verdaderas respecto a ciertos pensadores y en determinadas épocas, pero falsas respecto a otros, siendo muy difícil demostrar que éstos son inferiores o menos importantes que aquéllos. “Los gobiernos no son causa del estado social, sino efecto de ese mismo estado... Es en la sociedad misma, en sus hábitos y en sus costumbres que deben buscarse las causas permanentes y eficientes de la felicidad o desgracia de los pueblos.” Estas frases, abstracción hecha de una terminología muy de época, afirman claramente la tesis del predominio de la sociedad civil sobre la política; sostienen que es en aquella donde se encuentra la explicación de lo que ocurre a los gobiernos e implican, por último, que no es con reformas jurídicas como pueden resolverse los problemas. Es difícil encontrar un llamado más claro al realismo y al antiformalismo. Fueron escritas en 1876⁶ por un liberal positivista y si aquí se mencionan es porque, lejos de ser excepcionales, constituyen una de las buenas expresiones de una tradición intelectual que, sin ser la única, es la más importante en América Latina respecto a las relaciones entre sociedad civil y política.

Junto a esa tradición del pensamiento político que puede llamarse realista, ajena a la jurídica o doctoral e incluso contraria a ella, existe otra, ligada a los estudios del derecho, que cultiva temas muy vinculados a los que se consideran parte de la ciencia política y que están lejos de ser estrictamente jurídicos en el sentido más restringido y hasta peyorativo del término. Esta última tradición incluye problemas como el análisis comparado de sistemas políticos, la organización de los partidos y el régimen electoral estudiados en cátedras denominadas de derecho constitucional que en muchos países incluyen el análisis de lo que los alemanes llamaron a fines del siglo pasado teoría del Estado, expresión mucho más amplia y comprensiva que el simple análisis de la organización jurídica del Estado.

Bajo muchas afirmaciones que atribuyen el monopolio a la tradición jurídico-formalista característica de los pensadores, en el fondo se esconde un

⁶ José Pedro Varela, *La legislación escolar* (Montevideo, 1876), pp. 9 y 11.

desconocimiento total de lo que en América Latina fueron las facultades y escuelas de derecho. La visión de ciertos pensadores y de ciertas épocas —los liberales principistas, por ejemplo—, unida a una mirada rápida a las características relativamente recientes de esas instituciones de enseñanza, lleva a ignorar que su verdadera función tradicional no fue formar profesionales abogados, sino crear líderes sociales y políticos. Esa función, como muy agudamente ha señalado Medina Echavarría, la cumplieron a cabalidad. Más aún, es posible sostener que nunca después una institución de enseñanza cumplió en América Latina tan notablemente las funciones que se propuso. A la inversa de lo que esa crítica sostiene, lo que podría reprocharse a las antiguas escuelas y facultades es que daban demasiada importancia a cuestiones poco o nada relacionadas con el derecho en cuanto sistema jurídico-formal. En efecto, estudiaban los principios filosóficos de la existencia y organización de la sociedad y el Estado, a través muchas veces de las cátedras llamadas de derecho natural y que luego adoptaron la designación de filosofía del derecho; el funcionamiento de la sociedad a través de esas mismas cátedras y después en las de sociología, que se crean a fines del siglo pasado o principios del actual; la cuestión económica en las de economía política, que ya se enseñaba a mediados del siglo XIX, etc. Nada hubiera parecido más extraño a quienes organizaron esa enseñanza y esa investigación que la idea de que para formar dirigentes de la sociedad y del Estado era lo más importante analizar los sistemas jurídicos en sentido formal.

3. *El ensayo como instrumento*

Ya se dijo que el instrumento normal de comunicación del pensador es el ensayo. Algunas anotaciones sobre este aspecto son necesarias para completar la figura del pensador. Debe observarse, en efecto, que si el ensayo es el instrumento común y el preferido, está lejos de ser el único. Lo que ocurre es que existe cierta afinidad básica entre los intentos de los pensadores y el uso del ensayo.

Vale la pena recordar que el ensayo no es un género literario creado por los latinoamericanos. Desde los ilustres antecedentes de Montaigne y Francis Bacon hasta nuestros días, en todas las literaturas ha aparecido con más o menos vigor. También se sabe que su naturaleza no es fácilmente determinable. Hasta podría pensarse que es más fácil saber lo que no es ensayo. Real de Azúa, en un excelente ensayo sobre el ensayo, ha dicho que es "más comentario que información, más interpretación que dato, más reflexión que materia bruta para ella, más creación que erudición, más postulación que demostración, más opinión que afirmación dogmática, apodíctica".⁷ Tantos más, que implican tantos menos, apuntan a ciertas características básicas del ensa-

⁷ Carlos Real de Azúa, "Introducción" en *Antología del ensayo uruguayo contemporáneo* (Universidad de la República, Departamento de Publicaciones, Montevideo, 1964), tomo 1, p. 21.

yo, a su carácter personal, a la libertad que existe en la base de su concepción y de su desarrollo. El ensayo no es un artículo o un libro científico que intenta dar pruebas concluyentes de una hipótesis para, de ese modo, confirmarla más allá de toda duda; pretende, ante todo, persuadir de la verdad de una idea, desarrollándola, mostrando implicaciones y conexiones que en los mejores exponentes del género son novedosas, reclaman una nueva manera de ver al mundo y, sobre todo, al hombre, que en definitiva es el gran tema de todo ensayo.

Estas características permiten comprender por qué fue un género preferido y por qué, pese a todos los anuncios de su decadencia, puede volver a serlo. Cuando los seres humanos se sienten sumidos en la perplejidad frente a ellos mismos y a la sociedad que enfrentan, ya porque no existen conocimientos científicos sobre ella, ya porque se presenta con tal novedad que los instrumentos rigurosos existentes son percibidos como incapaces de satisfacer la inquietud que provoca, el ensayo es un medio, aunque no el único, de bucear profundidades, de explorar caminos para superar las ignorancias, de proponer maneras de cambiar las situaciones. En esa tarea se lanzan hipótesis que después pueden ser sometidas al trabajo científico, a las metodologías rigurosas, a las pruebas sin tacha. Este hecho es una consecuencia posible, casi necesaria en los mejores exponentes del género, pero no determinante para su creador. Así, las ciencias humanas se han alimentado constantemente de ideas ensayísticas, aunque les hayan dado otras formulaciones que permitieran someterlas a sus reglas y aunque muy a menudo hayan olvidado sus orígenes.

Se comprende entonces que si el ensayo no es un documento científico, lo que es banal, tiene mucho que ver con la historia de las ciencias y, sobre todo, con la historia de la praxis inteligente acerca del hombre. Despreciar el ensayo en nombre de la ciencia, como ocurre a menudo, significa despreciar tanto la naturaleza del ensayo como la historia de las ciencias, en particular de las que hoy se tiende a llamar humanas.

En las circunstancias que enfrentaron los pensadores latinoamericanos, es decir, ante la necesidad de levantar un pensamiento sobre sus sociedades globalmente consideradas y hacer de él una base para su transformación, los andamiajes que proporcionaban las ciencias humanas de la época eran tan necesarios como parcos para la naturaleza y magnitud de la tarea. De ahí que el ensayo fuera la salida casi impuesta para cumplirla cabalmente.

4. La enseñanza de la sociología

Las consideraciones anteriores sobre las tradiciones intelectuales latinoamericanas y el papel del ensayo permiten comprender mejor en qué sentido puede decirse que la enseñanza de la sociología es un aspecto importante de la época de los pensadores. En ella y mucho antes de la etapa que se considera generalmente de implantación de la sociología científica en América Latina, su enseñanza se institucionaliza en casi toda la región. En algunos países las cátedras de sociología aparecen a comienzos del último cuarto del siglo XIX y en otros

en el primer cuarto del presente. El fenómeno se produce en las universidades y dentro de ellas, casi siempre en las escuelas de derecho, lo que nada tiene de casual si se piensa que las funciones de las facultades o escuelas de derecho no se reducían a formar juristas, sino también, los grupos dirigentes del país. La sociología se había introducido antes en la enseñanza a través de los cursos de filosofía del derecho y cuando se convierte en cátedra autónoma no pierde las preocupaciones valorativas que son básicas en la asignatura de la que se había desprendido. La enseñanza era académica, porque se trataba de una revisión fatigosa de los autores europeos hecha *ex* cátedra; la investigación empírica no jugaba papel alguno y las connotaciones valorativas eran muy fuertes. Salvo contadas excepciones, la realidad nacional no era objeto de preocupación por sí misma. Este rasgo significa que el desarrollo de la historia intelectual de los "pensadores" no puede confundirse con el de la enseñanza académica. En efecto, buena parte de los profesores, aun entre los académicos respetables, no son "pensadores", algunos de los cuales ni siquiera fueron profesores. La razón más importante de ello es otra. Aunque coincidan ambas categorías, es frecuente soslayar en la cátedra los problemas nacionales ya porque su interpretación es muy polémica, ya porque incide en cuestiones políticas del momento, ya por ambas razones a la vez. No se olvide que la universidad, como templo de la ciencia, debía mantenerse al margen de problemas demasiado inmediatos.

El punto de partida más común era suponer que los descubrimientos de los autores europeos respecto a las características de las sociedades más adelantadas eran aplicables a los países latinoamericanos. La Universidad enseñaba sociología como enseñaba economía, porque su conocimiento se consideraba parte ineludible del patrimonio cultural de un hombre destinado a ejercer funciones de liderazgo.

En sus mejores exponentes, la enseñanza se liga directamente a los "pensadores" y, como éstos, satisface una demanda externa a la Universidad, que proviene de la comunidad política. Esta requiere de las ciencias sociales el apoyo necesario para establecer una visión global o, como hoy se diría, un "proyecto nacional". Tal proyecto puede consistir en superar e incluso negar lo existente, para construir una sociedad europea o europeizante. Sin embargo, lo que se espera de las ciencias sociales no son aportes técnicos limitados, sino la base positiva de una concepción general de la sociedad. La tarea de creación no tienen por qué hacerla los profesores mismos; muy a menudo es obra de los políticos a través de sus enseñanzas y de sus lecturas. Lo más corriente es que el titular del papel académico ejerza también un papel político, puesto que el primero, pese a su considerable prestigio social, no es concebido jamás como actividad exclusiva y hasta es secundario desde el punto de vista económico. Se explica por eso que en sentido propio no exista una comunidad científica nacional, sino pensadores más o menos aislados o manteniendo un contacto casi siempre conflictivo, motivado por la diversidad de sus concepciones políticas más que por diferencias científicas.

No dejan de producirse modificaciones en este cuadro. Se van introduciendo ciertas preocupaciones directas por las sociedades nacionales y hasta se in-

cluye en los programas el análisis de autores latinoamericanos o nacionales que han dado interpretaciones generales del problema social, pero es siempre escasa la investigación y muy fuertes las preocupaciones valorativas.

5. *Los grandes temas de reflexión*

La determinación de las continuidades y discontinuidades de la reflexión latinoamericana hace ineludible mostrar cuáles fueron los grandes temas que preocuparon a los pensadores y las ideas básicas que inspiraron sus proyectos de solución de los problemas sociales y políticos. Como no tendría sentido intentar una historia de ambos, parece razonable agruparlos según que el acento se ponga sobre las relaciones externas o sobre la estructura interna de las sociedades latinoamericanas. Aunque esta distinción, como cualquier otra, comporta elementos arbitrarios, tiene la ventaja de apuntar a una dialéctica que está presente en la reflexión hasta nuestros días.

6. *Los problemas del contacto exterior*

Con respecto a las relaciones externas, el tema de la *autonomía cultural* es de los primeros que se plantean y vuelve a ser considerado de las más diversas formas a lo largo de todo el período de los pensadores. Aparece Echavarría, por ejemplo, con el tema de que América Latina ha roto sus vínculos coloniales con España sin haber logrado superar lo que hoy se llamaría la "dependencia cultural" en su sentido más amplio. Se gesta de ese modo una tradición muy importante, la que rechaza el modelo español y propone sustituirlo ya por el francés, ya por el inglés, ya por el norteamericano. Mucho después, esa corriente de pensamiento lleva a encontrar en valores autóctonos —como en el movimiento indigenista, por ejemplo— la manera de superar todos los modelos y adoptar uno propio. La preocupación central explica que multitud de ensayos se dediquen a elogiar la cultura norteamericana, a censurarla, a hacer lo mismo con la francesa y más raramente con la inglesa.

También se reitera, con altibajos, el viejo tema bolivariano, puesto que los problemas de la autonomía cultural llevan casi necesariamente a plantear la situación de los países de América, fuera de aquél a que pertenece el autor. El tema de *lo latinoamericano*, su existencia y su significación, ausente en algunos pensadores, es muy importante en otros.

Las intervenciones armadas, políticas y económicas de los Estados Unidos ponen de actualidad, sobre todo en este siglo, la cuestión del *imperialismo*, que resuena primero en los pensadores de los países geográficamente más próximos a aquella nación y luego se extiende por todo el continente. El problema del imperialismo inglés, en cambio, tiene menor importancia, aunque muchos pensadores lo cultivan en este siglo, particularmente en la Argentina.

Un gran tema entrelaza lo externo y lo interno, el del *nacionalismo*. A veces se le desarrolla predominantemente con referencia externa. En tal sentido

aparece en forma defensiva cuando es afirmado frente a los grandes poderes políticos o culturales del mundo y en una versión más ofensiva cuando tiene que ver con conflictos entre países latinoamericanos. Ambas motivaciones y direcciones pueden mezclarse y así ocurre a menudo. Una línea diferente de elaboraciones sobre el tema surge si la preocupación central es la unidad de la sociedad nacional. Entonces el problema se convierte en *la construcción de la nación*, por encima de las barreras étnicas, de las desigualdades regionales y —más a menudo en los últimos tiempos— de las desigualdades sociales. En muchos autores ambas caras —nacionalismo con referencia externa y construcción de la nación como cuestión interna— se entremezclan de tal manera que las reúne indisolublemente un solo desarrollo discursivo.

7. Los problemas endógenos

Sería imposible enumerar todos los grandes temas relativos a la estructura interna. Basta mencionar los más importantes, en particular aquellos que han tenido relevancia para la elaboración posterior a la segunda guerra mundial.

Como se ha visto, los pensadores se preocupan en comprender e interpretar la realidad global, las causas del atraso y las maneras de superarlo. No es extraño, pues, que aparezca como cuestión básica y envolviendo realmente muchas otras la que se refiere a la *cantidad y calidad de la población*, si es permitido usar términos tan vagos pero que abarcan el tema en toda su complejidad. Por un lado se observa la imposibilidad de explotar las riquezas del país mientras existan grandes zonas en que nadie vive o en que la densidad es mínima. El tema de la construcción de la nación está ligado a éste, que en alguna medida condiciona la posibilidad misma de esa construcción. Su expresión clásica está en el “gobernar es poblar” de Alberdi, que tantos reiteran a partir de él o independientemente. No sólo se necesitan hombres para construir la nación y el Estado: se requiere que posean ciertas cualidades. Una tradición decimonónica muy fuerte es pesimista acerca de las que posee la población existente, ya porque la perciben como racialmente inferior, ya por su incultura. La meta es en todo caso “europeizar” a la población recurriendo a la migración internacional. Como es sabido, esta línea de pensamiento, que predomina durante buena parte del siglo xix, no es la única en la historia del pensamiento social. Otros rehabilitan las cualidades del indígena; creen que si esas cualidades están ocultas, ello se debe a siglos de opresión. Se llega a pensar que en el indígena y en sus valores —los que les atribuyen al menos— se encuentra la única manera de afirmar un nacionalismo, un latinoamericanismo inclusive. Su expresión más fuerte surge en lo que se ha dado en llamar “indigenismo”. Alrededor de él aparece prefigurado un tema que resurgirá en la sociología contemporánea: el de saber si las diferencias sociales se explican por las raciales o por el régimen de clases o de dominación que existe.

Es de notar que en las dos versiones opuestas sobre la calidad de las poblaciones latinoamericanas y en las visiones eclécticas aparece un mismo problema, el de *la educación*. Tanto para los pensadores que se proponen euro-

peizar a la población como para quienes desean liberarla de los yugos que la oprimen, es indispensable educarla. Si los europeos son considerados por muchos como los inmigrantes ideales, no es sólo porque se les atribuya hábitos de trabajo y conocimientos de actividades de los que carecen los autóctonos, sino sobre todo porque se piensa que son más educados. Si "gobernar es poblar", también es educar. Educar, a su vez, es crear las condiciones necesarias para hacer posible un régimen de gobierno democrático, al cual se inclinan casi todos los pensadores. "Educar al soberano" es crear las posibilidades de que el pueblo realmente sea soberano, lo que conduce al tema político sobre el que se volverá más adelante.

A estos problemas se liga la tesis que considera como rasgo típico del subdesarrollo latinoamericano las expectativas crecientes o aspiraciones de consumo altamente discrepantes con las capacidades de logro efectivo, que fue reiterada hasta el cansancio por varias generaciones de pensadores y que ha sido repetida por la sociología latinoamericana contemporánea.

Una parte de las cuestiones vinculadas a la calidad de la población lleva a considerar las *desigualdades sociales*. Se ha señalado con frecuencia que el tema de las clases sociales rara vez es tratado por los pensadores del siglo XIX y que sólo después cobra importancia, al aparecer las corrientes anarquistas y marxistas, hecho que no hace sino reproducir con retraso la evolución europea sobre la cuestión. Sin embargo, ya en el siglo XIX hay toda una meditación sobre el tema de las desigualdades sociales. Ello resulta inevitable en los saintsimonianos como Echavarría, para los cuales el problema que sus maestros llaman de "la clase más numerosa y la más pobre" no podía dejar de presentarse. Más exacta que la idea de la ausencia del tema en los pensadores decimonónicos es la falta de versiones revolucionarias del mismo. Casi todos, se inclinan hacia concepciones que hoy llamaríamos "gradualistas" o "reformistas". Se supone, para citar un ejemplo, que universalizando la educación primaria se eliminarán los peores efectos de las desigualdades sociales. Ya a fines del siglo XIX y particularmente en los comienzos del actual, las ideologías revolucionarias, los esfuerzos por organizar a los obreros, etc., pondrán sobre el tapete el *problema de las clases* en versiones que terminan aproximándose mucho, en cuanto a las cuestiones esenciales que discuten, a las elaboraciones contemporáneas.

En sociedades esencialmente agrarias parece insoslayable el problema de la *propiedad de la tierra*. Sin embargo, muchos pensadores lo ignoraron o lo consideraron como problema secundario frente al de los cambios en los modos de explotarla, a la necesidad de introducir nuevas técnicas, etc. Paralelamente, existe una larga tradición que coloca la cuestión en lugar prominente. Pablo González Casanova ha señalado con razón la antigüedad de esa preocupación en México.⁸ En autores de variadas nacionalidades se manifiesta también a lo largo del siglo XIX, acentuándose cada vez más.

Otro problema importante —casi podría decirse el problema central— es el

⁸ Pablo González Casanova, "Los clásicos latinoamericanos y la sociología del desarrollo", en *Sociología del desarrollo latinoamericano* (Universidad Nacional Autónoma, México, 1970).

de las relaciones entre la ciudad y el campo. De algún modo todos los problemas enumerados hasta ahora confluyen en esta magna cuestión y todos pueden considerarse como derivados de ella. En la tradición más conocida, la representada por Sarmiento, pero que aparece antes que él en América Latina, la ciudad representa la civilización y el campo la barbarie; civilizar a la sociedad es, en definitiva, someter el campo a la ciudad. La idea, aunque mayoritaria entre los pensadores, que no en balde son productos urbanos, está lejos de ser aceptada unánimemente. Alberdi recuerda que Rosas —para él la anticiivilización— gobernó apoyándose en las ciudades más que en el campo. José Pedro Varela afirmaba que los doctores no son más civilizados que los caudillos, aunque les guste presumir de lo contrario. No se trata de historiar aquí esta polémica, que continúa durante todo el período que hemos llamado de los pensadores, sino de subrayar que a través de ella aparece la cuestión de las grandes diferencias entre ciudad y campo, entre regiones en general, lo que en la posguerra se dará en llamar, más pretenciosamente, el problema de las discontinuidades sociales. Es sobre todo la tesis del *dualismo*, la que desde Sarmiento hasta nuestros días, en las más variadas formas y con los más diferentes argumentos, parece planteada como un desafío permanente al pensamiento social latinoamericano.

Todos estos temas forman parte del esfuerzo por comprender la estructura de la sociedad. Muchos ensayistas los consideran esenciales puesto que en última instancia explican la naturaleza de los gobiernos. De todos modos, tanto dentro de la gran tradición que afirma la preeminencia de la sociedad civil —si se permite usar este lenguaje— como en la que se coloca en la línea de la autonomía de la sociedad política, es inevitable el tema de la organización política. A esta cuestión ya se ha referido el apartado 5, lo que permite limitarse ahora a algunas precisiones complementarias.

Es de destacar la importancia que tuvo para los pensadores un tema que prácticamente desaparece en la sociología contemporánea: el del *catolicismo*. La organización del Estado implicaba, en la situación de América Latina, determinar el papel de la Iglesia católica. De algún modo ambos son poderes paralelos que sobre bases diferentes tienen una ambición común, la de organizar y dirigir a los ciudadanos. En América Latina, la Iglesia es mucho más y para algunos en consecuencia mucho menos que una institución específicamente religiosa: es una fuente de poder político y está asociada con él. De ahí la importancia de la larga polémica acerca del lugar que debe asignarse a la Iglesia en la organización del Estado y la furia anticlerical de tantos pensadores, más notable cuando se observa que muchos de quienes la compartieron eran católicos.

La organización del Estado planteaba cuestiones cuya importancia respectiva fue variando históricamente. Un tema básico, muy ligado al de la nación, es cómo hacer coincidir el *ámbito de acción efectiva del Estado* con los límites del país. Es el problema de la unificación nacional. De no haber unificación nacional, tampoco funcionará plenamente el Estado-nación. Es asimismo cierto que la unificación nacional requiere que la presencia del Estado sea efectiva para todos los estratos de la población y hasta los confines del país.

Es imposible que el Estado funcione y la unificación nacional se realice si gobiernos ilegítimos suceden a gobiernos ilegítimos. Aunque casi nunca se use ese término entre los pensadores, es justo decir que el problema de la inestabilidad política y sus causas es fundamental para buena parte de ellos. Casi en todos los países, hasta fines del siglo XIX esa inestabilidad es un dato constante. Es difícil resumir la polémica sobre sus causas. No es cierto que todos o la mayoría de los pensadores hayan supuesto que para superarla bastaba copiar los mejores modelos constitucionales de los países más adelantados. Muchos lo creían así, pero otros muchos afirmaron que mientras no se removieran causas mucho más profundas que los defectos de la organización formal no habría esperanzas de terminar con la inestabilidad. Hoy puede parecer ingenuo creer, para citar un ejemplo, que expandiendo la educación acabarían las dictaduras. No debe olvidarse que se suponía que otras transformaciones corrían paralelas a esa expansión y que, en fin de cuentas, lo que se planteaba era el problema de las condiciones reales que hacen posible el funcionamiento de la democracia. Más adelante, en el siglo XX, la cuestión surgirá en toda su complejidad. Las desigualdades sociales, el imperialismo, la supuesta o real ligazón entre uno y otro fenómeno serán traídas a consideración en el problema de la construcción del Estado. En una palabra, los pensadores se plantearon y elaboraron muchas hipótesis sobre los temas que hoy llamaríamos integración nacional, construcción del Estado como organización eficaz y democratización o, si se quiere, participación real y cada vez más amplia. Que los resultados no hayan estado a la altura de sus preocupaciones nada dice en contra del interés que inspiran. Es imposible deducir de ello que estuvieron mal encaminadas a menos que se parta de una concepción muy idealista de la historia. Cabe agregar, por último, la melancólica reflexión de que las supuestamente mucho más sofisticadas elaboraciones posteriores tampoco han logrado resolver esas tres grandes constelaciones de problemas que los pensadores afrontaron.

8. *Pensadores y acción*

Lo que tienen de común hombres y productos en esta etapa de los pensadores no es el hecho meramente negativo de una especialización funcional poco avanzada, sino que su objeto sea pensar la realidad latinoamericana para saber cómo es posible alterarla. La distinción que puede hacerse entre optimistas y pesimistas sólo es importante para determinar sus esperanzas futuras. Su punto de partida es siempre un diagnóstico negativo, una situación que es necesario superar. En términos pedantes podría decirse que la preocupación *práctica* no sólo es el origen de la teórica, sino también su única explicación. Los pensadores recurren a las teorías en boga en los centros dominantes de la cultura occidental porque necesitan instrumentos conceptuales a fin de enfrentar con ellos la realidad en que viven y las usan hasta donde y como les es necesario para llenar ese objetivo. Por eso no forman parte de los pensadores, en el sentido dado aquí a la palabra, las legiones de autores que se limitan

a repetir lo elaborado por otros, sino aquellos que aun inspirándose en ideas importadas, buscan comprender mejor la realidad latinoamericana y, sobre todo, construir una utopía. De ahí que a menudo deje mucho que desear la coherencia formal de los pensadores, el desarrollo lógico de las premisas de las que dicen partir. Su mirada no está dirigida a cumplir un deber de fidelidad con la teoría, sino a tratar de entender, lográndolo o no, la realidad que se quiere transformar. El pensador se toma libertades —a veces extremas— con la teoría de la que parte cuando lo estima necesario para cumplir su objetivo. No siempre es consciente de hacerlo así. Parte de una teoría si cree que le sirve y como efectivamente le sirve, se cree fiel a ella. El mismo hecho de que las exigencias de la ciencia no sean sentidas como imperativas, da mayor libertad a la imaginación creadora; la circunstancia de que el diagnóstico de la sociedad parta de la necesidad de construir una utopía y, simultáneamente, ayude a fijar los pasos para realizarla, contribuye a enriquecer las ideas de sus mejores representantes.

Cuando, como algunos lo han hecho, se llama “precientífica” a esa etapa, sería necesario no dar al término ninguna valoración negativa. Generaciones de pensadores en casi toda América Latina han producido un pensamiento de gran riqueza sobre el continente y sobre cada uno de los países que lo componen que en modo alguno cabe menospreciar. De otro lado, por las razones que serán expuestas más adelante, la distinción entre “pensadores” y “científicos” parece hoy menos clara que hace pocos años. No es nada seguro aseverar que el incremento de la complejidad metodológica y de las pretensiones lingüísticas haya permitido a los sedicentes “científicos” reunir un capital de ideas más importante que el de sus antecesores. Antes al contrario, por todo lo expuesto cabría sostener que las ideas básicas sobre América Latina sustentadas por los llamados “científicos” están de alguna manera presentes en los “pensadores” aunque aquéllos las hayan expuesto de manera más sistemática y pretenciosa, lo que no siempre quiere decir más interesante.

III. LA RENOVACIÓN DE LA SOCIOLOGÍA EN LA POSGUERRA

1. *Introducción*

Como se acaba de ver, antes de la segunda guerra mundial se produce una compleja literatura sobre los problemas del cambio social y el desarrollo de América Latina. Los aportes de la posguerra, cuyo análisis es el objeto de este libro, se inician conjuntamente con un gran movimiento de renovación de la sociología, de la manera de concebirla, de su metodología, de sus relaciones con la realidad y su transformación. Ello basta para explicar la importancia de caracterizar a ese movimiento de ideas. La mejor manera de hacerlo es analizar los postulados básicos, a través de los autores que, por su valor intrínseco y por la posición que ocuparon en el movimiento en estudio, dan un

cuadro completo y cabal de su naturaleza. Así como con respecto a los pensadores ha habido una extensa revisión que en muchos casos ha culminado en los estereotipos mencionados en la sección anterior, en cuanto a este período se ha hecho, pese a que sus actores viven y continúan trabajando, una crítica que no ha estado ni está exenta de estereotipos, lo que es una razón más para dar al asunto toda la atención que merece. En parte para no prejuizar sobre esta polémica, se habla del movimiento de renovación de la sociología y no de la sociología "científica" porque las comillas significan de suyo uno o varios juicios de valor implícitos cuyo significado conviene analizar.

Este movimiento de renovación se levanta contra una situación percibida como dañosa para el desarrollo de la ciencia social. De esa situación no forman parte los pensadores en sentido propio. Se trata, sobre todo, de una crítica al atraso teórico y metodológico en que se encuentra el cultivo de la sociología a comienzos de la década de 1940 y al muy escaso papel que se confiere a la investigación empírica. No es la tradición de realismo presente y reconocida en casi todos los pensadores lo que se critica, sino más bien la sustitución de la sociología, cuyo cultivo es tan anterior en América Latina, por una filosofía social, sea cual fuere el grado de conciencia e intención envuelto en ese hecho.

Ya esta sumaria y breve caracterización podría ser criticada desde los puntos de vista expuestos después por los representantes de lo que algunos han querido llamar la sociología crítica, sin comillas, por oposición a la sociología "científica" con comillas.

Se ha atribuido a este período ignorar o negar el aporte de los pensadores, haberse adherido estrictamente al funcionalismo y, como consecuencia, un punto de vista claramente ahistórico, ligado a una defensa del *statu quo* que para algunos constituye una manifestación del imperialismo norteamericano. Aunque estas críticas serán desarrolladas más adelante (sección III), no está de más reproducir una frase de González Casanova que, de manera algo violenta, las resume atribuyendo a la sociología "científica" estos caracteres: "fobia a la historia, a la filosofía, al buen español, al análisis político, y no se diga ya a la lucha contra el *statu quo*".⁹

Un enjuiciamiento tan absoluto de la obra de los que hicieron renovar la sociología en América Latina requiere, para poder formarse juicio sobre su validez, la exposición y análisis de las ideas principales del período considerado, tal como las han expuesto sus protagonistas.

2. La sociología concebida como ciencia

En una obra publicada en 1956,¹⁰ pero que contiene materiales que en algunos casos datan de diez años atrás, Germani recuerda el cambio producido por entonces en la concepción de la sociología y lo fija en la aparición de la obra

⁹ Pablo González Casanova en *Sociología del desarrollo latinoamericano*, p. 25.

¹⁰ Gino Germani, *La sociología científica: Aportes para su fundamentación* (Universidad Nacional Autónoma, México, 1956), p. 8.

de Medina Echavarría titulada *Sociología: teoría y técnica*.¹¹ Al final de un libro publicado en 1964 reitera ese reconocimiento.¹² Lo mismo ha hecho Florestán Fernandes en múltiples ocasiones.

La obra de Medina no sólo es cronológicamente el primer intento serio de renovar y poner al día la sociología en América Latina, sino que esa circunstancia la reconocen expresamente quienes han tenido un papel más importante en dicho movimiento.

El objetivo del mencionado libro de Medina está establecido con meridiana claridad en su prefacio: "No puede existir una ciencia sociológica sin una teoría y sin una técnica de investigación. Sin una teoría, o sea sin un cuadro categorial depurado y un esquema unificador, lo que se llama sociología no sólo no será ciencia, sino que carecerá de significación para la investigación concreta y la resolución de los problemas sociales del día. Sin una técnica de investigación definida, o sea sometida a cánones rigurosos, la investigación social no sólo es infecunda, sino que invita a la acción siempre dispuesta del charlatán y del audaz."

El autor subraya que se ha hablado mucho de la crisis de la sociología, por lo que puede entenderse, sea la resonancia en la sociología de la crisis general, sea el proceso de crecimiento de la sociología como de toda ciencia —es decir, la cuestión metodológica—, sea una crisis privativa de la ciencia social, de su carencia de objeto. Aunque sólo la segunda es verdaderamente importante —en el entender de Medina—, era necesario referirse a las otras dos.

Es obvio que la crisis general repercute en la ciencia y en sus cultivadores. De esa crisis general lo que más los afecta es el supuesto eclipse de la razón, desde que la ciencia sólo es un intento de "racionalizar" la realidad. Aparece aquí una constante del pensamiento de Medina; el racionalismo. Es claro que hay muchas y muy diversas maneras de afirmarlo. En Medina se trata, sobre todo, de aceptar dos supuestos básicos. Ante todo, que la ciencia es un producto de la *ratio*, lo que no lleva a negar o ignorar la existencia de lo irracional, sino que busca definir la naturaleza de una tarea, entre otras, que el hombre se propone. En segundo lugar, la convicción de que sólo a través del esfuerzo de racionalización es posible hacer inteligible al mundo y echar las bases para la construcción de una nueva sociedad, por más que el camino esté lleno de dificultades.

La ciencia social sólo es posible, pues, desechando las corrientes irracionales. Con Medina comienza una preocupación constante en los autores de este período: la lucha contra el irracionalismo bajo las diversas formas que reviste. La importancia de la cuestión sólo es comprensible si se recuerda al menos —analizarlo queda fuera del alcance de estas páginas— la importancia que tienen en la época las diversas corrientes de pensamiento que niegan la posibilidad de un estudio de lo social que no halle su base fundamental en la intuición.

¹¹ José Medina Echavarría, *Sociología: teoría y técnica* (Fondo de Cultura Económica, México, 1941).

¹² Gino Germani, *La sociología en la América Latina: Problemas y perspectivas* (Eudeba, Buenos Aires, 1964), pp. 148-149.

La postulación de la legitimidad de una ciencia social lleva consigo el rechazo de las afirmaciones que le niegan un verdadero objeto propio. "Muy al contrario, cualquiera que siga el desarrollo de la sociología en sus representantes más auténticos a partir de Comte, tendrá que convenir que *en cuanto ciencia* sigue un proceso de madurez que marca una línea de perfecta continuidad. Esa continuidad se traduce en una incesante depuración de su conciencia científica y de los métodos adecuados." ¹³

La pretensión de la sociología es, como bien lo vio Comte, "sintética y totalitaria", ¹⁴ y ella deriva de la naturaleza misma de la sociedad. La interdependencia de los elementos de la sociedad justifica la existencia de una ciencia social especial, llámese o no sociología. Esta debe ser una ciencia positiva, vale decir, que aplique los métodos generales de la ciencia, lo que no significa que pudiera construirse con conceptos elaborados por otras ciencias. Comte agregó otro rasgo a la sociología, el de la naturaleza histórica de la realidad que estudia. En definitiva, los grandes maestros, aunque partiendo desde muy distintos puntos de vista, llegan a las mismas conclusiones sobre el problema que Medina está analizando. "Comte y Weber, tan lejanos en su punto de partida, coinciden en su propósito de demostrar la posibilidad de la sociología como ciencia empírica. No es, pues, sorprendente que entre los dos haya quedado dibujado el cuadro de los problemas metodológicos de la ciencia social presente y futura." ¹⁵

Si la legitimidad y posibilidad de la sociología pueden demostrarse, quedan como centrales los problemas metodológicos. Una cuestión filosófica se impone, a menudo, como el paso previo a la reflexión sobre ellos: la dicotomía entre las ciencias naturales y las ciencias de la cultura o entre aquéllas y las ciencias del espíritu. Si la reducción naturalista es errónea, también lo es la que considera al dato social como un dato del espíritu. Los que hacen esto último se empeñan en llamar sociología a lo que en puridad es filosofía social. Esta ha existido siempre y probablemente existirá en el futuro, pues es una tarea legítima del espíritu humano; pero no corresponde a la sociología, que es una ciencia empírica. "La sociología nunca satisfará, en efecto, al filósofo cuando éste pregunte: *¿Qué es lo social?* La contestación buscada de una determinación "esencial" queda por encima o por fuera de lo que el sociólogo puede ofrecer con sus métodos." ¹⁶ Como investigación empírica, a la sociología le basta que sea posible, como ha demostrado Weber, un conocimiento objetivo de la historia y con ello de la sociedad pese a su naturaleza histórica.

Es interesante subrayar que este análisis significa para el autor que es esencial definir la tarea y la situación de la sociología frente a la filosofía en general, a la filosofía social en particular, a las concepciones que niegan de hecho o de derecho la sociología, etc. Sería un error creer que se trata de una preocupación meramente académica. La cuestión si se quiere lo es, pero la importancia que se le asigna proviene de que, en el momento histórico en que

¹³ Medina, *op. cit.*, p. 15.

¹⁴ *Ibidem*, p. 20.

¹⁵ *Ibidem*, p. 25.

¹⁶ *Ibidem*, p. 30.

Medina escribe, fuera y dentro de América Latina, muy diversas tendencias espirituales se oponen a reconocer la sociología como ciencia. Demostrar la legitimidad del punto de vista científico constituye así una tarea inescapable.

Germani comparte con Medina muchas de las ideas que se acaban de exponer. Sin embargo, a través de su constante preocupación por el problema de la naturaleza de la sociología, agrega una serie de elementos que, de alguna manera, lo convierten en el representante más típico del movimiento de renovación y el autor sobre el cual la sociología posterior ha acumulado más reservas e invectivas.

Recuerda que la sociología tiene una larga tradición en América Latina y advierte que esa tradición es a la vez un apoyo y un obstáculo para la tarea que debe proponerse como ciencia empírica. Viene a ser un apoyo en cuanto el vehículo a través del cual se trasmite una tradición de "realismo social", de esfuerzo por comprender la realidad latinoamericana, que es uno de los aspectos más valiosos de esa tradición. Es un obstáculo porque ha creado una sociología académica estéril y anquilosada, que otorga poco o ningún valor a la investigación empírica y cuyos seguidores se constituyen en un grupo opositor a la implantación de la sociología científica.

El pensamiento del "realismo social" fue cambiando al influjo de las transformaciones ocurridas en los países centrales. También la implantación de la sociología científica es un producto de esas influencias. No podría ser de otro modo, puesto que América Latina fue siempre una parte de la cultura europea y la ciencia es necesariamente transnacional.

Esto plantea el problema de la recepción, en el que es posible distinguir dos aspectos. El primero es universal, pues se presenta en cualquier país, sea creador o receptor de doctrinas. Las teorías y los métodos, aunque se formulen en términos de universalidad, son productos históricos nacidos en contacto con una cierta realidad sociocultural, lo que puede hacerlos no trasladables sin más a otro tipo de realidad. Hay una necesaria interacción entre teoría y realidad concreta que vuelve absurda la aplicación ciega de modelos.

En su segundo aspecto, el problema puramente científico de la recepción se transforma en una cuestión emocional llena de connotaciones ideológicas cuando las teorías "foráneas" son rechazadas simplemente por serlo, en nombre de la autenticidad nacional. Se insiste, entonces, en la necesidad de una sociología latinoamericana original. ¿Cuál es el significado de esta exigencia? "Si representa el deseo de que también los países de América Latina se transformen en productores de teorías, tratase por cierto de un deseo justificado. Sólo que ello no se logra con declamaciones, sino tan sólo haciéndolo, es decir, a través de la creación de una tradición científica seria" y "la posibilidad de crear ciencia en términos universalmente válidos supone una íntima conexión con el proceso científico universal y de ningún modo un rechazo de éste."¹⁷ La aplicación de los procedimientos generales del quehacer científico es el único remedio, tanto contra la aceptación como contra el rechazo acrítico de los aportes del pensamiento universal. Lo que tiende a agravar las connota-

¹⁷ Germani, *La sociología en la América Latina*, p. 5.

ciones ideológicas del problema de la recepción es que el gran desarrollo de la sociología en Estados Unidos tiende a hacer creer a muchos que su implantación científica en América Latina no es sino un subproducto de la posición de ese país, que reúne la doble condición de hegemónico respecto a América Latina y de líder de uno de los bandos ideológicos en que se divide el mundo.

De esta manera, la implantación de una sociología científica se encuentra en una situación paradójica. Una buena parte del pensamiento de derecha la rechaza, ya porque niega la posibilidad de una ciencia de lo social, ya porque cree que existen peligrosas conexiones entre sociología y socialismo, ya por ambas cosas. Por otro lado, una buena parte de la izquierda también la impugna porque ve en ella un arma más del imperialismo. En otras palabras, según Germani, el desarrollo de la sociología está trabado por un debate ideológico acerca de ella que es falso y que no resuelve ninguno de los problemas reales de su implantación como ciencia en América Latina. Son esos problemas los que hay que enfrentar si se quiere hacer un aporte fecundo.

Florestán Fernandes cierra la trilogía de los autores fundamentales de este período y también presenta variaciones que ayudan a comprender mejor la complejidad del proyecto que a veces se ha llamado de la sociología científica. Tales variaciones pueden analizarse a través de tres características principales de su pensamiento. Una buena parte de su obra está dedicada a los temas estrictamente teóricos de la sociología,¹⁸ tratados con una fuerte preocupación por los problemas académicos en el mejor sentido de la palabra, es decir, por los que tienen que ver con una sólida formación de las nuevas generaciones. De todos los sociólogos latinoamericanos es por ello el que ha estado más cerca y estaría quizás en mejores condiciones de escribir un tratado de sociología. Muchos otros han compartido esa preocupación, por lo general limitándose a ello, pero sin tratar de utilizar el instrumental conceptual presentado para la interpretación de América Latina. En cambio, Fernandes ha unido una atención constante por la problemática de ésta y particularmente del Brasil.¹⁹

Una segunda característica del pensamiento del autor es que considera la historia de las ciencias sociales en general y de la sociología en particular como un largo esfuerzo de especulación acumulativa sobre una serie de temas centrales y básicos. De ahí que analice las distintas elaboraciones teóricas en relación con esos temas, para concluir en una especie de convergencia intelectual que va mostrando que ciertas líneas de pensamiento son las más apropiadas

¹⁸ Recuérdese que sus obras *Elementos de sociologia teórica* (Companhia Editora Nacional, São Paulo, 1970), *Fundamentos empíricos de explicação sociológica* (Companhia Editora Nacional, São Paulo, 1959) y *Ensaio de sociologia geral e aplicada* (Livraria Primeira Editora, 1960) están totalmente dedicadas a estos temas sobre los cuales, además, aparecen capítulos en otras obras.

¹⁹ Las obras más importantes a este respecto son: *Mudanças sociais no Brasil* (Difusão Europeia do Livro, São Paulo, 1960); *A sociologia numa era de revolução social* (Companhia Editora Nacional, São Paulo, 1963); "A integração do negro a sociedade de classes", en *Boletim da Faculdade de Filosofia, Ciências e Letras da Universidade de São Paulo*, núm. 301 (1964); *Sociedade de classes e subdesenvolvimento* (Zahar Editores, Río de Janeiro, 1968), y *Capitalismo dependente e classes sociais na América Latina* (Zahar Editores, Río de Janeiro, 1973).

para ciertos temas, como otras lo son para otros. Lejos de excluirse mutuamente, el enriquecimiento de cada una de ellas en los campos en que se aplica legítimamente se confunde con el enriquecimiento de la sociología toda. Es posible por ello utilizar el estructural-funcionalismo para ciertos problemas y el método dialéctico para otros, aunque parezca sorprendente a la mayoría de los integrantes de las generaciones actuales de sociólogos.

Todo ocurre como si para cada uno de los grandes problemas con que tropieza la reflexión sociológica se hubieran ido creando las soluciones básicas. Así "el método de comprensión que se preocupa de los problemas pertinentes a la socialización y a las bases sociogenéticas de la interacción social permite abstraer las variables operativas de un campo ahistórico; el método objetivo (o genético-comparativo), focalizando los problemas ontogenéticos y filogenéticos planteados por la clasificación de las estructuras sociales, permite abstraer las variables operativas, combinadas en constelaciones nucleares mutables, de un campo suprahistórico; y el método dialéctico, tratando de las relaciones existentes entre las actividades socialmente organizadas y la alteración de los patrones del orden social, que caen en la esfera de la conciencia social, permite abstraer las variables operativas de un campo histórico".²⁰ Cada uno de estos tres casos es ilustrado por el autor citando las contribuciones de Weber, Durkheim y Marx. Sería grave error, creer que Florestán Fernandes se propone amalgamar la contribución de estos autores. En primer término, de lo que se trata es de reconocer la legitimidad y la fecundidad de principio de las aportaciones de cada uno de ellos para la solución de ciertos problemas específicos de la sociología. En segundo lugar, el autor explora si esas aportaciones tienen o no algún valor para otros campos. En tercer lugar, no se trata de aceptar, pura y simplemente, la herencia intelectual recogida, ni de asumirla sin crítica, ni de mezclar las diferentes aportaciones indiscriminadamente.

Como a menudo se sostiene que este movimiento de ideas se caracteriza por una irrestricta adhesión al funcionalismo y la negación o la ignorancia del marxismo, conviene señalar la posición de Fernandes respecto de ellas.

El funcionalismo²¹ es considerado como uno, pero no el único de los recursos de la inducción analítica en sociología. En ese sentido, es un método fundamental para la ciencia y ha tenido una larga elaboración teórica y práctica que el autor examina detalladamente. Para comprender su posición es necesario recordar que "no todos los problemas sociológicos pueden ser manipulados a través de este método de interpretación, pese a que todos los fenómenos sociales caen, legítimamente, en su campo de aplicación, es decir, pueden ser analizados en términos de función".²² Los problemas en los que el análisis funcionalista es legítimo son los que tienen que ver con el flujo actual de la vida social, con las condiciones y procesos sociales subyacentes a las ma-

²⁰ *Fundamentos empíricos da explicação sociológica*, p. 38. Esta obra, esencial para comprender las bases epistemológicas y metodológicas del pensamiento del autor, es una de las mejores que se ha escrito sobre el tema en América Latina.

²¹ El tratamiento más completo del análisis funcionalista se encuentra en la parte tercera de *Fundamentos*, pp. 189-345, pero son también importantes las observaciones que se encuentran en *Elementos*, pp. 191-201.

²² *Fundamentos*, p. 270.

nifestaciones y al ejercicio de cualquier actividad social. De ahí la necesidad, que también es su limitación, de requerir una fijación estricta y precisa de su campo temporal.

El estudio de las conexiones funcionales no se limita necesariamente a los aspectos estáticos. Antes al contrario, la perspectiva lógica del análisis funcionalista es concentrar la atención sobre las conexiones y determinaciones de carácter dinámico, las que nacen de la existencia de una vida social en funcionamiento. Dicho de otra manera, el análisis funcionalista alcanza a aquellos problemas, llamados por algunos autores de fisiología social, que comprenden tanto procesos sociales recurrentes como ciertas condiciones de alteración del orden social.

La importancia del método funcionalista no deriva de que sea una teoría, cosa que Fernandes niega expresamente, sino de permitir el ajuste del horizonte intelectual del investigador a ciertos problemas, que pueden ser considerados tanto en el nivel empírico como en el teórico, para formular proposiciones empíricas, comprobarlas e incorporarlas a la teoría sociológica. Como se ha visto, el análisis funcional, lejos de ser solidario de una concepción estática de la vida social, como muchas veces se ha repetido, es útil para examinar las tensiones y conflictos sociales, los problemas del funcionamiento de un sistema social dado, etc. Pero ocurre que es ciego a los aspectos estrictamente diacrónicos, al establecimiento de regularidades de secuencia, defecto que también alcanza al método weberiano y que sólo el método dialéctico permite solucionar, en el entender de Fernandes.

La fecundidad del análisis funcional se define, pues, por el tipo de problemas que permite resolver, no por las presuposiciones de orden teórico o ideológico que pueden acompañarlo, como ocurre en diversos autores. Respecto a este último punto, Florestán Fernandes señala que si bien es cierto que posiciones funcionalistas fueron acompañadas en el pasado y en el presente por posturas ideológicas conservadoras dentro de la ideología liberal, esa conexión no constituye un producto inevitable ni necesario del funcionalismo. Por una parte, "no se debe perder de vista que algunos científicos sociales revelaron inclinación abierta por variantes radicales de la ideología liberal (como se podría ejemplificar con Thurnwald y, principalmente, Malinowski), y que una valoración constructiva del uso científico de ese método no impide la adhesión de los sociólogos ya sea de ideologías compuestas (como el tercer camino liberal-socialista de Mannheim), ya sea de ideología socialista (lo que ocurre con el autor de estas líneas)".²³

El método dialéctico lleva al autor a un análisis profundo de la obra de Marx.²⁴ Lo fundamental que cabe señalar aquí es que Marx, según Fernandes, fue el primero en analizar los problemas del desarrollo social como fenómenos histórico-sociológicos. El procedimiento marxista implica el conocimiento empírico de situaciones particulares que requieren explicación, el conocimiento empírico de situaciones histórico-sociales que tienen puntos de contacto

²³ *Elementos de sociología teórica*, p. 199.

²⁴ A este respecto puede verse sobre todo *Fundamentos*, pp. 103-127; *Mudanças sociais no Brasil*, introducción; *Ensaio de sociologia geral e aplicada*, pp. 301-342.

con ellas y el descubrimiento de la explicación adecuada para la situación histórica considerada. Esto significa manipular dos series reales, lo que obliga a circunscribirlas a un universo empírico determinado. Esa actitud se encuentra también en Weber, cuando trata de comparar una serie real con una serie construida. Para solucionar este problema, Marx recurrió siempre al estudio del fenómeno que consideraba típico, aquel a partir del cual se pudiera concluir para otros de la misma naturaleza, con independencia de los grados posibles y variables de desarrollo y complejidad. Lo que es verdadero para el fenómeno típico, en un sentido muy diferente que el tipo de Weber o el de Durkheim, lo sería también para los fenómenos análogos o similares en aspectos esenciales. Esa es la razón por la que el estudio del capitalismo parte del estudio de la experiencia inglesa, porque su análisis, dejando de lado peculiaridades accidentales, permite levantar el modelo de lo que es el modo de producción capitalista y de sus leyes esenciales. Las demás sociedades de diversas maneras, más tarde o más temprano, y también con el acompañamiento de ciertas peculiaridades propias, terminarán comportándose de acuerdo con esas leyes, cada vez más plenamente. En suma, el método dialéctico permite construir la ley general de evolución de un tipo determinado, estableciendo el modelo al que, en virtud de requisitos estructurales y funcionales básicos, tienden todas las sociedades globales que pertenecen al tipo. Desde este punto de vista, importa la conexión orgánica que existe entre las relaciones y categorías económicas, por ejemplo; no el orden histórico en que hayan aparecido. Para establecer esa conexión, la dialéctica va del todo a la parte y viceversa, de lo abstracto a lo concreto y viceversa. De ahí la observación de Florestán Fernandes sobre los límites de la contribución marxista. Ella posee carácter general, no particular. "Las interpretaciones sociológicas de Marx no permiten conocer, positivamente, los factores y los efectos del desarrollo social desigual de los diversos sistemas sociales que tienden al mismo tipo de sociedad de clases. Nos ofrecen una descripción general del propio proceso de desarrollo social, tal como se desenvuelve en el plano histórico en esos sistemas".²⁵ Exacta o no, esta observación indica la convicción de que el aporte de Marx tiene algunas limitaciones en el sentido de que, por sí mismo, no permite resolver algunos problemas que enfrenta el análisis sociológico.

Esta síntesis muy esquemática de algunas de las bases teóricas del pensamiento de Florestán Fernandes muestra que el punto importante a discutir no reside en el problema de la atribución de un supuesto eclecticismo, sino en otros campos. En primer lugar, el análisis de la pretensión de que para los distintos problemas centrales de la sociología existen abordajes diferentes y complementarios, cuando se considera la disciplina en su conjunto. En segundo lugar, la determinación de la validez de la pretensión implícita, y muy a menudo explícita, de que esos diferentes abordajes pueden ser considerados desde el punto de vista metodológico desprendiéndolos, en cierta manera, de las bases teóricas que los sustentan. En otras palabras, el autor parece afirmar que los problemas objetivos que enfrenta la sociología determinan ciertos

²⁵ *Mudanças*, p. 31.

abordajes metodológicos. Como es obvio, puede sostenerse que es la teoría de la que se parte la que determina cuáles son los problemas centrales de la sociología y el tipo de tratamiento que requieren.

La tercera de las características del pensamiento de Florestán Fernandes es su constante preocupación por el problema del papel del sociólogo. Como la ciencia y la tecnología son los grandes motores del desarrollo, para comprender el papel del sociólogo hay que tener en cuenta los caracteres de la ciencia en general y de las ciencias sociales en particular. La ciencia es trans-cultural, porque es un sistema de símbolos asimilables por cualquier civilización en la que los criterios y los procedimientos del pensamiento científico puedan ser puestos en práctica. La ciencia puede y debe tener una función emancipadora para los países subdesarrollados. La realización de esta posibilidad depende de la capacidad de integrar los objetivos empíricos, teóricos y prácticos del conocimiento científico.

Para el autor, la consolidación del orden democrático y el uso del planeamiento son los dos grandes instrumentos del desarrollo, por lo que el hombre de ciencia, si no quiere convertirse en mero instrumento de grupos sociales poderosos, debe ver claro cuando los propósitos extracientíficos amenazan la marcha de la civilización moderna.

3. *El problema de los valores y de la neutralidad valorativa*

Este es un problema central para el movimiento de renovación de la sociología, Medina, por ejemplo, aborda el problema de su relación con la ideología y con los valores. Señala que es la "opinión todavía predominante que la sociología, en cuanto ciencia, comparte o debe compartir con todas las demás la neutralidad valorativa".²⁶ Recuerda la posición concordante de Weber y la contraria de Dewey para señalar al final de una nota: "En realidad la tesis de la neutralidad valorativa parece muy quebradiza. Se ha aceptado aquí, en cuanto opinión todavía corriente y para no complicar más el problema, aunque yo no la comparto íntegramente."²⁷ En otra ocasión, nuestro autor es algo más explícito.²⁸ Recuerda la rigurosa distinción entre la esfera de los hechos y la esfera de los valores y afirma que responde a una conciencia de responsabilidad en armonía con lo que debe ser el sentido del espíritu universitario en una sociedad "todavía liberal". Pero la doctrina puede ser paralizante en ciertos momentos de lucha. Entra por eso dentro de la conciencia de responsabilidad con que ha de proceder el universitario a la clara explicitación de las convicciones que mantiene como hombre, que dan sentido a su vida y a sus afanes y que quizás sean el resorte personal de su propia tarea científica. Sólo que esa explicitación, exigencia misma de la comunicación en-

²⁶ Medina, *Sociología: teoría y técnica*, p. 27.

²⁷ *Ibidem*, p. 28.

²⁸ José Medina Echavarría, *Presentaciones y planteos. Papeles de sociología* (Universidad Nacional Autónoma, México, 1953), pp. 36-37 y 65-66.

tre personas, debe mantenerse limpia y netamente separada de aquello que en su conciencia de científico crea poder afirmar como verificable saber de hecho.²⁹

Es interesante notar que no existe un pronunciamiento claro acerca de si la sociología puede y debe ser valorativamente neutra. Parece aceptar esto como un ideal al que la ciencia debe acercarse, pese a todas sus dificultades. Las reservas se refieren más bien a dos planos diferentes de la cuestión. Por una parte, que el científico social debe explicitar sus juicios de valor, poner de relieve su "ecuación personal"; sin embargo, como debe mantenerlos limpiamente separados de aquello que puede afirmar como saber de hecho, ello no se contradice con la neutralidad valorativa, sino más bien parece una manera de afirmarla impersonalmente, que es la tarea de la ciencia. Por otro lado, la reserva tiene que ver con la posible inactividad del científico cuando cae en una duda que paralice la acción. "En este punto, es bien significativo que la ciencia social contemporánea haya oscilado y siga oscilando entre el postulado de la *Wertfreiheit*, de la eliminación de todo juicio de valor y la tesis que hace depender su propia posibilidad nada menos que de la existencia de valores proyectados por la misma existencia limitada del investigador. Hemos así vivido en estas últimas décadas entre la indecisión por norma o el decisionismo instantáneo como criterio de verdad. Mas entre la indecisión como actitud y el decisionismo ciego hay paradójicamente un parentesco profundo, pues en ambos se perfilan gestos distintos de un mismo vacío."³⁰ No se niega, por lo tanto, la tesis de la neutralidad valorativa con referencia a la ciencia misma, sino una consecuencia que, aunque común, no deriva necesariamente de ella: la abstención del científico de opinar sobre toda praxis. Es obvio, aunque Medina no lo señale expresamente, que puede hacerlo siendo fiel a aquella teoría si recuerda que, aunque apoyándose en la ciencia, está traspasando sus límites, y que debe hacerlo si su responsabilidad como ciudadano se lo dicta sin que, por la misma razón anterior, haya incompatibilidad entre ese papel y el del científico.

De cualquier manera, los grandes temas de la posibilidad de una ciencia valorativamente neutra, de la relación de esa posibilidad con los valores propios del científico como hombre y de las responsabilidades del hombre de ciencia frente a la acción, que van a preocupar tanto a la sociología "científica" como después a la "crítica", aparecen en Medina perfectamente delineados.

Quizá sea legítima la hipótesis de que en esos años de guerra y posguerra —cargados de la experiencia totalitaria, del derrumbe de la sociedad liberal y de las esperanzas por reconstruirla— afirmar la legitimidad de la sociología es inseparable de la meditación sobre su papel, entre otras muchas actividades también legítimas del espíritu humano, y de la reflexión sobre la inestable posición del científico social reclamado por otros y por sí mismo a aportar algo efectivo a una tarea que tanto lo sobrepasa pero en la que su participación se impone ineludiblemente.

Esa reflexión no lleva a Medina a hacerse ilusiones acerca de la situación

²⁹ *Ibidem*, p. 37.

³⁰ *Ibidem*, p. 64.

del científico social y apoyándose en la experiencia del pasado escribe unas líneas que prevén, con clarividencia quizás lamentablemente exacta, los que van a ser sus avatares en América Latina:

Pues todos los intereses y fuerzas sociales quisieran probar que tienen al saber científico de su lado y hacen todo lo posible por conseguirlo; en una época de intensa "politización", el científico social ha sido fatalmente la primera víctima y el silenciado con mayor vigor. Se ha hecho observar con razón que el representante de la ciencia social es el más indefenso entre todos los intelectuales en los momentos de tensión partidista o de persecución totalitaria; los temas de su investigación se encuentran en el meollo mismo de los antagonismos y ante ellos no tiene puerta de escape ni técnica de disimulo. No disfruta de la neutralidad fácil del científico de la naturaleza, ni puede, como el filósofo, remontarse a alturas inaccesibles de abstracción o arroparse en la magnífica soberbia de un oscuro lenguaje. Las experiencias totalitarias muestran por eso el alto porcentaje con que la ciencia social ha contribuido a las distintas depuraciones universitarias. El cultivador de la ciencia social ha sido y es un depurable nato y esto cualquiera que sea el depurador.³¹

La melancólica certidumbre de la verdad de esta prognosis obliga, más que evita, a retornar constantemente a este problema de la relación entre sociología y praxis, que para el autor no se confunde —conviene subrayarlo aunque sea quizás, obvio— con el de la naturaleza de la sociología como ciencia. Muchos años después de escritas las páginas anteriores vuelve sobre el tema para distinguir tres posiciones.³² En la primera, "...la actividad del sociólogo significa una postura crítica de carácter total de la sociedad en que vive y con que se enfrenta; crítica que se apoya por eso de modo necesario en un momento ideológico o de concepción del mundo y que ofrece como resultado la propuesta de una remodelación completa de esa sociedad, en una y otra dirección, de izquierda o derecha... Al momento ideológico de la postura anterior sustituye ahora uno de riguroso carácter científico. La sociología se proyecta como disciplina de naturaleza funcional capaz de desprender, al igual que otras de esa misma clase, orientaciones precisas para la conducta práctica. La praxis derivada del análisis sociológico no pretende la reforma o transformación completa de la estructura social, sino la eficaz actuación sobre uno u otro de los componentes de la misma, quizá de acuerdo con metas que le han fijado de antemano. La sociología acentúa en este sentido su significación 'operativa' y aspira a ofrecer como otras ciencias un repertorio de afinados instrumentos". En una tercera posición, por último, "...las relaciones entre teoría y praxis se presentan menos comprometidas, pues no se trata en ella de formular predicciones de estricta precisión científica —aunque sean limitadas— análogas a las del conocimiento de las disciplinas naturales, sino de 'comprender' una situación social del carácter histórico. Aspira, por consiguiente, a un tipo de análisis en que se muestra la estructura y las tendencias dinámicas

³¹ *Ibidem*, p. 31.

³² José Medina Echavarría, *Filosofía, educación y desarrollo*, Textos del ILPES (México, Siglo XXI, 3a. ed., 1973), pp. 270-271.

de esa situación, proyectando hasta donde sea posible las diversas probabilidades en ella contenidas”.

Medina adopta la última, pero no niega la legitimidad de la segunda. Afirma, por último, de acuerdo con lo que siempre había pensado, que si la praxis no puede quedar fuera del ámbito de preocupaciones del sociólogo, los criterios para guiarla tampoco pueden derivarse totalmente de sus puntos de partida estrictamente científicos. Así se concilian la responsabilidad ineludible del hombre de ciencia y la libertad que debe ser base de la elección en lo que se refiere al reino de los fines, es decir, al sustento último de toda praxis.

En otras palabras, tal vez sea justo decir que para Medina Echavarría la ideología bordea por todas partes a la ciencia y, más aún, al científico social, pero no se confunde nunca con ella. La objetividad y la racionalidad son los rasgos distintivos sin los cuales la ciencia ya no es tal, sino el “decisionismo” a que aludía en las páginas citadas más arriba. Así, una motivación ideológica está en los orígenes de la tarea científica y una actitud de servicio que sólo puede ser sustentada en supuestos ideológicos se encuentra necesariamente en los límites finales de esa tarea, cuando las exigencias de la praxis se imponen al científico como deberes irrenunciables.

Las ideas de Germani sobre el tema de la neutralidad valorativa pueden considerarse las más representativas del período que se analiza. Debe reconocerse que existe una tensión entre dos exigencias contradictorias: la de reconocer el papel de los valores en el conocimiento social y la de mantener el ideal de imparcialidad sin el cual la ciencia es imposible. Esos valores pueden tener un papel en el origen de hipótesis, teorías y conceptos. “Una distinción básica en epistemología permite reconocer con precisión el papel creador de los valores, al estimular la imaginación, para la formulación de hipótesis, teorías y conceptos. Pero también obliga a reconocer que la aplicación del sistema de normas propias del *contexto de justificación* es lo que decide el status científico de las proposiciones, cualquiera que haya sido su fuente de inspiración.”³³ Esto no resuelve todos los problemas, puesto que se puede cuestionar el contexto de justificación mismo, pero cuando esto ocurre o bien la crítica se pierde en un relativismo extremo, en el cual es indemostrable su valor, o bien tiene por objeto crear un nuevo contexto de justificación. De ahí que, en definitiva, todos los investigadores, según Germani, terminan en una actitud concreta, que inspira su trabajo y cuyos rasgos más salientes serían:

a] Existe una diferencia sustancial entre ciencia e ideología, diferencia que no sólo existe (como hecho), sino que es también necesaria (como deber ser); “es decir, ella misma es asumida como valor”;³⁴

b] Algunos están dispuestos a admitir que las proposiciones científicas resultan, en alguna forma, de decisiones extracientíficas, valorativas, aunque asuman formas manifiestas no valorativas;

c] Sin embargo, ese reconocimiento no invalida la aspiración a la objetividad, la cual es posible en tanto se admita también que ese condicionamiento no equivale a un determinismo individual. Este, por lo tanto, encuentra su

³³ Germani, *La sociología en la América Latina*, pp. 144-145.

³⁴ *Ibidem*, p. 145.

corrección en el proceso mismo del conocimiento científico y queda neutralizado porque ese proceso es esencialmente autocorrectivo. La autocorrección es el resultado de un esfuerzo cooperativo y acumulativo;

d] Justamente ese carácter de la ciencia como proceso social, cuyo producto es un cuerpo de proposiciones incluidas (provisionalmente) en virtud de ciertas normas, permite superar el relativismo derivado de la vinculación con los valores;

e] La actividad científica concreta rechaza implícita o explícitamente los dos argumentos que podrían formularse en contra de la existencia y el funcionamiento de ese mecanismo autocorrectivo de la ciencia que serían la incommunicabilidad absoluta entre científicos pertenecientes a diferentes culturas y la inexistencia de un sistema de normas con validez universal. Ningún investigador puede admitirlos, pues en ese caso carecería de sentido su actividad como científico.

El problema de la neutralidad valorativa es así un aspecto de toda una concepción de la ciencia que no sólo es para Germani la verdadera, sino la que conviene afirmar en la situación de América Latina. No son los excesos del cientificismo los peligros que la acechan, sino el de que no se produzca la efectiva implantación de la tarea científica en sociología.

Según Florestán Fernandes, en los países desarrollados los sociólogos tomaron dos orientaciones extremas en esta materia. La primera y más frecuente fue la de desinteresarse del problema práctico, concentrando sus energías en objetivos teóricos; la segunda fue el ego-envolvimiento en alternativas ideológicas reconocidas socialmente como legítimas, lo que permitía considerar los problemas prácticos en una mezcla inextricable de argumentos científicos y extracientíficos. En estas dos maneras de ver, la sociología adquiere el carácter de una disciplina apologetica unas veces del orden social existente y en otras de una concepción utópica. Para Florestán Fernandes ambos procedimientos son inadecuados y hay que procurar vías más complejas de integración del espíritu científico en la solución del problema práctico de nuestro tiempo. En una era en que el planeamiento es una necesidad social, en la que el sociólogo tiene tareas importantes que realizar en él, se requiere otro género de posiciones.

La solución del problema está en que el hombre de ciencia puede encontrar en ésta condiciones para practicar opciones y llevarlas a cabo en forma congruente y eficaz. Esto en modo alguno significa confundir ciencia con ideología. Las ideologías "no pueden servir como fuente o como paradigma de verdad (por lo menos del conocimiento verdadero requerido por la ciencia)".³⁵ Una ideología puede responder en determinado momento histórico a las mismas necesidades psicosociales y socioculturales que las investigaciones sociológicas, pero tal conexión es transitoria. Toda ideología, aunque haya tenido una función revolucionaria, se transforma en factor de estabilidad. Así, por ejemplo, el liberalismo y la sociología derivan de influencias sociales idénticas en sus orígenes; sin embargo, mientras el primero, en los cen-

³⁵ *A sociologia numa era...*, p. 108.

tros de elaboración original de la sociedad moderna, ha perdido su función de fuerza social constructiva, la sociología adquiere nuevas posibilidades de ser utilizada en los procesos de reconstrucción social. "La ciencia, al contrario de las ideologías, no se agota a través de los procesos histórico-sociales a los que se vincula, porque propone 'juicios de valor' que se reajustan incesantemente a los cambios ocurridos en las condiciones psicosociales y socioculturales de manipulación teórica y práctica de los conocimientos científicos por los hombres."³⁶

La cuestión que queda planteada es, pues, la de cómo la ciencia puede emitir juicios de valor. Si puede hacerlo con el mismo lenguaje y el mismo método que utiliza para emitir juicios de realidad, como afirma el autor, es comprensible que sus juicios de valor se reajusten indefinidamente, puesto que serían tan provisionales como cualquier juicio científico, pero la primera cuestión subsiste.

Su respuesta parece encontrarse en la concepción que el autor se hace de la sociología aplicada. La tradición liberal quiere que el científico se desinterese de la aplicación del conocimiento que produce y ensalza la ciencia pura, porque en el fondo supone que en una sociedad competitiva se produce una selección automática de los conocimientos útiles. Tal creencia es imposible de compartir en nuestra época en la que el planeamiento, la intervención racional para transformar la realidad se vuelve tan ineludible. Es al "análisis de los efectos dinámicos de la vida social y a las condiciones previsibles de la intervención racional en el control de las situaciones en que ellas emergen socialmente"³⁷ a lo que se dedica la sociología aplicada.

El proceso de intervención racional en la realidad social es de naturaleza sociocultural. "Los fines y las condiciones de la intervención están dados en la realidad; y la libertad para la elección y la utilización de los medios es limitada, tanto tecnológica como éticamente."³⁸ Lo que compete a los sociólogos "no es trazar planes ideales de organización de las sociedades humanas, sino producir conocimientos que expliquen ese proceso científicamente y aseguren el mayor dominio posible sobre las diversas fases de intervención racional en la realidad social".³⁹ Tal orientación enriquece al resto de la sociología —es un error separar la aplicada como algo básicamente distinto— y forma parte de los deberes fundamentales del sociólogo, el que no puede desinteresarse de la aplicación de los conocimientos obtenidos por su ciencia.

Dentro de esta manera de ver, el sociólogo en cuanto tal tiene la obligación ética de preocuparse por las aplicaciones, lo que es al propio tiempo una obligación científica, pues el estudio de lo que ocurre en el proceso de intervención racional puede servir para aumentar el conocimiento, para probar hipótesis, etc. Estas afirmaciones son difícilmente objetables, pero puede señalarse una cierta ambigüedad en el autor. A juzgar por lo dicho hasta aquí, los juicios de valor se encuentran en la sociología porque se encuentran en

³⁶ *Ibidem*, p. 109.

³⁷ *Ensaio de sociologia geral...*, p. 151.

³⁸ *Ibid.*, p. 122.

³⁹ *Ibid.*, p. 123.

la sociedad, a título de hechos que el sociólogo no puede ignorar, menos que nunca cuando se preocupa de la aplicación de sus conocimientos. Pero en otras partes de la obra de Fernandes parece afirmarse que la ciencia misma da elementos para formular juicios de valor que derivan de criterios científicos, y esto ocurriría cuando es posible demostrar, entre otras cosas, que existen desfases. Así ocurriría, por ejemplo, si se considerara que la educación existente en una sociedad no es la adecuada al estado del conocimiento científico ni a las exigencias de su evolución futura. En este caso parece menos clara la distinción con la ideología, tan netamente formulada por el autor. La solución estaría en la idea de que, una vez admitida la necesidad de consolidar el orden democrático y del planeamiento, la sociología puede contribuir a ambas cosas y sus juicios de valor se convierten en justificados o justificables como consecuencia de una opción previa que corresponde a la marcha de la sociedad. Si se da por sentado que existen criterios objetivos y científicos para determinar cuál es la marcha de la sociedad y esa marcha coincide con lo que debe ser, es obvio que el sociólogo puede demostrar que determinados juicios de valor son consecuencia coherente e irrefutable de los puntos de partida y de la manera como pueden manejarse los factores sociales que permiten alcanzar mejor los objetivos. En ese mismo caso es posible atribuir al sociólogo el papel de vanguardia en la conciencia de los problemas sociales.

La teoría y la práctica dejan de ser cosas diferentes. La ambigüedad de esta concepción, la dificultad para determinar cuándo se habla de lo que es y cuándo del deber ser, se nota en la insistencia de Florestán Fernandes en que sólo en la consolidación del orden democrático y en el planeamiento se dan las verdaderas condiciones para que el sociólogo pueda desempeñar su papel. En ese caso la función del sociólogo aparece como deseable y las conclusiones pertenecen más a la deontología de la sociología que a la sociología de la sociología.

4. *La ruptura del paradigma*

Como acaba de verse, el proyecto de renovación de la sociología comporta variantes de considerable importancia entre los autores que lo apoyaron. Una cuestión tan decisiva como la de los juicios de valor, por ejemplo, recibe respuestas bastante diferentes. El análisis de otros autores no agregaría nada importante a la configuración básica que el de los citados permite construir, tanto en los aspectos en que existe consenso como en aquellos otros en los que se aprecian diferencias sustantivas.

Ya a fines de la década del 50, pero más ampliamente durante los años 60, se inicia un proceso de cambio en la sociología latinoamericana que encuentra su punto de arranque en la crítica de las elaboraciones y avances conseguidos por los autores que se acaban de examinar y por muchos otros que compartieron sus puntos de vista.

Si entre fines de la década del 40 y comienzos de los años 60 hay un cambio notable en la ciencia social latinoamericana con respecto a la época ante-

rior, en el decenio siguiente las críticas mencionadas producen una nueva transformación, de magnitud no menos considerable. Un ejemplo puede dar cabal idea de lo que ha ocurrido en la materia durante ese período. En un seminario sobre "El sociólogo y su compromiso" que tuvo lugar en Buenos Aires en 1965, al referirse a las divisiones existentes en la comunidad sociológica, uno de los participantes, Francisco Suárez, señaló: "Hasta ahora ha tenido bastante importancia la discriminación ideológica, *pero cada vez más va perdiendo importancia* y la van asumiendo, paralelamente, las discriminaciones o los nucleamientos conflictivos basados en el tipo de entrenamiento diferencial."⁴⁰ Ninguno de los sociólogos presentes objetó esta afirmación y la lectura del resto de las intervenciones muestra que explícita o implícitamente todos la compartían.

Para cualquiera que conozca la situación actual de la sociología en América Latina, estas aseveraciones parecen cosa de un lejano pasado; para las generaciones más nuevas, sobre todo, deben resonar como ecos de una ingenuidad casi prehistórica. Sólo diez años han transcurrido y, cosa digna de señalarse, los sociólogos que participaron en el seminario mencionado pertenecen a la generación de los discípulos de los autores analizados en el acápite anterior. La cita demuestra que estos hombres, de ideologías políticas muy diferentes, adoptan una misma versión del proyecto "científico", de tales caracteres que les lleva a pensar que las diferencias ideológicas van perdiendo importancia en la labor de la sociología, justamente en el momento en que empiezan a cobrarla con mayor intensidad, como será evidente muy poco después. El cambio aparente, por consiguiente, es enorme entre cada uno de los dos proyectos y sus antecesores. Hasta donde esa apariencia corresponde a una realidad profunda será tema de la sección siguiente, pero no está de más subrayar la existencia de cambios tan grandes en períodos tan cortos de tiempo y el hecho de que las antiguas corrientes de pensamiento coexisten con las nuevas.

IV. LA CRÍTICA AL "CIENTIFICISMO" Y LA SOCIOLOGÍA "CRÍTICA"⁴¹

1. Sobre los actores de la nueva orientación

Graciarena ha distinguido tres generaciones sociológicas latinoamericanas: la tradicional, es decir, la que ocupaba las cátedras de sociología cuando se produce el movimiento de renovación examinado en la sección anterior; la inter-

⁴⁰ Juan Carlos Agulla, Gerardo Andújar, Adolfo Critto, Floreal Forni, José Luis de Imaz, José Enrique Miguens y Francisco Suárez, *Del sociólogo y su compromiso* (Ediciones Libera, Buenos Aires, 1966), p. 59. Subrayado nuestro.

⁴¹ El uso de las comillas, lejos de implicar juicio alguno de valor, trata de evitarlos señalando *ab initio* que el proyecto descrito en la sección anterior ha sido llamado cientificista en sentido peyorativo y el nuevo, que aquí se expone, crítico en sentido laudatorio. Las comillas sólo quieren dejar en suspenso la adhesión o el rechazo de tales pretensiones.

media, que lo realizó en contra de la tradicional, y la más reciente. Tal clasificación, aun siendo esquemática como reconoce su autor, permite abordar el análisis de los sociólogos "críticos". En primer lugar, dentro de la llamada generación "intermedia" se produce una división entre sus miembros respecto a la orientación original.⁴² Una parte de ellos niega y critica los postulados básicos en torno a los que habían estado nucleados para enfrentar a los sociólogos "tradicionalistas". Una vez que éstos perdieron relevancia en el panorama académico de la región, hubo oportunidad de que comenzaran a surgir las diferencias entre sus opositores. Así se constituye el primer contingente de la nueva orientación crítica.

La generación reciente y los estudiantes de sociología en general se embarcarían también en la nueva línea. Esto ha hecho que muchos hayan presentado la aparición de la sociología crítica como una pugna generacional, por cuanto los más jóvenes no reconocen muchas veces la heterodoxia de los "desviados" de la generación intermedia, a los que incluyen en el mismo saco con los más criticados "cientificistas". Debe recordarse, sin embargo, que incluso entre los jóvenes, la adhesión a los nuevos postulados dista de ser unánime. Graciarena distingue entre los egresados de escuelas latinoamericanas, generalmente caracterizados por su mala formación teórica y metodológica, su carencia de autonomía de investigación y su elevado compromiso ideológico, y los graduados en universidades norteamericanas (o en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales), que se singularizarían por rasgos opuestos a los enunciados y por cierta tendencia a convertirse en tecnócratas. Estos últimos disfrutarían de gran movilidad ocupacional e internacional, que fomentaría su falta de compromiso político. La distinción resulta de interés para mostrar la necesidad de relativizar la explicación de la pugna generacional. Es muy clara la existencia de dos grupos con posibilidades ocupacionales muy diversas y que, en general, sustentan orientaciones básicas divergentes. Mientras los egresados latinoamericanos se adhieren a la postura crítica, porque va mejor con su radicalización política, los graduados en el extranjero prefieren la asepsia del cientificismo. También debe destacarse que en los últimos tiempos muchos de los que deberían pertenecer a este segundo grupo, de acuerdo a su formación, han defeccionado para pasarse con armas y bagajes al otro. Es especialmente notable la actitud de las últimas generaciones de egresados de FLACSO, institución a la que no puede seguir describiéndose como la representante de una orientación empiricista en la región, pues dicha imagen corresponde a un pasado que muy poco tiene que ver con la realidad actual.

Esta breve incursión en el problema de los actores indica que la explicación del surgimiento de la sociología crítica en América Latina mediante el argumento de la pugna generacional difícilmente encuentra asidero.

⁴² Jorge Graciarena, "La crisis latinoamericana y la investigación sociológica", en *Revista Mexicana de Sociología*, año xxxii, núm. 2 (marzo-abril de 1970), pp. 195-228.

2. Clasificación de las críticas

Si resulta relativamente fácil demostrar que representantes de las más diversas generaciones se encuentran en partidos opuestos en esta pugna sobre la naturaleza y el significado práctico del quehacer sociológico —aunque sea verdad que la proporción de contrarios al proyecto “científico” aumenta en las generaciones más recientes—, mucho más complejo es determinar cuál es el o los proyectos que se proponen en su lugar. Como ya se ha visto en la sección anterior, hay discrepancias no tan mínimas entre los autores pero también una cierta unidad que legitima el hablar de un proyecto y esto es evidente para sus críticos, a los cuales sólo podría imputárseles que exageren esa unidad. Ocurre que si los críticos suelen estar de acuerdo en la actitud crítica, los proyectos sustitutivos que proponen muestran variaciones de importancia.

Estas razones justifican comenzar por el análisis de las primeras, para presentar luego algunos ejemplos de las orientaciones más comunes a los proyectos sustitutivos.

Las críticas a los sociólogos y a la sociología de la posguerra pueden clasificarse en políticas y teóricas. Pertenecen al primer rubro todas aquellas que muestran a unos y a otra como defensores del *statu quo* e incluso como instrumento de la dominación imperialista. Las segundas, en cambio, recorren una gama mucho más amplia que va desde una concepción alternativa en la manera de hacer sociología, que lleva a criticar el postulado de la neutralidad valorativa, a discutir las relaciones entre ciencia e ideología y a postular la necesidad de abandonar el neopositivismo en beneficio de orientaciones dialécticas, hasta el rechazo de las teorías basadas en tales supuestos, como el estructural-funcionalismo y más particularmente las teorías de la modernización. Se afirma que éstas no son aplicables a la realidad latinoamericana, por lo que consecuentemente se sostuvo que los sociólogos “cientificistas” carecen de un conocimiento adecuado de la realidad de estos países.

Sería imposible considerar todo ese aparato crítico en detalle, pero es ineludible analizar sus temas centrales. De ahí que los acápites que siguen se ocupen de la crítica a la idea de la neutralidad valorativa, del problema de la posibilidad de un conocimiento científico y sus relaciones con la ideología, de la cuestión de las formas de institucionalización y, en último término, de los usos políticos de la sociología, porque alrededor de ellos se concentran las preocupaciones básicas de la sociología “crítica”. La última parte de la sección analiza los intentos más logrados de construir un proyecto sustitutivo al expuesto en la sección anterior.

3. Contra la neutralidad valorativa

El postulado de la neutralidad valorativa fue uno de los basamentos del enfoque “científico” de las ciencias sociales. En su defensa, los renovadores de la posguerra escribieron muchas páginas, como ya se vio. Ha sido también de los postulados más discutidos por los críticos. Uno de los que más énfasis ha

puesto en la presentación de una posición alternativa ha sido Orlando Fals Borda.⁴³

Sostiene que no es posible ser neutral. Siempre existe el compromiso sea con el *statu quo* —como en el caso de aquellos que, amparándose en el principio de la neutralidad valorativa, contribuyen al sostenimiento del régimen vigente— o con el cambio social. Por ello es imprescindible tomar posición, explicitando los juicios de valor que llevan a articular una determinada interpretación de la sociedad.

Es necesario asumir compromisos, lo que lo lleva a postular un sociología “comprometida” con el desarrollo.⁴⁴ Ello no implica una nueva escuela, lo que significaría negar la existencia misma de la sociología como ciencia con un cuerpo propio de conocimiento,⁴⁵ sino que se postula la adopción por el sociólogo de un cierto *engagement* de tipo sartreano, vale decir, “la acción o actitud del intelectual que, al tomar conciencia de su pertenencia a la sociedad y al mundo de su tiempo, renuncia a una posición de simple espectador y coloca su pensamiento o su arte al servicio de una causa”.⁴⁶ En momentos de crisis como el que vive actualmente América Latina, ese compromiso sólo podría ser con la transformación de la situación actual en una sociedad mejor. El compromiso implica dos planos: por un lado, la conciencia de los problemas de la sociedad; por otro, el conocimiento de la teoría y los conceptos aplicables a esos problemas. Estima Fals que no son dos niveles paralelos ni independientes, sino que “se trata de dimensiones simbióticas de un mismo conjunto científico que ejercen mutuos efectos en el proceso de sistematización y avance del conocimiento. Por eso, el compromiso-acción, aunque ideológico, no queda fuera de los procesos científicos”.

Todo ello, en su entender no es contradictorio con la objetividad de la ciencia. Esta no es neutral, pero sí objetiva. Sucede que en la mayoría de los casos se confunde objetividad con indiferencia moral, lo que es una forma de compromiso con el *statu quo*. En cambio, Fals estima que la objetividad consiste en “no tener compromisos con un orden moral que se transforma, so pena de reducirse a mero subproducto intelectual de los factores de estancamiento social e histórico”.

Esa ciencia comprometida y objetiva no es la que hoy se conoce como ciencia “universal”, por cuanto ésta no es más que una parte del aparato de dominación de los países avanzados. Se requiere la construcción de una ciencia

⁴³ Véase Orlando Fals Borda, “Ciencia propia y colonialismo intelectual”, en *Anuario de Sociología de los Pueblos Ibéricos*, vol. iv (1968), pp. 47-70; “Ciencia y compromiso: Problemas metodológicos del libro *La subversión en Colombia*”, en *Aportes*, núm. 8 (abril de 1968), pp. 117-128; “La crisis social y la orientación sociológica: Una réplica”, en *Aportes*, núm. 15 (enero de 1970), pp. 62-76; “Algunos problemas prácticos de la sociología de la crisis”, en *Ciencias sociales: ideología y realidad nacional* (Editorial Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires, 1970), pp. 59-85; “Reflexiones sobre la aplicación del método de estudio-acción en Colombia”, en *Revista Paraguaya de Sociología*, año 10, núm. 26 (enero-abril de 1973), pp. 25-36.

⁴⁴ Fals, “Ciencia propia...”, *loc. cit.*, p. 52.

⁴⁵ Fals, “Algunos problemas prácticos...”, *loc. cit.*, p. 70.

⁴⁶ Fals, “Ciencia propia...”, *loc. cit.*, p. 67.

propia, que cumpla con los requisitos de adaptar e innovar. No es posible dejar de lado los aportes procedentes de los países avanzados, pero sus hallazgos deben adaptarse a la realidad del subdesarrollo. La tarea del científico social debe ser también innovadora. Recuerda Fals que "la creatividad intelectual de algunos de los mejores profesionales latinoamericanos contemporáneos va en relación inversa con su dependencia de los modelos de investigación y de los marcos conceptuales diseñados en otras partes".⁴⁷

4. Ciencia y sociología

Las consideraciones anteriores llevan a dudar o negar un postulado central sobre el que los integrantes del proyecto de renovación estaban unánimemente de acuerdo; el de que la sociología es una ciencia empírica, objetiva, transnacional y claramente diferenciable de la ideología. La revisión crítica termina alcanzando a todas o a algunas de esas características y cabía esperar que llegara a diferentes tipos de conclusiones. Una sería negar la posibilidad de un conocimiento científico de lo social, objeto que pertenecería a la filosofía social. Otra alternativa sería afirmar que existe una ciencia social válida, la de bases marxistas, y otra falsa, la funcionalista, supuestamente típica del período anterior. La tercera posibilidad estaría en admitir dos grandes vías para construir la sociología, una marxista y otra funcionalista. Ambas darían lugar a sendas ciencias con lo que habría de renunciarse a toda pretensión de universalidad.

Es interesante notar que nadie parece haber afirmado expresamente la primera alternativa, mientras que las otras han sido recorridas por la revisión crítica con mayor o menor éxito.

Uno de los postulados, particularmente claro en Germani, parte esencial de la concepción de la sociología como ciencia, era la existencia de una comunidad científica mundial y una comunicación dentro de ella que garantizarían la objetividad y la acumulación del conocimiento e impedirían la indebida inmixción de la ideología.

Algunos críticos no niegan el hecho de que la comunicación científica pueda constituir un mecanismo de corrección y que contribuya —por lo menos hipotéticamente— al proceso acumulativo de la ciencia, pero recuerdan que ésa es sólo una de las posibilidades. La comunicación también puede contribuir a la difusión y reforzamiento de un pensamiento ideológico. Y, al revisar lo acaecido en América Latina en los últimos años, estiman —como lo afirma Verón— que la comunicación entre los sociólogos más que contribuir a aumentar la objetividad científica, ha difundido cierta orientación ideológica.

También sostienen los críticos que muy difícilmente puede afirmarse la existencia de una sociología mundial. Es verdad que se usan un conjunto de significantes similares pero a poco de profundizar se advierte que son cargados de significados diversos. Por otra parte, lo que importa sería el acuerdo

⁴⁷ *Ibidem*.

en la teoría, vale decir, la forma en que esos conceptos se relacionan entre sí, en lo cual no existe consenso alguno.

Se ha objetado asimismo la posibilidad de optar entre los aportes de la sociología procedente de los países desarrollados, en términos exclusivamente científicos, mediante la aplicación del método. Verón ha destacado que la mayoría de los problemas relevantes a la relación entre una y otra sociología no pueden decidirse según las reglas del método:

La situación real de la sociología contemporánea es, precisamente, que en muchos casos no hay pasaje unívoco de las "reglas del juego" de la ciencia a la resolución de los problemas pragmáticos de la disciplina, lo que acerca a uno de los puntos cruciales: la ideología (cierta ideología) se difundirá en nombre de la ciencia. Como la situación real es que los "procedimientos generales del conocer científico" no permiten decidir —por ejemplo— entre distintas teorías generales sobre la sociedad global; como este hecho tiende a ser ocultado por la ideología de los difusores y como en la mayoría de los casos éstos han decidido importar alguna versión del estructural-funcionalismo, esta teoría particular aparecerá como la sociología. Un punto de vista determinado sobre los hechos sociales se presenta así como el único punto de vista posible y el funcionalismo tenderá a ser internalizado hasta transformarse en el "sentido común" de la sociología.⁴⁸

Es decir, la crítica a la sociología "científica" y a Germani en particular no se refiere en este caso a que sea estructural-funcionalista. Lo ideológico estaría, en cambio, en postular que la manera de ver el mundo que se adoptó es la única válida. En este sentido, no cabe duda que el planteamiento se puede aplicar tanto a los "cientificistas" que, habiendo optado legítimamente por el estructural-funcionalismo, negaron todo tipo de validez a formas alternativas de conocer sociológicamente, como también a muchos sociólogos marxistas de las nuevas generaciones, y de las no tan nuevas que incurrieron asimismo en la exclusión de toda otra perspectiva que no fuera la propia. La conclusión parece ser que hay dos perspectivas válidas en tanto que no pretendan ser las únicas.

Algunos, sin embargo, han intentado justificar su opción y la exclusión de las otras alternativas con argumentos científicos.⁴⁹ Argumentan que la ciencia se caracteriza por su universalidad (además de la instrumentalidad, objetividad y legalidad) tanto respecto del objeto como del sujeto del conocimiento. En el primer sentido significa que lo que se dice respecto a un fenómeno determinado debe ser aplicable a los fenómenos de la misma especie que se dan en condiciones similares. Respecto del sujeto, implica que toda afirmación científica debe ser al menos potencialmente aceptable por todos los hombres. Se recuerda, sin embargo, que el conocimiento científico es el resultado de la práctica social y ésta es siempre parcial, históricamente determinada y dada en

⁴⁸ Eliseo Verón, "Ideología y producción de conocimientos sociológicos en América Latina", en *Ciencias sociales: ideología y realidad nacional*, p. 173.

⁴⁹ Sólo es posible desarrollar un ejemplo ilustrativo de esta manera de ver. Tal es el planteamiento de Luis Razeto, *Introducción a las ciencias sociales* (Ediciones de la Universidad Técnica del Estado, Santiago de Chile, 1972).

el contexto de una u otra clase social. ¿Cómo puede ser posible entonces un conocimiento universal, fundado en una práctica social particular? Como la práctica social de los hombres está enmarcada siempre en una determinada clase social, es evidente la posibilidad de formular distintas teorías sobre la sociedad. En definitiva, habría dos orientaciones básicas: el funcionalismo, teoría conservadora, tendiente a buscar la integración social, y el materialismo histórico, orientado básicamente a la transformación de la sociedad capitalista. Cada una de ellas responde a la práctica social de las dos clases principales de estas sociedades, la burguesía y el proletariado, respectivamente.

La opción para el científico se transforma. Debe responder a una pregunta más concreta: "¿Qué tipo de práctica social es fuente de mayor universalidad en el conocimiento de la sociedad, la práctica insertada en la clase trabajadora o la práctica de la burguesía?"⁵⁰

Al analizar las prácticas sociales correspondientes a las dos clases fundamentales de la sociedad, se comprueba, según Razeto, que la propia de la burguesía carece de toda universalidad porque los propietarios de los medios de producción constituyen una minoría privilegiada, numéricamente reducida, cuya práctica social —vale decir, el ejercicio de la propiedad privada de los medios de producción— es necesariamente particular e imposible de generalizar. Hay un conjunto mayoritario de hombres excluidos de la propiedad. En cambio, la práctica social generada por la condición de trabajador, aunque en la actualidad tal práctica no es plenamente universal, sí es mayoritaria, ya que de ella participan casi todos los miembros de la sociedad. Sea como sea, puede ser pensada teóricamente como universal, ya que no hay ningún contrasentido lógico en una "sociedad de trabajadores" en la que la experiencia de trabajo sea universalmente compartida. De ahí que la única práctica social particular universal sea la de la clase trabajadora, que es, por ende, la única capaz de fundar un conocimiento de la sociedad que cumpla con la condición de universalidad, indispensable del saber científico. Por lo tanto, debe adoptarse el punto de vista del proletariado para que sea posible hacer ciencia social válida. Ella se caracterizará por su *crítica*, lo que permitirá comprender la transitoriedad de los sistemas económico-sociales vigentes y cuestionar su legitimidad.

5. Las formas de institucionalización de la sociología

Las críticas también versaron sobre la forma de institucionalización de la sociología en el continente. Para los críticos no cabe duda que, el proceso de "americanización" fue tal vez más importante en estos aspectos que en los propiamente teóricos. Se dio excesiva importancia a las tareas de investigación científica, descuidando otras posibles aplicaciones del conocimiento sociológico. Esta manera de concebir la actividad del sociólogo tuvo sus consecuencias sobre la forma como se impartió la enseñanza de la disciplina en las escuelas

⁵⁰ Razeto, *op. cit.*, p. 37.

respectivas: insistencia en los aspectos teóricos y en las actividades de investigación y escasa importancia de la sociología aplicada. Ello provocó crecientes dificultades de ubicación profesional para los nuevos egresados, que estaban preparados para actividades que sólo se desarrollaban en las universidades y que absorbían escaso personal. A medida que organismos estatales e internacionales y privados fueron reclamando la participación de científicos sociales en sus actividades, pudo apreciarse la enorme dificultad que esos egresados tenían para satisfacer las demandas que se les hacían. Debían esforzarse en lograr por sí solos una preparación que las escuelas no les habían dado.

Se hizo notar que esta misma orientación académica de la disciplina provocaba la compulsión incontrolable a publicar, ya que ésta (y la ocupación de cargos docentes) constituían las únicas actividades generadoras de méritos que permitían progresar en la carrera profesional. La calidad de los materiales era, consecuentemente, baja. Cabe recordar que los críticos no están a salvo de estos peligros, los que por otra parte parecen acechar a los científicos sociales de cualquier latitud y orientación. Es cierto, sin embargo, que si la disciplina se orientara en direcciones aplicadas, sea de organismos estatales o privados, o en la asesoría de movimientos políticos de oposición, como postulan muchos de los críticos, es muy probable que los requisitos para ascender en la meritocracia académica dejaran de ser importantes para los sociólogos.

La incorporación incesante de nuevas técnicas desarrolladas en otros contextos provocó en muchos sociólogos la tendencia a la sofisticación metodológica. Ello trajo como consecuencia inevitable el encarecimiento de las investigaciones; por cuanto a mayor sofisticación, más necesaria se vuelve la utilización de máquinas computadoras muy escasas en estos países y, por tanto, de uso muy costoso. Todo ello hizo que cada vez más la sociología latinoamericana dependiera de la financiación de las corporaciones norteamericanas, con los peligros consiguientes de sesgo en la orientación de las investigaciones.⁶¹ No cabe duda que, en general, conseguir financiamiento para proyectos no demasiado renovadores y que responden a las orientaciones predominantes en los centros de donde provienen los fondos, resulta más fácil que para otros caracterizados por su originalidad. Debe recordarse, no obstante, que una vez provocado el cambio de dirección de la sociología latinoamericana se siguieron utilizando las mismas fuentes de financiación.

Muchos de los críticos se dieron entonces a la tarea de elaborar decálogos sobre las condiciones indispensables que deberían reunir tales financiamientos para ser aceptables.⁶² Otros, en cambio, fueron más allá, poniendo en estado de

⁶¹ No se olvide la importancia fundamental que tuvieron tanto los esquemas de la guerra fría como el fracasado Proyecto Camelot (y otros similares) en la adopción de una postura crítica frente a la financiación externa en el campo de las ciencias sociales.

⁶² Así, por ejemplo, José Nun, "Las brujas que caza el Sr. Goldstein", en *Marcha*, núm. 1431 (Montevideo, 10 de enero de 1969), afirmaba que la investigación debe hacerse únicamente cuando se dan estas cuatro condiciones: a) *libertad* para definirla, tanto en cuanto a su marco teórico como a las hipótesis y métodos de trabajo; b) *completa autonomía* en su realización y facultad exclusiva de designar a los colaboradores; c) *independencia académica* respecto a las instituciones que la patrocinan, debiendo responder sólo ante organismos de carácter científico; d) *control de los datos* que se obtuvieren, los que además de ser anó-

alerta a la comunidad científica latinoamericana sobre los peligros que no sólo tal financiamiento, sino incluso el mero hecho de realizar sociología en la forma académica tradicional, hacía correr a los agentes sociales de cambio en los diferentes países. La versión más extrema es sin duda la que ha dado John Saxe-Fernández,⁵³ quien afirma que “la organización de datos por parte de los científicos sociales es claramente relevante para las labores de inteligencia”, por lo cual diversos organismos de esa especie estarían haciendo “un intenso y extenso uso de las ciencias sociales y de los avances cibernéticos para elaborar una *sintomatología de la contrarrevolución*, es decir, una vasta infraestructura informativa y explicativa que permitiera detectar los focos de conflicto antagónicos a la seguridad nacional”.⁵⁴ Así, “la labor fundamental de la ciencia social es la de proveer una política que permita la intervención de los Estados Unidos primordialmente en el orden político, social y económico. (v.gr. al nivel ‘no militar’).”⁵⁵

Todo ello debe llevar a los científicos sociales latinoamericanos a prevenir la utilización política de sus trabajos, mediante un examen detallado y riguroso al diseñar sus hipótesis y extraer la información obtenida. Sostiene Saxe que hasta ahora estos profesionales han actuado irresponsablemente y, al no evaluar correctamente el destino de sus investigaciones, “han delatado (*sic*) al cuerpo estudiantil, al dirigente sindical argentino, a la fuerza obrera brasileña, al anónimo marginal urbano de Caracas o Lima, y aun a los grupos empresariales locales que en la actualidad negocian ante la avasalladora presión de las corporaciones transnacionales norteamericanas”.⁵⁶

En este sentido, las afirmaciones de Saxe se ligan con las de Fals Borda, quien recomendaba al sociólogo comprometido tomar una serie de decisiones que condicionan su orientación profesional y su producción técnica: 1] la selección de temas y prioridades, así como el enfoque y la forma de manejar los datos resultantes; 2] determinar los grupos claves que merecerían ser servidos por la ciencia e identificarse con ellos, convirtiéndolos en sus nuevos grupos de referencia (lo que implica abandonar los anteriormente aceptados, vale decir, los profesionales tanto nacionales como del medio euronorteamericano). Esos grupos claves, afirma el mismo Fals, son las clases explotadas urbanas y rurales, cuya determinación concreta es necesario hacer en cada caso. Preconiza, por último, que el sociólogo adopte la ideología de la clase proletaria, rompiendo su identificación tradicional con las clases dominantes.

Ambos autores coinciden con muchos otros colegas en que —según palabras de Saxe— la sociología crítica deberá abocarse “a una ofensiva en las ciencias

nimos en el sentido profesional, deben ser públicos y accesibles a la comunidad científica. Mientras algunos otros autores aceptaron esta lista como válida (por ejemplo, J. Francisco Marsal, “Sobre la investigación social institucional en las actuales circunstancias de América Latina”, en *Ciencias sociales: ideología y realidad nacional*, p. 96), otros elaboraron sus propios listados, que no difieren mayormente del referido.

⁵³ John Saxe-Fernández, “Ciencia social y contrarrevolución preventiva en Latinoamérica”, en *Aportes*, núm. 26 (octubre de 1972), pp. 97-135.

⁵⁴ *Ibidem*, pp. 105, 106 y 107.

⁵⁵ *Ibidem*, p. 120.

⁵⁶ *Ibidem*, p. 125.

sociales por la liberación nacional y la autodeterminación, a nivel institucional, de formulación de hipótesis, y de recolección de datos, a una ciencia social que reconozca entre otras cosas, que tiene el derecho y la obligación de hacer uso público de la razón"⁵⁷ y de derramar el conocimiento técnico hacia las masas.

6. Los enfoques sustitutivos

A través de sus obras, los nuevos críticos han ido planteando un enfoque alternativo para el examen de los problemas latinoamericanos. Sin embargo, dicho enfoque no ha adquirido hasta ahora una elaboración detallada. Los escritos de quienes lo profesan se reducen en la mayoría de los casos, con honrosas excepciones, a simples ensayos, sin que ello signifique desvalorizar los aportes de sus autores. Por otra parte, las reflexiones formuladas al principio en torno a la función del ensayo en el desarrollo de la vida intelectual es lo bastante clara para que no sea necesario insistir sobre el punto. Es indudable, sin embargo, que si bien tal género de expresión literaria permite plantear hipótesis novedosas y visiones generales, la construcción teórica de una ciencia exige que tales hipótesis sean contrastadas empíricamente mediante estudios más profundos, que comprueben tales planteamientos o permitan rectificarlos si es necesario. Es esta segunda etapa la que ha tenido menor desarrollo en la nueva sociología crítica latinoamericana.

Pese a todo, del conjunto de las obras aparecidas en los últimos tiempos es posible extraer un conjunto de postulados que sus representantes consideran básicos para conducir el tipo de investigación en que están empeñados.

a] Es necesario ante todo un *análisis integrado*. En diversas ocasiones se ha puesto de relieve que la evolución de las ciencias sociales en el ámbito académico de los países desarrollados ha conducido a una fragmentación creciente y al desarrollo de cada una de ellas en compartimientos estancos que poco o nada se relacionan con las otras. De ahí que se postule la necesidad de reintegrarlas a la unidad en la cual se dieron en los autores clásicos.

Fals Borda plantea tales aspiraciones y las posibilidades de realización del proyecto en los términos siguientes: "Es posible que ... en los países en vías de desarrollo se encuentren factores más positivos para llegar a una ciencia integral del hombre, su cultura y su sociedad, que en países avanzados; porque en éstos la ciencia se encuentra demasiado parcelada, y alrededor de las parcelas se han creado fuertes intereses. Aquí es posible llegar a concebir una ciencia de síntesis."⁵⁸

El planteamiento más concreto del análisis integrado y de su utilización para hacer frente a los problemas latinoamericanos es el libro de Fernando H. Cardoso y Enzo Faletto.⁵⁹ En él intentan ambos autores relacionar aspectos

⁵⁷ *Ibidem*, p. 134.

⁵⁸ Fals Borda, "Ciencia propia ...", *loc. cit.*, p. 53.

⁵⁹ Fernando H. Cardoso y Enzo Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina* (Siglo XXI, México, 1969).

que normalmente son tratados separadamente por la economía, la sociología y la ciencia política. El énfasis en lo estructural es notorio y puede considerarse también una característica relevante de la nueva orientación. Pero lo más importante es el esfuerzo por mostrar el condicionamiento social del desarrollo económico y, más aún, los aspectos políticos, frecuentemente omitidos en los análisis sobre el tema.

b] El *método* con el cual se enfrenta la realidad debe ser, según los críticos, de índole *histórico-estructural*, o dialéctico. Las alternativas teóricas serían neopositivismo o dialéctica. Se rechaza la primera postura porque, como afirma Quijano, conduciría a "saber cada vez más sobre cada vez menos" y porque, además, sería una forma propia del apogeo de la sociedad burguesa y su lógica de la división social del trabajo. La dialéctica, en cambio, permitiría pensar en conjunto lo que sucede en la sociedad, en su totalidad y en su movimiento.⁶⁰

c] Esta orientación se basa en la consideración de la *historicidad del objeto* de conocimiento, lo que conduce a proponer hipótesis significativas para situaciones históricas concretas y dejar de lado los intentos de generar leyes atemporales y aespaciales. Se busca descubrir las regularidades existentes en el proceso social y expresarlas mediante leyes, pero se afirma también que dichas regularidades no son permanentes y que, por tanto, las leyes tendrán una aplicabilidad limitada en el tiempo. Asimismo se postula la *historicidad del sujeto*; el observador es en sí mismo producto de un medio social determinado —y de su situación personal en ese medio— y esto lo condiciona para ver ciertas cosas con preferencia a otras y para verlas desde una perspectiva determinada. Todo lo anterior hace que en la nueva perspectiva pueda destacarse una vuelta a la historia, que en alguna de sus versiones hace difícil distinguir la sociología de la historia social.

d] Los críticos destacan además, la necesidad de examinar "fenómenos complejos de naturaleza internacional".⁶¹ A este respecto conviene recordar que la popularización de ciertos aspectos de la obra del nuevo grupo de investigadores sociales se debe justamente a estos aspectos, en especial a la utilización del concepto de dependencia. Como se verá más adelante, no hay unanimidad en cuanto a la definición de ese concepto e incluso ha empezado a criticarse recientemente su validez explicativa. De todas maneras, al combinar la preocupación histórica y el análisis del sistema capitalista internacional como ámbito en el cual se insertan las naciones latinoamericanas, ha surgido una crítica muy razonable a las teorías de la modernización por haber omitido sistemáticamente la consideración de las fundamentales diferencias de contexto internacional que existen entre el momento en que surgió el capitalismo en los países de desarrollo temprano y la oportunidad en que otras naciones, de desarrollo tardío o retrasado, iniciaron sus intentos capitalistas.

e] Todo ello condujo a la *crítica radical del estructural-funcionalismo*, por considerar que dicha orientación teórica carecía de las condiciones necesarias

⁶⁰ Aníbal Quijano, "Alternativas de las ciencias sociales en América Latina", en *Desarrollo Indoamericano*, año 6, núm. 21 (octubre de 1973), pp. 45-48.

⁶¹ Fals Borla, "Ciencia propia ...", *loc. cit.*, p. 54.

para permitir interpretar correctamente la realidad latinoamericana. En muchos casos se dijo que esa teoría adoptaba el marco conceptual del equilibrio social, olvidando sistemáticamente —lo que no parece ser del todo cierto— los problemas del cambio, que eran los más relevantes en estas sociedades “en transición”. El ya citado Fals formuló las alternativas que se plantean a los sociólogos de esta corriente, sosteniendo que deberían optar entre “si van a seguir preferentemente los marcos de referencia del equilibrio estructural y la acumulación fáctica de rutina, con su tendencia a temas sin trascendencia y con las consecuencias políticas sabidas; o los del desequilibrio y el conflicto, que parecerían estar más a tono con nuestros tiempos críticos y de cuya aplicación también se esperarían, como antes, efectos en lo político como en el enriquecimiento de la ciencia”.⁶² Afirma luego que de adoptarse la segunda de las alternativas mencionadas, sería necesario pasar por encima “del vacío conceptual de este siglo” y “acudir a los temas de los sociólogos del siglo XIX y retomar de ellos el hilo investigativo que el empirismo y la microsociología mal entendidos dejaron trunco”.⁶³ En este sentido, se invertiría la dirección habitual de difusión de las innovaciones intelectuales. Esta desusada vía va de los países menos avanzados hacia los más adelantados, gracias a una visión más global y menos detallista. Algo de esto ha estado sucediendo en los últimos tiempos. En 1963, al establecer los criterios a base de los cuales describiría el “estado actual” de la sociología en la Argentina, un autor señalaba que su tarea “se ha hecho en función del grado de los conocimientos sociológicos en los países latinoamericanos y no en relación al nivel de la sociología universal. Si se hubiese seguido este último criterio, acaso este estudio hubiera quedado reducido a muy pocas páginas”.⁶⁴ Diez años después, dos autores de otras latitudes se expresan en términos radicalmente distintos sobre el desarrollo de la disciplina en el área latinoamericana. Uno afirma que “lo que es *dernier cri* en Europa, en América Latina ya está pasando de moda”, refiriéndose a algunos estudios de “dependencia” que critica en su artículo.⁶⁵ El otro, por su parte, al prologar uno de sus libros que ha tenido enorme influencia en diversos ámbitos, reconoce su deuda intelectual con “la sociología latinoamericana”, a la que considera como la iniciadora de una reorientación del pensamiento social mundial.⁶⁶

f] El resultado de todo esto ha sido un renacimiento del interés por el marxismo como teoría totalizante para explicar la realidad de la región. Algunos hacen afirmaciones explícitas de adhesión a tal orientación teórica e incluso a alguna de sus versiones más difundidas.⁶⁷ Otros, en cambio, si bien recurren

⁶² Fals Borda, “La crisis social ...”, *loc. cit.*, p. 69.

⁶³ *Ibidem*.

⁶⁴ Juan Francisco Marsal, *La sociología en la Argentina* (Los Libros del Mirasol, Buenos Aires, 1963), p. 14.

⁶⁵ Arnold van Niekerk, “La pendiente de la dependencia: Una visión desde afuera”, en *Estudios Internacionales*, núm. 18 (1972), p. 29.

⁶⁶ Samir Amin, *L'accumulation capitaliste à l'échelle mondiale* (Editions Anthropos, París, 1970). [Ed. en español: Siglo XXI, Buenos Aires, 1975.]

⁶⁷ En este sentido, Fals Borda afirma “la adopción de la sociología del conflicto y más es-

a dicha teoría, omiten las declaraciones y no rechazan todo lo que pueda venir desde otras fuentes clásicas, por ejemplo, del pensamiento weberiano.

V. BALANCE Y PERSPECTIVAS

1. *La naturaleza del quehacer sociológico*

Las dos secciones anteriores demuestran que las más variadas posiciones se han sostenido sobre la naturaleza y las funciones del quehacer sociológico y que el debate, lejos de estar cerrado, continúa y continuará por mucho tiempo en América Latina. Antes de ensayar un balance de su significado, es necesario recordar que esos estilos de pensamiento sociológico están ligados a convicciones ideológicas diferentes, a distintos acontecimientos históricos y a diversos avatares institucionales que no los explican, por cierto, totalmente, pero sin los cuales no sería posible comprenderlos. Algo se ha insinuado sobre el punto en las secciones anteriores, ahora se trata de sistematizarlo, para que esta incursión en la historia de las ideas no quede flotando en una especie de vacío.

Si las posiciones han sido variables, la preocupación por la naturaleza de la sociología, por sus funciones y por el papel del sociólogo ha sido constante. Una inmensa literatura se ha escrito en América Latina sobre el punto. Más aún, cabe sospechar que, con relación a la producción sociológica total, en ninguna región del mundo desarrollada ni subdesarrollada se ha escrito tanto sobre ese problema. Es posible creer que para América Latina hubiera sido mejor que se dedicaran menos esfuerzos a discutir la naturaleza de la tarea y más a llevarla a cabo y que hay algo de estéril en esa polémica constante sobre el significado de lo que debe hacerse. Aunque así fuera, el hecho es innegable y merece algunas reflexiones.

Esa constancia de la preocupación muestra que algunos de los reproches que la sociología "crítica" ha dirigido a la "científica" son infundados. Sólo el desconocimiento de la historia de la sociología o los extravíos polémicos pueden permitir afirmar que la generación "científica" no se preocupó de las funciones de la sociología y del papel social de sus cultivadores. Como se ha visto, tanto para Medina, Germani y Florestán Fernandes, como para los que compartieron sus puntos de vista, fue, en distintos grados, un problema básico. Una cosa es considerar su posición equivocada y otra —muy diferente y errónea— creer que la cuestión no los ha preocupado. En algunos de ellos, como Fernandes, la preocupación por lo que llama la sociología aplicada es casi obsesiva y vuelve constantemente a lo largo de toda su obra.

Es tal la presencia constante del problema que, así como se ha sugerido más arriba que podría considerársela excesiva, también podría creerse que honra

pecíficamente del marxismo-leninismo" como teoría fundamental para plantear los problemas latinoamericanos.

a la conciencia social de los sociólogos. Como es difícil creer que ellos reúnen un grupo moralmente más elevado que el habitual en cualquier profesión, deben traerse a colación otras causas. Es casi inevitable señalar que tales problemas ni de lejos han tenido para los economistas la importancia que han revestido para los sociólogos. Sólo en los últimos años, le ha dado cierta relevancia la aparición de corrientes marxistas en economía. Podría decirse que los economistas han estado mucho más seguros de la naturaleza de su quehacer y de su papel social que los sociólogos. Sin embargo, nadie podría negar que se han preocupado de los destinos de América Latina y que han tratado de adaptar el arsenal teórico y metodológico de su ciencia a las condiciones peculiares de la región. No está ahí la diferencia. Los economistas no han pecado por falta de deseos de aplicar su ciencia, pero trabajaron en ella como algo natural que no requiere todas las justificaciones que han reunido los sociólogos.

Preguntarse por el sentido de esas diferencias es sólo una manera de volver al problema de la permanencia y generalidad de la preocupación. En parte, pero sólo en parte, la diferencia de actitud se explica por la naturaleza de la sociología, en cuanto heredera de una vieja tradición de la ciencia social. La economía, que fue la primera disciplina social que adquirió patente de ciencia, cuando lo hizo era lo que hoy consideraríamos una mezcla de filosofía social, ética, sociología y economía a secas. Era la economía *política* y es posible que a Adam Smith le costara mucho trabajo reconocer como sus descendientes a los actuales cultivadores de un campo especial y limitado. En cambio, la sociología, que más tarde sufrió ese proceso de cientificación y especialización, quedó enfrentada a ese problema que empezó siendo el de la naturaleza de lo social y hoy puede definirse, *grosso modo*, como el de la teoría general de los fenómenos sociales. Es explicable que esa referencia a lo social en general obligue más al sociólogo que al economista a preguntarse por la naturaleza de su ciencia y por su significación práctica. No da cuenta, sin embargo, del hecho de que entre los sociólogos latinoamericanos la preocupación haya sido más fuerte que en otras latitudes.

Cuando se produce en América Latina el movimiento de renovación de la posguerra, en la sociología predominante, la norteamericana, hay un consenso relativamente amplio acerca de lo que es la sociología como ciencia pura y como ciencia aplicada, consenso temporal y producto de grandes polémicas pretéritas, pero existente al fin. Sin embargo, en contra de una opinión muy repetida en los últimos años, tal consenso no es aceptado sin más por los latinoamericanos.

Como se verá más adelante, ha tenido influencia considerable para explicar esta circunstancia la existencia de una tradición de pensamiento social y de sociología en América Latina, fenómeno que serviría asimismo para explicar la diferencia con respecto a otras regiones del mundo no desarrollado. Más específicamente, la causa básica está en que el intento de renovación de la sociología se levanta, en gran parte, contra una corriente de filosofía social que niega la legitimidad de una ciencia de lo social. Es evidente que el tema de la legitimidad de la sociología pertenece más a la filosofía que a la ciencia

misma y que la única manera de responder a una manera de ver la filosofía social, es proponer otra manera de hacerla.

Las consideraciones hechas en la sección II, ponen de relieve otras causas que ahora conviene explicitar más. La experiencia del fascismo europeo, la guerra civil española, el derrumbe de la sociedad liberal y la segunda guerra mundial son el trasfondo con que se enfrentan hombres como Medina, Germani y Fernandes al analizar la sociedad latinoamericana. Los dos primeros son europeos: uno vino a América cuando la república española perdió la guerra y el otro cuando el fascismo ascendía en Italia. Florestán Fernandes, brasileño, recoge constantemente en su obra la vivencia de esos mismos acontecimientos, para él espacialmente lejana pero vitalmente importante.

Estas consideraciones son aplicables a casi toda la generación de sociólogos representada por ellos. En ese sentido, pocas cosas hay tan faltas de fundamento como atribuir a los autores mencionados algún género de indiferencia valorativa personal o de ausencia de preocupaciones por América Latina. La proposición de una actitud rigurosamente científica frente al estudio de lo social, lejos de ser una muestra de indiferencia frente al acontecer histórico, es la mejor manera que perciben de contribuir a la transformación de la sociedad latinoamericana. Tal opinión sobre la naturaleza de la sociología puede ser errónea, pero deducir de ella la falta de sentido de la responsabilidad del intelectual es sencillamente disparatado, además de injusto. En definitiva, para los "cientificistas" lo importante era que se diera en América Latina una auténtica democracia —sobre cuyas formas concretas tenían sin duda diferencias—, y creían que una sociología científica podía ser una herramienta —una entre otras— para contribuir a establecerla. Por lo que esa generación se siente profundamente frustrada no es porque su idea de la sociología haya sido y sea agresivamente criticada, sino —al igual que las generaciones posteriores de sociólogos— por lo que ha ocurrido y ocurre en la sociedad latinoamericana: por todas las esperanzas de profunda transformación fallidas.

Si el pasado reciente y las esperanzas de transformación de América Latina concedían una importancia especial al problema del papel de la sociología, una serie de acontecimientos tendieron a mantener viva esa preocupación. En primer lugar, la posguerra va acompañada en casi todos los países latinoamericanos por una considerable intensificación de la acción del Estado. Este fenómeno es, en parte, la continuación de una tendencia histórica muy anterior; en otra, deriva del hecho de que las élites políticas del más diverso signo ideológico creen percibir una probabilidad creciente de acción de los grupos más desfavorecidos de la sociedad y muchas de ellas resuelven, consciente o inconscientemente, adelantarse a tal acción.

El populismo en sus variadas formas y otras clases de regímenes tratan, por lo menos hasta cierto punto, de cumplir con una serie de demandas y al hacerlo provocan otras nuevas. Por el camino de satisfacerlas real o aparentemente, por el de reprimirlas a veces, la acción del Estado, con variaciones en los diversos países, tiende a hacerse más intensa y a abarcar campos nuevos. Todo ello provoca demandas a las ciencias sociales, en especial a la economía que conoce un gran florecimiento en América Latina, pero que también son comparativa-

mente grandes para la sociología, si se piensa en la etapa anterior. Aunque las demandas de tipo general mencionadas respecto a los pensadores no desaparecen, cobran considerable importancia las más específicas, vale decir, las referidas a investigaciones empíricas sobre problemas concretos que tengan, o cabe pensar que puedan tener, algunos efectos prácticos. Investigaciones sobre urbanización o marginalidad, por citar sólo algún ejemplo, reúnen conocimientos que tienen referencia directa a los problemas más agudos de las sociedades latinoamericanas. Por otra parte, la acción del Estado se enmarca en una situación ideológica bastante compleja. En términos muy generales puede decirse que se está en presencia de ideologías confusas o que son presentadas como un proyecto nacional que va más allá de las "ideologías" porque pretende perseguir el bien de toda la población, reparar las grandes injusticias sociales, etc. En ese sentido, hay una correspondencia que si no es causal tampoco es casual entre el género de proyecto político que se trata de implantar y los rasgos con que presentan a la sociología los que luchan por su institucionalización como ciencia.

Al mismo tiempo se producen cambios en el contexto internacional que, siendo de tipo diverso y muy complejos, parecen asumir dos vías por las cuales producen efectos en las ciencias sociales. Por una parte, se crean organismos internacionales regionales a fines de la década de los 40 o comienzos de los 50 que demandan especialistas, sobre todo economistas pero también sociólogos y crean un mercado de trabajo de importancia nada despreciable, acorde con los deseos de los partidarios de la institucionalización de la ciencia de profesionalizar a sus cultivadores. Esto tiene la importante consecuencia adicional de convertir a América Latina como región en un tema para el cual existen cada vez más demandas, lo que contribuye a fortificar la existencia de una comunidad científica regional.

Por otro lado, la Revolución cubana crea nuevos cambios en el contexto internacional que, en parte al menos, tienden a reforzar algunas de las tendencias mencionadas. Bajo el liderazgo de los Estados Unidos, los gobiernos de América Latina deciden enfrentar el desafío ideológico y político que aquella implica a través de un compromiso internacional de realizar reformas estructurales profundas, bajo el nombre de Alianza para el Progreso. Sean cuales fueren los objetivos políticos reales de ésta y sus consecuencias efectivas, parece innegable que contribuyó a aumentar la demanda de estudios económicos y sociales muy diversos y a dar soporte institucional a la sociología en cada país y en el plano regional. El otro efecto de la Revolución cubana, su contribución a una difusión considerable de las corrientes marxistas, será mencionado más abajo.

A fines del 50, cuando comienza la postura crítica, entre tan diversas solicitudes y tan pocas perspectivas efectivas, la comunidad académica latinoamericana se enfrentaba a profundas desilusiones motivadas por el incumplimiento de las esperanzas derivadas de sus elaboraciones teóricas precedentes. Queda de relieve por entonces la crisis estructural que afecta a la región y se van desvaneciendo las perspectivas optimistas a cuyo amparo habían trabajado sociólogos y economistas. La estrategia de industrialización —preconizada desde comienzos de la posguerra como instrumento para apuntalar el desarrollo basado en la exportación de bienes primarios— no da los resultados esperados ni si-

quiera en aquellos países que contaban con las condiciones postuladas: amplio mercado interno, base industrial consolidada, fuentes de divisas abundantes y tasa satisfactoria de formación interna de capitales.

La crisis del desarrollo latinoamericano no podía dejar de afectar rápidamente a la sociología. Esta —como recuerda Graciarena— “refleja de manera rápida y profunda los vaivenes de las crisis sociales, apropiándose de ellas y convirtiéndolas así en su propia crisis”. Todo ello condujo a esfuerzos tendientes a explicarse las razones por las cuales habían fracasado tales expectativas y a reflexionar y poner en cuestión el bagaje teórico existente. Asimismo los importantes cambios políticos vividos por algunos de los países más importantes de la región durante los años sesenta (v.gr., Argentina y Brasil) hacen que algunos de los planteamientos de corte liberal, que inspiraron la obra de buena parte de la generación de la posguerra, comiencen a mostrar inadecuaciones notables para explicar las nuevas situaciones.

Por otro lado, el movimiento social triunfante en Cuba y, más que eso, su método de acceso al poder por medio de la guerrilla, se constituyeron en el paradigma de acción de muy diversos grupos políticos en el resto del continente. Especialmente en los ámbitos académicos, el “efecto demostración” de la Revolución cubana fue muy importante y contribuyó a acelerar la radicalización política de muchos intelectuales. Las consecuencias más claras de este proceso fueron el rechazo de algunas formas tradicionales de hacer sociología que —debido a sus orígenes norteamericanos o europeos— aparecían ante los ojos de los nuevos conversos como “instrumento del imperialismo”. Asimismo, revitalizó el pensamiento marxista y facilitó su amplia divulgación, siendo incluso incorporada como orientación básica por diversos sociólogos académicos. El marxismo no estaba antes excluido de la sociología, especialmente en los cursos de historia del pensamiento social, pero generalmente no se le reconocía como una de las teorías sociales adoptables legítimamente por un sociólogo científico. Constituía más bien una ideología a la que cualquiera —incluso el sociólogo como ciudadano— podía adherir pero de la cual debía liberarse cuando quería hacer ciencia.

Las preguntas acerca de la naturaleza de la sociología, su relación con la praxis y los deberes intelectuales del sociólogo se mantienen aunque cambien las orientaciones y las respuestas porque un complejo de causas se reúne en América Latina para producir una configuración única en el mundo contemporáneo.⁶⁸ Si las consideraciones anteriores permiten explicar la constante importancia del problema también dan cuenta de los rasgos particulares que ha asumido. En puridad teórica el problema es filosófico.

La determinación de la naturaleza, los grandes postulados teóricos y el lugar de una ciencia en el estudio de la realidad y sus vinculaciones y límites con otras ciencias constituyen cuestiones de naturaleza filosófica. Que las discutan sociólogos no puede engañar sobre este punto. Más aún, el asunto pertenece a la filosofía teórica, por lo que implica un alto nivel de especulación abstracta. En América Latina se llega a él a través de interrogarse sobre el

⁶⁸ La crisis de las ciencias sociales en los Estados Unidos, aunque paralela en los últimos años, es mucho más tardía.

papel práctico de la sociología, sobre su función política e, inevitablemente, sobre los deberes y papeles sociales del sociólogo. Todas éstas son cuestiones nítidamente separables. Desde el punto de vista teórico, el plano de la filosofía teórica y el de la ética profesional e individual no son los mismos. Sin embargo, las circunstancias en que se plantea la cuestión en América Latina tienden a confundir todos los planos y a hacer que parezca natural contestar a una posición teórica con una declaración de ética política, y viceversa. Mirada desde ese punto de vista, la importancia de la cuestión no es el producto de una obsesión ni de una exquisita conciencia moral de los sociólogos latinoamericanos: es la manera como repercute sobre ellos, como de alguna manera traducen la trágica condición social de la región.

Estos problemas pueden considerarse en un plano mucho más abstracto. Algunas veces se ha señalado que la convicción básica que subyace en la postura "científica" es la necesidad de un profundo proceso de racionalización y modernización en América Latina. Prescindiendo de la modernización, no cabe negar que un racionalismo estricto es un postulado fundamental. La concepción de la sociología se construye contra todas las formas de irracionalismo que tanta importancia habían cobrado en algunos medios intelectuales en la década del 40 en América Latina. Sin embargo, sería imposible encontrar en este rasgo, tomado en general, un criterio distintivo entre la posición "científica" y la "crítica". Más aún, en tales términos generales ambas se parecen, puesto que el criticismo también postula con entusiasmo el carácter científico del estudio de lo social y de ningún modo admitiría el calificativo de irracionalista. En ese sentido, el proyecto llamado "de renovación" ha triunfado hasta hoy, ya que todos afirman que sus intentos pertenecen a la ciencia.

La diferencia debe buscarse en la peculiar manera en que cada proyecto concibe las relaciones entre la *ratio*, la ciencia y la acción. Que este hecho no aparezca casi nunca claro es imputable tanto al apasionamiento de la polémica como a la pobreza de la discusión epistemológica en América Latina, uno de cuyos indicadores es el escaso papel —por no decir nulo— que han tenido los aportes de la escuela de Frankfurt sea cual fuere el valor último que se les atribuya.

Para la posición "científica", la ciencia no puede construirse sino por la experiencia y la *ratio*, pero tal construcción se limita a poner de relieve las leyes y las relaciones causales de los fenómenos sociales, los caracteres de los sistemas sociales, los procesos que conducen de unos a otros, etc. La ciencia, en definitiva, se ocupa de "lo dado". Aunque nadie ignora que esto sólo puede concebirse como tal dentro de ciertos axiomas, postulados e hipótesis construidos por la razón, esta última en cuanto instrumento de la labor científica, no se introduce ni debe hacerlo en los problemas de valoración. Si algún sistema de valores es considerado como adoptado, los conocimientos de la ciencia pueden ponerse al servicio de él y en ese sentido la *ratio* científica pasa a ser instrumental para la acción que se propone fines que le son dados independientemente de ella. La idea de la neutralidad valorativa se explica en esa concepción instrumental. Sin embargo, sería grave error suponer que la razón

sólo es concebida como racionalidad formal o, como a otros les gustaría decir, subjetiva. De ser así, toda determinación de fines y valores sólo podría hacerse por la intuición o por algún otro mecanismo irracional, siendo así, que los "científicos" niegan valor al irracionalismo en todos los terrenos. El llamado proyecto "cientificista" no dice que sea ilegítimo aplicar la *ratio* a los grandes problemas humanos, incluyendo dentro de ellos la crítica radical de los sistemas de valores aceptados; lo que pretende es que tal ejercicio escape a los límites de la ciencia.

A su vez, lo que pretende en definitiva la llamada sociología "crítica" es recuperar para la ciencia social un campo mucho más ancho, tan amplio como fue el tradicional. En el fondo, en palabras de Horkheimer, "todo orden que se impongan los hombres bajo la constricción de las condiciones en que estén, toda estructura cultural no menos que todo juicio aislado, plantean —que-riéndolo o sin quererlo— una pretensión de justicia y ningún concepto y ningún orden hace justicia a su propia pretensión".⁶⁹ Pues bien, la sociología crítica reivindica para la ciencia social el análisis de los fundamentos de esa pretensión y, al hacerlo, lo reivindica también para la *ratio*. En esto último, estarían de acuerdo los representantes de la sociología "científica", aun negando que tal discurso, necesario y legítimo, perteneciera al dominio de la ciencia.

Dos maneras tan diferentes de considerar las relaciones entre razón, ciencia y acción conducen, como es lógico, a tremendas discrepancias sobre las más variadas cuestiones, puesto que todas, incluyendo la neutralidad valorativa, derivan de ellas. La discusión incide sobre la delimitación del campo legítimo de la ciencia y no sobre los límites de la *ratio* considerados en general. Estos son para los "científicos" más amplios que los de la ciencia, mientras que para los "críticos" coinciden con los de ella. Tal acuerdo sobre el papel de la razón hace que no sea casual que entre las discrepancias, aparezcan tantos puntos de contacto y continuidad. Reivindicar para la razón el análisis de los fundamentos mismos y de los valores últimos de la sociedad organizada es una antigua pretensión de buena parte del pensamiento occidental que se encuentra tan patente en Marx como en la crítica que Stuart Mill hace de la posición de Carlyle, para citar dos ejemplos extraídos de autores con ideologías muy diferentes.

La distinción entre ciencia y filosofía social, que coincide en alguna medida con las dos funciones de la *ratio*, es un momento posterior que alcanza un triunfo, al parecer definitivo, cuando la economía y la sociología son concebidas como ciencias puras que, en su esfera aplicada, sólo pueden producir herramientas para fines dados externamente a ellas, lo que no quiere decir externamente a la razón. El proyecto de renovación recoge esta última manera de concebir la sociología y cree que, en definitiva, es la que mejor sirve a la constitución de una sociedad democrática real en América Latina. El advenimiento de tal sociedad depende de muchos factores y el papel de la sociología es proporcionar una contribución más o menos importante según los autores,

⁶⁹ Theodor W. Adorno y Max Horkheimer, *Sociológica* II, según traducción de *Sociológica* (Madrid, Taurus, 1971), p. 31.

que es siempre bastante humilde. La neutralidad valorativa nada tiene que ver, por lo tanto, con algún género de indiferencia frente al destino de las sociedades latinoamericanas y, si se piensa en la escasa concreción real de la democracia en ellas, resulta bastante descaminado atribuir a la posición "científica" simpatías por el *statu quo*. Si algunos pudieron utilizarlas en beneficio de ideologías con ese sentido, los representantes más conspicuos del proyecto le dieron otro carácter y de no entender esto, serían inexplicables las resistencias que la sociología suscitó en el pensamiento de derecha.

Puede decirse que la sociología "crítica", aunque parezca paradójico, es más "cientificista" que la "científica", lo que se percibe en dos dimensiones igualmente decisivas. En primer lugar, porque para ella el campo de la ciencia es mucho más amplio; en segundo lugar, porque atribuye a la aplicación del conocimiento sociológico un papel mucho más revolucionario, y por ende, mucho menos modesto que su antecesora. En ambos aspectos, está mucho más ligada a una tradición "iluminista" e "intelectualista" de lo que podría creerse a primera vista.

La dificultad que se plantea a la sociología "crítica", aun si su intento fuera conceptualmente legítimo, es si el tránsito de la razón subjetiva a la objetiva no plantea problemas de difícil solución que, de cualquier manera, vuelven a poner sobre el tapete la vieja cuestión de las relaciones entre el reino de la realidad y el reino de los fines.

2. *Influencias intelectuales e institucionales externas en la evolución de la sociología latinoamericana*

En el acápite anterior se ha tratado de explicar la importancia decisiva que ha tenido y tiene el problema de la naturaleza de la sociología y del papel del sociólogo en función de causas relacionadas con la sociología misma y otras con los avatares de la sociedad latinoamericana. Aunque ambos grupos de razones son las fundamentales, hay una serie de características de la evolución de la sociología que no podrían comprenderse sino en relación con otras influencias, producto de causas históricas análogas, pero que jugaron su papel. Una de ellas es la de los organismos internacionales.

Un factor importante en la historia del proyecto descrito en la sección II que se da en la evolución de la sociología latinoamericana y no en otras regiones, es la obra de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL). Las líneas básicas del proyecto de renovación estaban dadas antes de que la CEPAL fuera fundada, casi diez años después de la publicación de *Sociología: teoría y técnica*, de Medina Echavarría. Sin embargo, la concreción del proyecto de renovación se produce en la década del 50 y, cuando la influencia intelectual de la CEPAL ya era importante. A ella se enfrenta, también, la llamada sociología crítica. Interesa, pues, determinar, cuáles fueron las líneas más importantes de esa influencia que singulariza la evolución de la sociología en América Latina y la diferencia tanto de lo que ocurrió en otras regiones subdesarrolladas del mundo.

En primer lugar, la CEPAL creó un pensamiento sobre América Latina considerada como un todo.⁷⁰ Este pensamiento trató de diagnosticar y explicar las causas del subdesarrollo latinoamericano. Aunque tal esfuerzo se realizara casi exclusivamente en el campo económico, al principio de su vida institucional, llamó la atención de los sociólogos sobre ciertos rasgos comunes a todas las economías nacionales latinoamericanas, lo que llevaba consigo proponerles la meditación sobre lo relativo a las sociedades nacionales que tuvieran iguales características. En general, partiesen los sociólogos de análisis teóricos muy generales o de estudios sobre países determinados, la existencia misma de un pensamiento económico sobre la región impulsaba a emprender una investigación sociológica sobre ella.

En segundo lugar, la CEPAL no se limitó a proponer un análisis del subdesarrollo latinoamericano y de sus causas, sino que creó un proyecto global de políticas para superar esa situación. Su obra económica no sólo reconoció motivaciones ideológicas muy fuertes, sino que concluyó en toda una ideología del desarrollo. No carece de sentido que alguna vez se haya dicho, aunque con intención peyorativa, que debió llamarse CIPAL (Comisión Ideológica para América Latina), hecho notable y que no se ha dado en ninguna otra comisión económica regional de las Naciones Unidas. No importa aquí si ese proyecto ideológico, que después se llamó despectivamente "desarrollismo", era bueno o malo; lo que interesa es subrayar que sólo el alto nivel intelectual en que fue formulado y la gran influencia que tuvo pueden explicar que haya sido objeto de tantas polémicas y controversias que perduran hasta hoy. Lo esencial, desde nuestro punto de vista, es que el pensamiento de la CEPAL da una respuesta, en el campo económico, a preocupaciones de transformación de la sociedad latinoamericana, que, como se ha visto, eran tan fuertes para las generaciones sociológicas de la posguerra. No quiere decirse que dichas generaciones estuviesen de acuerdo con esa respuesta, sino simplemente subrayar el hecho de que su sola existencia por lo menos obligaba a elaborar otra, aunque fuera para contradecirla.

En tercer lugar, la obra de la CEPAL proporcionó una enorme cantidad de datos sobre América Latina en general y sobre los países que la integran. Tales datos fueron explícita o implícitamente utilizados en la investigación sociológica.

Por último, a la propia CEPAL comenzó a preocuparla a mediados de la década del 50, el problema que dio en llamarse "aspectos sociales del desarrollo" y contribuyó así de una manera más específica a la interpretación sociológica. No deja de ser sintomática la presencia de Medina Echavarría desde 1952 en la CEPAL y a partir de 1962 en el Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social, tan ligado a aquélla. Más de veinte años de la labor del

⁷⁰ No es del caso analizar aquí el pensamiento de la CEPAL, ni menos discutir sus aciertos y sus yerros. Sólo se trata de proponer una serie de hipótesis acerca de las formas en que influyó sobre un proyecto intelectual, los apoyos que le proporcionó y lo que significó para ese proyecto el hecho de que muchos de sus seguidores se consideraran en la necesidad de criticar acerbamente a esa institución y a su pensamiento.

sociólogo, pionero en la renovación de la sociología latinoamericana, han transcurrido en esos centros de las Naciones Unidas.

Las preocupaciones de los sociólogos analizadas en las secciones II y III por la necesaria transformación de América Latina y la existencia de un pensamiento económico relativamente completo sobre la región son de los factores que más han contribuido, aunque no los únicos, a dar al problema de la interpretación del desarrollo ese carácter central que tiene en la sociología latinoamericana. Si se quiere referir la cuestión a las distinciones académicas, podría decirse que no hay región en el mundo en que la sociología económica y la política hayan absorbido más la tarea sociológica. Otro indicador del mismo hecho surge de la circunstancia de que los sociólogos latinoamericanos, desde la década del 40 hasta hoy, tienen mucha más información y lecturas sobre el pensamiento económico que sus similares de otras regiones. En ese sentido, la influencia de la obra de los economistas producida dentro y fuera de CEPAL ha tenido una importancia considerable en el pensamiento sociológico, aunque la inversa sea mucho menos verdadera. Aun la sociología crítica, al levantarse contra el "desarrollismo", lo tiene que hacer refutando los puntos de vista de la CEPAL, pero no puede ignorarlos.

Por otro lado, parte de la importancia que tuvieron la CEPAL y el Instituto se debe a ciertos caracteres específicos del proyecto que se propusieron los autores considerados en la sección II.

El proyecto de renovación de la sociología y de su implantación como ciencia empírica se desdoblaba en cuatro fuentes principales: primero, obtener el reconocimiento del estatuto teórico de la sociología como ciencia empírica, sometida a reglas análogas a las otras ciencias; segundo, crear instituciones cuyo objetivo esencial fuera la formación de sociólogos profesionales; tercero, crear organizaciones que propulsaran la investigación empírica en forma permanente y cuarto, modernizar la enseñanza de la sociología. Un doble postulado presidía estas metas: por un lado, el de la sociología científica como instrumento esencial para el conocimiento de la realidad latinoamericana y de su desarrollo; por otro lado, el de la objetividad, ligado generalmente a la idea de la neutralidad valorativa, que algunos autores aceptaban con más o menos reservas.

Un rasgo novedoso lo constituye el papel importante, pero decreciente de las universidades en la elaboración del proyecto. Por una parte se crean fuera de las universidades numerosos institutos de investigación sociológica que en algunos casos emprenden trabajos de investigación de importancia muy considerable y se convierten en centros de confrontación entre los científicos latinoamericanos y los de otras regiones. La creación de instituciones regionales de enseñanza e investigación tiende también a disminuir el papel de las universidades en relación al pasado. La Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, a través de sus Escuelas de Sociología primero y de Ciencia Política después, proporciona formación a becarios de los más diferentes países. El Centro Latinoamericano de Investigaciones en Ciencias Sociales realiza algunas tareas de investigación. Ambos proyectos comenzaron con el patrocinio de la UNESCO, pero enfrentaron grandes problemas cuando ese organismo inter-

nacional les dio mínimo apoyo, lo que es un indicador interesante de los problemas que encuentra la constitución de una comunidad científica regional en América Latina.

La acción de la UNESCO tuvo cierta trascendencia para el desarrollo de la sociología, aun antes de la creación de las instituciones mencionadas. Es ineludible mencionar, aunque sea brevemente, los estudios sobre relaciones raciales en el Brasil, la investigación sobre estratificación y movilidad sociales en Buenos Aires, Montevideo, Río de Janeiro y Santiago de Chile, y la conferencia sobre aspectos sociales del desarrollo económico de América Latina, que se reunió en la capital de México del 12 al 21 de diciembre de 1960.

Tal vez sea cierto que los mencionados estudios sobre relaciones raciales —como afirma Octavio Ianni⁷¹— fueran impulsados en la creencia de que demostrarían la existencia de una democracia racial y que, a medida que fueron dando resultados opuestos, se perdió el interés en propiciarlos. Sea como sea, no puede menos de reconocerse que contribuyeron a una línea de investigación que fue muy importante en el desarrollo de la sociología brasileña.

La investigación comparada sobre estratificación y movilidad sociales será considerada en otra ocasión. Baste señalar ahora que dio un impulso considerable a los estudios empíricos. No es dudoso pensar que quienes la impulsaron y obtuvieron el apoyo financiero de la UNESCO ya estaban preocupados por esos estudios, pero la importancia de ese apoyo no puede ser desconocida, más por haber facilitado la comunicación entre los científicos de la región que por los aspectos financieros estrictamente considerados.

La Conferencia citada en último término, patrocinada por la UNESCO conjuntamente con la CEPAL,⁷² marca un hito importante en el desarrollo de la sociología latinoamericana. Especialistas latinoamericanos y de otras regiones se reunieron para levantar un diagnóstico de la situación de América Latina, estudiar los prerrequisitos para un rápido desarrollo económico de la región, analizar la estrategia para la programación del desarrollo y determinar el papel que en él incumbía a la educación y a la administración. Los trabajos presentados constituyen una suma del conocimiento sociológico acumulado hasta entonces en América Latina y de sus posibilidades de aplicación. Representan, también, la concreción de un proyecto cuya naturaleza y validez serían rápidamente disensos.

Por último, la ayuda de las fundaciones internacionales obró en sentido análogo a la de los organismos internacionales. No es éste el lugar apropiado para considerar las diversas motivaciones de esa ayuda, ni para clasificarla según la mayor o menor presencia aparente de raíces políticas en ella, ni para considerar sus signos políticos diferentes. Lo esencial es que proveyó un importante mercado de trabajo, promovió becas estudiantiles, dotación de bibliotecas, contratación de profesores extranjeros y realización de muy numerosas investigaciones.

Una conclusión importante se desprende de lo dicho en este acápite y en el

⁷¹ *Sociologia da sociologia latinoamericana* (Civilização Brasileira, Río de Janeiro, 1971).

⁷² Egbert de Vries y José Medina Echavarría, *Aspectos sociales del desarrollo económico en América Latina*, vols. I y II (UNESCO, París, 1962; reimpresso en 1966).

anterior: la sociología latinoamericana, comparada con la de otras regiones del mundo, ha sido mucho más regional que nacional. Cuando las críticas arrecian contra el proyecto descrito en la sección II ya ese carácter está plenamente perfilado y la confrontación trasciende las fronteras nacionales. El hecho de que los países latinoamericanos tienen una historia común, más los factores señalados, dan cuenta de ese carácter, que puede mostrarse a través de otro indicador: la debilidad de las asociaciones nacionales de sociólogos frente a la relativa fortaleza de los mecanismos internacionales que los unen. Muchas asociaciones nacionales han dejado de existir sin que institución alguna la sustituya en su función propia. En cambio, cuando por haber disminuido el apoyo de la UNESCO, empieza a perder importancia el Centro Latinoamericano de investigaciones en Ciencias Sociales de Río de Janeiro, se crea el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) que ha ido adquiriendo cada vez más pujanza.

Una causa complementaria pero importante debe agregarse para comprender la gran significación relativa de la regionalización de la sociología: las dificultades para que se mantengan con cierta continuidad a largo plazo actividades sociológicas en los contextos nacionales. Sin perjuicio de volver más adelante sobre este punto, debe señalarse aquí el papel que los golpes de Estado, intervenciones en las universidades, etc. han jugado para dar a la comunidad sociológica latinoamericana un carácter tan trashumante como el que ha tenido. Las referencias político-sociales de la tarea sociológica la han hecho muy vulnerable desde el punto de vista institucional y personal, por causas que ya expresó Medina Echavarría en la cita transcrita en la sección II, lo que ha obligado a menudo a los sociólogos a realizar su labor en países distintos a los suyos originarios y que ha llevado a la creación de mecanismos formales de carácter refinado para apoyar a las comunidades sociológicas nacionales perseguidas.

3. La recepción de la sociología norteamericana y las críticas políticas

Las observaciones de índole política resultan muchas veces injustas para los renovadores de la sociología en la posguerra porque en ocasiones les atribuyen juicios que corresponden a momentos posteriores del desarrollo de la sociología en el continente. Otras veces carecen de perspectiva histórica, olvidando que el campo de opciones políticas en el momento de elaboración de la respectiva visión científica era bastante más reducida que en la actualidad.

Es cierto que entre los sociólogos que adoptaron la concepción científica hubo muchos conservadores que deseaban el mantenimiento del orden social vigente. De qué manera contribuyeron a ello con su actividad académica resulta un tema complicado que excede los límites de nuestro análisis. Es también innegable que muchos otros afrontaron su tarea sociológica inspirados en el deseo de provocar cambios sociales, más o menos trascendentes, en sus respectivas sociedades. También aquí podría discutirse hasta qué punto lograron algo concreto. Sería injusto tildarlos de conservadores. Prueba de ello es que

las clases dominantes no los consideraron sus aliados, sino todo lo contrario. Basta analizar cuáles fueron los grupos que se opusieron a la institucionalización de las ciencias sociales para apreciar de qué manera, ya en esa época, la sociología aparecía como una actividad de desenmascaramiento del orden establecido. A su vez, los grupos de izquierda, en general, apoyaron a la sociología en esa época reconociéndole esa misma característica.

A los autores clásicos se los ha acusado de desconocer la realidad de sus respectivos países y la de América Latina como un todo, de intentar aplicar esquemas teóricos que carecerían de sentido para explicar estas regiones, de contribuir a la dominación imperialista, etc. De esta enumeración puede colegirse rápidamente que muchas de las críticas son contradictorias entre sí. Por ejemplo, si los esquemas no permitían explicar la realidad de estos países, es dudoso que pudieran servir para conservar ni para cambiar el sistema de dominación imperante. Hasta se llega a ignorar que fueron los primeros en enfrentarse a la realidad utilizando una metodología sociológica (recuérdese *Estructura social de la Argentina*, de Germani por vía de ejemplo). Esto no implica sostener que la obra de esos sociólogos esté libre de crítica. Cualquier trabajo científico es susceptible de observaciones y más todavía los que, por ser pioneros, deben manejar materiales no transitados previamente.

No cabe duda que toda tarea crítica corre el peligro de terminar enfrentándose con un tigre de papel y así ha sucedido en este caso. Se ha generado un estereotipo de sociólogo científico, mediante el procedimiento de simplificación y exageración de ciertos rasgos básicos, hasta el punto de distorsionar (ridiculizándolo) al objeto criticado de tal modo que en algunos casos parece difícil pensar que los críticos han leído seriamente la obra de aquéllos. La misma imputación hecha anteriormente a los norteamericanos que estudiaron a los "pensadores" latinoamericanos, podría volverse contra los críticos que enfrentaron a los "científicos".

Como ha hecho notar Berger,⁷³ ese estereotipo se compone de elementos contradictorios. Se los ataca tanto por la inutilidad del pensamiento y las técnicas para resolver problemas concretos de estas sociedades como por contribuir al manejo de los pueblos, mediante investigaciones sociológicas. Esto último implica reconocer ciertos méritos a su trabajo, pues de otra manera no podría ser peligroso. La única forma de conciliación de ambas críticas sería sosteniendo que la orientación sociológica predominante en la sociología "científica" es inútil pero que ocupa importantes recursos humanos calificados que —de no ocuparse en ese tipo de sociología— podrían adoptar otro que contribuyera a la mejor comprensión de la realidad latinoamericana. En ese sentido, el mantenimiento de tal orientación sería una contribución indirecta al *statu quo* y a la supervivencia de las relaciones de dependencia respecto a los centros de poder mundial, ya que impediría la crítica radical de la sociedad existente y de las relaciones intersociales vigentes por quienes estarían capacitados para hacerla y de esa manera contribuir a la revolución.

⁷³ Bennet M. Berger, "Sociology and the intellectuals: An analysis of stereotypes", en *Antioch Review*, vol. 17 (1957), pp. 275-290. Incluido en J. F. Marsal, *Los intelectuales políticos* (Nueva Visión, Buenos Aires, 1971).

Es verdad que muchas veces estas críticas no proceden de la misma boca, por lo cual cada uno de esos críticos considerados individualmente no pueden ser tildados de razonar contradictoriamente. Hay ejemplos paradigmáticos de cada una de esas posturas. Así, John Saxe-Fernández constituye el caso más destacado de quienes sostienen que la sociología posee lo que Berger ha descrito como "el potencial diabólico de convertir a los hombres en títeres, de destruir su individualidad con máquinas IBM, de quitarles su 'dignidad humana individual' y de presidir al fin de cuentas su total mecanización". Otros autores, en cambio, podrían ser presentados como representantes de la otra posición crítica, la de que una determinada orientación —el estructural-funcionalismo— no contribuye a interpretar adecuadamente la realidad latinoamericana, por lo que debería sustituirla otra perspectiva, la dialéctica, que sí lo hace. La abundante crítica a las teorías de la modernización que se ha producido en los últimos años correspondería a esta posición.

No se crea, sin embargo, que los nuevos intentos de renovación fueron únicamente el resultado de causas autóctonas. Recuérdese que por entonces las semillas sembradas por C. Wright Mills habían madurado y una importante literatura crítica —tal vez abonada por las cada vez más fuertes crisis del sistema imperante— comenzaba a desarrollarse en los Estados Unidos. Paralelamente se asistía al renacimiento de las sociologías europeas y a su lanzamiento mundial, especialmente el estructuralismo y las nuevas "lecturas" de la obra de Marx, en especial el althusserianismo, que adquiere fundamental importancia para la generación más joven.

El recuerdo de estos antecedentes es importante porque puede permitir la reflexión sobre algunas de las críticas más usualmente formuladas a los autores que constituyeron la sociología científica latinoamericana en la posguerra. Es general, como se ha visto, atribuir a la etapa que hemos llamado de renovación un acentuado carácter estructural-funcionalista, es más que dudoso. La manera como conciben la sociología Medina y Fernandes va mucho más allá del funcionalismo. Germani en cambio se acerca más a esta posición. Es indudable, sin embargo, que existe una influencia considerable de las corrientes funcionalistas.

Una visión muy elemental, pero extendida, considera la influencia del funcionalismo como un producto de la hegemonía norteamericana o mejor dicho del imperialismo. Si la cuestión fuera tan simple el gran problema sería explicar cómo pudo producirse más adelante el influjo del marxismo, pues si de algo están seguros quienes sostienen esta idea es que el imperialismo está muy lejos de haber desaparecido. Medina Echavarría, en un artículo sobre el problema,⁷⁴ recuerda el ejemplo de la crisis de la sociología francesa bastantes años antes de la segunda guerra mundial, crisis que se manifiesta como un fenómeno de recepción del pensamiento alemán. "El interés ofrecido por esta circunstancia consiste en ser un mentís a una creencia muy generalizada —a veces con pretensión científica— acerca del influjo de las situaciones de poder

⁷⁴ José Medina Echavarría, "La recepción de la sociología norteamericana", en *Anales de la Universidad de Chile*, año CXXI, núm. 126 (Santiago de Chile, enero-abril de 1963), pp. 93-115.

y hegemonía. Pues fue más bien al contrario, la irradiación del vencido sobre el vencedor.”⁷⁵ Por otra parte, el nazismo primero y la guerra después cortan de raíz el notable desarrollo de la sociología alemana. Ahora bien, como señala Medina, esos años de profunda crisis para la sociología europea coinciden con el mayor florecimiento de la sociología norteamericana, tanto en la construcción teórica como en la utilización profesional del sociólogo y, sobre todo, en la aparición de nuevas técnicas, aspecto este último que es tal vez el que más influye en América Latina. Tan es así que, terminada la segunda guerra, la recepción de la sociología norteamericana se produce en todas partes, en Alemania, Francia, Italia y hasta en países socialistas como Polonia y Yugoslavia.

Esta recepción es diferente en los distintos países. La variable más importante para explicar las diferencias no es, sin embargo, el grado de hegemonía de los Estados Unidos —que en alguno de los casos citados simplemente no existe—, sino que haya o no una tradición sociológica anterior que impida a la recepción caer en el escolasticismo, es decir, en la repetición pura y simple. En América Latina este fenómeno no dejó de ocurrir; en muchos casos se corrió detrás de lo que era la última moda en la sociología norteamericana o aparecía como tal; se tradujo, mal muchas veces, una jerga complicada que prestaba patente de sociólogo, etc. Lo interesante, sin embargo, es que estos fenómenos sólo se dan en los niveles medios e inferiores de la producción sociológica y sería absurdo atribuirles carácter general. Lo más significativo para determinar si la recepción de una tendencia intelectual es crítica o no, es determinar si quienes cultivan la ciencia atienden al tema dominante que “está impuesto por la estructura de lo real —la estructura social—”⁷⁶ o si aceptan como tema dominante el establecido como tal en aquella tendencia. Ahora bien, la más superficial lectura de las obras de Medina, Germani y Florestán Fernandes, como de muchos otros, y la exposición que de ellos se ha hecho en las páginas precedentes, muestran que el tema dominante es el llamado desarrollo. Ahora bien, ese tema no era dominante, ni siquiera importante, en el funcionalismo de la época. Lo que ocurre es que en las décadas del 40 y del 50 no había ninguna orientación, fuera verdaderamente una teoría o sólo un método como quiere Florestán Fernandes, que pudiera proporcionar tantos auxilios teóricos y metodológicos como el funcionalismo, y ello explica su uso en todas partes del mundo.

Mucho más exacta que una supuesta repetición servil del funcionalismo es la inexistencia de una sociología marxista. Aun en esta materia conviene ser prudente. Fernandes, lejos de negarla, recoge expresamente la elaboración marxista. El pensamiento de Marx es enseñado en los cursos que la generación que trata de renovar la sociología organiza en América Latina. Sin embargo, sigue siendo verdad, que no aparecen elaboraciones marxistas o que pretendan serlo hasta la década del 60. Algunos integrantes de las generaciones más jóvenes escriben obras importantes en la historia de la sociología latinoamericana.

⁷⁵ *Ibidem*, p. 95.

⁷⁶ *Ibidem*, p. 112.

na, que nadie percibe como marxistas cuando son publicadas y que no lo son, aunque más adelante ellos adopten estos puntos de vista. Es el caso típico de Pablo González Casanova. ¿Es que hasta entonces estuvieron dominados por el imperialismo y luego rompieron con él? Explicación tan simplista no merecería ser mencionada si no hubiera sido y siguiera siendo esgrimida. Lo que ocurre es que casi nadie percibía, en América Latina ni fuera de ella, cómo podría utilizarse el marxismo para elaborar una sociología del desarrollo sino bajo la forma de una recepción acrítica, escolástica y dogmática de ciertos principios generales aplicables a todo el mundo y que, por lo tanto, nada específico decían sobre América Latina. Cuando esas posibilidades aparecen en el horizonte intelectual, los problemas de la recepción del marxismo no son muy diferentes de los que tuvo la sociología de la época que estamos analizando respecto al funcionalismo.

Recuérdese que la mayoría de las críticas a los "cientificistas" se hacen desde tiendas marxistas que les reprochan haber olvidado la importancia del pensamiento de Marx en la constitución de la sociología como ciencia. Nadie puede negar el valor que dicha obra ha tenido en la explicación del mundo social. Sin embargo, no debe imputarse a los latinoamericanos el no haber otorgado a Marx el lugar que merecía en la sociología académica. Esta se constituye a partir de la obra de Comte y por diversas razones, entre las cuales es probable que juegue un papel importante el conservadurismo de los fundadores, se descuidan los aportes de Marx. Debe tenerse en cuenta que tampoco el marxismo aspiraba por entonces a convertirse en disciplina académica. Era una doctrina política y como tal la profesaban sus seguidores. Sólo mucho después se introdujo en las aulas, aspirando sus practicantes a una posición respetable en el mundo académico y científico. Al fin de la guerra difícilmente podrían encontrarse —en cualquier lugar del mundo— sociólogos de orientación marxista, salvo tal vez en la Unión Soviética. Y la mayoría de los que hoy critican a los científicos rechazan asimismo la versión estalinista del marxismo predominante en el citado país por aquella época. Más aún, en América Latina hubo escuelas nacionales de enseñanza de la sociología que estuvieron dirigidas por socialistas marxistas y que, hasta la segunda mitad de la década del 60 no se diferenciaban en nada, en cuanto a la enseñanza impartida, de orientación "funcionalista", de sus similares con otra dirección.

Los críticos que recuperan la importancia del marxismo para la interpretación de los problemas latinoamericanos han bebido, a su vez, en nuevas fuentes de conocimiento generadas con posterioridad al desarrollo de la orientación "científica". En este sentido son como sus antecesores respecto de los cuales actúan como "parricidas", receptores unos y otros de los avances producidos en aquellos lugares del mundo que actúan como avanzada cultural. No puede negarse, sin embargo, que en muchos casos (en los más valiosos) la nueva sociología crítica latinoamericana, especialmente la de orientación dialéctica, ha hecho aportes muy considerables al conocimiento de la realidad del continente. Tal vez lo mismo puede decirse de los antecedentes hoy tan criticados. No cabe duda que los autores que elaboraron la sociología científica no fueron meros repetidores de las teorías esbozadas en los centros. Por el contrario,

muchos de ellos (también los más creativos) aportaron los primeros ensayos de comprensión de la realidad latinoamericana y los primeros estudios empíricos. Quizás entre las obras de los más valiosos de ambas orientaciones sea posible hallar cierta continuidad e incluso una suerte de acumulación científica entre sus respectivos hallazgos.

4. *Sociología y valores*

Uno de los aspectos más agudos de la controversia ha sido el problema de la relación de la sociología con la ideología, de la posibilidad de que aquélla sea valorativamente neutra, etc. Como se ha apuntado en el primer acápite de esta sección, muchas causas impulsaban e impulsan a mezclar en esta cuestión una serie de planos muy diferentes. Mientras no se hagan esas distinciones, la discusión continuará siendo tan confusa y tan cargada de adjetivos como hasta ahora. Si resolver un problema epistemológico se considera en el mismo plano que decidir el destino del sociólogo y de la sociedad latinoamericana, pocas esperanzas quedan de que la controversia pueda conducir a algún resultado claro.

En un esfuerzo para realizar estas distinciones podrían considerarse varios planos:

1º ¿Pueden ser objeto de un tratamiento científico los fenómenos sociales o, por su naturaleza, quedan al margen de la ciencia y entran en el pleno dominio de la filosofía social? La respuesta de los proponentes del proyecto de renovación de posguerra se decidía por la primera alternativa y sostenía una concepción de la ciencia social congruente con ella. El problema, que por las razones explicadas era muy importante para esos autores, ha desaparecido en los últimos tiempos en su forma explícita. Ello es de lamentar porque en los análisis de alguna de las críticas parece estarse en pleno campo de una filosofía social que no es consciente de sí misma. Nadie puede negar la legitimidad de la filosofía social y el derecho de cualquiera a practicarla, pero tampoco puede olvidar su naturaleza y sus exigencias, que son muy diferentes de las que son propias de la sociología como ciencia. Más aún, habría muchas razones para sostener que, en la situación actual de América Latina, las especulaciones de filosofía social serían mucho más importantes y trascendentes que los modestos aportes de la sociología. Si fuera así, sería muy plausible que los sociólogos abandonaran ésta para abordar aquélla proveyéndose previamente del bagaje intelectual indispensable para una actividad que tiene sus exigencias propias. Nada de eso se hace y la desaparición del problema es un subproducto de la convicción generalizada de que a una concepción de la ciencia se opone otra, mucho más rica, más viva y más ligada a la praxis, pero ciencia al fin. Es irónico que algunas críticas del "cientificismo" sucumban tan candorosamente al "cientificismo", es decir, a esa extraña convicción de nuestro tiempo de que nada válido puede decirse si no es en nombre de la ciencia. Debe reconocerse que aunque no todos los críticos de la última década proponen una filosofía social en nombre de la ciencia, muchos lo hacen. De cualquier manera, el olvido del problema hace que ni unos ni otros hayan podido refinar los as-

pectos teóricos y metodológicos de su posición, que no puede justificarse sólo criticando la otra.

2º Suponiendo que se contesta afirmativamente a la cuestión de si la sociología es una ciencia legítima, en lo que todos parecen estar de acuerdo en América Latina, se plantea el tema de su naturaleza. Uno de los aspectos más controvertidos de éste, que por último es también filosófico, ha sido y es la posibilidad de una ciencia social valorativamente neutra, a lo que unos contestan afirmativa y otros negativamente. Una primera precisión se impone: si la ciencia es o debe ser valorativamente neutra, el sociólogo debe esforzarse por serlo en cuanto se encuentre ocupado en su construcción. Nada más ni nada menos. Nadie ha dicho ni sostenido que la neutralidad de la ciencia implique que el sociólogo deba ser neutro frente a los conflictos sociales, una especie de monstruo que no vive en su sociedad. Esta cuestión es tan elemental que sólo se recuerda aquí porque es corriente refutar la tesis de la neutralidad de la ciencia diciendo que es lo mismo que la indiferencia del sociólogo frente a los males de América Latina, su irresponsabilidad, etc. No es lo mismo. La tesis bien puede ser errónea, pero no es ése el medio de demostrarlo. La dificultad reside en que cuando se sostiene que un discurso es científico, se pretende que tiene una validez universal, aunque provisional. Salvo muy contadas excepciones, ninguno de los representantes del pensamiento crítico propone que sus afirmaciones sólo sean válidas para quienes comparten su sistema de valores; por el contrario, claramente pretenden que sus aseveraciones están más vinculadas a la realidad en su plena complejidad que las afirmaciones de sus adversarios. Ahora bien, o tal pretensión es ilegítima, o sólo puede justificarse de dos maneras. La primera sería afirmar que hay un solo sistema de valores válido, el que sustentan los autores en cuestión. Tal convicción, a su vez, puede ser afirmada como filosófica, en cuyo caso sus proponentes deben admitir que siempre a una concepción filosófica puede oponerse legítimamente otra, en cuyo caso habría diversas sociologías científicas que serían inacumulables entre sí, cada una de ellas correspondiente a una filosofía social. La otra manera de afirmarlo es sosteniendo que puede demostrarse, por las teorías y métodos científicos, que sólo existe un sistema de valores válido. De ser así, la pretensión de universalidad quedaría justificada. Pero esta demostración no ha sido hasta ahora proporcionada. Demostrar que la ciencia social no puede estar libre de valores, dando la demostración por hecha, no es lo mismo que demostrar que la ciencia puede probar que *un* sistema de valores es el único legítimo. Antes al contrario, los argumentos que generalmente se esgrimen para probar la primera afirmación tienden a destruir la posibilidad de la segunda, puesto que se basan en el acondicionamiento subjetivo del investigador, en su imposibilidad de liberarse de sus grupos de referencia o de pertenencia, etc.

La segunda manera de afirmar la pretensión de validez universal, aunque provisoria, para las tesis que niegan la posibilidad de una ciencia valorativamente neutra sería admitir que los sistemas de valores son inescapables para el científico, pero que en el desarrollo de la tarea científica permiten reunir verdades objetivas válidas para cualquiera que cultive la ciencia, sea cual

fuere su sistema de valores. Esta manera de ver es discutible, pero de ser justificada terminaría aceptando la tesis tradicional o por lo menos compartiendo sus consecuencias. Efectivamente, tanto si la objetividad es el producto de un esfuerzo de liberación del sistema de valores personal del científico, posibilitado por el carácter colectivo de la ciencia, como si es el resultado de una profundización del sistema de valores personal que produce conocimientos válidos para cualquier sistema de valores, éste termina siendo una variable menor para explicar los caracteres del conocimiento científico.

En resumen, las opciones legítimas, en el sentido de lógicamente congruentes, parecen ser las que niegan la posibilidad de una ciencia de la sociedad que casi nadie entre los sociólogos ha sostenido en América Latina si no es mezclándola con una filosofía social: la que cree que puede haber una ciencia social y que ésta supone la neutralidad valorativa y la que sostiene que toda ciencia supone un sistema de valores y que la validez de éste es científicamente demostrable. En estos dos últimos casos se parte de la base de que la ciencia debe ser objetiva, aunque sus verdades sean provisionales, es decir, un discurso que tiene validez pública, que puede ser sometido a prueba por otros. Queda una posibilidad más, la de que el discurso sólo sea válido para determinados grupos sociales, lo que, como se ha visto, ha sido sostenido, pero que vuelve de hecho a la primera posibilidad que hemos distinguido: la filosofía social.

Todo parece indicar que las posiciones eclécticas, muy corrientes en América Latina, no pueden sostenerse por falta de congruencia lógica. Por ejemplo, el argumento muy conocido de que la ciencia social no puede estar libre de valores, pero es igualmente objetiva, si no es una afirmación desprovista de sentido, supone que hay una demostración científica de la validez del sistema de valores de que se parte, que es justamente lo que niegan de plano muchos de los que sostienen esa opinión.

Nótese que los esfuerzos de integración, mencionados al final de la sección anterior, son quizás la forma más elaborada de una postura crítica, pero no escapan a estos problemas en cuanto derivan de la naturaleza de la tarea científica. Si en lugar de la sociología como ciencia aislada se reúnen a través de ella varias ciencias más o se constituye una nueva ciencia, como ciencia o ciencias estarán sometidas a las mismas opciones descritas. No es casual, que la mayoría de los que han sostenido esa postura más elaborada sean quienes menos insisten sobre un compromiso valorativo particular de la ciencia que practican.

3º Conviene distinguir el plano de la responsabilidad social del sociólogo. En este punto existen dos posiciones básicas, al interior de cada una de las cuales se dan variantes de importancia considerable. Para una, la responsabilidad global del sociólogo como intelectual se deduce de la naturaleza misma de la ciencia que practica, lo que es imposible para los sostenedores de la otra posición.

Esta última concibe la relación, en lo esencial, de la siguiente manera: El sociólogo, como todo hombre de ciencia, produce conocimientos. Esos conocimientos pueden ser usados por él y por muchos otros, porque la ciencia es pública. Puesto que pueden ser usados por otros, sociólogos o no, el uso es,

en toda la parte no usada por él, independiente del sociólogo. Hasta aquí el discurso es un encadenamiento de juicios sobre hechos. A partir de este momento se abre la posibilidad —también de hecho, puesto que han sido practicados o son practicables— de una serie de opciones personales. El sociólogo puede desinteresarse del uso que se hace de sus conocimientos *qua* sociólogo, pues sólo se dedica a la ciencia pura; el sociólogo puede interesarse por el uso que se hace de sus conocimientos, *qua* sociólogo, es decir, tratando de mostrar las diversas posibilidades que se abren utilizando los conocimientos científicos para alcanzar determinados fines. No existe una manera científica de determinar cuál de estas opciones es la más correcta: se trata claramente de un problema ético. *A fortiori* es un problema ético-social el de determinar al servicio de qué fines debe poner su conocimiento. Ha habido quienes los han usado para sostener el *statu quo*, quienes lo han utilizado para oponerse a él, para hacer la revolución, etc. Esta posición admite que entre ciertas teorías de la sociedad y ciertas posturas respecto a la acción existe una relación de consecuencia o una afinidad considerable, tanto entre ciertas maneras de desarrollar el estructural-funcionalismo como, desde luego, en el caso del marxismo. Tal circunstancia, sin embargo, sólo se da en la parte de estas concepciones que no son científicas, es decir, en aquellas que involucran, implícita o declaradamente, una ideología. En resumen, al sociólogo le es posible, como a cualquier ciudadano, poner sus conocimientos al servicio de cualquier ideología; no es lícito, cuando lo hace, que pretenda considerar su elección ideológica como una consecuencia de sus conocimientos científicos. Su actitud en este campo no deriva de su condición de científico, sino de sus responsabilidades como ciudadano. Si un sistema de valores se considera como dado, ya por él o por determinados grupos de la sociedad que él considera los mejores, se supone que el aporte de sus conocimientos ampliará la racionalidad de la acción cuyo fin sea alcanzar esos valores, o ayudará a eliminar las incongruencias que existan entre el sistema de valores aceptados y el comportamiento efectivo. La ciencia, digámoslo una vez más, puede decirle cuáles son los sistemas de valores que aceptan los hombres, puede enseñarle cuáles son sostenidos por grupos minoritarios y cuáles por los mayoritarios, cuáles defienden la situación existente y cuáles se proponen cambiarla, puede incluso —en casos especiales de un refinamiento muy considerable de los conocimientos— demostrar cuáles son los sistemas de valores que triunfarán mañana, pero no puede enseñarle cuáles son los mejores. Sus certidumbres sobre este último punto, para el sociólogo como para cualquier ciudadano, derivan de otras fuentes cuyo valor puede ser más alto que la ciencia misma, pero que no son la ciencia.

Esta posición es la que, con variantes, aparece en los autores analizados en la sección II. Carece de sentido decir redondamente que implica la defensa del *statu quo*. Lo que realmente implica es que defenderlo o combatirlo es una elección personal que no se deduce de la calidad de sociólogo. Implícitamente, sus adversarios lo admiten, puesto que al considerarlos como sociólogos del *statu quo* no niegan sino que afirman su condición de sociólogos.

La otra posición sostiene que el comportamiento social del sociólogo es una

consecuencia de la ciencia, que la *praxis* es el portador de la verdad científica. En la controversia establecida en América Latina es la posición que sostienen casi siempre los marxistas, para los cuales la tesis básica sería que ciencia y praxis son en fin de cuentas una sola cosa y que la pretensión de que los juicios de valor no tienen demostración científica sólo revela la ignorancia de la verdadera ciencia y es en definitiva una ideología burguesa. Sin embargo, la idea esencial —la ciencia determina cuáles son los fines válidos al mismo tiempo que demuestra cuáles son los medios adecuados para conseguirlos— es una pretensión que está muy lejos de ser patrimonio exclusivo de los marxistas. Lo curioso es que esto último raramente haya sido tratado en forma clara en América Latina: a veces es recordado implícitamente y en otras ocasiones simplemente ignorado.

Una vieja corriente positivista, de la cual los más egregios representantes son Saint-Simon y Comte, sostiene esa convicción, por cierto, muy anterior a Marx. Tal tesis es la que, implícita o explícitamente, se encuentra en la base del pensamiento tecnocrático, es decir, de uno de los adversarios más odiados por el marxismo. Como es sabido, Saint-Simon “de la síntesis del saber entiende obtener un método de investigación que le permita descubrir una ley universal que abraza todos los fenómenos conocidos y aportar una solución definitiva a los problemas sociales y humanos”.⁷⁷ En otras palabras, no sólo pretende que los conocimientos científicos son instrumentos para resolver tales problemas, sino que la ciencia define cuáles son y cuál es el sentido en que hay que hacerlo, es decir, determina los fines últimos. Esa idea, la de que existe una solución científica de los problemas sociales que afligen a la humanidad, que sólo puede ser *una* porque de otro modo no sería científica, es la base implícita del pensamiento tecnocrático. Y como el desarrollo de la tecnocracia es un fenómeno universal, se comprende la extraordinaria actualidad que ha sembrado Saint-Simon,⁷⁸ y que justifica la frase de Perrouse de que todos se han vuelto más o menos saintsimonianos. El fenómeno es de gran importancia en América Latina. Dejando de lado por ahora todo análisis del problema de su real influencia, el estilo de dominación tecnocrática, en las formas más “ideales” —en el sentido weberiano— que ha asumido en la región ha sido bien descrito por Graciarena en los términos siguientes:

De la misma manera que antes se invocaba la “voluntad divina” ahora se declara que las alternativas políticas no son otra cosa que “opciones técnicas”, sobre las que nadie puede tomar una decisión mejor fundada que los “expertos o especialistas” puesto que ellos —y sólo ellos— disponen de los conocimientos científicos y técnicos más avanzados, necesarios para poder tomar una decisión “correcta”.

La Ciencia y la Técnica se han convertido así en la principal fuente de legitimación de un régimen que declara que ya no hay problemas políticos sino alternativas

⁷⁷ Maximilien Rubel, “Saint-simonisme et marxisme” en *Économies et Sociétés*, Cahiers de l’I.S.E.A., tomo iv, núm. 6 (junio de 1970), p. 1080.

⁷⁸ En varios números de los cuadernos citados en la nota anterior se examina esa actualidad, que es quizás más poderosa en todos los que se han vuelto saintsimonianos sin saberlo.

técnicas que se pueden resolver asépticamente y sin el ruido y las incertidumbres que provoca el proceso político democrático. Y esto puede hacerlo mediante criterios estrictamente científicos aplicados por cuerpos de expertos especializados en problemas específicos y que, por eso mismo, son los más aptos para lograr conclusiones objetivas que maximicen el interés nacional y las satisfacciones sociales.⁷⁹

La pretensión de que la ciencia puede definir lo que se debe hacer es perfectamente congruente con la idea de que los científicos extraigan de la discusión pública lo que se refiere a la acción. El experto es profeta, pero no ocurre como antes, que su pretensión de experto sólo se justificaba si podía probar sus cualidades de profeta; ésta se encuentra ahora garantizada, a la inversa, por su condición de experto.

Otras versiones, ni marxistas ni tecnocráticas, que parten de la misma convicción, son menos importantes. La dificultad que se presenta en el caso del marxismo, pese a su congruencia doctrinaria, es que, si bien la convicción de que una actitud revolucionaria del hombre de ciencia se desprende naturalmente de la teoría que adopta, la existencia de diversas corrientes permite y más bien exagera las controversias internas acerca de cuál es el comportamiento verdaderamente revolucionario.

La guerra de los adjetivos (conservador, revolucionario) no se limita, pues a marxistas y no marxistas, sino que se da también dentro de cada uno de los grupos por las razones señaladas respecto a los marxistas y porque entre los no marxistas hay diversas concepciones en cuanto a la actividad ética que debe asumir el científico.

Que se pueda o no imponer un sistema de valores por ser el único científicamente válido es el fondo de una controversia filosófica que divide a todos los hombres, no sólo a los sociólogos. La preocupación de éstos por su responsabilidad como intelectuales no puede menos de elogiarse, pero tanto la virulencia personal que en ocasiones adquiere el debate como el supuesto que a veces lo anima —que lo que los sociólogos hagan o dejen de hacer es tan importante para la sociedad— son cosas difícilmente compatibles. América Latina es una de las regiones del mundo en que los sociólogos políticamente conservadores son proporcionalmente menos; es sociológicamente interesante que, por las causas antes apuntadas, en ella haya preocupado el problema más que en otras.

No se olvide que las críticas más acerbas a los sociólogos científicos se dan en el marco de las luchas por el poder dentro de la comunidad académica, como a menudo ocurre en las que se dirigen los marxistas entre sí. Sociólogos y científicos políticos son proclives a distinguir con rapidez la existencia de tales fenómenos en cualquier grupo social y en cualquier sociedad. Sin embargo, son mucho menos propensos a volver hacia sí sus métodos de estudio y sus teorías, y a percibirse como un grupo social más, con sus pugnas propias. Si

⁷⁹ Jorge Graciarena, *Tecnocratización de la universidad y postgrado en ciencias sociales en países capitalistas dependientes: el caso de América Latina*, trabajo presentado a la Séptima Reunión de la Asamblea General del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Maracaibo, 25 al 27 de marzo de 1974), p. 9.

lo hicieran, podría apreciarse que lo que se plantea como discusión casi idealista sobre la mejor manera de hacer ciencia o de contribuir al cambio social tiene un soporte mucho más real. Esas luchas por provocar en un momento dado el desplazamiento de grupos de los centros académicos, no se hacen tan sólo en "interés de la ciencia y la revolución", sino también para conquistar las posiciones académicas que corresponden al grupo en el poder. Detrás de los planteamientos sobre la necesidad de la neutralidad valorativa, la objetividad científica y la crítica del "ensayismo" que formularon en su momento los ahora criticados "cientificistas", es posible encontrar razones similares. Como ya se dijo, tales motivaciones son consustanciales a cualquier agrupamiento humano. Si se las ignora, como suele suceder, y se piensa que únicamente se está discutiendo en el plano abstracto de las verdades científicas absolutas, puede no comprenderse, por ejemplo, que partiendo de ciertos considerandos muy radicales y contundentes, se concluya en recomendaciones que no distan demasiado de las que podría aceptar cualquier científicista a ultranza.

Tampoco debe exagerarse el papel de tales pugnas en el surgimiento de la orientación crítica. Es natural que tales enfrentamientos se den cuando los argumentos suben de tono y adquieren sus matices más fuertes, pero también es cierto que en tales circunstancias no logran tener mayor profundidad y valor para quien trata de evaluarlos desde afuera y con la mirada puesta en el progreso de la disciplina.⁸⁰

5. *La investigación empírica*

Un punto merece ser tratado conjuntamente en ambas etapas: el de la investigación empírica. Como se ha visto, el desarrollo de ésta era uno de los proyectos fundamentales de la institucionalización de la sociología, tal como era concebido en la primera etapa. Desde ese punto de vista, parece claro que el proyecto tuvo mucho más éxito en el reconocimiento del status teórico de la sociología, en la creación de una demanda para ella desconocida hasta entonces, que en la multiplicación de la investigación empírica. Es indudable que ésta se vigorizó en forma totalmente desconocida en el pasado, pero las más variadas causas hicieron que no cobrara tanta importancia como cabía esperar. En parte, porque su desarrollo era uno de los aspectos más difíciles y que requerían más tiempo. En muchos casos, los conflictos sociales y políticos hicieron que no se dispusiera de ese tiempo ni de las condiciones necesarias para desarrollar la investigación en forma sostenida. La intervención de las universidades y la amenaza de intervenirlas pueden recordarse a este propósito. Por otro lado, cuando el proyecto original había tenido muy poco tiempo para producir todos sus efectos, era desafiado por un proyecto nuevo.

⁸⁰ Jorge Graciarena ha hecho algunas puntualizaciones muy interesantes sobre las características del conflicto dentro de la comunidad sociológica latinoamericana. Véase "La crisis latinoamericana...", *loc. cit.*

El solo hecho de que los sociólogos latinoamericanos hayan tenido que dedicar y dediquen todavía buena parte de sus trabajos a la discusión de la validez de uno y otro, en la práctica tendió a disminuir la importancia de la investigación empírica. En tercer lugar, el avance de la dimensión ideológica tendió a producir el mismo efecto. No es a través de la investigación empírica, o no lo es de modo central, como se justifica o se refuta una construcción más ideológica que científica.

Estos hechos tienen gran importancia para el presente trabajo. En definitiva, sea cual fuere el valor que se atribuya a las diferentes teorías propuestas para interpretar el desarrollo de América Latina, es evidente que el papel concedido a su elaboración es mucho más importante que el material empírico reunido para justificarlas o demostrar su falsedad. Una prueba más de ello es la importancia creciente de la discusión sobre sus fundamentos teóricos, sobre su fidelidad a las corrientes originarias que continúan y la escasa importancia que se concede al análisis sistemático de sus fundamentos empíricos. Parece indudable que la separación de estos dos planos tiene mucho de artificial, pero ayuda a comprender la naturaleza del problema que estamos considerando. También en ese aspecto la ruptura con la etapa de los pensadores es mucho menor de lo que puede parecer a primera vista.

6. *Ideología, política y sociología*

La sociología latinoamericana en la posguerra comienza con una unidad de concepción que si no hay que creer monolítica, porque no lo fue, es bastante grande como para contrastar notablemente con lo que ocurre luego de la aparición de las críticas tratadas en la sección III. A partir de ese momento la división no es sólo entre "científicos" y "críticos", pues existe entre los "críticos" mismos y en todos los casos sus connotaciones políticas se vuelven muy fuertes. Se han presentado las causas principales que explican las características que ha cobrado el problema. No se podría concluir sin analizar, aunque sea someramente, las consecuencias de esta situación. El análisis puede hacerse desde dos perspectivas: fuera y dentro de la comunidad sociológica.

La primero es la legitimación social de la sociología o si se quiere de su institucionalización. Como se ha visto en la sección II, los autores allí analizados pensaban que la separación rigurosa entre ciencia e ideología, aparte de corresponder a la realidad, facilitaría la legitimación e institucionalización de la sociología.

Su situación era compleja y ambigua. Tenían que enfrentar las tendencias conservadoras que veían en la sociología un instrumento de ataque contra el orden establecido, ya porque la confundían con el socialismo —lo que era y es más frecuente de lo que suele creerse—, ya porque tenían una función desmitificadora, ya por una mezcla confusa de ambas razones. En alguna medida esa oposición era un indicador paradójico del éxito de los sociólogos que atribuían a su ciencia esta última función. Los conservadores que lo creían no podían sino oponerse a su desarrollo. Por otra parte, los proponentes de la

renovación de la sociología estaban convencidos de que, pese a la neutralidad ideológica de la ciencia, proveía de un conocimiento indispensable para la necesaria tarea de transformar América Latina y estaban obligados a reiterarlo constantemente. De no haberlo hecho, de haber presentado el cultivo de la sociología como de significación puramente teórica, no hubiera encontrado apoyo para su proyecto. Como consecuencia de ello, las ideologías de derecha encontraban en la manera de presentar el proyecto, pese a todo, motivos sobrados para validar su desconfianza o su oposición. En cambio, la izquierda parecía verlo con beneplácito y lo mismo las corrientes políticamente moderadas. Sólo una parte de la izquierda comenzaba a proponer las críticas que después se hicieron tan importantes. El cambio fundamental que se produjo más tarde no fue tanto en la naturaleza de las críticas, que en lo esencial eran las mismas, sino en que vinieron desde dentro de la comunidad sociológica, en tanto que al principio no eran sociólogos quienes las esgrimían. Es una parte de dicha comunidad para la cual la sociología es una crítica radical de la sociedad y un instrumento al servicio de la revolución o se convierte en apoyo del *statu quo*.

En las circunstancias de la sociedad latinoamericana no es difícil explicar la crítica de la sociedad, función normal de los intelectuales, ni que se dirija no solamente a las bondades de tales o cuales políticas o al comportamiento de tales o cuales grupos, sino a los mismos fundamentos del sistema. Es también explicable que ideologías que niegan la viabilidad y la justicia del orden político y social existente, abogando por su transformación revolucionaria como única solución posible, se expandan, sobre todo entre los jóvenes y los intelectuales, con independencia del grado de verdad que contengan.

Estas circunstancias no sólo tienden a agudizar mucho más que en el pasado la cuestión del sentido y la naturaleza de la tarea sociológica y de su relación con la acción, sino a hacer que la discusión de proposiciones teóricas o empíricas tienda a perder importancia en favor de la controversia acerca de las reales o supuestas causas ideológicas y políticas que llevan al autor a argüir en favor de tal o cual marco conceptual.

Dejando aparte los problemas que se crean para la acumulación del conocimiento sociológico, este proceso tiende a suscitar dificultades para la legitimación e institucionalización. En el pasado, la comunidad sociológica transmitió al público la idea de que la sociología era una ciencia empírica, sin conexiones con la ideología. Ahora una gran proporción de sociólogos dicen que toda sociología es y debe estar ideológica y políticamente comprometida con la transformación estructural o la revolución. La misma manera como aparece el problema invita al público —en el sentido amplio de todos los que no participan de la comunidad sociológica— a elegir, lo que sólo puede realizarse en función de convicciones ideológicas y políticas. En consecuencia, cuando un grupo que comparte convicciones ideológicas y políticas llega al poder, sea en las universidades o en el Estado, trata de apoyar e institucionalizar la sociología que supone comprometida con su manera de pensar y, simultáneamente, crear dificultades o hacer desaparecer a la otra. Las discusiones ideológicas adquieren cada vez mayor importancia respecto a la selección de las personas

y a la determinación del programa de investigaciones, acerca de las decisiones sobre lo que puede o no ser dicho y así sucesivamente. La vulnerabilidad política de la sociología y de sus cultivadores tiende a aumentar constantemente. Parece indudable que las transformaciones generales de América Latina, en cuanto han creado estilos de dominación que tienden a eliminar las discrepancias, juegan un papel mucho mayor que las divisiones mismas de la comunidad sociológica en estas dificultades para la legitimación y la institucionalización de la sociología. Sin embargo, debe admitirse que la división misma juega un papel y que, de continuar las circunstancias actuales, existe una tendencia muy fuerte a que la sociología como tal no pueda legitimarse, sino que sólo puedan hacerlo "sociologías" al servicio de cada una de las ideologías en pugna, en la medida en que los grupos que las sostienen puedan llegar a detentar toda o una parte del poder en la sociedad.

Desde el punto de vista interno, las divisiones han roto la unidad de paradigma, si se quiere usar ese lenguaje, de que disfrutó la sociología latinoamericana en otra época y de la que tal vez sean los mejores ejemplos el Seminario sobre *Resistências a mudanças*, realizado en 1958 por el Centro de Investigaciones de Río de Janeiro y la conferencia ya citada sobre Aspectos Sociales del Desarrollo (México, 1960). Sin embargo, sería exagerado creer que se ha producido un proceso de pérdida de la acumulación. Los autores que trabajan en nuevos paradigmas han recuperado algunos de los hallazgos más importantes de sus predecesores y éstos, que han seguido trabajando, han hecho lo mismo con sus críticos. De ahí que, pese a la pluralidad o diversidad de la sociología latinoamericana, parezca conveniente destacar su unidad en dos aspectos básicos. Primero en cuanto a la temática, que sigue siendo la del desarrollo y del cambio social. En segundo lugar, en cuanto a la insistencia en la necesidad de estudiar empíricamente la realidad, lo que no es incompatible con las observaciones hechas en el acápite anterior. Aunque se postulen como más útiles y hasta como los únicos legítimos procedimientos alternativos y a veces inconciliables, estos dos acuerdos permanecen inalterables y eso es lo que ha hecho que muy rara vez se rompa totalmente el diálogo científico. Hay mucha más acumulación en la sociología latinoamericana en los últimos treinta años de lo que podría sospechar quien atendiera a la virulencia de la polémica desatada en los últimos quince años y que sigue vigente.

Es interesante comprobar, en cambio, que no ha habido en América Latina escuelas sociológicas en sentido propio. El mismo hecho de que tantos proyectos sociológicos se hayan propuesto en tan corto tiempo ha sido un obstáculo insalvable contra la posibilidad de las escuelas. Lo más parecido a una de ellas es el grupo formado por Heintz y sus discípulos, que en gran medida constituye una confirmación de la hipótesis recién propuesta ya que, elaborando un proyecto o paradigma, en pleno desarrollo de las críticas al funcionalismo, adopta las formas más ortodoxas de éste y se desarrolla con total indiferencia y al margen de la polémica que conmueve a la sociología latinoamericana.

Si no han existido escuelas, en cambio se ha dado un complejo juego de influencias. Así, la mayoría de los autores analizados tienen un peso consi-

derable en las elaboraciones de otros y entre ellos pueden trazarse diversas líneas de influencia. En tal sentido, si no hay escuelas sociológicas en América Latina, tampoco existe, salvo en el caso apuntado más arriba, nada parecido al aislamiento: el diálogo de ámbito regional, a pesar de la fuerza de algunas controversias, ha sido una constante a lo largo de todo el período analizado.

INTERPRETACIONES DEL DESARROLLO LATINOAMERICANO. LA ORIENTACIÓN CIENTÍFICA

I. INTRODUCCIÓN

El capítulo anterior ha demostrado que, a través de concepciones muy diferentes de los objetivos y métodos de la sociología y de las ciencias sociales, todas las teorías, desde la posguerra hasta hoy, han tenido como tema central el análisis científico del cambio y el desarrollo. La tarea de este capítulo es poner de relieve las variadas formas como han sido concebidos ambos. Es obvio que la universalización de uso del término desarrollo no implica acuerdo sobre él, sino que, por sí sola más bien es un indicador de las variadas acepciones que se le prestan que corresponden, siendo esto lo que aquí interesa, a divergencias teóricas profundas. Como consecuencia, este capítulo no se ocupa, salvo por accidente, de la semántica; su objetivo son los supuestos últimos que dan contenido a un término que aunque se abandonara, como algunos han propuesto vistos sus múltiples significados, volvería a reaparecer, bajo otros nombres, en el debate de las ciencias sociales.

Un análisis de esta naturaleza puede ser encarado de maneras diversas. El capítulo anterior ha mostrado que las orientaciones "científicas" y "críticas" han sido la división mayor en cuanto a la concepción y papel de la sociología y de las ciencias sociales. Lo mismo ocurre con respecto a los supuestos básicos de las ideas de cambio y desarrollo. Se ha visto que pese a las profundas diferencias que separan a ambas orientaciones, existen asimismo puntos de encuentro y que, dentro de cada una de ellas, aparecen discrepancias que no pueden ignorarse.

No es nada fácil, respecto a las concepciones del desarrollo, rendir cuenta debidamente de esa complejidad. La solución adoptada consiste en poner de relieve los temas, enfoques e hipótesis centrales que aparecen dentro de cada una de las grandes orientaciones. La imputación de ellas a una orientación determinada no puede ser gratuita y el análisis crítico debe referirse a los aportes que la sociología latinoamericana ha realizado efectivamente. Si a esto se agrega el problema de las variaciones internas se concluye que el mejor camino es ilustrar los temas e hipótesis comunes con sus variaciones a través del análisis de las líneas centrales del pensamiento de los autores más representativos respecto de cada uno de ellos. Por ejemplo, si para la perspectiva científica el tema del desarrollo económico y de sus condiciones es central y es enfocado de una manera determinada, nada mejor que elegir a un autor como representativo del tipo y contenido del análisis que la orientación propone. Si existen variaciones de importancia dentro del enfoque común de

ese gran tema parece también razonable ilustrarlos a través del pensamiento de diversos autores que puedan representarlas.

El inconveniente principal con que tropieza esta manera de resolver la cuestión es que los autores considerados aparecen expuestos en diversas partes respecto a uno o varios temas, lo que hace que la totalidad de su pensamiento no aparezca o la unidad que pueda tener quede relativamente velada. Sin embargo, los objetivos del libro obligan a aceptar estos inconvenientes necesarios y a advertir al lector de sus consecuencias.

Toda selección de autores es, en alguna medida, arbitraria. Los que en este capítulo han sido elegidos para ilustrar el análisis de los temas fundamentales llenan, respecto a cada uno de ellos, la condición de representatividad e influencia, mejor o al menos tanto como otros que podrían haber desempeñado ese papel. En cualquier movimiento intelectual importante los que han hecho contribuciones significativas a él son muchos y sería imposible analizarlos a todos. Además, sería innecesario, puesto que el objetivo de esta obra no es una historia detallada de la sociología latinoamericana, sino el análisis sistemático y crítico de sus aportes principales. En algunos casos, autores diferentes a los tratados podrían haber servido igualmente bien a los efectos, pero no hubiera tenido sentido reiterar las mismas ideas fundamentales cuyo análisis, y no el de las variaciones individuales que puedan presentar, es el que interesa.

La primera parte de este capítulo se dedica pues, al análisis de las concepciones del desarrollo dentro de la orientación científica. El cambio que se llama desarrollo es mirado como un fenómeno global, pero algunas de sus dimensiones son las principales y su consideración permite comprender mejor las características básicas de esta concepción.

Un enfoque considera al crecimiento económico como básico y se ocupa de estudiar sus condiciones sociales, los factores que lo favorecen y los obstáculos que lo dificultan dentro de la estructura social existente (ii).

En una línea muy próxima, tales condiciones se engloban dentro del concepto de modernización o en el de desintegración y reintegración del orden social (iii).

Tales cambios, significan, para otra manera de ver, un desplazamiento en el sistema estratificado de naciones, según una perspectiva relativamente tardía dentro de la concepción científica, pero que pertenece a ella (iv).

Los cambios en la estructura social requieren y producen, es decir, que se condicionan mutuamente, cambios en la sociedad política, con lo que el tema del desarrollo político y del Estado adquiere un papel central, porque a lo largo del proceso de desarrollo el papel del cambio inducido aumenta constantemente, como parte de un proceso de racionalización creciente, cuyo instrumento más avanzado es la planificación (v).

Si, como consecuencia de lo anterior, las unidades de análisis son las naciones y el papel del Estado es central, se plantea el problema de la existencia y papel de la nación y del nacionalismo (vi).

Cambios profundos a lo largo de estas diversas dimensiones y subdimensiones plantean la cuestión de si todas y cada una de ellas se encuentran en

el mismo grado de desarrollo, lo que vuelve central el problema de la asincronía y del papel de la historia (vii).

II. EL TEMA DEL DESARROLLO ECONÓMICO

Este tema es uno de los centrales para la orientación científica y a su alrededor se ha construido una buena parte de la sociología latinoamericana. En el capítulo anterior se ha mostrado el cúmulo de influencias diversas que incidieron para otorgar a la cuestión del desarrollo económico una gran prioridad y, particularmente en el iv, al examinar la naturaleza del proyecto de la orientación científica, se subrayó la influencia que sobre él tuvieron las ideas de CEPAL y la importancia que tal proyecto confirió al análisis de las condiciones de constitución, en América Latina, de una sociedad capitalista que, con una serie de rasgos específicos, reprodujera un modelo que se suponía capaz de crear un proceso de crecimiento autosostenido.

1. *Los problemas metodológicos del tema*

Tanto el carácter central del tema, como la legitimación de que tenga ese papel, son muy claros en el pensamiento de Medina Echavarría. Según él, "Siempre y en todas partes el avance de la ciencia social —y de la sociología muy en particular— se ha realizado en torno de algunos temas que, distintos según los momentos, polarizaban la atención no sólo de científicos y políticos, sino de público en general".¹

De acuerdo con dicha visión, ya mencionada en el capítulo anterior, opta por concentrarse en el "tema del desarrollo económico" que define como el proceso orientado a la expansión constante de la capacidad productiva de un orden social. "El desarrollo económico es un proceso continuado cuyo mecanismo esencial consiste en la aplicación reiterada del excedente en nuevas inversiones, y que tiene como resultado la expansión asimismo incesante de la unidad productiva de que se trate. Esa unidad puede ser desde luego una sociedad entera..."²

Las instituciones económicas, junto con las científicas, son las que predominan en la era actual, y de ahí, señala Medina, el predominio del proceso económico.³ Pero es a la vez conveniente y necesario examinar no sólo lo estrictamente económico, sino toda la gama de relaciones institucionales vinculadas al proceso de desarrollo.

En efecto, aquí se da una elección, basada en la orientación valorativa del autor, que se justifica en los términos siguientes: "El tema... 'sociedad y

¹ José Medina E., *Filosofía, educación y desarrollo*, p. 273.

² *Ibidem*, p. 12.

³ *Ibidem*, p. 19.

desarrollo económico' puede ser enfocado —como todo lo que se refiere a la vida humana— desde muy diversos puntos de vista, y ninguna de esas perspectivas es en principio ilegítima e incorrecta. Sólo que algunas son más adecuadas que otras. Pero lo que determina esa mayor o menor adecuación es el interés del científico en el momento. O dicho en otra forma, la naturaleza del problema que se trata de resolver.”⁴

El objetivo es considerar los aspectos sociales del desarrollo económico, tarea que define en términos que van más allá de la función de un simple accesorio sociológico de los modelos económicos.⁵ Más bien, entiende que éste es un esfuerzo que procura examinar todo el contexto social del proceso económico mediante la elaboración de una teoría que considere a la sociedad en su conjunto.

Dicha teorización conduce a su vez a la elaboración de modelos de procesos estructurales que son concomitantes con el proceso económico o lo preceden, a medida que dicho proceso ocurre dentro del ambiente histórico concreto de América Latina.

Distingue dos tipos de modelos —un modelo “históricamente saturado” y una concepción alternativa que es “rigurosamente matemática”.⁶ En el primer caso, cabe distinguir dos modos alternativos, el “tipo ideal” como el desarrollado por Weber y el “tipo real” formulado por Eucken y los economistas franceses contemporáneos que emplean análisis de sistemas y teorías de la estructura económica. El primero, señala Medina “como construcción interpretativa tiene en Weber el significado riguroso de ser una elaboración acentuada de ciertos rasgos existentes en un determinado fenómeno real; acentuación o exageración necesarias para facilitar su mejor comprensión”.⁷ La función del tipo ideal es heurística, indicando si la realidad se aproxima o se aleja del modelo. Pese a este hecho, el tipo ideal no es una entidad puramente abstracta, sino que “es esencial...que su elaboración se apoye en los datos empíricamente ofrecidos por los hechos históricos mismos”.⁸ Por otra parte, Medina caracteriza al tipo real como basado en un intento de mantener el contenido histórico a la vez que se elimina “todo lo que puede considerarse artificioso en la metodología weberiana relativo al tipo ideal”.⁹

La otra forma de modelo, la concepción matemática, puede darse también en diversas variantes. Las más relacionadas con las teorías económicas en gene-

⁴ José Medina Echavarría, *Consideraciones sociológicas sobre el desarrollo económico en América Latina* (CEPAL, Santiago de Chile, 1963), p. 8.

⁵ Obviamente, la acción de Medina como sociólogo ha sido influida por los cargos que ha ocupado en la CEPAL y el ILPES, pero dentro de dichos límites institucionales ha expresado una orientación que excede en mucho la función que los economistas y planificadores económicos han solido asignarle a los analistas sociales —la de examinar el así llamado “sector social” refiriéndose a campos como la educación, la salud, los “recursos humanos”, etc. Además, el modo de expresar su orientación frente al análisis del cambio social no implica en modo alguno que afirme el predominio de la economía como factor causal primario, como la fuerza motriz principal de todas las transformaciones sociales.

⁶ José Medina E., *Filosofía, educación y desarrollo*, p. 279.

⁷ *Ibidem*, p. 280.

⁸ *Ibidem*.

⁹ *Ibidem*.

ral y el desarrollo económico en particular son, en cuanto a su naturaleza y lógica "verdaderas teorías cuantificadas o ... series de hipótesis cuantificadas".¹⁰ En otros casos, cuando la ciencia social recurre directamente a la matemática y la física, el modelo puede construirse "con la pretensión de ser una formalización de relaciones isomórficas".¹¹

Mientras las relaciones económicas pueden ser, y de hecho suelen ser, expresadas en la forma de modelos matemáticos, incluso aquellos factores sociales considerados pertinentes a dichos modelos no son susceptibles de esa forma de expresión. Como señala el autor, "su carácter problemático reside en el doble hecho de la complejidad y multiplicidad de esos factores (factores sociales) o variables y en las resistencias que los mismos ofrecen a la requerida cuantificación".¹²

Una salida para el dilema de la naturaleza distinta de las variables económicas y sociales estriba, según el autor, en la posibilidad de construir una teoría funcional completa de la sociedad, plenamente verificada. Pero, aunque en los últimos años se han hecho intentos en ese sentido, estos no han tenido el nivel necesario de precisión, siendo sólo de carácter heurístico. Si se renuncia a la pretensión de ser exacto, lo que no es realmente viable en el caso de las ciencias sociales, Medina sostiene que todos los científicos sociales pueden ser considerados funcionalistas en el sentido más amplio del término ya que conciben "la sociedad como una totalidad dinámica de diversas partes entrelazadas —instituciones, fuerzas sociales, grupos, tendencias, etc.—, cada una de las cuales influye con sus alteraciones en la contextura de las demás y del conjunto".¹³

Sobre la base de esta amplia concepción del funcionalismo Medina procede a hacer su diagnóstico de América Latina. Pero trabaja, como se verá, no con miras a construir un modelo análogo a los contruidos por los economistas, o sea, de la variedad matemática, sino más bien con miras a emplear su propia interpretación del modelo y el modo de análisis weberiano. En efecto, la "amplia justificación funcionalista" es un medio que le permite lograr que se acepte su obra en términos comprensibles para el auditorio al que está dirigida, dados los estilos de investigación académica entonces en boga.

2. *El modelo weberiano*

Dicho intento de comprensión descansa en una distinción crucial que figura en el pensamiento weberiano: "la distinción de base entre instituciones eco-

¹⁰ *Ibidem.*

¹¹ *Ibidem.*

¹² El autor expresa a la vez el pensamiento de que "quizá pueda llevarse a cabo algún día, pero no parece viable por ahora la construcción de hipótesis cuantificadas con variables de muy distinta naturaleza, ni existe la posibilidad de actuar operativamente por el encañamiento causal de una y otras". *Ibidem*, p. 282. Sobre esta concepción de la ciencia social se volverá posteriormente.

¹³ *Ibidem*, p. 284.

nómicas e instituciones 'económicamente relevantes'".¹⁴ Por una parte, las primeras son aquellas que tienen como finalidad principal o única la realización de actividades que son estrictamente económicas, es decir, orientadas a obtener algún beneficio o a satisfacer alguna necesidad. Por otra, las instituciones económicamente relevantes son aquellas cuya actividad si bien no es económica puede representar un "momento causal" en el proceso de alguna actividad económica. Evidentemente, entre estas últimas figuran las que se ocupan de regular el proceso económico. Tal género de discurso, aparte de mostrar las limitaciones de lo que Medina ha denominado el funcionalismo de todos los enfoques sociológicos, implica hacer la distinción entre lo conectado universalmente y lo conectado históricamente, como lo hace Weber. Este "ataca precisamente como prejuicio histórico, la conexión funcional de la economía con otras estructuras sociales, si por tal se entiende una inequívoca condicionalidad recíproca. Pero es significativo al mismo tiempo que se postule en ellas el valor de ese funcionalismo más moderado. En efecto, es posible afirmar en principio que existe una 'afinidad electiva' entre determinadas estructuras económicas y ciertas estructuras sociales, o sea, que es posible decir en qué medida son 'adecuadas o inadecuadas' entre sí, cómo y en qué grado se favorecen, impiden o excluyen recíprocamente".¹⁵

Por lo tanto, para diagnosticar la situación histórica de América Latina en términos que permitan mantener la distinción ya citada, es necesario utilizar el modelo weberiano —es decir, el tipo ideal. En este caso, el más apropiado como punto de partida es el desarrollado por Weber para comprender el origen y la operación del capitalismo liberal en Occidente, dada la relación que América Latina ha mantenido con el capitalismo a través del tiempo. La obra de Weber, observa Medina, es la tentativa sociológica más plausible de interpretar el origen y la formación de la economía moderna occidental y a la vez el modelo más completo¹⁶ del orden social liberal capitalista como existió históricamente.

Cuando Weber intenta hallar la razón por la cual el capitalismo se dio solamente en ciertas zonas geográficas en la forma generalmente aceptada como típica, señala dos elementos esenciales. El primero, se refiere a la formación de una disposición económica general, el surgimiento de un cierto *ethos* del trabajo o, más concretamente, de los hábitos de trabajo de la sociedad industrial incluyendo bajo este rubro la formación de una actitud racional, sobria y disciplinada que sirve de impulso para la vida económica moderna. El segundo, se refiere a las condiciones estructurales que posibilitaron la utilización eficaz de dicha disposición económica. Esas condiciones estructurales incluyen la formulación de un marco legal y la creación del sistema de administración que le sirva de apoyo. Sin la seguridad ofrecida por los diversos sistemas legales de Europa (ya sea bajo las variedades de derecho consuetudinario o escrito), sin un futuro predecible garantizado por la burocracia profe-

¹⁴ *Ibidem*, p. 284.

¹⁵ *Ibidem*, pp. 284-285.

¹⁶ "Modelo" en el sentido especial en que Weber utilizaba el término.

sional, habría sido imposible contar con las expectativas estables necesarias para cálculos que proporcionaran la base de la racionalidad económica.

Para explicar cómo funciona el orden económico liberal, Weber considera como básica la existencia de la racionalidad formal, la que está vinculada directamente a la presencia de ciertas bases sociales. Estas son, esencialmente, las que rigen los términos del mercado, las relaciones de la propiedad y del trabajo y la organización política pertinente. Una economía funciona de acuerdo con normas de racionalidad formal: en primer lugar, en situaciones de plena competencia entre entidades autónomas donde es practicable un cálculo riguroso de los beneficios derivados del capital; en segundo lugar, cuando las relaciones de la propiedad se caracterizan por la apropiación completa de los medios materiales de producción por parte de las empresas respectivas y cuando las relaciones laborales están reguladas por contratos que son formalmente libres; en tercer lugar, cuando esas condiciones económicas concretas van de la mano con la existencia de un Estado que circunscribe su acción reguladora al mantenimiento de un sistema monetario, de un sistema legislativo y de una administración pública de carácter racional, dejando todo lo demás al libre juego de la economía de mercado así constituida.

Medina señala que este tipo ideal ha perdido su relevancia histórica a medida que los procesos en marcha en los órdenes liberal-capitalistas existentes han alterado las condiciones reinantes.¹⁷ En el plano económico, ya no se dan condiciones de competencia perfecta o de libertad completa en las relaciones de mercado. Las relaciones laborales, aunque todavía formalmente reguladas mediante contratos libres, ya no siguen bajo el control de las empresas individuales. Esto puede deberse en parte a la acción de las organizaciones laborales, etc., o a la existencia de controles de tipo gremial sobre el empleo. Por último, el Estado no mantiene una posición rigurosamente neutral con respecto a la economía. La intervención del Estado se convierte en la fuerza para aminorar los efectos cíclicos del proceso económico, así como en el agente para la redistribución limitada de los beneficios de dicho proceso.¹⁸ El resultado en los países de mayor madurez económica es una tendencia a una ma-

¹⁷ En un pasaje en su obra, Medina denomina a este hecho el crecimiento del capitalismo reformado. Los orígenes de dicha reforma, sostiene, pueden advertirse en las protestas organizadas por el movimiento obrero, que en dicho intento, por lo menos, no se hallaba sin aliados. Al respecto señala: "La reforma vino en primer término como protesta de este hombre mismo (el que produjo la riqueza del capitalismo) tratado como entidad diferente. La rebelión del movimiento obrero fue su encarnación más visible y eficaz, aunque no la única. Es imposible olvidar la larga lista de intelectuales, administradores, filántropos y políticos sensibles que coadyuvieron a esa gran creación". *Ibidem*, p. 28.

¹⁸ Medina señala: "Pero la reforma se producía a su vez por caminos distintos de la protesta humana. El despliegue interno del sistema invoca otra vez la presencia del vituperado Estado, cuya acción heterodoxa es de nuevo un elemento de salvación. A partir de cierto año memorable, 1929, no hay país alguno de importancia que se haya vuelto a abandonar a las veleidades y sorpresas del automatismo económico... Apenas hay Estado de importancia que no persiga una política de coyuntura —anticíclica— y que no intervenga de alguna manera en las perturbaciones originadas en sus sectores internos —movimientos de precios, distribución de ingresos, etc. (*Ibidem*, pp. 28-29.)

yor paridad de los niveles de ingreso y de vida acompañada por una atenuación de los conflictos de clase.

En consecuencia, el tipo ideal weberiano tiene sólo un valor limitado como modelo de las condiciones existentes. Por ende, cabe imaginar la necesidad de elaborar un modelo nuevo, más acorde con las condiciones históricas actuales, como punto de partida para un análisis de América Latina. Medina señala que pueden citarse varias tentativas en dicho sentido,¹⁹ cuyas características esenciales revelarían la utilización de distinciones análogas a la existente entre la afinidad inequívoca y la electiva, que es típica de la postura weberiana.

A partir de este punto es posible introducirse en el análisis histórico que hace Medina de América Latina. Formula dos tipos de preguntas que sirven para orientar dicho análisis, cada una de las cuales se refiere a un período de tiempo distinto. El tipo de preguntas formuladas y el carácter de las respuestas, dentro de un enfoque histórico, están relacionadas evidentemente con el período de tiempo que se examina. El primer conjunto de preguntas, que se ocupa de sucesos más contemporáneos y de un período más corto, responde a una tentativa de "señalar algunos factores o elementos de valor estratégico sobre los que sea posible actuar de alguna forma para acelerar el proceso de desarrollo".²⁰ El análisis social considera generalmente que dichos factores tienen un carácter dinámico, y son concretamente: la orientación económica general (disposición económica general); la capacidad ejecutiva; la capacidad directiva; la movilidad social. Se refieren, en parte, a dos de los tres campos que forman los cimientos de la sociología económica —la propiedad, el trabajo y la empresa económica. Medina excluye la propiedad porque sus características pueden considerarse como dadas dentro del contexto de las economías occidentales, cuya especificación supone considerar en cada caso la situación jurídica existente y, además, porque desde un punto de vista sociológico sólo importa la claridad y estabilidad del poder de disposición sea cual sea la forma de propiedad.²¹ En efecto, estos elementos son porciones de un tipo ideal más completo que sirve de base para explicar el desarrollo de ciertas economías.

3. *El ethos económico*

El primero de estos factores, la disposición económica general o el *ethos* económico, está compuesto de dos elementos —el conjunto de aspiraciones económicas y el sentido de responsabilidad personal y colectiva. Medina consi-

¹⁹ Una en particular, la de Wilbert E. Moore, es considerada por Medina como una "de las más finas y adecuadas presentaciones recientes". *Ibidem*, p. 285.

²⁰ *Ibidem*, p. 228.

²¹ Hay, sin embargo, un problema especial, el agrario. Señala: "Claro es que tratándose de los países latinoamericanos existe el hecho de la organización defectuosa en muchos de ellos de la propiedad agraria como obstáculo mayor al dinamismo de su desarrollo. Pero se trata de un tema especial que no incumbe examinar ahora. El problema de las modificaciones estructurales requeridas se reconoce por todos, aunque difieran las medidas propuestas para solucionarlo". *Ibidem*, p. 288.

dera que el problema que confronta América Latina, así como otras zonas en desarrollo, es la relación entre ambos. La aspiración en pro de mejores condiciones de vida y de un mejor nivel de consumo es universal. Pero, este deseo de mejorar la capacidad de satisfacer las necesidades no va respaldado por uno paralelo de realizar el esfuerzo y el sacrificio necesarios para lograrlo,²² el que necesita ir junto a un sentido de responsabilidad individual y colectiva, que modere la satisfacción del impulso a consumir.

Medina expresa: "En esencia, como debiera saberse, el desarrollo económico, en cualquier circunstancia, es posible únicamente a costa de sacrificios de parte considerable de la población, que sólo hay dos medios de canalizar: el indirecto del beneficio en un sistema, o el directo de la carga impositiva del Estado en el sistema opuesto."²³

Ocultar esta necesidad de sacrificio, cualquiera que sean los mecanismos que se utilicen para lograrlo,²⁴ conduce a vacilaciones en la índole de las creencias de nuestro tiempo y a dificultades para hacer elecciones racionales entre las fórmulas alternativas de sacrificio. Las preguntas concretas que Medina formula a los países de América Latina, a esta altura del análisis, son:

"¿Cuál es el estado de esas creencias en nuestros países? ¿Qué es lo que cabe hacer para impulsar y generalizar en ellos la formación que resulte más adecuada de la requerida disposición económica?"²⁵

En la presentación de Medina la respuesta a la segunda de estas interrogantes está explícita, la respuesta general a la primera (despojada de las sutilezas de la situación en cada país) está implícita. Dada la continuidad de los regímenes democráticos (o de aquellos que al menos están basados formalmente en el principio de la democracia representativa, como suele ocurrir en América Latina), existe campo adecuado para la acción. Esta posibilidad de acción la brinda en gran medida el sistema educacional, que ofrece "el instrumento más flexible para actuar con continuidad y eficacia".²⁶

Además, dentro de los límites en que la propaganda sirve como forma de influir sobre la opinión pública, el Estado puede utilizar los medios de comunicación de masas como otro instrumento de acción pública. Este último esfuerzo puede además ir complementado por la acción de otras fuerzas sociales sobre todo la prensa, los partidos políticos y los sindicatos.

Sin embargo, todo este esfuerzo es insuficiente si falta un modelo adecuado que, a juicio de Medina, debe provenir de la élite, lo que conlleva un juicio

²² Según Medina, este hecho contrasta con el curso del desarrollo económico europeo: "Hay en todos los sitios la misma aspiración a elevar el nivel de vida, e idéntico afán por mejorar la capacidad de consumo... Pero esa dilatación del horizonte vital y económico y ese deseo de satisfacer mayores necesidades no se apoyan en modo alguno en una 'creencia económica' igualmente compartida por todos, letrados e iletrados. En cambio, en la historia del desarrollo económico europeo, la creencia económica del hombre de la calle venía a coincidir, supiéralo o no, con las ideas científicas del economista". *Ibidem*, p. 289.

²³ *Ibidem*, p. 290.

²⁴ Medina observa que tanto en el plano humano como en el social, los sacrificios exigidos por cada una de las alternativas generales son similares. *Ibidem*, p. 290.

²⁵ *Ibidem*, p. 290.

²⁶ *Ibidem*.

implícito relativo al estado actual de los valores y la conducta de la élite en ciertos sectores de América Latina. Tanto las élites económicas como las políticas de aquellas sociedades industriales que han alcanzado elevados niveles de desarrollo, al menos en las etapas iniciales, se han caracterizado por una fuerte dosis de ascetismo (a lo que Weber hacía referencia cuando hablaba de la ética protestante), cosa que no ocurre en América Latina donde: "En los momentos actuales ocurre en más de algún lugar que la atonía o desorientación de las masas está producida por la ausencia de las necesarias conductas ejemplares en la minoría dirigente. La presencia de esa conducta ejemplar puede ser decisiva ante el dilema que supone la elección entre una u otra forma de aceptar el inevitable sacrificio: por el camino indirecto del beneficio de la gestión privada o por el directo del sistema impositivo del Estado controlado por un grupo político. La capacidad de atracción del primera fórmula sólo reside en que la minoría dirigente, beneficiaria temporal del esfuerzo de los demás, sea la primera en actuar con la debida responsabilidad; dicho en términos económicos: que el beneficio sea el instrumento visible de una rápida capitalización y no el medio inmoral del gasto ostentoso." ²⁷

4. *La capacidad de ejecución*

El segundo elemento de este análisis, la capacidad ejecutiva, se refiere a los diversos aspectos de la sociología del trabajo o de la mano de obra correspondiente al proceso de desarrollo. En especial, Medina se ocupa de tres aspectos: 1] la ética laboral; 2] la capacidad de adaptarse a las técnicas laborales; y 3] la responsabilidad social del trabajo como expresión de la conciencia del papel que este desempeña en el conjunto de la sociedad. La imposición de una ética laboral, de un sentido de disciplina, que ha sido un proceso largo en el Occidente y mucho más acelerado en la Unión Soviética, puede apreciarse como un cambio de incentivos —"desde el inhumano y fisiológico del hambre al ya socializado de la aspiración a la mejora gradual en los niveles de vida".²⁸

La historia de la adaptación de los trabajadores de los países desarrollados a su medio laboral en todos sus aspectos importantes (la maquinaria, la redefinición que la industria moderna ha hecho del espacio, del tiempo y de la noción de jerarquía) ha demostrado ser mucho más rápida y mucho menos complicada que la imposición de la disciplina laboral. Por último, Medina estima que el tercer aspecto está relacionado con la historia de la organización laboral, y concluye al respecto: "En todas las sociedades industriales maduras, el obrero participa de una u otra forma, a través de sus propios cuadros, en la organización económica y en el destino político de las mismas." ²⁹ Por

²⁷ *Ibidem*, p. 291.

²⁸ *Ibidem*, p. 292.

²⁹ *Ibidem*.

tanto, en comparación con las situaciones de los países desarrollados, ¿cuál es el panorama correspondiente de América Latina? Sobre la base del conocimiento disponible, sostiene que es posible hacer cinco aseveraciones pertinentes:

a] la propia historia económica de América Latina es la mejor prueba de la existencia en ella del impulso al trabajo, sin lo que no hubiera sido posible;

b] la marcha de su formación —aún incompleta— ha sido también paralela en su lentitud y dificultades a la ofrecida en los distintos países europeos;

c] es problemático que las incrustaciones de arcaísmo que todavía contiene su región —los grupos indígenas más atrasados— sean un factor absolutamente negativo en la formación de los impulsos al trabajo y mucho induce a pensar en su rápido despliegue cuando se ofrezcan los estímulos económicos y educativos a la par necesarios;

d] no parece ofrecer la mano de obra ningún impedimento congénito y esencial en la adaptación del hombre a la técnica, ni en la aceptación de las disciplinas de la organización industrial, aunque sea evidente que el mayor problema latinoamericano a este respecto es la pobreza o escasez en capacidades calificadas;

e] en cambio, y en oposición a los puntos anteriores, es muy posible que la falla mayor en el campo del trabajo se encuentre por el momento en el hecho de la escasa participación del mismo en el ámbito nacional, debido a influencias de carácter político que han impedido la adecuada formación de las organizaciones obreras.³⁰

En resumen, Medina sostiene que la fuerza de trabajo latinoamericana en cuanto a criterios tales como disciplina, adaptabilidad y capacidad innata está en condiciones de cumplir con la tarea de proporcionar mano de obra adecuada para una sociedad industrial. Pero, en aquellas zonas de América Latina que responden a la acción del Estado y del proceso político, se encuentran en general problemas de exclusión de la participación y un esfuerzo insuficiente para mitigar la falta de calificaciones, lo que disminuye la capacidad de la mano de obra disponible para satisfacer eficazmente las exigencias del desarrollo.

5. La capacidad directiva

El tercer elemento se refiere al papel desempeñado por el empresario como innovador económico, ya sea en el contexto de la empresa privada o pública.³¹ Este papel innovador es otro factor crucial en la promoción del desarrollo económico. En América Latina, Medina presenta los siguientes elementos que ayudan a describir el nivel disponible de capacidad empresarial: a] A partir del siglo XIX se puede encontrar en la mayoría de los países latinoamericanos empresarios individuales altamente capaces y visionarios, que conducen en algunos casos a la existencia de elevados niveles de capacidad empresarial;

³⁰ *Ibidem*, p. 293.

³¹ Medina se refiere al "gerente público" como a una nueva forma de empresario "tanto en las economías planificadas como en las más maduras de carácter mixto". *Ibidem*, p. 294.

b] pero dichos empresarios a causa de las configuraciones de poder existentes, y con el fin de ampliar sus alternativas de poder, tienden a formar empresas comerciales y no industriales; c] en algunos países comienzan a aparecer los "gerentes públicos". En suma, Medina sostiene que la disponibilidad de innovadores económicos es crucial para el futuro económico de América Latina y que los únicos dos caminos para garantizar dicha disponibilidad "consisten o en la rígida imposición en toda la sociedad de orientaciones mantenidas por los supuestos psicólogos de la empresa, como ha ocurrido en el mundo soviético, o por la 'profesionalización' de la gestión económica, de la gerencia, como ya se inicia dentro del mundo occidental".³²

III. LA MODERNIZACIÓN

El tema de la modernización lleva consigo preocupaciones muy vecinas a las contenidas en las reflexiones que se acaban de exponer en la sección anterior. Sin embargo, cabe distinguirlo como una variante con características propias, por diversas razones. Por una parte, aunque el marco teórico weberiano no está totalmente ausente de esta interpretación, tiene un peso mucho menor. Por otro lado, esta corriente de pensamiento, ha sido considerada por la sociología "crítica" como la más representativa de la orientación "científica" y es a ella a la que ha destinado la mayor parte de su arsenal de objeciones. Cabe distinguir dos orientaciones dentro de la manera de desarrollar el tema central. Una trata de definir sus etapas y los factores que explican el proceso de secularización; otra, percibe el fenómeno como la desintegración y reintegración del orden social. El pensamiento de Gino Germani es típico de la primera concepción, mientras que Florestán Fernandes es el mejor exponente de la segunda. Ambos han tenido una amplia influencia en América Latina y el primero ha sido considerado muchas veces como el representante por excelencia de la orientación "cientificista".

1. *Las características generales del modelo interpretativo*

La descripción e interpretación del cambio y el desarrollo en las sociedades de América Latina, constituye el problema central que preocupa a Germani, que busca colocarlo en una teoría, fundada en la afirmación básica de "la unidad del mundo sociocultural, y el carácter analítico de todas las distinciones que originan no sólo los enfoques de las disciplinas sociales, sino también la creciente diferenciación interna de la sociología".³³

³² *Ibidem*, p. 295.

³³ Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas* (Buenos Aires, Paidós, 1a. edición, 1962; 2a. edición, 1968, que es la utilizada en las citas subsiguientes), p. 19.

Hay acuerdo prácticamente unánime en reconocer tres dimensiones básicas en ese mundo sociocultural: la cultura, la sociedad y una dimensión motivacional o de la personalidad. "El percibir el hecho social —inclusive el hecho económico— en estas tres dimensiones representa, desde este punto de vista, uno de los requisitos indispensables para que haya colaboración interdisciplinaria, aunque se deje luego a otras el preocuparse más especialmente de alguna de aquellas dimensiones." ³⁴

Estos supuestos y los desarrollos subsecuentes claramente se fundan en el estructural-funcionalismo y, más concretamente, en el esquema parsoniano de la acción con algunas modificaciones, lo que se completa con una tipología de la acción para el análisis del desarrollo que, según Germani, suplanta con ventajas la dicotomía más corriente de acción racional *versus* acción tradicional.

Esta tipología distingue entre acción electiva y acción prescriptiva. "Se trata de dos formas fundamentales de marcos normativos: dentro de dichas formas —consideradas como polos extremos opuestos de un *continuum*, deberían poder clasificarse todos los posibles tipos empíricos de marcos normativos observados históricamente." ³⁵

Los dos tipos que se acaban de distinguir se producen, pues, dentro de un marco normativo, por lo que se diferencian de manera neta de una tercera posibilidad, aquélla que deriva de la carencia o la insuficiencia del marco normativo. Cuando esto ocurre debe aplicarse el concepto de anomia. Las diferencias esenciales entre ambos tipos deben, pues, encontrarse en el marco normativo mismo y se hallan, efectivamente, en su carácter que es rígido en la acción prescriptiva y flexible en la electiva; en el contenido de las normas, que prescriben un curso de acción fijo o imponen cierta elección, y en el carácter de las decisiones que se originan dentro de cada marco, colectivo en la acción prescriptiva e individual en la electiva.

En el primer y el segundo aspecto podría decirse que la acción misma y la relación entre fines y medios que implica están ya dadas en la norma de la acción prescriptiva; en la electiva, por el contrario, no solamente el marco es menos rígido sino que actúa de manera diferente. Aunque también regula los fines, los medios y las relaciones entre ellos, impone cierta elección. En las sociedades industriales, por ejemplo, hay muchos más status adquiridos que adscritos. Así, se prescribe la necesidad de elegir profesión. Desde luego las normas establecen ciertas condiciones que el actor debe tomar en cuenta en su elección, pero existe un mandato para que se elija la ocupación y ésta es una norma que debe respetarse. Esto no quiere decir que en lo prescriptivo no haya cierta variabilidad. "Pero todo este margen de variabilidad no cambia la naturaleza de la acción prescriptiva, cuyo rasgo característico está en que asigna una respuesta determinada frente a una situación dada (también culturalmente definida), y aunque admita o tolere cierto margen de variabilidad (que incluso podría llegar a ser bastante amplio), el mismo se origina, no ya, como ocurre en la acción electiva, a base de una *prescripción a elegir*, de una *afirmación de la libertad individual* (y de la *responsabilidad en cuan-*

³⁴ *Ibidem*, p. 20.

³⁵ *Ibidem*, p. 74.

to al ejercicio de esta libertad), como un valor sostenido por la cultura (el "individualismo") sino como *tolerancia* o como ausencia de sanción con respecto a desviaciones que *de hecho* se dan en la realización concreta de una norma o como efecto del azar en dicha realización, o como producto de cierta imprecisión en las circunstancias que acompañan en cada situación concreta, y que hacen más o menos aplicable, en cada una de ellas, la norma socialmente establecida." ⁸⁶

El sujeto de las decisiones es el grupo como tal en la acción prescriptiva y el individuo en la acción electiva. Aun en el caso de la opinión pública, la ideología racionalista liberal ve la decisión del grupo como el punto de encuentro de las voluntades individuales.

La referencia constante al marco normativo es la que, según Germani, permite distinguir su tipología de la weberiana. Aunque una acción tradicional, por ejemplo, es normalmente prescriptiva nada se opone a que las acciones electivas puedan convertirse en habituales y así se podría ejemplificar con los otros tipos de acciones. Por ello los antecedentes más importantes que el autor reconoce son los de autores que insisten sobre el marco normativo (Tonnie, Parsons, etc.).

Sin embargo, la distinción de Germani plantea justamente el problema de saber hasta dónde se refiere al marco normativo mismo y en qué medida lo hace a la interrelación entre los actores sociales y ese marco, como se ve en las frecuentes referencias que para separar los dos tipos de acciones se hacen a la internalización, al proceso de toma de decisiones, etc. La cuestión está ligada a otras. Es inconcebible un marco normativo que no fuera "prescriptivo" puesto que en ese caso no existiría. Es posiblemente por eso que el autor prefiere hablar de acción "prescriptiva" o "electiva" y no de los respectivos marcos, pese al énfasis puesto en que la distinción se basa en ellos. Si todos los marcos son "prescriptivos" en el sentido de "normativos", la única distinción posible, a los fines perseguidos por el autor, sería la de normas que contienen un mandato incondicionado que vuelve obligatoria a una acción y normas cuyo mandato establece la necesidad de elegir entre varios cursos de acción posibles, cada uno de ellos también normados (ya que de no ser así se trataría de un caso de anomia). Tal distinción, puramente formal, no parece tener demasiado interés para el estudio del desarrollo. En todas las sociedades ha habido normas de los dos tipos y sólo el predominio de una podría caracterizarlas. Pero tal caracterización sería muy pobre y abstracta si no se tomaran en cuenta las acciones mismas, la situación del actor frente al marco normativo, la fuente de las decisiones, etc. Ambas, en efecto, son tomadas en cuenta por Germani. Pero entonces, la distinción ya no depende sólo del marco normativo sino que se funda, simultáneamente, en otras dimensiones. A su vez, si es así, habría que probar la correlación entre ellas, cosa que no parece demasiado clara en los desarrollos del autor sobre el tema.

⁸⁶ *Ibidem*, p. 76. Los subrayados son del autor.

NATURALEZA DEL PROCESO DE DESARROLLO COMO TRANSICIÓN GLOBAL

Proceso	Transición Global	Proceso acumulativo que constituyendo el tránsito hacia una estructura empírica próxima al tipo de sociedad industrial moderna, incorpora a cada momento resultados de su curso anterior como determinantes de orientación posterior.
comprende SUBPROCESOS	Diferentes formas del mismo proceso	Modernización Social Modernización Política
cuya DEFINICIÓN	Transformación estructural de la economía que implica establecimiento de mecanismos requeridos para el "crecimiento autosostenido" que juegan permanentemente para acercar estructura empírica al:	Transformación estructural de las relaciones sociales que aproxima cada vez más los rasgos de la fisonomía social a una estructura con:

se refiere al:

CARÁCTER DEL TIPO AL QUE SE APROXIMA LA ESTRUCTURA EMPÍRICA EN LA DIMENSIÓN RESPECTIVA	<p>1] Empleo diferente de energía de alto potencial y tecnología de alta eficiencia incluso en el sector primario.</p> <p>2] Mecanismos apropiados para permanente creación y absorción de innovaciones tecnológicas y organizacionales.</p>	<p>1] Movilización social de una creciente proporción de la población.</p> <p>2] Urbanización, creciente concentración demográfica.</p> <p>1] Organización racional del Estado (en sentido weberiano), alta eficiencia en cumplimiento de funciones estatales cada vez más diversificadas, especializadas y centralizadas.</p> <p>2] Capacidad de originar y absorber cambios estructurales en las esferas políticas, económicas y social manteniendo al mismo tiempo un mínimo de integración.</p>
--	--	---

- 3] Adecuada diversificación de la producción.
- 4] Predominio producción industrial sobre la primaria.
- 5] Apropiada proporción entre industrias de capital y de bienes de consumo.
- 6] Alta tasa de inversión en relación con el PNB.
- 7] Alta productividad per cápita.
- 8] Predominio actividades intensivas de capital sobre intensivas de trabajo.
- 9] Mayor independencia del comercio exterior (en % del PNB).
- 10] Distribución más igualitaria del PNB por estratos, regiones y sectores del país.
- 3] Cambios demográficos: disminución tasa mortalidad y natalidad, cambio estructura de edad.
- 4] Cambios en estructuras familiar y grupos de parentesco.
- 5] Cambios en la comunidad local y nacional.
- 6] Cambios en las comunicaciones.
- 7] Cambios en el sistema de estratificación.
- 8] Cambios en el alcance y formas de la participación.
- 9] Cambios en instituciones y asociaciones voluntarias.
- 10] Reducción de las diferencias entre estratos, grupos rural, urbano y regiones.
- 11] Permanente incorporación de mecanismos adecuados para originar y absorber un flujo de cambio continuo manteniendo adecuado nivel de integración.
- 3] Según tipo de participación política o gran mayoría de la población adulta.

y se
RELACIONAN

En términos de causalidad recíproca, unos afectan a otros y sus efectos determinan la orientación y el ritmo de la transición total. Su desarrollo no es paralelo, pudiendo coexistir la aceleración de algunos con el atraso de otros.

Según una
LEY

No especificable por carencia de un Modelo Teórico y, aun, de un esquema conceptual adecuado. Sólo puede indicarse que los subprocesos pueden asumir, unos respecto de otros, efectos inhibitorios o dinamizados según las circunstancias históricas en las que tiene lugar la transición de cada Nación.

que varía según:

<i>Culturales</i>		<i>Externas (relaciones con otras naciones)</i>
<i>Internas</i>	<i>y/o</i>	
Los rasgos culturales del país al iniciar la transición, Estado de conocimientos en ciencias naturales y sociales, grado de acumulación de experiencia histórica. Modelo de sociedad al que se adhiere.		Circunstancias específicas en el momento y durante la transición
<hr/>		
CIRCUNSTANCIAS HISTÓRICAS	Sociales	Cambios en sociedades des- arrolladas antes.
<hr/>		
	Políticas	Posición relativa en la dimen- sión Centro-Periferia; grado de dependencia política
<hr/>		
	Económicas	Grado de dependencia econó- mica en dimensión Centro- Periferia.
<hr/>		
que se caracterizan:	1) Por no ser claramente separables; 2) ser interdependientes; 3) funcionar dentro de un sis- tema internacional que avanza hacia una mayor unificación e interdependencia y 4) tener una naturaleza dinámica.	

2. El análisis de la transición hacia la modernidad

La sociedad actual es una sociedad en transición. El llamado proceso de desarrollo económico supone un estado inicial y un estado final y casi todos los autores lo conciben en términos de tránsito de una sociedad "tradicional" a una sociedad "desarrollada".

Incluso, cuando no se utiliza de manera expresa ningún modelo construido, ninguna tipología, como ocurre frecuentemente es, según Germani, el tipo empírico de los países "más desarrollados" el que asume el papel de término final o tendencia del desarrollo.³⁷ Advierte que esta tipología dicotómica es el producto de una simplificación extrema, limitación y utilidad de toda tipología, y que los dos tipos opuestos "han de considerarse los extremos de un continuo pluridimensional, en tanto las formas de transición pueden ser múltiples, como la experiencia histórica y actual lo está demostrando".³⁸ Agrega, que en los dos extremos cabría distinguir una multiplicidad de formas. Así la sociedad "tradicional" tal como la describe corresponde a un caso extremo de la sociedad *folk* en el que queda subsumido, por ejemplo, el de las sociedades urbanas preindustriales, pese a las profundas y sustanciales diferencias que presentan.

Es claro, entonces, que se postula un estado inicial y un estado final o tendencial definido a partir de las sociedades actualmente más desarrolladas. Entre ambos se sitúa la "transición" que aunque puede ofrecer formas muy variadas conduce siempre a ese estado final. Por último, tanto el estado final como el inicial son tipos extremos que corresponden, en las sociedades reales, a formas sumamente variadas.

El rasgo fundamental del tipo de sociedad industrial moderna es el que se recoge en el concepto de secularización, que designa un proceso compuesto por tres tipos de cambios continuos:

a] cambios de la estructura normativa predominante, en términos de que los individuos se ven cada vez menos constreñidos a actuar en las formas estrictamente preestablecidas, multiplicándose las situaciones en que pueden optar lícitamente entre diversas alternativas. Es el pasaje de la acción prescriptiva a la electiva;

b] de la institucionalización de lo tradicional se pasa a la institucionalización del cambio, se legitima la innovación, etc.;

c] especialización creciente de las instituciones y surgimiento de sistemas valorativos específicos y relativamente autónomos para cada esfera institucional. Así, si en la sociedad tradicional la familia es la institución en que discurren todos los aspectos de la vida de sus miembros, en tanto que además de la relación de parentesco encuentran allí su lugar de trabajo, por ser la unidad económica, aprenden y adquieren habilidades para el desempeño de oficios, etc., en la sociedad moderna, las unidades económico-ocupacionales en las que discurre la vida de trabajo de sus miembros se distinguen de la familia y se constituyen con hombres no ligados por lazos de parentesco, cuya educa-

³⁷ *Ibidem*, p. 92.

³⁸ *Ibidem*.

ción se realiza en el marco de las escuelas, etc., y las actividades económicas, educacionales y demás, se tornan relativamente autónomas.

La sociedad industrial moderna se caracteriza por la vigencia creciente de opciones, la constante división y especialización del trabajo; la aceptación y valoración crecientes del cambio y la transformación. En tal marco, la secularización del conocimiento, la tecnología y la economía conducen al empleo cada vez mayor de fuentes energéticas de alto potencial y a la maximización de la eficiencia en la producción de bienes y servicios.

En el esfuerzo por describir y comprender la realidad social es posible distinguir entre el proceso que lleva al surgimiento del primer caso histórico de este nuevo tipo de sociedad, de este complejo cultural, y la gran variedad de formas de transición que tuvieron lugar posteriormente en el proceso de su difusión, adaptación y transformación, primero en algunas sociedades occidentales y luego en el resto del mundo.

El análisis de los países de América Latina se ubica en la segunda perspectiva y, toda vez que cada una de estas transiciones constituye una totalidad concreta, aprehender la complejidad del proceso y la variedad de formas que adoptó en diferentes condiciones históricas, culturales, sociales y económicas, exige discriminar entre los diversos procesos que, en su conjunto, constituyen la transición global, cuyas características se tratan de resumir en el esquema anterior.

3. *El problema de las etapas*

La aplicación del esquema del proceso de desarrollo a América Latina, vista como conjunto limitado de países que constituye una región relativamente homogénea en cuanto a la estructura cultural y las condiciones históricas en que tiene lugar la transición, permite elaborar un esquema simplificado, puramente descriptivo, de una serie de procesos históricos similares aunque no idénticos y una tipología de etapas de transición analíticamente construida. Se entiende por "etapa" la emergencia de una configuración característica (estructura económica, social y política externa e interna) dotada de un cierto grado de estabilidad y duración y claramente diferenciada de las configuraciones precedentes y posteriores. Estas etapas, por otra parte, pueden ser identificadas por su importancia causal para dar forma al futuro curso de la transición, la orientación hacia éste puede ser concebida como un "punto de decisión", o sea, un momento particular, de duración variable, en el que puede producirse o no una reorientación cuyo carácter es determinado por la configuración peculiar de las características sociales, económicas y políticas originadas por el curso previo de la transición.

En *Política y sociedad en una época de transición*, Germani se proponía un esquema de seis etapas diferenciadas por la dimensión política: guerras de liberación y proclamación formal de la independencia; guerras civiles, caudillismo y anarquía; autocracias unificadas; democracias representativas con participación "limitada" u "oligárquica"; democracias representativas con partici-

pación ampliada; y democracias representativas con participación total o, como una posible alternativa, "revoluciones nacionales-populares".

Sin renunciar a la anterior, en *Sociología de la modernización* propone una clasificación distinta y muy compleja,³⁹ destacando cuatro etapas principales: la sociedad tradicional; los comienzos del derrumbe de la sociedad tradicional; la sociedad dual y la "expansión hacia afuera" y la última, la era de la movilización social de masas. Cada una de ellas corresponde a factores externos: la sociedad tradicional, al descubrimiento, conquista y colonización; la segunda, a las revoluciones francesa y americana; la etapa de la sociedad dual está ligada al impacto de la revolución industrial, a la ideología del liberalismo político y económico y a la influencia europea, particularmente británica; la última, a la gran depresión de 1930 y a la segunda guerra mundial, a un espectro más variado de ideologías, desde que al liberalismo se agregan el marxismo, el nacionalismo, y el fascismo, la influencia extranjera configurada por la guerra fría y la importancia de Estados Unidos.

Por otra parte, cada una de las principales etapas es examinada en relación a la economía, la sociedad y la política y a los principales rasgos que reviste en cada una de esas dimensiones. Respecto a la dimensión política, se recoge casi totalmente la clasificación mencionada anteriormente. Respecto a la social y económica sería imposible hacer aquí una enumeración completa que puede encontrarse en el libro mencionado, aunque algunas consideraciones se harán posteriormente.

Sin embargo, es necesario señalar las precisiones que el autor hace sobre el carácter de su construcción. No pretende ofrecer una "teoría de las etapas", sino algo más modesto, "se trata de una tentativa para proporcionar un panorama de la transición sumamente simplificado, que pueda ser útil para ilustrar algunas de las características principales del proceso" y que "no puede considerarse sino como un resumen de sentido común, altamente condensado, de la historia social latinoamericana".⁴⁰ Como consecuencia, no representa ninguno de los procesos históricos específicos pero puede emplearse como instrumento de comparación, y sirve para poner de relieve tanto los aspectos sincrónicos como los asincrónicos. Por último, tiende a explicar los órdenes de sucesión.

4. *El papel de los factores exógenos*

En este esquema, los factores exógenos adquieren una importancia que no tenían en exposiciones anteriores del autor. "Estos factores generan en cada país —sin tener en cuenta el grado de modernización alcanzado por cada uno en este momento— una serie de procesos esencialmente similares en todos ellos. El carácter común y la relativa simultaneidad de este impacto externo es, precisamente, lo que contribuye de manera poderosa a conferirle a cada etapa

³⁹ Véase Germani, *Sociología de la modernización* (Buenos Aires, Paidós, 1970), pp. 51-58.

⁴⁰ *Ibidem*, p. 35.

amplias características similares o equivalentes.”⁴¹ Así legitima que los principales estadios del esquema presentado estén fechados mediante acontecimientos externos. Esto no significa negar la existencia de factores endógenos. Pero “el desencadenamiento de procesos similares en países ubicados en diferente etapas tuvo por efecto habitual *acentuar sus discontinuidades internas* . . . , dado que el impacto externo puede acelerar algunos procesos componentes, al tiempo que no afecta, o reduce, anula o invierte la velocidad de otros. El significado histórico del impacto externo es bastante obvio pero con frecuencia se ignoró su papel en la acentuación de la homogeneidad *entre* naciones y a su vez las discontinuidades *dentro* de las mismas”.⁴² Es muy claro, entonces, que según lo entiende Germani, la llamada dependencia actúa desde fuera, siendo capaz de producir en diferentes naciones que pasan por diferentes etapas, las mismas o análogas consecuencias. Aunque en la Introducción a su libro, Germani señala que el estudio de la dependencia no es el objetivo de su obra, parece afiliarse a concepciones de ella hoy bastante superadas, como se verá en este mismo capítulo y en la parte III.

Sin embargo, Germani vincula el análisis del papel de los factores externos a sus ideas sobre la asincronía del cambio y las discontinuidades internas. El impacto externo tiene una significación diferencial para los distintos procesos y, partiendo de que éstos ya son asincrónicos, se comprende que el efecto más general sea el de aumentar la asincronía. En términos tan abstractos, es difícil, sin embargo, comprender esta afirmación. No se percibe la razón por la cual el impacto externo no puede disminuir en lugar de aumentar las discontinuidades. Es cierto que sólo afirma ese hecho en general, pero no surge muy claramente por qué debe darse más que su contrario. Resulta extraña además, la afirmación de que con frecuencia se ha olvidado el papel del impacto externo para acentuar la homogeneidad entre naciones, puesto que más bien ha ocurrido lo contrario.

Germani entiende que el papel de los factores exógenos y endógenos es variable según las etapas y según las naciones, y no afirma ninguna tendencia definida respecto a la importancia creciente de unos y otros. La distancia respecto al papel asignado a los factores externos en otras elaboraciones sobre la dependencia es muy clara cuando se ve lo que Germani dice acerca de los Estados Unidos en la etapa actual. “Aunque la acción ejercida por ese país está muy lejos de representar un factor monolítico operante de manera coherente en una sola dirección, es difícil poner en duda que sectores poderosos de la sociedad norteamericana tendieron a reforzar las rigideces mantenidas por factores internos, en oposición con las fuerzas favorables a la introducción de reformas realmente significativas.”⁴³ Se está muy lejos, por cierto, de algunas de las afirmaciones de autores que han enfatizado el papel de los Estados Unidos y que se verán más adelante en este capítulo.

Una de las consecuencias más importantes de la interacción entre los factores internos y externos es la imposibilidad de crear un proceso de desarrollo

⁴¹ *Ibidem*, pp. 36-37.

⁴² *Ibidem*, p. 37. Subrayados del autor.

⁴³ *Ibidem*, p. 41.

autosostenido, es decir, una sociedad capaz de absorber adecuadamente los cambios sin estar constantemente expuesta a la quiebra del sistema.

5. Cambio, desarrollo y reintegración del orden social

La tesis de una modernización incompleta aparece, también, en Florestán Fernandes para el que las consideraciones sobre el cambio no deben confundirse con las relativas al desarrollo. El cambio social es el concepto más genérico y se refiere a cualquier clase de alteraciones del sistema social, consideradas independientemente de condiciones peculiares de tiempo y espacio. Puede ser progresivo o regresivo, o también irrelevante desde ese punto de vista, siempre que se le considere respecto a su tendencia a realizar o a obstaculizar el advenimiento del tipo social que le sea inherente o al que tienda de manera irreversible. Este análisis corresponde a la sociología sistemática. El desarrollo comprende todos los fenómenos de cambio que ocurren a través de la diferenciación estructural y de la reintegración funcional de sistemas sociales globales considerados en condiciones particulares de tiempo y espacio. La unidad de análisis es, en este caso, una sociedad concreta y el estudio del problema pertenece a la sociología diferencial y diacrónica.⁴⁴

Con estos puntos de partida se comprende que el supuesto básico implícito y a veces explícito en la obra de Fernandes pueda enunciarse de la siguiente manera: el cambio que es un fenómeno universal va en la dirección, en las sociedades latinoamericanas, del establecimiento pleno de un sistema de clases sociales.⁴⁵ Esta dirección del cambio es mirada al menos hasta los trabajos más recientes, como deseable en sí, o porque se le mira como una etapa previa indispensable al advenimiento de un sistema socialista.

El problema central es, pues, el de la interpretación del cambio. Tal interpretación supone analizar dos grandes dimensiones: a) la desintegración del patrón tradicional; b) las nuevas formas de reintegración social.⁴⁶

El problema del desarrollo corresponde, en definitiva, a la esfera de la conciencia social de los hombres. Como consecuencia, una parte del problema es determinar cómo y hasta dónde se ha desintegrado, en el Brasil, el patrón de la sociedad esclavista tradicional y cómo y hasta dónde se han logrado nuevas formas de reintegración, que impliquen un acercamiento al sistema capi-

⁴⁴ Sobre estas distinciones, véase F. Fernandes, *Mudanças...*, Introducción.

⁴⁵ "Lo que está en juego en las naciones subdesarrolladas que pugnan por la 'aceleración' del desarrollo, es la manera por la cual se pretende intervenir en el sistema social para reorganizarlo, en grados de aproximación posibles, según los modelos proporcionados por sociedades plenamente desarrolladas, que encarnarían de modo más perfecto y completo determinado tipo social." En *A sociologia numa era de revolução social*, p. 38.

⁴⁶ "Por eso parece legítimo distinguir, en el desenvolvimiento de los impulsos y motivaciones societarias relacionadas con la intensificación deliberada del ritmo del cambio social, dos fases esenciales. Una, de desintegración propiamente dicha del orden social establecido ..., otra de reintegración del orden social, a través del influjo de actitudes, aspiraciones y valores sociales. Las dos fases llegan a superponerse en la experiencia histórico-social de los hombres" *Ibidem*, p. 254.

talista y a las relaciones de clase que éste implica. La influencia de Comte y de Durkheim en esta manera de plantear el problema es evidente.

El desarrollo económico y el cambio no son bienes en sí. Para que lo sean, es necesario que los hombres sean capaces de adoptar técnicas de control racional de la sociedad y de sus procesos. El diagnóstico de Fernandes parece considerar que en las sociedades brasileña y latinoamericana hay dos desfases fundamentales. El primero se da entre los modelos y las aspiraciones por un lado y las técnicas de control por el otro. Para una buena porción de la sociedad los modelos que se adoptan y las aspiraciones que se tienen son "modernas" pero las técnicas de control racional no existen o son obsoletas. El segundo, se da entre el grado en que se ha disuelto el patrón social tradicional y el nivel en que se ha producido, en las diferentes regiones, la reintegración en nuevas formas. La solución consiste, en última instancia, en destruir esos dos desfases. De ahí la importancia del problema político, que a menudo ha sido ignorada según Fernandes en la obsesión por el desarrollo económico.

IV. EL DESARROLLO Y LA ESTRATIFICACIÓN INTERNACIONAL

En las concepciones vistas la cuestión de las influencias exógenas se encuentra presente, aunque con características especiales que serán consideradas en el balance crítico de la orientación "científica". En una manifestación más tardía de la orientación científica que las ya expuestas, el problema adquiere una significación especial, puesto que integra la definición misma del subdesarrollo y el desarrollo. Sin embargo, no se trata tanto de identificar y dar prioridad a las influencias externas como de colocarlas dentro de un marco conceptual formal que reconoce, simultáneamente, inspiraciones funcionalistas y psicologistas. Aunque, en América Latina, la teoría de la estratificación internacional, puede encontrarse en otros autores,⁴⁷ la formulación bajo la cual ha tenido más influencia, se da en el pensamiento de Heintz.

1. *El subdesarrollo como tensión entre las aspiraciones y el nivel de vida existente*

Heintz se ha propuesto construir un paradigma sociológico del desarrollo, es decir, en el sentido de Kuhn, tal como el autor lo interpreta, "una pre-teoría que prepare el camino para la elaboración de la teoría precisando la existencia de perspectivas de gran amplitud que podrían guiar una fase estrictamente acumulativa de la investigación y teorización científicas".⁴⁸

⁴⁷ Gustavo Lagos, *International stratification and underdevelopment countries* (Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1963).

⁴⁸ Peter Heintz, *Un paradigma sociológico del desarrollo* (Editorial del Instituto, Buenos Aires, 1970).

Elaborar un paradigma supone tomar posiciones, ante todo, respecto al problema básico de determinar el marco de la teoría del desarrollo y, en segundo lugar, codificar los procesos y teorías existentes que caben dentro de ese marco. Por último, el problema debe ser formulado mediante hipótesis de alcance medio.

Para Heintz, las pautas de desarrollo de las sociedades subdesarrolladas están determinadas por tensiones estructurales que reflejan cambios asincrónicos de los diferentes órdenes institucionales. En otras palabras, acepta, con los rasgos que se verán más adelante, la teoría de la asincronía. Acepta también como definición de la situación de subdesarrollo el hecho de la existencia de "expectativas crecientes o aspiraciones de consumo altamente discrepantes del nivel de vida existente", lo que es legítimo para el autor porque: a] hay una convención bastante difundida sobre este punto; b] la generalizada presión por mejores niveles de vida, es empíricamente obvia; c] este deslucamiento entre objetivos conscientes más o menos difusos y la capacidad de logro efectivo, tiene indudablemente carácter de problema; y d] el hecho alcanza una significación conceptual relevante en la teoría sociológica a que el autor adhiere.

En efecto, en relación al último punto, el hecho de la discrepancia entre aspiraciones —o metas de consumo— y medios asume la fisonomía conceptual de una tensión anómica, concepto que, en la teoría funcional, "salva el abismo entre la estática y la dinámica sociales".⁴⁹

2. Los aspectos de la tensión anómica

Si el rasgo típico es genéricamente conceptualizado como una tensión anómica queda en pie la necesidad de especificar lo que la identifica o peculiariza. El autor le atribuye cuatro aspectos:

a] *Como tensión se la considera como una apertura al cambio.* En tal sentido, es tratada como una tensión que sufren los individuos. El supuesto subyacente es el de que los hombres no pueden soportar indefinidamente sus tensiones internas, o sea, que ve en la tensión un impulso a actuar, a hacer algo. La tensión que se supone generalizada, en gran medida, entre los hombres de una sociedad subdesarrollada, consiste en un desquiciamiento entre el mundo de referencia y el mundo de pertenencia de los individuos. De estas tensiones pueden provenir impulsos al cambio, aunque no son la única fuente de tales impulsos ni se postula que todo desquiciamiento produzca cambio. Lo que se postula es que el desquiciamiento de mayor peso para el examen de los problemas del desarrollo, es producido por estímulos que provienen de afuera del campo de interacción de los sujetos. No se trata de que se hagan presentes en el campo de interacción de estos sujetos grupos de hombres portadores de otras culturas caracterizadas por equipamientos materiales más

⁴⁹ Robert K. Merton, *Teoría y estructura sociales* (Fondo de Cultura Económica, México, 1964, parte II), p. 132.

avanzados y formas de organización más “modernas” (de países o provincias más desarrolladas), porque eso daría lugar al surgimiento de lo que Heintz denomina “estructuras neofeudales”, como el colonialismo o los enclaves del imperialismo económico. Esos estímulos consisten más bien en la propagación de estímulos a través de los medios de comunicación de masas y del mercado de bienes de consumo.

Hasta este punto, el rasgo anómico es abordado en el plano individual. Se intenta trascenderlo en el examen del segundo aspecto de la tensión anómica definitoria del subdesarrollo.

b] *La institucionalización de aspiraciones* presupone su legitimidad social. No basta que haya aspiraciones individuales diversamente estructuradas; las hay ciertamente en todas las sociedades y su institucionalización es también un rasgo de todas. Pero, en las sociedades subdesarrolladas, en que el desarrollo se plantea como meta, esa institucionalización tiene rasgos propios. La forma más sencilla de institucionalización de aspiraciones consiste en la conversión de ciertos objetos, materiales o no, en símbolos de status, por ejemplo, el modo de hablar o estilo característicos de los que ocupan ciertas posiciones sociales. Pero, más importantes que la creación de símbolos por posesión de objetos, son las tendencias que se refieren a aspectos que se perciben como muy vinculados a la forma de producción de las sociedades industriales. Son sobre todo decisivos los que se refieren a la percepción de la educación y la vida urbana como símbolos de la vida moderna. La detentación de las prestigiadas calidades de urbano y educado respaldan las pretensiones de participación en el mercado de bienes de consumo y los educados urbanos tienden a comparar sus situaciones con las de los sectores homólogos de los países más desarrollados. El proceso se acompaña con la aceptación de que todos tienen derecho a educarse y vivir en las urbes. Pero ni el crecimiento de las aspiraciones educacionales ni el de las aspiraciones al consumo que se respaldan en ellas, ni el crecimiento de las aspiraciones urbanas, se acompañan de una expansión congruente de las oportunidades de satisfacción. No se crean tantas plazas en la educación como aspirantes a ella, no se produce ni se adquiere afuera todo lo que se apetece, ni la dotación de viviendas y servicios conexos aumenta con la celeridad que lo hace la población urbana. Entonces adquiere importancia otro aspecto, el político, como posibilidad de participación simbólica en un cambio que aparece obstaculizado por las circunstancias objetivas o por la estructura de poder existente. Las orientaciones políticas “modernas” no sólo respaldan el derecho a acceder a otras formas institucionalizadas de aspiraciones, sino también a ocupaciones (la dispensa de cargos en la burocracia, la “recomendación” política), a la multiplicación de los status educacionales y urbanos y ajuste entre las estructuras educacionales, ecológica y ocupacional. Se enfatiza, entonces, la importancia de la educación, la vida urbana y la política.

c] El tercer aspecto de la tensión anómica característico de la situación de subdesarrollo es que el conjunto de las aspiraciones —institucionalizadas o no— concernientes al consumo y al acceso a una economía moderna, conducen al establecimiento y predominio de *un nuevo valor social, el desarrollo eco-*

nómico y social. El grado en que las diversas sociedades lo alcanzan se vuelve el criterio predominante de prestigio de los sistemas sociales. El sistema internacional se estratifica según ese criterio. O sea, el valor de las aspiraciones individuales adquiere un referente social.

d] Por último, el cuarto aspecto de la tensión anómica en estudio es el desequilibrio de los status societales. "La tensión anómica incorporada en el supuesto fundamental del marco de la teoría del desarrollo, puede ser concebida como tensión entre las formas institucionalizadas de las aspiraciones (de acuerdo con b) y el nivel técnicoeconómico. Si se considera que las aspiraciones adquieren un referente societal a través del valor desarrollo y se admite que este valor determina el rango de las unidades societales (naciones, provincias) entonces se pueden concebir los elementos de la tensión, es decir las aspiraciones institucionalizadas y el nivel técnicoeconómico, como los status societales cuyo conjunto forma una configuración de los status a la cual se asigna determinado rango. En otros términos, los componentes del valor desarrollo tendrían también un referente societal que sería el status de la unidad societal. Podemos hablar al respecto de niveles o estructuras educacionales, de urbanización y de ingreso per cápita (nivel técnicoeconómico). El status político moderno se presta menos a convertirse en status societal, porque involucra oposición a la estructura de poder existente y por lo tanto no goza de la misma aceptación general que los status societales, educación y urbanización al igual que ingreso per cápita o nivel de vida."⁵⁰ El autor postula que las sociedades subdesarrolladas de América Latina se caracterizan por un tipo de desequilibrio consistente en que las posiciones educacionales, urbanas y políticas son relativamente más accesibles que las ocupacionales-económicas, lo que genera cierto adelanto de la urbanización, la educación y la política con respecto a la industrialización y al ingreso. Industrializar supone acceso al mercado internacional de capitales, inversiones muy fuertes de "rentabilidad" relativamente más baja que en la educación. O sea, con la misma inversión se pueden crear más plazas en la industria. Estos desequilibrios tienen dos consecuencias, por una parte, la existencia de discriminaciones entre sociedades que difieren por sus grados de desarrollo y, por la otra, desajustes interinstitucionales, anomia o irracionalidad en la sociedad.

Heintz entiende que después de fijado el marco de la teoría del desarrollo, es necesario seleccionar los temas que caben en ese marco. Los que se analizarán a continuación son los siguientes: teoría de la estructura; teoría de las tensiones estructurales; teoría de la anomia; teoría del prestigio y poder.

3. Subdesarrollo, desarrollo y sistema internacional de estratificación

Se puede hablar de un sistema internacional basado en naciones y de un sistema estratificado nacional basado en provincias y unidades societales similares. La sociología del desarrollo, según la concibe Heintz, analiza en relación

⁵⁰ *Un paradigma...*, p. 36.

al "valor desarrollo" la existencia de una estructura cuyas unidades son las mencionadas.

La existencia de cierta apertura del sistema internacional de estratificación y la penetración de algunos estímulos provenientes de los estratos más altos del mismo constituyen un supuesto básico de esta teoría. A su vez, la apertura del sistema internacional consiste en una transformación del mismo, que de una estratificación de tipo "casta" varía, crecientemente, hacia una estructuración de tipo "clase". De esta manera se formula, en términos de la teoría de la estratificación, el paso del predominio del colonialismo al tipo contemporáneo de relaciones de dominación o de influencia entre estados nacionales. El tema del desarrollo se aborda desde el punto de vista de los países subdesarrollados y no se refiere sino marginalmente a los países que se ubican en los estratos altos del sistema internacional. Los países latinoamericanos se ubican en los estratos intermedios del sistema de estratificación internacional. Son estados nacionales desde antes del surgimiento del problema del subdesarrollo y se caracterizan por lo que Heintz denomina el régimen tradicional amenazado.

4. Teoría de las tensiones estructurales

Bajo este rubro Heintz, distingue tres clases de fenómenos diferentes: la marginalidad, la coexistencia de diversos tipos de sistemas de estratificación y la diferenciación organizacional o institucional.

La marginalidad se refiere a la relación entre individuos y estructura y, en ese sentido, marginal y no integrado son sinónimos. La marginalidad significa entonces, el acceso relativamente limitado a los valores, en relación a otros grupos que se consideran como más integrados o menos marginales.

La segunda clase de tensiones deriva de la coexistencia de diversos tipos de sistemas estratificados. Los mismos individuos pueden pertenecer simultáneamente a diversos sistemas estratificados que difieren con respecto a la naturaleza de sus unidades. Pero esas unidades pueden ser individuos o unidades sociales y como la relación entre ambos tipos de estructura es de semiautonomía esto permite el surgimiento de tensiones entre ambas.

En tercer lugar, están las tensiones que resultan de la diferenciación institucional y organizacional. La diferenciación implica que dentro de una sociedad global, como estructura envolvente, surgen subestructuras con características diferentes. Mientras que la sociedad global organiza el acceso a los valores —a las cosas por las que vale la pena esforzarse— a través de múltiples status o posiciones, las subestructuras diferenciadas tienden a enfatizar sólo una posición o status, como la ocupacional, en la fábrica o la militar en el ejército. Desde otro punto de vista, en tales unidades diferenciadas pierden importancia aquellos status de sus miembros ajenos a la colectividad específica como sistema de interacción. Dentro de ella los sujetos son valorados por el status específico y lo que importa es el rango de esa posición; ello implica que el valor que informa a tal status recibe también un énfasis muy especial.

Una de las consecuencias de esto es la existencia de desniveles de prestigio entre los marcos de referencia del subsistema y de la sociedad global. El miembro del subsistema tiene más prestigio entre colegas que entre sus conciudadanos ajenos a su colectividad. Este es un principio fundamental de la diferenciación y del aislamiento relativo de las subunidades diferenciales y se presenta con rasgos más pronunciados en los casos de desajustes entre subestructuras interdependientes. La subunidad de mayor expansión es la que más tiende a aislarse y diferenciarse a base de su propio status central. La importancia de este fenómeno para el desarrollo es grande, máxime si se considera que la estructura ocupacional tiende a quedar rezagada con respecto a las subunidades productoras de posiciones cuya función es institucionalizar aspiraciones: la urbe, la educación y la política. La diferenciación suele acompañarse de una ideología institucional que justifica el carácter diferenciado y aislado de la institución y que puede oponerse en variados grados al *statu quo* de la sociedad global; hay siempre una relación de semiautonomía o semidependencia entre la subestructura y la estructura envolvente.

5. La teoría de la anomia

Su punto de partida es que la anomia, producto de la tensión estructural, es una consecuencia empírica que se produce cuando la tensión sobrepasa determinados límites. La tensión anómica puede producirse en diferentes niveles y puede también trasladarse de un nivel de unidades a otro. La anomia puede ser individual, colectiva e interinstitucional. Cuando existen altas aspiraciones crecientes y relativamente escasa participación en los medios para satisfacerlas, en otras palabras, cuando hay un grado más o menos alto de marginalidad del individuo frente a la sociedad, tenemos la anomia en el nivel individual. Pero como se ha visto, existen sistemas de estratificación relativamente aislados y puede ocurrir que se tenga una alta participación en uno de esos sistemas; en ese caso, la anomia individual se transforma en anomia interinstitucional. Esto supone un relativo aislamiento entre los diversos órdenes institucionales y el hecho de que no existan normas que vinculen debidamente unos con los otros. Una tercera posibilidad ocurre cuando se combina la anomia al nivel individual con la participación. En ese caso, se produce el fenómeno de la participación simbólica o anomia colectiva que se caracteriza por la tendencia a despersonalizar o a colectivizar el problema personal sin que éste pierda su contenido anómico. El problema personal se define, por ejemplo, en términos de la situación de la sociedad de pertenencia en el sistema internacional lo cual obviamente es ajeno a la posibilidad de intervención racional por parte de los individuos. Hasta aquí se postulan transformaciones de las formas individuales de anomia en anomia interinstitucional y colectiva. Heintz postula que la dirección global del desarrollo puede describirse en la secuencia que va de la anomia individual a la colectiva o a la interinstitucional.

Si esta es la secuencia, los procesos de institucionalización de aspiraciones conducirían a desajustes entre órdenes institucionales en los que se fundarían

transformaciones que producirían ciertas orientaciones de acción definitorias de potenciales políticos (anomia colectiva) y potenciales de resistencia basados en tendencias a la movilidad individual y en ideologías asentadas en los desajustes entre los órdenes institucionales que justificarían el aislamiento y tenderían a acentuarlo. El potencial político constituido por la masa anómica, de configuraciones incompletas, con tendencia a la adhesión al liderazgo carismático puede adquirir diversas significaciones en el proceso de cambio; puede ser tanto una reserva movilizable por el poder tradicional como una amenaza para el mismo, lo que lleva al problema político.

V. DESARROLLO POLÍTICO, ESTADO, PLANIFICACIÓN Y UNIDAD NACIONAL

A lo largo de la exposición de los temas centrales anteriores se ha encontrado, reiteradamente, la preocupación acerca de los cambios políticos que aparecen, simultáneamente, como la consecuencia y la condición del desarrollo económico y de la modernización. El problema del desarrollo político es paralelo al del desarrollo económico y, ambos, confluyen en la cuestión del papel del Estado. En la parte IV, capítulo II, se analizarán las diferentes concepciones del desarrollo político dentro de la orientación "científica"; lo que aquí interesa subrayar es el sentido de la confluencia mencionada. Puesto que para esta orientación, el desarrollo económico y la modernización son procesos de racionalización creciente de la vida social, el impulso a esta última es un elemento decisivo para acelerar aquellos. Se requiere pues, aumentar considerablemente el componente de cambio inducido frente al espontáneo y esto no puede hacerse sin fortalecer el papel del Estado. El cambio que éste debe sufrir no es sólo cuantitativo, sino también cualitativo y el aspecto más importante de éste es la planificación. Tanto el pensamiento de Medina como el de Fernandes, ejemplifican muy bien la asociación entre estos temas.

1. *Desarrollo económico y opción política*

Según Medina, la experiencia histórica ha demostrado que "el desarrollo postula en todo caso la exigencia de una programación, de una clara ordenación, en una palabra, de fines y medios, de metas e instrumentos".⁵¹ En la medida que el desarrollo supone una serie de profundas transformaciones sociales, quienes lo impulsan deben traducir sus orientaciones en tal sentido en un proyecto de acción claro y coherente. Y esto no sólo por razones de eficiencia estrictamente económica, sino también por la necesidad de buscar la legitimidad del proyecto, así como un cierto consenso político. Este requisito programático cuenta hoy día para su implementación con el concurso del considerable saber económico que ha ido acumulándose tanto en la teoría como

⁵¹ Medina, *Consideraciones...*, p. 96

en la práctica. He ahí un campo propicio donde cimentar la racionalidad necesaria para la planeación del desarrollo.

Ahora bien, el desarrollo económico en tanto proyecto supone un conjunto de opciones cuyo tipo dependerá, sin duda, de la naturaleza del grupo que logre imponerse en el panorama social, de sus valores y de las bases de su legitimidad. "La nueva clase política —triunfe la esperanza sobre cualquier escepticismo— que comienza ahora a regir los destinos de América Latina, tiene que hacer frente ante las posibilidades del desarrollo económico —y sus secuelas humanas y culturales— a una serie de dilemas, y a tenor de sus preferencias se formarán por sí mismos los distintos rumbos que marcaran las inevitables diferencias y separaciones."⁵²

El conjunto de opciones entre las cuales elegir y decidirse supone las que más abajo se consignan a guisa de ejemplo. De ningún modo deben interpretarse como "recetas", sino como la simple enumeración de una serie de fórmulas que hasta hoy se han aconsejado. Entre las opciones económicas, cabe distinguir una que resulta fundamental, a saber, la elección entre el impulso enérgico y otras formas más pausadas de crecimiento, entre el llamado *big push* y otros procedimientos más lentos (entre los que se ubica el movimiento del "desarrollo de la comunidad"). Esta opción acarrea consigo una serie de problemas sociológicos. El *big push* supone una gran conmoción social (concentración de los asentamientos humanos, cambio en el sistema de ocupaciones, etc.). Otras decisiones deben adoptarse con respecto a la elección entre expandir la industria o la actividad primaria y sus exportaciones, entre el impulso a las industrias ligeras de bienes de consumo o las pesadas de los bienes de equipo, entre redistribuir de inmediato el ingreso nacional o esperar para tal cosa los frutos del desarrollo; entre inversiones sociales (vivienda, por ejemplo) y en infraestructura social en general o inversiones económicas en sentido estricto, entre "privatización" o "estatización", etc.

El problema político del desarrollo supone otra serie de opciones tales como, por ejemplo, entre el *laissez faire* o la intervención estatal; entre el crecimiento abierto o cerrado, o, en otros términos, entre economías dominantes o satélites; entre los intereses de potencia y los del bienestar general; entre los grupos que componen la sociedad eligiendo sobre cuáles han de recaer las mayores cargas del sacrificio que implica el desarrollo.

El desarrollo como problema sociológico plantea, a su vez, otras alternativas, ineludibles: como decidir si la acción para promover el desarrollo económico debe acompañarse de una reforma de la estructura social y en qué medida; si hay que promover el apoyo de los sectores populares, punto en el que existe unanimidad entre los diferentes científicos sociales que consideran que no puede haber desarrollo a la larga sin participación popular.

Los nuevos partidos deben ser capaces de construir una auténtica ideología del desarrollo por la articulación coherente de algunas de las opciones, y en buena parte los elementos esenciales de la misma pueden apoyarse en la riqueza de las proposiciones de la ciencia económica.

⁵² *Ibidem*, p. 99.

2. La planificación y el orden político

Con estos antecedentes se puede encarar el problema de las posibilidades de la planificación en tanto se relacionan con la naturaleza del orden político, cuestión que se relaciona directamente con los requisitos y con las consecuencias sociales que resultan de la amplia demanda por el crecimiento económico (cualquiera que sea la finalidad hacia la que se oriente tal crecimiento). El desarrollo económico comprende una serie de procesos que, dada la complejidad y multiplicidad de factores involucrados, requieren utilizar los instrumentos que, en conjunto, pueden denominarse proceso de planificación. El planeamiento, a su vez, exige la posibilidad de cálculo y de previsión (al menos dentro de ciertos límites). Además, el crecimiento económico en sí, posee ciertos requisitos sociales previos. Por tanto, cabe preguntarse qué orden u órdenes políticos permiten a la vez la previsibilidad necesaria para el proceso de planificación y el estímulo de las demás condiciones sociales que hacen posible el desarrollo económico.

No es posible resolver las interrogantes relativas a la naturaleza de los cambios económicos, políticos y sociales en el vacío, sino teniendo en cuenta los antecedentes históricos y las condiciones sociales y políticas que confronta cada país como herencia del pasado. Parte importante de tal herencia se resume en la compleja respuesta a las preguntas sobre los agentes que realizarán los cambios y las metas que persiguen. Otros elementos importante incluyen la perdurabilidad de una adhesión al menos formal a la tradición liberal y a su manifestación política, la democracia representativa, y los vínculos estructurales y culturales permanentes con el mundo desarrollado en su conjunto, pero en particular con el Occidente. Es en esta perspectiva que puede percibirse la relevancia del problema de la relación entre la planificación, el desarrollo y la política planteado en función de las alternativas de "disciplina del desarrollo o desarrollo compulsivo". En realidad, como se sugirió antes, tal análisis se plantea en el contexto político como una opción entre el papel que puede desempeñar por una parte un orden político democrático representativo y, por la otra, un orden esencialmente autoritario de "movilización". El problema consiste en determinar cuál de estas alternativas, si acaso alguna de ellas, puede confrontar las exigencias que se le imponen como instrumento de desarrollo.

Como es natural, hay numerosos caminos para abordar este conjunto de problemas, pero uno de ellos que gana validez por la experiencia histórica latinoamericana y por el propio marco de valores de Medina consiste en partir de un intento de analizar "las condiciones de posibilidad de poner en marcha de manera efectiva las tareas de desarrollo económico dentro de las formas heredadas de la democracia o con más precisión al amparo del régimen representativo como sistema político vigente".⁵³

Aquí la ciencia social se entrecruza con la orientación de los valores del autor, puesto que Medina procura analizar, entre las posibilidades de acción,

⁵³ *Discurso*, p. 6.

aquellas orientadas a estimular ciertas categorías de cambio social. Este interés, hace necesario un determinado énfasis analítico puesto en las situaciones históricas concretas más que en las normas generales. Medina estima que las afirmaciones teóricas generales, válidas para distintos lugares y momentos y en especial las que tienen pretensiones de universalidad, no ofrecen base suficiente de acción en momentos y lugares determinados.⁵⁴

3. Desarrollo y democracia

La respuesta que da el autor a este dilema metodológico es utilizar el tipo ideal, que ofrece un medio para aproximar realidades específicas mediante el contraste. Llega a este dilema como consecuencia de una elección, la de ampliar la alternativa democrática en América Latina.

La democracia representativa forma parte del legado histórico de América Latina. Entre sus características más importantes, según se ha dado en este continente (y también en Europa), se cuenta el énfasis en los derechos que el orden político atribuye a todos, que recae sobre un concepto constitucional más bien que de participación, como ha sucedido más comúnmente en la tradición anglosajona. Por tanto, la primera relación de importancia entre democracia, planificación y desarrollo puede expresarse de la siguiente manera: "aunque la planificación sea altamente centralizada casi nadie niega la importancia de la amplia participación en los esfuerzos económicos, pero cabe plantearse si salir del subdesarrollo exige eliminar los derechos formales del ciudadano".⁵⁵ La respuesta que da Medina a esta pregunta corresponde a su visión de la situación histórica. Sostiene que la necesidad de fomentar el desarrollo, de organizar e incluso de obligar a participar de manera efectiva en los esfuerzos económicos y de promover el uso eficiente de los recursos no entraña eliminar los derechos formales.

Estos derechos formales son, en todo sentido, la esencia del proceso democrático. Esto es más que una propuesta teórica cuando, como en el caso de muchos países latinoamericanos, "la historia ha enraizado no sólo en las ideas sino en los hábitos más elementales, el ejercicio cotidiano de esos derechos individuales",⁵⁶ los que son así parte de las raíces culturales del continente. Por lo tanto se invierte el problema del orden de prelación, debiendo enfrentarse

⁵⁴ "Semejantes discusiones y enfrentamientos en un campo puramente teórico, sostenidos por el deseo de encontrar generalizaciones válidas para diversas situaciones y tiempos, carecen posiblemente de sentido; lo único lógico y coherente hubiera sido partir de análisis condicionados en el espacio y el tiempo, es decir, de situaciones históricas concretas bien definidas, para plantearse en vista de ellas el problema en estos y otros parecidos términos dada la situación económica en que aquí y ahora se vive y que queremos impulsar, ¿cuáles son los instrumentos políticos que deberán utilizarse para esos fines? O a la inversa: dadas ciertas condiciones políticas que convendría perfeccionar en determinado sentido, ¿cuáles podrían ser los instrumentos adecuados para conseguirlo?" *Ibidem*, pp. 8-9.

⁵⁵ En realidad, sugiere Medina, éstos son "derechos sustantivos que se confunden con la persona como real entidad". *Ibidem*, p. 44.

⁵⁶ *Ibidem*, p. 46.

el de analizar no los requisitos del desarrollo sino el contrario, que "consiste cabalmente en la posibilidad de conservar y defender el disfrute de semejantes derechos formales, amenazados por las crecientes formas de control impersonal ... que tal desarrollo ha traído consigo".⁵⁷ No obstante, cualesquiera imperfecciones que puedan existir para adquirir y ejercer esos derechos, los latinoamericanos poseen la tradición y en muchos casos la sustancia de ellos, lo que constituye un elemento fundamental para definir los términos del orden político que puede emplearse para planificar el desarrollo.

Medina propone un argumento adicional que va más allá de esta justificación histórica del desarrollo. El orden democrático representativo y el proceso de planificación no sólo son compatibles sino que tienen afinidad. Toda la política democrática se basa en la elección entre posibilidades alternativas; igual sucede en la planificación donde "el supuesto reconocimiento de su necesidad ... no excluye la elección entre opciones básicas que se refieren a su ritmo y a sus modalidades".⁵⁸ La formulación y expresión de tales opciones forman parte de la labor del sistema de representación como del proceso de planificación. El éxito de ambos se determina en gran medida por la capacidad que poseen sus diversas partes componentes para lograr comprender la variedad de demandas e intereses del público en su conjunto.⁵⁹

Existe, pues, una íntima relación entre democracia y planificación, relación que se fortalece por la naturaleza pluralista de los órdenes sociales complejos. Si América Latina avanza o desea avanzar hacia el estado industrial, cualquiera que sea la forma que adopte tal estado (aunque inicialmente sea a través de las alternativas revolucionarias o carismáticas de movilización), debe tenerse presente el pluralismo de la meta deseada. En este sentido el pluralismo se refiere a la presencia, como consecuencia de un orden social complejo, de grupos "no sólo con intereses diferentes sino con capacidades distintas de resistencia y de poder".⁶⁰ Dentro de un orden democrático, la democracia y la planificación se hacen viables y legítimas en la medida en que tenga en cuenta esta pluralidad de intereses —aunque sea necesario hacerlo adaptando los mecanismos constitucionales existentes. Al hacerlo el orden político democrático se provee de "la única garantía verdaderamente racional de la legalidad del poder político mismo".⁶¹

⁵⁷ *Ibidem*.

⁵⁸ *Ibidem*, p. 67.

⁵⁹ Al respecto, Medina afirma: "La planeación, que es evidentemente para el pueblo, no es ejercida por el pueblo mismo, sino a través de una serie mayor o menor de órganos interpuestos. Por eso cuando en uno u otro de los sistemas democráticos actualmente existentes se habla de intensificar el carácter democrático de sus actividades de planeación, sólo se trata en realidad de ampliar en la mayor medida posible el número de esos órganos o centros instrumentales." *Ibidem*, p. 135.

⁶⁰ Es el problema de enfrentar el pluralismo unido a la tradición histórica lo que dificulta la posibilidad de implantar un sistema de movilización en América Latina. El sistema, que se caracteriza por un solo partido y a menudo por un dirigente carismático (orden de dominación carismático, en el sentido de Weber) no se ajusta fácilmente con la tradición latinoamericana (como podría suceder en África) ni maneja la situación de pluralismo a que da lugar el desarrollo. *Ibidem*, p. 48.

⁶¹ *Ibidem*, p. 49.

No se trata de argumentar en favor de la democracia y de la planificación democrática como panaceas, puesto que no existen "valores absolutos", sino valores instrumentales. Según se observa, ambos "meramente representan instrumentos racionales para conseguir situaciones relativas de progreso y mejora, pero de ninguna manera infalibles medios técnicos para lograrlo tarde o temprano, como en estado definitivo, como un verdadero final de los tiempos".⁶²

Estas consideraciones retornan a una pregunta fundamental: desde que planificación y democracia (esta última en sentido amplio) marchan juntas y en vista de que la planificación es un instrumento para el desarrollo económico, ¿qué objeto tiene todo el proceso? ¿Simplemente fomentar el desarrollo económico dentro del contexto de uno u otro modo de distribución culturalmente determinado? ¿Hay otros objetivos superiores que satisfacer? La respuesta pone de manifiesto el papel que desempeña la filosofía política, a través del desarrollo racional de los valores políticos últimos puesto que el valor último que justifica el vínculo entre planificación y democracia proviene de una prolongada tradición de pensadores sociales y sociológicos: "No cabe olvidar en definitiva que la política tiende o debe tender a la liberación del hombre, coincidencia bien significativa entre pensadores tan opuestos como Marx y Weber, o —en términos más aceptables por su mayor modestia— que procura o debe procurar el máximo de su mejoramiento dentro de lo efectivamente posible".⁶³

En este valor último descansa la postulación de una sociología del desarrollo democrático y las consiguientes posibilidades de una praxis social más racional.

4. *El orden democrático y la planeación como condiciones del desarrollo*

Para Florestán Fernandes, en sus primeras obras, el modelo es el orden capitalista desarrollado que supone una enorme expansión de la ciencia y la tecnología, tanta que el autor parece dar a ambas el primado entre los factores sociales que producen cambios.⁶⁴ Sin embargo, esa expansión se enfrenta a la estructura de poder existente que tiende a aceptar los cambios en cuanto son funcionales para mantener la actual estructura y a rechazarlos en cuanto la ponen en peligro. La actitud de las clases altas es muy clara en ese sentido, puesto que se adaptan a las innovaciones inevitables, pero las colocan al servicio de su propia situación en la sociedad. Las reflexiones de Fernandes adquieren resonancias morales, desde que reprocha a las clases altas su egoísmo, su incapacidad para pensar en el país como un todo y para preocuparse por el beneficio colectivo, efecto este que se agrava por la poca organización de los demás grupos sociales. El poder de las clases altas, la poca organización

⁶² *Ibidem*, p. 55.

⁶³ *Ibidem*, p. 97.

⁶⁴ "En la condición actual, lo que es urgente, esencial y condición número uno de cualquier otra cosa, es la implantación de la ciencia en el Brasil." *A sociologia numa era*, p. 35.

de los demás grupos y por lo tanto su escaso poder, muestran a su entender que en Brasil en la época a que se refería no había una verdadera democracia.

Ahora bien, el desarrollo sólo es posible cuando la consolidación de un auténtico orden democrático se acompaña del planeamiento para acelerar el cambio. Si lo primero no se da, los cambios sólo beneficiarán a determinados grupos y no podrán integrarse en un verdadero proyecto nacional; si no hay planeamiento, es decir, técnicas de control racional de la sociedad y de sus procesos tampoco se podrán alcanzar los modelos y las aspiraciones hacia los que la sociedad tiende. La democracia y el planeamiento aparecen, pues, en este razonamiento, indisolublemente ligados. Desde el punto de vista de Fernandes el uno sin el otro sería incapaz de llenar los objetivos que la sociedad se propone y que debe proponerse. Por ello dedica muchas páginas a demostrar que el planeamiento no sólo es perfectamente compatible con la democracia (en la época en que ellas fueron escritas era corriente que ciertos grupos sostuvieran que sólo podrá darse en los regímenes totalitarios), sino que es la condición esencial para la realización de un orden verdaderamente democrático. A su vez, sólo la democracia puede asegurar que las técnicas de control racional del cambio sean usadas en beneficio de todos los actores sociales y que los grupos más desvalidos sean efectivamente beneficiados por ellas.

VI. EL PAPEL DE LA NACIÓN Y EL NACIONALISMO

1. *Los puntos de partida: las naciones, el nacionalismo y las clases*

El desarrollo político y el papel del Estado aparecen, pues, como cuestiones centrales para la orientación "científica". El supuesto del que se parte siempre, es que el análisis se aplica a unidades que son naciones o estados nacionales y, como consecuencia obvia, que existen tales naciones o estados nacionales. Aunque explorar la validez de ese supuesto parecería imperativo en la orientación en estudio, tal intento ha sido raro en ella y uno de los pocos ejemplos que puede presentarse es el de un autor norteamericano que no es, precisamente, un representante muy ortodoxo de la posición "científica", Kalman Silvert.

Silvert sostiene que el punto de partida crítico para el estudio de América Latina es el que se ocupa de las fuerzas que definen e influyen en el carácter de la nación y sus relaciones con el corte que los científicos sociales han hecho tradicionalmente en ella: la estructura de clases. Su preocupación se refiere al modo en que la nación es concebida como unidad política y las posibilidades consiguientes que puede tener de aglutinar las clases que la integran. Ese análisis permitiría arrojar luz sobre la importante cuestión de la gama de opciones disponibles para los integrantes de cada nación, desde que ésta es, actualmente, la principal arena de la acción social en América Latina.

Para Silvert, la nación como concepto define "a aquellos que están dentro

del sistema social", definición puesta en vigor por el "Estado", que "aporta la autoridad que refuerza el grado de 'interioridad' dictado sistémica y sistemáticamente para determinadas clases, grupos e individuos".⁶⁵

El concepto se refiere, por lo tanto, a la definición de la comunidad, a quiénes y cómo pueden participar en ella, al tipo y grado de identificación nacional que prevalece en una sociedad dada. Tal definición cobra forma gracias al funcionamiento de una institución determinada, el Estado.

Se podría sostener que la definición de extensión de la comunidad, implantada por una autoridad institucionalizada, es una característica general de todos los órdenes sociales, pero como lo sugiere el empleo del término "nación" (en vez de, por ejemplo, sistema político, sistema social, organización política, orden político, etc.) tiene una referencia histórica concreta. Las naciones no han sido hitos permanentes en la historia de la humanidad, ni han surgido en todas las zonas del mundo simultáneamente; son fenómenos que están condicionados temporal y espacialmente y, en consecuencia, limitados históricamente.

Silvert se propone explorar las siguientes tesis generales:

La explicación de la causalidad social requiere la consideración del papel que desempeña la decisión humana y el ámbito de su desempeño.

La medida esencial del desarrollo político es la relación entre la gama de opciones abiertas a una organización política y la gama que ésta realmente explora.

La medida esencial de la modernización política es el grado en que las decisiones ritualistas de actuar ceden a las determinaciones racionales en la toma de opciones políticas.

Las regularidades en estudio deben incluir no sólo la manera como se mantienen las organizaciones políticas, sino también los modos en que se realizan los saltos con quiebre del sistema. Estos últimos demuestran con claridad meridiana la necesidad de contar con una teoría ordenada (y ordenadora) de la acción recíproca entre la limitación y la eficacia de la opción.

Hacer elecciones eficaces que permitan una serie más amplia de elecciones en el futuro es un bien en sí.

La política del bien, una política que amplíe las esferas de una verdadera elección, es conveniente en sí misma, es un interés público cuya defensa vale la pena intrínsecamente, y además porque es esencialmente idéntico con el interés privado.⁶⁶

Como lo señalan claramente estas tesis, se liga ideología y análisis a través de explorar el problema de la elección, tanto con respecto a las premisas de un orden como a la crítica de estas premisas. La finalidad del análisis es objetiva en términos weberianos en la medida en que no busca hacer elecciones específicas para los demás, sino que procura suministrar un marco para la opción.

⁶⁵ Véase *Education, values and social change in Chile*, inédito, pp. 5-6.

⁶⁶ Véase *Man's power. A based guide to political thought and action* (Wilking Press, Nueva York, 1970), p. xxiv.

2. La clasificación del nacionalismo

Silvert propone emplear el "nacionalismo" como instrumento para el análisis del cambio social en situaciones concretas, en una operación empírica, que requiere su previa demistificación desde que el nacionalismo se utiliza en la literatura de las ciencias sociales en múltiples sentidos, dicha tarea de definición requiere la ligazón de los valores a la acción lo que permitiría explorar los mecanismos institucionales para ordenar dichas relaciones.

Los usos que se han hecho del término nacionalismo, según Silvert, pueden agruparse en cuatro categorías generales:

a] El nacionalismo como concepto jurídico formal, que se refiere a las relaciones legales entre los individuos y el Estado (ciudadanía, nacionalidad, discriminación étnica y religiosa impuesta legalmente, proscripción política, etc.), "y entre los estados a nivel internacional".

b] El nacionalismo como concepto simbólico, "ese acervo de símbolos patrióticos que encierra características culturales comunes tales como el idioma, el vestido y los hábitos alimentarios, y la expresión de respeto por los lugares familiares, la bandera, el himno nacional, etc."

c] El nacionalismo como ideología, "esos cuerpos expresos de pensamiento político relativos a lo que la nación fue, es y debería ser y los medios que deben emplearse para alcanzar las metas nacionales y para discriminar entre el poder del Estado y los derechos individuales".

d] El nacionalismo como valor social, "esa norma que define la lealtad debida a los conciudadanos y a los mandatos del Estado, el consentimiento tácito ampliado" a las actividades del Estado en el seno de la sociedad nacional, y el sentimiento "internalizado" de comunidad nacional.

Esta clasificación tiene como objetivos principales presentar la variedad de definiciones empleadas habitualmente de manera ordenada y efectuar un refinamiento inicial del empleo del concepto nacionalismo.

No se presume que la misma establece categorías netas y congruentes, sino que más bien abre un abanico de zonas de investigación y es útil por las especies y variedades de interrogantes que sugieren.

Para Silvert, lo fundamental es el problema del nacionalismo como valor social, pero las demás distinciones tienen su utilidad. Por ejemplo, en muchos países latinoamericanos, existe una gran cantidad de individuos que son nacionales desde el punto de vista legal pero no desde el simbólico; son definidos por el Estado como ciudadanos pero, en un caso, no se percatan de la existencia de la nación, aparte de que carecen de conocimientos relativos a sus símbolos (idioma, etc.), o, en otros, teniendo conciencia de la nación y de sus símbolos, no los emplearían o aceptarían. Pueden estar físicamente presentes en el país, pero no están presentes en la nación. No es que necesiten sentirse automáticamente obligados a adoptar los símbolos de los que así los definen o que estén necesariamente privados de sus propios símbolos, sino que existen enclaves en los países latinoamericanos, compuestos de individuos que en virtud de su nacimiento o presencia son participantes potenciales en

el cuerpo político del país, pero permanecen fuera de él. Aunque no falten cauces eficaces para su participación (lo que también puede ocurrir), no están dentro del sistema de comunicación y significación de la nación, ya que operan sobre la base de símbolos diferentes.

Es posible suponer que dichos grupos deseen permanecer marginados o comenzar a participar en la nación en condiciones diferentes de las que estarían o están disponibles para ellos, pero la historia reciente sugiere una pauta distinta porque, según Silvert, "a medida que los grupos nacionalistas de los países en desarrollo comienzan a presionar en pro de la integración del total de las poblaciones en un universo social único, las personas no nacionales sienten que sus valores tradicionales y su modo de vida se ven amenazados con la aniquilación. Inevitablemente, bajo dicha presión, comienzan a veces a responder a las mismas motivaciones de aquéllos que los atropellan; como ocurre casi siempre, las víctimas adoptan en parte el mismo estilo que los victimarios. En la medida en que ocurre este proceso y en que las sociedades prenacionales se desintegran ante la embestida, son presa también de las técnicas y teorías de la ciencia política convencional".⁶⁷ Estas observaciones sugieren, por ejemplo, que "los indios se distinguen culturalmente y no racialmente";⁶⁸ por tanto, su incorporación a ciertos símbolos representa simultáneamente su renuncia a un elemento importante del modo en que son identificados por los demás en la sociedad. Es por ello que, en Guatemala, "aunque la gente de la ciudad califica casi siempre de 'india' a la totalidad de la población rural, los habitantes urbanos distinguen claramente entre indios y ladinos en todos los asuntos que revisten prestigio y dignidad, aunque sus condiciones físicas sean notablemente semejantes".

El proceso de tomar conciencia de la nación en un sentido simbólico está relacionado con ciertos usos del término "movilización". La "movilización" en el sentido empleado por Deutsch, Germani y Silvert,⁶⁹ se refiere a un incremento de la conciencia acerca de las nuevas estructuras y posibilidades; a una liberación de las orientaciones estrechas, la que por consiguiente pone al hombre en condiciones de participar en nuevas formas institucionales. La presencia de la "movilización" puede expresarse, según Lerner y Deutsch,⁷⁰ por el aumento de contacto con los medios de comunicación masiva, una ma-

⁶⁷ Kalman H. Silvert, *The conflict society: reaction and revolution in Latin American* (edición revisada, American Universities Field Staff, Nueva York, 1966), p. 35.

⁶⁸ *Ibidem*, p. 37.

⁶⁹ Karl W. Deutsch en "Social mobilization and political development", en *American Political Science Review*, vol. LV, núm. 3 (septiembre de 1961), p. 493, sostiene que "La movilización social es el nombre que se da a un proceso global de cambio, que ocurre en partes importantes de la población en países que se están desplazando desde las formas de vida tradicional a las formas de vida moderna. Esta movilización denota un concepto que encierra varios procesos más específicos de cambio, tales como cambios de residencia, de ocupación, de ambiente social, de vinculaciones estrechas, de instituciones, funciones y modo de actuar, de experiencias y expectativas, y por último de recuerdos personales, hábitos y necesidades, incluida la necesidad de nuevas pautas para la afiliación a grupos y nuevas imágenes de identidad personal".

⁷⁰ Daniel Lerner, *Passing of traditional society*, cap. II, Deutsch, *op. cit.*, *passim*; y Deutsch, *Nationalism and social communication*, caps. 5 y 6.

yor alfabetización, la expansión de la población urbana, la migración rural-urbana y el mejoramiento general del transporte y las comunicaciones.

Dos adiciones a la teoría de la movilización derivan, para Silvert, de considerar al nacionalismo como un concepto simbólico. La primera es que la movilización se orienta hacia la creación de conciencia sobre un conjunto concreto de símbolos, el de la nación; la segunda, y más importante, apunta a la necesidad de establecer en forma más precisa el supuesto que figura en gran parte de la literatura sobre movilización, el de que la adopción de símbolos supone la adopción de los criterios normativos correspondientes. Silvert cree, en efecto, a diferencia de Lerner y Deutsch, que el contacto con ciertos símbolos puede hacer que los hombres tomen conciencia de ellos, pero no necesariamente que los internalicen como transformaciones de valor. Por ende, la distinción entre nacionalismo como concepto simbólico y como valor social permite una visión de procesos secuenciales lógicos, pero no temporales, de transformación de orientaciones, que no están automáticamente determinadas la una por la otra. Cabe imaginar individuos conscientes del marco simbólico de la nación, pero renuentes o incapaces de orientar su conducta según las repercusiones de la asociación con dichos símbolos e individuos conscientes de los símbolos y predispuestos a actuar como nacionales a los que la estructura vigente impide participar en el proceso nacional.

La incorporación simbólica a la nación puede considerarse un elemento que permite nuevas formas de asociación, que implican una expansión cuantitativa del cuerpo político, lo que no conduce automáticamente a una alteración de las formas de participación eficaz. Un número creciente de individuos toman conciencia de la existencia de un campo nacional de lucha para la acción política, pero su reacción concreta y la que despierta su presencia se basa en la índole de una serie de variables que incluyen las concepciones de la comunidad nacional sobre élite y masa, la disponibilidad y capacidad de los cauces de participación, etc. Dicho en otras palabras, la incorporación a la nación simbólica o la movilización en el sentido en que Silvert y Germani emplean ese término, crea la necesidad de un ajuste para un número creciente de participantes, pero la gama de tal ajuste es función de los límites impuestos por circunstancias históricas específicas y varía además, desde la incorporación real hasta la contención y la exclusión efectiva de aquellos que acaban de tomar conciencia de la nación, siendo posible cada una de las alternativas, en función de las circunstancias históricas.

3. El nacionalismo como ideología

La concepción del nacionalismo como ideología supone la distinción entre símbolos, ideologías y valores. El primero se refiere a los diversos modos de expresión y comunicación empleados habitualmente entre aquellos que se consideran miembros de una colectividad común y también a los objetos de patrimonio común que encarnan ese sentido de la comunidad de expresión y comunicación.

Las ideologías pueden tener usos simbólicos, pero una ideología se diferencia de otros símbolos en el hecho de que es un cuerpo organizado,⁷¹ de pensamiento polémico relativo a los medios y finalidades sociales. Las ideologías nacionalistas pueden definirse como aquellos cuerpos explícitos de pensamiento político relativos a la manera en que debe organizarse la lealtad hacia qué fines y con qué medios.⁷²

Por último, los valores son los marcos de referencia que los actores sociales emplean para definir sus relaciones con las instituciones sociales, el modo en que le prestan a su situación social una significación, la que puede no ser reconocida conscientemente por el actor en cuestión, aunque influiría por lo menos en la naturaleza de las manifestaciones conscientes. Los valores sirven para fijar los amplios límites externos sobre el modo en que las instituciones funcionan, ya que proporcionan las explicaciones fundamentales que los participantes utilizan como base para su propia conducta y sus juicios sobre la de los demás. Por ende, los valores pueden distinguirse de las ideologías en la medida en que unos son implícitos y otras son explícitas. Más importante todavía es que los valores representan orientaciones más arraigadas, cuyo carácter fija los límites de la manera en que las ideologías influyen sobre la acción social.

La distinción específica entre nacionalismo como ideología y como valor social sirve a una serie de finalidades. Por ejemplo, la población que está incorporada simbólicamente es la única dispuesta y disponible para la posesión de las ideologías y los valores nacionales, pero este dato no permite predecir ni la naturaleza ni el alcance de las ideologías presentes, ni la cuantía de los actores sociales que poseen valores nacionalistas. Además, la presencia de individuos poseídos de una ideología nacionalista no garantiza la existencia de individuos con valores nacionales, como ocurre cuando aquélla es usada como manera de limitar la libertad y restringir, en vez de ampliar, la dimensión de la comunidad nacional, lo que tiene como consecuencia impedir la adquisición de valores nacionales.⁷³ Por otra parte, los llamamientos ideológicos pueden servir también como un modo alternativo a la construcción de esas normas internalizadas que permiten la cohesión social nacional.⁷⁴

⁷¹ Lo que no supone obviamente una organización racional.

⁷² Silvert, *Expectant peoples*, p. 440.

⁷³ Con respecto a una serie de casos observados en el mundo, Silvert señala lo siguiente: "Podría plantearse aquí una conclusión provisional... señalando que parece existir una relación entre la incapacidad para proseguir el proceso desarrollista y el uso de las ideologías del nacionalismo para restringir las libertades fundamentales, impidiendo así la plena aceptación de los valores de la identificación nacional." *Ibidem*, p. 32.

⁷⁴ Silvert señala: "cuando el valor social del nacionalismo es débil, los grupos dominantes recurren muy a menudo a la invocación de poderosos llamamientos ideológicos respaldados por líderes carismáticos para contrarrestar el fracaso de ordenar el conflicto de clases e institucional a un nivel más fundamental y funcional. Esta sustitución del valor implícito por la ideología explícita es característica también de las etapas tanto atrasadas como avanzadas del desarrollo nacional. El caso de la violenta ideología exhortativa de las actuales directivas políticas de Indonesia es tan pertinente como el caso de la ideología lunática de la Alemania nazi". *Ibidem*, p. 33.

4. *El nacionalismo como valor social*

Para el examen del nacionalismo como valor social, se parte de que todas las sociedades poseen normas integradoras que constituyen la base de la cohesión social frente a una serie de posibilidades estructurales de conflictos desintegradores del sistema. Tales normas son universales en cuanto a su presencia, pero variables en cuanto a su contenido, desde que están condicionadas históricamente.

El nacionalismo es la norma integradora que se relaciona históricamente, en el mundo occidental, con el proceso de desarrollo de un orden capitalista (en contraposición, por ejemplo, a los valores sagrados que forman el tipo ideal asociado habitualmente al feudalismo occidental). Esa norma, en la medida que ha sido identificada en situaciones históricas, ha servido como una manera de reconciliar o atenuar las disparidades de clases que son el producto del capitalismo o que no se modifican sustancialmente mediante el desarrollo capitalista, permitiendo un grado de cohesión social que hace posible, a través del tiempo, la estabilidad institucional.

La importancia del nacionalismo como valor social para América Latina estriba en que los países que la forman están experimentando cambios por el impacto del capitalismo y sus concomitantes (industrialización, urbanización, movilización social, diferenciación institucional, etc.), y que poseen una estructura de clases, lo que les hace ocuparse necesariamente de la cuestión de su integración, el problema de la cohesión social frente a las diferencias en los beneficios sociales.

Tal formulación del problema, no da por respuesta una causalidad lineal, desde ciertas pautas de desarrollo económico, hasta la creación automática de valores nacionalistas, sino que se pregunta cuál sería la especie de valores que permitiría al sistema económico capitalista o a una variante de él, ocuparse de la cohesión social, de las relaciones de clase y de las posibilidades de un ajuste o cambio sistemático.

Desde el punto de vista teórico, el nacionalismo se define, en cuanto valor social, como la aceptación del Estado en su calidad de árbitro impersonal de los asuntos humanos. Su expansión, tiene como consecuencia "el establecimiento de una zona de vida plenamente secular regulada por una institución social ante la cual todos los hombres, al menos en el sentido público, son iguales".⁷⁵ El Estado se convierte en el "medio institucionalizado de poner en vigor el poder" sobre los que residen dentro de los límites de la nación a fin de facilitar la solución de los conflictos entre miembros de la comunidad nacional.

Para que el Estado desempeñe dicha función hay "la necesidad de una leal participación de la ciudadanía dentro de una comunidad explícita que crea el necesario poder de consenso".⁷⁶ Y el Estado debe ejercer su poder impersonalmente "sobre una extensión territorial apreciable y trasponiendo las líneas

⁷⁵ *Ibidem*, p. 19.

⁷⁶ *Ibidem*.

de clases, superando, en casos extremos, las lealtades primarias debidas a... otras zonas competitivas de identificación".⁷⁷

En este punto cobra importancia la distinción que hace Silvert entre "desarrollo" y "modernización", que es esencial para comprender la relación entre el cambio y las posibilidades de opción. La esencia de tal distinción puede encontrarse en las siguientes frases:

... los fenómenos básicos que estamos estudiando son, en primer lugar, la diferenciación creciente entre las instituciones y la especialización de sus funciones; y, en segundo lugar, la utilización de dichas instituciones de modo que amplíen constantemente su eficacia respecto a la elección pública de opciones racionales. Denominamos desarrollo a lo primero y modernización a lo segundo, aunque algunos prefieren aplicar estos términos a la inversa. En todo caso, el desarrollo significa para nosotros cambios cuantitativos, estructurales y concretos de los ordenamientos interinstitucionales que permitan la especialización tanto del funcionamiento como de la búsqueda de metas. El desarrollo es compatible con una amplia variedad de sistemas políticos, que van desde la democracia parlamentaria hasta el nazismo o los socialismos de cualquier color político concebible. La modernización, tal como la empleamos, se refiere a los usos cualitativos de una estructura desarrollada y supone un compromiso fundamental con la racionalidad y su corolario, la amplia participación en la toma pública de decisiones. La modernización es incompatible con los sistemas de fuerza que imposibilitan la autocorrección racional y el gobierno basados en la aceptación de consenso del poder limitado.⁷⁸

En otras palabras, en tanto que el desarrollo es compatible con un robustecimiento del poder del Estado sin que haya necesariamente una expansión concomitante de la participación efectiva, la modernización facilita, mediante esa expansión, la socialización de la democracia y el crecimiento del socialismo democrático.

En esta manera de definir al nacionalismo como valor social se trata de recoger el concepto de Weber de relatividad cultural y su noción del tipo ideal. La idea central es que la confrontación de América Latina con el capitalismo y las concomitantes políticas de dicha relación, determinan el papel que desempeña el Estado como árbitro de la interacción institucional y de las clases. Como tal, el concepto se abstrae de una situación histórica determinada y es de aplicación limitada, prestándose concretamente para tratar de comprender los tipos de procesos sociales y políticos que pueden observarse en algunos países latinoamericanos. Permite, según Silvert, distinguir entre Argentina, Chile, Uruguay y México que se agruparían juntos si se aplicaran marcos conceptuales menos adecuados históricamente al caso de América Latina. Al respecto, si se aceptan los criterios de altos niveles de urbanización y de alfabetismo y el grado de repercusión de los medios de comunicación de masas que emplea Lerner, por ejemplo, para juzgar la "modernidad", gran parte de América La-

⁷⁷ *Ibidem.*

⁷⁸ *Education, values and social change in Chile*, p. 5.

tina es "moderna". He ahí la limitación de tales indicadores; sólo sirven en casos extremos.⁷⁹

En puridad, es necesario ocuparse de la significación que asignan los individuos al hecho de vivir en sociedades urbanas, de alto nivel de alfabetismo y que cuentan con medios de comunicación de masas. Ningún Estado latinoamericano se acerca plenamente al tipo ideal del árbitro impersonal (aunque Silvert ha sugerido repetidamente que Cuba es quizá el más nacional), pero los casos nacionales pueden ordenarse mediante la aplicación de esta construcción conceptual.

Operacionalizando tal orientación, se obtiene una cierta visión de sus consecuencias. En una encuesta sobre nacionalismo, clase, movilidad y educación, Silvert y sus colaboradores sugieren como conclusiones finales las siguientes afirmaciones: "Hemos visto que, consideradas una por una, las realidades estructurales de la vida no sirven para predecir las realidades actitudinales. Sin embargo, también hemos visto que si se consideraran en su conjunto para obtener una clave de la estructura social general, estas realidades estructurales, indican en forma pronunciada que hay una relación entre la situación general y la posición general respecto de los valores."

Las consecuencias de esta afirmación son: a] señalar la insuficiencia de las explicaciones deterministas para comprender el vínculo que existe entre los hechos individuales relativos a las estructuras y las actitudes; b] indicar la función que desempeñan los hábitos culturales, que son producto de una elección consciente, en la formación del vínculo entre actitudes y estructuras; y c] señalar la importancia del libre juego de los factores subjetivos y objetivos para comprender la naturaleza de la situación de clases.

En síntesis, Silvert sostiene que

Los cambios situacionales no determinan cambios actitudinales. Además, la posición de clase sólo se convierte en posición social cuando se combina el poder y las actitudes respecto a tal poder. El reduccionismo psicológico no es más útil que el determinismo estructural para seguir el rastro a los cambios sociales porque no se necesita mucho talento para comprender que no bastan las predisposiciones actitudinales para operar cambios si no se cuenta con los recursos —institucionales, consensuales y de otra índole— necesarios para que las normas sean efectivas.⁸⁰

Si los hechos individuales relacionados con la estructura no determinan las actitudes y si el contexto nacional selecciona y tamiza el significado de la relación entre estructura y valores, se llega a confirmar en forma empírica la idea de que el relativismo cultural es fundamental para el estudio de los actores sociales. Además, si se agrega la sugerencia de que, en estos casos empíricos, las estructuras de clase y otras no pueden comprenderse a menos que se

⁷⁹ "Hay muchos países latinoamericanos donde se llega a consensos sociales razonablemente amplios, donde las expresiones de fe en la soberanía popular constituyen hechos comunes, las comunicaciones rebasan los límites de clases y las élites no hablan sólo en nombre propio. Tales fenómenos no suelen estar asociados con el retraso social." *La sociedad problema*, p. 23.

⁸⁰ *Education and the social meaning of development*, cap. vii, p. 39.

incluyan elementos subjetivos, vuelve el dilema metodológico de Weber, la necesidad de contar con un sistema para comprender el "sentido" que le imparten los actores sociales. Otra consecuencia del estudio mencionado aparece en la aseveración de que "en determinados procesos sociales de períodos relativamente breves tienden a fallar las conexiones que podrían parecer lógicas a un científico social que busque coherencia".⁸¹ La forma como los procesos de educación y movilidad social, entre otros, han afectado a las personas encuestadas en Chile, Argentina, México y Brasil, se relacionan con diversas discontinuidades encontradas, tanto dentro de los grupos nacionales y de clase como entre ellos. La importancia de estas discontinuidades consiste en que brindan la posibilidad de la elección humana; al no estar tales relaciones necesariamente determinadas, pueden ser objeto de decisiones, aunque las posibilidades de opción reconozcan límites.

VII. EL PAPEL DE LA HISTORIA Y EL PROBLEMA DE LA ASINCRONÍA

1. *La historia abstracta y las etapas comunes*

La orientación científica no se ha dedicado a la relación entre la historia y la ciencia social, que vaya más allá de reflexiones generales de carácter más bien académico. Su tendencia básica, por otra parte, la ha llevado a los estudios estructurales y a la comprensión de la situación actual. Sin embargo, la preocupación central por el problema del cambio y el desarrollo llevaba, inevitablemente, a incursionar en el problema de los factores históricos que explicarían la situación actual de América Latina y de tales incursiones. En un plano implícito sobre todo, se han visto numerosos ejemplos en las páginas anteriores.

En forma explícita, se encuentra una manera de usar la historia en la tesis de Germani sobre las diversas etapas que conforman el proceso de transición. Las reservas ya mencionadas que éste mismo hace, revelan que se trata, sobre todo, de una historia abstracta, tendiente a elaborar etapas con características genéricas pero supuestamente válidas para todas y cada una de las unidades nacionales que componen a América Latina.

Un manejo más concreto de la historia, que busca entender mejor la naturaleza del presente, puede encontrarse en Medina Echavarría.

Si la cuestión de la historia resulta ineludible es, en gran parte, porque los representantes de esta orientación perciben a diferentes partes de cada sociedad latinoamericana o a diferentes dimensiones consideradas como fundamentales, como transcurriendo en tiempos históricos diferentes. Es el problema de la asincronía, muy vinculado al del dualismo.

Como este último se analizará detalladamente más adelante, porque su sig-

⁸¹ *Man's power*, p. 99.

nificación en la sociología latinoamericana excede con mucho a su uso por la orientación científica y la idea de las etapas en Germani ya ha sido examinada, esta sección se limita a analizar la concepción de la historia de América Latina de Medina.

2. *El papel de la hacienda en América Latina*

Para Medina, América Latina ha experimentado en los últimos decenios, un triple proceso de cambio:⁸² a] en el plano económico, el producto nacional bruto muestra una curva ascendente, se ha transformado la composición de la demanda y han crecido a largo plazo los gastos corrientes del Estado, todo lo cual sugiere, de acuerdo con el modelo de desarrollo adoptado por el autor, la existencia de cambios en la conciencia económica colectiva; b] en el plano de la integración nacional, aumentó la proporción de ciudadanos capaces de alguna forma de participación en la actividad colectiva, unida al menos a un mínimo de aspiraciones y valores comunes; c] en el plano de la integración supranacional, es posible percibir el producto del legado histórico y de iniciativas oportunas expresadas en tratados, zonas de libre comercio, etc.

El esquema que se presenta enseguida tiene como marco de referencia la naturaleza de los acontecimientos ocurridos en América Latina, despojados de la complejidad del marco real en que se producen, con vistas a comprender mejor lo sucedido en este continente, pero haciendo un retrato idealizado gracias al cual puedan evaluarse y juzgarse las modalidades específicas de cada país.⁸³

Parte importante de la historia de América Latina lleva el sello de la capacidad modeladora de la hacienda y el eclipse de la estructura social tradicional se relaciona con su lenta decadencia.⁸⁴ La hacienda, que simboliza el poder de los grandes terratenientes definido en función del número de sus subordinados y trabajadores y de la extensión de sus tierras, se dio en el siglo xvii y en el curso de su desarrollo definió a América Latina tanto en su substancia económica como social.

Sus características sociológicas pueden visualizarse en función de la influencia que tienen en la naturaleza del poder político y en la definición de autoridad, en la estructura familiar y en la formación de un prototipo humano. Al ofrecer un medio para organizar los espacios "vacíos" de las zonas rurales del continente, la hacienda llegó a ser un núcleo de poder político, a veces de índole

⁸² Véase, *Consideraciones...*, pp. 23-26.

⁸³ Medina observa que aún no se ha preparado una historia económica y social de América Latina que sea completa y satisfactoria. A su juicio esto se debe a dos motivos: "... primero, a causa del tardío interés que esa historia despierta frente a la tradicional puramente política; segundo, por el carácter fragmentario que adquiere en las diversas historias nacionales y que malogra la visión de conjunto de los grandes movimientos semejantes en toda la región". *Filosofía* ..., p. 306.

⁸⁴ Como es obvio, este análisis tiene en cuenta un período mucho más amplio que el antes presentado.

le militar, convirtiéndose por ejemplo en base para la acción de diversos caudillos y caciques en las guerras civiles de muchos países de la región.⁸⁵

Para la familia propietaria, la hacienda es más que una simple propiedad, es su soporte y el símbolo de su apellido. Desde la hacienda, el hacendado busca alianzas familiares, económicas y políticas, que sirven para "organizar" vastos territorios y que hasta se extienden a las ciudades a medida que aumenta el ausentismo de los terratenientes.⁸⁶

La hacienda como unidad económica y política que sirve de soporte material a una familia y sus clientes, y es servida a la vez por su fuerza laboral, constituye en realidad un órgano social cerrado. Medina sostiene que en ese plano, es susceptible de análisis funcional, de descomposición en las funciones y papeles que indican derechos y obligaciones dentro del orden social. A este respecto, la hacienda creó un modelo de autoridad, el del patrón, que impregna todas las formas de relaciones sociales. Es a la vez el modelo del protector y el opresor —paternalista y autoritario, acompañado de un "carácter", la imagen del señor, cuyos rasgos serían la "religiosidad de destino aún dentro de la piedad católica; magnanimidad y prestancia; *diletantismo* en sus escasas individualidades cultivadas".⁸⁷

La primera etapa de esta historia socioeconómica es la formación de la hacienda; la segunda, su disolución. Las causas de tal disolución son económicas y descansan fundamentalmente en el grado en que, a través de la comercialización, la hacienda se convierte en una empresa económica moderna, con consecuencias múltiples. Deja de tener validez el carácter *señorial*, dentro de la empresa aunque de hecho elementos de él pueden entrar en la formación del hombre económico hispanoamericano. Otras consecuencias, relacionadas en forma más indirecta, incluyen la explosión demográfica y el ritmo acelerado de urbanización, producto en algunos casos del desplazamiento de la fuerza laboral de la hacienda, así como del atractivo que ejercen las ciudades.

Sin embargo, la disolución de la hacienda es un proceso complejo, no tan lineal como aparece a primera vista. El cambio en las zonas rurales es incompleto; porciones importantes de América Latina resisten la conversión a un orden económico "moderno" en la agricultura. Y esto trae consigo mayores complicaciones, la principal de las cuales es la persistencia parcial del orden paternalista, con todo lo que ello entraña.⁸⁸ Allí donde se destruye ese orden

⁸⁵ Además de su papel como base política de los cambios, Medina cita también su papel como medio de estabilidad social en períodos de anarquía, por ejemplo, durante la transición a la independencia. *Consideraciones...*, pp. 32-33.

⁸⁶ El carácter familiar del orden político resultante tenía aspectos a la vez positivos y negativos, como observa Medina: "Si el nepotismo fue así uno de los elementos disfuncionales de la misma, el plexo de relaciones 'personales' y de amistad que también llevaba consigo ha sido en cambio un elemento funcional, o al menos una estructura latente que hizo posible en más de una ocasión la supresión o atenuación de la violencia en una política casi siempre apasionada." *Ibidem*, p. 29.

⁸⁷ *Ibidem*, p. 31.

⁸⁸ Medina señala que el paternalismo se basa en tres creencias: "a] La creencia en el valor cordial de las relaciones personales; b] la creencia del amparo que no podía faltar en un

paternalista queda un vacío (que suscita la ansiedad y desesperación características de un fenómeno de tal naturaleza), que recién será llenado, después de un período intermedio no siempre corto, por el Estado, cuando emerja como la principal forma de organización política.

Conviene recordar también el reverso de la medalla. Así como la hacienda fue la fuerza social dominante y construyó América Latina en el sentido material, la ciudad —según Medina— construyó a América Latina “como la sede de su poder espiritual”. Fue un centro administrativo, comercial y cultural antes de convertirse en centro industrial, si alguna vez llegó a serlo. En ella se formó la élite comercial e intelectual. Y allí reside una complicación más de la relación entre hacienda e historia. Como observa Medina, hasta bien entrado el siglo xx. “La contraposición fundamental es la que va a existir entre los ‘licenciados’ cultivados y modernos y los ‘jefes’ rurales menos cultos y tradicionales.”⁸⁹

A su vez, esto lleva a examinar otra faceta del proceso histórico —la naturaleza y los cambios del mundo de las ideas sociales, de las ideologías. Como sugiere Medina, “la mudanza de una configuración social marcha paralela con la disolución de una ideología”.⁹⁰ Mientras que la hacienda se relaciona con una expresión política conservadora (con todas sus connotaciones), el movimiento de la independencia adopta como ideología un “liberalismo” que se convierte en parte integrante del fondo y justificación de los nuevos estados. Tal liberalismo no es independiente del contexto cultural en que se inserta y que descansa en antecedentes hispánicos. Además, perdura como norma no obstante las numerosas constituciones, golpes y cuartelazos que marcan la historia latinoamericana,⁹¹ yuxtapuesta a una estructura agraria tradicional se encuentra una doctrina urbana, liberal. Los hacendados siguieron fórmulas tradicionales para mantener el orden en sus territorios respectivos, mientras que los licenciados y doctores urbanos se esforzaron por implantar la grandiosa visión tomada de sus libros. La organización del Estado independiente comienza sobre la base de una transacción entre estas dos tendencias, expresadas por los partidos liberal y conservador.⁹²

momento de crisis, y c] la creencia en el poder desconocido, y por eso ilimitado, del jefe.” *Ibidem*, p. 34.

⁸⁹ *Ibidem*, p. 37.

⁹⁰ *Ibidem*, p. 38.

⁹¹ Medina comenta: “Habrán existido cuartelazos y numerosos golpes de Estado, los cambios institucionales han sido abundantes, todo esto es verdad; pero no lo es menos que nunca se ha renegado abiertamente de los ideales de la independencia y con los más caracterizados ‘espadaños’ continuaba en la letra de la constitución el tributo respetuoso a los principios del liberalismo.” *Ibidem*, p. 38.

⁹² Sobre las ideologías de los dos partidos Medina comenta: “Los partidos conservadores mantuvieron por lo general, como es de suyo evidente, los intereses de los grandes terratenientes; defendieron los principios tradicionales de la educación; apoyaron el mantenimiento de los viejos usos y maneras, y fueron por lo común partidarios del papel predominante de la Iglesia y no sólo en su aspecto espiritual. Por lo tanto, las más de las veces fueron partidarios decididos de la unión de la Iglesia y el Estado. En sus reformas —y no podían menos de intentarlas y proponerlas— propugnaron la cautela y prefirieron sobre todo las de carácter formal jurídico-administrativo.”

“Los liberales —casi huelga la contraposición— si no en todas partes declarados anticleri-

América Latina entra así en un período de gran estabilidad. Las relaciones simbióticas que se desarrollan entre estos dos grupos, producto en parte de las alianzas entre personas y familias pertenecientes a la élite, forman la base de un sistema de dominación que "funcionó" por largo tiempo "con todos los requisitos que los más severos funcionalistas contemporáneos exigen: integración, realización de fines, adaptación al exterior, y mantenimiento de un manejo continuado de las tensiones y conflictos internos".⁹³

Bajo la estabilidad asociada a esta estructura de poder, el continente salió de su aislamiento, estableció un comercio regular y sostenido con ultramar, cuyas consecuencias se sintieron en los mercados internos y en el desarrollo de la economía, así como en la transformación mental de las élites. Este es el grupo político que, además de crear el instrumento para la acción política común, el Estado, comenzó a construir la infraestructura económica que en gran medida ha servido a América Latina en el siglo xx.

La generación de oligarcas, poseedores de una cultura, forjados en gran medida en un yunque cosmopolita, es reemplazada por una nueva clase política y una nueva élite intelectual, de corte más nacionalista, formada en los centros universitarios de América Latina y no de Europa. Dotada de criterios mucho menos cosmopolitas, mira más hacia la realidad nacional. Con esta transformación, comienza a desgranarse el consenso previo. Ya no se acepta el *statu quo* y surge una era de protesta. La novela social y toda la literatura de protesta son símbolos de esta generación inconformista. El proceso no sólo afecta al intelectual individualmente considerado, sino a las instituciones culturales, incluida la universidad. Aunque ésta, en su forma tradicional, se había mantenido intacta hasta la independencia, a partir de entonces se moldeó de conformidad con un modelo europeo, generalmente francés, que perseguía satisfacer las necesidades de las profesiones a la sazón más importantes. Sin embargo, aproximadamente en la misma época en que se produjo el fermento intelectual recién observado, este modelo es puesto en tela de juicio. El estallido de Córdoba sirve de punto de partida para el movimiento reformista que durante el siglo xx se extiende a través del continente. Los cambios perseguidos aún se discuten, la forma de la institución todavía no se estabiliza y la universidad no ha definido plenamente su derecho a ser considerada como el último reducto del "poder espiritual".

El vacío antes mencionado en las estructuras de poder, unido a la decadencia de la hacienda marcha paralelo con el crecimiento no de un vacío ideológico, sino de una disolución y confusión ideológicas. El mundo confronta una crisis del liberalismo. Las razones de su desintegración en América Latina, se relacionan con la fragilidad producto a su vez de la "distancia real entre las as-

cales, luchaban por recortar las prerrogativas de la Iglesia, espirituales desde luego, pero no menos territoriales y de propiedad —el famoso movimiento 'desamortizador' como el más claro ejemplo—, eran partidarios de renovar la educación 'modernizándola' en todos sus grados; mantenían tímidamente proposiciones de reforma de la estructura agraria, y alimentaban —con mayor o menor vaguedad— ideales federalistas en lo político y de *self-government* en las administraciones locales." *Ibidem*, p. 82.

⁹³ *Ibidem*, pp. 83-84.

piraciones y las fuerzas efectivas".⁹⁴ Sin embargo, tal debilidad se debe también a la naturaleza utópica del ideal liberal. Cualquiera que sea la causa, tal desintegración se convierte en otro elemento en la marcha de los acontecimientos. Pero este hecho no es el único que define los horizontes mentales de los latinoamericanos. Al mismo tiempo que se debilita el liberalismo, se comprueba un notable fortalecimiento de los conocimientos tanto reales como potenciales, manifestados a través del aumento de la teoría, de la producción de monografías, de la capacitación de especialistas, del desarrollo de iniciativas políticas y educativas.

Todos estos factores —la decadencia pero no el eclipse total de la hacienda como modelo social, el debilitamiento del liberalismo, el surgimiento de una protesta profesada por una clase política más consciente desde el punto de vista nacional—, lleva el diagnóstico al punto en que es necesario formular dos preguntas: "Primero, ¿cuáles son hoy los soportes de la nueva estructura que está sucediendo a la anterior y que ésta portaba ya en su seno desde los comienzos de su descomposición? Segundo, ¿dónde se encuentra el último fundamento de la *prise de conscience* que abre con el nuevo ciclo económico de la fisonomía del futuro inmediato?"⁹⁵

Estas preguntas están íntimamente referidas a la relación entre el pasado y las posibilidades para el futuro. Todos los procesos de transformación, de cambio total, de paso de un sistema a otro, se expresan en las alteraciones de la estructura del poder.⁹⁶ El sistema bipartidista de la modalidad de dominio tradicional ha fracasado. Hay un vacío de poder, que hasta ahora los nuevos grupos parecen incapaces de llenar. En realidad, hay una crisis de legitimidad. Sin embargo, dentro de este contexto de inestabilidad política, se perciben las manifestaciones de la demanda de crecimiento económico.

Aquí es, pues, donde adquieren importancia las dos preguntas, que pueden refinarse de diversas maneras. Es necesario ocuparse de la naturaleza del liderazgo político y del sentido que adquiere tal liderazgo cuando se trata de definir la naturaleza de los cambios sociales amplios y las posibilidades conexas de acción social, dado el impulso a los cambios que contiene el deseo de desarrollo económico.

⁹⁴ *Ibidem*, p. 55.

⁹⁵ *Ibidem*, p. 66.

⁹⁶ A este respecto, Medina se sitúa claramente en un punto de vista distinto al de los "funcionalistas". Aunque reconoce cierto valor a la posición de éstos, sostiene que son incapaces de explicar los cambios entre los sistemas es decir, de resolver lo que, por limitado que sea su enfoque, el mismo confronta directamente. Observa: "La escuela funcionalista ... apenas puede decir nada sobre este punto (el problema del cambio social) porque más que las mudanzas de un sistema social a otro distinto —momento clave de todo auténtico cambio— le interesan las tensiones y conflictos dentro de un sistema destinado a plegarse en definitiva al equilibrio que lo constituye y justifica. No faltan, claro es, maneras distintas de enfocar el problema y planteamiento de secuencias que pueden ser muy útiles para la investigación empírica de estos o los otros fenómenos de cambio." *Ibidem*, p. 80.

III

INTERPRETACIONES DEL DESARROLLO LATINOAMERICANO. LA ORIENTACIÓN CRÍTICA

I. INTRODUCCIÓN

Primero tímidamente, a comienzos de la década del 60, y luego cada vez con mayor vigor, se alzaron contra la orientación "científica" múltiples observaciones, comenzando a surgir un armazón explicativo alternativo. No se intenta aquí, sin embargo, trazar la historia de ese nuevo modelo de explicación sociológica, sino, al igual que en el caso anterior, sólo se busca hacer explícitos sus temas centrales, ilustrando su desarrollo a través de aquellos autores considerados más representativos.

Para ello parece conveniente comenzar mostrando los elementos originarios del nuevo enfoque que implican una crítica al tipo de análisis usual en la orientación precedente (ii). Ese nuevo enfoque postula una integración de las ciencias sociales y de la historia (iii) y si bien, al igual que la otra orientación, considera central el tema del desarrollo, lo concibe en forma muy diferente (iv), teniendo como elemento esencial de su explicación la inserción de las sociedades latinoamericanas en el sistema capitalista mundial (v). Aunque por razones diversas, el problema político y el papel del Estado se vuelve fundamental, al igual que para la orientación "científica" (vi). Por último, se proponen diversas maneras de identificar las situaciones estructurales básicas y las formas en que se han sucedido en América Latina (vii).

II. LOS ELEMENTOS ORIGINARIOS DEL NUEVO ENFOQUE

1. *Críticas al tipo de análisis precedente*

La perspectiva crítica encuentra su punto de arranque cuando se considera que ha quedado demostrado "que el esquema interpretativo y las previsiones que a la luz de factores puramente económicos podían formularse ... no fueron suficientes para explicar el curso posterior de los acontecimientos" relativos al desarrollo latinoamericano¹ y que el mero remplazo de las explicaciones económicas por interpretaciones sociológicas, no condujo a resultados mejores.

¹ F. H. Cardoso y E. Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI Editores, p. 8.

La mayoría de los trabajos relativos al desarrollo latinoamericano tenían relación con algún aspecto particular de la realidad de un país dado o de la región. Sus características eran de tipo monográfico, esencialmente descriptivas. Una parte de ellos mostraba situaciones sociales en algunos campos de interés, tales como la salud, la vivienda, la educación, etc. Otros, los menos adoptaban una orientación más "sociológica" enfrentándose a temas como la movilidad y la estratificación sociales, los aspectos demográficos, etc.

Los primeros intentos de superar la situación existente buscaron relacionar ambos tipos de análisis, suponiendo que los factores "sociológicos" serían la base que condicionaría u originaría los otros fenómenos, recurriendo a una metodología inspirada principalmente en el análisis de correlaciones entre variables, como ejemplifican las obras de Peter Heintz y Seymour M. Lipset. Tales estudios permitieron mostrar variaciones concomitantes, pero es difícil sostener que hayan podido explicar los fenómenos; su aporte estaría en que tales análisis son expresivos en cuanto a mostrar la interdependencia existente entre los elementos de una situación total y abren el camino, por lo mismo, a estudios comprensivos del desarrollo.

Nuevos esfuerzos en este sentido se concretaron, por un lado, mediante la elaboración de tipologías analíticas, que combinaban variables de distinto orden, a efectos de dar una visión de las similitudes y diferencias existentes entre las unidades nacionales en que se divide la región, con la limitación de permanecer a un nivel meramente descriptivo. Por otro lado, se procuraron visiones comprensivas de la realidad latinoamericana a través de la selección de un elemento central, que se consideraba definitorio de la situación, en torno al cual se reordenaron los demás factores. Un buen ejemplo, se encuentra en los estudios sobre "clases medias", basados en la atribución a dichos grupos sociales de un significado preponderante. El problema, en estos casos, estaba en los criterios a base de los cuales se efectuaría la selección del elemento central y definitorio de la totalidad de la situación.

Cardoso y Faletto, por ejemplo, postulan que el origen del limitado alcance de los estudios sobre el desarrollo latinoamericano está en que la teoría sociológica se ha concentrado, hasta el momento en los problemas propios de los países de "desarrollo originario", tal vez porque es allí donde ha alcanzado mayores elaboraciones. Al analizar los problemas específicos de los países "periféricos" se recurrió al arsenal de conceptos y teorías elaboradas para otras situaciones, olvidando que conceptos y teorías no difieren, en ese sentido de los demás productos de la conciencia humana: están históricamente condicionados y no es posible realizar trasposiciones de una situación histórica a otra sin formular los ajustes necesarios.²

² En este sentido, afirma Cardoso: "No estaría fuera de lugar subrayar que incluso algunos conceptos utilizados para describir la estructura social latinoamericana, tomados en préstamo del vocabulario creado para caracterizar la situación europea o norteamericana, carecen de la precisión necesaria o inclusive desnaturalizan el contenido histórico que tratan de expresar. Así conceptos como 'feudalismo', 'aristocracia', etc., son manifiestamente inadecuados para discutir la situación latinoamericana. Otros, tales como 'burguesía', 'proletariado', 'clases medias', etc., requieren una reelaboración, pues los modos particulares de rela-

Tales problemas se encuentran en el concepto mismo de "subdesarrollo", que implica referencias sea a la situación de un país desarrollado, sea a un modelo ideal de la forma en que *debe* darse un proceso de desarrollo. De esto se derivaría el carácter descriptivo que asumen o asumían la mayoría de los estudios relativos a dicho proceso en América Latina, por cuanto sólo estarían destinados a descubrir en esta realidad la ausencia o presencia de los factores que se destacan en el modelo, y que —en algunos casos— serían totalmente irrelevantes en América Latina. Además, tales estudios, bajo la apariencia de ser meramente descriptivos, manejan el supuesto explicativo del "curso normal" y las "desviaciones" consiguientes.

2. *Análisis integrado y énfasis en las situaciones concretas*

Como consecuencia de estas críticas se postula la necesidad de un "análisis integrado" y la realización de estudios en que "el devenir histórico" se explique mediante la utilización de "categorías que atribuyan significación a los hechos y que ... se hallen históricamente referidas".³ Tal desarrollo como proceso histórico de cambio se caracteriza por su circunstancialidad y singularidad por lo cual sólo puede comprenderse mediante estudios específicos sobre cada país o región que enfatizen las peculiaridades de dicho contexto mostrando los elementos claves y su ordenación. Vale decir, que lo que se busca —por lo menos en los mejores análisis de esta perspectiva— es destacar las singularidades de la sociedad más que probar que allí también se cumplen ciertas hipótesis previstas por la teoría. Debe recordarse que esta última característica no es exclusiva de los estudios que adoptan la perspectiva de la modernización, como se ha criticado en más de una ocasión por parte de quienes se afilian al enfoque en estudio, sino que también es posible encontrarla en muchos análisis realizados desde una perspectiva dialéctica.

III. INTEGRACIÓN DE LAS CIENCIAS SOCIALES E HISTORIA

1. *Reintegración de las ciencias sociales y no estudios multidisciplinarios*

La obra de los autores críticos se fundamenta en dos elementos cruciales: por un lado, las referencias continuas a la necesidad de superar los compartimientos estancos de las diversas ciencias sociales, devolviéndolas al seno común en

ción y de enfrentamiento entre los grupos y clases sociales en las sociedades periféricas requieren volver a definirlos por sus formas de comportamiento y conciencia social". En "Los agentes de cambio y conservación en América Latina", en *Cuestiones de sociología del desarrollo de América Latina* (Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1968), p. 39.

³ Cardoso y Faletto, *op. cit.*, p. 18.

que se dieron en el pensamiento de los clásicos; y por otro, su concepción de la historia.

En cuanto al primer punto, el fundamento de la necesidad de reintegración está en que la creciente especialización de las ciencias sociales occidentales ha hecho que cada vez sea más dificultoso tener una visión de conjunto de su objeto de estudio, esto es, de la sociedad. Si ésta se concibe de manera más compleja que la usual, que consiste en la simple abstracción de un conjunto de variables fácilmente cuantificables que permiten su operacionalización matemática, resulta evidente que el investigador debe recurrir a materiales que se consideran patrimonio de muy diversas disciplinas. Pero incluso esto no basta. Es necesario también que tenga un enfoque general, que no le puede entregar ninguna de las disciplinas sociales actuales por separado, lo que conduce, obviamente, a afirmar la necesidad de esa integración, que no debe confundirse, en manera alguna, con los esfuerzos interdisciplinarios. En éstos se trata de reunir a profesionales y especialistas de diferentes ciencias, para que cada uno desde su perspectiva analice un problema determinado, esperando que de la interacción y comunicación entre esos profesionales con enfoques alternativos surja un conocimiento más profundo del tema en cuestión. Para los críticos, el valor de tales intentos es escaso justamente por su mismo planteamiento, que espera de los participantes en el intento que aporten su propia perspectiva. A partir de ello es muy difícil, por no decir imposible, que se consiga ir más allá de la superposición de puntos de vista, que poca o ninguna relación mantienen entre sí. Un enfoque integrado, en cambio, buscaría sobrepasar las perspectivas de las ciencias tomadas aisladamente, reintegrándolas en un paradigma donde los "recortes" de la realidad que constituyen el objeto de cada una de ellas sean vueltos a poner en su sitio, como única manera de reproducir a nivel de la teoría, la compleja realidad en estudio.

El segundo elemento característico de la corriente crítica es una nueva perspectiva en el uso de la historia. Todos quienes se afilian a ella recurren, en mayor o menor medida, al marxismo para extraer de allí la concepción que estiman adecuada. Sin embargo, no llegan a las mismas conclusiones. Esto, como es obvio, no es más que la consecuencia de la falta de unanimidad que existe en torno a dicho concepto en el marxismo, a lo que contribuye el hecho de que la obra de Marx y Engels resulta propicia para encontrar en su vastedad diversas concepciones.

En principio, puede descubrirse la existencia de dos vertientes principales en torno a lo que sea la historia en Marx. La primera, con un sentido antropológico universal, la ve como un devenir tendiente a la concreción de ciertos fines que suponen una activa participación de los seres humanos en un sentido determinado. Adhieren a ella, en general aquellos autores que otorgan primacía a los escritos del llamado "joven" Marx. La segunda tendencia, en cambio, la concibe como el proceso histórico-natural de desarrollo de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción, dirigidas por leyes objetivas que se cumplirían sea cual fuere el sentido de la praxis humana. Esta es la posición de aquellos autores que dan especial relevancia a la obra

de madurez de Marx, sea considerando que pueden distinguirse "dos Marx", sea pensando que los escritos juveniles ocupan un lugar secundario en la obra total del autor, pues sólo muestran inquietudes iniciales muchas de las cuales dejaron lugar, en el curso de la vida, a otras que aparecen como las centrales y relevantes.

En sus postulaciones extremas, la segunda vertiente cae con relativa facilidad en diversas formas de mecanicismo, concibiendo la existencia de ciertas fuerzas exteriores que determinarían ineluctablemente el proceso histórico y frente a las cuales los hombres no tendrían otro papel que asumir la necesidad de los procesos inevitables "causados" por dichas fuerzas, sin poder hacer nada para alterarlos. En tal perspectiva, frases como la que Marx dirige a Annekov, según la cual la sociedad es "el producto del recíproco actuar de los hombres", carecerían totalmente de sentido.

La existencia de perspectivas tan diferentes corresponde, quizás, a una ambigüedad del propio pensamiento marxista. Si la destrucción del capitalismo es el producto de leyes ínsitas en su estructura, que le imponen un desarrollo que sólo puede darse aumentando las contradicciones con las bases esenciales de su funcionamiento, como se deduce de algunas obras, no resulta claro cuál sería el sentido del *Manifiesto comunista*, de la movilización obrera a la que llama, de los sacrificios a los que convoca, puesto que la finalidad que se persigue, la creación de una "sociedad humana y una humanidad social",⁴ estaría garantida. Por otra parte, sin embargo, si tales leyes son sólo tendenciales como algunos dicen y se limitan a afirmar la posibilidad de que el proletariado, organizado de cierta manera y con conciencia de tal, realice aquella sociedad, aunque sea posible que tal cosa no ocurra, entonces no sólo muchas páginas de *El capital* son difíciles de comprender sino que se choca con afirmaciones tan tajantes como la que sostiene que "la fatalidad histórica de este movimiento está, pues, restringida a los países de Europa Occidental".⁵

Esta oscilación entre concepciones muy diversas se explica, probablemente, por diversos factores. El advenimiento de la sociedad industrial, con su conocido cortejo de acumulación de la miseria, de trabajo de las mujeres y de los niños, etc., constituye una situación visible a todos los pensadores contemporáneos y algo anteriores a Marx. Frente a ella, algunos reaccionan pregonando la necesidad de reconstruir el antiguo régimen y sueñan con la utopía de una sociedad preindustrial. La mayoría, partiendo de muy variados y contradictorios puntos de vista, acepta en cambio, la idea de un nuevo orden, de un mundo mejor que superará los horrores presentes de la sociedad industrial y la existencia de una gran ley histórica que garantiza su advenimiento fatal. La utopía se vuelve, de esa manera, objeto de previsión científica, puesto que la marcha de las sociedades permite reconocer la causa de la cual será una consecuencia necesaria. Al mismo tiempo, sin embargo, se convoca a una acción humana que deberá preparar la construcción de la utopía o que será el agente indispensable para su cabal advenimiento.

⁴ Décima tesis sobre Feuerbach.

⁵ Carta de Marx a V. Zassoulitch, 8 de marzo de 1881. El subrayado ha sido agregado.

Lo anterior es bastante expresivo de la ambigüedad que surge de los planteamientos marxistas clásicos. De la obra de Marx y Engels, es posible elaborar concepciones de la historia opuestas y hasta contradictorias, en el caso de que sea analizada parcialmente, pero también es posible demostrar que esas interpretaciones no son excluyentes, sino al contrario resultan complementarias, por lo menos en sus formulaciones menos extremas.⁶

A los efectos que interesan aquí pueden formularse algunas afirmaciones sobre el concepto de historia en la perspectiva materialista dialéctica:

a] La historia es el proceso resultante de la praxis del hombre, único agente y motor de la historia, que para dar satisfacción a sus necesidades, debe actuar sobre su entorno, produciendo y reproduciendo las condiciones de su existencia, intentando, si es posible, modificarlas. En este sentido afirma Marx:

La historia no hace *nada*, no “posee una riqueza enorme”, no “libra combates”; es más bien el *hombre* quien hace todo eso, posee y combate; no es la “historia” la que emplea al hombre como medio para elaborar sus fines —como si fuera una persona aparte—, sino que es nada más que la actividad del hombre perseguidor de sus fines.⁷

b] Pero si bien los hombres hacen su propia historia, no la hacen “bajo condiciones libremente elegidas, sino en circunstancias inmediatamente dadas, prestablecidas y transmitidas”. En definitiva sucede que cada generación no sale de la nada, sino que se desarrolla y actúa en un mundo preformado por sus antecesores y es, asimismo, un “producto” de las generaciones que la precedieron.

c] Por ello, la libertad de elección del individuo humano lejos de ser absoluta, está limitada por las condiciones objetivas en que vive. Ello no lleva a desconocer la existencia de la libertad individual, ya que siempre le queda al hombre la posibilidad de elegir entre dos o más formas de comportamiento en una sola y única situación.⁸

d] No hay posibilidad de deducir lógicamente la historia a partir de patrones prefijados, ya que ella no es el desarrollo de un punto de partida ni tampoco un proceso que lleva al logro de una meta. El comunismo para Marx no sería, en consecuencia, otra cosa que un *proyecto práctico*, localizado históricamente, y asumido por grupos humanos que intentan realizarlo. En fin, la historia no tiene un “sentido”, y por ello las predicciones sólo pueden hacerse mediante el análisis de cada situación, observando las metas que se proponen los grupos humanos concretos en momentos dados.

e] El papel central del hombre no debe hacer ignorar la existencia de estímulos exteriores que *condicionan* (es decir, que determinan de forma par-

⁶ Véase al respecto Helmut Fleischer, *Marxismo e historia* (versión castellana del original alemán de Roberto J. Vernengo, Monte Ávila editores, Caracas, 1969).

⁷ Carlos Marx y Federico Engels, *La ideología alemana* (Eds. Pueblos Unidos, Montevideo).

⁸ Sobre este tema véanse las excelentes reflexiones formuladas por Adam Schaff, *Filosofía del hombre, ¿Marx o Sartre?* (Grijalbo, México, 1965), pp. 115-136 y *Marxismo e individuo humano* (Grijalbo, México, 1967), pp. 175 ss.

cial e incompleta) el que las sociedades, guiadas por grupos que en cierto momento toman la iniciativa, generen nuevas formas de actividad y de aspiraciones. Entre estos estímulos puede recordarse el medio ambiente natural, cuyo papel es recordado por Marx en *El capital*: si la naturaleza es “demasiado pródiga” retiene al hombre en su control; “ella no hace de su propio desarrollo una necesidad natural ... No es la fertilidad absoluta del suelo, sino su diferenciación, la multiplicidad de los productos naturales, lo que constituye la base natural de la división social del trabajo y lo que incita a los hombres a modificar la circunstancia natural en que se mueven, y a multiplicar sus propias necesidades, capacidades, recursos de trabajo y modalidades operativas. La necesidad de controlar socialmente una fuerza natural, la de domesticarla, la de apropiársela mediante obras efectuadas manualmente en gran medida, o la de domarla, juega el papel más decisivo en la historia de la industria”. Pero como recuerda Fleischer, no es ése el único elemento ajeno al hombre mismo que influye en la generación del cambio histórico. Debe mencionarse además, la influencia recíproca entre unidades sociales territoriales; la provocación interna derivada del mismo funcionamiento de la sociedad humana, como es la concurrencia capitalista por ejemplo, y como serán las oposiciones productivas entre los sujetos cooperativos en algún modo de producción futuro.⁹

f] De lo anterior referido, se deduciría también el sentido que la expresión “ley” histórica puede tener en el marxismo. Esta perspectiva no considera posible realizar una reducción de la historia a partir de determinados postulados legales. Las leyes en este campo no serían más que esquemas de coordinación y carecerían, como es obvio, de “efectividad” o “poder” sobre los individuos. Puede concluirse, entonces, que el pensamiento marxista en torno a la historia se caracterizaría por un llamado a que se evite caer en el fetichismo legalista de considerar que ciertos hechos están “causados” por leyes. En definitiva, éstas sólo serían las relaciones que pueden deducirse de los actos de los hombres y la situación en que se encuentran, los medios de que disponen, y lo que otros hombres hacen o permiten hacer, así como los efectos de estas acciones. Además, lo que puede reducirse a formulaciones legales es un campo muy general, que no permite prever la multiplicidad de factores de conducta concretos que se dan en situaciones determinadas.

No cabe duda que los autores latinoamericanos en estudio también rechazan, en la interpretación de las ideas de Marx en torno a la historia, cualquier forma de determinismo o curso inexorable. Cardoso, al explicar las reglas que guiaron su análisis de los empresarios industriales brasileños define con exactitud tal perspectiva:

La formación del orden capitalista-industrial en el Brasil —proceso en curso— no fue vista como una “tendencia inexorable”. Al contrario, subrayamos siempre, en las interpretaciones generales, que la vida social es tensión y que el “curso de las cosas” sólo existe como pasado, pues el presente no se “resuelve” necesariamente en un futuro ya contenido en la realidad, sino en las opciones concretas que pueden apuntar

* Helmut Fleischer, *op. cit.*, p. 82.

caminos diferentes muchas veces ambiguos, que sólo se tornan unívocos después de recorridos. En cuanto matriz de un futuro, el presente es al mismo tiempo la Bella y la Bestia, ambas facetas de un mismo movimiento de lo real, que, por la acción colectiva de los hombres en situaciones determinadas de existencia social, crea la Historia. En este sentido, el futuro es invención humana y como tal, antes de ser historiografía, debe ser entendido; la garantía final de un camino entrevisto dependerá siempre de la acción humana colectiva que puede fallar.¹⁰

Resultaría entonces que las condiciones históricas particulares que han jugado sobre una sociedad determinada, explican la situación estructural que ella vive en un momento dado. Esta situación estructural es, al mismo tiempo una "situación de fuerza" entre los diversos grupos sociales que coexisten en ella, en la cual se expresa un equilibrio logrado en un momento anterior del desarrollo.

IV. LA CONCEPCIÓN DEL DESARROLLO

1. *El enfoque global del desarrollo*

La manera de concebir la ciencia social y el papel de la historia, precedentemente vistas, conduce a que el enfoque global del desarrollo se centre no en generalizaciones amplias, sino en el análisis del funcionamiento de una sociedad dada, en determinadas condiciones históricas particulares. Lleva asimismo a caracterizar los grupos sociales específicos que controlan las decisiones (de tipo político) fundamentales sobre la producción y el consumo (nivel económico). Para ello, hay que preguntarse, en primer lugar, cuáles son esos grupos estratégicos y qué tipos de alianzas y de conflictos mantienen con los otros grupos, describiendo, por un lado, la alianza y, por el otro, la naturaleza, los límites y la expresión institucional que logra el conflicto. En segundo lugar, debería destacarse cuáles son los grupos subordinados y las relaciones que mantienen con los grupos dominantes, lo que expresaría los conflictos que se dan entre el capital y el trabajo.

Pero no bastaría con la descripción, sino que es necesario explicar por qué la estructura social tiene esas características, vale decir; debe inquirirse sobre cuáles son las condiciones estructurales que hacen que sean éstos y no otros los grupos que mantienen una situación estratégica que les permite adoptar decisiones que afectan a todo el sistema, incluso a los demás grupos. La respuesta variará de una sociedad a otra o, mejor dicho, según el tipo de sociedad que se esté considerando.

¹⁰ F. H. Cardoso, *Empresario industrial e desenvolvimento económico* (Difusão Européia do Livro, São Paulo, 1964), pp. 43-44.

2. Las hipótesis básicas

En este sentido, para el caso latinoamericano, hay consenso en un conjunto limitado de hipótesis, en torno a las cuales pueden hallarse variaciones de mayor o menor importancia según el autor de que se trate. Esas hipótesis son las siguientes:

a] Hay un *sistema internacional*, en el que las diferentes sociedades nacionales ocupan posiciones y cumplen funciones diferentes. Unas son llamadas "desarrolladas", "centrales", "imperialistas", "colonialistas", etc., mientras que las otras se denominan "subdesarrolladas", "periféricas", "coloniales", "dominadas" o "dependientes".

b] La génesis de dicho sistema habría sido el producto de la expansión del capitalismo, a partir de Europa, hasta alcanzar una dimensión planetaria. Como afirman Cardoso y Faletto "la situación de subdesarrollo se produjo históricamente cuando la expansión del capitalismo comercial y luego del capitalismo industrial vinculó a un mismo mercado economías que, además de presentar grados diversos de diferenciación del sistema productivo, pasaron a ocupar posiciones distintas en la estructura global del sistema capitalista. De ahí que entre las economías desarrolladas y subdesarrolladas no sólo exista una simple diferencia de etapa o de estado del sistema productivo, sino también de función o posición dentro de una misma estructura económica internacional de producción y distribución".¹¹ Es en este contexto que cobra sentido la frase de Frank: "si los países socialistas han logrado escapar al sistema, entonces hay ahora dos mundos, pero en ningún caso tres".¹²

c] A partir de la proposición anterior, se sustenta que el proceso de formación del capitalismo y su desarrollo ulterior tuvieron puntos de partida diferentes en las economías de desarrollo originario y en las llamadas periféricas. No se trata de un simple desfase, sino de "la existencia de un modo determinado de relación distinto dentro de una misma estructura productiva; unos exportan hacia el centro cierto tipo de mercancías, los otros venden a la periferia productos industrializados que requieren un alto grado de avance tecnológico y mayor densidad de capitales acumulados. Correlativamente las clases y grupos sociales que posibilitan el proceso económico en uno y otro caso mantienen y expresan distintas relaciones de fuerzas, sea internamente, sea en lo que se refiere a los vínculos entre unas y otras sociedades en el mercado internacional".¹³

d] Por ello resulta erróneo trasladar sin más teorías y conceptos elaborados para dar cuenta de la situación vivida por los países europeos o los Estados Unidos, sea en su momento actual o cuando comenzaron su "despegue desarrollista". Dado que ambos grupos de naciones, las hoy desarrolladas y las subdesarrolladas, coexisten e interactúan en un mismo sistema capitalista

¹¹ Cardoso y Faletto, *op. cit.*, p. 23.

¹² A. G. Frank, *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina* (versión castellana de Elpidio Pacios, Buenos Aires, Signos, 1970), p. 147. [2ª ed., Buenos Aires, Siglo XXI, 1973.]

¹³ F. H. Cardoso, "Los agentes de cambio y conservación en América Latina", *loc. cit.*, p. 2.

mundial, condicionándose recíprocamente, resulta carente de sentido esperar que las segundas sigan procesos de cambio similares a los que recorrieron los países de desarrollo originario. Estos se desarrollaron cuando no había otras naciones que tuvieran esa característica y, para lograr esa meta, dispusieron de otras regiones, las hoy subdesarrolladas.

e] Los países de América Latina se hallan insertos en el sistema capitalista mundial y, por tanto, no es posible comprender los fenómenos que en ellos acaecen sin referirlos a las leyes fundamentales que rigen al capitalismo. Pero estas leyes tienen diferentes especificaciones según el contexto en que se dan los fenómenos. Por ello hay que evitar la trasposición mecánica de la forma que adoptan y adoptaron en los países centrales. No hay que "confundir la vigencia de estas leyes con la formación histórica europea y pretender examinar los 'países dependientes' como si fuesen 'países dominantes atrasados'. Equívoco grande desde el punto de vista histórico porque supone que las leyes sociales y económicas del capitalismo sólo pueden tener la forma de expresión que se observa en la formación del capitalismo europeo (y americano) o sea de los países que se constituyeron en el origen y el centro del sistema".¹⁴

El capitalismo fue analizado por Marx, tomando como modelo la situación de los países que, en su época, habían logrado colocarse a la vanguardia del desarrollo mundial, especialmente Inglaterra. A partir del análisis de dicha situación, derivó leyes que tienen una mayor generalidad y que conforman el "modo de producción capitalista". Usando la terminología en boga, se diría que la sociedad inglesa era una formación social concreta, en la que el modo de producción capitalista era dominante. Lo mismo sucede en las sociedades latinoamericanas, pero las similitudes terminan allí. Desde que las economías inglesa (del período clásico o actual) y las latinoamericanas ocupan posiciones funcionales diametralmente diferentes en un sistema productivo y de distribución *único*, las leyes propias del capitalismo se redefinen de acuerdo a las peculiaridades y especificidades de cada una de esas situaciones.

f] La penetración de formas avanzadas de desarrollo capitalista en los países coloniales y dependientes produjo la coexistencia y la mezcla de regímenes de producción y explotación que en el desarrollo europeo se habían dado sucesivamente. Según González Casanova la explotación colonial sería la suma y combinación del esclavismo, el feudalismo y el capitalismo.

g] Todo lo anterior lleva a detectar una "ambigüedad" entre la nación como proyecto y las condiciones de inserción de las economías latinoamericanas en el mercado mundial. Uno de los procesos tiende a la constitución de un estado nacional autónomo y otro lleva a estos países a luchar por incorporarse al mercado, lo que tiende a coartarles esa misma autonomía para tomar decisiones en materia de inversión y consumo.¹⁵

¹⁴ Francisco C. Weffort, *Classes populares e desenvolvimento social. Contribuição ao estudo do "populismo"* (ILPES, Santiago, 1968), p. 28.

¹⁵ F. H. Cardoso, *El proceso de desarrollo de América Latina. Hipótesis para una interpretación sociológica* (Santiago de Chile, ILPES, 1965).

h] La dependencia es, entonces, la característica común de las formaciones sociales latinoamericanas. En esto hay consenso entre los críticos. Ha sido el tema más importante, o por lo menos el más notorio, en el desarrollo de la sociología latinoamericana de los años recientes. Ha traspasado, incluso, las fronteras de la orientación "crítica", en cuyo interior se generó, siendo de interés también para autores de otras procedencias. Esa misma difusión ha hecho que puedan encontrarse muy diversas maneras de conceptualizarlo, incluso entre los sociólogos críticos. Y su popularidad, por fin, ha llevado a que quienes pueden considerarse sus promotores originales, hayan renegado en parte de él, sometiéndolo a una profunda revisión.

Puede decirse que casi ninguno de los que realzan el valor explicativo de la "dependencia" aceptaría considerarla como un factor externo que, de manera mecánica, produce efectos insuperables en las sociedades latinoamericanas. Es más, seguramente negaría enfáticamente que sus planteos pudieran considerarse de tal especie. Sin embargo, un análisis desapasionado de los escritos de muchos de los sociólogos críticos latinoamericanos lleva a sostener que la dependencia concebida como un factor externo es el eje central de los mismos. Indudablemente, es el caso de Frank y, también, el de algunos escritos recientes de Florestán Fernandes, aunque en este último, afirmaciones en ese sentido, se entremezclan con otras que parecen acercar su explicación a la concepción alternativa.

La segunda concepción de la dependencia es, justamente, la que muestra cómo la estructura de poder dependiente "internaliza" su posición en el sistema internacional, destaca el ámbito de acción de los grupos sociales de esta última y tiende a demostrar que no hay transformaciones mecánicas producidas por las alteraciones del mercado internacional, sino que éstas aparecen mediadas y redefinidas por las tensiones existentes en la propia sociedad dependiente.

i] La posición que le ha correspondido a América Latina en la división internacional del trabajo y las fluctuaciones del mercado internacional condicionan su evolución. Sin embargo, mientras algunos autores enfatizan tal vez exageradamente la importancia de esa inserción negándose a ver una gama de variaciones posibles en la forma como repercute sobre estos países, otros sostienen que si bien condicionan, no determinan el modo y la forma en que se dan las tensiones entre fuerzas sociales que actúan al interior de la estructura social dependiente. Habría grupos que cumplen la función de "bisagras" entre el mercado mundial y el sector interno de la sociedad y es a través de ellos que aquél influye preponderantemente. Esta concepción hace que sea necesario ver en cada caso, cuáles son esos grupos y cómo reaccionan ante cada coyuntura y cómo pesa sobre ellos no sólo la presión exterior, sino también la procedente de las fuerzas internas.

Podrían tal vez encontrarse otros puntos en común entre aquellos autores a quienes se considera miembros de la perspectiva crítica. Sin embargo, las diferencias existentes entre ellos son considerables y no deben ser olvidadas en el esfuerzo por caracterizar sus acuerdos. Probablemente en cada una de las afirmaciones aisladas, sea posible que todos coincidan. Las diferencias

parecerían estar en la diferente jerarquía o, mejor dicho, en el énfasis que algunos ponen en los aspectos que podrían llamarse "estructurales", frente a la preocupación por la dimensión "política" que constituye el centro de atención de los otros. No se trata de que haya quienes nieguen la importancia de una u otra de estas dimensiones. Por el contrario, es posible encontrar textos de carácter "programático", en que se insiste en la necesidad de tener en cuenta a ambas. Pero en el acto concreto de investigar, hay autores que se inclinan por lo estructural, mientras otros privilegian lo político.

Como es obvio, ello conduce a que, en el conjunto, existan diferencias considerables en cuanto a la concepción general del movimiento de estas sociedades y del sistema mundial como un todo. Los factores dinámicos se sitúan en diferentes lugares, la atención a los grupos y fuerzas sociales internos es también distinta, etc.

A continuación se intentará mostrar de manera sumaria por cuanto muchos de los temas merecerán ampliaciones posteriores, los elementos centrales de la perspectiva, señalando aquellos puntos donde los autores divergen entre sí.

V. LOS ASPECTOS ESTRUCTURALES: EL SISTEMA CAPITALISTA MUNDIAL Y SU DINÁMICA

Ya se ha visto en la sección anterior la importancia fundamental que la orientación crítica, en sus diversas versiones, otorga a la inserción de América Latina en el mercado mundial capitalista y a las funciones que se le han asignado en dicho sistema. Este punto es crucial por cuanto, por un lado, permite establecer algunas de las características diferenciadoras más notables de esta orientación respecto de la precedente, pero también porque es en torno a la manera de concebir la dinámica de ese sistema donde surgen los elementos que permiten discriminar entre los diversos autores afiliados a la corriente.

1. *La cadena de explotación metrópoli-satélite*

Frank por ejemplo parte de señalar la existencia de una estructura única: "Un único proceso histórico de expansión y desarrollo capitalista en todo el mundo, ha generado simultáneamente —y continúa generando— desarrollo económico y subdesarrollo estructural."¹⁶

Hay, entonces, una totalidad (el sistema capitalista) constituida por partes (mundo subdesarrollado, mundo desarrollado), que dependen en lo esencial de las características de la totalidad. La estructura interna del sistema en resumidas cuentas, se caracteriza por relaciones entre partes jerarquizadas, que se traducirían en la dominación espacial.

El sistema funcionaría a base de tres contradicciones básicas: "Estas con-

¹⁶ A. G. Frank, *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, op. cit., p. 211.

tradiciones son la expropiación del excedente de muchos y su apropiación por pocos, la polarización del sistema capitalista en un centro metropolitano y satélites periféricos y la continuidad de la estructura fundamental del sistema capitalista a través de la historia de su expansión y transformación, debido a la persistencia o recreación de estas contradicciones en todas partes y en todos los tiempos."

La primera de ellas (expropiación-apropiación) es la contradicción entre el carácter social de la producción y el carácter privado de la distribución y adopta la forma de una cadena, de sucesivas expropiaciones y apropiaciones: "... es esta relación explotadora la que, a modo de cadena, vincula a las metrópolis capitalistas mundiales y nacionales a los centros regionales (parte de cuyo excedente se apropian) y éstos a los centros locales y así a los grandes terratenientes o comerciantes que expropian el excedente de los pequeños campesinos o arrendatarios y, a veces, de éstos a los campesinos sin tierra a los cuales explotan a su vez".¹⁷

La contradicción metrópoli-satélite se expresa en la existencia de un centro metropolitano y varios satélites periféricos. Entre ellos se da la relación de expropiación-apropiación ya vista, "desde su alto centro metropolitano mundial hasta cada uno de los diversos centros nacionales, regionales, locales y empresariales".¹⁸ La tercera contradicción, de la continuidad en el cambio, la expresa Frank sosteniendo que "el sistema capitalista a través de su expansión y desarrollo en escala mundial, mantuvo en conjunto su estructura esencial y engendró las mismas contradicciones fundamentales".¹⁹ Es decir, pese a reconocer que ha habido cambios de importancia, estima como más relevante destacar el mantenimiento de una estructura capitalista básica, que se había mantenido incólume a lo largo de cuatro siglos.

Frank rechaza la hipótesis del "desarrollo hacia afuera" de América Latina. Lo que hubo a su modo de ver, fue simplemente un "desarrollo del subdesarrollo" de estos países, expropiados de su excedente, que es apropiado por el centro capitalista, que cada vez se desarrolla más.

La cadena de la explotación se basa en la apropiación por unos pocos del excedente producido por, y expropiado a, muchos: el punto más alto está constituido por el centro capitalista mundial que retira el excedente de las metrópolis nacionales; éstas, a su vez, lo obtienen de los centros regionales, los cuales explotan a centros locales, donde los latifundistas y comerciantes expropian a los pequeños propietarios, que a su vez se apropian de parte importante del excedente generado por el trabajo de los campesinos y trabajadores directos. "Entonces, en cada punto, el sistema capitalista internacional, nacional y local, genera desarrollo económico para pocos y subdesarrollo para la mayoría."

En Frank, pues, es clara la relación existente entre la inserción "dependiente" de América Latina en el sistema capitalista internacional y el subdesarrollo de la región. No hay posibilidad de combinaciones alternativas, tales como

¹⁷ *Ibidem*, p. 19.

¹⁸ *Ibidem*, p. 21.

¹⁹ *Ibidem*, pp. 23-24.

un desarrollo dependiente. Pero esta posición no es la general entre los sociólogos críticos.

La obra de Frank está pautaada por su espíritu militante y puede decirse, en principio, que su temática central consiste en atacar dos posiciones políticas muy en boga en cierto momento en América Latina: una, la que cree viable el desarrollo capitalista de los países latinoamericanos; otra, sustentada por ciertos sectores de izquierda, que estimaba o estima necesaria una "revolución burguesa" en América Latina, que cumpla en esta región una tarea similar a la realizada por la francesa de 1789, esto es, acabar con el "feudalismo", los "resabios feudales", etc., lo que obviamente, implica la aceptación de la existencia de una burguesía "nacional", dispuesta a ejercer su liderazgo en tal tarea. Para enfrentar ambas posiciones dedica su libro principal, *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, a probar "que es el capitalismo tanto nacional como internacional, el que ha producido el subdesarrollo presente de Latinoamérica".

Dados estos propósitos, resulta difícil que en la obra de Frank puedan encontrarse alternativas a la correlación dependencia-subdesarrollo.²⁰ Ciertos hechos que podrían ampliar las opciones posibles, son omitidos para poner de relieve aquellos otros que se compaginan con las hipótesis teóricas y los motivos políticos subyacentes al análisis.

El funcionamiento del sistema capitalista mundial según Frank, no se da sólo a nivel de las relaciones internacionales, sino también al interior de cada país entre las metrópolis existentes y sus respectivos satélites internos. Las hipótesis más generales del planteamiento frankiano, podrían esbozarse de esta manera:

a) Una metrópoli nacional, regional o local que sea, al mismo tiempo, satélite de una metrópoli mundial, nacional o regional respectivamente tiene un desarrollo no autónomo; no puede generarlo ni mantenerlo; no puede autosustentarlo. Tiene un "desarrollo subdesarrollado".

b) Si se acepta que "la condición de satélite es la que engendra el subdesarrollo, un grado más débil o menor de relaciones metrópoli-satélite puede engendrar un subdesarrollo estructural menos profundo o permitir una mayor posibilidad de desarrollo local".²¹

Para Frank, como se ve, el sistema se mantiene por la extracción de excedente a las unidades satélites, lo que lo lleva a sostener que el aflojamiento de los lazos puede conducir a un desarrollo autónomo.

Las alternativas posibles del aflojamiento de los lazos que unen a los satélites con la metrópoli son —según Frank— las siguientes:

i) una involución capitalista "pasiva", es decir, que la región derivara hacia una economía de subsistencia, aparentemente aislada y extremadamente subdesarrollada. Del análisis sincrónico de regiones de esta especie, muchos autores postularían la existencia de rémoras feudales o precapitalistas y también

²⁰ Pese a ello, al referirse al caso de Brasil, habla de su "desarrollo subdesarrollado" actual, distinguiéndolo del "desarrollo del subdesarrollo" característico de América Latina. Sin embargo, no profundiza esa idea.

²¹ Frank, *op cit.*, p. 22.

el dualismo estructural. Para Frank, en cambio, el análisis histórico descubriría que no se trata de regiones no incorporadas al sistema capitalista, como se pretende, sino por el contrario de regiones superexplotadas en el pasado, a lo que ha seguido el abandono temporal o definitivo por parte de la metrópoli;

ii] una involución capitalista "activa", esto es, algún tipo de desarrollo más o menos autónomo, alguna forma de industrialización tal como pudo darse en algunos países durante los periodos de la gran crisis y de la guerra mundial, y en el pasado cuando la depresión española del siglo xvii o las guerras napoleónicas del siglo xix. Formas que se extinguieron luego de la recuperación económica de los centros.

2. La explotación regional y de clases

González Casanova se halla muy cerca de los planteos de Frank y de su modo de concebir el sistema capitalista internacional y su dinámica. Sin embargo, debe señalarse que la producción intelectual de González Casanova aparece dividida en dos etapas caracterizadas por sus dos libros más notorios.²² En la primera de ellas puede apreciarse una postura teórica de corte estructural-funcionalista y una ideología nacionalista, que lo lleva a la defensa de la soberanía nacional, frente a los que considera sus enemigos, el imperialismo y las inversiones extranjeras, mediante el fortalecimiento del Estado, para lo cual se requiere la colaboración de clases, o la alianza del gobierno con el pueblo, como sostendría más tarde, y la integración nacional que acabe con el marginalismo y la sociedad dual.²³

El período de transición entre los dos libros mencionados está marcado por algunos trabajos que insinúan el aumento de la importancia de las categorías marxistas en su pensamiento, tendencia que se concretará en la segunda de las obras mencionadas. Pese a los importantes cambios que se producen, no puede negarse la existencia de una cierta continuidad, tanto en los problemas que quiere resolver, como en el instrumental teórico al que recurre para hacerlo. Por lo mismo, resulta conveniente revisar la obra e intentar concretar el modelo proposicional de González Casanova a partir de su último trabajo de envergadura, *Sociología de la explotación*.

González Casanova conceptúa subdesarrollo como un problema peculiar, *sui generis*, que debe ser estudiado en conjunto con la evolución seguida por los países de desarrollo capitalista inicial, ya que es en la interacción contradictoria entre ambos tipos de unidades nacionales que se generan las características específicas de cada una de ellas. Si se las analiza por separado, aisladas, no es posible percibir sus características y mucho menos explicarlas. Pero González

²² Pablo González Casanova, *La democracia en México* (México, Era, 1965); y *Sociología de la explotación* (México, Siglo XXI, 1969).

²³ Un detenido estudio de la evolución del pensamiento de este autor puede encontrarse en Víctor M. Durand Ponte, "Pablo González Casanova: del nacionalismo al socialismo", trabajo presentado al X Congreso Latinoamericano de Sociología, San José de Costa Rica, julio 1974.

Casanova, que hasta aquí coincide con la mayoría de los críticos, va más allá e intenta sistematizar las relaciones asimétricas entre países, extendiéndola a regiones.

Las características del enfoque que pretende utilizar, lo llevan a enfatizar el cuidado que debe ponerse en la elección de las unidades de datos y de análisis. Critica los análisis empíricos "retóricos" usuales, demostrando que a consecuencia de la elección de sus unidades de datos y de análisis no consiguen reproducir a nivel del conocimiento las características sustanciales de la realidad, porque las unidades son tomadas como "cosas en sí", como "individuos", que sólo pueden relacionarse como tales con otras unidades, olvidando que es en esa interacción con las otras que cada unidad se redefine a sí misma y adopta los rasgos que la caracterizan.

Resulta fundamental entonces, para González Casanova, tener claras antes de comenzar cualquier análisis, las características del objeto a estudiar. Diferencia, entonces, las que se refieren al *caso unitario* (empresa), cuyas características serán objeto de registro, de investigación y que será agregado a otros casos semejantes constituyendo así *áreas* o *estratos*, a los que designa como unidades de análisis. Es fundamental a su entender tener en cuenta las que llama unidades *complejas*, esto es, la díada formada por unidades simples antitéticas (empresa matriz-sucursales; metrópoli-colonias; gran empresa-pequeña empresa; etc.). Las unidades *simples* son cada una de las alternativas que componen antitéticamente la unidad compleja, mientras que las que llama unidades *integrantes* serían los grupos humanos que poseen los medios de producción y los trabajadores directos.

Si no se seleccionan unidades de datos y de análisis que sean heterogéneas y contradictorias, de modo que contengan el triple juego de las unidades compuestas, simples e integrantes, el análisis sólo puede conducir a resultados poco valiosos y erróneos. Las unidades simples se encuentran indisolublemente ligadas entre sí en relaciones que sólo aparecen en el seno de las unidades complejas aunque esas relaciones influyan en las que se dan en el seno de las unidades simples que las constituyen.

Como se ve, este planteo metodológico resulta muy útil para una concepción del sistema capitalista mundial como la que, según se ha visto, es propia de los sociólogos críticos latinoamericanos. Da cuenta a cabalidad de las relaciones existentes entre la metrópoli y los satélites. Sin embargo, González Casanova entiende que esas mismas relaciones se dan a otros niveles donde re-

Unidad	compleja	simple	integrante
de datos	matriz-sucursal metrópoli-colonia gran empresa- pequeña empresa	empresa aislada región país	propietarios trabajadores
de análisis	el conjunto de unidades de datos complejos	el conjunto de unidades de datos simples	clase capitalista proletariado

sulta dificultoso apreciar en qué sentido puede decirse que son antitéticas las unidades integrantes de ciertos pares. El cuadro anterior resume algunos de los planteos del autor mencionado.

Con esos elementos metodológicos como punto de arranque, González Casanova elabora su sistema conceptual en torno a la noción marxista de explotación, a la que considera el concepto fundamental,²⁴ ya que permitiría explicar no sólo las relaciones asimétricas que se generan en el seno de la empresa, sino también las ya mencionadas entre regiones y naciones. Y ello porque la relación de explotación tiene *carácter universal* a lo largo de la historia de la humanidad desde la aparición de la sociedad de clases, aunque su *forma específica* se haya ido alterando. En el siglo xx se hace necesario "replantear la sociología de la explotación",²⁵ para captar las peculiaridades del neocapitalismo, en el que las clases dejan de ocupar, por períodos relativamente largos, el centro de las formas *visibles* de la desigualdad y la explotación²⁶ y ésta se hace borrosa, como consecuencia de las diferencias generadas entre países coloniales y colonizados y entre el campo y la ciudad; la aparición e incremento de nuevos grupos sociales tales como los sectores medios y la pequeña burguesía, la pérdida de homogeneidad de la clase trabajadora (trabajadores calificados y no calificados) y la alteración del peso relativo de las diferentes clases, así como de los procesos de movilización y movilidad social.²⁷

Así resulta imprescindible efectuar la descomposición de la cuota general de explotación que "es una cuota media que, como agregado indiferenciado, no permite saber quién contribuye y en qué forma a los cambios en la cuota de explotación", teniendo presente, eso sí, que cuando se desagrega esa tasa media en un conjunto de tasas correspondientes a la metrópoli, a la colonia o a otras unidades que se considere necesario distinguir, "se trata de una especificación de la explotación de la clase trabajadora por la burguesía, en distintos contextos".²⁸

Sistematiza esa ampliación del concepto distinguiendo la explotación de clases de la explotación regional, como se verá a continuación.

i) *La explotación de clases*. La diferenciación funcional respecto a la propiedad de los medios de producción es determinante de la forma de participación en el resultado de la producción y en el grado de control sobre el proceso de trabajo. González Casanova estima que, de acuerdo con la definición clásica sólo sería explotado el obrero que recibe el valor de su fuerza de trabajo o menos, esto es, el valor de los medios de subsistencia indispensable para la

²⁴ El gran aporte de Marx habría sido incorporar a las tres categorías primitivas que están en la base de todo análisis social, que provienen de la antigüedad (riqueza, poder, ideas), una cuarta: la explotación. Cf. *Las categorías del desarrollo económico y la investigación en ciencias sociales* (México, Universidad Nacional Autónoma, 1967), p. 51.

²⁵ Pablo González Casanova, *Sociología de la explotación*, p. 100.

²⁶ Antes había afirmado que "el problema indígena sigue teniendo magnitud nacional, define el modo de ser mismo de la nación. De hecho este problema... tiene una función explicativa mucho más evidente que las clases sociales en una sociedad preindustrial, donde éstas no se desarrollan aún plenamente con su connotación ideológica, política y de conciencia de grupo de clase". (*La democracia en México*, p. 86, subrayado agregado.)

²⁷ Pablo González Casanova, *Sociología de la explotación*, p. 199.

²⁸ *Ibidem*, p. 127.

existencia y reproducción del trabajador y su familia (alimentación, vestido, habitación, combustible, según las necesidades biológicas, el clima y el grado de desarrollo histórico y de civilización del país y los hábitos y el grado de "comfort" en que se haya formado el proletariado). Tal concepto dejaría fuera los obreros calificados que si bien reciben una remuneración que es superior al mínimo vital necesario para la reposición de su fuerza de trabajo son igualmente explotados. Revisando los textos marxistas clásicos, no cabe duda que existe una incomprensión de ellos por parte de González Casanova en este punto al menos.

La explotación de clases, entonces, daría luego en el entender de González Casanova a dos tipos de explotados: a] Los obreros que mantienen niveles de vida que están en el mínimo vital o por debajo de él, cuando ha habido creación de excedente y éste es manejado por los propietarios privados de los medios de producción, quienes lo distribuyen como su propiedad, para gastos o inversión; b] los obreros que encontrándose por encima del mínimo vital no reciben el valor de su trabajo cuando la calificación de su trabajo contribuye a incrementar la tasa de creación de producto excedente.

Resumiendo, podría considerarse que hay *explotación cuando la tasa de incremento de los ingresos reales de los trabajadores crece a un ritmo menor que la tasa de aumento de su productividad, apropiándose del excedente los propietarios (privados) de los medios de producción.*²⁹

ii] *La explotación regional.* El marxismo clásico —según González Casanova— puso énfasis en el análisis de la explotación en el seno de la empresa industrial y en las relaciones de clase que de ellas derivan; pero, si bien previó otras formas, las descuidó. Por ello considera necesario ampliar la noción de explotación incluyendo una nueva forma, la explotación regional, mediante la cual el conjunto de los hombres que habitan una determinada región se relacionan asimétricamente con los hombres de otra región, apropiándose de parte del excedente generado por ésta última.³⁰ Sin embargo, el autor recuerda que sería "un análisis particularmente burdo y engañoso si no se desagrega por clases que integran las regiones explotadoras y explotadas y por las formas en que unas y otras se benefician o sufren los procesos de explotación".³¹

Podrían esquematizarse los distintos tipos de explotación de la siguiente manera:

Explotación	Intraunidades	Interunidades
de clase	Burguesía ¹ — proletariado ¹	Burguesía ¹ — proletariado ²
regional	Colonialismo interno	Metrópoli — satélite

El desequilibrio entre las unidades nacionales o regionales que lleva a la existencia de explotación se basa en el tamaño, en la concentración o fuerza

²⁹ *Ibidem*, p. 75.

³⁰ *Ibidem*, p. 87.

³¹ *Ibidem*, p. 126.

de cada una de ellas, siendo un requisito indispensable que conformen una unidad compleja, esto es, que mantengan relaciones sociales antitéticas entre sí.

De lo anterior se deduce que González Casanova cree posible recurrir a la noción marxista de explotación como concepto central que permitiría explicar tanto las relaciones asimétricas que se generan en el seno de la empresa, como también las ya mencionadas entre regiones y naciones, esto es, las relaciones sociales entre grupos humanos que habitan cierto tipo de regiones y los grupos humanos que viven en otras, cuyo resultado sería que los primeros se apoderarían del excedente o de parte del excedente generado por los segundos.

El que exista la posibilidad de efectuar *transferencias* del excedente desde una unidad a otra, da una posibilidad de manipulación muy grande al sistema capitalista como un todo y no puede ser ignorada por el investigador interesado en el problema. Esas unidades que contribuyen todas a la formación de esa tasa media de explotación, en la realidad sólo se encuentran vinculadas por el *mercado*, lo que haría aparecer como "misteriosas" para el observador desprevenido las relaciones existentes y la explotación consecuente. Sin embargo, González Casanova estima que la tasa de explotación y su desagregación son un elemento teórico que permite desmitificar y aclarar el asunto.

La combinación de las dos formas de explotación descritas permite a González Casanova elaborar dos modelos, el clásico y el neocapitalista, donde se muestran las profundas alteraciones sufridas por el sistema capitalista desde el momento en el cual Marx redactó su obra hasta hoy.

En el *modelo clásico* se destaca más la explotación de clase que la explotación regional; las desigualdades interclase son mayores que las intraclase y que las desigualdades regionales; las desigualdades existentes al interior de la metrópoli son mayores que las existentes entre la metrópoli y la periferia.

El *modelo típico del neocapitalismo*, en cambio, muestra los caracteres opuestos: ³² las desigualdades interclase son menores que las interregionales y también menores que las intraclase; asimismo, las desigualdades que se dan al interior de la metrópoli resultan menores que las existentes entre la metrópoli y la colonia.

En definitiva, puede sostenerse que González Casanova genera esos modelos según sea el signo de las siguientes relaciones:

Desigualdad interclase	—	desigualdad interregional
Desigualdad interclase	—	desigualdad intraclase
Desigualdad intrarregional	—	desigualdad interregional

Cuando predomina el primer término de cada una de ellas sobre el segundo (>) se está en presencia del modelo clásico; cuando sucede a la inversa (<), se trata del modelo neocapitalista. Como es obvio, se pueden establecer varias combinaciones y, consecuentemente, son también varios los

³² Con ello Pablo González Casanova no quiere decir probablemente, que en el neocapitalismo la clase y la sociedad de clases dejen de ser la esencia del problema, pero sostiene que el neocapitalismo utilizaría ciertos instrumentos políticos que deformarían las clases en reagrupamientos funcionales a su dominación económica y política.

modelos que se generan pero, a los efectos que interesan a González Casanova los dos más "típicos" son los mencionados.

González Casanova parte de considerar a la explotación como la relación social, concreta, histórica y contradictoria *esencial*, que se reproduce como relación, generando el desarrollo de las fuerzas productivas y dando lugar a la aparición de una contradicción complementaria entre esas fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción.

Este punto de partida de la explicación presenta, cuando se le desarrolla, por lo menos dos problemas.

En las elaboraciones de Marx la plusvalía sería la forma final y más perfeccionada resultante de la relación de explotación pero no la única. Si bien el *hecho* de la explotación es detectable a lo largo de toda historia (¿escrita?) de la humanidad, adquiere *formas* diferentes en cada modo de producción. La plusvalía sería, entonces, sólo una forma, la más perfeccionada. Podría definírsela como aquella porción del producto social del que se apropia el capitalista propietario de los medios de producción. El modo de producción capitalista se caracteriza justamente por la separación de los trabajadores directos de sus medios de producción, que pasan a ser propiedad de otro grupo social (los capitalistas o burgueses); es decir, requiere la aparición en el mercado de una nueva mercancía, la fuerza de trabajo. Por ello muchos han creído que la existencia de propiedad privada de los medios de producción sería un requisito *sine qua non* para que existiera una relación de explotación.

Es así que González Casanova afirma que "las relaciones de explotación se encuentran en toda sociedad en que un grupo se apropia los medios de producción y una parte del producto social".³³ Es decir que, siendo consecuente con esta definición, para que haya explotación se requiere necesariamente: i] la separación en dos grupos de los individuos implicados en la relación; ii] que un grupo sea propietario de los medios de producción; iii] que ese mismo grupo se apropie de los frutos del proceso de producción.

En este caso, parece obvio que no puede hablarse de relaciones de explotación entre naciones o regiones, porque en ningún caso se daría cumplimiento al segundo requisito, esto es, no sería el caso que intenta explicar González Casanova el de los individuos de una región o un grupo de individuos de una región sea propietario de los medios de producción, mientras que los individuos o un grupo de la otra región se encuentre desposeído de los mismos. No es por esa "diferenciación funcional" en el proceso de producción que se daría la relación de explotación al nivel regional o internacional.

Es cierto que González Casanova recalca que cualquier análisis que no efectúe la desagregación por clases que integran las regiones explotadoras y explotadas y por las formas en que unas y otras se benefician o sufren los procesos de explotación resulta ser "particularmente burdo y engañoso". Pero cuando incorpora el concepto de colonialismo interno, que sería sólo una forma específica de la explotación regional basada en la existencia de heterogeneidad cultural, sostiene que todas las clases ladinas, en el caso mexicano, explotan

³³ Véase su *Sociología de la explotación*, p. 198.

en conjunto a todas las clases indígenas. Pero no sólo eso. Si se define la explotación como aquella relación *directa* entre *propietarios* y *no propietarios*, resulta que, en el caso de la explotación regional no habría una relación de propietarios-no propietarios, por cuanto no se establece como condición del modelo, y tampoco se da en la práctica, que los explotadores (sean éstos todas las clases de la metrópoli o sólo la burguesía de la misma) posean los medios de producción ubicados en el satélite, colonia o país dependiente que utilizan los explotados. Pero, según como se interpreten las afirmaciones de González Casanova, se considerará explotados no sólo los trabajadores directos, sino también otros grupos sociales de la región explotada, incluso su burguesía u otros grupos dominantes.

Habría que concluir entonces que no debería hablarse de explotación, por lo menos en el sentido marxista del término, para referirse a los fenómenos de transferencia de plusvalía que tienen lugar entre regiones y países.

Una solución alternativa consideraría que hay relación de explotación simplemente cuando se da la apropiación del producto del trabajo ajeno, sea a consecuencia de detentar la propiedad de los medios de producción, como en el capitalismo, sea porque existen otros mecanismos extra-económicos, como en el feudalismo por ejemplo, que permiten ese apoderamiento. De ser así podría sustentarse que no hay *variación decisiva* en la utilización del concepto de explotación para hacer referencia a relaciones entre regiones y países,³⁴ que le quite su sentido originario.

Lo que, sin embargo, debe tenerse presente es que sólo en el primer tipo de explotación, es decir, en la relación social entre el capitalista y sus trabajadores que se da en el proceso de producción hay generación de un excedente económico, creación de riqueza. En la explotación regional o internacional lo que se da es un fenómeno de transferencia y redistribución de ese excedente, sin que se agregue nada a la riqueza generada en el proceso de producción. La relación de explotación no hace referencia a la creación de valor, sino a la apropiación del valor generado en el proceso de trabajo. Aquí tal vez podría distinguirse analíticamente entre el proceso productivo, donde se generaría valor y la relación de explotación que no hace referencia a la *creación* de valor, sino a la *apropiación* del valor generado en el proceso productivo.

A partir de los elementos ya presentados, González Casanova intenta elaborar un modelo único para dar cuenta de las relaciones que se dan no sólo entre países desarrollados y subdesarrollados, sino también entre las metrópolis de estos últimos y sus regiones periféricas. Por ello en su modelo más abstracto sólo aparecerán unidades de tipo I y unidades de tipo II, vale decir, unidades simples que componen díadas antitéticas o unidades complejas. Deben recordarse nuevamente aquí las dudas ya anotadas respecto a la posibilidad de generalización del mismo mecanismo de transferencia del excedente en todas las unidades complejas reseñadas.

³⁴ Recuérdese, sin embargo, que Pablo González Casanova usa una noción restrictiva de explotación (como se vio en la nota anterior), con la cual no podría efectuar válidamente este razonamiento.

Unidades simples

	De tipo I	de tipo II
Unidades complejas	centro ciudad empresa monopolista gran empresa metrópoli	periferia campo empresa concurrencial pequeña empresa colonia (interna o externa)

En el *modelo neocapitalista* e imperialista, el desarrollo de las fuerzas productivas y de la tecnología junto con la concentración de los capitales provocan, según González Casanova:

a] Cambios en la estructura de clase de la sociedad (aparición de sectores medios, fractura del proletariado en trabajadores calificados, especializados y no calificados, aparición de un grupo "gerencial" diferenciado de los propietarios de los medios de producción), acompañados de fenómenos de movilidad vertical;

b] cambios en la distribución espacial de la población, lo que genera fenómenos de movilidad horizontal (urbanización, etc.);

c] aumento de los servicios públicos y cambio en los patrones de consumo, como consecuencia de la difusión de los que, antes, eran característicos de la burguesía.

La principal consecuencia de las alteraciones mencionadas es la no homogeneidad de la clase obrera, que a su vez provoca: i] alteraciones en las relaciones intraclase, ya que esos grupos diferenciados en el seno de la clase obrera, lucharán entre sí por apoderarse de una proporción mayor del capital variable; ii] alteraciones en las relaciones interclase derivadas de la debilidad de la clase obrera que se enajena, sus miembros no reconocen la comunidad de intereses entre sí y por tanto carecen de fuerza para oponerse a las políticas que instrumenta la burguesía.

En estas circunstancias, la burguesía tiene un amplio campo de maniobra que le permite salvar al sistema capitalista. Es evidente que las resistencias empresariales a aumentar los salarios serán mayores cuanto más difícil sea obtener plusvalía por otra vía (aumento de la productividad, transferencias desde otras unidades, etc.). Como, según González Casanova, también sucede que cuanto mayor es la fuerza política de los trabajadores calificados resulta menor la proporción del excedente por ellos producido que se transfiere a los propietarios de los medios de producción, resulta que estos últimos tienden cuando ello es posible —y lo es en el modelo neocapitalista que se está presentando— a reducir la explotación de los trabajadores calificados, incrementando en cambio la explotación de los trabajadores no calificados.

Los propietarios de los medios de producción de las unidades de tipo II sólo pueden incrementar su plusvalía mediante incrementos de la productividad o disminución de los salarios; en cambio, la burguesía de las unidades de tipo I tiene, además, un tercer procedimiento, las *transferencias* de plusva-

lía desde las unidades de tipo II, que provocan una traslación de la desigualdad y de la explotación hacia estas últimas. Aquí surge una diferencia en las posibilidades de manejo político de las burguesías de tipo I y II para colocarse en situaciones que hagan menos vulnerable al capitalismo. Mientras la de tipo I puede optar entre aumentar la plusvalía o reducir la explotación de su propio proletariado (incluso el no calificado) pudiendo llegar, tal como lo entiende González Casanova, hasta terminar con la explotación del mismo, la de tipo II carece de esa posibilidad. Tiene necesidad de incrementar la tasa de explotación a que lo somete, incluso para compensar la plusvalía que pierde en la transferencia interunitaria. Su política se reduce, entonces, a establecer diferenciaciones en el seno del proletariado y no explotar al máximo nivel a los trabajadores calificados, creando con esto divisiones internas en la clase obrera y generando aspiraciones individuales a la movilidad vertical.

Esa política capitalista de bastión o ciudadela, en la terminología de González Casanova, permite prolongar la subsistencia del sistema en forma menos vulnerable. Por ella los grupos dominantes de las unidades de tipo I tienden a provocar el "aburguesamiento" de la clase obrera en su totalidad o de una parte de ella (la llamada "aristocracia obrera"), mediante su no explotación y, *a fortiori*, su carencia de intereses comunes con el resto del proletariado. De lo anterior puede deducirse entonces, que por lo menos en la etapa neocapitalista, es posible que haya relaciones funcionales que no sean de explotación entre propietarios de los medios de producción y trabajadores directos, con lo cual la explotación dejaría de ser la categoría central, constitución del análisis.

El modelo de González Casanova conduce a destacar la existencia de dos contradicciones básicas en la explicación del fenómeno del subdesarrollo capitalista latinoamericano: a] la contradicción de clases; b] la contradicción internacional entre la metrópoli imperialista y los países dependientes. ¿Cuál es la predominante y la que debe romperse en primer lugar para el acceso a un desarrollo autónomo? En *La democracia en México* el autor analiza la posibilidad de la transición de la situación vigente al "nuevo México", extremos a los que describe mediante las siguientes díadas:

México actual

sociedad plural dual
marginalismo
heterogeneidad
desigualdad
colonialismo interno
tradicionalismo institucional

México ideal

sociedad nacional única
integración, participación
homogeneidad
igualdad
no colonialismo
democracia

Existen dos opciones políticas a través de las cuales podría realizarse el pasaje de un modelo al otro, el socialismo y el desarrollo dentro del capitalismo, incrementando la democratización de la sociedad. Si bien años antes González Casanova había afirmado que "Todos sabemos —digámoslo o no— que el dilema ya no está en escoger entre el capitalismo o el socialismo, sino en escoger

el camino por el cual llegaremos al socialismo democrático o dictatorial",³⁵ considera en ese libro que la única alternativa viable es el camino capitalista. Por ello postula la necesidad de abrir un compás de espera en la lucha por la revolución socialista, a fin de hacer predominar la unidad nacional por encima de la lucha de clases y lograr que los sectores populares apoyen a la burguesía nacional en su enfrentamiento con los Estados Unidos.

Parece evidente que prevalecen aquí las perspectivas teóricas de los movimientos de liberación nacional e incluso de la política de Frente Popular. El libro mismo, al final, busca apoyar este tipo de política mediante una argumentación marxista y otra sociológica (de orientación estructural funcionalista). Es muy sugerente ese enfrentamiento entre las perspectivas para apreciar hasta qué punto González Casanova no había asumido aún una posición marxista e incluso no consideraba a ésta como "sociológica".

En *Sociología de la explotación*, en cambio, el autor apunta la necesidad de una vuelta a la política en que predomine la lucha de clases.

3. Subdesarrollo, periferia y dependencia

La posición de Frank y González Casanova respecto al funcionamiento del sistema capitalista internacional no es la única que puede encontrarse entre los críticos. Pero al igual que se ha visto en el análisis de los dos mencionados, en todos tienen un papel muy especial, tres juegos de conceptos, que a veces son manejados como sinónimos e intercambiados con gran libertad, pese a que intentan captar realidades diferentes. Ellos son las díadas desarrollo-subdesarrollo, centro-periferia y dependencia-autonomía.

Cardoso y Faletto han intentado diferenciarlos de la siguiente manera: i] según el grado de diferenciación del sistema productivo, las unidades podrían agruparse en desarrolladas y subdesarrolladas; ii] según la función económica que cumplen en el mercado mundial, serían "centros" del sistema o integrarían su "periferia"; iii] según las condiciones de existencia y funcionamiento de los sistemas económico y político, los países serían autónomos o dependientes.³⁶

Las relaciones existentes entre estos pares de conceptos permiten combinaciones mucho más amplias que las usualmente previstas. Así, por ejemplo, se estima —por quienes critican esta perspectiva— que de la existencia de situaciones de dependencia deriva automáticamente el estancamiento y el subdesarrollo del país.³⁷ Sin embargo, es necesario revisar más detenidamente las diferentes postulaciones esbozadas por los partidarios de la sociología crítica, para relativizar adecuadamente esa afirmación que si bien puede ser cierta en algunos casos, como los vistos en los párrafos anteriores de esta sección,

³⁵ Pablo González Casanova, "México: el ciclo de una revolución agraria", en *Cuadernos Americanos* (México, enero-febrero 1962).

³⁶ Cardoso y Faletto, *op. cit.*, pp. 24 y 25.

³⁷ Véase, a título de ejemplo, Fernando Galofré, "La dependencia", en José Álvarez et al., *Ciencia y mito del análisis social* (Santiago de Chile, 1973).

formulada con tal generalidad resulta errónea. Cardoso por ejemplo, afirma que "las diferenciaciones que se producen al interior de una estructura dependiente están *condicionadas* por los modos básicos de dependencia... y que las posibilidades de desarrollo están limitadas por el tipo de situación y de crisis política peculiares a cada una de las modalidades de dependencia".³⁸ De ello puede deducirse que no se niega, en manera alguna, la posibilidad de procesos de desarrollo (entendiendo este término en el sentido ya visto de diferenciación creciente del aparato productivo) en naciones dependientes. La aceptación de esta posibilidad no implica desconocer la importancia de las especificidades que dicho proceso asume, ni ignorar las diferencias sustanciales que lo distinguen de procesos similares acaecidos en los países de desarrollo originario.

Sobre el mismo tema conviene citar otro párrafo de Cardoso donde se aclaran todavía más las relaciones existentes entre los conceptos vistos. Afirma que

cuando se analiza histórico-socialmente las situaciones de dependencia, las relaciones centro-periferia... ganan mayor concreción. Se ve históricamente la trama de las relaciones reales que vinculan y subordinan clases y grupos sociales situados distintamente tanto en términos estructurales como en cuanto a consecuencia de condiciones históricas y de las bases materiales de que parten. En efecto, el pasaje de una situación colonial típica a una situación de dependencia nacional, si bien supone... la formación de un Estado y la delimitación de fronteras, resulta de movimientos sociales que alteran esencialmente las relaciones de poder internas y externas. Y justamente por eso es que se justifica mantener en el vocabulario de la Ciencia Política la noción de "dependencia". Por la misma razón, la caracterización de las relaciones centro-periferia en términos puramente económicos, o los análisis del proceso de

CUADRO 1

	CENTRO		PERIFERIA	
	Autónoma	Dependiente	Autónoma	Dependiente
Desarrollada	E.U.	Canadá	^a	Argentina Brasil
Subdesarrollada	No	No	Yugoslavia China, Cuba Argelia, México, Egipto ^b	Países del tercer mundo en general

^a Existe la posibilidad lógica de que existan países desarrollados autónomos y periféricos, pero no hay ejemplos concretos en el texto en estudio.

^b Cardoso y Faletto mencionan estos ejemplos no en general, sino haciendo referencia a ciertos momentos históricos específicos vividos por cada una de esas sociedades. Igualmente, en varios casos, surgen dudas sobre el acierto del juicio emitido al respecto.

³⁸ F. H. Cardoso, *Política e desenvolvimento em sociedades dependentes* (Rio de Janeiro, Zahar Editores, 1971). En igual sentido puede verse del mismo autor *El proceso de desarrollo en América Latina: hipótesis para una interpretación sociológica*.

“desarrollo económico-social”, no sustituyen el concepto de dependencia como perspectiva de análisis, aunque tampoco deben diluirse en él.³⁹

De todo ello podría deducirse que el par centro-periferia tiene una connotación claramente económica, mientras que dependencia-autonomía hace referencia a la dimensión política.

A partir de la justificación realizada precedentemente en el sentido de que los tres pares de conceptos no se excluyen mutuamente ni se refieren a la misma cosa, sería posible intentar relacionarlos y ver cuáles de ellos pueden darse en la realidad, mencionando algún caso nacional que pueda ocupar la casilla respectiva.

Si se aceptan tales definiciones de los términos mencionados, surgen inmediatamente problemas con algunas afirmaciones formuladas por los autores. Así, se establece la existencia, junto al desarrollo y al subdesarrollo, de una tercera posibilidad: el no desarrollo, “que alude históricamente a la situación de las economías y pueblos —cada vez más escasos— que no mantienen relaciones de mercado con los países industrializados”.⁴⁰ Ergo, hay un elemento nuevo, no previsto en la definición vista anteriormente de subdesarrollo, que sería justamente la necesidad de mantener relaciones de mercado con los países industrializados. Este elemento parece corresponder a la caracterización de la “periferia”. Existen pues, superposiciones entre los tres juegos de conceptos que se analizan y su diferenciación no sería tan clara como postulan los autores. De ser consecuentes con la definición presentada, no habría países o regiones que no pudieran ser ubicados en el *continuum* desarrollo-subdesarrollo por cuanto, estén o no vinculados al mercado mundial, sería posible establecer el grado de diferenciación de su economía. Puede sostenerse, en cambio que hay casos en los cuales un país o región no se encuentra incorporado al mercado y, por tanto, no ocupa una función central o periférica en el sistema capitalista mundial. Sin embargo, podría argüirse que hay prioridad en los criterios. De ser así, la dicotomía desarrollo-subdesarrollo sólo tendría sentido para aquellos países que mantienen relaciones con el mercado internacional.

Para concluir convendría sintetizar lo que parecen ser dos posturas básicas opuestas entre los críticos. Mientras unos, de los que serían ejemplo González Casanova y Frank sostienen que la carga última e irreversible del desarrollo (tanto mundial, como nacional) queda en las zonas más deprimidas del mundo (y del país que se tome en consideración), otros —como Cardoso— estiman que no es así. Los primeros ligan estrechamente dependencia y subdesarrollo y, asimismo, no ven posibilidades de que haya desarrollo (capitalista) sin su concomitante subdesarrollo. La explotación para ellos no es sólo entre clases, sino también entre regiones.

Pero alternativamente, es posible encontrar autores que no aceptan tal postulación y creen posible la existencia de un “desarrollo dependiente”. En definitiva, esas zonas deprimidas no son las que producen el excedente de que se

³⁹ Cardoso, *Política e desenvolvimento...*, pp. 65-66.

⁴⁰ Cardoso y Faletto, *op. cit.*, p. 22.

apropian los grupos sociales dominantes. Por el contrario, se trataría de regiones y grupos humanos marginales al sistema capitalista, pero que no cumplen funciones en el mantenimiento de éste.

VI. EL PROBLEMA POLÍTICO Y EL ESTADO

1. *Centralidad de lo político*

Para la orientación "crítica" las sociedades capitalistas actualmente desarrolladas no pueden ser tomadas como modelo. Hay variadas razones, de las cuales cabe citar dos en este momento. Una es que para gran parte de los críticos tales sociedades son el condicionante negativo de las latinoamericanas, provocando el subdesarrollo de éstas; otra, que por razones ideológicas —el punto de partida marxista— son inaceptables como paradigma. Podría pensarse que, dada la concepción de las relaciones internacionales que sustentan los críticos, el problema político y el Estado pasan, por completo, a segundo plano. Sin embargo, nada más errado que esa conclusión.

Aun en las versiones más mecanicistas de la teoría de la dependencia se supone que ésta puede superarse por una revolución social que implante el socialismo o, al menos, un capitalismo de Estado. Florestán Fernandes admite estas dos posibilidades; Frank sólo la primera. Vale decir que pese a aceptar que las sociedades latinoamericanas son un simple subproducto de la expansión del capitalismo, afirmar que América Latina debe liberarse y se liberará. La tesis no es contradictoria con sus supuestos porque se cree, justamente, que el sistema capitalista se encuentra en crisis en todo el orbe y que camina, más o menos rápidamente hacia su ruina definitiva. Por otra parte, se agrega a esta consideración, la idea de que existe en las sociedades latinoamericanas la voluntad política de liberarse y que ésta terminará, también, triunfando sobre los obstáculos que se le oponen.

Condiciones externas e internas conspiran para que, en un plazo más o menos breve las sociedades latinoamericanas cristalicen su proceso de liberación que consiste, por último, en la implantación de una sociedad socialista.

Dada esta manera de ver, el problema político se vuelve tanto o más crucial que para la orientación "científica". Ya no se trata de averiguar cuáles son las condiciones de un desarrollo político, concebido como un proceso de gradual pero siempre creciente democratización, sino de determinar cuáles son las condiciones de la revolución. Estas no se reducen solamente a la caída del capitalismo en el mundo, sino que es necesario descubrir la existencia de grupos capaces de contribuir a ella, en América Latina.

Para los "críticos" que reconocen a las sociedades latinoamericanas cierta capacidad de reacción o, si se quiere, cierta autonomía, el problema político y la función del Estado es, si cabe, más importante todavía. Para algunos de ellos la única salida posible es, como en el caso anterior, el socialismo y su

advenimiento está determinado, en la misma forma, por la caída del sistema capitalista mundial y por una voluntad política interna que lo impondrá. Para otros, que piensan que el capitalismo está lejos de encontrarse agotado, puede ocurrir que nuevas modalidades del sistema se den en América Latina e incluso algunos discuten sobre si se dará o ya se está dando la "revolución burguesa" en el continente; una "revolución burguesa" con caracteres muy específicos y completamente diferentes a los que tuvo en los países de desarrollo originario.

Como se ve, en todos los casos, el problema político tiene un papel central. Más aún, es corriente que los adeptos a la orientación "crítica" reprochen a los "cientificistas" el haber ignorado su importancia o haber errado gravemente sobre su significación. El primer reproche es, como se ha visto, injustificado; el segundo, deriva de una manera muy distinta de concebir el problema. Si es cierto que la lucha de clases adquiere en la orientación "crítica" un papel del que por cierto había carecido en la científica y que, a través de ella, el sentido del problema político y de la acción del Estado cambian, también, completamente.

Las interpretaciones de la cuestión dentro de la tendencia "crítica" son, como ya se dijo, muy variadas. Todas coinciden, sin embargo, en la búsqueda de aquellos grupos sociales que podrían ser los soportes de la gran transformación que liberará a las sociedades latinoamericanas, sea el proletariado, las masas marginales o los campesinos.

2. El "enfoque político"

Pero en la corriente crítica no sólo es posible encontrar preocupación por los temas políticos, lo que es patrimonio común de todos los autores, sino que también es posible ver que algunos de ellos adoptan un "enfoque político", contraponiéndose de alguna forma a los que acentúan la importancia de los factores estructurales.

De la misma forma que en la sección anterior se mostró esquemáticamente cómo los autores más "estructuralistas" conciben los elementos que consideran centrales para su análisis, a continuación se presentará someramente la forma en que los "políticos" describen su perspectiva.

Para ellos la sociedad es el producto de la actividad humana,⁴¹ concebida como una conducta dotada de sentido; "sentido" que los agentes sociales atribuyen a su propia acción o a la acción de los otros con los cuales interactúan o bien el que descubren los sociólogos en la trama de las interacciones humanas. Como se ve, se trata de un dato *verificable* y no de un fin último, trascendente a la propia naturaleza y actividad humana.⁴²

Sin embargo, este énfasis que se pone en la importancia de la representación de los resultados posibles de su propia acción por el agente, no debe con-

⁴¹ Cf. Fernando H. Cardoso y Octavio Ianni, *Homen e sociedade* (São Paulo, Companhia Editora Nacional, 1972, 5a. edición), p. 6.

⁴² *Ibidem*, p. 15.

fundirse con idealismo. El "sentido" que se atribuye a la acción no es producto de una conciencia que actúa en el vacío, sino que surge en circunstancias bien determinadas. Los fines y las motivaciones del comportamiento dependen "de condiciones generales objetivas (naturales y sociales) que regulan la emergencia de formas determinadas de orientación subjetiva de las acciones humanas".⁴³ Es decir, que sólo es posible aprehender el sentido real de las acciones y relaciones humanas en el seno de una sociedad dada y conociendo la situación estructural en la cual esos actores sociales deben actuar, ya que ella fija los parámetros en los que se ubican las opciones posibles en cada momento. Esa situación estructural, a su vez, está dada por el medio ambiente, por la cristalización de las acciones llevadas a cabo en el pasado por esos mismos u otros actores sociales y por las interrelaciones de los grupos al perseguir sus intereses. Así se descubre el *hilo de continuidad* que existe en la historia y que permite ir enhebrando en él una etapa y la que le sigue, por encima de los grandes cambios que marcan la transición de una a otra y que podrían mostrarse como cortes en el proceso histórico.

Podemos decir, entonces, que en esta perspectiva los condicionamientos estructurales sólo limitan el espectro de *políticas alternativas* entre las que pueden optar los grupos de acuerdo a sus propios intereses. La opción concreta, la elección y puesta en práctica de una de esas políticas, depende totalmente de la correlación de fuerzas existentes. Y debe recordarse que una vez que esa política se lleva a la práctica, se transforma en un "dato de la situación", tan fundamental como el condicionamiento derivado del mercado internacional, pasando también a limitar las posibles opciones entre las que deban elegir los actores sociales en la coyuntura siguiente.⁴⁴

Para llevar a la práctica los proyectos de dominación con los que tienden a defender sus propios y específicos intereses, los agentes sociales necesitan constituirse en "fuerzas sociales", lo que se logra mediante *alianzas políticas* con otros grupos sociales.

Estas alianzas son esencialmente inestables. Los grupos que las componen no están en igualdad de fuerzas, lo que permite que uno de ellos adopte una posición hegemónica e imponga unos objetivos, un encadenamiento de las etapas y una selección de los medios para el logro de los objetivos, que le sean más favorables. Es decir, que existe una pugna interna a la alianza, que se resuelve según la capacidad real de los grupos coaligados. Pero esa pugna conduce a cambios en los objetivos y, por tanto, a una redefinición de los sistemas de alianzas, al reagrupamiento de los actores sociales. Como es obvio, las posibilidades de constituir alianzas de los reagrupamientos consiguientes, están limitados estructuralmente por las posiciones que los grupos mantienen en la situación social concreta. Pero también es cierto que la dinámica social va redefiniendo, a cada momento, esos límites estructurales, creando así nuevas posibilidades de acción para los grupos implicados.⁴⁵

⁴³ *Ibidem*, p. 16.

⁴⁴ Véase, F. H. Cardoso, *Política e desenvolvimento em sociedades dependentes*, pp. 80 ss.

⁴⁵ Véase F. H. Cardoso, "Empresarios industriales y desarrollo nacional en Brasil", en *Revista Paraguaya de Sociología*, núm. 10, pp. 113-114.

El impulso para el cambio social está dado, entonces, por la interacción (relaciones de colaboración y de conflicto, alianza y enfrentamiento) entre los "agentes sociales" (grupos y clases) que, insertos en posiciones diferentes en la situación social concreta, tienen intereses y valores distintos y luchan entre sí por imponer a los demás la forma de dominación que les es propia, asegurándose las formas de control y organización de la producción y el consumo.⁴⁶ Este control es la mediación entre el "impulso de desarrollo", concebido como lucha entre grupos con intereses opuestos, y el "resultado del desarrollo", o sea, el tipo particular de sociedad creada.⁴⁷

El mercado (al que se le da un sentido político) es el ámbito en el cual se relacionan los grupos de la sociedad entre sí y con los de otras sociedades. Los modos que adopta dicha relación son particulares y específicos y establecen los límites estructurales de las posibilidades históricas de cambio.

VII. LAS SITUACIONES ESTRUCTURALES BÁSICAS Y SU SUCESIÓN

Si bien hay un consenso más o menos grande en la periodización de la historia latinoamericana, es cierto también que pueden encontrarse diferencias entre la forma que plantean el punto los diversos autores. Ello hace conveniente presentar por lo menos dos de esas perspectivas. En primer lugar se delinearé esquemáticamente la caracterización elaborada por Cardoso y Faletto y desarrollada más extensamente por el primero, y luego se hará lo mismo con los "patrones de dominación externa", tal como aparecen en los escritos de Florestán Fernandes.

1. *Dominación colonial o dependencia. Enclave o control nacional del sistema productivo*

Para Cardoso y Faletto, la situación de dependencia asume dos formas típicas, según que el control del sistema de producción y de distribución esté en manos de grupos sociales de origen nacional o se haya constituido bajo la forma de un enclave. En el seno de cada una de esas dos situaciones estructurales, el papel de los diferentes actores sociales tiene variaciones considerables. Esto conduce a analizar las situaciones históricas específicas que se van dando en cada una de esas etapas históricas por las que atravesaron los países latinoamericanos y, al mismo tiempo, las condiciones y las formas de actuación de los agentes sociales de cambio y de conservación.

Las dimensiones básicas que permiten efectuar la distinción de esas situaciones estructurales básicas serían, por un lado, el medio ambiente, es decir, las características geográficas y climáticas de la región en la que se encuentra inserto

⁴⁶ Cardoso y Faletto, *op. cit.*, p. 21.

⁴⁷ F. H. Cardoso, *Empresarios industriales e desenvolvimiento económico*, p. 72.

el país en estudio, que fija los condicionantes más generales a las posibilidades de desarrollo de esa unidad nacional. También habría que considerar las características del *mercado mundial* y la función en la que se inserta esa unidad nacional: así puede entrar como centro o como periferia productora de materias primas. Además, según el momento en que dicha conexión se realiza, las características del mercado serán notoriamente diferentes. No es lo mismo que predomine el capitalismo mercantil, a que lo haga el industrial o el financiero; que adopte formas competitivas o monopolistas; que el centro hegemónico sea Gran Bretaña o los Estados Unidos. Asimismo, las opciones asumidas en el pasado por los agentes sociales se convierten, desde el momento en que son puestas en práctica, en "datos" de la situación, que van cerrando caminos que hasta ese momento eran viables y abriendo nuevos, poniendo a esos mismos agentes o a otros, ante nuevas opciones, por las que realizar los proyectos que mejor se acomoden a los intereses que defienden. Esas viejas opciones establecen formas de distribución del poder en la sociedad y legan instituciones adecuadas a su mantenimiento. Se fija de ese modo una determinada manera de organizar el sistema productivo y, especialmente importante en el caso de los países periféricos, de organizar el sector externo de esas economías.

Los países latinoamericanos aparecen incorporándose al mercado mundial en calidad de periferia productora de materias primas, lo que establece los parámetros fundamentales de su situación. Teniendo en cuenta las dimensiones vistas anteriormente, pueden distinguirse algunas etapas básicas de la historia de América Latina.

*El período de la dominación colonial.*⁴⁸ Este período se distingue de los ulteriores por un rasgo esencial. Durante su vigencia el proceso por el cual los grupos dominantes metropolitanos imponen sus decisiones a la población colonial "puede darse como pura violencia y sin que internamente se produzcan lealtades de los nativos para con sus colonos".⁴⁹ Obviamente, los problemas políticos que se dan en ese período resultan diferentes de los que caracterizarán la aparición del estado nacional.

Durante el período colonial se produce la apropiación de los factores básicos para la acumulación de capital (tierra), lo que es el fundamento objetivo del poder de esos grupos que se constituyen en clase dominante.

En esa etapa, que se desarrolla teniendo como centros hegemónicos a España y Portugal y en un régimen capitalista de tipo mercantil, pueden detectarse tres situaciones determinadas por la base económica de producción que impone la dominación colonial. Puede hablarse entonces de colonias de población, colonias de explotación y reservas inexploradas.

El período de la dependencia "nacional". El desarrollo hacia afuera. Ante

⁴⁸ "A mi modo de ver, la distinción entre situación colonial y dependencia nacional siempre fue clara y básica: una parte considerable del ensayo sobre *Dependencia y desarrollo* se estructuró a partir de esta diferenciación. Por lo tanto, aunque pueda aparecer en el texto alguna referencia a la 'dependencia colonial', la confusión es meramente nominal, pues ambas situaciones son caracterizadas de manera inequívoca y distinta". Véase F. H. Cardoso, "Notas sobre el estado actual de los estudios sobre dependencia", en *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, núm. 4 (diciembre de 1972), p. 17, nota 8.

⁴⁹ Cardoso, *Política e desenvolvimento...*, p. 53.

todo debe destacarse la redundancia que existe en la designación de esta nueva etapa del proceso histórico latinoamericano. Se habla de "dependencia" y se cree necesario adjetivarla con la expresión "nacional", cuando —como puede verse en las palabras de Cardoso transcritas en la nota anterior— sólo habría dependencia cuando existe estado nacional.

La independencia política tiene diferentes características y orígenes en cada tipo de región colonial. En algunos casos es obra de ciertos sectores de la vieja clase hegemónica, caracterizados por poseer la capacidad necesaria para poner en funcionamiento un régimen de producción racional capitalista. En otros casos, en cambio, la independencia no es más que el resultado del debilitamiento de la potencia colonial que no puede seguir haciendo frente a sus compromisos de ultramar.

En un principio, grupos locales controlan el aparato productivo de las nuevas naciones. Más tarde, sin embargo, hay procesos de "enclavización", dando lugar a dos situaciones básicas de crecimiento hacia afuera, según que los grupos nacionales consigan mantener el control que ejercían o lo pierdan frente al capital extranjero.

En las economías dependientes con control nacional del proceso productivo, el nuevo grupo dominante, supuesta la existencia de un producto de exportación, debe lograr nuevas alianzas con el polo hegemónico y, paralelamente, establecer un "orden interno" que haga viable su control del aparato productivo. Para ello creará un aparato administrativo y monopolizará el ejercicio de la violencia constituyendo un ejército. Se aliará con las oligarquías regionales utilizando el latifundismo de baja productividad que es la base económica de éstas, cerrando así el acceso a la tierra de gran parte de la población y disponiendo, por consecuencia, de mano de obra barata para el sector de exportación.

Cabe recordar que tal proceso se da bajo la hegemonía inglesa, caracterizada por un capitalismo comercial competitivo, no autárquico, que estableció relaciones de complementación entre la producción industrial de la economía central y la agraria, de la periferia, para la que éstos contaban con ventajas comparativas.

El control nacional sobre el sistema productivo tiene las siguientes consecuencias principales:

a] Las decisiones de inversión son el fruto de deliberaciones internas, que influyen sobre la expansión o retracción de la producción exportadora, ya que los estímulos al mercado nacional dependen de "políticas nacionales" relativas a los productos de exportación;

b] el proceso de circulación del capital tiene su punto inicial y su punto final en el interior del sistema económico periférico. El capital se forma mediante la explotación de mano de obra disponible y la ocupación de la tierra. Todo ello contribuye al fortalecimiento de los grupos dominantes locales.

Sin embargo, el control del centro se aseguraba tanto por la vía financiera, como aprovechando las ventajas derivadas de la comercialización y del sistema de transporte.

Economías de enclave. La segunda situación básica que se dio en la etapa de

desarrollo hacia afuera es la propia de los países cuyo sector exportador cayó bajo el dominio del capital extranjero. El sector "enclavado" se constituye como una prolongación directa de la economía central, tanto en lo que tiene relación con las decisiones de inversión, ya que éstas dependen de la metrópoli, ante la debilidad de las fuentes locales de formación de capital, como también en lo relativo al proceso de circulación del capital, que comienza y acaba en la economía central, luego de "pasar" por la periferia, donde sólo queda la parte correspondiente a impuestos y salarios del personal local. No existen, por tanto, relaciones necesarias entre el enclave y la *economía* local (sector de subsistencia o sector agrícola vinculado al mercado interno), pero sí con la *sociedad* local, ya que las condiciones de la concesión de los enclaves dependen del sistema de poder vigente en la sociedad.

En *Dependencia y desarrollo*, Cardoso y Faletto describen la situación de enclave de manera tal que pareciera omitirse la consideración de los aspectos puramente internos a la economía dependiente. Se acepta la versión "desde afuera", reduciéndose la participación de los grupos sociales internos meramente a una reacción frente a la presencia del enclave. No se analizan adecuadamente las relaciones entre los diversos grupos al interior de la sociedad dependiente y, consecuentemente, no es posible explicar las importantes diferencias que se dieron entre diversos países donde el enclave fue base de la economía. Así, no cabe duda que el proceso social chileno siguió caminos muy diferentes al boliviano. Ambas sociedades, sin embargo, aparecen incluidas en la misma situación básica y la omisión de poner énfasis en las características de los grupos sociales y su actuación en cada una de ellas, impide encontrar la diferencia específica que las distingue. Analizando la forma de constitución y actuación de las respectivas clases dominantes, así como sus proyectos y actuaciones concretas, tal vez sería posible explicar la forma en que enfrentaron la penetración de los capitales extranjeros constituyentes del enclave.

En cambio, Cardoso en *Política e desenvolvimento em sociedades dependentes* supera en parte las críticas precedentes al distinguir dos situaciones de enclave. En un caso, éste se constituye cuando ya existía un sector exportador controlado por un grupo dirigente autóctono, que había adquirido experiencia en el cumplimiento de funciones tanto políticas como económicas. En el otro, el sector exportador es organizado directamente por capitales externos, dejando como única base de sustentación de los grupos locales, la estructura agraria escasamente diferenciada. Mientras en la primera situación la capacidad económica de los grupos dominantes internos les dará la fuerza necesaria para negociar las concesiones con el enclave, en el segundo caso esa fuerza sólo derivará de la capacidad para establecer el orden interno, mediante el ejercicio de la violencia.

Ya sobre fines del siglo XIX, las modificaciones del sistema capitalista habían dado lugar a la sustitución de metrópolis. Comenzaba la era del predominio norteamericano y de la monopolización y "cartelización" de las grandes empresas que se expandían fuera de sus países de origen. Las características excepcionales de la economía norteamericana, no sólo con un enorme potencial industrial, sino también con una producción minera y agropecua-

ria que la vuelve prácticamente autosuficiente, produce una alteración sustancial de las relaciones entre el nuevo centro y la periferia mundial. Como recuerda Cardoso,⁵⁰ las consecuencias se hacen sentir en varios sentidos: a] se produce la marginalización de la periferia con respecto al centro, y algunas economías pierden buena parte de la importancia que tuvieron en la etapa anterior (así por ejemplo, Uruguay y Argentina), ya que no pueden seguir cumpliendo el papel de complemento agropecuario del centro industrial. Ello no obstante, cabe recordar que las economías periféricas, como las mencionadas, que ya se habían incorporado al mercado mundial, pudieron en alguna medida y no sin dificultad, mantener cierta participación en él. En cambio, las regiones que hasta ese momento no se habían integrado, ya no tendrían posibilidades como las aprovechadas por aquéllas. El centro hegemónico podía abastecerse sin recurrir a ellas; b] la dinámica del capitalismo internacional organizó las relaciones con la periferia de una manera diferente a la que se daba bajo la hegemonía inglesa. Las inversiones del centro dejaron de limitarse al sistema de transportes y a actividades de comercialización, para ocuparse también en los sectores productivos. Incluso la propia producción agraria de los países periféricos que participaban más activamente en el mercado mundial, se organiza bajo la forma de enclaves; c] la elevación de las exigencias tecnológicas de la producción capitalista, principalmente en la minería, limitó las posibilidades de acumulación autónoma de capital en la nación periférica. Son justamente los países que tienen su base económica en la industria extractiva, los que ejemplifican más cabalmente la formación de economías de enclave en el siglo xx, como es el caso, de Venezuela, por ejemplo.

Período de transición. Como se ha visto, el crecimiento hacia afuera abarcó un extenso período de la historia latinoamericana, que puede situarse entre mediados del siglo xix y la tercera década del actual. No fue, sin embargo, un período estático, ya que durante su transcurso se dieron modificaciones importantes en el seno de las unidades nacionales, creándose así las condiciones básicas para que a partir de la última fecha mencionada y merced a los profundos cambios que por entonces sufrió el sistema capitalista internacional, surgiera una nueva forma de crecimiento y desarrollo de estas economías. Las economías dependientes se beneficiaron de la expansión de la demanda externa lo que posibilitó tanto la creación de nuevos sectores productivos, relacionados directamente con la actividad exportadora, u organizados para atender el consumo interno de los grupos sociales subordinados, y muy principalmente, la capitalización de la economía exportadora, lo que se tradujo en la intensificación de la división social del trabajo. Pero, como es obvio, estos procesos no tuvieron las mismas características en todos los países.

Las dos variables que dan cuenta de las diferencias que pueden encontrarse en las dos modalidades básicas de dependencia señaladas anteriormente (control nacional del proceso productivo y enclave) son el grado de diferen-

⁵⁰ Cardoso, *Política e desenvolvimento...*, p. 61.

ciación económico-social de las actividades exportadoras y las formas de relación entre el sector exportador y la producción local.⁵¹

A partir de tales criterios pueden caracterizarse las formas que asume la transición en los dos tipos de economía reseñados.

i] Cuando el aparato productivo se encuentra bajo el control de grupos nacionales, el modo capitalista de producción no queda reducido sólo al sector exportador, sino que su influencia se extiende paulatinamente al resto de la economía, generándose mercados urbanos, que actúan como polos de crecimiento, diferentes pero subordinados al buen éxito del sector exportador. En la estructura social, tiene lugar un proceso de diferenciación social bastante intenso, con la aparición de nuevos grupos (pequeños comerciantes, pequeños productores, técnicos, agricultores medios, etc.), que conforman los comúnmente llamados "sectores medios". También se da una ampliación de los sectores asalariados, tanto urbanos como rurales. Estos nuevos grupos se convierten rápidamente en actores sociales que presionan, a su vez, sobre la estructura de dominación, tratando de obtener beneficios.

A nivel político, se requiere el establecimiento de algún tipo de alianza que genere un *sistema de poder compartido*, en el que sean compatibles la hegemonía burguesa y los intereses de los nuevos grupos emergentes. Las alianzas posibles si bien no son ilimitadas, tienen una gama bastante amplia y muchas de ellas se dieron en diversos lugares del continente.⁵²

ii] En las situaciones de enclave, el proceso de transición tuvo características diferentes. En los casos extremos, estaba excluida la posibilidad de que se constituyeran grupos sociales capaces de desempeñar funciones económicamente importantes. Allí cobraba gran importancia el aparato estatal. Recuérdese que el Estado o, mejor dicho, los grupos hegemónicos internos por intermedio del Estado, llegan a diversos acuerdos con los grupos externos, respecto a la forma que asumirá la concesión y al monto del pago por dicha concesión que recibirá el país. Ello genera un conjunto de sectores medios "dependientes".

En la situación de enclave hay ciertos condicionamientos estructurales que hacen que la crisis política adopte características esencialmente diferentes del otro modelo. Ante todo, la rigidez del sistema de dominación vigente y la falta de vitalidad económica de las clases dirigentes internas hace muy difícil que puedan responder con suficiente flexibilidad a las presiones que se generan desde abajo. No hay posibilidad de ir atendíéndolas mediante la expansión y transformación gradual del *statu quo*.

Por ello, los cambios adoptan, en general, la forma revolucionaria, especialmente cuando los reclamos del proletariado del enclave se enlazan con las reivindicaciones patrióticas de los sectores medios.

La fase de la consolidación del mercado interno. La conformación del mercado interno, tal como ha sido descrita, alcanza una considerable expansión en los años 50. En las dos situaciones típicas ya vistas aparecerán formas de industrialización diferentes: mientras en un caso la dirección del proceso esta-

⁵¹ *Ibidem*, pp. 78-79.

⁵² *Ibidem*, p. 80.

rá en manos del sector agroexportador, de la burguesía empresarial y de los sectores medios y populares, en un sistema de poder compartido de corte "nacional-populista", en el otro será necesario que el Estado compense la debilidad del sector capitalista nativo, y emprenda un plan para la instauración de las bases de una industria nacional. Ciertas coyunturas de la situación mundial, como la crisis de 1929 y las guerras, crearán condiciones favorables para el desenvolvimiento de los gérmenes industriales existentes en algunos países.

Se da una contradicción bastante evidente entre las necesidades de acumulación de capital para acelerar el proceso industrializador y la presión redistributiva de las masas, que hará crisis al final de la etapa de sustitución fácil de importaciones. Los sectores industriales, necesitados de ampliar su base económica, recurrirán al capital extranjero, abriendo el camino a la etapa siguiente.

La internacionalización del mercado interno. Las diferencias entre las dos situaciones típicas anotadas para los casos anteriores, comienzan a perder relevancia ante la búsqueda de nuevos mercados por parte de los capitales extranjeros y al fracaso de los intentos hechos para mantener elevados ritmos de industrialización con control nacional.

Las nuevas pautas van mostrando un mercado urbano restringido, pero lo suficientemente importante en términos de la renta total, como para permitir una industria moderna. La estructura social, por su parte, se constituye cada vez más como parcialmente excluyente, mediante la escisión de los grupos y clases en un sector tradicional y otro moderno. La estructura política debe adecuarse a estos cambios a fin de facilitar la acción de las empresas monopolistas internacionales asociadas al sector capitalista moderno interno y conseguir, al mismo tiempo, contener las demandas de las masas. Los sectores excluidos son cada vez más numerosos, como consecuencia de la forma de industrialización intensiva en capital que no genera los empleos necesarios para ocupar a importantes sectores de la población.

2. Las pautas de dominación externa

En la perspectiva que adopta Florestán Fernandes, el problema de la dominación externa tiene una significación mucho mayor y consecuentemente, el campo de opciones posibles para los grupos sociales de las formaciones sociales dependientes se reduce. El devenir histórico de las sociedades latinoamericanas es descrito mucho más como el mero resultado del impacto que en ellas producen los cambios en el sistema productivo capitalista mundial, prestando escasa atención a las formas —diferentes, cambiantes— con que esos grupos conducen y distribuyen internamente las cargas de las sucesivas crisis.

Fernandes distingue cuatro fases. La colonial tiene un carácter capitalista innegable, pero es necesario colocarla "en su contexto estructural e histórico". "El elemento capitalista central de la economía colonial provenía del comercio colonial interno y externo, al cual imponía formas de apropiación y de

expropiación —y, por lo tanto de acumulación del capital— precapitalistas. El reverso del capitalismo comercial en América Latina, era un *sistema de producción colonial*, estructural y dinámicamente adaptado a la naturaleza y a las funciones de las colonias de explotación.”⁵³ En otras palabras, compare con Frank la idea del carácter capitalista de la sociedad colonial y como él la basa en el comercio, pero se separa completamente al sostener que la producción es precapitalista, rasgo que va a tener importancia hasta hoy en América Latina. El elemento capitalista del mercado colonial era impuesto de fuera adentro, pero esa imposición no alcanzaba a la producción propiamente dicha. Las formas de producción tenían fines económicos, pero no podían subordinarse a principios de organización puramente capitalistas. Esto se trasluce en la combinación de esclavitud, servidumbre y trabajo pago y en el mantenimiento de un régimen estamental. La sociedad no es feudal, pero tampoco es moderna, es decir, capitalista.

Las estructuras económicas y sociales de la sociedad colonial subsistieron después de la independencia. El control colonial, de tipo legal y político, fue sustituido por controles puramente económicos, manipulados desde fuera, a través de los mecanismos de mercado. Estos y otros fenómenos no se procesan de golpe, sino a través de un período más o menos largo de transición neocolonial que va desde la emancipación hasta la consolidación del poder económico, social y político de las oligarquías tradicionales. Coincide con la consolidación del capitalismo industrial en Europa y con la emergencia de un nuevo patrón de dominación externa. La transición neocolonial se concentra en torno del comercio de exportación-importación y la modernización cultural. Surge así una economía de mercado con dos polos dinámicos interdependientes, uno interno y otro externo, pero las estructuras coloniales precedentes no son destruidas. Por el contrario, las clases exportadoras carecen de interés en las transformaciones por cuanto ellas tendrían un costo muy alto.

La tercera fase es una consecuencia de la reorganización de la economía mundial provocada por la revolución industrial en Europa. “En verdad, el neocolonialismo... tuvo una función importante en la dinamización de la revolución industrial. Fue una fuente... de acumulación del capital en los países europeos, especialmente en Inglaterra y originó diversos mercados nacionales en crecimiento puestos bajo reserva, vitales para el desarrollo del capitalismo industrial.”⁵⁴ Es la fase que puede llamarse del “imperialismo restringido” y que Fernandes parece a veces designar como de capitalismo maduro. Las influencias externas alcanzan todas las esferas de la economía, de la sociedad y de la cultura, no solamente a través de los mecanismos indirectos del mercado mundial como en la anterior, sino también merced a la incorporación masiva y directa de algunas fases de los procesos básicos del crecimiento económico y del desarrollo socio-cultural. “Así, la dominación externa volvióse imperialista y el capitalismo dependiente surgió como una realidad histórica en América Latina.”⁵⁵

⁵³ *Capitalismo dependiente e classes sociais na América Latina*, pp. 47 y 48.

⁵⁴ *Ibidem*, p. 16.

⁵⁵ *Ibidem*.

El cuarto patrón de dominación externa, la fase actual, habría surgido recientemente, implicando un imperialismo total. "El rasgo específico del imperialismo total consiste en el hecho de que organiza la dominación externa desde adentro y en todos los niveles del orden social, desde el control de la natalidad, la comunicación y el consumo de masas, hasta la educación, el trasplante masivo de tecnología o de instituciones sociales, la modernización de la infra y de la superestructura, los recursos financieros y de capital, el eje vital de la política nacional, etc."⁵⁶ Este sistema organiza la explotación y la superexplotación en beneficio de los agentes hegemónicos internos y externos que se reparten el excedente. Pero "son los dinamismos externos, que 'deciden' las transformaciones decisivas" y se produce "una permanente desnacionalización" del crecimiento y del desarrollo.⁵⁷

Este patrón, que el autor califica a veces de capitalismo "salvaje", lleva consigo la superexplotación y la sobreapropiación. A veces Fernandes parece sugerir que estos hechos son una consecuencia ineludible de la necesidad de repartir los excedentes entre los "socios hegemónicos". Es evidente, que no tiene por qué serlo. Podrían, teóricamente, repartirse el mismo excedente. Más bien, la razón de la superexplotación estaría en la internacionalización de la dominación externa. Cierta dificultad subsiste, sin embargo, porque para Fernandes, el capitalismo no se realiza plenamente ni siquiera en la fase del imperialismo total. El orden social competitivo sólo posee eficacia parcial, porque lo característico es que, en todas las fases o patrones de dominación se conserven rasgos de las anteriores y, aún hoy, continúan existiendo formas económicas, sociales y culturales precapitalistas que interfieren en el mercado capitalista propiamente dicho. Esta convicción tiene tal fuerza, que el autor siente la necesidad de defenderse ante la posibilidad de que su descripción interpretativa sea considerada dualista. Afirma que no lo es. "El capitalismo dependiente genera, al mismo tiempo, el subdesarrollo económico y el subdesarrollo social, cultural y político. En ambos casos, él une lo arcaico a lo moderno y suscita sea la arcaización de lo moderno, sea la modernización de lo arcaico."⁵⁸

Para Fernandes, pues, el dualismo en alguna forma existe; formas precapitalistas subsisten en las economías latinoamericanas, "la conjugación de estructuras arcaicas y de estructuras modernas simboliza, así, una doble impotencia: de romper totalmente con el pasado y de eliminar los vínculos de subordinación en el plano internacional".⁵⁹ Lo que ocurre es que no hay dualismo en el sentido de otros autores porque el capitalismo dependiente unifica lo arcaico y lo moderno, hace de ambos, partes esenciales de su funcionamiento.

Esta manera de ver plantea varios problemas. Uno es el de las causas por las cuales el capitalismo dependiente no amplía su explotación o superexplotación capitalista a toda la producción, puesto que, en ese caso, parecería que

⁵⁶ *Ibidem*, p. 19.

⁵⁷ *Ibidem*, p. 79.

⁵⁸ *Ibidem*, p. 61.

⁵⁹ *Sociedade de classes e subdesenvolvimento*, p. 85.

el excedente a repartir entre los "socios hegemónicos" sería mucho mayor. Fernandes que niega expresamente la hipótesis del ejército de reserva y parece creer que las formas arcaicas continúan siendo un medio de acumulación absorbido por el sector moderno, hipótesis que se vincula con las que se analizarán al tratar el colonialismo interno en la parte III. En definitiva la solución no es tal, sino que reitera el problema más de lo que lo resuelve. Si las formas arcaicas o precapitalistas de acumulación fueran sustituidas por un capitalismo que dominara todo el espacio económico nacional ¿no sería más grande el excedente a repartir?

Por otro lado, se abre una cuestión interesante. Si lo "no capitalista" es puramente pasivo, no se entiende por qué resiste a la penetración del capitalismo; si lo hace, ¿no hay algo independiente dentro de la dependencia?

La tercera cuestión consiste en explicar cómo puede, en una perspectiva marxista, el precapitalismo ser un soporte del capitalismo, como lo afirma Fernandes, lo que no puede confundirse con el problema de los límites de penetración del capitalismo. Este podría no cubrir la totalidad del espacio económico, como lo sostienen algunos autores marxistas, pero no porque necesitara el soporte de las formas precapitalistas, sino por otras causas.

Sea cual fuere la respuesta a estos problemas, para Fernandes el capitalismo dependiente se desarrolla exagerando cada vez más algunos rasgos, como las grandes desigualdades en la distribución del ingreso, el peso de monopolios injustificados, la consolidación y renovación de barreras sociales. El peso de la dependencia externa, como ya se ha visto, también ha aumentado. La convicción del autor en este aspecto es de tal naturaleza que parece haber una oscilación en su pensamiento. Aunque, en muchas ocasiones, destaca el papel de los factores internos lo presenta de tal modo que tiende, cada vez más, a presentar la dependencia como una causa que termina arrasando, si se puede usar la expresión, con todo. Una frase, entre muchas otras, bastaría para probarlo y por eso merece ser citada: "En consecuencia, el proceso de modernización iniciado bajo el influjo y el control de los Estados Unidos, *aparece como una rendición total e incondicional*, propagándose por todos los niveles de la economía, de la seguridad y de la política nacionales, de la educación y de la cultura, de la comunicación de masas y de la opinión pública y *de las aspiraciones ideales con relación al futuro y al estilo de vida deseables*. Sólo algunos sectores, movidos por sentimientos políticos, intelectuales o religiosos, se opusieron a esa forma de recolonialismo. El 'sistema', es decir, las élites económicas, políticas y culturales están a favor de él, como la única alternativa para enfrentar la 'subversión', para luchar contra la 'corrupción' y para 'evitar' el comunismo..."⁶⁰ Pese a las resonancias que parece haber de la situación del Brasil, en la última parte de la cita, el autor aplica sus afirmaciones a toda América Latina. Sea cual fuere, entonces, la significación que los factores internos tuvieron en el pasado, ella ha disminuido de tal manera que, prácticamente, llega a desaparecer.

El desarrollo autónomo es, en esas condiciones, imposible. El capitalismo

⁶⁰ *Capitalismo dependiente*, pp. 23-24. Los subrayados son nuestros.

dependiente no tiene las condiciones para generar un orden social competitivo estable y dinámico, no puede hacer ni la "revolución dentro del orden", ni la "revolución contra el orden" sin negarse a sí mismo.

La teoría del capitalismo dependiente, plantea así de una manera nueva el problema que preocupaba al autor desde los comienzos de su obra, o sea, si es posible la formación de un orden social democrático y planificado y qué condiciones se requerirían para lograrlo.⁶¹ En el pasado ello parecía haberlo, dadas ciertas condiciones, que Florestán Fernandes exploraba más como internas que como externas. Si estas últimas han cambiado tan profunda y brutalmente, ¿cuál es el sentido que adquiere el dilema latinoamericano?⁶² Según Fernandes, los países latinoamericanos enfrentan dos realidades igualmente penosas, la situación de las estructuras internas y la dominación externa que impide la revolución nacional y la autonomía real. Los sectores sociales dominantes internamente están tan interesados como los externos en mantener una situación que beneficia a ambos. El capitalismo dependiente concentra cada vez más el ingreso en pequeñas minorías y deja desvalidas a las grandes mayorías. Fernandes, adhiriéndose a otras postulaciones, sostiene que el nuevo imperialismo es, todavía, más explotador. "El nuevo tipo de imperialismo y de hegemonía de los Estados Unidos transfiere al exterior la estimulación, orientación y control del proceso. El fardo de la acumulación del capital es cargado por los países latinoamericanos, pero sus efectos multiplicadores más importantes son absorbidos por las economías centrales que operan como centros dinámicos de apropiación de las cuotas mayores de excedente económico generado."⁶³ Pero, según el autor es imposible que el nuevo imperialismo tenga el mismo éxito que el antiguo. La afirmación nacional, la autonomía real y el desarrollo autosostenido ya no son posibles dentro del capitalismo privado. A esos fines sólo puede llegarse sea por una revolución dentro del orden que establezca un tipo nuevo de capitalismo estatal, sea por el surgimiento de un régimen de orientación socialista, que destruya el orden vigente. Esa "última alternativa considera la realización de las más altas pautas de la razón humana y la liberación real de América Latina. Sin embargo, ambas soluciones, podrían abrir nuevos senderos para la evolución latinoamericana hacia una historia de pueblos independientes y libres".⁶⁴

Esta interpretación considerada en el contexto de la obra de Fernandes merece algunas puntualizaciones. En primer lugar, el factor externo que en su obra anterior jugaba un papel más bien progresivo en cuanto impulsaba la desagregación del viejo orden social y la formación de una sociedad capitalista, lo que volcaba más bien la preocupación hacia los factores internos, aparece ahora no sólo como mucho más fundamental sino con un carácter totalmente negativo. En segundo lugar, el autor parece adherir a las postulaciones

⁶¹ La situación y papel de los agentes del desarrollo y de las clases sociales para Fernandes, son examinadas en el capítulo respectivo de la parte II.

⁶² Es el subtítulo que Fernandes usa para la última parte del trabajo sobre "Patrones de dominación externa en América Latina". Véase *Capitalismo dependiente*, p. 26.

⁶³ *Ibidem*, p. 30.

⁶⁴ *Ibidem*, p. 31.

más mecanicistas del problema de la dependencia externa, como se demuestra, además, por la aprobación con que cita la obra de Frank.

Lo que más importa, sin embargo, es que el itinerario intelectual del autor, que había comenzado afirmando esperanzas relativamente inmediatas del advenimiento de un régimen social más justo en América Latina, termina en sus últimos trabajos, en una versión sombría y en la esperanza de una redención de todas maneras lejana.

ALGUNAS REFLEXIONES CRÍTICAS SOBRE LAS INTERPRETACIONES DEL DESARROLLO LATINOAMERICANO

I. LA ORIENTACIÓN "CIENTÍFICA" Y SUS PROBLEMAS

1. *Unidad y divergencias*

Es fácil apreciar, a través de la exposición de los supuestos fundamentales y los temas principales de la orientación científica, que ésta envuelve una considerable complejidad en sus propósitos y en su realización. Está lejos de ser exacto el simplismo que con frecuencia ignora sus profundas variaciones internas. Ellas son tan abundantes que puede sostenerse muy bien que es falaz hablar de "una" orientación. Efectivamente, de no haber existido una corriente que, al contraponerse a ella, ha tratado de describir y someter a la crítica sus comunes denominadores, un historiador podría haber insistido más sobre las diferencias que sobre las similitudes.

Una reflexión sobre los problemas de inclusión de determinados autores en la corriente ilustra bien la veracidad de estas afirmaciones. Medina Echavarría puede ser y ha sido incluido en ella, porque compartió sus propósitos básicos, porque el tema del desarrollo económico, para él fundamental, forma el sustrato común de toda la orientación y por otras razones que surgen del texto. Sin embargo, su clara raíz weberiana, su preocupación por la historia en un sentido concreto, su apertura espiritual a las diferentes corrientes, lo ha llevado a plantear una serie de problemas que la orientación crítica ha recogido y, es probable que algunos de sus integrantes aceptaran gustosos la idea de que, en algunos de los sentidos del término, son discípulos de Medina. Desde ese punto de vista, Medina Echavarría que está en los orígenes de la nueva sociología en América Latina, se encuentra de alguna manera en la cruz de los caminos y tal vez debería ser considerado aparte. Además, muchos de los críticos no piensan ni en Medina ni en su obra cuando levantan la lista de censuras a la orientación científica. Pese a todo esto, que debe tenerse en cuenta y que demuestra, una vez más, la vieja verdad de que toda clasificación es arbitraria hasta cierto punto. Medina pertenece mucho más a la orientación científica que a ninguna otra.

Otro ejemplo podría encontrarse en las preocupaciones de Florestán Fernandes, quien en sus primeras obras representa claramente la orientación científica, mientras que en las posteriores a 1964 se afilia cada vez más claramente a la crítica, razón por la cual aparece tratado en ambas orientaciones.

Pese a las reservas anteriores, hablar de una orientación científica de ningún modo es caprichoso. Hasta 1960 pueden comprobarse muchas discrepancias en América Latina, pero existe una orientación común que reúne a todos y dentro de ella, comienzan sus trabajos muchos de los futuros "críticos". Ya se ha analizado esa unidad y las causas de su ruptura respecto a la naturaleza del quehacer sociológico y no es del caso volver ahora sobre el problema, sino entrar a considerar cuáles son los postulados comunes y las dificultades que enfrentan.

2. Los supuestos comunes: el modelo a alcanzar

En primer lugar, el proceso de desarrollo es concebido como el acercamiento de Latinoamérica al modelo ofrecido por las sociedades capitalistas desarrolladas. Existe una sociedad que puede denominarse de variadas maneras (tradicional, dualista, etc.) pero que, cualquiera sea su nombre, carece de todos o de algunos de los rasgos esenciales que presentan las sociedades desarrolladas. El desarrollo es el tránsito de las primeras, es decir, del subdesarrollo, a las segundas.

Si se comienza por el análisis del modelo, lo primero que llama la atención es que prácticamente todos los cultores de la orientación científica lo aceptan como tal, sea cual fuere su ideología política. Entre ellos existen algunos que se consideran socialistas y así lo proclaman, Florestán Fernandes, por ejemplo; la casi totalidad son partidarios de la implantación de una democracia con fuertes contenidos sociales, que disminuya las grandes desigualdades, que destruya las iniquidades principales de las sociedades latinoamericanas, que se acerque a un ideal de sociedad justa, todo lo que explica las fuertes resistencias que la orientación científica despierta en los medios de la derecha y los apoyos que obtiene en los de izquierda. No faltaría quien pudiera hoy decir que tales hechos demuestran que ni la izquierda ni la derecha de la época conocían a sus verdaderos aliados y enemigos, pero tal pretensión no invalidaría el hecho de la unanimidad alrededor del modelo, ni su independencia respecto a las ideologías personales de los cultores de la orientación científica, hechos ambos, que son de los que tienen más títulos para llamar la atención del sociólogo. ¿Por qué se produce tal combinación entre la ideología y la teoría proclamada? Existen varias razones. Algunos no creen en la posibilidad de implantar un modelo socialista en América Latina; otros piensan que tal modelo, aunque deseable, requiere, el previo funcionamiento de un régimen capitalista avanzado, tesis por cierto muy ortodoxamente marxista. Sobre la mayoría tienen una influencia considerable las ideas relativas a la convergencia de las sociedades industriales, socialistas y capitalistas, que empiezan a adquirir considerable predicamento en la época.

Con ser importantes todos estos factores para explicar la unanimidad sobre el modelo, existe una influencia intelectual común que lleva consigo el verdadero modelo, el que los integrantes de la orientación científica desean implantar. Esa influencia se llama Mannheim y ese modelo es el de la sociedad

democrática planificada. En Medina, como en Germani, como en Florestán Fernandes, la influencia que provocó la lectura de este autor puede encontrarse a cada paso cuando se habla del tipo de sociedad al que se quiere llegar.

Por eso cuando se dice que el modelo para la orientación científica son las sociedades capitalistas desarrolladas, se afirma algo erróneo si se entiende, como muchos "críticos" lo han hecho, que ese modelo está plasmado en las sociedades capitalistas desarrolladas tal como existe en Estados Unidos o en Europa. El verdadero modelo es una sociedad democrática de altísima participación y realización de la igualdad a través de la actividad de un Estado fuerte que utiliza como instrumento la planificación entendida como destinada a producir el cambio social profundo —del que la acumulación económica no es más que un aspecto— y la capacidad constante de absorber nuevos cambios.

El acercamiento al modelo lleva consigo, desde luego, una racionalidad creciente, que es la racionalidad del capitalismo, cuyo funcionamiento pleno se confunde, por último, con el desarrollo mismo. Sin embargo, pese a que la mayoría acepta la teoría de las etapas y se preocupa de estudiar con cierta minucia cómo ha sido y cómo será o debería ser el proceso de transición hacia el desarrollo, no acepta la idea de repetir las etapas del capitalismo clásico. Aunque sobre este punto existen variaciones entre los autores, todos le atribuyen al Estado una importancia y un papel que no tuvo, por cierto, en el capitalismo clásico y piensan que, sobre todo a través de su acción planificadora, las etapas podrán ser abreviadas e incluso saltadas.

Cuando se consideran estos aspectos resulta claro que el capitalismo tal como se da efectivamente en las sociedades desarrolladas proporciona a la orientación científica, tanto el modelo a adoptar, como el muestrario de los errores a superar. No hay por lo tanto, una apología del capitalismo existente como el mejor régimen posible, puesto que para nadie lo es y, en ese sentido, las atribuciones de conservadurismo cuando se dirigen a los grandes representantes de la orientación son falsas. Es en cambio cierto que, preocupados por el proceso global del desarrollo concebido como expansión de la racionalidad capitalista, imputan o tienden a imputar esa racionalidad a la sociedad global, lo que en gran parte deriva como consecuencia, pero también es una causa, de que se la imputen al Estado. Este es el gran hacedor de una racionalidad social que va más allá de las clases sociales, de los grupos de intereses, etc. En este punto, los críticos pueden alegar, con razón, que las racionalidades diversas y conflictivas de los diferentes grupos son ignoradas o que se minimiza su importancia en función de una racionalidad global cuyo instrumento de implantación es el Estado. Más aún, sin que el Estado sea solamente eso, en la orientación científica está siempre supuesta una muy vieja teoría política, el Estado como órgano de pensamiento de la sociedad, teoría cuyos avatares sería imposible considerar aquí, pero cuya presencia no se podría dejar de destacar.

3. *Los supuestos comunes sobre los puntos de partida*

Estas reflexiones y críticas sobre el modelo no deben hacer olvidar que pueden imputarse otras debilidades a la concepción de los puntos de partida. Al respecto existen concepciones bastante variadas. América Latina tiene una larga historia de independencia aunque sea formal, ha sido siempre parte integrante de la civilización occidental y europea y no puede confundirse ni con una sociedad primitiva ni con una sociedad tradicional sin más calificativos. De ahí los esfuerzos para determinar en qué consiste el subdesarrollo de América Latina, los postulados dualistas, las ideas de la asincronía o de la permeabilidad del orden tradicional, según los autores que se tomen en cuenta. Esta última, por su propia complejidad, se presta a muy diferentes tipos de análisis y por esa razón reaparece con ese u otros nombres en la orientación crítica. Sin embargo, en conjunto, no resulta demasiado clara la idea que la orientación científica se hace del punto de partida, de la sociedad tradicional si se la quiere llamar así. Y no es clara, porque por un lado razones de simetría del análisis y de influencia de las teorías sobre el desarrollo en boga en los países desarrollados, llevan muchas veces a hablar de sociedad tradicional, pero, por otra parte, la gran variedad de situaciones entre los países y dentro de los países hacen muy difícil usar un concepto puramente abstracto. Existe una indecisión, que se ha señalado muchas veces en la concepción del punto de partida, no sólo porque se puede negar legítimamente que exista una sociedad tradicional en América Latina, sino porque el concepto o no es aplicable o para que lo sea, hay que convertirlo en una abstracción que lo empuja totalmente como instrumento de análisis.

4. *Las unidades del análisis*

Del punto de partida al de llegada se supone la existencia de un proceso que ocurre en las unidades nacionales, que son, a los efectos del análisis, sus unidades, las sociedades globales. En su forma originaria, la orientación científica considera esas unidades separadas y ubicadas en diferentes puntos de partida, es decir, en diferentes hitos del proceso; pero el hecho de que unas y otras se encuentren en etapas o subetapas diferentes no influye sobre cada una de ellas. La industrialización es el primer motor para cada unidad y su advenimiento es considerado, prácticamente, como ineluctable. Solamente en fases tardías de la orientación científica, cuando la influencia del tema de la dependencia actúa incluso sobre ella, la preocupación se orienta hacia el contexto internacional, no ya como modelo sino como fuerza actuante. Sin embargo, desde el principio algunos elementos estaban contenidos en la preocupación por las pautas de consumo, etc., en las que los sociólogos reproducían a los economistas.

5. *La estratificación de naciones*

La teoría de un sistema estratificado de naciones que es, de algún modo, una manifestación tardía de la orientación científica es perfectamente compatible con la concepción del desarrollo que se acaba de describir. En este caso, el subdesarrollo significa ascender en un sistema de estratificación, que permite esa movilidad porque adquiere la configuración de un sistema de clases y no de castas, para ocupar posiciones cada vez más altas, pero cuyo rango y atributos ya se encuentran definidos por las que actualmente las ocupan. A diferencia de los planteos primigenios de la orientación, esta teoría parece más proclive a aceptar como modelo a las sociedades actualmente desarrolladas tal como existen de hecho. Por otra parte, si el sistema de naciones se concibe como estratificado en clases, la idea central es la del influjo de las que ocupan posiciones más altas en el sistema sobre las que están en los lugares más bajos, transmitiéndoles un sistema de aspiraciones y de pautas de consumo que no están en condiciones de satisfacer dada la debilidad de su base productiva. Pero la idea de una lucha en el interior de ese sistema de clases, de una coerción, está prácticamente ausente porque lo está de la teoría de la estratificación en que se basa el esquema. Esta es una de las razones básicas por la que constituye un grueso error creer que la teoría del sistema de estratificación internacional es una forma de la teoría de la dependencia, como lo han hecho algunos de los cultores de aquella y, más curiosamente aún, algunos que bajo el nombre de teoría de la dependencia han expuesto los mismos postulados. En todas sus formas, la teoría de la dependencia supone una rai-gambre marxista que se encuentra ausente por completo de la versión "científica" de una estratificación internacional. Para la primera es esencial la noción de una lucha que debe unir a las clases internas de las naciones subdesarrolladas lo que tampoco se da en la otra teoría y el objetivo de esa lucha no es ascender en el sistema existente sino terminar con él.

6. *Teoría y valores*

Las consideraciones anteriores demuestran que, pese a todos los esfuerzos por suprimir los juicios de valor, existen ciertos supuestos ideológicos en la que se ha llamado orientación "científica". No consisten tanto en una concepción procapitalista o prodesarrollista acrítica, como muchas veces se ha dicho, porque tales defectos están ausentes de sus propulsores más destacados, aunque puedan encontrarse en los menores. Estriban más bien en una cierta mezcla entre lo fáctico y lo deseable que parece inescapable en la idea del cambio social concebido como desarrollo. La idea del desarrollo es la hija perfectamente reconocible, aunque haya cambiado su nombre, de la idea del progreso y una y otra vez, vuelve a enfrentarse a las mismas dificultades que ésta había encontrado.

7. Los rasgos básicos del análisis

En la orientación "científica", generalmente, una concepción económica del desarrollo es considerada como válida y se trata de determinar cuáles son sus supuestos en cuanto a la estructura y funcionamiento de la sociedad. Si no se emitiera ningún juicio sobre la validez de la concepción económica en cuestión e igualmente se tratara de desentrañar aquéllos se estaría en presencia de un ejercicio que consistiría meramente en determinar tales supuestos, no importando a esos efectos si, articulados entre sí, formaban la imagen de una sociedad existente o inexistente, real o ideal. En otras palabras, el ejercicio sería posible tanto si la teoría económica fuera verdadera como si fuera falsa y no cambiaría de naturaleza por ello.

Pero como se da por supuesta la validez de la construcción económica, desentrañar sus supuestos sociales lleva consigo tres operaciones analíticamente distintas: a] Explicitar la estructura y funcionamiento de la sociedad que está idealmente supuesta en la teoría económica; b] Determinar la estructura y funcionamiento de la sociedad real para la cual la concepción económica se supone válida; c] Determinar correspondencias y contradicciones entre las dos operaciones precedentes.

Como resultado se encuentran en la sociedad real condiciones o factores que coinciden con los supuestos de la construcción económica; condiciones y factores que no son supuestos y que pueden reputarse indiferentes para su funcionamiento, y condiciones y factores que no coinciden. Los primeros constituyen condiciones o fenómenos que son favorables al desarrollo; los últimos, condiciones o fenómenos desfavorables, en otras palabras los obstáculos o resistencias al desarrollo. Este esquema analítico está en la base de lo que se ha llamado y se llama "los aspectos sociales del desarrollo".

El mismo tiene una justificación histórica. La preocupación por el problema del desarrollo en la posguerra nace como un desafío a la economía y son los economistas los que formulan una concepción o varias concepciones coherentes para explicar el proceso. La sociología viene después y tiene una función auxiliar.

Esta explicación histórica da cuenta de por qué se produjo en los hechos tal circunstancia, pero no la justifica teóricamente. Si el procedimiento metodológico descrito se puede justificar es porque la construcción económica *se supone válida y solamente porque se la supone válida*. En términos teóricos el camino inverso estaría tan justificado como el que se sigue efectivamente, es decir, demostrar que la construcción económica es falsa porque no corresponde a la sociológica, dando entonces a ésta por válida. No interesa ahora continuar en los intrincados hilos de esta cuestión que planteada así lleva a discutir el primado de la economía sobre la sociología o viceversa, discusión paradójica, puesto que sólo podría resolverse en función de una teoría general de las ciencias sociales cuya propia inexistencia está velada por los términos en que se plantea la discusión.

Lo dicho basta para mostrar que la legitimidad del procedimiento seguido

bajo el rótulo "aspectos sociales del desarrollo económico" es más que dudosa y por cierto no tan evidente como generalmente se supone.

Pero si se le acepta, aparecen una serie de temas a tratar cuya secuencia puede ser diferente que la que aquí se sigue pero que difícilmente pueden ser omitidos.

Es posible considerar a toda concepción económica —en tanto intente resolver los problemas del desarrollo latinoamericano, proporcionando un diagnóstico y soluciones viables— como orientada por un valor, esto es por un estado de cosas que se estima deseable y se desea implementar. Si tal afirmación es válida, y a todas luces lo es, es coherente comenzar un trabajo sociológico complementario del económico con el estudio del tema de los valores; que, en semejante perspectiva, abriría como preguntas significativas como las referidas a cuáles son los valores sociales vigentes en América Latina, si son compatibles o incompatibles, adecuados o inadecuados para el desarrollo, etc. Dicho de otro modo, se comenzaría poniendo las condiciones para la emisión de una serie de juicios de valor sobre los valores sociales vigentes; cuestión que supondría, de un lado, conocimiento de esos valores, y del otro, la disposición de una pauta o patrón que permitiera juzgarlos; tal pauta o patrón no podría ser otro que la noción económica de desarrollo que, transformándose por esta vía en rectora del enfoque sociológico pasaría a ser aceptada como valor indiscutido. Como consecuencia, sería necesario precisar dos cuestiones: a] un modelo de sociedad desarrollada, en donde se articularían *coherentemente* valores, ideologías, actitudes y comportamientos sociales y económicos en un sistema racional, que aseguraría la constante progresión en términos del valor central del desarrollo económico, y b] un diagnóstico de la situación latinoamericana, que no podría consistir en otra cosa que en el desentrañamiento del carácter irracional de la configuración actual de las naciones latinoamericanas con respecto al modelo ideal de sociedad desarrollada "al que debieran acercarse". Por supuesto, no es posible desvalorizar tal trabajo con argumentos simples, toda vez que de cualquier modo conduciría —por un lado— a una modificación o precisión de la noción de desarrollo económico, transformándola en una noción económico-social y proveyendo así un contexto en el cual la centralidad misma de que hoy gozan los valores económicos —o puramente económicos— podría ser discutida o puesta en duda y, por otro lado, proporcionaría una imagen más compleja e integrada de la situación latinoamericana, o por lo menos señalaría las líneas de indagación que podrían orientar el trabajo futuro para la obtención de una imagen semejante.

8. La discusión de los supuestos y la vinculación con la orientación "crítica"

Y esto es lo que, justamente ha ocurrido a lo largo de la historia de la orientación científica. La concepción del desarrollo económico de la que parte y el trazado de los rasgos de la sociedad que debería ser paralela a ella, la lleva, inevitablemente a adentrarse cada vez más en el problema mismo de la vali-

dez de los supuestos originarios. Por otra parte, la propia manera de concebir el modelo prefiguraba ese problema, puesto que más que una sociedad real estaba constituido por una sociedad ideal. Ciertos gérmenes de lo que va a ser la concepción crítica están contenidos en la misma orientación científica y en los problemas que suscita la temática que se planteó.

Por último, uno de los rasgos básicos de la orientación "crítica", aunque no sea el único, ni siempre se encuentre explicitado desde el principio, es convertir a una teoría económica del desarrollo no en un supuesto del análisis sociológico sino en su propio objeto, lo que significa preguntarse acerca de su validez, sobre el tipo de sociedad actual y de modelos que supone y, por último pero no menos importante sobre si respeta la idea básica o sus consecuencias centrales, de que la sociedad internacional es un sistema de dominación. Desde el momento en que tal cosa se plantea todas las cuestiones y temas anteriores requieren una revisión profunda, a la que se volverá más adelante.

Volviendo, a la concepción científica, es evidente que el supuesto de un desarrollo económico centrado en la industrialización, que lleva a determinar las condiciones sociales de realización de tal proceso está pensado al servicio de la creación de una sociedad más racional y más justa dentro de un cierto sistema de valores. Ni dictaduras ni regímenes de fuerza congenian con las postulaciones de la orientación científica y si se reconoce el papel de la racionalidad creciente, tantas veces subrayado, se comprende que sus antecedentes se hunden, muy hondo, en una filosofía iluminista del progreso. Y esta verificación no está hecha a título de censura, sino simplemente en su estricto carácter de tal, porque para aprobarla o censurarla habría que entrar en análisis cuya naturaleza escapa al carácter de esta obra.

9. El diagnóstico de la transición, la asincronía y sus dificultades

La existencia de esa filosofía subyacente no hace sino más perentoria la necesidad de un análisis de la situación de América Latina, la realización de estudios estructurales y la determinación de los factores que pueden favorecer u obstaculizar el proceso de desarrollo. Esta necesidad, unida al supuesto de que tal empresa sólo puede acometerse con el instrumental científico más riguroso, tiene como consecuencia la gran importancia que adquiere dentro de la orientación una serie de conceptos formales proveídos por la teoría sociológica y su aplicación a América Latina o las discusiones sobre la legitimidad de hacerlo. Todas estas tareas, más la realización de los estudios empíricos consiguientes, están concebidas como el prólogo introductorio al estudio del cambio y del desarrollo. La magnitud del intento explica que, muchos de los sostenedores de la orientación "científica" no vayan más allá de él y que, algunos, terminen por confundirlo con el proyecto científico mismo. Sin embargo, el contenido de éste, en sus mejores representantes es muy otro, como ha sido ampliamente justificado en este capítulo.

La realidad y los principios teóricos de los que parte la orientación científica llevan a destacar diversas dimensiones que, según el tema principal, y

según los autores pueden ser diferentes. Sin embargo, la orientación "científica", considerada en general, tiende a enfrentar un problema que tiene que ver con la relación entre esas diversas dimensiones, sean cuales fueren las que se distinguen. Es la cuestión que, en términos un poco burdos, puede plantearse como el adelanto o el atraso de una o varias dimensiones respecto de otra u otras. Esta pregunta se desarrolla en dos, muy vinculadas entre sí, pero que no se confunden: la del dualismo y la de la asincronía. El problema del dualismo se plantea al considerar en la sociedad global actual, la relación o la falta de ella, entre una porción de la misma que es mirada como "atrasada", "primitiva", "tradicional" o a la que se le aplica algún otro adjetivo, con otra que es considerada como "moderna", "adelantada" o "desarrollada", etc. El problema de la asincronía se plantea cuando la relación entre las dimensiones se plantea en el tiempo, sobre todo en relación a las etapas y se comprueba o se cree hacerlo que, en una sociedad dada o en un grupo de sociedades, la dimensión urbanización, por ejemplo, está en una etapa más avanzada que la dimensión industrialización o que otros indicadores de modernización van más allá que el desarrollo político.

El tema del dualismo reconoce, como se ha visto en el capítulo I, muy viejos antecedentes en América Latina y, lo que tiene mucha más importancia, se ha convertido en un principio de explicación que va mucho más allá del ámbito de la orientación "científica". Esta es una de las razones por las cuales se lo analiza con más detalle en la parte III. En cambio, es importante hacer aquí, algunas consideraciones complementarias sobre la cuestión de la asincronía porque arroja luces muy importantes sobre la naturaleza de la orientación "científica" y sirve de útil introducción a los problemas que, a su vez, enfrenta la "crítica".

La ambigüedad que se ha señalado acerca de la naturaleza del punto de partida y del modelo a alcanzar se transmite naturalmente, al análisis de la transición. Los textos de Germani, por ejemplo, parecen afirmar que en definitiva hay numerosas vías pero todas ellas contemplan las mismas etapas. En otras palabras, se tendría el mismo punto inicial, las mismas etapas y el mismo final, pero por vías relativamente muy diferentes. Pero ¿cuál es el sentido que pueden tener estas afirmaciones desde el punto de vista científico? Si las distintas vías son compatibles con las mismas etapas y con el mismo final es porque sus diferencias son muy menores, ya que si no fuera así se estaría negando la continuidad y causalidad histórica. A la inversa, si son realmente diferentes no se entiende cómo no se articulan en etapas distintas y cómo no llegan a finales distintos. Para salvar este problema no queda más que la solución de afirmar que en líneas muy abstractas y muy genéricas hay un tipo inicial, un tipo final y una transición y que cada uno de ellos admite variaciones enormes. Esta salida conduce a otra de las críticas posibles: la del carácter abstracto y ahistórico del modelo. No se trata de un análisis histórico, como la idea de la transición parece sugerirlo. Se trata de la comparación entre tres tipos ideales (el inicial, el de transición y el final) en las sociedades hoy desarrolladas y en las latinoamericanas, en la que los tipos construidos para la primera clase de sociedades se constituyen en el modelo ideal desde

el cual es posible juzgar los tipos que se encuentran en la segunda. Este procedimiento carece de sentido si las dos clases de tipos (el de las sociedades hoy industriales y el de las latinoamericanas) son ambas ideales; también carece de sentido si ambos son reales; sólo podría tenerlo si los primeros son asumidos como un modelo ideal que sirve para contrastar los tipos reales que se dan en América Latina. Entonces, reaparecen las dificultades mencionadas más arriba que parecen insalvables.

No es cierto en cambio, como se ha afirmado, que los "científicos" eliminen el papel del conflicto, al postular el ideal de una sociedad capaz de sustentar un cambio autosostenido. La cuestión es bastante más compleja y de ella se ha ocupado muy explícitamente Germani, a quien más a menudo se ha dirigido esa crítica, en el texto que reproducimos *in extenso*:

Como la idea de "institucionalización del cambio", a menudo se considera sinónimo del cambio "sin conflictos", deben agregarse dos calificaciones esenciales.

a) En primer lugar, por definición los cambios que tienen lugar en las fases primeras e intermedias de la transición, por lo general quiebran parcial o totalmente el funcionamiento del sistema social. No sólo la desintegración de las viejas estructuras puede producirse a elevada velocidad, sino que la erección de un nuevo orden tiende a caracterizarse por profundas escisiones y conflictos (frecuentemente conflictos revolucionarios) entre grupos. Esta fue la experiencia pasada y tiene mayor validez aún en los países actualmente en desarrollo (véase capítulo II).

b) En segundo lugar, aun en las sociedades más avanzadas, aunque el cambio se institucionaliza en términos del *sistema de valores manifiestos* de la sociedad (o sea, el cambio se legitima), subsisten ciertas limitaciones. Todas las sociedades modernas actuales incluyen *por lo menos* un conjunto de instituciones, o sector de la estructura social, en el cual es muy probable que el cambio sea altamente antagónico, en algunos casos hasta el punto de causar importantes rupturas en el orden social y un elevado grado de desintegración. Aunque algunas de las zonas antagónicas son privativas de determinados tipos de estructuras industriales modernas, e incluso de determinados ámbitos culturales nacionales, es posible que la estructura básica (universal) del orden industrial moderno *per se* incluya tensiones estructurales intrínsecas e inevitables, las que en determinadas circunstancias pueden tener un altísimo potencial de conflicto.¹

Es cierto que queda un punto ambiguo. De todas maneras parece hablarse de un conflicto que puede llegar a ser muy intenso, que puede tener efectos altamente desintegradores pero que no llega a la quiebra del sistema. Las tensiones estructurales intrínsecas del orden industrial moderno serían muy fuertes, pero incapaces de quebrarlo y puede sostenerse entonces, que hay un consenso dentro del cual se desarrolla un conflicto limitado, característico de la sociedad industrial. Si esta interpretación es correcta se hace difícil trazar la línea que separa la ciencia de la ideología de la modernización.

Las dificultades que se acaban de señalar están muy vinculadas con la noción de asincronía del cambio. Esta, subyace explícita o implícitamente a toda la concepción "científica" y como Germani es quien la ha desarrollado más

¹ *Sociología de la modernización*, pp. 21-22.

sistemáticamente conviene tomarlo como representativo. Los tres procesos componentes más importantes de la transición son el desarrollo económico, la modernización social y la modernización política y, como se ha visto, a ellos se refiere el análisis de las cuatro etapas. Cada una de éstas se compone de una serie de procesos parciales o subprocesos. A su vez, la interrelación entre los procesos componentes debe considerarse como de causalidad recíproca, pero se carece de un modelo teórico adecuado para el análisis de dichas relaciones recíprocas. Por otra parte, esa relación es muy compleja y se acompaña de desfases considerables. Como este punto es crucial en el pensamiento del autor, vale la pena reproducir un párrafo en que se resume su punto de vista al respecto:

El carácter y las consecuencias de esta interrelación entre los procesos componentes se ven profundamente afectados por las circunstancias históricas y sociales en las cuales tiene lugar la transición, circunstancias que incluyen, para cada nación o región, las diferencias socioculturales en el "punto de partida". Como ya se observó una de las principales fuentes de variación en las sendas que sigue la transición total son las variaciones de los ritmos y las secuencias según las cuales tienen lugar los procesos componentes. Y las variaciones mismas deberían explicarse en términos de las distintas condiciones contextuales (económicas, culturales, políticas y sociales), tanto en nivel nacional como en el internacional. Tomando como base de comparación la experiencia histórica de la transición occidental inicial, observamos que hubo casos de diferentes ritmos (o sea, aceleración o desaceleración), y también diferencias en las secuencias (atrasos o adelantos). El aumento de la urbanización (estrictamente definida como concentración demográfica en zonas urbanas) o la disminución de la tasa de mortalidad, que tendían a preceder antes que a seguir o a acompañar el desarrollo económico, proporcionan ejemplos conocidos de aceleración y adelanto con respecto al grado de industrialización equivalente. Los casos de aceleración de la movilización social, la participación política y la difusión de aspiraciones, que en el modelo occidental tendieron a producirse con un ritmo más lento y sólo avanzaron considerablemente después que la economía alcanzara un mayor grado de desarrollo económico (especialmente en términos de cambio estructural), son menos universales, pero se observaron con frecuencia en diferentes países. También es muy común el fenómeno inverso: ritmos más lentos y atrasos. Debe tenerse presente que la aceleración y/o anticipación de ciertos procesos puede muy bien coexistir con el atraso y/o desaceleración de otros.

Lógicamente, esta falta de sincronización o desfase es un conocido aspecto del cambio social en general. Una de las consecuencias cruciales es la coexistencia de sectores más "arcaicos" y más "avanzados" (en términos relativos) dentro de los mismos países, las mismas instituciones, los mismos individuos. Por ejemplo, en el último caso, en algunos campos de la acción social pueden coexistir actitudes y comportamientos "arcaicos" o menos modernizados en otros campos. Aunque las generalizaciones al respecto son muy difíciles de verificar, puede conjeturarse que los valores básicos (especialmente los que se internalizaron en la primera época de vida del individuo) pueden permanecer inmutables y coexistir con otros valores y actitudes adquiridos por medio del contacto con ambientes e influencias más modernas.²

² *Ibidem*, pp. 22-23.

La asincronía es un fenómeno general en los procesos de cambio, y como el mismo Germani ha señalado, casi todos los autores la mencionan al estudiar el cambio, cuando hablan del rezago cultural o de las relaciones entre infra y superestructura, por ejemplo.

En otra obra,³ Germani desarrolló los supuestos del juicio de asincronía recogido en el párrafo recién citado. Ellos serían: a] el estado inicial que se toma en cuenta y b] cambios en algunos componentes o partes que no corresponden a otros cambios que se producen en otros componentes o partes. Este planteo tiene implicaciones valorativas muy claras y Germani acepta la necesidad de ponerlas de relieve. Para hacerlo, recuerda que una hipótesis básica del análisis sociológico del cambio es que cada parte o componente de la estructura está vinculado a los otros e influye sobre ellos y viceversa. Pero esto no es más que una hipótesis que, en definitiva, dice lo mismo que el principio de la causalidad recíproca y no permite determinar ni la intensidad ni la dirección de tal influencia, punto que sólo puede dilucidarse desde el punto de vista empírico. Por otra parte, para poder emitir el juicio de asincronía es necesario especificar los tipos de interrelación que son, esencialmente, tres. En un primer caso, la interrelación es, simplemente, la interdependencia de las "partes" entre sí. En ese caso sólo implica la hipótesis de repercusiones de los cambios producidos en una, de mayor o menor intensidad. En sentido propio, no hay aquí juicio de asincronía.

En un segundo caso, la interrelación es considerada desde el punto de vista del ajuste o desajuste recíproco de las "partes". Lo que está en juego en este análisis es la noción de interdependencia funcional y su finalidad es emitir un juicio relativo al ajuste o desajuste funcional. Para evitar la connotación valorativa se requiere adoptar una serie de precauciones. La noción de función es central y Germani recuerda las distinciones de Merton respecto a la función, disfunción, etc. En segundo lugar, "ante todo es necesario asumir" en cada caso el tipo o los tipos (o modelos) de estructura social global con referencia a los cuales se realiza el análisis mismo: en cada caso empírico o histórico de estructura social, el ajuste recíproco de partes llevará implícitamente una referencia al tipo, a la sociedad, que se ha asumido como criterio. Lo que se requiere es justamente una formulación explícita del "modelo asumido como criterio".⁴ Luego se enumeran otras condiciones metodológicas del "juicio de funcionalidad" que no es indispensable reseñar aquí.

En un tercer caso, en el que se aplican casi todas las consideraciones hechas para el anterior más algunas específicas, la interrelación se ve como la adecuación de las "partes" a un valor o un sistema de valores centrales. Se trata de un juicio de funcionalidad de la "parte" referido a ese valor o valores.

De este análisis surge que además de los dos supuestos del juicio de asincronía que Germani menciona como tales, existe realmente un tercero, mencionado explícitamente en la cita que se acaba de hacer. Efectivamente, el juicio de asincronía no sólo supone el estado inicial y cambios de algunos com-

³ *Política y sociedad*, pp. 21-22. En la segunda edición la misma idea aparece más implícita.

⁴ *Política y sociedad*, 2a. edición, p. 51.

ponentes o partes que no corresponden a otros. La no correspondencia sólo surge teniendo un "modelo" y el status teórico de este supuesto es el mismo que el de los otros dos. Esto resulta evidente, además, en el texto mencionado de *Sociología de la modernización* que habla de tomar "como base de comparación la experiencia histórica de la transición occidental inicial".

Esta manera de ver plantea problemas teóricos y prácticos de gran importancia no sólo respecto a la concepción de Germani sino a otras análogas que se han formulado para América Latina.

La primera cuestión se refiere a la manera de justificar que la transición occidental sea tomada como modelo. En definitiva, una secuencia compleja que se dio históricamente se toma como patrón que permite emitir el juicio de asincronía respecto a las sociedades latinoamericanas. Nótese que si la secuencia latinoamericana fuera tomada como "modelo" sería la otra, la transición occidental inicial, la que sería "asincrónica".

Una justificación posible sería sostener que se trata de un arbitrio puramente metodológico que no implica ningún supuesto valorativo y que sólo sirve de base a un análisis comparado. Si fuera así, las únicas conclusiones que podrían extraerse legítimamente serían las relativas al diagnóstico de las diferencias existentes entre los dos tipos de sociedades, pero el análisis de las causas y de las consecuencias de las mismas sería independiente de la existencia de un "modelo". Para cada tipo, suponiendo para simplificar que no se tomen en cuenta más que dos, el análisis interpretativo quedaría enteramente por hacer.

Es evidente, sin embargo, que Germani va mucho más allá de lo que permitiría la justificación anterior. Cuando dice, por ejemplo, que la urbanización en América Latina se "adelanta" al desarrollo económico o que hay una "gran demora" en la industrialización, existe un juicio de valor que significa que el "modelo occidental" fue mejor y lo fue porque permitió llegar a un presente y abrir las puertas a un futuro, valorados ambos positivamente.

Otra justificación supondría que las sociedades europeas y las latinoamericanas pertenecen a un mismo tipo y que ese tipo tiende a realizarse en una forma dada. Serían sociedades que forman y simultáneamente tienden a la realización plena de un tipo. En este caso el problema es que o se adoptan algunos aspectos del punto de vista marxista, cosa que Germani no hace, o bien el tipo al que se tiende es una sociedad industrial abstractamente considerada, socialista o capitalista. Pero en ese caso nada legitima un juicio de asincronía que tome como "modelo" a la transición occidental inicial. Suponiendo que la sociedad industrial presente o futura sea el modelo, está demostrando que se llega a ella por varios caminos y no hay nada que le otorgue un estatuto de privilegio a un tipo de transición hacia ella.

No parece haber, pues, ninguna hipótesis en que la justificación del "juicio de asincronía" resulte claramente fundada. Esto es, además, lo que le otorga a un análisis que parece y quiere ser temporal un aspecto intemporal, como se verá más adelante.

Otro punto merece una atención especial. Partiendo de los supuestos de Germani, el análisis de la asincronía se enfrenta con dificultades muy conside-

rables. Tómese en cuenta, por ejemplo, el caso del adelanto de la urbanización respecto de la industrialización. Inevitablemente, el análisis tiende a hacerse en términos de desfasaje, tal "parte" está en un "tiempo" por decirlo así, en el que no está la otra "parte". Tal procedimiento significa asumir que ambas "partes" son, consideradas separadamente, las mismas que sus homólogos de la transición occidental, aunque se hayan dado en otros tiempos y, por lo tanto, suprimir *a priori* el examen de la otra hipótesis posible; la de que el "tipo" o "forma" de urbanización y el "tipo" o "forma" de industrialización que se han dado en América Latina son específicas y tienen diferencias básicas con las de la transición europea. En esta última hipótesis, en lugar de "desfasaje" o "desajuste", podría existir la más estricta correspondencia entre ambas "partes". La eliminación *a priori* de esa hipótesis es lo que hace que como consecuencia natural, Germani deba adherirse a las postulaciones dualistas con todas las dificultades que ellas presentan.

A las mencionadas observaciones teóricas se suman otras que, aunque irrelevantes si las críticas anteriores fueran verdaderas, no es ocioso repetir y que versan sobre los procedimientos para construir el modelo occidental y el latinoamericano. En el párrafo mencionado más arriba, Germani cita el caso de la tasa de mortalidad cuya disminución tendió en América Latina a preceder al desarrollo económico, como ocurrió en la transición occidental inicial. ¿Es esto cierto para Uruguay y Argentina donde la mortalidad disminuyó hace mucho tiempo concomitantemente a un desarrollo económico relativamente alto? Cuando se traza el modelo de la transición demográfica ¿es Francia la que debe tomarse como típica o Inglaterra? En el primer caso, como es sabido, la declinación de la natalidad fue muy anterior a la industrialización; en el segundo, bastante concomitante. En otras palabras, la construcción de modelos cuando situaciones muy diferentes están en la base de cada uno de ellos, lleva o bien a suprimir ciertos rasgos (por no ser comunes) o a privilegiar la forma como se dieron en alguna de las sociedades consideradas. Si se hace lo primero, la comparación pierde casi todo interés, porque es demasiado pobre; si se hace lo segundo, se vuelve, en gran medida arbitraria.

II. LA ORIENTACIÓN "CRÍTICA" Y SUS PROBLEMAS

1. *Los temas centrales*

Muchas de las críticas que se han venido presentando respecto a la orientación "científica" proceden de la "crítica". Pero, debe destacarse, que la orientación "crítica" es por lo menos, y aunque a algunos de sus integrantes les horrorizaría reconocerlo, doblemente deudora de la anterior. En primer lugar, porque antes de ser una concepción alternativa es, sobre todo, un esfuerzo de crítica de la orientación "científica" y, en segundo lugar, porque mu-

chas de esas críticas habían ido germinando a lo largo de la evolución interna de aquella. Todavía hoy, es más difícil caracterizar a la concepción "crítica" por lo que propone, por la existencia de un proyecto común, que por una cierta unanimidad en las refutaciones, lo que se explica tanto por el hecho de que es más reciente y ha tenido menos tiempo para decantarse, como por sus orígenes.

Pese a ello, es innegable que existen diversos intentos de construcciones alternativas y que, en ellos, se pueden encontrar más vinculaciones entre las dos concepciones que las que el ardor polémico permite reconocer.

En primer lugar, el tema central sigue siendo el del cambio y el del desarrollo, pero concebido de manera muy distinta, como se ha visto. Los países capitalistas desarrollados no pueden ser el modelo por muy variadas razones. El subdesarrollo latinoamericano no puede tomar como modelo al desarrollo capitalista porque, en primer lugar, su propia existencia sólo puede explicarse a partir de la existencia de los supuestos modelos. Además, y en parte como consecuencia de lo anterior, cuando los países hoy desarrollados eran sociedades "tradicionales" o "no industriales" su situación no podría compararse con la actual de los latinoamericanos, por la muy simple razón de que no se enfrentaban a la penetración de ese supuesto modelo, que no podía actuar como condicionante negativo puesto que no existía. Por último, razones ideológicas llevan a la idea de que el modelo no puede ser capitalista sino socialista. Las primeras críticas son rigurosamente lógicas y algunas de ellas aparecían en reflexiones de autores "científicos" aunque no se desarrollaran todas sus consecuencias. Las últimas son ideológicas y sobre ellas conviene hacer algunas reflexiones complementarias.

2. Sistema de valores subyacentes en la orientación "científica" y en la crítica

En cierto sentido, ambas muestran la permanencia considerable de algunas dimensiones básicas del sistema de valores. Si se recuerdan las características del que subyace a los principales representantes de la orientación científica es fácil ver que, otra vez, se trata de construir en América Latina una sociedad más igualitaria, más justa y más libre. En ese sentido los propósitos finales son los mismos o muy parecidos, como lo prueban los dos ejemplos que se mencionan a continuación. En un artículo reciente, Cardoso afirma que "las creencias ingenuas que hacían coincidir socialismo con libertad y capitalismo con opresión política no se sostienen".⁵ Asimismo, la práctica política habría demostrado, a su entender, que "la solución o el comienzo de solución de los problemas sociales y económicos no conlleva automáticamente formas más aceptables de organización y de participación política, ni en las sociedades capitalistas, ni en las socialistas". Por tanto, concluye sosteniendo que la cuestión crucial del desarrollo latinoamericano para la presente década estribaría

⁵ Cardoso, "Alternativas políticas en América Latina", en *Estado y sociedad en América Latina* (Buenos Aires, Nueva Visión, 1972), p. 27.

en "¿cómo vincular los objetivos económicos del desarrollo con prácticas políticas ni autoritarias ni totalitarias?"

Estas reflexiones coinciden con otras de González Casanova que, aunque en algunos textos ha afirmado la posibilidad de llegar directamente al socialismo y en otros ha pensado que el desarrollo del capitalismo es previo, no parece haberse apeado de la idea de que ese socialismo al que desea llegar debe ser democrático.⁶

La gran polémica no reside tanto en los objetivos finales, sino en que para los "críticos" su consecución sólo es compatible con la eliminación, cercana o lejana del sistema capitalista, lo que lleva a sostener que los "científicos" actúan, objetivamente, en contra de las finalidades que dicen perseguir. Debe reconocerse que, muchas veces, los "críticos" no advierten o niegan que los "científicos" tengan esos valores, pero los más avisados saben que la controversia de fondo gira alrededor de cuál es el sistema social y económico capaz de realizarlos, mucho más que acerca de ellos mismos. Estas observaciones no intentan, por cierto, disminuir la importancia de la controversia; sólo se proponen colocarla en su verdadero contexto. Por otra parte, permiten comprender que la cuestión es mucho más compleja de lo que a menudo se supone. Muchos "científicos" comparten la idea de que sólo un sistema socialista puede realizar plenamente esos valores, pero creen que habrá todavía capitalismo por mucho tiempo, idea que también comparten algunos críticos.

3. *Conocimiento social y acción política*

De todas maneras queda en pie la crítica básica: la de que una concepción del desarrollo como la "científica" sirve a los intereses del capitalismo y de los grupos dominantes en él y no a las exigencias de un auténtico desarrollo. Hasta ahora, conviene señalarlo, las pruebas que se han dado de esta afirmación, son exclusivamente tautológicas en el sentido de que, dada por aceptada una ideología, son una pura consecuencia lógica de ella. Para ser justos habría que decir que las afirmaciones contrarias, tampoco tienen otro carácter. La cuestión puede presentarse de otra manera, diciendo que en esta discusión entre sociólogos sobre las consecuencias sociales de su quehacer, la sociología ha estado prácticamente ausente o, si se quiere, que la sociología del conocimiento, particularmente del sociológico, es una de las lagunas más grandes y notorias en América Latina, puesto que los cultivadores de la ciencia social se pasan haciendo afirmaciones dogmáticas sobre sus temas. Es obvio que sobre el tema de si una teoría como la de Germani, para citar un ejemplo favorito de los "críticos" fortalece o perjudica al capitalismo, se podrían formular las más variadas hipótesis, que irían desde afirmar que lo ayuda hasta que ella al igual que las elaboradas por sus críticos son absolutamente irrelevantes. Todas merecerían análisis y si éste no se ha hecho es porque

⁶ Pablo González Casanova, "México: el ciclo de una revolución agraria", en *Cuadernos Americanos* (enero-febrero, 1962).

se cree que la cuestión puede resolverse a partir de ciertos principios dogmáticos, lo que nada tiene que ver con la ciencia, sea de orientación "científica" o "crítica".

4. *La historia ¿concreta o abstracta?*

No sólo se ha acusado a los "científicos" de producir teorías que benefician, en definitiva al *statu quo*, sino que también se les ha imputado el presentar una versión ahistórica de lo que es y ha sido la realidad latinoamericana. Esa crítica, como ya se ha analizado, es justa en muchos casos. Sin embargo, la tendencia a una historia abstracta se da tanto en la orientación "científica" (Germani), como en la crítica (Frank) y, en cambio, concepciones muy similares se encuentran en una (Medina) y otra (Cardoso y Faletto). Una historia más concreta parece concordar mejor con la naturaleza de la concepción "crítica", como una más abstracta lo hace con la "científica", pero esta distinción parece ser el reflejo de dos grandes concepciones del quehacer histórico que existen en la tradición intelectual con independencia de esas corrientes sociológicas específicas.

Es importante subrayar el hecho de que aunque las concepciones de la historia puedan ser muy diferentes, las divisiones en períodos que hacen todos los autores tienen, como fuente común de inspiración, la propuesta por CEPAL para la historia económica de América Latina.

5. *La concepción mecanicista de la dependencia*

En todas las versiones de la orientación crítica, el problema de la dependencia, con los detalles que se analizarán en la parte III, es central. Como se ha mostrado, puede asumir dos formas, una mecanicista, bien representada por Frank; la otra, mucho más flexible.

A la primera se le pueden hacer críticas prácticamente irrelevantes.

Frank, se ubica entre aquellos que, a partir de una perspectiva marxista consideran que "el proceso de subdesarrollo actual es la continuación en nuestros días de, esencialmente, los mismos procesos fundamentales de dependencia, transformación de la estructura económica y de clases y política lumpen-burguesa del subdesarrollo que hemos presenciado a lo largo de la historia".

Esta caracterización del proceso histórico del capitalismo no agrega nada a las formulaciones de Lenin sobre la dependencia "como una forma de articulación entre dos partes de un mismo modo de producción, el modo de producción capitalista y la subordinación de unos países por otros".

Aunque no se discuta que la economía capitalista tiende a la internacionalización, que las sociedades están constituidas por clases antagónicas, que el subdesarrollo es consecuencia de las contradicciones internas del propio capitalismo y que la expropiación del excedente se efectúa a través de una cadena de explotación cuyo punto más alto es el centro del capitalismo mundial

en cada período histórico, no puede menos que observarse que con estas premisas no se pasa de una caracterización abstracta de la situación y del proceso histórico latinoamericano. Frank permanece a ese nivel emitiendo proposiciones generales históricamente insuficientes.

Afirma que su análisis es dialéctico porque se apoya en tres categorías fundamentales: totalidad, historia y contradicción.

La totalidad permitiría superar los límites que la utilización académica ha establecido en el seno de las ciencias sociales, recuperando "la sociedad global", ya que sólo puede comprenderse cabalmente el fenómeno en estudio si se enfoca el problema a nivel mundial, ubicando cada región que se quiera estudiar en el contexto correspondiente.

No bastan los análisis estáticos, de momentos determinados porque es necesario captar la dinámica del sistema y ello hace imprescindible la historia.

Por último, la totalidad histórica que es el sujeto de análisis encuentra su dinamismo en la existencia de contradicciones o conflictos que le son esenciales y cuya detección es la base del estudio.

No es posible exponer acá la teoría marxista del conocimiento. Sin embargo, puede recordarse que, para Marx, conocer dialécticamente significa pasar de lo abstracto a lo concreto mediante un proceso de *determinación, especificación y jerarquización* del conjunto de las relaciones y *particularización* de cada conjunto. En la *Contribución a la crítica de la economía política* dice que "lo concreto es concreto porque es la síntesis de múltiples determinaciones, esto es unidad de lo diverso". En los escritos de Frank, por el contrario, las tesis permanecen a nivel de verdades abstractas y estáticas y en la medida en que sus caracterizaciones se basan en relaciones parciales e indeterminadas, no permiten la aprehensión de la evolución real de las estructuras históricas.

Uno de los puntos principales que permanecen indeterminados en su análisis de América Latina es la idea de la "dependencia nacional" que no aparece como estructuralmente distinta de la "dependencia colonial". De igual modo, otras diferenciaciones histórico-estructurales como las que hacen Cardoso y Faletto entre "situaciones de enclave", "situaciones con control nacional del proceso productivo", etc., se funden abstractamente en la contradicción general metrópoli-satélite.

De la misma manera, al afirmar la inviabilidad de un proceso desarrollista implementado por una burguesía nacional, Frank repite abstractamente verdades que estaban implícitas en los autores del siglo XIX, es decir, que el capitalismo es internacional en su esencia, premisa cuya aceptación no basta para explicar la existencia de diferentes posibilidades históricas concretas en los diversos países que se van constituyendo por el juego de intereses y oposiciones entre los grupos sociales, configurando las diferentes estructuras cuyo movimiento, al alterar su conformación, marca el desarrollo histórico de las sociedades.

El capitalismo tiende a la internacionalización. Pero no sería válido afirmar que la "internacionalización del mercado interno" que es la nueva forma de articulación de las economías locales, en la economía mundial, es el mismo expansionismo imperialista de la etapa anterior.

Permaneciendo a ese nivel de abstracción, el análisis de Frank pierde especificidad y no aprehende teóricamente la dinámica de las relaciones entre "capitalismo monopolístico" y el "nuevo carácter de la dependencia".

Cada día, en América Latina, van surgiendo situaciones nuevas que expresan y responden a los intereses y a las relaciones de clase locales y que exigen una caracterización de la forma contemporánea de relación entre los centros imperialistas y los países dependientes.

La industrialización acelerada de algunos países periféricos, como Brasil, fruto del proceso de la "internacionalización del mercado interno", plantea problemas que no pueden ser contestados en toda su complejidad y amplitud con la contradicción general metrópoli-satélite ni con la fórmula del "desarrollo del subdesarrollo".

De la misma manera, la diversidad de respuestas políticas que es dable encontrar en América Latina, ponen de manifiesto diferentes formas de antagonismo y articulación entre las clases y grupos sociales dentro de cada país y entre la periferia y el centro que exigen cada vez más una mayor apertura y concreción en los análisis del tema.

Entre las críticas a Frank hay que destacar el énfasis y la preeminencia que adquiere en su análisis, el elemento continuidad. El modelo se torna estático, ya que las contradicciones básicas que enfrentan los grupos sociales en América Latina, no se habrían alterado un ápice desde la época colonial. Los cambios, incluso cuando admite que fueron importantes, se deben a factores aleatorios y no se les reconoce trascendencia alguna para influir sobre la estructura básica.

Para Frank, además, la estructura interna de los países subdesarrollados no jugaría ningún papel. Al referirse a ciertos cambios establece que, en algunas ocasiones, produjeron una "involución pasiva", mientras que en otras ocasiones dieron lugar a una "involución activa". Cabría preguntarse ¿cómo pueden explicarse estas reacciones diferenciales, si se acepta que la estructura de estas naciones ha permanecido estática, no ha sufrido cambios y, lo que es más grave, si sus características no tienen ningún peso explicativo en las reacciones que experimenta la unidad nacional frente a las crisis provocadas por el centro?

Pero incluso en ocasiones, Frank debe recurrir a factores internos no incluidos explícitamente en su modelo para explicar la mala aplicación de la cuota de excedente que no es apropiada por los centros. El predominio del sector exportador y la debilidad del mercado interno derivada de esa misma estructura exportadora, son elementos que recupera para explicar el destino del excedente apropiado por los grupos dominantes a nivel nacional.

La existencia de esa estructura es la que explica por qué en los momentos de repliegue de los centros metropolitanos, pese a disminuir la explotación, los países periféricos no consiguen superar la condición de subdesarrollo. De esto se deriva la importancia de la estructura de la economía dependiente.

Otra interrogante que surge de este análisis es cómo puede superarse el subdesarrollo. Frank plantea tres alternativas, dos de las cuales (las primeras) considera ya inviables. Ellas serían:

a] Constituir una región marginal al sistema, como fue el caso de Japón que, al haber sido olvidado por las grandes potencias de la época, pudo pasar de la condición de "no desarrollado" durante el período Tojugawa a la de desarrollado luego de la restauración Meiji.

b] Adquirir "una sustancial independencia económica interna y externa", antes de iniciar su despegue desarrollista, como sucedió en los casos de Estados Unidos, Canadá y Australia.

c] Quebrar el sistema capitalista, mediante una salida socialista ya que aquel sistema alcanzó difusión mundial y no tiene fisuras que hagan posible el cambio de status de las naciones ahora periféricas. La duda es ¿cómo se crearán las condiciones necesarias para la implantación de esa organización de la sociedad, si en cuatro siglos no han habido cambios? El análisis debería destacar las nuevas contradicciones planteadas por el sistema que permiten anticipar o esperar esa salida pero Frank, al enfatizar la importancia de la continuidad frente a los cambios, al quitar relevancia a las distintas alteraciones producidas en tan largo plazo, da la sensación de que no existen nuevas contradicciones.

Se ha criticado a Frank en más de una oportunidad (R. Puiggrós, Sempat) el desconocer o no utilizar la categoría marxista "modo de producción". La crítica parece suficientemente fundada como para tenerla en cuenta. Sin embargo, se deja su consideración más detallada para el capítulo en que se analizará la polémica sobre feudalismo y capitalismo en América Latina (parte III).

Como se vio, una de las hipótesis de Frank destaca el efecto de la apropiación del excedente por la metrópoli, pero no muestra en cambio el efecto que condiciona la existencia de ese excedente. En la hipótesis ya mencionada por la cual estima que al aflojarse los lazos de dominación metrópoli-satélite, cabe la posibilidad de desarrollo para este último, no tiene en cuenta el crecimiento económico que origina la unidad dominante con sus flujos sobre el conjunto periférico. La metrópoli actúa como un polo de crecimiento, unidad motriz que genera efectos de arrastre sobre otros conjuntos definidos en el espacio económico y geográfico.

Los mercados externos son trascendentales para América Latina no sólo para la realización de la plusvalía, sino incluso para su creación. La limitación que impone una estructura social determinada en la conformación del mercado interno en los países subdesarrollados, hace que el único motor de la producción se encuentre en el mercado externo. Cuando la relación metrópoli-satélite se quiebre y por tanto ese mercado externo deje de recibir los productos generados en el país dependiente, éste en lugar de desarrollarse mecánicamente —por no estar ya sometido a la expropiación de parte importante de su excedente— puede orientarse hacia una economía de subsistencia. Por cierto serán los grupos dominantes de estos países los más perjudicados, porque al disminuir sus ingresos procedentes de la exportación, verán reducida su capacidad para importar. Así parecería que Frank identificara economía de subsistencia con desarrollo.

Otro problema que plantea la obra de Frank es la variación del centro del

sistema capitalista según las épocas. ¿Existen leyes del sistema visto como totalidad, que puedan explicar esa "circulación" de las metrópolis dominantes? ¿De qué manera y bajo qué condiciones se da el desplazamiento de una metrópoli mundial hacia otra? Este tipo de preguntas resulta de importancia sustancial y, tal vez, sea posible responderlas si se realizan estudios sistemáticos sobre las transiciones entre un predominio y otro.

6. *Dependencia y futuro político*

Una crítica general a la tendencia menos mecanicista es, en cambio, mucho más difícil dada su propia naturaleza. Como se verá con más detalle en la parte III se enfrenta, en este caso, a una concepción que puede presentarse como teoría explicativa o como postura metodológica. Si es criticada desde un punto de vista siempre le es posible refugiarse en el otro y viceversa. Pero aparte de esta circunstancia que puede considerarse externa, esta posición está elaborada desde una perspectiva muy amplia, que le permite recoger muchos aportes diferentes, incluyendo algunos de los mejores originados en la orientación científica. En muchos de sus cultores está dispuesta, incluso, a abandonar la idea de dependencia o a presentarla en tal forma que se parece mucho más a un arbitrio metodológico para comprender situaciones concretas que a un concepto formal en el cual todas ellas pueden entrar.

Ambas maneras de concebir la dependencia se enfrentan al problema del futuro de América Latina. Como se ha visto, sus conclusiones no son las que se podrían sacar, en un razonamiento lineal, de los diferentes supuestos de que parten. Y no parece dudoso que la posición "crítica" flexible sea más coherente que la otra. Si la relación no es mecánica la acción y reacción entre los desarrollados y dependientes puede dar nueva vida al capitalismo tanto en unos como en los otros, aunque asuma en unos, o en ambos, formas históricamente inéditas. Si las sociedades dependientes internalizan y al hacerlo, de alguna manera mediatizan, la influencia de las desarrolladas tienen también cierta capacidad de reaccionar frente a ellas por lo tanto de construir, dadas ciertas condiciones, un sistema socialista o alguna forma de ruptura de la dependencia. En cambio, la concepción mecanicista es coherente cuando a partir de la afirmación de una dependencia avasalladora producto del capitalismo, ve en su caída la única posibilidad de liberación. No lo es, o no lo es tanto, cuando supone que esa caída puede provenir del levantamiento de fuerzas internas de las sociedades dependientes porque, aun suponiendo que existieran, ellas serían importantes o la concepción de la dependencia de tales teóricos sería falsa. Lo que ocurre es que, una teoría que se propone servir a una causa que considera revolucionaria está, por razones que no son teóricas, en la imposibilidad de concluir que lo único que puede hacerse es esperar que el capitalismo se destruya por el peso de sus propias contradicciones en las cuales las sociedades dependientes no jueguen ningún papel.

Cualquiera sea el juicio que pueda hacerse sobre su coherencia, todas las posiciones terminan dando una considerable importancia a la acción políti-

ca y, particularmente, a la lucha de clases. La centralidad del tema de lo político se mantiene, aunque la manera de considerarlo sea muy distinta que para la orientación "científica", como se analizará detalladamente en la parte iv. Sin embargo, como se ha visto, dentro de esta tónica general, la concepción "crítica" puede poner el acento sobre temas diversos, el de la explotación, el del colonialismo interno, el de las clases y sus alianzas. El tema que desaparece es el de la asincronía, porque no se acepta la periodización en etapas, en el sentido de la orientación "científica". Sin embargo, de una manera sutil está presente porque el tema vecino, el del dualismo, está vivo en la orientación "crítica".

7. Orientación "crítica" y marxismo

La orientación "crítica" tiene bases marxistas. Puede sostenerse que sería más directo hablar de orientaciones marxistas que usar el término de "críticas", que muchos considerarán como un eufemismo. Hay algunas razones para hacerlo, sin embargo. En primer lugar, muchas de las hipótesis básicas de la orientación "crítica" son compatibles con postulados teóricos que no tienen por qué ser necesariamente marxistas. Muy claramente, por ejemplo, con un análisis weberiano y no es casual que la presencia de Weber sea muy fuerte en algunos "críticos". Lo que ocurre es que, en la coyuntura histórica de América Latina, en medio del carácter de las luchas políticas e ideológicas que la caracterizaron en el momento de la aparición de la concepción "crítica", ésta tenía que apoyarse o presentarse como estando apoyada en el marxismo. Una tercera razón milita en favor de no denominarlas marxistas: la gran variedad de tendencias que existen dentro de la orientación, que permite distinguir dos grandes corrientes por lo menos. Variedad que, en relación al marxismo, ha hecho que los "críticos" se hayan acusado mutuamente y con bastante frecuencia de infidelidades a la teoría de la que dicen partir. Si para salvar estas dificultades se adoptara una visión muy amplia del marxismo, como una gran perspectiva meramente orientadora, el procedimiento no sería ilegítimo, pero entonces cabrían dentro de la orientación crítica muchas posiciones que no se consideran normalmente como pertenecientes a ella.

8. Líneas de unión y diálogo entre las perspectivas

Discrepancias profundas, pero también lazos importantes existen, pues, entre la orientación "científica" y la "crítica". A los más altos niveles de una y otra y en la medida en que la orientación crítica va decantando su construcción positiva, el diálogo es y ha sido siempre posible. Existen autores que partiendo del estructural funcionalismo han dado un papel cada vez más decisivo a la cuestión de la dependencia, como Jaguaribe para citar un ejemplo que será considerado en la parte iv. Muchos autores "críticos" no han abandonado ciertos postulados de los "científicos", aunque lo hayan hecho con otros.

III. EL ORDENAMIENTO DE LAS GRANDES ÁREAS PROBLEMÁTICAS

En este capítulo las dos grandes orientaciones han sido presentadas y analizadas críticamente respecto a los temas que son centrales, los enfoques específicos con que los encaran y las variaciones principales que pueden observarse dentro de cada una de ellas. Esta visión es tan indispensable para comprender lo que ha sido la sociología latinoamericana desde la posguerra hasta hoy, como incompleta. Y es incompleta porque daría muy escasa idea de la riqueza de los análisis que se han intentado, de sus limitaciones, de las influencias y disidencias mutuas entre las dos grandes orientaciones y dentro de cada una de ellas.

Las construcciones conceptuales, tanto respecto al sentido de la ciencia social como al problema del desarrollo que se han expuesto, se elaboraron para enfrentar una serie de problemas considerados esenciales para comprender a las sociedades latinoamericanas y, también, como es lógico, han sido en parte el producto del análisis de los mismos.

Por lo tanto, las partes restantes de esta obra, se dedican a considerar las grandes áreas problemáticas a las que se han aplicado las diversas concepciones. Puesto que para ambas el problema del cambio social y del desarrollo es el central, se plantea una cuestión que, en abstracto, es la misma: la de cuáles son o pueden ser los agentes del cambio y la consiguiente de cuáles pueden ser los agentes que lo resisten. Puede sospecharse que los agentes que se identifican en una y otra concepción no son los mismos y que, cuando lo son, la significación que se les presta es muy diferente en una y otra orientación. Pero de cualquier manera y esto ha surgido claramente ya de este capítulo, el problema de los agentes se les plantea a ambas. Al análisis del mismo se dedica la parte II de esta obra.

Los agentes desarrollan su acción, positiva o negativa para el desarrollo, dentro de una estructura, de un escenario. También la concepción de esa estructura básica es diferente o por lo menos lo es el significado que se le presta a los elementos que se reconocen en común en las diversas orientaciones. Del tema se ocupa la parte III.

Por último los agentes son el soporte de ciertos sistemas de valores, encuadrados dentro de una organización política, que está dotada de ciertas formas de acción. La parte IV estudia las diversas concepciones que se han propuesto sobre estas cuestiones.

El análisis de todas ellas permite, además, dar vida concreta a las grandes orientaciones y mostrar sus variedades internas y, también estudiar aquellas explicaciones del desarrollo que en América Latina han insistido sobre la importancia primordial de determinados factores y que, por esa causa, no han podido ser consideradas hasta ahora. Las dos grandes concepciones sintetizan y, al mismo tiempo abren, el complejo abanico de problemas alrededor de los cuales ha girado la sociología latinoamericana y sin cuyo análisis sería imposible comprender sus avatares, sus logros y sus deficiencias.

SEGUNDA PARTE

LOS AGENTES DE CAMBIO Y CONSERVACIÓN EN
AMÉRICA LATINA

LAS GRANDES CONCEPCIONES DE LOS SISTEMAS DE CLASES LATINOAMERICANAS

I. INTRODUCCIÓN

1. *Las diferentes perspectivas*

Es evidente —como se ha intentado demostrar en la parte anterior— el carácter central del problema del cambio en la sociología latinoamericana. Ello ha conducido a poner en primer plano la cuestión de los agentes sociales de cambio y de conservación, vale decir, el estudio de los grupos sociales que favorecen u obstaculizan el desarrollo. Esa centralidad del tema motiva que esta parte, se dedique, justamente, a analizarlo.

La cuestión es de una naturaleza y amplitud tal que puede encararse desde las más variadas perspectivas, dando lugar asimismo a diversas combinaciones de complementación o exclusión entre ellas todo lo que hace que no sea fácil su análisis. Prácticamente, todas las posibilidades que ofrece la teoría se han explorado en América Latina, lo que hace imposible realizar su presentación exhaustiva aquí.

Hay dos perspectivas básicas, una que encara el análisis en términos de clases o de sectores de clase y otra, que lo hace en términos de élites. Ambos enfoques pueden ser manejados como complementarios, que es la posición más comúnmente sostenida en América Latina, o como excluyentes. En términos generales, dos líneas de pensamiento muy diferentes pueden coincidir en la idea del carácter excluyente de ambos análisis, sea porque creen que no hay clases, sea porque piensan que sólo importan verdaderamente las clases y sus relaciones.

Efectivamente, si se niega la existencia de clases, pero se admite que algunas desigualdades sociales existen, se vuelve importante analizar cuál es el comportamiento, los valores y las ideologías de las élites de ciertos grupos que ejercen el liderazgo social. Si, en cambio, se considera que las clases sociales y la lucha de clases son el gran motor del cambio social, como supone la perspectiva marxista, el análisis debe limitarse sólo a ellas. No es que el estudio de las élites esté totalmente descartado, pero sólo puede tener el carácter de un arbitrio metodológico, puesto que, por último, el comportamiento de los individuos o grupos que se encuentren en posiciones de liderazgo debe explicarse por su situación de clase y por la lucha de clases. Consecuentemente, las élites no podrían ser consideradas como dotadas de independencia res-

pecto a la clase. Ello hace razonable incluir la perspectiva marxista entre las que consideran incompatibles ambos tipos de análisis.

En tercer lugar, otra perspectiva básica estaría dada por el análisis de los grupos funcionales de la sociedad (empresarios, militares, etc.). En este caso, los grupos funcionales son considerados como agentes de cambio o de conservación en cuanto tales y pueden plantearse cuestiones de complementariedad o exclusión bastante análogas a las referidas hace un momento. Efectivamente, si se entiende que la clave del cambio social está en el sistema de clases, el papel de los grupos funcionales se define por su situación de clase, lo que vuelve necesario y fundamental, dividirlos internamente según ellas. El análisis de los grupos funcionales no está por cierto, excluido; pero en definitiva no es más, como en el caso de las élites que un arbitrio metodológico; una manera de estudiar el problema de las clases y demostrar que el papel de aquellos grupos depende de la estructura de clases. Por otro lado, si se admite que los grupos funcionales son una dimensión dotada aunque sea de cierta independencia frente al sistema de clases, su análisis se vuelve una manera de completar el conocimiento de la sociedad. Por último, si se sostiene que no hay clases, el estudio de los grupos funcionales adquiere una relevancia especial, conjuntamente con el de las élites.

2. Los temas y su importancia relativa

En América Latina, como se ha dicho, casi todas estas perspectivas han sido exploradas, pero han tenido una importancia muy desigual. Los escasos autores que han negado la existencia de clases, pertenecen casi todos a las primeras etapas de la posguerra y son meros continuadores de una tradición ya existente entre los pensadores que negaban la existencia de las clases sociales, sobre todo por razones jurídicas, argumentando que la constitución y las leyes sancionan la igualdad de todos los ciudadanos, razonamiento errado puesto que es sabido que las clases se diferencian entre sí de hecho y no de derecho.

La casi totalidad de los autores de cierto relieve han insistido sobre la importancia del análisis en términos de clases sociales y lo han practicado con las variaciones que se verán más adelante. Más aún, puede decirse que hasta fines de la década del 50, hay muchas interpretaciones del problema del cambio en términos de clases sociales y que son muy raros los estudios de élites o de grupos funcionales.

Estos dos surgen muy vinculados entre sí. Puesto que el tema central para la orientación "científica" es el cambio social y que la cuestión de sus agentes lleva a tratar el sistema de clases: en un momento posterior se siente la necesidad de estudiar de manera más sistemática grupos concretos para comprobar si y en qué medida son aportes u obstáculos al desarrollo. La preocupación por los empresarios es, en sí misma, una buena muestra de esa vinculación. Si bien el interés reside en los empresarios en general, se centra en los más importantes, en los dirigentes de asociaciones empresariales, etc., es decir, en los que son o están muy ligados a las élites empresariales.

A partir de entonces, los estudios sobre élites adquieren una significación que no habían tenido en el pasado y que el advenimiento de la corriente crítica no altera mayormente, porque muchos autores marxistas se interesan en el estudio de las élites, como una manera de probar respecto a América Latina sus tesis principales. Les importa, incluso el estudio de los empresarios porque se trata de averiguar si existe y qué características tiene un tipo de empresario que pueda acompañar o suscitar el advenimiento pleno del capitalismo.

El interés por los diferentes grupos funcionales y las distintas clases de élites es muy variable; en un extremo los empresarios y los militares y sus élites respectivas son objeto de múltiples análisis; en el otro, hay muy pocos trabajos que se refieran, por ejemplo, a la burocracia. La ausencia de estudios empíricos sobre estos grupos (en la que los empresarios serían la excepción) es una laguna muy importante en la sociología latinoamericana.

3. *Ordenación de los temas*

Las esquemáticas consideraciones anteriores, permiten comprender las dificultades que se enfrentan cuando se trata de ordenar el tema. A primera vista parecería lógico comenzar por los estudios e interpretaciones del sistema de clases, luego las relativas a élites y por último, las referentes a los grupos funcionales. Aunque tal procedimiento sería viable, encontraría obstáculos cuya magnitud hace preferible dejarlo de lado. Muchos de los estudios sobre grupos funcionales están muy vinculados a los análisis de clase y sería muy difícil considerarlos separadamente. Por otra parte, como ya se ha señalado, las élites de los grupos funcionales han sido mucho más estudiadas que los grupos en sí. A su vez, los análisis relativos a élites han sido casi siempre relacionados con los de clases. En otras palabras, la preocupación por este tema ha tenido un carácter dominante. Existen desde luego, como se verá más adelante, estudios de grupos funcionales y de élites que se encuentran en todo o en parte bastante lejos de la temática de las clases, pero son relativamente excepcionales.

Estas consideraciones han llevado a distribuir los estudios sobre élites y grupos funcionales relevantes al tema de los agentes de cambio y de conservación dentro del análisis del problema de las clases. Sin embargo, debe tenerse presente que se trata pura y exclusivamente de un ordenamiento cuya justificación esencial es la claridad del orden expositivo. No prejuzga que todos los análisis de élites o de grupos funcionales se subsuman de alguna manera en el análisis de clases, sino que parte, justamente, de recordar que se trata de perspectivas diferentes.

La vaga y criticada pero siempre repetida clasificación tripartita ha sido tomada a menudo como referencia, aunque sea para negar su validez, tanto en América Latina como en el resto del mundo. En consecuencia, se ha dividido esta parte en tres capítulos, que contienen sendas secciones sobre las clases altas o superiores, las clases medias y las clases bajas. Salvo excepción,

y en virtud de que como se ha anotado más arriba, los análisis de grupos funcionales sólo han versado sobre sus élites, los estudios relativos a ambos temas fueron considerados en el capítulo de las clases altas. Sobre algunas élites podría aducirse que pertenecen a las clases medias. Sin embargo, en términos generales, pertenecerán a las altas o a las capas superiores de las medias y en la necesidad de adoptar una decisión se ha preferido estudiarlas a propósito de las primeras, haciendo las distinciones y precisiones necesarias y a sabiendas del carácter necesariamente arbitrario de estas distinciones.

4. *El carácter central del problema de las clases*

Las consideraciones expuestas en los numerales anteriores indican el papel central que ha tenido el problema de las clases, lo que hace necesario exponer, brevemente, las líneas teóricas más representativas respecto al sistema de clases latinoamericano en su conjunto. El único objetivo de tal exposición es permitir que las diferentes hipótesis que se han propuesto para explicar el comportamiento de determinadas clases, sean colocadas en un contexto global adecuado desde que solamente referidas a él pueden adquirir su verdadera significación. Como es obvio, toda hipótesis sobre las clases medias, para tomar un ejemplo, supone una teoría explícita o implícita del sistema de estratificación en América Latina, y es por ello que hipótesis muy análogas pueden tener significaciones muy diferentes.

II. LAS CONCEPCIONES BICLASISTAS Y LAS PRIMERAS RESPUESTAS DE LA ORIENTACIÓN "CIENTÍFICA"

1. *Las versiones "precientíficas"*

Dejando de lado las teorías que afirman la no existencia de clases sociales, parece razonable comenzar por las concepciones biclasistas de la sociedad latinoamericana.

La idea de que sólo hay dos clases, alta y baja, ricos y pobres, es muy antigua en el pensamiento social de la región. En alguna medida, los trabajos de la Unión Panamericana que se analizaron en el capítulo sobre clases medias, son un ensayo de respuesta a tal posición.

Ésta, en la etapa de los pensadores y después, tuvo una serie de formulaciones que se basaban o pretendían basarse en la comprobación empírica de que, en definitiva, había dos grandes grupos en América Latina. La filiación de estas visiones no es marxista como podría pensarse. Aparecen vinculadas a la tesis de la modernización incompleta o no iniciada todavía. Sería un signo de retraso a superar si se quiere sacar a los pueblos de la pobreza e ignorancia en que viven, como se decía en el siglo XIX, o desencadenar el proceso de desarro-

llo, como se diría en la segunda posguerra. No es el producto de una teoría sobre la naturaleza del capitalismo, sino de la certeza de que éste todavía no se ha impuesto cabalmente en América Latina.

Como es lógico, hay otra visión biclasista de origen marxista, que también se da en algunos pensadores y desde luego, muy especialmente en la sociología de los últimos treinta y cinco años. En ella, el supuesto es que el capitalismo se ha instalado en América Latina y que, como corresponde a su esencia, genera la división en burguesía y proletariado. Sobre estas cuestiones se volverá más adelante. Los intentos de renovación de la sociología en la posguerra tienden a proponer esquemas interpretativos más complejos.

Medina Echavarría trata de mostrar, en primer lugar, que los sistemas de estratificación han variado históricamente; en segundo lugar, que el esquema biclasista sólo es válido para un determinado período, el del predominio de la hacienda; en tercer lugar, que, aun en ese período, surgieron en las ciudades nuevos grupos, comerciantes y profesionales liberales, dotados de cierta independencia, que tendió a aumentar, respecto a la oligarquía tradicional; en cuarto lugar, el sistema de clases por muy diversas transformaciones históricas tendió a volverse cada vez más complejo. Nuevos actores van apareciendo y el sistema tradicional entra en una crisis que se agrava continuamente.

Pero el aporte esencial de Medina Echavarría, es la idea de la permeabilidad o flexibilidad del sistema de dominación tradicional. Si por un lado las oligarquías han opuesto resistencia a los cambios que tienden a desplazarlas, por otro se han acomodado a ellos para subsistir. Por ello, la crisis del sistema tradicional consiste más bien en esa adaptación que en una ruptura total. Podría decirse que si bien el esquema biclasista deja de ser una visión exacta por cuanto la estratificación es cada vez más compleja, en alguna medida mantiene alguna vigencia, se resiste a desaparecer y lo hace con relativo éxito. Como es obvio, en éstas y otras ideas ya mencionadas en la parte anterior, se encuentran los gérmenes de muy diversas hipótesis que se han explorado sistemáticamente después: la flexibilidad, el papel del clientelismo, la importancia del compromiso, etc.

2. Sistema de clases y modernización

Germani, por su parte, formula un esquema del sistema de clases, considerablemente complejo, en el cual la teoría de la estratificación aparece como un aspecto de la teoría de la modernización. En dicha formulación la *sociedad tradicional* se caracteriza por la existencia de dos estratos de tipo estamental claramente diferenciados, la escasa o nula movilidad social y el predominio del principio de la adscripción. En cambio, la *sociedad moderna* presenta pluralidad de estratos que sólo se distinguen de manera borrosa, adquiriendo el carácter de un continuo y llegando incluso a mostrarse como una ausencia de clases, con elevada movilidad social y ecológica, siendo el desempeño o logro el criterio de asignación de los papeles sociales. Como consecuencia, en el

nivel individual, se dan abundantes casos de incongruencia de status, lo que era prácticamente imposible en la sociedad tradicional.

Germani sostiene que es posible ordenar las variaciones en la estratificación social acaecidas en los países de transición temprana y desarrollo capitalista a base de un modelo que distingue tres fases o tipos de sociedad.

La primera de estas etapas denominada "paleocapitalista", estaría caracterizada por un sector primario que todavía mantiene su importancia; un sector secundario que ya se ha convertido en el básico de la economía y un terciario, todavía pequeño. En cuanto a la estratificación puede apreciarse que dentro del conglomerado que puede denominarse "clase alta", la aristocracia aunque sigue teniendo poder, es ya una clase declinante, mientras que la burguesía se ha convertido en el estrato básico. En los sectores bajos, el proletariado urbano es el grupo social básico, aunque su organización política está recién en formación, mientras se produce la declinación de los sectores rurales (pequeños propietarios, medieros, etc.). En los estratos intermedios, se vive el decaimiento de la "antigua clase media", término bajo el que se incluyen tanto los sectores vinculados a la producción primaria, como los artesanos y el pequeño y medio comercio. En cambio, comienza a constituirse la "nueva" clase media, integrada por funcionarios públicos y privados, empleados de oficina y profesionales dependientes.

La segunda fase, "transicional", muestra el continuo decrecimiento de la importancia relativa del sector primario en beneficio del secundario, que alcanza su máximo y de un terciario que crece notablemente debido, ante todo, al crecimiento de los servicios modernos. En cuanto a la estratificación se observa que la clase alta mantiene una integración similar a la apreciada en el momento anterior, aun cuando adquieren cada vez más importancia los elementos directoriales y burocráticos. El proletariado urbano, ya organizado, se moviliza y comienza a aparecer la denominada "aristocracia obrera". Los sectores medios continúan aumentando en tamaño pero viven una situación inestable; la incongruencia de status se hace muy frecuente a nivel individual, como consecuencia de la mayor movilidad social y todo ello conduce a que en muchos países se produzcan movimientos de corte fascista.

En el "neocapitalismo", el sector primario se ha reducido a su mínima expresión, el secundario está estabilizado y el terciario mantiene su tendencia a la continua expansión. En la clase alta, se percibe la tendencia a la creciente separación entre la propiedad y el control y al predominio de los sectores tecnocráticos. La pirámide estratificacional va perdiendo sus puntos de corte y aparece como un continuo. Además se borran las distinciones manual-no manual. La clase media se estabiliza, encontrando seguridad en la situación de dependencia. Y todo el sistema aparece comprometido en un proceso "hacia adelante" percibido por los grupos e individuos a un nivel personal. Ello hace que los sectores medios no vean como un peligro el que "la circulación de los símbolos de status" alcance al proletariado, por cuanto se perciben a sí mismos accediendo a otros que antes eran propios de la clase alta. Estos mecanismos, asimismo, quitan peligrosidad al proletariado que se incorpora al sistema. Sin embargo, las amenazas no cesan por cuanto ahora provienen de

ciertos sectores marginales de la sociedad, como las poblaciones periféricas y las minorías étnicas que no pueden ser incorporadas al disfrute de los bienes sociales. En este punto, Germani hace una rápida referencia a la existencia de un "proletariado externo", constituido por una gran parte de la población mundial y merced al cual es posible que en los países donde se da el modelo que analiza (Europa, Estados Unidos) sea posible incorporar a los sectores bajos, o a la mayor parte de ellos, al disfrute de los beneficios del sistema.

Germani compara el modelo reseñado en el párrafo anterior con la evolución de la estratificación social en América Latina. Concluye que las similitudes entre modelo y caso son escasas, siendo dudoso que pueda utilizarse un esquema de "transición" único para dar cuenta de la situación tanto de los países de transición temprana como tardía.

En América Latina no hubo una revolución "desde abajo", sino que la transición se hizo bajo la égida de oligarquías modernizadoras y limitadas obviamente por su horizonte de clase. Pero el elemento de diferenciación fundamental estaría en que el "paleocapitalismo" latinoamericano se fundó en una economía de exportación de productos primarios y no en la industrialización, que llegó retrasada a estos países. Por ello el grupo básico de la clase alta serían los propietarios latifundistas vinculados a las actividades exportadoras, mientras declinan quienes no pueden ubicarse en él y mantienen caracteres precapitalistas.

Un subproducto de esta economía primario-exportadora fue la sobreexpansión de la clase media (mejor dicho, de un conjunto de conglomerados heterogéneos así denominados) en un momento en que, de guiarse por el modelo de los países de transición temprana, no era concebible. Sin embargo, las necesidades de organización burocrática pública y privada, lo hicieron necesario. Los estratos medios se constituyen así como una clase emergente que rápidamente alcanza el carácter de básica. Aparece como más progresista y democrática que la europea y encabeza movimientos multiclassistas que enfrentan a la oligarquía. La razón de tal comportamiento debe buscarse en que no existe un proletariado organizado. En la mayoría de los casos se trata de intentos de movilizar a las clases populares para obtener concesiones que sólo aprovechan e interesan a los sectores medios. Por todo esto no cabe duda que los sectores medios latinoamericanos, al igual que los europeos, estaban durante esta etapa influidos por los "componentes culturales" de prestigio e identificación con la clase alta.

Al derrumbarse el sistema primario exportador se produce la "crisis" de las clases medias que se sustentaban en él. Sin embargo, no debe olvidarse que en forma paralela se da la industrialización mediante sustitución de importaciones, que les permite proporcionar los empresarios emergentes y directores de las nuevas empresas, como también ocupar los muy engrosados empleos burocráticos. Pero, la crisis se hará sentir de diversas maneras, generando tensiones internas y externas a la clase en especial a consecuencia de las presiones amenazadoras, tanto de arriba como de abajo, conduciendo en algunos casos a salidas de corte fascista.

En la etapa subsiguiente, puede apreciarse un conglomerado de clase alta

formado por la vieja burguesía terrateniente, la vieja burguesía industrial y la nueva burguesía industrial constituida recientemente. Las clases medias continúan sometidas a presión, a lo que contribuye —en el entender de Germanni— el hecho de que buena parte de la estructura industrial de estos países se encuentre en manos del capital extranjero. En los estratos inferiores existiría un proletariado urbano, de volumen y organización creciente y un sector cada vez más importante de marginales.

3. *Sistema de clases y dependencia externa*

Las primeras obras de Fernandes están pautadas por la esperanza en el advenimiento pleno de un sistema capitalista y del orden de clases correspondiente. Afirmaba entonces que “la industrialización es un fenómeno universal”, “su emergencia como su expansión dependen de mecanismos económicos, culturales y societarios susceptibles de expresión y florecimiento en cualquier sociedad de tipo capitalista”. En el Brasil, si bien hay obstáculos que impiden el advenimiento pleno de la industrialización, ya “la figura típica del empresario moderno empieza a definirse como categoría histórica en nuestra vida económica”. El autor analiza las dificultades “sociales” que encuentra la industrialización. Entre ellas figuran la importación indiscriminada de modelos y técnicas desde fuera, pero éste parece un obstáculo superable y la idea de que el capitalismo dependiente tiene aspectos estructurales que le dan al fenómeno características absolutamente originales está ausente de lo que escribe en aquella época. El interés por el estudio del empresario está motivado, justamente, en que se están dando las condiciones necesarias para el funcionamiento pleno de un sistema capitalista que no parece muy distinto al de las sociedades desarrolladas.

Estas ideas sufren un cambio considerable en sus últimas obras. De ellas sostiene que en América Latina, la sociedad de clases y el capitalismo reúnen tres características básicas: ni una ni otra son producto de la evolución interna; el capitalismo evoluciona sin contar con condiciones de crecimiento autosustentado; el capitalismo no es capaz de crear condiciones de desarrollo autónomo.

Ello hace que las clases sociales y sus relaciones carezcan de dimensiones estructurales y de dinamismos societarios esenciales para la integración, estabilidad y transformación equilibrada del orden social competitivo inherente a la sociedad de clases. De ellas también deriva una consecuencia metodológica: las categorías de análisis creadas por el pensamiento sociológico de los países desarrollados son útiles y de uso necesario, pero deben adaptarse a las peculiares condiciones en que el fenómeno de las clases se da en América Latina.

El autor se cuestiona si realmente existen clases en América Latina y justifica la pregunta por razones que son otros tantos indicadores de su manera de ver el problema. En primer lugar, destaca que el orden social competitivo es cuantitativamente muy reducido y cualitativamente poco dinámico. En otras

palabras, el orden social competitivo no abarca todo el sistema social. En segundo término y a pesar de esta limitación, el capitalismo, la sociedad de clases y el orden social competitivo actúan como "motor de la historia" porque en ellos están concentrados los centros de decisiones lo que hace que las clases sociales propiamente dichas comprendan círculos que bajo una u otra forma y pese a sus grandes diferencias son privilegiados. Es decir, que las clases se superponen a otras categorías sociales (marginales, desposeídos, miserables, etc.) que, a veces, el autor llama "los condenados del sistema". Por último, las clases que existen realmente no se perciben a sí mismas como clases y niegan ese carácter a las demás categorías sociales.

De esto concluye que, en América Latina, las clases son formaciones histórico-sociales típicas, con particularidades que no son el simple producto de diferencias de contexto cultural o de tiempo histórico con los países capitalistas desarrollados. Estas particularidades se dan en tres niveles: el de las bases perceptivas y cognitivas de los comportamientos de clase; el de los contenidos y orientaciones de las relaciones de clase y el de la diferenciación, articulación y oposición de las clases entre sí.

La causa común de todas estas particularidades es el modo por el cual el capitalismo se institucionalizó, difundió y desenvolvió en América Latina. "Las clases sociales no son diferentes en América Latina. Lo que es diferente es el modo por el cual el capitalismo se objetiva y se irradia históricamente como una fuerza social."¹ Como consecuencia, afirma "las clases sociales no pueden ejercer sus funciones sociales desintegradoras ni sus funciones sociales constructivas bajo esta modalidad predatoria del capitalismo salvaje".²

Este diagnóstico general del sistema de clases en América Latina ha sido sostenido muchas veces, aun por autores que no recurren a los caracteres del capitalismo para su explicación. Consiste, en síntesis, en la idea de que hay un sistema de clases en la sociedad latinoamericana superpuesto a una serie de categorías sociales que, en sentido propio, no son clases y están fuera del sistema de clases. A su vez, si bien dentro de éste hay enormes diferencias entre las diversas clases, aun las más desfavorecidas están en una posición relativamente privilegiada respecto a las categorías que están fuera del sistema. Aun que Fernandes no hace esta comparación, podría recordarse que en los países desarrollados autores de inspiraciones teóricas e ideológicas diferentes han sostenido la existencia de grupos o categorías sociales que están "fuera de las clases". Pero, en general, los que están fuera de las clases serían los intelectuales o los tecnócratas o la burocracia o todos ellos, es decir, sectores ubicados en los niveles medios de la estratificación. En cambio, en la manera de ver de Fernandes, son "los de más abajo".

Para Fernandes esto tiene importantes consecuencias respecto a la situación y al comportamiento de las clases que participan del orden social competitivo. Baste señalar que la diferencia con el capitalismo de los países desarrollados no sólo se da en la existencia de grupos sociales que forman la mayoría de la

¹ *Capitalismo dependiente*, p. 39.

² *Ibidem*, p. 42.

sociedad excluidos del sistema de clases, sino en las características de este mismo. No se da el proceso de una disminución relativa de las desigualdades, de democratización creciente y de participación más activa de los sectores populares que se producen en las sociedades desarrolladas. El capitalismo dependiente no es capaz de implantar un sistema de clases que abarque la sociedad entera, consiguiendo sólo una versión deformada y mutilada del original.

Estas ideas sólo pueden comprenderse de manera adecuada si se recuerda el análisis de la función y el papel de las clases sociales efectuado por Fernandes. A su entender, la mezcla de diversos estadios de la evolución económica no permite considerar como universales las funciones clarificadoras del mercado, puesto que en la esfera arcaica es posible apropiarse del trabajo sobre bases "anticapitalistas, extracapitalistas y semicapitalistas".³ Por lo tanto "la 'posesión de bienes' y la 'no posesión de bienes' proporcionan el requisito más general que puede servir de fundamento a la caracterización sociológica ...; todos los que se incluyen en el sistema económico en la condición de 'poseedores de bienes' se clasifican en el orden económico, independientemente del modo por el cual valorizan tales bienes a través de las relaciones de producción y mercado. Los 'no poseedores de bienes', podrán o no valorizarse y clasificarse en el orden económico por el trabajo ... Desde esa perspectiva global, los 'no poseedores de bienes' se dividen en dos categorías entre las cuales existe una vasta gama de transiciones: los que están inmersos en la economía de subsistencia o en estructuras arcaicas del sistema económico (persistentes en mayor escala en el campo y, en intensidad menor, también en las ciudades); los que se vuelven asalariados de una u otra manera y los que están en vías de proletarización o se proletarizan".⁴ Vale la pena señalar que esta distinción parece muy diferente a la marxista, "poseedores de bienes" no es exactamente lo mismo que propietarios de los medios de producción puesto que una posesión es, hasta cierto punto, independiente de que valoricen los bienes a través de la producción o el mercado capitalista.

A pesar de que, en ese sentido, se pueden distinguir dos clases de "poseedores" el autor cree que en su totalidad "poseen idénticos intereses de clases y la misma situación de clase" y "se polarizan positivamente en relación al sistema económico y a su formación societaria".⁵ En el Brasil se representan como "clases altas", "ricas" o "poderosas". Desde el punto de vista sociológico es posible, según Fernandes hacer algunas distinciones entre ellos y encontrar una clase alta urbana, una clase alta rural y una clase media urbana. Las dos primeras se vinculan solidariamente entre sí como una burguesía; la última se parece más al tipo de clase media de la sociedad de masas, tal como la describe Wright Mills para los Estados Unidos y sería impropio llamarla pequeña burguesía. La clase alta urbana se compone de los industriales, banqueros, grandes comerciantes, profesionales especializados en servicios administrativos o de elevada calificación, etc. La clase media urbana incluye dos estratos, uno

³ *Sociedades de clases e subdesarrollo*, p. 57.

⁴ *Ibidem*, pp. 57-58.

⁵ *Ibidem*, pp. 58-59.

tradicional reclutado entre funcionarios públicos, el grueso de las profesiones liberales, profesores, periodistas, asalariados de cuello y corbata y obreros altamente calificados. Este estrato tiene propensión a la pérdida de status y a la proletarianización. Hay otro estrato moderno, nacido principalmente del personal más alto de las grandes empresas que disponen de medios para valorizar sus ocupaciones en virtud de las posiciones estratégicas que ocupan en el sector moderno.

La clase alta rural es, bajo muchos aspectos, una formación compuesta, una combinación clase-estamento, comprendiendo grupos con intereses y situaciones de intereses relativamente heterogéneos.

Esta descripción de los "poseedores de bienes" plantea cuestiones de interés, porque, entre ellos, el autor enumera grupos que no son poseedores de bienes tanto en la clase alta como en la clase media urbana. Parecería que tal inclusión sólo podría justificarse por asociación de intereses de ellos con los verdaderos "poseedores de bienes". De otra parte, la inclusión de los obreros altamente calificados en la clase media urbana, resulta un tanto sorprendente puesto que parece que, en definitiva, el criterio no es tanto la posesión o no posesión de bienes como el nivel de ingresos, lo que sería coherente con la definición citada al comienzo de esta sección, según la cual la "situación económica" regula el privilegiamiento positivo o negativo, pero difícilmente compatible con una visión marxista del problema de las clases sociales.

III. LA REVISIÓN CRÍTICA

1. *La influencia marxista*

La revisión crítica que se inicia a fines de la década del 50 propone otras interpretaciones teóricas que las vistas precedentemente, aunque en éste, como en otros problemas importantes, está lejos de haber una ruptura completa.

En estas nuevas proposiciones juegan un papel considerable los autores que se vinculan, de manera más o menos directa, a la perspectiva marxista, a la que también está ligado Fernandes. Como ya se ha visto, esta orientación se había manifestado ya en la época de los pensadores y no deja nunca de existir en la posguerra.

Sin embargo, en las versiones más comunes se trataba de un marxismo esquemático que quería aplicar a América Latina un grueso biclasismo en el que burguesía y proletariado eran los dos grandes actores de la historia. El esquematismo de tal manera de ver; las dificultades para encontrar en América Latina burguesías y proletariados que se aproximaran a los que el marxismo europeo tuvo en consideración; la existencia de partes enormes de la población latinoamericana que muy difícilmente entraban en ninguna de las dos categorías fueron factores que hicieron que estas tesis tuvieran poca o ninguna relevancia.

Diversos autores de los que se ha visto ya algún ejemplo, partiendo de puntos de vista análogos, se plantearon la cuestión de si —y hasta dónde— un orden capitalista se está construyendo en América Latina, problema previo a la existencia de ciertas clases sociales en el sentido marxista de la expresión. Esta línea de exploración destacó el problema de la existencia de burguesía o burguesías en América Latina y la investigación de sus caracteres, particularmente el de su identificación nacional. Planteados así los problemas de esta línea teórica se hacen mucho más complejos y abren nuevas perspectivas de análisis. Efectivamente, sea cual sea la respuesta que se dé, otros grupos parecen constituir clases a tomar en consideración en los análisis concretos, como lo hacía Marx en *El 18 brumario* o en *Revolución y contrarrevolución en Alemania*. La determinación de cuáles son esos grupos, si son o no clases, qué papel juegan en los cambios y cuál es el significado de la lucha de clases en América Latina, producen muy variados análisis y divisiones aun entre los autores que adoptan la perspectiva marxista. Tiene, además, otros efectos. Por una parte, al ensayar un análisis mucho más concreto de las situaciones históricas, abandona el carácter abstracto o la falsa historicidad, si se quiere, de las hipótesis basadas en la teoría de la modernización. Por otro lado, estos nuevos análisis tienden a recuperar muchos de los aspectos considerados positivos de sus antecesores o, al verse en la necesidad de criticarlos, de alguna manera se basan en ellos para proponer nuevas líneas de reflexión e investigación.

No resulta fácil elegir un sociólogo crítico, no sólo por la multiplicidad de esquemas interpretativos y la ausencia de una presentación sistemática de las hipótesis sustentadas, sino también por la dificultad adicional de que las grandes controversias que existen dentro de la perspectiva hacen inevitable que, cualquiera sea el elegido, algunos no lo consideren representativo. Una parte de la polémica gira en derredor de la fidelidad respecto a los clásicos del marxismo y a la posibilidad de utilizar autores no marxistas en los planteamientos. No es posible reproducir aquí este tipo de discusiones, pero conviene llamar la atención sobre ellas para que el lector evalúe hasta qué punto la representatividad de determinados autores respecto a la perspectiva marxista puede ser controvertida.

Se ha optado por Fernando H. Cardoso para exponer una visión de la sociología crítica. Por supuesto, las reflexiones anteriores se aplican plenamente al caso de este autor. Sin embargo, no cabe duda que se trata de uno de quienes más han aportado, desarrollando con profundidad y fineza algunas de las postulaciones que caracterizan a esta orientación.

2. La historicidad de las clases

Según Cardoso, los análisis de clases efectuados en el marco de lo que llama sociología empírica parten de ciertas variables simples, para las cuales se buscan indicadores generalmente estadísticos y con ello se llegan a definir ciertas configuraciones que llaman clases o fracciones de clases. La perspectiva

marxista, en cambio, toma dimensiones más complejas que tratan de alcanzar la realidad profunda, por debajo de las apariencias de las que casi siempre se reviste. Esto lleva a atribuir importancia considerable a la dimensión ideológica que los estudios de sociología empírica tienden a dejar de lado. Por otra parte, oponen a una visión estática una visión dinámica basada en la recuperación de la totalidad concreta que es la historia. Es difícil saber si Cardoso niega toda legitimidad a los análisis que llama de sociología empírica o simplemente los considera de menor interés para la auténtica comprensión del funcionamiento de un sistema de clases. Quizás, la segunda alternativa sea la verdadera.

De todos modos, la historicidad ligada a este punto de vista se traduce, según Cardoso, en la negación de que ciertas clases o fracciones de clase tengan papeles históricos fijos y lleven consigo esencias invariables. Tal crítica va dirigida no sólo a las interpretaciones de la sociología empírica, sino también a algunas que se pretenden marxistas.

Para Cardoso las clases interesan como movimientos dentro del movimiento de las sociedades, es decir, en una perspectiva totalmente dinámica. Por otra parte, en cada momento existen problemas o un problema para ser resuelto por las clases y por la sociedad y es a su alrededor que se puede comprender la dinámica de las clases. Esta última preocupación implica y al mismo tiempo es el producto, de la posibilidad de periodizar y determinar cómo puede ser estructuralmente constituido el proceso social en cada uno de los períodos que se distinguen.

El problema de las clases sociales en América Latina debe encararse teniendo presentes estos cuatro aspectos y recordando que la estructuración social de América Latina como algo diferente, por más que relacionado, deriva en sus orígenes de "un doble movimiento teórico-práctico: de que habría existido un 'modo de producción colonial' constituido en función del desarrollo del capitalismo comercial, en su fase mercantilista y de que esto supone una realidad con dos caras, la de la Metrópoli y la de la Colonia".⁶

3. *Esencialismo o coyunturalismo*

Los objetivos de esta presentación no estarían completos de no destacar que en casi todas las elaboraciones aparecen dos grandes maneras de ver las diferentes unidades —clases, porciones de clase— que se distinguen en el análisis. En la primera, que ha tenido y tiene una gran vigencia, se registra una tendencia muy fuerte a considerar esas unidades como llevando consigo una esencia inalterable que las hace siempre, en todos los tiempos y en todas las coyunturas, conservadoras o revolucionarias, agentes del cambio o de conservación. Juicios de esta naturaleza pueden aplicarse y se han aplicado a las mismas unidades por distintos autores. Así, algunos han percibido a las cla-

⁶ *As classes sociais e a crise política da América Latina*, en Aldo E. Solari, compilador, *Poder y desarrollo en América Latina* (México, Fondo de Cultura Económica, 1975).

ses medias como agentes constantes de innovación, otros, como celosos defensores del *statu quo*. En otra manera de ver, que es quizás menos frecuente, se ha tratado de vincular la significación de las diferentes unidades con las diversas estructuras y etapas históricas para mostrar cómo las mismas pueden ser agentes de cambio —con la necesidad de determinar qué tipo de cambios—, más adelante agentes de conservación y para luego adquirir, quizás, una vez más su significación original.

Las diferentes perspectivas de las orientaciones “científica” y “crítica”, la concepción del sistema de clases dentro de cada una de ellas, las unidades que se distinguen y el carácter más o menos fijo o dinámico que se atribuye a su significación en los avatares de la sociedad latinoamericana, son otras tantas cuestiones que deben tenerse presentes a lo largo de los análisis respecto a determinadas clases que se expondrán en los distintos capítulos de esta parte.

LAS CLASES O ESTRATOS ALTOS

I. INTRODUCCIÓN

La literatura sobre clases o estratos altos ha sido tan abundante, como conceptualmente imprecisa. Ambos rasgos hacen necesario especificar la medida en que se la considera aquí.

Muchos análisis que fundamentan investigaciones empíricas o explotan sus resultados, por ejemplo, consideran clase alta a la suma de los estratos más elevados de los diversos grupos funcionales: grandes comerciantes, industriales, propietarios rurales, etc. En puridad, se trata en este caso de un estrato definido por su posición en el sistema económico, del que sería legítimo predicar una serie de rasgos, pero al que no sería posible, al menos sobre tales bases exclusivamente, atribuirle una unidad determinada, algún género de conciencia o comportamiento unitario. Tampoco podría tenérseles por agentes de conservación o de cambio, razón por la que tales estudios quedan fuera del campo de esta obra, cualquiera sea el valor que puedan tener desde otros puntos de vista.

Los abundantes análisis restantes que resultan pertinentes para nosotros, conceptualizan a la clase alta de muy diferentes maneras y con terminologías que, a menudo, son confusas y, en muchos casos, utilizadas como intercambiables. Pese a ello es posible distinguir y ordenar, a los efectos de este capítulo, algunas orientaciones básicas.

En una parte de ellas, la clase alta es vista como tal, se le supone un comportamiento teóricamente definible y empíricamente detectable. Este puede atribuirse a todas las unidades enumeradas en el párrafo anterior, otorgándoseles algún género de vinculación o concentrarse en alguna de ellas, por ejemplo los grandes propietarios rurales o parte de ellos, porque se les confiere una primacía y un liderazgo más o menos definible, es decir, se les considera como agentes.

En un contexto muy vecino y, a veces, idéntico, otros estudios prefieren utilizar el concepto de oligarquía, interpretable de muy diversas maneras y casi siempre rodeado de un halo valorativo complejo. En muchos casos, la oligarquía es el poder y el mal, pero en todos es un actor.

La oligarquía, como en otras terminologías la clase alta tradicional, tiene las bases, por lo menos las originarias de su poder, en el agro. La experiencia histórica muestra la aparición de otros grupos que compiten con ella y forman nuevas constelaciones de poder, a las que se designa, generalmente, con el nombre de burguesía. La existencia de la misma y sus caracteres, han sido un tema central en los últimos tiempos y cuando los análisis del tema se

hacen dentro del contexto marxista aparece, de suyo, el problema de la revolución burguesa en América Latina.

La existencia y, sobre todo, la unidad de una clase alta, o de una burguesía, es un supuesto del cual difícilmente se puede partir *a priori*: afirmarlo o negarlo implica analizar las diferentes unidades que la componen, determinar su participación diferencial en la estructura de poder y/o de prestigio, sus influencias visibles e invisibles, etc. A medida que de los análisis generales sobre las clases altas se trata de pasar a resultados más concretos, el estudio de las élites se hace cada vez más importante. A este resultado se puede llegar a través de postulaciones muy diversas pero que, de todas maneras, tienden a darle una importancia especial al tema.

En buena medida, la preocupación por las élites, deriva también de otra línea de investigación que no es, por cierto, incompatible con la anterior, la de la decadencia del sistema de dominación tradicional u oligárquico. Tal cosa plantea la pregunta acerca de cuáles son los grupos que sustituyen a la oligarquía o clase alta tradicional, o que llegan a compartir el poder con ella, si se supone que lo conserva en parte. El análisis en términos de élites, es una manera de responder a esa pregunta: otra, es plantearse la cuestión ya mencionada de la existencia y los caracteres de una burguesía en América Latina.

Son estas razones las que hacen que este capítulo se divida naturalmente en varias secciones: la relativa a los análisis en términos generales de clases o estratos altos; la referida al problema de las oligarquías; la que tiene que ver con los estudios sobre élites en conjunto y las vinculadas al análisis de las diversas élites específicas. La extensión de esas partes es muy diferente y no corresponde a la distinta intensidad con que tales temas se han encarado en América Latina, o al diverso nivel al que ha llegado la elaboración en términos de agentes.

II. LA CLASE ALTA Y LAS OLIGARQUÍAS

1. *Las clases altas latinoamericanas. Sus características*

Los análisis históricos o sociohistóricos son unánimes en reconocer como clase alta a los hacendados, es decir, a los grandes propietarios de la tierra, que habrían sido, durante mucho tiempo, sus únicos integrantes.

El hecho de que la fuente básica de su posición, la propiedad de la tierra, sólo se altera recientemente, ha contribuido a que muchos analistas los perciban como una inamovible porción de familias que por herencia se transmiten el dominio territorial. Sin embargo, el hecho de que las grandes propiedades subsistan y que siempre haya una clase alta basada en ellas, nada dice acerca del grado de autorreclutamiento de sus integrantes, que puede ser muy variable.

No solamente se ha pensado en un autorreclutamiento sino que, al mismo

tiempo, ha sido común atribuirle a la clase alta una gran rigidez, idea que se remonta, por cierto a la época de los pensadores. Medina Echavarría, como ya se ha visto, ha sido el primero en negar esa versión, para afirmar que lo más notable ha sido la gran permeabilidad de dicho grupo social que, por un lado, le permitió mantener su posición durante más tiempo y, por otro, ha infundido rasgos muy especiales a la estructura social latinoamericana. Al mismo tiempo, sin embargo, al referirse al papel de las ciudades y a la lenta desintegración del sistema tradicional ha reconocido la importancia de la contraposición "entre los 'licenciados' cultivados y modernos y los 'jefes' rurales menos cultos y tradicionales",¹ idea que era mayoritaria entre los pensadores. En este aspecto no se ha planteado la hipótesis inversa que, aunque rara, tiene también antecedentes: la de que tal contraposición no existe más que en apariencia y que tales "licenciados" fueron, realmente, los colaboradores que necesariamente tuvieron que buscar aquellos "jefes" para poder implantar sus regímenes. Como dijo José Pedro Varela: "Los pomposos programas revolucionarios de los caudillos, los decretos firmados por esos caudillos, las leyes puestas en vigencia por dictaduras militares, más o menos disfrazadas, y toda la decoración civilizada con que se cubren entre nosotros, aun los actos oficiales que menos civilización revelan han sido y son aún hoy obra de los que recibieron su espíritu y su ilustración en las bancas universitarias."² Estas frases, escritas hace casi cien años por un liberal, prefiguran muy claramente una tesis que después ha sido común en muchos autores que parten de la perspectiva marxista: las clases medias ilustradas como brazo intelectual del sistema de dominación implantado por la clase alta.

Germani, que se ha ocupado mucho más de las clases medias que de las altas ha aceptado hipótesis análogas, sosteniendo una flexibilidad de las clases altas que les ha permitido enfrentar las presiones de las clases medias sin perder lo esencial de su situación.

Tanto en las hipótesis de Medina como en las de Germani, las clases altas son vistas con relación al exterior; es esencial, por ejemplo, distinguir entre su situación antes y después de la plena inserción de la economía en el mercado internacional. Pero esto aparece como un dato del problema; la cuestión de la dependencia respecto a grupos exteriores no nacionales prácticamente no se plantea dentro de la orientación "científica". Incluso el examen de la decadencia del sistema de dominación tradicional se realiza en términos de una evolución interna en la que los factores externos juegan un papel que, muchas veces, sólo está implícito.

En estas elaboraciones se tiende a distinguir tres grandes tipos de clases altas rurales que, en alguna medida, se van sucediendo históricamente como predominantes, lo que no quiere decir que las formas anteriores desaparezcan totalmente: las tradicionales, las transicionales y las empresariales, según la terminología que alguna vez se ha propuesto,³ pero que podría sustituirse

¹ *Consideraciones...*, p. 42.

² *La legislación escolar* (Montevideo, 1876), pp. 67-68.

³ Por ejemplo, Aldo E. Solari, *Sociología rural latinoamericana* (Buenos Aires, Paidós, 1968), pp. 85-86.

por cualquier otra que diera cuenta de esos tipos diferenciales. Las primeras están ligadas a la hacienda, en su forma más tradicional, tal como la describe Medina; las segundas, aparecen después de la plena inserción en los mercados de exportación, lo que significa, como también Medina subraya, la mayor expansión económica de la hacienda junto con su entrada en una dificultosa crisis para mantener el orden tradicional. Por último, las empresariales ya pertenecen a épocas mucho más recientes y envuelven la explotación de la tierra en términos de una empresa capitalista moderna.

Este proceso de pasaje del predominio de unos tipos de clase alta a otros estuvo muy lejos de ser pacífico. Por una parte, en muchos países de América Latina, las guerras civiles arruinaron completamente a muchas familias pertenecientes a las clases altas rurales; por otra parte, la transición de un tipo a otro no se lleva a cabo necesariamente por las mismas familias que así continuarían detentando su poder adaptándose a las circunstancias históricas cambiantes, sino por individuos y familias en parte nuevas, que imponen lo que hoy se llamaría un nuevo proyecto de desarrollo, contra la voluntad de muchos integrantes de las clases altas rurales tradicionales que resisten el cambio. Estos últimos terminan acompañando el proceso o desaparecen porque se arruinan económicamente, pero sólo una parte de esas clases tradicionales lo lidera o lo acompaña desde el principio. Así, numerosos estudios han demostrado que los grupos altos rurales que en la década de 1870, asumieron el liderazgo en ambas márgenes del Río de la Plata e impusieron la plena inserción en el mercado internacional, lo hicieron enfrentando la oposición de una buena porción de esas mismas clases altas. Se trataría de grupos transicionales que denotaron la oposición de los tradicionales. Estos se resisten no porque vean inconvenientes directos en la inserción, sino porque el nuevo proyecto significa una intromisión del poder estatal central que, aunque resulte mínima a los ojos modernos, ponía en peligro el monopolio de la coacción que mantenían al nivel local, lo que confirma la tesis de Medina de que el momento histórico en análisis desafía las formas tradicionales de dominación. Este fenómeno, no termina totalmente con las clases altas tradicionales porque muchas se adaptan, pero pone en primer plano a los recién llegados, enriquecidos de diferentes maneras, que abren el camino a las explotaciones modernas.

Medina y Germani sólo formulan algunas hipótesis muy generales sobre las relaciones entre clases altas rurales y las nuevas clases altas industriales o, si se quiere, burguesías que aparecen en el siglo xx.

2. El concepto de oligarquía

La importancia que se concede en América Latina al tema de la oligarquía es un rasgo propio de la región ya que en Estados Unidos, la mayoría de los autores lo consideran un término anacrónico para los análisis actuales. Así, en una enciclopedia que refleja las orientaciones norteamericanas predomi-

nantes en ciencias sociales,⁴ se argumenta que resulta difícil utilizarlo en las circunstancias del siglo xx, ya que la urbanización, la industrialización y la meritocracia han hecho desaparecer a los grupos que podrían analizarse bajo ese título.

El término "oligarquía" referido al gobierno de pocos ejercido en su propio interés, se origina como es sabido en los filósofos griegos clásicos. En su larga historia, que no cabe resumir aquí, ha sido utilizado en diversos sentidos y ha llegado hasta nosotros con numerosas imprecisiones. Una connotación negativa lo acompaña frecuentemente aceptada por algunas direcciones del pensamiento de izquierda que considera a la oligarquía como la responsable de la aberrante situación social, también lo es por la derecha cuando niega la existencia de la misma. Bourricaud, el autor más importante, vinculado al uso del término en América Latina dentro de la orientación "científica", ha tratado de superar ese uso ideológico reformulando el concepto partiendo de la existencia de divisiones altamente asimétricas entre las categorías sociales. El "efecto de dominación" resultante permite el ejercicio del poder de unos pocos, en su propio beneficio, pero en nombre o en lugar de todos. Esta manera de delimitar la oligarquía es demasiado general. Más específicamente, la oligarquía puede ser concebida como un grupo numéricamente reducido y dotado de una gran cohesión, que controla y disfruta de la riqueza sin participar en su producción. Los estados o pseudo estados que controla, desde que el concepto puede ser aplicado al nivel subnacional como al nacional, son tratados por ellas como un dominio privado. Una relación tan antagónica, en la que se da el acceso a la riqueza y la no participación en su producción, sólo se establece cuando existe un estado de dominación "puro y perfecto". En estas circunstancias, las únicas conexiones que existen entre la oligarquía y el resto de la sociedad son asimétricas, no recíprocas.⁵ En otros términos, Bourricaud considera que la oligarquía, en el caso concreto del Perú, puede ser definida como una forma particular de clase dirigente que funciona en una sociedad subdesarrollada. Postula que la noción de oligarquía está basada en el supuesto de que América Latina es una sociedad esencialmente dualista. Tal dualismo tiene dos aspectos: la dicotomía del poder, que es enorme para los ricos y los que gobiernan frente a la impotencia de los pobres y de los gobernados; y la distinción entre sectores modernos y tradicionales de la sociedad basada en un complejo de diferencias regionales y estructurales.

La manera en la cual estas dos nociones de dualismo influyen y condicionan la comprensión de la oligarquía es diferente. La primera se refiere, en esencia, a un sistema de dominación basado en una economía de agricultura de subsistencia, donde las masas de campesinos están subordinadas económica y políticamente a los grandes propietarios. El ámbito histórico de este fenómeno es limitado y ya ha sido superado en la mayoría de los países de

⁴ Thomas L. Jenkins, "Oligarquía", en *International Encyclopedia of the Social Sciences*, p. 282.

⁵ F. Bourricaud, "Notas acerca de la oligarquía en el Perú", en José Matos Mar, *La oligarquía en el Perú* (Amorrortu, Buenos Aires, 1969), p. 14.

América Latina. En cambio, con la segunda forma de dualismo no sucede lo mismo, por lo que brinda posibilidades interpretativas de interés. Incluso la distinción entre centros urbanos y zonas rurales, si bien expresa un contraste entre sectores menos fuerte que el anterior, tiene que ver todavía con el concepto de oligarquía. Mientras en la primera forma de dualismo se hace referencia a una estructura de clases simplemente bipolar, la segunda, se vincula a una estructura más compleja. El sector tradicional arcaico que sobrevive en el interior del país sigue mostrando los caracteres esenciales del dualismo originario, mientras que el sector moderno está caracterizado por su fluidez y su permeabilidad a la difusión de comportamientos y valores modernos. Como consecuencia, en relación a esta forma de dualismo "la oligarquía pierde progresivamente su hipotética pureza original".⁶

Los caracteres y la transformación de la estructura de la oligarquía que corresponde a esta segunda manera de dualismo son visibles —según Bourri-caud— si se examinan las fuentes del poder oligárquico y la relación entre oligarquía y política. El latifundista tradicional, el oligarca clásico en el contexto latinoamericano, está asociado con la posición política referida por el término "cacique", cuyas funciones al nivel local o regional consisten en brindar ciertos servicios políticos, como el voto y otras formas de apoyo, recibiendo a cambio mayor libertad de acción en su propia esfera.

Esta imagen clásica, que el autor describe de manera tan similar a Medina Echavarría, no corresponde a la situación actual. El poder básico de los latifundistas ha sido alterado por el advenimiento de los partidos políticos modernos que compiten con ellos por obtener la lealtad de las masas rurales, ofreciéndoles un modo alternativo de relacionarse con las autoridades nacionales. El latifundista tradicional cae víctima del proceso de desarrollo político y su poder comienza a limitarse fuertemente y es sustituido, en casos como el de Perú, por quienes controlan las empresas agrícolas modernas y capitalistas.⁷ Tales empresarios, a través de sus conexiones familiares, controlan sectores enteros de la economía, además de los centros principales de producción agrícola; sus familias dominan los bancos y el comercio exterior, al mismo tiempo que tienen intereses en la construcción y en la minería.⁸ Tal oligarquía es, en esencia, un grupo que controla la riqueza, aunque no la genera. Sus miembros no son empresarios en el sentido estricto del término, desde que no son innovadores económicos no asumen riesgos. Según Bourri-caud, describe así su papel en la economía: "En los países de América Latina las iniciativas industriales importantes no fueron tomadas por oligarcas nativos, más bien lo fueron en general por inmigrantes recién llegados o nativos de orígenes sociales relativamente humildes hasta que, una vez iniciado

⁶ *Ibidem*, p. 16.

⁷ Plantaciones de azúcar y de algodón en la región costera del Perú.

⁸ El ámbito de actividades controladas por la "clase alta de la provincia de Buenos Aires", es, de acuerdo con Imaz, notablemente similar. También la secuencia se da desde las empresas agrícolas comerciales (como opuestas a las haciendas tradicionales) hacia el control de las finanzas (banca y seguros especialmente, en el caso argentino).

el negocio, los oligarcas hicieron un esfuerzo —sin que haya sido exitoso— para asegurarse el control sobre él.”⁹

En ese sentido, los oligarcas actúan como monopolizadores de la riqueza pero su posesión no es un fin en sí. El poder de la oligarquía reside en el control efectivo sobre los recursos esenciales de los países con la intención de usarlo para obtener la movilización del poder político que sirva para defender, a su vez, las bases económicas de ese poder. En tanto que sus dirigentes poseen un control estricto sobre las actividades vitales del país, el poder de la oligarquía alcanza su máximo. El Perú anterior a 1968 sería —para Bourricaud— un ejemplo casi puro. La decadencia del poder de la oligarquía empieza cuando pierde el control de las riquezas nacionales, como consecuencia de presiones provenientes de adentro y de afuera de la sociedad nacional. El poder de la oligarquía se reduce, según la hipótesis de Bourricaud, cuando el adelanto de la industrialización hace crítico el problema de la subsistencia de las masas urbanas, particularmente por la creciente influencia de éstas en la política. Pero también es afectado por la declinación de los precios de los productos agrícolas que exporta la oligarquía en el mercado internacional. ¿Cómo se produce esa decadencia? Este punto sólo puede ser comprendido examinando las relaciones entre la oligarquía y el proceso político.

3. La oligarquía y la política

Bourricaud distingue entre oligarquía, clase dirigente (*ruling class*) y élite, para explorar las relaciones entre oligarquía y política a través del tiempo. Para él, la oligarquía latinoamericana no es ni clase dirigente ni élite. No es una clase dirigente porque no ha sido capaz de monopolizar el poder, salvo en algunos casos como durante el llamado “período parlamentario” chileno de fines del siglo XIX y, Brasil, en la época anterior a Vargas.¹⁰

Estas situaciones estuvieron caracterizadas por hechos tales como que los militares obedecieran a las autoridades civiles y que existiera autonomía local y el poder fuera compartido por el jefe de Estado y los representantes de las principales familias oligárquicas, así la relación entre la oligarquía y la política por lo tanto está caracterizada por su habilidad para asegurarse que los actos de los órganos públicos no ignoren sus opiniones ni vayan contra sus intereses y no por su papel como única fuente de decisiones.¹¹

Para tener una voz efectiva y un poder de veto sobre las decisiones sociales significativas, la oligarquía debe marginar a la mayoría. Antes del proceso de movilización, que para Bourricaud consiste sobre todo en la concentración urbana, la educación y la progresiva organización de los desorgani-

⁹ *Ibidem*, p. 27.

¹⁰ Una breve pero excelente descripción de la forma en que operó la república oligárquica en el Brasil puede encontrarse en Celso Furtado: “Brasil: de la república oligárquica al estado militar”, en *Brasil hoy*, Siglo XXI, México, 1968, p. 127.

¹¹ El autor cita el ejemplo de la defensa que la oligarquía peruana hizo de la “libertad económica” y, como consecuencia sus intentos de limitar lo que consideran los “gastos excesivos del Estado”. *Ibidem*, p. 38.

zados, la marginación es facilitada por el carácter de la política y de la burocracia.¹² Bourricaud postula la existencia de una situación de "patrimonialismo" casi perfecto, caracterizado por el control ejercido por el patrón en las áreas rurales a través de la hacienda y por la constitución de clientelas en el medio urbano. Tal control no es absoluto, como podría ser el existente entre propietarios y esclavos, sino que se basa más bien en el desarrollo de lealtades que el patrón adquiere a través de los servicios que presta. El oligarca opera a este nivel no como un tirano sino como un cambista. Pero al nivel público, el control del poder por el oligarca es más complejo, ya que se basa en la utilización del sistema de clientelas para excluir en forma efectiva a los "débiles".

La oligarquía mantuvo su predominio¹³ excluyendo, por lo tanto, a su clientela de la participación pública (negándoles el voto, los derechos civiles y la educación) mientras que, al mismo tiempo, delimitaba las esferas de influencia respectivas de los poderosos que estaban de acuerdo en sus deseos de evitar confrontaciones.

Según Bourricaud, la ausencia de una burocracia autónoma es una característica general de las situaciones oligárquicas en América Latina y una consecuencia directa de la condición de "patrimonialismo". Los burócratas, en contextos oligárquicos, no operan en términos de un papel corporativo, sino más bien en relación con la autoimagen de cada individuo, como súbdito de la voluntad de un patrón individual, de una familia o de un clan. Tal hecho no puede ser contrabalanceado por el proceso político, en tanto éste no sea más que el conjunto de las rivalidades entre los "jefes" individuales, familias o clanes. La situación política oligárquica por lo tanto, muestra el predominio de tales individuos y grupos, en ausencia de los efectivos contrapesos provistos por una burocracia impersonal y por la participación pública de masas, o sea, los modernos partidos políticos de masas. Esta ausencia, a su vez, es función tanto del sistema de clientelas y de la hacienda, como de la exitosa exclusión de las masas populares.

Como consecuencia, el proceso de movilización influye directamente sobre el predominio oligárquico y es una fuerza con la cual toda oligarquía en América Latina debería contar. No lo hace, sin embargo, esa incapacidad unida al fracaso de los movilizados en la tarea de organizarse efectivamente; llevan necesariamente a la inestabilidad. ¿Puede la oligarquía resistir? La respuesta parece estar en la capacidad de los oligarcas para "funcionalizarse" a sí mismos, aceptando los cambios necesarios para sobrevivir. Si lo logra, la oligarquía se transformaría en élite, vale decir, en "una nube de grupos diversos y débilmente integrados en la cual cada uno posee ventajas e incluso privilegios, mientras en las cosas esenciales todos deben aceptar ser coloca-

¹² "Destino de las oligarquías" en *Aportes*, núm. 4 (abril de 1967), p. 20.

¹³ Bourricaud considera que "predominio" caracteriza mejor la relación entre los oligarcas y el resto, que "dominio", desde que indica el carácter relativo del poder que ejercen. Véase *Aportes*, p. 15.

dos en una situación de reciprocidad y no rechazar por lo menos en principio la norma del bien común".¹⁴

El uso que Bourricaud hace del término "oligarquía" permite analizar sus ventajas y limitaciones desde el punto de vista conceptual. Para este autor, dicha noción tiene tres sentidos, ya que puede hacerse referencia a la oligarquía como un grupo, como un sistema de poder y como un estilo o *ethos*. En todos, el término tiene un valor analítico, más allá de su uso polémico. En otras palabras, aunque la noción de oligarquía es usada a menudo para expresar una idea negativa respecto a ciertos grupos sociales, debe ser empleada en esos tres sentidos para que ayude a comprender la naturaleza de la estructura social y política de América Latina.

En el primer sentido, la oligarquía como grupo se refiere a un núcleo de familias cuyo origen, anterior al actual proceso de industrialización, está en la hacienda, aunque su papel económico actual sea distinto.

La segunda definición se refiere al predominio de la oligarquía, sobre la sociedad política, que es ejercido por control remoto sobre ciertos sectores y que disminuye cuando el proceso de movilización debilita al patrimonialismo.

Finalmente, el tercer sentido hace referencia al carácter del hombre oligárquico, a su capacidad de mantener una identidad separada y su propia ideología frente a los cambios societales. Aunque Bourricaud presta escasa atención a esta cuestión, ella replantea la controversia sobre la dependencia o independencia entre estructura y valores. En última instancia, para Bourricaud, parece que es posible, a lo menos en teoría, la separación del hombre oligárquico y de su orientación valorativa de la existencia de un control y de una estructura oligárquicas.

4. La oligarquía ¿mito o realidad?

El análisis de Bourricaud, sobre todo su visión del Perú, ha sido fuertemente criticado.¹⁵ Una exposición detallada de la controversia no tendría sentido aquí, pero es importante destacar ciertos argumentos que Bravo Bressani resume en la siguiente forma: "La palabra oligarquía no nos parece —si nos atenemos a su significado etimológico, o a la semántica que le atribuyen Bourricaud y Parsons— muy apropiada para designar al grupo de 'nacionales' que participan en el poder con otras fuerzas más poderosas, porque este grupo 'nacional' carece de capacidad autónoma de decisión y no es homogéneo ni permanente."¹⁶

Esta idea es común a muchos autores¹⁷ lo que hace importante examinarla.

¹⁴ *La oligarquía en el Perú*, p. 44.

¹⁵ La controversia está contenida en Matos Mar, *op. cit.*, que incluye contribuciones de Henri Favre, Jean Piel, Bourricaud y Bravo Bressani.

¹⁶ Jorge Bravo Bressani, "Mito y realidad de la oligarquía peruana" en Matos Mar, *op. cit.*, pp. 64-65.

¹⁷ Véase por ejemplo, el análisis sobre Puerto Rico y la República Dominicana en Manuel Maldonado Denis, "Hacia un esbozo de las oligarquías en el Caribe hispano parlante",

Según Bravo Bressani, la afirmación del carácter no nacional y dependiente de la oligarquía, se apoya en la evidencia empírica. Dadas las relaciones económicas vigentes en el Perú, el poder de decisión real está en manos de intereses económicos externos que, sea a través del control de las finanzas internacionales y de las condiciones del mercado, sea por la directa intervención en ciertos sectores de la economía la controlan efectivamente. Como consecuencia, la llamada oligarquía es "únicamente un conjunto de intermediarios (una masa sin poder propio)".¹⁸

La oligarquía existe y no existe. Existe, en cuanto sus miembros aceleran o enlentecen ciertos procesos, los toman en cuenta para acomodarlos a sus propios intereses, dispensan favores o crean clientelas que son sus soportes. No existen en tanto actores independientes que detentan un poder final de decisión.

En esta polémica se advierten supuestos comunes entre los adversarios. En primer lugar, debe recordarse que todo poder fluye y depende directamente del poder económico.

En segundo lugar, aquéllos que no son autoridad final en los asuntos económicos carecen de autoridad real en los asuntos políticos. En otras palabras, las posiciones económicas dictan los intereses económicos, los que a su vez, determinan los intereses y comportamientos políticos. Bravo Bressani acepta esos supuestos sin reservas; Bourricaud en lo esencial. Si hay una cuestión que divide las dos posiciones, es el supuesto de que ciertas características de una esfera se repiten exactamente en otra. En ese aspecto, Favre sostiene que "lo que queremos decir es, en primer lugar que la oligarquía, contrariamente a lo que se ha hecho creer a algunos de sus adversarios virtuales, no es una minoría nacional 'oprimida' casi como los indios, por los 'monopolios' extranjeros".¹⁹

En efecto, lo que está en discusión no es el hecho de la dependencia que todos reconocen, sino su naturaleza e implicaciones en el juego del poder. En este aspecto existen tres posiciones diferentes. Por una parte, los que asumen la existencia de un control desde fuera, canalizado a través del poder de decisión sobre los asuntos económicos y ejercido, por lo tanto, en virtud de la correlación automática entre economía y política. Otros asumen el supuesto de la existencia de una comunidad de intereses entre los oligarcas y los capitalistas extranjeros con el consecuente alejamiento de la oligarquía del interés "nacional", aunque no resulte en una pérdida total de su poder. Favre argumenta en favor de esta posición al señalar que "la oligarquía al diversificar sus actividades y al extenderlas más allá del cuadro estrictamente perua-

Revista Mexicana de Sociología, año xxx, vol. xxx, núm. 1 (enero-mayo de 1968). Según este autor "los dos países operan dentro del marco de una determinada situación de subordinación económica y política *vis-à-vis* los Estados Unidos" (p. 79) cuya consecuencia es que "las condiciones de existencia de sus oligarquías criollas, sus estilos de vida, sus criterios para la determinación del status social de sus componentes, sus ideologías políticas, estarán determinadas, en gran medida, por las condiciones dadas operantes en un sistema económico-social que les sirve como trasfondo" (p. 79).

¹⁸ Bravo Bressani, *op. cit.*, p. 68.

¹⁹ Henri Favre, en Matos Mar y otros, *op. cit.*, p. 89.

no, se ha fusionado con una clase capitalista que dirige una economía sin fronteras".²⁰

Este proceso convertirá a la oligarquía en una porción de una gran estructura internacional de clases y la aleja de ser un elemento que se incluya conscientemente en la nación. Pero ello, no implica el fin de su poder. La ruptura de los vínculos nacionales se da a nivel de los intereses, no al del poder, aunque se refleje en el modo en que tal poder es empleado. Favre piensa —según ese razonamiento— que la oligarquía peruana "aparece cada vez más desvinculada de una sociedad en la que está artificialmente enquistada y sobre la que ejerce más poder que, por grande que sea, no es por eso menos lejano y difuso. Por esta razón nunca ha sentido la tentación o la necesidad de legitimarse, es decir, de justificar su autoridad frente a las masas".

En tercer lugar, el énfasis puede ser puesto más en la influencia de una ideología externa, como se verá más adelante.

Estas distinciones son de grado y los proponentes de una pueden adoptar a veces sugerencias de la otra.²¹ Pero las tres aparecen con bastante frecuencia como para considerarlas visiones diferentes de la conexión entre influencia externa y poder interno.

Esta polémica sobre la significación última de la oligarquía, muestra muy claramente los cambios que se han producido en la sociología latinoamericana, por lo que era necesario encaminarla con cierta atención. En las primeras expresiones de la orientación científica el término es evitado y se habla de clase alta o de clase alta tradicional o de grandes propietarios rurales. Las connotaciones valorativas del término explican su exclusión, pero también el hecho de que frente a la visión, predominante en el pensamiento de izquierda, de un grupo monolítico y todopoderoso se opone otra, la de una formación compleja, desafiada y en declinación constante pese a su permeabilidad. Bourricaud, dentro de una orientación análoga, prefiere conservar el término porque le parece sintetizar mejor las características del sistema de dominación de una sociedad y cree que es posible hacerlo saneándolo de sus implicaciones valorativas. Entre tanto, si una parte minoritaria de la sociología crítica recoge la tradición izquierdista recién mencionada, la mayoría, coloca el problema en términos muy diferentes. La oligarquía nativa no tiene significación propia, la que puede asumir sólo se comprende por su dependencia externa y en las visiones más extremas, no es más que un sirviente privilegiado en el sistema capitalista.

En la orientación científica la oligarquía en sentido propio, deja de tener importancia porque no puede resistir el proceso de movilización social; en la mayor parte de la crítica, porque no es más que la representante de los intereses extranjeros. Más aún, para la primera orientación, fue poderosa, decayó y termina por morir; para la segunda, en sentido estricto, nunca exis-

²⁰ *Ibidem.*, p. 90

²¹ Por ejemplo, Bravo Bressani admite: "reconozco la existencia de un pequeño grupo capaz de decidir desde el Perú respecto de las cosas peruanas, pero dentro de márgenes estrechos —aunque quizás no totalmente definidos— y siempre en su propio provecho" *Ibidem.*, p. 168.

tió, al menos desde la integración plena de América Latina en el sistema capitalista. Se llega, pues, a la misma conclusión pero por vías totalmente distintas, lo que se refleja de manera también muy clara en las controversias acerca de la burguesía.

5. *La clase como prestigio: una visión alternativa de la clase alta*

En las posiciones analizadas hasta ahora existe acuerdo acerca del predominio del factor económico en la distinción entre las clases, pese a otras discrepancias que puedan tener. Sin embargo, una tradición que se remonta en América Latina a los pensadores, prefiere caracterizar las clases en términos de prestigio. José Luis de Imaz, la representa muy bien puesto que su definición de clase reside, esencialmente, en una evaluación del prestigio.²² Para formar parte de la "clase alta de Buenos Aires" se requieren diversas características y, una de ellas, depende principalmente de las relaciones de familia.

Por lo tanto, "alto" o "alta" es utilizado en referencia directa al prestigio, es decir, en forma "prescindente de que tal hecho equivalga a la conducción, a la dirección real de los intereses y negocios de la comunidad".²³

Imaz se plantea la cuestión de los vínculos entre prestigio y otras formas de poder, sea económico o político. Examina la actividad económica del universo de los "altos" para concluir que el 25 por ciento son miembros de la Sociedad Rural, la principal organización de los grandes propietarios, mientras que el 36 por ciento son directores de corporaciones, aunque no se encuentran entre los que dirigen las más importantes. De ahí que concluya que no son una clase dirigente, al menos en el sentido económico del término.

Subjetivamente, los miembros de esta clase alta consideran que el papel económico y político de la clase, importante en el pasado, se ha reducido mucho. "En resumen, prácticamente son unánimes las opiniones que reconocen el papel fundamental que la clase alta tuvo en el pasado argentino. Respecto al momento actual, prima con ligera mayoría el criterio de que el grupo que nos motiva no dirige la vida económica ni el pensamiento y la vida intelectual siendo aún más expreso cuando señalan su escasa relevancia como factor político decisivo. Para los próximos diez años la opinión mayoritaria le asigna un papel similar al que desempeñen los otros grupos (clase media, nuevos industriales, etc.) y supone que para dentro de 25 años no dirigirá la vida nacional. Es poco frecuente que los grupos tengan plena conciencia de falencia. Por eso estas cifras, estos porcentajes, aun circunscritos al grupo consultado, resultan singularmente expresivos." ²⁴

²² Imaz utiliza una encuesta de los que poseen ciertas características "objetivas" (pertenencia a asociaciones, genealogía, etc.), que permite clasificarlos como integrantes de la clase alta de Buenos Aires y a través del análisis trata de justificar la validez de clasificarlos como tales. Véase *La clase alta de Buenos Aires* (Investigaciones y trabajos del Instituto de Sociología, Universidad de Buenos Aires, 1962).

²³ *Ibidem*, p. 5.

²⁴ *Ibidem*, pp. 61-62.

6. *Burguesía y revolución burguesa*

La experiencia europea y la historiografía marxista o no, han insistido sobre el papel de la burguesía y la significación de la revolución burguesa en la historia moderna.

El tema de la existencia de grupos idénticos o similares no podía dejar de plantearse en América Latina. En la mayor parte de los representantes de la orientación "científica", sin embargo, el término burguesía es generalmente evitado, por razones análogas a lo que ocurre con el de oligarquía, pero la cuestión está presente de todas maneras. La visión del desarrollo que tiene la orientación supone explícita o implícitamente, la existencia de los grupos necesarios para producir la industrialización en América Latina con caracteres análogos a sus similares europeos, en un plano general de consideraciones y en otro, más específico, el relativo a los empresarios que será analizado por separado.

Sólo en el Brasil, por condiciones históricas especiales, se plantea en forma explícita la cuestión de la burguesía y de la revolución burguesa aun antes del advenimiento de la orientación "crítica". Sin embargo, fue general a lo largo de la década del 50 y principios de los 60, sostener lo que ha dado en llamarse el "modelo desarrollista", que podría caracterizarse siguiendo a Martins, como participante (*abrangente*, en portugués), democrático y autónomo.²⁵ Supone la posibilidad de un desarrollo nacional, que generará crecimiento económico y mejor distribución del ingreso, incorporando políticamente a masas crecientes de la población y dándoles un nivel de vida decoroso, etc. No hay consenso entre sus sostenedores sobre muchos puntos. Algunos sostienen que sólo puede construirse al margen de los Estados Unidos y por ello dan al modelo, un contenido más o menos antiimperialista; otros en cambio piensan que su realización, exige un compromiso con la potencia hegemónica central. Todos están de acuerdo, sin embargo, en que el proceso de desarrollo debe ser autónomo y que esa autonomía será creciente.

El modelo se basa en la creencia de que existen grupos capaces de liderar ese proceso, en especial la burguesía empresarial, que es percibida como burguesía nacional, por lo que su interés sería promover un desarrollo autónomo, mediante la intervención del Estado, que a su vez refuerce la autonomía, etcétera.

Estas ideas no nacen en el vacío. Son una manera de entender las alianzas políticas producidas luego de la crisis de la hegemonía oligárquica y conocidas bajo el nombre de populismo. Tales alianzas buscan materializar un proyecto cuyo sustento básico está no en las clases altas rurales tradicionales como antaño, sino en la nueva burguesía industrial y en la afirmación de un desarrollo autónomo desde el punto de vista internacional.

Pero, si bien tales ideas surgen como interpretación de los fenómenos que están ocurriendo, tienen a su vez influencia sobre ellos. Así, por ejemplo,

²⁵ Luciano Martins, *Industrialização, burguesia nacional e desenvolvimento* (SAGA, Rio de Janeiro, 1968).

en el Brasil, sobre todo en la época de Kubistchek, se busca un desarrollo del tipo descrito.

El fracaso de esos intentos, lleva a la aparición de nuevas perspectivas teóricas. El tránsito de unas a otras, se refleja muy claramente, por ejemplo, en la obra de Florestán Fernandes. Florestán Fernandes, aunque interesado por la evolución de las clases altas rurales, se ha preocupado más por las relaciones entre éstas y las urbanas. Las clases altas rural y urbana se vinculan entre sí como una burguesía, aunque la primera es una combinación compuesta, mezcla de clase y estamento. Como consecuencia, se trata de una burguesía compuesta. ¿Cuáles son las constantes de su comportamiento? Según el autor, darle prioridad al crecimiento, acelerar la modernización dependiente y hacer abortar, inclusive, la "revolución dentro del orden".²⁶ Tal burguesía es, en el fondo, una plutocracia incapaz de dar el "salto histórico" hacia el "capitalismo maduro". Mientras en sus primeras obras Fernandes creía percibir el advenimiento de tal capitalismo, lo que suponía una burguesía capaz de realizar la empresa, su opinión se ha vuelto muy diferente. Las burguesías latinoamericanas al privilegiar el desarrollo, impulsan la proletarianización pero no quieren aceptar al mismo tiempo, la democratización correspondiente al orden social competitivo. El diagnóstico de esa burguesía toma resonancias morales muy fuertes: "proscribiendo o destituyendo del orden civil y limitando (o anulando) la participación económica, cultural y política de las clases trabajadoras, tales burguesías se debilitaron a sí mismas, reduciendo sus alternativas, empobreciendo su visión del mundo y liquidándose como agente histórico revolucionario. Restringiendo la competencia y el conflicto a privilegios cuasiestamentales despojaron al capitalismo de sus potencialidades creadoras".²⁷ Este tema, unido al de la rapacidad, egoísmo, etc., de la burguesía se reitera constantemente en el autor. Existían en sus obras anteriores pero en las dos últimas adquieren una fuerza mucho mayor.

Sin embargo, Fernandes cree que hubo una revolución burguesa en América Latina, aunque no fue nacional, es decir no rompió la dependencia. En otras palabras, no existiría una burguesía nacional. La "asociación dependiente" hace que las funciones de la burguesía sean muy diferentes que las que asumió en la historia del capitalismo de los países centrales. El equilibrio dinámico del orden capitalista supone la institucionalización de formas de equidad, en tanto que, el capitalismo dependiente latinoamericano se vincula a un aumento constante de las desigualdades económicas, sociales y políticas, preserva barreras antiguas y les agrega otras nuevas, las clases altas defienden sus privilegios como algo sagrado "elevando la opresión sistemática, reconocida o disfrazada, a la categoría de estilo de vida".²⁸

El comportamiento de esa burguesía es racional desde que la racionalidad de la acción depende de la estructura del campo en que el agente actúa socialmente. Pero en el capitalismo dependiente, el "círculo de indeterminación" provocado por la dependencia externa es muy alto y por ello la activi-

²⁶ *Capitalismo dependiente...*, p. 57.

²⁷ *Ibidem*, p. 58.

²⁸ *Ibidem*, p. 69.

dad principal de la burguesía, se dedica a su superación, lo que implica un desperdicio de recursos, le permite la especulación y el logro de ganancias a corto plazo, la transferencia sistemática de los riesgos, adaptarse y sobrevivir. Pero esta actividad de sobrevivir es la esencial. Casi nunca la burguesía "se proyecta históricamente como una clase que domina y modifica la estructura y el curso de los procesos económicos".²⁹ Es una clase que, más bien, corre detrás de ellos para ajustarse a sus fases. En las "de prosperidad, el agente actúa según la imagen del libre-empresario clásico, apropiándose del excedente económico individualmente bajo un clima de proteccionismo oficial, instaurado directa o indirectamente por la acción del gobierno sobre las tarifas y las tasas cambiarias; en las fases de depresión, transfiere los riesgos y las cargas de la actividad económica a la colectividad, usando sus facultades de intervención en el mercado y los recursos del gobierno".³⁰

No debe olvidarse que la burguesía se desenvuelve en un campo que no es exclusivamente capitalista, aunque de éste saque su mayor fuerza y dinamismo. También existen formas arcaicas en la sociedad. Como consecuencia, la burguesía tiene que definirse frente a dos líneas, por un lado las relacionadas con los núcleos hegemónicos del exterior; por otro, las que tienen que ver con las tensiones entre el sector arcaico y el sector moderno. Si se piensa que los núcleos hegemónicos externos tienden a transformar intereses económicos en materia política y diplomática y a ejercer controles políticos y diplomáticos en materia económica y a ello se agrega que cualquier problema que se refiera al equilibrio, a la existencia o al ritmo de crecimiento de cada sector se convierte automáticamente en materia política de otro, se comprende la importancia de la política, es decir, de lo extraeconómico en lo económico. El agente económico capitalista debe controlar mucho más estrictamente las condiciones políticas que las económicas.

El dilema de la burguesía, para disfrutar de las ventajas del capitalismo, está en apegarse a sus fundamentos jurídico-políticos o desenvolver sus fuerzas económicas. El comportamiento que pone en práctica tiene como consecuencia reducir las capacidades de diferenciación y de vitalidad del crecimiento de la economía.

Esta consecuencia se observa claramente en tres niveles distintos. En primer lugar, se observa en la solidaridad existente entre las diversas categorías económicas que forman la burguesía, que se basa esencialmente en la posesión de bienes (propiedad, empresa privada, etc.) mucho más que en el uso capitalista de esos bienes. Por lo tanto, el ajuste interno es eminentemente social y político y eso es lo que torna posible la articulación de estructuras arcaicas y modernas en un mismo sistema económico. Pero esto lleva a un *impasse* fatal porque este ajuste tiende a proscribir el conflicto cuando los intereses de las diferentes categorías son divergentes. He ahí la espina dorsal del subdesarrollo, porque ningún grupo burgués considera legítimo o dispone de medios eficientes para romper, en términos puramente económicos, el pacto sagrado. En segundo lugar, se espera que las demás clases se acomoden pasi-

²⁹ *Ibidem*, p. 77.

³⁰ *Ibidem*, p. 77, nota 49.

vamente a esa unión de intereses. En tercer lugar, el dilema señalado impide que las categorías económicas de la misma clase se unifiquen a través de intereses fundamentales para la sociedad a corto o a largo plazo. Ninguna de ellas "puede tener un peso decisivo en la construcción de una política económica verdaderamente revolucionaria (en términos de los intereses de la burguesía como clase)".³¹

Este diagnóstico interpretativo que es realmente "un proceso a la burguesía" plantea diversos problemas. Por un lado, Fernandes oscila entre afirmaciones de condenación moral a la burguesía y comprobaciones de que ella es el producto necesario e inevitable del capitalismo dependiente. En segundo lugar, hay una comparación implícita y a veces explícita, entre la burguesía latinoamericana y su similar de los países capitalistas desarrollados, aunque podría discutirse si esa comparación no se efectúa entre un análisis real, verdadero o no, de la burguesía latinoamericana y un tipo ideal de burguesía capitalista pura. En tercer lugar, cabe preguntarse si el análisis no implica que la burguesía no es una clase social y ello porque aun cuando el autor considera el grupo más plenamente "clase" dentro de la sociedad latinoamericana es dudoso que pueda considerarse tal a un conglomerado de categorías económicas tan diferentes. En cuarto lugar, las ideas sobre la extrema rigidez de la burguesía frente a las demás clases sociales y todo lo que pueda amenazar su posición parecen muy difícilmente generalizables a toda América Latina y en especial a Chile, a Argentina, y a Uruguay. Tampoco sería muy fácil aplicar a estos dos últimos países la idea de una burguesía "poseedora de bienes" que maneja sectores precapitalistas, capitalistas y extracapitalistas para mantener sus privilegios.

Al igual que en el caso de Florestán Fernandes recién visto, otros autores han partido de la existencia de una burguesía en América Latina, capaz de liderar un desarrollo capitalista dotado de cierta autonomía, para concluir que tal cosa era imposible. En las condiciones del capitalismo dependiente existe burguesía, pero no existiría —según tal planteo— una burguesía nacional.

Otros han ido más lejos como Frank, bastante cercano a las últimas formulaciones de Fernandes, para quien la "burguesía nacional" ni es nacional ni es burguesía; es una lumpenburguesía, un socio menor de los capitales extranjeros. Tesis similares aunque como otro lenguaje surgieron en las críticas de las ideas de Bourricaud.

En el fondo de esta controversia se encuentra un cierto modelo de lo que fue el desarrollo europeo originario que es el término de comparación explícito o implícito en la mayoría de las discusiones. Este fue posible porque en distinta medida hubo una revolución burguesa que liquidó al feudalismo y disminuyó el papel de los propietarios agrarios, para constituirse en clase dominante y presidir el proceso de la industrialización. Ese grupo social, tuvo desde el punto de vista político, dos características esenciales: internamente

³¹ *Ibidem*, p. 81.

produjo un creciente desarrollo democrático; externamente, dirigió un proceso de desarrollo autónomo.

En este tipo de controversia no siempre se evitan las cuestiones meramente terminológicas. A veces los autores están de acuerdo sobre los rasgos de los actores y las características básicas del proceso que se da en América Latina pero al partir de definiciones diferentes, los mismos hechos demuestran para unos que la burguesía nacional existe y para otros que no; unos afirman que no hay revolución burguesa, mientras otros sostienen lo contrario.

La duda que queda, es la de si hubo alguna vez una burguesía nacional que duró apenas unos años o si en realidad no la hubo nunca, salvo como sueño de algunos teóricos. La mayoría de los autores ya opine que la hubo o no, cree que ya no la habrá en el futuro; unos pocos entre ellos Jaguaribe, suponen que todavía puede existir.

Recientemente, Cardoso ha retomado el problema, sosteniendo que existe una burguesía y que se está dando una revolución burguesa en algunos países de América Latina. De partida afirma que las condiciones de desarrollo de un capitalismo dependiente son incompatibles con la existencia de una burguesía nacional autónoma. Sólo existen burguesías locales, asociadas a los intereses monopolistas internacionales, en posiciones subordinadas. Sin embargo, que sean "subordinados" no quiere decir que nada signifiquen o que carezcan de toda influencia. Tampoco implica que estén condenadas a desaparecer o que sean incapaces de infundirle algún género de dinamismo al sistema. De este modo, Cardoso se opone a los que continúan creyendo en la posibilidad de una burguesía nacional, como Jaguaribe y también a los que creen que no hay siquiera burguesía como Frank y otros. Asimismo, discrepa con los que ven la situación actual de América Latina como capaz sólo de generar estancamiento. La nueva hegemonía, de que habla Cardoso, se basa en la alianza entre los intereses monopolistas, los de la burguesía local y los de los "funcionarios" y "técnicos". "La alianza entre clases o fracciones de clases no significa la eliminación de los intereses contradictorios que eventualmente posean, pero sí, la subordinación de estas contradicciones a otras más significativas."³² A veces significa la oposición en bloque a las clases populares, otras la incorporación de parte de ella y la oposición al resto.

Es un error interpretar esta situación como si llevara consigo el fin de la burguesía o se tratase del dominio exclusivo e incontestado de los monopolios internacionales. Estos tienen un carácter dominante, pero no exclusivo, y sus caracteres pueden variar considerablemente según los países y las coyunturas.

Internamente, la situación lleva consigo ciertos dinamismos. No es cierto que las burguesías asociadas estén implantando un régimen de estancamiento económico y de represión social.³³ La represión es política y violenta, pero el Estado autoritario latinoamericano según índices existentes "coopta" socialmente grupos importantes de las clases medias y manipula símbolos naciona-

³² *As classes sociais*, p. 46.

³³ A lo largo de estas consideraciones Cardoso critica, sin citarlo por su nombre, las hipótesis de Jaguaribe.

les-integradores para movilizar a las masas urbanas".³⁴ Como la expresión co-opta lo indica se trata de una "apertura" falsa, controlada desde arriba, pero no es una situación de estancamiento sino de dinamismo dirigido.

"Es a este proceso y al dislocamiento del bloque de poder de los intereses de los antiguos grupos nacional-burgueses-populistas que fueron sustituidos por la burguesía internacionalizada y por el tecnocratismo civil-militar, que llamó la 'revolución burguesa de los países dependientes'." ³⁵

El proceso de industrialización expande a la clase obrera; altera en el campo las relaciones de producción, crecen los asalariados agrícolas; todo lo cual acelera las migraciones internas, la urbanización y la formación de un mercado de trabajo, lo que se acompaña de la introducción de una tecnología más moderna. En otras palabras, aunque se trate de un capitalismo dependiente "es inconcebible que una sociedad basada en el dinamismo capitalista ... esté sencillamente reafirmando y reproduciendo las antiguas formas de relaciones sociales y se presente socialmente como estática".³⁶

Esto no significa que las contradicciones del capitalismo se hayan resuelto; por el contrario existen como siempre ha ocurrido en su evolución, sólo indica que no puede esperarse su caída en virtud de la crisis que siempre ha tenido.

En la tesis de Cardoso, el análisis principal es el de la burguesía y sus asociados inmediatos, el de la revolución burguesa. Por lo tanto, casi nada se dice del resto de las clases sociales salvo "que las clases explotadas deben ser independientes en sus propósitos políticos, sin vincularse a los propósitos de la burguesía",³⁷ en otras palabras, que sólo la lucha de clases puede cambiar el sistema.

Las modalidades que presenta la nueva alianza son variadas. La revolución que las burguesías asociadas pueden propiciar en las condiciones de las sociedades dependientes es la que se da, por ejemplo, en Argentina, México y Brasil; pero si los grupos que se alían son siempre los mismos, en cada país el resultado asume rasgos específicos. En México, donde la burguesía también controla civilmente el Estado, la situación es diferente que en el Brasil, donde no se da el mencionado control del aparato estatal, no se da directamente al menos en la coyuntura actual. Ambas situaciones difieren a su vez del caso argentino donde la burguesía tiene que enfrentar la organización obrera peronista y la presión popular organizada mucho antes, lo que explicaría probablemente las dificultades para constituir un régimen dotado de cierta estabilidad en dicho país. En Brasil, la exclusión de los sectores populares es prácticamente total, mientras que en México "fue posible incorporar parte de las clases populares al bloque en el poder"³⁸ posibilidad que Cardoso no excluye como futuro para el caso brasileño.

³⁴ *Ibidem*, p. 48. Subrayado del autor.

³⁵ *Ibidem*, p. 49.

³⁶ *E pur si mouve*, mimeo., p. 4. Trabajo escrito en respuesta a las críticas al anteriormente citado.

³⁷ Citado en la nota anterior, p. 12.

³⁸ *As classes sociais*, p. 46.

En ciertas coyunturas, la nueva hegemonía de clases se expresa directamente por la acción y la palabra de la burguesía local internacionalizada: en otras, son los militares, funcionarios y técnicos los que se hacen oír. En todos los casos "los límites estructurales de la acción están dados por la relación entre el Estado y la burguesía internacional, pues aunque ésta no siempre es el árbitro incontestado de la situación, el arbitraje estatal no puede sobrepasar los límites de los intereses de los sectores más dinámicos de la burguesía industrial-exportadora".³⁹

Las nuevas condiciones estructurales hacen imposible, pues, la existencia de una burguesía nacional. Pero Cardoso parece pensar que la hubo en el pasado, puesto que la nueva alianza desaloja a los antiguos grupos que pertenecen a aquélla. Vale decir que la tal burguesía nacional existió pero al desaparecer las condiciones que permitían su acción se ha convertido en sólo una pieza de museo. Y Cardoso parece excluir la posibilidad de que esas condiciones se reproduzcan en el futuro. Sin embargo, de que no exista burguesía nacional no puede llevar a sostener que su lugar haya sido ocupado sin más y totalmente por los representantes de los intereses internacionales. Hay una burguesía local, subordinada pero dotada de cierto poder, aunque Cardoso no la define claramente ni muestra cuáles son sus apoyos objetivos o subjetivos.

De lo anteriormente visto, puede concluirse que en algunos análisis, las clases altas no pueden cumplir las funciones que tuvieron sus similares de los países de desarrollo originario por causas estructurales, independientes de la voluntad de esas mismas clases. Sin embargo aparece, explícita o implícitamente pero con gran claridad, una especie de censura moral de su incapacidad. En otros casos, como ocurre en Jaguaribe, se pone en primer término un "voluntarismo" que hace depender las posibilidades de los países de América Latina de decisiones tomadas con gran libertad. En tal perspectiva, la censura moral se justifica, aunque las bases teóricas del análisis puedan ser muy objetables, sobre todo cuando también se enumeran de causas estructurales que parecen reducir la supuesta libertad a la nada. Muchas veces se ha observado que, en líneas muy gruesas, hay dos grandes maneras de ver a los pobres: o lo son porque quieren, o lo son porque no podrían ser otra cosa. Algo análogo ocurre con las clases altas en América Latina. Ante la evidencia de que no se sale del subdesarrollo, casi todos los autores están dispuestos a aceptar su incapacidad de liderazgo, pero eso no es más que el punto de partida de dos grandes líneas de pensamiento: una que las abandona como posible agente de desarrollo y otra que les dirige admoniciones acerca de cómo debían comportarse para llegar a serlo. Cuestiones análogas a las que habían planteado respecto a las oligarquías.

³⁹ *Ibidem*, pp. 49-50.

III. OLIGARQUÍAS Y ÉLITES

El interés de Graciarena en el concepto oligarquía reside en que lo considera la contraparte de la noción de élite. Argumenta que la contraposición entre ambas como configuraciones polares de poder, tiene escaso interés en el análisis de América Latina porque ninguna corresponde a situaciones históricas de poder.⁴⁰ Si se distingue entre oligarquía y élite en función de sus respectivas bases de poder —agraria en la primera; ligada a los procesos de modernización, industrialización y a las clases medias en la segunda—, Graciarena afirma que América Latina aparece en una posición intermedia: no hay claro predominio de lo agrario ni tampoco una decisiva transformación hacia la industria y propone los siguientes argumentos para apoyar su afirmación.

En primer lugar, las oligarquías experimentaron profundas tensiones y cambios en las décadas recientes —unos debidos a la crisis económica de los treinta y otros al desarrollo industrial— que debilitaron las bases de su poder.

En segundo término, como consecuencia de lo anterior, la oligarquía se encuentra en proceso de transición hacia una élite, aunque ello esté lejos de haberse completado. La estructura del poder existente en América Latina es una amalgama de elementos oligárquicos y elitarios modificados además por la presencia de las clases medias altas urbanas. Tal amalgama, según el autor “tiene en lo principal un carácter predominantemente ideológico pues los diversos grupos se han vinculado por medio de un compromiso político cuyas bases reales derivan en buena parte de las características que ha tomado el desarrollo económico y político latinoamericano de las últimas décadas”.⁴¹

En tercer lugar, la reacción respecto a la Alianza para el Progreso demuestra, al mismo tiempo, el continuado vigor de la oligarquía y la importancia real de los componentes no oligárquicos de la estructura de poder. Sin embargo, los elementos no oligárquicos no actúan independientemente porque “su orientación ideológica depende todavía, en gran medida, de la que les proporcionan los grupos oligárquicos”.⁴²

En cuarto término, existe una crisis oligárquica que proviene de la pérdida de la “situación objetiva de poder” de la oligarquía. Sin embargo, al mismo tiempo, la oligarquía ha conservado “un margen de autonomía y de poder efectivo o político desproporcionalmente mayor que el que corresponde a su situación estructural”.⁴³ Si se quiere, “es un grupo cuyo poder efectivo es mucho mayor que su poder real”.⁴⁴

Por último, las presiones imperialistas externas sólo tienen significado en relación a la estructura nacional de poder. Graciarena sostiene, en esta obra, que América Latina se ha vuelto más autónoma, recibiendo las presiones imperialistas más en forma de ideologías que de intervención directa.

⁴⁰ Jorge Graciarena, *Poder y clases sociales en el desarrollo de América Latina*, Paidós, Buenos Aires, 1967, p. 45.

⁴¹ *Ibidem*, p. 47.

⁴² *Ibidem*, p. 48.

⁴³ *Ibidem*.

⁴⁴ *Ibidem*, p. 49.

De acuerdo a estos argumentos considera posible categorizar las situaciones de poder en América Latina estableciendo un contraste entre los tipos polares, oligarquía y élite, observando las siguientes dimensiones:

CUADRO 2. *Los principales rasgos de la oligarquía y la élite*

Rasgos	Oligarquía	Élite
1. Tipo de producción predominante	Primaria y algo de terciaria	Secundaria y terciaria
2. Destino principal de la producción y principal fuente dinámica de la economía	Exportación de productos primarios	Mercado interno de productos industriales y de servicios
3. Reclutamiento de sus miembros	Más cerrado, basado en criterios de linaje y de sucesión	Más abierto, basado en criterios nacionales y funcionales
4. Base ecológica de poder	Rural	Urbana
5. Estilo de control que ejerce	Muy personalizado, basado en vínculos familiares y en relaciones de amistad	Impersonal, más funcional e ideológico
a) sobre sí misma		
b) sobre su ámbito externo	También personalizado, apelación personal, caciquismo, caudillismo, etc.	Impersonalizado, medios de masa e ideologías
6. Grado de centralización de las decisiones políticas	Gran descentralización los poderes locales y regionales como principales centros de poder. Predominio del parlamento y del senado. Bajo, principalmente fuera del Estado	Más centralizado predomina el ejecutivo y la "administración"
7. Grado de concentración del poder		Alto, principalmente dentro del Estado nacional
8. Situación objetiva de poder del grupo dirigente		
a) magnitud	Fuerte	Débil
b) basada en	La posesión de propiedad principalmente en el sector primario	En el Estado y en el control de la política económica
9. Dependencia externa	Fundamentalmente económica: mercado internacional	Fundamentalmente política e ideológica: lucha antisubversiva

Los tipos polares han sido muy utilizados en la literatura científica y la mayoría de los autores tiende a emplear uno u otro de los extremos como el principal foco de sus esfuerzos. Sin embargo, aunque Graciarena admite que la postulación de extremos de un continuo del poder puede tener alguna utilidad analítica y pedagógica, tiene el inconveniente de que no toma en cuenta los estados intermedios que son las situaciones empíricas usuales en América Latina. La gama existente de situaciones incluye tanto la ausencia de uno o ambos de los extremos, como la combinación de elementos provenientes de los dos, siendo este último el caso más frecuente en situaciones de transición. Puede argüirse, en contra de lo que dice el autor, que su crítica supone una visión demasiado mecanicista del uso del método tipológico, que puede ser usado para dar cuenta de esas amalgamas intermedias. Más aún, la tipología más histórica del poder que Graciarena propone, representa un contraste implícito entre una tipología de oligarquía y de élite con diferentes situaciones históricas.

Lo que puede ser cierto es que mientras otros análisis se basan en clasificaciones más abstractas y formales, el esquema de Graciarena está más ligado al desarrollo histórico de América Latina e incorpora factores significativos como la ideología, dejados de lado en otros análisis.

La tipología histórica de Graciarena parte del período colonial. La oligarquía colonial fue de tipo aristocrático, basada en una sociedad análoga a la de castas con mano de obra esclava o cuasi esclava, explotada en la agricultura y en la minería principalmente. Este tipo fue remplazado por oligarquías de carácter monolítico, también llamadas oligarquías nacionales exportadoras. Las estructuras de poder se fundaron entonces en la producción y exportación de productos primarios y corresponden, en general, al período de desarrollo hacia afuera. Dado el carácter monolítico de las oligarquías, la estructura de poder estuvo muy cerca del tipo puro de oligarquía.⁴⁵

La tercera etapa histórica es la de las oligarquías pluralistas, cuyo principal rasgo es la necesidad de incorporar a la estructura de poder a "nuevos grupos cuyo peso y presencia significan un serio desafío para la hegemonía oligárquica".⁴⁶ Mientras que en las situaciones anteriores los oligarcas disfrutaron de una libertad de acción casi completa, en la nueva, las presiones externas a la oligarquía requieren la formación de alianzas políticas que permitan neutralizarlas. La oligarquía entra en una balanza de poder maquiavélica que le permite mantener el control frente al desarrollo ideológico y organizacional de otras clases. En definitiva, todo el análisis de Bourricaud está dirigido a estudiar esta etapa.⁴⁷

Por último, la cuarta etapa, de las élites oligárquicas, es aquella en que si bien "el grupo de poder y su reclutamiento tienen características predomi-

⁴⁵ Aquí se distinguen dos subtipos según su base económica, las oligarquías latifundistas y las oligarquías mineras, recogiendo la sugestión de Cardoso, que Graciarena cita. *Ibidem*, p. 65.

⁴⁶ *Ibidem*, p. 65.

⁴⁷ Bourricaud provee una receta para la solución de la crisis oligárquica, la funcionalización de la élite, cosa que Graciarena percibe solamente como una de las soluciones posibles.

nantemente elitarias ... en cambio, sus políticas son oligárquicas, en su esencia".⁴⁸

Los principales rasgos de esta última situación son una base económica diversificada con cierta incompatibilidad de intereses; un mercado interno de importancia substancial, aparte de los vínculos con un mercado internacional para los productos primarios que forman una parte importante de las exportaciones y, por último, una participación política "ampliada", en el sentido de Germani. Como consecuencia, el pluralismo estructural se ve reforzado y la cooperación entre una variedad de grupos es, simultáneamente, posible y obligatoria. Grupos heterogéneos, por ejemplo, de bases económicas diferentes y de intereses diversos, se ligan entre sí a través de un "compromiso político" cuya forma principal es ideológica. La existencia del compromiso sugiere los límites del poder oligárquico. El es transitorio y "eleva a un nivel peligroso la rotación personal en las posiciones de poder".⁴⁹ Las fuerzas armadas sirven para equilibrar la situación a través de variadas formas de intervención incluyendo, desde luego, los pronunciamientos militares. El centro de la jungla política es el Estado y el tema del arreglo obtenido o a obtener es la política económica estatal. En las etapas anteriores, según Graciarena, la oligarquía usaba al Estado como un instrumento, pero no como una fuente de poder, la que obtenía más de la "situación objetiva de poder". En la nueva etapa, el Estado asume ese carácter. Graciarena sostiene que "lo esencial en una sociedad dominada por una élite oligárquica es, por una parte, el retaceo de la participación política popular y, por la otra, la utilización de los recursos del Estado (desde la fuerza pública al soborno) para regular esa participación política, ajustándola a los requerimientos de la situación de poder existentes".⁵⁰

En síntesis, al final de este proceso, tal como se configura en la actualidad, los fines del grupo alto, el monopolio del poder efectivo se mantienen; pero varía mucho el modo de hacerlo. Parece claro que, en el futuro, para mantenerse en las altas posiciones de poder real se dependerá no solamente de la posición en la estructura social, sino sobre todo de las habilidades políticas en una arena que se ensancha.

IV. EL PROBLEMA DE LAS ÉLITES

1. *Concepto y función de las élites*

Los análisis de Graciarena y de Imaz, enlazan el problema de las oligarquías con el de las élites. Graciarena, en especial, busca definir un sistema de dominación ni estrictamente oligárquico ni claramente elitario. Las proposicio-

⁴⁸ *Ibidem*, p. 66.

⁴⁹ *Ibidem*, p. 68.

⁵⁰ *Ibidem*, p. 69.

nes de Cardoso, aunque diferentes, no están demasiado lejos de esa idea: las burguesías asociadas, incorporan militares (léase élites militares), sectores medios profesionales de orientación tecnocrática (léase también élites tecnocráticas), etc. En última instancia esas burguesías locales también pueden ser vistas como élites empresariales.

Como ha hecho notar Medina Echavarría,⁵¹ el problema de las élites ha sido universalmente importante en los últimos tiempos. Las preguntas de quiénes dirigen las sociedades y qué grupos ofrecen los modelos superiores de conducta obedecen, en muchos casos, a preocupaciones extrasociológicas. La idea de que las sociedades contemporáneas desarrolladas se caracterizan por la presencia creciente de las masas —con todos los diferentes significados que esa expresión puede tener—, el pensamiento de que puedan sumergir a las élites en una mediocridad universalizada influyen, por ejemplo, sobre la actualidad del tema que, junto con otros, pertenece a la crítica cultural de nuestro tiempo.

Una segunda preocupación no es menos importante. Es la que trata de determinar la naturaleza de la sociedad industrial y de los grupos que la lideran. Pero las "nuevas naciones" en la era poscolonial enfrentan el problema de la formación de las élites dirigentes, el de sus características principales, lo que explica el gran número de estudios que se han hecho sobre el punto, tanto en Asia como en África.

Las sociedades latinoamericanas no son desarrolladas pero tampoco son naciones nuevas en sentido estricto. ¿Qué sentido puede adquirir en ellas el estudio de las élites?

Medina, en el trabajo que se acaba de citar, busca la respuesta vinculando el problema de las élites con el de la oligarquía. Según su manera de ver hay dos hechos que deben tomarse en cuenta para comprender la cuestión en América Latina y sus notables diferencias con otras regiones del mundo. En primer lugar, las ciudades que en todas partes están vinculadas al proceso de modernización, pertenecen en América Latina al proceso fundacional y son anteriores al desarrollo. En ellas se expanden grupos que, de alguna manera, tienen un papel importante en la sociedad y que deben considerarse como élites urbanas. Por otro lado, sin embargo, las élites dominantes son, durante mucho tiempo, aquellas que se basan en la hacienda. Es evidente, además, que sin la articulación que ellas proporcionan, la formación y el desarrollo de las naciones latinoamericanas no hubiera sido posible. El sistema clientelístico que implantaron estuvo dotado de gran flexibilidad y terminó por constituirse en un obstáculo para la modernización. De ahí el carácter dual que, generalmente, se atribuye a las sociedades latinoamericanas.

Esos dos hechos que, si no son contradictorios, dan a la situación latinoamericana sus rasgos específicos, son las que deben tenerse en cuenta al analizar el problema de las élites. Sin duda, esto no significa que el autor ignore las grandes diferencias que existen entre ambos grupos; de lo que se trata es de llamar la atención sobre que siempre hubo élites urbanas en América

⁵¹ José Medina Echavarría, "Introducción", en *The urban elites in Latin America*, (Santiago de Chile, ILPES, 1966).

Latina, aun cuando el sistema de dominación estuviera en manos de las rurales, llamadas generalmente oligarquías. Se insiste, en otras palabras, sobre la importancia de tomar en cuenta que el problema tiene una larga historia en América Latina y que una parte de la historia —y no sólo como se dice a menudo porque las oligarquías agrarias vivieran en las ciudades— se ha producido en éstas.

Estas indicaciones dejan intacto el problema de la definición de las élites. Es sabido que desde que el término fue aplicado por los comerciantes del siglo xvii a sus mercaderías de mejor calidad hasta los análisis de Pareto, muy variados sentidos se han prestado y se prestan al término. En el caso de América Latina, las páginas anteriores ya han puesto de relieve que es posible llamar élites a las oligarquías tradicionales de origen agrario, en tanto que otros autores prefieren reservar el término para los grupos que participan en el sistema de dominación una vez que la "hegemonía oligárquica" entra en decadencia. Incluso, para muchos autores, élites son los grupos dominantes o influyentes que no tienen su base de poder en la hacienda. En otros casos, el origen social parece influir en la definición; implícitamente, ciertos autores tienden a llamar élites a aquellos grupos que han llegado a formar parte del sistema de dominación, pero que no pertenecían originariamente a él. Pero, otra vez, esto sólo tiene sentido, como diferencia con la oligarquía agraria, puesto que esos grupos, nuevos hoy, mañana no lo serán y parece absurdo que dejen de considerarse élites por esa sola circunstancia.

El término ha sido, pues, utilizado en una multiplicidad de sentidos. Si se retoma la célebre distinción de Pareto entre élites políticas o gobernantes y élites no políticas, corresponde señalar que, en la región se ha dedicado y se dedica mucha más atención al estudio de las primeras que al de las segundas. Es a las no políticas que se refiere esta sección. Sin embargo, debe advertirse que la importancia que ha tenido el problema de la significación de las élites en el sistema de dominación ha sido tan grande, que es inevitable entrar en consideraciones que tienen que ver con el problema político, por más que el desarrollo de las mismas se reserve para el capítulo correspondiente.

La necesidad de introducir, como lo hacen los autores que se van a exponer, consideraciones que tienen que ver con el sistema político, se ve reforzada en esta sección, porque ella se dedica a las tesis que se han sostenido sobre las élites en general, dejándose las consideraciones sobre élites funcionales específicas para las siguientes.

Dos cuestiones más merecen subrayarse. Por una parte, la escasez de los estudios empíricos, hacen que lo común sean las reflexiones generales y las hipótesis más o menos plausibles. En segundo lugar, la carga ideológica de este tema es, obviamente, muy fuerte. Si el análisis de élites se propone como sustitutivo al de clases, los que sostienen la perspectiva marxista perciben tal intento como un ensayo de escamoteo ideológico. En cuanto el problema de las élites tiene que ver con la sustitución del sistema tradicional o, si se quiere, es una parte del proceso de modernización, la aparición de ellas tiende a ser vista como un signo favorable; pero también puede ser visualizada como una apariencia que oculta la continuada existencia de un régimen esen-

cialmente excluyente. Como en gran parte los estudios sobre élites se refieren a grupos que no tienen su base objetiva de poder en la hacienda, es decir, que de alguna manera pueden ser considerados como clases o sectores medios, aflora la cuestión de la capacidad o incapacidad de éstos para producir "élites de remplazo" cuestión en gran medida ideológica que, como se verá ha plagado el estudio de las clases medias.

Estas consideraciones generales, pueden ser ejemplificadas no sólo con los análisis ya presentados en este capítulo, sino con dos ejemplos de los pocos que existen en América que tienen una base empírica.

2. *Élites y socialización*

José Luis de Imaz ha llevado a cabo una de las más conocidas investigaciones empíricas sobre el tema. El objeto de su estudio son las características de las personas que "por sus rangos ocupan las más altas posiciones institucionalizadas de la sociedad".⁵²

Para cada uno de los grupos funcionales que distingue, examina los orígenes sociales, económicos y nacionales, llegando a la conclusión de que, en sentido propio, no existe clase dirigente en la Argentina. Argumenta que, aunque desde el punto de vista funcional, existe una élite, la pluralidad de los individuos que la forman no poseen un origen similar ni son el producto del mismo proceso de socialización, lo que supone que una clase se define por las experiencias compartidas de sus integrantes. Según el autor, se requiere una ideología común para la élite, que afirme las bases para un liderazgo consensual.⁵³ Tal ideología común es el producto de la habilidad de los dirigentes para comunicarse entre ellos; pero la posibilidad de comunicación resulta, a su vez, del desarrollo a través del tiempo de relaciones cara a cara. El liderazgo efectivo es, para Imaz, el producto de la cohesión del grupo que se sostiene sobre "la cultura de grupos internalizados, la práctica de determinados modales y la frecuentación de los mismos ambientes".⁵⁴ Tal cultura común es reafirmada por la formación educacional compartida y por la continua interacción posterior en clubes sociales y organizaciones similares.

La clase alta de Buenos Aires, estudiada antes por Imaz, es el único grupo con cohesión entre "los que mandan".⁵⁵ Cuando ese grupo fue la clase dirigente de la Argentina pudo efectivamente ejercer el liderazgo sobre una sociedad en la cual "los más eran conducidos y en la que políticamente hablando no tenían opinión sustante".⁵⁶ Aún actualmente, cuando su poder se

⁵² Imaz, *Los que mandan* (Eudeba, Buenos Aires, varias ediciones), p. 3.

⁵³ Los integrantes de las clases altas "actúan como élite en la medida en que lleguen a un acuerdo, expreso o tácito, en forma de objetivos más o menos similares". *Ibidem*, p. 236.

⁵⁴ *Ibidem*, p. 123.

⁵⁵ Según el autor, "la 'clase alta de Buenos Aires' es el único grupo cohesivo que en el país posee 'movilidad social horizontal', vale decir, que dentro de un mismo nivel interactúa a través de sus pares en diferentes sectores de actividad". *Ibidem*, p. 124.

⁵⁶ *Ibidem*, p. 239.

ha vuelto muy relativo y se ha transformado en una élite nominal, tal cohesión, basada en factores informales conjuntamente con una comunidad de intereses que les permite ejercer un poder que va mucho más allá de su posición real en la estructura de la sociedad.⁵⁷

Esta concepción del éxito de la "clase alta de Buenos Aires" analizada detenidamente, no es más que una versión menos profunda del fenómeno estudiado por Graciarena, otra faceta del problema de la "crisis oligárquica" que aparece constantemente en la literatura. La crisis que percibe Imaz no es la pérdida del poder oligárquico, hecho que parece dar por supuesto, sino el fracaso de los remplazantes de la oligarquía en desarrollar un liderazgo dotado de la capacidad necesaria para enfrentar las exigencias de una sociedad pluralista. No teniendo ni la experiencia necesaria ni la configuración social a través de la cual pudiera unirse, la nueva élite ha fracasado en proveer a la Argentina de un liderazgo efectivo.⁵⁸

La crítica que puede hacerse a esta manera de explicar los caracteres del antiguo liderazgo y el fracaso del nuevo es que las dimensiones que toma en cuenta no son suficientemente complejas. Uno y otro parecen surgir de causas internas; no se considera la posible influencia, por ejemplo, de la organización de los estratos medios y bajos y la significación de sus presiones, particularmente difíciles de ignorar en el caso de la Argentina. Tampoco se plantea la cuestión ideológica propiamente dicha, como lo hace Graciarena. Por último, es dudoso que la socialización, tal como la formula Imaz, sea un requisito ni necesario ni suficiente para explicar la capacidad de liderazgo de una clase. Puede muy bien argüirse que las características que el autor verifica en la clase alta de Buenos Aires no son las causas del liderazgo que ejerció ni de que su influencia sea mucho mayor que la que corresponde a su posición objetiva en la sociedad, sino que son, justamente las consecuencias.

En alguna medida, el trabajo de Imaz está presidido por una cierta nostalgia de la declinación de una clase que tuvo todos los rasgos necesarios para ejercer el liderazgo y que no ha sido sustituida porque es muy difícil de sustituir y, en ese sentido, se emparenta con muchos otros que se han producido en las sociedades desarrolladas. Pero su mérito innegable, pese a los defectos metodológicos que puedan señalársele, es el haber intentado una aproximación empírica a un problema complejo. Si desde el punto de vista teórico confirma la importancia que tienen las diferentes maneras de definir qué es clase alta o qué es élite, desde el punto de vista de los análisis de América

⁵⁷ Imaz sostiene: "Así, la 'clase alta' que tiene hoy solamente poderes 'residuales', que de antigua élite de mérito ha devenido élite nominal, ha logrado, sin embargo, articular muy bien sus intereses y extender su radio de acción más allá incluso de las funciones sociales a las que está limitada". *Ibidem*, p. 124.

⁵⁸ Imaz señala: "Es decir, si el problema actual de los dirigentes es su radical incomunicación, esta incomunicación es fruto de algo cuyas raíces hay que buscarlas en el pasado.

"Si hoy no hay comunicación es porque los dirigentes no se conocen. Dirigentes de una sociedad pluralista, provenientes de los más variados sectores cuando eran jóvenes, cuando en los años 20 o 30 hubieran podido estrechar lazos, cuando les hubiera sido posible tener algún tipo de relaciones cara a cara, no contaron con instituciones, centro educativo o lugar alguno que los nucleara, o que nucleara una parte." *Ibidem*, pp. 240-241.

Latina da una cierta confirmación empírica a la tan mentada "crisis oligárquica" e, incluso, a la tesis de que el sistema de dominación resultante de ella no encuentra ningún grupo de remplazo que realice, acabadamente, las funciones que ella cumplió en el pasado. Por último, cabe señalar que no podía esperarse que las causas mismas de tales fenómenos aparecieran a través de una encuesta.

3. *Élites emergentes*

La obra de Frank Bonilla,⁵⁹ que es uno de los resultados de la investigación del CENDES de la Universidad Central de Venezuela, parte de una visión de las múltiples posibilidades de definir la condición de élite y de su evaluación empírica. Trata de colocar el problema en su contexto histórico, concibe a Venezuela como una sociedad esencialmente inestructurada por lo que su investigación trata de "descubrir cómo puede esperarse que hombres nuevos en el poder y en la influencia, en las preocupaciones por la política nacional, trabajando a través de instituciones y organizaciones emergentes, guiados por cánones nuevos de liderazgo y responsabilidad colectiva en evolución, cumplan su tarea de liderar el país a través de la fase crítica del desarrollo".

Para realizar este análisis, cuyos detalles no podrían considerarse aquí, el autor emplea datos sobre posición social, relaciones sociales y actitudes, tomados de una muestra de la élite venezolana, cuya validez, en cuanto al carácter de sus integrantes, está confirmada por la utilización de jueces.⁶⁰

La cuestión central está constituida por la relación entre clase, movilidad y status de élite. Concluye que en Venezuela no hubo oligarquía. Hace notar que, dentro del relativamente corto espacio de tiempo de una generación, las principales posiciones en las élites políticas y culturales han sido ocupadas por aquellos cuyos orígenes y perspectivas son de clase media nativa.⁶¹ Ese alto nivel de movilidad es visible, sobre todo, en la esfera política. La movilidad no está directamente ligada a la calidad del poder que se puede ejercer una vez que se ha logrado el status de élite pero, conjuntamente con otros factores sociales, distingue entre líderes económicos y políticos, ayudando a crear una polaridad entre las dos esferas.⁶² Efectivamente, aunque, en sentido propio, no puede hablarse de oligarquía, el fenómeno de la toma de posicio-

⁵⁹ Frank Bonilla, *The Failure of Elites* (MIT Press, Cambridge, 1970).

⁶⁰ Un procedimiento muy elaborado fue seguido tanto para determinar la muestra como para confirmar su validez. Para una comparación de los resultados, véase Bonilla, *op. cit.*, p. 73.

⁶¹ A este respecto señala: "la marcada presencia de extranjeros a todos los niveles de la actividad económica en Venezuela aparentemente sólo está comenzando a sentirse en el liderazgo económico más alto de la nación. Es decir que, fuera de las corporaciones internacionales más grandes, los extranjeros son importantes a todos los niveles gerenciales, pero parecen estar excluidos, hasta ahora, del círculo elitario más alto. Dentro de los sectores políticos y culturales la penetración de la primera —e incluso segunda— generación es despreciable". *Ibidem*, p. 83.

⁶² Es interesante notar que la muestra fue levantada cuando Acción Democrática ocupaba el Poder Ejecutivo. Es posible preguntarse si la polaridad no habrá sido menos acen-

nes de élite por las clases medias se ha producido en todos los tipos de élites,⁶³ salvo en el sector económico. La alta movilidad caracteriza a todos los sectores, pero es el político el que ha sido más claramente un camino de ascenso, en tanto que el sector económico conserva trazas visibles de poder heredado a través de varias generaciones, aunque la movilidad también comienza a hacerse sentir en él. Por otra parte, existen considerables diferencias entre las carreras políticas y económicas que reflejan, en parte, el esfuerzo de los hombres de negocios por aislar sus actividades de los choques de la lucha política diaria.

Si se examinan de manera más detallada los caminos para llegar a la élite, todo parece indicar que la alta movilidad no es más que el punto de partida para un proceso de consolidación. Durante el período de tiempo que ha sido testigo de la entrada de las clases medias a la élite, parece haber habido un esfuerzo exitoso para guiar y controlar la sucesión al status de élite por parte de sus nuevos integrantes.

Como una confirmación de ese esfuerzo por restringir el acceso a la élite, puede citarse un hecho notable, sobre todo porque está en contradicción con la posición ideológica reiterada constantemente por los que ejercen el poder. Las masas son miradas como teniendo un papel muy limitado e incluso peligroso en las relaciones de poder. "Quizás la característica más impresionante de la totalidad de los materiales sobre las perspectivas de las élites respecto a las masas, es la ausencia marcada en ellos de las masas como principal actor en ningún género de papel, y especialmente como un agente independiente de nada..."⁶⁴

No se trata de que los miembros de la élite carezcan de preocupaciones por la suerte de las masas. Por el contrario, ellas existen, están muy difundidas aunque relativamente difusas. En ellas, pueden distinguirse dos orientaciones principales. Una, enfatiza "la victimización de las masas por la rigidez de la estructura de la organización social existente. La segunda se dirige a características de esa población que implican incapacidades en las masas y cargas para el sector desarrollado de la nación".⁶⁵ Como es obvio, esta visión de las masas como víctimas y como cargas, simultáneamente, aparece en muchos miembros de las élites. Pero en general los que ven a las masas como víctimas acompañan esa manera de ver con anticipaciones apocalípticas y confían en la transformación social. Todo esto crea una situación ambigua frente a las masas. Se espera que irruman ya porque su paciencia se acaba, ya porque un demagogo —siempre temido— los moviliza o porque un líder revolucionario o reformista los galvaniza e impulsa a la acción. Alternativamente, se piensa que por un largo proceso de reeducación dejarán de ser masas y se comportarán como clases medias. Los contactos reales entre las élites y las ma-

tuada cuando los grupos de status más alto del COPEI ocuparon posteriormente esa posición.

⁶³ Los militares eludieron participar en la encuesta, pero el autor aporta otras evidencias de que su origen está, también en las clases medias.

⁶⁴ *Ibidem*, p. 279.

⁶⁵ *Ibidem*, p. 256.

sas son muy escasos, pero estas representaciones crean una visión ambigua e insegura, de lo que las masas pueden hacer, pero que siempre es esencialmente manipulativa.

El carácter restrictivo de la élite, sus perspectivas sobre las masas y otros hechos, permiten pensar que si bien los factores estructurales no permiten hablar de una oligarquía esto, como señala Bonilla, "no cierra la posibilidad de la supervivencia cultural de una tradición oligárquica en el pensamiento y acción de las élites, por más de clase media que los portadores de esa tradición puedan ser".⁶⁶

Desde el punto de vista del análisis de las clases altas, la importancia de este estudio de las élites venezolanas, reside, a primera vista, en el fenómeno del restablecimiento del carácter restrictivo de la élite y en la rapidez con que se produce. Los que claman por la apertura en nombre del derecho a la movilidad, la limitan una vez que han logrado sus objetivos. Pero implicaciones y hallazgos de mucho más interés deben ponerse de relieve.

Las élites estudiadas comparten todas una visión profundamente optimista del futuro de la sociedad venezolana. Las diversas muestras, inclusive, de aquellos grupos que no están directamente contemplados en el libro de Bonilla pero que han sido publicadas por separado,⁶⁷ indican que en ningún grupo menos del 84 por ciento estima que Venezuela mejorará en los próximos veinte años. Entre los líderes sindicales este porcentaje llega al 97.2 por ciento.

Esa visión de una sociedad en desarrollo dinámico se completa y concuerda con una visión muy optimista de las posibilidades de la movilidad social que es particularmente notable en el caso de los estudiantes, que tienen una fuerte desconformidad con otros aspectos del sistema. Nunca menos de dos tercios, para cualquier grupo, estima que se puede llegar a ser cualquier cosa, salvo los estudiantes, pero entre ellos aun el 55.8 por ciento lo cree así para el caso de llegar a dueño de gran empresa.

Esta visión no puede atribuirse a la falta de conciencia de los problemas nacionales ya que éstos son reconocidos, pero se afirma la seguridad de poder resolverlos. Es interesante que exista bastante acuerdo entre las élites acerca de las políticas reformistas a seguir, como lo demuestra el cuadro 3.

Estos acuerdos básicos en cuanto a los fines, pese a todos los conflictos que existe dentro de la élite, parecen estar ligados al hecho de que la persuasión es el instrumento que todas las élites ponen en primer término, como instrumento de sus relaciones internas.

Sin embargo, existe una visión generalizada de la falta o la debilidad de la unidad nacional y una cierta sensación de impotencia, vinculada a las consideraciones ya hechas sobre las perspectivas respecto a las masas.

Aquí se dibuja, si no una contradicción, una tensión entre la visión optimista de una sociedad muy dinámica con la fuerza de las instituciones tradicionales y la inseguridad que el futuro provoca. Los cambios parecen ser en-

⁶⁶ *Ibidem.*, p. 84.

⁶⁷ Véase CENDES, *Estudio sobre conflicto y consenso*. (Varias publicaciones, con los resultados de las muestras de líderes sindicales, profesores, etc., 1967 y 1968.)

CUADRO 3. *Prioridades de reforma por área principal*⁶⁸

(Porcentajes)

	Económicas	Políticas	Culturales
Mejorar la calidad de la educación	64	42	58
Crear nuevas industrias	55	55	50
Acelerar la reforma agraria	41	47	47
Eliminar el desempleo	34	28	28
Proteger ciudadanos contra la violencia	41	21	19
Más casas para los pobres	29	15	10
Estabilizar el sistema electoral	17	13	11

NOTA: El cuadro muestra el porcentaje que coloca cada reforma en primero, segundo y tercer lugar.

frentados sobre la base de la confianza en el mantenimiento de las instituciones tradicionales, pero eso no deja de provocar inseguridad y realza además la importancia del valor seguridad. De otra parte los instrumentos para enfrentar el futuro merecen en general confianza en abstracto, pero ofrecen serias dudas en su actuación concreta, sobre todo cuando se les relaciona con el futuro inmediato.

Estas observaciones, que no se encuentran en los mismos términos en Bonilla, conducen a lo que este autor llama "la actual crisis del *establishment* de los sectores medios",⁶⁹ que se observaría en tres dimensiones: en la incapacidad para formular un proyecto capaz de mantener unida a una proporción decisiva de los elementos actualmente en el poder y en la incapacidad para quebrar el conflicto o para usarlo productivamente; en la persistencia de una imagen y una manera de conducirse frente a las masas que justifica sólo acciones limitadas o la inacción pura y simple, en otras palabras, falta de contacto con las masas; y en el muy lento reconocimiento de que los fines nacionales legitimadores de los años 40 y 50 no pueden ser ya ni relevantes ni realizables en los términos definidos entonces, es decir, falta de contacto con los problemas nacionales. Mientras que las dos primeras dimensiones de la crisis surgen de hechos demostrados por la investigación y sólo el calificativo se debe al autor, la tercera implica un juicio suyo, que puede ser muy exacto pero que también podría ser controvertido y que, en todo caso, no es una resultante directa de ella. Se refiere a que la nueva dependencia o el proceso de desnacionalización es evidente y que claramente una "nueva estructura de dominación económica está emergiendo y que el pensamiento de los políticos, ideólogos y académicos está corriendo muy atrás, respecto al de los empresarios internacionales para llegar a enfrentar la nueva situación".⁷⁰ Ahora bien, según Bonilla, en ninguna de esas áreas las élites despliegan ninguna

⁶⁸ Véase Frank Bonilla, *The failure of elites*, p. 251.

⁶⁹ *Ibidem*, p. 319.

⁷⁰ *Ibidem*, p. 322.

sensibilidad manifiesta. "Los más articulados entre ellos están todavía empezando a asimilar y manipular las ideas rudimentarias de desarrollo, planeamiento y reforma social. El liderazgo iluminista y los efectos a largo plazo del aumento de la educación y de la participación continúan siendo vistos como las principales herramientas del cambio a largo plazo. Desde esta perspectiva la vanguardia mesocrática parece difícilmente relevante para la Venezuela que será."⁷¹

Miradas en su conjunto, las grandes hipótesis de la obra parecen ser que en el período de una generación, las clases medias llegaron a formar una élite; que esa élite cumple adecuadamente con los fines del desarrollo nacional durante un lapso de alrededor de veinte años; y que sus capacidades para enfrentar los nuevos problemas que se presentan después, son muy pobres. Si esto es verdad, se estaría en presencia de grupos en los que el proceso de ascenso, auge y declinación se produciría en un espacio de tiempo excepcionalmente corto para lo que es común en las élites históricamente conocidas. Es difícil explicar cómo tanto dinamismo para ascender y para enfrentar los problemas una vez producido el ascenso, pueda agotarse tan rápidamente frente a nuevos problemas. Sobre todo si se considera, que la nueva dependencia y la desnacionalización consiguiente de la economía no es más que la extensión a otras áreas de la economía de un fenómeno ya conocido en el caso del petróleo. Más aún, si la prognosis es cierta puede dudarse de que, en sentido verdadero, las élites venezolanas sean tales. Pero dejando de lado este problema que por último es de definición, parecen quedar en pie las dudas expuestas más arriba. No se trata de negar que la crisis exista sino de señalar que parece dudoso que las élites venezolanas sean tan incapaces de enfrentarla. Lo ocurrido después que la investigación fue realizada, parecería apoyar fuertemente esas dudas.

Quizá una parte del problema reside, en que de un corte estático, lo que las élites piensan y creen en un momento dado, se extraen deducciones demasiado azarosas tanto respecto al pasado como al futuro. En definitiva, la capacidad de las élites de enfrentar nuevos problemas depende menos de su habilidad para anticiparlas, por más que ésta pueda ser importante, que de la que tengan para redefinir su situación frente a la nueva coyuntura cuando ésta se presenta. Es posible que Bonilla exagere el papel del conocimiento, de la conciencia frente a problemas que, rápidamente, por su naturaleza, obligarán a las élites a actuar.

En todo caso, el estudio sobre Venezuela, es una contraposición casi perfecta con el de Imaz y ella es una de las razones básicas para haberlo considerado aquí. En Imaz se tiene la visión de una vieja oligarquía que fue dominante durante mucho tiempo, que está en crisis y vive su propia declinación en la melancolía, careciendo de confianza en sí misma y en su país. Bonilla, en cambio, muestra una élite con un optimismo exaltado acerca del porvenir del país y una seguridad considerable en su capacidad de resolver los problemas futuros, una élite nueva que, casi sin pasado, tiene como refe-

⁷¹ *Ibidem*, p. 322. Con estas frases se cierra la obra.

rencia básica el porvenir. Aunque esta manera de presentar el asunto exagera *ex profeso* las diferencias, es fiel en lo esencial a los resultados de ambas investigaciones. Si lo es, abre campo para una serie de preguntas y permite una afirmación que parece indudable.

Las preguntas giran alrededor del problema, pese a que nada se repite exactamente, de si la élite venezolana no está, en alguna medida, en una situación similar a la de las élites rioplatenses a fines del siglo xix y principios del xx. El notable crecimiento económico de Venezuela en pocos años, la extraordinaria diversificación de la estructura ocupacional son comparables a los vividos por Argentina en aquella época. Lo nuevo, que sería la intervención del Estado, no hace sino reforzar esa sensación de sociedad de frontera que aparece en tantos escritos rioplatenses de la época mencionada y en tantas de las declaraciones hechas en las entrevistas recogidas en el libro de Bonilla. Estas consideraciones, a su vez, abren otra pregunta: ¿cuál es el papel que puede tener, si es que alguno tiene, la representación que las élites dominantes se hacen de sí mismas y del país que liderean? ¿Qué es lo que en la acción depende de esas representaciones y qué es lo que depende de las situaciones objetivas?

Estas y otras preguntas tienen respuestas generales en las diferentes teorías y, una vez más, lo decisivo es que la perspectiva para responderlas parta del marxismo o no. Pero para el marxismo, esas respuestas generales, son sólo guías para comprender las situaciones históricas concretas, las innumerables posibilidades de los hombres para definir y redefinir sus comportamientos. En cualquier perspectiva que no sea absolutamente dogmática, el problema de la investigación de la realidad por el método que sea, es básico. La comparación del estudio de Imaz y del CENDES muestra la urgente necesidad de investigaciones que vayan más allá de las afirmaciones generales sobre la naturaleza de las élites, sus supuestos orígenes y sus vicios. Sólo ellas pueden responder cabalmente a las preguntas mencionadas más arriba.

4. Una imagen voluntarista de las élites

Una de las preguntas que se acaban de formular en el numeral anterior se refiere a la importancia que pueda tener la representación que las élites dominantes se hacen de sí mismas y del país que liderean y qué influencia le puede caber sobre su comportamiento. Las respuestas de los sociólogos en América Latina otorgan un peso máximo a las condicionantes estructurales y uno mínimo, si es que alguno, a tales elementos de la conciencia de las élites. De ahí el interés de analizar la respuesta de Jaguaribe, que da un decisivo papel a esa conciencia.

Su primera hipótesis para explicar el subdesarrollo de América Latina hasta la primera década del siglo xx, es que sus países se volvieron sociedades dualistas en las cuales la optimización de los fines de sus élites no fue compatible con los intereses básicos de las masas. La segunda hipótesis es que el empeño de América Latina para llegar a un desarrollo nacional no alcanzó

un nivel autosostenido en las últimas tres décadas a causa de que cuando el proceso fue inducido internamente por la demanda interna, los mercados nacionales resultaron demasiado pequeños y cuando fue promovido por esfuerzos deliberados de parte de los gobiernos, el costo de incorporar a las masas a los centros de participación y de mayor consumo resultó sustancialmente más alto que los límites consensualmente aceptados por el *new establishment*, que usó exitosamente a los militares para interrumpir los procesos de cambio y preservar y restablecer una sociedad dualista.

El supuesto básico de este planteo se encuentra en las ideas de Jaguaribe sobre la funcionalidad y la disfuncionalidad de las élites. Según Jaguaribe ha habido tres respuestas a este problema, pero la correcta se encuentra en el costo social de las funciones de la élite y en las condiciones sociales para la existencia de élites de bajo costo. Toda élite cumple funciones sociales que pueden resumirse en lo que el autor llama *performance* direccional. Por otro lado, disfruta de una serie de prerrogativas (*exaction enjoyment*), que serían en términos sociales una especie de costo fijo, establecido independientemente del valor social que pueda resultar de la *performance* de la élite. De todo ello, se deduce que serán funcionales aquellas élites cuya *performance* exceda notablemente su *exaction enjoyment*, es decir, su costo social. En otras palabras, la funcionalidad de las élites se determina por un análisis de costo/beneficio y sociedades que tienen condiciones relativamente similares pueden ser más o menos desarrolladas de acuerdo al relativo grado de funcionalidad de sus respectivas élites.

Estos criterios resultan un poco formales y el mismo autor señala las grandes dificultades que envuelven un análisis de este tipo. Pero cree que la aparición y el mantenimiento de una relación funcional entre la élite y la masa depende de un cierto margen de valores internalizados de las élites y del autointerés iluminado de las mismas, dentro del contexto de los recursos disponibles, de los medios y de las condiciones para su utilización y de las presiones ejercidas por las masas. En otras palabras, la funcionalidad de las élites sólo en forma secundaria deriva de las presiones de las masas; principalmente proviene de sus características internas. A lo largo de toda la obra, es fácil percibir una comparación constante, explícita o implícita, entre las élites latinoamericanas y otros tipos de élites que existen o existieron en las sociedades desarrolladas, buscando demostrar que las latinoamericanas son disfuncionales. Al mismo tiempo, esa disfuncionalidad, parece superable por un acto de voluntad de las élites y por su capacidad de representar sus verdaderos intereses a largo plazo. Si no son capaces de hacerlo, el proceso mismo de las sociedades que dirigen se encargará de suprimir toda su autonomía o hacerlas desaparecer.

Además de las razones aducidas al comienzo de este numeral, las ideas de Jaguaribe presentan otro interés. Por una parte, elaboran teóricamente una manera de ver muy difundida en ciertos sectores de la opinión pública que podría resumirse en la tan manida frase: "Si el gobierno quisiera ..." Por otra parte, forman la base de supuestos comunes a muchos planificadores. Es un hecho de interés el que economistas, insospechadamente estructuralistas

en lo que se refiere a los fenómenos económicos acompañen a una visión mecanicista en el mejor sentido de la palabra del funcionamiento del sistema económico, otra muy voluntarista de lo no económico y, particularmente, del comportamiento de las clases dirigentes. Esta comprobación puede hacerse fácilmente en muchos trabajos de la CEPAL y de Raúl Prebisch. En una obra como *Transformación y desarrollo*, una serie de grandes problemas parecen solucionables, pese a todos los obstáculos estructurales, si las clases dirigentes toman conciencia de ellos y, al hacerlo, se proponen las acciones adecuadas. En el fondo, hay un llamado al liderazgo iluminado acompañado de la idea de que si las élites no son capaces de asumirlo perderán toda autonomía o desaparecerán. Este modelo de pensamiento surge, entre tantos citables, del siguiente texto:

Todo ello plantea una interrogante de decisiva importancia, a saber: si la determinación de asegurar el éxito de este experimento puede ser compatible con la contienda periódica de los partidos, con su continua y transformadora preocupación —que no es ciertamente inevitable— de favorecer su posición mediante el otorgamiento de ventajas inmediatas que suelen conspirar contra las soluciones de fondo. *De no corregirse a tiempo ese y otros defectos* —por mucho que fuera lamentable— nadie podría extrañarse de que los imperativos de la realidad económica pudieran imponer por su lógica interna formas de organización política que, al mismo tiempo que tiendan a dar continuidad a los grupos en el poder, les otorgaran una latitud de acción que de otro modo no tendrían.⁷²

Se trata, en otras palabras, de ideas análogas a las de Jaguaribe y que, sea cual fuere su valor que no se discute aquí, son relativamente excepcionales en en el pensamiento sociológico.

V. LOS EMPRESARIOS

1. *El concepto de empresario*

En el término "empresario", distintos autores han entendido referirse a grupos o personas diferentes. No es necesario hacer una revisión exhaustiva de la literatura pertinente para encontrarse con significados variados. Pero conviene, sin embargo, referir algunos de los que han tenido mayor difusión en América Latina.

Ante todo, piénsese que para Schumpeter, "empresario" es aquel sujeto capaz de crear nuevas combinaciones de los recursos productivos al interior de un sistema económico, manteniendo en funcionamiento la corriente circulatoria sobre la que ésta se basa. Es un elemento fundamental del desarrollo eco-

⁷² Raúl Prebisch, *Transformación y desarrollo, la gran tarea de América Latina* (Fondo de Cultura Económica, México, 1970), p. 20. Subrayados agregados.

nómico, ya que va introduciendo las innovaciones necesarias. Pero el carácter de "emprendedor" que es, en definitiva, lo que hay tras esta visión, se pierde a medida que la empresa está en funcionamiento: "ser empresario no es así una profesión ni, por lo general, una condición perdurable, y los empresarios no constituyen por eso una clase social en sentido técnico, como la forman los capitalistas y los obreros".

Como puede verse existen considerables diferencias entre esta perspectiva y el concepto vulgar de empresario. El propio Schumpeter reconoce que se trata de algo más amplio, por cuanto "abarca no sólo a los hombres de negocios independientes, sino además a quienes de hecho realicen semejante función (por ejemplo, directores, miembros de consejo de administración, etc.), o los que tienen de hecho un efectivo poder de actuar (quien dispone, por ejemplo, de la mayoría de los votos en las asambleas de las sociedades anónimas); no es necesario tampoco que tenga conexiones permanentes con una empresa". Por otro lado, sin embargo, es más restringido "en la medida en que no incluye a quienes se limitan a explotar negocios establecidos sino sólo a los que llevan a cabo las funciones antes señaladas".⁷³

Otros autores en cambio se limitaron a utilizar el concepto vulgar de empresario y proliferaron, además, los estudios que hacían referencia directamente a la burguesía industrial. De allí que no siempre se esté argumentando respecto al mismo grupo social, lo que puede explicar, al menos en parte, algunas de las diferencias que se encuentran entre muchos de los estudios sobre el tema.

2. El empresario, factor de desarrollo

El análisis de Schumpeter fue muy bien recibido entre los economistas que comenzaron a valorizar altamente a los empresarios. En esta línea, Harbison y Myers afirmaron que el empresario "como recurso económico es similar en importantes aspectos al capital. Cuando un país pretende industrializarse, necesita acumular los recursos humanos estratégicos requeridos para la dirección de la actividad económica, en igual forma a como debe adquirir el capital necesario para instalaciones de energía, de caminos, puentes, sistemas de comunicaciones y fábricas".⁷⁴ A partir de esta postulación, fueron muchos los que buscaron explicar el subdesarrollo latinoamericano y, particularmente, su estancamiento económico, por la ausencia de este tipo de personalidades,⁷⁵ colocándose en la perspectiva de la teoría de la modernización reducida a un factor predominante.

Se liga estrechamente a esta perspectiva, la ya abundante tradición psicolo-

⁷³ Joseph Schumpeter, *Teoría del desenvolvimiento económico* (México, Fondo de Cultura Económica, 1957), pp. 84-103.

⁷⁴ Frederick Harbison y Charles A. Myers, *Management in industrial world* (McGraw-Hill, Nueva York, 1959), p. 118.

⁷⁵ Alfred Lauterbach, *Enterprise in Latin America* (Cornell University Press, Ithaca, 1966). También Tomás R. Fillol, *Social factors in economic development. The Argentine case* (MIT Press, Cambridge, Massachusetts, 1961).

gista, que ha buscado la manera de incentivar las características consideradas fundamentales en el empresario, sea el inconformismo, sea su "necesidad de logro" como ha postulado McClelland.⁷⁶ Para ello se realizaron investigaciones. En cuanto al inconformismo debe recordarse el estudio de Hagen sobre los habitantes de Medellín y de Antioquia (Colombia), en general, entre los cuales encontró ciertas características psicológicas que explicarían su gran capacidad empresarial.

Se debe al mismo McClelland una de las exposiciones más descarnadas y expresivas de la forma de ver el mundo de los autores que han intentado explicar el subdesarrollo por la falta de ciertos valores en los empresarios de los países atrasados. Argumenta dicho autor: "¿Qué ocurrió a las grandes civilizaciones como la florentina del Renacimiento? El hecho es que los florentinos perdieron todo interés por el logro. Sus sueños cambiaron. Se interesaron mucho más por el amor y la amistad, por el arte, por las luchas en torno al poder."⁷⁷

El supuesto que subyace a todos estos estudios es que el desarrollo industrial latinoamericano sólo puede darse por la vía capitalista, imitando los logros alcanzados por aquellas naciones que han transitado anteriormente ese camino. De esto a la consideración que el proceso de occidentalización es un bien en sí, hay sólo un paso, que es dado frecuentemente, casi sin sentirlo, por los autores mencionados.

El modelo respecto al cual se comparan los hallazgos empíricos en torno a las características de los empresarios o gerentes latinoamericanos, son sus similares norteamericanos o, lo que es peor, una idealización tanto de éstos como de la forma en que funcionan las empresas que manejan. Los importantes cambios contextuales acaecidos desde la revolución industrial, que han colocado en situaciones diferentes a los países que se industrializaron primero y a los subdesarrollados, son ignorados olímpicamente en tales análisis que insisten en las características "tradicionales" de las empresas latinoamericanas. Por ejemplo se sostiene que "En la cultura latinoamericana, los negocios son parte del esquema total de las cosas: es parte de la familia, de la relación entre amigos, del compadrazgo, de la iglesia. El éxito material está en el punto más bajo de la escala. Primero viene la protección de la familia, los compadres, los amigos".⁷⁸ Mucho se podría decir en torno a la cita anterior, pero probablemente no es del caso poner de manifiesto aquí los postulados ideológicos que subyacen a esta visión. Baste recordar que la relación entre la iglesia y los negocios

⁷⁶ Véase al respecto el capítulo sobre valores.

⁷⁷ David MacClelland, *The achieving society*. Un aspecto interesante de la aplicación de estas ideas en América Latina lo constituye la organización de innumerables cursos para empresarios en todos los países. Sus postulados básicos parecen ser tres: a] que los alumnos carecen de los valores, actitudes y comportamientos del empresario moderno; b] que tales valores, actitudes y comportamientos pueden enseñarse; c] que tal enseñanza influirá sobre ellos para que se comporten como empresarios modernos. La mezcla de postulados erróneos a alumnos que son, generalmente empresarios exitosos, permiten suponer que los cursos llenan para éstos otras finalidades.

⁷⁸ Frank Tennenbaum, *Ten keys to Latin America* (Columbia University Press, Nueva York, 1963), p. 129.

ha sido puesta de manifiesto en repetidas ocasiones a partir de Weber y su explicación del papel que le cupo a la ética protestante en el nacimiento del capitalismo. Por ello, llama la atención que autores que recogen, aunque de manera deformada, dicha corriente de pensamiento, formulen apreciaciones de esta especie.

El papel de los lazos familiares como obstáculo a la racionalización empresarial ha sido recordado también por Lauterbach.⁷⁹ Al respecto conviene señalar dos cosas. La primera, que el manejo de empresas por la familia del fundador no es un fenómeno desconocido ni raro en los países desarrollados, aunque obviamente los cambios acaecidos en el sistema económico, en especial la monopolización y el establecimiento de enormes conglomerados, pueden haber atentado contra tal forma de administración. Sin embargo, no sería necesario llegar hasta los comienzos de la industrialización de los Estados Unidos, de Francia o de Inglaterra para encontrar abundantes fenómenos de esa especie. La segunda, que diversos estudios hechos sobre las empresas latinoamericanas han puesto de manifiesto que no existe oposición necesaria entre el manejo familiar de la empresa y la tecnificación de la administración de la misma. Así, un estudio sobre el empresariado mexicano destaca cómo las familias que dominan empresas importantes orientan a sus hijos hacia aquellas profesiones que pueden coadyuvar a una administración más eficaz de la empresa.⁸⁰

Debe recordarse además que el mismo Lauterbach destaca que esos gerentes que antes caracterizó por sus conductas familísticas, de compadrazgo, etc., anteponen los intereses de la firma a los individuales, lo que —según los cánones morales y de comportamiento profesional que éste y otros autores postulan— sería lo más adecuado, “racional” y “moderno”. Sin embargo, se aduce que ello se debería a la visión colectivista y no individualista que tales gerentes tienen, lo que, a su vez, encontraría explicación en la adhesión a la ética católica. Como se ve se trata de encontrar comportamientos, valores, actitudes o ideologías que permitan explicar la situación de los empresarios y, consecuentemente, el subdesarrollo, costare lo que costare y aunque en ese proceso se tengan que ir dejando de lado las posibles “causas” que se habían enfatizado previamente.

Otra característica que se ha reiterado frecuentemente es que los empresarios latinoamericanos buscan la protección del Estado para la consecución de sus fines económicos. Lauterbach menciona que las “ayudas infraestructurales y de otro tipo a la empresa privada junto con la planificación del desarrollo de un tipo que guía y coordina, son vistas (por los empresarios) como legítimas y posiblemente indispensables actividades del Estado”.⁸¹ En sentido parecido, Brandenburg encuentra que en México, “virtualmente todos los grupos importantes de negocios poseen una interrelación íntima con un órgano correspon-

⁷⁹ Lauterbach, *op. cit.*, p. 41. En otro lado sostiene que la actividad económica se ve como “una extensión del esfuerzo de la familia (del gerente) por adquirir status social”, p. 5.

⁸⁰ Véase Flavia Derossi, *The Mexican entrepreneur* (Organization of Economic Cooperation and Development [OCDE], París, 1971), pp. 108-114.

⁸¹ Lauterbach, *op. cit.*, p. 114.

diente del gobierno".⁸² Y agrega que las dependencias gubernamentales buscan previamente el consenso de todo el sector de la industria o el comercio que sería afectado por una medida, antes de llevarla a la práctica. Esto —según los autores— condiciona el carácter del desarrollo y la relación existente entre el grupo empresarial y la política.⁸³

Probablemente, mucho más útil que preocuparse tanto por la existencia o no de los valores requeridos de acuerdo a cánones establecidos por los autores a partir de experiencias muy diferentes, sería analizar la forma en que se dio el proceso de industrialización en los países atrasados y en América Latina particularmente, a efectos de ver si la relación no es inversa: en lugar de ser los valores sustentados los que llevan a los empresarios a buscar la protección del Estado, serían las condiciones en que deben actuar las que hacen que sea ésa la actitud más "racional" para la consecución de sus intereses económicos. En este sentido hay consenso entre los estudiosos latinoamericanos y podrían citarse a vía de ejemplo los trabajos sobre el tema realizados por la CEPAL y el ILPES.⁸⁴ Es indiscutible el nexo existente entre política y actividad empresarial, al punto que puede decirse que "la empresa se desarrolla en gran parte gracias a la habilidad de los empresarios para manipular a través de las conexiones políticas, sobre el sistema de poder, inclinándolo a su favor".⁸⁵ Pero debe tenerse en cuenta, por un lado, que es falsa la imagen que se presenta corrientemente según la cual el Estado no jugó papel alguno en los comienzos de la instauración del capitalismo en los países de desarrollo originario y en el momento en que efectuaron su revolución industrial.⁸⁶ Asimismo, hay innumerables condiciones, imposibles de reseñar aquí pero conocidas, que hacen que el papel del Estado y del sector público en economías dependientes cobre una importancia mucho mayor. Como consecuencia, la actitud irracional sería que los empresarios ignoraran ese importante papel del Estado y no intentaran influirlo de alguna manera, para que sus decisiones les fueran favorables. Por otra parte, no otra cosa es la que hace cualquier grupo social, sea relevante o irrelevante. Los empresarios pugnan por un Estado "protector", que les garantice el éxito económico, pero seguramente temen y rechazan un Estado intervencionista, que quiera controlar la acción de la libre empresa.

3. Los estudios latinoamericanos sobre el empresario industrial

Ya en 1955, la Comisión Económica para América Latina había resuelto dedicarse a estudiar el tema de los empresarios y había producido algún documen-

⁸² Frank R. Brandenburg, "Organized business in Mexico", en *Inter-american Affairs*, vol. XII, núm. 3 (invierno de 1958), p. 40.

⁸³ Véase Lauterbach, *op. cit.*, p. 165.

⁸⁴ Véase especialmente Comisión Económica para América Latina, *El empresario industrial en América Latina* (documento presentado al Décimo Período de Sesiones de la Comisión, Mar del Plata, Argentina, mayo 1963, E/CN.12/642).

⁸⁵ CEPAL, *op. cit.*, p. 17.

⁸⁶ Véase entre muchos otros, Ralph Milliband, *El Estado en la sociedad capitalista* (Siglo XXI, México, 1969).

to al respecto.⁸⁷ Pero es realmente con la década de los años 60 que la producción latinoamericana sobre el tema se hace abundante.⁸⁸

En el ya mencionado documento de la CEPAL para la Conferencia de Mar del Plata, se enumeraban una serie de temas de investigación sobre los empresarios, que indicaban una perspectiva alternativa que se desarrollaría rápidamente o que, mejor dicho, ya se encontraba en curso de desarrollo, por varios científicos sociales latinoamericanos.⁸⁹

Se destacaba allí la importancia de estudiar la forma en que la empresa como institución social se inserta en un complejo más amplio, formado por el sistema económico y social del país. Sólo a partir de esa visión de conjunto es posible poner en claro el papel de los empresarios. Cobra relevancia, por ejemplo, la distinción entre economías de libre empresa o planificadas, ya que el papel empresarial variará considerablemente, como también su ubicación en el sistema de estratificación y su papel político.

Se pone de manifiesto la importancia de tomar en cuenta las relaciones entre el capitalismo latinoamericano y otros capitalismos, percibiendo la naturaleza marginal de aquél y viendo la manera en que las condiciones estructurales tanto de origen internacional como nacional, ejercen una influencia sobre el papel de la empresa y del empresario.

Debería estudiarse también —según el informe— el papel del Estado como innovador y, por tanto, el papel del empresario público,⁹⁰ así como la capacidad empresarial de los grupos no considerados habitualmente como tales.

Paralelamente con esta preocupación de los organismos internacionales latinoamericanos por el problema y en interacción con ella, por cuanto buena parte de los miembros de este equipo trabajaron en CEPAL e ILPES, hay que recordar los trabajos del Centro de Sociología Industrial y del Trabajo de la

⁸⁷ Recuérdese en tal sentido la Resolución 82 (vi) aprobada en Bogotá y el documento de la División de Asuntos Sociales de CEPAL, *Investigación sobre el empresario en América Latina* (Santiago, 12 de diciembre de 1955).

⁸⁸ Aparte de los trabajos que se presentarán más adelante, merecen citarse los siguientes: Alberto Sánchez Crespo, "Estratificación, industrialización y cambio político en América Latina", en *Desarrollo Económico*, vol. 2, núm. 4 (enero-marzo de 1963), pp. 47-74; del mismo autor, "La burguesía industrial y el desarrollo económico de la Argentina", en *Revista Latinoamericana de Sociología*, 1968, núm. 2, pp. 199-227; Oscar Cornblitt, "Inmigrantes y empresarios en la política argentina", en *Desarrollo Económico*, vol. 6 (enero-marzo 1967), núm. 24, pp. 641-692; Ruth Sautu, "Poder económico y burguesía industrial en la Argentina 1930-1954", en *Revista Latinoamericana de Sociología*, 1968, núm. 3, pp. 310-340; Juan Carlos Marín, *El sector empresarial industrial de la Argentina* (ILPES, Santiago, 1967, ditto); Domingo Rivarola, "Los empresarios en el Paraguay", en *Revista Paraguaya de Sociología*, año 5, núm. 11 (abril de 1968), pp. 123-128; Vilmar E. Faria, "Dependencia e ideología empresarial", en *Revista Latinoamericana de Ciencia Política*, vol. 11, núm. 1 (abril de 1971).

Recuérdese también Luciano Martins, *Industrialização, burguesia nacional e desenvolvimento* (Editorial Saga, Río de Janeiro, 1968), al cual se hizo referencia al tratar el tema de la burguesía industrial y que tiene importantes referencias a los asuntos aquí tratados.

⁸⁹ CEPAL, *El empresario en América Latina*.

⁹⁰ La importancia de este tema había sido destacada ya por José Medina Echavarría, "Relaciones entre instituciones sociales y económicas: Un modelo teórico aplicable a América Latina", en *Boletín Económico de América Latina*, vol. vi, núm. 1.

Universidade de São Paulo liderado originalmente por Florestán Fernandes. Este grupo de estudiosos se propuso el análisis de la formación de una civilización industrial en el Brasil, motivados principalmente por la problemática del desarrollo y del interés práctico o demanda social por la sociología. Los temas fundamentales propuestos fueron: a] la mentalidad del empresario industrial; b] la intervención constructiva del Estado; c] la movilización de la fuerza de trabajo y d] los factores residuales del crecimiento económico.⁹¹ Cardoso fue quien se hizo cargo del proyecto sobre empresarios y del trabajo sobre la industria paulista.

La orientación latinoamericana descansa sobre el supuesto de que las circunstancias históricas en que se produce la industrialización, definen los términos de la acción política y económica y el modo de existencia de los grupos empresariales. Pese a que los autores provenientes de los países desarrollados no prestan atención a esas diferencias, ellas existen, son profundas y omitir su consideración, impide explicarse las características diferenciales de los grupos en cuestión. En la época de comienzos de la industrialización europea, la firma privada controlada y dirigida por un empresario individual era la unidad económica principal y la clase media tradicional sirvió tanto de burguesía conquistadora en los asuntos exteriores, como impulsora principal del desarrollo doméstico. Cardoso resalta estas diferencias.

Las condiciones históricas, sociales y económicas que determinan las posibilidades de acción de los empresarios privados en los países subdesarrollados de la actualidad, son muy distintas:

- a] Económicamente, porque los parámetros básicos de la producción y del mercado aparecen fijados de antemano por las economías ya desarrolladas (tecnología, comercialización, tipo de empresa, etc.).
- b] Socialmente, porque los empresarios se enfrentan con los demás grupos de las sociedades industriales, cuando ellos ya están más organizados y son capaces de presionar en el sentido de limitar la libertad de acción empresarial, ya sea directamente o por intermedio del Estado.
- c] Políticamente, porque la expansión del mercado y la instauración de una política de desarrollo industrial dejó de ser una misión nacional para transformarse en una doble hazaña: destruir las bases tradicionales de la dominación latifundista local y obtener un pacto en escala internacional que permita llevar adelante la industrialización del país, en general, con la oposición de los consorcios internacionales y de los estados dominantes en el escenario mundial.⁹²

Asimismo, tampoco es similar a la situación actual de estos países. Dicha especificidad se marca en dos características fundamentales: a] la existencia de condiciones distintas en el mercado internacional (monopolios y grandes compañías); b] la existencia de un patrón de producción impuesto por la ciencia y la tecnología, creada y puesta en práctica en los países desarrollados.

⁹¹ Véase Florestán Fernandes, Fernando H. Cardoso y Octavio Ianni, "A empresa industrial em São Paulo (projeto de estudo)", en F. Fernandes, *A sociologia numa era de revolução social* (Companhia Editora Nacional, São Paulo, 1963), pp. 328-364.

⁹² Fernando Henrique Cardoso, "Las élites económicas" en F. H. Cardoso, *Cuestiones de sociología del desarrollo de América Latina*, p. 158.

Ante ese panorama, el objeto de estudio que eran los empresarios, debe ser redefinido. Así, por ejemplo, Cardoso⁹³ plantea el estudio de las dependencias funcionales y significativas entre “condiciones de mercado” y tipo social de empresario y la génesis concreta de esas dos variables. Se busca caracterizar una “totalidad singular” a partir de condiciones específicas que estructuran las posibilidades de acción y de sentido a los proyectos de realización económica. No se trata, en fin, de comparar al empresario brasileño con un tipo universal de empresario. Se busca analizar la formación del capitalismo industrial en el Brasil, visto a través del empresariado, que condicionado estructuralmente, desempeña igualmente un papel activo en dicho proceso. Vale decir, no se lo ve determinado por los factores exteriores, ni tampoco como un “demiurgo” capaz de cualquier creación o transformación del medio social en el que le toca moverse. No es ni más ni menos que un grupo importante que contribuyó junto con otros a la constitución de la sociedad presente.

Se busca en fin determinar los tipos de estructuras formadas por la acción colectiva de los hombres que definen modos de existir socialmente. Pero estas estructuras no se conciben como un mero agregado de variables, sino organizadas jerárquicamente.

El camino para la exposición del tema sería, en definitiva, el siguiente: a] comienza caracterizando el capitalismo moderno, destacando tanto la persistencia del carácter capitalista en su fase monopolista, como las modificaciones que han acaecido en él; b] delimita el marco estructural del subdesarrollo, en sus características políticas y sociales, mostrando de qué manera el desarrollo es el resultado de movimientos sociales que afectan la estructura de dominación internacional, viendo entonces cómo las condiciones de inserción de los países subdesarrollados en el mercado internacional capitalista, limitan las posibilidades de control del sentido y orientación del desarrollo de dichas naciones; c] todo lo anterior permite analizar las prácticas y la mentalidad de los empresarios en el contexto subdesarrollado, mostrando la existencia de una “racionalidad” propia de estos países, definida por la situación de mercado. Los valores empresariales no tienen valor fuera de la historia. Resultan funcionales en un momento y perjudiciales en otro. Las traslaciones mecánicas al contexto subdesarrollado de lo que fue bueno a comienzos de la revolución industrial, o resulta adecuado actualmente en los países avanzados, carecen de sentido y, con ellas, lo único que se logra es introducir confusiones en el análisis y, en definitiva, no comprender lo que se estudia. Los empresarios, a diferencia de los científicos sociales que los analizan, demuestran poseer una capacidad de redefinición que les permite adecuarse a las condiciones estructurales en las que tienen que desarrollar su acción. Es por esa capacidad que consiguieron formular su propio “proyecto” de dominación en la situación del Brasil analizada; d] por último, el estudio de Cardoso muestra a la burguesía industrial brasileña como oscilante entre lo tradicional y el capitalismo moderno, tendiendo siempre hacia el primer polo por su miedo a las “masas”. Ello es el resultado de intereses contradictorios, ya que la hegemonía burguesa que

⁹³ Véase Fernando H. Cardoso, *Empresário industrial e desenvolvimento econômico* (Difusão Européia do Livro, São Paulo, 1964).

podría producirse si se consolidara el capitalismo moderno, implica necesariamente la realización de reformas y, por tanto, el enfrentamiento con los sectores tradicionales, apoyándose probablemente en una alianza con las masas. Esto indudablemente es riesgoso para la burguesía, por cuanto la llevaría a desencadenar un proceso en el que puede llegar a perder incluso lo que tiene en el momento actual. Es más cómoda la situación de "socio menor del capitalismo internacional".

Obviamente no es posible dar validez continental al estudio sobre los empresarios brasileños. Las similitudes que existen entre todos los países latinoamericanos no autorizan, sin embargo, a proceder de esa manera, por cuanto existen también profundas diferencias. Incluso, si bien es cierto que la inserción de estas regiones en el mercado internacional, las colocó a todas en una posición similar, es necesario establecer distinciones muy considerables según se tratara de situaciones de enclave o de situaciones en que el país producía bienes primarios, habiendo control nacional del sistema productivo.

Mientras en el caso de las economías agroexportadoras, "la función empresarial consistía en la creación de mecanismos que aseguraran el suministro satisfactorio de mano de obra y en la consolidación de un sistema jurídico de la propiedad", lo que obviamente exigía el control inmediato del Estado; en el caso de las economías de enclave, la única línea de iniciativa disponible para las élites empresariales era el intento de organizar la producción agrícola.⁹⁴ Esto estaba limitado por dos factores, uno valorativo y otro referido a los recursos naturales; "la iniciativa empresarial de los grupos dominantes nacionales y la disponibilidad de tierras accesibles sin grandes esfuerzos de capitalización". La primera iba contra la mentalidad de consumo de las clases dominantes,⁹⁵ mientras que el segmento contrariaba la naturaleza de muchas de las áreas geográficas disponibles en América Latina.

Cabe recordar, sin embargo, que una investigación reciente sobre el proceso de industrialización chileno, ha encontrado una significativa participación de la clase alta de ese país en el manejo de empresas industriales en el período que va de 1880 a 1910.⁹⁶ Industriales chilenos, por propia iniciativa y muy a menudo con su propio capital, eran capaces en ese período típico de la economía de enclave, de establecer una amplia gama de industrias en áreas tales como textiles, comestibles, imprentas y productos de papel, productos químicos y cemento.⁹⁷

Esto lleva al autor a afirmar que "Durante el período entre 1880 a 1914, juzgando por el criterio de tasa de crecimiento, diversificación de productos, ligazones sistemáticas en su propio sector, integración al resto de la economía y

⁹⁴ Fernando H. Cardoso, "Las élites empresariales", en *Cuestiones de sociología del desarrollo de América Latina*, pp. 128 y 136.

⁹⁵ *Ibidem*, p. 136. Cardoso sostiene que la transformación del Estado bajo el control de las élites locales, en un aparato para succionar impuestos de las exportaciones extranjeras, pudo satisfacer los objetivos de las clases dominantes sin obligarlas a una actitud empresarial.

⁹⁶ Véase Henry W. Kirsch, *The industrialization of Chile, 1880 to 1930* (tesis doctoral inédita, Universidad de Florida, 1973).

⁹⁷ *Ibidem*, pp. 57 y 65.

avance tecnológico, la industria chilena mostró considerable expansión y progreso. La creencia de que un verdadero proceso de industrialización no empezó a existir antes que estallara la primera guerra mundial, puede ser considerada nada más que como un mito sin fundamento".⁹⁸

En el caso de Chile, los empresarios nativos ligados a esa industrialización primitiva no estuvieron aislados de los otros miembros de la élite económica. El capital acumulado en la minería, los ferrocarriles, las empresas comerciales y la banca, se usó en otros campos; individuos cuya riqueza venía de la tierra o de la minería estaban funcionando como empresarios o como socios en la acción empresarial con emigrantes capacitados.

Kirsch describe el proceso de la siguiente manera: "un emigrante, capacitado en una industria o en una capacidad puramente técnica o como empresario, inició una operación de un monto relativamente pequeño. Al cabo de algunos años o seguramente en la década 1900 a 1910, cuando aparecen muchas sociedades anónimas importantes, el interés principal en la firma había sido adquirido por miembros de la élite económica chilena".⁹⁹

Aunque no se puede negar que inmigrantes y capitales extranjeros jugaron un papel en el desarrollo de la industria chilena, debe reconocerse —como sugiere Kirsch—, que un esfuerzo empresarial significativo partió de la élite económica chilena nativa.

Si bien tales hallazgos no invalidan la explicación esbozada por Cardoso, constituyen un nuevo llamado de atención sobre la necesidad de análisis concretos, tema en el que tanto ha insistido la corriente crítica latinoamericana.

Obviamente, la limitación del papel del empresario, impuesto por los términos de las alternativas presentadas por los dos modos iniciales de relacionar las economías de los estados recientemente independientes de América Latina al mercado mundial, no eran suficientes para explicar la relación posterior de los grupos empresariales con el proceso de la industrialización: "para analizar la formación, las funciones y las orientaciones de las élites industriales, no basta dividir las en dos grupos, según se hayan formado en el seno de las clases productoras de base agropecuaria o de las de base comercial-minera. Tampoco cabe inferir ... que las posibilidades de actuación de una élite industrial dinámica eran lógicamente mayores en el primer caso".¹⁰⁰

La definición del papel empresarial en el proceso de la industrialización es determinado, según Cardoso, por el impacto del proceso sobre el sistema de estratificación y el equilibrio político de varios grupos en la sociedad. Como consecuencia de la expansión del mercado interno, condición necesaria para el proceso de industrialización, nuevos grupos son incorporados en el proceso político, haciendo posible una redefinición de las ideologías nacionales sobre el desarrollo económico. A la vez: "las élites industriales se consolidan dentro de este marco, el que define el contenido concreto de sus funciones y orientaciones, al mismo tiempo que limita los conductos de reclutamiento y ascenso sociales en la medida, que influye sobre los pactos que los nuevos grupos esta-

⁹⁸ *Ibidem*, p. 80.

⁹⁹ *Ibidem*, pp. 116-117.

¹⁰⁰ Cardoso, "Las élites empresariales", *loc. cit.*, p. 141.

blecen entre sí y con las antiguas élites empresariales. Por otra parte, en función de ese marco se establecen los límites de participación, y la permeabilidad o resistencia de las élites económicas anteriores a la nueva etapa de desarrollo".¹⁰¹

Pero el cuadro es más complejo. El crecimiento industrial era en gran medida producto de grupos no elitarios. Existía una división entre los industrialistas ligados a los grupos agroexportadores y los que se apoyaban en sus propios esfuerzos. Estos últimos eran en efecto marginales al proceso político y eso en gran número de casos cobró una significación política importante.¹⁰²

En los casos donde cabría los nuevos industriales actuaron como capitanes de industrias en vez de hombres de negocios. Cardoso indica:

El tránsito desde el capitán de industria hasta el "hombre de empresa", esto es el moderno dirigente industrial, se efectúa por la intervención de otros tipos de empresarios, distintos analíticamente de los hombres surgidos por su propio esfuerzo. En efecto, el rasgo distintivo del "hombre de empresa", como ocurriría con las élites empresariales del período de expansión hacia afuera, es una vez más, su politización. La política de desarrollo nacional, el control de los instrumentos monetarios y cambiarios, la política crediticia, todo eso vuelve a ser función normal en la actividad del "hombre de empresa" latinoamericano. La reorientación de estos instrumentos de política económica, fue fruto no de la acción exclusiva y directa de los empresarios industriales del mencionado tipo, sino de un conjunto mucho más amplio de dirigentes, entre los que participaban tanto conductores políticos más preocupados de la industrialización en función de los "intereses nacionales" que de los intereses de las empresas, como las antiguas élites empresariales que seguían controlando parte del parque industrial, y en todo caso, una porción considerable de la actitud productora nacional.¹⁰³

En otros casos, no fueron en absoluto los empresarios quienes dieron el tono ni a la industrialización ni al papel del empresario. En casos como México, Chile y Venezuela, Cardoso describe el proceso en los siguientes términos:¹⁰⁴

Sin embargo, el dinamismo del sistema económico se dio en gran parte en el caso de los países que obedecieron al patrón aquí descrito, gracias a la acción económica de los grupos sociales no propietarios que lograron controlar parcialmente el Estado. La clave para comprender la formación, las funciones, los mecanismos de elevación social y la orientación de los grupos empresariales industriales, estriba, dentro de esa hipótesis, en el alcance de la reorganización del sistema político y del empuje social de las masas y de los grupos de clase media donde se reclutan los intelectuales y la burocracia favorable al desarrollo.

El avance de la industrialización más allá de la década de los 40 trajo consigo cambios adicionales en el alcance de la acción de la élite empresarial.

¹⁰¹ *Ibidem*, p. 142.

¹⁰² Ver Imaz, *Los que mandan*, pp. 154-163 y Cardoso, *Empresario industrial e desenvolvimento econômico*, cap. IV.

¹⁰³ Cardoso, *Élites empresariales*, p. 145.

¹⁰⁴ *Ibidem*, p. 149.

Surgieron nuevos grupos de empresarios, los empresarios del Estado y los administradores profesionales de las empresas extranjeras, mientras que, hombres de negocios de los sectores privados empezaron a ocuparse tanto con la economía de la empresa como con la política nacional de desarrollo.

4. *Empresarios e ideología*

Se ha criticado la perspectiva latinoamericana, ejemplificada precedentemente con menciones de varios trabajos de Fernando H. Cardoso, aduciendo que, al querer negar una relación de causalidad entre valores y desarrollo, ha caído en el extremo opuesto, es decir, ha sostenido que son las condiciones infraestructurales las que determinan totalmente los valores de los grupos en presencia. Una interpretación cuidadosa de su planteo demuestra, sin embargo, que no es eso lo que se sostiene.

El mismo Cardoso, en un libro posterior sobre la ideología de los empresarios argentinos y brasileños, ha dedicado alguna atención a analizar el problema teórico de la forma en que se relacionan ambas dimensiones. Es importante detenerse en ello para mostrar el error de los críticos y la preocupación por dejar de lado cualquier esquema reductivista o mecanicista. En definitiva, la pregunta que se quiere responder es: "¿De qué modo sería posible mantener la legitimidad del problema de las relaciones entre los valores y la historia, entre la pura subjetividad y la estructura objetivada sin disolver uno de los términos en el otro?"¹⁰⁵ Las dos posiciones extremas son reductivistas. Una considera a estructuras e ideologías en relación de causa a efecto, siendo respectivamente la "esencia" y el "fenómeno", por lo cual la ciencia buscaría las leyes de la estructura que contendrían en sí toda la particularización posible de las representaciones. La otra, en cambio, "ve en la representación la causa o, en todo caso, el soporte empírico único real porque es el dado efectivamente por la observación de las estructuras..."¹⁰⁶ Pero hay alternativas posibles: la estructuralista y la que Cardoso postula en su trabajo.

Las ideologías son sistemas de representación que aparecen en la historia dotados de una estructura, o sea, de alguna forma de existencia propia, que les da cierta independencia respecto de los individuos que las expresan. No son, en fin, pura subjetividad, opinión personal, sino que establecen relaciones determinadas con las otras estructuras que componen la sociedad. Por ello la tarea del analista es justamente buscar la intersección entre la estructura ideológica y las demás.

En manera alguna, entonces, se cae en el mecanicismo de pensar que según sean las estructuras política y económica, será la ideología. Aquéllas fijan un eje de posibilidades-límite y a su interior, los sistemas de representación se articulan con cierta autonomía. Dice Cardoso: "Sobra repetir que las formas particulares de esas estructuras ideológicas inciden efectivamente sobre la

¹⁰⁵ Fernando H. Cardoso, *Política e desenvolvimento em sociedades dependentes* (Zahar Editores, Río de Janeiro, 1971), p. 43.

¹⁰⁶ *Ibidem*, p. 44.

historia, en la medida en que ésta es concebida como un conjunto de relaciones de contradicción que, si es verdad que poseen una dinámica que deriva de ciertas relaciones básicas —la estructura económica— existen, por su vez como relaciones particulares, al nivel de la política y al nivel de las representaciones. En consecuencia, la representación ideológica al expresar un modo de concebir una relación política es al mismo tiempo una condición de existencia —y no un simple reflejo— del conjunto del sistema social.”¹⁰⁷

VI. FUERZAS ARMADAS, ÉLITES MILITARES Y DESARROLLO

1. *La concepción tradicional*

Dentro de la amplia literatura sobre las fuerzas armadas latinoamericanas, que comprende gran variedad de temas, sólo se consideran aquí las proposiciones que tienen una relación más directa con la interpretación del desarrollo y el papel de los militares como agentes de cambio.¹⁰⁸ Su posición en los regímenes políticos actuales será considerada en el capítulo correspondiente.

Una antigua y todavía activa corriente de pensamiento, que puede llamarse la concepción tradicional, atribuye a las fuerzas armadas una función negativa. Serían agentes de conservación y no de cambio, puesto que actuarían en favor del *statu quo*, de las clases dominantes o de las oligarquías, según los giros de lenguaje que se prefieran. En última instancia, tales agentes serían “el brazo armado de la oligarquía” y no contribuirían a legitimar el cambio ni tampoco a producirlo.

Ideológicamente, esta concepción puede provenir tanto del pensamiento liberal como del marxista. El primero considera que toda intervención de los militares viola el pacto democrático, que exige el absoluto respeto y obediencia al poder civil; para el segundo, porque el Estado, instrumento de dominación de clase, se apoya en la coacción física presente o potencial y el pilar básico de ésta son las instituciones castrenses.

Esta concepción, en una y otra versión, tiene algunos rasgos característicos. Es fijista o esencialista: las fuerzas armadas producen siempre, en los más variados regímenes y al amparo de muy distintas circunstancias históricas, los mismos efectos; son portadores de un conservadurismo esencial. En parte por esta razón, se trata también de una concepción ahistórica; las pruebas empíricas que exhiben no son tales, sino ejemplos ilustrativos de una teoría que

¹⁰⁷ *Ibidem.*

¹⁰⁸ Un análisis muy completo de la constantemente creciente bibliografía sobre el tema, hecho más desde el punto de vista político que desde el que aquí interesa puede encontrarse en Lyle N. McAlister, *Latin American Research Review*, vol. II, núm. 1 (fall 1966), y Richard C. Rankin, “The expanding institutional concerns of the Latin American military establishment: A review article”, en la misma revista, volumen IX, núm. 1 (spring 1974).

se da *a priori* por válida. El uso de ejemplos históricos es confuso e indiscriminado. A veces, las llamadas "dictaduras unificadoras" del último cuarto del siglo pasado en unos países y más cercanos en otros, se citan junto al golpe de Estado argentino de 1930 o similares como prueba de que los militares favorecen siempre a las clases altas. Aunque fuera cierta tal afirmación, ignora el hecho de que las consecuencias sociales de unos y otros fueron muy diferentes, entre otras razones porque la función de las clases altas era muy distinta en ambos períodos.

Además, la teoría es confusa. A menudo mezcla exigencias valorativas ideales sobre la organización política con la realidad social, pero esas exigencias de la ciudad liberal ideal son aplicadas a las fuerzas armadas para condenar su comportamiento más que para explicarlo y no se usan en la misma medida, con los demás grupos sociales y, en especial, con los políticos.

Otra fuente de confusión es la tendencia a mezclar cualquier tipo de fuerzas armadas y a ignorar o a minimizar la distancia que hay entre hombres simplemente armados y hombres agrupados en instituciones militares profesionalizadas, defecto que no es exclusivo por cierto de esta concepción.

Por último, en esta manera de ver, la intervención de los militares se percibe como una irrupción extemporánea, apoyada en la mera fuerza, en la vida civil normal. Este supuesto tiene diversos inconvenientes: a] exagera el aislamiento real de las fuerzas armadas hasta ignorar todas sus interrelaciones con las demás instituciones; b] olvida que siempre hay una parte de los civiles que promueven, acogen y tratan de usar esa intervención ya como una amenaza potencial que mejore su posición en el juego político "normal", ya como medio de resolver una situación que juzgan inaceptable para sus intereses.

En suma, y como lo recuerda la frase "intervención militar" se mira a las fuerzas armadas como estando y viniendo desde "fuera", cuando todo permite concluir que están y han estado siempre "dentro".

La versión más modernizada de esta manera de ver estima que "los militares" son por esencia opuestos a la "revolución" y que ésta, la verdadera, sólo puede tener éxito en América Latina mediante una reorganización total de las fuerzas armadas, so pena de perecer en sus manos. Para comprenderla debidamente, se requieren algunos desarrollos previos que se verán a continuación, para luego volver a reflexionar sobre tal perspectiva.

2. Militares y teoría de la modernización

Una línea teórica importante y más compleja que las anteriores vincula el papel de las fuerzas armadas a la teoría de la modernización. Sostiene que en sociedades en transición, como las latinoamericanas, tendería a aumentar la frecuencia de conflictos sociales graves y de vacíos de poder que llevarían a la intervención militar.¹⁰⁹ Esta explicación distingue varias formas de interven-

¹⁰⁹ Gino Germani y Kalman Silvert, "Estructura social e intervención militar en América

ción ligándolas a diversas etapas del proceso de modernización. Lo interesante para el tema en estudio es determinar el sentido de esa intervención, cuya mayor frecuencia sería característica, dejando de lado, en cambio, la discusión acerca de si el fenómeno se debe a la transición misma o si es, como proponen otros autores, la manifestación de un hecho más general, la crisis hegemónica, que simplemente sería más frecuente en sociedades transicionales aunque pueda presentarse también en las plenamente modernas.

Para Germani y Silvert, la participación militar considerada en relación al desarrollo, adquiere una significación variable. Cuando los militares intervienen "como gobernantes institucionalizados", es decir, cuando pasan a gobernar ellos mismos como gobernantes *de facto* y finalmente *de jure*, el sentido de su acción ha conocido signos diversos. Casi siempre han trabajado en conjunción con elementos civiles, "sirviendo como arma para el sostenimiento de un interés de grupo", pero "la historia desmiente la creencia simplista de que tales alianzas se han establecido siempre entre los militares y los grupos más conservadores".¹¹⁰ A veces han defendido los intereses de las nuevas aglomeraciones industriales contra las pretensiones de los terratenientes conservadores y se recuerda que los militares contribuyeron de manera intensa al proceso mexicano, entre 1917 y 1940 al menos. Estos autores nada dicen respecto a la posición de los militares frente al cambio en los otros tipos de intervención militar que distinguen, salvo cuando aquélla es indiferente desde ese punto de vista, como cuando los militares son grupos de presión con poder de veto, puesto que pueden defenderse de una acción emprendida contra ellos pero no intervenir en la política; o cuando son sólo un grupo de presión o una simple fuerza de policía completamente subordinada al gobierno. En todos estos casos, su papel positivo o negativo respecto al desarrollo depende, obviamente, de los civiles que dirigen la *polis*.

3. *El origen social de los militares*

En la teoría de la modernización juega un papel importante tanto el problema del origen social de los militares como el significado de su socialización profesional y el de la influencia, más o menos decisiva de uno y otro en la determinación de sus comportamientos. Generalmente, cuando sostienen que los militares no sirven necesaria e invariablemente los intereses de las clases tradicionales, argumentan que esto se debe en buena medida a su origen social de clase media. Pero aun aceptando que, en la mayoría de los casos sea así, puede pensarse que lo más importante para explicar su comportamiento es la defensa de sus intereses corporativos. En este sentido, Finer cree que los militares están en contra de cualquier grupo que los amenace como fuente de poder y se hallan dispuestos a asociarse con cualquiera que respete ese

Latina", en Torcuato Di Tella y otros, *Argentina, sociedad de masas* (Buenos Aires, Eudeba, 1965).

¹¹⁰ *Ibidem*, p. 242.

carácter: "Que los oficiales de las fuerzas armadas de Latinoamérica tienen parcialidad de clase es un hecho, pero también ellos tienen, y más fuertemente, parcialidad de corporación. En último caso, ellos están por 'ellos mismos'..." "Su primer problema es la perpetuación y seguridad de su existencia y status. Para cumplir ese fin, muestran una afinidad casi química, con cualquier fuerza social o movimiento político que garantice su poder. Un momento prolaborista, y luego proterrateniente, ahora envuelto con parlamentarios y luego con una junta propia, prosigue un aparente curso de zigzag con un objetivo siempre a la vista —*primum vivere*." ¹¹¹ Esta teoría podría llamarse instrumental-clínica y, en ella, resulta visible la influencia de algunas ideas de Mosca. Tiene un fuerte parentesco con interpretaciones similares respecto a las clases medias, atribuyéndoles a los militares las mismas características que se le han prestado a éstas. Sea cual sea esa relación, la interpretación de Finer conlleva, naturalmente, la idea de que la función de los militares respecto al desarrollo puede ser variable porque, en definitiva, depende de cuáles sean los grupos con que se asocian y esa asociación, para el autor, en nada se relaciona con los problemas del desarrollo sino con la finalidad corporativa básica de preservación de su propio status.

José Nun vincula también a los militares con la clase media, pero en una interpretación muy diferente. ¹¹² Sin menospreciar el papel de la socialización profesional, cree que la variable principal es el origen social de clase media de los militares. Por lo tanto, sus conclusiones son una consecuencia directa de la idea que se hace del papel de la clase media en América Latina. Esta sería incapaz de constituirse en una verdadera burguesía y de romper la hegemonía oligárquica. En ciertas etapas se alía con los sectores populares para procurarse un lugar en la estructura del poder, pero teme que su movilización vaya demasiado lejos. De ahí, la inestabilidad de la clase media ya que "por una parte carece de la cohesión interna de la clase alta, que no sólo domina todavía sectores económicos estratégicos, sino que controla firmemente los símbolos de prestigio. Por la otra, ya no puede cumplir las únicas promesas que supo formular ante una masa cuya organización aumenta peligrosamente frente a su propia debilidad institucional". ¹¹³ Esa debilidad sólo puede ampararse en las fuerzas armadas que son "una de las pocas instituciones importantes cuyo control estaba en manos de la clase media". ¹¹⁴

Son causas estructurales y no el maquiavelismo de la clase media, las que llevan al "golpe militar" de clase media, dado en el interés de éstas y no de la oligarquía, aun cuando esta última carezca de razones para oponérsele dado el pacto tácito que tiene con la clase media y su predominio sobre ella. Rechaza entonces que los militares actúen, al menos en los países más desarro-

¹¹¹ Véase S. E. Finer, *The man on horseback* (Londres, 1962) para una larga fundamentación; la cita es de su artículo "El problema argentino. Entre la espada y el Estado" en Virgilio Rafael Beltrán, compilador, *El papel político y social de las Fuerzas Armadas en América Latina* (Monte Ávila, Editores, Caracas, 1970).

¹¹² José Nun, "El golpe militar de clase media" en Claudio Veliz, compilador, *El conformismo en América Latina* (Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1970).

¹¹³ *Ibidem*, p. 115.

¹¹⁴ *Ibidem*, p. 92.

llados de América Latina que es a los que se refiere el análisis, en beneficio de la oligarquía; tampoco acepta que amenacen a la clase media, como se piensa en el modelo liberal; ni cree que sea cierto que suplan su ausencia, como sostiene el modelo desarrollista. El intervencionismo militar "tiende a representarla y a suplir su incapacidad para constituirse como clase hegemónica".¹¹⁵

El golpe militar de clase media, tiene, pues, un sentido ambiguo, como toda acción mesocrática. En algún momento el cesarismo es "progresista", en otros, "regresivo", dependiendo de la situación de la clase media en una función o formación social que al final "ya ha ajustado o agotado sus posibilidades de desarrollo".¹¹⁶

El diagnóstico de las clases medias no es, pues, indiferente a muchos otros anteriores, aunque se lo coloca en un contexto marxista. La acción militar tiene el mismo sentido que la de aquella clase; no es tampoco un agente de desarrollo aunque, en este contexto, ello significa que no es un agente de liberación nacional. El mismo Nun reconoce la dificultad que afronta su tesis: la existencia de golpes de clara inspiración oligárquica. Sobre este punto señala y concluye que "si la relación del golpismo con la clase alta permite explicar un caso excepcional como el del derrocamiento de Irigoyen, es su vinculación con los intereses y con los valores de la clase media la que descubre el sentido de la mayoría de las restantes intervenciones".¹¹⁷ Además, quita importancia a la excepción, aduciendo que tal derrocamiento fue apoyado por buena parte de la clase media, aceptado sin protesta por otra y sólo resistido por una tercera fracción.

Sin embargo, la dificultad que plantea la excepción citada y otras que podrían agregarse, es mayor cuando se la confronta con la teoría. Permitiría sostener que el golpe militar, en los países más desarrollados de América Latina, está ligado a la crisis hegemónica y que se dirige a apoyar a la clase alta, o a la clase media, según la coyuntura. Sólo quedaría excluido el golpe militar en apoyo de las clases populares. Y ello se explicaría, no porque el ejecutor sea de clase media, puesto que no se entendería entonces que a veces apoye a la clase alta, sino porque en este caso las fuerzas armadas correrían el riesgo de verse amenazadas como cuerpo profesional. Pero entonces se vuelve a las hipótesis instrumentalistas de Finer y tampoco resulta claro por qué, en ciertos casos, el ejército no podría apoyarse en las clases populares, si la coyuntura así lo exigiera para la mejor defensa de sus intereses como corporación. Parece haber una dificultad seria en darle el papel básico por una parte a la crisis hegemónica y por la otra al origen social de los militares. Aquella, partiendo de los postulados de Nun, tendría mayor riqueza explicativa y una importancia más decisiva que la segunda.

¹¹⁵ *Ibidem*, p. 126.

¹¹⁶ El autor utiliza, citándola, la terminología de Gramsci.

¹¹⁷ *Ibidem*, p. 126.

4. *El ejército como factor de desarrollo*

Una línea teórica muy diferente de las anteriores sostiene que las fuerzas armadas son un factor positivo de desarrollo. En una de sus formas, esta tesis se liga a la concepción dualista. Los ejércitos profesionales son organizaciones que pertenecen plenamente al sector moderno y que a menudo constituyen la organización más moderna y eficiente que existe en la sociedad. Mientras en los países desarrollados, la modernización del ejército se dio a consecuencia de los cambios acaecidos en el resto de la sociedad, en los subdesarrollados a menudo la antecede, convirtiéndose la institución castrense en una isla de modernidad. Para comprender esta manera de ver resulta esencial recordar que considera a los militares profesionales como tecnócratas imbuidos de ideas desarrollistas, que ponen en primer plano la eficiencia y suponen que si ellos asumen el poder, tanto la economía y la sociedad emprenderán el proceso de desarrollo. En ese aspecto, los militares no sólo tienen o se atribuyen competencias militares, sino competencias organizativas en las que se consideran mejor dotados que los civiles. Desde luego son también hombres de armas y tienen el monopolio de la coacción, por lo que colocan en un plano muy importante el valor seguridad. Seguridad y desarrollo se convierten así en los valores básicos de un régimen militar. Innumerables autores han hecho notar que estos marcos ideológicos muestran la influencia de los Estados Unidos, difundida a través de los cursos que se imparten a los militares latinoamericanos y por la dependencia estratégica y técnico-militar de sus ejércitos respecto a esa potencia.

Quiénes prestan especial atención a este último argumento, concluyen que los militares no son capaces de liderar un verdadero proceso de desarrollo. Pero esta idea no deriva necesariamente del argumento anterior y otros autores, aunque admiten los elementos de dependencia externa, piensan que las fuerzas armadas son el único grupo organizado que puede enfrentar con éxito la tarea del desarrollo.

Esta teoría no depende, necesariamente, de una concepción dualista, aunque generalmente se ligue a ella. Hay quienes piensan que, ante el vacío de poder que se produce por el conflicto entre los políticos civiles y la imposibilidad de tomar decisiones sociales más o menos coherentes, los militares son el único grupo capaz de llevar a cabo la política unificada indispensable para el desarrollo.

Las dificultades de esta tesis son considerables. Cuando se apoya en el dualismo, explica mal la intervención militar en los países más desarrollados de América Latina. Si no recurre a él, no resulta clara la razón por la cual los militares deban tener condiciones tan excelentes para el desarrollo, salvo que se parta de una concepción muy tecnocrática de la sociedad. Como se ha señalado con mucha razón, en esta controversia se mezclan dos cuestiones muy distintas. La primera consiste en saber si los militares son más modernos que los civiles de su país; la segunda es la de si, suponiendo que lo fueran, están mejor preparados para gobernar. Sobre la primera, existen dudas fundadas, pero lo importante es señalar que aunque fuera cierta, de ella no se deduce

necesariamente la segunda, como algunos parecen creerlo. Tal cosa depende de circunstancias diversas y, particularmente, de las condiciones específicas en que los militares gobiernan. "Las Fuerzas Armadas pueden estar más preocupadas con el control que con la modernización, y no solamente porque a veces tienen una pasión por el control en la que organización y rutina remplazan políticos y personalidad, los militares pueden estarlo cuando fracasan en obtener consenso como clase dirigente."¹¹⁸

Una interpretación que parte de bases similares, a las de Nun, es la de Jaguaribe. Cree que hay tres formas de desnacionalización en la América Latina actual, una de las cuales es la político-militar. En ella se da un doble fenómeno: a] el proceso que lleva a la mayoría de las fuerzas armadas a tomar el control de su gobierno a través de la fuerza militar y b] el proceso que condujo a los militares latinoamericanos con pocas excepciones a depender de los Estados Unidos y a seguir las políticas y recomendaciones de los intereses de la defensa norteamericana. Ambas cosas están —según Jaguaribe— correlacionadas.

Este fenómeno de la desnacionalización política y cultural ha sido poco estudiado. El secreto de los militares más el hecho de que se sienten profesionalmente comprometidos con las ideas de patriotismo, defensa y seguridad nacional considerándose los garantes específicos de esos valores, hacen que no puedan reconocer el efecto desnacionalizador. Cuando se reconoce la influencia de Estados Unidos, los militares asumen que ambas Américas tienen un interés común mucho más importante que sus eventuales puntos de conflicto, puesto que están igualmente empeñadas en su lucha a muerte contra el mismo enemigo, el comunismo internacional, que es un peligro externo y un riesgo subversivo interno.

La toma del poder por los militares es una consecuencia de la incapacidad de las sociedades latinoamericanas para crear un sistema político viable. Esa incapacidad deriva de las demandas excesivas e incompatibles que los sistemas políticos latinoamericanos deben procesar en ausencia de un consenso social suficientemente amplio. Como resultado de esa crisis de poder y de legitimidad, los militares terminan siendo el único grupo dotado de la organización, la cohesión y la fuerza necesarias para imponer su dominio. Además, cuentan en general con el apoyo de las clases medias, que se han convertido en parte del nuevo *establishment*, lo que les permite imponerse con una relativamente mínima cuota de violencia. Una vez en el poder, adoptan una orientación política que implica severos sacrificios para la autonomía nacional, coincidente con las ideologías predominantes en las clases medias. En ese sentido, según Jaguaribe, los militares son una especie de última agencia del interés y valores de las clases medias, profundamente conectadas con la idea de preservar el orden social existente.

La expresión ideológica de estos intereses y valores es una mezcla de moralismo, progresismo, autoritarismo adscriptivo y anticomunismo militante. La proclividad fascista de esta ideología es manifiesta. "Es una ideología de la

¹¹⁸ Henry Bienen, *The military and modernization* (Aldine-Atherton, Chicago y Nueva York, 1971), p. 19.

modernización con desarrollo contenido, de desarrollo económico con cambios sociales mínimos, de cambio social sin riesgos para el nuevo *establishment* y de modernización societal sin participación popular.”¹¹⁹ En las condiciones de América Latina esta ideología genera lo que el autor llama el “fascismo colonial”, caracterizado por la comunión de liberalismo económico y autoritarismo político, y un anticomunismo militante. El primer rasgo crea las condiciones precisas para el crecimiento del predominio económico de las grandes corporaciones internacionales. El segundo, provee las condiciones para la aceptación por los militares latinoamericanos de la política y la ayuda económica facilitada por el sistema norteamericano de defensa. La regla liberal o neoliberal que pretende tratar igualmente a todos los actores económicos y sociales sólo puede favorecer a los más poderosos y lleva a condiciones en las cuales los empresarios nacionales prefieren volverse asociados dependientes de las grandes corporaciones.

El anticomunismo lleva a definir como tarea fundamental de los militares latinoamericanos el prevenir la acción de los agentes subversivos internos que se suponen constantemente infiltrados por el comunismo internacional. Lo notable es que esta visión del mundo, muy fácilmente explicable en los años de la guerra fría, se ha mantenido pese a todas las transformaciones ocurridas en el sistema internacional e incluso en algunas administraciones norteamericanas. Es bastante difícil explicar cómo los militares pueden adherir a ella como concepto operacional, pese a todos los cambios producidos. Una parte de la explicación está sin duda en la sistemática educación que reciben en centros norteamericanos; otra tiene que ver con los intereses corporativos de los militares. Resulta difícil explicar la adhesión a la doctrina de la guerra fría más allá de la época en que podía tener una credibilidad razonable, por la ceguera ideológica. Lo que ocurre es que los militares, como grupo profesional institucionlizado, se han vuelto cada vez más dependientes del sistema norteamericano de defensa y de educación, para justificar sus intereses colectivos o individuales. Este hecho puede comprobarse —según Jaguaribe— en la dependencia creciente respecto al equipamiento y en que esa ideología es una racionalización muy importante para justificar la interferencia de los militares en los problemas políticos internos. Una vez llegados al poder, la razón para mantenerse en él, se explica por la necesidad de estar constantemente alertas contra la infiltración comunista. El hecho de que en algunos países de América Latina, se hayan dado guerrillas reales, además de las míticas, es muy bienvenido puesto que justifica la necesidad de una lucha constante contra la subversión. Por último, no hay que olvidar la importancia que para una carrera militar exitosa tiene la bendición norteamericana. Poco a poco se ha ido creando una especie de *american clearance*, para poder ser promovido a los rangos más altos de las fuerzas armadas.

Algunos comentarios son pertinentes. En primer término, la concepción de

¹¹⁹ Jaguaribe, *Political development: a general theory and a Latin American case study* (Harper & Row, Nueva York, 1972), p. 421. Hay edición castellana en tres volúmenes titulados *Sociedad, cambio y sistema político*; *Desarrollo político, sentido y condiciones*; y *Crisis y alternativas de América Latina* (Paidós, Buenos Aires, 1972).

Jaguaribe acerca del dualismo es muy elemental y no se preocupa de dar una demostración acabada de su supuesto más importante, consistente en que el dualismo tiende a aumentar. En segundo lugar, aparecen clases medias, movimientos políticamente radicales en relación a la vieja oligarquía, sin que se sepa cómo pueden llegar a tener importancia en una sociedad tan claramente dualista como la que el autor describe. En tercer lugar, esos grupos medios se integran y forman un nuevo *establishment* cuya principal preocupación es preservar el orden social existente, recurriendo a la intervención militar abierta si es necesario. Jaguaribe tampoco discute en qué términos es compatible este hecho con la idea del creciente dualismo. En cuarto lugar, las ideas sobre los militares nada tienen de originales. Jaguaribe toma, por un lado, las ideas de Nun acerca de los militares de clase media y, por el otro, insiste sobre el condicionamiento externo de los militares; lo que agrega es una crítica feroz a la orientación de la mayor parte de los regímenes militares y algunas hipótesis interesantes acerca de las funciones de la ideología que adoptan, las que tampoco son nuevas.

5. *¿Son eficientes los militares?*

No hay duda que la eficiencia es uno de los elementos básicos de la ideología de las fuerzas armadas profesionalizadas tanto en América Latina como en el resto del mundo. Pese a ello, el pensamiento sociológico no ha estudiado especialmente este punto. Quienes creen que los militares están siempre al servicio de la oligarquía, consideran que el que sean eficientes o no, sólo tiene importancia en cuanto a la eficacia de su apoyo. Para los que creen que no son agentes de desarrollo, el problema de la eficiencia ocupa, por otras razones, un lugar totalmente secundario, la cuestión sólo adquiere real importancia para aquéllos que los consideran agentes de desarrollo, pero en general dan por descontada la eficiencia militar.

Algunos autores se han planteado, sin embargo, el problema de la capacidad de los militares para liderar un proceso de desarrollo y las dificultades que pueden encontrar al hacerlo. Bourricaud por ejemplo,¹²⁰ acepta el carácter modernizante de los militares puesto que de alguna manera parte de una concepción bastante dualista de la sociedad peruana. Enfatiza, además, el hecho de que el ejército peruano es uno de los más profesionalizados y le da gran importancia al proceso de socialización que se da en su seno, creador de un espíritu corporativo muy desarrollado que ha permitido mantener los conflictos internos en un nivel muy aceptable y dar la sensación, que no es falsa, de una gran unidad de las fuerzas armadas. Por último, los militares peruanos, a través del CAEM,¹²¹ han asimilado valores desarrollistas, dedicando sus esfuerzos a una política de desarrollo, es decir, de superación del dualismo y de inde-

¹²⁰ François Bourricaud, en varios textos pero particularmente en el titulado "Los militares: ¿por qué? y ¿para qué?", en Luis Mercier y otros, *Fuerzas Armadas ...*

¹²¹ Centro de Altos Estudios Militares.

pendencia nacional. En otras palabras, Bourricaud atribuye a las fuerzas armadas peruanas todas las condiciones que, normalmente, se consideran requisitos de la actuación de los militares como agentes de desarrollo.

Sin embargo, se plantea el problema de su capacidad para pasar de la concepción a la ejecución, sugiriendo diversas cuestiones que pueden plantearse en cualquier caso y no sólo en el peruano.

Una primera dificultad parte de la propia socialización que han recibido los militares y podría manifestarse en dos sentidos. Por un lado, la socialización aséptica en las escuelas de oficiales tiende a dar una formación que puede considerarse libresca. Si bien este hecho puede ser compensado por la experiencia de mando, no hay que olvidar que esa experiencia no incluye por naturaleza la negociación política sino que, por el contrario, la excluye. En un segundo sentido, el mando militar es diferente del civil y no es fácil ni probablemente hacedero someter a una gran organización burocrática, a una empresa pública, a las reglas de la disciplina militar. El mandato militar sólo puede cumplirse, el civil es de ejecución problemática y eventual, ya que en el fondo supone que los encargados de obedecer, lo encuentren aceptable. Bourricaud cree que los militares van a mostrar, al igual que los tecnócratas civiles, cierta propensión doctrinaria mezclada con una verdadera dificultad para ejecutar políticas realistas. Según este autor, los tecnócratas civiles tienen en América Latina un lenguaje común y un cierto espíritu abstracto que los lleva hacia las soluciones omnicomprendivas, caracteres ambos que tienden a enajenar al tecnócrata de la realidad nacional. En ese sentido, su contribución al desarrollo es ambigua. En alguna medida los militares, también tecnócratas, estarían amenazados por los mismos peligros.

Las relaciones entre tecnócratas y militares son, a su vez, ambiguas, "producen lo que denominaré el círculo vicioso de la doble dependencia, cuando no de la doble impotencia".¹²² Los tecnócratas civiles, pese a sus características comunes, no constituyen un grupo reconocido y que se reconozca como tal. Si bien comparten cierta propensión a las soluciones políticas, más o menos radicales, mantienen diferencias ideológicas importantes que les impiden constituirse en un grupo. Por ello, los militares los tratan individualmente y no como cuerpo, encerrándolos en los límites de su propia especialidad personal.

Por último, a los militares, como a cualquier dirigente político, se les plantea el problema de la comunicación y la movilización. Pero en su caso, agravado porque no les es fácil determinar a qué género de comunicación pueden recurrir. El partido de masas no es fácil de organizar, si no es sobre bases carismáticas y la institucionalización militar se opone a ello, por lo menos en el caso del Perú. Otras formas de correa de transmisión envuelven también problemas harto complejos.

6. *Profesionalización y participación política*

En suma, la capacidad de los militares para ejecutar las tareas inherentes al

¹²² *Ibidem*, p. 126.

desarrollo no puede ser dada como de suyo y depende de circunstancias que son, en última instancia, la total constelación sociopolítica en que se inserta el gobierno militar.

La profesionalización de las fuerzas armadas es un factor básico que diferencia radicalmente la actuación de los militares en tiempos recientes y en el pasado. Esa profesionalización fue considerada como una garantía para la democracia liberal, puesto que se la suponía acompañada de la sujeción al poder civil. Varios factores ya mencionados hicieron que este hecho no se produjera. Debe agregarse uno que a muchos autores les resulta esencial y que efectivamente parece serlo. La función clásica de las fuerzas armadas era la defensa de la seguridad externa o la expansión mirada, en definitiva, como un aspecto de aquélla. En América Latina, la seguridad externa no aparece directamente amenazada por otros países latinoamericanos y en cuanto a la defensa frente a posibles peligros extralatinamericanos, está entregada en forma principal a los Estados Unidos. Para que las fuerzas armadas no se conviertan en una corporación sin objeto, deben volcar sus funciones básicas hacia el interior y preocuparse de la seguridad interna, del desarrollo, etc.

Sería un error limitar el análisis de las relaciones entre ejército y desarrollo exclusivamente al golpe militar, como muchas veces se hace. Corresponde referirse a la participación militar en general, que en diversos grados existe en todas partes. A través de ella los militares cumplen una función política, puesto que la necesidad de limitarse al orden interior, los empuja necesariamente a ella. Esa participación se singulariza porque son los militares como corporación que intervienen, de acuerdo a ciertas reglas institucionalizadas para ellos, aunque su cumplimiento bien puede llevar a desconocer las normas constitucionales. Si esto es así, resulta mucho más importante la socialización profesional que el origen social de los militares, cuya importancia disminuye por diversas causas.

Por una parte, es la institucionalización y no el origen social lo que puede prestarles unidad.¹²³ Aunque haya conflictos internos, y es inevitable que los haya —porque obviamente si los militares se inmiscuyen en la política, ésta los penetrará—, las fuerzas armadas crean mecanismos para resolverlos y para actuar, salvo casos excepcionales, en forma unitaria.

En segundo lugar, el origen de clase media, suponiéndolo demostrado, contribuiría más bien a reproducir en su seno los conflictos que separan a los diversos sectores de aquélla. Si bien esto ocurre, lo que caracteriza a los militares es la adopción de reglas para superarlos.

Por último y no menos importante, los militares en cuanto ejercen una buena parte del poder, pasan a formar parte de las élites dominantes, a vincularse a los grupos más altos, a salir por lo menos en parte de su clase media originaria.

En estas condiciones parece absurdo tratar de contestar afirmativa o negativamente, como regla general, la cuestión de si las fuerzas armadas son o no agentes de desarrollo. Se trata de un objetivo que los militares no pueden de-

¹²³ Sobre este punto han insistido recientemente muchos autores, entre ellos Einaudi y Stepan.

jar de proponerse, ya que constituye un componente esencial de la seguridad, tal como ellos la conciben. El que puedan realizarlo o no depende mucho más del contexto estructural y de la coyuntura histórica, que de sus propósitos. Podrían citarse ejemplos en que tal objetivo no ha podido ser logrado (Argentina 1966-1972); en que no lo fue al principio, pero sí más tarde (Brasil 1964-1973); en que lucha con dificultades considerables (Perú). Es obvio que la explicación no puede encontrarse sólo dentro del comportamiento de los militares, aunque tampoco podría prescindirse de él para hallarla. Lo único que parece característica esencial de la toma del poder por los militares, es un autoritarismo más o menos fuerte, pero las relaciones entre éste y el desarrollo no parecen estar presididas necesariamente por signos positivos o negativos. Los militares parecen tan capaces o tan incapaces como cualquier otro grupo social de generar el desarrollo.

VII. SOBRE ÉLITES RELIGIOSAS Y DESARROLLO ¹²⁴

1. *Religión y cambio*

Las elaboraciones más comunes sobre el problema de la religión y el cambio social giran, por razones obvias, alrededor del papel de la Iglesia católica o de ciertas formas populares del folklore religioso, generalmente influidas por el catolicismo. Sólo recientemente han aparecido esfuerzos por justipreciar el papel de las sectas protestantes, como consecuencia de su creciente influencia en América Latina. En la literatura de sociología religiosa, que no es notablemente abundante en América Latina, la parte específicamente dedicada al papel de las élites en el desarrollo es escasísimo. Aquí se hará referencia sólo a las posiciones más representativas dentro de esa pobreza.

La tesis clásica, que viene de la época de los pensadores, considera al catolicismo un elemento negativo para el desarrollo y el cambio. Se ha sostenido, por autores sobre todo norteamericanos, que aun los anticlericales más fervientes de la época estuvieron bajo el influjo de valores católicos. Aunque tal afirmación fuera cierta debe recordarse que la gran mayoría afirmaba el carácter conservador de la Iglesia.

Ya en la posguerra, aparece una elaboración que partiendo de los análisis de Weber trata de demostrar cierta incompatibilidad entre valores católicos y desarrollo y a partir de allí, considerar que el predominio en América Latina de aquéllos es una explicación suficiente del subdesarrollo de la región; sobre esto se volverá en el capítulo sobre valores.

¹²⁴ Una bibliografía relativamente extensa, aunque con omisiones notables, y que se ocupa sobre todo de las influencias del cambio social sobre las posiciones de la Iglesia puede encontrarse en Gerhard Drekonja, "Religion and social change in Latin America", en *Latin American Research Review*, vol. vi, núm. 1 (primavera 1971), pp. 53-72.

Cabe señalar que en los análisis tanto de los pensadores, como de los “científicos”, jamás se distingue entre religión e Iglesia. Cuando se afirman ciertas características de los valores católicos, se da por supuesto que los integrantes de la Iglesia participan de ellos y viceversa, los valores observados en ciertos portadores se consideran los de la Iglesia como tal. Problemas que se dan por obvios respecto a cualquier grupo social, como los conflictos posibles entre valores declarados y reales, rara vez se plantean respecto al catolicismo. Sin duda, tal hecho es producto en parte de que esa corriente de pensamiento, tenía en el pasado un carácter más monolítico que hoy o de que se la percibía como tal.

2. Tipos de élites religiosas y etapas de desarrollo

El análisis de Vallier es, entre los pocos que se ocupan del problema, quizás el más completo. Tiene el mérito de vincular diversos tipos de élites religiosas con posiciones diferentes respecto al desarrollo, y por ello, va al corazón del tema.¹²⁵ Elabora una tipología, que considera, por un lado, el principio estructural de la actividad católica, según sea jerárquico o cooperativo; por otro lado, tiene en cuenta la esfera de la cual debe extraerse la influencia de la Iglesia, que puede ser externa o interna. Combinando estas dimensiones obtiene cuatro casos posibles, que corresponderían a cuatro tipos de élites, según se presenta en el siguiente cuadro:

CUADRO 4. *Tipos de élites religiosas*

		Principio estructural de la actividad católica	
		Jerárquico	Cooperativo
Esfera de donde se extrae la influencia de la Iglesia	externa	políticos	pluralistas
	interna	papistas	pastores

“Políticos” llama el autor a las élites católicas tradicionales, con una concepción jerárquica y fuente de poder externa, por lo que están orientados hacia la estructura de poder de la sociedad secular, buscando en ella, apoyo, protección y legitimación. Su grupo de referencia es la clase alta. Los laicos no tienen importancia alguna, salvo en tanto sean una fuente de poder. Nada tienen que ver con el desarrollo; se oponen a la idea de cambio y prefieren el mantenimiento de la sociedad tradicional. La versión que Vallier ofrece de

¹²⁵ Una exposición sintética puede verse en Iván Vallier, “Religious elites: Differentiations and developments in Roman Catholicism”, en Seymour M. Lipset y Aldo E. Solari, *Elites in Latin America* (Oxford University Press, 1967; en castellano: Paidós, Buenos Aires, 1967). Del mismo autor consúltese *Catolicismo, control social y modernización en América Latina* (Buenos Aires, Amorrortu, 1971).

ellos no es muy diferente a la que se encuentra en la literatura tradicional.

Los otros tres tipos son élites recientes. Debe recordarse que, según Vallier, existen tres etapas en el desarrollo. En la primera se requiere legitimar la noción de cambio mediante una ideología; en la segunda, es necesario concretar el compromiso ideológico en comportamientos, movilizar a la población, etc.; en la tercera, la modernización debe ser total, el cambio tiene que ser aceptado, ideológica y prácticamente, por todos los grupos importantes y deben crearse nuevos niveles de integración social.

Si esta es la secuencia del desarrollo puede mostrarse según Vallier que, en cada momento, hay un tipo de élite religiosa especialmente apropiado. "Papistas", "pluralistas" y "pastores", en ese orden, están específicamente vinculados a cada una de las etapas señaladas.

El término "papistas" carece, en Vallier, de sentido peyorativo. Corresponde a un catolicismo militante y moderno orientado hacia la "recristianización del mundo", que rechaza las fuentes tradicionales del compromiso político y busca extraer su influencia social de la actividad misma de la comunidad religiosa. El "papista" centra su actividad en edificar una iglesia que une autoridad y recursos para conseguir influencia y visibilidad. "Los compromisos políticos directos entre la Iglesia y los partidos políticos se evitan e incluso se prohíben. Así la jerarquía, el clero y los laicos constituyen una élite misionera interesada en expandir las fronteras de los valores católico-cristianos."¹²⁶ De esa manera los "papistas" actúan como puente entre los políticos tradicionales y los nuevos pastores y pluralistas.

Los "pastores" son un grupo pequeño pero en crecimiento, que busca una fórmula que reúna sacerdote, pueblo y sacramentos en un cuerpo espiritual. Sus términos ideológicos son "cooperación", "colectividad", "comunicación", "preocupación pastoral", etc., todos vinculados a la idea de producir una profunda renovación en la vida de la Iglesia latinoamericana y a través de ella, influir en la sociedad.

Los "pluralistas", por último, tienen como objetivo principal "desarrollar políticas y programas que permitan a la Iglesia contribuir a la institucionalización de la justicia social en todos los frentes donde sea posible".¹²⁷ Sostienen la necesidad de asociarse con cualquier grupo social y con otras confesiones religiosas que participen de la misma orientación éticosocial. La Iglesia debe encontrar su lugar y tomar parte importante en la revolución social, "no como un partido político ni como un angustiado guardián de privilegios establecidos, sino como un agente primario y diferenciado de influencia moral y social".¹²⁸

Los "papistas" al enfatizar la no participación de la Iglesia como tal en política y adherir al mismo tiempo a las encíclicas sociales de los últimos papas, cumplen dos funciones críticas de gran importancia en la primera etapa de desarrollo: forjar una relación entre los valores católicos tradicionales y el

¹²⁶ *Ibidem*, p. 167 de la edición española.

¹²⁷ *Ibidem*, p. 168.

¹²⁸ *Ibidem*, p. 169.

concepto de cambio social y además promover la idea de que la Iglesia como jerarquía no impondría a los demás su concepción que debe expandirse por medio de los laicos que serán portadores y agentes de los nuevos valores.

Los "pluralistas" en sus esfuerzos para conseguir la justicia social, asociándose con otros grupos reformistas, coadyuvan a la movilización. "Su contribución tiene una importancia especial en la segunda etapa del desarrollo secular, es decir, cuando las fuerzas de cambio se han iniciado y cuando las aspiraciones se han vuelto hacia las nuevas posibilidades aunque al mismo tiempo los esfuerzos de movilización fracasan a causa de la rivalidad, de las facciones y de las diferencias establecidas. Esto no quiere decir que las élites católicas nuevas que se han identificado como pluralistas tengan en sus manos la salvación de América Latina. Pero sería no ser generoso el desestimar el papel simbólico que este tipo de participación católica desempeña en el desarrollo social."¹²⁹

Los "pastores", por su parte, se concentran en reforzar la vida espiritual de la Iglesia, contribuyendo, indirectamente, pero en forma importante, al proceso general de desarrollo social. El tipo de estructura que tratan de crear que "une a la tradición religiosa de América Latina con las formas nuevas de integración social, es particularmente funcional para el pueblo y los grupos que se han convertido en parte de las masas urbanas. El funcionamiento de la Iglesia en muchos lugares no sirve a las necesidades sociorreligiosas de estas gentes. En su forma tradicional, la Iglesia parroquial y sus ritos tienden a ser distantes, impersonales y formales. Al contrario, los pastores centran sus preocupaciones en los problemas espirituales de los miembros e inician actividades que permiten su expresión. Si esta tendencia "pastoral" echa raíces en América Latina, la Iglesia parroquial llegará a tener gradualmente muchas de las funciones que las iglesias locales tienen en Estados Unidos: una combinación de papeles y valores que proporcionan identificación social, expresión religiosa y seguridad cultural. Esta clase de unidad religiosa llega a tener una importancia especial cuando las sociedades han pasado a la tercera fase: modernización completa".¹³⁰

Como es natural se trata de tipos ideales que no se dan en forma tan definida en la realidad y cuyas relaciones pueden ser de colaboración o de conflicto. El cuadro 5, que el autor propone, muestra las afinidades objeto de su hipótesis.¹³¹

El análisis de Vallier se centra en los valores, aunque identificando a sus portadores y no limitándose a observaciones generales sobre el catolicismo. Está específicamente ligado a una teoría del desarrollo como modernización, con los mecanismos de desintegración y reintegración correspondientes. Por esa razón podría ser tachado de ahistórico, pero es justo señalar que Vallier es consciente de ese defecto y tiene en cuenta las luchas entre los diferentes tipos de élites, la interacción que se da entre ellas en determinadas coyunturas nacionales y los obstáculos que puede oponer al desarrollo. Asimismo afir-

¹²⁹ *Ibidem*, pp. 177-178.

¹³⁰ *Ibidem*, pp. 178-179.

¹³¹ *Ibidem*, p. 179.

CUADRO 5. *Papel de las nuevas élites religiosas*¹³²

	Etapas de desarrollo		
	t1	t2	t3
	Cambio legitimado	Recursos de movilización	Sociedad reintegradora
Nivel del sistema socio-cultural	Cultural	papistas	
	Inter-grupo	pluralistas	
	Persona sociedad	pastores	

ma que no hay necesidad lógica ni histórica que determine que la secuencia de la aparición, es decir, del predominio, de cada tipo de élites sea la que va de papistas a pluralistas y de éstas a pastores. Definida cierta secuencia ideal para el proceso de desarrollo se supone un orden de aparición de las de élites religiosas también ideal, que ayudaría a producirlo, y que sería el indicado. Chile representaría, a entender del autor, el caso latinoamericano más próximo al tipo ideal mencionado.

Mirando desde este punto de vista el estudio de Vallier implica preferencias y supuestos ideológicos. El análisis empírico muestra conexiones entre élites y factores favorables al desarrollo, en ciertas etapas de éste; por lo tanto, si la Iglesia católica quiere ser positiva para el desarrollo debe atender a ellas y a sus secuencias.

El análisis de Vallier, a diferencia de otros, no supone ni incompatibilidad ni identidades absolutas entre religión y desarrollo. Lo que cree es que el catolicismo en una sociedad tan penetrada por él, constituye una condición del desarrollo general de América Latina.

3. *Tipos de creencias y su adopción por los fieles*

Cándido Antonio Procopio Ferreira de Camargo,¹³³ ha construido una tipología de catolicismos distinguiendo entre el tradicional y el internalizado que "representan funciones radicalmente diversas tanto en lo que respecta a la forma y al contenido de su actuación orientadora de la conducta de los autores o actores, como en sus relaciones con la sociedad inclusiva".¹³⁴ Aunque después se enumeran diferencias respecto a estas dimensiones, el criterio básico es la toma de conciencia. El catolicismo internalizado se caracteriza, sobre todo, por el "comportamiento religioso y social orientado conscientemente

¹³² *Ibidem*.

¹³³ Ver sobre todo *Igreja e desenvolvimento* (CEBRAP, São Paulo, 1971).

¹³⁴ *Ibidem*, p. 7.

por valores religiosos",¹³⁵ lo que lleva al autor a incluir lógicamente dentro del catolicismo internalizado, "a las formas de integrismo reaccionario".¹³⁶

El catolicismo tradicional se dividiría a su vez, en rural y urbano. En el primero, se da la identificación entre catolicismo y sociedad; toda la vida social está permeada de valores religiosos; el liderazgo debido a la ausencia o escasez de sacerdotes permanentes lo asumen a menudo, mujeres y el liderazgo laico tiende a ser carismático. En el campo brasileño no hay otra fuente ideológica alternativa, el catolicismo es el único sistema normativo de referencia. El catolicismo tradicional urbano, no orienta efectivamente la conducta de las personas ni constituye un centro de determinantes valorativos, que es, como se ha visto, el problema que tienden a superar los "pastores" según Vallier. Las decisiones fundamentales de la existencia están orientadas por valores profanos característicos de una sociedad competitiva y de una ética laica. Por esa razón, los emigrantes rurales no encuentran en el catolicismo la respuesta a los problemas planteados por la vida urbana y se acercan a los credos "acentuadamente sacrales, pero funcionalmente urbanos, como el pentecostalismo y el continuo espiritismo-umbanda",¹³⁷ que constituyen al peculiar proceso de integración urbana del siglo xx.

En el catolicismo internalizado, "el proceso asume formas divergentes de acuerdo con los valores predominantes en cada forma de internalización", pero tiene de común "un estilo consciente e intencional de vivencia religiosa".¹³⁸ Es esencialmente dinámico y ejerce funciones que promueven el cambio social. En él caben tres tendencias principales ligadas a diversas situaciones sociales y fases históricas de desarrollo: el sentido de la espiritualidad, el sentido social y el sentido de adaptación a la vida moderna. Dentro de cada una, pueden detectarse diferentes características.

A los efectos que interesan aquí, conviene recordar que Camargo acepta la tesis clásica acerca del catolicismo tradicional. En el medio rural es una fuente de conservadurismo; en el urbano tiene funciones puramente rituales y carece de influencia verdadera. No es siquiera capaz de dar asilo a los migrantes rurales, que deben buscar en otras sectas las fuentes axiológicas perdidas. El catolicismo internalizado por su parte es un factor de cambio.

4. Algunos alcances comparativos

Esta tipología, no se refiere a los tipos de élites religiosas, como la de Vallier, sino a tipos de creencias y de relaciones de los fieles con ellas. Ambas contienen análisis de otros aspectos, pero sólo como derivados de esas cuestiones centrales. Desde el punto de vista de los problemas del desarrollo, la conceptualización de Vallier surge como más relevante. En primer lugar, distingue varios tipos de líderes y diversas funciones en lo que correspondería al

¹³⁵ *Ibidem.*

¹³⁶ *Ibidem*, p. 33.

¹³⁷ *Ibidem*, p. 19.

¹³⁸ *Ibidem*, p. 23.

catolicismo internalizado de Camargo y las relaciones con funciones y etapas del desarrollo. En segundo lugar, aunque sólo menciona un caso que correspondería al catolicismo tradicional, el de los políticos, los define de tal manera que se comprende bien la función conservadora que es el elemento común de los dos catolicismos tradicionales distinguidos por Camargo. En tercer lugar, el criterio psicosocial, en alguna medida reduccionista, de este último, para distinguir entre las formas de catolicismo, tienen varios inconvenientes: a] como relativo a las formas de creer, es demasiado simple; b] más importante desde el punto de vista del desarrollo, resulta el tipo de creencias y valores a que se adhiere que el hecho de si las creencias son conscientes e internalizadas. Que Bonald, de Maistre o los "integristas" brasileños sean conscientes de sus creencias y de la necesidad de penetrar con ellas a la Iglesia y a la sociedad, como lo fueron los gestores del Concilio de Trento es innegable, pero que aquellas creencias y valores tiendan a legitimar el cambio y el desarrollo es más que dudoso. Además hay otro elemento cuya importancia tiende a desaparecer con los criterios usados por Camargo, y es la distinción entre la esfera religiosa y la secular que los tradicionalistas, conscientes o no, tienden a suprimir.

5. *Interrogantes abiertas*

La Conferencia Episcopal Latinoamericana (CELAM), reunida en Bogotá en 1968, examinó documentos e hizo declaraciones que ponen en primer lugar los problemas del subdesarrollo y la miseria y enfatizan la necesidad de profundas transformaciones que permitan acercarse efectivamente al ideal de la justicia social. Tales puntos de vista, son el resultado de una larga elaboración previa, resultado de las opiniones de los teólogos y los concilios, pero también de la influencia muy considerable de los conflictos internos y externos a la Iglesia en que participaron autoridades y simples sacerdotes desde aquellos que vieron en guerrilla la única posibilidad de alcanzar aquella justicia y dieron su vida por esa creencia, como Camilo Torres, hasta los que tuvieron choques con las autoridades establecidas, de mayor o menor intensidad. Como es obvio, un análisis de tales avatares estaría aquí fuera de lugar. Si se mencionan es porque, por un lado, explican el interés creciente por el estudio del papel de la Iglesia en América Latina y, por otro, hacen resaltar todavía más la escasez de esos estudios. En definitiva, sólo se tienen hipótesis muy generales, plausibles y quizás verdaderas, sobre la función de los diferentes grupos que se engloban bajo la designación de Iglesia católica, respecto al problema del desarrollo. Otros pocos estudios parecen sugerir que algunos movimientos, como pentecostalismo, tienden a transmitir sobre todo entre las clases populares urbanas donde han tenido una difusión relativamente grande, una imagen más bien conformista y tradicional del mundo. Dada la importancia creciente de los movimientos religiosos en América Latina, sobre todo debido a su participación cada vez más intensa en materia social, la la-

guna de los conocimientos sociológicos en esta materia se torna tanto más lamentable.

VIII. BURÓCRATAS, TÉCNICOS Y TECNÓCRATAS

1. *Evaluaciones del papel de la tecnocracia*

La primera comprobación al acercarse al tema de la burocracia y la tecnocracia es la escasez de estudios sociológicos a que han dado motivo en América Latina, a diferencia de lo ocurrido en los países desarrollados. Esa escasez se da tanto a nivel teórico como empírico, aunque posiblemente sea mayor en este último.¹³⁹

Las causas de este hecho son, sin duda, muchas y sólo a título exploratorio cabe proponer algunas como las más significativas. Por una parte, cuando surge la sociología "científica", estos grupos carecen de la visibilidad que han alcanzado después. No son ignorados, pero se los incluye en conjuntos más grandes a los cuales parece más urgente dedicar la atención si se quiere interpretar el desarrollo de América Latina. Sólo aparecen específicamente considerados cuando los análisis macrosociales destacan la importancia, por ejemplo, de la burocracia pública en algunos países. En tales casos, el análisis puede tener dos objetivos, o determinar la magnitud de las clases medias, de las cuales los grupos mencionados son considerados generalmente un subconjunto, o saber si significan un obstáculo para el desarrollo económico, lo que lleva con frecuencia al conocido problema de la inflación del terciario. En ningún caso se elaboran análisis del comportamiento específico de esos grupos, ni de su relación con el desarrollo.

Pese a todo pueden distinguirse diversos estilos de análisis. En primer lugar, se encuentran quienes los consideran como integrando las clases medias y les aplican, por tanto, las reflexiones que hacen respecto a ellas. En consecuencia, las posiciones teóricas son las mismas que las que se distinguirán en el capítulo que trata de aquéllas. Otros autores entienden que el subconjunto mencionado no es homogéneo, ya que una parte de él está incluida en la antigua clase media, mientras que otra pertenece a las clases medias emergentes. Generalmente, la división se hace distinguiendo entre burocracia tradicional, que incluye técnicos como los abogados, y nuevas burocracias, enumerando en éstas a los técnicos que aparecen más ligados al proceso de modernización, distinción lógica cuando la modernización es el centro de la explicación de las clases sociales, como en los análisis de Graciarena y otros autores. También

¹³⁹ Para el primer aspecto véase Jack W. Hopkins, "Contemporary research on public administration and bureaucracies in Latin America", en *Latin American Research Review*, vol. ix, núm. 1 (primavera 1974), pp. 109-140. Nótese que la mayor parte de la bibliografía mencionada es norteamericana y se refiere más a los problemas de cómo organizar eficientemente la burocracia, que a sus características reales.

en este caso, resulta cierto para estos grupos lo que se postula del conjunto al que se les integra, sean las viejas clases medias, sean las emergentes.

Las corrientes de inspiración marxista no son más favorables, por cierto, a un análisis específico de estos sectores sociales. Como es sabido, si para Marx la burocracia no es el espíritu del Estado como para Hegel (que la llamaba más respetuosamente administración), sino su falta de espíritu, ambos coinciden en considerarla un instrumento de poder. Para la mayoría de los análisis marxistas todos estos grupos (a los que muchos consideran más ortodoxo no llamar clase) son un instrumento al servicio de la clase dominante, tanto en el capitalismo como en el neocapitalismo.

De una y otra perspectiva, como puede verse, se tiende a negar cualquier género de autonomía a estos grupos, aunque a veces se resalte de paso su importancia, por el relieve que adquieren en el proceso de modernización o por la significación que tienen en las nuevas formas del capitalismo dependiente.

La falta de especificidad de los análisis de los grupos mencionados lleva, por lógica consecuencia, a que la distinción entre burócratas y tecnócratas tienda a desdibujarse. Si bien nadie, o casi nadie, ignora la importancia de la distinción, no se la integra en los análisis ya sea por carecer de los datos empíricos necesarios para hacerlo, ya porque en definitiva ambos grupos parecen tener la misma función, ya porque la división se hace por criterios diferentes a las categorías burocracia-tecnocracia. Un hecho sorprendente en tal sentido es el escaso o nulo eco que han tenido en América Latina las discusiones entre los marxistas europeos de la década del 20 y del 30 acerca de la naturaleza y significación reales de la tecnocracia.

A continuación se considerarán los análisis más estrictamente referidos a la burocracia, dejando para después los relativos a las élites tecnocráticas. Como sobre la primera hay común consenso sobre su pertenencia a las clases medias, tal vez hubiera correspondido considerarla en el capítulo respectivo. Sin embargo, dado el nexo muy cercano que la une con la tecnocracia, se prefirió tratar aquí a ambas.

2. Las tesis dualistas sobre la burocracia

Esta manera de ver se ha aplicado al análisis de la burocracia en dos direcciones diferentes, aunque relacionadas entre sí. La primera, se refiere al ámbito de acción real de la burocracia; la segunda, a sus características internas.

Desde el primer punto de vista, Lambert considera razonable remplazar las nociones formales de centralización y descentralización, sobre las que tanto se ha discutido en América Latina por la distinción sociológica entre una zona de acción directa y otra de acción amortiguada, dando cuenta así de que la autoridad no se ejerce plenamente más que en las partes modernizadas de las sociedades latinoamericanas; "sólo una parte evolucionada del país es una zona de acción directa del gobierno y puede ser realmente administra-

da".¹⁴⁰ En el resto, la administración no llega o lo hace esporádicamente cuando esto sucede, casi siempre bajo el control y la deformación de los caudillos locales.

El mismo Lambert desarrolla otro tema, que si bien puede calificarse como dualismo de la administración o de la burocracia, lo es en un sentido muy diferente al recién visto. Se trata de la conocida contradicción entre un legalismo complejísimo y puntilloso que supuestamente rige a la burocracia y el funcionamiento efectivo de la administración, mucho más determinado por el parentesco, la amistad, el compadrazgo, el soborno o la afiliación política. Este tema, conjuntamente con las consecuencias que de él derivan ha sido desarrollado hasta el hartazgo por muchísimos autores norteamericanos y latinoamericanos. El ritualismo legalista sólo tendría realmente vigencia cuando la burocracia lo utiliza para defenderse de presiones que considera indeseables, entre las que pueden muy bien incluirse decisiones gubernamentales tendientes a introducir reformas tan bien inspiradas como necesarias. Una burocracia con estas características sería un instrumento extraordinariamente inapto para promover el desarrollo o, por lo menos, para apoyar efectivamente las medidas de aquellos que desde el gobierno desean hacerlo.

En su primera forma, la validez del análisis dualista depende de la posición que se adopte acerca del dualismo como principio explicativo de la sociedad latinoamericana, por lo que no corresponde que se lo trate aquí.

En la segunda forma, corresponde formular algunas observaciones. Para empezar debe recordarse que toda burocracia, en cualquier sociedad, desarrollada o no, se basa en un complicado ritual legal y reglamentario y que también en todas los medios particularistas mencionados tienen influencia considerable. Cuando los innumerables autores que reiteran esas ideas analizan el tema, comparan los casos latinoamericanos implícita y a veces explícitamente con un modelo que suponen funciona en los países desarrollados. En general, la comparación se efectúa con un modelo absolutamente ideal. Pero, aunque no se llegue a ese extremo, es un hecho conocido que la corrupción, el favoritismo personal o político y fenómenos similares también se dan en las sociedades desarrolladas como lo documentan ampliamente no sólo numerosos estudios, sino los escándalos que cada tanto dan tema a la prensa mundial. En otras palabras, para ser considerados válidos, desde el punto de vista científico, tales juicios tendrían que justificarse mediante un análisis comparado realista donde investigaciones empíricas sobre las burocracias latinoamericanas sean contrastadas sistemáticamente con otras similares realizadas en sociedades desarrolladas y no con un modelo más o menos ideal, y ello es lo que nunca se hace. Es posible que la burocracia latinoamericana sea más "particularista" que por ejemplo la norteamericana —en la época actual por cierto, no en la del Tammany Hall—, pero justamente lo importante sería conocer a cuánto asciende ese más y en qué consiste exactamente. Estas observaciones también se aplican al reproche de falta de eficiencia constantemente repetido contra las burocracias latinoamericanas.

¹⁴⁰ Jacques Lambert, *Amérique Latine, structures sociales et institutions politiques* (París, Presses Universitaires de France, 1963), p. 158.

En segundo lugar, aun los análisis más estrictamente funcionalistas pecan generalmente por una consideración muy parcial del problema no sólo de las causas, sino de las funciones sociales que puede tener un sistema de tal naturaleza. Uno de los autores de esta obra ha tratado de demostrar, por ejemplo, que en un país considerado relativamente desarrollado como el Uruguay, un sistema de favoritismo puede tener ciertas consecuencias favorables a la igualdad entre los ciudadanos.¹⁴¹ Los que están colocados más alto en la escala social tienen el conocimiento y los asesoramientos necesarios para conducirse adecuadamente dentro de la maraña burocrática y, por último, sus relaciones personales con los altos jefes de la administración les permiten salir adelante, en defecto de los medios "universalistas" mencionados anteriormente. El resto de los ciudadanos, en muchos casos no tiene posibilidad real de recurrir a los medios universalistas. Si no dispusieran de relaciones de parientes o de amistad o de la posibilidad de intercambiar o aparecer haciéndolo, su voto por la decisión burocrática favorable, quedarían completamente inermes. Puede que un sistema de esta naturaleza sea indeseable y que existan otros mejores para asegurar la igualdad entre los ciudadanos, pero ello no quita que en una situación estructural dada, el sistema tenga consecuencias benéficas que, de algún modo, a su vez, contribuyen a mantenerlo.

3. *Burocracia y modernización*

Otros análisis, sin abandonar por cierto postulados de la perspectiva dualista, tratan de colocar el problema de la burocracia en el contexto de la teoría de la modernización. Los esfuerzos de Scott y Anderson constituyen los prototipos de este intento.¹⁴²

Scott enfatiza la importancia del burócrata en el proceso de transición, por cuanto la implementación de las políticas gubernativas está a su cargo. Otorga importancia al origen social de los burócratas, que provendrían generalmente de los niveles bajos y medios de las clases medias, poseyendo consecuentemente los valores de éstas. Por otra parte, buena porción de los burócratas tiene una tradición familiar burocrática que los lleva a considerarse como un grupo aparte, con cierta conciencia común. Este hecho recuerda la necesidad de establecer diferencias entre diversos tipos burócratas y tener en cuenta las variaciones derivadas de los diversos niveles de modernización de los países. Pero, en todos los casos, sería válida —según Scott— la afirmación de que los burócratas tienden a la ineficiencia en virtud de las contradictorias demandas que recaen sobre ellos en una sociedad tradicional con elementos de transición.

¹⁴¹ Aldo E. Solari, *El desarrollo social del Uruguay en la post-guerra* (Montevideo, Editorial Alfa, 1967).

¹⁴² Robert E. Scott, "The government bureaucrat and political change in Latin America" en *Journal of International Affairs*, núm. 20 (1969), pp. 289-303; Charles W. Anderson, *Politics and Economic Change in Latin America: The Governing of Restless Nations* (Princeton University Press, New Jersey, 1967), cap. 6.

Anderson expone puntos de vista bastante análogos. Recuerda que todo nuevo gobierno latinoamericano apenas llegado al poder, se propone reformar la administración y que todos terminan fracasando en tal propósito. Menciona como característica central de la burocracia la corrupción institucionalizada. Así como existen gastos sociales generales como educación, salud, etc., debería hablarse de los gastos políticos generales (*political overheads*), el más importante de los cuales sería el realizado en la expansión excesiva de una burocracia ineficiente.

La principal manifestación de la corrupción institucionalizada es, según Anderson, el enriquecimiento a través del ejercicio de los cargos públicos, que adoptaría tres modalidades. Las dos primeras pertenecen realmente a la misma categoría y solamente se distinguen por la magnitud de los beneficios obtenidos por el funcionario. Desde la "mordida" mexicana o la "coima" rioplatense (que el autor no cita), en que el funcionario obtiene pequeñas cantidades a cambio de la prestación de favores burocráticos, hasta los numerosos ejemplos de enriquecimientos extraordinarios a través del ejercicio de la presidencia de la República o de un ministerio. Anderson recuerda que sobre la primera, la más humilde, se ha dicho con cierta ironía que contribuye a una mejor distribución del ingreso, puesto que son los más ricos quienes pagan a los más pobres. Aprobar esta observación, como el autor hace, significa que no ha considerado seriamente las implicaciones del término corrupción "institucionalizada", puesto que si tiene ese carácter debe también ejercerse respecto a los más pobres como, por otra parte los hechos prueban: familias muy pobres deben reunir recursos propios y de amigos para pagar al burócrata y es usual que los más ricos tengan medios alternativos que los libran de tener que pasar por esas horcas andinas burocráticas. La tercera manera es la utilización de los cargos públicos en beneficio de los intereses privados, sobre todo empresariales. Según Anderson, la tolerancia para ese tipo de comportamiento es muchísimo mayor en América Latina que en Estados Unidos. Cree, sin embargo, que ese género de corrupción puede producir beneficios para el crecimiento económico puesto que facilita la acumulación de capital. Sin embargo, es obvio que el capital así acumulado puede usarse para fines que promuevan el desarrollo o para cualesquiera otra cosa.

Otros aspectos del análisis repiten las consideraciones conocidas: el nepotismo en el reclutamiento del personal, la baja calidad del mismo y las demandas contradictorias que recibe el burócrata en sociedades dualistas, acompañadas del problema, otra vez, de la contradicción entre un ritualismo legalista complejo y una realidad que se guía por razones de amistad personal o política.

El remedio básico a largo plazo estaría en la modernización. A medida que más técnicos penetren en la administración, que la sociedad deje de ser dualista, etc., la burocracia mejorará.

Incluso el esquemático resumen que se acaba de presentar muestra que el análisis de Anderson resulta mucho más interesante por lo que dice sobre los estereotipos del autor, que por lo que afirma sobre la burocracia. Sólo la tipicidad del estereotipo ha llevado a exponerlo aquí.

4. Burocracia y tecnocracia: un análisis empírico

El análisis de burocracia venezolana¹⁴³ es, sin duda, el más refinado que se haya hecho en América Latina, tanto desde el punto de vista teórico, como del empírico. Tiene la gran virtud de poner a prueba una serie de hipótesis propuestas en otros estudios para explicar las características de las burocracias latinoamericanas. Por último, como también considera algunos aspectos de la tecnocracia, sirve de enlace entre ambos temas.

Se parte de verificar que en Venezuela, como en otras partes del mundo, la palabra "burócrata" tiene una fuerte connotación negativa. Se acusa principalmente a los burócratas porque "no cumplen con un servicio genuino a la nación, (por) que son técnicamente incompetentes, y (por) que no tienen sentido de su misión o carecen de compromiso (*commitment*)".¹⁴⁴ Aunque los encuestados reconocen la existencia de importantes diferencias entre ellos consideran en la mayoría de los casos, que la eficiencia se limita a una pequeña minoría colocada al tope de las posiciones burocráticas.

Un consenso tan extraordinario, como el que se da entre los encuestados acerca de los caracteres de la burocracia, se repite a propósito de sus causas. Las más corrientemente mencionadas son la intromisión de la amistad, el parentesco o la influencia política en la selección del personal y la ausencia general de normas técnicas en la administración. Se alega también la duplicación de tareas, el exceso de centralización, etc.

En otras palabras, y aunque Silva Michelena no lo dice expresamente, la imagen que las élites venezolanas y el público tienen del burócrata es análoga a la encontrada en los estudios mencionados anteriormente. Asimismo, su evaluación de las causas es, también, más o menos la misma. Silva Michelena puntualiza que tales opiniones llevarían a pensar que se está frente a un país estancado y tradicional. Pero no es así. A pesar de la ineficiencia de la burocracia, Venezuela ha tenido durante largo tiempo una de las más altas tasas de crecimiento económico del mundo.

En dicho país, altos y medianos integrantes del liderazgo social, comparten una ideología desarrollista y están conscientes del papel que debe cumplir la burocracia en el desarrollo económico de la nación. Pero el rápido cambio social crea cada vez más oportunidades de movilidad ascendente y la existencia de coaliciones inestables en el gobierno aumenta la importancia del sistema de favor político. En esas condiciones resulta natural que el burócrata venezolano esté sometido a tensiones considerables. Se le dirigen demandas que contradicen, al menos en parte al sistema político, y son evaluados de acuerdo con los estándares de la burocracia weberiana.

La manifestación clave de esa situación se da en la altísima tasa de abandono potencial del empleo, según los burócratas que manifiestan su deseo de cambiar de trabajo. Si se distingue entre los funcionarios más altos o sea, los que toman decisiones, el personal técnico y el personal estrictamente admi-

¹⁴³ José A. Silva Michelena, "The Venezuelan bureaucrat", en Frank Bonilla y José A. Silva Michelena, *A strategy for research in social policy* (MIT Press, Boston, 1967), pp. 86-119.

¹⁴⁴ *Ibidem*, p. 86.

nistrativo, los porcentajes de los que quieren encontrar otro trabajo o iniciar una nueva actividad son 55, 35 y 27 por ciento, respectivamente. Tasas tan altas están normalmente asociadas con un nivel muy bajo de eficiencia.

Se han propuesto muy variadas hipótesis para explicar la insatisfacción en el trabajo, que Silva Michelena clasifica en influencias externas, internas y globales, que relacionan influencias externas o internas conjuntamente.

Examinando las influencias externas, que incluyen el sexo, la edad, la perspectiva psicoanalítica y el carácter nuevo de la organización, los datos de la encuesta muestran que ninguna está asociada con el fenómeno a explicar. Exactamente lo mismo ocurre con las influencias internas (el status y los estados psicológicos). Entre las influencias globales la congruencia de status y la relación entre las expectativas y su logro tampoco explican el fenómeno. La tercera merece una mención aparte, pues trata de probar la relación de la tasa de abandono potencial con la inestabilidad política y el "familismo", es decir, la fuerte orientación hacia la familia (un aspecto de lo que Parsons llama "particularismo"). Ambas causas, han sido mencionadas en múltiples estudios para explicar los defectos de la burocracia. Sin embargo, los datos de la encuesta no le dan sustento empírico como explicación en el caso de Venezuela.¹⁴⁵

Las causas, como se había sugerido más arriba, deben buscarse en los conflictos psicológicos. Para comprobar esta afirmación general, Silva Michelena verifica tres hipótesis:¹⁴⁶

a) los burócratas evalúan su propio papel de manera positiva, pero aquéllos, fuera de la burocracia, a quienes los burócratas atribuyen un valor positivo, los evalúan negativamente a ellos;

b) los burócratas están constantemente sometidos a presiones de grupos, tanto de la extrema derecha como de la extrema izquierda, pero su propia ideología es opuesta al extremismo y, por lo tanto, evalúan negativamente las ideologías extremas;

c) los burócratas, como también ocurre con los miembros de la élite política, evalúan positivamente dos cosas, los criterios universalistas para el desempeño en el trabajo y la necesidad por algún *freewheeling*, las que a menudo están negativamente asociadas en la práctica.

Respecto a la primer hipótesis, los burócratas son colocados en el séptimo lugar o menos, por todos los grupos que ellos consideran como que están haciendo algo positivo por el país. La segunda hipótesis está ampliamente confirmada por los datos. La tercera, se refiere a los conflictos derivados de una orientación universalista hacia el desempeño en el trabajo y las prácticas particularistas de los gobernantes hacia los cuales el burócrata parece leal. Las prácticas particularistas son esencialmente el producto de la política de "clientelismo" llevada a cabo por la coalición gobernante. Los burócratas la rechazan pero, al mismo tiempo, son leales al gobierno y tienen en general una actitud positiva hacia la política.

En otras palabras, el burócrata está en el centro de tres situaciones cogniti-

¹⁴⁵ Un análisis detallado en *op. cit.* pp. 93-106,

¹⁴⁶ *Ibidem*, p. 107.

vas no equilibradas. Todas las teorías coinciden en que cualquier persona en esa situación tenderá a restablecer el equilibrio, de alguna manera, entre las muchas posibles. En el caso del burócrata venezolano, la más común parece ser buscar otro trabajo, para lo que aquellos que ocupan los más altos niveles no tienen problemas dado que tienen alto status social, elevada educación y actividad política.

Silva Michelena concluye: "Los burócratas medianos y altos en Venezuela poseen muchas de las características generalmente consideradas como deseables para el funcionamiento eficiente de una organización moderna. Son graduados universitarios jóvenes, dispuestos a asumir riesgos, innovadores, optimistas, políticamente eficaces, no ciegamente leales al sistema político, orientados positivamente hacia la política y desplegando una orientación moderna hacia el Estado. Sin embargo, la mayoría de los más altos y una proporción sustancial del personal técnico, parecen querer abandonar su trabajo, justamente, al mismo tiempo, que empiezan a adquirir una genuina competencia. Este es el mayor obstáculo para el mejoramiento de la eficiencia de la burocracia puesto que, claramente, no es capaz de retener a su mejor gente."¹⁴⁷

Como se ve al final del análisis, las hipótesis explicativas centrales son completadas, con una suplementaria, de menor importancia: dado el alto crecimiento económico y el nivel de formación de los funcionarios que ocupan los estratos superiores de la burocracia, les es muy fácil obtener otros empleos. Es bastante obvio, que podría proponerse este último hecho como la causa principal y los conflictos psicológicos, como accesorios. Si un conflicto puede ser resuelto de diversas maneras no cabe duda que los burócratas venezolanos tendrían que buscar otras salidas distintas al cambiar el empleo, en caso de que esto fuera simplemente imposible, a consecuencia de existir condiciones estructurales diferentes a las que predominan efectivamente. Más aún, puede pensarse que uno de los problemas principales de la administración pública venezolana es la competencia que en materia de oportunidades y de ingresos le hace la actividad privada. De hecho, además, el pasaje por la administración pública es un medio de formación, financiado por el Estado, que sirve de mecanismo de reclutamiento para la empresa privada. Si bien es imposible probar que estas hipótesis sean verdaderas, no cabe duda que el análisis de Silva Michelena no las invalida.

Más importante que estas y otras críticas que podrían hacerse, es recordar algunas cuestiones de interés para el estudio de la burocracia. En primer lugar, es obvio que las conclusiones del estudio, sea cual fuere su validez, no pueden extenderse al resto de América Latina, lo que su autor no pretende hacer jamás. En segundo lugar, sin embargo, el estudio abre perspectivas que son de alto interés para toda la región.

Una de las afirmaciones más habituales, y tomada como artículo de fe, es que el desarrollo supone una burocracia eficiente y que la ecuación burocracia eficiente = no desarrollo es verdadera. Silva Michelena demuestra que en Venezuela todo el mundo está de acuerdo en que la primera parte de la

¹⁴⁷ *Ibidem*, p. 118.

ecuación es exacta, pero resulta que la segunda no lo es. Si se atiende a este hecho, se plantea muy claramente que o la hipótesis básica es falsa o la burocracia es eficiente. En ambos casos parece necesario profundizar y explorar mucho más tanto respecto al problema de cuál es la verdadera relación entre burocracia eficiente y desarrollo, como la de hasta qué punto la burocracia es verdaderamente ineficiente. No hay análisis de burocracia latinoamericana alguna que no concluya en su ineficiencia, pero resulta que muchos países han tenido altas tasas de crecimiento económico a pesar de ello. O la burocracia nada tiene que ver con el desarrollo o tales evaluaciones negativas estaban equivocadas.

El segundo aporte importante del estudio de Silva Michelena es que destruye una serie de ideas simples. No es cierto, por lo menos en el caso de Venezuela, que los burócratas en tanto que tales sean "particularistas". Lo que ocurre es que, en muchas ocasiones, no tienen más remedio que serlo dada la naturaleza del sistema político. Esta conclusión tiene, obviamente, una consecuencia práctica, que es afirmar que los intentos de cambiar a la burocracia, racionalizar la administración, etc., que han proliferado en América Latina, están condenados de antemano si no tienen en cuenta, y casi nunca la tienen, esa variable.

En tercer lugar, el estudio demuestra muy claramente, que la comprensión del problema de la burocracia sólo es posible en un marco histórico-estructural.

Por último, una conclusión de orden estrictamente práctico. Silva Michelena propone para Venezuela una reforma de la administración, que en lugar de basarse en el modelo weberiano, como todas las que se han propuesto, tenga otras características. No interesa discutir aquí si las recomendaciones del autor son correctas o no. Lo importante es que, ciertamente, los modelos de reforma estandarizados que tantos técnicos proponen a los más diversos países de América Latina justificándolo en un paradigma de la "administración racional", carecen de todo sentido útil.

Todas estas consideraciones vuelven a subrayar la necesidad de estudios empíricos realizados en el marco de teorías adecuadas, mucho más sistemáticos que los pocos efectuados hasta ahora.

5. Caracteres de los análisis de la tecnocracia

La mayoría de los análisis latinoamericanos sobre el problema de la tecnocracia, se caracterizan por su carácter gruesamente ideológico. Algunos autores ven en la expansión de la tecnocracia un índice inequívoco de una modernización de signo políticamente neutral; otros, la perciben como la expresión del nuevo tipo de "sirvientes" requeridos por el neocapitalismo; un tercer grupo, por fin, la considera como un peligroso vehículo de penetración de ideologías "marxistas" o "progresistas" bajo el manto de una ficticia neutralidad. Tal neutralidad es la que niegan las dos últimas posiciones mencionadas, mientras que la primera, por cierto muy frecuente entre los mismos

tecnócratas, la afirman. Es fácil concluir que en términos tan globales y tan vagamente ligados a la política en general, tales afirmaciones carecen de cualquier valor científico. Ni hay realmente una teoría detrás de ellas que trate de enlazar diversos elementos, en toda su complejidad, a través de un sistema de hipótesis, ni hay tampoco un análisis de comportamientos empíricos que permita verificar o rechazar aquellas afirmaciones generales.

Los únicos aportes de interés provienen de quienes formulan una teoría de la tecnocracia, tratan de hacer algunas observaciones generales sobre esos grupos o los primeros esfuerzos por determinar su papel en los cambios políticos. Este último punto será considerado al analizar el sistema político.

6. *Burocracia, tecnocracia y formas de racionalidad*

El mejor ejemplo de una teoría de la tecnocracia, es el de José Medina Echavarría.¹⁴⁸ Sin embargo, las agudas observaciones allí formuladas, son de una validez universal; se pueden aplicar a América Latina como a cualquier sociedad moderna. Partiendo de las diversas formas posibles de planeación, que según el autor son siempre la burocrática, la tecnocrática o la democrática, traza los tipos ideales que les corresponden y las utopías a las que como toda planeación están asociadas. Establece una distinción rigurosa entre burocracia y tecnocracia, que se caracterizan a su entender por formas inconfundibles de saber. A la racionalidad formal de la primera se opone la sustantiva de la segunda. Las pretensiones de ambas llevadas al límite de sus respectivas utopías terminan en un imposible. Ambas tienen algo de común, el ideal de sustituir la administración de las personas por la de las cosas, de colocar en lugar de las relaciones de poder, las que derivan del saber. Lo específico de la tecnocracia es que ese saber es sustantivo, "el conocimiento objetivo de un determinado orden de cosas y no tanto como ilustración o enseñanza, sino como resolución eficaz de una misión o tarea".¹⁴⁹ Tal saber al ser eficaz podría constituir la base auténtica de un gobierno de expertos, o para el caso que preocupa al autor, de planificadores. Pero tal cosa nunca ha existido y sólo se la menciona como la utopía de una tecnocracia que a través de la cibernética se siente más cerca de realizar un sueño muy antiguo que a menudo pasa por nuevo.

Un análisis de esta naturaleza¹⁵⁰ pisa los límites entre la sociología y la filosofía social; llama a una meditación que es más rara en América Latina que en otras partes, pero no considera, puesto que el autor no se lo ha propuesto, a la tecnocracia como grupo social.

¹⁴⁸ Véase "La planeación en las formas de la racionalidad" en *Discurso sobre política y planeación* (Siglo XXI, México, 1972).

¹⁴⁹ *Ibidem*, p. 129.

¹⁵⁰ Será retomado y ampliado en el capítulo sobre Estado y planificación.

7. Algunas ideas de la CEPAL

En un plano muy diferente, se colocan las pocas páginas que en una obra de la CEPAL se han dedicado a la cuestión.¹⁵¹

El breve análisis, parte de la verificación del crecimiento de los grupos técnico-burocráticos de alto nivel, encontrando como explicaciones del fenómeno, el efecto demostración y el desarrollo de la sociedad internacional que ha obligado a crear una infraestructura de comunicaciones a un nivel técnico elevado.

Los autores del estudio afirman que el origen social de los tecnócratas debe estar casi totalmente en los estratos medios y altos, pero se ignoran las proporciones. "Lo que en cambio parece claro es que, a pesar de su expansión, relativamente reciente, han sido bastante eficaces para hacer reconocer su legitimidad y necesidad por los demás grupos y para crear mecanismos internos de solidaridad."¹⁵² Aquella se funda en la contribución esencial que se supone pueden hacer al desarrollo; los últimos son en parte impersonales y en parte tienen un fuerte tinte particularista, de defensa del grupo como tal, con cierta independencia del nivel técnico de sus integrantes.

Estos nuevos estratos no han cambiado, sin embargo, lo que para el análisis de la CEPAL es característico de los estratos medios en general: el apoyo a la política de grupos. Es curioso que un análisis tan escéptico respecto a la tecnocracia emane de una institución esencialmente tecnocrática.

8. Las dudas sobre la tecnocracia como agente de cambio

Bourricaud ha destacado ciertos rasgos que cree percibir en los tecnócratas, algunos de los cuales han sido ya señalados al hablar de las fuerzas armadas. La expresión "tecnócratas" designa diversas situaciones que corresponden a actividades variadas y niveles de responsabilidad distintos. Los más favorecidos pasan un tiempo en el extranjero y allí adquieren si no su ideología, su utillaje mental esencial. "El resultado es la impregnación de cierta 'mentalidad' que se superpone y a veces domina e integra las diferencias nacionales o incluso las tomas de posición políticas e ideológicas, proporcionando, por ejemplo, a todos cuantos pasaron por la CEPAL... una especie de lenguaje común."¹⁵³

El reverso de la medalla es que los tecnócratas, según el autor, poseen una mentalidad algo abstracta, "cierto gusto por las soluciones 'ómnibus', que 'enajena' al tecnócrata de su esfera nacional y hacen de él, en ciertos casos, un cosmopolita y un extranjero en su propio país".¹⁵⁴ Pero, por otra parte, se

¹⁵¹ Naciones Unidas, *El cambio social y la política de desarrollo social en América Latina*, pp. 74-75.

¹⁵² *Ibidem*, p. 74.

¹⁵³ François Bourricaud, "Los militares, ¿por qué y para qué?" en Luis Mercier Vega y otros, *Fuerzas Armadas, poder y cambio* (Tiempo Nuevo, Caracas, 1971), p. 105.

¹⁵⁴ *Ibidem*.

siente intensamente comprometido con la modernización y el desarrollo nacionales. Esta combinación lleva a que "el mismo individuo está sometido a las presiones contradictorias de exigencias técnicas abstractas y de aspiraciones políticas confusas".¹⁵⁵

Este retrato va acompañado de la idea de que el origen social de los tecnócratas son las clases medias urbanas y de que "son los principales propagadores del cambio social".¹⁵⁶ Pero, en definitiva "su contribución a una política efectiva de desarrollo —bien sea en el plano de la concepción y de la decisión, o bien en el de la ejecución administrativa— es frecuentemente ambigua".¹⁵⁷ En el caso peruano, que preocupa especialmente a Bourricaud, el hecho de que la burocracia padezca de una debilidad congénita "valoriza merced al contraste el papel de los tecnócratas, que se convierten en agentes privilegiados, no obstante ser insuficientes e inadecuados, de toda política de desarrollo".¹⁵⁸

El autor propone una serie de hipótesis que no dejan de tener interés y que corresponden a imágenes frecuentes en el público culto acerca de los tecnócratas, sea cual fuere su validez. Parece exacto que éstos están profundamente imbuidos de la "modernización", es decir, de la idea de que sólo la introducción de ideas y prácticas modernas pueden sacar a los países latinoamericanos de la situación en que se encuentran. No es tampoco descaminado sostener que esa posición está ligada a lo que el autor considera una mentalidad abstracta. Pero ella es, realmente, el nombre que se le da a la adopción de modelos generales de soluciones, lo que el autor llama soluciones "ómnibus", que deberían aplicarse a todas las situaciones o dar el marco fundamental en todos los casos. Bourricaud no explica, sin embargo, el sentido que debe dársele a su afirmación de que los tecnócratas son los principales portadores del cambio, cuando se rodea esa idea de tantas reservas como las expuestas. Los tecnócratas están convencidos de que lo son y tienden generalmente, a atribuir a otros grupos —políticos, burócratas, etc.—, la responsabilidad de que sus buenas ideas no produzcan los efectos previstos, sea porque no son aceptadas, sea porque son mal interpretadas o erróneamente ejecutadas. No parece, sin embargo, que sea posible aceptar la verdad de esa idea sin más. El análisis de Bourricaud interesa porque propone una serie de hipótesis que deberían ser objeto de otras tantas pruebas empíricas.

Este análisis, como muchos otros, incluyendo el de Silva Michelena ya examinado, considera a los tecnócratas en una esfera de acción relativamente limitada. En los últimos años, se han formulado tesis que colocan a los tecnócratas en un marco mucho más general, considerándolos como una parte básica de las nuevas estructuras que se están dando en América Latina y, por lo tanto, como portadores de cambios, aunque el signo de los mismos no sea considerado favorable.

¹⁵⁵ *Ibidem*.

¹⁵⁶ *Ibidem*, p. 106.

¹⁵⁷ *Ibidem*, p. 106.

¹⁵⁸ *Ibidem*, p. 107.

En la necesidad de elegir entre tantos estudios existentes, se examinan a continuación las contribuciones de Bresser Pereira y de O'Donnel porque tipifican muy bien dos visiones diferentes dentro de esa línea general común.

9. *La tecnocracia en el poder*

Según Bresser Pereira,¹⁵⁹ los poderes político y económico se están transfiriendo cada vez más a la tecnoburocracia. Técnicos y administradores profesionales en nombre del racionalismo eficientista establecen un tipo de sociedad cada vez más totalitaria. La técnica es el principal elemento configurador de la sociedad tecnoburocrática.

Bresser pretende adoptar la perspectiva marxista, pero señala que las clases dominante y dominada en un sistema nunca son las que dominan en el que lo sustituye; ambas tienden a desaparecer. En el capitalismo, tanto los obreros como los artesanos están y continuarán disminuyendo en importancia. La tecnoburocracia es la nueva clase.

Marx, según este análisis, además de exagerar la importancia de la lucha de clases, no distinguió la lucha de clases interna al sistema, de aquella que parte de un grupo externo del sistema económico social. Los conflictos planteados por los obreros, tan fuertes en su época, le impidieron percibir que, en definitiva, el proletariado urbano tendería a desaparecer. Por otra parte, la clase obrera se vuelve beneficiaria del sistema capitalista y termina aceptándolo políticamente. El autor afirma que Marx sostuvo que el desarrollo tecnológico determina las relaciones de producción y que la técnica es el nuevo factor estratégico junto con el conocimiento organizacional. Esa incorporación de nueva tecnología a la acumulación de capital es lo que promueve el desarrollo, la tecnología ha superado al propio capital en importancia. Los que se llaman generalmente técnicos y los administradores burocráticos, que también son técnicos, constituyen la tecnoburocracia que es la nueva clase que tiende a dominar. La técnica no sólo es un factor estratégico de la producción sino el elemento decisivo del mundo actual.

No sería en los países más desarrollados donde la tecnoburocracia ha llegado más lejos sino en los países socialistas —que, según Bresser, de tales sólo tienen el nombre— y en los países subdesarrollados a través de los militares y los ejércitos profesionales que son el ejemplo típico de una tecnoburocracia dominada por la idea de la eficacia. Mientras en los países desarrollados los ejércitos tradicionales son un resultado de la modernización de la economía, en los subdesarrollados el ejército “es frecuentemente la primera organización burocrática moderna que se establece. Es generalmente la más estructurada y eficiente de las organizaciones burocráticas”.¹⁶⁰

Los militares tienen competencia técnica no sólo en las áreas militares sino en las civiles. El “elemento esencial de la creencia tecnoburocrática de los militares profesionales es que, asumiendo autoritariamente el poder imprimirán

¹⁵⁹ Bresser Pereira, *Tecnoburocracia e contestação* (Vozes Ltda., Petrópolis, 1972).

¹⁶⁰ *Ibidem*, p. 71.

a la economía y a la política de los países, mayor organización, más seguridad y mayor eficiencia".¹⁶¹ Aunque las revoluciones militares a veces aparecen como de derecha y otras, de izquierda, todas ellas "tienden a ser dictatoriales, tienden a colocar la seguridad interna y el desarrollo económico como principales objetivos, tienden a ser modernizantes y eficientistas, tienden a colocar en los puestos económicos y políticos claves, a profesionales competentes; son, en otras palabras, tecnoburocráticas, antes que de izquierda o de derecha".¹⁶²

Bresser piensa que la tecnoburocracia ha ido menos lejos en los países capitalistas desarrollados, y cita en su apoyo los estudios de Berle y de Burnham.¹⁶³ Considera que no deben confundirse científicos y técnicos. Estos son individuos que procuran racionalizar los métodos de producción, que poseen un conocimiento sistematizado y profundo respecto de una técnica cualquiera. Vienen de la clase media y el gobierno de los técnicos, la tecnoburocracia, es en definitiva un gobierno de clase media, antidemocrático, por su pretensión de que todo puede resolverse en función de reglas técnicas.

Bresser Pereira analiza la ideología tecnoburocrática. Su primer postulado sería que ella misma no es una ideología. Se consideran ideológicamente neutros porque, utilizando criterios exclusivamente científicos y técnicos creen poder resolver todos los problemas. Se trata de un producto del racionalismo, sobre todo a través del utilitarismo, cuyo objetivo y forma básica es la eficiencia. Todo lo que tienda a maximizar la eficiencia es aceptado. Enfatizan la necesidad del cambio, pero la ideología es conservadora, de un conservadurismo reformista, ya que la revolución significa inseguridad y por lo tanto, ineficiencia. La ideología enfatiza la seguridad, es autoritaria y tiende a favorecer al consumismo y a disminuir la importancia de todos los otros valores.

Analiza las diversas tesis de la contracultura y de la crítica de la sociedad industrial y llega a la conclusión de que en ella el único grupo revolucionario son los estudiantes, asociados a lo que llama "los intelectuales no comprometidos"; a ambos también debe ligarse la transformación que se ha producido en la Iglesia católica. Reconoce todas las limitaciones de los estudiantes para ser un grupo revolucionario. Como está seguro que los obreros han dejado de serlo, no le quedan otros grupos revolucionarios para enfrentar a la tecnoburocracia que los estudiantes, la izquierda de la Iglesia y los intelectuales mencionados.

10. *Tecnocracia y autoritarismo*

O'Donnel ha dado énfasis a una manera diferente de ver a los grupos tecnocráticos.¹⁶⁴ Según este autor, se ha prestado poca atención al trasplante de expectativas que parece ser producido por el desempeño de papeles tecnocráticos

¹⁶¹ *Ibidem*, p. 75.

¹⁶² *Ibidem*, p. 76.

¹⁶³ Como casi todo el mundo, Bresser ignora que el libro de Burnham que menciona es prácticamente un plagio del trabajo de Bruno Rizzi.

¹⁶⁴ Guillermo O'Donnel, *Modernización y autoritarismo* (Paidós, Buenos Aires, 1972).

en sociedades sujetas a procesos de modernización. En el contacto con las sociedades más adelantadas se adquieren modelos del papel tecnocrático y no solamente una mayor eficacia técnica, puede ocurrir, incluso que la diferencia del contexto nacional se vuelva secundaria.

Por otro lado, el fracaso de la expectativa de que el contexto social se adapte al modelo puede expresarse en la emigración de cerebros, pero puede también “canalizarse en acción política orientada a transformar el contexto social en formas que, presumiblemente, serán más apropiadas para la aplicación de la capacitación técnica aprendida y para las aspiraciones de recompensas y facilidades de las personas que desempeñan esos papeles”.¹⁶⁵

El más alto grado de modernización implica la penetración de más papeles tecnocráticos en esas actividades sociales, por ejemplo, en las escuelas militares y de empresarios, y el entrenamiento se convierte en punto habitual de contacto para las personas colocadas en la cumbre de las grandes empresas privadas y de las fuerzas armadas. Aparecen publicaciones destinadas a ese público, que tienden a consolidar su “imagen” frente a ellos mismos y al resto de la sociedad.

Todas estas vinculaciones crean un mutuo reconocimiento y los llevan a compartir características en cualquier sector en que actúen; lo racional, lo adecuado, la técnica definen el comportamiento correcto.

Esto lleva a una evaluación muy optimista de las capacidades *conjuntas* de los que desempeñan papeles tecnocráticos, acompañada de la idea de que pueden resolver mejor los problemas sociales.

Todo esto tiende a constituirlos en el eje de una coalición dirigida a crear un régimen político excluyente.

Los regímenes que el autor llama burocráticos-autoritarios¹⁶⁶ se tejen, pues, alrededor de la tecnocracia. Sin embargo, O'Donnel no analiza ni discute una hipótesis alternativa cual sería que la visibilidad de la tecnocracia como eje de la coalición golpista puede no ser más que una forma de racionalización y de justificación del golpe. Las ideas justificativas básicas son siempre las mismas, las de restablecimiento del orden social, las de funcionamiento eficaz del mismo. La visibilidad de los tecnócratas legitima las pretensiones a alcanzar esos objetivos. Pero estos fenómenos pueden producirse y se producen en sociedades de baja modernización en la actualidad. Por otra parte, no habría que olvidar que actualmente el régimen que cae está también lleno de tecnócratas.

Los dos estudios que se acaban de resumir intentan colocar el problema de la tecnocracia en el contexto general de la transformación de las sociedades. El de Bresser Pereira representa muy bien el tipo de análisis estrictamente ideológico, inteligente, pero casi panfletario, del tema. El de O'Donnell, en cambio, está presidido por un gran rigor científico. El primero se ha expuesto porque pertenece a una línea de aproximación al problema muy frecuente en América Latina y que, probablemente, lo será cada vez más en el futuro.

¹⁶⁵ *Ibidem*, p. 92.

¹⁶⁶ Véase el capítulo sobre el sistema político.

Una segunda diferencia importante es que, a pesar de las apariencias, las tesis de Bresser Pereira sólo por implicación se aplican a América Latina. En el fondo, las consideraciones del autor, están pensadas para el caso del Brasil, pero son sobre todo el producto de la convicción de una marcha general de la humanidad hacia la tecnocracia, que pertenece mucho más al dominio de la filosofía de la historia que a la ciencia. En cambio, O'Donnell analiza específicamente el caso de América Latina, buscando comprobar la hipótesis de que cuanto más modernas las sociedades que la integran, más probabilidades tienen de llegar al estado burocrático-autoritario.

Ambos retoman y desarrollan en sus diversas implicaciones algunas de las ideas que aparecen en Bourricaud y en otros autores. Aquí no interesa analizar las de índole estrictamente política, por ejemplo, la muy trascendental que opone tecnocracia a democracia, pero sí, otras cuestiones que plantean. Como ya se ha visto, la idea de que la ciencia produce conocimientos capaces de resolver los problemas humanos, más allá de la política, es una vieja tradición, otros dirían ilusión tecnocrática. La dificultad es que se ignora, por falta de estudios empíricos adecuados, si esa idea que el tecnócrata de todas partes del mundo lleva consigo, adquiere ciertas connotaciones especiales en América Latina. Tampoco se sabe cómo se adapta a las diferentes condiciones estructurales. Los tecnócratas actúan hoy, en todos los países y es lógico suponer que en situaciones tan diferentes, como las que van desde los más atrasados a los más modernos, si se quiere usar ese lenguaje, deben crear mecanismos de adaptación diferentes. Es cierto que podría proponerse la hipótesis extrema y contraria de que el discurso tecnocrático se desarrolla en el vacío en determinadas sociedades, sin producir más efectos, que el de llenar, simbólicamente, las necesidades creadas por el "efecto de demostración". Tal hipótesis puede ser cierta en algunos casos. Algún tecnócrata propuso una vez una organización completa modelo, fundada en los supuestos de Parsons sobre el sistema social, impersonal, "universalista" para el servicio y la asistencia sociales estatales en uno de los países menos desarrollados de América Latina, donde una tradición firmemente asentada hace de tales actividades una de las bases importantes de apoyo político de los diferentes gobiernos. En un caso como éste el discurso tecnocrático no tiene, efectivamente, otra consecuencia que la señalada respecto al "efecto de demostración". Pero es bastante difícil creer que esta situación sea la más general.

La experiencia demuestra que existe otra variante reconocible entre tantas que deben darse en la realidad, que se caracterizaría también porque el discurso tecnocrático se desarrolla en el vacío, pero en la que ocurre que sus proposiciones son adoptadas como principios de acción pública. El discurso tecnocrático se desarrolla en el vacío porque propone soluciones tomadas de un modelo considerado ideal, sin considerar para nada que existan en el momento o haya alguna probabilidad de que puedan darse en el próximo futuro, las condiciones objetivas mínimas que la misma experiencia de los países tomados como ideal ha demostrado que son necesarias para que aquél funcione. Un ejemplo típico de esta variedad puede encontrarse en la adopción del sistema de la promoción automática, por numerosos países de América Latina,

careciendo de las condiciones mínimas para que tal sistema pueda funcionar con cierta seriedad. En casos como éstos el tecnócrata se siente realizado, puesto que sus ideas triunfan. No interesa aquí el análisis de los efectos ruinosos que ese triunfo puede tener ni las acomodaciones que deben producirse en la sociedad para defenderse de él, pero sí subrayar la importancia que tendría el conocimiento de los mecanismos por los cuales el tecnócrata consigue que se acepten medidas manifiestamente absurdas, saber si quienes las aceptan ignoran que lo son o las aplican porque llenan otras finalidades políticas, etc.

Entre estas hipótesis, señaladas a vía de ejemplo, caben muchísimas variedades más y si la convicción generalizada de que la importancia de los tecnócratas aumenta constantemente es verdadera, tanto más necesario sería explorarlas sistemáticamente.

La relación de los tecnócratas con los gobiernos, la internacionalidad de los individuos más reputados en esos papeles son rasgos muy antiguos y universales. Ya en el siglo XVIII los grandes técnicos de la época prestaban sus servicios en los más diferentes países.

La idea muy extendida, aunque por cierto no universal, dentro de los grupos tecnocráticos de la neutralidad frente a los políticos también es antigua porque de alguna manera deriva de un rasgo esencial de la utopía tecnocrática: la eficiencia científica remplazando a la opinión pública. Por otra parte, si es fácil demostrar que toda técnica está en última instancia al servicio de una política, la otra idea es verdadera en un aspecto, en cuanto el desafío tecnológico es percibido por el técnico como tal. La historia de los norteamericanos que ayudaron con obras de gran importancia a la revolución rusa, sin ser comunistas ni nada parecido, es una de las tantas ilustraciones históricas que pueden encontrarse de ese hecho.

Por último, la relación entre la tecnocracia y la idea de un mundo ordenado por el saber científico, de la sustitución de la incertidumbre del futuro por la ciencia que permite preverlo y dominarlo a través de la planificación, tiene antecedentes muy viejos y se encuentra muy claramente establecida en Saint-Simon y sus discípulos.

En otras palabras, casi todo lo que aparece en los análisis latinoamericanos, es una reiteración de algunas observaciones hechas hace mucho tiempo, sin acompañarlas de una clara demostración de que sean particularmente aplicables a la región. Por ejemplo, se conocen bastante bien ciertas características de los saint-simonianos, su origen social, la unidad que les daba el ambiente de la época presidido por una seguridad en la ciencia y sus resultados, la importancia del hecho de que muchos de ellos vienen de la École Polytechnique, rasgos que podrían compararse sistemáticamente con los propios de los tecnócratas latinoamericanos para determinar semejanzas y diferencias. La idea básica de que es posible obtener de la ciencia no solamente bases para la acción sino la determinación de los fines últimos de la misma es profundamente tecnocrática, pero en ella coinciden, por fin, positivistas y marxistas.

De todas maneras hay una clara evolución en América Latina, desde la casi total ausencia de estudios sobre el tema, a un interés cada vez más acen-

tuado en los últimos tiempos. Pese a la insuficiencia del conocimiento acumulado, resulta claro que el papel de la tecnocracia como actora en el proceso de cambio, depende de un contexto mucho más complejo que el analizado hasta ahora y, por ello, el tema será retomado posteriormente.

VII

LAS CLASES MEDIAS

I. EL CONCEPTO DE CLASES MEDIAS

1. *Trascendencia y complejidad del tema*

El papel central del problema de las clases medias en la reflexión latinoamericana es muy anterior, por cierto, a la afirmación de la llamada sociología científica. En la colección sobre el tema publicado por la Unión Panamericana,¹ en la que escriben varios autores que pertenecen claramente a la etapa de los pensadores, se encuentran varios testimonios de ello. En ese sentido, es erróneo creer que otorgarle tanta importancia al tema sea sólo una consecuencia del predominio de la sociología funcionalista norteamericana en América Latina. Lo único que deriva de esa influencia es un mayor esfuerzo de investigación empírica y de precisión conceptual, del cual ya pueden verse algunos ejemplos en los estudios recién mencionados. Mientras la mayoría son de carácter impresionista y de bases más "filosóficas" que científicas, por pobres que a veces sean, otros utilizan los aportes del funcionalismo y construyen las primeras versiones "científicas" que se conocen en la región.

A partir de fines de la década del 40, la preocupación por las clases medias se hace cada vez mayor hasta que, en los sesenta, pasa a un segundo plano, el tornarse central la preocupación por otros posibles y presumiblemente más decisivos portadores de cambios, como los sectores obreros o los marginales.

En la historia de la cuestión un rasgo aparece como constante: es mucho mayor la preocupación por definir el papel de las clases medias en el desarrollo económico y político, que los esfuerzos por refinar la conceptualización y la teoría sobre su naturaleza misma. Sólo implícitamente tales cuestiones pueden encontrarse tratadas, lo que contrasta con el desarrollo mucho más extenso de las otras. En ese sentido, es interesante notar que un concepto como el de marginalidad, ha sido mucho más elaborado que el de clases medias, pese a su aparición relativamente reciente en la literatura sociológica.

La falta de refinamiento conceptual y la complejidad de los problemas que se engloban bajo este rótulo ha llevado a una situación de frustración. Cuando un mismo objeto del conocimiento social es caracterizado por la frugalidad o por el consumo ostentoso; por ser el más fiel sirviente de la oligarquía o la base del advenimiento del socialismo; por jugar un papel positivo

¹ Theo R. Crevenna (comp.), *Materiales para el estudio de las clases medias en América Latina* (Washington, Unión Panamericana, varios tomos, 1950-1951).

y crucial en el desarrollo o ser su freno; por ser el sustento más firme de la estabilidad política o, por el contrario, la causa más importante de los cambios de regímenes, cosas todas que, entre muchas otras, se han afirmado de las clases medias en América Latina, es imposible no quedar sumido en la mayor confusión. Ante esa serie de contradicciones se puede proponer la hipótesis de que se han usado las mismas o análogas palabras para designar distintos objetos. Además, las tremendas diferencias verificables pueden deberse más que a enfoques teóricos distintos, a perspectivas ideológicas diferentes. Estas hipótesis, pese a su generalidad, parecen las explicaciones más razonables de la caótica situación en que se encuentra el problema de las clases medias y plantean la dificultad de cómo ordenar de manera coherente, si ello fuera posible, la complicada maraña de convicciones sentimentales, arrebatos ideológicos y afirmaciones con pretensión científica que plagan la literatura sobre la materia.

Una de las maneras de hacerlo, que sólo puede prometer un éxito relativo, es considerar separadamente las posiciones respecto a la naturaleza y la extensión de las clases medias, las que se refieren a su contribución al desarrollo y las relativas a su influencia sobre la estructura política. Sólo a las dos primeras se dedicará este capítulo, pero las últimas serán, inevitablemente, mencionadas. Podría creerse que de los puntos de partida sobre la naturaleza de las clases medias, influidos por las orientaciones "científicas" y "críticas", se derivan, necesariamente, las opiniones, acerca de su papel en el desarrollo y en la sociedad política, pero tal hipótesis debe ser uno de los objetos del análisis y no su punto de partida.

2. *Los "materiales" de la Unión Panamericana*

En la sociología contemporánea algunos autores han dudado de que los análisis en términos de clases sean verdaderamente productivos desde el punto de vista científico. Tales concepciones, sin embargo, han carecido de influencia en América Latina. Hay posiciones que tienen los mismos efectos puesto que niegan la existencia misma de las clases sociales ya en la región, ya en un país determinado, pero estas voces solitarias, puesto que han tenido muy poco eco, nada tienen que ver con las dudas mencionadas más arriba. Reproducen en cambio, una tradición que se encuentra en algunos pensadores y que se funda en la confusión entre la igualdad jurídica de los ciudadanos y la inexistencia de las clases sociales.

Respecto a las clases medias más específicamente, una abundante literatura demuestra que las dificultades conceptuales a su respecto son universales. Muchos autores han hecho notar que en la designación de clases medias se comprenden grupos muy diversos siendo dudoso que tengan algún género de unidad que permita predicar algo de ellos en forma coherente. Algunos autores, han propuesto, inclusive, el abandono definitivo del término para evitar confusiones que ya se han vuelto insuperables.

La elaboración latinoamericana sobre el punto no ha escapado, por cierto,

a esos problemas y, en alguna medida, los ha multiplicado por la urgencia en responder a las preguntas sobre la influencia de las clases medias en el porvenir político o en el desarrollo económico de los países del área.

Los trabajos publicados por la Unión Panamericana bajo el título común de *Materiales para el estudio de las clases medias en América Latina*,² que importan el primer esfuerzo realizado para distintos países latinoamericanos, de estudiar el problema de las clases sociales, pueden servir de punto de partida para analizar las preocupaciones dominantes y las confusiones subyacentes al tema. Se requirió de una serie de autores, latinoamericanos y norteamericanos, que habían trabajado en el área, pero que carecían de formación sociológica específica en buena parte de los casos, que escribieran sobre la clase media, en singular, en sus respectivos países o de aquéllos donde habían trabajado. Theo R. Crevenna parece haber sido el autor de la idea y sin duda elaboró los cuestionarios enviados a los participantes para que sirvieran de base a sus trabajos. Las preguntas esenciales eran las siguientes:

- a] Cómo está constituida la clase media;
- b] Cuál es su origen y estructuración actual;
- c] Qué contribución ha hecho al desarrollo social (es interesante notar que este término, poco frecuente en la época, es usado expresamente);
- d] Qué influencia ha tenido sobre la civilización, la cultura y la estructura de la sociedad;
- e] Cuál es su estado actual y cuáles, las previsiones respecto a su contribución futura al progreso de los países.

² Theo R. Crevenna, *op. cit.* La publicación comprende los trabajos que se enumeran a continuación.

Tomo I: Gino Germani, "La clase media en la Argentina con especial referencia a sus sectores urbanos"; Sergio Bagú, "La clase media en la Argentina"; Alfredo Poviña, "Concepto de la clase media y su proyección en Argentina"; Antonio M. Grompone, "Las clases medias en el Uruguay"; *Tomo II:* Nathan L. Wetten, "The Rise of a Middle Class in Mexico"; Juan F. Carvajal, "Observaciones sobre la clase media en Cuba"; Loury Nelson, "The Social Class Structure in Cuba"; Carlos Manuel Raggi, "Contribución al estudio de las clases medias en Cuba"; *Tomo III:* Humberto Palza, "La clase media en Bolivia"; Lucila Hermann, "Clase media en Guantánamo"; Julio Vega, "La clase media en Chile"; César R. Acosta, "La población rural del Paraguay"; *Tomo IV:* John Biensanz, "The Middle Class of Panama"; Georgina Jiménez de López, "La clase media en Panamá"; Carolyn Campbell y Ofelia Hooper, "The Middle Class of Panama"; Humberto López Villamil, "Estudio de la clase media en Honduras"; Sofonías Salvatierra, "Ensayo sobre la clase media en Nicaragua"; José Salvador Guandique, "Noción y aspectos de la clase media en El Salvador"; *Tomo V:* Charles P. Loomis y Reed M. Powell, "Class Status in Rural Costa Rica". "A Peasant Community Compared with a Hacienda Community"; Rafael Segovia, "Estudio de la clase media en Costa Rica"; Jacques Catts Pressoirs, "Etude sur la classe moyenne a Port-au-Prince capitale de la Republique d'Haiti"; Madeleine Silvain Bouchereau, "La classe moyenne en Haiti"; Walter Dupouy, "La clase media en Venezuela". *Tomo VI:* T. Lynn Smith, "Observation on the Middle Classes in Colombia"; Humberto García Ortiz, "La clase media en el Ecuador"; Angel Modesto Paredes, "Estudio de la clase media en el Ecuador"; Manuel de Jesús Troncoso de la C., "La clase media en Santo Domingo"; Amanda Labarca H., "Apuntes para estudiar la clase media en Chile".

Son 28 artículos, de los cuales 22 escritos por latinoamericanos y 6 por norteamericanos, dos de ellos en colaboración. Hay, pues, 30 autores, 22 latinoamericanos y 8 norteamericanos.

No se imponía ninguna definición de clase media, aunque a título meramente informativo se le comunicaban varias. Se pedía que el trabajo se refiriera, sobre todo, a la actualidad y se hacía la distinción entre vieja y nueva clase media. El fundamento de tal división no surge claramente, pero la vieja clase media parece estar constituida, para Crevenna, por los artesanos y oficiales hábiles, en tanto que la nueva sería el resultado de cambios en la propiedad de la tierra, del aumento de las pequeñas empresas y de la extensión de la educación técnica. Para completar el cuadro de lo que se deseaba lograr se hacían preguntas sobre urbanización e industrialización, sobre movimiento sindical, sobre lo que se llamaba en el texto "desarrollos culturales", sobre la movilidad social y sobre la movilidad vertical que aparece, curiosamente enumerada además de la anterior, sobre las actitudes mentales típicas y sobre los modos de emplear el ocio. En otras palabras, se aspiraba a un análisis completo de las bases económicas, de los rasgos psicosociales y de las características culturales de la clase media. El autor del cuestionario, impresionado sin duda por la magnitud de la empresa al final señalaba como esenciales los puntos referidos más arriba como c], d] y e], pero sobre todo discutir si era o no deseable el crecimiento de la clase media y si tal hecho, en caso de ocurrir, tendría un efecto benéfico sobre la estabilidad política y las formas democráticas de gobierno.

El análisis propuesto partía, pues, de considerar a la clase media como variable independiente y su peso recaía en la función que le cabía en el desarrollo social y la estabilidad política. El papel central del concepto de clase media que debería servir de base, es minimizado si no ignorado. Sólo por implicación se menciona la función de la clase media respecto al desarrollo económico, que no está enumerado en ninguna parte en forma expresa.

Como es natural, las respuestas estuvieron lejos de ceñirse a este esquema. En parte, porque los autores, declarándolo o no, tenían discrepancias con él y adoptaron otro; pero también porque los niveles de formación científica y los antecedentes académicos de los colaboradores eran muy disímiles.

No sería éste el lugar de hacer un análisis del contenido de los trabajos ni un ensayo de sistematizarlos, no tanto porque ya haya sido hecho, aunque de manera discutible, sino porque no corresponde a los propósitos de este capítulo. Es interesante comprobar sin embargo que, a lo largo de ellos, se plantean problemas y soluciones que después se reiterarían, en forma quizás más elaborada, pero cuya permanencia es indicativa de fenómenos de interés para el estudio de la sociología latinoamericana.

En algún caso se niega la existencia de las clases sociales en general, recogiendo una vieja tradición de los pensadores según la cual esas distinciones sólo existen en Europa y es el pensamiento europeo el que tiende a imponerla a los latinoamericanos. La sociedad latinoamericana está fundada en la igualdad, la movilidad es absoluta y las distinciones de clase carecen de significado.

Si esta posición es excepcional, abundan, en cambio, los que tienen dudas acerca de la naturaleza y existencia de la clase media. Varios autores señalan la imprecisión del concepto, subrayando su heterogeneidad mayor que la de las otras clases. Algunos prefieren hablar de clases medias en plural y otros

utilizan la expresión "sectores medios". Muchos se refieren a su falta de conciencia de tal, lo que impide considerarla como una clase.

En cuanto a la naturaleza misma de la distinción en clases no falta quien recurre al criterio racial, bastante de moda en la época sobre todo entre los antropólogos. Palza afirma, por ejemplo, que ni indígenas ni mestizos forman parte de la clase media, a ello parece agregar criterios de pertenencia familiar, que no son por cierto contradictorios con el anterior. Refiriéndose a los "israelitas" emigrados de Alemania dice que se podrían "contar con los dedos de una mano los casos de inmigrantes que hayan alcanzado a formar parte de familias bolivianas e incluirse así en la clase media". Si para el autor en Bolivia los mestizos están excluidos de las clases medias, para Carolyn Campbell y Ofelia Hooper la clase media en Panamá es sobre todo mestiza. Otros autores mencionan, al pasar, la importancia del problema racial que está conspicuamente ausente en los análisis referidos al Río de la Plata. El problema de la importancia de las distinciones raciales y sus relaciones con las de clase que tanta importancia adquiriría en la literatura de los sesenta se da en embrión en estos estudios.

Las discrepancias conceptuales de los restantes estudios son considerables. En muy pocos casos aparece claramente especificado el criterio definitorio de qué se entenderá por clase media. Con mayor frecuencia se encuentran enumeraciones de diferentes grupos ocupacionales que se consideran incluidos en la clase media y si bien es posible a partir de ellas obtener algún dato sobre los criterios implícitos, también son claras las ambigüedades y vacilaciones. A menudo, el criterio parece ser el de la manualidad, de manera que los manuales quedarían incluidos en las clases bajas y luego se trataría de distinguir, dentro del resto, la clase alta de la media. Pero a veces se considera también el nivel de ingreso, y trabajadores manuales como los obreros calificados son enumerados en la clase media. El uso de este segundo criterio trae dificultades con los empleados de ingresos muy bajos, ya que plantea el problema de si deben colocarse o no dentro de la clase media. También a este respecto los trabajos de la Unión Panamericana prefiguran una situación que sería muy corriente en la literatura sociológica, aún después del advenimiento de la llamada sociología científica, en la que tipo de ocupación y nivel de ingreso se mezclan para distinguir las clases sociales.

El mayor acuerdo se halla acerca de la relación entre clase media y educación, ya que se estima que sus integrantes son los que han recibido una educación formal que alcanza al menos al nivel medio. También hay acuerdo respecto a la función de la clase media en el advenimiento de la estabilidad democrática. En este último punto hay afirmaciones, que leídas hoy, resultan candorosas, sobre cómo la clase media de determinados países, permitirá el establecimiento pleno de una verdadera democracia. No faltan, sin embargo, quienes expresan dudas sobre la capacidad dirigente de la clase media, basándose en su fluidez, en el hecho de que sus integrantes están en una situación de tránsito, se sienten como estando en, y no como siendo clase media. Así lo señala Amanda Labarca en su análisis. Germani y Labarca son los únicos que se preocupan del "exceso de consumo ostensible" que caracterizaría a la

clase media, inaugurando un tema que luego sería importante en las discusiones sobre la contribución de las clases medias al desarrollo.

Se prefiguran así los grandes temas que el pensamiento posterior tratará de analizar con aspiraciones de mayor precisión. Desde entonces la pregunta de qué es la clase media o qué son las clases medias, parece menos importante que el análisis de sus orientaciones, de sus valores, de su comportamiento.

Casi todos los autores creen en la existencia de cierta movilidad vertical, pero también hay dudas sobre este punto. Los juicios sobre la intensidad de esa movilidad varían, aún refiriéndose a un mismo país. Varios autores observan que la clase media tiende a componerse de personas que han descendido de la clase alta o han ascendido de las inferiores, lo que contribuye no sólo a la heterogeneidad sino a su falta de conciencia de clase.

Estas discrepancias, contradicciones y matices derivan de visiones muy diferentes del sistema de estratificación y no sólo de la clase media. Mientras que algunos perciben a las sociedades latinoamericanas como esencialmente dicotómicas con dos clases extremas entre las cuales no hay nada importante; otros insisten sobre el carácter cada vez más decisivo de esos estratos medios.

Tan diversos criterios y punto de partida se traducen en estimulaciones del porcentaje de la clase media en la población total que subrayan por una parte el carácter casi siempre impresionante de los trabajos y también las dudas conceptuales, como lo revelan las cifras siguientes:

CUADRO 6. *Estimaciones del volumen de la clase media en diversos países de América Latina, en 1950*

Argentina	55.2%	(Germani)
Chile	20.0%	(Vega)
Chile	15.0%	(Labarca)
Cuba	0.0%	(Nelson)
Cuba	33.0%	(Raggi)
El Salvador	30.0%	(Guandique)
Costa Rica	30.0%	(Segovia)
Ecuador	33.0%	(García Ortiz)
Haití	25.0%	(Catts)
Honduras	20.0%	(López Villamil)
Panamá	16.0%	(Biesanz)
Panamá	25.0%	(de la población urbana, Jiménez)
Panamá	25.0%	(Campbell y Hooper)
Santo Domingo	30.0%	(Troncoso)
Uruguay	más del 50%	en Montevideo (Grompone)
Venezuela	8.0%	(Dupouy)

Salvo para Venezuela y Chile, la sobrestimación del porcentaje de las clases medias parece evidente y parece ser el resultado de sus convicciones ideológicas acerca de las bondades de la ampliación de tales sectores.

El tema del volumen de las clases medias tuvo bastante importancia en la

década del 50 y durante parte de la del 60, para perderla más tarde al predominar los argumentos de que la cuestión más decisiva era de índole cualitativa.

3. *Los estudios vinculados a la teoría de la modernización*

Los autores empiezan a tener las dudas que luego serán comunes, ¿hay una clase media?; ¿debe decirse clases medias, sectores medios o estratos medios? Hablar en plural permite eludir el problema de la unidad de los diversos grupos que componen ese conglomerado, pero obliga a preguntarse hasta dónde se trata del mismo objeto. El análisis del tema queda encerrado en dos enfoques extremos. Para la sociología más generalmente aceptada, la convicción de la importancia de las clases medias marcha pareja con las dificultades acerca de su naturaleza y extensión; exagerando podría decirse que considera importante lo que no se sabe bien qué es. En el otro extremo, el marxismo en su versión latinoamericana tradicional, tiende a dar poca importancia a tales grupos.

La literatura de la llamada sociología científica, ligada a la teoría de la modernización, intenta precisar el concepto de clases medias y promover la investigación empírica sobre las mismas. La influencia del estructural-funcionalismo es muy importante, pero sería erróneo ignorar las resonancias weberianas e incluso marxistas, que se encuentran en muchos autores considerados representativos de la corriente. En *Estructura social de la Argentina*, Germani presenta una versión que es bien típica de ese deseo de refinamiento teórico y del esfuerzo de investigación empírica.³

Allí recuerda que, por sus implicaciones prácticas e ideológicas, "el tema de la estratificación social ha sido causa de interminables debates dentro de las ciencias del hombre".⁴ Esa discusión, sin embargo, debe dejar paso al "acuerdo que puede considerarse unánime sobre el papel central que desempeña la ocupación en la determinación de las clases".⁵ En puridad, esto significa escamotear la discusión sobre la naturaleza de las clases para derivarla sobre los indicadores. La discusión subsiguiente muestra que Germani está perfectamente al tanto de la complejidad del vínculo entre la ocupación como indicador y las clases sociales como fenómeno sociológico real. Para estudiar el problema, en una sociedad dada, habría que conocer la estructura ocupacional de la población, la jerarquía que se asigna a las diversas ocupaciones según las pautas socioculturales dominantes, los tipos de existencia, nivel económico y características personales (especialmente instrucción) que caracterizan en promedio las diferentes ocupaciones, la "autoidentificación" de los

³ Germani, *Estructura social de la Argentina* (Buenos Aires, Raigal, 1955). Cabe señalar que esa versión implica un perfeccionamiento de la presentada muchos años antes, en un estudio primero en América Latina. Véase Gino Germani, "La clase media en la ciudad de Buenos Aires", en *Boletín del Instituto de Sociología* (Buenos Aires, 1942), núm. 1, pp. 105-126.

⁴ *Ibidem*, p. 139.

⁵ *Ibidem*, p. 140.

miembros de las diferentes ocupaciones con una u otra clase social y, *last but not least*, las características de diferentes sistemas de actitudes, normas y valores que deberían presentar los grupos ocupacionales y servirles de distinción entre sí.

Esta enumeración de datos necesarios para tener un adecuado conocimiento del problema de la estratificación es importante, porque si reconoce influencias intelectuales provenientes de la sociología norteamericana en boga, es al mismo tiempo la formulación teórica que va a servir de antecedente inmediato a la encuesta sobre estratificación social en cuatro ciudades latinoamericanas realizada bajo los auspicios de la UNESCO, que se mencionará más adelante.

Germani reconoce que, en el momento en que escribe sólo "contamos con algunas estimaciones acerca de la estructura ocupacional del país, pero carecemos de datos concretos sobre los demás elementos". Esos datos, sin embargo, sirven de punto de partida porque acepta el postulado de que "el sistema de clases en nuestro país se acerca al tipo de las sociedades occidentales industrializadas"⁶ y, por lo tanto, "como primera aproximación se pueden aceptar los esquemas cuya relativa validez ha sido comprobada en otros países del mismo tipo".⁷ A partir de este supuesto, tan discutido posteriormente y tan discutible, propone la siguiente clasificación de los diferentes grupos ocupacionales en clases sociales:

a] *Clases populares urbanas*: "Obreros" y "aprendices" de las actividades secundarias y de comercio y servicios, denominación que resume todas las ocupaciones que por sus funciones, forma de retribución, instrucción prevalente y tipo de existencia, corresponden a las clases populares, según una discriminación basada en nociones de sentido común; "Trabajadores por cuenta propia" de todas las ramas industriales y de comercio y servicio, con las excepciones que se indican más adelante. Se trata en gran parte de obreros a domicilio o bien de personas que, aunque ejercen su ocupación sin hallarse jurídicamente en posición de dependencia (por cuenta propia), corresponden por sus características a las clases populares.

b] *Clases populares rurales* que incluye "Obreros" y "aprendices" del sector primario, casi todos trabajadores agropecuarios, y los por "cuenta propia" del mismo sector.

c] *Clases medias (incluyendo alta) urbanas* que abarcan los "patronos, empresarios, empleadores" de la industria, comercio, servicios; las "ayudas familiares" que trabajan en la empresa del jefe de familia; los por "cuenta propia" correspondientes a la rama "gráfico-prensa y papel"; los que figuran en los rubros "comercio mayorista", "cambios", "escritorio", "espectáculos públicos", "hotelería", "servicios sanitarios", "transportes terrestres"; los "empleados" y "cadetes" de los sectores secundario y terciario; los "rentistas", "jubilados" y "pensionados" no incluidos en la población activa, "y cuyas características corresponden a la clase media".

⁶ *Ibidem*, p. 143.

⁷ *Ibidem*, p. 144.

d] *Clases medias (y alta) rurales* integrada por los "patronos empresarios, empleadores" del sector primario y los "ayudas" y "empleados" del mismo sector.

Dentro de las clases medias se han distinguido dos grupos, autónomos y dependientes, que difieren en cuanto a su posición jurídico-económica, lo que tiene importantes consecuencias sobre las restantes características.

Los criterios usados —que adolecen de imprecisiones evidentes, como las categorías mencionadas más de una vez "cuyas características corresponden a la clase media"— permiten sin embargo a Germani dividir la población de la Argentina en dos partes: las clases populares serían el 59.7 por ciento del total y las clases medias (incluyendo la alta) el 40.3 por ciento restante, estimación por cierto más baja que la hecha por el mismo autor en el estudio preparado para la Unión Panamericana.

Sea cual fuere su validez el trabajo de Germani ilustra muy bien el intento, pionero en los cincuenta, de ligar una mayor precisión conceptual que la conocida hasta entonces, con la investigación empírica.

Es fácil criticar (y así se hizo después) tanto el intento de conceptualización basado en el discutible postulado de la cuasi identidad con las sociedades occidentales industrializadas, como el carácter burdo de la aproximación que permite el uso de fuentes secundarias como el censo. De esto último era perfectamente consciente el autor y por ello promovió diversos estudios empíricos.

El estudio apuntaba en dirección a la explotación sistemática de fuentes secundarias que, pese a su valor meramente aproximativo, entregaba datos de una riqueza considerable. Se da en este caso una característica constante de la sociología latinoamericana. La crítica de los fundamentos teóricos y del carácter meramente aproximativo del camino metodológico adoptado llevan, de hecho, al abandono de una veta cuya explotación, de cualquier manera, hubiera llevado a un enriquecimiento considerable del conocimiento. Si para todos los países de América Latina se contara hoy con un análisis como el realizado por Germani para Argentina, sería difícil negar que el conocimiento sobre las clases medias e, inclusive, el contenido de las discusiones teóricas sobre su significación, sería mucho más rico que el existente. Otras voces, que partían incluso de supuestos teóricos muy diferentes, se unieron para encarecer la importancia de ese tipo de estudios. Sin embargo, la dirección que apunta a los censos como material básico no se explota sistemáticamente hasta hoy y la investigación empírica a través de encuestas termina en la frustración, como lo ilustra el caso del estudio de la estratificación social en Buenos Aires, Montevideo, Río de Janeiro y Santiago de Chile, a la cual vale la pena referirse enseguida.

Esta encuesta no es el primer intento hecho en América Latina de estudiar empíricamente la estratificación social, pero los anteriores se habían hecho en ciudades pequeñas, y nunca en grandes ciudades como las comprendidas en la investigación. Tampoco había antecedentes de trabajos comparativos sistemáticos entre diversas ciudades latinoamericanas. La encuesta de una muestra representativa de la población exigió una larga preparación⁸ neces-

⁸ Una exposición sintética de los antecedentes de la investigación puede encontrarse en

ria, sobre todo, para determinar un cuestionario común mínimo que sirviera para el análisis comparativo. Los equipos encargados del trabajo en cada ciudad podían agregar nuevos ítems según los recursos con que se contara, pero no podían suprimir ninguno de los considerandos mínimos. El cuestionario de Buenos Aires fue muchísimo más largo y complejo que el mínimo, en tanto que, por ejemplo, en Montevideo sólo éste fue usado. El esfuerzo fue patrocinado intelectual y financieramente por el Departamento de Ciencias Sociales de la UNESCO a través del Centro Latinoamericano de Investigaciones en Ciencias Sociales y constituye un ejemplo más de la importante influencia que cupo a los organismos internacionales en la evolución de la sociología latinoamericana.

Aunque el propósito fue que los datos obtenidos pudieran ser interpretados en función de diversos contextos teóricos⁹ es muy clara la influencia que sobre el proyecto tuvieron el clásico trabajo de Glass¹⁰ y las ideas de Germani expuestas en este mismo capítulo.

El estudio incluía una parte relativa a autoafiliación subjetiva, sobre bases bastante complejas, que permitían análisis de cierta riqueza. Desgraciadamente, la recolección de los datos en algunos países y la explotación en otros, quedaron sin completarse y el esperado análisis comparativo nunca fue posible.

Los pocos textos de análisis primarios publicados,¹¹ revelan que la principal preocupación de sus autores fue determinar el porcentaje de las clases medias, analizar las diferencias entre los criterios objetivos y los subjetivos y proponer hipótesis acerca de las causas por las cuales ese porcentaje era muchísimo mayor en el caso de la autoafiliación subjetiva que en la realidad objetiva. Entre los trabajos publicados, los relativos a la autoafiliación subjetiva merecen una breve mención.

A los encuestados se les pidió que indicaran el grupo estratificado al que creían pertenecer. Podían elegir sólo una, cualquiera, de las nueve posiciones contenidas en tres escalas de tres estratos. La escala económica, distinguía entre *gente rica*, *gente modesta* y *gente humilde*; la de prestigio lo hacía entre *clase alta*, *clase media* y *clase popular*; la ideológica, diferenciaba entre aristocracia y gran burguesía, burguesía y proletariado.¹²

Luis A. Costa Pinto, *Estructura de clases y cambio social* (Buenos Aires, Paidós, 2a. edición, 1971), pp. 116-129.

⁹ Véase Costa Pinto, *op. cit.*, p. 118.

¹⁰ D. V. Glass (comp.), *Social mobility in Britain* (Londres, Routledge and Kegan Paul Ltd., 1a. edición, 1954).

¹¹ Entre ellos el citado en la nota anterior; Gino Germani: *Encuestas en la población de Buenos Aires, I. Características generales de las encuestas* (Trabajos e investigaciones del Instituto de Sociología, Buenos Aires, 1962); Gino Germani, *Encuesta en la población de Buenos Aires, II.* (Buenos Aires, 1962) y Gino Germani, *Clase social subjetiva e indicadores objetivos de estratificación* (Buenos Aires, 1963); Aldo E. Solari, "Sistema de clases y cambio social en el Uruguay" en *Estudios sobre la sociedad uruguaya*, Montevideo, 1964) y tomo 1; Isaac Ganón, "Estratificación social en Montevideo" en *Boletín del Centro de Pesquisas de Rio de Janeiro* (noviembre, 1961).

¹² Se han señalado muchas veces las imperfecciones de esta clasificación: lo contrario de "rico" es "pobre" y no "humilde"; de "alto" es "bajo" y no "popular". El término "modesto" tiene connotaciones muy imprecisas sobre todo, porque algunas de ellas tienen carácter ético.

De las respuestas se concluye que a medida que se sube en la escala socio-ocupacional objetiva, la autoafiliación en la dimensión económica disminuye; la hecha en términos de prestigio tiende a aumentar y la ideológica es más o menos errática, tanto en las encuestas de Buenos Aires como en las de Montevideo, únicas en que los datos han sido analizados y publicados. Para cualquier escala socioocupacional objetiva, la escala ideológica es la menos utilizada como instrumento de autoafiliación, con máximos de sólo 6.9 por ciento en Montevideo y de 6.2 en Buenos Aires. Como consecuencia, lo que singulariza a cada una de las escalas objetivas con respecto a su autoafiliación es el distinto papel que tienen, en cada una de ellas, la realizada en la dimensión económica y la referida a la de prestigio. En Montevideo, el porcentaje de los que se niegan a autoafiliarse sube constantemente con las escalas objetivas, hasta llegar a ser un cuarto en la más alta, lo que se ha explicado aduciendo que éstas se sienten obligadas a autoafiliarse en términos que corresponden a su situación objetiva pero tal cosa choca con la ideología igualitaria que es la imagen institucionalizada en el Uruguay en la materia.¹³

Una segunda comprobación importante es que las escalas subjetivas tienden a ser considerablemente más elevadas que las objetivas. Un porcentaje importante de los estratos más bajos de la objetiva se autoafilian en términos de estratos medios, fenómeno que también se ha observado en sociedades industrializadas.

Germani ha hecho notar expresamente, refiriéndose al concepto de auto-identificación que es necesario "en todo caso distinguir netamente esta noción de la *conciencia de clase*, entre otras cosas porque el primero se refiere sobre todo a aspectos cognitivos".¹⁴

Lamentablemente, el esfuerzo empírico realizado con esta investigación, no se repitió jamás en esa escala para ningún país de América Latina, salvo para Venezuela sobre bases muy diferentes.

A partir de ese momento, las discusiones doctrinarias sobre la significación de las clases medias, sobre quienes las componen, si son clases, estratos o sectores, las elaboraciones históricas o pseudohistóricas sobre el tema adquirieron una primacía que no han perdido, por cierto, hasta ahora y que justificaban y justifican la afirmación que hizo Iutaka en 1965: "los estudios e investigaciones específicas sobre la estratificación social en América Latina son escasos, pese a la impresión de que son abundantes".¹⁵

La distancia entre las elaboraciones sobre el tema y las pruebas empíricas es inmensa y constituye un buen indicador de que las diferencias, si las hay, con la etapa de los "pensadores" es mucho menor que la que podría sospecharse atendiendo solamente a las intenciones de los que quisieron construir la sociología científica en América Latina.

En la dirección recién descrita, se trataba de utilizar las aportaciones más recientes de la sociología norteamericana e inglesa, para elaborar un mapa em-

¹³ Aldo E. Solari, *Estudios sobre la sociedad uruguaya*, (Montevideo, 1964), tomo I, p. 150.

¹⁴ *Ibidem*, pp. 9-10. Subrayado del autor.

¹⁵ Sugiyama Iutaka, "Social stratification research in Latin America" en *Latin American Research Review*, vol. 1, núm. 1, 1965, p. 9.

pírico de la estratificación existente y de la movilidad respecto a la generación anterior.¹⁶

Paralelamente hay esfuerzos, desde un punto de vista teórico bastante análogo, de considerar históricamente, el problema de las clases medias, entre los que ocupa un lugar central, por la influencia que tuvo, la obra de Johnson.

Este autor estima preferiblemente hablar de sectores medios y no de clases o estratos, no por las razones aducidas habitualmente de falta de conciencia de clase, sino porque estos términos tienen para el lector de Estados Unidos una connotación sobre todo económica. La fluidez y la heterogeneidad exige el plural. "En español el verbo estar se aplica a ellos mejor que el verbo ser",¹⁷ con lo que el autor repite, a sabiendas o no, la observación de Amanda Labarca ya mencionada en este capítulo.

A pesar de estos rasgos es posible atribuir a esos sectores un papel central. Lo tuvieron ya durante las guerras de la independencia, pero posteriormente lo perdieron en beneficio de los elementos reaccionarios que componían la aristocracia rural. Los profesionales, burócratas y clérigos que formaban lo esencial de esos sectores tuvieron que ponerse al servicio de las oligarquías terratenientes. A partir de 1850 hay una transformación, que se acentúa cada vez más, por la cual los sectores medios ven constantemente aumentada su importancia, no sólo numéricamente, sino por el papel que juegan en las transformaciones de la sociedad.

Johnson ve en esta transformación una especie de progreso continuo, unidireccional y que prefigura lo que ocurrirá con el resto de los países latinoamericanos: "Mi estudio destaca cinco países, Argentina, Brasil, Chile, México y Uruguay, que experimentaron cambios económicos y sociales sustanciales... Estas cinco naciones, sean antipáticas o atrayentes, determinarán las pautas a que se ajustarán mañana, la actualmente feudal República Dominicana, el socialmente atrasado Paraguay, el desesperadamente pobre Haití y la Venezuela, despedazada por las refriegas, que ocupan con tanta frecuencia los titulares periodísticos."¹⁸

Por otro lado, el proceso de cambios depende de transformaciones que se han producido dentro de los mismos sectores medios. En la etapa en que, según Johnson, su papel aumenta, se produce "una considerable expansión de los sectores medios, sobre todo entre los elementos industriales y comerciales. Los empresarios, ejecutivos, técnicos y científicos asociados con el comercio y la industria representan un tipo nuevo y dinámico de riqueza e influencia". El papel que los sectores medios tienen en el desarrollo económico es, pues, la consecuencia de su nueva composición interna. La idea de que lo que se llamaba en el siglo XIX "la felicidad de los pueblos" depende de tener más empresarios, más técnicos, más hombres de ciencia y, proporcionalmente menos profesionales (abogados) es una de las tradiciones más arraigadas en el pensa-

¹⁶ En realidad la encuesta se proponía alcanzar a la tercera generación, pero eso era muy difícil, dada la parquedad de los datos relativos a ella.

¹⁷ John J. Johnson, *Political change in Latin America. The emergence of the middle sector* (Stanford University Press, California 1958), prefacio, p. ix.

¹⁸ *Ibidem*, p. viii.

miento social latinoamericano. En ese sentido nada nuevo hay en la formulación de Johnson. Incluso tiende, en muchas páginas, a darle a su demostración el carácter de una gran tautología. Las actividades económicas dinámicas que detecta son ejercidas por personas que pertenecen a los sectores medios pero, por definición, las personas que ejercen tales actividades son incluidas en los sectores medios. En otras palabras, los que no son vieja clase terrateniente, ni antigua clase media constituyen la nueva clase media. Ni por asomo se plantea el problema de si los empresarios no constituirán por ejemplo, un nuevo sector de las clases altas.

Los sectores medios son urbanos, propulsores de la educación pública, de la industrialización, del nacionalismo y de la intervención estatal. Johnson no olvida subrayar que las tendencias que les atribuyen son mucho más claras a largo plazo que si se observan períodos cortos, pero eso es justamente lo que da a su tesis una esencia intemporal, que se encuentra ínsita en los sectores medios y que no ha hecho más que desplegarse desde 1850 a nuestros días. Como han observado otros, estas ideas de un historiador profesional son curiosamente ahistóricas.

Al globalismo fijista y optimista de Johnson se opone el pesimismo de Hose-litz. Para éste no basta sólo la cantidad de las clases o sectores medios, sino su calidad. Los países donde se han ampliado más, son los más estancados desde el punto de vista económico. Parecería que a las clases medias les faltara espíritu empresarial, motivación de logro, etc. En definitiva, no es el papel central de las clases medias lo que se niega, sino la naturaleza de ese papel.

Tanto en una posición, como en la otra, el desarrollo económico se confunde o debería confundirse con la ampliación de los sectores o clases medias. Para una de ellas ocurre así efectivamente, para la otra eso no ocurre porque las clases medias no tienen las características necesarias para promoverlo. El supuesto que tiende a igualar clases medias con desarrollo es aceptado por ambos, pero no justificado, ni por fundamentos teóricos ni recurriendo a la experiencia histórica. El que las clases medias sean portadoras del cambio es poco más que una afirmación ideológica, ligada a un supuesto vínculo entre ellas y la democracia política que será analizado en otra parte de esta obra.

Expresiones de un globalismo, que podría calificarse de olímpico, rara vez se dan fuera de los autores norteamericanos.

II. LAS DUDAS SOBRE EL PAPEL DE LAS CLASES MEDIAS

1. *Grupos sociales de función variable*

En los latinoamericanos, las dudas que ya aparecen en los *Materiales* son tempranamente reiteradas en un contexto teórico más complejo.

Tanto en Medina Echavarría como en Germani la visión es mucho más compleja y menos optimista que en Johnson. Se preocupan por determinar las di-

ferencias y similitudes entre las clases medias latinoamericanas y las europeas. Es interesante que la comparación no se refiere a Estados Unidos. Es también evidente que los grupos que están en el centro del análisis, aquéllos a los que en el fondo se menta cuando se habla de clases o sectores medios no son los mismos. A lo largo de esta exposición es fácil comprobar que algunos autores cuando hablan de "clase media" o de sectores medios piensan en la burguesía empresarial, llamándola a veces simplemente burguesía. Cuando Lynn Smith afirma que sólo en Antioquia y en Caldas existe una auténtica clase media colombiana¹⁹ es porque la definía como el *managerial group* por excelencia. Otros, en cambio, incluyen a los profesionales, a la cohorte de funcionarios públicos y privados, etc. Así se comprende que sea posible decir casi todo sobre las clases o sectores medios y que siempre se encuentren ejemplos a mano para justificar la validez de los asertos.

Partiendo más de las dudas de Medina que de las de Germani, Luis Ratinoff propone una serie de hipótesis alternativas para enfocar el comportamiento de las clases medias urbanas.²⁰ Su pensamiento central afirma la necesidad de distinguir dos etapas respecto a las clases medias, el momento de su ascenso al poder y el momento del compromiso. Ellas iniciaron su acceso al poder apoyándose en las masas obreras, haciendo un uso sistemático de algunas instituciones tradicionales y creando otras nuevas como medio de asegurar y mejorar el status adquirido, comprometiéndose en políticas e ideologías intervencionistas, etc. En otras palabras, en su etapa de ascenso, las clases medias tienen, efectivamente, muchas de las características que Johnson les asigna. Pero "si bien es cierto que las clases medias han mostrado una tendencia favorable a la introducción de cambios en las estructuras tradicionales, esto no ha significado el propósito o la acción enderezadas a transformar radicalmente dichas estructuras".²¹ Aun en su época de ascenso, cuando fueron más dinámicas, fueron siempre moderadas. Durante las diversas etapas de compromiso se inclinaron a garantizar las posiciones establecidas y las orientaciones de sus grupos dirigentes variaron en énfasis y en dirección. "El sufragio universal dejó de ser para algunos núcleos de los sectores medios un principio fundamental y se convirtió en una especie de mal necesario; se hicieron presentes los abusos del sindicalismo y la necesidad de poner coto a los avances de los gremios; se favorecía una política educacional de ayuda a la educación privada y confesional."²²

Ratinoff reconoce que las hipótesis propuestas "constituyen a lo sumo tendencias ideales", por cuanto dada la complejidad de los grupos medios muy distintas características se entrecruzan y quizás nunca ciertas tendencias desaparecen del todo, pero se inclina a creer que la distinción propuesta en dos grandes períodos ayuda a explicar el comportamiento de los grupos medios.

Graciarena, por su parte, ha insistido en que el problema de las clases me-

¹⁹ *Materiales...*, tomo IV.

²⁰ Luis Ratinoff, "Los nuevos grupos urbanos: las clases medias" en Seymour M. Lipset y Aldo E. Solari (comp.), *Élites y desarrollo en América Latina*, pp. 71-102.

²¹ *Ibidem*, p. 86.

²² *Ibidem*, p. 99.

días no puede encararse aisladamente, sino teniendo en cuenta la relación que éstas guardan con las otras clases sociales. Analiza las contribuciones de Johnson, Hoselitz y Ratinoff para luego exponer la suya propia.

Considera que deben llamarse clases y no sectores, ya que la heterogeneidad que se aduce en algunos análisis para quitarle aquel carácter, se puede observar no sólo en las clases medias europeas sino también en cualquier clase social, aun la obrera, porque ello depende de la creciente diferenciación. La existencia de cierto grado de cohesión y de continuidad en los intereses comunes a que se refiere Johnson son los aspectos "que pueden servir de punto de partida para postular la existencia de una clase social".²³

Las usuales distinciones entre las viejas y nuevas clases medias y clases medias autónomas y dependientes tienen para este autor, un cierto valor heurístico, pero hay que colocarlas en su contexto histórico. El grado de autonomía se define mucho más por el contenido general de la sociedad y, en particular, por la configuración del poder que por la posesión de la propiedad. Esto está ligado a una afirmación básica: las clases medias habrían tenido muy baja autonomía en los comienzos de la sociedad latinoamericana, aun luego de la independencia; después, su autonomía habría ido en ascenso hasta alcanzar su cenit en épocas diversas según los países y, a partir de allí, comenzar a declinar hasta llegar a la situación actual en que nuevamente su autonomía es muy baja.

Las viejas clases medias eran autónomas porque eran propietarias, pero "en una sociedad de tipo patrimonialista y prebendario, las clases medias no podían llegar a formarse sino como clientelas de las oligarquías tradicionales".²⁴ De ahí la necesidad de usar esas distinciones colocándolas en un contexto histórico.

Entiende Graciarena que hay dos cuestiones básicas a considerar: el origen de las clases medias y sus relaciones con las demás clases sociales, particularmente con los sectores populares. Una parte de las clases medias se formó en la época colonial y durante el siglo XIX, en vinculación muy estrecha con las clases altas y con altos niveles de dependencia estructural y de prestigio respecto a ellas. Este sector, vinculado a la economía tradicional desaparece, pero actualmente está ligado principalmente a ciertos sectores de la burocracia pública, como la judicatura, el servicio diplomático y la educación. Se caracteriza por el refinamiento de su estilo de vida y por pautas de prestigio que se orientan por los valores y comportamientos de las clases altas tradicionales.

El otro sector de las clases medias proviene de circunstancias distintas, es producto del desarrollo económico y sus bases principales se encuentran en el sector moderno de la economía, en la industria, el comercio y los servicios.

Estas son las clases medias "residuales" y "emergentes" respectivamente que distingue Graciarena, utilizando la clasificación de Costa Pinto. Las diferencias más significativas entre ellas provienen de sus vinculaciones con las clases altas. Las residuales tienen vínculos ocupacionales más estrechos, sus modelos de prestigio derivan de las clases altas, sus orientaciones ideológicas y su compor-

²³ Jorge Graciarena, *Poder y clases sociales en América Latina*, p. 142.

²⁴ *Ibidem*, p. 157.

tamiento tienden a asemejarse lo más posible al de ellas. Las emergentes son más autónomas y "son los grupos que han dinamizado en buena parte el proceso de desarrollo económico y social en América Latina, durante un largo período. La promoción del desarrollo económico ha sido para estos grupos una búsqueda de afirmación no sólo contra las oligarquías sino también contra los sectores residuales de las clases medias".²⁵

Estas y otras diferencias fueron muy importantes y originaron conflictos considerables entre ambos sectores. Pero esa distinción ha perdido importancia porque "las perspectivas de ambos segmentos de las clases medias han tendido a unificarse y el antagonismo del pasado ha ido siendo paulatinamente remplazado por un acuerdo básico sobre una serie de aspectos centrales para el desarrollo de América Latina".²⁶

La clase media emergente tenía por fuerza que ser desarrollista porque el desarrollo creaba aperturas para ella misma. No propiciaban ni han realizado grandes revoluciones en América Latina; sus proyectos han sido gradualistas, pero la promoción del desarrollo era la única manera en que podían afirmarse. Por otra parte en sus relaciones con los sectores populares había dos puntos de encuentro. El primero, porque el desarrollo creaba ocupaciones urbanas y aperturas que eran importantes también para los sectores populares. Hubo una coincidencia, que duró un tiempo, entre los intereses de ambos. Por otra parte, las clases medias emergentes podían ofrecer a los sectores obreros urbanos dos cosas que éstos necesitaban mucho: líderes e ideólogos. De cualquier manera la relación era asimétrica y para que subsistiera "las clases medias debían retener la función subordinante y... los sectores populares urbanos debían encontrar ventajas en la conservación de su posición subordinada".²⁷

De ahí la línea divergente. A medida que la clase obrera afirmó su poder, las clases medias, remisas en ceder posiciones, ingresaron y legitimaron con su presencia el *establishment* oligárquico. Abandonaron las postulaciones ideológicas iniciales y al hacerlo debilitaron sus posibilidades de acción sobre las otras clases. Su poder estuvo siempre basado en la ampliación del control del estado. Por ello al aceptar posiciones que disminuyen la legitimidad de la intervención de éste, minan las bases de aquél y dejan la dirección efectiva de los procesos económicos en manos de las grandes empresas. Otro aspecto ilustra la falta de vocación de dominio de las clases medias sobre el proceso económico: la planeación. "La adopción de un sistema..., que deja en plena libertad de acción al sector privado, al mismo tiempo que suele establecer los controles más estrictos para el sector público, significa de hecho una afirmación del *statu quo* y al mismo tiempo una renuncia de la vocación de poder de las clases medias." ²⁸

Estos cambios en las orientaciones y en la política de las clases medias hacia y desde el Estado, se acompañaron por una creciente homogeneización de aquéllas. Las viejas divisiones fueron sustituidas por las que derivan de los niveles

²⁵ *Ibidem*, p. 163.

²⁶ *Ibidem*, p. 164.

²⁷ *Ibidem*, pp. 168-169.

²⁸ *Ibidem*, p. 177.

(empleados, patrones, profesionales) que no pudieron remplazarlas como fuente dinámica de conflicto y de promoción del cambio. Hay uniformidad en la acción de clase, aunque sea difícil predecir por cuánto tiempo, salvo en los grupos radicalizados que quedan marginados tanto por su posición, como por su número. Las clases medias han obtenido beneficios y se dedican a conservarlos; su comportamiento político y su política educacional, tan distinta a la que tuvieron en el pasado, así lo demuestra.

"En ese proceso general de reorientación, la preocupación central de las clases medias ha sido la adquisición de niveles satisfactorios de seguridad económica, social y política",²⁹ que se ven amenazados por las políticas de estabilización, pero de manera discriminada, lo que da importancia a la distribución entre clases medias no asalariadas y clases medias dependientes. Las primeras sufren mucho menos las consecuencias; la distancia entre ambos sectores aumenta de manera peligrosa para la unidad de las clases medias, al mismo tiempo que disminuye la que separa a los asalariados de la clase media de los mejor remunerados de la clase obrera, lo que podría producir un realineamiento ideológico dentro de las clases medias que podría asumir los caracteres de una radicalización aguda. La hipótesis de Graciarena es, sin embargo, que no habrá tal radicalización aguda y que de haberla será hacia la derecha. Aduce que las políticas estabilizadoras nunca llegan hasta el extremo de producir una segregación completa que rompa la unidad de las clases medias. Además, tales políticas afectan negativamente a la clase obrera, que sólo puede presionar hacia arriba y "parece seguro que sus presiones serán experimentadas como una amenaza abierta contra el orden social vigente",³⁰ sobre todo por los sectores bajos de las clases medias.

En definitiva, "para las clases medias, la búsqueda de orden y seguridad tiene como principal fundamento la convicción de que una vez lograda o impuesta la paz social el desarrollo económico vendrá naturalmente".³¹ "En lugar de tratar de cimentar un poder por su propia cuenta o mediante coaliciones 'hacia abajo', las clases medias han ingresado a un conjunto de alianzas y coaliciones 'hacia arriba', que han debilitado su autonomía o que, de otra manera, han acentuado su situación de dependencia, sea respecto de los militares, de las oligarquías, o en general, de la clase dominante".

Se puede dar un paso más hacia el escepticismo y reflexionar que si todavía tiene sentido hablar de clases medias dotándolas de una cierta unidad y ésta aparece a un nivel casi formal, el de la instrumentalidad de políticas diversas en diferentes coyunturas. Es lo que se sostiene en una obra de las Naciones Unidas.³²

²⁹ *Ibidem*, p. 195.

³⁰ *Ibidem*, p. 204.

³¹ *Ibidem*, p. 205.

³² Naciones Unidas, *El cambio social y la política de desarrollo social en América Latina*, pp. 71-72.

2. La política de compromiso

Los estratos medios, pues, cuando llegaron a ocupar un lugar de importancia en la distribución del poder, lo hicieron basándose en la permeabilidad del sistema anterior que permitió cambios relativos dentro de un pacto que, al tiempo que garantizaba su emergencia, en buena medida sellaba su destino. Este pacto o compromiso³³ era realmente mucho más complejo. Hasta ahora se ha aceptado la ficción de suponer una gran unidad en los estratos medios y un liderazgo más o menos continuo en ellos para que resaltara la complejidad del compromiso que contrajeron simultáneamente con las oligarquías y con los estratos populares. Pero, no se ha enfatizado el que además, fuera necesario crear un dificultoso sistema de compromiso aun dentro de los estratos medios, entre grupos colocados al mismo nivel de estratificación (partidarios y adversarios del intervencionismo estatal, de la industrialización, etc.). El peso respectivo de cada uno de esos grupos o de las diversas coaliciones que se formaron entre ellos varió considerablemente según las coyunturas históricas dentro de una misma sociedad. Si se plantea el problema en estos términos, se ve cuál podía ser la única solución posible, la que en definitiva se adoptó. En cada momento, determinados grupos o coaliciones de grupos predominaron dentro de los estratos medios, se vieron obligados a pactar con las oligarquías por un lado y con los estratos populares por el otro, a resistir las presiones provenientes de los propios estratos medios, etc. La única salida era la política de grupos. De hecho, aunque no fuera así en el texto de las leyes, no todos los obreros obtuvieron mejoras, sino los que más inmediatamente podrían poner en peligro el compromiso; no fue a los empleados en general a quienes se otorgó un régimen de seguridad, sino primero a ciertos grupos, después a otros y así sucesivamente. En todos los casos lo típico de los estratos medios durante su ascenso y aún después, no es la intervención estatal o la industrialización, sino el hecho de que fuera cual fuese el grado de compromiso, se construía una política para grupos determinados que a su vez también variaban. Creado el sistema, era mucho más difícil salir de él que continuar manteniendo el equilibrio por medio de nuevas concesiones a los mismos o a otros grupos.

Si en la primera interpretación que presenta CEPAL en *El desarrollo social de América Latina en la post-guerra*, mencionado más arriba, se duda de que la clase media tenga las características que normalmente se le prestan, en esta segunda obra se la caracteriza casi exclusivamente por su capacidad para sobrevivir, la que puede instrumentarse tanto apoyando la intervención estatal

³³ Como surge del texto, el término compromiso es utilizado de aquí en adelante en el sentido de transacción o pacto entre diversas unidades sociales que llegan a un acuerdo explícito, de mayor o menor duración en el tiempo, para resolver sus diferencias mediante concesiones mutuas. Los dos problemas más importantes son el de cuáles unidades participan en el compromiso y cuáles quedan fuera de él, y cuál es la naturaleza y extensión de las concesiones que se hacen mutuamente. El uso del término no supone ni que las partes intervienen realmente como iguales (que es el supuesto de la noción jurídica de transacción) ni que las concesiones que se hacen tienen o son miradas por los participantes como teniendo el mismo valor.

como resistiéndola, tanto promoviendo la industrialización como volviendo a esquemas tradicionales de división internacional del trabajo.

En suma, la línea que puede llamarse no marxista de la elaboración sociológica sobre América Latina comienza por afirmar el gran papel de las clases medias y termina por preguntarse si realmente existen. Pero la duda final ya estaba implícita o explícita en alguno de los análisis iniciales, aunque en plano muy secundario, en tanto que el optimismo inicial pasa a un segundo o tercer lugar sin desaparecer del todo, puesto que si lo peor y lo mejor puede darse en los sectores medios, siempre queda la esperanza de que en nuevas coyunturas históricas representen el papel deseable.

Nada más inexacto que afirmar, como muchas veces se hace, que las doctrinas no marxistas sobre las clases medias han mantenido siempre una beata confianza en la asociación entre ellas, el desarrollo y la paz social. Es cierto que hay muchas expresiones de esa posición pero, por otro lado, es fácil ver en el curso del análisis precedente que han existido muy diferentes maneras de ver el problema. La tan mentada influencia de la sociología norteamericana respecto a estas teorías está lejos de haber tenido la importancia que a veces se supone. En primer lugar, porque esa misma influencia es compleja. Los latinoamericanos conocieron al lado de los optimistas, la versión muy diferente dada por Mills. En segundo lugar, porque al lado de esas influencias actuaron otras. Autores como Medina y Germani conocieron de primera mano la experiencia fascista europea y la posibilidad, por lo tanto, de que las clases medias fueran sostenes fieles de regímenes que nada tienen que ver con la democracia. Por último, la experiencia argentina a partir de los treinta, demostraba hasta qué punto las clases medias podían estar lejos del comportamiento ideal que muchos teóricos les trazaban. De ahí que desde los inicios sea posible mostrar que los autores latinoamericanos tuvieron una visión compleja del problema. Junto a afinaciones tan candorosas como la de Poviña,³⁴ de que "la clase media siempre ha llenado una función moderadora, de estabilidad y concordia", Germani advierte, en el mismo volumen, que una gran cantidad de factores "contribuyeron a hacer inherente y contradictorio el significado político de la clase media".³⁵

Es difícil comprender los avatares de las ideas acerca de la naturaleza y papel de las clases medias, si no se las relaciona con las transformaciones políticas de América Latina. La caída de una serie de dictaduras en la mitad o segunda mitad de los 50 y la real o aparente fortificación de regímenes más o menos democráticos con fuerte apoyo de sectores medios está muy relacionada con las doctrinas optimistas. No habría que caer, sin embargo, en simplificaciones excesivas, paralelamente a esos acontecimientos continúan existiendo autores que reiteran sus dudas o su pesimismo. Lo que ocurre es que quienes sostienen el carácter innovador y dinámico de los sectores medios, se vuelven más visibles en esas coyunturas y sus aportes más utilizados en las elaboraciones acerca del desarrollo económico. Es importante que prácticamente la totalidad

³⁴ *Materiales*, tomo 1, p. 74.

³⁵ *Ibidem*, p. 32.

de los economistas más prominentes de América Latina hayan estado siempre convencidos del papel positivo de las clases medias y hayan tendido a confundir su expansión con el crecimiento económico autosustentado. De hecho, han proyectado la visión y los prejuicios acerca de ellos mismos como grupo, en una característica general de la clase media.

Casi todos los autores, cuando afirman la ecuación "ampliación de los sectores medios = desarrollo económico", piensan en aquella parte de los mismos que o están ligados directamente al sistema productivo o producen conocimientos o aplican técnicas diversas que promueven el crecimiento acelerado y racional de éste.

Ambos supuestos parecen erróneos. Las clases o sectores medios crecen en actividades que nada tienen que ver o que guardan una relación muy indirecta con el sistema productivo. En América Latina, podrían mostrarse según los países que se tomaran, dos correlaciones contradictorias: "Ampliación de clases medias = crecimiento económico" o "Ampliación de clases medias = estancamiento económico".

Venezuela o México ilustrarían el primer caso; Argentina y particularmente Uruguay, el segundo. Parece que las causas por las que crecen los sectores medios son bastante independientes de lo que ocurre con la economía. Hay un sector medio parasitario en relación al sistema económico que es capaz de aumentar pese al estancamiento de éste. Una idea de la importancia de este fenómeno puede darla la expansión de la enseñanza media y superior, tan vinculada a las clases o sectores medios, que se produce con absoluta independencia de los ciclos de la economía, haciéndose a menudo más fuerte todavía en la fase de estancamiento.

El otro supuesto es también discutible. En primer lugar, los que producen conocimientos aplicables a los procesos productivos son una proporción ínfima, si es que existen; los que aplican técnicas diversas tienden, por causas estructurales, a reproducir aquéllas que responden a modelos adoptados, con bastante independencia de su aplicabilidad a las condiciones peculiares de la economía latinoamericana.

III. CLASES MEDIAS Y BURGUESÍA

1. *Las clases medias en el capitalismo dependiente*

Al término de este largo periplo, se vuelve a dudas iniciales. ¿Es que existe algún género de autonomía de las clases o sectores medios? ¿Son realmente capaces de formular y mantener un proyecto social que tenga su sello propio? Estos problemas se replantean alrededor de la espinosa cuestión, ya discutida, de si existe o existió alguna vez una burguesía nacional en América Latina. El problema tiene, sin embargo, conexiones con otras discusiones acerca de las clases medias, con la ventaja de que define de un modo más preciso su objeto,

en cuanto no son todos los innumerables grupos que las componen sino, particularmente, el *managerial group*. En este contexto será examinado aquí.

Esta es la manera en que los autores marxistas encaran el tema de las clases medias, pero también se da en quienes parten de otras perspectivas y aceptan algunos de los postulados del análisis marxista. Como América Latina es capitalista, cabe plantearse si su funcionamiento pleno es posible y si la estructuración de clases que deriva de él se dará también en la región. Por detrás de ese problema, está la preocupación de si pueden darse las condiciones que llevan al socialismo, entre las cuales está la creación de un verdadero capitalismo como antecedente necesario.

Las consideraciones hechas respecto a Florestán Fernandes en el capítulo anterior muestran que ése era su problema esencial y permiten abreviar las relativas a las otras clases sociales puesto que, en buena medida, implícitas en ellas, se encuentran los rasgos que caracterizan a las otras.

Las formas de conciencia y de actuación de las clases medias están condicionadas por su asociación con lo que podría llamarse los "intereses de capital". Tienen un destino social contradictorio: "al mismo tiempo que pregonan la intensificación de la ultramodernización en la cual podría estar el elemento específico de sus intereses y actuación de clase (en esa esfera las clases medias monopolizan las mejores probabilidades de autovalorización en el mercado), conviértense en los puritanos del capitalismo dependiente".³⁶ En ese aspecto, no parece ser importante para el autor la distinción ya mencionada entre el estrato moderno y el estrato tradicional de las clases medias.

La situación de la clase baja urbana es muy peculiar. Se polariza de modo positivo en el orden económico vigente, comparte, acepta y valoriza el privilegiamiento del mundo urbano, orientándose sobre todo por sus valores. Existe tensión, desde luego, con las otras clases pero ella se refiere sobre todo a la participación en los ingresos, a los niveles de vida; no se trata de privilegiar los motivos específicos de "afirmación operaria", de "lucha de clases". Estas afirmaciones parecen identificar al autor con la tesis del "aburguesamiento de la clase obrera". Debe tomarse en cuenta, sin embargo, que Fernandes piensa que en cuanto el proletariado se afirma como clase no se compromete, como tal, con los objetivos y mecanismos de la asociación económica dependiente que une a las otras clases. Por lo tanto, es libre de identificarse con propósitos profundos de autonomización económica, social y política de la sociedad nacional. En segundo lugar, una interrupción del crecimiento que disminuyera aún más los límites en que participa esta clase en sus ventajas podría volver explosiva a la tensión. En tal caso, la propensión a la revolución dentro del orden sería fácilmente restituida por otros tipos de comportamiento inconformista y por soluciones verdaderamente revolucionarias. El apoyo a la "revolución contra el orden" sería posible.

El campesinado, en cambio, es una clase social que no tiene ningún compromiso de raíces estructurales con el capitalismo dependiente. Tal situación no engendra una actuación de clase revolucionaria "porque las condiciones que

³⁶ Fernandes, *Sociedade de classes* ..., p. 63.

niegan al campesinado (parcial o totalmente) intereses y situación de clase, también le niegan cualquier medio de conciencia y de actuación como clase, reduciéndolo, al mismo tiempo, a la mayor miseria y a la más extrema impotencia".³⁷

La emigración a las ciudades sólo permite a unos pocos salir de la economía de subsistencia o de las estructuras arcaicas. Pero, según Fernandes, no forman un verdadero "ejército industrial de reserva" recordando que Marx señala que en las fases incipientes de formación del capitalismo tal cosa no existe. En realidad forman parte de "los condenados del sistema", el sector humano marginal al orden económico.

Puede pensarse y así se ha sostenido, que esta manera de ver las clases sociales significa, en el fondo, negar que existan en América Latina. A una parte de ellas, las que están dentro del orden social competitivo, se les llama clases pero no se hacen tantas reservas sobre sus características y comportamientos que, al menos para ciertas perspectivas teóricas, no serían realmente tales.

Si se vinculan estos análisis de Fernandes a los del capítulo anterior y a su teoría del capitalismo dependiente, se vuelve a una cuestión básica: ¿cuáles son los agentes sociales capaces de provocar la transformación? Este problema se planteaba en sus postulaciones primeras cuando se preocupaba por el establecimiento de una democracia real y un orden social planificado y también se plantea ahora, cuando se trata del gran cambio que significaría el establecimiento de un nuevo tipo de capitalismo estatal o de la revolución socialista. En las obras anteriores este problema estaba lejos de ser resuelto claramente. Por una parte, el autor estaba preocupado por el análisis del empresario industrial y las condiciones sociales de su actuación como agente de la implantación plena de un orden social capitalista y de una sociedad de clases. Por la otra, parecía ver en los obreros organizados los agentes de una democratización real y de la creación de un orden social planificado con las condiciones señaladas en este trabajo. Dos ideas centrales que deben relacionarse con este punto aparecen en los trabajos más recientes. Por una parte, afirma que el nuevo imperialismo es incompatible con un desarrollo real y autónomo; por otra, que la combinación de una minoría privilegiada con una gran mayoría desprovista de todo es explosiva y llevará a la destrucción del sistema.

¿Cuáles serían los agentes? Fernandes parece negar, como se ha visto más arriba, que puedan serlo los condenados del sistema. Aparentemente ni la revolución en el orden ni la revolución contra el orden puede provenir de ellos. La burguesía es la única realmente empeñada en defender, en cuanto clase, el orden social vigente. Sólo la negación por otras clases y la lucha contra ella podrían compelerla a transformar el mundo desde una perspectiva universal. Como ya se ha visto, para Fernandes, el elemento político es más decisivo en los países de América Latina que en los centrales para la estabilidad y el cambio del orden social. El problema se desarrolla, pues, dentro del orden social competitivo. En él, hay una crisis crónica. Existe una incompatibilidad completa entre el superprivilegiamiento de clase como factor de diferenciación social

³⁷ *Ibidem*, p. 66.

y de estabilidad en las relaciones de poder entre las clases y la adopción de sistemas políticos constitucionales representativos. Por un lado, se dan persistentes y fuertes presiones de las clases bajas y también de las "medias" contra los privilegios económicos, sociales y políticos o contra su disfrute en círculo cerrado. En segundo lugar, esto hace más rígidos los controles políticos en una reacción de autodefensa de las clases altas y de parte de las medias. Se pasa de la conciliación al endurecimiento. "Los resultados de esa metamorfosis se consustanciaron con la aparición de un 'estado democrático' fuerte, capaz de 'salvaguardar la democracia' y de 'garantizar el desarrollo con seguridad'. Ese estado puede no ser una utopía de las burguesías latinoamericanas, pero es el estado burgués típico de la América Latina capitalista que se propone sofocar por la fuerza, ya que no puede resolverlas, las contradicciones de una sociedad de clases dependiente y subdesarrollada."³⁸ La hegemonía burguesa crea, pues, el estado que necesita según la coyuntura histórica. Las burguesías son incapaces de hacer la "revolución dentro del orden", que superara la dependencia y el subdesarrollo a través del capitalismo. Al optar por el Estado fuerte, han conseguido la adhesión de una buena parte de las clases medias, han dañado las pocas conquistas que las clases bajas habían obtenido y les han quitado buena parte de los dirigentes que habían tenido a través de diversos movimientos sociales y políticos. Al hacer todo esto el superprivilegiamiento de clase se convierte en la debilidad más grande del orden existente y de la "revolución burguesa" bajo el capitalismo dependiente. "Al afirmarse como clases negando a las demás clases hasta las condiciones de existencia como clases 'dentro del orden' e imponiendo a la colectividad la persistencia de iniquidades intolerables, las clases privilegiadas alcanzan el clímax de su poder. Sin embargo, inician al mismo tiempo la desagregación del orden social que las privilegia."³⁹ En otras palabras, la propia naturaleza del capitalismo dependiente lleva a la necesidad de una revolución contra el orden.

Parece interesante comentar que exclusivamente dentro del orden social competitivo, que sólo recubre una parte de la sociedad, puede engendrarse la revolución, pero no la revolución que lleva hasta las últimas consecuencias el desarrollo de ese orden, sino aquélla que lo niega. O de otra manera, el desarrollo hasta sus últimas consecuencias del orden social competitivo tal como se da en el capitalismo dependiente reviste caracteres muy diferentes a los que tendría en el capitalismo central. Ciertas cuestiones merecen tenerse presentes para la discusión y comparación con otras hipótesis. En primer lugar, cabe preguntarse en qué medida el diagnóstico interpretativo es más aplicable al Brasil, si es que lo es, que a otras sociedades latinoamericanas. Además, cabe anotar que Fernandes no explica las causas por las cuales el negarle a las clases bajas hasta el lugar que les corresponde dentro del orden, suponiendo que esto fuera cierto, permite predecir el fin del sistema, cuando por otro lado se ha insistido en la solidaridad de esas clases con el orden y el consecuente privilegiamiento relativo que obtienen de esa solidaridad. En ese sentido, el adve-

³⁸ *Capitalismo dependiente*, p. 105.

³⁹ *Ibidem*, pp. 113-114.

nimiento de la gran transformación puede parecer más una expresión de deseos muy legítimos y muy justos del autor que la conclusión de una teoría sociológica sobre la realidad latinoamericana.

Si para Fernandes, al igual que para Cardoso, ha existido revolución burguesa puesto que no puede estar ausente de ningún sistema capitalista cuando llega a la industrialización, no ha habido ni hay posibilidades de una burguesía nacional. Otros autores en cambio, parecen dudar de la existencia misma de una revolución burguesa.

2. *Las clases medias ¿son autónomas?*

Así en el estudio de CENDES se sostiene que la emergencia de diferentes clases sociales en el capitalismo dependiente y su modo de vida "estuvo determinada más por el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas que por cambios cualitativos en los medios de control de la producción".⁴⁰ La distinción entre "poseedores" y "no poseedores" de bienes pasa también en este caso a un segundo plano, más acentuado todavía que en Florestán Fernandes, pero la conclusión es la misma: no hay una "burguesía nacional"; ella es un invento de algunos analistas que sólo puede inducir a errores. Pero mientras que para Fernandes hubo revolución burguesa, no es claro si para Silvia Michelena la hubo o no en Venezuela, pese a que su análisis de las transformaciones de la sociedad venezolana, permitiría diagnosticar que sí la hubo, por lo menos en el sentido en que el primero usa la expresión para referirse al Brasil.

En ambos casos, la autonomía de las clases medias desaparece, no son más que el apéndice de las clases altas y el subproducto del capitalismo dependiente. Lo que revela las preocupaciones ideológicas que subyacen a cada uno de estos análisis es que mientras el de Fernandes trata de basarse en algunos datos históricos, el de Silva Michelena agrega datos históricos a una investigación de base,⁴¹ en la que el problema de la dependencia no aparece sino indirectamente y que, como tal, no puede justificar las conclusiones a las que se llega.

Una versión extrema de la negativa de autonomía de las clases medias puede encontrarse en el trabajo de Victor M. Pisani.⁴²

Las clases medias tienen capital y medios de producción en proporciones reducidas. Están constituidas, según Pisani por pequeños industriales, pequeños comerciantes, pequeños rentistas, artesanos y campesinos propietarios. Los trabajadores asalariados del comercio (empleados), si bien no producen plusvalía (el comercio no la produce sino que recibe una parte de ella, cedida por el capital industrial), son necesarios para su realización, por lo que corresponde incluirlos en el proletariado; aunque subjetivamente pueden sentirse muy cerca

⁴⁰ José A. Silva Michelena, *The illusion of democracy in dependent nation* (The MIT Press, Boston, 1971), p. 83.

⁴¹ La de las élites en Venezuela.

⁴² Victor M. Pisani O., *Elementos teóricos para el estudio de las clases medias* (Caracas, 1969).

o identificarse con las clases medias, objetivamente no son parte de ellas, por cuanto sólo la integran quienes participan en la apropiación de la plusvalía.

Para el autor, de acuerdo a una concepción marxista ortodoxa aplicada a una sociedad como la venezolana, habría que distinguir las siguientes clases y sectores:

a] *Gran burguesía*: que es la principal apropiadora de plusvalía, de la cual cede una parte a su oficialidad, el *sector medio* constituido por la parte gerencial y técnica de la nueva clase media, que no es una clase en sentido propio. La gran burguesía es antinacional y proimperialista y todas las ilusiones acerca de que pueda impulsar un desarrollo nacional autónomo son vanas.

b] *Pequeña burguesía*: que se apropia de una parte reducida de plusvalía.

c] *Proletariado*: obreros industriales, empleados y campesinos sin tierra.

No hay diferencias significativas entre el proletariado de los países dependientes y centrales. Tienen problemas comunes, como la heterogeneidad, el surgimiento de una aristocracia obrera, etc. En cambio, respecto al sector medio sí hay diferencias importantes por cuanto este sector en los países centrales coadyuva a un desarrollo capitalista nacional, que no existe en los países dependientes. La pequeña burguesía está sometida a un proceso complejo. Una parte se arruina con el capitalismo monopolista y la desnacionalización de las empresas. Pero las grandes empresas crean y dan de vivir a una corte de pequeñas empresas satélites en interés de las primeras. Hay así una pequeña burguesía que se arruina y otra emergente. Los partidos políticos usan una fraseología antiimperialista para captar a la primera y un comportamiento de hecho, proimperialista, para atraerse a la segunda.

Con una concepción análoga a la de Pisani, José Calixto Rangel,⁴³ partiendo de supuestos marxistas, define a la clase media como pequeña burguesía, la que se confunde para él, con trabajadores independientes. Llega, obviamente a la conclusión de que su proporción disminuirá en 1980 en México.

No deja de tener interés para completar los ejemplos de concepciones de clases medias mencionar una, claramente ideológica y maniqueísta. James Petras recuerda que análisis como los de Johnson se encuentran, a menudo, entre los comunistas.⁴⁴ Para su crítica toma como punto de partida, sin embargo, a liberales socialistas como Víctor Alba y Alexander que creen en el rol revolucionario de las clases medias, para mostrar a través del caso de Chile que con gobiernos basados en tales sectores sociales la situación se mantiene estancada o empeora para las clases trabajadoras.

Un análisis marxista, según el autor, es muy importante para entender el carácter no revolucionario de las clases medias. Estas han crecido a la sombra y pactando con las clases altas; no han modificado la tenencia de la tierra incluso porque sus porciones más exitosas han llegado a ser propietarias importantes de ella. En cierto momento movilizaron limitadamente a los trabajadores en beneficio propio, pero luego ayudaron a las clases altas, a imponerles a

⁴³ "La clase media en 1980" en *El perfil de México en 1980* (Siglo XXI, México, 1972), tomo 3, pp. 81-97.

⁴⁴ *Politics and social structure in Latin America* (Monthly Review Press, Nueva York, 1971), capítulo titulado "The middle class in Latin America", pp. 37-53.

aquélos los costos del estancamiento. "Las nuevas clases medias desarrolladas y sus partidos estuvieron dispuestos a obtener reconocimiento social y a desafiar la oligarquía tradicional, pero dentro de la estructura básica creada en el siglo XIX." ⁴⁵ "La alianza clase trabajadora-clase media funcionó casi totalmente para ventaja de esta última." ⁴⁶

En el resto de su trabajo el autor reúne todas las evidencias que se han presentado en América Latina contra las clases medias, desde su incapacidad para llevar a cabo modificaciones serias en la tenencia de la tierra hasta sus tendencias al consumo conspicuo, pasando por su demagogia para atraerse a las clases trabajadoras y su capacidad para pactar con las clases altas. Indudablemente, el trabajo de Petras pertenece mucho más al alegato ideológico que al análisis científico y varias consideraciones pueden justificar esta afirmación.

Primero, muchos autores han sostenido lo mismo antes que él. Pero, tal como Petras lo presenta, lo que en otros es producto de ciertas condiciones estructurales, resulta una especie de designio maquiavélico de las clases medias. La explicación, que se pretende marxista, no tiene en ese sentido nada de tal. Segundo, es difícil entender cómo las clases trabajadoras se han dejado engañar tanto y tantas veces por las estafadoras clases medias y si se admite que ello es el producto de su ignorancia o su incapacidad política, resulta difícil comprender entonces, cómo Petras puede afirmar que son las únicas que pueden producir la revolución y el desarrollo en América Latina, previa toma del poder político, salvo que se tome tal afirmación como artículo de fe. Tercero, no se entiende bien por qué las clases medias se desarrollan numéricamente y aumentan su poder. ¿Qué es lo que le ceden las clases altas y por qué lo hacen? Cuarto, Petras maneja las evidencias empíricas que presenta de manera que se acomoden a sus supuestos, estén o no de acuerdo con ellos. Por ejemplo, menciona los resultados de una encuesta en la que se pregunta si el partido comunista debe ser puesto fuera de la ley.⁴⁷ Los que responden afirmativamente se dividen por categorías de la siguiente manera: propietarios, 57 por ciento; trabajadores independientes (*self-employed*), 43; empleados privados y profesionales, 33; empleados públicos, 21; clase trabajadora, 31.

Petras comenta estos resultados afirmando que "un sector sustancial de las clases trabajadoras chilenas está representada por el Partido Comunista, pero amplios sectores de las clases medias niegan la representación de las clases trabajadoras" y que "vale la pena notar que la nueva clase media empresarial es el grupo más fuerte que se opone a las libertades civiles". Lo más sorprendente del cuadro es, sin embargo, que casi un tercio de las clases trabajadoras está de acuerdo con que se ponga al Partido Comunista fuera de la ley, que ese porcentaje es sustancialmente más alto que el que se encuentra en los empleados públicos (¿nuevas?, ¿viejas?, ¿clase media?), prácticamente idéntico al que se da en los empleados privados y profesionales (¿nuevas?, ¿viejas?, ¿clase media?) y que, por último, no se sabe qué parte pertenece a las viejas y a las nuevas clases medias (distinción a las que Petras quita toda importancia por

⁴⁵ *Ibidem*, p. 42.

⁴⁶ *Ibidem*, p. 43.

⁴⁷ *Ibidem*, p. 44.

otra parte) en las dos primeras categorías en las que la proporción de los que quieren poner fuera de la ley al Partido Comunista es sustancialmente más alta.

En todos estos aspectos, este análisis posterior al de Graciarena, al de Ratinoff y a varios otros, es mucho más un paso atrás que un progreso, pese a sus pretensiones marxistas.

Así como hay discrepancias serias entre los autores no marxistas, las hay entre los que de algún modo se vinculan al marxismo, aun sobre un punto tan básico, como el de las vinculaciones de las clases medias con el advenimiento del socialismo. En ese sentido, tiene mucho interés el caso de Sotelo.⁴⁸

Este autor rechaza lo que llama el "esencialismo" (que sería mejor denominar fijismo) tanto de los que creen que, por esencia, las clases medias son innovadoras y democráticas como de los neomarxistas que piensan que sólo pueden ser un mero apéndice de las clases dominantes. Pueden darse argumentos históricos ciertos en favor de una y otra posición lo que demuestra que el esencialismo es falso.

Un buen resumen de su crítica al neomarxismo se encuentra en el siguiente pasaje:

Importa llamar la atención sobre algunas implicaciones, no siempre explícitas, de esta eliminación de las clases medias, como fuerza política autónoma. Primero, reintroduce un modelo dualista de estratificación social, clases dirigentes que como apéndice incluyen a las medias y clases oprimidas, lo que permite una mejor adaptación a la dialéctica marxista de la lucha de clases, que maneja también un modelo dualista burguesía contra feudalismo, proletariado contra burguesía. Se consigue así una radicalización de los planteamientos, por lo menos a nivel retórico y se justifica la necesidad de la revolución. Por otro lado, al tirar por la borda el concepto de "burguesía nacional", se toman las debidas distancias frente a los partidos comunistas oficiales, que habían creado concepto tan problemático, con el fin de dejar un espacio táctico para el compromiso y las alianzas. La asimilación de los sectores medios de las clases dominantes, lleva consigo la conclusión implícita de que no existe otro instrumento de cambio que la revuelta de los oprimidos. Y dado que en la mayoría de los países no existen vías legales para la actuación de los sectores populares, o se suprimen, en cuanto adquieren cierta eficacia, no cabe más que la resignación ocupando los ocios en hacer ciencia —análisis de la realidad, sin poder modificarla— o se prepara la revuelta armada. En la manera que los sectores medios se integraron más sólidamente con el sistema, sus hijos de sensibilidad moral más fina, o más neurotizados, se lanzaron a la guerrilla. El fracaso de la experiencia guerrillera, falsifica en la práctica el modelo dualista que tiene en su base: por un lado, las clases dominantes, que se conciben homogéneas y en perfecta armonía, dispuestas a reprimir cualquier conato de cambio; por otro, los amplios sectores populares oprimidos, con conciencia creciente de su situación, que no esperan más que la ocasión de incorporarse al ejército nacional de liberación, para desde las regiones más miserables y apartadas, ir envolviendo a las ciudades con una masa campesina revolucionaria, que, en las ciudades, cuenta con una "quinta columna" formada por la población marginal y obrera, así como por determinados grupos de intelectuales, de importancia decisiva para la victoria.⁴⁹

⁴⁸ Ignacio Sotelo, *Sociología de América Latina. Estructuras y problemas* (Editorial Tecnos, Madrid, 1972), pp. 177-202.

⁴⁹ *Ibidem*, pp. 183-187.

La ambivalencia de los sectores medios es constitutiva y Sotelo acepta las ideas de Graciarena tanto respecto a su división por el origen, como a la evolución de ellas. Lo que agrega, es la necesidad de subrayar el carácter no capitalista de los dos sectores que distingue Graciarena. Los "emergentes" objetivamente no capitalistas, impulsaron desde el Estado un capitalismo ya demasiado tardío para tomar bríos propios. "En América Latina, no ha existido ni existe una clase media de origen industrial y mercantil, que hubiera sido capaz de llevar adelante un proceso de desarrollo capitalista y democrático-parlamentario. Cuando hubiera sido posible, apenas se encontraba en embrión, y hoy es demasiado tarde: el capitalismo de libre competencia, basado en la pequeña empresa, no cabe en ninguna parte del mundo. A los latinoamericanos se les ofrecía un modelo de desarrollo —capitalismo, impulsado por las clases medias— que además de pertenecer a un pasado definitivamente ido, era imposible de reproducir, dados los condicionamientos de la hora actual. Ello explica tanto la crisis del sistema democrático parlamentario en la región, mera imitación extranjera, sin soporte social, como el estancamiento del 'capitalismo dependiente'." ⁵⁰

Sotelo retoma el final del análisis de Graciarena y hace como éste estimaciones acerca del comportamiento futuro de las clases medias pero de signo muy diverso. Admite, como Graciarena, que pierden toda posibilidad de influir sobre la economía y que, en ciertos países como México, Brasil y Venezuela, mantienen su adhesión política al *statu quo*.

Harto probable es que continúe la adhesión de amplios sectores de las clases medias a regímenes defensores del *statu quo*, mientras se mantenga un cierto crecimiento económico. El proceso de erosión de los sistemas de poder y de las ideologías dominantes es lento, y superada la crisis de los años sesenta, cabe una cierta estabilidad en los tres países mencionados, pese a sus diferencias considerables. Lo decisivo es, sin embargo, que dada la composición de los sectores medios, no hay razón objetiva para que permanezcan indefinidamente adictos a un sistema socioeconómico, que a la larga, sin reportar el bienestar a que aspiran, los marginaliza del poder político. No parece una presunción absurda, el que las clases medias, en primer lugar, sus elementos más dinámicos, redescubran las ventajas del intervencionismo estatal, tanto para el desarrollo nacional, como para sus intereses particulares. La condición para ello es que, en vez de temer el ascenso de los sectores populares, se transformen en sus portavoces, aliándose de nuevo con ellos —populismo renaciente— que se distinguiría del anterior, en que su meta ya no sería el promover un capitalismo nacional e independiente. En un punto, parece el consenso cada vez más amplio: no hay posibilidad de un desarrollo capitalista y los intentos en este sentido, terminan fortaleciendo las oligarquías nacionales y el capital extranjero. La única alternativa que se ofrece hoy, en el plano estructural como en el plano ideológico, es el socialismo, es decir, desarrollo económico forzado, una vez erigida una economía planeada y controlada por el Estado.⁵¹

De aquí concluye en el valor paradigmático y la importancia crucial de la

⁵⁰ *Ibidem*, p. 184.

⁵¹ *Ibidem*, p. 187.

experiencia chilena, aunque no hay que generalizarla. "La enorme diversidad de la América Latina queda también de manifiesto en los muy diversos caminos que ha de emprender para llegar al socialismo."⁵² "En todo caso, el socialismo que se divisa en la América Latina, es aquél que pueden aportar determinados sectores medios. Hoy por hoy, no existen contradicciones entre sus intereses específicos y los de las masas populares. Su no identificación empieza a ser visible, en cuanto avanza la 'construcción del socialismo'."⁵³

IV. SUMARIO Y BALANCE CRÍTICO

1. *Una clasificación de los juicios sobre las clases medias*

Es posible intentar una clasificación de las doctrinas y teorías sobre las clases medias, recién expuestas, que podría servir de base a una más general sobre la estratificación en América Latina considerada en conjunto.

La primera división deriva de la respuesta a la pregunta: ¿existen las clases medias? Frente a ella es posible distinguir los que niegan su existencia, los que afirman que existe pero no como clase y los que admiten que como clase o como estrato o como sectores existen y cumplen ciertas funciones. Las razones aducidas y la distinta concepción de sus funciones permitirían trazar un cuadro bastante complejo:

A. *Niegan la existencia de las clases medias.* Dos variantes:

- A.1 Porque niegan la existencia de clases en general en América Latina, basándose en la igualdad formal (algunos trabajos de la Unión Panamericana) o niegan la importancia de los resultados de un análisis en términos de clases.
- A.2 Porque aplican de manera mecánica el esquema burguesía-proletariado y niegan la existencia o la importancia de las clases medias como objeto de análisis.

B. *Niegan que sean clases.* Dos variantes:

- B.1 Son sectores, debido a su heterogeneidad (Johnson)
- B.2 Son estratos, porque carecen de conciencia de clase (varios autores).

C. *Afirman que existen ya como estratos, sectores o clases y es posible predicar acerca de ellas ciertas funciones.*

La concepción de esas funciones varía:

C.1 *Concepciones fijistas.* Pueden distinguirse tres variedades, con subdivisiones.

C.1.a *Fijistas optimistas que se dividen en:*

- C.1.a.1 *Esencialistas* (en sí son portadoras del desarrollo, la estabilidad política, etc.)
- C.1.a.2 *Marxistas* (su desarrollo permite, en asociación con el proletariado, la liberación nacional)
- C.1.a.3 *Históricas.* (Es posible encontrar históricamente sus dinanismos: Johnson)

⁵² *Ibidem*, p. 188.

⁵³ *Ibidem*, p. 189.

- c.1.b Fijistas pesimistas. Tres variantes:
 - c.1.b.1 Hoselitz (carecen de los valores necesarios)
 - c.1.b.2 Marxistas ortodoxos (siempre fueron un apéndice y enmascaramiento de las clases altas)
 - c.1.b.3 Neo marxistas. En el capitalismo dependiente no pueden tener función dinámica ni constituirse en una burguesía nacional (F. Fernandes, CENDES y otros)
- c.1.c Fijistas instrumentalistas. Los estratos medios tuvieron comportamientos muy diferentes, siempre instrumentales para sus intereses (CEPAL, *El cambio social y la política de desarrollo social en América Latina*)
- c.2 Concepciones historicistas y dinámicas en el sentido de que hacen variar las funciones de las clases medias. Cuatro variantes al menos:
 - c.2.a Su papel ha variado y deberá cambiar en el futuro para asegurar el desarrollo (CEPAL, *El desarrollo social de América Latina*)
 - c.2.b Fueron dinámicas, pero dejaron de serlo (Ratinoff)
 - c.2.c Fueron dinámicas, por influencia de uno de sus segmentos; dejaron de serlo y no hay esperanzas de que vuelvan a recobrar su papel (Graciarena)
 - c.2.d Igual que el anterior, pero se espera que las clases medias producirán el advenimiento del socialismo (Sotelo).

Todo esto se intenta resumir en el cuadro que sigue:

CUADRO 7. *Concepciones de las clases medias*

-
- A. Niegan la existencia:
 - 1. de clases general
 - 2. de clases medias porque aplican el esquema burguesía-proletariado de manera mecánica
 - B. Niegan que sean clases:
 - 1. son sectores (Johnson), por la heterogeneidad
 - 2. son estratos (otros), porque carecen de conciencia de tales
 - C. Afirman que existen como sectores, estratos o clases y les atribuyen funciones:
 - 1. Concepciones fijistas
 - a] Optimistas: Esencialistas
 - Marxistas (asociación al proletariado para la revolución nacional)
 - Históricas (Johnson)
 - b] Pesimistas: Hoselitz
 - Marxistas ortodoxos (enmascaramiento de las clases altas o de la oligarquía)
 - Neo marxistas: clases medias y capitalismo dependiente (F. Fernandes, CENDES y otros)
 - c] Instrumentalistas CEPAL II
 - 2. Concepciones dinámico-historicistas
 - CEPAL
 - Ratinoff
 - Graciarena: El conformismo actual
 - Sotelo: Hacia el socialismo
-

2. *Industrialización y clases medias*

La hipótesis de que el volumen y el papel de las clases medias aumenta con la industrialización, puede ser sustentada partiendo de las más variadas orientaciones teóricas. Aparece en ciertas formas, las más vulgares por cierto, del marxismo; pero también en las teorías de la modernización que creen que se pasa de un sistema de dos clases propio de la sociedad llamada tradicional a uno pluriclasista en el que las clases medias tienen un papel ascendente. Ambas maneras de ver pueden coincidir, además, en que en América Latina la sociedad biclasista que existió al principio, continúa subsistiendo, ya porque eso es fatal en el capitalismo dependiente, ya porque las clases medias han carecido de los dinamismos necesarios para crear una sociedad verdaderamente moderna.

Pero se puede sostener que lejos de que la industrialización y la modernización contribuyan al crecimiento de las clases medias, tienden a destruir la clase media artesanal tradicional y a hacer surgir una estructura de dos clases todavía más pronunciada. Es la hipótesis, un tanto extraña, que propone Marsal. Según este autor "el modelo marxista sigue siendo útil para entender, dentro de los amplios límites de la experiencia histórica, los cambios de la estructura social en países que se encuentran en las primeras etapas del desarrollo económico".⁵⁴ La industrialización temprana iría acompañada de una afirmación de la estructura biclasista.

Es con el fondo general que proporcionan las orientaciones "científica" y "crítica", que puede comprenderse que haya sido posible atribuir todo o casi todo a las clases medias. En un extremo no significan nada, en el otro indican la dirección del futuro de las sociedades latinoamericanas. Entre ambos son posibles las más variadas posiciones y por las más variadas razones.

El debate es, obviamente, en gran medida ideológico y sólo en ese contexto podría comprenderse todo lo que se ha dicho de las clases medias. Pero sería un error creer que es puramente ideológico y que, en definitiva, se siguen afirmando las mismas cosas sobre las clases medias que hace veinticinco años y que no ha habido ninguna acumulación de conocimientos detectables sobre el problema.

3. *Problemas de los estudios*

Pueden mencionarse algunos rasgos que caracterizan esta larga acumulación de opiniones. En primer lugar, deben mencionarse las discontinuidades: prácticamente ninguna de las numerosas líneas de pensamiento que se han dado en esta materia ha sido explotada hasta el final. La historia del pensamiento científico demuestra que toda orientación se agota tarde o temprano pero también indica que la acumulación y la capacidad de crear condiciones para ser superada sólo se da cuando ha sido seguida hasta lograr ese agotamiento. En América Latina se proponen diversas ideas de interés pero se las abandona antes de

⁵⁴ Juan F. Marsal, *Cambio social en América Latina* (Solar/Hachette, Buenos Aires, 1967).

que puedan rendir todos sus frutos, por otras ideas con las cuales ocurre, a su vez, lo mismo.

En segundo lugar parece probado que la estructura social de América Latina se ha ido haciendo cada vez más compleja y que si aún puede sostenerse que prevalece un régimen biclasista, es casi inevitable reconocer que se trata de uno muy diferente al tradicional.

En tercer lugar, la diversidad de opiniones en la literatura sociológica acerca de las clases medias es consecuencia, básicamente de varios factores: a] delimitaciones diferentes del concepto de clases medias; b] diferente importancia concedida a los grupos que las componen; c] comportamientos diversos, inclusive de los mismos grupos de referencia, dentro de las clases medias en diversas circunstancias históricas y estructurales.

Resulta inútil suponer la posibilidad de superar la gran variabilidad de estos problemas, mientras no se haga un esfuerzo para una delimitación conceptual más rigurosa y para considerar a las clases medias en relación con el comportamiento de las otras y la naturaleza del sistema de estratificación en que están insertas, habida cuenta, además, de la coyuntura histórica.

Tómese como ejemplo el análisis de Graciarena, sin duda, uno de los más ricos elaborados en el continente sobre el tema. La función de las clases medias respecto al desarrollo depende de su grado de autonomía, que ha variado desde la inexistencia hasta un máximo, gracias no a la totalidad de las clases medias sino a determinados segmentos y luego ha caído de ese máximo nuevamente a la nada, cuando dichos segmentos cambiaron de comportamiento y se homogeneizaron con el resto.

Puede reprocharse a esta explicación el haber sido pensada teniendo demasiado presente el ejemplo del cono sur. ¿Es que Graciarena cree que una evolución análoga han seguido y van a seguir el resto de los países de América Latina? Si así fue, ¿por qué piensa eso? En su análisis no relaciona los factores externos de manera directa con las clases medias. Estos, teóricamente, podrían dar cuenta de esa uniformidad posible del pasado y el presente, que continuaría en el futuro.

La otra cuestión básica que plantea dicho análisis deriva de sus afirmaciones centrales: el desarrollo está vinculado a un sector de las clases medias, el de las clases medias emergentes.

La primera, sería admitida por quienes creen que sólo una parte de ellas son dinámica y negada por los que creen que ningún segmento fue dinámico o que todos lo fueron. La segunda, o es una tautología, o se puede demostrar que aquellos segmentos de las clases medias que tuvieron un comportamiento dinámico, tuvieron un origen social diferente al de los otros segmentos, que adoptaron modelos ideológicos distintos, etc. Sin embargo, podría argumentarse que el análisis es dialéctico y que la relación clases medias-desarrollo en sentido propio nunca se postula claramente.

El punto clave sería la prueba empírica del origen social diferente y ella no es dada por Graciarena ni por otros. Es evidente que hubo orientaciones diferentes dentro de las clases medias, que existieron antagonismos internos muy fuertes, y las versiones unitarias como la de Johnson resultan insostenibles en

ese sentido. Pero la explicación última ¿está realmente en el diferente origen social o en el hecho de que algunos segmentos se definieron, por causas mal conocidas, por una especie de alianza con los sectores populares, en tanto que otros siguieron ligados a las clases altas, o quizás que unas y otras hicieron pendularmente ambas cosas y la diferencia entre ellas fue de matices? ¿No podría sostener que Alvear e Irigoyen fueron igualmente funcionales para los propósitos de las clases medias de transformación gradual y de inserción en la estructura tradicional? Los nombres mencionados en el ejemplo, que en esos términos no se encuentra en Graciarena, tienen de malo que parecen confirmar la importancia de la extracción social que es más elevada en Alvear que en Irigoyen. Pero la misma pregunta podría hacerse para Pedro Manini Ríos y José Batlle y Ordóñez en el Uruguay que representarían, respectivamente las mismas connotaciones ideológicas que aquéllos, con la diferencia de que el origen social de Batlle era mucho más alto que el muy humilde de Manini.

Graciarena carece de esperanzas respecto a las inclinaciones izquierdistas de las clases medias. En cambio Sotelo está convencido de que son la herramienta que va a construir el socialismo.

Los argumentos en que Sotelo basa su tesis son el de que los regímenes estabilizadores no les otorgan el bienestar al que aspiran; y que, además, los marginan del poder político.

Nótese que los mismos, de ser ciertos, probarían que las clases medias se pondrían en contra de tales regímenes, pero no que irían hacia el socialismo. Para sostener esto sería necesario probar que no hay posibilidad de desarrollo capitalista dependiente y que por lo tanto la única alternativa estructural e ideológicamente es el socialismo y que no hay contradicción entre la situación objetiva de las clases medias y un desarrollo socialista porque el control de la economía "implica el fortalecimiento del aparato burocrático y la primacía de los grupos con su saber específico".⁵⁵

Sotelo ni siquiera considera la hipótesis de Graciarena según la cual al sentirse amenazadas las clases medias en lugar de unirse a los obreros, se lanzan en brazos de quienes les ofrecen orden y seguridad.

Los argumentos de Sotelo son de naturaleza objetiva-ideológica. De una situación objetiva concluye que el futuro corresponde a sus deseos. Se olvida que, aun aceptando que un desarrollo capitalista dependiente sea imposible, eso no significa que las clases medias compartirán esa opinión y estarán dispuestas a adoptar los comportamientos, riesgosos sin duda, que ella implica.

Por otra parte, la coincidencia objetiva clases medias-obreras que en alguna medida está indicada en Graciarena (nadie que no haya leído a Graciarena sabría todo lo que Sotelo le debe recorriendo las páginas de éste), aparece afirmada pero no probada.

Debe considerarse además que un régimen estabilizador puede dar un papel a los sectores más dinámicos de las clases medias y satisfacer sus expectativas.

Por último, Sotelo olvida que sea cual fuere el régimen, siempre se dará

⁵⁵ Sotelo, *op. cit.*, p. 188.

un desplazamiento de una parte de las clases medias por otra parte de ellas. La lucha, en caso de transformaciones de importancia considerable, es interna y no sólo externa para éstas. Al olvidarlo, respecto al advenimiento del socialismo el autor sucumbe al esencialismo que había criticado en otros.

En éstos, como en otros análisis, se revela claramente que las preocupaciones por las clases medias, son inseparables de los problemas políticos e ideológicos. Al mismo tiempo y no por casualidad, el material empírico de apoyo es muy escaso.

Las clases medias o llamadas tales se componen de una multiplicidad de grupos, insertos de diversas maneras en la estructura social y cuyo comportamiento no puede explicarse sino relacionándolo con las demás clases y el proceso global. Es bastante razonable creer, por ejemplo, que los comerciantes y empleados públicos "presentan tendencias ideológicas distintas",⁵⁶ aunque las bases empíricas de la investigación en que se funda tal afirmación sean endebles. Pero esto tampoco demuestra que, en determinadas coyunturas, la mayoría de ellos no pueda sentirse amenazada por transformaciones que ataquen o sean vistas como atacando sus valores más profundos, cuya comunidad quizás sólo se revela a través de ellas. El problema es que hay más estudios y reflexiones sobre la situación estructural de las clases medias, analizada en general, estáticamente, que sobre su conciencia y sus ideologías vistas, sobre todo en una perspectiva dinámica.

⁵⁶ Orlandina de Oliveira, "Sectores medios y sus orientaciones con respecto al desarrollo económico", en *Boletín de Elas*, año 2, núm. 4, p. 73.

VIII

LOS SECTORES POPULARES

I. LA CLASE OBRERA

1. *Identificación de los sectores populares*

De acuerdo a la denominación dada a los capítulos anteriores correspondería referirse aquí a las "clases bajas". Sin embargo, el uso común entre los sociólogos latinoamericanos ha sido prescindir de tal designación que podría sonar peyorativamente para algunos. En sustitución se ha hablado de los "sectores populares" y, respetando esa ya larga tradición, se ha denominado así al capítulo.

Corresponde tratar en él a tres grupos sociales sobre los que se ha escrito extensamente: los obreros, los marginales y los campesinos. Distintos autores —y junto con ellos, variados movimientos políticos— han creído percibir en uno u *otro* de tales agrupamientos las características necesarias para considerarlos como potenciales agentes de cambio de las actuales estructuras latinoamericanas. Es posible incluso encontrar una cierta ordenación cronológica en los estudios. El agente "clásico" serían los obreros que deberían repetir en América Latina, el papel que jugaron en las naciones del viejo mundo. En un segundo momento diversos sectores de la izquierda más radical comenzaron a renegar de este planteamiento supuestamente ortodoxo, ante el entusiasmo con que esos grupos obreros adherían a movimientos "populistas" de variado estilo. Se habló por mucho del "aburguesamiento" de tales conglomerados, que terminarían poco menos que aliándose con quienes eran sus explotadores para, conjuntamente, explotar a su vez a otros sectores sociales.

La Revolución cubana y los autores que se vincularon ideológicamente con ella, pusieron de moda el tema de la potencialidad revolucionaria del campesinado. Hasta entonces predominaba en la literatura sociológica una percepción dualista de la sociedad, que veía el campo como lo tradicional, inmodificable por dinanismos internos, y a la espera del impulso modernizador que sólo podría provenir de la ciudad y de los grupos sociales que en ella se desempeñaban.

Más recientemente se puso el acento en los grupos marginales. Como se verá oportunamente, fueron primeramente los defensores del *statu quo* los que percibieron su potencial político y se dieron a la tarea de encontrar formas adecuadas de reducirlo a un nivel no peligroso para el mantenimiento del sistema. Poco a poco, los grupos de la izquierda que en principio no veían allí sino una forma particular de *lumpen*, comenzaron a preocuparse por ese sector y a

teorizar sobre la mejor manera de motivarlo políticamente para acciones contrarias al sistema.

Pero el tema de los sectores populares no sólo es importante por las esperanzas puestas en ellos por los teóricos y los prácticos políticos. Asimismo, los planificadores y quienes se han preocupado del desarrollo latinoamericano enfatizaron repetidamente el carácter "consumista" de la clase obrera y de los otros grupos sociales mencionados, que los diferenciaría de los "productores" de los países de desarrollo originario. Recurriendo sea al efecto de demostración o a otras elaboraciones se buscó en esas diferencias de comportamiento la explicación si no del subdesarrollo, por lo menos de uno de los obstáculos importantes a que se diera el despeque de estas naciones. Por eso es procedente analizar también la base empírica de tales elaboraciones teóricas. A ello se procederá a continuación.

2. *Los estudios sobre el proletariado*

La literatura sobre la clase obrera latinoamericana es de una gran amplitud. Sin embargo, a los efectos que aquí interesan, puede dejarse de lado una buena parte de ella que tiende ya sea a describir la historia del movimiento obrero,¹ destacando especialmente en algunos casos la creciente importancia del denominado sindicalismo "libre",² ya sea a asentar por escrito las experiencias personales de la época en que el autor actuaba como dirigente gremial.

Analizando la literatura de este segundo tipo producida en la Argentina, Pedro Daniel Weimberg,³ la caracterizaba de una manera válida también para sus congéneres del resto del continente:

1. Todos consideran en forma especial "la historia de las organizaciones obreras" más que la evolución de la situación objetiva en que vivió el proletariado ...

2. En su mayoría, los estudios fueron escritos por dirigentes obreros. Esta circunstancia explica que sus obras sean en parte historias y memorias. De aquí las ventajas y desventajas consiguientes.

3. Los autores tratan de justificar a través de su libro su propia posición y la de su partido y/o tendencia dentro del movimiento.

4. En todos los casos cada autor se refiere continuamente a los otros y discute la justeza de su propia interpretación. Pareciera, por momentos, que el papel recoge los diálogos de las asambleas y congresos donde actuaron juntos.

¹ Entre los intentos más valiosos de esta especie deben mencionarse Moisés Poblete Troncoso, *El movimiento obrero latinoamericano* (Fondo de Cultura Económica, México, 1946) y del mismo autor en colaboración con Ben G. Burnett, *The rise of Latin American labor movement* (Bookman Associates, Nueva York, 1960).

² En esta línea, ver especialmente Robert J. Alexander, *Organized labor in Latin America* (The Free Press, Nueva York, 1965) y Víctor Alba, *Historia del movimiento obrero en América Latina* (Limusa-Wiley, México, 1964).

³ Pedro Daniel Weimberg, "Una historia de la clase obrera", en *Revista Latinoamericana de Sociología*, 1968, núm. 1, pp. 114-126.

Desde una perspectiva más propiamente sociológica, debe recordarse que, a diferencia de lo que sucede con los estudios relativos a otros grupos sociales —oligarquía especialmente—, en los que versan sobre la clase obrera no parecen presentarse problemas de definición. Los autores se consideran exentos de la obligación de precisar qué entienden por proletariado.

A primera vista, el contenido de tal expresión resulta obvio. Aunque no lo dicen, todo sucede como si creyeran estar recogiendo la tradición clásica que considera proletarios a aquellos individuos que venden su fuerza de trabajo a un capitalista a cambio de un salario. Sin embargo, ello no alcanza, porque si bien la mayoría de los estudios sobre el tema hace referencia sólo a los asalariados del sector industrial —manufacturero o fabril— otros amplían el ámbito de validez del concepto e incluyen también a los mineros y a los trabajadores de las plantaciones, por estimar que tanto las características de esas ocupaciones como el modo de vida de quienes las desempeñan, no presentan diferencias sustanciales con las que se consideran propias de los obreros industriales. Otros, en fin, agregan referencias a los obreros agrícolas.

Como es obvio, no es posible sostener que una de estas definiciones resulta más “verdadera” que las otras. Simplemente cabe hacer notar las diferencias existentes entre ellas, en lo que tiene que ver con los grupos que incluyen al utilizar el mismo significante. Y ello para poder apreciar que lo que se afirma por algún autor respecto a una especie determinada puede no ser válido para quien tenga en vista el género al que aquella pertenece. Asimismo, demostrar que otra especie también perteneciente al mismo género no se caracteriza o actúa de modo similar a la primera no invalida la hipótesis sustentada respecto a ésta.

Las principales oposiciones teóricas sobre la clase obrera giran en torno a las hipótesis mediante las cuales se busca explicar su comportamiento, en especial político. Ello deriva de que los estudios sobre el tema nacen ligados a dos preocupaciones centrales de la sociología latinoamericana. La primera es el afán por explicarse ciertos movimientos sociales y políticos, denominados genéricamente nacionalpopulares o populistas que se dieron en el continente luego de la segunda guerra mundial y que, de alguna forma, iban en contra de las interpretaciones clásicas sobre el comportamiento de los grupos sociales populares. Con este objetivo, Germani escribe los primeros y cruciales artículos,⁴ asentando la que luego sería interpretación “clásica”. La segunda preocupación tiene que ver con la industrialización y el desarrollo. Es verdad que en un primer momento el agente de cambio al que se observa y analiza es el empresario y, más exactamente, el empresario nacional, pero diversos autores comienzan luego a estudiar el comportamiento de la contraparte obrera de la relación de clases que conduce a la naciente industrialización latinoamericana.⁵

⁴ Gino Germani, “El autoritarismo y las clases populares” (1957) y “La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo” (1956) incluidos en *Política y sociedad en una época de transición* (Paidós, Buenos Aires, 1962), capítulos iv y ix.

⁵ “El proletariado es, en la etapa de formación del capitalismo mucho más el objeto de la acción empresarial burguesa que el agente del proceso de dinamización económico-social... las consecuencias políticas de ese análisis son grandes, pues la ‘burguesía nacional’ surge

3. La tesis clásica: el corte entre vieja y nueva clase obrera

Como ya se dijo, los elementos teóricos básicos de las explicaciones sociológicas de la clase obrera latinoamericana encuentran un origen común en las elaboraciones hechas por Germani para el caso argentino.⁶ Este autor intentó el análisis del peronismo destacando sus diferencias con los fascismos europeos, con los cuales se lo identificaba corrientemente. El elemento básico de diferenciación sería justamente el apoyo concedido al peronismo por importantes sectores de la clase obrera, lo que no había sucedido con los movimientos liderados por Hitler y Mussolini y otros adalides similares, que encontraban su base de sustentación en las clases medias.

Si esto era así, no terminaban allí los problemas, por cuanto la teoría clásica del comportamiento político correlaciona positivamente la condición proletaria y el voto de izquierda. La experiencia latinoamericana, en cambio, mostraba a la clase obrera apoyando a movimientos tildados de "totalitarios" y "derechistas". Ello, según Germani, no invalidaba la hipótesis sobre la tendencia izquierdista del voto obrero, la que debe ser redefinida en situaciones estructurales especiales, como la latinoamericana.⁷

Las masas argentinas, en los comienzos de la década de 1940, eran de urbanización muy reciente, con escasa experiencia industrial, sin actividad sindical y muy limitadas posibilidades de procurárselas, ya que el movimiento obrero estaba desarticulado por las luchas internas, la represión policial y el mantenimiento de una legislación social inadecuada al grado de industrialización alcanzado. Además, no habían sido politizadas por partidos de ideología obrerista. En resumen, existía un corte entre la "vieja" clase obrera y la "nueva", que convertía a ésta en *masa disponible*, que podía responder a la acción de algún grupo elitario.

Para dichas masas, lo fundamental era adquirir conciencia de su poder e incorporarse a la vida nacional. El movimiento populista al que apoyaron —si bien, en el entender de Germani, no hizo nada por lograr modificaciones estructurales en la sociedad argentina— contribuyó a formar en las clases populares una conciencia bastante clara de su poder y significado, lo que —afirma el autor— no era posible de obtener por vías democráticas en aquella época.⁸

como la esperanza y la razón de ser del desarrollo económico y la modernización del país." F. H. Cardoso, *Empresarios industriales*, 1964, p. 82.

⁶ No es exacto que se trate de "una traslación a las condiciones de la sociedad argentina de hipótesis aplicables a otras sociedades de diferente grado de desarrollo", como sostienen Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero, *Estudios sobre los orígenes del peronismo* (Siglo XXI Argentina, Buenos Aires, 1971), p. 65. Esas hipótesis pueden ser erróneas, pero encuentran su origen en la realidad argentina y pensando en ella fueron elaboradas originalmente.

⁷ Di Tella retomaría estas ideas describiendo agudamente el modo de vida tradicional, familiar y autoritario en que se socializaron los integrantes de esa nueva clase y que los hace proclives a liderazgos autoritarios. Véase *El sistema político argentino y la clase obrera* (EUDEBA, Buenos Aires, 1964).

⁸ Como recuerdan Murmis y Portantiero, *op. cit.*, la distinción entre obremos "viejos" y "nuevos" en los orígenes del populismo argentino ha sido utilizada por los autores favorables al peronismo como movimiento revolucionario y también por sus detractores. Los prime-

También Touraine,⁹ al analizar la situación del proletariado brasileño, destacó las sustanciales diferencias que mantenía con los modelos "clásicos" europeos. Reconoció la existencia de una *nueva clase obrera*, formada por migrantes internos *no calificados* cuya presencia mayoritaria frente a una mayoría de extranjeros con formación profesional, produce modificaciones considerables en la orientación tanto del gobierno como de las empresas. Se trataría de una *clase obrera en formación*.

El rasgo de "clase obrera en formación" logró una gran aceptación en América Latina, sea bajo esa denominación u otras similares. Así, Antonio García afirma que "el proletariado ... en América Latina es una suma de capas insatisfechas y aun incoherentes, en cuanto no existe un proletariado, en el sentido orgánico e industrialista de la expresión".¹⁰ Esos grupos obreros carecerían de conciencia de su identidad social. En el mismo sentido, Pablo González Casanova afirma que el proletariado mexicano aún no se ha convertido en una "clase para sí", por lo cual sus luchas no han alcanzado su expresión más pura.¹¹

Otros usan directamente la expresión *clase en formación*,¹² sin definirla nunca claramente. Al parecer querría decir que se trata de un grupo social, constituido por individuos que teniendo una inserción más o menos similar en el sistema productivo, no perciben los intereses objetivos que derivan de su situación común y, consecuentemente, no se ven impulsados a actuar conjuntamente. Por lo tanto, se está afirmando que carecen de conciencia de clase —como sostenía García— y que como afirmaba González Casanova, no constituyen otra cosa que una "clase en sí".

Touraine considera que no es posible explicar las características de esa clase sólo por su pasado preindustrial reciente, sino que debe recordarse la importancia dinámica de la movilidad individual y el sentido colectivo de esa serie de migraciones individuales. Desde que los nuevos obreros conciben su situación como un caso de movilidad ascendente, debe considerar que también se sienten separados de la antigua clase obrera por su creencia en las posibilidades que les brinda la vida urbana y el trabajo industrial.¹³ La fusión entre actitudes antiguas y nuevas será tanto más perfecta cuanto más pronunciada sea la movilidad; el proyecto del porvenir es lo que facilita la transición del pasado al presente.

ros enfatizaron la "pureza" revolucionaria de los "nuevos", descendientes de gauchos, contra las formas políticas arcaicas y europeizantes de los "viejos".

⁹ Alain Touraine, "Industrialization et conscience ouvrière à Sao Paulo", en *Sociologie du travail*, 1961, núm. 4.

¹⁰ Antonio García, *Estructura social y desarrollo latinoamericano* (ICIRA, Santiago, 1969), p. 12.

¹¹ P. González Casanova, *La democracia en México*.

¹² Por ejemplo, Enzo Faletto, "Incorporación de los sectores obreros al proceso de desarrollo (imágenes sociales de la clase obrera)" en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. XXVIII, pp. 693 ss. También Torcuato Di Tella, *op. cit.*

¹³ Di Tella, *op. cit.*, también enfatiza la importancia de la movilidad social ascendente y muestra de qué manera ella generaría ciertas vinculaciones y similitudes de actitudes con la clase media, facilitándose así la difusión de normas y formas de actuar y pensar propias de la minoría de la población (clase media) entre la mayoría (clase trabajadora), lo que constituye un buen medio de control social.

CUADRO 8. Caracterizaciones de la "vieja" y de la "nueva" clase obrera latinoamericana^a

	Vieja clase obrera	Nueva clase obrera
A] Bases objetivas de diferenciación		
1. Origen	uropeo	migrantes internos
2. Instrucción	alta	baja
3. Relación con trabajo industrial	tiene formación profesional	no tienen calificación
4. Estabilidad en el trabajo	difícil de sustituir	fácilmente sustituibles: desprotegidos
5. Posición en proceso productivo	"casi artesanos"	"apéndices de la máquina"
6. Tipo de trabajo anterior	experiencia industrial	inexperiencia en industria, sólo tareas rutinarias
7. Relación con vida urbana y consumo	segregados del consumo conciencia de productores con experiencia urbana adaptados economía monetaria; atraídos por trabajos industriales	llegan en época de consumo masivo conciencia de consumidores sin experiencia urbana no adaptados, anómicos atraídos, por vida urbana búsqueda individual ventajas económicas
B] Orientaciones valorativas y actitudinales		
1. Sistema normativo	tienen	roto por cambio reciente
2. Intereses de clase	pueden definirlos	incapaces de definirlos
3. Defensa de sus intereses	pueden desarrollarlas	no pueden hacerlo más allá de aquellos de corto plazo y búsqueda
4. Requisitos psicosociales para el trabajo	aceptación disciplina	carecen de los requisitos básicos para el trabajo industrial
5. Solidaridad	con hábitos de trabajo organizado voluntad de progresar (?) de clase, inducida por principios ideológicos	con grupos primarios
6. Conciencia	de clase	de pobres

3] *Comportamiento político*

1. Acción

autónoma
activos
racional
tienen

heterónoma
pasivos
satisfacción emocional
no tienen
son masas desplazadas
desorientadas
disponibles
manipulables
manipuladas
adhieren a movimientos populistas

2. Organización sindical

3. Actividad política

adhieren a partidos de clase

^a Para la elaboración del presente cuadro se recurrió a los trabajos de Germani, Touraine, Leoncio Rodríguez (1969), Murmis y For-
tántiero (1971), ya citados, y Adolfo Gurrieri, *Consideraciones sobre los sindicatos chilenos* (Santiago de Chile, ILFFS, 1968).

Unida a esta característica que enfatiza el cambio, Touraine recuerda otra donde se destaca la continuidad pero que contribuye a la integración del inmigrante en el nuevo medio: conserva una parte de su *modus vivendi* tradicional, sea que haya llegado sólo o con su familia, por cuanto es recibido por parientes o antiguos vecinos, que aseguran económica y culturalmente la transición de un ambiente a otro, atenuando el choque cultural de la migración.

Destaca especialmente el "fracaso" de los viejos dirigentes obreros en integrar adecuadamente a los nuevos, en las tradiciones de la clase y en las estructuras organizacionales existentes. Este elemento también está presente en el análisis de Germani, aunque tal vez no destacado suficientemente. A partir de allí, ambos modelos presentan diferencias, que derivan de analizar dos casos diferentes, el brasileño y el argentino. Germani afirma que la incorporación de las nuevas capas obreras migrantes se realiza sin que reciban ningún tipo de convocatoria política desde el Estado, vale decir, que se enfrentan con la ausencia de canales institucionalizados a través de los cuales participan en la vida política, haciendo valer sus reivindicaciones. Hay un momento en que constituyen una *masa disponible*. Touraine, en cambio, hace notar que en el caso brasileño, los grupos obreros migrantes entran en escena en un momento de "intervencionismo social" y de expansión de los consumos, lo que favorece la canalización hacia formas de participación subordinada. En ambos casos, sin embargo, el punto final de este proceso es el mismo: la organización de los nuevos contingentes a través del aparato estatal.

Las elaboraciones mencionadas anteriormente fueron retomadas por otros autores, que las consideraron ajustadas para explicar el surgimiento y las modificaciones habidas en la clase obrera en otros países del continente. Así nació una explicación de la clase obrera, apta —según algunos— para explicar sus características en cualquier lugar del continente. Se habla de *nueva y vieja* clase obrera y se piensa que el punto de corte sería resultado de los profundos cambios habidos como consecuencia de la crisis de 1929 en las economías latinoamericanas. Leoncio Rodrigues estima que la división puede hacerse a base de tres criterios: a) la composición interna del proletariado; b) sus formas organizativas y c) el contenido político e ideológico de sus acciones.¹⁴

La "antigua" estaba formada por migrantes europeos, con una calificación artesanal relativamente alta y cierta experiencia organizativa traída de Europa. Tenían "conciencia de productores" y consideraban a la industria un instrumento de liberación, que llevaría a la constitución de una sociedad de productores libres. Se organizaron en asociaciones, en general ilegales, tendientes a la defensa de su profesión. Su ideología era anarcosindicalista y socialista y se orientaron a la acción directa, siendo frecuentes los actos de violencia, que en muchos casos —como recuerda Cardoso— eran una clara muestra de su debilidad y de su escaso poder negociador.

En cambio, la clase obrera que se constituye como consecuencia del impulso industrializador está constituida por migrantes internos de origen agrícola, con baja calificación y sin experiencia industrial previa. Tienen "conciencia de

¹⁴ Leoncio M. Rodrigues, *La clase obrera en el Brasil* (CEDAL, Buenos Aires, 1969).

consumidores" y consideran a la industria como la vía que les permite integrarse a la vida urbana. Serían la masa de maniobra de diversos gobiernos populistas, que practicarían a su respecto el asistencialismo estatal, mediante la organización de sindicatos burocráticos de masas, legales por supuesto, orientados a promover el bienestar social. Como no han tenido oportunidad de vivir un proceso de aculturación que los capacite adecuadamente para la vida urbana, mantienen formas de comportamiento y actitudes de corte tradicional, señaladas principalmente por el autoritarismo en que se han socializado y que recrean en la figura del líder carismático (sea Vargas o Perón) en el cual ponen sus esperanzas y al que atribuyen todas las conquistas.

A partir del conjunto de elaboraciones presentadas es posible generar un cuadro en el que se resuman las características atribuidas a los sectores "viejo" y "nuevo" de la clase obrera. Por supuesto, cabe recordarlo, no todos los autores han mencionado cada uno de los elementos que aquí se presentan. Sin embargo, la mayoría de ellos aparecen repetidamente en los trabajos sobre el tema y cuando no están explícitamente reconocidos, puede rastrearse, sin embargo, su presencia subyacente. Asimismo, véase que la caracterización de una y otra clase obrera tiene consecuencias bien diferentes para el desarrollo, que podrían resumirse en la oposición entre "productores" y "consumistas".

Di Tella retomaría las tesis clásicas sobre el corte al interior de la clase obrera, pero ya no como dos momentos en el tiempo, sino coexistiendo como dos estratos. El *alto* estaría formado por individuos más educados y calificados, con capacidad de ser dirigentes y que interpretan en forma autónoma los intereses de la clase; tienen mayores posibilidades de movilidad social y por tanto están más cercanos a la clase media, de la que han internalizado sus valores, lo que dificulta tanto su comunicación con el resto de la clase obrera como la comprensión de sus problemas. El *estrato bajo*, en cambio, estaría constituido por individuos con bajo nivel cultural, escasa calificación, tendencia a la personalidad autoritaria, perspectiva social confusa y tendencia a participar en fenómenos de masas (donde existe la ilusión de una participación directa, no mediada por organización alguna). Como se ve, se trata nuevamente de las ideas respecto a la nueva y vieja clase obrera, aunque ya no presentadas como dos momentos en el tiempo, sino coexistiendo en el mismo momento, como dos estratos.

Esta distinción se ejemplificaría posteriormente en uno de los trabajos empíricos más importantes realizados en América Latina sobre el tema: *Huachipato y Lota*.¹⁵ Estos dos complejos industriales, siderúrgico el primero, carbonífero el segundo, ubicados ambos en las cercanías de la ciudad de Concepción (Chile) tienen su personal integrado respectivamente por individuos pertenecientes al estrato alto y al estrato bajo de la clase obrera según la ya referida distinción de Di Tella.

¹⁵ Véase Torcuato Di Tella, Lucien Brams, Jean-Daniel Reynaud y Alain Touraine, *Huachipato et Lota. Etude sur la conscience ouvrière dans deux entreprises chiliennes* (Centre National de la Recherche Scientifique, París, 1966).

CUADRO 9. *Características de la clase obrera en dos industrias chilenas*

	<i>Huachipato</i>	<i>Lota</i>
Palabra clave de la empresa	Racionalidad	Orden
Grado de educación	Alto	Bajo
Grado satisfacción trabajo	Alto	Bajo
Grado satisfacción salario	Alto	Bajo
Deseo central	Ascenso en empresa	Independencia

Probablemente esta distinción, que correspondería respectivamente a los sectores monopolista y competitivo de la economía, sea el antecedente más cercano de algunas de las explicaciones de la marginalidad social en América Latina que describen al sistema económico dependiente como expulsor de mano de obra de su sector dinámico (monopolista).

4. *El estado actual del problema*

Como ya se dijo, la preocupación por la clase obrera latinoamericana se vuelve importante en la literatura sociológica no por sí misma, sino ante todo por las relaciones que, en un comienzo, se establecieron entre ella y ciertos movimientos políticos populistas. Ello hace que el tema en sí adquiera contornos muy conflictivos y que diversos autores hayan intentado encontrar similitudes y diferencias entre los sectores obreros de antes y después de 1930-1940, impulsados no sólo por el afán de discutir los caracteres mismos que dichos grupos presentan, sino también por el deseo de poder fundamentar adhesiones políticas favorables o contrarias a los movimientos mencionados, todo lo cual hace dificultoso muchas veces distinguir adecuadamente al interior de una literatura farragosa, los argumentos válidos en pro y en contra de las diferentes tesis.

Hay que llamar la atención, ante todo, de que en muchas ocasiones los intentos de caracterizar dos clases obreras latinoamericanas incurren en contradicciones llamativas.

Por un lado, se recuerda la mayor instrucción de los migrantes europeos respecto de los nativos, como también la tradición cultural que aquéllos conservarían. Por otro, sin embargo, se sostiene que en buena proporción la clase obrera de la época estaba constituida por niños de poca edad (y por mujeres) y, asimismo, que los grupos dominantes no se preocupaban siquiera de obtener su voto por cuanto eran en su mayoría analfabetos (y, por ello carecían de derechos cívicos según la legislación vigente).

El análisis de los censos de la época no permite afirmar la existencia de diferencias culturales considerables entre los extranjeros inmigrantes y los nativos. En cuanto a la mayor experiencia urbana de los europeos también es dudosa por cuanto el grueso de la migración trasatlántica estaba constituido por antiguos habitantes de regiones europeas agrícolas deprimidas y no por grupos humanos que hubieran tenido previamente experiencias de tipo industrial.

Asimismo, parece poco coherente que, por un lado, se afirme la afiliación a las ideologías más radicales de la época (socialismo, anarcosindicalismo), el rechazo a la sociedad capitalista, la "conciencia de productores" y la aceptación de la utopía de construir una sociedad igualitaria, mientras que inmediatamente se explican otras características sosteniendo que sólo buscaban la oportunidad de "hacer la América". Es muy probable que la ideología de los obreros industriales de la primera época no fuera demasiado coherente, pero indudablemente ello no autoriza a que tampoco lo sean las explicaciones que la toman por base. No puede atribuirse al mismo conjunto de sujetos, unas veces su intención de obtener determinada movilidad social vertical mediante la aceptación y utilización del sistema capitalista vigente y, al mismo tiempo, sostener que renegaban de dicho sistema y querían su destrucción, recurriendo incluso a métodos violentos.

Además, se afirma la "conciencia proletaria" de los obreros "viejos" a partir de que se conoce que las antiguas organizaciones sindicales se formaron en torno a ideologías revolucionarias. Pero mientras no se conozca la adhesión que tales organizaciones reclutaban, no es válido generalizar su ideología al conjunto de la clase obrera. Podría ser que ella fuera sustentada por los líderes, pero que no la compartieran sus seguidores. Incluso ante ejemplos empíricos de elevadas correlaciones entre obreros y voto socialista, cabría preguntarse si ello se debe a la conciencia de clase de los trabajadores o a que los partidos de izquierda practicaban ciertos mecanismos de corte "populista". Ejemplos contemporáneos podrían citarse sin demasiado esfuerzo.

Las primeras elaboraciones sociológicas en torno al tema versaron sobre la clase obrera argentina. Rápidamente, sin embargo, diversos autores generalizaron al resto del continente las conclusiones que Germani y otros adelantaron para aquel país. En varios trabajos recientes se ha llamado la atención sobre los peligros inherentes a la extensión indiscriminada de hipótesis que cuentan con cierto apoyo empírico en algunos países (especialmente en aquellos que lograron avanzar más temprano y profundamente en la etapa de sustitución de importaciones), a otros que o no avanzaron en dicha etapa o, habiéndolo hecho, tienen características sumamente diferentes, que obligan a explicar la evolución de su clase obrera de manera alternativa.

En el caso de Chile, por ejemplo, varios estudios han destacado las imperfecciones que las hipótesis clásicas tendrían para explicar el proletariado chileno y sus características. Una encuesta permitió apreciar que la dimensión migrante-no migrante no discrimina respecto a las opiniones sindicales y políticas de los obreros entrevistados. Las conductas y actitudes de los oriundos de otras comarcas no se diferencian de los propiamente urbanos.¹⁶ Otro estudio sostiene que para el caso chileno la distinción entre vieja y nueva clase obrera no es válida. Si bien hay una migración interna importante, que se encuentra en la capital del país, puede verse que la ocupación anterior de dichos trabajadores no fue necesariamente rural ni aun en el caso de que provinieran direc-

¹⁶ Cf. Víctor Nazar, *Los obreros en Chile. Resultados de una encuesta* (Valparaíso, 1973). La encuesta fue diseñada por Alain Touraine y realizada bajo los auspicios de la Universidad de París y el ILPES, y se aplicó a 920 obreros de 68 empresas industriales.

tamente de zonas agrícolas y no de pueblos o ciudades de provincia.¹⁷ Se trata de individuos que tienen una educación superior a la promedial en el ámbito rural chileno. Además, se puede sostener que incluso durante su vida en el campo eran asalariados sin ligaduras a la tierra, estando integrados a una economía de mercado.¹⁸ Consecuentemente falta el supuesto fundamental para derivar las consecuencias actitudinales y de comportamiento que permiten establecer distinciones al interior de la clase obrera. Aunque haya un nuevo proletariado, no es posible atribuirle un comportamiento tradicionalista y autoritario, basándose en su hipotético (e inexistente en la práctica) origen rural. La mano de obra chilena se compondría principalmente de contingentes urbanos: un subgrupo sería fruto del traspaso del sector artesanal al fabril; los puestos calificados que exigen una preparación más dilatada habrían sido provistos con individuos provenientes de la clase media baja; y, recordando que Santiago era una ciudad con un volumen demográfico considerable *antes* de que el sistema económico chileno evolucionara hacia la etapa de "desarrollo hacia adentro", es probable que otro subgrupo importante de los nuevos obreros provenga de ese sector con una dilatada actuación urbana. Asimismo, debe recordarse que buena parte del flujo migratorio interno debe haber sido absorbido por el crecimiento del sector terciario.

Gurrieri anota que probablemente al hiato ciudad-campo, en el que se sustentan las diferencias enunciadas, es más reducido en el caso chileno. En su investigación dicho autor encontró que no hay rechazo sociocultural para el migrante interno y que incluso puede afirmarse la existencia de una relativa homogeneidad sociocultural de los sectores obreros chilenos a través de los cambios: la antigua clase obrera (minera) fue el fruto de la migración interna hacia los yacimientos nortinos. Cuando se produjo la decadencia del salitre esos trabajadores emigraron hacia el sur y se convirtieron en los migrantes que —de acuerdo al esquema que se comenta— constituían la "nueva" clase obrera. Cumplieron entonces un papel importante, manteniendo el contacto cultural entre el campo y la ciudad e incluso fueron el canal por el cual se transmitió la experiencia de las luchas obreras.

La consecuencia de la formación nacional de los sectores obreros chilenos y de su relativa homogeneidad cultural, es la constitución de un movimiento obrero autónomo, basado en una experiencia común y solidaria.

Respecto al Brasil se pueden formular apreciaciones similares. Hutchinson ha comprobado que la migración campo-ciudad adopta el modelo que se ha denominado *step by step migration*, gracias al cual son muy infrecuentes los pasajes desde la situación tradicional típica de las zonas rurales más atrasadas, al modernismo de las grandes urbes y de la industria de vanguardia. Weffort, por su parte, ha realizado una recopilación de datos de diversa índole que fundamenta sólidamente el mismo criterio.¹⁹

¹⁷ Adolfo Gurrieri, *op. cit.*

¹⁸ Nazar, *op. cit.*

¹⁹ Véase Bertram Hutchinson, "The migrant population of Urban Brazil", en *América Latina*, año 6, núm. 2 (abril-junio 1963). Y Francisco C. Weffort, *Clases populares e desenvolvimento social* (Santiago de Chile, ILPES, 1968), pp. 126 ss.

En el caso del Uruguay, los escasos datos disponibles sobre migraciones internas y las características de los individuos que las practican permiten llegar a conclusiones similares; el migrante realiza escalas intermedias antes de animarse a afrontar la metrópoli.²⁰ Y cabe suponer que en cada uno de esos pasos va sufriendo reacomodaciones que le permiten despojarse de su estructura normativa originaria y conformar otra más adecuada al nuevo medio en que desarrollará sus actividades.

También para la Argentina, varios trabajos recientes han puesto en tela de juicio la validez de las hipótesis clásicas, criticándolas tanto desde el punto de vista teórico, como presentando evidencia empírica que contrariaría la utilizada por Germani.²¹

No es posible extenderse en una presentación detallada de dicha polémica, principalmente porque sus argumentos básicos tienden a fundamentar perspectivas diferentes en torno al movimiento peronista. Sin embargo, conviene recordar que Germani, ha argumentado sólidamente, a base de nuevos datos, respecto a la validez de sus primeras comprobaciones, refutando varias de las observaciones que se le hacían.²²

Sostiene, en fin, que "en 1947, la clase trabajadora (de Buenos Aires) estaba formada por un 27 por ciento de nativos (de esa ciudad) y un 73 por ciento de migrantes: el 57 por ciento eran 'nuevos' ... y el 16 'viejos'. Aun suponiendo que un año antes (en 1946) la proporción fuese algo menor, más de la mitad de la clase obrera estaba constituida por migrantes 'recientes' en su mayor parte con menos de 5 años de residencia urbana".²³ Además, "en 1947 la mayoría de los migrantes internos en Buenos Aires (provincia y Capital Federal) provenía de las provincias y territorios menos desarrollados (62 por ciento) ... Las tasas de emigración más altas del país que se observan en 1947, se localizan en la región 'periférica' (o más subdesarrollada, que 'conserva gran parte de lo que fue la sociedad previa a la inmigración europea', ya que sólo una minoría de extranjeros se radicó allí), de la cual habían emigrado entre un tercio y el 45 por ciento de los que nacieron en ellas".²⁴

Sin embargo, se ve obligado a introducir modificaciones en su planteo teórico. Encuentra que la mayoría de esos migrantes proceden de ciudades chicas

²⁰ Néstor Campiglia, *Migraciones internas en el Uruguay* (Universidad de la República, Montevideo, s.f.).

²¹ Véase Peter Smith, "The social base of Peronism" en *Hispanic American Historical Review*, 52, 1972, pp. 55-73; Peter Snow, "The class basis of Argentine political parties", en *American Political Science Review*, 63, 1969, pp. 163-167; P. H. Smith, "Social mobilization, political participation and the rise of Juan Peron", en *Political Science Quarterly*, 84, 1969, pp. 30-49; Eldon Kenworthy "The function of little known case in theory formation" en *Comparative Politics*; Miguel Murmis, Juan C. Portantiero, *op. cit.*; Mónica Peralta Ramos, *Etapas de acumulación y alianza de clases en Argentina* (Siglo XXI, Buenos Aires, 1972); Dario Cantón, *La política de los militares argentinos* (Siglo XXI, Buenos Aires, 1971) y *Elecciones y partidos políticos en la Argentina* (Siglo XXI, Buenos Aires, 1973), etc.

²² Véase Gino Germani, "El surgimiento del peronismo: el rol de los obreros y de los migrantes internos", en *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, vol. 13 (octubre-diciembre, 1973), pp. 435-488.

²³ *Ibidem*, p. 452.

²⁴ *Ibidem*, p. 453.

y pueblos, pero distingue entre lugar de residencia rural y ocupación rural y recuerda que "hasta 1947, el sector primario en departamentos con pueblos y ciudades entre 20 000 y 50 000 habitantes absorbía un 52 por ciento de la PEA; incluso en los departamentos con pueblos y ciudades de entre 20 000 y 50 000 habitantes, la agricultura concentraba cerca del 40 por ciento de la población". Ello coincide con estudios por muestreo realizados en Buenos Aires que indican que la última ocupación de los padres de los jefes de familia consultados era agrícola o ganadera en un 40 por ciento.²⁵

Asimismo, recuerda Germani que "la actividad agrícola no es la única experiencia de trabajo 'no industrial' o 'no moderna'. Ni tampoco necesariamente la agricultura ha de ser 'no moderna'. En realidad, los asalariados de las economías agrarias en el capitalismo desarrollado no difieren mucho de los obreros industriales urbanos, desde el punto de vista de su 'conciencia' proletaria".²⁶ Ello obliga a determinar el grado de desarrollo del ámbito socioeconómico en las ocupaciones previas a la migración en todas las ramas de actividades. El elevado porcentaje de migrantes de origen agrícola, ya muestra —para Germani— una alta proporción de atraso premigratorio. Las relaciones de trabajo en el sector agrícola, pese al origen comercial de éste, eran a menudo arcaicas y ello determinó la experiencia laboral de los migrantes. Germani encuentra entre quienes habían trabajado anteriormente en los sectores secundario y terciario un origen similar en cuanto al nivel de modernización en el estilo de vida y en la experiencia laboral: "eran pequeños artesanos, tenderos, todo tipo de intermediarios menores, propietarios independientes que trabajan solos o con sus familias, obreros asalariados en artesanías, pequeñas industrias, empresas familiares de comercio o servicios, empleados domésticos, changarines o peones que trabajaban ya sea en empleos agrícolas o no agrícolas, campesinos golondrina y otros".²⁷ La crisis de 1930 y la reducción que sufre la agricultura argentina en 1938 habría afectado súbitamente la situación de este sector arcaico, produciendo una restricción importante del mercado interno y un desempleo intenso. Por todo lo anterior Germani concluye que "la gran mayoría de los migrantes internos era gente cuya situación previa se caracterizaba por un estilo de vida y una experiencia laboral no industriales y menos modernos, tanto en el sector agrícola como en el no agrícola".²⁸

Luego, los rápidos cambios socioeconómicos y socioculturales vividos por el país entre 1930 y 1945 produjeron "un desplazamiento importante de la población, modificando sustancialmente la composición de las clases bajas y arrojándolas a experiencias de trabajo, estilos de vida y contextos sociales enteramente nuevos".²⁹

Esos nuevos trabajadores no estaban agremiados. El grueso de la clase obrera no lo estaba. Establecieron una relación directa con su líder carismático no fundada en conciencia obrera y sin mediación de organización de clase al-

²⁵ *Ibidem*, pp. 455 y 456.

²⁶ *Ibidem*, p. 456.

²⁷ *Ibidem*, pp. 456-457.

²⁸ *Ibidem*, p. 457.

²⁹ *Ibidem*, p. 467.

guna, lo que quedó patente en la jornada del 17 de octubre, que constituye la culminación de un largo proceso de irrupción de los nuevos sectores sociales en la vida política. Todo el movimiento en las calles fue el fruto de la acción de los obreros nuevos. La cultura política que poseían los llevaba a actuar como lo hicieron en ese día, en un movimiento colectivo, espontáneo, de adhesión al caudillo.

Pero también debe recordarse el papel que les correspondió en las elecciones. Eran los únicos que votaban.³⁰

Es claro entonces que Germani reformula algunas de sus apreciaciones primeras sobre las características de la nueva clase obrera argentina. Había sostenido que estaba marcada por su proceso de urbanización reciente, que su falta de experiencia en la vida urbana impedía que se comportara políticamente como cabría esperar en el modelo clásico. En definitiva, su origen rural cercano era el responsable de su tradicionalismo. En su último trabajo, sin embargo, el ámbito del cual provienen los sujetos con comportamientos tradicionales no queda reducido a lo exclusivamente rural (incluso podría ser que pese al pasado rural, no fueran tradicionales), sino que abarca a un amplio conjunto de grupos sociales de trayectoria urbana. Esta ampliación del ámbito "tradicional", anularía como es obvio algunas de las puntualizaciones formuladas anteriormente por varios autores respecto a la inaplicabilidad de la distinción entre nueva y vieja clase obrera a otros países del continente, especialmente Chile. Sería necesario por lo mismo discutir más extensamente su validez. Recurriendo a otra obra del autor, *Política y sociedad en una época de transición*, puede apreciarse que allí se define la sociedad tradicional, como una sociedad típicamente precapitalista y resulta evidente que los nuevos grupos sociales incorporados por Germani, como dotados de un comportamiento tradicional, no apto para desenvolverse adecuadamente en la vida urbano-industrial, distan mucho de ser precapitalistas.

5. Inserción estructural y comportamiento obrero

Se ha destacado también que las peculiaridades del desarrollo socioeconómico de diversas regiones latinoamericanas han dado lugar a la generación de grupos obreros con características diferentes a las "clásicas". Es interesante presentar sumariamente esas diferentes situaciones en que se generaría una clase obrera *lato sensu*,³¹ a efecto de poder apreciar las sustanciales diferencias de comportamiento y actitudes que pueden preverse a partir de diferentes inserciones estructurales.

Normalmente se considera que el proceso de industrialización es la condi-

³⁰ Los obreros extranjeros, por más asimilados que estuvieran, no votaban. La formación del Partido Laborista que varios autores destacan como demostración de la existencia de un proyecto sindicalista autónomo, se dio luego e inmediatamente del 17 de octubre y desapareció rápidamente, una vez logrado el éxito electoral por Perón, sin ninguna resistencia, lo que demuestra que el apoyo recibido estaba destinado al líder y no a la organización.

³¹ Recuérdesse lo ya anotado respecto al ámbito de validez del concepto de clase obrera.

ción *sine qua non* del surgimiento de los grupos obreros. Sin embargo, debe recordarse que en América Latina ello no es totalmente cierto. Pueden encontrarse sectores obreros sin que se haya dado o esté dándose la industrialización. Tanto en las explotaciones mineras como en las plantaciones hay condiciones para la aparición de situaciones de clase muy similares a las propias de la organización industrial. Durante todo el período de "crecimiento hacia afuera", es posible hallarlas en algunos países. Así, en los yacimientos salitreros chilenos se encuentran importantes grupos de trabajadores mineros que constituyen una clase obrera en formación. En los países de economía de plantación se producen concentraciones de trabajadores con características cuasioperarias. Sin embargo, como recuerda Gurrieri si bien no debe darse excesiva importancia a la industrialización como condición para el surgimiento de la clase obrera, tampoco hay que olvidar que sólo con el desarrollo industrial y con el creciente peso específico que dicha actividad adquiere en el conjunto de la economía, los sectores obreros se convierten en un elemento indispensable para la constitución de alianzas políticas.

Fernando H. Cardoso y Enzo Faletto, han descrito la forma por la que las explotaciones mineras se convierten en enclaves económicos, en manos de empresarios extranjeros, más ligados a las metrópolis capitalistas para las cuales producían que al propio país en el cual se asentaban. El enclave necesitaba, es cierto, un conjunto de servicios (transporte, almacenaje, etc.) que complementarían la tarea básica de extracción y elaboración del mineral, lo que obligaba a una cierta densidad de mano de obra en la zona, constituida en proporción elevada, por migrantes rurales ("enganchados") sin calificación profesional alguna, junto a un pequeño grupo de trabajadores calificados. Consecuentemente, las relaciones de poder se establecían entre un grupo empresarial muy unido y coordinado y una masa de migrantes sin calificación profesional.³²

Pese a la descripción anterior no debe pensarse que los mineros del salitre carecían de fuerza suficiente como para presionar en defensa de sus reivindicaciones. Por el contrario, su situación era bastante mejor que la propia de los obreros típicamente industriales de la época.

Como recuerda Rodrigues,³³ durante el período anterior a 1930 los obreros industriales se concentraron en las ciudades, pero esta localización no era tan estratégica como podría pensarse dada la escasa importancia económica de las actividades urbanas en una economía que se basaba principalmente en la agroexportación. La industrialización era incipiente y, por eso mismo, sus trabajadores constituían un grupo minoritario en el conjunto de la población. Ello, unido a la abundancia del trabajo infantil y femenino y a la elevada tasa de analfabetismo (que quitaba el derecho a voto), hacía que no interesaran siquiera como masa electoral. El proletariado era marginal en la sociedad, como lo era también la burguesía a la que debía enfrentar, y ambas cosas en definitiva no eran más que el corolario de la marginalidad que la actividad industrial mantenía respecto al resto de las actividades productivas. Por ello los con-

³² Gurrieri, *op. cit.*

³³ Leoncio M. Rodrigues, *op. cit.*

flictos se centraban en la misma empresa, quedando reducidos al terreno puramente fabril.

La situación de los mineros chilenos era diferente. Mientras los obreros de los países del Atlántico (Argentina, Brasil, Uruguay) carecían de poder, justamente porque la actividad industrial era insignificante a los efectos del sistema económico nacional, dedicado fundamentalmente a producir bienes primarios para el mercado internacional, el estado chileno dependía de sus exportaciones de cobre, lo que colocaba a los mineros en el centro de la economía del país, haciendo que su comportamiento fuera básico para que ese flujo financiero siguiera manando. Además, tenían a su favor el sentimiento nacionalista, que colocaba de su parte a sectores de la opinión pública que reaccionaban ante el hecho de que los propietarios de los yacimientos fueran extranjeros. Todo ello conducía a que los mineros comenzaran a sentir al Estado nacional como una institución que podría ayudarlos en sus reivindicaciones.³⁴

Asimismo, la baja calificación generalizada hacía que las reivindicaciones fueran uniformes y no produjeran fracturas en el conjunto del grupo obrero. La ausencia de "privilegios profesionales" que defender, era un factor que conducía a la unificación del grupo. A ello contribuía el relativo aislamiento en que vivían: segregación al interior de la comunidad constituida por la empresa y segregación, al mismo tiempo, del enclave respecto al resto del país. Todo contribuía al establecimiento de fuertes "tradiciones de clase" y de lucha en esos grupos.

II. LOS GRUPOS MARGINALES

1. El término "marginalidad". Orígenes y usos

Como sucede frecuentemente con aquellos términos que adquieren cierto status académico o que consiguen impactar al gran público, el signifiante "marginalidad", de gran utilización en América Latina en escritos de todo tipo a partir de fines de la década del cincuenta, encubre significados muy diversos. Ello dificulta el intento de presentación de lo que se busca designar mediante su uso.

Sin embargo, puede afirmarse que se nutre en dos vertientes teóricas diferentes que no guardan relación alguna entre sí. Por un lado, es posible encontrar autores que responden a la que podría denominarse teoría del hombre marginal o de la personalidad marginal. Por otro lado, con él se hace referencia a una teoría de la "situación social marginal".³⁵ En este capítulo interesa la segunda de las orientaciones mencionadas, siendo las referencias a la otra,

³⁴ Cf. Gurrieri, *op. cit.*

³⁵ Cf. Aníbal Quijano, *Notas sobre el concepto de marginalidad social* (Santiago, CEPAL, 1966), p. 1.

sólo circunstanciales y buscando, antes que nada, poner de relieve las diferencias que existen entre ambas.

Se hará la presentación cronológica mostrando, dentro de lo posible, la manera en que unas concepciones y utilizaciones del concepto van dando lugar a críticas e intentos de superación. Pese a ello, obviamente, en el momento actual es posible hallar estudios que responden a todas y cada una de esas diversas etapas, lo que por otra parte, resulta inevitable.

2. La teoría del hombre marginal

Esta elaboración fue introducida en la sociología norteamericana por la escuela de Chicago, a través de Robert E. Park³⁶ y Everett Stonequist,³⁷ quienes analizaron al "hombre marginal" entendiendo por tal al sujeto que está "condenado por su suerte a vivir en dos sociedades y en dos culturas, no sólo diferentes, sino antagónicas".³⁸ Se trata de individuos que, actuando en situaciones de conflicto cultural, participan de la cultura dominada, sintiendo simultáneamente atracción y repulsión por la dominante.

Sugestivamente, Park y Stonequist valorizaban muy positivamente esos casos, por cuanto entendían que debido a su peculiar posición intermedia entre dos culturas, tales sujetos eran potencialmente innovadores. Sin duda, sería posible establecer parentescos con las teorías que han intentado descubrir en rasgos valóricos o actitudinales de grupos religiosos, los orígenes de profundos cambios estructurales, como es el caso de los protestantes en el surgimiento del capitalismo.

Como se ve, los autores de la escuela de Chicago se interesaron más por los aspectos psicológicos del "hombre marginal" que de la situación de marginalidad en sí misma. No es del caso analizar aquí las razones que los llevaron a preocuparse por el tema, ni repetir las muchas críticas a su esfuerzo.³⁹ Sin lugar a dudas, el vertiginoso crecimiento que por entonces alcanzaba Chicago, puso de relieve el tema. Además, buena parte del incremento demográfico de esa ciudad se debía a flujos migratorios internacionales que hacían convivir a individuos procedentes de diversas partes del mundo y con bagajes culturales muy diferentes.

Como se recuerda, también Adorno y sus colaboradores recurrieron al término al enunciar su teoría de la "personalidad marginal".⁴⁰ Pero tampoco allí encontrarían los latinoamericanos la inspiración para la utilización de la expresión "marginalidad", aunque haya habido autores que en ella se inspira-

³⁶ Robert E. Park, "Human migration and the marginal man", en *American Journal of Sociology*, núm. 33 (mayo 1928), pp. 881-893.

³⁷ Everett V. Stonequist, *The marginal man* (Nueva York, 1937). La introducción fue redactada por Robert E. Park.

³⁸ Robert E. Park en la introducción ya mencionada.

³⁹ Excelentes presentaciones críticas de los trabajos de esta vertiente pueden encontrarse en Aníbal Quijano, *op. cit.* y muy especialmente en José Nun, Miguel Murmis y Juan Carlos Marín, *Investigación sobre la marginalidad social y política en América Latina. Objetivos generales y plan de trabajo: informe preliminar* (Santiago, 1966, inédito).

⁴⁰ Theodor W. Adorno et al., *The authoritarian personality* (Nueva York, 1950).

ran. El ejemplo de Peter Heintz es relevante al respecto. Sin embargo, las concepciones citadas no han tenido la difusión de otras, y cuando en el continente se habla de "marginalidad" no es a ellas a las que se hace referencia, ya que como recuerda Quijano, "la preocupación actual sobre el tema de la marginalidad" por lo menos en América Latina y más específicamente, en la tendencia predominante, "se desarrolla independientemente de la teoría de la personalidad marginal y se inscribe en un marco problemático distinto", ya que "se refiere más bien a los grupos sociales que a los individuos".⁴¹

3. *La marginalidad latinoamericana*

Es posible afirmar que en los comienzos de su utilización en América Latina, la marginalidad era simplemente una generalización empírica de ciertas situaciones consideradas similares por una u otra razón, siendo los intentos destinados a asignarle determinado estatuto teórico bastante posteriores.

Puede resultar de utilidad hacer una somera presentación de las diferentes maneras en que el término fue utilizado.

a] *La concepción ecológica.* A consecuencia de la rápida urbanización que se dio en la región durante la década de 1950 e incluso antes, comenzaron a ser notorias ciertas aglomeraciones urbanas formadas por viviendas improvisadas y sobre terrenos ocupados ilegalmente. La ubicación de dichas viviendas "al margen" de lo que se consideraba el núcleo urbano, permitió aplicarles la designación genérica de "marginales".

Pero no tardó en percibirse que las condiciones de vida deplorables detectadas en esos barrios, existían también en los conventillos, cités, corralones o como quiera que se designe en cada país a ese tipo de habitación deteriorada en que se hacían familias de escasos recursos, aunque estuvieran ubicados a veces en el centro de la ciudad. Consecuentemente se empezó a incluir tales agrupamientos bajo el manto de la "marginalidad".

b] *La concepción social.* Pronto la expresión fue utilizada también para hacer referencia a las condiciones de trabajo y de vida de la población que residía en las áreas ecológicas anteriormente mencionadas. Recuerda Quijano que "los mayores problemas en el uso del término se suscitaron cuando a la noción de marginalidad así acuñada empíricamente se fue agregando, por simple extensión, la condición social misma de los propios habitantes de estos poblamientos y viviendas".⁴²

La marginalidad comenzó a ser percibida también en otros aspectos tales como la participación sindical y política. Se enfatizó repetidas veces la falta total de influencia en la toma de decisiones a cualquier nivel.

c] *La marginalidad como ciudadanía limitada.* Guillermo Rosenbluth⁴³ y otros después de él, recurrieron a las elaboraciones de T. H. Marshall en torno

⁴¹ Aníbal Quijano, *op. cit.*, p. 6.

⁴² Aníbal Quijano, *op. cit.*

⁴³ Guillermo Rosenbluth, *Problemas socioeconómicos de la marginalidad y la integración urbana* (Santiago, 1963).

a la noción de ciudadanía,⁴⁴ entendida no sólo en el aspecto político sino como el conjunto de derechos civiles, políticos, económicos y sociales que corresponden a todo miembro de la sociedad, considerando que cualquier limitación en el disfrute y ejercicio de dichos derechos coarta la ciudadanía. Los grupos marginales serían, de acuerdo a esta concepción, aquellos sectores de la sociedad que sufren recortes más o menos importantes en sus derechos, a consecuencia de lo cual se ven impedidos de participar en el proceso de desarrollo económico y no pueden, consiguientemente, aprovechar las oportunidades de movilidad ascendente existentes en la sociedad.

Esta misma orientación se encuentra, en ocasiones, en trabajos de CEPAL, para hacer referencia a la situación de las poblaciones marginales, en especial rurales, que no participan de las instituciones propias del Estado-nación.⁴⁵

d] *La extensión del término al ámbito rural.* El paso siguiente consistió en la pérdida del anclaje urbano que hasta entonces había mantenido el concepto. Es antigua la opinión de que no era patrimonio de la ciudad el tener porciones importantes de su población viviendo en las condiciones mencionadas. Puede rastrearse desde el siglo pasado la preocupación por los expulsados del campo. Pero en general no se les aplicaba el término "marginal". Tal vez Pablo González Casanova haya sido uno de los primeros en extender su uso a ese ámbito.

En este sentido afirma que "es conveniente precisar cómo el marginalismo, que se da en las ciudades bajo formas por demás impresionantes, características del modo de vivir en las zonas de tugurios y los 'cinturones de miseria', es un fenómeno que tiende, sin embargo, a asociarse de una manera muy estrecha a la vida rural. La sociedad marginal es predominantemente rural".⁴⁶

e] *La concepción cultural.* Asimismo y a veces como causa de su situación ecológica y social, se empezaron a destacar ciertas características peculiares de esos grupos, como la organización familiar, los valores, las actitudes, etc. Fue especialmente en aquellos países en que la población se compone de individuos con orígenes étnicos diferentes, donde las teorías que hablaban de la "superposición cultural" encontraron mayor campo de penetración. Ello no obstante, incluso en naciones muy diferentes pudo sustentarse la misma teoría, diferenciando sectores de la población que por su origen rural, al migrar a las ciudades estaban incapacitados, o, mejor dicho, poco preparados para la vida urbana, por lo que terminaban ubicándose en áreas ecológicas marginales y soportando sus condiciones sociales.

Dentro de la posición culturalista no debe olvidarse la vinculación que muchos autores han realizado entre la marginalidad y la "cultura de la pobreza", según la difundida concepción de Oscar Lewis. Incluso recientemente se ha

⁴⁴ T. H. Marshall, *Citizenship and social class*, Cambridge University Press, 1950.

⁴⁵ Comisión Económica para América Latina, *El desarrollo social de América Latina en la postguerra* (Solar-Hachette, Buenos Aires, 1963).

⁴⁶ Pablo González Casanova, *La democracia en México* (Era, México, 1965), p. 63. Preocupaciones de esta especie pueden encontrarse también en la obra de CEPAL, *El desarrollo social*, y Marshall Wolfe, *Recent changes in urban and rural settlement patterns in Latin America: some implications for social organization and development* (Universidad de Pittsburgh, 1966).

vuelto a afirmar que la pobreza "sigue" siendo el único criterio objetivo a que tiene derecho la experiencia directa y que autoriza tal vez todas las interpretaciones e inferencias que jalonan la literatura sociológica sobre el tema".⁴⁷ Sin embargo, no podría sostenerse que sólo los marginales son pobres. Hay todo un conjunto de grupos sociales que comparten situaciones de mayor o menor pobreza, pero no todos ellos quedan incluidos en la categoría "marginalidad", tal como se la usa habitualmente en América Latina.⁴⁸

En cuanto a la teoría de la "cultura de la pobreza" en sí misma, podría recordarse su orientación psicologista que la aleja bastante de aquellas concepciones de la marginalidad que acentúan los aspectos estructurales.

4. La teoría de DESAL y la superposición cultural

Cuando el tema alcanza popularidad y se convierte en uno de los más frecuentados de la literatura sociológica latinoamericana, pueden encontrarse dos enfoques básicos en su abordaje: el primero, de índole culturalista; otro, que en realidad adquiere dos formas bastante diversas, una estructuralista y otra que se inspira en el marxismo.

Dentro de las versiones culturalistas sobre la marginalidad la que logró mayor difusión fue, sin duda, la debida al Centro Para el Desarrollo de América Latina (DESAL),⁴⁹ dirigido por Roger Vekemans. En dicha concepción los grupos marginales se caracterizarían por:

a) Su falta de participación "pasiva" o "receptora", esto es, no participan "de la finalidad, de las normas, de los valores, de los medios ni de la división del trabajo en la base social". La teoría considera a la sociedad como sede de recursos y beneficios. Los bienes constitutivos de la sociedad global no son recibidos por los grupos marginales.

b) Su falta de participación "activa" o "contributiva": no aportan nada a la solución de los problemas sociales, ni siquiera cuando éstos les afectan directamente y comprometen su propio bienestar. Sólo sirven como masa de maniobra, como clientela electora!

c) Su falta de acceso a las decisiones que afectan su propio destino, a conse-

⁴⁷ Welnes Benjamin, *Hacia una síntesis dialéctica de la marginalidad* (Santiago, ILPES, 1971).

⁴⁸ Cf. Gino Germani, *op. cit.*

⁴⁹ La teoría de DESAL ocupó el primer plano de la escena académica latinoamericana respecto a la marginalidad durante algún tiempo, al promediar la década de 1960. Pese a ello, los más importantes volúmenes de esta corriente en cuanto al acabado en la presentación de la misma son bastante posteriores, y corresponden a un momento en el cual ya esta concepción había sido desplazada por otras visiones alternativas. Entre las obras principales de esta orientación hay que mencionar: *Poblaciones marginales y desarrollo urbano: el caso chileno* (Santiago, 1965). *Seminarios de promoción popular, II* (Santiago, 1966); *El campesino dominicano: un estudio de marginalidad* (Santiago, 1967); *Diagnóstico de la marginalidad rural en la hoya del río Maule* (Santiago, 1967); y muy especialmente, *La marginalidad en América Latina* (Herder, Barcelona, 1969) y *La marginalidad urbana: origen, proceso y modo* (Troquel, Buenos Aires, 1970).

cuencia de carecer de "integración interna". A pesar de ser mayoritarios, han sido pulverizados, atomizados por el colonialismo provocado por la superposición cultural inicial aún vigente, que impide la formación de solidaridades en torno a una función, a un interés común, lo que coarta cualquier intento articulado de estos sectores. La organización tiende a desaparecer una vez satisfecha la necesidad, o bien los grupos dominantes la instrumentan para sus propios fines.

En fin: no hay participación pasiva, porque no hay una participación activa y no la hay porque falta la integración interna y ello deriva de la superposición cultural, entendida como "el hecho de estar una cultura sobre otra sin llegar a fusionarse", lo que se da desde la época de la Colonia. Ahora sigue habiendo un colonialismo interno que mantiene esa superposición.

Pero si bien la situación es de larga data en el continente, sólo recientemente ha irrumpido en la conciencia de las sociedades latinoamericanas, y ello ha sucedido porque el "efecto de demostración" ha colocado a los marginales frente a una vidriera cuyos bienes no pueden adquirir. "Han pasado cuatro siglos y frente a este hecho es necesario actuar *para que la vitrina no estalle violentamente.*"⁵⁰ Hay entonces razones políticas para actuar sobre y entre los marginales. Esto es lo que ha llevado a un autor a sostener que en las elaboraciones desalianas hay siempre presente el peligro de una "nueva invasión de los bárbaros" que sería, al fin y al cabo, la que haría necesario preocuparse del fenómeno de la marginalidad. Necesitan "ayuda externa" para salir de la situación en que se encuentran. Hay que organizar a las masas marginales para que puedan influir en la toma de decisiones de la sociedad global, y de esta manera, participar de los bienes y servicios que ella ofrece. La manera de hacerlo es implantando programas de promoción popular.⁵¹

Puede verse que por detrás de esta caracterización se encuentran ciertos supuestos dualistas que distinguen un sector "integrado" de la sociedad y otro "marginal", no participante. Por debajo es posible apreciar la utilización de la dicotomía tradicional-moderno, sosteniéndose que los grupos marginales deben ser "integrados" a las "islas de modernidad". Ese dualismo deriva de la ya mencionada "superposición cultural".

Pese a que la orientación desaliana mantuvo su popularidad durante buen tiempo, rápidamente proliferaron las críticas. Se sostuvo por algunos que Vekemans y otros introducían un concepto nuevo sin definirlo adecuadamente, lo que hacía sumamente ambiguas las proposiciones que se formulaban.⁵² Por otro lado, rápidamente comenzaron a surgir estudios alternativos que buscaban dejar de lado tanto la orientación culturalista, como la mera descripción de los problemas ecológicos y habitacionales de las poblaciones marginales. Enfatizaban, en cambio, la perspectiva de las relaciones sociales que subyacen a la situación de marginalidad. Ya no la consideraban una carencia, sino que intenta-

⁵⁰ DESAL, *La marginalidad en América Latina*, p. 61. Subrayado agregado.

⁵¹ Sobre estos aspectos, véase Jorge Giusti, "El programa de promoción popular en Chile. Un intento de organización política de los sectores populares" en *Revista Latinoamericana de Ciencia Política*, vol. III (abril 1972), núm. 1, pp. 5-25.

⁵² Véase José Nun y otros, *La marginalidad en América Latina. Informe preliminar*.

ban una conceptualización positiva, recuperando a la vez, la idea de relaciones de clase.

5. *La marginalidad, consecuencia del funcionamiento del capitalismo dependiente*

Probablemente los representantes más connotados de esta perspectiva sean José Nun y sus colaboradores. En el Planteo General de su investigación,⁵³ partieron de preguntarse cuál es el sentido de la noción de marginalidad en una situación donde un amplio porcentaje de la población está desocupado y el sector que ordena al conjunto de la sociedad es predominantemente capitalista.

Entienden que existe un núcleo mínimo de consenso basado en considerar marginales a aquellos sectores más desposeídos de las poblaciones rural y urbana. A partir de allí intentan recuperar teóricamente el concepto que, según entienden, sólo fue manejado anteriormente como una generalización empírica. Para lograrlo adoptan una perspectiva marxista e intentan recuperar las observaciones formuladas a las orientaciones precedentes.

El tema que encaran está vinculado, a su entender, a tres problemas teóricos fundamentales: el de la formación del proletariado, el de la pobreza y el de las clases sociales.

Analizan la formación del proletariado en Europa y América y a partir de ello construyen dos modelos de mercado. El operante en Europa, que denominan autónomo; caracterizado por mantener una tasa de desempleo variable, poseer una tecnología en relación con la mano de obra existente, y mantener cierto equilibrio logrado gracias a factores externos (emigración, expansión imperialista, etc.). El sistema de producción incluiría allí tanto a los trabajadores ocupados como a los desocupados, que constituyen un ejército industrial de reserva, funcional al sistema.

En cambio, en los mercados dependientes, la tasa de desempleo es alta y no sólo coyunturalmente, porque la tecnología y el monto de los salarios no depende del mercado local. Además, existe una tendencia crónica al estancamiento y no hay posibilidad de exportar mano de obra. El funcionamiento del sistema económico dependiente genera una población obrera tan excesiva para "las necesidades medias de la explotación del capital", que rebasaría la lógica del concepto mismo de ejército industrial de reserva. Habría entonces un ejército industrial de reserva *excesivo* (para *mantener* la tasa de explotación) que, no obstante, es *útil y necesario* (para la existencia misma del sistema).⁵⁴

⁵³ Véase José Nun, Miguel Murmis y Juan Carlos Marín, *La marginalidad en América Latina. Informe preliminar* (documento de trabajo núm. 53 del Instituto Torcuato Di Tella, Buenos Aires, diciembre 1968. Redactado en mayo de 1967 en Santiago de Chile).

⁵⁴ Frente a este razonamiento, Fernando H. Cardoso se ha preguntado con razón: "si no es superfluo, ¿qué quiere decir excesivo?", en "Participación y marginalidad; notas para una discusión teórica", trabajo presentado al Seminario sobre participación social en América Latina, México, octubre 1969 e incluido en *Estado y sociedad en América Latina* (Buenos Aires, Nueva Visión, 1973), p. 185.

Nun y sus colaboradores concluyen sosteniendo la necesidad de distinguir cuidadosamente los conceptos de ejército industrial de reserva y de masa marginal. Esta última es rechazada por el funcionamiento del propio sistema que la genera, que además tiene dificultades para controlarla.

Como se ve, Nun y sus colaboradores comienzan reconociendo la existencia de desocupados que forman parte de la fuerza de trabajo y sólo llegan a hablar de "ejército de reserva excesivo", al cual denominan marginal, después de efectuar una comparación entre dos modelos, que tienen como semejanza el ser ambos capitalistas, por lo que se basan en la explotación y la acumulación, lo que exige a su vez, la existencia de cierta proporción de mano de obra sobrante para mantener los salarios en límites cercanos al nivel de subsistencia. La diferencia entre ambos modelos estriba en la dependencia de uno de ellos.

Cardoso, en las observaciones críticas ya mencionadas, argumenta que cuando al decir que la marginalidad es necesaria para "la existencia del sistema", se está haciendo referencia a una "necesidad global inespecífica del funcionamiento de una entelequia llamada sistema cuando correspondería fundarlo al nivel de las relaciones económicas".⁵⁵

Tampoco quedaría claro cómo y por qué el sistema crea y rechaza, al mismo tiempo, la mano de obra. Se dice que al ser dependiente, redefine las condiciones de funcionamiento del mercado de trabajo, pero no se explica de qué manera lo hace. Para Cardoso, se estaría reintroduciendo el concepto de marginalidad, como un producto continuo e independiente de los factores que lo generan, necesario e inútil simultáneamente.

Otro problema importante está en saber si esa masa marginal es parte del proletariado latinoamericano en formación o hay líneas de ruptura entre los dos grupos. Si, como conclusión de los razonamientos presentados anteriormente se sostiene que pese a hablar de que los desocupados son *excesivos*, se considera que componen la *misma* masa con los trabajadores activos, no cabe duda que es necesario afirmar consecuentemente que hay una situación de intereses común, aunque puedan encontrarse diferencias tanto en las formas de solidaridad como de organización o movilización.

Bastaría con que algún sector de la clase consiguiera ejercer hegemónicamente el papel de unificador político del conjunto. De no ser así habría que sostener la posibilidad de conflictos de intereses entre los grupos marginales e integrados.

En trabajos posteriores,⁵⁶ Nun introduciría modificaciones en su esquema teórico, dando lugar a una serie de polémicos artículos en torno al tema que, según un autor, adquirieron características "talmúdicas", pero que pese a ello tienen una importancia fundamental en la elaboración contemporánea del concepto de marginalidad.⁵⁷

⁵⁵ Fernando H. Cardoso, *ob. cit.*, p. 193.

⁵⁶ José Nun, "Superpoblación relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal", en *Revista Latinoamericana de Sociología*, 1969, núm. 2, pp. 178-237.

⁵⁷ Véase además del artículo mencionado en la nota anterior: Fernando H. Cardoso, "Comentarios sobre los conceptos de superpoblación relativa y marginalidad" en *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, año 1, núms. 1-2 (julio-diciembre 1971), pp. 57-76; y José

Nuevamente la preocupación de Nun es ubicar el concepto de marginalidad en el seno de la perspectiva marxista. Para ello afirma la existencia de una teoría marxista de la población en relación con la cual debe entenderse la noción de masa marginal. Ella estaría expuesta por Marx en los *Grundrisse*, que constituirían, por lo mismo, el texto básico para entender el problema.⁵⁸

Con esa base, diferencia los conceptos de superpoblación relativa y ejército industrial de reserva. Este último sería la superpoblación *funcional* al modo de producción capitalista. Cuando ocurre la expansión del sistema, éste requiere cada vez menos "trabajo vivo" y más producción automatizada, con lo que aumenta el número de personas que quedan al margen del sistema, y que no guardan relación de funcionalidad con la acumulación. De allí deriva que, en la etapa monopolista, aparezca una *masa marginal* constituida por la superpoblación relativa, *afuncional* o *disfuncional* al tipo dominante de organización productiva, que coexiste con pequeñas y medianas empresas que operan en forma competitiva. Compondrían la masa marginal: a] una parte de la mano de obra ocupada por el capital industrial competitivo; b] la mayoría de los trabajadores que se refugian en actividades terciarias de bajos ingresos; c] la mayoría de los desocupados; d] la totalidad de la fuerza de trabajo mediata o inmediatamente "fijada" por el capital comercial. El resto de a], b] y c] actuaría como ejército industrial de reserva. Nótese cuan lejos está la elaboración citada de los conceptos originales de marginalidad usados en la región.

Cardoso ha criticado incisivamente esta posición, sosteniendo que en Marx el tema del ejército de reserva tiene que ver con la acumulación. La superpoblación es relativa a los medios de producción y no a la población obrera en el momento anterior; no se hace un cálculo entre la población obrera y el resto de la población. La superpoblación o ejército de reserva sólo está compuesta por *trabajadores* y no por el conjunto de la población desempleada. Por último, el capital genera la población excedente que necesita con independencia de las "reservas de población" existentes, sean éstas abundantes o escasas. Y el ejército de reserva crece en proporción a los progresos de la acumulación social. No toda la población excedente constituye ejército de reserva; ni en la fase monopólica ni en la competitiva, podría considerarse como parte del ejército de reserva al "excedente de la población", o sea, las partes de la población que no constituyen la clase obrera.

6. La marginalidad, resultado de la forma de implantación del modo de producción capitalista en América Latina

Por las mismas críticas esbozadas a la teoría expuesta precedentemente, otros autores latinoamericanos entienden que las poblaciones marginales se expli-

Nun, "Marginalidad y otras cuestiones", en la misma *Revista*, núm. 4 (diciembre 1972), pp. 97-128.

⁵⁸ En la polémica Cardoso sostendría que no existe tal teoría en el marxismo, y que el pensamiento marxista está expuesto en *El capital*, siendo secundaria la importancia de los *Grundrisse* que no son más que un borrador nunca publicado.

can más que por las "leyes" del capitalismo periférico, debido a la formación histórica del capitalismo en América Latina, donde se superpusieron distintos modos de producción (subordinados al capitalista). La noción de "ejército de reserva" debe analizarse tanto con referencia a la forma de dominación y a un modo de producción, si es que se quiere mostrar la forma "en que se fueron constituyendo históricamente las situaciones de dependencia que pueden haber posibilitado, al mismo tiempo, la existencia de sectores capitalistas *tout court* al lado de capas sociales y de sectores productivos que efectivamente fueron *dejados al margen* por las nuevas formas de producción, pero que, simultáneamente, continuaron subordinados a ellas". Por esa vía es posible explicar "cómo y por qué existen estructuras marginales que dependen de las estructuras que las marginaron, formando con ellas una totalidad jerarquizada".

No se necesitaría introducir nociones nuevas, tales como la de "ejército de reserva excesivo", pues recurriendo a las categorías clásicas elaboradas por el marxismo sería posible "mostrar que en la situación de dependencia de América Latina, el desarrollo del capitalismo margina a ciertos estratos de la población". Para ello, además, debe "mostrarse que efectivamente existe una relación entre la oferta de trabajo sobrante y las necesidades medias de explotación del capital y que esa relación incide en la determinación de los salarios".⁵⁹

La marginalidad es entonces el resultado de un proceso de transformación socioeconómica que desorganiza las estructuras tradicionales de trabajo y de vida y no es capaz de absorber en las nuevas estructuras las capas de la población afectadas por dicho proceso. La sociedad moderna occidental, capitalista, al constituirse, provocó la desorganización de los modos tradicionales de vida. "Además en los países en que la integración al mercado mundial ha requerido la utilización de mano de obra esclava negra, se observa también la misma superposición a partir del momento en que el desarrollo impuso nuevas formas de relación de trabajo. Por eso se encuentran en las capas marginales de la población, alta frecuencia de personas de origen negro o indígena, según los países."

La marginalidad es el resultado de un *proceso histórico* en el que parte de la población es expulsada de su condición anterior de existencia o atraída por la vida urbana —conectándose de esta manera por expulsión o atracción con la sociedad moderna— pero manteniendo ante esta misma sociedad rasgos diferenciales propios.

Esta concepción intenta una síntesis entre dos enfoques que se presentan normalmente como contradictorios. Por un lado, el que percibe la existencia de una ruptura de la estratificación social y ve a las capas marginadas como un mundo aparte respecto a las pautas modernas, hablando entonces de situaciones de marginalidad y, por otro lado, quienes buscan las condiciones de la marginalidad en la dinámica global de la sociedad subdesarrollada. Deben buscarse las conexiones entre la desorganización de las estructuras tradicionales y la capacidad de absorción de las nuevas estructuras.

⁵⁹ Fernando H. Cardoso, *op. cit.*, p. 195.

7. El fundamento económico de las teorías de la marginalidad

Debe recordarse la estrecha relación que tienen buena parte de las teorías mencionadas, con las elaboraciones de los economistas latinoamericanos. Cuando fue evidente que, a la inversa de lo pensado, el proceso de industrialización no solucionaba los problemas, los planificadores se apresuraron a explicar el fenómeno y a proponer políticas apropiadas para hacerle frente. Así comenzó a hablarse de la incapacidad dinámica de estas economías y de la necesidad de recurrir a tecnologías *labour-intensives*, que absorbieran a las crecientes masas de desocupados. Tanto la teoría como los datos que la ratificaban, elaborados mediante ciertos procedimientos de medición y estimación ideados al efecto, alcanzaron general predicamento y durante buen tiempo fueron considerados válidos unánimemente.

Los sociólogos aceptaron tales hipótesis, explícita o tácitamente, y, a partir de ellas, construyeron sus teorizaciones en torno a la marginalidad. Ello queda de manifiesto en el uso de las cifras "catastrofistas" sobre el empleo en América Latina, generadas desde la mencionada perspectiva, por todos los autores, cualesquiera sean los canales teóricos por los que luego desarrollaran el tema. Sin embargo, tal cosa es más notable en las teorías predominantes actualmente cuando enfatizan que la especificidad de la situación latinoamericana frente a la europea de comienzos de la industrialización, sería la existencia de una población "excedente" o "sobrante", que se denomina "masa marginal" y que difiere del clásico "ejército industrial de reserva".

Resulta entonces fundamental analizar la literatura que discute, la exactitud tanto de buena parte de las elaboraciones teóricas sobre el dinamismo de las economías latinoamericanas, como los cálculos económicos destinados a medir la desocupación y el subempleo, por cuanto en ellas se sustentan las elaboraciones sociológicas.

8. La tesis "ortodoxa" sobre el empleo en América Latina

Ante las características que asumió el proceso de industrialización en el continente, se presentaron un conjunto de proposiciones teóricas y políticas que tendían a dotarlo de mayor capacidad de absorción no sólo de los desocupados urbanos, sino también de los crecientes contingentes de migrantes internos de origen rural que llegaban a las urbes latinoamericanas.

Si bien se ubica en diferentes niveles de importancia, cabe destacar tres de las mencionadas proposiciones: a] la insuficiencia dinámica de las economías latinoamericanas; b] el uso de tecnologías *capital intensives*; y c] el desempleo y subempleo crecientes, según se comprobaba mediante ciertos procedimientos de medición y que constituían la razón última en que se sustentaban tales teorizaciones.

A continuación se hará una presentación crítica sumaria de estos puntos.

9. *Insuficiencia dinámica de la economía para la absorción de una fuerza de trabajo creciente*

En 1963, la CEPAL destacaba la escasa capacidad de absorción productiva de mano de obra, que caracterizaba a las economías de la región, a consecuencia de lo cual la fuerza de trabajo se tornaba cada vez más redundante, quedando “al margen del desarrollo económico” y siendo “acaso el factor más poderoso de tensiones sociales”.⁶⁰ El fundamento de esa insuficiencia dinámica se encontraba en el desequilibrio existente entre la productividad y la inversión, y en el consiguiente desequilibrio entre la técnica que los países latinoamericanos debían asimilar y su aptitud presente para formar capital.

Años más tarde, el Informe Prebisch insistía sobre el problema, mostrando que se hacía imperioso alcanzar una tasa de crecimiento económico adecuada para cumplir con el objetivo de dar empleo productivo a toda la fuerza de trabajo. Para demostrar la existencia de una “brecha en el empleo” comparaba —lo que implica suponer homogeneidad tecnológica— la estructura sectorial latinoamericana con la de otros países en el momento en que tenían una proporción igual de su población económicamente activa en la agricultura.⁶¹ Prebisch destacaba la existencia de diferentes tecnologías en ambas situaciones, pero en tal forma que ciertos críticos han podido sostener que en su exposición no queda claro si “la diferencia de tecnología se señala como limitación a la comparación efectuada o sí, por el contrario, se está postulando implícitamente el retorno a técnicas intensivas en el uso de mano de obra”.⁶²

Sin embargo, no es posible sostener que esta última sea la intención del autor quien ya en 1963 había destacado, al situar la base de los problemas de insuficiencia dinámica en América Latina en la utilización de tecnologías ahorradoras de mano de obra, que “... no corresponde retroceder a formas técnicas pretéritas buscando las que sean compatibles con la presente capacidad acumulativa del capital”.

Esta apreciación de los ritmos de desarrollo latinoamericanos y de su incapacidad para absorber nuevos contingentes de trabajadores fue aceptada sin dudar durante mucho tiempo por todos aquellos que se dedicaban al tema, constituyéndose en lo que podría denominarse *tesis ortodoxa* sobre la ocupación en América Latina. En la actualidad, sin embargo, hay quienes no concuerdan con ella, recordando, por un lado, que no parece sustancial al capitalismo dependiente latinoamericano el hecho de carecer de una tasa de crecimiento elevada. Se cita a menudo el ejemplo de Brasil para dar un mentís a aquella afirmación. Además, ese mismo país o, mejor dicho, los polos dinámicos en torno a los cuales se está dando su proceso de desarrollo *asociado* —como se lo ha denominado— tienen una elevada capacidad de absorción de mano de obra,

⁶⁰ CEPAL, *Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano* (documento presentado a la Conferencia de Mar del Plata, Argentina, 1963), p. 27.

⁶¹ Raúl Prebisch, *Transformación y desarrollo: la gran tarea de América Latina* (Fondo de Cultura Económica, México, 1970).

⁶² Simón Taitel y Víctor Tokman, “Acerca del Informe Prebisch” en *El Trimestre Económico*, tomo xxxviii (3), núm. 157.

por lo menos en las fases ascendentes del ciclo económico. En tal sentido, no parecen existir diferencias sustanciales respecto a la forma y modo en que evoluciona cualquier sistema capitalista.

Joseph Ramos —analizando el problema de la ocupación en el continente— ha concluido que no existen pruebas que permitan comprobar empíricamente la validez de los datos que se manejan respecto al carácter dramático que estaría alcanzando el problema del empleo en América Latina e, incluso, llega a afirmar que —a partir de los escasos elementos disponibles— podría sostenerse una *hipótesis heterodoxa* en el sentido de que “la situación ocupacional en América Latina es seria pero está mejorando”.⁸³

En su razonamiento acepta una caída de la tasa de participación total de la fuerza de trabajo (que habría pasado de 35.0 por ciento en 1925 a 33.1 por ciento en 1960), pero sostiene que la variación se explicaría por cambios en la composición de edades de la población a consecuencia del proceso de urbanización, por tasas de participación femenina más bajas, por la mayor escolaridad y la fuerte declinación de la participación de las personas menores de 25 años y especialmente de entre 15 y 19 años de edad y, por último, por la declinación de la participación de los ancianos. El mismo autor afirma que el subempleo está disminuyendo y con ello la oferta de trabajo. Fundamenta su contrahipótesis en algunos argumentos a tener en cuenta.

Por un lado, el monto de los salarios se habría elevado, en contra de lo que se espera en casos de abundancia de trabajo. Rechaza que la razón de esa alza se encuentre en el poder sindical, ya que en ciertos casos los salarios han subido pese a políticas gubernamentales restrictivas o en ausencia de presión sindical.

Considera que el decrecimiento del grado efectivo de abundancia de trabajo, sólo es compatible con un alza del desempleo abierto, en el caso de que el trabajo sea utilizado más eficientemente o, en otros términos, si el grado de desempleo encubierto ha declinado.

Asimismo, la productividad de los empleos en el sector servicios es más alta que la de aquéllos, de tipo agrícola, abandonados por la mano de obra migrante. A ello se suma que además mejoraría su condición en la ciudad. “La migración favorece la visibilidad de la pobreza, pero es mejor para la mayoría de los migrantes y resulta en un incremento del producto nacional.”

En conclusión, la declinación de la tasa de participación total reflejaría una más efectiva utilización del trabajo de pocas personas, y no sería, en manera alguna, *el resultado de la declinación de oportunidades de empleo productivo*.

Además de estos datos globales, la evidencia empírica existente respecto de algunos países mostraría que el capitalismo dependiente puede tener y tiene en ciertos casos el empuje necesario y la dinámica suficiente para absorber crecientes contingentes de mano de obra. Datos recientes del Brasil permiten afirmar que en la década de 1960-1969 el empleo en el sector secundario mantuvo una tendencia de crecimiento rápido. Afirma CEBRAP que “El incremento medio anual de empleo relativo en el secundario fue de 0.85 entre 1920-40;

⁸³ Joseph Ramos, *An Heterodoxical Interpretation of the Employment Problem in Latin America* (PREALC/OIT, Santiago, 1973).

de 1.48 entre 1940 y 1950; de 2.30 entre 1950 y 1960 y de 4.11 entre 1960-1969".⁶⁴ (Ver cuadro 9.)

Bien es verdad que durante el período considerado (1920-1970), la absorción de mano de obra por el sector secundario no ha seguido siempre la misma dirección, sino que ha fluctuado. Pero —como afirman los autores— "la explicación de esas fluctuaciones ... está en la sustitución de unidades de producción artesanal... por la producción fabril. Ese proceso se aceleró en la medida en que se integraba el mercado nacional y se ampliaba la red de transportes, lo que ocurrió a ritmo considerable en la posguerra. De modo que en los períodos intercensales de 1940-1950 y 1950-1960 la variación relativa del empleo manufacturero (la parte principal del secundario) debió haber estado constituida de dos partes, una negativa, fruto del decrecimiento del artesanado y otra positiva, derivada del aumento del empleo fabril. La tendencia más reciente de aceleración del empleo manufacturero relativo se debe muy posiblemente al progresivo agotamiento de esa sustitución de unidades artesanales por establecimientos fabriles".⁶⁵

Podrían distinguirse entonces, dos etapas en los efectos que el proceso de industrialización ocasiona a la tasa de ocupación: mientras está acabando (relativamente) con el sector artesanal, elimina probablemente más empleos de los que crea; pero en el momento siguiente, una vez liquidado aquél, el sector manufacturero puede absorber crecientes proporciones de fuerza de trabajo aun cuando la técnica sea intensiva en capital. Si a ello se agrega la elevada proporción de mano de obra que se incorpora a los servicios directamente vinculados con la producción, puede afirmarse que en determinadas circunstancias el capitalismo dependiente puede tener suficiente potencial dinámico, lo que no implica que no subsistan otros problemas.

10. *El problema de la tecnología*

Como se vio, directamente vinculada con el argumento que hacía referencia a la escasa capacidad del sistema económico para absorber mano de obra, la posición clásica se complementaba —por lo menos en muchas de sus presentaciones— con la crítica a la utilización de tecnología moderna. Se afirmaba que ella era perjudicial al no respetar la disponibilidad de factores productivos existentes en los países subdesarrollados donde, justamente, escasearía el capital, siendo abundantes en cambio tanto los recursos naturales como la fuerza de trabajo. Esa tecnología contribuiría, si no a "expulsar", por lo menos a

⁶⁴ CEBRAP, *Emprego e força de trabalho na América Latina* (São Paulo, 1971), p. 31. Para obtener la comparabilidad de los datos, los cálculos hasta 1950 se refieren a las dos partes del Secundario (I y II), mientras que de 1950 a 1969 lo hacen sólo al Secundario I. Los datos presentados son lamentablemente incompletos y no verifican algunas de las afirmaciones del texto. Además, recuérdese que "artesanales" son, según criterios estadísticos, las empresas que ocupan menos de una cierta cantidad de obreros, por lo que pueden no coincidir necesariamente con el conjunto de empresas que utilizan "técnicas artesanales".

⁶⁵ CEBRAP, *op. cit.*, p. 38.

CUADRO 10. *Estructura del empleo en Brasil: 1920 a 1969*

(Porcentajes)

Sectores ^a	Años				
	1920	1940	1950	1960	1969
Primario	66.7	64.4	60.1	54.1 (1)	43.1
Secundario (I)	—	11.1	14.2	12.3 (2)	18.8
(II)	—	4.5	3.9	—	—
Secundario I y II	13.2	15.6	18.1	—	—
Servicios de Producción	7.8	9.2	10.4	11.5 (3)	13.0 (3)
Servicios de Consumo	5.0	6.6	6.3	—	15.3 (4)
Servicios Colectivos	2.5	4.2	5.1	—	6.8 (5)
Terciarios	15.3	20.0	21.8	—	38.1 (6)
Otros	4.8 (7)	—	—	22.1 (8)	—

FUENTES CEBRAP (1971, p. 32). Según Censos de 1920, 1940, 1950 y 1960 (muestra de 1.27 por ciento). PNAD — 3er. trimestre de 1969. Según P. Singer.

^a Los ramos componentes de la clasificación sectorial utilizada son los siguientes: *Primario*: agricultura y extracción vegetal; *Secundario I*: extracción mineral, industria de transformación, construcción, gas, energía y saneamiento. *Secundario II*: servicios de reparación; servicios de Producción; Comercio, Transporte y Comunicaciones; Servicios Colectivos; gobiernos y actividades sociales; Servicios de Consumo; Servicios restantes. Los casos en que los datos obligan a discrepar de esta clasificación se indican en las notas siguientes.

(1) Incluye extracción minera; (2) no incluye extracción mineral ni Servicios Industriales de utilidad pública; (3) no incluye Comercio de Inmuebles, Valores Mobiliarios, etc. (4) Incluye los servicios de reparación y los de saneamiento urbano; (5) no incluye Defensa Nacional; (6) es mayor que la suma de los ramos porque también incluye el empleo en comercio de Inmuebles, Valores Inmobiliarios, etc. y en la Defensa; (7) incluye, principalmente "mal definidos"; (8) prestación de servicios, servicios de reparación y los otros servicios aún no incluidos.

no "absorber" mano de obra, lo que fundamentaría la recomendación de recurrir a técnicas *labour-intensives*.

Pero este razonamiento tiene varios puntos oscuros que es conveniente discutir más detenidamente.

En primer lugar, ciertas afirmaciones sobre aspectos empíricos han sido criticadas. Así Ramos sostiene que el estrangulamiento de las economías latinoamericanas no puede atribuirse a la escasez de capital, por cuanto —según sus cálculos— éste ha crecido a la tasa del 4.1 por ciento anual en el período de posguerra, mientras que el crecimiento demográfico sólo al 2.4 por ciento.⁶⁶

Muchas de las recomendaciones sobre selección de tecnología hacen referencia a la adopción de una política única para todas las disponibilidades de capital. Vale decir que tienen un grado de generalidad tan elevado que se tornan difícilmente practicables. Piénsese que una economía debe resolver diversos problemas simultáneamente, por lo cual no es posible aspirar a una *maxi-*

⁶⁶ Joseph Ramos, *op. cit.*

mización absoluta de la ocupación sino, a lo más, a una *optimización*, o sea, a conseguir la mayor ocupación compatible con las otras limitaciones del sistema. Así, por ejemplo, los países que sufren un estrangulamiento de divisas deberán realizar fuertes inversiones en aquellos sectores que pueden tornarse competitivos en el mercado internacional ya que de esa manera podrán exportar y aliviar su escasez en aquel rubro.

Pero no sólo quienes postulan la adopción de tecnologías *labour-intensives* se manejan a un elevado nivel de abstracción. Sus críticos incurren muchas veces en defectos similares. Es frecuente que al analizar, por ejemplo, la viabilidad política de los cambios tecnológicos —a lo que se hará referencia más tarde— se maneje el supuesto de la indivisibilidad de la tecnología. Parece conveniente recordar, sin embargo, que los procesos productivos se componen de diferentes etapas y operaciones que pueden ser efectuadas de diversa manera, aunque respetando el proceso tecnológico general. Así, el armado de automóviles se realiza en serie pero hay diferentes alternativas de, por ejemplo, transportar las piezas que van a ensamblarse. En la industria farmacéutica, se pueden utilizar mezcladoras automáticas muy sofisticadas o recipientes en los cuales los ingredientes son mezclados más primitivamente, y aunque en ambos casos se respeta escrupulosamente el proceso químico, uno ocupa más trabajadores en su realización. Otro ejemplo estaría en el armado de condensadores, compuestos de decenas de pequeñas piezas hechas en serie (y en muchos casos importadas), pero que pueden ensamblarse manualmente. Las grandes empresas internacionales que operan en los países subdesarrollados, no desconocen estos procedimientos, sino que recurren a ellos siempre que sean más rentables, lo que demuestra la posibilidad de adecuar las tecnologías importadas por lo menos en parte, a la disponibilidad de factores de la región.

Todo lo anterior conduce a la necesidad de estudios mucho más concretos en torno al problema tecnológico, sea para sostener finalmente una u otra de las posiciones y políticas en juego.

Como forma de hacer frente a los problemas enunciados, se han postulado estrategias de empleo basadas en la redistribución del ingreso en favor de los grupos menos favorecidos, estimando que tales alteraciones inducirán cambios en la composición del consumo, ganando importancia los bienes producidos por industrias "tradicionales" que utilizan técnicas que son más intensivas en mano de obra en relación con las utilizadas en la producción de los bienes consumidos por los grupos de ingresos más altos. Sin embargo, investigaciones recientes hacen pensar que tales estrategias no producirían los resultados esperados, ya que los supuestos en que se basan (asociación entre estructura de demanda y distribución del ingreso; asociación entre tecnología utilizada y tipo de bien producido) son de validez dudosa. Aun cuando la redistribución del ingreso postulada sea significativa, sólo algunos bienes-salarios aumentan su participación en el consumo y la magnitud del cambio es, en todo caso, reducida.

Por otro lado, las industrias de bienes de consumo no duradero no se caracterizan por ser las más *labour-intensives*. En contra de lo que suele suponerse, el análisis de los casos de Perú, Venezuela y Ecuador muestra que la mayor in-

tensidad en el uso de mano de obra se registra en las industrias de bienes duraderos y de capital.⁶⁷

Pero lo más importante para lo que se está discutiendo aquí es que —según las mismas investigaciones— si bien en el corto plazo dar prioridad a la inversión en industrias intensivas en mano de obra puede mejorar la absorción de la fuerza de trabajo desempleada, ello provocará en el largo plazo una disminución relativa de la tasa de ahorros y, por ende, de la inversión, que determinará a su vez un menor crecimiento. Cabe pensar que disminuirá el ritmo de absorción de mano de obra de tal manera que, a partir de un cierto año, la ocupación generada por la estrategia *labour-intensive* será menor que la que se hubiera alcanzado con industrias intensivas en capital.

Probablemente el razonamiento anterior no presta suficiente atención a las alteraciones que va sufriendo la estructura económica inicial, que se tornaría cada vez más integrada. Así, en el primer momento aumentará el número de industrias intensivas en mano de obra, lo que permitiría la formación de talleres de mantenimiento de sus máquinas e instalaciones y de elaboración de piezas, por ejemplo, hasta llegarse a un momento en que será ventajoso producir insumos y equipos destinados a ellas.

Debe considerarse, además, que el razonamiento sobre la “opción tecnológica” sólo es válido en la medida en que ella sea técnica y políticamente posible. Está, sin embargo, bastante generalizada la opinión de que tal alternativa o no existe o sólo se da en situaciones de escasa relevancia para una política que quiere ser de carácter general. Así se ha criticado recientemente el principio neoclásico de la sustituibilidad de los factores, sosteniéndose que el mismo deriva de la observación del universo tecnológico en el sector agropecuario de una economía precapitalista y fue extendido sin reservas al sector industrial capitalista donde sucede que, en cada momento, hay una técnica, la más moderna, que es “superior”, esto es, elegible *a priori*.⁶⁸

La técnica a utilizarse está determinada taxativamente por la naturaleza del producto: “una vez que se determina la canasta a producir queda automáticamente definida la tecnología a emplear para cada bien y, con ello, la tecnología promedio”, importando poco el precio relativo del trabajo o consideraciones semejantes.⁶⁹

Los países subdesarrollados adquieren los bienes de capital en las naciones centrales, que ejercen el monopolio de la nueva tecnología, dada la división internacional del trabajo actualmente imperante. Pero esa maquinaria ha sido pensada para una dotación de recursos que no es la del país subdesarrollado. A la empresa multinacional vendedora, que es la que ha realizado las costosas investigaciones que culminan en la innovación tecnológica, no le resulta renta-

⁶⁷ Cf. Víctor Tokman, *Tecnología y empleo en el sector industrial del Perú* (Santiago, ILPES, 1972); *Distribución del ingreso, tecnología y empleo en el sector industrial de Venezuela* (Santiago, ILPES, 1927), *Ingreso, tecnología y empleo en la industria del Ecuador* (Santiago, ILPES, 1973) y *Distribución del ingreso, tecnología y empleo. Un análisis del sector industrial del Ecuador, Perú y Venezuela* (Santiago, ILPES, 1973).

⁶⁸ Alfredo Monza, *Industrialización y tecnología* (Instituto de Estudios Laborales, Ginebra, 1970).

⁶⁹ Alfredo Monza, *op. cit.*

ble elaborar una tecnología adecuada para las necesidades de la nación compradora, por cuanto la cantidad de bienes que coloca en ella es muy pequeña; constituye apenas un mercado marginal.

Y esto es especialmente cierto en el caso de la industrialización latinoamericana. Al ser realizada mediante sustitución de importaciones, las opciones tecnológicas que se abrían a quienes utilizaban la protección de los mercados nacionales generada sea por la distancia, sea por la crisis, sea por la guerra, eran exiguas por no decir nulas. Paralelamente, el sector de subsistencia mantenía formas arcaicas de producir, conservando enormes contingentes de población, lo que generaba elevadas diferencias de productividad entre uno y otro sector.

Por otro lado, como recordaba la CEPAL en 1951, "En los países subdesarrollados ... las innovaciones técnicas no recorren ... la gradual trayectoria que tuvieron en el desenvolvimiento histórico de los centros, ni tienen que pasar por las sucesivas fases de desenvolvimiento que tuvieron sus bienes de capital. Tiene que importar los mismos equipos a que llegaron los países desarrollados tras larga evolución". Ello hace que no tengan "en la práctica muchas posibilidades de buscar la disponibilidad óptima".⁷⁰

Pero el problema crucial y a menudo olvidado consiste en si es políticamente viable destinar el capital a otros fines. En la etapa de la internacionalización del mercado interno resulta difícil para los gobiernos decidir el tipo de tecnología que utilizarán las industrias de su propio país, porque buena parte de la inversión la realizan corporaciones multinacionales, con sede en los países centrales, que son las que generan las innovaciones tecnológicas y para cuyos intereses privados resulta ventajoso que sus filiales en los países dependientes utilicen la ventaja técnica que poseen. Incluso por esa vía pueden obtener "una renta diferencial en cada etapa de expansión y proteger su tasa de ganancia en las épocas de crisis".⁷¹ Es entonces muy probable que los intereses de la sociedad no coincidan con la tasa de rentabilidad de las empresas. La capacidad de imposición por los gobiernos de políticas destinadas a absorber mano de obra es, además, limitada aunque sería posible que en las concesiones por las cuales se permite la instalación de empresas extranjeras en el país, se establecieran cláusulas específicas respecto a la forma en que se realizarán ciertas operaciones. Pero sucede que, como los planteos respecto a las alternativas tecnológicas se formulan siempre a nivel de políticas generales, faltan los conocimientos específicos necesarios para fijar esas condiciones.

Otras críticas han sostenido que cuanto menor sea la cantidad de capital que se utilice tanto mayor será el esclavizamiento de las economías latinoamericanas en el papel de importadoras de bienes industrializados y de explotadoras de la mano de obra local a bajos niveles de productividad y renta.⁷² Sin embargo, este razonamiento adolece de excesiva simplificación, por cuanto quie-

⁷⁰ CEPAL, "El problema de la productividad y la escasez relativa de factores", en *El trimestre económico*, vol. XVIII (julio-septiembre 1951), núm. 3.

⁷¹ Maria de Conceição Tavares y José Serra, "Más allá del estancamiento: una discusión sobre el estilo de desarrollo reciente en Brasil", en *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, año I, núm. 1-2 (julio-diciembre 1971), p. 25.

⁷² CEBRAP, *op. cit.*, p. 13.

nes sustentan la necesidad de utilizar tecnologías intensivas en mano de obra no plantean que sea necesario ahorrar capital. Por el contrario, afirman que éste es *escaso* y que debe utilizarse de una determinada manera; no se trata, en fin, de ahorrarlo, sino más bien de gastar todo el que hay en ciertos tipos de industria donde se considera que es más útil y aprovechable.

Es probable que cuando se sostiene la necesidad de intensificar al máximo la acumulación e internalizar los procesos y técnicas productivas, comprando cuando fuera necesario nuevas técnicas y nuevos procesos, buscando transferir al interior de las economías subdesarrolladas el conjunto del circuito de acumulación de capital, no se esté diciendo algo inaceptable para quienes postulan el énfasis en las tecnologías intensivas en mano de obra. Y mucho menos cuando se agrega que junto a "políticas favorables a la utilización de tecnologías desarrolladas", se requieren "políticas especiales de dos tipos: explotación de la posibilidad efectiva de uso de técnicas intensivas en trabajo, principalmente a través de la organización y coordinación de mano de obra en la agricultura y en obras de infraestructura y construcción y de redistribución del ingreso".⁷³

11. *Los procedimientos de medición del subempleo*

Las teorías respecto al carácter "pavoroso" del desempleo y el subempleo se fundamentan a base de complejos procedimientos estadísticos que manejan datos "catastrofistas" en cuanto a la magnitud que la carencia de ocupación o la desocupación "disfrazada" tendría en América Latina. De ser así, hasta los planteos más extremos se justificarían sin mucha dificultad. Por ello es necesario detenerse para tratar de revisar aunque no sea más que someramente, la forma en que los mismos se computan.

Tales mediciones han sido objeto de múltiples observaciones al respecto e incluso los autores de uno de los informes más criticados han reconocido la fragilidad de las cifras en que basaron su recomendación de políticas tendientes a lograr "el pleno empleo": "Hay que admitir —afirma— que casi es posible (dar) cualquier cifra, según la amplitud de la definición que se tome y la audacia con que se conjetura."⁷⁴

La mayoría de los cálculos extraen de distintos contextos la situación "óptima" y la "situación real", comparándolas y considerando que todas las condiciones, excepto las tasas de empleo, son iguales. Con este supuesto puede sostenerse que las diferencias encontradas se deben a la mala utilización de los recursos disponibles en la segunda de las situaciones mencionadas, lo que indudablemente se reputa disfuncional para el sistema económico, por lo que cabe realizar ciertas recomendaciones (económicas) que contribuyan a su mejor aprovechamiento.

⁷³ CEBRAP, *op. cit.*, p. 13

⁷⁴ Organización Internacional del Trabajo, *Hacia el pleno empleo. Un programa para Colombia* (Ginebra, 1970) p. 22.

Es conveniente revisar someramente algunos de los métodos más comúnmente utilizados, para apreciar los supuestos en que se basan.

La Organización Internacional del Trabajo ha recomendado medir el grado de subempleo no sólo por el número de horas trabajadas, sino por "la eficiencia (mídasela como se la mida) del trabajo efectuado". Piénsese en las dificultades que existen para determinar qué se considera una "razonable" eficiencia. El método propuesto brinda una adecuada medición de la utilización relativa de los factores, pero de ello no puede derivarse ninguna estimación respecto a niveles de subempleo comparables.

El Informe de la Misión de la OIT sobre Colombia consideró conveniente manejar las tasas de participación a los efectos de medir el subempleo, considerando que existen "razones para creer que en gran parte (la disminución relativa de estas tasas) se debió al aumento de las tasas de desempleo y a la dificultad cada vez mayor para encontrar trabajo".⁷⁵ Debe recordarse sin embargo que existen otras razones que pueden hacer variar las tasas de participación, tales como la composición por edad y sexo de la población y la extensión de las oportunidades educativas. E incluso a la inversa, es posible que la tasa de participación aumente en situaciones de desempleo generalizado, al producirse por ejemplo una incorporación de otros miembros del núcleo familiar, en especial las mujeres, al mercado de trabajo, para complementar el ingreso del grupo.⁷⁶ El corregir tales variaciones es posible, pero no fácil y generalmente no se intenta.

ILPES-CELADE, por su parte, elaboraron otro método para evaluar el subempleo, que parte de considerar válido y posible expresar un volumen dado de subempleo en unidades equivalentes de desempleo abierto.

A base de los resultados así obtenidos se concluía que: "Si se computa la proporción en que cada (persona) se encontraba subutilizada y se determina sobre esa base la cantidad equivalente de desempleados totales contenida en el grupo de subempleados resulta que el equivalente al 25.7 por ciento de la población activa se encontraba en 1960 totalmente desempleado en América Latina; o sea, alrededor de 17 millones de personas."⁷⁷

Estas cifras incluyen tanto las personas que se encuentran abiertamente desempleadas, como aquellas que aparentemente tienen alguna ocupación, la que sin embargo es de tan baja productividad que equivale a un desempleo encubierto.

Conviene detenerse especialmente en este método por cuanto sus datos han tenido bastante difusión y, además, sus cálculos adolecen de defectos bastante generalizados. El documento ILPES-CELADE muestra la magnitud que alcanzaría de acuerdo con sus estimaciones, el desempleo que denominan "equivalente" en cada sector de la economía.

Ante todo debe recordarse que si bien puede resultar interesante en algún

⁷⁵ OIT, *op. cit.*, pp. 383-384.

⁷⁶ Joseph Hodara, "El mercado de trabajo en América Latina: aspectos políticos" en *Foro Internacional*, vol. XI (enero-marzo 1971), núm. 3. También Joseph Ramos, *op. cit.*

⁷⁷ ILPES-CELADE, *Elementos para la elaboración de una política de desarrollo con integración para América Latina* (Santiago, 1968), p. II-1.

sentido convertir a una unidad única los casos de desempleo y subempleo, debe tenerse buen cuidado de recordar que se trata de situaciones radicalmente distintas y con consecuencias sociales también diferentes. Asimismo, resultaría importante hacer estudios que muestren la similitud o disimilitud de la desocupación en los países desarrollados y en los subdesarrollados. Es probable que de esos análisis se concluya que tales situaciones resultan incomparables.

Respecto al cálculo efectuado en el sector comercio y finanzas, los autores asumen la existencia de una determinada "relación técnica" con lo que se omite la consideración de poderosas razones, tanto de índole política como incluso económica, que pueden hacer que los servicios tengan necesidad de expandirse más allá de lo que mediante ese cálculo podría estimarse conveniente. Hodara cita el caso de Panamá, donde el peso del comercio exterior es significativo debido a su peculiar posición geográfica.

Asimismo se compara el número de personas y la productividad como si hubiera una relación directa entre ambas, sin tomar en cuenta las diferencias de tecnología. Hodara recuerda que con la aplicación del método al caso de El Salvador el estrato escogido como modelo tenía una productividad menor que aquel en que se suponía la existencia de subempleo.

Pero el punto central de la crítica debe referirse al hecho de que los cálculos se hacen comparando productividades, en términos de valor, lo que hace que se obtenga un producto más "valioso" en el caso de aquellos estratos donde los insumos utilizados son más "caros". Ello es especialmente notable en las comparaciones internacionales entre desarrollados y subdesarrollados.

Como se sabe, hay que distinguir la productividad del trabajo y la productividad física. Esta es el número medio de unidades de un cierto tipo de bien producido por cada trabajador. Aquella es el resultado de multiplicar la productividad física por los precios relativos, que reflejan los costos de producción, vale decir, la retribución de cada uno de los factores. El salario con que se paga al factor trabajo, se fija por el costo de reproducción de la fuerza de trabajo que, obviamente, no es igual en circunstancias sociales diferentes. Por lo tanto al comparar la productividad del trabajo y deducir de ello magnitudes de subempleo, se está incurriendo en una falacia, por cuanto la verdadera explicación de esas diferencias se halla en la baratura de la mano de obra del país o sector subdesarrollado.

Para terminar conviene recordar que, probablemente, uno de los factores que más contribuyen a "inflar" los cálculos relativos al desempleo "disfrazado" en las economías latinoamericanas, deriva de considerar al sector primario como un puro sector agrícola y no percatarse de que en América Latina éste constituye un complejo rural, que combina las tareas agrícolas clásicas, con las artesanales y de "servicios". Al tener en cuenta sólo las primeras, se considera que el tiempo dedicado a las restantes, es "ocioso". Incluso habría otras actividades que no son "rentables", pero sí son "inevitables". Julio Cotler recuerda las actividades económicas de ese tipo que ocupan gran parte del tiempo de los campesinos peruanos, impidiéndoles dedicarse a las tareas agrícolas que les reportan beneficio particular.⁷⁸

⁷⁸ Julio Cotler, *Estructura social y empleo rural en el Perú* (Santiago, ILPES, 1970).

12. Evaluación política de la marginalidad

Los grupos marginales han sido considerados de manera diferente: desde quienes los han presentado como portadores del peligro de una nueva "invasión de los bárbaros" que se cernía sobre América Latina y que hacía temer por la sobrevivencia del "estilo de vida" imperante, hasta quienes pusieron en ellos todas sus esperanzas y expectativas de provocar el derrumbe inminente del sistema, pasando por aquellos —de derecha y de izquierda— para los que no son más que una nueva forma de *lumpen*.

Quienes primero se percataron de la existencia de las nuevas aglomeraciones de construcciones livianas levantadas "al margen" de los núcleos urbanos más importantes, fueron los políticos sostenedores del *establishment* que intentaron captarlos mediante políticas de corte populista, en especial, el asistencialismo estatal, para convertirlos en masa de apoyo político. Si bien lograron éxitos más o menos importantes, se enfrentaron rápidamente con los límites que tal política tiene y con el incremento de las aspiraciones de esos grupos a medida que adoptaban pautas de consumo características de otros estratos urbanos y elevaban, consiguientemente, la mira de sus reivindicaciones, hasta un punto en que éstas ya no podían ser solucionadas fácilmente por el sistema.

Poco a poco la izquierda captó la importancia de tales grupos e intentó penetrarlos, considerándolos también una masa de maniobra. Posteriormente, sectores de la "nueva izquierda" confiaron en los "marginales" como el nuevo agente de cambio. No creían que la clase obrera pudiera cumplir en estas regiones, un papel similar a su congénere europea del período clásico, por cuanto estaba "integrada" al sistema, careciendo por tanto de interés en introducir modificaciones que podrían sacarla de su posición de relativo acomodo.

Además, de ser cierto que el sistema económico capitalista dependiente funciona marginalizando a porciones cada vez más importantes de la población y que no hay retroceso posible ni salida alternativa, podría sostenerse como corolario la posibilidad de que esos grupos cuestionaran el orden constituido que los expulsa. En este sentido Darcy Ribeiro afirma que "el sistema modernizado de producción y consumo ... condena [a] la mayoría de la población a una existencia miserable y humillante que corresponde a su posición regular en la estructura socioeconómica y en la estratificación social, configurando la clase oprimida a que se refiere Marx. Tales son las masas marginadas". "Son por esto las clases virtualmente insurgentes contra un sistema institucional en el cual no tienen ni lugar ni papel."⁷⁹

Todas estas evaluaciones políticas de los grupos marginales, tanto las que consideran positivamente su acción, como las que lo hacen negativamente, suponen su homogeneidad como estrato social y los consideran una población situada fuera del sistema de clases o de estratificación.

A título de ejemplo recuérdese este texto: "Así concentrados [en la ciudad] los marginados de alguna forma se van homogeneizando y, probablemente, concientizándose respecto de su condición de parias. De este modo, comienzan a al-

⁷⁹ Darcy Ribeiro, "El desafío de la marginalidad", en *Estudios Internacionales*, año IV, núm. 16 (enero-marzo 1969), pp. 101 y 104.

canzar la condición necesaria para constituirse un día como un grupo social diferenciado, o sea, consciente de sí mismo, con formas previsibles de conducta y con capacidad de acción conjugada.”⁸⁰

Resulta interesante apreciar la validez empírica de tales supuestos a la luz de los muchos trabajos que en torno a los grupos marginales se han realizado últimamente. Cabe recordar, sin embargo, que los datos han sido recogidos a partir de marcos teóricos sumamente diferentes, lo que dificulta grandemente su comparabilidad. Asimismo, debe hacerse mención al posible sesgo de la literatura manejada por cuanto la misma, si bien ha sido producida por autores de orígenes muy diversos, se basa en general en datos recogidos en Chile. Una de las conclusiones a la que se llegará es, justamente, la necesidad de *no* elaborar hipótesis demasiado globales válidas para cualquier tiempo y lugar. Podría pensarse que si a partir de datos de una sola situación concreta, se hacen generalizaciones válidas para el continente entero, se estará infringiendo lo que se propone. Sin embargo, no es así. Chile, por diversas razones, es el país donde quienes afirman el potencial político de los marginales han encontrado mejores condiciones para ver confirmados sus postulados. Si es posible demostrar con datos originados en ese contexto, que ello resulta por lo menos dudoso, se estaría falseando la hipótesis en una situación ideal.

Al revisar la literatura pertinente, llama poderosamente la atención que en la mayoría de los estudios la recolección de los datos se haga tomando como universo cierto ámbito ecológico (poblaciones, conventillos, callampas, barriadas, etc.). Ello es razonable cuando la marginalidad es concebida como una característica ecológica. Pero cuando se la considera el producto de determinado comportamiento del sistema económico, debe aceptarse previamente que en tales aglomeraciones habitacionales se concentran los individuos rechazados o expulsados por dicho sistema, lo que, sin embargo, es refutado por los mismos datos que se recogen.

13. En torno a la homogeneidad o heterogeneidad de los marginales

Los resultados de los diferentes estudios son unánimes respecto al carácter heterogéneo de las situaciones de clase de los llamados sectores populares urbanos. Por ejemplo, datos sobre poblaciones y campamentos del Gran Santiago muestran que si bien el sector servicios concentra la mayor proporción de la fuerza de trabajo, son numéricamente importantes los trabajadores de la industria manufacturera residentes en tales ámbitos, al punto que superan la proporción establecida para el Gran Santiago. Hay el doble de trabajadores en las actividades de la construcción que los que se encuentran en el total de la población de la ciudad y los ocupados en servicios lo están en proporciones menores.⁸¹

⁸⁰ Darcy Ribeiro, *op. cit.*, p. 116. Cf. con destacar los mencionados supuestos Gino Germani, *op. cit.*, y German Rama y Norah Schlaen, *El estrato popular urbano* (Santiago, CEPAL, 1973).

⁸¹ Joaquín Duque y Ernesto Pastrana, “La movilización reivindicativa urbana de los sectores populares en Chile: 1964-1972”, en *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, núm. 4 (diciembre 1972).

Vale decir que en los contextos considerados "marginales", en Santiago de Chile al menos, es posible encontrar una fuerte representación de clase obrera, cuyos miembros participan junto a los "subproletarios"⁸² en la movilización reivindicativa urbana.

Castells llega a afirmar, refiriéndose a los sectores populares, que "su composición social es fundamentalmente obrera e incluso obrero industrial". "Las poblaciones no se caracterizan por ser la residencia de los sectores con relación incierta al proceso productivo, sino, al contrario, por tener una proporción de obreros elevada." Se trataría, sin embargo, de "fracciones obreras integradas en industrias 'vegetativas' supeditadas a los intereses de los sectores monopolísticos ... y al sector de la construcción".⁸³ No faltan tampoco obreros de la gran industria. Incluso otras investigaciones realizadas en Chile han demostrado la existencia de proporciones importantes de individuos de la pequeña burguesía y empleados en tales conglomerados residenciales.

La residencia "marginal" no implica entonces una situación "marginal" respecto a la estructura productiva. Vale decir, que aquellos individuos que tendrían una misma situación en las relaciones de producción (de "excluidos" en este caso concreto) no tendrían ninguna contigüidad física. Por el contrario, hay abundante material empírico para rechazar la hipótesis de la existencia de homogeneidad en la situación de los grupos denominados marginales.⁸⁴ Habría que desarrollar tal vez una línea alternativa que se basara en que el contacto entre sujetos con diferente inserción en el sistema productivo, en la misma situación de vida puede generar comportamientos de tipo clasista similares.

También se ha considerado el origen ecológico como característica común que daría homogeneidad a tales agrupamientos. La mayoría de los pobladores provendría del campo y estaría haciendo su entrada a la vida urbana, a través de la residencia en las poblaciones, lo que explicaría buena parte de su comportamiento, por cuanto carecería de "hábitos urbanos" y de la experiencia necesaria para desempeñarse adecuadamente en la ciudad. Matos Mar —que ha sistenido esta posición— encontró que en las barriadas limeñas el 47 por ciento es provinciano, mientras el 52 por ciento ha nacido en Lima. Sin embargo, teniendo en cuenta la importante cantidad de niños de hasta 10 años de

⁸² Los autores citados denominan "subproletarios" a quienes trabajan en la construcción, en servicios personales de baja calificación, en actividades independientes de la más variada índole (artesanales, comerciales, paraproductivas industriales).

⁸³ Manuel Castells, *Chile: Movimiento de pobladores y lucha de clases* (CIDU, Santiago de Chile, documento de trabajo núm. 56, 1972), pp. 12-13.

⁸⁴ Entre otros: Adolfo Aldunate, *Participación y actitud de los pobladores ante las organizaciones poblacionales. Una aproximación a la heterogeneidad popular* (ELAS/FLACSO, Santiago, 1970); Adolfo Gurrieri y otros, *Estudios sobre la juventud marginal latinoamericana* (Siglo XXI, México, 1971); Alejandro Portes, *Cuatro poblaciones: Informe preliminar sobre la situación y aspiraciones de los grupos marginales en el Gran Santiago* (Santiago, 1969) Franz Vanderschueren, "Significado político de las Juntas de Vecinos en poblaciones de Santiago", en *Revista EURE*, núm. 2, 1971 y "Pobladores y conciencia social" en *Revista EURE*, núm. 3, 1971; Carlos Estevam Martins, "Integración social y movilización política de la clase baja urbana del Brasil" en *Revista Latinoamericana de Ciencias Políticas*, vol. II, núm. 1 (abril 1971); Germán Rama y Nora Schlaen, *op. cit.*

edad nacidos en la capital, hijos de padres provincianos, las cifras se alteran significativamente. Sostiene, en fin, que "sólo el 11 por ciento de los jefes de familia son nacidos en Lima y el 89 por ciento son provincianos".⁸⁵

Sin embargo, hay estudios que entregan resultados en otro sentido. Castells utilizando datos de DESAL, afirma que el promedio de población inmigrante es menor en las poblaciones, campamentos y conventillos que en el conjunto del Gran Santiago. Además, tan solo el 13.2 por ciento de los inmigrantes a la ciudad capital proceden de zonas rurales.⁸⁶

Estas cifras muestran las importantes diferencias existentes en situaciones englobadas frecuentemente bajo el rubro de "marginales" y hacen necesario, nuevamente, cuidarse de generalizaciones apresuradas sea en un sentido o en el opuesto.

Todo lo anterior conduce obviamente a que tampoco hay homogeneidad ideológica en las unidades señaladas. Vanderschueren ha distinguido tres formas de conciencia social en las poblaciones marginales: constituyente (legitimadora del orden social); dependiente (economicista) o hegemónica (proletaria), encontrando un elevado predominio de la segunda,⁸⁷ que —como sostiene Castells— no es diferente de la que predomina en el grueso de la masa trabajadora chilena y que, como se sabe, tampoco difiere de la que alcanza usualmente la clase obrera en cualquier contexto.⁸⁸ Todos los estudios coinciden en "la diversidad de representaciones y comportamiento al interior de una misma población, en función del juego de interacciones entre clase o capa social y posición política."

La ideología sustentada varía según las posiciones sociales: se destaca "el juego múltiple de determinaciones de las actitudes y comportamientos, su dependencia de las prácticas organizadas y, en fin de cuentas, el fraccionamiento ideológico del 'universo poblacional' en función de los procesos sociales que lo atraviesan y lo modelan constantemente".⁸⁹ Por lo cual, "el universo poblacional ... desemboca ... en una heterogeneidad popular en la que ocupa un lugar destacado una fracción bien determinada de la clase obrera".

14. Sobre la existencia de un corte en el sistema de clases

Como se mencionó anteriormente el segundo gran supuesto en el que se sustentan las apreciaciones sobre el potencial político de los grupos marginales, es que existe un corte en la escala de estratificación social, que deja a los marginales "fuera de" o "al margen de" la sociedad. Muchos autores han destaca-

⁸⁵ José Matos Mar, "Las barriadas limeñas: un caso de integración a la vida urbana", en Phillip Hauser, editor, *La urbanización en América Latina* (Solar-Hachette, Buenos Aires, 1962), p. 201.

⁸⁶ Juan C. Elizaga, *Migraciones a las áreas metropolitanas de América Latina* (CELADE, Santiago, 1970), p. 43.

⁸⁷ Franz Vanderschueren, "Pobladores y conciencia social", *op. cit.*

⁸⁸ Lenin afirmó que "la historia de los países muestra que la clase trabajadora, por su propio esfuerzo exclusivo, es capaz de desarrollar tan solo una conciencia sindical", en *¿Qué hacer?*

⁸⁹ Manuel Castells, *op. cit.*, p. 20.

do estos aspectos. Incluso Pablo González Casanova al referirse a un "marginalismo integral" pareciera sustentar de alguna forma esta posición. Germani ha criticado oportuna y certeramente, a nivel lógico, estas apreciaciones sosteniendo que la marginalidad no puede ser total porque si lo fuera, carecería de sentido el teorizar en torno a sus relaciones con la sociedad, ya que se trataría simplemente de otra sociedad. Aunque no se lo aclare suficientemente, resulta obvio que los autores privilegian ciertas dimensiones y consideran que es en ellas que los individuos o grupos no participan de la manera que se estima adecuada, mientras que omiten destacar aquellas otras, en que sí se encuentran integrados.⁹⁰

Pero no es esa discusión la que se quiere mencionar aquí, sino insistir nuevamente en los resultados de algunos estudios empíricos que demuestran fehacientemente la ligazón, muy estrecha, que existe entre la acción de los grupos marginales y la coyuntura política de la sociedad global.

En este sentido conviene recordar, por ejemplo, que la conciencia social de los marginales está fuertemente condicionada por sus experiencias de participación social a diferentes niveles. Es especialmente relevante la actividad política y en menor grado la sindical, estando en último grado la vecinal.

Las fragmentarias e incompletas menciones anteriores permiten, sin embargo, afirmar que resulta difícil referirse a un "mundo de la marginalidad urbana". Todo parece indicar que no habría tal, ya que tales grupos sociales, viven al unísono con los procesos políticos más generales de la sociedad total.

15. *El sistema de dominación interno al sector popular*

Comprobada la heterogeneidad situacional del sector popular urbano, se han intentado divisiones al interior de los primitivos "universos" marginales, distinguiendo grupos "subproletarios" (Duque-Pastrana) o "marginales" *strictu sensu* y enfatizando sus diferencias. Estos grupos no coincidirían con los obreros, que participarían a su vez de la estructura de clases de la ciudad-sociedad. Sin embargo, los mismos estudios repetidamente citados muestran, por un lado, la participación de estos sectores de la clase obrera, junto con sus vecinos, en los movimientos de pobladores y, por otro, la importancia de los sectores sociales supuestamente "integrados", en la organización y dirección tanto de los movimientos como de la vida interna misma de la población marginal.

En este último sentido, merece citarse el trabajo de Martins, con datos extraídos de encuestas aleatorias de favelas de Río de Janeiro y São Paulo, en el que se muestra el liderazgo político ejercido por aquellos sectores que mantienen ligazones estrechas con la sociedad global y que actúan quitando cualquier tipo de violencia antisistema a los sectores dominados al interior de la favela.

Martins destaca el modo por el cual las llamadas poblaciones marginales se articulan al conjunto de la sociedad global y tienden a funcionar como parte

⁹⁰ Cf. Germani, *op. cit.*

integrante del mismo todo social,⁹¹ lo que iría contra la opinión de quienes tienden a sostener que las mayores concentraciones de actitudes y valores antisistema y anticonservadores tienden a ocurrir precisamente en los sectores marginales y a expresarse con mayor fuerza en su comportamiento. Los datos muestran que en las favelas existen mecanismos socioeconómicos que permiten su incorporación en la sociedad global con un desgaste mínimo para el sistema de dominación existente.⁹² Hay un sistema de estratificación social que reproduce el de la sociedad y se le opone, protegiendo a sus miembros de la influencia del sistema general, atenuando la repercusión de los efectos que sería lógico esperar. La estratificación interna produce efectos favorables en las relaciones de integración entre favela y ciudad, por cuanto los estratos inferiores tienen una orientación anticonservadora y un comportamiento político apático; los estratos superiores son participantes políticamente y de orientación conservadora.⁹³

Parece entonces que las apreciaciones sobre la acción política de los grupos marginales incurren también en generalizaciones apresuradas que conducen a postular una autonomía de decisión y acción exagerada. Recuérdese además el importante papel que en todos los movimientos sociales originados en los grupos marginales ha tenido la intervención de los partidos políticos, ya populistas, ya izquierdistas.⁹⁴

Lo anterior no debe hacer olvidar, sin embargo, que en tales situaciones de movilización popular se han dado experiencias importantes que deberían ser analizadas con mayor detenimiento (*verbigracia*, las formas de justicia popular).

16. Condiciones y precauciones a tomar en los estudios sobre la marginalidad

¿Cuál es la manera más fructífera de encarar el tema de la marginalidad? Resulta difícil presentar un modelo alternativo que sea coherente y completo. Sin embargo, es posible mencionar algunas recomendaciones generales y básicas que pueden guiar la futura investigación.

La revisión de los fundamentos económicos de la marginalidad permite afirmar que se ha exagerado de manera notable las peculiaridades de la situación latinoamericana. De ser así, Germani tiene razón cuando aconseja no perder de vista "las situaciones análogas que se han presentado en el curso de la transición de los países de industrialización temprana, así como los problemas de 'marginalidad' (en sentido amplio) que persisten en los países avanzados. Los rasgos diferenciales de la situación latinoamericana no pueden cancelar los elementos comunes con otros países, y la utilidad de enfoques comparativos al respecto".⁹⁵

⁹¹ Martins, *op. cit.*, p. 47.

⁹² Martins, *op. cit.*, p. 53.

⁹³ Martins, *op. cit.*, p. 59.

⁹⁴ Cf. Duque y Pastrana, *op. cit.*; Castells, *op. cit.*

⁹⁵ Gino Germani, *op. cit.*, p. 19.

La situación de los países europeos durante el siglo pasado resulta similar en muchos aspectos, aunque los conceptos actualmente en uso tales como "desempleo crónico" o "marginalidad", no aparecieran en el léxico de los reformadores sociales de aquel entonces. Ello invita a meditar sobre si es realmente necesario renovar los conceptos clásicos aduciendo que carecen de valor explicativo en la situación de América Latina.

El ejemplo brasileño ya referido, muestra el caso de una economía capitalista dependiente con suficiente dinamismo para absorber a crecientes contingentes de fuerza de trabajo en el sector moderno de la economía, por lo menos durante las fases ascendentes del ciclo económico. Constituye un llamado de atención respecto a muchas generalizaciones apresuradas e invita a recordar la conveniencia de realizar análisis de situaciones concretas y evitar las generalizaciones para un continente que, como sostiene un trabajo reciente ya mencionado, es más bien un archipiélago de situaciones peculiares, con similitudes en ciertos trazos, pero diferentes en la especificidad de constelaciones y procesos resultantes"; por ello, "considerar a América Latina como un todo homogéneo no es más que una ilusión de perspectiva".⁹⁶

Al comienzo de la sección se mencionó la tesis de quienes destacan la "funcionalidad" que los grupos de desempleados marginalizados tienen para el capitalismo dependiente, ya que permitirían que el costo de reposición del trabajo se mantuviera en el mínimo. Algunos datos mencionados en la parte crítica parecen no darles razón. Como recordaba recientemente Fernando H. Cardoso para que así fuera se necesitaría no sólo que la magnitud de la población marginal fuera tal que obligara a los ocupados a trabajar recibiendo un salario que fluctuara alrededor y muy cerca de los costos mínimos de reposición (con lo cual estaría cumpliendo una de las funciones atribuidas al ejército industrial de reserva), sino también que la reposición dependiera de la existencia de medios de vida, producidos al margen del sistema capitalista industrial, vale decir, que los alimentos y la ropa por ejemplo se produjeran en "bolsones de miseria". Evidentemente, esto último no es en manera alguna lo que sucede en la etapa de "internacionalización del mercado interno", por lo menos en la mayoría de los países latinoamericanos. Si bien existen tantos bolsones de miseria como marginales, parece necesario recurrir a una explicación alternativa de su surgimiento y existencia.

Todo lo anterior recomienda analizar los problemas de la marginalidad poniendo énfasis especial en la forma de constitución histórica de tales agrupamientos, dando especial importancia al proceso de disolución de las antiguas economías comunitarias donde las hubo y a la destrucción del artesanado colonial.

Cardoso ha formulado algunas apreciaciones referidas al proletariado, que pueden ser sumamente útiles también en el estudio de los grupos marginales y que, por ello, conviene citar *in extenso*. Destacaba entre otras cosas, la importancia que para cualquier explicación en términos de clase tiene el aban-

⁹⁶ CEBRAP, *op. cit.* Un intento empírico de destacar las diferencias existentes en el continente puede verse en Rolando Franco, *Tipología de América Latina. Ensayo de medición de las discontinuidades sociales* (Cuadernos del ILPES, Santiago, 1973).

donar los esquemas formales que estiman que con la maduración de la clase obrera, ella adoptará comportamientos similares a los que en su oportunidad llevaron adelante los proletarios europeos. Se necesitaría mostrar "cómo se da dinámicamente en cada situación típica la emergencia de la clase obrera en un contexto en que, por un lado, existen grupos, en la base de la pirámide social, ligados parcialmente a formas anteriores de organización de la producción y, por otro lado, en las condiciones en que se da la industrialización latinoamericana ... cómo la clase trabajadora se inserta en un contexto de 'sociedad urbana de masas' ".⁹⁷

"Se necesita mostrar el proceso histórico de constitución de la clase obrera en cada país (o región), teniendo en cuenta no sólo los orígenes (rural o urbano, migrante externo o interno, etc.), sino sus relaciones con las otras clases (absorbidas en enclaves extranjeros, ligadas a la empresa nacional, vinculada a partes del sector nacionalizado de la economía, etc.), y *principalmente*, los aspectos políticos de cómo en el juego de poder la clase obrera o fracciones de ella pasaron a definirse y a existir."⁹⁸

De la misma manera es necesario destacar las profundas diferencias existentes en la conformación de los grupos que, en cada país o región, son incluidos bajo la designación de marginales. El análisis concreto de situaciones específicas permitirá captar la peculiaridad de las mismas, por cuanto no es lo mismo la marginalidad derivada de la abolición de la esclavitud en el Brasil, que la producida por el alambramiento de los campos en el Río de la Plata.⁹⁹ Asimismo, debe verse el momento en que comienza la industrialización y la forma en que se relaciona con los modos de producción preexistentes. El origen de la masa marginal se encontrará en esos eventos históricos ya que ella "es anterior al momento de la internacionalización del mercado interno y no generada por éste".

También conviene llamar la atención sobre el ya referido problema de la "falacia ecológica de los antiecológicos". Si se sostiene que los grupos marginales no se definen a consecuencia de su lugar de residencia, sino más bien por su inserción en el sistema productivo, cuando se intentan estudios empíricos de tal categoría de sujetos, es necesario ser consecuentes con tal postulado al fijar el universo sobre el cual se realizará el muestreo. Ello no es respetado en la mayoría de los casos que terminan haciendo estudios "de pobladores" (o como quiera que se llame en los diversos países a los habitantes de los "barrios de emergencia", "callampas", "cantegriles", "corralones", "villas miseria", etc.)

⁹⁷ Fernando H. Cardoso, "As classes sociais ...", *op. cit.*, pp. 38-39.

⁹⁸ Cardoso, *op. cit.*, p. 39.

⁹⁹ Es interesante recordar aquí un párrafo debido a la pluma de uno de los propietarios rurales que "modernizaron" el campo uruguayo en una época en que no se hablaba de "marginalidad". Decía Modesto Cluzeau Mortet, testigo de la época: "¿Qué hará después el desventurado paisano, cuando se vea expulsado de la estancia donde vivía feliz con su familia? ¿Dónde podrá hallar una ocupación que le procure el sustento de sus hijos? ¿Qué suerte le espera en fin? Es innegable que la industria ha de nacer con el desarrollo de la ganadería perfeccionada; pero de aquí a que llegue ese feliz momento, ¿debemos condenar a las familias criollas a los horrores de una vida errante?, en *Revista de la Asociación Rural del Uruguay* (15 de junio de 1878), pp. 162-163.

y no de "marginales", por lo menos si se entiende por tal a los "expulsados" por el funcionamiento de un sistema económico capitalista dependiente.

La ausencia de los supuestos fundamentales para justificar las esperanzas de muchos autores en el potencial político revolucionario de los grupos marginales, hace que sea necesario el uso de una mucha mayor prudencia en los juicios que al respecto se formulen. La revisión de conceptos, métodos e hipótesis formulada aquí no ha buscado más que analizar, por un lado, las bases a menudo endeble a partir de las cuales se han elaborado sofisticadas teorías en torno al problema de la marginalidad en América Latina y, por otro, destacar la fuerte ideologización de tal concepto, aun en aquellos intentos más sólidos y serios de ligarlo a una teoría de las relaciones sociales de producción. A menudo se ha vuelto a una "visión global", vaga y confusa, apta para cualquier país o región, que traiciona incluso los motivos con que los autores han iniciado su trabajo.

Por ello no debe tomarse esta discusión como un intento crítico frustrante de lo hecho hasta el momento. Su motivación fue más bien hacer un alto en las investigaciones sobre el tema, para echar una mirada atrás y reflexionar, con la finalidad de reorientar los estudios de la manera más conveniente. El problema sigue desafiando al pensamiento social de América Latina, que no lo puede omitir ni ignorar.

III. EL CAMPESINADO

1. *¿Conservadores a ultranza o los únicos revolucionarios?*

Una inmensa literatura se ha acumulado sobre el campo latinoamericano, lo que no es extraño si se piensa que aún hoy alrededor de la mitad de la población de la región habita en el ámbito rural y que la principal fuente de ingresos de la mayoría de los países sigue proviniendo de la exportación de productos primarios. Es obvio que, para los objetivos de esta obra, gran parte de dicha literatura carece de interés. Sólo es pertinente hacer referencia a aquélla que analiza los grupos sociales rurales y el papel que les pueda corresponder en los procesos de desarrollo.

En este sentido, lo primero que llama la atención son las grandes discrepancias en cuanto al rol del campesinado. Para algunos, son los agentes de conservación por excelencia. Para otros, a la inversa, en las sociedades subdesarrolladas, serían los únicos que están por los cambios. A estas alturas ya es un lugar común de la literatura sociológica representar ambas posiciones en Robert Redfield y Franz Fanon respectivamente.¹⁰⁰

¹⁰⁰ Afirmaba Redfield: "En cada parte del mundo, generalmente hablando, el campesinado ha sido una fuerza conservadora en el cambio social, un freno de la revolución, una limitación en el proceso de desintegración social que a menudo se produce con el rápido cam-

Ambas posiciones han tenido sus representantes en la sociología latinoamericana. Redfield mismo ha sacado estas conclusiones de sus estudios sobre sociedades primitivas de Mesoamérica. Las ideas de Fanon han encontrado eco, muy especialmente luego del triunfo de la revolución cubana y de que el movimiento castrista adoptara la guerrilla rural como táctica para hacerse del poder en los restantes países latinoamericanos.

Ligada a tales aseveraciones sobre el potencial político del campesinado se encuentran dos visiones de la sociedad rural latinoamericana. Según la primera, en ella no habría cambios, sería el ámbito de la tradición, del estancamiento, del predominio del *statu quo*. Esta manera de ver proviene de fuentes muy diversas. Por una parte es común, aunque no unánime, entre los que parten de la teoría de la modernización. La sociedad tradicional del modelo explicativo que proponen, si es que existe en América Latina, no puede sino confundirse con la sociedad rural. En gran medida, modernización se confunde con urbanización y si llega un momento de ese proceso en que la sociedad rural deja de ser tradicional es por reflejo, la resultante de que lo urbano termina, por fin, penetrando en lo rural. Conviene subrayar, sin embargo, que en el esquema de la modernización la posición de la sociedad rural es, a menudo, presentada de una manera ambigua. A veces es la pasividad, el no cambio, la porción más difícil de penetrar por el proceso de modernización no porque se oponga a él, sino porque está muy lejos de él. En otros casos, la sociedad rural es activa, se opone a la modernización, es la barbarie, para usar el término de Sarmiento, que se niega a dejar de serlo. Ambas ideas pueden mezclarse, pero la primera es la predominante y constituye la base teórica de una gran cantidad de programas de desarrollo de la comunidad que se han propuesto, mediante procedimientos diversos, suscitar en el campesino el deseo y la preparación para el cambio que, se daba por supuesto, no tenían antes.

Otra fuente indirecta pero influyente de la concepción estática de la sociedad rural, puede encontrarse en la literatura económica. Esta ha acumulado o ha creído acumular, infinitas evidencias de los escasos progresos de la producción agrícola, del estancamiento de la productividad de la mano de obra, etc., como una parte del gran proceso seguido contra el complejo latifundio-minifundio, carácter dominante de la región. De ello ha concluido, explícita o implícitamente, que nada cambia en la sociedad rural. Sin embargo, ni lógicamente ni de hecho una cosa se deriva de la otra. La suposición de que la parcela de tierra cultivada con niveles iguales o peores de productividad que cuarenta años antes corresponde a un campesino tradicional, ha sido desmentida por numerosos estudios.

Un tercer origen está en la teoría del dualismo estructural que, como se verá en su oportunidad, considera a las sociedades subdesarrolladas compues-

bio tecnológico", en *Peasant society and culture. An anthropological approach to civilization* (The University of Chicago Press, 1956).

Fanon, por su parte, sostiene que "es claro que, en los países coloniales, sólo el campesinado es revolucionario. El no tiene nada que perder y todo que ganar. El campesino, el desclasado, el hambriento es el explotado que descubre más rápidamente que sólo la violencia paga", en *Les damnés de la terre*.

tas de dos subsistemas sociales que evolucionan autónomamente, afirmando que los dinamismos que producirán su movilización e integración sólo pueden provenir del sector "moderno", representado por la ciudad.

La visión de que los campesinos pueden no sólo ser agentes del cambio sino de la revolución, también reconoce diversas variantes. Una, que en el fondo parte de la teoría de la modernización y que acepta también el dualismo, supone que la penetración inevitable de las influencias urbanas unida a la situación desmedrada en que se encuentran los integrantes de los estratos inferiores y mayoritarios de la sociedad rural frente al resto, crea un potencial político que amenaza el orden social. Sólo reformas que reduzcan esa enorme contradicción llevadas a cabo a tiempo pueden evitar la explosión rural. Pensamientos como éste han sido alegados infinidad de veces en América Latina para justificar la necesidad de reformas agrarias cuyo objetivo, por último, es encauzar ese potencial hacia un cambio ordenado, que es el que sus proponentes consideran deseable.

Otra versión estima que existen estrechas relaciones entre ambas partes de las sociedades atrasadas e incluso más, que el desarrollo que es posible apreciar en el llamado sector "moderno" se debe a la explotación *sans phrase* a que están sometidos los habitantes de las regiones periféricas. Es la posición que se liga con la teoría del colonialismo interno y de la explotación regional. En sus visiones más extremas coincidiría con las postulaciones tanto de Andre G. Frank, como de Pablo González Casanova, respecto a que la carga última del desarrollo de los centros queda en las regiones apartadas del campo. Pero para llegar a considerarlas como agentes de la revolución es necesario aceptar que los más explotados son los que más fácilmente asumen ese carácter, supuesto que si parece lógico, no es tan fácil de confirmar empíricamente.

2. *El concepto de campesinado*

Si bien la característica principal de las naciones periféricas y dependientes es el que son principalmente agrarias, no sólo porque la mayoría de sus habitantes están radicados en el campo, sino también porque sus economías se basan principalmente en la agricultura, no puede dejarse de reconocer que existen importantes diferencias entre las diversas regiones agrarias. Podrían distinguirse diversas estructuras económico-sociales en las zonas rurales del mundo y de América Latina en particular y también muy diversos actores sociales dentro de ellas. Esta comprobación conduce directamente a una interrogante fundamental: ¿qué entienden los autores cuando hablan del campesinado sea como un grupo social conservador, sea como el principal agente de cambio? Es probable, sin duda, que no se refieran a los mismos grupos cuando afirman postulaciones tan encontradas.

Redfield, por ejemplo, propuso una distinción que ha tenido una considerable influencia en la literatura sociológica y antropológica. Distingue la pequeña comunidad aislada, el *peasant* y el *farmer*. Denomina *peasant* a los que tienen un "control de la tierra que les permite llevar adelante en común un

modo de vida tradicional dentro del cual su agricultura entra íntimamente pero no como una inversión de negocios para obtener un provecho".¹⁰¹ Cuando ocurre esto último se está en la presencia del *farmer*. Aquél existe, aunque haya mercados y una parte de la producción se venda en ellos, siempre que la agricultura no sea encarada como una empresa. El *peasant* está, pues, entre la comunidad aislada y el *farmer*. De ahí que Redfield pueda decir que es una *half-society* con una *half-culture*, caracterizada por una íntima y reverente actitud hacia la tierra, por la idea de que el trabajo agrícola tiene un valor mucho más alto que el comercio y por el énfasis en el trabajo como primera virtud.

La influencia de estas ideas de Redfield sobre su propia concepción, explica el que Wolf diera una visión muy restringida de quienes constituyen el campesinado: los cultivadores rurales propietarios de las tierras que trabajan (o al menos de una parte importante de ella).¹⁰²

Landsberger, por su parte, revisa la literatura sobre la materia al tratar de definir al campesinado.¹⁰³ resumiendo el consenso mínimo existente. En primer lugar, habría acuerdo en que el término debe usarse para referirse al "cultivador rural", entendiendo por tal a alguien ligado al trabajo de la tierra y muy cercano a ella. La segunda característica que comúnmente se halla en los escritos, es que el campesino tiene una orientación dual hacia la familia y hacia el mercado y no percibe su posición como la de quien maneja un negocio para obtener un provecho máximo, vale decir, que aquí vuelve a reiterarse la idea de Redfield. Otro rasgo que muchos autores incluyen, es la referencia a una comunidad, un conjunto limitado de familias que comparten las mismas normas y valores. Pero esta característica no es universalmente admitida como parte de la definición. La última característica, es la posición subordinada que el campesino mantiene en un orden jerárquico económico y político, lo que sirve para distinguirlo de los miembros de tribus primitivas. La posición subordinada del campesino o *peasant*, como lo designa el autor, tiene el importante efecto de que una parte mayor o menor del producto de su esfuerzo es apropiada por otros. La forma de apropiación no es importante cuando se trata de dar una definición general: "La esencia es que la persona que expropia al campesino lo hace más allá de cualquier servicio que él o su clase haya realizado y puede realizar esa apropiación a través del control del sistema político, el Estado, la Ley y por último la fuerza".¹⁰⁴

Landsberger, no acepta todos los criterios mencionados y propone una definición amplia que no excluye a los asalariados ni a los que están vinculados de maneras diversas a la tierra, porque considera que es preferible hallar las

¹⁰¹ Redfield, *op. cit.*, p. 28. Se mantienen los términos en inglés porque la traducción de los mismos ha contribuido a muchas confusiones en textos latinoamericanos.

¹⁰² Eric Wolf, "Types of Latin American peasantry: A preliminary discussion", en *American Anthropologist*, vol. 57, núm. 3 (junio 1955), pp. 452-571. En su último trabajo, sin embargo, ya no incluye la limitación de la propiedad de la tierra para considerar a un individuo integrando el campesinado e, incluso, parece no excluir explícitamente --según Landsberger-- a los trabajadores agrícolas asalariados.

¹⁰³ Véase Henry Landsberger (comp.). *Contemporary Latin American peasants movements* (Ithaca, Cornell University Press, 1969), pp. 1 ss.

¹⁰⁴ *Ibidem*, p. 2.

diferencias en la investigación empírica que excluir *a priori* a determinados grupos. Lo esencial para él es que sea un cultivador rural de condición política y económica baja. Aún el problema de la explotación debe ser investigado empíricamente; aunque hay pocas dudas de que es la consecuencia natural del status político y económico bajo, no es necesario excluirlo en la definición.

Quijano llega a una concepción todavía más amplia por cuanto estima que el campesinado está constituido por "la población de las áreas rurales que pertenece a las capas económicas y socialmente dominadas, cualquiera que sea su rol específico: jornaleros, colonos, minifundarios, pequeños comerciantes, artesanos, estudiantes, etc."¹⁰⁵

Las variaciones, como se ve, son múltiples, pudiendo encontrarse incluso quienes estiman que sólo puede hablarse de campesinado para referirse al grupo social existente en Europa durante el Medioevo y principios de la Era Moderna, ya que las situaciones que se dan actualmente en otros lugares, y así se denominan, mantienen tales diferencias con aquélla que hacen preferible evitar cualquier analogía.

Para poder llegar a un concepto medianamente correcto de qué sea el campesinado latinoamericano en la actualidad, es necesario agregar a las anteriores, algunas precisiones imprescindibles. Stavenhagen recordaba, acertadamente, que "nada resulta más falso que la idea muy generalizada durante mucho tiempo de la existencia de una masa campesina no diferenciada, de un *sustratum* rural homogéneo e incambiable".¹⁰⁶

En primer lugar debe distinguirse el campesino del primitivo. Wolf ha formulado algunas precisiones fundamentales para el esclarecimiento de sus diferencias.¹⁰⁷ El primitivo todavía no ha sufrido las transformaciones estructurales producidas por el contacto con la economía de mercado. Controla sus medios de producción, que se reducen a la tierra comunal, los útiles de trabajo y su propio trabajo, que es en general la única fuente de energía disponible. Se trata de una economía de subsistencia que cubre las necesidades esenciales del grupo. Los escasos excedentes que pudieran existir se intercambian con otros grupos, en relaciones de igual a igual. La débil productividad que han alcanzado dificulta que pueda darse una división social del trabajo y que surjan relaciones de explotación al interior del grupo primitivo.

En cambio, los campesinos sólo pueden explicarse relacionando al subsistema rural, donde realizan sus actividades, con el subsistema urbano. La sociedad campesina se halla en estrecho contacto con un sistema nacional o regional. "La sociedad campesina propiamente dicha sólo existe en relación con una sociedad global más amplia de la cual es una parte. La dicotomía ciudad y campo sirve para colocar al campesinado en un marco más amplio."¹⁰⁸ Por

¹⁰⁵ Aníbal Quijano, "Los movimientos campesinos contemporáneos en América Latina", en Lipset y Solari (comps.), *Elites y desarrollo en América Latina*, p. 256.

¹⁰⁶ Rodolfo Stavenhagen, *Las clases sociales en las sociedades agrarias* (Siglo XXI, México, 1969), p. 79.

¹⁰⁷ Erich Wolf, *Peasants* (Prentice-Hall Inc., Englewood Cliffs, Nueva Jersey, 1966), cap. 1.

¹⁰⁸ Rodolfo Stavenhagen, *op. cit.*, p. 80.

tanto, si la autarquía era característica de las comunidades primitivas, puede verse un primer elemento importante de diferenciación con la situación campesina.

Enlazada con la observación anterior, hay otra: no se debe creer que el actual campesinado latinoamericano es el mismo que existía antes del descubrimiento y conquista de estos territorios. Ese proceso provocó la ruina y destrucción de las sociedades autóctonas —que se distinguían entre sí por gran cantidad de peculiaridades— provocando profundas modificaciones. Este punto, de trascendental importancia para la comprensión de las características del campesinado latinoamericano, ha sido frecuentemente olvidado por los antropólogos y por todos aquéllos que han utilizado el esquema sociedad *folk*-sociedad moderna, para explicarse el proceso de transición que se estaría dando en estos países. Y ello por cuanto al interior del tipo *folk* es posible encontrar abundantes variaciones, que conducen a procesos de transformación diferentes. Stavenhagen por ejemplo, considera que las llamadas estructuras tradicionales abarcan tanto a las sociedades primitivas o arcaicas (preclásicas), como a los sistemas feudales o semif feudales, o las sociedades de clases que ya existían fuera de Europa en el momento de la expansión capitalista. El sistema colonial introdujo modificaciones sustanciales en las mencionadas estructuras tradicionales, al punto que las existentes actualmente tienen poco o nada que ver con aquéllas. Todo ello conduce a Stavenhagen a afirmar que hay el peligro de “confundir (como lo hace Hoselitz por ejemplo) la ilusoria sociedad *folk* con las naciones subdesarrolladas”.¹⁰⁹

En el campo se mezclan estructuras que son típicamente capitalistas con otras precapitalistas subordinadas a aquel modo de producción dominante. Ello hace dificultoso el estudio de las clases en los países subdesarrollados.

Un balance, por esquemático que sea, de estas diferentes posiciones permite comprender hasta qué punto el problema de los campesinos como agentes de cambio o de conservación es confuso. Obviamente, puede dársele una respuesta global sea negativa o positiva, tanto o más definida, cuanto más restringida sea la definición de la que se parta. Si campesino es, únicamente, el *peasant* de Redfield, lo que se predique sobre él como agente de conservación o de cambio, es válido para todo el campesinado. Pero si incluye todas las categorías y grupos que enumera Quijano, parece difícil encontrar una respuesta unívoca, salvo que se parta del supuesto de que los dominados, por ser tales, no pueden comportarse más que de una cierta manera. Pero este supuesto es difícil de sostener, no sólo porque otros dominados que incluso parecen más homogéneos, como la clase obrera, han demostrado variados comportamientos, sino porque aunque se acepte que todos los enumerados por Quijano sean dominados, debe ineludiblemente concluirse que lo son de diferentes maneras y a través de distintos mecanismos. Presumir que, pese a ello, actuarán de un modo determinado sólo puede derivar de una convicción ideológica.

Desde el punto de vista científico, el problema sólo puede resolverse por análisis empíricos y éstos, como se verá, aunque se han multiplicado mucho

¹⁰⁹ Rodolfo Stavenhagen, *op. cit.*, p. 78.

en América Latina en los últimos años, siguen siendo escasos. Las observaciones de Wolf y Stavenhagen acerca de la complejidad y heterogeneidad de la sociedad rural, no hacen sino resaltar la importancia de esa escasez.

3. Las estructuras agrarias y los diversos actores de la sociedad rural

Es imposible establecer orden en la complejidad y heterogeneidad que se acaba de examinar sin recurrir a alguna clasificación de las estructuras agrarias. Efectivamente, la situación de los individuos y los grupos en la sociedad rural sólo puede ser comprendida en referencia a ellas. Hay asalariados, por ejemplo, en una empresa agrícola moderna y los hay, también, en una estancia tradicional, pero esa condición común, presenta variaciones muy importantes según la integración a una u otra estructura y los juicios que pueden emitirse sobre sus condiciones respecto al cambio social deben respetarlas.

Como el objetivo es considerar a los campesinos en cuanto agente de cambio o de conservación se comprende de suyo que la clasificación de las estructuras agrarias sólo es un instrumento para poner de relieve las diversas condiciones estructurales en las que el problema se presenta. Por esta razón, no se consideran aquí clasificaciones que puedan ser muy importantes a otros efectos, ni todas las que tienen que ver con el tema, sino las que han sido más frecuentemente usadas aunque sea introduciéndoles ciertos cambios.¹¹⁰

Es útil manejar la tipología de empresas agrícolas formulada por Stinchcombe, por cuanto la misma ha sido utilizada repetidamente por estudiosos latinoamericanos.¹¹¹

Define a la empresa como aquella "unidad social que posee y practica el poder de destinar cierta parcela de tierra a una finalidad productiva y realizar lo que decide sobre el destino de los bienes de capital y de la fuerza de trabajo". Buscará, a partir de ciertos criterios que se mencionarán en seguida, relacionar los tipos de empresas agrícolas y los sistemas de propiedad rural con los patrones de las relaciones de clase en la vida social rural.

Los criterios a partir de los cuales sería posible derivar la tipología de em-

¹¹⁰ Así, la clasificación del CIDA que es muy importante a los efectos de servir de base para estudios de reforma agraria no es considerada aquí, porque se la ha considerado menos útil a los objetivos del capítulo. También se deja de lado la clasificación que ha propuesto Marshall Wolfe ("Rural settlement patterns and social change in Latin America", en *Latin American Research Review*, vol. 1, núm. 2, 1966, pp. 5-50), porque a pesar de su indudable interés, deja de lado el problema de la distribución real del poder social y político como observa Richard Adams en la misma revista. Tampoco se hace referencia a la de Richard Schaedel ("Etude comparative du milieu paysan en Amérique Latine", en *Les problèmes agraires des Amériques Latines*, Centre National de la Recherche Scientifique, París, 1967, pp. 47-82), porque aunque contiene observaciones de interés sobre el problema del poder y de la actitud hacia los cambios que serán utilizadas más adelante, ellas son sólo accidentales en una clasificación que tiene otros objetivos. Muchísimas otras deberían mencionarse, pero los ejemplos dados bastan para explicar por qué sólo se utilizan algunas y se dejan de lado otras.

¹¹¹ Arthur L. Stinchcombe, "Agricultural enterprise and rural class relations", en *American Journal of Sociology*, vol. 67 (1961-1962), pp. 165-176.

presas agrícolas serían los siguientes: a] poder de tomar decisiones productivas; b] poder de tomar decisiones sobre la distribución de los beneficios; c] valor de la tierra; d] el hecho de que el propietario disponga de poder policial sobre los trabajadores o tenga con ellos relaciones de parentesco; e] el volumen de capital requerido (fuera de la tierra) para hacer funcionar la empresa; f] grado de racionalización técnica. Stinchcombe deja de lado deliberadamente tanto las agriculturas no comerciales, que no producen para el mercado, como las empresas comunitarias que se dan en los países socialistas y en Israel.

A partir de los criterios enumerados, distingue los siguientes tipos de empresas agrícolas, que considera básicos:

a] *El sistema señorial o de "hacienda"*: con rasgos precomerciales y caracterizado porque la tierra se encuentra distribuida en dos partes, una dividida en pequeños lotes en manos de los campesinos, que practican sobre ella una agricultura de subsistencia; la otra, el dominio señorial, que produce para el mercado y en el cual aquellos mismos campesinos laboran a base de obligaciones consuetudinarias. El precio del trabajo y de la tierra es bajo y el poder de la clase terrateniente casi absoluto. La producción no es abundante y la eficiencia muy baja. Mientras los terratenientes practican el ausentismo y desarrollan actividades políticas en la ciudad, el campesinado vive al margen de ese mundo, es apático, atrasado y privado de derechos políticos.

b] *El arrendamiento de tamaño familiar*: donde el terrateniente es un rentista que da su tierra a cambio de determinada cantidad a pagarse en dinero o especie. Las condiciones de funcionamiento de este sistema serían: i] tierra de alta productividad y con precio de mercado elevado; ii] gran intensidad del trabajo y escaso desarrollo de la mecanización agrícola; iii] mano de obra barata; iv] ciclo agrícola de un año o menos; v] no existencia de economías de escala apreciables en factores que no sean el trabajo. Son sistemas altamente inestables desde el punto de vista político y —como menciona Stinchcombe— dan lugar a revoluciones o reformas agrarias con relativa frecuencia. Ello se debe a que los ingresos de los campesinos pobres son muy variables, lo que aumentaría su conciencia política, siendo la principal causa de conflictos. El contacto social entre rentistas y campesinos es muy tenue, por lo cual desarrollan estilos de vida altamente discrepantes. Los arrendatarios son conscientes de su capacidad de producir con o sin la participación del rentista. Por ello la clase propietaria aparece como extraña, superflua, avariciosa y explotadora y sus derechos sobre la renta son vistos como una carga injustificable. En tales circunstancias, es dudoso que en caso de desposeerla de la propiedad se produzca una baja pronunciada en la productividad: incluso puede suceder al contrario.

c] *La pequeña propiedad familiar*: donde la propiedad pertenece al productor, que no paga renta y tiene costos estables, pero se ve afectado por los procesos de comercialización. Consecuentemente, los movimientos políticos generados en este sector de productores agrícolas irán dirigidos contra los intermediarios, comerciantes y acreedores, considerando al capital financiero como su principal enemigo. Pero en general es baja la comunicación al interior del

grupo y los movimientos tienen poca coherencia. Ideológicamente, tienden a ser nacionalistas y xenófobos.

d] *Las plantaciones*: son grandes propiedades capitalistas, dedicadas a cultivos que exigen varios años para su maduración y gran cantidad de mano de obra; también puede exigir otro tipo de inversiones de largo plazo (maquinarias, por ejemplo). El trabajo es intensivo y frecuentemente estacional. La clase dominante se preocupa de evitar el surgimiento de la pequeña propiedad e incluso de destruirla en caso de que surja. El control técnico de la producción está en manos de este grupo social, por lo cual es altamente probable que la introducción de modificaciones en el régimen de propiedad de la tierra ocasiona bajas pronunciadas de la productividad.

e] *Agricultura capitalista extensiva con mano de obra asalariada: la estancia*: la tierra tiene poco valor de cambio; la mano de obra es barata fluctuante, móvil, con escasos lazos familiares, viviendo y comiendo en campamentos colectivos y constituyendo grupos socialmente indisciplinados. Puede derivar hacia un radicalismo político, pero raramente se da un movimiento nativo radical disciplinado.

Otros autores han intentado hacer clasificaciones similares referidas a América Latina. Por ejemplo, Manuel Diegues Junior distingue siete tipos de establecimientos rurales.¹¹²

Como se ve, las descripciones de tipos de empresas y estructuras agrícolas son un buen indicador de la gran variabilidad de situaciones que es posible encontrar entre quienes son designados genéricamente como miembros del campesinado y pone sobre aviso respecto a los riesgos de generalizar en torno a los posibles comportamientos de clase de estos grupos.

A partir de la presentación anterior pueden distinguirse en el campo latinoamericano varios grupos sociales tipos. La inserción estructural de los mismos influirá decisivamente sobre la capacidad de movilización política y sobre su orientación hacia la conservación o el cambio. Como sostiene Wolf, lo que determina a la sociedad campesina son justamente los elementos estructurales, las relaciones entre las partes constituyentes de la sociedad y no el contenido cultural de estas partes.

Ante todo subsisten en el continente las comunidades indígenas. Se acostumbra a distinguir entre las "cerradas" y las "abiertas".¹¹³ Las primeras se caracterizarían por su carácter corporativo; sus miembros están fuertemente vinculados a la tierra de la que son copropietarios y entre sí por la sangre. Mantiene su identidad estructural a través del tiempo. Desde afuera parece un todo y desde adentro, define estrictamente los derechos y deberes de sus miembros que participan sistemáticamente en cuestiones comunales y religiosas. Es el resultado final de un largo proceso de reorganización que empezó

¹¹² Manuel Diégues Junior, *Establecimientos rurales en América Latina* (Buenos Aires, 1967). Esos tipos serían los siguientes: a] la plantación; b] el latifundio o hacienda de tipo tradicional; c] la gran estancia; d] la pequeña propiedad familiar; e] la comunidad indígena; f] el ejido; g] el minifundio.

¹¹³ Véase Erich R. Wolf, "Types of Latin American peasantry: A preliminary discussion", *op. cit.*

en los tiempos precolombinos y se continuó bajo el dominio español.¹¹⁴ En la actualidad se las encuentra ocupando tierras marginales y utilizando una tecnología tradicional, lo que indudablemente limita su poder productivo y su habilidad para practicar una agricultura comercial para el mercado.

Las comunidades campesinas abiertas, venden con regularidad probablemente entre el 50 y el 75 por ciento de sus cultivos, lo que hace que estén mucho más ligadas al sistema capitalista. Su agricultura es comercial, la tierra es propiedad privada y las actitudes de sus miembros, individualistas. Pero su tecnología es primitiva y las condiciones mismas de la agricultura tropical a la que predominantemente se dedican, no les permiten una capitalización suficiente. Están ligadas al sistema financiero exterior en pequeña escala y en forma intermitente y especulativa.

Este tipo de comunidad enfatiza una continua interacción con el mundo exterior y liga su suerte a las demandas externas. A diferencia de la corporativa o cerrada que desaprueba la acumulación individual y el despliegue de riqueza —creando incluso los mecanismos para que tales fenómenos no se den— la comunidad abierta permite y espera tal tipo de acumulación individual, como también el despliegue de riquezas, por lo menos durante los períodos en que la demanda externa es intensa y lo permite.

Según Wolf estos dos tipos de comunidades constituyen históricamente las bases del medio rural latinoamericano. Sostiene además que entre ambas existen relaciones muy estrechas. No se trataría de dos tipos excluyentes, sino que se habría dado una especie de desarrollo cíclico, por el cual según sean las presiones provenientes del medio exterior, demandando la producción de las comunidades, éstas pasarían de la economía de subsistencia a la producción para el mercado, hasta que nuevos cambios en dicha demanda, las obligaran a volver a las tareas de subsistencia exclusivamente.

En los siglos xix y xx los equilibrios internos y externos de las comunidades sufren rupturas cada vez más profundas, sea a consecuencia del predominio creciente de las grandes haciendas; sea por el resquebrajamiento de las relaciones internas, muchas veces ligado al fenómeno anterior.

Se ha visto en otros lugares de esta obra, que la hacienda fue la gran institución del pasado rural latinoamericano. El proceso de su descomposición, largo y lento, aún no ha terminado totalmente en muchos países de América Latina. Aunque lo común sea que las haciendas ocupen grandes extensiones es un error creer, como ocurre a menudo, que tal cosa es el elemento definitorio. Existen todavía hoy haciendas en Ecuador de superficies relativamente no muy grandes y que, sin embargo, corresponden en todo a las características de la hacienda tradicional. Como se sabe, en su forma pura, la hacienda es un sistema social casi completo. Como Solari lo ha resumido: "La figura clave de la hacienda o plantación tradicionales es el propietario. Toda autoridad reside en última instancia en él, ya la ejerza directamente, ya por medio de delegados. Es lo que se llama generalmente el paternalismo. La autoridad que ejerce no es arbitraria —o en todo caso sólo lo es para los que juzgan desde puntos

¹¹⁴ Rodolfo Stavenhagen ha contribuido a la comprensión de estos procesos, especialmente en el área mesoamericana. Véase *op. cit.*, pp. 193 ss.

de vista distintos a los que forman parte del sistema—, puesto que está integrada en un sistema de valores y de normas que en alguna medida lo limita y del cual deriva su legitimidad; pero es amplísima. Se ejerce sobre las más variadas materias y en cada una de ellas sus límites son bastante imprecisos y su poder llega muy lejos.”¹¹⁵

Las familias encuentran en la hacienda trabajo y protección, aunque sea a precio de una explotación inicua a los ojos de los observadores. No hay que olvidar, además, que mientras no se producen transformaciones considerables, la situación de los que están fuera de la hacienda es peor todavía, salvo cuando se encuentran integrados en comunidades.

La dominación del dueño de la hacienda tradicional es aceptada como legítima, puesto que la situación estructural no ofrece alternativas y los que tienen más poder manipulan un sistema de valores que justifica la situación. Tal sistema define dos tipos de metas muy diferentes para propietarios de la hacienda y para los demás integrantes de la misma. Los primeros que pueden mantener y normalmente mantienen relaciones directas con otros grupos, con el Estado, con los funcionarios; los restantes miembros no las tienen en principio o sólo de manera indirecta, a través del propietario. Pueden dar su vida en luchas civiles, pero siempre es bajo la conducción y en relación a la lealtad hacia el propietario.

Las vías por las que el sistema entra en descomposición son variadísimas y sería imposible indicirlas todas aquí. En el tipo puro, el Estado puede existir, pero no penetra en la vida de la hacienda. Esa penetración es otra cara de la crisis del sistema tradicional. Pero como es obvio, no hay un salto brusco. El poder político representado al nivel local por alguna forma de organización municipal o por algún agente del gobierno central, no es durante mucho tiempo una fuente diferente de poder que la del hacendado. Los titulares del poder local son casi siempre sus agentes, parte de su clientela, ya sean electos o nombrados por el gobierno central. En muchos países los analfabetos no tienen derecho a voto y como tal condición coincide con la inmensa mayoría de los estratos inferiores, sólo entre los pocos restantes se hacen las elecciones. Aun si la participación electoral se expande, es difícil concebir que el prestigio tradicional del hacendado y los sistemas de clientela hagan concebible otro resultado que el favorable. Ni siquiera la competencia entre los diversos hacendados abre puertas demasiado importantes. Cuando, como ha ocurrido en cierto momento en algunas regiones, las oligarquías tradicionales sólo ganan las elecciones mediante el fraude se está ya en presencia de una ruptura de las lealtades tradicionales.

Por eso es que las teorías predominantes colocan en primer lugar las transformaciones que ocurren en el sistema de poder al nivel de la sociedad global. Mientras las oligarquías tradicionales no vean comprometido su poder a ese nivel, parece muy difícil que haya transformaciones internas que lo ataquen. Puede haber y ha habido considerables rebeliones ahogadas generalmente en sangre, pero difícilmente una modificación real de las posibilidades de los

¹¹⁵ Véase Aldo E. Solari, *Sociología rural latinoamericana* (Paidós, Buenos Aires, 1971), p. 62.

campesinos de convertirse en actores sociales. Para que los cambios en el sistema político nacional lleguen a sentirse a nivel de los campesinos no basta con que las oligarquías tradicionales tengan que compartirlo, porque el precio que cobran para hacerlo es muy a menudo, que el poder central no se introduzca en la sociedad rural. Tienen que crearse fuentes de poder efectivas y no meras figuras jurídicas. Los estudios del CIDA demuestran hasta qué punto las leyes dictadas para proteger a los campesinos son burladas o utilizadas para perjudicarlos más aún. Se requieren mecanismos de participación que no existen en muchas partes de América Latina, como los sindicatos por ejemplo, para que la situación cambie en forma importante.

Es bien sabido que la sociedad rural no se puede reducir a la hacienda tradicional y al complejo proceso de su descomposición como sistema social. También existe una masa considerable de pequeños propietarios, designación vaga que cubre las más variadas categorías pero que orienta el análisis hacia una configuración social con características muy diferentes.

Erven Long¹¹⁶ ha sostenido la hipótesis de que el sistema de explotaciones rurales dirigidas por sus propietarios, con un tamaño que no requiera más que la utilización de la mano de obra familiar, sería la mejor contribución a la estabilidad política y social. Dos condiciones, pues, se exigirían: que el propietario explote su tierra y que lo haga en forma satisfactoria sin recurrir a la mano de obra ajena. Esta hipótesis, que por cierto no es original de Long, sino que recoge una larga tradición en la materia, ha tenido una gran influencia sobre muchos proyectos de reforma agraria en América Latina. La creación de una clase de pequeños propietarios dueños de predios familiares ha sido uno de los objetivos esenciales perseguidos por varias de ellas. No es ésta la ocasión para discutir las relaciones de un sistema como el propuesto con el crecimiento económico agrícola, punto sobre el cual pueden tejerse las más fundadas dudas.

Lo que importa aquí es poner de relieve los supuestos de tal hipótesis que, si recoge una experiencia histórica, no por eso es menos ideológica. La idea de que el pequeño propietario que reúne las condiciones vistas constituye un factor de estabilidad, va unida a menudo a la de que, sin embargo, es un agente de cambio en el sentido de aceptar prácticas modernizantes en la explotación, etc. ¿Hasta dónde es esto cierto? La cuestión es compleja. Orlando Fals Borda en sus estudios sobre el vecindario del Saucó, al norte de Bogotá, ha llegado a la conclusión de que el salto a propietario del grupo que llama "capricante", formado por quienes anteriormente fueron trabajadores agrícolas, no garantiza ningún dinamismo. El capricante se identificó con el grupo que no experimentó ningún cambio en cuanto a la tenencia, el que demostró mayor tradicionalismo o acomodación al *statu quo*. La relación propietario-buen empresario parece depender, como lo señala el autor, de gran cantidad de factores, entre ellos de todo el proceso de socialización a que han estado sometidos.

¹¹⁶ "The economic basis of land reform in underdeveloped economies", en *Land Economics*, vol. 37, núm. 1 (1961), pp. 113 ss.

Un estudio de Raúl Urzúa¹¹⁷ llega a conclusiones de mucho interés y muy paradójales sobre la situación de los diversos tipos de campesinos frente a los cambios. Su hipótesis, que cree válida en general por el examen de la literatura pertinente y confirmada por su investigación de campo en la cuenca del Río Maule en el Valle Central de Chile, es que "mientras más subordinada sea la posición que ocupa un individuo en la estructura social rural, menos predispuesto estará a apoyar cambios en esa estructura. Como subhipótesis y debido a las fuertes presiones por conformarse con las expectativas que crea un tipo paternalista de autoridad, podría afirmarse también que los individuos sometidos a este tipo de autoridad iban a ser significativamente más reacios que otros sectores campesinos a aceptar cambios estructurales".¹¹⁸ En otras palabras, como dice el autor: "La conclusión de nuestro examen fue que había una clara tendencia a que los campesinos independientes participaran más a menudo que los asalariados rurales en conflictos abiertos con los terratenientes. Además, nuestro análisis puso en evidencia que los conflictos entre campesinos independientes y grandes hacendados han sido, generalmente, sobre puntos más cruciales para la supervivencia de la estructura social tradicional que los planteados por los jornaleros, peones u otros trabajadores agrícolas dependientes. Estos últimos, en la mayoría de los casos, han limitado sus peticiones a mayores salarios y mejores condiciones de vida, sin llegar a cuestionar la estructura social".¹¹⁹

Urzúa examina la hipótesis de que el factor ideológico pueda ser la explicación de los resultados a que llega y la desecha mostrando que las diferencias entre los campesinos tenían que ver con su grado de subordinación objetiva y no con factores económicos, educacionales o informativos. "Las sociedades tradicionales no son verdaderos vacíos sociales y la fuerza con que influyen en la conducta el saber leer, así como la dirección en que se ejerce esa influencia, es afectada, entre otras cosas, por la posición estructural que ocupan los individuos." ¹²⁰

Algo análogo ocurre con el impacto de los medios de comunicación de masas. En tanto que subsista la estructura tradicional, ésta canaliza el impacto de esos diversos factores de acuerdo a las expectativas tradicionales de los diversos grupos.

Es imposible entrar aquí en la crítica interna del trabajo de Urzúa. Pero importa que su conclusión contraría lo sostenido habitualmente. No son los más explotados los que se convierten en agentes de cambio, son más bien grupos de baja y mediana clase media. Es obvio, que tal conclusión no podría entenderse más allá de una situación estructural, que puede llamarse tradicional, pero que ya contiene una diferenciación relativamente considerable, puesto que hay pequeños, grandes y medianos propietarios, diversos tipos de asalariados, etc.

¹¹⁷ Raúl Urzúa, *La demanda campesina* (Ediciones Nueva Universidad, Santiago de Chile), 1969).

¹¹⁸ *Ibidem*, p. 227.

¹¹⁹ *Ibidem*, pp. 225-226.

¹²⁰ *Ibidem*, p. 231.

Eric Wolf muestra¹²¹ estudiando comunidades de pequeños propietarios y sus conflictos internos como lucha de coaliciones de familias nucleares claves, que su función es reafirmar la estructura de clases en vigencia, a través de reunir ricos y pobres bajo el pretexto del parentesco real o ritual. Por último, es entre los niveles más altos en la estratificación que aparecen los innovadores, los que se comunican con el exterior, etc. Hobsbawm comentando estas hipótesis, señala "que las clases más inferiores —asalariados, campesinos sin tierra, peones— muestran, en síntesis, el mínimo de iniciativa y son, en general, otros grupos los que muestran una iniciativa mucho más grande".¹²²

Podrían traerse a colación muchas otras investigaciones y opiniones sobre estas cuestiones cruciales, pero no agregarían nada nuevo al cuadro que las citadas permiten trazar. El que tan variadas ideas puedan sostenerse, revela no solamente la gran heterogeneidad de situaciones, sino la necesidad de estudios comparativos que partan de una teoría, que implique definiciones claras de una serie de variables. En primer lugar, la pregunta de quiénes son agentes de cambio, supone definir qué será considerado cambio. Aunque esto parezca banal, es importante. Un grupo puede tener condiciones innovadoras considerables y usarlas para mantener el *statu quo*. Ciertos conflictos tienen la misma función. En segundo lugar, es indispensable poner de relieve los supuestos ideológicos del investigador. Bergson decía que el "desorden" es el "orden" que no se espera. En América Latina es muy común que lo que se considera la estabilidad, el no cambio, sea el conjunto de cambios que no se consideran deseables o que no fueron los previstos. Por ejemplo, en el prólogo de los estudios del UNRISD sobre cooperativas,¹²³ Fals Borda afirma: "Se aceptó la tesis de que la política cooperativa regional en la América Latina está en muy graves dificultades como agente de un *verdadero cambio social*, y que es urgente concebir pautas de organización más eficaces que las reformas ejecutadas hasta ahora en este campo. Por tanto, se decidió estudiar *detallada e imparcialmente* la situación de crisis que existe en el cooperativismo e iluminarla con toda clase de datos provenientes del terreno, para terminar analizando los mecanismos reformistas que están vigentes en la actualidad y que son elementos de esa crisis".¹²⁴

Sin embargo, un lector atento del volumen puede descubrir que muchísimos cambios se han producido: en parte menos que los esperados, en parte, muy diferentes. Es muy legítimo creer que, en conjunto, no constituyen el *verdadero cambio social*, pero cuál sea el verdadero, es un problema ideológico.

Con relación a todos los grupos examinados ocurre lo mismo. Si los pequeños y medianos propietarios pueden aparecer a veces como agentes de cambio y en otros, de conservación, puede deberse y habría que demostrarlo, a que actúan en condiciones histórico-estructurales muy diferentes, pero puede ser

¹²¹ "Patrones políticos entre campesinos latinoamericanos", en *Les problèmes agraires*, pp. 189 ss.

¹²² *Ibidem*, p. 199.

¹²³ Instituto de Investigaciones de la ONU para el Desarrollo Social. *Estudios de la realidad campesina: cooperación y cambio* (Ginebra, 1970).

¹²⁴ *Ibidem*, p. x. Subrayados agregados.

también un mero problema de definición o de vaga definición de lo que se entiende por cambio social.

Por último, debe mencionarse la empresa agrícola moderna, de corte típicamente capitalista, donde los trabajadores adoptan paulatinamente la situación característica del proletariado. Como se recordará, al hacer referencia a la clase obrera latinoamericana, se mencionó la opinión de quienes consideraban conveniente incluir a estos trabajadores agrícolas en el conjunto de los obreros. Sin embargo, su cercano pasado rural —que tal vez no se diferencia en mucho del propio de la llamada nueva clase obrera— y su permanencia en el ámbito rural, hacen que sus comportamientos, en especial políticos, deban estudiarse específicamente.

A los efectos de poder apreciar la forma en que estos diferentes grupos sociales que habitan en el ámbito rural han actuado como agentes de cambio o conservación, se hace imprescindible analizar los movimientos sociales campesinos habidos en el continente y apreciar allí cuáles eran los grupos sociales en que se basaron.

4. *Los movimientos campesinos*

Aníbal Quijano ha estudiado los nuevos movimientos campesinos latinoamericanos y ha postulado un criterio de clasificación que se seguirá aquí.¹²⁵ Podrían diferenciarse dos etapas en la agitación campesina: la prepolítica y la política. Durante la primera se dan movimientos caracterizados porque, en definitiva, no se propusieron la modificación de la estructura global de poder en el campo; no llegaron a percibir la especificidad de sus intereses sociales y sólo vieron, de manera distorsionada, a sus enemigos sociales como un sector de intereses sociales diferentes y opuestos.

Las formas concretas que adoptaron fueron variadas y entre ellas pueden mencionarse los movimientos mesiánicos, el bandolerismo social, los movimientos racistas y los movimientos agraristas tradicionales o incipientes.

Según Pereira de Quiroz, que ha producido la obra más importante que se conozca en el continente sobre el tema, los movimientos mesiánicos constituyen una especie de milenarismo caracterizado por tres condiciones: una colectividad descontenta u oprimida, la esperanza en la venida de un emisario divino que enderezará los entuertos que aquélla sufre y la creencia en un paraíso al mismo tiempo sagrado y profano.¹²⁶

Quijano por su parte, afirma que tales movimientos buscan más bien “una modificación de las relaciones entre el hombre y la divinidad o lo sagrado en general, que se guían por lo mismo según modelos religiosos de percepción de la realidad social, se expresan en símbolos religiosos, aparejan una conducta

¹²⁵ Aníbal Quijano, “Los movimientos campesinos contemporáneos en América Latina”, *op. cit.* Landsberger ha propuesto una clasificación más compleja, pero no muy diferente en lo esencial.

¹²⁶ María Isaura Pereira de Quiroz, *Historia y etnología de los movimientos mesiánicos* (Siglo XXI, México, 1969, p. 23).

externamente mística, se organizan en forma de secta o de iglesia aunque de manera poco estructurada y legitiman su liderazgo por la santificación o la divinización".¹²⁷

El Brasil ha sido prolífico en tales movimientos, especialmente en el período que media entre 1890 y 1930. Muchos de ellos dieron lugar a la formación de poblaciones integradas por los fieles que seguían los pasos de su Mesías y terminaron siendo reprimidos violentamente por las autoridades. Recuérdese por ejemplo, la actividad de Antonio Conselheiro quien creó, primero, el Burgo del Buen Jesús, que subsistió desde 1873 a 1889, momento en que se declaró la República a la que el Mesías negó su apoyo, siendo perseguido por las autoridades. Se retiró con sus seguidores a una región inhóspita, fundando una nueva aldea, Jerusalén de Canudos, que sería destruida en 1896-1897, por cuatro expediciones militares. Esta mención sirve sólo como argumento para demostrar cuán falsa es la idea que ve al campesino como una masa amorfa e inmovible y a la situación agraria como invariable a través del tiempo, inmersas en una apacible sociedad *folk*.

Otra de las formas prepolíticas mencionadas son los movimientos racistas. Como se sabe y se analizará más adelante, las relaciones de clases en los países subdesarrollados se encuentran teñidas por importantes diferencias raciales que conducen a confusión a los analistas sociales y que, con mucha más razón, motivan a menudo importantes movimientos reivindicacionistas. En ellos se busca eliminar a un grupo determinado de amos, porque pertenecen a otro grupo étnico. No se cuestiona la existencia de relaciones de dominación y explotación, sino que ellas quedan ocultas tras el signo de lo más visible, las diferencias étnicas entre quienes ocupan una y otra situación.

El bandolerismo social, que ha sido descrito y analizado largamente por Hobsbawm, se propone obtener sólo cierta justicia dentro de un mundo que no aspira a cambiar. Se rebela contra el abuso y la opresión exacerbada, nada más. El caso tradicional, es el de Robin Hood, pero en América Latina podrían encontrarse también abundantes ejemplos.¹²⁸

Los movimientos agraristas tradicionales o incipientes buscan obtener limitadas reformas sociales en la situación del campesinado, sin dirigir su acción a los aspectos fundamentales de las relaciones de dominación imperantes. Sin embargo, se percibe ya la aparición de ciertas formas elementales de conciencia social, las que empero no son consistentes con los demás elementos de esa conciencia, que sigue centrada en interpretaciones feudales —según Quijano— de comprender el mundo. El liderazgo ya se basa en las características del objetivo perseguido, pero pese a ello no cristalizan organizaciones duraderas. Siguen métodos de acción indirectos y la violencia, cuando aparece, se debe más a la reacción de los afectados por la conducta campesina, que a ésta.¹²⁹

En la segunda gran subdivisión de los movimientos campesinos, los políticos,

¹²⁷ Quijano, *op. cit.*, p. 258.

¹²⁸ Véase Eric J. Hobsbawm, *Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX* (traducción de Joaquín Romero Maura, Ariel, Barcelona, 1968; la edición inglesa es de 1959).

¹²⁹ Quijano, *op. cit.*, p. 259.

Quijano ubica a los movimientos agraristas reformistas, al bandolerismo político y el agrarismo revolucionario.

El primero de ellos abarca el período 1930 y 1950, siendo su ejemplo más conspicuo el APRA peruano. Se propone la modificación de los aspectos más opresivos de la situación campesina, mediante reivindicaciones de índole laboral y salarial. El modelo de organización se tomó de la lucha urbana, vale decir, la sindicalización que adopta la forma de agrupar en la misma organización a todos los campesinos que trabajan en una rama productiva y generalmente en un establecimiento. El método de lucha fue la huelga. El liderazgo correspondía a los partidos políticos reformistas y a sus militantes, en general de origen urbano, lo que hizo que tales movimientos dependieran notablemente de las fluctuaciones de la vida política metropolitana.

Una variante de mucho interés, que Quijano no considera, es la Federación Campesina Venezolana, cuya asociación con los partidos es muy profunda, aunque no con un solo partido.¹³⁰ A mediados de 1966, Acción Democrática dominaba el movimiento y controlaba alrededor del 65 por ciento de las uniones locales, el COPEI el 30 por ciento y el resto la Unión Republicana Democrática. Los 550 000 miembros provienen de niveles de ingresos muy bajos, con altas tasas de analfabetismo y situaciones de tenencia muy diversificadas. En cambio los líderes tienen niveles educacionales mucho más altos y una buena parte de los que ocupan cargos de jerarquía nacional ya no son campesinos. "Los líderes nacionales y estatales se identifican con roles no campesinos, en tanto que los líderes locales lo hacen con su rol originario."¹³¹

La tendencia agrarista se ha dado en otras variantes, algunas de las cuales son las más extendidas en el campesinado actual. Sin dejar de ser reformista, el modelo ideológico subyacente es más amplio y centra la situación campesina en la distribución de la propiedad de la tierra, postulando una modificación de los sistemas de tenencia. Los métodos sufren también cambios, ya que el campesinado que participa en estos movimientos desarrolla nuevas alternativas, en especial la ocupación de tierras. Tales cambios se han dado por ejemplo en el nordeste de Brasil y en el Perú.¹³²

El agrarismo revolucionario no se diferencia claramente de la versión más radicalizada del tipo anterior. Sus propósitos y objetivos son la modificación sustantiva de toda la estructura de poder imperante en la sociedad campesina. Busca cambiar el sistema de dominación social imperante y rompe definitivamente con la visión feudal religiosa que predominaba anteriormente. Los métodos de organización son *sui generis*, apareciendo un liderazgo campesino independiente. Aparecen organizaciones militares y paramilitares, como la milicia, la banda y la guerrilla, que recurren a métodos de acción directos e ilegales.

¹³⁰ Véase el excelente análisis de John Duncan Powell, "Venezuela: the peasant union movement", en Landsberger, *op. cit.*, capítulo 2.

¹³¹ *Ibidem*, p. 82.

¹³² Véase Francisco Julião, *¿Qué son las ligas campesinas?* (1962, varias ediciones); Aníbal Quijano, "El movimiento campesino del Perú y sus líderes", en *América Latina*, año VIII, núm. 4 (octubre-diciembre de 1965), pp. 43-65.

les, buscando la toma de la tierra y la eliminación social o física de los terratenientes.

Hay ejemplos en Colombia, con la creación de las "repúblicas rojas", en Bolivia, luego de la Revolución de 1952 y en el Perú con los movimientos generados en los valles de la Convención y de Lares.¹³³

El bandolerismo político se ha dado especialmente en Colombia, donde fue analizado bajo el nombre de la "violencia".¹³⁴ Quijano distingue tres etapas principales caracterizadas, la primera, por la participación dependiente del campesinado, al margen de sus intereses sociales y al servicio de intereses de las clases dominantes; la segunda, por el bandolerismo político-social en defensa contra la represalia militar y terrateniente, con progresivo abandono de la dependencia política tradicional y la tercera, por el guerrillerismo revolucionario y en defensa de intereses de clase, con movimientos político-ideológicos revolucionarios.¹³⁵

Quijano cree que la formación y desarrollo de los movimientos campesinos actuales en general se caracteriza por tres fases principales en su desarrollo. La primera es la de agitación y la dependencia urbana: son líderes urbanos los que desencadenan la movilización campesina. "En la fase de predominio de la agitación urbana inicial, el desarrollo del movimiento se caracteriza, en todos los casos, por su dependencia del control de los grupos urbanos. A pesar de que, obviamente, ni la base ni el liderazgo de estos movimientos tenía en su conjunto una militancia partidaria formal, el hecho es que los grupos de extracción urbana controlaban el movimiento, lo orientaban, le daban forma organizativa y proporcionaban los objetivos más avanzados. Es posible, aunque no existe información disponible para saberlo, que en los rangos más altos del liderazgo existiera un predominio de militantes partidarios."¹³⁶

La segunda fase "en el desarrollo de los movimientos campesinos se caracteriza por la extensión geográfica y social de la participación de la población campesina en la movilización y el desarrollo de una esfera relativamente autónoma de iniciativa y de acción campesina, y consecuentemente, la emergencia de un liderazgo, en gran parte independiente, de afiliación y de vinculación político-partidista".¹³⁷ Las milicias campesinas bolivianas son el caso más destacado. En el Valle de la Convención en Perú el movimiento de sindicalización y de toma de tierras emana de los propios campesinos. En la última fase, tiende a producirse o mejor dicho a reforzarse la tendencia existente desde el principio a la coordinación y a la centralización de las organizaciones.

La hipótesis de Quijano es que el movimiento campesino tiende a hacerse cada vez más autónomo y cada vez más revolucionario, en el sentido de desafiar las estructuras existentes y proponer cambios más y más radicales. Esa tesis unilineal es muy discutible. Por una parte, las experiencias latinoamericanas

¹³³ Véase Quijano, *op. cit.*, y Hobsbawn, *Rebeldes primitivos*.

¹³⁴ Véase Guzmán, Fals-Borda y Umaña, *La violencia en Colombia* (Bogotá, Editorial Ter-cer Mundo, 1962).

¹³⁵ Quijano, *op. cit.*, p. 273.

¹³⁶ Quijano, *op. cit.*, p. 281.

¹³⁷ *Ibidem*, p. 281.

parecen indicar una cada vez mayor vinculación de los movimientos campesinos con partidos, movimientos y líderes de origen urbano. Las características del movimiento campesino siguen las transformaciones estructurales de la sociedad global que van en el sentido de una creciente urbanización en todos los aspectos. En cuanto al carácter cada vez más revolucionario, es exacto entre los líderes en ciertas situaciones especiales. No parece cierto respecto a los movimientos considerados en conjunto. Las demandas, como las del Valle de la Convención son, por último, moderadas; las acciones de violencia no son muy considerables y una vez satisfechas las demandas principales el radicalismo parece perder importancia. Las ideas de Quijano reflejan bien la situación existente en un momento determinado en América Latina, que hizo pensar a muchos en las posibilidades de éxito de una guerrilla rural con fuerte apoyo campesino. Pero ni el éxito de un movimiento de ese tipo depende solamente de lo que ocurre en la sociedad rural, ni la experiencia indica que los apoyos campesinos sean fuertes y duraderos a medida que los fines se hacen más radicales.

Landsberger ha propuesto una larga serie de hipótesis sobre los movimientos campesinos y ha tratado de testarlas respecto a América Latina. La hipótesis i sostiene que los movimientos campesinos tienden a ocurrir en sociedades en las cuales las élites tradicionales han perdido bases de sustentación frente a nuevas élites a través de cambios económicos objetivos en la importancia y estructura de la agricultura o cambios políticos objetivos, como la guerra.

La hipótesis quita importancia a los factores psicológicos, así como a la idea de un deterioro de la situación de los campesinos como origen de un movimiento. Lo que importa es el deterioro absoluto o relativo de la posición económica de la élite tradicional. En el Valle de la Convención en Perú, el quiebre de la dominación completa de los hacendados comenzó en 1881. Durante la década del 40 una clase media comercial creció en Quillabamba, merced a que los indios habían comenzado a plantar café en sus tierras arrendadas. A su vez, los indios con sus ganancias, habían contratado otros indios, llegados después, para que realizaran por ellos los trabajos a los que estaban obligados en las fincas de los hacendados. Los hacendados se sintieron desafiados y quisieron plantar café ellos mismos, lo que hubiera requerido más mano de obra india y hubiera impedido a los indios hacer sus cultivos propios. Estos presentaron quejas al Ministerio del Trabajo y, en 1958, ocho uniones de campesinos establecieron la Federación Provincial de Campesinos de La Convención y Lares. Una situación análoga, se encuentra en la zona donde Julião establece sus Ligas Campesinas. Landsberger admite que en sociedades más complejas, la hipótesis ya no es válida. La explicación del origen de los movimientos campesinos no puede depender del deterioro de la situación de un solo grupo.

Luego, una serie de hipótesis se refiere a la especificidad o carácter difuso de los fines, a su claridad, radicalización, etc., y en ellos Landsberger sigue las grandes líneas de las teorías de la modernización. La hipótesis viii tiene que ver directamente con el problema de donde se reclutan los agentes de cambio y sostiene que "serán los sectores del campesinado en mejores condicio-

nes los que más probablemente se organizarán y, seguramente, los sectores más deprimidos los que estarán subrepresentados".¹³⁸ Dentro de cada grupo los que están en mejores condiciones serán los que suministrarán, proporcionalmente, mayor cantidad de líderes y activistas. La huelga de los trabajadores de viñedos de Chile fue organizada por trabajadores calificados. En el caso del Valle de La Convención, que, curiosamente, Landsberger no cita como prueba de su hipótesis, se puede encontrar otro caso. El campesino, que originariamente contrató con el hacendado para recibir precariamente un pedazo de tierra para trabajar, llamado arrendire, con la obligación de trabajar un cierto tiempo en la del hacendado, una vez que prosperó gracias al cultivo del café, contrató un allegado para que trabajara en la tierra del hacendado. A su vez, en muchos casos el allegado, contrató un suballegado. Son los arrendire los que presiden el movimiento de reclamos y que, conjuntamente, con los allegados exigen que el número de días de trabajo por mes para el hacendado se reduzca, que el número de horas diarias también y que puedan disponer de las mejoras, es decir vender libremente sus productos sin la intervención del hacendado.¹³⁹ Los líderes de las uniones de campesinos incluyen representantes de los arrendire y de los allegados, es decir, de los grupos en ascenso, no de las categorías de campesinos en situación inferior.

En el caso de La Convención llegado un cierto momento, la intervención de líderes políticos urbanos tiende a radicalizar considerablemente el movimiento. Y cuando la Junta Militar termina con las guerrillas es, para iniciar, inmediatamente, un programa de reforma agraria en el Valle de La Convención.

5. *Relaciones étnicas y relaciones de clase*

Es corriente hablar del pasaje de una sociedad de castas a una sociedad de clases en América Latina. Como dice Mörner "quizás algunos autores que utilizan el término 'casta' y sociedad de 'castas' cuando analizan la sociedad latinoamericana colonial no han escapado de ser influidos indebidamente por el hecho de que la gente en la época colonial usaba la palabra 'casta' para designar individuos de sangre mezclada".¹⁴⁰ Efectivamente, en sentido propio, la sociedad colonial es una sociedad estamental y no de castas. Lo que se llama "castas" son los grupos de sangre mezclada para distinguir los cuales se inventan una serie de nombres. Ya antes de terminar la época colonial el continuo mestizaje hace imposible mantener con algún sentido esas diferencias internas y los no blancos tienden a formar una categoría única. Su situación va siendo definida en función de las transformaciones de la sociedad global que tienden, cada vez más, hacia una sociedad de clases.

La literatura sobre el campesinado latinoamericano, especialmente sobre lo que alguien ha denominado la América nuclear, que coincidiría en buena

¹³⁸ Landsberger, *op. cit.*, p. 39.

¹³⁹ Quijano, *op. cit.*, p. 285.

¹⁴⁰ Magnus Mörner, *Race and class in Latin America* (Columbia University Press, Nueva York y Londres, 1970), p. 4.

parte con la región andina, se halla teñida por el problema de las relaciones interétnicas que se generaron a consecuencia de la imposición del conquistador español y sus descendientes sobre las culturas indígenas preexistentes. También en los países que recibieron una importante contribución demográfica africana de condición esclava, los problemas teóricos de las relaciones de clase se enturbian con los raciales.

Así, se encuentran afirmaciones tales como que "la clase indígena ... constituye la clase más explotada que ha resistido a cuatro siglos y medio de imperialismo".¹⁴¹ Por otra parte, la mayoría de los autores que analizan la estructura de clases, sea de México, sea del Perú o del Ecuador o de algún país centroamericano, terminan designando los diferentes estratos o clases sociales que distinguen con criterios o por lo menos con designaciones de corte étnico: ladinos e indígenas, criollos, cholos e indios, etc.¹⁴²

Por lo mismo resulta importante tratar de clarificar las posibles relaciones existentes entre ambos criterios. En estrecha vinculación con lo que se desarrolla aquí, está el tema del colonialismo interno, al que cabe remitir al lector.

Stavenhagen, al analizar Mesoamérica, ha destacado que cuando se distingue de acuerdo a criterios supuestamente étnicos, no son factores biológicos los que diferencian a las dos poblaciones, sino factores sociales y culturales.¹⁴³ Recuerda que Alfonso Caso afirmaba que "es indio aquel que se siente pertenecer a una comunidad indígena y es una comunidad indígena aquella en la que predominan elementos somáticos no europeos, que habla preferentemente una lengua indígena, que posee en su cultura material y espiritual elementos indígenas en fuerte proporción y que, por último, tiene un sentimiento social de comunidad aislada dentro de las otras comunidades que la rodean, que la hace distinguirse asimismo de los pueblos blancos y mestizos". Afirma Stavenhagen que el énfasis que pusieron los etnólogos en esos elementos culturales de las poblaciones indígenas, ha contribuido a disimular "durante mucho tiempo la verdadera naturaleza de las estructuras socioeconómicas en las que están integradas dichas poblaciones". Asimismo, ese esquema contribuyó a sostener la existencia de diversas formas de dualismo y a imaginar una sociedad intercambiable, *folk*, que en realidad no existía.

Eric Wolf, enfoca el problema indígena en una perspectiva histórica, mostrando de qué manera esas comunidades en las que se concentra lo que puede llamarse indígena son el resultado de la política colonial española y de las modificaciones de diverso tipo que provocaron las presiones externas a esas mismas comunidades.

Como consecuencia de la colonización española, las sociedades indígenas que eran sociedades de clases perdieron este carácter. Pero los indios como grupo se encontraban insertos en situaciones de clase. Las relaciones entre colonizado-

¹⁴¹ Jean Loup Herbert, "Las clases sociales en Guatemala", en Carlos Guzmán Böckler y J. L. Herbert, *Guatemala: una interpretación histórico-social* (Siglo XXI, México, 1970), p. 99.

¹⁴² Véase entre otros, Guzmán-Herbert, *op. cit.*; Aníbal Quijano, "El movimiento campesino del Perú y sus líderes", *op. cit.*; Ricardo Pozas e Isabel H. de Pozas, *Los indios en las clases sociales de México* (Siglo XXI, México, 1971).

¹⁴³ Stavenhagen, *op. cit.*, p. 196.

res y colonizados serían durante todo el tiempo colonial relaciones interétnicas.

Al producirse la independencia, se estableció también la igualdad nominal de todos los ciudadanos, lo que en lugar de contribuir a colocar a los indígenas en una situación similar a la de sus dominadores, sólo hizo posible que su situación de inferioridad económica y social se tradujera en una posición desventajosa, lo que unido a la pérdida de la protección que las leyes coloniales fijaban para sus tierras, las hizo comerciables y, en definitiva, contribuyó a que fueran expulsados de ellas. Se constituyeron inmensos latifundios¹ laicos y los indígenas pasaron a ser peones de las grandes fincas. Aquí las relaciones puramente étnicas se transformaron en relaciones de clase. "Los indios que durante la época colonial eran una etnia subyugada se fueron transformando en una clase subyugada de campesinos pobres sin modificar sus características étnicas."¹⁴⁴

Queda claro en el planteo reseñado que las relaciones existentes en estas regiones son relaciones clasistas y de ninguna manera tienen una base étnica. En este contexto deben interpretarse las afirmaciones mencionadas anteriormente. Es simplemente un artificio del lenguaje designar con nombres de contenido étnico a relaciones clasistas.

6. *Comportamiento político rural y coyuntura histórica*

No ha sido posible mencionar aquí sino una pequeña parte de la inmensa literatura que sobre los campesinos se ha acumulado en América Latina, sobre todo en los últimos años. Sólo cabe esperar que la mencionada sea suficientemente representativa de los puntos de vista principales que se han sostenido.

Es posible sentirse confuso ante la variedad de opiniones, ejemplos diversos, etc., que se han alegado y pueden alegarse en beneficio de las diversas posiciones. Esa confusión sería mayor si se hubieran mencionado más casos específicos. Sin embargo, algunos puntos comunes surgen. En primer lugar, la visión de la sociedad rural como estática y del campesino como un conformista tradicional está definitivamente superada. En segundo lugar, también lo está la idea de una sociedad rural que se desenvuelve con autonomía y relativo aislamiento de la urbana. Es sintomático que para un autor como Quijano, tal autonomía es el producto de una evolución, no un punto de partida. Como se ha visto es probable que esta tesis sea falsa, pero de cualquier manera, es un indicador de interés que un autor que desea demostrar la autonomía tenga que partir hoy, de que la situación originaria es la inversa. En tercer lugar no parece haber dudas de que los campesinos, o mejor dicho sectores diversos de ellos pueden ser agentes de cambio. Lo que está mal dilucidado es quiénes, en qué condiciones y respecto a qué género de cambio lo son. Afirmar que los campesinos, como tales, son agentes de la revolución parece absurdo, pero negar que puedan serlo nunca, en cualquier situación estructural y coyuntura histórica no sería más lógico.

¹⁴⁴ *Ibidem*, p. 205.

TERCERA PARTE

LAS CONDICIONES ESTRUCTURALES. LA INSERCIÓN EN EL SISTEMA INTERNACIONAL Y LAS RELACIONES INTERNAS

LAS RELACIONES INTERNAS

I. INTRODUCCIÓN

Se ha presentado en la parte segunda de esta obra, una caracterización de los diferentes grupos sociales, mostrando asimismo los juicios de los diversos autores y los elementos en los cuales se apoyan para sostener la calidad de agentes de cambio o de conservación de cada uno de ellos.

Pero, obviamente, el enfrentamiento entre dichos actores, que constituye sin duda el motor de las sociedades, se da en un contexto creado en momentos anteriores por esos u otros grupos sociales, que condiciona el posible resultado de la lucha, y al que intentan modificar o mantener. Dicho sistema no lo constituye sólo la sociedad nacional en cuestión, sino que ella forma parte, a su vez, de otro más inclusivo, de un sistema mundial.

No sólo en las versiones críticas es dable encontrar esta perspectiva que concibe a las sociedades latinoamericanas como insertas en un sistema mundial. También las versiones modernizantes tienen en cuenta la existencia de relaciones de diversa especie entre unidades nacionales desarrolladas y atrasadas.

No obstante es indudable que existen diferencias importantes entre la forma de conceptualizar la situación de las naciones latinoamericanas en una y otra perspectiva. A analizarlas, justamente, se dedican las páginas siguientes.

Asimismo debe recordarse que las diversas perspectivas en torno a la posición de los países latinoamericanos en el sistema internacional, se acompañan de hipótesis más o menos coherentes con sus postulados respecto a la conformación interna de esas naciones.

Entre los diferentes esquemas interpretativos propuestos para entender la situación latinoamericana en general y las grandes desigualdades existentes a su interior en particular, el que primero encontró difusión fue la teoría de la modernización en sus diversas exposiciones. Como se recuerda, tal elaboración se basa en la descripción de las características de dos tipos, el tradicional y el moderno y a partir de allí supone la existencia de un *continuum* entre ambos extremos que sería recorrido por las unidades consideradas en su proceso de desarrollo.

No es del caso replantear exposiciones ya formuladas, sino recordar simplemente la pertinencia de las mismas para el tema que se trata aquí. Conviene, en cambio, presentar un desarrollo particular de esta teoría que ha tenido especial relevancia en la caracterización de los países atrasados en general. Se trata de la teoría del dualismo estructural que es, además, el origen de su contrario, el colonialismo interno. Posteriormente se reflexionará sobre el pro-

blema del feudalismo y el capitalismo en América Latina, tema profundamente ligado con el anterior y que, probablemente, puede ser considerado simplemente como una presentación alternativa del mismo, en muchos aspectos.

El capítulo siguiente se dedicará a analizar las dos perspectivas que ha presentado la sociología latinoamericana para explicarse la situación de los países latinoamericanos en el sistema internacional y los condicionantes que esa forma de inserción plantean a su desarrollo.

II. EL DUALISMO ESTRUCTURAL Y LA NOCIÓN DE COLONIALISMO INTERNO

1. *El dualismo estructural. Orígenes*

La concepción de la sociedad latinoamericana como integrada por dos subsistemas escasamente compatibles tiene una larga tradición en el continente. Se ha sugerido ya, que muchos de los pensadores recurrieron a esa explicación para entender su medio. Asimismo, sería posible rastrear en la historia de la teoría sociológica diversos antecedentes de la noción de dualismo, bajo la forma de otras tantas dicotomías de sociedades. Su uso se encuentra muy difundido especialmente en quienes se preocuparon por temas conexos a la sociología rural; en sus planteos, campo y ciudad se identificaron con tradicional y moderno. Pero el esquema interpretativo trascendió ese ámbito, para extenderse a la teoría de la modernización, jugando un rol explicativo importante especialmente en lo que tiene que ver con el comportamiento de las denominadas nuevas clases medias. Aquí, sin embargo, sólo interesa recordar las obras que pusieron sobre el tapete esta teoría en tiempos más o menos recientes. En este sentido, sin lugar a dudas, debe mencionarse al holandés J. H. Boeke,¹ quien inspirándose en Indonesia, donde había residido como funcionario del gobierno colonial, elaboró una versión del dualismo que, según él, caracterizaría a todos los países "orientales". El dualismo es, para Boeke, el resultado del choque entre dos sistemas sociales diferentes, derivados de la introducción del capitalismo (o de otro sistema adelantado, como el socialista) en una región donde predominaba un modo de vida indígena de estilo diferente ("precapitalista"), lo que conduciría a la desintegración de la sociedad.

La principal consecuencia de esa situación es la inaplicabilidad de la teoría económica occidental elaborada —según Boeke— para explicar sociedades capitalistas. En consecuencia, la mejor ayuda que los occidentales pueden dar a los países subdesarrollados —a su entender— es dejarlos solos, ya que los esfuerzos destinados a introducir innovaciones en su forma de producir y en su

¹ J. H. Boeke, *Economics and Economic Policy of Dual Societies*, (Nueva York, 1953); *Three Forms of Desintegration in Dual Societies*, (OIT, Asian Cooperative Field Mission, 1953); "Western Influence on the Growth of Eastern Population" en *Economía Internacional*, vol. VII, núm. 2 (mayo 1954).

forma de vida, no consiguen otra cosa que causar atraso y decadencia en aquellas áreas. Sostiene además, que la cultura imperante en Oriente y las formas de cultivo que la caracterizan no son el resultado del bajo nivel de desarrollo, sino que por el contrario derivan de su adaptación a las condiciones del medio ambiente.

Esta teoría se apoyaría en dos postulados esenciales: a) (que no es posible, en sociedades dualistas, aplicar la misma política a todo el país; y b) que ciertas medidas beneficiosas para un sector de la sociedad, pueden incluso ser perjudiciales para el otro.

Las ideas de Boeke tuvieron gran repercusión académica, aunque recibieron críticas y adhesiones diversas,² quedando finalmente incorporadas al arsenal teórico de los científicos sociales que, pertrechados con ellas, intentaron explicar las situaciones de subdesarrollo y elaborar políticas tendientes a su superación. Quienes se afiliaron al dualismo esbozaron más nítidamente los principios sólo sugeridos por Boeke. Así dejaron de lado las referencias a los sistemas sociales "capitalista" y "precapitalista", lo que sería correcto desde que el mismo Boeke consideraba que el sector moderno podría no ser necesariamente capitalista. Comenzaron a utilizar, en sustitución, las expresiones "foco" o "punto de contacto" y *hinterland*, respectivamente. Del primero destacaban el hecho de haber sido expuesto largamente a la cultura occidental, debido a su carácter de puertos, centros comerciales, etc., a tener un buen número de extranjeros como residentes permanentes y a hablar un idioma occidental, todo lo cual hacía prevalecer una mentalidad orientada por pautas occidentales. El *hinterland*, en cambio, estaba constituido por regiones en general agrícolas, aisladas de esa influencia, cuyos habitantes tenían incluso un obstáculo lingüístico para acceder a tal cultura, viviendo en medio de una pobreza generalizada.³ La diferencia, como se ve, supera la simple dicotomía rural-urbana, para centrarse en la oposición cultural nativa-cultural occidental.

En América Latina también hubo expositores de la teoría y entre ellos quien alcanzó más relevancia fue Jacques Lambert, por su importante estudio sobre el Brasil, que luego amplió a toda la región.⁴

En el planteo de Lambert cobra especial relevancia el problema de la absorción del progreso técnico. Sucede que una misma cultura nacional muestra dos caras diversas: una evolucionada, con adaptabilidad al cambio, y otra arcaica, que queda al margen de las transformaciones, conservando los rasgos culturales que la primera abandona. Destaca que en Europa durante el siglo XIX algunas características (poblamiento extensivo, facilidad en las comunicacio-

² Véase Benjamin Higgins, "The 'dualistic theory' of underdevelopment areas" en *Economic development and Cultural Change*, 4 (enero 1956), pp. 99-115 y *Economic development principles, problems and policies* (W. W. Norton & Co., Nueva York 1959), pp. 274-293. También J. M. van der Kroef, "Economic development in Indonesia: some social and cultural impediments" en *Economic Development and Cultural Change*, 4 (enero 1956), pp. 116-133.

³ Esta caracterización bastante extrema fue tomada de Alpha C. Chiang, "The 'demonstration effect' in dual economics" en *The American Journal of Economics and Sociology*, vol. 18, núm. 3 (abril 1958), pp. 249-258.

⁴ Jacques Lambert, *Le Brésil, structures sociales et institutions politiques* (París, 1953); *Amérique Latine, structures sociales et institutions politiques* (PUF, París, 1963).

nes) hacían que cualquier modificación generada en un “foco” se difundiera rápidamente al conjunto del país. Actualmente, incluso, si bien resulta posible —según este autor— distinguir desde el punto de vista económico, una región desarrollada y otra subdesarrollada en Francia, se da la paradoja de que en los aspectos sociales (escolarización, tasa de mortalidad infantil, fecundidad, etc.) la segunda tiene mejores niveles que la primera.⁵ Ello demostraría que “los beneficios del desarrollo económico localizado en una parte del país han beneficiado también largamente, incluso más largamente, a otras partes y el progreso técnico en lugar de entrañar la formación de una sociedad evolucionada en las cercanías de los polos de desarrollo económico y una sociedad arcaica inmovilizada en las regiones rurales alejadas de esos polos, ha disminuido en el conjunto la distancia social que separa las ciudades del campo”.⁶ A partir de lo anterior sostiene que la formación de una sociedad dualista es una consecuencia de las condiciones particulares en las que se persigue el desarrollo.

En los países atrasados las formas importadas más evolucionadas de progreso técnico no pueden esparcirse rápidamente por el país, dada la escasa densidad demográfica y las características de la estructura social (propiedades cuasifeudales, etc.). Las diferencias se agravan, el desarrollo es desigual y se conforma así el dualismo. Las sociedades dualistas entonces se caracterizarían por contener en sí dos sistemas sociales perfectamente diferenciados: uno moderno y otro arcaico. En éste predomina la economía de subsistencia, el analfabetismo, una elevada natalidad y mortalidad, una estructura social muy jerarquizada pero de esquema muy simple, primado el sentimiento de pertenencia a pequeños grupos de vecindad, familia o clientela, siendo escaso el sentimiento de pertenencia a la nación; la opinión pública es local, encuadrada en comunidades relativamente aisladas, estáticas, sin voluntad ni medios de cambio. El sector moderno se caracterizaría por los rasgos opuestos y en especial por su dinamismo.

Lambert destaca también que la modernización de la población se produce por la migración de fuertes contingentes desde las zonas arcaicas hacia las modernas, lo que sin embargo permite la subsistencia de la dualidad mencionada e incluso la acentuación de las diferencias entre ambas.

De la presentación de la teoría del “dualismo social” pueden extraerse algunas conclusiones. Se ha sostenido por más de un autor que el rasgo característico del dualismo es destacar la existencia de dos subsistemas sociales cerrados, entre los cuales prácticamente no existiría contacto. Es justamente este aspecto el que se ha criticado más agudamente.⁷ Pero tal vez el rasgo distintivo del enfoque dualista deba buscarse en *el origen y la dirección del dina-*

⁵ Jacques Lambert, “Les obstacles au développement provenant de la formation d’une société dualiste” en *Resistências a mudança. Factores que impedem o dificultam o desenvolvimento* (Anales del Seminario Internacional reunido en Río de Janeiro en octubre de 1959, CENTRO, Río, 1960), pp. 27-50.

⁶ Jacques Lambert, *op. cit.*, p. 29.

⁷ Probablemente puede decirse que tal versión del dualismo está periclitada, por cuanto ya prácticamente nadie la sostiene en términos tan extremos.

mismo social. El supuesto subyacente a la teoría dualista es que el sector moderno tiene en sí las potencialidades necesarias para producir la alteración de la sociedad, destacándose especialmente el elemento tecnológico. Es a partir de él, que las zonas atrasadas pueden ir incorporando esas ventajas. En definitiva, serían las zonas arcaicas las *beneficiadas* con los avances logrados anteriormente por las regiones modernas, es decir, por los polos de desarrollo. Este es el elemento que diferenciará (mejor dicho, opondrá) este enfoque a la perspectiva del colonialismo interno. La teoría del dualismo, en fin, no es más que la aplicación de la concepción del cambio social a partir de un polo "moderno" a un tipo de sociedades donde esa irradiación no se da en la forma debida.

2. La crítica del dualismo ⁸

La crítica del dualismo surgiría bastante claramente de la misma exposición de las elaboraciones sobre el colonialismo interno. Sin embargo, pueden recordarse someramente algunas de las observaciones que sobre tal característica atribuida a las áreas subdesarrolladas han formulado diversos autores.

En general, como ya se insinuó, la crítica central fue dirigida a la proposición de que en esas sociedades existirían dos sistemas cerrados o casi cerrados, demostrando de qué manera eran más relevantes las estrechas ligazones existentes entre ellos y cómo en realidad se trataba de un todo funcional, siendo esas diferencias el resultado de un proceso histórico único, en el cual el sector evolucionado o moderno extraía del arcaico los elementos necesarios para poder desarrollarse, provocando mediante esa "expropiación" el subdesarrollo del sector tradicional. Se proveía en la región atrasada de materias primas y mano de obra baratas que necesitaba para su crecimiento.

Esta manera de ver el proceso histórico latinoamericano, conduce también a rechazar la "segunda falacia" que identifica Stavenhagen y que es un corolario inevitable de cualquier postulación dualista, es decir, que "el progreso se producirá por la difusión de los productos industriales en las zonas atrasadas, arcaicas y tradicionales". Ahora bien, no parece que haya quedado suficientemente demostrado el rechazo de esta última afirmación. Los autores que critican el dualismo demuestran con buenos argumentos que el desarrollo de las zonas modernas de los países subdesarrollados es el resultado de la existencia de canales por los cuales tanto las materias primas, como los capitales y la mano de obra de la región atrasada, han ido a beneficiar al proceso de desarrollo de los centros, pero no comprueban que: a] los centros sigan necesi-

⁸ Véase especialmente Rodolfo Stavenhagen, "Seven fallacies on Latin America" en *Latin America: Reform or Revolution?* de James Petras y Maurice Zeitlin (comps.) (Fawcett Publications Inc., Nueva York 1968); también Aldo Solari, "Algunas reflexiones sobre la tesis dualista" en *Dos polémicas sobre el desarrollo de América Latina* (Ed. Universitaria, Santiago de Chile, 1970), pp. 154-162. Para una crítica desde el punto de vista histórico, véase Enzo Faletto, *Dualismo estructural. Notas sobre la sociedad indiana: siglos xvi y xvii* (ILPES, Santiago de Chile, 1964).

tando en la actualidad, vale decir, luego de concluido el proceso de acumulación originaria de capital a costa del sector arcaico, de esa periferia interna para mantener su ritmo de desarrollo; b] los centros no puedan “arrastrar” a los sectores tradicionales en un proceso de cambio.

Debe recordarse además que la noción de dualismo fue creada especialmente para hacer referencia a las situaciones de “enclave”. Sin embargo usualmente se la generaliza a toda situación de subdesarrollo, lo que obviamente implica modificaciones considerables en la tesis que deberían manejarse con todo el cuidado que requieren, por cuanto es altamente probable que aquello que resulta verdadero en el caso particular, no lo sea genéricamente.

3. *El colonialismo interno como concepto de contenido étnico y cultural*⁹

Pablo González Casanova sostiene que los conceptos de colonialismo y estructura colonial sirven no sólo para dar cuenta de ciertas características del sistema internacional de naciones, sino también para explicar algunos fenómenos internos a cada nación subdesarrollada. Por ello recurre a la noción de “colonialismo interno” para analizar la situación mexicana donde el proceso de desarrollo y de movilización existente no ha acabado, pese a todo, de resolver problemas de esa especie.

México es una *sociedad plural o dual*, según González Casanova, porque fue y es una sociedad colonial: “Las sociedades coloniales tienden a ser plurales.”¹⁰ Distingue, sin embargo, por lo menos dos situaciones coloniales diferentes, ya que mientras en las llamadas *colonias de población* (de emigrantes o de granjeros) se tienden a reproducir de alguna forma las características de la vida en la metrópoli, sea porque se ocupan regiones vacías, o porque se las vacía intencionalmente de su antigua población, en las *colonias de explotación*, los colonos entran en relaciones de dominio con la población indígena, y del contacto entre dos civilizaciones y culturas, a técnicamente más avanzada que la otra, y de la explotación a que es sometida la población nativa, se generan profundas diferencias que permiten designar a estas sociedades como *duales o plurales*.

Como se ve en la caracterización precedente no puede decirse que González Casanova haya roto totalmente con la concepción dualista ya expuesta. Pone el acento en las características culturales diferentes como uno de los elementos fundamentales que permiten la existencia de las relaciones que denominará “colonialismo interno” y enfatiza reiteradamente el carácter *dual* de los países sub-

⁹ Tal vez uno de los primeros en enunciar la tesis del “colonialismo interno” fue Maurice Dobb, refiriéndose a los Estados Unidos, en 1937. Véase su *Economía política y capitalismo* (traducción castellana de E. Martínez Adame, 3a. edición, 1966), p. 166, nota al pie. En América Latina C. Wright Mills usó el término en el seminario sobre *Resistencias a mudanzas*, ya citado: “Dado el tipo de desarrollo desigual que ha aclarado tan precisamente el Prof. Lambert, las secciones desarrolladas en el interior del mundo subdesarrollado —en la capital y en la costa— son una curiosa especie de poder imperialista, que tiene, a su modo colonias internas”.

¹⁰ Pablo González Casanova, “Sociedad plural, colonialismo interno y desarrollo” en *América Latina*, año 6, núm. 3 (julio-septiembre de 1963).

desarrollados.¹¹ Justamente, el no haber roto abiertamente con la teoría o aunque más no sea con la terminología dualista, le ha valido fuertes ataques de parte de André Gunder Frank.¹² Sin embargo, no es necesariamente acertada la interpretación del pensamiento de González Casanova, realizada por su crítico. Puede pensarse que la utilización del concepto de "sociedad dual" tiene en el conjunto de su exposición, un significado bastante diferente del postulado por Lambert y otros "dualistas". Quiere decir con ello que al interior de las formaciones sociales subdesarrolladas pueden distinguirse configuraciones claramente distintas. Para que algo o alguien pueda ser explotado por otro (algo o alguien) resulta obvio que debe ser diferente de él, aunque ambos mantengan una relación muy estrecha e "integrada". Por ejemplo, la burguesía puede explotar al proletariado, tal como lo postula la teoría marxista, porque es diferente de él. En este sentido, puede afirmarse que en cualquier régimen capitalista existe una *dualidad* de clases o, lo que es lo mismo, existen *dos* clases diferentes (por lo menos). Por lo mismo no parece acertado derivar de las ideas de González Casanova, como hace Frank, la ausencia de relaciones entre esos dos conglomerados, sean clases o regiones o cualesquiera otra unidad que quiera tomarse. González Casanova no sostiene la ausencia de relaciones entre esas dos "partes" que distingue en México. A tal punto es así, que apoyándose en esta primera observación (que se trata de sociedades duales o plurales), afirma la existencia del colonialismo interno. Es probable que su exposición dé lugar a dudas y que el momento en que fue escrito —cuando todavía la teoría dualista en su formulación clásica contaba con adherentes importantes en el continente— pudiera hacer pensar que la estaba sosteniendo. Sin embargo, del contexto no surge tal interpretación, sino más bien la contraria. El autor dedica la mayor parte del artículo a definir y defender el valor explicativo del colonialismo interno. Puede decirse —como se ha dicho— que hay allí una contradicción insalvable, pero ello justamente es así por querer interpretar el término "dual" en el sentido lambertiano y no darle alguna significación, como la esbozada más arriba, que sea favorable al mantenimiento de la coherencia interna de la explicación que postula González Casanova. No es conveniente intentar la identificación de algún término aislado de una exposición, ligándolo a otras corrientes para mediante tal expediente destruirla, sino que por el contrario resulta más constructivo captar el posible significado que tales términos reciben al interior de la explicación en estudio.¹³

¹¹ En el texto anteriormente citado, sostiene: "El colonialismo interno corresponde a una estructura de relaciones sociales de dominio y explotación entre *grupos culturales heterogéneos*, distintos. Si alguna diferencia específica tiene respecto de otras relaciones de dominio y explotación (ciudad-campo, clases sociales) en la *heterogeneidad cultural* que históricamente produce la conquista de unos pueblos por otros, y que permite hablar no sólo de *diferencias culturales* (que existen entre la población urbana y rural y en las clases sociales) sino de *diferencias de civilización*". Subrayados agregados.

¹² Véase André G. Frank, "La democracia en México de Pablo González Casanova" en *Economía política del subdesarrollo en América Latina* (Ediciones Signos, Buenos Aires, 1970), pp. 215-230. Recuérdese que el artículo de González Casanova que se viene citando fue incorporado a *La democracia en México*, donde recibió las críticas de Frank que se comentan.

¹³ Cabe recordar, sin embargo, que Pablo González Casanova usa —por lo menos en algunos

González Casanova intenta definir el "colonialismo interno", analizando diversas nociones de "colonia" y "colonialismo", concluyendo que un rasgo característico de tal situación es el monopolio que ejerce la unidad colonizadora sobre la explotación de los recursos naturales, del trabajo, del mercado de importación y exportación, de las inversiones o de los ingresos fiscales de la unidad colonizada. A consecuencia de ello, ésta deviene en complementaria de la economía metropolitana; se le integra como un apéndice. Sus recursos se explotan de acuerdo a las necesidades de la metrópoli, lo que provoca un desarrollo distorsionado de los sectores y regiones, que a su vez genera un desarrollo desigual no integrado de las diversas zonas. La colonia adquiere también otras características sucedáneas que facilitan el trato colonial. Así, su comercio exterior depende de un solo mercado, de un solo sector y de un solo producto, lo que reduce en mucho su capacidad de negociación. Sus trabajadores mantienen un nivel de vida inferior al de la metrópoli y el orden se mantiene con sistemas represivos. Todo ello contribuye, según González Casanova, a aumentar la heterogeneidad y la desigualdad interna.

En la versión del colonialismo interno debida a González Casanova y precedentemente reseñada, aparecen algunas características que conviene retener para luego comparar con otras también basadas en el mismo concepto. Reconoce que existe explotación de la colonia por la metrópoli, pero al parecer no se le da al término su sentido marxista original, sino uno mucho más amplio que casi puede identificarse con "desigualdad" o "discriminación". Enfatiza el aspecto cultural de una forma tal que, en algunos casos, aparece como el determinante. En fin, González Casanova afirma que "La estructura colonial y el colonialismo interno se distinguen de la estructura de clases, porque no es sólo una relación de dominio y explotación de los trabajadores por los propietarios de los bienes de producción y sus colaboradores, sino una relación de dominio y explotación de una población con sus diferentes clases (propietarios, trabajadores), por otra población que también tiene distintas clases (propietarios y trabajadores). La estructura interna colonial, el colonialismo interno, tiene amplias diferencias con la estructura de clase, y suficientes diferencias con las relaciones de la estructura ciudad-campo como para utilizarlas como instrumento analítico".

Aunque adopta una perspectiva similar, sosteniendo incluso que su estudio se ubica dentro del enfoque general postulado por González Casanova, es posible encontrar algunas diferencias en la conceptualización del colonialismo interno que formula Rodolfo Stavenhagen.¹⁴

trabajos iniciales— las expresiones "sociedades precapitalistas" para referirse a las duales y "sociedades capitalistas" para mencionar las integradas, suponiendo que el desarrollo conduce de un polo a otro, vale decir, utiliza el continuo tradicional-moderno, lo que no se compadece con sus postulados sobre el colonialismo interpretados de la manera vista y que parece ser la predominante en sus últimos trabajos. Véase: "Sociedad plural y desarrollo en el caso de México", *América Latina* (octubre-diciembre de 1962); y "México, el ciclo de una revolución agraria", *Cuadernos Americanos* (enero-febrero de 1962).

¹⁴ Véase por ejemplo, Rodolfo Stavenhagen, "La dinámica de las relaciones interétnicas: clases, colonialismo y aculturación" en *América Latina*, año 6, núm. 4 (octubre-diciembre de 1963), pp. 89-103. También se afilian expresamente a esta corriente Carlos Guzmán

Este autor reconoce los orígenes de la situación colonial en el enfrentamiento violento entre dos sociedades y culturas diferentes, en la que se entremezclan la situación colonial y la de clases, que mantienen entre sí relaciones de acuerdo y de conflicto al mismo tiempo. Pero, durante el dominio español, las relaciones coloniales se imponían a las de clases, y éstas se presentaban bajo la forma de aquéllas. La independencia política no acabó con esa situación sino que, por el contrario, ciertos hechos acaecidos en ese momento hicieron que las comunidades indígenas se replegasen sobre sí mismas y se *corporativizaran* aún más. La expansión de la economía capitalista y de la ideología del liberalismo económico transformó las relaciones entre indios y ladinos, dando lugar a la aparición del colonialismo interno. La expansión de la sociedad nacional, sin embargo, tendería a convertir la relación colonial en relación de clases, pero ese proceso encontraría dificultades por el mantenimiento del indígena en las mismas condiciones, lo que hacía que la conciencia étnica pesase más que la conciencia de clase. La situación interétnica está pasando de centrarse en la polarización colonialista a estar centrada en una polarización clasista.

En la situación interétnica pueden distinguirse cuatro elementos: las relaciones de clase, la estratificación social, el proceso de aculturación o ladinización y las relaciones coloniales. Estas son —para Stavenhagen— una función de la dicotomía estructural desarrollo-subdesarrollo. Mientras haya regiones que cumplan la función de colonias internas en los países subdesarrollados, las relaciones que caracterizan a sus habitantes tienden a revestir la forma de relaciones coloniales, y ello se fortalece en los casos en que existan diferencias culturales marcadas entre esos dos segmentos que pueden distinguirse en la población de la nación subdesarrollada. El énfasis culturalista resulta mucho menor en Stavenhagen que en González Casanova. Lo realmente determinante para aquél es una característica estructural del país, reduciéndose lo cultural a un papel de variable interviniente. Pero existe colonialismo interno, a su entender, en todos los casos en que haya una situación de subdesarrollo, con centros que actúan como polos de crecimiento y mantienen periferias internas. Cuando esas economías consiguen cierto ritmo de desarrollo se va haciendo cada vez más difícil el mantenimiento de relaciones de colonialismo interno, porque se lograría paulatinamente la integración nacional. El colonialismo interno termina siendo nada más que un obstáculo en el proceso de constitución de relaciones de clase propiamente dichas.

En resumen, Stavenhagen entiende que las relaciones interétnicas propias del colonialismo se transforman en relaciones de clase, a medida que la economía capitalista penetra en regiones en que se daba tal forma de relacionamiento interétnico. Como puede verse hay diferencias respecto a lo sostenido por González Casanova para quien el colonialismo es una forma de desigualdad diferente a la de clases, ya que en aquélla se oponen dos conjuntos sociales, cada

Bökler y Jean-Loup Herbert, *Guatemala: una interpretación histórico-social* (Siglo XXI Editores, México, 1970) y Carlos Guzmán Bökler, Jean-Loup Herbert y Julio Quan, *Las clases sociales y la lucha de clases en Guatemala* (trabajo presentado al Segundo Seminario Latinoamericano para el Desarrollo, Santiago de Chile, noviembre de 1970).

uno con su propia estructura de clases. Stavenhagen opina que tal estratificación no existe en las comunidades indígenas a las que caracteriza por su forma corporativa, resultado de las leyes y reglamentos que se les aplicaron durante el período colonial español. Habría una oposición entre colonialismo interno y estructura de clases. Un pleno desarrollo del capitalismo acabaría con el colonialismo que aparece como un obstáculo a su pleno desarrollo. La posición de Stavenhagen es de alguna forma, una revitalización de la visión dualista bajo el manto del colonialismo interno.

4. *El colonialismo interno, aspecto de la cadena de explotación internacional en el sistema capitalista*

Frank analiza el problema del “desarrollo del colonialismo interno y subdesarrollo capitalista”,¹⁵ ejemplificándolo con el análisis de la forma en que las metrópolis San Pablo y Río de Janeiro someten a un proceso de “satelización y explotación capitalista al resto del Brasil y muy especialmente al Nordeste”. Destaca que ello ocurre debido a la concentración de la inversión pública y privada en la “metrópoli nacional”, a la existencia de una estructura impositiva regresiva y a la transferencia sistemática del excedente económico de las regiones satélites. En consecuencia, expone a través del colonialismo interno uno de los eslabones de la cadena expropiación-apropiación que, según su concepción, caracterizaría el funcionamiento de todo el sistema capitalista.

Como se ve, en el planteo reseñado desaparece cualquier mención a los aspectos étnicos y culturales que adquirían especial importancia en los anteriores. El colonialismo es aquí, simplemente, una designación que se otorga al juego metrópoli-satélite que se da al interior de una formación social subdesarrollada. No habría diferencias entre colonialismo interno y otras formas de desigualdad y explotación comúnmente analizadas, como las desigualdades regionales, relaciones rural-urbanas, etc. Por ello, entonces, la supresión del concepto “colonialismo interno” no produce la más mínima alteración en el potencial de la teoría.

5. *Otros usos de la expresión “colonialismo interno”*

Cardoso fue de los primeros en criticar, con datos sobre América Latina, el planteo dualista, concluyendo que a la inversa de lo que tal tesis postula, vale decir, que pueden distinguirse dos sectores “uno dinámico y moderno y otro tradicional o estancado”, es “en el seno mismo de lo que suele llamarse el sector urbano-moderno”, “donde se constituyen los ‘grupos marginales’, no incorporados por la dinámica de la expansión económica”.¹⁶ Pese a lo anterior, en

¹⁵ André Gunder Frank, *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina* (Signos, Buenos Aires, 1970), pp. 189 ss. [2a. ed., Siglo XXI, Buenos Aires, 1973.]

¹⁶ Fernando H. Cardoso y José L. Reyna, “Industrialización, estructura ocupacional y estratificación social en América Latina” en F. H. Cardoso, *Cuestiones de sociología del des-*

uno de sus últimos trabajos¹⁷ habla de la aparición de una nueva forma de *dualismo estructural* y menciona, tal vez por primera vez, el *colonialismo interno*. En efecto, refiriéndose a la fragmentación estructural que percibe al interior de países como Argentina, Brasil y México, África del Sur, la India y otros, estima que ella es el resultado de una nueva forma de penetración imperialista en los sectores industriales de las economías dependientes. En la etapa de internacionalización del mercado interno, se produce un cambio en el destino de las inversiones extranjeras que abandonan en parte los campos tradicionales de colocación de capitales (sector exportador específicamente) y se concentran en los sectores industriales. Además, aun en el caso de que las grandes corporaciones multinacionales inviertan en los sectores "tradicionales" lo hacen en forma técnica y organizacionalmente avanzada. La consecuencia de todo ello, en el plano puramente económico es que genera un proceso de desarrollo *capitalista dependiente*, caracterizado porque los sectores económica y socialmente más atrasados dentro de esas sociedades se convierten en "colonias internas". La distancia entre los dos sectores tiende a aumentar creándose así el mencionado nuevo tipo de dualismo estructural. En una etapa equivalente a la de acumulación originaria, hay trasferencias de capital de la periferia al centro. Luego, esas "colonias internas" quedan reducidas a reservorios de mano de obra, debiendo analizarse hasta qué punto cumplen las funciones propias del ejército de reserva, contribuyendo a mantener los salarios en un bajo nivel. En cuanto a su contribución a la formación de la canasta de bienes del proletariado, que podría ser la segunda forma en que dichas colonias contribuirían a disminuir las presiones sobre el sector "moderno", es evidente que su importancia disminuye aceleradamente a medida que se desarrolla el capitalismo industrial.

El primer problema que presenta la postulación mencionada es la presencia en la misma de los dos términos que hasta ahora aparecían como antagónicos o difícilmente compatibles. Sin embargo, como se recordará, al presentar el esquema de Pablo González Casanova, se intentó deslindar la utilización que hacía de la expresión "sociedad dual" de la teoría del dualismo social, mostrando que podría entenderse como designando dos sectores de una misma unidad social, sin afirmar por ello la ausencia de relaciones, muy por el contrario, enunciando la existencia de formas "colonialistas" de extracción del excedente económico generado en el sector tradicional. Algo similar podría decirse del texto reseñado de Cardoso. Esos conceptos no hacen parte del vocabulario usual del autor y es probable que hayan sido usados para una coyuntura determinada y para un público especial.¹⁸

Las diferencias entre ambos planteos hay que buscarlas en otro lado. Mientras González Casanova entiende que existe un traslado del excedente de uno a otro

arrollo de América Latina (Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1968), p. 101. El trabajo fue redactado en 1966.

¹⁷ F. H. Cardoso, "Imperialismo y dependencia en América Latina" en *Estado y sociedad en América Latina*, pp. 199-226.

¹⁸ Vale la pena recordar que el artículo citado fue escrito para un Seminario desarrollado en la Universidad de Stanford, durante febrero de 1972, en que cupo a Cardoso introducir una serie de trabajos sobre el imperialismo.

de los subconjuntos que constituyen la formación social, Cardoso reserva al sector "marginado" de la economía una *función* en el contexto de ese sistema económico, consistente en fijar el límite mínimo al valor de la fuerza de trabajo y así aliviar las presiones reivindicatorias de los obreros del sector "moderno". En este sentido, no parece acertado utilizar la expresión "colonias internas" si por tales se entiende, como sostiene González Casanova, aquellas que se encuentran sometidas al monopolio de sus recursos naturales, por la unidad colonizadora.

Concretamente, mientras González Casanova destacaba el proceso de transferencia de un excedente generado en la colonia, Cardoso en cambio entiende que *el excedente se genera en el sector moderno*; no se extrae de la colonia, la que juega sin embargo un papel importante en la regulación del factor de producción básico, el trabajo (y en este sentido se "integra" al nuevo sistema), pero que no recibe parte alguna, o sólo una pequeña fracción, de los beneficios derivados del funcionamiento del mismo (y, así entendido, está "marginada").

Si esto es así, puede afirmarse la existencia de un punto de contacto y un punto de discrepancia entre Cardoso y Frank. La coincidencia se encuentra en la eliminación de cualquier referencia a elementos étnicos y culturales en la definición del colonialismo interno, lo que los aleja tanto de González Casanova como de Stavenhagen. La discrepancia, en cambio, estaría en que mientras Frank,¹⁹ al postular la existencia de la cadena de expropiación-apropiación-metrópoli-satélite, está afirmando que la carga irreversible del funcionamiento del sistema queda en las zonas más deprimidas económicamente, Cardoso entiende que el excedente se genera en el mismo sector moderno, ya que es allí donde se da el mayor desarrollo de las fuerzas productivas, por intermedio del capitalismo industrial dependiente e internacionalizado.

Cabe recordar que la posición en que coinciden Frank y González Casanova ha sido defendida también por otros autores, con diversos matices. Así, Alain Touraine ha afirmado que "es el Brasil nuevo y conquistador, que se está desarrollando a costa del Brasil tradicional. El obrero brasileño constituye, pues, una categoría privilegiada, cuyos intereses coinciden parcialmente con los de los capitalistas, al beneficiarse los dos del dominio ejercido por los centros industriales y comerciales sobre esas verdaderas colonias interiores que son los estados pobres del norte y del interior".²⁰ Como puede verse, este autor acepta la noción de colonialismo interno; se estima que hay un excedente que se origina en la colonia y es traspasado a la metrópoli nacional; se cree que la carga última del desarrollo del país queda en las zonas marginadas; y se sostiene la explotación de clases rurales por todas las urbano-industriales. Como el obrero es una de las categorías sociales privilegiadas, obviamente no es posible pensar que sea el proletariado la clase revolucionaria. Esta postulación, en definitiva, terminaría sosteniendo que los únicos grupos sociales anti *statu quo* se encontrarían en el ámbito rural. De allí a las postulaciones de Debray hay un paso.

¹⁹ Y también Pablo González Casanova a base de otro razonamiento.

²⁰ Alain Touraine, "Industrialisation et conscience ouvrière à São Paulo", en *Sociologie du Travail*, 1961, núm. 4. Subrayado agregado.

Por su parte, Leoncio M. Rodrigues también sostuvo la tesis del colonialismo interno, aunque es posible encontrar en su postura algunas diferencias considerables respecto a la mencionada precedentemente. Así afirma: "El proletariado brasileño nace eximido de la etapa de acumulación de capital a través de la explotación máxima de la fuerza de trabajo y de la reducción del consumo de las masas asalariadas. La presión para disminuir salarios no fue tan fuerte como en Europa y había además una legislación social. *Lo importante para la estabilidad del sistema y para el mantenimiento del nivel de renta era el sector agrícola. Sobre los trabajadores rurales cayó así, el peso del bienestar relativo de las poblaciones urbanas.*"²¹

Como se ve, este autor no afirma la explotación conjunta de todas las clases urbanas sobre todas las rurales, por cuanto se cuida de establecer que la carga del mantenimiento del sistema pesa sólo sobre los trabajadores rurales. Quedarían al margen los otros grupos sociales rurales. Pero, eso sí, son todos los urbano-industriales los que aprovechan esa situación. En parte coincide con Cardoso quien, como se vio, presentaba la posibilidad —que debía comprobarse empíricamente— de que el sector rural atrasado "subvencionara" al moderno, mediante su producción de los alimentos necesarios para la dieta obrera, a precios muy bajos.

Para terminar, puede recordarse que mientras para González Casanova el colonialismo interno surge como resultado de la ruptura del pacto colonial y la "internacionalización" de las relaciones metrópoli-colonia, en Cardoso el tipo de colonialismo que descubre en el funcionamiento de las economías periféricas es resultado del contacto con el sistema capitalista internacional, en una etapa muy específica de su evolución. Y aquí reaparecen las diferencias con Frank, que no distingue etapas, considerando que ese colonialismo interno es un rasgo que se da como una constante del funcionamiento del capitalismo.

6. *¿Renacimiento del dualismo?*

La afirmación de Cardoso sobre la aparición de una nueva forma de dualismo estructural derivada de la fragmentación que percibe al interior de aquellos países que más han avanzado en la etapa de la "internacionalización del mercado interno", es una buena introducción para plantearse el tema del renacimiento de la explicación dualista en América Latina.

Como se recuerda, en su presentación clásica, el dualismo aparecía como la existencia en la misma unidad nacional de dos subsistemas, uno capitalista y otro precapitalista, que funcionaban más o menos aislados. Los impulsos de cambio arrancaban del sector moderno e iban absorbiendo porciones cada vez mayores del *hinterland* que, a partir de ese momento, comenzaban a funcionar en forma capitalista.

Los teóricos del colonialismo interno, por su parte, centraron buena parte

²¹ Leoncio M. Rodrigues, *La clase obrera en el Brasil* (Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1969), p. 112. Los subrayados han sido agregados.

de sus críticas en la aseveración de que el capitalismo había penetrado hasta los lugares más apartados de las sociedades latinoamericanas, por lo cual carecía de sentido seguir hablando de la existencia de esos dos subsistemas. Agregaban, algunos de ellos, que incluso el desarrollo de los centros "modernizados" se debía a la explotación de las regiones tradicionales o primitivas.

La nueva versión, en cambio, reconoce el predominio del capitalismo en el conjunto de las naciones latinoamericanas, lo que no es óbice para que afirme la subsistencia de formas de explotación que hacen recordar a modos de producción anteriores, aunque se trate de situaciones muy particulares y que se encuentran de una u otra manera insertas en el modo de producción capitalista dominante. Pero lo esencial es que la nueva tesis destaca las diferencias crecientes que comienzan a darse entre el sector "moderno" y el resto de la economía. Las presentaciones varían de un autor a otro, pero éste es el elemento esencial.

En esta línea se encuentran diversos escritos de la CEPAL y de Aníbal Pinto,²² que han difundido la tesis de la "heterogeneidad estructural" de los países latinoamericanos. Ella afirma que existen al interior de cada una de estas economías tres estratos productivos claramente diferenciados: el primitivo, tendría niveles de productividad similares a los coloniales; el moderno, basado en actividades de exportación, industriales y de servicios, no se diferenciaría mayormente de los países desarrollados; el intermedio, en fin, con una productividad similar a la promedial al sistema. Tales estratos tienen carácter multi-sectorial y no coinciden, en manera alguna, con la conocida dicotomía rural-urbana.

El desarrollo de esta tesis tiene importantes puntos de contacto con la teoría del dualismo estructural, aunque su presentación sea diferente. En primer lugar, ambas son versiones de la hipótesis que considera que los focos "modernos" son los que provocarán el desarrollo del resto de la economía, arrastrándolo hacia la modernidad. En esto, como se ve, se alejan de la tesis del colonialismo interno que sustenta que el desarrollo de los polos modernos sólo es posible gracias a la explotación a la que someten a los sectores atrasados. Pero, en segundo lugar, las tesis del dualismo y la heterogeneidad afirman que la capacidad de dinamización del sector moderno ha resultado menor que la esperada y también menor que la que sería necesaria para lograr el cambio.

Esta es la línea que desarrolla la que sea, tal vez, la exposición más sistemática, debida a Osvaldo Sunkel.²³ Sostiene que "el subdesarrollo es parte del proceso histórico global de desarrollo, que el subdesarrollo y el desarrollo son dos caras de un mismo proceso universal, que ambos procesos son histórica-

²² Véase Naciones Unidas, *Estudios Económicos de América Latina 1968* (Nueva York, 1969) especialmente pp. 32-33; Aníbal Pinto, "Naturaleza e implicaciones de la heterogeneidad estructural de la América Latina", en *El Trimestre Económico*, vol. xxxvii (1), núm. 145 (enero-marzo de 1970), pp. 83-100, y su ampliación, "La heterogeneidad estructural: aspecto clave del desarrollo latinoamericano" (Santiago, CEPAL, 1972). Consúltase del mismo autor: "Notas sobre estilos de desarrollo en América Latina" (Santiago, CEPAL, diciembre 1973).

²³ Osvaldo Sunkel, "Capitalismo transnacional y desintegración nacional en América Latina", en *Estudios Internacionales*, año iv, núm. 16 (enero-marzo 1971), pp. 3-61.

mente simultáneos, que están vinculados funcionalmente, es decir, que interactúan y se condicionan mutuamente", y *que su expresión geográfica se concreta en "dos grandes polarizaciones: por una parte, la polarización del mundo entre los países industriales, avanzados, desarrollados, centros, y los países subdesarrollados, atrasados, pobres, periféricos, dependientes; por otra, una polarización dentro de los países en espacios, grupos sociales y actividades avanzadas y modernas y en espacios, grupos y actividades atrasadas, primitivas, marginadas y dependientes"*.²⁴

Aquí corresponde analizar exclusivamente la llamada polarización interna, aunque para exponerla correctamente sea necesario hacer referencias a la otra, por cuanto existen entre ambas estrechas conexiones. En la fase de "desnacionalización y sucursalización de la industria latinoamericana" por la expansión de los conglomerados transnacionales, se generaría —en el entender de Sunkel— una nueva forma de división del trabajo, mediante la cual los centros se especializan en la generación del nuevo conocimiento científico y tecnológico y la periferia, en cambio, en las realizaciones de las etapas de producción final de bienes de consumo y la utilización rutinaria de los mismos. En el interior de los países periféricos, la industrialización que está orientada fundamentalmente hacia la producción de bienes finales de consumo, tiende a localizarse en torno a los conglomerados urbanos más amplios, acentuando de esa manera las tendencias endémicas a la urbanización. Asimismo, el estancamiento y marginación de las zonas tradicionales contribuye a que se den migraciones internas que aumentan aún más el volumen demográfico de los polos. Se agudizan entonces los desequilibrios regionales. Incluso en las grandes ciudades se da un proceso de polarización, quedando a la vista las poblaciones marginales que ocupan el cinturón de miseria. Hasta aquí parecería que el autor se encuentra mucho más cerca de la visión del colonialismo interno que del dualismo. Sin embargo, percibe a los países como "estructuras heterogéneas compuestas de conjuntos de actividades, grupos y regiones desarrollados y conjuntos de actividades, regiones y grupos sociales subdesarrollados".²⁵ Aquellas actividades desarrolladas, aunque se encuentren ubicadas en Estados-naciones diferentes, conforman la parte desarrollada del sistema global y se hallan estrechamente ligadas entre sí. En cambio, las otras actividades, grupos sociales y regiones que están total o parcialmente marginados, permanecen aislados y sin ningún lazo con sus similares de las otras naciones.

Serían desarrollados aquellos países "donde prevalece la estructura económica, social y espacial desarrollada, mientras que las actividades, grupos sociales y regiones atrasadas y marginales constituyen fenómenos excepcionales, limitados, y aparecen como situaciones de importancia más bien secundaria". Los países subdesarrollados, por su parte, "serían aquellos en los que prevalece el fenómeno de la marginalidad excluyente".²⁶

En consecuencia, el sistema capitalista internacional estaría integrado por un núcleo central "internacionalizado" de sectores sociales radicados geográficamente

²⁴ Osvaldo Sunkel, *op. cit.*, p. 9.

²⁵ *Ibidem*, p. 24.

²⁶ *Ibidem*, p. 25.

camente en diferentes países y caracterizado porque los individuos que en él participan tienen niveles de consumo y, por tanto, niveles de ingreso similares, pese a estar situados en países con ingresos per cápita muy diferentes.

Los dos subsistemas que componen el sistema capitalista mundial evolucionarían en forma independiente entre sí. Sin embargo, Sunkel afirma que "la existencia y expansión del sector internacionalizado no es independiente de la existencia y expansión de un sector marginado".²⁷ pero no se ve muy claramente en qué medida contribuye el sector marginado al desarrollo creciente de la sección moderna de la economía. No se destaca suficientemente la posibilidad de transferencias de ingresos desde el sector atrasado al moderno. E incluso si fuera así, resultaría escasamente relevante por cuanto la verdadera explicación del dinamismo del sector moderno hay que buscarla en el elevado desarrollo de las fuerzas productivas en dicho sector. El esquema no permite sostener, como afirmaban los teóricos del colonialismo interno, que el desarrollo de las zonas modernas sea debido a la explotación a la que se somete a las regiones atrasadas o grupos marginales. En este sentido es posible sostener que hay en tal teorización un renacimiento de la perspectiva dualista, aunque modificada sustancialmente y depurada de los extremos más gruesos en que caían sus postulados originales.

La tesis de Sunkel tiene una trayectoria más o menos larga entre los economistas latinoamericanos.²⁸ En definitiva acostumbran a poner de manifiesto el contraste entre el desarrollo del sector moderno y el resto de la economía. Aquél comprende un porcentaje relativamente pequeño de población que abarca una elevada proporción del ingreso; no absorbe población del resto de la economía y concentra los frutos del progreso técnico, conduciendo así a un proceso de acumulación continua del subempleo y a reforzar el grado de regresividad del ingreso. La capacidad productiva, la producción y la inversión misma propenden a ser conformadas predominantemente por la demanda de ese sector moderno, que se aísla cada vez más del resto de la economía. La consecuencia es un desarrollo por diversificación de los bienes demandados por la población incorporada al sector moderno, en lugar de acrecer cada vez más el grupo consumidor y aumentar el consumo de la población en general.

Deben destacarse, sin embargo, para terminar, las apreciaciones formuladas por Matus rechazando la imputación de dualismo para sus tesis. Sostenía que "lo moderno y lo no moderno tienen interconexiones indudables ... pero no puede negarse por razones metodológico-conceptuales que dos partes interconectadas de un sistema puedan: a) tender a distanciarse en términos de su bienestar económico; b) diferenciarse por sus valores culturales; c) encontrar contradicciones crecientes entre ellas; d) conducir en el contexto internacional al debilitamiento del sentido de nacionalidad que caracteriza al sistema;

²⁷ *Ibidem*, p. 34.

²⁸ Véase al respecto *Dos polémicas sobre el desarrollo de América Latina* (Editorial Universitaria, Santiago, 1970), donde se presentan varios artículos en que la tesis mencionada aparece sustentada por algunos de los participantes en la discusión desarrollada en el ILPES entre 1967 y el año de la edición del volumen.

y e) tender a incapacitar al sector moderno para transformar al no moderno".²⁰

Indudablemente buena parte de lo afirmado es cierto. Pero debe recordarse que es posible encontrar diferencias en los valores culturales sin que sea necesario postular la evolución prácticamente independiente de dos subsistemas económicos. La existencia o ausencia de un sentimiento de nacionalidad en América Latina se ha discutido mucho y hay autores que no creen que tal característica se haya dado nunca. El distanciamiento en términos de bienestar económico tampoco es un elemento relevante. En cambio, el último punto es justamente el postulado básico de la tesis dualista, por cuanto afirma que el cambio o el desarrollo vendrá desde el polo moderno, extendiéndose al resto de la economía. Es lo contrario de lo afirmado por los teóricos del colonialismo interno que sostienen que es la explotación de las regiones periféricas la que permite el engrandecimiento y el desarrollo del centro moderno.

III. FEUDALISMO Y CAPITALISMO EN AMÉRICA LATINA

1. *Bases políticas de la polémica*

El asunto del modo de producción dominante en la región está estrechamente ligado con el tema del dualismo estructural que se trató anteriormente.

Diversos analistas de la situación latinoamericana han destacado la existencia de "obstáculos sociales" de carácter "feudal" en especial de la organización agraria (latifundio, clientelismo, caudillismo, etc.), que entorpecerían el desarrollo económico.

Estos problemas han cobrado especial relevancia política por cuanto según se afirme la existencia de una u otra forma de producción, la praxis debería variar consecuentemente. Simplificando, podría decirse que quienes postulaban la existencia del feudalismo concluían en la necesidad de apoyar a los sectores de la burguesía nacional en su lucha por "instalar el capitalismo", considerado como etapa obligada para un futuro pasaje al socialismo. Por el contrario, quienes sostenían que ya existía capitalismo, postulaban la necesidad inmediata de luchar por el socialismo, estimando errónea cualquier alianza con los sectores burgueses.

En el fragor de la polémica, quienes participaron en ella se remontaron a los orígenes de la conquista y colonización española tratando de descubrir allí rasgos feudales o capitalistas. Sin embargo, con el correr del tiempo, los defensores de las tesis feudales abandonaron la liza, predominando abiertamente quienes afirman el carácter capitalista de América Latina desde su descubrimiento.

A continuación se discutirán los principales argumentos manejados por los

²⁰ Carlos Matus, "Sobre el dualismo" en *Dos polémicas ...*, p. 165.

defensores de una y otra tesis, terminando por presentar la posición que se estima correcta. No corresponde, por cierto, hacer historia sino discutir ciertos postulados subyacentes a las interpretaciones históricas.

2. Las tesis feudales y capitalistas

La tesis feudal, de acuerdo a la caracterización que de ella hace Vitale,³⁰ sostiene que: i] España al momento del descubrimiento y la conquista era un país feudal; ii] la colonización se hizo bajo un signo feudal, trasplantándose al Nuevo Mundo un sistema medioeval; iii] como consecuencia, en América Latina se generó una aristocracia feudal que terminó por independizarse de la Madre Patria, para iv] gobernar los nuevos países, durante los siglos xix y xx, impidiendo la concreción del capitalismo, por lo que faltaría cumplir aún esa etapa; v] por todo lo anterior, la estrategia política de los partidos populares debe consistir en constituir un frente de liberación nacional y apoyar a la "burguesía progresista" en su lucha contra la "oligarquía feudal", para que aquélla pueda realizar las tareas democráticoburguesas que le corresponden.

No cabe duda que ésta es la presentación extrema de la tesis en cuestión. Pueden encontrarse diversas opiniones, más o menos fundamentadas, en las que se defienden una u otra de las afirmaciones arriba mencionadas sin incurrir en la sustentación de las otras. Sin embargo, el planteo de Vitale es esencialmente correcto y permite distinguir los diversos elementos que componen esta posición, facilitando su discusión.

Aquellos autores que sostienen el carácter capitalista de América Latina niegan todas y cada una de las afirmaciones anteriores, considerando que el elemento sustancial está en que, desde la colonia, América Latina *producía en gran escala para el mercado externo*. Se habría constituido una *economía de exportación*, apoyada en la encomienda como unidad productiva que si bien podía tener apariencia feudal, era una empresa de *finés capitalistas*, productora de valores de cambio destinados a un mercado internacional. Frank sostiene que "el enfoque tiene que partir del sistema mundial y salir de la autoimpuesta ilusión óptica mental del marco iberoamericano o nacional".³¹

Las dos tesis extremas reseñadas brevemente en los párrafos anteriores, especialmente la última, han sido las más difundidas, pero no son únicas. Cabe sostener por ejemplo, que si bien en América no ha existido "feudalismo", con caracteres similares a los que se han dado en Europa Occidental, no puede menos que verificarse que en el campo latinoamericano no existieron durante la dominación española y probablemente no existan todavía en muchas partes, relaciones de producción de índole capitalista.

³⁰ Luis Vitale, "América Latina: ¿feudal o capitalista? ¿revolución burguesa o socialista?" en *Estrategia* (Santiago de Chile, agosto de 1966), reproducido en James Petras y Maurice Zeitlin (comps.), *América Latina ¿reforma o revolución?*

³¹ André G. Frank, "¿Con qué modo de producción convierte la gallina el maíz en huevos de oro?", en *América Latina ¿feudalismo o capitalismo?* (La Oveja Negra, Bogotá, 1972), p. 68.

La sustentación de esta interpretación exige, sin embargo, analizar diversos temas y rebatir tanto los argumentos profeudalistas, como los procapitalistas.

3. El concepto de "feudalismo"

Quienes defienden la posición "capitalista" recogen la opinión de Paul Sweezy en la polémica sobre la transición del feudalismo al capitalismo, motivada por el libro de Dobb,³² y definen el feudalismo como "un régimen de pequeña economía agraria y artesanal, basado en el trueque, donde no existía salario ya que los servicios se pagaban en tierras, alojamiento y comida; un sistema cuya estructura social se fundamentaba en relaciones de servidumbre como vasallaje, beneficios, castigos al que abandonaba el feudo, adscripción a la gleba, etc. En el aspecto político, el feudalismo se caracterizaba por presentar una relación débil y una nobleza autónoma".³³

Paul Sweezy, sostiene que "la característica crucial del feudalismo es la de ser un sistema de *producción para el uso*. Se conocen las necesidades de la colectividad y la producción se planea y organiza con miras a satisfacer estas necesidades".³⁴ El capitalismo, en cambio, se concibe como una economía monetaria que produce para el mercado, teniendo en el beneficio el motivo básico de la producción.³⁵

La crítica fundamental a tal intento definitorio estriba en que un modo de producción no puede definirse a partir de la existencia o inexistencia de circulación de mercancías, de la constitución de un mercado, por cuanto —como recuerda Takahashi— "el valor de intercambio (mercancía) y el dinero (que no es lo mismo que 'capital') tienen una existencia 'antediluviana' y podían existir e ir madurando en todo tipo de estructura social histórica".³⁶ Para este autor, la posición de Sweezy —y por extensión la de Frank y Vitale— es una especie de "circulacionismo", que al concentrar su atención en las relaciones existentes entre los productores y sus mercados, descuida el análisis de la renta feudal del suelo.

A partir de la crítica anterior, conviene distinguir los elementos básicos que contendría una definición adecuada de feudalismo. Puede considerarse, como quedó de relieve en varias intervenciones en la mencionada polémica, que

³² Maurice Dobb, *Studies in the development of capitalism* (Londres, Rutledge and Kegan Paul, 1946; traducción castellana de Siglo XXI Argentina Editores, S. A., Buenos Aires, 1971). Maurice Dobb *et al.*, *Polémica sobre la transición del feudalismo al capitalismo* (Editorial Ciencia Nueva, Madrid, 1968, la edición inglesa es de 1954).

³³ Luis Vitale, cit., Frank afirma que el Feudalismo se caracteriza por ser una "economía cerrada", ver *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, p. 234.

³⁴ Paul Sweezy, *op. cit.*, p. 18.

³⁵ En apoyo de la argumentación de Sweezy, pueden citarse algunas frases de Marx como, por ejemplo, su observación de que "al economista le sucede como al jurista feudal, que seguía pegando etiquetas jurídicas propias del feudalismo a relaciones que eran ya puramente monetarias", *El capital* (Fondo de Cultura Económica, México) tomo I, pp. 651-652.

³⁶ H. K. Takahashi, "Contribución al debate", en Dobb, *et al.*, *Polémica* ..., p. 69.

existen tres formas básicas de trabajo: la esclavitud, la servidumbre y el trabajo libre asalariado.

Cada una de ellas corresponde a un modo de producción característico. La servidumbre sería propia de lo que se conoce como "feudalismo", aunque tal vez convendría dejar de lado este nombre, por cuanto indica una forma de servidumbre muy especial que se dio muy circunscrita tanto espacial como temporalmente en Europa, siendo preferible hablar de "*modo de producción servil*" o "*señorial*". Recuérdese, además, que la forma de designación usual de los otros modos de producción enfatiza la forma básica de trabajo (como sucede al hablar de "esclavismo"), o el elemento central (como en el caso del capitalismo).

El modo de producción señorial se caracterizaría así, porque:

a] la tierra es el medio de producción más importante, ya que es en torno a ella que se generan las relaciones sociales características;

b] el campesino-productor tiene la posesión de la tierra, la propiedad de los medios (primitivos) de trabajo y el control técnico del proceso productivo, lo que *económicamente* lo hace *autónomo*;

c] sin embargo, a consecuencia de una *coacción extraeconómica* se encuentra obligado respecto del señor a la satisfacción de ciertas exigencias económicas, consistentes en servicios personales o rentas, en productos o en dinero, según sea el caso.

Lo afirmado anteriormente coincide con la posición de Marx, para quien

Es evidente que bajo todas las formas en que el trabajador directo es "poseedor" de los medios de producción y de las condiciones de trabajo necesarios para la producción de sus propios medios de subsistencia, la relación de propiedad tiene que manifestarse a la par como relación directa de dominio y de servidumbre y el productor directo por consiguiente, como un hombre privado de libertad: carencia de libertad que puede ir desde la servidumbre de la gleba hasta el deber de abonar simplemente un tributo al señor. El productor directo se halla así, según el supuesto de que se parte, en posesión de sus propios medios de producción, de las condiciones objetivas de trabajo necesarias para la realización de su trabajo y para la creación de sus medios de subsistencia; efectúa su trabajo agrícola como la industria doméstico-rural con él relacionada por su propia cuenta ... En estas condiciones sólo la *coacción extraeconómica*, cualquiera sea la forma que revista, puede arrancar a estos productores el trabajo sobrante para el terrateniente nominal.³⁷

Las diferencias con el funcionamiento del sistema capitalista son notorias. La situación del proletario es tal que en caso de que se niegue a ofrecer su fuerza de trabajo al capitalista para que la utilice en el proceso productivo, moriría de hambre, por cuanto es propio de su condición el carecer de cualquier bien que no sea su capacidad de trabajar y su prole. Puede afirmarse entonces que en el régimen servil son razones extraeconómicas las que obligan al productor directo a entregar todo o una parte de su trabajo excedente al

³⁷ Carlos Marx, *El capital*, tomo III, p. 732. Subrayado agregado. En el mismo sentido véase Lenin, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, p. 199.

señor; en el capitalismo, en cambio, el mismo funcionamiento de la economía permite al capitalista apropiarse de la plusvalía.

No es necesario recordar que la propiedad feudal tenía caracteres sumamente diferentes a los que son propios de los sistemas actuales. Existía una jerarquía de derechos sobre los mismos pedazos de tierra, derivada de las relaciones de vasallaje. Además, la posesión y la propiedad se encontraban separadas; los campesinos mantenían la primera y el señor, o mejor dicho los sucesivos señores, la segunda.

Otro punto de importancia tiene relación con la posibilidad de existencia del mercado en el feudalismo. A Frank no le interesa el tipo de relaciones personales a base de las cuales se organice la producción; "lo crucial" en el feudalismo está en que "es un sistema cerrado o débilmente ligado al mundo que lo rodea".³⁸ Como América Latina, durante la Colonia, vivía de la exportación especialmente de metales hacia Europa, es decir, se encontraba ligada a un mercado, no podría hablarse de feudalismo.

Sin embargo, no parece que tal apreciación sea exacta. Como afirmaba Marx "puede haber producción y circulación de mercancías, aunque la inmensa mayoría de los artículos producidos se destinen a cubrir las propias necesidades de sus productores, sin convertirse por lo tanto en mercancías: es decir, aunque el proceso social de la producción no esté presidido todavía en todas sus partes por el valor de cambio. La transformación del producto en mercancías lleva consigo una división del trabajo dentro de la sociedad tan desarrollada que en ella se consuma el divorcio entre el valor de uso y el valor de cambio, que en la fase del trueque directo no hace más que iniciarse. Pero esta fase de progreso se presenta ya en las más diversas formaciones económicas sociales de que nos habla la historia ...".

Y agrega: "Las condiciones históricas de la existencia de éste (el capital) no se dan, ni mucho menos, con la circulación de mercancías y de dinero. El capital sólo surge allí donde el poseedor de medios de producción y de vida encuentra en el mercado al obrero libre como vendedor de su fuerza de trabajo".³⁹

De lo anterior puede deducirse que: a) no hay incompatibilidad alguna entre ciertas formas de intercambio y la existencia de relaciones señoriales de producción; b) el régimen servil no se caracteriza por ser un sistema cerrado, que sólo produce para el uso; a lo más, ése puede haber sido un rasgo contingente propio de alguna de las formas históricas que asumió.

4. *La situación europea y española en los siglos xv y xvi*

Existe un consenso bastante generalizado sobre que el régimen de producción "feudal" entra en crisis en Europa occidental en el siglo xvi. Sin embargo, el

³⁸ André G. Frank, *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI Editores, 1970 p. 239.

³⁹ Carlos Marx, *El capital*, tomo I, p. 123.

capitalismo no comienza hasta la segunda mitad del siglo xvi.⁴⁰ El descubrimiento, conquista y colonización de América se produce entonces, durante ese período intermedio. Es imprescindible analizar qué sucedía durante ese lapso y cuáles eran los rasgos esenciales del modo de producción dominante en Europa, y especialmente en España y Portugal, durante su vigencia. Dobb, pese a afirmar que la crisis feudal se produjo en la fecha ya mencionada, no duda que el lapso que va del siglo xiv al xvi, sigue siendo feudal. Sweezy, en cambio, cree que el feudalismo (tal como él lo define: producción para el uso) desaparece en el siglo xiv, dando lugar a la aparición de una nueva forma, a la que no concede jerarquía de “modo de producción” y que denomina producción precapitalista de mercancías. No es “feudal” por cuanto, en su concepción, feudalismo y producción de mercancías son conceptos mutuamente excluyentes. Se parece al capitalismo en cuanto que ambas son especies dentro del género “producción de mercancías” y, para distinguirlos, agrega la calificación “precapitalista”.

De lo anterior una cosa resulta clara: no puede afirmarse el carácter capitalista de la Europa que descubre y conquista América. El capitalismo no se constituye sino un siglo después del descubrimiento. Incluso Sweezy que sostiene posiciones teóricas muy similares a las que sustentan Frank y Vitale reconoce que durante el período “de transición” no habría capitalismo, aunque sí “producción de mercancías” y economía de intercambio.

Podría argumentarse, sin embargo, que del hecho de que el capitalismo no fuera todavía el sistema dominante en la Europa de la conquista, no puede derivarse que la colonización de América no fuera capitalista. Y esto por cuanto podría demostrarse que son justamente aquellos grupos sociales “pioneros” en la instauración del capitalismo, como las burguesías de las ciudades del Mediterráneo, las que imaginan y ponen en práctica el descubrimiento. Y que si bien el conjunto de la sociedad europea de la época no es capitalista, sí lo son los núcleos que se trasladan a América y la dominan. En este sentido quienes sostienen la tesis en estudio se esfuerzan justamente, por demostrar que el capitalismo predominaba en la península ibérica. Así, Vitale sostiene que esta región era la “avanzada capitalista” en Europa. Si se demuestra que no había capitalismo en ningún lugar del continente para esa época, se está destruyendo uno de sus argumentos. Además, si había “islas” capitalistas en el píelago “feudal” (o mejor dicho, de acuerdo a lo que se está defendiendo aquí, señorial) debería reconocerse que el capitalismo no era dominante en aquellas formaciones sociales que efectúan la conquista americana. A consecuencia de ello —aplicando razonamientos similares a los que Frank utiliza para afirmar que pese a las características de las relaciones de producción imperantes en América, ésta era capitalista porque estaba inserta en un mercado mundial que sí lo era— podría sostenerse que en el marco del sistema económico total, las “islas” capitalistas carecían de importancia y se subordinaban

⁴⁰ Pueden verse las opiniones concordantes de Dobb, Sweezy, Takahashi y otros, en la *Polémica*. Erich Hobsbawm, por su parte, ha situado el período de la crisis general de la economía europea que marcó el punto de transición hacia el capitalismo en el siglo xvii. Véase *En torno a los orígenes de la revolución industrial* (Siglo XXI, Buenos Aires, 1971).

al funcionamiento conjunto de ese sistema. Sin embargo, el argumento realmente definitivo sería analizar en concreto la forma en que se dan las relaciones de producción en América, descubriendo su carácter esencial. Y esto es lo que no hacen, en general, los que sustentan la tesis capitalista, eludiendo ese análisis concreto tras la afirmación de la "producción para el mercado mundial". Posteriormente, se volverá sobre esto.

Luego de la digresión, corresponde volver al tema de qué régimen de producción predominaba en Europa al momento de la colonización americana. Otra alternativa consistiría en aceptar la tesis de Dobb y sostener que durante ese período los rasgos esenciales de la economía europea eran de tipo feudal y, *a fortiori*, afirmar que la conquista también asumió esas características. Pero, debe recordarse, Dobb analiza la situación inglesa y, por tanto, no puede generalizarse sin más ni más lo que es válido para ese caso particular a los de España y Portugal, que son los que interesan para este tema.

¿Cuál era el modo de producción dominante en España al momento de la conquista? ⁴¹ Los autores que sustentan la tesis de la "conquista capitalista de América" encuentran en este punto buenos argumentos para sostener la debilidad del feudalismo (si es que lo hubo) español. Así Vitale, por ejemplo, trae a colación el hecho de que a consecuencia de la conquista musulmana y de la posterior "reconquista" cristiana del territorio ibérico, la consolidación de los señoríos feudales fue imposible, favoreciendo la tendencia centralizadora de los reyes. Asimismo, el predominio de la economía y cultura musulmana dio un cariz totalmente peculiar a la vida española, en la que puede destacarse la importancia que siempre mantuvo el comercio. El tipo de ganadería trashumante conocido como "La Mesta", que se desarrolló en la península por estos años, permite afirmar a Vitale que si bien ocupaba extensos latifundios no era feudal porque estaba "dirigida al mercado internacional", lo que a su entender "iba contra la estructura del feudalismo".

No olvida este autor que el sistema de "behetrías" mediante el cual los campesinos compraban la protección de los señores, estableciendo con ellos ciertas relaciones de servidumbre, mucho menos drásticas que las propias de los sistemas feudales "típicos" (Francia, Alemania), constituyó algo así como una "regresión" en ese proceso de desfeudalización que descubre en España.

Todo lo anterior se condensa en el argumento central: el ascenso de una nueva clase burguesa, que incluso consigue una participación —minoritaria— en los asuntos del Estado, siendo los representantes de las ciudades "en fecha tan remota como el siglo xvi ya la parte más potente de las cortes".⁴² En conclusión, sobre el primer punto Vitale afirma que no puede sostenerse que España fuera un país feudal, sino que se encontraba en la transición del feudalismo al capitalismo, lo que "no significa desconocer la existencia de rema-

⁴¹ Son fundamentales los estudios realizados por Claudio Sánchez Albornoz, especialmente, *En torno a los orígenes del feudalismo* (Mendoza, 1942, 3 volúmenes). Una síntesis del estado de las investigaciones en torno al tema puede verse en Luis G. de Valdeavellano, "Las instituciones feudales en España" en F. L. Ganshof, *El feudalismo* (Ariel, Barcelona, s. f.), pp. 227-300.

⁴² Carlos Marx y Federico Engels, *La revolución española* (citado por Vitale).

nentes feudales" ni que "en los siglos xvi y xvii se produjo un resurgimiento, aunque tardío, del feudalismo, sobre todo después del aplastamiento de la burguesía" en el año 1521. Pero, ello sólo produjo —a su entender— el retraimiento de ésta en el campo político y no fue óbice para que siguiera financiando las empresas de ultramar.

Respecto a la época medioeval española debe reconocerse no sólo el carácter *sui generis* de su feudalismo, sino incluso que prácticamente no lo hubo fuera de algunas regiones muy determinadas. El mapa de Europa feudal en realidad no abarcaría más allá de Francia, Inglaterra, Alemania, Lombardía y Cataluña. El uso generalizado y amplio del término "feudalismo" encubre casos donde se encuentran formas de producción señoriales (serviles), que no se parecen en lo más mínimo a lo que rigurosamente se entiende por feudalismo.

Debe tenerse presente, por otra parte, que no fueron precisamente los catalanes (feudales) quienes llevaron a cabo la conquista y colonización de América sino que ésta se debió, por un lado, a castellanos y extremeños, donde es posible encontrar formas señoriales laxas no feudales y, por otro, a los oriundos de Andalucía donde, como se sabe, existía una burguesía comercial bastante desarrollada y con contactos más o menos estrechos con los genoveses.

Incluso, Rodolfo Puiggrós —que en su polémica con Frank sostiene el carácter feudal de la conquista de América— reconoce que la idea de organizar la expedición que descubriría América nació en estos burgueses andaluces que, sin embargo, tuvieron que recurrir a los reyes de Castilla porque la empresa sobrepasaba su capacidad económica. Contaron en sus negociaciones con la Corona, con la oposición de los caballeros, los que, sin embargo, aprovecharían en última instancia los beneficios de la conquista, luego de desplazar a quienes la habían promovido.

En resumen, la afirmación de que España vivía un período de transición entre el feudalismo y el capitalismo no dice demasiado. Recuérdesse además que existe consenso en afirmar que el período que media entre el siglo xiv y el siglo xvi es de "transición" entre esos dos sistemas productivos para Europa considerada como un todo. En España, como se vio, no hubo, fuera de Cataluña, feudalismo. Existían eso sí diversas formas del régimen de producción señorial y había además, especialmente en Andalucía, una burguesía comercial ascendente, que incluso participaba políticamente. De lo anterior puede concluirse que el modo de producción dominante en la península era de corte señorial y que los rasgos del mismo se acentuaron luego de la constitución del imperio y especialmente después de la derrota de los comuneros, apoyados por la burguesía comercial, en la batalla de Villalta en 1521.

5. La situación precolombina y el descubrimiento

Según Puiggrós, el descubrimiento de América se debe al espíritu emprendedor de la burguesía comercial de las ciudades del noroeste del Mediterráneo.

Sin embargo, la conquista debía ser militar para lo cual la burguesía comercial necesitaba el apoyo de la mayor potencia de fines del siglo xv, Castilla.⁴³ Vale decir que incluso el defensor del carácter feudal de la conquista reconoce que el descubrimiento estuvo ideado como una empresa comercial.

Sin embargo, Puiggrós entiende que esa idea de la burguesía andaluza y genovesa "tendió, sin proponérselo, el puente por el cual el feudalismo se trasplantó de España a América".⁴⁴ Los Reyes Católicos se habían apoyado en la burguesía en su lucha por la unificación de España, enfrentando la fuerza centrífuga de los nobles. Estos, convertidos en cortesanos, intentaron utilizar el Estado en su propio provecho. A ello contribuirían en buena medida las enormes riquezas procedentes de América, que permitieron a los monarcas independizarse de la burguesía. Carlos V buscó imponer la monarquía absoluta y consiguió que banqueros alemanes le adelantaran el capital necesario con la garantía del oro americano. Al mismo tiempo, los comerciantes del norte de Europa abastecían no sólo a América, sino incluso a España. Decayó la manufactura y el artesanado, se generalizó la miseria y el costo de la vida se elevó en forma impresionante como consecuencia del exceso de circulante existente en la península.⁴⁵ A todo ello hay que unir la ruptura entre las tres "razas" que componían la esencia de lo español (cristianos, musulmanes y judíos). Las dos últimas, que eran por lo demás las que se dedicaban a las artes y oficios, fueron expulsadas, incrementando así la dependencia de las riquezas provenientes de América e institucionalizándose el "hidalgo" como prototipo del español, tal como lo describiera Américo Castro.

En América los conquistadores encontraron poblaciones autóctonas o que, al menos, habían llegado al continente con anterioridad, con sus propias formas de organización de la producción. Puede decirse que no había uno, sino múltiples modos de producción en la América precolombina y que el desarrollo entre las distintas naciones y comunidades era muy desigual. Puiggrós afirma que a principios del siglo xvi, cuando llegan los españoles, el Tahuantinsuyu marchaba hacia una forma de organización social con base en la propiedad privada de la tierra y división territorial bajo la dirección política de los incas. Sería el ejemplo de mayor desarrollo pudiendo rastrearse un variado conjunto de organizaciones productivas hasta llegar a algunas sumamente primitivas. Puiggrós sostiene que cuanto mayor era el desarrollo de una comunidad indígena, medido por su capacidad para el cultivo de tierras, la elaboración de productos, la domesticación de animales, etc., más fácil resultó a los conquistadores incorporar a los vencidos al trabajo, asimilando las formas de producción indígenas a las nuevas necesidades productivas. El desarrollo desigual de la sociedad indígena al momento de la colonización determinó grandes diferencias entre las regiones durante la Colonia.

Frank y los que sostienen la tesis "capitalista" de la conquista descuidan

⁴³ Este desarrollo sigue los argumentos esbozados por Puiggrós en "Los modos de producción en Iberoamérica" y "Carácter de la conquista de América", reproducidos en *América Latina ¿feudalismo o capitalismo?*, pp. 53-67 y 103-117 respectivamente.

⁴⁴ Rodolfo Puiggrós, *op. cit.*, p. 103.

⁴⁵ Cf. Manfred Kossok.

completamente las características de las comunidades preexistentes, El carácter capitalista de todas y cada una de las etapas de la colonización ibérica del Nuevo Mundo, estaría dado por el hecho de que produce valores de cambio para el mercado internacional; los productores americanos entran en un circuito monetario y tienen poco o nada que ver con economías cerradas, que producen para el uso, lo que constituye el rasgo básico del feudalismo al entender de estos autores.

6. ¿Cuándo hay capitalismo?

A los efectos de poder opinar con base sobre la tesis en análisis, parece necesario elucidar previamente cuando hay capitalismo.

Según la teoría marxista, habría dos condiciones necesarias para poder designar de tal manera a un sistema: la existencia de capital comercial suficientemente desenvuelto y que se haya producido el proceso de acumulación originaria, mediante el cual se separa al productor directo de sus medios de producción, a consecuencia de lo cual es posible visualizar dos grupos (propietarios de los medios de producción y trabajadores libres).

Para coincidir con la tesis sustentada por Vitale habría que comprobar que ambas condiciones existían en América hispánica.

Cuando el autor destaca "la importancia que adquirieron en la época colonial las aduanas y los puertos", "desde donde se exportaba el oro, la plata, el cobre, el trigo, el sebo y los cueros chilenos" está dando la pauta del gran desarrollo que durante dichos períodos logró el capital comercial en la región. Una de las condiciones necesarias para el surgimiento del capitalismo estaría dada. Pero, debe recordarse que Marx destacó la existencia de capital comercial de gran importancia en la Roma clásica y que, pese a ello, nunca sostuvo que en esa sociedad y en tal época predominara el modo de producción capitalista. El capital comercial se encuentra "entre las formas antediluvianas del capital que preceden desde muy lejos al régimen de producción capitalista y con las que nos encontramos en las más diversas formaciones económicas de la sociedad".⁴⁶ Por tanto, la existencia de capital comercial no es suficiente para afirmar que hay capitalismo. En una posición extrema, se requeriría que predominara el capital industrial y la población se divida entre los dueños de ese capital y aquellos que venden su fuerza de trabajo en el mercado. Para Marx sólo hay capitalismo si se encuentra "en el mercado, entre las mercancías, con el obrero libre; libre en un doble sentido, pues de una parte ha de poder disponer libremente de su fuerza de trabajo como de su propia mercancía y, de otra parte, no ha de tener otras mercancías que ofrecer en venta ...".⁴⁷ Sin embargo, podría considerarse que hay capitalismo incluso en aquellos casos en que el capitalismo comercial organiza el trabajo adelantando insumos a los obreros libres (aunque éstos mantengan como propios sus

⁴⁶ Carlos Marx, *El capital*, tomo III, p. 555.

⁴⁷ Carlos Marx, *op. cit.*, tomo I, p. 122.

útiles de trabajo). El predominio del capital comercial es una condición previa a la instauración del modo de producción capitalista, ya que con la expansión del comercio mundial está creando las bases para el surgimiento del capital industrial. Según Marx, "La circulación de mercancías es el punto de arranque del capital. La producción de mercancías y su circulación desarrollada, o sea el comercio, forman las premisas históricas en que surge el capital. La biografía moderna del capital comienza en el siglo xvi con el comercio y el mercado mundiales".⁴⁸ Merced a la expansión comercial de los países europeos que se produce en el lapso que media entre la disolución del régimen feudal y el advenimiento pleno del régimen capitalista de producción, se genera un proceso de "acumulación que no es el resultado, sino el punto de partida del régimen capitalista de producción".⁴⁹

Para Marx, el capital comercial no basta para definir el modo de producción capitalista. Tal capital se encuentra al nivel de la circulación y "la verdadera ciencia de la economía política comienza allí donde el estudio teórico se desplaza del proceso de circulación al proceso de producción".⁵⁰

La unidad de producción característica de la Colonia, la encomienda, "reflejaba relaciones más esclavistas que feudales", según palabras del propio Vitale. Aquí no interesa defender la tesis del feudalismo, sino destacar que la fuerza de trabajo no tenía las características que le son propias en un régimen capitalista. Era mano de obra esclava. Vitale recurre al argumento de que "no siempre la relación entre las clases va paralela o sigue la misma tendencia que los objetivos de la producción". No se entiende bien qué se quiere decir por "objetivos", pero lo que parece indudable es que las clases surgen directamente del modo de producción: si este es capitalista habrá un grupo que tiene en propiedad los medios de producción, y otro formado por los productores desposeídos y dispuestos a la venta de su fuerza de trabajo. Si no es así, no puede decirse que dicho régimen sea capitalista. Sobre este punto dice Marx:

Ni el dinero ni la mercancía son de por sí capital, como no lo son tampoco los medios de producción ni los artículos de consumo. Necesitan convertirse en capital. Y para ello han de concurrir una serie de circunstancias concretas, que pueden resumirse así: han de enfrentarse y entrar en contacto dos clases muy diversas de poseedores de mercancías; de una parte, los propietarios de dinero, medios de producción y artículos de consumo ...; de otra parte, los obreros libres, vendedores de su propia fuerza de trabajo y, por tanto, de su trabajo.

Y agrega:

obrerros libres, en el doble sentido de que no figuran directamente entre los medios de producción, como los esclavos, los siervos, etc...⁵¹

⁴⁸ *Ibidem*, p. 103

⁴⁹ *Ibidem*, p. 607.

⁵⁰ *Ibidem*, tomo III, p. 324.

⁵¹ *Ibidem*, tomo I, p. 608.

En América se produce —como dice Puiggrós— “la simbiosis de modos de producción de distinto nivel”.⁵² Los españoles no ocasionaron la destrucción de las formas sociales preexistentes, sino que por el contrario intentaron aprovecharlas en beneficio propio. Así “los productores directos no fueron desposeídos de la propiedad de los medios de producción, mientras que se intensificó progresivamente la coerción extraeconómica ... para maximizar varios sistemas de servicios de trabajo”.⁵³ No puede olvidarse cuando se discuten estos temas que, en América, reaparecieron incluso formas esclavistas de producción, no sólo en el ámbito hispánico, sino también en el inglés.⁵⁴

Resulta evidente que no puede decirse, por ejemplo, que la encomienda fuera una institución “feudal”. No poseía las características que asumió el “feudo” en las regiones europeas en las que se dio su forma clásica. Sin embargo, no puede ignorarse que la forma de trabajo distaba mucho de asumir caracteres capitalistas; no había trabajo libre y, además, el productor directo conservaba sus medios de producción, no había sido desposeído de ellos (y ésta es una *conditio sine qua non*, para que pueda haber trabajo libre, ya que, de poseer los medios de producción necesarios para su subsistencia, no existe razón económica alguna para que el productor directo venda su fuerza de trabajo; sólo lo hará si es obligado mediante una coacción de naturaleza extra-económica).⁵⁵

La encomienda entonces, no es feudal (en sentido restringido) ni es capitalista. Es en realidad, una especie del régimen de producción servil.

Del mismo modo, en las plantaciones que abundaron en ciertas regiones del Nuevo Mundo, hay una especie de esclavitud que si bien asume caracteres diferentes de la que se dio en la Antigüedad, no por ello pierde su condición de tal.

El error de Frank y los otros que sustentan la tesis “capitalista” estriba en dos confusiones: a] capitalismo y capital mercantil; b] modo de producción y participación en el mercado.⁵⁶

⁵² Rodolfo Puiggrós, “Los modos de producción en Iberoamérica”, en *América Latina: ¿feudalismo o capitalismo?*, p. 64.

⁵³ Ernesto Laclau, “Feudalism and Capitalism in Latin America”, en *New Left Review*, núm. 67 (mayo-junio 1971), pp. 19-38.

⁵⁴ La bibliografía sobre el tema es abundante. Entre diversos trabajos conviene citar a Fernando H. Cardoso, *Capitalismo e escravidão no Brasil meridional. O negro na sociedade escravocrata do Rio Grande do Sul* (Difusão Européia do Livro, São Paulo, 1962). Y el magnífico estudio de Eugene Genovese, *Political economy of Slavery* (Pantheon Books, Nueva York, 1965; traducción castellana de Península, Barcelona, 1970) y *The world the slaveholders made* (Pantheon Books, Nueva York, 1969). También Fernando A. Novais “Colonização e sistema colonial: discussão de conceitos e perspectiva histórica” en *Anais do IV Simpósio Nacional dos Professores Universitários de História* (São Paulo, 1969).

⁵⁵ Dice Marx: “No acontece así con el capital. Las condiciones históricas de la existencia de éste no se dan, ni mucho menos, con la circulación de mercancías y dinero. El capital sólo surge allí donde el poseedor de medios de producción y de vida encuentra en el mercado al obrero libre como vendedor de su fuerza de trabajo, y esta condición histórica envuelve toda una historia universal. Por eso, el capital marca, desde su aparición, una época en el proceso de la producción social”. En *El capital*, tomo 1, p. 123.

⁵⁶ Cf. Ernesto Laclau, “Feudalismo y capitalismo como categorías de análisis histórico” en *Revista Latinoamericana de Sociología*, y en *Feudalism and Capitalism in Latin America*.

El capital mercantil puede darse en cualquier modo de producción. Su función es permitir la circulación de las mercancías y, como se vio anteriormente, la existencia y circulación de mercancías no es exclusiva del modo de producción capitalista.⁵⁷ Por ello no basta comprobar la existencia de mercados, de una economía monetaria, etc., para afirmar que el país o la región en cuestión es capitalista. Como sostenía Puiggrós "De ser cierto que capitalismo equivale a intercambio de productos, Marx se habría equivocado al fijar 'la llamada acumulación capitalista' en tiempos bastante modernos y el primer capitalista sería Esaú por haber vendido su herencia a Jacob por un plato de lentejas".⁵⁸

El capital comercial cumple la función de poner en relación dos sistemas totalmente diferentes: el naciente capitalista europeo (según Marx, recién en el siglo xvi y sólo en aquellos lugares donde hacía ya mucho tiempo no existía servidumbre, aparece el capitalismo) y la economía "extractiva" de la América colonial. Así se explica la actividad comercial que hizo florecer "La actividad de puertos" en "Valparaíso, Coquimbo, Talcahuano, etc.", desde donde partían las enormes riquezas que en el viejo mundo se convertirían en capital.

Bajo el sistema colonial prosperaban como planta en estufa el comercio y la navegación. El botín conquistado fuera de Europa mediante el saqueo descarado, la esclavización y la matanza, refluía en la metrópoli para convertirse aquí en capital.⁵⁹

El afán de lucro llevó a las potencias europeas a utilizar cualquier método para apropiarse del excedente generado en otras regiones, lo que no quiere decir que en éstas el modo de producción fuera capitalista:

En general, la esclavitud encubierta de los obreros asalariados en Europa exigía, como pedestal, la esclavitud *sans phrase* en el Nuevo Mundo y así la esclavitud del sur de los Estados Unidos pasa a ser un sistema comercial de explotación (a fines del siglo xviii).⁶⁰

La otra confusión en que incurren los sostenedores de la tesis "capitalista" estriba en no distinguir adecuadamente entre el modo de producción y la participación en el mercado internacional.

De establecerse esa distinción muchas de las oposiciones desaparecerían. Así,

⁵⁷ Afirma Marx, que el movimiento de las mercancías consiste: "1o. materialmente, en el cambio de distintas mercancías entre sí; 2o. formalmente, en la transformación del dinero en mercancías, compra. A estas funciones, cambio de mercancías mediante la compra y venta, se reduce la función del capital comercial. Este capital se limita, pues, a servir de vehículo al cambio de mercancías, el cual, sin embargo, no debe concebirse de antemano simplemente como un cambio de mercancías entre los productores directos. Bajo la esclavitud, bajo la servidumbre, en el régimen tributario (para referirnos a sociedades de tipo primitivo) es el esclavista, el señor feudal, el Estado que percibe el tributo, quien aparece como apropiador y, por tanto, como vendedor del producto. El comerciante compra y vende para muchos. En sus manos se concentran las compras y las ventas, con lo que éstas dejan de hallarse vinculadas a las necesidades directas del comprador". En *El capital*, tomo III, pp. 314-315.

⁵⁸ Rodolfo Puiggrós, "¿Diálogo entre sordos?", en *América Latina* ..., p. 90.

⁵⁹ Carlos Marx, *El capital*, tomo I, pp. 640-641

⁶⁰ *Ibidem*, p. 646.

Puiggrós estima que el error de Frank está en que “confunde el modo de producción (esclavista, feudal) con el sistema mundial (capitalista) que lo aprovechaba para extraer de su atraso beneficios mayores que de la explotación del trabajo asalariado”.⁶¹

Es discutible que pueda afirmarse tajantemente incluso lo anterior: habría que demostrar que en el momento de la conquista y colonización americanas el capitalismo era ya un sistema de alcance mundial. De afirmar que así era, se incurriría en contradicción con gran parte de las discusiones precedentes relativas al modo de producción dominante en Europa. Si ni en Europa ni en América era el capitalismo el modo de producción dominante y sólo había capital comercial, compatible —como se vio— con cualquier organización productiva ¿cómo podría afirmarse, entonces, que existía un sistema mundial capitalista?

7. Características de la conquista y colonización de América

De lo anterior pueden extraerse algunas conclusiones preliminares:

a] el descubrimiento de América fue impulsado por la burguesía comercial de las ciudades mediterráneas;

b] en Europa el modo de producción servil era dominante y continuaría siéndolo hasta el siglo xvi o xvii;

c] la conquista y colonización de América fue realizada en beneficio de grupos sociales metropolitanos de carácter señorial, que no destruyeron sino que aprovecharon dentro de lo posible los modos de producción precolombinos, instaurando diversas formas de servidumbre en el nuevo continente;

d] la situación americana no fue homogénea, sino que pueden encontrarse grandes discontinuidades, derivadas de la existencia o inexistencia, y de las formas de existencia, de las comunidades indígenas y de cómo se las integró a los esquemas colonizatorios; el grado de desarrollo en que se encontraban los territorios conquistados influyó “de manera durable en la estructura y la diferenciación regional del dominio colonial. La república de indios influyó siempre de una manera activa sobre la república de los españoles”.⁶²

e] hubo el desarrollo de importantes corrientes comerciales que no permiten, sin embargo, sostener que se instauró desde el comienzo una forma capitalista de producción.

8. La evolución de la situación americana

Las afirmaciones precedentes no implican, en manera alguna, sostener que no haya habido cambios en los modos de producción dominantes y en la for-

⁶¹ Rodolfo Puiggrós, “Errando, corregitur error” en *América Latina ¿feudalismo? ...*, p. 100. Cf., también, Ernesto Laclau, *op. cit.*

⁶² Manfred Kossok, *op. cit.*

ma de integración de la economía americana en el mercado mundial. Muy por el contrario. Sólo intentan aclarar algunos puntos de la polémica, teñida políticamente, que se ha desarrollado en torno al descubrimiento, colonización y conquista de América, y que fueron manejados erróneamente por las dos partes. Tampoco implica afirmaciones de apoyo al dualismo, por cuanto el sostener que los colonizadores impusieron modos de producción serviles, no conduce necesariamente a afirmar la ausencia de conexiones de todo tipo entre los sectores "capitalistas" y "precapitalistas" o "modernos" y "tradicionales", según la nomenclatura que se prefiera. Pueden existir formas serviles que permitan maximizar las ganancias y las tesis sobre el "colonialismo interno", reseñadas anteriormente, van en este sentido.

La forma en que se produce la conquista y la colonización de América, pone a este continente en una situación totalmente diferente a la europea. Asimismo, hay profundas diferencias entre regiones colonizadas más o menos en la misma época por las potencias europeas, las que no podrían ser explicadas siguiendo el enfoque propuesto por Frank y Vitale.

El impacto de la producción europea —según Baran— destruyó los moldes de la antigua economía agrícola que existía en estos países, implantando cultivos de exportación, destruyendo las bases de autosuficiencia y ampliando el radio de la circulación de mercancías. Esa tarea sería realizada por el capital comercial. El comerciante destinaría una parte del mismo, a inversiones mineras y de otra índole.

De este modo la génesis del capital industrial en América Latina sigue un camino distinto, por ejemplo, al de los Estados Unidos, donde fueron los artesanos que acumularon hasta convertirse en pequeños capitalistas y así pudieron explotar el trabajo asalariado y llegar a ser grandes capitalistas. Esta segunda alternativa, al enfrentar los nuevos moldes con los antiguos, permitió la eliminación total de éstos y es, por tanto, la forma más revolucionaria de capitalismo. En cambio, cuando es el capital usuario y mercantil el que pasa a cumplir funciones industriales, permite y aprovecha la subsistencia de formas anteriores, justamente por la ausencia de un enfrentamiento drástico y definitivo. Además, el hecho de que el capital no sea formado internamente está en la base de la dependencia de estas regiones.

La consecuencia más importante de que el modo de producción propio de la Colonia fuera este "precapitalismo" en que primaba el capital comercial estriba en que él mismo sería el principal obstáculo (pese a ser condición necesaria) a la implantación del régimen capitalista nacional que se intentará en años posteriores, especialmente por su vinculación al mercado internacional.

Permitió, por otra parte, la subsistencia de formas arcaicas que fueron un lastre que pesó en todo el desarrollo posterior.

El considerar que ya en la Colonia había un sistema capitalista impide comprender cabalmente, los intentos de establecerlo más adelante.

Por lo demás, si se sostiene que en el momento que el capitalismo nace en Europa, también se implanta en América, habría que buscar alguna causa que explicara su diferente curso de desarrollo. Si, por el contrario, se afirma que en América no hay capitalismo sino ciertas formas larvadas y previas del mis-

mo y que el intento de acceder al modo de producción burgués será realizado posteriormente, es posible comprender que en el lapso transcurrido entre el comienzo del capitalismo europeo y los intentos de implantación latinoamericanos se haya afirmado suficientemente la dependencia de las metrópolis, como para hacer imposible toda salida propia dentro de ese sistema.

9. Condición del trabajador y proyecto político

Lo anterior muestra la relevancia que adquiere la distinción entre modo de producción y participación en el mercado mundial. La tesis "frankiana" del capitalismo "total" e ineludible de América Latina, confunde más que explica e impide tomar razón de las profundas diferencias existentes en América Latina. Si bien todos producían o producen para el mercado mundial, no es lo mismo hacerlo mediante la utilización de esclavos o siervos, que con trabajadores libres asalariados. La concepción del mundo, la percepción de los cursos de acción viables y las posibilidades organizativas son profundamente diferentes en uno y otro caso. Y si a la sociología del desarrollo le interesa analizar los "agentes sociales de cambio y conservación" como medio de comprender las posibles alternativas que se abren para las sociedades concretas resulta fundamental no caer en la tentación de subsumir todas las formaciones sociales americanas en el saco del capitalismo por el hecho de que participen en el mercado mundial, sino tener presente las diversas situaciones específicas, estudiando qué tipo de ideología sustentan prácticamente esos grupos insertos en relaciones sociales diferentes.⁶³

⁶³ Cardoso, en *Capitalismo e escravidão*, demuestra de qué manera la peculiar situación del esclavo condiciona de manera incuestionable sus opciones. Véase también Neva (M. Harnecker), "El campesinado, ¿es una clase social?" en *Punto Final*, núm. 76 (marzo 11 de 1969), pp. 20-21, y "El campesinado y la revolución", *idem*, núm. 77 (marzo 25 de 1969), pp. 22-23.

LAS RELACIONES INTERNACIONALES

I. INTRODUCCIÓN

La preocupación teórica por las relaciones internacionales adoptó en la sociología latinoamericana dos vertientes principales. La primera de ellas aceptó la igualdad jurídica de las naciones, considerando que su desarrollo dependía de sus propios logros en algunas dimensiones básicas (educación, urbanización, ingreso). La otra, en cambio, se preocupó por destacar las relaciones de poder y explotación entre dos tipos básicos de unidades nacionales, mostrando de qué manera la posibilidad de desarrollo de uno de ellos estaba condicionada por su participación en un sistema mundial de naciones. A continuación se efectuará una revisión de ambas perspectivas.

II. EL SISTEMA ESTRATIFICADO DE NACIONES

Las teorías de la modernización percibieron en general el sistema internacional desde una perspectiva "gradualista", vale decir, aceptando el supuesto fundamental de que todos los países, cualesquiera fueren sus regímenes económico-político-sociales, pueden colocarse en un *continuum* y diferenciarse entre sí por su mayor o menor acercamiento a un modelo único considerado como la meta deseable. Para ello recurren a dos expedientes: primero, aceptan que la experiencia histórica occidental puede adoptarse como criterio o base de comparación, por lo cual el "modelo ideal" o "modelo de llegada" está representado por el estado actual de los países occidentales de desarrollo capitalista inicial, aunque en este punto merecen recordarse las precisiones efectuadas oportunamente.

Segundo, utilizan los promedios y correlaciones estadísticas entre indicadores, buscando captar equivalencias entre los diversos procesos en varios países.

Germani, que también destacó estas características de los intentos gradualistas, señala que si bien ambos procedimientos son útiles, resultan "teóricamente poco adecuados, en la medida en que el criterio adoptado se convierte implícita o explícitamente en un modelo universal de transición. No hay razón alguna para creer que el modelo "occidental" debería repetirse; en realidad lo contrario es lo más probable. Los procedimientos estadísticos son muy necesarios para poder descubrir relaciones entre procesos, pero no pueden explicar sus causas, ni la existencia, sea de los casos estadísticamente normales, sea de los casos de desviación. Otro problema de la definición estadística de

'equivalencias' es que usualmente se obtienen combinando datos de países en los que la transición se produjo en períodos históricos diferentes, en condiciones internacionales más bien divergentes y que se hallan en niveles de transición muy distintos".¹

No es necesario coincidir con la posición teórica de Germani para estar de acuerdo con la exactitud de estas observaciones. Sin embargo, ellas no agotan las observaciones pertinentes. Por detrás de tales intentos existe una concepción del sistema internacional de naciones que percibe a las unidades que lo componen como moviéndose con entera libertad y colocándose en posiciones que no derivan más que de sus propios logros. Vale decir, se desconoce totalmente cualquier tipo de relación entre esas mismas unidades que pueda condicionar de alguna manera sus respectivas posiciones en el sistema. Ello no es extraño por cuanto los modelos de investigación utilizados dan "prioridad a los problemas matemáticos y no a los sociales".² En este caso cobran importancia las observaciones de Pablo González Casanova respecto al cuidado que debe tenerse en la elección de las unidades de datos y unidades de análisis de una investigación. De no hacerlo así, buena parte de los elementos fundamentales para el logro de explicaciones adecuadas de los fenómenos considerados se pierden porque quedan fuera de la perspectiva adoptada desde la partida.

No es posible hacer aquí la presentación detallada de algunos ejemplos de tipologías gradualistas ni repetir las observaciones formuladas oportunamente.³ Presenta mayor interés, recordar someramente, las características que presenta el "sistema estratificado de naciones" desarrollado por Peter Heintz y que ha tenido cierta difusión en América Latina merced al uso que de él han hecho algunos seguidores.⁴ Existiría una estratificación internacional según sea la posición de los países dentro de la dinámica del desarrollo, la que podría interpretarse "en términos de fases distintivas del desarrollo".⁵ La definición operacional es la distribución discontinua de los países en una escala de rango, resultado de la combinación de las variables educación, urbanización e ingreso, a las que se otorga el mismo peso.

En su estudio Heintz se refiere a las naciones latinoamericanas, utilizando entre otros el mencionado estudio de Galtung *et al.* Pero luego compara los resultados obtenidos por el primer estrato de esos países con los desarrollados. Como se ve, para Heintz, no hay cortes; todos los países se colocan en el mis-

¹ Gino Germani, *Sociología de la modernización*, pp. 26-27.

² Pablo González Casanova, *Las categorías del desarrollo económico y la investigación en ciencias sociales*, p. 21.

³ Véase al respecto Rolando Franco, *Tipología de América Latina. Ensayo de medición de las discontinuidades sociales* (ILPES, Santiago, 1973), especialmente capítulo II.

⁴ Pueden mencionarse, a título de ejemplo, Johan Galtung, Manuel Mora y Araujo y Simón Schwartzman, "El sistema latinoamericano de naciones: un análisis estructural", en *América Latina*, año 9, núm. 1 (enero-marzo 1966), pp. 59-94. Asimismo, Simón Schwartzman y Manuel Mora y Araujo, "Imágenes de estratificación internacional en Latinoamérica" en *Revista Latinoamericana de Sociología*, 1966, núm. 2, pp. 779 ss. También M. Dechman y otros, "Una tipología de naciones", en *Boletín*, núm. 11 (Departamento de Sociología de la Fundación Bariloche, San Carlos de Bariloche, febrero 1969), pp. 1-70. Véase una exposición más amplia en el capítulo II, IV, 3 y las críticas formuladas en el capítulo IV, I, 5.

⁵ Peter Heintz, *Paradigma*, p. 215.

mo *continuum*. Las diferenciaciones sólo se pueden hacer a partir de los logros alcanzados en dichas variables.

Asimismo conviene recordar la aceptación expresa de la interpretación de las diferencias sincrónicas entre los países como "fases del desarrollo". Este elemento, que ha sido criticado duramente a los teóricos de la modernización, es la consecuencia lógica de la forma en que estudia el desarrollo. Omite cualquier consideración del aparato económico y de las relaciones económicas internacionales y desconoce absolutamente la consideración de toda perspectiva histórica. No ha trascurrido el tiempo para este enfoque. Puede verse, además, que el mismo es el resultado de llevar una perspectiva psicosocial al análisis de fenómenos estructurales.

Las abundantes críticas a esta perspectiva de la modernización en esta materia, llevaron a la elaboración de algunos enfoques alternativos en el campo de las relaciones internacionales que se analizan inmediatamente.

III. LA DEPENDENCIA

1. *El sistema capitalista mundial y sus unidades componentes*

Un punto de coincidencia importante en la obra de todos los autores latinoamericanos afiliados a la perspectiva crítica es, como se ha visto, la gran importancia que dan a las relaciones internacionales como factor decisivo en la explicación de la situación de los países de la región.

Todos postulan que el capitalismo funciona como un sistema internacional, en el cual habrían dos tipos de unidades nacionales que mantienen entre sí relaciones de interdependencia. Ellas serían:

a) Las "desarrolladas", que ocupan posiciones centrales en el sistema, entre las cuales se incluye tanto a los países de desarrollo capitalista inicial (Inglaterra, Francia, Estados Unidos), como a los que aunque tuvieron un desarrollo capitalista tardío (Alemania, Italia, Japón), que igualmente se convirtieron en centros dominantes;

b) las formaciones sociales que se incorporaron al sistema de intercambio mundial como consecuencia de la expansión hacia el exterior de las unidades que se desarrollaron primero.⁶

Los países latinoamericanos pertenecen al segundo de los tipos mencionados caracterizado básicamente por su incorporación al mercado internacional, *a posteriori* que los países de desarrollo originario, con una función sustancialmente diferente en la división internacional del trabajo. Todos destacan el papel que jugó América Latina en el proceso de acumulación originaria de capital que conduciría al desarrollo del capitalismo industrial en el centro. Consolidado el mismo se dio la división internacional del trabajo por la cual

⁶ En general, los autores no estudian el papel que corresponde a las unidades de la órbita socialista.

los países centrales se dedicaron a la producción de bienes manufacturados, mientras que las naciones dependientes o satélites generaban las materias primas y los bienes alimenticios que aquéllos requerían.

2. *La noción de dependencia*

Esas reflexiones se resumen en el concepto que ha identificado a la sociología crítica latinoamericana, vale decir, el de "dependencia". Probablemente se hace un flaco favor al conjunto de autores que han intentado la crítica y la modificación de las orientaciones sociológicas predominantes a partir de la posguerra, cuando se afirma que ese aporte queda reducido a la incorporación de ese único concepto al léxico de la disciplina. Es evidente que en esta obra no se ha caído en el error de una visión tan limitada. Sin embargo, en este punto, es de toda necesidad extenderse sobre el concepto que, a los ojos del gran público y de buena parte de los sociólogos, de y ajenos a la región, caracterizaría a esta orientación.

No es posible ni interesa establecer quién fue el primero y en qué ocasión utilizó esta palabra que traduce una nueva manera de enfocar el problema del desarrollo latinoamericano. Lo que sí importa es que, a partir de la crisis de la teoría del desarrollo, en la comunidad científica del continente fue haciéndose sentir la necesidad de un nuevo marco al que referir todo intento de explicación de estas formaciones sociales. Y estos nuevos esfuerzos hacen eclosión alrededor de 1965, con la aparición de una serie de trabajos, en los que se concreta una nueva orientación fermentada de los años precedentes.

Como ya se dijo, el origen de la categoría es incierto. No sería justo atribuir su creación a nadie en particular, por cuanto ella es fruto de la discusión de todo un conjunto de estudiosos que de alguna manera contribuyeron a su surgimiento.

Sin embargo, puede sustentarse que el trabajo de Cardoso y Faletto, por la difusión que ha tenido y porque desde un punto de vista sociológico es la obra que tiene mayores méritos y sugerencias para el análisis, debe considerarse como la proposición inicial. Debe reconocerse también que ello no conduce a que todos los otros autores que han usado el término lo hagan en un sentido similar, por lo cual será necesario formular las puntualizaciones necesarias al respecto.

3. *La dependencia, categoría históricoestructural*

No hay, en la obra en análisis, una caracterización clara, una definición, de la "dependencia". Sin embargo, del conjunto del trabajo es posible inferirla.

Se parte de una concepción estructural de las relaciones internacionales, postulando que el análisis de un país determinado debe hacerse insertándolo en una totalidad más vasta de la que forma parte. En el caso de las naciones latinoamericanas, ellas pertenecen al sistema capitalista, lo que implica el man-

tenimiento de determinado tipo de relaciones con los otros estados nacionales que coexisten en el sistema. Ello pone de relieve las relaciones de interdependencia que existen entre naciones "desarrolladas" y "subdesarrolladas" e implica, también, la redefinición de la situación de subdesarrollo. "El cambio social deja de presentarse como resultado de factores 'naturales' —esto es, independiente de alternativas históricas— y se empieza a perfilar como un proceso que en las tensiones entre grupos con intereses y orientaciones divergentes encuentra el filtro por el que han de pasar los influjos meramente económicos".⁷

Esa situación de los países latinoamericanos tiene un origen concreto: "se produjo históricamente cuando la expansión del capitalismo comercial y luego del capitalismo industrial vincularon a un mismo mercado, economías que además de presentar grados diversos de diferenciación del sistema productivo, pasaron a ocupar posiciones distintas en la estructura global del sistema capitalista".⁸ Se destaca la diferencia de "función o posición dentro de una misma estructura económica internacional de producción y distribución" lo cual "supone, por otro lado, una estructura definida de relaciones de dominación".

En este contexto surge la categoría que interesa: "Tal enfoque implica reconocer que en el plano político social existe algún tipo de dependencia en las situaciones de subdesarrollo y que esa dependencia empezó históricamente con la expansión de las economías de los países capitalistas originarios".⁹

De la "dependencia" en sí misma se pueden analizar diferentes aspectos. Se trata ante todo de un concepto que "alude directamente a las condiciones de existencia y funcionamiento del sistema económico y del sistema político, mostrando las vinculaciones entre ambos, tanto en lo que se refiere al plano interno de los países como al externo".¹⁰

La noción de causalidad es la propia de un análisis a nivel estructural. Se trataría de una categoría "causal significativa", en la terminología de los autores. Esto tiene implicaciones determinadas por un modo de relación históricamente dado,¹¹ que están presentes simultáneamente y que, por eso mismo, hacen imposible indicar a una de esas partes como variable independiente que "causa" a otra dependiente o explicada. Es la estructura en su conjunto la que genera las determinaciones y las regularidades. Son "implicaciones determinadas por un modo de relación históricamente dado".¹² No es irrelevante para la propia existencia de la nación dominante, el que haya países dependientes. Por el contrario, le es sustancial, a tal punto que cambios en estos últimos, llevan implícitos cambios en el centro. Se rechaza la causalidad mecánica.

La dependencia "pretende otorgar significado a una serie de hechos y situa-

⁷ F. H. Cardoso y E. Faletto, *op. cit.*, pp. 18-19.

⁸ *Ibidem*, p. 23.

⁹ *Ibidem*, p. 25.

¹⁰ *Ibidem*, p. 24.

¹¹ F. H. Cardoso, "Teoría de la dependencia o análisis concretos de situaciones de dependencia", en *Revista Latinoamericana de Ciencia Política*, p. 403.

¹² Cardoso y Faletto, *op. cit.*, p. 20.

ciones que aparecen conjuntamente en un momento dado y se busca establecer por su intermedio las relaciones que hacen inteligibles las situaciones empíricas en función del modo de conexión entre los componentes estructurales internos y externos".¹³

Si bien la dependencia busca relacionar factores externos e internos, su análisis debe centrarse en sus manifestaciones internas, ya que "lo externo ... se expresa también como un modo particular de relación entre grupos y clases sociales en el ámbito de las naciones subdesarrolladas".¹⁴ Y más concretamente: "es dable analizarla a partir de la configuración del sistema de relaciones entre las distintas clases sociales en el ámbito mismo de las naciones dependientes".¹⁵

4. *La difusión: concepciones y tendencias actuales*

La inmediata aceptación de la categoría en el contexto latinoamericano y, en especial, su gran difusión aparecen como los grandes responsables de que, en la propia teorización del concepto, no se encuentre unanimidad de significados.

El grueso de la literatura sobre dependencia —como sucede siempre— resulta prescindible y repetitiva. Podría ser clasificada, además, de maneras muy diversas. A grandes rasgos sin embargo, es posible dicotomizarla¹⁶ para, más tarde, realizar algunas subdivisiones al interior de cada una de estas corrientes.

Por un lado estarían los trabajos que la entienden como una categoría histórico estructural, mientras que, por otro, se agruparían quienes la conceptualizan en forma analítica causal.

Asimismo, mientras algunos centran su análisis en las relaciones internacionales, reivindicando fielmente la teoría clásica del imperialismo, otros tratan de descubrir al interior de cada formación social los caracteres con que se da la vinculación con el exterior, vale decir, estudiar las consecuencias internas, en el comportamiento de las clases, de la dependencia.

La versión más difundida, especialmente entre los economistas que siguieron las huellas de Osvaldo Sunkel,¹⁷ Celso Furtado,¹⁸ y Pedro Paz,¹⁹ adopta

¹³ *Ibidem*, p. 20.

¹⁴ *Ibidem*, p. 20.

¹⁵ *Ibidem*, p. 30.

¹⁶ En este sentido, Anibal Quijano, *Redefinición de la dependencia y proceso de marginalización en América Latina* (Santiago, CEPAL, 1970), p. 26.

¹⁷ "Política nacional de desarrollo y dependencia externa", en *Estudios Internacionales*, vol. 1, núm. 1 (mayo de 1967). En trabajo reciente Sunkel ha hecho una presentación mucho más interesante y refinada, a la que se hizo referencia. Véase "Capitalismo transnacional y desintegración nacional en América Latina", *op. cit.*

¹⁸ "Un proyecto para el Brasil", en *La concentración del poder económico en los Estados Unidos y sus reflejos en América Latina*.

¹⁹ *Dependencia financiera y desnacionalización de la industria interna* (Santiago, ILPES, 1969) y *Relaciones de dependencia y progreso técnico*. Cabe hacer notar que Paz comienza exponiendo una noción de "dependencia" cercana a la histórico-estructural, pero en el manejo que posteriormente hace de ella se vuelca claramente a la posición causal-analítica.

la perspectiva analítico-causal. También manejan esta concepción, otros autores entre los que destaca como paradigmático, Helio Jaguaribe.²⁰

El concepto de "dependencia" se limita al sector externo de las economías de los países que analizan, poniendo de relieve aspectos tales como su sujeción al mercado internacional dominado por los centros hegemónicos. No destacan las consecuencias que tienen esas relaciones con el "resto del mundo", en lo atinente a su propia constitución interna como naciones.

Por lo demás, la "dependencia" se convierte como una variable independiente y la causalidad, consecuentemente, es mecánica. La dinámica de los países latinoamericanos es percibida como ajena a su propia estructura y no es más que el fruto del impacto que en ella "causan" los cambios que se producen en las naciones hegemónicas. Es una variable externa que impacta la estructura subdesarrollada y tal vez análisis como el de Frank, con su desconocimiento de la importancia de la estructura interna de cada país, son los que mejor la interpretan, pese a decirse dialécticos.

Es posible distinguir dentro de esta corriente, dos vertientes: una que intenta un análisis "científico" de la realidad latinoamericana, como es el caso de Osvaldo Sunkel. En cambio, otros, manejando la "dependencia" también como una variable externa, independiente, la usan con fines más claramente "ideológicos", para la defensa de un desarrollo *nacional* autónomo de corte capitalista, como hace Jaguaribe.²¹

No se puede relevar aquí las características de cada uno de los muchos trabajos que se inscriben en este encuadre teórico. Por ello se ha decidido manejar sólo algunos de ellos.

Sunkel parte del supuesto de la existencia de un sistema capitalista mundial, caracterizado por su forma piramidal, cuya cúspide estaría constituida por una potencia dominante, una serie de potencias de nivel intermedio y los países subdesarrollados sirviendo de base. Este "mundo" capitalista se encuentra condicionado, a su vez, por el otro gran sistema mundial, el socialista.

Ninguno de los países que integran la base de la pirámide podría sustraerse a su situación, para ingresar al otro sistema. Reconoce que "uno de los elementos esenciales en que se apoyan casi siempre" los programas y políticas de industrialización de América Latina "es justamente la aspiración de superar situaciones de dependencia externa",²² objetivo cuyo logro estima imposible. La única salida vendría por el lado de "reconocer en forma realista que la dependencia es una característica estructuralmente inherente al subdesarrollo y que el desarrollo —para serlo auténticamente— debe tender a remplazar la dependencia por la interdependencia, entendiendo por esto una situación tal

²⁰ "Dependencia y autonomía en América Latina", en *La dependencia político-económica de América Latina* (Siglo XXI, México, 1970).

²¹ ¿Hasta qué punto puede diferenciarse una utilización científica y una ideológica de la dependencia? Véase respecto a los significados implícitos en el manejo de la categoría, Francisco C. Weffort, "Notas sobre la teoría de la dependencia: teoría de clase o ideología nacional" y Fernando H. Cardoso, "¿Teoría de la dependencia o análisis concretos de dependencia?", ambos en *Revista Latinoamericana de Ciencia Política*, vol. 1, núm. 3 (diciembre de 1970), pp. 389-401 y 402-444 respectivamente.

²² Sunkel, *op. cit.*, p. 5.

que la nación que enfrente presiones o limitaciones externas en su desarrollo pueda por sí misma crear o escoger formas alternativas de responder a estas situaciones".²³

Ello requiere que todos los países de América Latina participen en la eliminación de la dependencia, mediante el expediente de interdependencia recíprocamente entre sí, recurriendo a la integración económica, a través de la "coproducción".

Considera que la sustitución de importaciones en lugar de independizar a los países latinoamericanos, ha reforzado e incrementado la tendencia deficitaria de la balanza de pagos y del presupuesto, que se soluciona por financiamientos provenientes de los países del centro, pero que a largo plazo se incrementa, todo lo cual ha tornado más dependientes a los países latinoamericanos. "El desarrollo por sustitución de importaciones implicó un proceso de desarrollo más dependiente, más vulnerable y más inestable".²⁴ "La naturaleza estructural del problema de la dependencia, ... se resumiría en la tendencia deficitaria de la balanza de pagos y del presupuesto y en el consiguiente problema del financiamiento externo..."²⁵

De lo expuesto puede concluirse que Sunkel tiende a reducir todos los problemas al sector externo de estos países, en general monoprodutores, dependientes de un solo país comprador que fija los precios de esos productos en el mercado internacional, lo que hace que aquéllos sufran el deterioro de los términos de intercambio.

Sólo se refiere a la llamada "dependencia económica" y, muy especialmente, a la "financiera". No considera la estructura interna de las naciones en cuanto coadyuva o permite que la situación se mantenga, justamente, porque hay grupos sociales en dicha estructura a quienes beneficia su mantenimiento.

El encuadre teórico que se denominó históricoes estructural, ejemplificado con el trabajo de Cardoso y Faletto, se ha mantenido en la obra de algunos autores, en especial sociólogos.

La noción de "dependencia estructural", sin embargo, no cuenta todavía con una formulación acabada, aunque es posible encontrar un conjunto de características que aparecen usualmente.

En primer lugar y tomando palabras de Quijano,²⁶ la utilizan "como un concepto que da cuenta, al mismo tiempo del cambiante sistema de relaciones entre los varios niveles de desarrollo del modo de producción capitalista y del carácter derivativo que, respecto de este sistema de relaciones, asumen las leyes históricas que gobiernan el modo de estructuración de las relaciones de producción y de dominación social y política, en el nivel subdesarrollado del modo de producción".

De esto puede destacarse: a] la visión estructural de los problemas latinoamericanos, tanto en lo que se refiere al modo en que se conciben las relaciones internacionales (países son partes de un sistema capitalista) como en

²³ *Ibidem*, p. 19.

²⁴ *Ibidem*, p. 26.

²⁵ *Ibidem*, p. 23.

²⁶ Quijano, *op. cit.*, pp. 36-37.

cuanto al enfoque que se da a las dimensiones internas de esas sociedades; b] el contenido esencialmente histórico y, por tanto, cambiante de las categorías que se utilizan para el análisis; c] la necesidad de estudiar la forma en que se articulan esas sociedades, tanto en función de las relaciones mantenidas con el nivel desarrollado y sus variaciones, como de sus condiciones internas específicas.

En segundo lugar, la "dependencia estructural" considera que "las sociedades latinoamericanas como unidades nacionales nacen al mismo tiempo que las relaciones de dependencia".²⁷ Y a tal punto sería así que "la historia de la dependencia, es decir, la historia del modo de relacionarse del sistema universal de interdependencia dentro del sistema capitalista, y la historia de cada una de las unidades nacionales, se superponen continuamente de manera tal que, analíticamente, es difícil separar un elemento del otro, el elemento que generalmente se considera externo del intento a estas sociedades".²⁸

Además de ponerse nuevamente de relieve la importancia de la referencia histórica para el estudio de los fenómenos estructurales de América Latina, las citas importan porque muestran que sus autores entienden: a) que las sociedades latinoamericanas son constitutivamente dependientes; b) las relaciones de dependencia no son unilaterales; las naciones subdesarrolladas son dependientes dentro de un sistema de interdependencia, constituido por el capitalismo contemporáneo. Tales aspectos conducen a la consideración de que la "dependencia" no constituye un "estadio" que puede ser progresivamente superado y sustituido por una relativa autonomía.

En tercer lugar, hay que recalcar que la dependencia "tiene sus puntos de apoyo al interior de las propias naciones dominadas como los tiene en las dominantes", lo que es olvidado por los representantes de la corriente analítico-causal.

Es muy claro que si bien entre los autores que conciben una "dependencia estructural" es posible encontrar una comunidad de ideas bastante completa, también es posible hallar algunas diferencias.

Así, algunos, como Cardoso, Faletto o Weffort, privilegian el estudio de la estructura de dominación, mientras que otros ponen el acento en la infraestructura económica. Pero, la actitud de los primeros no implica descartar la determinación en última instancia de lo económico sino, simplemente, considerar que es más rico para el análisis ese tipo de enfoque.

Ello no implicaría negar el condicionamiento que el desarrollo de las fuerzas productivas ejerce sobre otros aspectos de dicha estructura. Es más, se analiza con preferencia la política porque ella es el punto donde el poder económico se expresa como dominación social. Pero, en definitiva, son "los modos de relación económica", los que "delimitan los marcos en que tiene lugar la acción política".²⁹

La oportunidad y el medio en que esta obra fue escrita. "época en que los

²⁷ *Ibidem*, p. 25.

²⁸ Tomás Vasconi, en sesión de CLACSO (Lima, 1968). Reproducido en *La dependencia político-económica de América Latina*, p. 262.

²⁹ Cardoso y Faletto, *op. cit.*, p. 20.

autores trabajaban en estrecha relación con economistas y planificadores, en un instituto internacional de enseñanza, investigación y asesoría en planificación,³⁰ como así también el propósito que con él se buscaba, esto es, “establecer un diálogo con los economistas y planificadores para destacar la naturaleza social y política de los problemas del desarrollo de América Latina, podría explicar el poco énfasis que se hace sobre los aspectos económicos y que ha sido motivo de algunas críticas. Pero hay además, razones teóricas que abonan y justifican el énfasis en la estructura de dominación. Es necesario hallar “un punto de intersección teórica donde el poder económico se exprese como dominación social, esto es, como política; pues, a través del proceso político, una clase o grupo económico intenta establecer un sistema de relaciones sociales que le permitan imponer al conjunto de la sociedad” una cierta forma de producir que le es favorable.³¹

El problema teórico fundamental sería entonces “la determinación de los modos que adoptan las estructuras de dominación”, elección teórica que tiene respaldo empírico en el hecho de que “los cambios históricos significativos... han sido siempre acompañados... por la adopción de nuevas formas de relaciones y por consiguiente de conflicto entre las clases y grupos”.³²

Tal vez podría afirmarse que el método de análisis propuesto por Cardoso y Faletto es similar al desarrollo por Marx en *El capital*, en el siguiente sentido: Marx comienza su estudio partiendo de la mercancía que es aquel elemento que aparece a simple vista a los ojos del observador como relevante. A partir de él va descubriendo otras categorías analíticas más abstractas, para volver luego al nivel concreto de la mercancía mostrando cómo ella es el resultado de todas esas categorías descubiertas en su análisis. Cardoso y Faletto arrancan del nivel de lo político, no aceptando *a priori* determinaciones económicas ni de lo interno por lo externo, para desde allí ir descubriendo diversos mecanismos y leyes que lo expliquen.

Dos Santos, Quijano y los que parten de lo económico entienden que el análisis cuidadoso de esa dimensión posibilita la identificación de los diversos grupos en que se divide la sociedad, sus intereses y sus posibilidades de participación en el nivel político. Sin embargo, está presente el riesgo, que en muchos estudios se convierte en realidad, de caer en un puro deductivismo.

Otras diferencias entre estos autores pueden rastrearse, incluso en su formación teórica que, por supuesto, impacta en su obra. Así, en Cardoso y Faletto se nota el esfuerzo de integración de categorías marxistas y weberianas.

En Quijano, en cambio, llama poderosamente la atención la utilización de una terminología funcionalista, en especial en los primeros trabajos, de la que se va despojando poco a poco, hasta llegar a *Redefinición de la dependencia*..., donde se privilegia la línea de pensamiento marxista. Esta posición también es clara en la obra de Theotonio Dos Santos y Marini.

El recorrido iniciado a través de algunas de las concepciones teóricas que han incorporado la noción de dependencia, a partir de su aparición inicial en

³⁰ *Ibidem*, p. 1.

³¹ *Ibidem*, p. 20.

³² *Ibidem*, p. 19.

el panorama de las ciencias sociales latinoamericanas, permite intentar algunas conclusiones.

En breve lapso, la "dependencia" adquirió gran popularidad y comenzó a aparecer en todos los trabajos que versan sobre la región e, incluso, en los discursos de los estadistas y en acuerdos de conferencias internacionales.³³

Como cualquier concepto que adquiere una rápida difusión, éste se vio enfrentado a un proceso de pérdida de la significación original. La historia de la ciencia es rica en ejemplos similares.

Si bien es posible marcar diferencias que surgen de la inclusión de esta categoría en contextos diferentes no cabe hacer referencia a su "buena" o "mala" utilización por unos y otros autores, ya que el contenido del concepto está dado más que por él mismo, por las interrelaciones que surgen con los demás que integran ese marco teórico. Es decir, que aunque el significante utilizado sea el mismo, no es posible que su significado se mantenga idéntico en el traslado de una u otra teoría. De todas maneras, no cabe duda que la equivocadamente llamada "teoría de la dependencia" enfrenta una aguda crisis. Como suele suceder, nociones que en un momento renuevan el conocimiento en algún aspecto, en otro tiempo caen en un estancamiento que hace necesaria su superación. Tal vez sea éste el caso de la "dependencia". Por lo menos, lo que sí es claro e incluso reconocido por sus promotores más fieles,³⁴ es que se hace necesario rediscutirla en profundidad, intentando superar su ambigüedad mediante una formulación más acabada, reubicándola en una teoría del capitalismo.

Algunos han intentado elaborar lo que llaman la teoría del "modo de producción capitalista dependiente", pero no han conseguido justificar suficientemente la utilización de la terminología mencionada. Ella hace pensar que se trata de un nuevo "modo de producción" y no del capitalista ya elaborado en los escritos de Marx. Sin embargo, de tales escritos surge que las leyes económicas que rigen el funcionamiento de las sociedades "dependientes" no son diferentes a las enunciadas por este autor. En tal caso, teóricamente no estaría justificado elaborar en el nivel de abstracción correspondiente a la categoría "modo de producción" un nuevo modelo, cuando de lo que se trataría sería más bien de especificaciones que se dan a nivel de abstracción más bajo, cual es el de las formaciones sociales concretas.

³³ A vía de ejemplo se puede mencionar el discurso pronunciado por el General Juan Velasco Alvarado, Presidente del Perú, el día 28 de julio de 1969, que en una de sus partes dice "Cancelar la tradicional dependencia de nuestros países es objetivo fundamental de la revolución nacionalista y meta central del desarrollo pleno del Perú... La dependencia latinoamericana surge fundamentalmente de la naturaleza de las relaciones económicas, financieras y comerciales de nuestros países con las naciones desarrolladas del mundo. Texto citado en *El cambio social y la política de desarrollo social en América Latina*. En cuanto a resoluciones de eventos internacionales, pueden verse los acuerdos finales del Congreso Interamericano de Desarrollo de la Comunidad, organizado por OEA, en Santiago de Chile, durante el mes de septiembre de 1970.

³⁴ Pueden consultarse los trabajos de Weffort y Cardoso mencionados en la nota 16.

IV. DEPENDENCIA DEL IMPERIALISMO

1. *Unas relaciones conflictivas*

La inserción de la noción de dependencia en la teoría del capitalismo plantea, inmediatamente, el problema de sus relaciones con el concepto de imperialismo. Al respecto tampoco es posible encontrar unanimidad entre los autores latinoamericanos. Una revisión sumaria de sus trabajos proporciona las más diversas soluciones al respecto.

Para Octavio Ianni, la dependencia es simplemente la contracara del imperialismo,³⁵ Theotonio Dos Santos por su parte estima que la dependencia es el imperialismo visto desde el punto de vista de sus explotados.³⁶ Otros autores, sin embargo, creen que la dependencia constituye la especie del género imperialismo, o a la inversa, estiman que se trata del género del cual el imperialismo sólo es una especie.³⁷

La única manera de aclarar las relaciones entre ambos términos es resolver previamente el problema de definición conceptual que está latente. ¿Cuál es el significado correcto que debe asignarse al término "imperialismo"? A su vez, para poder llegar a conclusiones coherentes con la perspectiva es necesario recurrir al pensamiento de los clásicos, para analizar el surgimiento del término y la forma en que se lo conceptualizaba.³⁸

2. *El pensamiento marxista clásico sobre el imperialismo*

La revisión de las obras clásicas del marxismo sobre el tema muestra que no hay un concepto unívoco de qué sea el imperialismo, pero también destaca la existencia de algunos puntos de acuerdo. Así, los analistas coinciden en que: a) con posterioridad a 1873, el sistema capitalista mundial entra en una nueva fase caracterizada por la concentración acelerada al interior de las economías más desarrolladas y por la expansión hacia nuevas regiones para incorporarlas a un mercado mundial, donde funciona una peculiar división inter-

³⁵ "En ese sentido se plantea la problemática y el concepto de dependencia estructural. Se trata de una especie importante de las relaciones de subordinación-dominación implicadas en las relaciones de tipo imperialista". Ver Octavio Ianni, *Imperialismo y cultura de la violencia en América Latina* (Siglo XXI, México 1970), p. 12.

³⁶ "El estudio del desarrollo del capitalismo en los centros hegemónicos dio origen a la teoría del colonialismo y del imperialismo. El estudio del desarrollo de nuestros países debe dar origen a la teoría de la dependencia." Ver Theotonio Dos Santos, "La crisis de la teoría del desarrollo y las relaciones de dependencia en América Latina" en *La dependencia político-económica de América Latina*, p. 125.

³⁷ Así, Aníbal Quijano, en "Dependencia, cambio social y urbanización en América Latina", en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. xxx, núm. 3, 1968, pp. 525-570, destaca que la "dependencia colonialista dio paso a la dependencia imperialista".

³⁸ Véase Rolando Franco, "Algunos conceptos claves en el análisis de las relaciones político-económicas internacionales" en Aldo E. Solari (comp.), *Poder y desarrollo en América Latina* (FCE, México, 1975).

nacional del trabajo; b) el período que se extiende entre esa fecha y los comienzos de la primera guerra mundial puede caracterizarse adecuadamente por los rasgos económicos que puso de relieve Lenin y por algunas características políticas y sociales analizadas en la obra de Bujarin; c) en algún momento —presumiblemente luego de la crisis de 1929— se producen alteraciones sustanciales en el funcionamiento de la economía capitalista mundial, que si bien no modifican la señalada concentración creciente, hacen que ella se procese por otras vías y adopte nuevas formas.

En todos los análisis, el imperialismo aparece como una forma de dominación internacional; ciertos países ejercen control sobre otras regiones del mundo y, mediante el ejercicio del mismo, consiguen obtener determinados beneficios de índole económica.

La definición leninista del imperialismo otorga preeminencia a los "rasgos económicos", muchos de los cuales pertenecen más bien a una teoría general del capitalismo, de la que el estudio del imperialismo sólo es una parte dedicada a analizar ciertos fenómenos provocados por el desarrollo de los elementos presentes en aquella teoría. Así, las referencias de Lenin a la acumulación de capital y al crecimiento de los monopolios (lo que se vincula a la decreciente tasa de ganancia, a la alteración en la composición orgánica del capital, etc.), los problemas de realización de la plusvalía en el mercado interior (crisis de sobreproducción y sobrecapitalización), si bien son elementos sustanciales para la explicación del fenómeno imperialista evidentemente no integran su concepto, que quedaría reducido a la tendencia a la expansión exterior.

Para ello se requeriría una política externa tendiente al establecimiento de la dominación metropolitana sobre otras regiones o países. Esta política externa, según Lenin y Bujarin, era el resultado ineluctable de los procesos de transformación operados en el capitalismo al pasar de la etapa concurrencial a la monopolística; en cambio, para Kautsky, sólo constituían una política entre varias posibles, por la que optaron en un determinado momento los grupos dominantes de las naciones capitalistas de desarrollo temprano.

Dicha política otorgaría a quienes la practicaban ventajas extraordinarias de índole económica. Lenin sostenía que en la etapa imperialista la periferia mundial cumpliría la función de absorber los capitales excedentes de los países centrales. Otros autores, sin embargo, observaron que el solo hecho de que existieran oportunidades de inversión más lucrativas en el exterior que las que se daban contemporáneamente en la metrópoli, bastaría para que los capitales migraran hacia los lugares donde estas colocaciones eran posibles, aunque no resultaran excedentes en la economía metropolitana.

Para Lenin, el imperialismo era una fase del capitalismo, caracterizada por la necesidad de expansión mundial del sistema, una vez concretado el proceso de imposición de ese modo de producción al interior de las economías de desarrollo temprano. Así habría una primera fase de desarrollo nacional o interior del capitalismo y una segunda, de desarrollo hacia el exterior o imperialista. La mayoría de los elementos de la teoría coinciden con los de Hobson. La diferencia fundamental estaría en que mientras Hobson buscaba mostrar que la reforma socialdemócrata en la metrópoli era factible y necesaria, y que

eliminaría el peligro del "subconsumo", haciendo por tanto innecesario al imperialismo, Lenin en cambio hacía del imperialismo un estadio inherente e inevitable al crecimiento de la sociedad capitalista, que no podía ser reformada.

La tesis Hobson-Lenin ha sido duramente criticada a partir del análisis de la época en que fue elaborada, por no responder a los hechos. Así, parece claro que a fines del siglo pasado, la economía inglesa distaba mucho de estar "monopolizada". Alemania, por su parte —según los estudios de Hancock— sólo llegó a la edad de los cárteles después de 1900, aunque su imperio se constituyó durante los veinte años anteriores. Por otra parte, Cairncross ha demostrado que las inversiones inglesas se concentraban en las colonias de población que producían materias primas que requería el consumo británico, en lugar de dirigirse hacia las nuevas colonias.

Habría, al entender de Fieldhouse,³⁹ razones de índole política, derivadas de la explosiva situación que vivía Europa después de 1870, convertida nuevamente en un campo armado, donde primaban las políticas de balance de poder, produciéndose un retorno a muchas de las características del mercantilismo. Se buscaba la autarquía nacional y el poder de hacer la guerra, en lo que jugaba un papel importante la expansión imperialista.

Según Fieldhouse, Hobson comprendió el nulo o escaso valor económico de las nuevas colonias y, aplicando un criterio racionalista, buscó en la metrópolis la causa de esa expansión, arriesgando la hipótesis de que ella se encontraba en la acción interesada de los capitalistas financieros y monopolistas. Habría olvidado, según el crítico, que la política imperialista atraía a las masas de los países centrales.

Asimismo, algunos estudios históricos han demostrado que las exportaciones inglesas de capital a África fueron promovidas por especuladores en pequeña escala y no por las grandes casas bancarias.

Incluso, autores marxistas contemporáneos han debido reconocer el acierto de muchas de esas observaciones. Así, O'Connor —que las sintetiza e intenta rebatir— argumenta que la visión de Lenin, si bien no era exacta para dar cuenta de la situación de su época, se acerca mucho a la vigente hoy día en cuanto a la exportación de capitales a los países subdesarrollados.⁴⁰

Debe recordarse, asimismo, que la evolución económica de los países centrales no sufrió cambios notorios luego de la independencia de las antiguas colonias. Tal hecho es un fuerte golpe para buena parte de los argumentos vistos respecto a la necesidad de las preferencias coloniales. Por todo ello, los cinco rasgos fundamentales de carácter económico con los cuales Lenin caracterizó a esta nueva fase han sido sometidos a discusión y varios de ellos, descartados. Así Rodolfo Banfi sostiene que "de la definición económica dada por Lenin del imperialismo sigue actual la parte general referida al proceso creciente de concentración, mientras que ya en el período

³⁹ Véase D. K. Fieldhouse, "The new imperialism: the Hobson-Lenin thesis revised", en George H. Nadel y Perry Curtis (comps.), *Imperialism and Colonialism* (Nueva York, The Mac Millan Co., 1964), pp. 74-97.

⁴⁰ James O'Connor, "El significado del imperialismo económico", en *Monthly Review*, Seleccionados en castellano, Año VIII, núm. 73 (noviembre de 1970), p. 18.

1930-1940 los otros cuatro rasgos fundamentales más específicos se habían modificado sustancialmente".⁴¹ De ser así, cabe preguntarse qué valor le resta a la definición (y al término) donde sólo continúa vigente un rasgo que Marx, con bastante anterioridad había destacado como una de las tendencias immanentes al desarrollo de cualquier sistema capitalista.⁴² Banfi, sin embargo, intenta recuperar la noción y para ello sostiene que el análisis de Lenin debe interpretarse del siguiente modo: "La definición económica del imperialismo es la línea de demarcación entre dos grandes fases históricas del capitalismo: la competitiva o, mejor, atomista y la más reciente, monopolista. Pero si se considera la nueva fase del capitalismo, haciendo abstracción de la fase precedente, los cinco rasgos fundamentales no son ya únicamente los momentos de la definición de la fase misma, dispuestos según un orden de consecuencias lógico, sino que se refieren el uno al otro en un orden tal por el que la concentración que crea el monopolio deviene el género próximo y los otros cuatro la diferencia específica. Vale decir, mientras el primer rasgo hace referencia al momento histórico general del 'capitalismo más reciente', los demás puntualizan sus aspectos particulares. El primero caracteriza toda y por tanto, en abstracto, la nueva fase, los otros definen las determinaciones específicas, concretas, de un período dentro de la misma fase: el período inicial".⁴³ Esta interpretación del texto, encuentra su apoyo en las propias palabras de Lenin, quien, al escribir el Prefacio para las ediciones francesa y alemana, en 1920, delimitó temporalmente su obra, destacando que "el fin principal del libro

⁴¹ Rodolfo Banfi, "A propósito de 'El imperialismo' de Lenin", en *Teoría marxista del imperialismo* (Cuadernos de Pasado y Presente, Córdoba, 1969), p. 97.

⁴² "Todo capital individual es una concentración, mayor o menor, de medios de producción, con el mando consiguiente sobre un ejército más o menos grande de obreros. Toda acumulación sirve de medio de nueva acumulación. Al *aumentar la masa* de la riqueza que funciona como capital, aumenta su *concentración* en manos de los capitalistas individuales y, por tanto, la *base* para la producción en gran escala y para los métodos específicamente capitalistas de producción. El capital social crece al crecer los muchos capitales individuales ... Dos puntos caracterizan esta clase de *concentración, basada directamente en la acumulación o más bien idéntica a ella* (subrayado agregado). El primero, es que la concentración creciente de los medios sociales de producción en manos de capitalistas individuales se halla, suponiendo que las demás circunstancias no varíen, limitada por el grado de desarrollo de la riqueza social. El segundo, que la parte del capital adscrita a cada esfera concreta de producción se distribuye entre muchos capitalistas, enfrentados como productores de mercancías independientes los unos de los otros y en competencia mutua ... Esta dispersión del capital global de la sociedad en muchos capitales individuales y esta repulsión de sus partes integrantes entre sí aparecen contrarrestadas por su movimiento de *atracción*. No se trata ya de una simple concentración, idéntica a la acumulación, de los medios de producción y del poder de mando sobre el trabajo. Se trata de la *concentración de los capitales ya existentes*, de la acumulación de su autonomía individual, de la expropiación de unos capitalistas por otros, de la aglutinación de muchos capitales pequeños para formar unos cuantos capitales grandes. Este proceso se distingue del primero en que sólo presupone una *distinta distribución de los capitales ya existentes y en funciones: en que, por tanto, su radio de acción no está limitado por el incremento absoluto de la riqueza social o por las fronteras absolutas de la acumulación*. El capital adquiere aquí, en una mano, grandes proporciones porque allí se desperdiga en muchas manos. Se trata de una verdadera centralización que no debe confundirse con la acumulación y la concentración." *El capital*, tomo 1, pp. 528-529.

⁴³ Rodolfo Banfi, *op. cit.*, p. 94.

... consiste en ofrecer ... un cuadro general de la economía mundial capitalista con sus conexiones internacionales, a comienzos del siglo xx, en vísperas de la primera guerra mundial ...".

Es decir, que según esta interpretación, la concentración de la producción y de los capitales —enumerada en primer lugar por Lenin— sería la característica de todo el período y, con posterioridad a 1917, continuaría siendo el rasgo distintivo del capitalismo. Los otros cuatro factores en cambio, no mantendrían igual importancia.⁴⁴

3. *La etapa contemporánea*

El análisis actual de la inversión internacional muestra, sin embargo, que los ingresos que perciben los países metropolitanos por concepto de ganancias de sus inversiones en el exterior superan el monto de los capitales que envían afuera para realizar esas mismas inversiones. Es decir, que si en un primer momento la exportación de capitales permitiría un alivio de la presión interna y el mantenimiento de la tasa de ganancia, en un segundo momento el reflujo agravaría la crisis de exceso de capitales en la metrópoli. Esto seguramente fue visualizado por Lenin y con base en ello pudo sustentar la hipótesis de que el imperialismo sería la fase final del capitalismo. La inversión exterior podía convertirse en una salida momentánea, pero en el largo plazo sólo agravaría la situación existente. Por otro lado, análisis recientes destacan la disminución notoria de la importancia de las regiones periféricas en su papel de mercados para la colocación de capitales.⁴⁵ Debe recordarse también que en el interior mismo de la economía metropolitana se han producido modificaciones sustanciales que le han permitido absorber buena parte de los capitales supuestamente excedentes. Strachey considera que esos mecanismos de absorción están constituidos por la elevación del nivel de consumo de las masas que permite la realización de los nuevos capitales invertidos en la producción. Pero ésta no ha sido la única vía; también han tenido importancia fundamental los gastos públicos y las políticas keynesianas implementadas por todos los estados capitalistas occidentales actuales y, muy especialmente, los gastos militares, por lo menos en algunos de estos países.

Un segundo punto hace referencia a la atracción que sintieron en un determinado momento los países capitalistas por invertir en otras zonas del mundo. ¿Cuáles fueron las razones que llevaron a los inversores a colocar allí sus capitales? Cabe pensar, de acuerdo a la racionalidad que supuestamente guía a sus comportamientos, que fue la posibilidad de obtener una tasa de ganancia más elevada que en la economía metropolitana. Si esto es así, inme-

⁴⁴ Una discusión de este aspecto se encuentra en Hamza Alavi, "Viejo y nuevo imperialismo", en *Teoría marxista del imperialismo*, pp. 821 ss.

⁴⁵ Véase especialmente Anibal Pinto y Jan Křákal, "El sistema centro-periferia veinte años después", en *Revista de la Integración* (Buenos Aires, mayo de 1972), núm. 10, pp. 5-83.

diatamente hay que formularse la pregunta sobre cuáles eran las razones que hacían que la tasa de ganancia en la periferia fuera más elevada que en el centro de la economía mundial. Sobre este punto los autores han dado diversas razones: las diferencias de salarios, las diferencias en el nivel de productividad, etc.

Es evidente que los salarios son más bajos en los países periféricos. ¿A qué se debe esto? Mandel analiza algunas de las razones dadas para explicar ese fenómeno y rechaza la argumentación de la "falta de necesidades" de la población de los países atrasados, haciendo referencia al "horrible estado de necesidad en que se encuentran estos trabajadores, un estado próximo al hambre".⁴⁶ Recuerda, asimismo, que toda una escuela económica ha destacado la importancia del efecto Duesenberry (o de demostración) sobre el comportamiento y las aspiraciones de los trabajadores del Tercer Mundo. Tampoco le parece adecuada la explicación que sostiene que los salarios son bajos a consecuencia del bajo nivel de productividad de la mano de obra en dichos países. "Esta teoría —sostiene— se contradice flagrantemente en ciertos casos precisos (petróleo, minas, etc.) donde el rendimiento físico por obreros es superior al logrado en ciertas instalaciones de los Estados Unidos, mientras que el salario se establece en un 10 por ciento del correspondiente al obrero americano."⁴⁷ "La productividad está, ante todo, en función del equipo puesto a disposición del trabajador, de su aptitud técnica y cultural general y de su capacidad de esfuerzo físico." Por todo ello concluye que "el bajo nivel de productividad no es la causa sino el resultado del bajo nivel de salario y del conjunto del subdesarrollo que caracteriza la economía colonial y semicolonial". La razón estaría, para Mandel, en la existencia de un enorme ejército industrial de reserva, consecuencia de la insuficiencia del empleo industrial y del desempleo rural. Sin embargo, esta tesis debe ser revisada a la luz de los aportes latinoamericanos en cuanto a la marginalidad (especialmente interesante resulta la polémica entre Nun y Cardoso).⁴⁸

Emmanuel y otros teóricos del "intercambio desigual" también encuentran en las diferencias de salarios la causa de las ventajas que se derivan del comercio internacional para los países capitalistas desarrollados. Samir Amin sostiene que los salarios son bajos en los países de la periferia como consecuencia de la estructura social periférica.

Otra explicación de las distintas tasas de ganancia del centro y la periferia se ha basado en las diferencias de productividad existentes entre las dos regiones. En el comercio internacional sucedería que se cambia más trabajo (menos especializado y menos productivo) por menos trabajo (más especializado y más productivo).

Podría esquematizarse este proceso de la siguiente forma: el lento crecimen-

⁴⁶ E. Mandel, *Tratado de economía marxista* (Era, México, 1969; 1a. edición francesa: 1962), tomo II, p. 74.

⁴⁷ E. Mandel, *op. cit.*, p. 75.

⁴⁸ Véase también Rolando Franco, "Sobre los supuestos económicos y sociales de la marginalidad y de la acción política de los grupos marginales en América Latina", en *Desarrollo Económico*, núm. 55 (Buenos Aires, noviembre de 1974).

to de las exportaciones de los países periféricos (debido a la baja elasticidad ingreso de la demanda de productos alimenticios) haría que el desarrollo de las fuerzas productivas en estos países se mantuviera bajo. Ello haría que existiera un gran ejército de reserva, merced al cual los salarios son bajos y, consecuentemente, también es bajo el precio de producción de los bienes y *a fortiori*, la tasa de ganancia de las inversiones en estos países es elevada.

De ser esto así, nadie podría explicar cuál es la razón por la cual los países subdesarrollados no inundan el mercado internacional con mercancías de bajo costo. La explicación que propone Oscar Braun, estaría en las restricciones al comercio impuestas por los países capitalistas avanzados, que derivan de la tendencia natural del capital monopolista que predomina en ellos y que tiene como consecuencia el mantener un déficit estructural en la balanza de pagos de los países subdesarrollados.⁴⁹

Así se impediría tanto el alza de los precios de venta como la elevación de los salarios en la periferia, que podría ser —aunque no obligatoriamente— una de las consecuencias de la obtención de una mejor remuneración por las exportaciones.

Sin embargo, toda esta explicación, pese a los muchos elementos valiosos que contiene, no da cuenta suficientemente de algunos detalles de trascendental importancia. Toda ella se sustenta en el bajo nivel de salarios de la periferia. Sin embargo, no queda muy claro cuáles son las razones que lo mantienen y que permiten la subsistencia del intercambio desigual. No hay razón para pensar que una clase o grupo social que consigue explotar a otro grupo y extraerle plusvalía que luego traspasará a otro sector más poderoso en el campo internacional, aumentará los salarios de su proletariado en caso de que pueda decidir sobre el destino de la plusvalía que antes transfería. Se trata más bien de un problema entre las burguesías de los países centrales y de los países periféricos, que no afectaría sino muy indirectamente a las relaciones que se dan al interior de cada una de estas formaciones sociales.

4. Los efectos del imperialismo

Otro punto de importancia es el de los efectos producidos por el imperialismo, tanto en los países metropolitanos como en sus dependencias ultramarinas.

Los efectos que los autores clásicos esperaban sobre los países coloniales son contradictorios con la experiencia histórica. Para Lenin la expansión imperialista difundiría el capitalismo en todo el planeta produciendo un equilibrio en la tasa de ganancia. No ocurrió así. La expansión del capitalismo en las regiones atrasadas del mundo no produjo resultados similares en todos lados, la variación es bastante amplia y depende no sólo de la forma que asumió la colonización, sino también y en gran parte de ciertas características propias de las regiones colonizadas y de los grupos que estaban o se asentaron en ellas.

⁴⁹ Véase Oscar Braun, *Comercio internacional e imperialismo* (Siglo XXI, Buenos Aires, 1973).

Es de destacar que buen número de autores latinoamericanos que aspiran a la ortodoxia discrepan pese a ello, con los clásicos del marxismo. Como se vio, éstos sostenían que el imperialismo en definitiva es beneficioso incluso para aquellas regiones que lo sufren. El análisis de Lenin enlaza con las ideas de Marx y Engels al respecto. La expansión exterior, la colocación de capitales en el resto del mundo, podía perjudicar incluso el proceso de acumulación en las economías centrales, pero contribuiría a la expansión del capitalismo en todo el mundo y esto era considerado positivo. Subyace la idea de que los cambios sólo pueden producirse en los países más avanzados y la teoría del "eslabón más débil" simplemente tendía a destacar la forma en que las naciones periféricas podían contribuir a la construcción del socialismo en el centro.

Los autores latinoamericanos, en cambio, trabajan en una situación diferente a la de los clásicos de la teoría del imperialismo, incluso a la de Lenin que no pertenecía en realidad a uno de los países centrales. Escriben adoptando la perspectiva de la periferia del sistema capitalista mundial y enfatizan, en su mayoría, las consecuencias que esa expansión exterior de los centros tiene en estas regiones. La mayoría vinculan directamente ese hecho con el subdesarrollo. Otros, en cambio, consideran errónea tal relación: "La idea de que el crecimiento del capitalismo depende de la explotación del Tercer Mundo requiere una elaboración más detallada";⁵⁰ "no resulta difícil demostrar que el desarrollo y la penetración monopolista en los sectores industriales de las economías dependientes no son incompatibles. La idea de que tiene lugar una especie de desarrollo del subdesarrollo, aparte del juego de palabras, no resulta útil. En efecto, dependencia, capitalismo monopolista y desarrollo no son términos contradictorios: en los sectores del Tercer Mundo integrados a las nuevas formas de expansión monopolista tiene lugar un tipo de desarrollo capitalista dependiente".⁵¹

Los efectos del imperialismo para las naciones metropolitanas, de acuerdo a los autores referidos estarían en permitir que el sistema continuara funcionando. Habría que discutir si las políticas exteriores expansionistas continúan siendo imprescindibles en la actualidad para el mantenimiento del capitalismo en los países centrales o su función ha variado.⁵²

5. *Imperialismo y dependencia*

Las notas precedentes, pese a que no han permitido soluciones definitivas a los problemas planteados, autorizan a formular algunas apreciaciones preliminares en torno a las relaciones que se insinúan entre los conceptos de imperialismo y dependencia.

Los análisis de los clásicos y de los autores que actualmente escriben sobre

⁵⁰ F. H. Cardoso, "Imperialismo y dependencia en América Latina", *op. cit.*, p. 212.

⁵¹ *Ibidem*, p. 209.

⁵² En el primer sentido véase, a título de ejemplo, Harry Magdoff. "Is imperialism really necessary?", *Monthly Review*, vol. 22, núm. 5 (octubre de 1970), pp. 1-14; y núm. 6 (noviembre de 1970), pp. 1-11.

imperialismo adoptan la perspectiva del desarrollo del capitalismo en los centros y consideran al "resto del mundo" como una unidad homogénea, sometida al impulso expansionista y monopolístico del capitalismo central. Otros intentan en cambio destacar las relaciones que se establecen entre las naciones metropolitanas o, mejor dicho, entre los grupos dominantes de dichas naciones y los grupos dominantes de las naciones dependientes. Muestran, asimismo, las particularidades de cada situación concreta de dependencia y de qué manera las características del país dominado y de los grupos sociales que en él actúan condicionan de manera relevante la forma y el modo que adoptará la relación que se establezca con la metrópoli.

Los analistas clásicos del imperialismo hacían referencia a un momento de la historia del capitalismo que se distinguía por el renacimiento del colonialismo, la absorción por las naciones más poderosas del mundo de las pocas regiones que hasta entonces habían permanecido al margen del mercado mundial; la redistribución de los extensos territorios coloniales de acuerdo a la nueva correlación de fuerzas imperante.⁵³

El enfoque latinoamericano se originó en un ámbito caracterizado justamente por el temprano logro de la independencia política de estos países, aunque mantuvieran relaciones de desigualdad con las naciones centrales a ciertos niveles. Por ello se privilegia el hecho de que a diferencia de lo que sucedía en la situación colonial clásica en la cual la dominación política se ejercía directamente por el poder central de la nación metropolitana, en la situación de dependencia había una mediación constituida por la organización política interna de la nación dependiente. Esto hacía que la forma de relacionamiento adquiriera características muy especiales.

Tal punto es destacado por Cardoso en un escrito reciente:

América Latina fue diferente, desde el comienzo, en sus vínculos con el proceso imperialista. Es cierto que el proceso mencionado de penetración colonialista es válido para algunos países (principalmente las naciones del Caribe). Sin embargo, en casi todo el resto de América Latina la penetración imperialista tuvo lugar a través de un complejo proceso en el cual los países latinoamericanos mantenían su independencia política pero iban girando lentamente de una temprana influencia inglesa a un predominio norteamericano. La diferenciación más importante tuvo lugar con respecto a la propiedad del sistema productivo. Algunas economías latinoamericanas aun después del predominio imperialista, fueron capaces de enfrentar la nueva situación manteniendo la propiedad de la economía local exportadora en manos de las burguesías

⁵³ Eso no fue obstáculo para que Lenin destacara la existencia de ciertas situaciones especiales: "Para esta época son típicos no sólo los dos grupos fundamentales de países —los que poseen colonias y las colonias—, sino también las formas variadas de países dependientes que desde un punto de vista formal, político, gozan de independencia, pero que en realidad se hallan envueltos en las redes de la dependencia financiera y diplomática. Una de estas formas, la semicolonía, la hemos indicado ya antes. Modelo de otra forma es, por ejemplo, la Argentina. América del Sur y sobre todo la Argentina —dice Schulze Gaevernitz en su obra sobre el imperialismo británico—, se halla en tal dependencia financiera con respecto a Londres que casi se le debe calificar de colonia comercial inglesa." El imperialismo, fase superior del capitalismo", en *Obras escogidas* (Editorial Progreso, Moscú, s. f.), tomo I, p. 759.

locales. ... el sector exportador permaneció al menos hasta cierto punto, controlado por la burguesía local y los vínculos de dependencia se basaron más en relaciones comerciales y financieras que directamente en los sectores productivos.⁵⁴

Pero incluso entre los países latinoamericanos es posible encontrar diferencias, lo que contribuye todavía más a diferenciar el enfoque del imperialismo y el enfoque de la dependencia. Diferenciación no debe confundirse con negación u oposición. Por el contrario; parece más bien que cada una de las perspectivas acentúa uno de los elementos que mantienen entre sí relaciones de contradicción.

Para concluir conviene enfatizar que el concepto de dependencia no es un eufemismo utilizado en lugar de imperialismo. Por el contrario, con su utilización se querían subrayar dos cosas: a) una relación política, que muchas veces aparecía desconocida en los estudios puramente económicos sobre las relaciones internacionales; y b) destacar la existencia de una dinámica propia de los países periféricos, no suficientemente destacada por las teorías del imperialismo, que caían normalmente en afirmar una determinación rígida y unidireccional de la periferia por el centro. En definitiva, no se superpone ni es el otro lado del concepto. No agota tampoco la problemática del imperialismo. Así no se plantea por ejemplo la forma en que se da la expansión de los países centrales, tema que ha preocupado, sin embargo, a algunos de los autores latinoamericanos. Por ejemplo, Pablo González Casanova habla de la política de "bastión o ciudadela" que sustentarían las metrópolis y que les permitiría, mediante la acumulación de excedentes exteriores, solucionar sus problemas entre "expansión del sistema y reducción al mínimo de la privación de consumos". En ese caso el proletariado metropolitano estaría aliado a su burguesía en la explotación de las colonias. Como se ve, este autor recoge algunas de las hipótesis de los clásicos sobre la "aristocracia obrera" y el aburguesamiento del proletariado aunque ampliándola mucho, por cuanto González Casanova no se refiere sólo a los países centrales sino a todas las metrópolis, incluso las nacionales o regionales. Enfatiza el que recurrirían a sus colonias para aumentar la plusvalía disponible y no para librarse de capital excedente.

En el nivel económico, la noción de dependencia busca hacer referencia a aquel conjunto de países que no cuentan con un sector I de producción de los medios de producción (en términos marxistas) en su economía y que, por tanto, no pueden realizar el proceso de reproducción del capital sin que su movimiento se regule desde el centro. El aspecto más visible sería la insuficiencia tecnológica. Con exactitud sostiene Cardoso que "en el capitalismo industrial-dependiente, la intensificación y progreso de las fuerzas productivas se hace a través del uso de la tecnología importada y del control creciente de la economía industrial por los monopolios internacionales. Es precisamente por eso que se trata de un *desarrollo dependiente*. De hecho, por una parte, la acumulación local es insuficiente para provocar la creación de tecnología propia y, por otra parte, la penetración imperialista como que unifica sectores del mercado in-

⁵⁴ F. H. Cardoso, "Imperialismo y dependencia en América Latina", *op. cit.*, pp. 204-205.

terno al mercado internacional. O sea, se produce lo que yo llamo de 'internacionalización del mercado interno' ".⁵⁵

V. LA TRASFERENCIA DE LA PLUSVALÍA ENTRE NACIONES Y SUS MECANISMOS

1. *Planteo de la cuestión*

Lo visto anteriormente pone de manifiesto la importancia que tiene explicarse adecuadamente los mecanismos a través de los cuales se produce la absorción de una parte más o menos considerable de la plusvalía generada en las naciones periféricas o dependientes, por las sociedades que ocupan los lugares centrales del sistema capitalista mundial. Buena parte de las tesis sustentadas por la sociología crítica latinoamericana, o por un sector de ella, dependen de la comprobación de la existencia de dichos mecanismos y del estudio de su forma de operar. Así, Pablo González Casanova ha utilizado, como se vio, la noción de explotación entre unidades diferentes del sistema para explicar la realidad latinoamericana. Frank, por su parte, recurre a la cadena expropiación-apropiación del excedente para explicar la contradicción metrópoli-satélite. Sin embargo, ninguno de los dos analizan los mecanismos por los cuales pasaría el excedente económico desde la unidad donde fue creado, hacia aquella que se lo ha apropiado. Vale decir que ambos formulan un conjunto de hipótesis que explican el funcionamiento del sistema como un todo a partir del supuesto de que existe realmente la mencionada transferencia, pero en ningún momento dan razones valederas que permitan comprender cómo opera.

Es necesario, si se quiere comprender adecuadamente este punto, recurrir a otras fuentes. Al parecer, las dos elaboraciones más desarrolladas son la teoría del deterioro de los términos de intercambio, fruto de los trabajos de la CEPAL y las discusiones y polémicas en torno a la noción de intercambio desigual. A continuación se las expondrá someramente, para dejar de manifiesto las estrechas relaciones que guardan con las postulaciones de esta corriente sociológica.

2. *El sistema centro-periferia*

Las ideas fundamentales al respecto se deben a Raúl Prebisch y Hans W. Singer, habiendo sido utilizadas por la Comisión Económica para América Latina, desde 1949. Así, en dicho año, decía la CEPAL: "La propagación del progreso técnico desde los países originarios al resto del mundo ha sido relativamente lenta e irregular, si se toma como punto de mira el de cada generación. En el largo período que transcurre desde la revolución industrial hasta la pri-

⁵⁵ F. H. Cardoso, "E pur si mouve" (Santiago, 1973, inédito).

mera guerra, las nuevas formas de producir en que la técnica ha venido manifestándose incesantemente sólo han abarcado una proporción reducida de la población mundial.

El movimiento se inicia en la Gran Bretaña, sigue con distintos grados de intensidad en el continente europeo, adquiere un impulso extraordinario en Estados Unidos y abarca, finalmente, al Japón, cuando este país se empeña en asimilar rápidamente los modos occidentales de producir. *Fueron formándose así los grandes centros industriales del mundo, en torno a los cuales, la periferia del nuevo sistema, vasta y heterogénea, tomaba escasa parte en el mejoramiento de la productividad.*⁵⁶

A partir del párrafo anterior es posible apreciar que se llama "periferia" a un conjunto de economías que por su origen, estructura y función, difieren del centro del sistema capitalista mundial.

Hay, de partida, un desarrollo desigual originario, por cuanto es en los centros donde penetraron primero las técnicas capitalistas de producción, mientras que las economías periféricas son técnicamente rezagadas, prevaleciendo en ellas modos de producción pre y semicapitalistas, ya que "el progreso técnico sólo prende en exiguos sectores de su ingente población, pues generalmente no penetra sino allí en donde se hace necesario para producir alimentos y materias primas a bajo costo, con destino a aquellos grandes centros industriales".⁵⁷

Ambos tipos de economías son estructuralmente diferentes. El centro es diversificado e integrado, mientras que la periferia tiene un carácter especializado o unilateralmente desarrollado y dual, por la ya mencionada coexistencia de tecnologías altamente desarrolladas con otras muy atrasadas. El ritmo de las importaciones del centro se basa en su propio ritmo de desarrollo interno, mientras que el de la periferia depende de sus exportaciones al centro.

Por último, ambos tipos de economías cumplen funciones distintas en el sistema. Mientras el polo periférico produce materias primas y alimentos, el centro se especializa en productos industriales.

El período histórico durante el cual este modelo se dio típicamente fue aquél en el cual Gran Bretaña constituía el centro del sistema capitalista. Las características económicas de dicho país eran esencialmente complementarias de su periferia, permitiendo una adecuada división internacional del trabajo. Pero, cuando los Estados Unidos ocuparon su lugar, se produjeron alteraciones considerables, por cuanto esta economía no sólo se limita a la producción de bienes manufacturados sino que es, al mismo tiempo, el más grande exportador de materias primas y alimentos, compitiendo entonces con su periferia. La complementación en que se fundamentaba la división internacional del trabajo, basada en las ventajas comparativas deja así de tener vigencia.

Al mismo tiempo las dos guerras mundiales y la crisis de 1929 crean condiciones naturales para que se dé en la periferia un importante proceso de susti-

⁵⁶ En *Estudio económico de América Latina 1949* (Naciones Unidas, Nueva York, 1951), p. 3.

⁵⁷ *Ibidem*, p. 3.

tución de importaciones, a través del cual algunos países avanzan notablemente en el proceso de constitución de su propia industria.⁵⁸

En esta época comenzó sus actividades la CEPAL y a partir del marco conceptual brindado por el sistema centro-periferia, dicha Comisión elaboró un conjunto de hipótesis respecto a la región latinoamericana y su posible desarrollo. Resumiendo someramente, ellas serían las siguientes:

a] La capacidad de América Latina para importar del centro ha venido sufriendo, luego de la primera guerra mundial, un deterioro continuo. Ello se debió no sólo a la disminución de las importaciones ("El volumen físico de las exportaciones per cápita ha descendido... en 19.1 por ciento durante el cuarto de siglo" que va de 1925-49),⁵⁹ sino también —lo que es más importante— al deterioro de los términos de intercambio.

b] No se realiza en la práctica "la segunda premisa básica de la expectativa ortodoxa", que justificaba la división internacional del trabajo, por cuanto la demanda de los centros "fuera de oscilar periódicamente con grave trastorno de las economías periféricas, tendía a crecer con lentitud y con manifiesto retraso en comparación con el incremento del ingreso en los centros industriales".

Debe destacarse el carácter heterodoxo que tenía esta postulación cepalina en el marco de la economía neoclásica predominante por entonces, ya que se pensaba que las relaciones entre los precios de los bienes manufacturados y primarios, tendía a ser favorable a estos últimos. Por ejemplo, Colin Clark afirmaba que la alimentación de una población mundial creciente envolvería un sostenido aumento del precio de los productos agrícolas en relación al precio de los bienes industriales. "El precio mundial de los productos agrícolas en 1960, en relación al precio de los productos manufacturados y de los servicios, se espera que sea 70 por ciento más alto que el precio básico de 1925-1934."⁶⁰

La CEPAL, en cambio, estimaba que las exportaciones de alimentos y materias primas no crecían el ritmo conveniente, debido a que:

- i] los bienes primarios representan una proporción decreciente del gasto o demanda globales a medida que se elevan las rentas;
- ii] hay sustituciones cada vez más generalizadas de productos básicos;
- iii] con el progreso técnico va reduciéndose la participación de los insumos primarios en el valor de los bienes finales;
- iv] políticas y diversos instrumentos proteccionistas en los países industrializados estrechan el acceso a sus mercados de los productos básicos en que se especializa la periferia.⁶¹

⁵⁸ Raúl Prebisch, "El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas" (E/CN.12/89. Rev. 1, Santiago, CEPAL, 1950), reimpresso en *Boletín Económico de América Latina*, vol. VI (1962), p. 1.

⁵⁹ Según se afirma en el *Informe*, p. 18.

⁶⁰ Colin Clark, "World resources and world population", en *Proceedings of the United Nations Scientific Conference on the Conservation and Utilization of Resources*, realizada en Lake Success, 17 de agosto a 6 de septiembre 1949 (Naciones Unidas, Nueva York, 1950), volumen I, p. 19.

⁶¹ Véase *El pensamiento de la CEPAL* (Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1969), p. 18.

c] El ritmo de las importaciones del centro depende fundamentalmente de su ritmo de desarrollo interno, mientras que el de la periferia está supeditado a su relación de intercambio con aquél. Por ello se afirma que "las variaciones del ingreso real de Estados Unidos han constituido el factor dominante en la variación del volumen físico de las importaciones provenientes de América Latina. La correlación no es absoluta, desde luego, pues en los años treinta, las importaciones fluctúan más acentuadamente que el ingreso y en todo el período, revelan fluctuaciones menores, que no guardan relación con el movimiento de dicho ingreso. Pero la correspondencia general entre ambos fenómenos es bien marcada y parece indicar que las variaciones del ingreso prevalecen sobre las de otros factores, en cuanto a su influjo en el movimiento de las importaciones."⁶²

d] El funcionamiento del sistema permite que los centros trasfieran sus crisis a la periferia: "Si por merma del ingreso nacional o por obra de cualquier suerte de restricciones, disminuyen las importaciones de Estados Unidos y Gran Bretaña la baja relativa subsiguiente en los precios de los productos importados no parece tener la virtud de aumentar nuevamente las importaciones; esa baja relativa permite más bien a los centros destinar una menor proporción de sus ingresos monetarios a la adquisición de dichas importaciones".⁶³

e] Todo lo anterior se expresa en la llamada tesis Singer-Prebisch sobre el deterioro de los términos de intercambio.⁶⁴ Ella sostiene que la relación entre los precios de los bienes industriales exportados por los centros tiende a disminuir persistentemente en el largo plazo, lo que implica que "*ex-definito*, ... el poder de compra de bienes industriales de una unidad de bienes primarios de exportación cae a lo largo del tiempo",⁶⁵ con lo que se produce el deterioro del poder adquisitivo del ingreso generado por la producción primaria. Ello es considerado por CEPAL como inherente al intercambio comercial en el sistema.⁶⁶

f] El deterioro de los términos de intercambio es la manifestación visible (a nivel de los precios) y el mecanismo (el movimiento de los precios relativos) a través del cual se produce la concentración de los frutos del progreso técnico en los centros.⁶⁷

g] Ligado con esto se generan crecientes contingentes de mano de obra desocupada en la periferia, a consecuencia de que se reduce la proporción de po-

⁶² CEPAL, *Estudio* ..., p. 23.

⁶³ *Ibidem*, p. 34.

⁶⁴ H. W. Singer, "The distribution of gains between investing and borrowing countries", en *The American Economic Review* (mayo 1950), pp. 473-485 y R. Prebisch, "El desarrollo económico de América Latina y algunos de sus principales problemas", *op. cit.*

⁶⁵ Octavio Rodríguez, *Las interpretaciones del desarrollo de América Latina* (Santiago, ILPES, 1972), p. 6.

⁶⁶ Véase Jorge Abumada y A. Nataf, "Terms of trade in Latin American countries", en *Staff Papers*, Fondo Monetario Internacional, vol. I, núm. 1 (1950), pp. 123-135 y también en *El Trimestre Económico*, vol. XVII, núm. 3 (julio-septiembre de 1950), pp. 395-415.

⁶⁷ Sobre esto véase Aníbal Pinto, "Concentración del progreso técnico y de sus frutos en el desarrollo latinoamericano", en *El Trimestre Económico*, núm. 125 (enero-marzo de 1965), pp. 3-69.

blación ocupada en la producción primaria, por el progreso técnico y el aumento de la productividad del trabajo, aumentando la proporción correspondiente a la industria. Pero dado el lento crecimiento de la industria en el centro y la inmovilidad internacional relativa de la fuerza de trabajo, se acumulan excedentes poblacionales en la periferia.

h] El progreso técnico y el crecimiento de la productividad del trabajo crecen más rápidamente en el centro, por lo que los ritmos de crecimiento de la productividad promedio del centro y la periferia son muy desiguales, lo que explica el agrandamiento de la brecha entre el ingreso medio real de uno y otro y, consecuentemente, entre los niveles de vida de sus respectivas poblaciones.

i] Los conceptos de centro y periferia expresan la idea de un carácter desigual del desarrollo, en el sentido de que, tanto la concentración del progreso técnico en el centro como la diferenciación estructural de ambos polos del sistema, son inherentes al proceso y se refuerzan mutuamente.

j] De ello se deduce que llegadas las fuerzas del sistema económico mundial a cierto nivel de maduración, impulsan espontáneamente la expansión de la industria en la periferia. Esa industrialización es la forma principal y obligatoria de crecer que tienen las economías periféricas. A ello contribuyen además ciertos hechos, como la rotación del centro a Estados Unidos, lo que dada la escasa apertura externa de esta economía y su baja necesidad de bienes primarios producidos tradicionalmente por la periferia, impulsó a ésta por la vía de la industrialización.

Como se ve, todo el esquema cepalino se centró especialmente en el funcionamiento de las transacciones comerciales al interior del sistema, pero pronto este marco conceptual fue extendido también a los lazos financieros establecidos por los créditos y las inversiones extranjeras.⁶⁸

Los veinticinco años transcurridos desde los albores de la CEPAL y en especial sus hipótesis relativas al deterioro de los términos de intercambio, han dado origen a abundantes críticas tanto desde la perspectiva de los economistas neoclásicos "ortodoxos",⁶⁹ como desde el enfoque marxista en especial de los teóricos del "intercambio desigual". Asimismo, han aparecido evaluaciones desde la perspectiva teórica de CEPAL que buscan, por un lado, reafirmar la validez y actualidad del marco conceptual fundamental y mostrar asimismo, las variaciones acaecidas en el funcionamiento del sistema capitalista mundial en el período 1950-1970, mostrando aciertos y errores en las predicciones cepalinas.⁷⁰

⁶⁸ Véase CEPAL. *De la cooperación internacional en la política de desarrollo latinoamericano* (Naciones Unidas, Nueva York, 1954).

⁶⁹ Véase, entre muchos otros, G. P. Kindleberger, *The terms of trade* (John Wiley & Sons, Nueva York, 1956); Gerald M. Meir & Robert E. Baldwin, *Economic development: theory, history, policy* (John Wiley & Sons, Nueva York, 1957).

⁷⁰ Aníbal Pinto, y Jan Křňakal, "El sistema centro-periferia veinte años después", *op. cit.*

3. El intercambio desigual

Los teóricos que conforman este segundo grupo⁷¹ tienen, también, importancia para comprender más cabalmente las tesis en estudio. Ello se justifica aún más teniendo en cuenta que Samir Amin, por ejemplo, reconoce su deuda intelectual y la de otros estudiosos egipcios con la que denomina "sociología latino-americana", que en su caso se reduce a dos autores de esta corriente (Frank y Cardoso), a partir de cuyo conocimiento se preocupó por los problemas que aquí se intenta recuperar.

Puede pensarse también que esta temática es netamente económica y que tendría escaso sentido en un trabajo sociológico. Pero no cabe el razonamiento desde que, como ya se vio, una de las características básicas de esta orientación teórica consiste en postular la necesidad de superar la separación de las ciencias sociales en compartimentos estancos, buscando un "análisis integrado".

El tema en torno al cual giran las preocupaciones de estos autores es la ley de los valores internacionales, que no había sido desarrollada por Marx, y que explicaría las posiciones diferenciales que ocupan diversos países y regiones.

El primero en preocuparse del tema fue Emmanuel, cuyas principales aportaciones pueden resumirse de la manera siguiente:

a) El mercado mundial capitalista está dominado por una ley determinada de formación de precios; esta ley tiene como efecto que la remuneración desigual de los factores (especialmente del factor trabajo) impone la desigualdad en el intercambio.

b) La ley de la formación de los precios en el mercado mundial capitalista es de la misma naturaleza que la que determina la formación de lo que Marx llama "el precio de la producción". El funcionamiento de esta ley es fuente de desigualdades económicas entre naciones porque uno de los componentes del precio de producción es el salario y este es mucho más bajo en los países pobres.

En razón de esta desigualdad de salarios, un bien formado gracias a un número determinado de horas de trabajo de los países pobres, puede ser comprado por los países ricos dando en cambio un producto que ha costado un número de horas de trabajo más reducido. Lo que Emmanuel quiere decir, en resumen, es que el "intercambio desigual" significa una transferencia de valor en beneficio del centro, o en otras palabras, que los países periféricos exportan más plusvalía de la que importan. Pero para pensar en término de transferencia de plusvalía de un país a otro se hace necesario pasar del marco nacional con un valor trabajo nacional propio del desarrollo de las fuerzas productivas, al marco internacional, con un valor internacional, que depende del desarrollo medio de las fuerzas productivas a nivel mundial.

Cristián Palloix se opone a este planteo señalando que admitir un tiempo

⁷¹ Especialmente Arghiri Emmanuel, *L'échange inégal* (Librairie François Maspero, París, 1969; hay traducción castellana, Siglo XXI, México, 1972); Samir Amin, *L'accumulation à l'échelle mondiale* (Editions Anthropos, París, 1971); hay traducción castellana, Siglo XXI, Buenos Aires, 1974); Christian Palloix, *Problèmes de la croissance en économie ouverte* (Librairie François Maspero, París, 1969).

de trabajo social internacional no resuelve el problema de su formación. Para él lo que existe son bloques económicos, países capitalistas dominantes y países capitalistas dominados, con una oposición fundamental entre ellos. La formación del valor-trabajo es propia de cada uno de los bloques, en base a disparidades de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción, lo que hace difícil encontrar un valor internacional que dependa del desarrollo medio de las fuerzas productivas.

Charles Bettelheim, plantea que uno de los grandes defectos del término "intercambio desigual" al que recurre Emmanuel es que con su uso se oculta la ley que se encuentra en las *relaciones de producción* y es la naturaleza de estas relaciones de producción, específicas que necesita ser explicada. Al hablar de "explotación comercial" se está hablando de relaciones internacionales capitalistas de producción, término del cual Marx no llegó a construir el concepto.

Samir Amin, por su parte, sostiene que si hay "intercambio desigual" es porque las formaciones sociales del centro y de la periferia son diferentes. Pero, considera más conveniente partir del análisis de las relaciones de dominación —de desigualdad— que mantienen estos dos tipos de formaciones, integradas en el mismo sistema mundial.

4. Vinculación con la sociología latinoamericana

Como puede verse en el breve resumen precedente, la obra de estos autores se conecta muy directamente con las postulaciones de los sociólogos críticos latinoamericanos. No es raro que así suceda con las tesis de la CEPAL que, como se destacó oportunamente, fueron muy importantes en la elaboración de un pensamiento latinoamericano. Sus publicaciones influyeron tanto al crear una especie de "escuela" en torno a sus postulados, como por ser el fermento de agudas críticas a sus planteos. En ambos sentidos, debe dejarse constancia de su importancia fundamental en el desarrollo intelectual de la región. En cuanto a los teóricos del intercambio desigual es muy probable —y así lo reconocen algunos de sus principales adalides— que las tesis de la CEPAL hayan estado en la base de sus elaboraciones, aun cuando esta orientación terminara siendo agudamente crítica de la teoría del deterioro de los términos de intercambio. Ahora, en América Latina, se está recibiendo el reflujo de corrientes que partieron de ella. Vale decir, aumentan los planteos emparentados con el intercambio desigual, por lo menos, entre los autores de filiación marxista. Por otro lado, se mantienen los postulados más o menos oficiales de las tesis cepalinas. De cualquier manera esas últimas influencias procedentes de autores de lengua francesa no han logrado presentar visiones integradas demasiado valiosas.

Sigue, en cambio, manteniendo su valor la presentación de Cardoso y Faletto que si bien aceptan, como se vio, la existencia de un sistema mundial capitalista, ponen énfasis en los análisis concretos. Muestran cómo detrás del aparente enfrentamiento entre formaciones sociales que chocan entre sí, existen

relaciones de poder entre grupos internos y externos a las formaciones sociales dependientes. Además, distinguen dos formas alternativas de generación y apropiación de la plusvalía en los países dependientes, según se constituyan como enclaves extranjeros o el control del proceso productivo sea ejercido por grupos nacionales. Si bien en ambos pueden detectarse los acuerdos entre los grupos dominantes internos y externos, las diferencias son importantes y deben tenerse en cuenta. Así, como se vio oportunamente en el caso del enclave, el control de la producción se realiza desde afuera; las decisiones respecto a la plusvalía generada al interior de la formación social dependiente, son tomadas fuera de ella y, si bien una parte permanecerá allí (en lo que juega un papel primordial el surgimiento del Estado nacional y la fuerza que el mismo tenga), el grueso será trasladado al exterior. En cambio, en el caso del control nacional de la producción, el capital se movilizará internamente y el grueso de la plusvalía permanecerá, tal vez, en el interior de la formación social dependiente, aunque una parte se traslade al exterior, en especial a consecuencia del proceso de comercialización.

Debe destacarse, además, que buena parte de los autores que han desarrollado la teoría del intercambio desigual son de procedencia africana o se centraron igualmente, en caso de no serlo, en la experiencia de ese continente. Este hecho puede tener consecuencias importantes para explicar hasta qué punto muchas de sus postulaciones resultan válidas para analizar la situación latinoamericana, si se piensa que buena parte de esta última región se encuentra en un estadio de desarrollo diferente. Lo que Cardoso y Faletto han denominado "internacionalización del mercado interno" tiene una importancia fundamental en países como Brasil o México. En cambio, dudosamente adquiere características similares en otras zonas del mundo periférico. Probablemente, las tesis de la CEPAL sobre el deterioro de los términos de intercambio o los desarrollos francófonos sobre el intercambio desigual tienen mayor importancia para explicar una etapa diferente de la situación de los países dependientes y debe, por tanto, tenerse cuidado cuando se las quiera aplicar en forma demasiado general.

5. *Divergencias entre los sociólogos "críticos"*

De todo lo visto en este capítulo podrían extraerse algunas conclusiones en torno a las diferencias existentes dentro de la corriente crítica sobre la concepción del papel de las relaciones internacionales.

Ruy Mauro Marini estima que el rol jugado por América Latina fue fundamental a tal punto que sería el eje por el cual los países centrales pudieran dejar de producir plusvalía absoluta para dedicarse a la producción de plusvalía relativa, es decir, pasar a depender más del aumento de la capacidad productiva del trabajo que del aumento de la explotación del trabajador.⁷² Sin

⁷² Ruy Mauro Marini, "Dialéctica de la dependencia", en *Sociedad y Desarrollo*, núm. 1 (enero-marzo de 1972), pp. 35 ss.

embargo, no hay una relación de necesidad entre el proceso de importación de alimentos y materias primas desde las regiones periféricas y el desarrollo de los países centrales. No es posible explicar éste únicamente por la explotación imperialista. Para ello sería necesario demostrar que el peso de los alimentos importados fue decisivo en el consumo del trabajador europeo de comienzos de la industrialización. En realidad, las exportaciones latinoamericanas consistían en productos agrícolas de consumo suntuario. Por otra parte, deben destacarse las diferencias existentes al interior del centro. Inglaterra tuvo una necesidad absoluta de importar alimentos al destinar sus campos a la cría de ovejas y así disponer de los insumos necesarios para sus industrias textiles. Pero productos alimenticios que importaba provenían más bien de Australia y Nueva Zelanda. En Francia, la producción agrícola era bastante elevada y su desarrollo industrial se hizo en forma independiente de las importaciones de alimentos. Estos no significaban prácticamente nada en la desvalorización de la fuerza de trabajo. Estados Unidos, por su parte, no sólo cubría sus necesidades de consumo interno, sino que incluso exportaba a los países europeos.

Pero los puntos de desacuerdo que pueden encontrarse entre los sociólogos críticos latinoamericanos no terminan allí. También existen en cuanto a la necesidad de las transferencias de excedente para la subsistencia del sistema capitalista, en la actualidad.

González Casanova y Frank plantean que la carga última del mantenimiento del sistema capitalista mundial queda en las regiones más pobres del mundo subdesarrollado. Sería, justamente, debido a la explotación por la metrópoli mundial y por las varias metrópolis nacionales y regionales que offician de intermediarias, que esas regiones estarían en el estado de pobreza que muestran. El funcionamiento del sistema capitalista daría lugar a la generación de desigualdades entre las unidades, sean grupos sociales, regiones o naciones. Mientras unas crecen y se desarrollan, gracias a que se apropian del excedente o plusvalía producido por los otros, éstos, consecuentemente, se subdesarrollan. Destacan, por tanto, la existencia de una correlación total entre la dependencia y el subdesarrollo. La ruptura de la relación asimétrica que los países periféricos mantienen con el centro desarrollado implicaría el comienzo del desarrollo del satélite. Además, debe entenderse que el sistema capitalista mundial se desplomará al desaparecer los periféricos, porque el capitalismo no puede prescindir del mantenimiento de esa periferia subdesarrollada. En este sentido, su tesis coincide con la esbozada por Rosa Luxemburg, en *La acumulación de capital*.

Cardoso no comparte esa opinión. Acepta la posibilidad de que se den conjuntamente desarrollo y dependencia.⁷³ Es indudable que cualquier sistema se beneficia e incluso se resistiría a prescindir fácilmente del aprovechamiento de la fuerza de trabajo ajena, pero otra cosa bastante diferente es sostener que las naciones más industrializadas de la tierra no podrían subsistir en caso de no existir esas transferencias.

Resulta entonces que hay dos corrientes al interior de la orientación crítica

⁷³ Véase especialmente "Imperialismo y dependencia en América Latina", *op. cit.*

latinoamericana. La primera, integrada por González Casanova, Frank, Dos Santos, Marini, entre otros, afirma que los países dependientes sólo acumulan atraso y explotación como consecuencia derivada de sus relaciones con los centros; la segunda, discrepa. Entienden quienes adhieren a estas últimas que es básico reconocer el desarrollo de las fuerzas productivas que acompaña a la explotación de los trabajadores. Ese crecimiento de las fuerzas productivas es un factor de cambio y de desarrollo y, en consecuencia, cabe que haya dependencia con desarrollo, especialmente en la etapa de internacionalización del mercado interno.

Es pertinente mencionar algunas frases de un trabajo reciente de F. H. Cardoso sobre el tema. Afirma el citado autor:

En lo sustantivo, la tesis central de mi ponencia trata de afirmar que existe una dinámica en el capitalismo dependiente. O sea, me opongo a la interpretación estilo *narodnik* (de los populistas rusos) que sin embargo enfrentaban problemas distintos, que, en forma subrepticia, está por detrás del populismo latinoamericano, e, incluso, algunas veces en ciertos planteamientos inspirados en la CEPAL. Esa forma de concebir al capitalismo ha penetrado en círculos de la izquierda. La interpretación izquierdista-populista reafirma la tesis del *desarrollo del subdesarrollo* o si no otra, que le es correlata, la del estancamiento necesario de América Latina debido a los obstáculos estructurales al desarrollo capitalista. Insisto ... en que no se puede generalizar este enfoque a los países latinoamericanos que se encuentran en una etapa de "industrialización dependiente". Igualmente, me parece que el no darse cuenta de los efectos de la forma actual de la expansión de las economías centrales (las empresas multinacionales que promueven una nueva división del mercado mundial), sobre el conjunto de las economías dependientes, lleva a equívocos en la interpretación. En consecuencia, hago básicamente dos afirmaciones: i] que existe una posibilidad de dinamismo en las economías capitalistas dependientes en los países que se están industrializando bajo control del capital monopolístico internacional; ii] que esa forma de industrialización dependiente *no* involucra necesariamente la realización, en los países dependientes industrializados, de las reformas y "tareas históricas" que suelen atribuirse a la acción de las burguesías europeas en la fase de la revolución democrático-industrial.

De hecho por detrás de esa visión ingenua está la teoría ricardiana de los salarios que vinculaba la tasa de lucro solamente a la explotación de la mano de obra y a la competencia entre los trabajadores, la cual llevaría en situaciones de abundancia de mano de obra (como pasa en América Latina), a la baja permanente de los sueldos reales. Olvidanse que la expansión capitalista, según Marx, se debe no solamente a la contención del salario real (la cual es valedera y necesaria en coyunturas de depresión y en las fases de ascenso del ciclo expansivo del capital, pero no necesariamente en las fases de expansión), sino también a la renovación e intensificación del uso de las fuerzas productivas y a la competencia entre los capitalistas.⁷⁴

Otras diferencias existentes entre esas dos corrientes de la perspectiva crítica serían que una de ellas representada por Frank, da una visión mecanicista del funcionamiento del sistema. En su esquema no parece haber ningún ámbito de elección para los grupos sociales de las naciones o unidades periféricas,

⁷⁴ Fernando H. Cardoso, "E pur si mouve", *op. cit.*

que no harían más que reaccionar de acuerdo a como correspondiera al sistema. Este sería una variable externa, que "causaría" la actuación de las clases y grupos.

En cambio, Cardoso y Faletto (y en parte también González Casanova), si bien aceptan los condicionamientos derivados del funcionamiento del mercado internacional, se preocupan especialmente por destacar la existencia de ciertas opciones entre las que deben elegir los grupos en presencia. Para ellos resulta evidente que ninguna persona ni nación tiene posibilidades de elección ilimitadas. En el caso de los países latinoamericanos, si bien existen ciertos parámetros básicos más allá de los cuales no hay posibilidades de elegir y que son fijados en forma muy general por el sistema, hay políticas alternativas entre las que deben optar, según sus intereses, tal como son definidos por sus grupos dominantes.

Podría sostenerse que los autores estudiados se mueven en dos *niveles de abstracción* diferentes. Mientras los primeros analizan el sistema mundial como la oposición de dos grandes conjuntos, los centros y su periferia, tratando de derivar leyes generales aplicables a cualquier situación concreta, los otros en cambio ponen el acento en estas situaciones concretas partiendo del estudio de cada una de ellas y buscando detectar sus especificidades. Cardoso ha presentado adecuadamente la dificultad de integrar ambos enfoques y la que puede considerarse la mejor manera de solucionarla:

... en algunos el esfuerzo se orienta más bien a demostrar que el proceso político posee cierta autonomía frente al condicionamiento estructural. Una vez caracterizada una forma nueva de dependencia, no se trata de debilitar el conocimiento de la vida política en la repetición de cartabones que, al aludir a conceptos estructurales que eventualmente caracterizan el tipo de desarrollo prevaleciente, dan la ilusión de explicar *el aquí y el ahora*. Por el contrario, pienso que el análisis de las coyunturas políticas es necesario para comprender cómo, en la lucha social (económica y política), seleccionan alternativas los grupos sociales e individuos que de manera determinada recrean la historia. Por lo tanto, las coyunturas políticas y los hechos particulares deben considerarse como un proceso de sustantivación de las condiciones estructurales en las cuales se producen, y al mismo tiempo, como un proceso de transformación de esas estructuras.⁷⁵

Otra diferencia sustancial es el distinto énfasis en las *clases sociales*. Estas no aparecen en los análisis de Frank (por lo menos en sus escritos clásicos, aunque recientemente ha intentado recuperarlas, sin lograrlo). En González Casanova hay el estudio de las relaciones de producción que regirían en el modo de producción capitalista y, más especialmente, en su etapa neocapitalista, deduciendo grupos sociales (clases) e imputándoles determinado tipo de comportamiento que parece ser el adecuado o el "racional" de acuerdo a su inserción en la estructura productiva. En cambio, Cardoso y Faletto parten del análisis de la forma de actuación real de los grupos sociales. Intentan observar en cada

⁷⁵ Fernando H. Cardoso, *Estado y sociedad en América Latina*, pp. 7-8.

situación concreta que se analiza cuáles son los agentes sociales que tienen posiciones estratégicas en el funcionamiento de la sociedad y buscan analizar su ideología como manera de descubrir la forma en que visualizan su inserción estructural y las relaciones con los demás grupos sociales. Se rechaza la imputación "objetiva" del comportamiento adecuado, prefiriendo en cambio estudiar la forma en que realmente se comportan, aunque ella no sea la que corresponde a su conciencia posible.

CUARTA PARTE

LOS VALORES, LA POLIS Y LA PLANEACIÓN

VALORES Y ACTITUDES QUE AFECTAN AL PROCESO DE DESARROLLO *

I. LAS GRANDES ORIENTACIONES EN TORNO AL PROBLEMA DE LAS RELACIONES ENTRE VALORES Y CAMBIO SOCIAL

1. *Categoría fundamental o elemento interviniente*

En la reflexión teórica vinculada al cambio social y al desarrollo, el tema de los valores aparece de dos maneras: por un lado, junto con las nociones de riqueza, poder y explotación, constituye una de las categorías fundamentales o "primitivas" a las que recurre el pensamiento sociológico para explicar las modificaciones que ocurren en la sociedad;¹ para otras corrientes, en cambio, los valores, las actitudes y la conciencia en general, desempeñan el papel de elementos que estimulan u obstaculizan alteraciones en la situación existente, aunque sin constituirse en la causa eficiente de los cambios.

No es fácil encontrar actualmente defensores de la primera de estas orientaciones en su forma pura, pues aun los autores más apegados a subrayar la importancia de los sistemas de valores y las actitudes con respecto al cambio social, en ningún caso niegan las influencias que en su conformación se derivarían de la estructura socioeconómica.² Por otra parte, tampoco las teorías materialistas desconocen la importancia que, en un determinado momento, pueden adquirir los aspectos ideológicos y axiológicos en las transformaciones que se registran en la base de la sociedad.

Habría entonces por lo menos una aparente confluencia de ambas orientaciones. Sin embargo, difiere la importancia que las diversas teorías atribuyen a cada una de esas dimensiones. En este sentido cabría distinguir entre quienes ponen el acento sobre la importancia causal de los fenómenos de la conciencia, y quienes piensan que, en última instancia, es la base socioeconómica la determinante del proceso de cambio e incluso de la generación de

* Este capítulo reproduce partes del que, con el mismo título, fue publicado en *Problemas del desarrollo social de América Latina*, Cuadernos del Ilpes núm. 19 y en cuya redacción participó el Dr. Alfredo Jaramillo.

¹ Pablo González Casanova, *Las categorías de desarrollo económico y la investigación en ciencias sociales* (UNAM, México, 2a. ed., 1970), pp. 51 ss.

² Véase, por ejemplo, Seymour Martin Lipset, "Élites, educación y función empresarial en América Latina", en Lipset y Solari (comps.), *Élites y desarrollo en América Latina* (Paidós, Buenos Aires, 1967) pp. 15-70. También Daniel Lerner. *The passing of traditional society. Modernizing the Middle East* (The Free Press, Glencoe, Illinois, 1958).

las manifestaciones superestructurales, entre las que se incluyen los valores. Detrás de cada una de estas posiciones puede rastrearse una discusión que se remonta no sólo a los fundadores de la sociología sino que incluso aparece en la filosofía griega clásica y cuya consideración escapa, desde luego, al objetivo de este trabajo.

2. *El pensamiento de Weber*

La mayoría de los autores que adoptan la primera de las dos posiciones mencionadas se consideran seguidores de Max Weber, por lo tanto parece conveniente, como primer acercamiento al problema del papel de los valores en la generación de procesos de cambio social y teniendo en cuenta esta admisión de la importancia del planteamiento weberiano, precisar sus verdaderos sentidos y alcances.

Como se recordará, en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Weber intenta "determinar la influencia de ciertos ideales religiosos en la formación de una 'mentalidad económica', de un *ethos* económico", prestando especial atención a las vinculaciones "de la ética económica moderna con la ética racional del protestantismo ascético".³ Para ello se comparan las "éticas económicas" de diferentes creencias, "poniendo de relieve las conexiones que las más importantes religiones guardan con la economía y la estructura social del medio en que nacieron, pues sólo así es posible aclarar qué elementos de la ética económica religiosa occidental son imputables causalmente a dichas circunstancias sociológicas, propias de Occidente y no de otra parte".⁴

En definitiva, Weber afirma la existencia previa de una ética protestante como condición necesaria, pero no suficiente, del surgimiento de la racionalidad propia del capitalismo. Destaca una de las conexiones de sentido existentes entre los dos fenómenos, pero no postula una determinación causal de los cambios socioeconómicos por los aspectos religiosos, o más en general por la conciencia, como suelen sostener ciertos continuadores de su pensamiento. Weber estaba convencido, al iniciar su investigación sobre las relaciones entre la economía y la ética religiosa, de la necesidad "de tener en cuenta muy principalmente las condiciones económicas, reconociendo la importancia fundamental de la economía".⁵ Pero por diversas razones sólo analiza una de las maneras posibles de enfocar tales relaciones, y por eso mismo tiene la precaución de recordar, al término de su obra, que "ahora debería investigarse la manera cómo el ascetismo protestante fue influido a su vez en su desenvolvimiento y características fundamentales por la totalidad de las condiciones culturales y sociales, singularmente económicas, en cuyo seno nació".⁶

³ Max Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (trad. de Luis Legaz Lacambra, ed. Península, Barcelona, 1969), p. 18.

⁴ *Ibidem*.

⁵ *Ibidem*, p. 17.

⁶ *Ibidem*, p. 261.

La importancia que atribuía a esta conexión queda de manifiesto cuando analiza el problema del carácter eminentemente protestante tanto de la propiedad y las empresas capitalistas como de las esferas superiores de las clases trabajadoras. Así, en un pasaje con frecuencia olvidado, afirma que "el hecho obedece a motivos históricos, que tienen sus raíces en el lejano pasado y en los que la adscripción a una determinada confesión religiosa no aparece como causa de fenómenos económicos sino más bien como consecuencia de los mismos".⁷

Estas breves citas ponen de relieve el equívoco en que incurren tanto quienes creyendo seguir a Weber postulan relaciones causales cuasi mecánicas entre los fenómenos de la conciencia y el cambio social como también aquéllos, en especial ciertos marxistas, que queriendo atacarlo lo reducen a ese mismo esquema "idealista".⁸ Estos últimos, sin embargo, olvidan que el mismo Marx anticipó la que sería luego afamada hipótesis weberiana al afirmar que "Para una sociedad de productores de mercancías ... la forma de religión más adecuada es, indudablemente, el cristianismo ... sobre todo en su modalidad burguesa, bajo la forma de protestantismo, deísmo, etc."⁹

Si bien incluso en el plano de las hipótesis existen, como acaba de verse, puntos de coincidencia, tal vez lo más importante sería aprovechar la postura científica y el método weberiano. La fertilidad de tal orientación puede comprobarse en la obra de algunos de los autores que más han avanzado en ciertos oscuros e intrincados campos de la teoría marxista, y quienes no ocultan su profunda raigambre weberiana.¹⁰

3. *El estructural funcionalismo parsoniano*

Entre quienes reclaman la herencia de Weber tiene especial importancia Talcott Parsons,¹¹ quien para "analizar sistemáticamente las relaciones entre los sistemas de valores y las condiciones del desarrollo económico" recurrió a la

⁷ *Ibidem*, p. 28.

⁸ Muchos de estos ataques se explican si se consideran algunas características, de la vida personal e intelectual de Weber, quien "se hizo sociólogo en un largo e intenso diálogo con el fantasma de Karl Marx", como dice A. Salomon. Por su parte, y en el mismo sentido, Bottomore y Rubel recuerdan que "toda la obra de Weber puede considerarse un debate con Marx". Véanse respectivamente "La sociología alemana", en *Sociología del siglo xx*, comp. por G. Gurvitch y W. Moore y *Karl Marx, sociología y filosofía social* (ed. Península, Barcelona, 1967), p. 60, nota 53.

⁹ Karl Marx, *El capital*, tomo 1, cap. 1.

¹⁰ Así Georg Lukács, *Historia y conciencia de clase* (trad., de Manuel Sacristán, ed. Grijalbo, México), y Nicos Poulantzas, *Clases sociales y poder político en el Estado capitalista* (Siglo XXI, México, trad. de Florentino M. Torner, 1969).

¹¹ Véase especialmente sobre el tema sus trabajos "Belief systems and the social system: The problem of the role of ideas", en *The social systems* (The Free Press, Glencoe, 1951), cap. 8; "Values, motives and system of action", en *Toward a general theory of action*, comp. por T. Parsons y E. Shils (Cambridge, Harvard University Press, 1951); "The role of ideas in social action", en *Essays in sociological theory* (The Free Press, Glencoe, 2a. ed., 1954); y "The superego and the theory of social system", en *Social structure and personality* (The Free Press, Glencoe, 1964).

elaboración de criterios que "permitan comparar la fuerza relativa de los distintos valores".¹² Tales criterios quedan expresados en sus *pattern-variables*, dicotomías que se utilizan como tipos ideales, para definir el carácter de una relación social.

El problema principal que suscita esta teoría deriva del hecho que es una generalización efectuada a partir de un determinado nivel de la realidad: "la descripción de la acción social desde el punto de vista del actor individual". "La cuestión esencial surge cuando este modelo se aplica para conceptualizar el modo de existencia de las ideas en el plano de la sociedad global. En la sociología de la acción, la relación entre sistemas de relaciones sociales e ideas institucionalizadas se conceptualiza en los términos del problema de la relación del actor individual con sus ideas".¹³ Y puede ponerse en duda que los dos problemas sean equivalentes.

Si lo que interesa es analizar ciertos procesos que se dan en las sociedades globales, no es posible aplicar el mismo esquema de racionalidad que se aplica a los individuos.¹⁴ Por otro lado, debe recordarse que también se le ha reprochado a la elaboración parsoniana que consistiese en ciertas combinaciones conceptuales carentes de perspectiva histórica, ya que se estima que no consiguen corresponderse con las sociedades concretas objeto de los análisis.¹⁵

Estas consideraciones críticas no han impedido que un considerable número de autores haya recurrido a la teoría de Parsons, al intentar el análisis de la sociedad latinoamericana. La mayoría de ellos consideran que, comparada con otras sociedades, América Latina es más *adscriptiva*, ya que destaca las cualidades heredadas por encima de las que derivan de la capacidad y la eficiencia; y más *particularista*, porque en ella las personas son tratadas según ciertos atributos familiares, personales o de otro tipo, en lugar de patrones generales y aplicables a todos por igual. Este predominio de valores, entendidos como formas institucionalizadas de conducta, de índole *tradicional*, indujo a dichos autores a considerar el desarrollo como un proceso tendiente a igualar estas sociedades con aquellas que, de acuerdo con ciertos estudios, alcanzaron resultados "modernos", y desde esa perspectiva "modernización" no significa ni más ni menos que "europeización"¹⁶ o quizás, "norteamericanización".

Lipset ha realizado el esfuerzo más sistemático y completo que se haya hecho para reunir evidencias empíricas respecto a América Latina que probarían la validez del marco teórico parsoniano. Concluye su largo inventario, afir-

¹² Seymour M. Lipset, *op. cit.*, p. 18.

¹³ Eliseo Verón, "Infraestructura y superestructura en el análisis de la acción social", en *Pasado y Presente*, año 2, núm. 7-8 (octubre de 1964-marzo de 1965), p. 164.

¹⁴ Sobre la existencia de distintos tipos de racionalidad puede verse José Medina Echavarría, *La planeación en las formas de la racionalidad* (Cuadernos del ILPES, serie II, núm. 13, Santiago de Chile, 1971).

¹⁵ Véase Fernando H. Cardoso, *Política e desenvolvimento em sociedades dependentes: Ideologias do empresariado industrial argentino e brasileiro* (Zahar Editores, Río de Janeiro, 1971), pp. 22 ss. [Hay ed. castellana: *Ideologías de la burguesía industrial en sociedades dependientes (Argentina y Brasil)*, Siglo XXI, México, 1971.]

¹⁶ Florestán Fernandes, *Sociedades de classes e desenvolvimento* (Zahar Editores, Río de Janeiro, 1968), p. 25.

mando que "independientemente del modelo de explicación causal que uno adopte respecto a los valores latinoamericanos, estos son ... antitéticos respecto a la lógica profunda de un sistema industrial en gran escala".¹⁷ Sólo transformaciones muy de fondo del sistema educativo que tropezarían, a su vez, con grandes resistencias, introducirían un importante instrumento para modificar esa situación.

De todos modos, las pruebas empíricas sobre las que se apoyan afirmaciones como las anotadas, no parecen concluyentes. Por una parte, ciertas características atribuidas a América Latina, aparecen también en las sociedades europeas mediterráneas, algunas de las cuales parecen haber entrado para el juicio de quienes realizan tales análisis, en un proceso de desarrollo autosostenido.

Por otra parte, cuando se da por supuesto que los sistemas de valores que produjeron o acompañaron el desarrollo de otras sociedades deben darse en las latinoamericanas, aunque sólo sea en sus características más generales y abstractas, se omiten varias cuestiones. En primer término, en qué medida se dio efectivamente el predominio de tal o cual variable-pauta, puesto que en última instancia cada par está presente en todas las sociedades. Y tampoco sería aventurado pensar que la orientación hacia la colectividad, por ejemplo, fue mucho más fuerte en las sociedades aborígenes americanas que en cualquier sociedad desarrollada.

En segundo lugar, se tiende a pensar que las condiciones estructurales carecen de toda importancia o bien que las vigentes en las sociedades latinoamericanas son idénticas, o por lo menos muy análogas, a las que existieron o existen en las sociedades desarrolladas. Difícil sería defender la primera proposición porque ella supone que los sistemas de valores no sólo nacen con independencia de las condiciones estructurales, sino que son capaces de crearlas por un mecanismo inexplicable. El segundo enunciado es sencillamente falso, puesto que las condiciones estructurales de los países latinoamericanos son muy diferentes. Estas reflexiones no niegan la importancia que la existencia o inexistencia de un determinado sistema de valores puede tener para el proceso de desarrollo, sino que simplemente refutan el sentido que puede asignarse al puro y simple trasplante del que se supone vigente en los países desarrollados.

Esto lleva a una tercera consideración: los sistemas propuestos como modelo y que presumiblemente deberían adoptar las sociedades subdesarrolladas, y que se centran en cualidades tales como el ascetismo, la frugalidad y la eficiencia, no son precisamente los que la dependencia cultural tiende a transmitir. Los grupos medios y altos en América Latina por lo general se inclinan a reproducir pautas de alto consumo y derroche que, en este caso sí parecen incompatibles con el proceso de desarrollo.

Algunos autores que aplicaron las teorías de Parsons a la interpretación de América Latina admiten, más o menos explícitamente, la idea de que el paso del particularismo al universalismo, de la adscripción al logro, etc., que caracterizaría al desarrollo, es concomitante con o produce el proceso de

¹⁷ Lipset, *op. cit.*, p. 51.

democratización. No corresponde aquí entrar a discutir la validez de tal supuesto aplicado a las sociedades desarrolladas, pero su falsedad parece evidente respecto a las latinoamericanas, aunque una observación superficial pudiera hacer pensar lo contrario. Demostrarlo brevemente quizás sirva para ilustrar, además, la observación antes efectuada aunque enunciada en otros términos: aunque fuera cierto que el sistema de valores que se presenta como modelo, hubiera sido un factor muy importante del desarrollo en las sociedades hoy avanzadas, su aplicación a condiciones estructurales muy diferentes produciría consecuencias totalmente distintas. Supongamos, por ejemplo, que el universalismo y el logro adquirieran una importancia decisiva en América Latina. Una de las condiciones para asignar roles por criterios de logro y para definir las relaciones sociales en forma universalista, es que los titulares de estos roles hayan adquirido capacidades demostrables que no deriven de su pertenencia a algún grupo, sino que se hayan incorporado a ellos a lo largo de su existencia. Ahora bien, la manera esencial de adquirir esas condiciones es la de frecuentar durante un tiempo prolongado, y cuanto más prolongado mejor, los sistemas educativos formales. Cuanto más años de estudio, cuanto más títulos, etc., tanto más se basarán en el logro los criterios considerados para asignarle a una persona un rol y tanto más universalista será la relación. Tal sistema aplicado a sociedades donde una gran parte de los niños no tiene acceso a la educación y otra parte significativa no termina la escuela primaria, lejos de ser un mecanismo de democratización e igualación, constituye una manera de justificar los privilegios de quienes pueden completar tales ciclos, lo que se debe en la generalidad de los casos precisamente a su grupo de pertenencia. Pero estos privilegiados, aparentemente, ya no son elegidos por pertenecer a tales o cuales familias, sino porque han demostrado su capacidad de logro. Sin embargo, en tal marco estructural, el sistema de valores que se pregona no constituye una causa primera ni una causa segunda del desarrollo, sino que desempeña simplemente el papel de una ideología justificativa.

4. McClelland y la necesidad de logro

Muchos autores se han ocupado del tema en estudio, retomando los puntos de vista de las orientaciones teóricas mencionadas precedentemente. Es imposible, obviamente, presentarlos a todos. Se ha seleccionado a David McClelland teniendo en cuenta la influencia que su obra ha tenido en América Latina y, además, el hecho de que en su pensamiento se resumen algunas características esenciales de una de las formas de ver el problema.¹⁸ Para comprender cuya teoría parece importante recordar que McClelland realizó toda su formación profesional en la psicología clínica. En esa disciplina descubrió, mediante la aplicación de tests proyectivos, que los individuos con una alta *necesidad de logro* (n-logro), esto es, con el deseo de tener éxito en cualquier actividad,

¹⁸ David McClelland, *The achieving society*, Van Nostrand Co. Inc., Nueva Jersey, 1961. (Hay versión castellana de José Cazorla Pérez, titulada *La sociedad ambiciosa*, Ed. Guadarrama, Madrid, 1968, cuyas son las citas posteriores.)

"no tanto por razones de prestigio y aceptación social, sino más bien por un sentido de realización personal", tienden a trabajar en forma más productiva y a aprender con mayor rapidez, así como a evitar todas las tareas de tipo rutinario; es notable la estrecha asociación hallada entre n-logro y el ejercicio de actividades en el campo económico.¹⁹

A partir de estos hallazgos, McClelland se planteó este problema: "¿qué pasaría en la sociedad si un gran número de personas con alta motivación de logro estuvieran presentes en ella en un tiempo determinado?" Es decir, "¿qué efectos tiene sobre la sociedad una concentración de personas con fuerte necesidad de logro?" Sostiene que tal situación influiría de manera importante sobre el crecimiento económico.

Como puede verse McClelland traslada sus hallazgos del nivel individual al progreso social. Así considera que para explicar el crecimiento económico es necesario recurrir a factores de la personalidad, esto es, a los valores y motivos del espíritu humano, que permiten a ciertos hombres explotar de mejor manera factores "externos" tales como las condiciones favorables del comercio, los recursos naturales, etc. Su hipótesis general sostiene que "la necesidad de logro es un factor *causal*, un cambio en las mentes de los hombres que produce crecimiento económico más que un mero subproducto de ese crecimiento". Entiende que el espíritu del capitalismo descrito por Max Weber no es otra cosa que una alta necesidad de logro, un simple caso especial de un fenómeno mucho más general: "era en realidad el logro como tal lo que estaba conectado con el desarrollo económico y sólo indirectamente la reforma protestante en el sentido de que había influido en el nivel medio de n-logro de sus fieles". Y agrega: "En un siglo dominado por el determinismo económico da cierta alegría encontrar evidencia concreta en favor de un determinismo psicológico, es decir, en favor de desarrollos psicológicos que preceden y parecen causar cambios económicos".

¿De qué manera una fuerte n-logro facilita el desarrollo económico? Para McClelland, "el mecanismo por el cual la concentración de un tipo particular de motivo en una población lleva a un fenómeno social tan complejo como el crecimiento económico" es la existencia del empresario, o sea, "alguien que ejerce control sobre la producción con resultados que sobrepasan sus necesidades personales o familiares de consumo", y que se caracteriza "por asumir riesgos moderados, tener capacidad de adoptar decisiones, desarrollar una actividad instrumental o enérgica, tener responsabilidad individual y conocimiento del resultado de las decisiones tomadas (siendo el dinero un buen indicador de ello), anticipación de posibilidades futuras y destreza organizacional". Debe anotarse que en esta concepción, el sentido del concepto "empresario" es mucho más amplio que el corriente; empleándole se hace referencia a un tipo de actividad que aparece no sólo en las economías capitalistas sino también en

¹⁹ La necesidad de logro es una motivación que hace al individuo buscar el éxito "en competencia con algún estándar de excelencia y cuando lo logra experimenta en grado más alto que quienes no poseen tal motivación, el orgullo del trabajo bien hecho de por sí, independientemente de las satisfacciones que sus resultados económicos por ejemplo le pueden producir", *op. cit.*, p. 20.

las socialistas. Para McClelland su teoría encuentra aplicación también en este último tipo de sociedad y así intenta demostrarlo en sus estudios.

Analiza luego las causas que generan elevadas dosis de n-logro en los individuos y descubre como básico el haber sido sometido a un tipo de educación que alienta la autosuficiencia y el logro personal; considera además que los padres que actúan de esa manera lo hacen siguiendo los valores que rigen sus vidas y, posiblemente, debido a "sus valores religiosos y a la actitud general que tienen respecto del mundo y la naturaleza", con lo que reintroduce de alguna forma el tema de la ética protestante.

5. Validez de la teoría de la necesidad de logro

Ha sido preocupación especial tanto de McClelland como de quienes comparan sus postulados teóricos, intentar recoger evidencias empíricas en favor de sus hipótesis, recurriendo para ello al instrumental estadístico y metodológico moderno. Así, pueden encontrarse ingeniosos procedimientos, en especial aplicaciones del análisis de contenido, para medir la n-logro tanto en testimonios literarios, para el caso de análisis de sociedades pretéritas, como de textos escolares, para establecer comparaciones entre sociedades actuales.

Justamente por esta inclinación científica de sus sustentadores, adquieren especial importancia varios intentos de comprobar la teoría con datos latinoamericanos, cuyos resultados no han sido los esperados.

En uno de estos estudios²⁰ se hace notar que si bien McClelland postula que el aumento de la necesidad de logro en un momento dado provocará un incremento correlativo del crecimiento económico en un período de tiempo posterior, no precisa la amplitud del lapso necesario para que se produzca tal efecto. En los estudios realizados sobre sociedades antiguas el período es de siglos, mientras que en las contemporáneas se reduce a pocos años. McClelland sólo señala que el lapso es cada vez menor debido posiblemente al efecto de los medios de comunicación que facilitan la difusión de la n-logro. Para discutir la hipótesis se decidió modificar los períodos establecidos por McClelland en su intento de comprobación. Este había medido el nivel nacional de la n-logro para una muestra de países en el año 1925 en relación con las tasas de crecimiento económico entre los años 1929 y 1950, en un primer caso, y el nivel de la n-logro en 1950 con relación al crecimiento del período 1952-1958. León y Recacoechea compararon la medición de la n-logro de 1950 con el crecimiento durante dos períodos (1954-56 y 1960-66). Sus resultados les permitieron afirmar que "en los dos casos la correlación, aunque no significativa, es negativa, es decir, apunta en el sentido inverso al predicho por McClelland".²¹

²⁰ Arturo León y René Recacoechea, "Un alcance crítico a la necesidad de logro y su relación con el crecimiento económico", en *Boletín de ELAS*, año 2, núm. 4 (diciembre de 1966) pp. 7-18.

²¹ *Ibidem*, p. 15.

Ante tal comprobación, los autores postularon que quizás sería necesario tener en cuenta las dificultades que diferentes sistemas oponen al acceso a las posiciones empresariales, lo cual los llevó a dividir los países, según su ingreso nacional por habitante, en dos grupos: desarrollados y subdesarrollados, concluyendo que la introducción de esta variable "parece indicar que esta predicción (de la relación entre la n-logro y el crecimiento económico) sólo es válida para el caso de los países desarrollados tal como las consideraciones en torno al proceso de reclutamiento (para los cargos "empresariales") ya mencionado hacía previsible".²²

En otro estudio²³ se concluye "que en América Latina, conjunto de países subdesarrollados y dependientes, no existe relación entre la n-logro nacional de 1950 y el 'desarrollo' económico alcanzado por estos países en dos períodos 1952-58 y 1954-66".²⁴ Pese a ello la autora citada estima que no quedó invalidada totalmente la hipótesis sostenida por McClelland, ya que en el tipo de países utilizados como unidad de análisis —donde la "demanda exterior es la fuente básica de dinamismo"— el crecimiento económico "depende de decisiones exógenas y por tanto teóricamente no puede correlacionarse con la n-logro nacional".²⁵

Indudablemente, a nivel individual, la teoría de McClelland es plausible; es evidente que existen diferencias notables entre individuos, que los hacen reaccionar de manera distinta ante la misma situación. No cabe duda, por ejemplo que entre quienes en determinada circunstancia deciden emigrar de su lugar de origen y los que permanecen allí, aun sufriendo penurias, deben encontrarse profundas diferencias psicológicas. Asimismo parece seguro que aquellos sujetos que adoptan actitudes innovadoras y asumen ciertos tipos de riesgos en la vida económica poseen algunas características de personalidad bastante diferentes de las de quienes reaccionan de otro modo. Corresponde a la psicología, como ciencia preocupada por los comportamientos individuales, intentar explicar tales diferencias.

Pero lo que no se ha justificado, ni parece explicarlo satisfactoriamente McClelland, es la transferencia de esas observaciones formuladas en el plano individual, al nivel de la sociedad global, para interpretar los cambios que se producen en su seno.

Por supuesto esto no implica admitir ciertas críticas que consideran que habría aquí una mezcla de niveles de análisis (el psicológico por un lado y el socioeconómico por el otro). Hacerlo así sería partir de una definición de las ciencias por el *objeto* de análisis, con lo cual se estaría olvidando que el objeto científico se alcanza mediante operaciones conceptuales que definen un determinado nivel de análisis.²⁶ En última instancia el "objeto" que interesa

²² *Ibidem*, p. 18. Las frases entre paréntesis han sido agregadas.

²³ Julia González, *La motivación de logro y su relación con el desarrollo en América Latina*, memoria presentada en la Escuela Latinoamericana de Sociología (FLACSO), 1970, inédita, 298 pp.

²⁴ Julia González, *op. cit.*, p. 66.

²⁵ *Ibidem*, p. 69.

²⁶ Véase Eliseo Verón y Solvia Sigal, "Notas sobre las relaciones entre sociología y psicología", en *Revista Latinoamericana de Sociología* (1965), núm. 2, pp. 220-221.

conocer es la "realidad", y en ella coexisten como elementos constitutivos de la misma, e indisolublemente unidos entre sí, los aspectos y dimensiones que las diferentes ciencias seleccionan.

Esto permite a algunos autores sostener la necesidad de integrar los diferentes niveles y considerar como bien encaminadas las teorías que así relacionan aspectos diversos de la realidad. Sin embargo, tampoco parece ser ésta la forma de conseguir el análisis integrado. Si bien es imprescindible para una comprensión más acabada del fenómeno social global el manejo de variables de diferentes niveles, la solución no está en destacar como importante una de un cierto nivel y asignarle un poder explicativo dado de un fenómeno de otro nivel. Por el contrario, lo que quizás podría hacerse es intentar construir un modelo explicativo del fenómeno considerado en el que se tomen en cuenta variables que normalmente se manejan en el seno de las diversas disciplinas sociales, asignándoles el papel que les corresponda y la ponderación respectiva, lo cual también exige desarrollar una teoría que permita relacionar adecuadamente los diferentes niveles.

Si lo que interesa es explicar el desarrollo como fenómeno global, debería incluirse en el modelo teórico explicativo el conjunto de variables que parecen determinarlo. Y, por supuesto, habría en él algunas que seguramente tendrían más importancia que otras, o que explicarían, usando una terminología propia de los estadísticos, "una mayor proporción de la varianza". Dentro de ese conjunto, también cabe suponer que variables de índole netamente psicológica jugarían un papel más o menos importante, pero secundario, frente al conjunto de características estructurales de mayor peso explicativo.

6. Valores y situaciones estructurales

Los estudios hasta ahora comentados, en contra de las explicaciones situacionales o estructurales que han sido las predominantes en la sociología latinoamericana, afirman el carácter de categoría originaria del sistema de valores o, al menos, una fuerte primacía como factor explicativo del subdesarrollo. Otra línea de pensamiento, que puede ejemplificarse con Silvert y Bonilla, aboga por la tesis de la independencia entre los cambios actitudinales y los cambios situacionales, y enfatiza la interacción entre estructura, situación y orientación y la importancia "del libre juego de los factores subjetivos y objetivos", como resultado de un estudio sobre la relación entre el nacionalismo como valor social, la movilidad de clases y la estructura educativa, en varios países.²⁷

Partiendo del concepto de nacionalismo elaborado por Silbert,²⁸ los autores

²⁷ Kalman Silvert y Frank Bonilla, *La educación y el significado social del desarrollo: un estudio preliminar*, presentado a la Conferencia sobre Educación y Desarrollo Económico y Social en América Latina, Santiago de Chile, marzo 1962. (Documento de las Naciones Unidas ST/ECLA/Conf.10/L.12). Las encuestas se hicieron durante 1961 en Argentina, Brasil, Chile y México.

²⁸ Véase capítulo siguiente.

consideran que el análisis de aquel es especialmente útil para apreciar las muy diversas combinaciones en las que se asocia con aspectos estructurales, como la tecnología, la urbanización, etc., lo que mostraría claramente, la dificultad, o mejor dicho, la imposibilidad de hacer generalizaciones sobre los patrones dominantes en la población a partir de determinados parámetros socioeconómicos. El análisis empírico comprobaría la complejidad de la relación valores-estructura, incitando a descartar las explicaciones de causa y efecto de corte determinístico y lineal, frecuentes en la literatura relativa a la socialización. Las relaciones que se establecen, por ejemplo, entre identificación nacional y clase (o, mejor dicho, la tipología "indicativa de clase" que elaboraron al efecto) no son lineales, siendo bastante común que tanto los grupos altos como los bajos obtengan valores inferiores a los grupos medios.

Por otra parte, debe destacarse la importancia del contexto cultural. Si bien los grupos similares, situados en marcos nacionales diferentes, mantienen ciertas tendencias comunes, presentan esquemas de valores que se comprenden mejor en función de la situación especial de tales marcos nacionales.

Sería necesario, pues, poner énfasis en el concepto weberiano de relativismo cultural y entender las situaciones históricas como fruto de la interacción entre factores sociales y sistemas de valores. En resumen, los valores del individuo no cobran significado sino a través de la situación social y el poder social en el cual se hacen efectivos; las situaciones sociales, a su vez, lo adquieren a través de las orientaciones valorativas que les dan sentido y con las cuales están íntimamente ligadas en su conjunto.

Dentro de la misma línea teórica se encuentra el trabajo del grupo de Conflicto y Consenso,²⁹ que llevó a cabo un amplio estudio empírico sobre los valores en Venezuela, tendiente a comprender la situación "de heterogeneidad cultural" en la que, según la hipótesis de que se parte, se encuentra dicho país. Según Silva, en situaciones de cambio acelerado se crean contradicciones en el plano cultural que tienden a generar conflictos y a la vez influyen en la formulación y puesta en práctica de una política de desarrollo.

En efecto, aunque la norma sería que individuos que ocupan un mismo nivel en la estructura jerárquica de la sociedad tengan valores homogéneos, en casos de heterogeneidad cultural, hay diferencias apreciables en sus orientaciones. La explicación es simple. Dada la condición de cambio acelerado, "las posiciones disponibles dentro de un nivel determinado de poder se expanden mucho más rápido que el número que la sociedad puede socializar adecuadamente para ocupar estos puestos".³⁰

En la situación de heterogeneidad estructural no hay correspondencia directa entre los niveles de desarrollo institucional y la combinación de orientaciones valorativas lo que significa, respecto al nacionalismo, que "en cada institución, nueva o vieja, probablemente se encontrarán en un nivel jerárquico, sectores importantes que sustenten orientaciones divergentes con respecto a la nación, o que varíen considerablemente en su sentido de eficacia política ...

²⁹ José Agustín Silva Michelena, *The illusion of democracy in dependent nations* (Cambridge, MIT Press, 1971).

³⁰ *Ibidem*, p. 13.

eso significa que a nivel individual probablemente no encontraremos mucha correspondencia entre las varias dimensiones de nacionalismo".³¹

Silva Michelena resume sus conclusiones así: "En nuestra exploración de las orientaciones normativas de los venezolanos hemos podido establecer que cuanto más alto es el status socioeconómico de un grupo y más intensa su experiencia de cambio, resulta más probable que encontremos una gran proporción de nacionalistas sofisticados y políticamente eficaces. Esas personas tendrán una orientación legal (*be legal minded*) en el caso que se cometa alguna infracción social o cuando se trate de una protesta contra el gobierno. El profundo "familismo" de los latinoamericanos estaría ausente en tal grupo; hay mayores probabilidades de que opten por hacer sacrificios tales como renunciar a aumentos de sueldo o por pagar impuestos más altos".³²

Por otra parte, los grupos más heterogéneos, son los que constituyen la clase media, mientras que los de status más bajo son los menos nacionalistas.

Con estos elementos analíticos, Silva Michelena visualiza la relación entre valores y estructuras como teniendo dos cortes globales que corresponden a dos juegos distintos de valores. El primero lo forman los que tienden a percibir problemas en numerosas áreas de actuación social,³³ y a adoptar una actitud crítica frente al sistema político. Diferentes grupos dentro de esa posición muestran prioridades distintas con respecto a objetivos sociales más amplios, tales como el mantenimiento del sistema democrático, la redistribución de la riqueza y el desarrollo económico, aunque en general dan prioridad a la industrialización y la educación y colocan en último lugar "la consolidación del sistema electoral". Favorecen, en general, políticas de corte conservador, que tienden a mejorar en el largo plazo las condiciones de las masas (tales como el crecimiento económico) y consideran al gobierno como el principal agente para llevar a cabo las medidas que apoyan.

En una posición distinta hay otro conjunto de individuos que perciben problemas principalmente en las áreas económica y comunal y formulan, en consecuencia, recomendaciones de naturaleza económica para remediar la situación y apoyan medidas que conducen a mejorar los niveles de vida a corto plazo. No son aparentemente críticos del sistema político en general, manifestando su apoyo o no teniendo opinión al respecto pero eso, aunque Silva Michelena no lo reconoce, parece ser una actitud superficial ya que opinan favorablemente con respecto a la intervención militar en lo político, aunque no exista justificación aparente para ello.

Según el autor en análisis, se puede esperar que la primera posición esté asociada con la mayor parte de los grupos privilegiados, mientras la segunda corresponde a las personas de bajo status. Los primeros, que tienen efectivamente el poder bajo su control, se pueden dar el lujo de jugar de acuerdo con las reglas del sistema, a la vez que no admiten cambios a corto plazo que permitan la inclusión efectiva de las masas; los del segundo grupo, en cambio,

³¹ *Ibidem*, p. 3.

³² *Ibidem*, p. 151.

³³ Principalmente en la familia, la educación, la política, la Iglesia y el comportamiento social. *Ibidem*, p. 244.

carecen de poder y tienen además una actitud pasiva frente a él. En consecuencia, sus alternativas políticas consisten en "esperar que un caudillo militar dé gratificaciones inmediatas a sus necesidades (populismo) mediante una política consumista (bienes de consumo y vivienda), esperar a que el gobierno democrático representativo lo haga, o tomar conciencia de la necesidad de un cambio revolucionario de la estructura política existente".³⁴

Tal yuxtaposición de valores en la muestra global se da conjuntamente con una visión manipulativa de las masas por parte de las élites.

La orientación explicativa que se acaba de analizar es pasible de críticas en varias direcciones. En primer término se parte, y esto parece particularmente cierto en el caso de Silvert y Bonilla, de la refutación de las teorías que sostienen la determinación de los valores por las situaciones estructurales, pero se presenta una versión tan mecanicista de las mismas que si facilita la victoria, es a costa de tener en cuenta sólo posiciones que han tenido una importancia bastante mínima en la sociología latinoamericana. En segundo término, en esa refutación no siempre resulta claro si se concluye que los valores son totalmente independientes de las estructuras y éstas de aquéllos en cuyo caso habría que explicar la existencia de dos órdenes de causación independientes y la lógica interna de cada uno de ellos lo que lleva a problemas epistemológicos insolubles o si se afirma la primacía en última instancia del sistema de valores o si, por último, se supone que la primacía puede ser de uno o de otros según los contextos. Estas tres posiciones no son compatibles entre sí. En tercer lugar, estos intentos chocan con las dificultades que se señalan en el numeral siguiente.

II. SOBRE EL PAPEL DE LOS SISTEMAS DE VALORES

1. *Las precauciones olvidadas*

El intento de explicar el desarrollo de América Latina, por el sistema de valores predominante en las sociedades que la forman no es, en sí, contradictorio. Pero ocurre que se le plantean gran número de cuestiones, casi todas mal dilucidadas. En primer lugar, aunque pueda parecer paradójal a primera vista, ni siquiera hay certeza acerca de cuáles son esos valores. Es corriente afirmar, para recordar sólo un ejemplo, que los latinoamericanos carecen de una visión universalista e impersonal del Estado. Sin embargo, como se ha visto en la sección sobre burócratas y tecnócratas, la investigación sobre las élites venezolanas parece indicar lo contrario. Es muy evidente que valores observados o que se ha creído observar en determinados grupos, han sido considerados

³⁴ Silva Michelena, en la versión castellana de la obra citada, titulada *Crisis de la democracia* (CENDES, Caracas, 1970), p. 364. La alternativa revolucionaria no está contemplada en la versión inglesa.

vigentes en toda la sociedad. Desde ese punto de vista, ciertos tratamientos de la cuestión parecen herederos directos del problema del carácter nacional. Es notable, por ejemplo, cómo se han dejado de lado precauciones conceptuales y metodológicas que, hace mucho tiempo, se habían recomendado para el estudio de este último y que son válidas para el problema de los valores.³⁵ En ese sentido, el tan mentado sistema de valores de una sociedad puede no ser otra cosa que una ilusión, como hace mucho tiempo se sostuvo respecto al carácter nacional.³⁶

Aún suponiendo estas dificultades superadas, y en el caso de América Latina tal suposición sería el producto de un gran esfuerzo de buena voluntad, el uso que se hace de los valores como dimensión explicativa, en todo o en parte, es al menos confuso. A veces se tiende a pasar por alto que, los valores profesados, pueden no coincidir —rara vez lo hacen totalmente— con los valores reales. Es claro que puede decirse que estos últimos son los únicos que importan y que los otros no son tales, pero aparte de la dificultad de descartar *a priori* el que los primeros tengan alguna influencia, la investigación de cuáles sean esos valores reales se hace más difícil aún.

Por último, pero lo más importante se tropieza con el problema de la relación entre valores y situaciones estructurales. Es fácil decir que unos explican a los otros, según el punto de vista que se adopte, o interactúan entre sí dinámicamente, según una tercera manera de ver. Pero si las dos primeras posiciones pueden tildarse de mecanicistas, la otra tiene todavía una formulación confusa. La opinión predominante está en favor de que interactúan mutuamente pero, bien mirado, esto significa poco. ¿Es posible, en diferentes situaciones histórico-estructurales, prever cómo se produce esa interacción? ¿El papel de ambas dimensiones es siempre el mismo o es variable? Si es siempre el mismo, ¿cuál es? Si es variable, ¿hay algún criterio para darle un sentido inteligible a esas variaciones? Las preguntas podrían multiplicarse, pero basta con la enumeración de las anteriores para percibir que, hasta ahora, no han tenido adecuada respuesta.

Una investigación que verse sobre valores, su frecuencia en tales o cuales grupos, su influencia en los comportamientos y los conflictos de valores es inobjetable en sí misma, siempre que no se suponga que las correlaciones o afinidades descubiertas prueben que los valores son el primer motor de la historia humana. La inversa, acerca de una investigación de estructuras, es también exacta. Pero cuando se va más allá, se cae, irremisiblemente, en la vieja polémica de la filosofía de la historia y la filosofía social. Sea ella insoluble o no, resulta cierto que los instrumentos metodológicos normales en la ciencia social, no son los más adecuados para resolverla y que, quizás, convendría reconocer conscientemente que la polémica excede el campo de ésta y colocarse en las condiciones mínimas necesarias para poder encararla con éxito.

³⁵ Por ejemplo, las que indica Morris Ginsberg, *Reason and unreason in society* (Londres, 1956), pp. 131-154.

³⁶ Hamilton Fyfe, *The illusion of national character* (Londres, 1940).

2. Referencias al caso latinoamericano

Hasta aquí se han expuesto algunas reflexiones sobre el tema de los valores y el cambio social en el entendido que ellas pueden facilitar la comprensión del tema más específico que se abordará en seguida.

La preocupación por entender en qué forma los valores y actitudes pueden afectar un proceso de desarrollo es relativamente reciente. En un primer momento, los economistas esbozaron sus modelos basándose fundamentalmente en los casos de los países capitalistas de temprano desarrollo, estimando que los mismos podrían aplicarse sin inconvenientes a la nueva realidad que se intentaba modificar. Pero pronto comenzaron a percibir que, en la práctica, esos modelos no funcionaban satisfactoriamente. Tal descubrimiento indujo a considerar que ciertos elementos que hasta entonces aparecían como supuestos no explícitos del modelo, eran obstáculos que impedían el normal funcionamiento del esquema. Se requería por consiguiente tratar de individualizar esos obstáculos, tanto sociales como políticos o ideológicos, para adoptar las medidas correspondientes y permitir de este modo que el desarrollo económico —tal como se preveía el modelo— se concretara.

A esta visión atañe la idea de lo que podría llamarse el enfoque complementario al económico, al que deberían abocarse las demás ciencias sociales y particularmente la sociología, y que refleja la expresión “aspectos sociales del desarrollo económico” tantas veces empleada. Como se parte del supuesto que se poseen la teoría y el instrumental económicos adecuados para provocar el desarrollo y éste no se produce se estima razonable buscar en otras áreas las causas que expliquen este hecho, es decir, esta especie de incapacidad que manifiestan ciertas sociedades para alcanzar la plena “racionalidad económica”.

Por esa vía se comenzó a prestar preferente atención a las diferencias que era dable percibir entre los sistemas de valores y actitudes propias de las sociedades “desarrolladas” y los correspondientes a las que estaban “en vías de desarrollo”. Y es en este contexto donde comienzan a aplicarse algunas de las teorías antes enunciadas. Así, se habla de la ausencia de valores “modernos” y del predominio de comportamientos “particularistas” y “adscriptivos”, que dificultan o impiden el cambio.³⁷ También se realizan abundantes estudios para registrar la presencia o ausencia de grupos innovadores, con mentalidad empresarial o de élites dinámicas que impulsen los cambios, etc., grupos sin los cuales se presume que el proceso económico sufriría ciertas limitaciones insalvables.

Esta manera de enfocar el estudio de la realidad no podía subsistir demasiado tiempo, ya que las situaciones que se querían captar y explicar aplicando una teoría social y económica eran básicamente distintas de las existentes en el mundo en el siglo XIX, cuando dieron el gran salto hacia adelante los países hoy avanzados y cuando nació el esquema teórico que se intentaba aplicar. Dadas estas circunstancias, hacía necesario elaborar también modelos

³⁷ En muchos casos el lector podría encontrar numerosos aspectos y opiniones que podrían inducirlo a pensar que se trata de un nuevo resurgimiento de las tesis del siglo pasado basadas en la dicotomía “civilización” y “barbarie”.

más ajustados a la nueva realidad si realmente se deseaba comprenderla y explicarla.

La solución, como es obvio, no consistía en descubrir más o menos obstáculos; lo que había que hacer era modificar de una vez el modelo, o introducir en el mismo una cantidad de dimensiones de las cuales se había prescindido durante largo tiempo, creyendo que bastaba con abstraer lo económico y agregar la frase *ceteris paribus* para que en la realidad lo demás se mantuviera como estaba. En este contexto empezaron a surgir los primeros intentos de lo que dio en llamarse el *enfoque integrado del desarrollo*, con el cual de alguna manera se intentó recuperar los aportes que cada disciplina particular proporcionaba dentro de una nueva perspectiva, buscando unificar las parcializaciones que cada una de ellas había hecho de la realidad, para definir y estudiar su objeto, tratando así de explicar ese fenómeno social global que se le escapaba a cada una de las especialidades por separado.

¿Cómo aparecen dentro de este nuevo enfoque el problema de los valores y las actitudes? Quizás su inserción pueda resumirse con estas palabras de Jean Piaget:

Así como la psicología ha llegado a comprender que los datos de la conciencia no explican nada causalmente, y que la única explicación causal debe remontar de la conciencia a las conductas, es decir a la acción, así también la sociología, al descubrir la relatividad de las superestructuras con relación a las infraestructuras, nos lleva de las explicaciones ideológicas a las explicaciones por la acción: acciones ejecutadas en común para asegurar la vida del grupo en función de cierto medio material; acciones concretas y técnicas, que se prolongan en representaciones colectivas en lugar de derivar de ellas a título de aplicaciones.³⁸

Dentro de esta perspectiva son los factores estructurales los que determinan el surgimiento de representaciones colectivas que constituyen, entre otros aspectos ideológicos, los sistemas de valores sustentados por los grupos sociales. Los factores psicológicos, con todo, también juegan su papel en el proceso histórico a través de la acción de los individuos (y los grupos sociales), ya que la historia la realizan los hombres, o mejor dicho los grupos de hombres organizados, aunque en condiciones estructurales bien determinadas. A partir de la realidad social y de las condiciones en las cuales debe desenvolverse su acción, el hombre une esas imágenes al conocimiento acumulado con anterioridad y pone en juego el sistema de valores que sustenta, realizando determinada actividad y contribuyendo así, en mayor o menor medida, a producir modificaciones en el contexto estructural donde actúa. De esta manera los valores, indirectamente a través de los actos de los individuos pertenecientes a grupos sociales que interactúan y se oponen en la sociedad, influyen sobre las modificaciones que provoca.

En ninguna sociedad, por homogénea que ésta sea, se encontrará un sistema de valores únicos que haya sido interiorizado por todos y cada uno de sus miem-

³⁸ Jean Piaget, *Introduction à l'épistémologie génétique* (PUF, París, 1950), vol. 3, pp. 193-194.

bros. Por el contrario, individuos pertenecientes a las diferentes agrupaciones humanas en las que se divide el todo social mostrarán, a través de sus acciones concretas, que divergen sus percepciones de la realidad y sus evaluaciones de la misma. Muchas investigaciones empíricas realizadas tanto en países desarrollados como subdesarrollados permiten comprobar esta afirmación.

El hecho mencionado —es decir que los valores son sustentados por los grupos presentes en un medio social dado—, conduce a sostener que ellos no serían *en sí mismos* favorables o desfavorables al desarrollo, entendido éste como un proceso de cambio social global. Sería necesario analizar su juego en cada caso, tomando en consideración los grupos que interactúan y las posiciones relativas en que los mismos se encuentran. Debe tenerse en cuenta, como lo recuerda Florestán Fernandes, “en qué estado se hallan los diferentes sistemas sociales globales que tienden, de modo constante, hacia el patrón de la integración de la sociedad de clases” y “el *impacto* que la situación histórico-social interna puede ejercer en cada sistema social global, en la forma de manifestación y en el grado de influencia de los factores psicosociales, ya que los fenómenos de esa esfera son regulados en última instancia por factores macro-sociales”.³⁹

Por ello resulta importante distinguir situaciones nacionales para poder apreciar el papel que en cada una de ellas desempeñan los valores y las actitudes. En América Latina pueden encontrarse casos sumamente diferentes desde el momento mismo de la colonización europea; en algunos casos los conquistadores y sus descendientes eliminaron las poblaciones autóctonas y en otros éstas simplemente no existían. A partir de allí las nacionalidades que se generaron tuvieron un esquema básico de valores típicamente europeos. En estos países, instalados en regiones “vacías”, no se plantean problemas profundos de enfrentamiento de culturas y las discontinuidades culturales existentes fueron originadas por el propio funcionamiento de la estructura socioeconómica que establece accesos diferenciales tanto a las oportunidades de ocupación, como a las culturales. Las únicas referencias a los valores de las poblaciones precolombinas en tales países derivan de atribuciones hechas a algunos grupos generalmente rurales con los que se mezclaron restos de los antiguos habitantes.

En cambio en otras regiones del continente se dio, en el mismo espacio geográfico, la coexistencia de dos formas culturales, cada una de las cuales poseía un sistema de valores en la práctica excluyente del otro. En general, las interpretaciones de tales procesos se hicieron desde el punto de vista de los grupos convertidos en dominantes. Estos estimaban los valores y actitudes de los dominados como contrarios a su propio modelo de desarrollo. Desde esa perspectiva les imputaban tradicionalismo, crueldad, pereza, etc., sin preguntarse por las razones más profundas de tales actitudes.

En algunos casos, sin embargo, y esto parece particularmente cierto en México, desde el siglo XIX se hacen considerables esfuerzos por integrar la tradición de las culturas autóctonas dentro de la nueva cultura “nacional”. Se in-

³⁹ Florestán Fernandes “Atitudes e motivações desfavoráveis ao desenvolvimento”, en *Resistências a mudanças. Fatores que impedem ou dificultam o desenvolvimento* (Río de Janeiro, Centro Latinoamericano de Pesquisas em Ciências Sociais, 1960), pp. 219-259.

tenta, por tanto, transmitir una concepción de la historia donde lo "indígena" aparece como un antecedente ineludible, del cual hay que partir y que ofrece valores que merecen ser integrados.⁴⁰

En etapas posteriores del proceso de desarrollo latinoamericano, los valores "modernizantes" aparecen como opuestos a los "tradicionales" que serían característicos no tanto de los grupos autóctonos propiamente dichos, sino de ciertos grupos considerados como conservadores, tales como la oligarquía latifundista. Los nuevos grupos emergentes, que cuentan con proyectos propios acerca de la mejor forma de organización social, descubren que los valores y las actitudes hasta ese momento dominantes deben ser sustituidos por otros más funcionales para el tipo de sociedad que desean implantar. Pero la misma permeabilidad de estos grupos y la necesidad que tienen de establecer alianzas y pactos como resultado de la falta de poder para imponer su proyecto por sí solos, permite la subsistencia de los sectores "tradicionales" en un sistema híbrido y, en consecuencia, posibilita que una serie de valores anteriores se incorporen a los nuevos y subsistan en compleja amalgama. Habrá otros, sin embargo, cuya perduración será francamente incompatible con la nueva disposición del conjunto social y que están destinados por tanto a desaparecer ante el empuje de los grupos portadores de los valores "modernizantes" que tienden a imponer su hegemonía en todos los planos.

Pero no por ello se llega a un estado de adecuado ajuste, sino que el sistema nacido de la fusión antes indicada va generando nuevas y profundas contradicciones las que suponen la existencia de valores y actitudes que se tornan incompatibles con la subsistencia del *statu quo* imperante.

En definitiva, serán las condiciones estructurales de la sociedad las que permitirán que los valores y las actitudes adquieran un carácter favorable o desfavorable. Además, debe recordarse que los efectos probables de un determinado valor no actúan en una sola dirección; sus efectos, directos e indirectos, dificultarán o favorecerán el desarrollo según los aspectos que se tomen en cuenta y el plazo (corto, mediano o largo) que abarque el análisis y, lo que es más importante, según la perspectiva de qué grupo adopte el investigador para emitir su juicio. Es evidente que, en una situación concreta, los diferentes sectores sociales expresan concepciones diversas, y en muchos casos antagónicas, sobre qué es el desarrollo y cuáles los valores y actitudes que conviene estimular para favorecer un mayor éxito de su propia manera de percibirlo.

Las reflexiones precedentes dan una pauta de cuán arriesgado es realizar análisis abstractos sobre valores y actitudes y atribuirles de modo poco menos que indiscriminado los calificativos de "favorables" o "desfavorables". El investigador dedicado a esta tarea debería circunscribir adecuadamente su campo de estudio y, simultáneamente, dejar en claro la perspectiva desde la cual juzgará.

Casi siempre, cuando se formulan estos juicios, determinados grupos que se sienten amenazados por la posibilidad de cambios tratan de exaltar y difundir,

⁴⁰ Véase Josefina Vázquez de Knauth, *Nacionalismo y educación en México* (México, El Colegio de México, 1969).

a través de mecanismos que estiman eficaces, sistemas de valores y actitudes que sostienen el conformismo y la estabilidad sociocultural. Y para ello no es indispensable que recurran a valores diferentes de los propuestos por los grupos que se les oponen. Lo más corriente es darles una interpretación distinta o llevar la discusión al plano de cuáles son los mejores medios para realizarlo. Por su parte, los grupos que quieren introducir cambios establecen prioridades diferentes dentro de los valores compartidos, e incorporan y tratan de difundir otros. Por ello no debe extrañar que los juicios sobre el carácter "favorable" o "desfavorable" atribuido a ciertos valores sean casi siempre una consecuencia directa de las ideologías de quienes los formulan.

3. Los valores y actitudes ante el cambio social programado

La posibilidad de actuar con eficacia en una sociedad supone, entre otras cosas, tener una imagen de ella y de su funcionamiento; es decir, requieren una teoría. Las teorías que tienen mayor capacidad de captación de la realidad se caracterizan por su abstracción y son elaboradas por diversos géneros de intelectuales dedicados al estudio de ciertas áreas específicas. Se trata de grupos minoritarios que crean y ofrecen modelos alternativos con los cuales se intenta racionalizar la percepción y el manejo de la realidad, desde la perspectiva correspondiente a diferentes grupos sociales, con signos ideológicos diversos.

Pero los usuarios potenciales de ese conocimiento están en situaciones muy distintas ya que tienen un diferente acceso a los recursos materiales e intelectuales socialmente disponibles. La dimensión explicativa de tales diferencias es el poder; y sólo quienes se encuentran en ciertas situaciones que implican alguna disponibilidad de poder sobre los hombres y las cosas, están en condiciones de tener acceso al conocimiento y utilizarlo. Lo mismo ocurre con la posibilidad de elaborar planes de acción operativos y efectivos a partir de esos conocimientos.

En el seno de una sociedad hay entonces evidentes diferencias entre quienes tienen acceso al conocimiento y a los medios necesarios para llevar a cabo acciones racionales que tiendan a lograr o impedir el desarrollo y otros grupos cuya participación es imprescindible para conseguirlo o estorbarlo, pero que no están en condiciones de disponer siquiera del conocimiento mínimo que les permita comprender el papel que deberían desempeñar y las consecuencias favorables o desfavorables que de su cumplimiento se derivarían.

El hecho que una teoría resuelva en forma racional los problemas de un cierto grupo social, no implica que éste la acepte automática e inmediatamente, ni siquiera que la acepte cabalmente, pues esa aceptación incluye algunos de los efectos que, necesarios para el funcionamiento del esquema total, pueden ser o aparecer como nocivos para los intereses inmediatos de dicho grupo.

Así, el uso o no uso y la forma de utilización de una teoría está además condicionada por la percepción que los actores sociales tienen de su propia situación en la sociedad, y de la forma como perciben a los otros actores con los cuales interactúan.

Los modelos de desarrollo no siempre los generan los grupos y clases sociales que muchas veces aparecen en los mismos como los promotores, agentes y beneficiarios del cambio. Pueden surgir de grupos intelectuales y ser asumidos por líderes y sectores políticos que representan grupos sociales más amplios. Pero estos últimos, como se vio, casi nunca están en condiciones de alcanzar una comprensión cabal de dichos modelos. Se produce entonces una brecha en su transmisión y aplicación, problemas que encaran con mayor o menor fuerza todos los gobiernos, pero muy en especial aquellos que intentan introducir en sus sociedades cambios radicales, en poco tiempo. Es altamente probable que, una vez en el ejercicio del poder, los representantes de los nuevos sectores sociales que han pasado a predominar políticamente perciban que la realización de gran parte de sus postulados se ve dificultada por el predominio de sistemas de valores en alguna forma incompatibles con el modelo que intentan llevar a la práctica. Por consiguiente podrían preguntarse: ¿cómo sería posible movilizar, en un sentido favorable al modelo de desarrollo, a esos importantes sectores de la población que no han interiorizado valores compatibles con el mismo? ¿Cómo superar la situación de marginalidad en que se encuentran importantes grupos de la sociedad y cómo acabar con las discontinuidades culturales existentes en el país y superar la oposición de quienes sustentan sistemas de valores alternativos?

Evidentemente, la superación de uno de esos impedimentos exigiría profundas modificaciones en la estructura económica para incorporar al sistema nuevos dinamismos, que generan oportunidades ocupacionales que permitan absorber en forma creciente esa mano de obra disponible. Paralelamente, será necesario movilizar las potencialidades humanas de esos grupos que permanecen paralizados como consecuencia de una marginación secular.

No corresponde exponer aquí un recetario de las medidas posibles. Sin embargo, merece destacarse la importancia que a mediano y a largo plazo tendrían en tal sentido, por un lado la educación, y, por otro, es decir para la solución de las necesidades más inmediatas los medios de comunicación de masas.

En el caso de la educación, sus resultados no se obtienen sólo mediante su expansión más o menos rápida, sino que exigen la reestructuración total de sus contenidos para socializar a los educandos dentro de un sistema de valores distinto al vigente y más acorde con el nuevo esquema de participación social que se trata de implantar. Algo semejante podría decirse con respecto a los *mass media* que deberán ser utilizados para transmitir valores y fomentar actitudes más acordes con el modelo. La investigación vinculada a este tema, que cobra día a día mayor importancia, puede proporcionar guías para la acción y la planificación.

Además, debe recordarse que si bien algunas de las mencionadas teorías no parecen responder satisfactoriamente a las preguntas vinculadas con la generación del cambio social, pueden ofrecer sin embargo respuestas sumamente útiles con respecto a los problemas que plantea la movilización. No cabe duda alguna que en el plano individual puede ser posible, empleando procedimientos adecuados, producir alteraciones sustanciales, sea por ejemplo en la necesidad de logro como postula la ya mencionada teoría de McClelland, sea en

otros valores y actitudes, que se considere importante remover o incentivar.⁴¹

Y aquí surge otro problema que no debe descuidarse. La mayoría de los intentos de aumentar la participación popular en los procesos de cambio social chocan con la dificultad que encuentran al poder traducir las ideas y expectativas de los grupos dirigentes en términos asequibles a las grandes masas de la población. Esto es particularmente cierto en los países donde las discontinuidades culturales son muy notorias.

En este capítulo sólo se ha intentado formular de manera sucinta un esquema de análisis que permita encarar el problema de los valores y actitudes en situación o situaciones concretas. Por otra parte, se ha tratado de indicar por qué pueden ser desfavorables al desarrollo aquellos valores y actitudes que no proporcionan los ajustes requeridos por las nuevas situaciones históricas con las que se enfrenta la sociedad considerada, así como aquellos que no aseguran la suficiente plasticidad a la renovación continua y a la sustitución progresiva de las situaciones cuya eficacia social haya decaído o desaparecido.⁴² En uno u otro caso, se limitan las posibilidades potenciales de toda sociedad de alcanzar elevados niveles de desarrollo social.

La posibilidad de remover valores y actitudes desfavorables, o de difundir nuevas actitudes consideradas necesarias para el desarrollo parece depender, pues, del modelo de desarrollo adoptado, de las condiciones estructurales existentes, de las que se tratan de crear y de la interacción de unas y otras con los rasgos psicosociales anteriores que se intenta modificar. Si esto fuese cierto, las condiciones del problema serían tan concretas, que las afirmaciones generales que con frecuencia suelen hacerse sobre América Latina, parecen tener más valor como puntos de partida para la reflexión sobre el problema, que como hilos conductores para la acción.

⁴¹ Véase especialmente David McClelland y David Winter, *Motivating economic achievement* (The Free Press, Nueva York, 1969), donde se describe el procedimiento y el funcionamiento de los cursos para incentivar la motivación de logro.

⁴² Véase más pormenorizadamente Florestán Fernandes, *Atitudes e motivações desfavoráveis ao desenvolvimento*.

EL SISTEMA POLÍTICO LATINOAMERICANO

I. SOCIOCENTRISMO Y POLITOCENTRISMO EN EL ANÁLISIS POLÍTICO
LATINOAMERICANO1. *Los antecedentes generales*

El tema de este capítulo es complejo y, por ello, no resulta ocioso mencionar algunos antecedentes generales, aunque no tengan relación específica con América Latina. Como se ha recordado recientemente,¹ la ciencia política contemporánea se mueve entre dos problemáticas muy generales, cuyos orígenes están claramente delineados en la filosofía política, por lo cual pueden plantearse usando la terminología tradicional de "sociedad civil" y "sociedad política". Para una posición, la sociedad política es una emanación de la sociedad civil o, si se quiere, la sociedad civil alcanza un orden antes e independientemente del orden político y éste, en cuanto puede distinguirse a los efectos analíticos, es una resultante del primero. Para la otra posición, el sistema político es una estructura de relaciones específicas y se emancipa en alguna medida de la sociedad civil. Es la tesis de la autonomía o del primado de lo político, según los grados en que sea sostenida. Estas dos grandes líneas de pensamiento corresponden, pues, a lo que podría llamarse la teórica de la sociedad civil y la teórica de la clase política, que implican respectivamente versiones sociocéntricas del sistema político o polítocéntrica de la sociedad civil.

A su vez, dentro de cada una de esas tradiciones, se pueden proponer y se han propuesto, ideas muy diferentes. En la teórica de la sociedad civil se distinguen dos posiciones: la que reduce su constitución al problema de la solidaridad y la que se centra en el problema del poder y corresponde a la llamada teoría conflictual. La primera, representada por Durkheim y Parson, pese a ciertas ambigüedades que pueden notarse en el pensamiento de éste, prácticamente ignora el problema del poder sustituyéndolo por el de las formas de solidaridad. En ambas líneas, la sociedad civil crea el orden político, pero mientras que en uno lo hace a través de y se expresa en el consenso, en la otra, lo hace a través del conflicto. En ese sentido, Parsons es consensualista y sociocéntrico, en tanto que Marx es conflictualista, pero también sociocéntrico.

¹ Paolo Farneti, *Sistema político e società civile. Saggi di teoria e ricerca politica* (Edizioni Giappichelli, Torino, 1971). Este autor es un representante del movimiento de renovación del pensamiento político que se desarrolla actualmente en Italia. Sus ideas han sido utilizadas en varios trozos de la primera parte de esta introducción.

La teoría conflictualista no se confunde, por cierto, con el marxismo. Tiene, al menos dos versiones que, un poco abusivamente, pueden distinguirse como la de la competencia y la del conflicto. En la versión competitiva, ligada a la experiencia histórica de la sociedad industrial y expuesta por los economistas clásicos, el sistema político es a lo más un correctivo que impide la ruptura de las reglas que aseguran la competencia. En consecuencia la competencia en la sociedad civil produce la democracia liberal en la sociedad política; pero esto no es necesario. El concepto del carácter correctivo, llevado a sus extremos, conduce a una especie de consenso creado por un régimen político autoritario cuya intervención se destina a sostener las reglas de la concurrencia, pero que suprime la concurrencia al nivel político. La hipótesis concurrencial o competitiva puede desarrollarse de muy distintas maneras. En una, se supone que los individuos y los grupos movidos por sus intereses tratan de maximizar sus ventajas; el poder político es un correctivo, etc. En esta concepción está la raíz última de tantas teorías que profesan la existencia de una estrecha relación entre desarrollo económico y político, es decir entre el autointerés y la elección política. A medida que los intereses se diferencian, la lucha entre ellos se hace más fuerte, se da el desarrollo económico y se lo corona por un orden político, puesto que el sistema político es la expresión de la sociedad civil. La tesis es más ideológica que analítica. Al supuesto de la mano invisible que armoniza por último al sistema económico, se agrega su culminación en un orden político que, aunque producto de un conflicto, representa el equilibrio de las fuerzas en la sociedad.

En la versión competitiva marxista, lo político, en el fondo, es privado. Se vuelve público cuando se organiza como Estado, pero lo hace para mantener la privacidad del dominio originario. La lucha de clases es el corazón de la sociedad civil; la clase dominante crea un orden político en el cual el Estado es el instrumento destinado a asegurar el mantenimiento de su dominio. Es sabido sin embargo, que en los análisis históricopolíticos concretos, Marx otorga una importancia mucho mayor a la autonomía de lo político que en el cuadro teórico general. Con ello, nace un problema básico en la historia del pensamiento político marxista, cuya manifestación principal está en que la autonomía, o si se quiere la significación propia de lo político, adquiere más y más importancia. Ello se aprecia, sobre todo en las obras de Lenin, Lukács y Gramsci.

Desde este punto de vista, las grandes direcciones que parten de la sociedad civil y que consideran al sistema político como su emanación terminan, en algunos de sus representantes más destacados, planteándose el problema de la posible significación autónoma de lo político, llegando a veces, prácticamente a reconocerla.

La teoría polítocéntrica reconoce, en la época moderna, dos variedades. Aparece en Alemania, como la "teoría del Estado" correspondiente al Estado bismarckiano. Sería erróneo, y sobre todo anacrónico, acusarla de formalista pese a su carácter de teoría jurídica, porque reproduce muy bien el funcionamiento real de un sistema, que excluía la oposición y fortificaba la burocracia. La unidad del Estado no se encuentra en la sociedad civil que se percibe divi-

dida y fraccionada. En consecuencia, el Estado aparece "por encima de las partes", como árbitro. Pero sobre todo cobra una importancia básica la burocracia, que se vuelve la forma general y exclusiva de control de las tensiones de la sociedad civil. En esta manera de ver está el antecedente más claro de la idea contemporánea del *state-building*, la construcción del Estado unido, coherente, eficaz.

La segunda variante del políticocentrismo es la teoría de la clase política, surgida en Italia sobre todo a través de Pareto y Mosca y que luego se expande a otros países. Gramsci observó en su estudio sobre el *Risorgimento*, el vínculo histórico entre la teoría de la clase política en hombres como Mosca y la llamada "derecha histórica", la clase política que condujo el proceso de la unificación nacional italiana. Es en esta línea de pensamiento que surge el problema de las élites y la significación que se atribuye a su estudio para comprender la sociedad civil. También es uno de los caminos por el que se llega al problema de la *nation-building*, cuando la integración nacional se ve como el producto de la actuación de una clase política esclarecida.

Se ha dicho al comienzo, que este esquema sumario de las grandes corrientes del pensamiento político no tiene relación específica con América Latina. Conviene delimitar con mayor corrección el sentido de ese aserto. Se ha dicho que no tiene una relación específica con América Latina por cuanto sólo de manera general puede utilizarse como criterio clasificatorio de las diferentes corrientes teóricas que se van a exponer en este capítulo. Y ocurre así, porque las interpretaciones latinoamericanas son, en abrumadora mayoría, sociocéntricas. El sistema político es considerado como una derivación de la estructura de la sociedad civil, tanto para marxistas, como para antimarxistas. Sólo por excepción se encuentran afirmaciones ligadas a la teoría de la clase política y a la autonomía de lo político, aunque existen, como se verá oportunamente. Sin embargo, si este esquema sólo tiene una aplicación general debido a la ausencia de algunas de sus partes en el análisis político de América Latina, cumple un doble propósito. Por un lado, llama la atención sobre esa semiausencia que constituye un rasgo importante del pensamiento político latinoamericano. Por otro, permitirá mostrar cómo reaparece en América Latina una gran parte de esta problemática, sobre todo en muchos de los que, partiendo del sociocentrismo, se plantean la posible autonomía de lo político y terminan, a veces, por reconocerla, explicándola por peculiaridades de la sociedad civil en América Latina, buscando ir más allá tanto del punto de vista sociocéntrico como del políticocéntrico.

2. Los antecedentes inmediatos

La política y las relaciones de poder juegan un papel importante en cualquier estudio del cambio social. En consecuencia, un capítulo que trata de la política como tema, puede parecer redundante a primera vista. Todos los autores examinados y todos los temas tratados hasta ahora incluyen el análisis de la política como elemento significativo en las explicaciones que ofrecen. Sin em-

bargo, el tratamiento especial del tema se puede justificar tanto en términos de la historia del análisis social en América Latina, como de la especialización de algunos de los que actualmente lo practican.

Con respecto a tal especialización cabe apuntar, desde el principio, la relación existente entre el estudio de la política y la problemática del desarrollo económico. Tal tema —que en realidad es nada más que un subtema, una forma especial de enfocar el asunto global del cambio social— es eminentemente político, a pesar de que ello ha sido reconocido por sus presuntos maestros. Como ha señalado Graciarena: “contrariamente a lo que creerán los economistas clásicos, acaso con un poco más de realidad en los casos iniciales de desarrollo, la promoción del desarrollo económico y la modernización de la sociedad ha sido, históricamente, el resultado de una estrategia crecientemente racional, elaborada y aplicada mediante decisiones políticas. Políticas han sido las decisiones acerca de quién ahorra, quién controla la inversión y dónde y cuánto se deprime el consumo”.² Sobre el mismo punto se insiste en el capítulo siguiente al considerar la planificación pero, para ser justo, conviene recordar que los rasgos que se acaban de señalar son consecuencia no sólo de la ignorancia de lo político, sino de la concepción de su carácter meramente derivado y a lo más correctivo.

Como se ha visto en el capítulo primero, desde la Independencia hasta el siglo xx, el pensamiento social latinoamericano tuvo una fuerte tradición de análisis político, la que sin embargo se perdió en varios países del continente durante el primer tercio de este siglo, acentuándose sobre todo, los aspectos formales jurídicos del análisis político. Tal situación, señalada por Mendieta y Núñez respecto a México a fines de la década de 1940, era general.³

El proceso de renovación de la sociología en la posguerra afectó también sus rasgos. Inicialmente, se caracterizó por un énfasis en la posibilidad de una ciencia social valorativamente neutral y una visión neopositivista de la disciplina, dando importancia especial a los estudios empíricos y no a la exposición formal de principios generales. Se examinó la relación entre la sociedad y la política, concibiendo a la sociedad o a las condiciones sociales como la base determinante de la acción política.

Durante ese proceso hubo una recepción considerable de corrientes originadas en los Estados Unidos, pese a que los científicos políticos norteamericanos, juzgando su propia disciplina, han afirmado repetidamente el retraso de quienes analizan la política de América Latina, respecto a la marcha de aquélla. Merle Kling, por ejemplo señalaba en 1963: “La investigación política sobre América Latina... mantiene rasgos subdesarrollados y tradicionales y está bajo presiones internas y externas para modernizarse.”⁴ Casi una década después, Philippe C. Schmitter, repite la misma crítica y reitera las mismas espe-

² Jorge Graciarena, *Poder y clases sociales en el desarrollo de América Latina*, p. 15.

³ Lucio Mendieta y Núñez, “Political science in Mexico” en *Contemporary political science. A survey of method research and teaching* (UNESCO, París, 1950), pp. 226-227.

⁴ Merle Kling, “The state of research on Latin America: political science” en Charles Wagley (comp.), *The state of social science research on Latin America* (Columbia University Press, Nueva York, 1964), p. 168.

ranzas.⁵ Para explicar esta persistencia de notas optimistas y de críticas paralelas hay que mencionar aquí algunos aspectos de la ciencia política norteamericana, cuyos contenidos se explorarán con mayor detalle en los lugares apropiados de este capítulo. Es característico del enfoque de los científicos políticos norteamericanos, y en especial de los estudios de política comparativa, en el período anterior a la segunda guerra mundial, la utilización de un enfoque "institucional" o formal-descriptivo, que implica el supuesto de que los sistemas formales son de hecho operativos y se liga además, a una ideología específica, la del Estado democrático, visto como un bien en sí y resultado de los elementos formales bajo análisis.

El Comité de Política Comparada del *Social Science Research Council*, bajo la dirección de Gabriel Almond, cuyo punto de vista fue virtualmente hegemónico en los Estados Unidos en su campo, durante la mayor parte de los años 1950 y 1960,⁶ reaccionó poniendo énfasis en los aspectos informales y recurrió para ello al paradigma estructural-funcionalista, que no es exactamente el mismo que operó en sociología y, anteriormente, en antropología. Con él se creía dar las bases para una comparación entre todos "los sistemas políticos" (en el sentido dado al término por Easton), desde una aldea esquimal hasta los Estados Unidos, bajo el supuesto de que todos ellos cumplían funciones similares, aunque dentro de estructuras sociales distintas. Obviamente, también se intentó aplicarlo a "la política en las áreas en desarrollo".

Partiendo de este intento, se puede comparar la ciencia política norteamericana en su forma dominante, con la producida por los latinoamericanistas. A pesar de las objeciones de algunos científicos políticos, acerca de que el esquema estructural-funcionalista de Almond⁷ no podía aplicarse a América Latina, el ensayo fue llevado a cabo por George Blanksten⁸ para el cual, la variable más significativa para el análisis de América Latina, es la clase, variable que no aparece entre las propuestas por Almond. Aunque parezca notable, una de las herramientas más sofisticadas de análisis diseñadas por los científicos políticos norteamericanos en la posguerra, no incluía ese elemento. Esta falla y otras similares, indican que una parte del supuesto atraso de los latinoamericanistas se debe realmente a la limitada relevancia de la teoría dominante en la ciencia política norteamericana para sus intereses y necesidades.⁹

⁵ Philippe C. Schmitter, "Paths to political development in Latin America", *Proceedings of the Academy of Political Science*, vol. 30, núm. 4 (1972).

⁶ Tal hegemonía debida en parte, a su atracción teórica, se fortaleció, además, por el control de importantes fondos para investigación y por la preeminente ubicación de sus miembros en la jerarquía académica.

⁷ Para una descripción del método, véase Gabriel A. Almond y James S. Coleman, *The politics of the developing areas* (Princeton University Press, Princeton, 1968), especialmente "Introduction: A functional approach to comparative politics", pp. 3-64. También, Gabriel A. Almond y G. Bingham Powell, *Comparative politics: a developmental approach* (Little Brown, Boston, 1966).

⁸ George J. Blanksten, "The politics of Latin America" en Almond y Coleman, *op. cit.*, pp. 455-531.

⁹ Véase John Martz, "Political science and Latin American studies: a discipline in search of a region", *Latin American Research Review*, vol. vi, núm. 1 (primavera de 1971), pp. 73-100. El autor señala el valor limitado de las distinciones entre occidental y no occidental,

El carácter hegemónico del paradigma estructural-funcionalista y sus carencias para analizar ciertas realidades explican en parte que los que se dedicaban a América Latina quedaron aislados de la forma dominante en que se desarrollaba la disciplina en los Estados Unidos. La especialización en América Latina significó por muchos años la imposibilidad de formar parte de las escuelas importantes de ciencia política.

Algunos científicos políticos norteamericanos dedicados al estudio de América Latina intentaron romper el aislamiento estableciendo conexiones a nivel teórico con paradigmas alternativos y a nivel institucional y personal con sus colegas de América Latina, que estaban buscando también visiones alternativas sobre el desarrollo social y político.¹⁰

Una consecuencia de los antecedentes expuestos es que, a diferencia de lo sucedido en otras regiones en desarrollo, el análisis político siguió en América Latina un curso menos "dependiente" de la ortodoxia predominante en el centro académico que en gran medida ha dominado el estudio de la política desde la segunda guerra mundial.

3. *Las diversas orientaciones y su clasificación*

Como se ha señalado en los numerales anteriores, han existido diversas orientaciones respecto al análisis del sistema político en América Latina. Su ordenación enfrenta por eso mismo, dificultades considerables. Dado el período relativamente corto que se considera, que va desde la posguerra hasta el momento actual, el criterio cronológico resulta inaplicable. Gran cantidad de autores son estrictamente contemporáneos y es prácticamente imposible establecer líneas de influencia entre ellos. Resulta muy difícil adoptar los supuestos ideológicos como criterios de clasificación, por cuanto los términos que designan a las ideologías ("democrática", "socialista", "liberal", "autoritaria", etc.), tienen tantos sentidos diversos que, para aplicarlos, parece no haber más que dos caminos: o bien no se adopta ninguna definición especial a efectos del texto, lo que haría caprichosa la clasificación en función de aquellos términos, o bien se adopta una definición explícita y convencional en el sentido de hecho a los solos efectos clasificatorios). Esta última, la única solución posible, tropieza con el grave inconveniente de que tal definición o es meramente formal o sería vista como una intromisión de la ideología de los autores de la obra, consecuencia casi inevitable cuando se trata de términos tan cargados de significaciones valorativas y emocionales. Se ha criticado mucho, y con razón, a

categorías también asociadas con la visión de política comparada norteamericana. Silvert, en *The conflict society: reaction and revolution in Latin America*, pp. 3-9, discute ampliamente las limitaciones del concepto de subdesarrollo utilizado por los portadores del paradigma dominante, respecto a América Latina.

¹⁰ Eso no significa negar la existencia de esfuerzos para incorporar la visión de la ciencia política que dominaba en los Estados Unidos. Un ejemplo sobresaliente de ella es el trabajo de Helio Jaguaribe, *Political development: a general theory and a Latin American case study*, ya citado, que se inclina por la utilización, aunque con algún sentido de crítica, de las ideas de Gabriel Almond y David Easton.

los análisis de los científicos políticos del norte que juzgan al sistema político latinoamericano según el patrón que ellos consideran ideal (que es, justamente, el que percibe como dominante en Estados Unidos). Idéntica crítica sería válida, si el patrón ideal que quisiera imponerse fuera el personal de los autores de esta obra.

Parece más razonable adoptar una clasificación que, convencional como todas, respete las grandes líneas divergentes de pensamiento, sin descuidar en su exposición los supuestos ideológicos y valorativos que puedan tener. Para ello, el esquema general citado es una guía útil. Como se ha señalado, la inmensa mayoría de los análisis políticos sobre América Latina parten de la visión sociocéntrica para la que la sociedad política es un producto. Dentro de los que admiten ese gran supuesto se dan, sin embargo, una serie de líneas de interpretación divergentes.

Una primera corriente, visible en los análisis pioneros sobre América Latina, encuentra una relación causal entre desarrollo económico y democracia; a qué tiende a producir ésta. Adoptando formas variables, esta hipótesis básica ha sido aceptada tanto por estudiosos latinoamericanos como norteamericanos, aunque con importantes reservas entre los primeros. A cada uno de estos grupos se dedican las dos secciones siguientes de este capítulo.

Un segundo enfoque tiende a mirar la ecuación de modo totalmente distinto: el desarrollo económico está correlacionado, por lo menos en América Latina, con la expansión del autoritarismo. A su análisis se dedica la sección siguiente.

Una tercera vertiente está constituida por aquellos que niegan la necesidad de las relaciones establecidas por las dos líneas anteriores, dando en cambio importancia considerable al problema del conflicto en términos de valores.

Una cuarta manera de ver (y otra sección) es la de los marxistas que permanecen dentro de los límites más o menos estrictos del punto de vista llamado sociocéntrico.

Inmediatamente después, se considera a los que han sostenido, lo que puede considerarse excepcional en América Latina, al menos entre sociólogos y científicos políticos, el primado de la sociedad política. Parten, por lo tanto de supuestos totalmente diferentes a los ya vistos.

También es importante, sobre todo en los últimos años el grupo de quienes han tratado de ir más allá de la antinomia sociocentrismo-políticocentrismo, buscando una síntesis que supere ambos puntos de vista. A esta manera de ver que, muy probablemente, cobrará importancia creciente en los futuros análisis latinoamericanos, se dedica la sección que sigue.

Aunque cada una de las diferentes orientaciones mencionadas se presenta en relación a los temas y problemas que consideran centrales, no pueden captarse sus diferencias, sino cuando se las ve funcionando alrededor de la interpretación de un mismo problema. Esta es la primera razón que ha llevado a incluir inmediatamente después, una sección sobre el populismo. La segunda razón, deriva de que ese tema, como es bien sabido, ha tenido una enorme importancia en la literatura política latinoamericana. La tercera, resulta de que la confluencia de las diversas orientaciones alrededor de él, sirve de útil

introducción a la última parte de este capítulo que considera las propuestas sobre el futuro político de América Latina y extrae algunas conclusiones derivadas del análisis examinado a lo largo de aquél.

Parece innecesario repetir, pero es bueno hacerlo, que esta clasificación podría ser sustituida por otras tan legítimas como ella, según los propósitos que se tuvieran en cuenta. Se la ha adoptado porque es útil como instrumento de ordenación de un material muy considerable. Como es natural, la colocación de un autor en una de las corrientes no significa que no tenga influencias o no recoja preocupaciones de otras sino, simplemente, que su dirección teórica central corresponde a ella.

II. DESARROLLO ECONÓMICO Y DEMOCRACIA. LA VERSIÓN LATINOAMERICANA

1. *La crisis oligárquica y la participación*

En las primeras elaboraciones de la orientación científica sobre el sistema político pueden distinguirse dos aspectos. Por una parte, diversos ensayos que tratan de explicar la formación del Estado latinoamericano, el papel de la oligarquía y su crisis. Por la otra, la tentativa teórica básica de relacionar el desarrollo económico con el desarrollo político.

El primer aspecto cobra importancia especial porque sobre él, salvo diferencias de detalle, se ha producido un acuerdo prácticamente unánime. Como se ha visto, para Medina Echavarría la América Latina posterior a la independencia se caracteriza por una relación simbiótica entre los dos principales grupos políticos: los conservadores, dueños de la tierra, cuya base económica y social era la hacienda y los liberales, élite comercial e intelectual de asiento urbano. Esa oligarquía mantuvo durante largo tiempo la integración política y manejó las tensiones y conflictos internos. Se constituyó en la fuerza rectora de la inserción de América Latina en el sistema de intercambio mundial y forjó al Estado como instrumento de acción política. Las luchas entre los distintos grupos oligárquicos eran la base de las guerras civiles que marcarían el principio del período inmediatamente posterior a la independencia. Asimismo la emergencia de un caudillo integrador denota la consolidación de un arreglo entre miembros de la oligarquía. Pero esta integración oligárquica tuvo sus límites. En diferentes momentos según los países, la estructura de poder tradicional se empezó a quebrar, a consecuencia del surgimiento de nuevos grupos que luchaban por ampliar la participación.

2. *La democratización creciente*

Germani continúa la exploración de este último problema y atribuye, como

otros,¹¹ un papel central al concepto de democratización creciente. A su entender hay una tendencia evidente en la marcha general de la historia latinoamericana, hacia la participación de todos los estratos en las actividades sociales, como consecuencia del desarrollo económico. En la esfera política ello se manifiesta sobre todo, en la trasferencia de lealtades desde la comunidad local hacia la nación, hacia un "Estado industrial" moderno que involucra complejos procesos ligados entre sí: desarrollo económico, desarrollo político y modernización social. Dentro del desarrollo político, Germani incluye la organización racional del Estado (en el sentido weberiano), el crecimiento de la capacidad de originar y absorber cambios en la estructura social, económica y política junto con el mantenimiento de un mínimo de integración o cohesión social y de una forma de participación que abarca toda o casi toda la población adulta.

Dentro de estos rasgos generales del cambio, Germani subraya la importancia de las particularidades culturales de cada sociedad que en parte se manifiestan en la naturaleza asincrónica de la transformación que influye a su vez, en la manera en que la participación creciente se inserta en el proceso de cambio. Afirma que es difícil determinar si la participación creciente constituye "una condición necesaria del desarrollo, o es una implicación del mismo, una consecuencia inevitable".¹²

Tal proceso se despliega en una serie de etapas de desarrollo y se puede dividir en dos grandes momentos: el de formación del Estado (o de consolidación de la oligarquía) y el de la quiebra de la integración oligárquica frente a las fuerzas que impulsan la participación creciente. Las tres primeras etapas del desarrollo político (guerras de liberación y proclamación formal de la Independencia; guerras civiles, caudillismo y anarquía; y las autocracias unificadoras) representan los momentos de la formación, consolidación e integración del régimen oligárquico. Las subsiguientes se refieren al rompimiento de esta integración oligárquica frente a las fuerzas de la participación creciente, inicialmente a través de la entrada de las clases medias y después de distintos grupos bajos.

Las dos primeras etapas pueden distinguirse de las cuatro posteriores, por cuanto representan el orden histórico en tanto que las siguientes no lo hacen estrictamente, ya que el ejemplo de muchos países muestra un alto grado de interpenetración entre ellas.

En vez de una historia esquematizada, pues, las etapas representan un modo de conceptualizar "la transición hacia un Estado nacional maduro, esto es, hacia la unificación y la organización política, el logro de ciertas precondiciones de desarrollo económico, cambios en la estructura social y ampliación progresiva de la participación social (incluida la participación política)".¹³

¹¹ Se pueden citar, por ejemplo, las obras de T. H. Marshall y de Karl Mannheim quienes están dentro de los antecedentes teóricos utilizados por Germani. Desde luego es posible remontar hasta Alexis de Tocqueville.

¹² En *Política y sociedad* ..., p. 114.

¹³ G. Germani y K. H. Silvert: "Estructura social e intervención militar en América Latina", en Torcuato S. Di Tella, G. Germani, J. Graciarena y colaboradores, *Argentina, sociedad de masas*, pp. 231-232.

La tercera etapa de las "autocracias unificadoras", tiene que ver específicamente con los pasos iniciales hacia la unidad nacional, la creación de un cierto orden y estabilidad dentro del marco institucional del Estado. Los dictadores que predominaban en la época pueden ser clasificados como "regresivos" o "iluminados", respectivamente según mantuvieran aislados a sus países del mercado mundial, o fomentaran el desarrollo económico, construyendo la infraestructura necesaria, y ligando sus economías a los mercados mundiales. Mientras la preocupación básica asociada con la tercera etapa es la unificación nacional, las posteriores están clasificadas según la extensión de la participación posible. La cuarta, por ejemplo, se denomina "democracias representativas con participación limitada u 'oligarquía'"; la quinta, "democracias representativas con participación ampliada". A la sexta etapa se le otorgan dos etiquetas que refieren a la relación entre movilización e integración y a la forma de participación discutida anteriormente; o "democracias representativas con participación total" o "revoluciones nacionales-populares".

El carácter de la participación conoce avatares diversos. En la cuarta etapa se da una situación cuya estabilidad dependía de la existencia de una clase media reducida que acompañaba la oligarquía dándole suficiente poder para "restar posibilidades a las intervenciones irracionales de otras fuerzas (particularmente militares) o por lo menos, encauzarlas en un sentido menos perjudicial para el funcionamiento de la instituciones de una sociedad en vías de modernización".¹⁴

El pasaje de una etapa a otra depende de las relaciones entre procesos sociales y orientaciones psicológicas. La clase media de la cuarta etapa, como resultado de un aumento de urbanización e industrialización (aunque a base de una relación causal no especificada) adquiere una autoconciencia de su poder potencial. Pero el movimiento desde la participación limitada hacia la participación ampliada no se hace efectivo sino a base de una alianza implícita o explícita entre esta clase media y la clase popular urbana excluida hasta entonces de la participación. En efecto, Germani destaca la importancia, como factor estabilizador, del carácter dualista de la sociedad en la cuarta etapa; la no participación de aquellos grupos en la periferia geográfica por razones de marginalidad psicológica,¹⁵ y la marginalidad política de los estratos populares dentro del centro geográfico, las zonas urbanas. La quinta etapa en cambio depende para su estabilidad, de la exclusión de los que están en la periferia y la formación de un consenso entre todas las clases del centro en torno al mantenimiento del juego de las instituciones dentro de tales límites de participación.

¹⁴ *Política y sociedad*, pp. 198-199.

¹⁵ Germani comenta que la sociedad está dividida en dos áreas, el área de modernización o central, y la periferia donde predominan patrones tradicionales de conducta y donde como consecuencia (otra vez la relación causal entre estructuras y valores) "la gran mayoría de la población permanece pasiva en el proceso político no ya porque se la excluya (por ejemplo, a través de formas legales o ilegales de limitación de sufragio), sino y sobre todo, por cuanto su mentalidad y nivel de aspiraciones y expectativas están 'ajustadas' a las posibilidades y condiciones concretamente ofrecidas por el tipo de estructura en que viven". *Ibidem*, p. 199.

La última etapa, de participación total, puede tener forma democrática o autoritaria. Las consecuencias de esta elección se verán más adelante, en el contexto de un examen más detallado de la polémica sobre la participación, la democracia y el populismo.

3. *El acuerdo sobre el sistema oligárquico y su quiebra*

Prácticamente todas las corrientes del análisis político están de acuerdo con las ideas que se acaban de exponer relativas al poder oligárquico y a su quiebra. Esa visión global de la marcha de la historia se acompaña, además, de acuerdos sobre algunos elementos de la estructura del poder oligárquico. Es en tal sentido que debe subrayarse la importancia de la noción de caudillismo y su complementaria de caciquismo,¹⁶ es decir de una división de autoridad y un sistema de gobierno a base de la existencia de líderes militares autoproclamados quienes lograron consolidar sus bases de poder generalmente en zonas rurales a través de la formación de ejércitos privados y en algunos casos consiguieron extenderlo al sistema político nacional.

Otro elemento de esa estructura de poder está en la existencia, en la mayoría de los casos (con la excepción notable del imperio brasileño) de una democracia formal o de ciertas formas aparentes de democracia que, sin embargo, han sido más respetadas en la teoría que en la práctica, lo que da origen al juicio, tan repetido de que las constituciones democráticas latinoamericanas son esencialmente normativas, pero no representan la práctica efectiva.

Medina ha sugerido una explicación de la distancia entre lo formal y lo práctico según la cual "los países latinoamericanos surgieron a la independencia impulsados por la pretensión liberal".¹⁷ Pero tanto en América Latina como anteriormente en Europa (a la inversa de la situación norteamericana), el liberalismo puso más énfasis en el aspecto "constitucional" que en el aspecto participatorio de la idea de la democracia, es decir, "en la doctrina de que todos los individuos como personas tienen derechos propios e inalienables aparte e independientemente de cualquier forma de participación".¹⁸

Se puede suponer que estos derechos eran reales únicamente para aquéllos que efectivamente estaban incorporados al sistema, pero lo importante es que tal forma de entender el liberalismo, en parte explica la falta tanto de real interés como de la práctica de la democracia participatoria. No era, de hecho, el contenido de las posturas liberales de los próceres de la independencia y menos, en muchos casos, de sus sucesores.

¹⁶ Este término es equivalente al de "coronelismo" en el Brasil. El trabajo clásico sobre el tema es la obra de Víctor Nunes Leal, *Coronelismo, enxada e voto: O município e o regime representativo no Brasil* (Rio de Janeiro, 1948).

¹⁷ José Medina Echavarría, *Discurso sobre política y planeación* (Siglo XXI, México, 1972), p. 47.

¹⁸ *Ibidem*, p. 43.

4. *Las dudas sobre la correlación entre desarrollo económico y desarrollo político*

Las dudas sobre la correlación entre desarrollo económico y desarrollo político ya iniciadas en los autores recién examinados, se afirman rápidamente dentro de las teorías que aceptan el marco de la modernización. Proviene de fuentes diferentes. Por una parte, de un análisis más preciso del sistema político latinoamericano. Graciarena, que es uno de los pioneros en plantearlas, le atribuye varios rasgos. En primer lugar, que el proceso político formal tiene mucho menos importancia que los mecanismos de fuerza, como se muestra en que el modo más común de sucesión sea el golpe militar. El segundo rasgo, es que amplios sectores de la población quedan marginados del proceso político. El tercero, es la falta de cohesión política en torno al gobierno cuyo nivel de legitimidad real es bajo. En gran parte como consecuencia de los anteriores se anota un cuarto rasgo: la estabilidad y la continuidad de los gobiernos dependen y han dependido de las posibilidades de formulación de compromisos políticos "que implicarán el respaldo de los más importantes 'factores de poder' y grupos de presión", lo cual a su vez "ha significado alguna forma de privilegio o beneficio económico que ha gravitado negativamente sobre las posibilidades de desarrollo".¹⁹ Por lo tanto "la cooperación política ha sido lograda mediante la utilización de los recursos del presupuesto y adecuando (o distorsionando si se prefiere) la política económica del Estado a las necesidades de la asignación de oportunidades excepcionales y directamente de recursos a los sectores privilegiados".²⁰

La consecuencia más clara de una situación de este tipo es que "el Estado se ha vuelto ahora una presa mucho más codiciada que en el pasado y de ahí la acentuación de la lucha política por monopolizar el dominio de la política económica. Una situación de este tipo podía ser estable si hubiera la posibilidad de conciliar los más fuertes intereses en pugna de manera de lograr un cierto nivel de cooperación entre ellos. Pero esto se está haciendo cada vez más difícil debido sobre todo a la situación general de estancamiento económico de la mayoría de los países latinoamericanos".²¹

Por lo tanto Graciarena cree necesario revisar las ideas normalmente aceptadas acerca de la relación entre desarrollo económico y desarrollo político, que puede explorarse en dos direcciones. La primera, se refiere a la forma en que el sistema político se adapta, para poder sobrevivir, a los cambios que el desarrollo económico introduce en la sociedad. Cita con aprobación, como ejemplo de ese análisis, el de Solari,²² que había tratado de demostrar, respecto al caso uruguayo, la manera en que un sistema político se va flexibilizando para

¹⁹ Jorge Graciarena, *op. cit.*, p. 36.

²⁰ *Ibidem*, pp. 36-37.

²¹ *Ibidem*, pp. 43-44.

²² Aldo E. Solari, "Impacto político de las diferencias internas de los países en los grados e índices de modernización y desarrollo económico", en *Estudios sobre la sociedad uruguaya* (Montevideo, 1965), tomo II. El trabajo fue presentado a una conferencia realizada en septiembre de 1964 y su análisis sólo llega a comienzos de la década del 60 respecto al Uruguay.

permitir la participación de nuevos grupos y élites, incorporándolas a la vida política. Un ajuste gradual de esa naturaleza implica, según Solari, un retardo en el ritmo de crecimiento, debido a la necesidad de pactar con los más diversos sectores. Ese enlentecimiento del ritmo de crecimiento puede, a su vez, poner en peligro el compromiso trabajosamente logrado y así sucesivamente. En otras palabras, el ajuste gradual del sistema político a las nuevas condiciones creadas por el desarrollo económico influye sobre el ritmo de éste, lo que actúa, a su vez sobre el primero. La relación entre sistema político y desarrollo económico es concebida, en las circunstancias especiales a que se refiere el autor, no en forma lineal, sino biunívocamente.

Solari parte de la teoría de la modernización y el problema que trata de explicar es el de la influencia de las discontinuidades sociales internas en el pasaje de la sociedad tradicional a la moderna, examinando, entre otras, aquellas provocadas por la rápida industrialización. Sostiene que no es exacta la idea de que ese fenómeno produce necesariamente una ruptura en el sistema político, como se cree habitualmente. Considera que esta hipótesis postula "un estricto condicionamiento del subsistema político por el económico" y que "tal idea parece ser errónea".²³ El que la industrialización, producida a ritmos análogos, a veces produzca ruptura y otras no, muestra que deben examinarse las características mismas del sistema político, que adquiere así cierta autonomía como factor explicativo.

Graciarena, en cambio, se preocupa por las condiciones en que el ajuste recíproco y gradual se vuelve imposible, lo que lleva inevitablemente a la ruptura de la continuidad y al conflicto. Recuerda que Silvert, en *La sociedad problema*, ha sostenido que en América Latina se han invertido las secuencias causales entre sociedad y desarrollo que se dieron en los países de desarrollo originario. En estos últimos, los cambios económicos producían cambios ocupacionales, éstos transformaban a las clases sociales, se cambiaban las ideologías y, por fin, el sistema de poder. En lo esencial, la secuencia iba del desarrollo económico al sistema político. En América Latina, en cambio, la causalidad sería primordialmente ideológica y política. Graciarena no se compromete decididamente con esta opinión pero subraya el carácter estratégico que asume el sistema político en una situación como la latinoamericana.

Para caracterizar la relación sistema político-desarrollo, se basa en la tipología propuesta por Apter que, como se sabe, ha distinguido tres tipos ideales ("movilización", "reconciliación" y "autocracia modernizante") pero al centrar más el análisis en la acción que en la estructura del sistema político, prefiere cambiar la nomenclatura de aquél y clasificar los sistemas políticos en "orientados hacia el desarrollo" y "orientados hacia el compromiso".

La política de compromiso puede caracterizarse por los acuerdos tácitos o manifiestos entre grupos políticos cuyo fundamento principal consiste en el reconocimiento y aceptación de los intereses de los grupos que participan en dicha política. Supone, por tanto, la legitimidad de los grupos mismos. El compromiso, consecuentemente, gira en torno a la definición y delimitación de

²³ *Ibidem*, p. 161.

las áreas cubiertas por los intereses reconocidos y legitimados y la instauración de mecanismos de institucionalización del conflicto entre los diferentes intereses representados. Supone pues, la afirmación de la importancia de conservar el *statu quo*, aunque esto pueda coincidir con un forcejeo sobre las fronteras de las áreas comprendidas por los diferentes intereses reconocidos. Una vez establecido el sistema, se soslayan o postergan los problemas que puedan ponerlo en jaque.

¿Cuál es la probabilidad que un compromiso de esta naturaleza tiene de ser estable? Deben considerarse dos aspectos: la relación de los grupos que participan en el compromiso y su efecto sobre la sociedad global. "Al parecer el compromiso puede proporcionar cierta estabilidad al sistema político sólo cuando el grado de desarrollo es alto y al mismo tiempo existe un buen ritmo de crecimiento. Pero ya se ha señalado que en el subdesarrollo hay una correlación bastante sostenida entre los sistemas orientados hacia el compromiso y un bajo ritmo de desarrollo".²⁴

Cuando el grado de desarrollo es bajo, el compromiso afecta el ritmo de crecimiento y puede llegar a paralizarlo, porque:

i] la distancia entre los diferentes grupos será mucho mayor en una sociedad dual o plural, con grandes discontinuidades estructurales internas, que en una sociedad moderna e integrada. En ésta, los intereses de los grupos se han homogeneizado, estableciendo amplias bases para el acuerdo. En un país subdesarrollado, la industrialización está subordinada a la producción agrícola o minera, de la cual debe tomar los recursos, con lo que se crea un conflicto permanente, que termina en el enervamiento de las fuerzas desarrollistas, las que para mantener el compromiso, renuncian a la transferencia de ingresos necesarias;

ii] cuando el grado de desarrollo es bajo, su aumento depende en mayor medida de la promoción política, desde que el impulso de las fuerzas económicas espontáneas no sólo es débil sino que enfrenta múltiples interferencias;

iii] un sistema de poder, cuya estabilidad depende de una política de compromiso se encuentra en sus relaciones externas en una relación de doble subordinación: del rol de la inversión externa; y porque su debilidad da muchas oportunidades para la intervención exterior.

Todo esto demuestra que la política de compromiso, en las sociedades latinoamericanas, tiene un significado muy diferente al que asume en las sociedades desarrolladas.

No hay que olvidar, como parece haberlo hecho Apter, que un sistema de esta naturaleza no puede vincular "sino a los grupos que se encuentran en la cúspide social, que en el subdesarrollo no alcanzan a articular y representar todos los intereses socialmente significativos".²⁵

Las variables esenciales son, pues, el grado de desarrollo, el ritmo de desarrollo y la capacidad del sistema político. Cuando éste es de compromiso y el grado de desarrollo es bajo, la necesidad de incluir y contemplar los diversos grupos en la cúspide tiene como costo el limitar el ritmo de crecimiento o

²⁴ *Ibidem*, p. 86.

²⁵ *Ibidem*, p. 89.

hacerlo desaparecer. A su vez, tal hecho aumenta las presiones de los grupos marginales, creando lo que el autor llama un dilema de hierro para el sistema político: la satisfacción de las demandas de los grupos estratégicos se vuelve incompatible con la de los grupos marginales y viceversa. De ahí un elemento de inestabilidad que refuerza la incapacidad del sistema para producir decisiones coherentes que lleven al desarrollo.

5. *Desarrollo político y modernización*

Las elaboraciones de algunos autores latinoamericanos entre muchos,²⁶ presentados anteriormente, que parten de suponer que el desarrollo económico determina lo que ocurre con el sistema político, sus relaciones con la democracia y las dudas sobre la validez del supuesto, permiten algunas comprobaciones.

Así resulta evidente que ni siquiera las formas más características de la teoría de la modernización, como la de Germani, postulan relaciones estrictamente mecanicistas entre desarrollo económico y democracia o sistema político en general, a diferencia de los autores que se van a considerar en la próxima sección.

No tendría sentido reiterar aquí, las críticas a la teoría de la modernización en general. Ellas son válidas para la interpretación que da Germani del problema político pero en este aspecto el esquema se vuelve más flexible. Incluso, la muy discutible hipótesis sobre la asincronía lo lleva a ocuparse del problema político de una manera mucho más concreta. Efectivamente, su explicación, sobre todo del caso argentino, gira alrededor de la existencia de una asincronía, que se convierte en una discrepancia entre la modernización de la sociedad en todos sus aspectos y lo que ocurre con el sistema político. El sistema político argentino, está notablemente retrasado en relación a los demás aspectos básicos de la estructura social (urbanización, alfabetización, grado de desarrollo, etc.). La necesidad de determinar la naturaleza de esa asincronía lleva necesariamente a un análisis detallado del sistema político.

Más importante todavía, es el hecho de que para Germani la verdadera correlación es entre desarrollo económico y aumento de la participación, no entre aquél y la democracia como lo muestra, entre otras cosas, el hecho de que en la etapa de la participación total ésta puede ser democrática o autoritaria.

También resulta evidente que las dificultades de la teoría de la modernización como esquema explicativo, ya aparente en Germani, se vuelven cada vez más claras. En este aspecto tanto el análisis de Graciarena como el de Solari son representativos de las dudas que muchos representantes de esa corriente comienzan a tener a principios de la década del 60. Ambos parten de la teoría de la modernización y reflexionan sobre situaciones en que supuestamente está dándose el pasaje de una sociedad tradicional a una moderna. Ambos de-

²⁶ Glaucio Soares ha publicado numerosos trabajos postulando una estricta determinación del sistema político por el económico aunque inclinándose preferentemente por las formulaciones más comunes en Estados Unidos, en vez de las latinoamericanas.

finen el desarrollo pura y simplemente como crecimiento económico; cuando hablan de "grado de desarrollo" se refieren al producto nacional por habitante y cuando mencionan ritmo de desarrollo, a la tasa de crecimiento de ese producto. Ambos por último, en trabajos posteriores, abandonan el marco teórico de la modernización. En ese momento, sin embargo, no sólo plantean dudas acerca de la relación desarrollo económico-sistema político, sino que afirman expresamente, cierta autonomía de lo político, en el sentido de los efectos que puede producir sobre el ritmo de crecimiento. Esto los lleva, sobre todo a Graciarena, a un análisis del sistema político como orientado hacia el compromiso.

Esta última preocupación explica, quizás, que si bien afirman cierta autonomía de lo político, no hagan una exploración sistemática de su significado. Esta es la principal crítica que se les puede formular. El análisis de Graciarena es más rico y completo que el de Solari pero no aporta muchas más luces sobre esta cuestión. Reflexiona sobre la enorme importancia estratégica del Estado, que Solari no consideró por estar fuera de su tema, pero aun en este punto hay una cierta ambigüedad no disipada. En algunas partes, la importancia estratégica del Estado parece referirse a que su papel en el desarrollo es mayor que en las sociedades de desarrollo originario. En otras partes, el Estado resulta estratégico para los grupos sociales que necesitan dominarlo o presionarlo. En este aspecto, hay una influencia perceptible de las conocidas hipótesis de Merle Kling que se examinarán en la sección siguiente. Es evidente, que ambas maneras de concebir la importancia estratégica del Estado no son excluyentes ni contradictorias; por el contrario, proporcionan dos líneas de análisis extremadamente ricas en materia, justamente, de la autonomía de lo político, pero esas líneas sólo son exploradas parcialmente.

Pero no terminan allí los problemas. Graciarena caracteriza el compromiso de manera que, por un lado, sufre presiones de fuera, procedentes por ejemplo de las masas marginales y, por otro, hay tensiones internas derivadas de los intereses antagónicos de los grupos que lo pactan. En cambio, no juega prácticamente ningún papel en el análisis el hecho fundamental de que los que están dentro del pacto pueden recoger las presiones de fuera y en alguna medida limitada y en ciertas coyunturas incluso alentarlas, para mejorar su posición en el pacto. La explicación de Graciarena es dinámica, pero lo hubiera sido mucho más de explorar la cuestión que se acaba de señalar.

Incluir esa consideración hubiera tenido probablemente otra consecuencia de importancia. La conclusión básica de Graciarena es que un sistema político orientado hacia el compromiso termina disminuyendo o eliminando el ritmo de crecimiento, cuando el grado de desarrollo es bajo. El caso de Colombia reúne a su entender todas las características para validar esa hipótesis. Pero es sabido que años después, bajo el mismo pacto institucionalizado, el ritmo de crecimiento de la economía colombiana fue muy alto. El que tal desarrollo haya sido excluyente y beneficiado poco o nada a las masas marginales, lo que no se discute aquí, no altera en nada esta observación ya que la hipótesis básica dice que en un sistema orientado hacia el compromiso no habrá desarrollo pura y simplemente, sin mención a su mayor o menor "inclusividad".

Ahora bien, una de las razones por la que, en ciertas condiciones histórico-estructurales, el compromiso puede ser compatible con un alto ritmo de crecimiento podría ser —por lo menos en una hipótesis a someter a prueba— que ciertos grupos incluidos en el compromiso se apoyen en las presiones de fuera para aumentar su peso y que esto lleve a una modificación del pacto, favorable al logro de un ritmo sostenido de crecimiento. Dicho de otra manera, la exploración de esta cuestión de la inclusión de presiones externas como arma dentro del compromiso hubiera llevado quizás a ser más prudente sobre la relación entre sistema de compromiso y desarrollo, interpretado como ritmo de crecimiento. No hay que olvidar, además, y ésta sería una última crítica tanto a Graciarena como a Solari, que el ritmo de crecimiento de una economía sólo en parte depende de los caracteres del sistema político, y esa parte puede ser muy pequeña en determinadas coyunturas.

III. DESARROLLO ECONÓMICO Y DEMOCRACIA. LA VISIÓN NORTEAMERICANA

1. *Desarrollo limitado e inestabilidad política*

Se discutirán aquí las contribuciones norteamericanas que parten del carácter determinante del desarrollo económico sobre la democracia y el sistema político, comenzando con el análisis de la teoría de Merle Kling para explicar la inestabilidad política. En definitiva, si se parte del postulado de que el desarrollo tiende a producir la democracia al nivel político y se comprueba que esta última no se da en América Latina, nada más lógico que explicar ese hecho por las características especiales de la estructura económica latinoamericana. Es lo que intenta hacer Kling,²⁷ y que ha tenido extraordinaria influencia. Como señala con razón Ianni, la gran mayoría de los estudios posteriores sobre “ilegitimidad política”, “inestabilidad”, “violencia”, etc., “revelan la influencia directa o indirecta de aquél. En algunos casos ha habido la preocupación de fundamentar empíricamente las explicaciones; en otros, la de refinar el tratamiento metodológico del asunto. En casi todos los casos, en tanto, persisten los marcos interpretativos y de referencia empírica presentados por Kling, es decir, la ‘inestabilidad política’ peculiar a las sociedades latinoamericanas se encara como el resultado de una contradicción entre la realidad económica y las exigencias de la legitimidad política”.²⁸

Kling presenta una teoría del poder y de la inestabilidad política verificable a través de la experimentación histórica de América Latina, y que servi-

²⁷ Merle Kling, “Hacia una teoría del poder y de la inestabilidad política en América Latina” en *Western Political Quarterly*, vol ix, núm. 7 (marzo 1956), pp. 2-35. Incluido también en James Petras y Maurice Zeitlin (comps.), *América Latina ¿reforma o revolución?* (Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1970), cuya edición se cita.

²⁸ Octavio Ianni, *Sociología da sociologia latinoamericana* (Civilização Brasileira, Río de Janeiro, 1971), p. 58.

ría de guía para investigaciones, al mostrar elementos causales que van más allá del análisis de episodios políticos aislados.

La inestabilidad política en América Latina se distingue —según Kling— por tres características: es crónica; a menudo va acompañada de una violencia limitada; no produce desplazamientos fundamentales en las orientaciones económicas, sociales o políticas.²⁹

Es decir, que en América Latina, los bruscos cambios de personal gubernamental a través de la violencia, constituyen fenómenos regulares y repetidos. La crítica de Silvert afirmando que si esta forma de alterar gobiernos es tan regular y tan regularizada que no sería una muestra de inestabilidad, sino de estabilidad, del hecho de que las cosas marchan como de costumbre,³⁰ resulta un tanto terminológica y no afecta la validez de las tesis en estudio. No debe olvidarse que Kling incluye dentro de su muestra de inestabilidad fenómenos como el continuismo, es decir, “la prolongada ocupación de la presidencia por un caudillo fuerte” que, según él “representa en su esencia la cara opuesta de la moneda de la inestabilidad política”. El continuismo significa no la falta de inestabilidad política sino la represión efectiva de las rebeliones potenciales incipientes por caudillos en pugna entre sí. En rigor, se puede considerar al continuismo como la perpetuación en el puesto por medio de una serie de golpes preventivos.³¹

Kling identifica la inestabilidad política con el fenómeno de “revolución de palacio” tal como la definen Lasswell y Kaplan, que produciría un “cambio de gobierno sin los correspondientes cambios de la política gubernamental”, afirmando que “la violencia está virtualmente presente; el cambio fundamental está siempre virtualmente ausente”.³²

La fuente de esta estabilidad se encuentra en el carácter de la economía de América Latina, caracterizado por el control de la tierra en manos de una pequeña minoría, que tiene, sin embargo, una independencia de acción limitada.

Igual situación se encuentra en el campo minero. El control de la riqueza minera por elementos extranjeros “introduce un elemento externo de freno sobre el ejercicio del poder para las fuerzas y movimientos nacionales”.³² Siendo la base del poder la condición económica, la industrialización abriría caminos hacia su redistribución radical, pero no ha alcanzado el nivel que produciría un desplazamiento de las bases económicas convencionales del poder, es decir, el agro y la minería.

Todo esto conduce a una situación en la que, dado el dominio relativamente estático de las bases económicas convencionales del poder y el que ellas se correlacionan con el ejercicio real del poder político, “el dominio del aparato del gobierno como base dinámica del poder constituye una excepcional ven-

²⁹ Kling, *op. cit.*, p. 75.

³⁰ Silvert, *The conflict society*.

³¹ *Ibidem*, p. 77.

³² *Ibidem*, p. 78.

³³ *Ibidem*, p. 83.

taja económica. En tanto que las bases convencionales del poder limiten en forma efectiva la movilidad en materia de posición económica, el control del gobierno proporciona un camino extraordinariamente dinámico hacia la riqueza y el poder".³⁴

El gobierno es un camino hacia la movilidad frente a la carencia de posibilidades en el campo económico. Dada una revolución de expectativas crecientes, los que no tienen poderío económico, están obligados a recurrir al poder político para satisfacer sus ambiciones, pero ni la dictadura, puede modificar las bases económicas tradicionales, aunque permita el acceso a ellas.

Este análisis resulta valioso y mucho más considerando el momento en que fue escrito y el hecho de que, posteriormente, se encuentren, sobre todo entre los norteamericanos, tesis por cierto mucho más ingenuas que las que él propone. Sin embargo, son pertinentes una serie de críticas. En primer lugar, acepta la concepción dualista de la sociedad latinoamericana, cuyas críticas ya han sido expuestas, lo que exime de repetirlas aquí. En segundo término, como señala Ianni, no explica por qué las estructuras económicas dominantes internas o las fuerzas externas que también tienen ese carácter, no son capaces de imponer un régimen estable. Esta objeción es importante porque "Kling fundamenta el análisis en una especie de determinismo económico, pese a su intención de desarrollar una interpretación que lleve a aprehender las contradicciones entre lo económico y político y viceversa".³⁵

Tampoco queda claro por qué la industrialización no se desarrolla más, ni se explica que países con niveles de industrialización relativamente altos presenten "inestabilidad" semejante a otros en los que prácticamente no ha habido industrialización.

A estas tres críticas, Ianni agrega, que el análisis se apoya en el supuesto de una legalidad políticoconstitucional, cuyo paradigma es una cierta visión de la democracia norteamericana. Por último, le reprocha que el propio concepto de inestabilidad revela un carácter externo, impresionista, de la perspectiva adoptada. Su contrapartida lógica, la idea de estabilidad, no es aplicable si quiera a la sociedad norteamericana, "a no ser que se tome la regularidad de las elecciones como criterio único, dejando de lado los *riots*, los asesinatos políticos y las guerras".³⁶

Estas últimas críticas parecen menos importantes que las primeras. Si bien es cierto que Kling adopta el paradigma que se le atribuye y que puede afirmarse, según los criterios que se usen, la existencia de inestabilidad también en la sociedad norteamericana, estas consideraciones no invalidan, como lo hacen las otras mencionadas, las hipótesis para explicar un fenómeno que cualquiera sea el nombre que se le dé, existe en América Latina.

Parece razonable agregar que la misma justicia de la crítica acerca de que Kling no explica el hecho de que sociedades con muy diferentes grados de industrialización sean todas inestables, llevaría a pensar que la tesis básica del autor es tanto más defendible cuanto más subdesarrollada es una sociedad,

³⁴ *Ibidem*, p. 87.

³⁵ Ianni, *op. cit.*, p. 59.

³⁶ *Ibidem*, p. 60.

con lo que su vicio es su pretensión de aplicarse a toda América Latina porque en toda ella se da el fenómeno de la inestabilidad.

2. *Democracia y modernización*

Un producto típico de la ciencia política norteamericana es el análisis basado en una posición ideológica liberaldemocrática que surge en su forma más inocente y menos sofisticada, para luego presentarse en versiones más complicadas y más conscientes de tales complejidades. La visión inicial se encuentra en Martin C. Needler quien ve en el proceso de modernización la probabilidad de la expansión de la participación, de cambios en el papel del gobierno y en su capacidad para llenar esos papeles. Needler concluye que como consecuencia de alteraciones en el producto nacional bruto, en la proporción de la población que vive en zonas urbanas y de los demás procesos de desarrollo económico y social que están ocurriendo en América Latina, "una porción creciente de la población está expuesta a la modernidad y la cultura nacional, en vez de quedar aislada en patrones tradicionales y provinciales de actitudes y comportamiento. La gente se vuelve más consciente de la existencia de la nación a la que pertenece y cada vez más da su lealtad a la nación en vez de a la localidad".³⁷

Como consecuencia de este proceso de movilización social, se produce un aumento de la participación y de la integración casi automáticos.

Los cambios ocurren no sólo en el alcance de la participación, sino también en la calidad de la organización gubernamental, los gobiernos alteran sus papeles en tanto se extiende el conocimiento técnico y económico y toman, aparentemente en forma automática, un papel económico activo.

En suma, el proceso de desarrollo económico y social lleva a la participación política, al respeto por la autoridad constitucional y al reforzamiento de las instituciones políticas. Sin embargo, surgen algunos problemas puesto que "la participación pone las instituciones bajo tensión. La tarea difícil que enfrentan hoy los hombres de Estado en América Latina, es combinar participación y constitucionalidad; guiar el proceso de la construcción y fortalecimiento de las instituciones, permitiendo al mismo tiempo, que la política pública y procesos de su formación reflejen las realidades de la participación masiva en la política".³⁸

El éxito para superar esas tensiones es más probable, para Needler, en países como Chile que tienen fuertes estructuras tradicionales de gobierno o cuando el proceso de la extensión de participación es gradual. No considera

³⁷ Martin C. Needler, "Political change as development and reform", en Martin C. Needler (comp.), *Political systems of Latin America* (Van Nostrand Reinhold Company, Nueva York, 1970), p. 577. La primera edición es de 1964 y recoge trabajos anteriores a esa fecha. Russel H. Fitzgibbon "How democratic is America Latina", en *Interamerican Economic Affairs*, vol. IX, núm. 4, 1956 y en otros artículos había expuesto una concepción similar tratando, además, de clasificar a los países latinoamericanos según su mayor o menor grado de democracia.

³⁸ *Ibidem*, p. 579.

positivas a las revoluciones, aunque sean consecuencia de la rigidez de los que tienen el poder. Los costos serían —a su juicio— demasiado altos.

3. *Contendores de poder y política tentativa*

El libro de Charles W. Anderson,³⁹ representa la versión más sofisticada de la corriente en estudio. Este autor acepta el papel primordial del Estado en la promoción del desarrollo, considerando secundaria la apertura de posibilidades de participación en el nuevo orden; es decir, que se coloca en una posición “desarrollista” y no “distributivista” respecto al foco principal del desarrollo social. Afirma: “Esencialmente, la misión desarrollista del Estado-nación latinoamericano contemporáneo es primero la de integrar las capacidades productivas ligadas a los sistemas económicos alternativos dentro de la economía nacional moderna y, segundo, poner a disposición de todos los ciudadanos la capacidad y la oportunidad de participar plenamente en ese orden social y económico”.⁴⁰ El hecho de ordenar así las tareas no resulta, dado el contexto total de su trabajo, mera casualidad, puesto que el desarrollo económico es visto como la fuerza motriz del proceso.

En esa marcha hacia el desarrollo, el Estado juega un papel crítico, pero hay que considerar sus fallas. No existen los prerequisites políticos, en tanto exista inestabilidad política, corrupción e incompetencia en el aparato estatal. El Estado no tiene suficientes recursos ni de consenso, ni de coerción, ni económicos, lo que se explica por la naturaleza especial del sistema político latinoamericano.

La política latinoamericana es tentativa, en el sentido de que la forman grupos, a los que Anderson llama “los contendores de poder”, que buscan demostrar sus capacidades de ejercerlo. Entre ellos se da un proceso de conciliación de intereses y de arreglos sobre los términos de la acción que limitan estrictamente las posibilidades de cambio. Sólo se admiten nuevos contendores cuando han demostrado capacidad de poder y, además, brindan seguridad de no dañar la capacidad de participar de otros contendores. En otras palabras se puede agregar nuevos contendores pero no eliminar a los viejos.

Anderson explica la génesis de este proceso aduciendo que existe un consenso imperfecto sobre la naturaleza del régimen político, puesto que “en América Latina, ninguna técnica especial de movilización de poder político, ningún recurso político específico, es considerado más apropiado a la actividad política que otros. Ninguna fuente específica de poder político es legítima para todos los contendores por el poder”.⁴¹

En ese sentido, Anderson ve la democracia como uno entre varios mecanismos de movilización que existen de hecho, como una alternativa más.

³⁹ Véase *Politics and economic change in Latin America: the governing of restless nations* (van Nostrand Reinhold, Nueva York, 1967).

⁴⁰ *Ibidem*, p. 54.

⁴¹ Anderson, *op. cit.*, p. 90.

El juego de poder en América Latina no se entiende en términos de normas constitucionales o reglas del juego democrático, lo que no impide comprender las normas que definen el juego político. Para hacerlo adecuadamente es necesario distinguir dos elementos: los contendores de poder, vale decir, cualquier individuo o grupo que busca implementar sus demandas y controlar la asignación de valores a través de la maquinaria del Estado o crear una fuente específica de poder legitimado por la sociedad, a través del ejercicio del segundo elemento a considerar, esto es, las capacidades de poder que son ciertas propiedades del grupo o del individuo que habilitan para ser políticamente influyente, en otras palabras, que son un recurso político.

Anderson postula que "existe una variedad de contendores de poder utilizando o compitiendo por una capacidad de poder similar y un sistema político que no legitima una sola capacidad de poder, sino que incluye a varias de ellas".⁴²

Estos caracteres influyen sobre el significado de las elecciones que "son solamente relevantes para aquellos que poseen ciertos apoyos y talentos específicos, para quienes tienen la capacidad de agregar consenso a través de partidos políticos y movimientos y de los instrumentos de comunicación de masas".⁴³

Para los demás, cuyo poder no deriva de esa forma de apoyo popular las elecciones miden la fuerza de otros, pero no determinan quiénes van a gobernar. Como consecuencia, los resultados de una elección son tentativos, pendientes de la aceptación o el rechazo por parte de los demás contendores de poder.⁴⁴

Este sistema político funciona a través de la demostración de las capacidades de poder. Cada contendor busca lograr el reconocimiento de los demás, por lo cual "el proceso político consiste en la manipulación y negociación entre los contendores por el poder reconociendo recíprocamente sus respectivas capacidades de poder"⁴⁵ y como consecuencia de esta manipulación constante, el proceso y el sistema político son tentativos.

El cambio en el sistema político es limitado, ya que se reduce a la apertura a nuevos contendores, quienes están obligados a dar garantías sobre su poderío y sobre su disposición a respetar los intereses y bases de poder de los demás actores políticos. Los conflictos y crisis en América Latina se refieren, según Anderson, a la distribución de los beneficios de la política y a la cuestión del acceso o falta de acceso al sistema.⁴⁶

América Latina no es un continente de revoluciones ya que éstas implican la eliminación de alguno de los contendores por el poder y, por otra parte,

⁴² *Ibidem*, p. 91.

⁴³ *Ibidem*, p. 94.

⁴⁴ Parece que en esta visión, el análisis tradicionalmente hecho del significado de la votación de un determinado acto electoral, perdería mucha de su importancia ya que su contribución a predecir el futuro político real es limitado, pero mantendría su significado para comprender la situación de aquellos contendores que no tienen otro tipo de apoyo.

⁴⁵ *Ibidem*, p. 97.

⁴⁶ Como se verá esta posición distingue a Anderson de otros autores. Dado que ve al sistema político como "tolerando" una variedad de fuentes de poder, descarta nociones tales como "guerra de clases" y "resistencia al cambio".

únicamente una pequeña proporción de la población total tiene canales de acceso a los grupos o individuos que toman las decisiones.

En otras sociedades tal influencia se manifiesta en general a través de la representación de intereses. Pero tal proceso es, según Anderson, muy impreciso. No existe en América Latina la infraestructura que permita la comunicación adecuada al centro de decisiones, ni la información necesaria para apoyar las posiciones de los diversos intereses. De hecho, frente a la falta de participación de una gran porción de la población y a la representación imperfecta e imprecisa de quienes están capacitados para hablar, el dilema del estadista se hace mayor. Ello vuelve al punto de partida. A pesar de la demanda para el desarrollo económico y el papel importante que le toca al Estado, la debilidad del sistema político limita el alcance de sus acciones.

Muchas de las críticas que merece el análisis de Anderson aparecerán explícita o implícitamente, en los autores que se exponen posteriormente. Sólo cabe hacer notar que si bien llega al máximo nivel de refinamiento dentro de la corriente que ve en el desarrollo económico y la modernización el primer motor del sistema político, no sobrepasa el alcance por Kling. Es un hecho notable la inexistencia de un progreso continuo dentro de las elaboraciones de esta corriente. Needler y Fitzgibbon son mucho menos sofisticados que Kling, pero el nivel de lucidez vuelve a elevarse con Anderson.

Muchos de los aciertos que pueden encontrarse en Anderson se dan más al nivel descriptivo que al interpretativo. A menudo, se trata de la enumeración de ciertos rasgos conocidos utilizando un lenguaje más complejo que el usual, que no deja de contener algunas sugerencias de interés. En cambio, en el aspecto interpretativo, no va más allá de nociones bastante elementales sobre el papel del desarrollo económico y recurre a una utilización relativamente simple del esquema dualista. Así como el análisis de Kling parece relacionarse con lo que ocurre en los países más subdesarrollados de América Latina, el de Anderson se ajusta a países tipo Colombia y no a la Argentina, por ejemplo.

Como los demás autores de esta corriente, Anderson parte de una visión muy ingenua del sistema que adopta como paradigma que es, obviamente el de los Estados Unidos. Parecería que en el modelo, los recursos políticos son únicamente los definidos por la legalidad formal, que la violencia y el asesinato no forman parte de ellos, contra lo que parece ser la evidencia histórica. Es muy posible que se eche mano a esos recursos más frecuentemente en América Latina, pero habría que explicar entonces ese *más*. Eso llevaría a desarrollar una teoría sobre los diversos tipos de recursos de poder en diferentes sistemas políticos que se dan en estructuras históricas distintas y según coyunturas específicas, de la que no hay ni sombra en Anderson.

IV. DESARROLLO ECONÓMICO Y AUTORITARISMO

1. *El énfasis en el orden y la eficiencia*

En las posiciones teóricas analizadas hasta ahora, dos grandes dimensiones se consideran importantes para comprender el sistema político: la participación y la institucionalización políticas. Ambas son fundamentales en la teoría general del desarrollo político que ha propuesto Huntington⁴⁷ y que ha tenido y tiene considerable influencia en América Latina. Según ella los sistemas políticos pueden distinguirse por sus niveles de participación y por sus niveles de institucionalización. Respecto a ésta, hay que distinguir a "aquellos sistemas que han alcanzado un alto grado de institucionalización política de los que sólo han logrado un bajo grado". Respecto a la participación, conviene distinguir tres niveles: "al nivel más bajo, la participación está restringida a las pequeñas aristocracias tradicionales o a la élite burocrática; al nivel medio, las clases medias han entrado en la política y en una política de alta participación, las élites, las clases medias y el pueblo en conjunto comparten la actividad política".⁴⁸

Lo que diferencia a la política moderna de la tradicional son los niveles de participación; en tanto que la política subdesarrollada se distingue de la desarrollada por los niveles de institucionalización. En ese sentido, es esta última la que define el desarrollo político. Con baja participación y baja institucionalización se tiene una sociedad subdesarrollada y tradicional; con alta participación y alta institucionalización se está en presencia de una sociedad moderna y desarrollada desde el punto de vista político. Pero no es cierto que se vaya pasando de un extremo a otro de manera gradual y con crecimiento correlativo, de ambas dimensiones, desde que, la modernización política, tiene efectos disruptivos. Las viejas instituciones tradicionales, desairadas, pierden su valor, lo que no significa que aparezcan otras sustitutivas que puedan canalizar las nuevas formas de participación. "En América Latina, por ejemplo, los países más ricos, están en los niveles medios de la modernización. Como consecuencia, no es sorprendente que sean más inestables que los países latinoamericanos más atrasados. La frecuencia de la revolución en América Latina está directamente relacionada con el nivel de desarrollo económico."⁴⁹ La razón está en que, aunque el desarrollo económico incrementa el bienestar, aumenta también las frustraciones sociales a un ritmo más alto y se vuelve causa de inestabilidad. La relación es muy compleja y varía probablemente según los diversos grados de desarrollo económico.

Como puede verse, la posición de Huntington significa abandonar totalmente la idea tradicional de una correlación positiva entre desarrollo económico y democracia. La secuencia que propone es de un tipo muy diferente. La movilización social, acompañada de un desarrollo económico limitado, produce

⁴⁷ Samuel Huntington, *Political order in changing societies* (Yale University Press, 1968).

⁴⁸ *Ibidem*, p. 78.

⁴⁹ *Ibidem*, p. 44.

frustración social y ésta, combinada con la escasez de oportunidades de movilidad, lleva a la participación política que por darse en un medio con una institucionalización política relativamente débil genera inestabilidad política.

El pretorianismo es el resultado más común. Lo más notable en el proceso de modernización política es el creciente número de casos en que los militares toman el poder. Vienen a llenar el vacío producido por la débil institucionalización política enfrentada a una alta participación, característica de las sociedades en modernización. Una sociedad pretoriana, puede existir casi en cualquier nivel de la evolución de la participación política, pero variará su tipo. Puede haber pretorianismos oligárquicos, radicales, de masas, etc. Los militares se vuelven, en todos los casos, guardianes encargados de vetar la expansión de la participación política, único punto en que están unidos los grupos que participan en la toma del poder. Una vez llegados a él, las divisiones internas empiezan a jugar un papel importante.

En ese sentido, para Huntington, la solución militar no es deseable, ni puede resolver, en definitiva, los problemas del verdadero desarrollo político.⁵⁰ Ello sólo puede emanar del progreso de la institucionalización, pero la naturaleza del choque entre participación e institucionalización hace altamente probable el pretorianismo en sociedades como las latinoamericanas.

2. Desarrollo y autonomía del Estado

Varios autores latinoamericanos han reiterado en sus análisis los conceptos básicos de Huntington. Wanderley G. Dos Santos, por ejemplo, sostiene la tesis de la democracia política como un ideal impracticable dado que el desarrollo tiende a producir la pluralización creciente del poder. Como toda sociedad produce sólo una cantidad limitada de bienes, se requiere un *quantum* no especificado de autoritarismo para regular su asignación y en consecuencia, la democracia política se trasfiere a un futuro de opulencia. En otras palabras, en el comienzo de la modernización, cierto autoritarismo es inevitable.⁵¹

En una línea análoga, pero con un desarrollo más complejo, se encuentran las reflexiones de Schwartzman⁵² quien considera que el problema del desarrollo político ha sido descuidado tanto por el marxismo como por la sociología política. El primero, al buscar permanentemente causas sociales para los fenómenos políticos, desatendió la especificidad de éstos. La sociología política a su vez, basándose en el paradigma norteamericano, la modernización y el desarrollo económico como produciendo, necesariamente, la estabilidad política. "Es ilusorio creer que se puede entender la política hoy en día sin considerar al gobierno y la estructura del poder como un factor de influencia variable, pero central, al lado de los intereses e instituciones en interacción y conflicto."⁵³

⁵⁰ *Ibidem*, p. 933.

⁵¹ "Teoría política e prospectos democráticos", en *Dados*, núm. 6 (1969), pp. 5-23.

⁵² "Desenvolvimento e abertura política", en *Dados*, núm. 6 (1969), pp. 24-56.

⁵³ *Ibidem*, p. 25.

Schwartzman coincide con Huntington en la concepción del desarrollo político y cree que se mide por la institucionalización y por la adecuación de las instituciones para soportar y responder a las presiones sociales que se ejercen sobre ellas.

Es necesario, a su entender, superar tanto la perspectiva que hace depender el desarrollo político del desarrollo económico como la inversa. Al analizar la deseabilidad de diferentes tipos de institucionalización destaca que la corporativista-fascista, implica represión y no es viable si las demandas de participación son altas y de tipo esencialmente político. La solución tecnocrática por su parte, encubre bajo la apariencia de tecnicidad el hecho de que no permite ampliar el área de compromiso y de negociación. Su función, como indicaba Huntington es detener nuevas ampliaciones de la participación política.

3. *Modernización y autoritarismo*

El ejemplo más lúcido de la corriente tratada en esta sección lo ha dado O'Donnell,⁵⁴ quien aun recogiendo muchas de las sugerencias de Huntington, ha desenvuelto un análisis original en muchos aspectos.

Su preocupación es eminentemente práctica puesto que deriva de "primero, la evidencia de que, para decirlo lo más suavemente posible, los numerosos cambios experimentados por nuestros países no han aumentado la probabilidad de emergencia de regímenes políticos más abiertos ni de acciones colectivas capaces de disminuir las irritantes desigualdades e injusticias existentes en nuestras sociedades. Segundo, la impresión de que muchos y muy poderosos factores amenazan agravar aún más esos problemas-factores que cualquier acción política debe saber ponderar".⁵⁵ Completa este pensamiento en las conclusiones diciendo que "los regímenes burocrático-autoritarios son respuestas probables a las numerosas tensiones de la alta modernización. En términos de desempeño, esos regímenes no me parecen en absoluto deseables, ni en sus versiones 'exitosas' ni en sus versiones 'fracasadas'".⁵⁶

La búsqueda de regularidades empíricas entre fenómenos socioeconómicos y fenómenos políticos ha estado impregnada por la percepción fundamental de que, en el mundo contemporáneo, la mayor parte de los países "ricos" son democracias, observación que está en la base del paradigma básico que O'Donnell llama la "ecuación optimista": más desarrollo socioeconómico = más probabilidad de democracia política.

El autor presenta críticas muy pertinentes a tal supuesto, que sólo reformula las esperanzas iluministas de que el progreso social generará formas políticas que el observador considera mejores.

Un presupuesto básico, sin el cual las expectativas contenidas en la ecuación no podrían ser formuladas, es "que los procesos causales que operan actualmente son similares, al menos en sus aspectos fundamentales, a aquellos

⁵⁴ Guillermo A. O'Donnell, *Modernización y autoritarismo* (Paidós, Buenos Aires, 1972).

⁵⁵ *Ibidem*, p. 9.

⁵⁶ *Ibidem*, p. 217.

que produjeron el resultado conjunto 'alto desarrollo socioeconómico-democracia política' en varios de los países contemporáneos más ricos".⁵⁷ Sin embargo, existen abundantes pruebas empíricas que arrojan dudas sobre la validez del paradigma básico, lo que es fundamental puesto que, en definitiva, sólo podría justificarse en términos empíricos. Cada vez que aparecen esas evidencias contrarias, los representantes de la corriente que critica, las consideran como "desviaciones" o "regresiones" debidas a "obstáculos" de diversa índole, arguyéndose que de ser posible remover los obstáculos, el paradigma actuaría en su plenitud.

Recuerda también O'Donnell que el referente típico de los estudios que derivan del paradigma básico es el conjunto de todos o la mayoría de los países contemporáneos. Como en él se encuentra una correlación positiva entre desarrollo económico y democracia, se concluye que tal relación es válida para todas las unidades o subconjuntos. Tal conclusión es falaz, la correlación positiva, al nivel del conjunto, no muestra que deba serlo, también, al nivel de un subconjunto.

Por otro lado, el paradigma básico postula una relación lineal o, mejor dicho, monotónica positiva, entre desarrollo socioeconómico y la probabilidad de emergencia o consolidación de la democracia política. La falacia consiste aquí en que mientras los datos que se utilizan pertenecen a un conjunto de países considerados en un solo punto del tiempo, la relación postulada se refiere a cambios a través del tiempo, en cada una de las unidades estudiadas.

Por último, para que el paradigma básico y la ecuación optimista fueran instrumentos de análisis útiles, no deberían ser conceptualmente ambiguos. Ahora bien, el lado derecho de la ecuación, la dimensión política, parece estar incorrectamente definido. Caben pocas dudas de que el crecimiento socioeconómico produce, o se correlaciona, con la pluralización política, que no es lo mismo que la democracia política.

La ecuación se podría entonces reformular diciendo que "a más desarrollo económico, corresponde más pluralización política" lo que no implica, necesariamente, más probabilidad de democracia política.

O'Donnell considerando las falacias que resultan de medir el desarrollo socioeconómico a través de datos agregados y dada la heterogeneidad de las sociedades latinoamericanas considera que a los fines de los estudios políticos, sería mejor comparar entre sí las "áreas modernas" o los centros de los países en cuestión. "La premisa fundamental de este trabajo es que buena parte de los factores que se hallan en cercana conexión causal son los fenómenos políticos en el nivel nacional puede ser ubicada concentrando el análisis en el 'centro modernizado' de cada país y, dentro de éste, particularmente en 'demandas políticas' formuladas por 'actores políticos activados' y por quienes desempeñan 'roles tecnocráticos'." ⁵⁸

El grado de activación política y de penetración de roles tecnocráticos se relaciona estrechamente con la estructura productiva de las áreas moderniza-

⁵⁷ *Ibidem*, p. 18.

⁵⁸ *Ibidem*, p. 42.

das de cada país sudamericano⁵⁹ y, en especial, con el tipo de industrialización alcanzado por cada uno de ellos. De aquí surge una hipótesis básica; "Dado un nivel más complejo de industrialización, tiende a darse una mayor diferenciación social y una mayor pluralización política, así como una mayor activación política y una mayor penetración de roles tecnocráticos".⁶⁰

Un elemento, desdeñado usualmente en el análisis de estos problemas y que O'Donnell considera importante, es el tamaño de los países que se comparan, lo que tiene que ver con el tamaño de los parques industriales. Según su criterio, en Sudamérica contemporánea el mayor tamaño de los mercados internos y la mayor concentración de la población en unidades urbanas corresponden a parques industriales más avanzados los que, a su vez, implican más obreros industriales, más trabajadores sindicalizados, más roles cuyo desempeño exige capacitación específica y más actividades educacionales orientadas a llenar esos roles.

Si se considera, como variable fundamental, entonces, la modernización del centro, pueden distinguirse en Sudamérica tres grupos de países. En los casos de alta modernización del centro (Argentina y Brasil), los regímenes políticos son no democráticos. En los de modernización intermedia del centro (Chile, Colombia, Perú, Uruguay y Venezuela) todos son democracias políticas, con excepción de Perú.⁶¹ Cuando la modernización del centro es baja (Bolivia, Ecuador y Paraguay), todos los casos, como en la primera categoría son de regímenes políticos no democráticos.

Esta clasificación preliminar, basada en criterios estáticos es refinada posteriormente, utilizando criterios genéticos. Una importante distinción respecto a los regímenes políticos es que intenten o no excluir del escenario político nacional a un sector popular urbano, clase obrera y segmentos de baja clase media, que ya está políticamente activado. Exclusión implica presencia previa; tiene que referirse a un sector que ya es políticamente activo. Los sectores políticamente "inertes" no son actores políticos. Por lo tanto, "son regímenes políticos excluyentes aquellos que intentan (con variado grado de éxito) la exclusión de un sector popular urbano previamente activado. Por contraste defino como un 'régimen político incorporante' a una muy amplia categoría que incluye tanto situaciones en las que se trata de activar políticamente al sector popular urbano y de que éste ejerza peso en las decisiones públicas, como otras situaciones en las cuales, sin que se produzcan intentos de exclusión ni de incorporación se acepta operar con los niveles existentes de activación política y con el número existente de actores políticos".⁶² Regímenes como el argentino y el brasileño, a los que dedica un largo análisis que no puede examinarse aquí, son excluyentes. El examen de estos casos muestra que en países con centros altamente modernizados, con parques industriales importantes, cuando tienen lugar procesos de expansión socioeconómico, se produce el crecimiento de la activación política de más actores que formulan más demandas. "Con

⁵⁹ Solamente a ellas limita, en principio, su análisis el autor.

⁶⁰ *Ibidem*, p. 45.

⁶¹ En el momento de realización del estudio.

⁶² *Ibidem*, pp. 64-65.

posterioridad y dado el fracaso en eliminar las rigideces implicadas por la dependencia y por una desigualitaria distribución de recursos de todo tipo, los estrangulamientos de desarrollo resultantes llevan a situaciones en las que la situación general, si es que mejora, lo hace muy lentamente, en tanto más demandas son formuladas con el apoyo de una mayor activación política. Esto señala una brecha entre el desempeño del régimen político y de la sociedad en general, por una parte, y las demandas políticas, por la otra".⁶³ Y esa brecha lleva a la emergencia de una situación que Huntington, acertadamente según O'Donnell, ha llamado "pretorianismo de masas". En definitiva, la secuencia descrita es, efectivamente, la que establecen las hipótesis generales de Huntington. Deben tomarse en cuenta, además, para comprender el pensamiento de O'Donnell, sus ideas sobre la importancia de los roles tecnocráticos ya consideradas oportunamente.

Si se combinan todas las variables consideradas en el análisis del autor, se obtiene el siguiente cuadro:

CUADRO 11. *Tipología bidimensional de los países sudamericanos contemporáneos.*

Dimensión socioeconómica (nivel de modernización)	Tipos de régimen político resultantes		
	¿Democracia política?	¿Régimen excluyente?	Régimen político
A. Alta modernización Argentina y Brasil	no	sí	Burocrático autoritario (régimen típico)
B. Media modernización:			
1. Chile, Colombia, Uruguay y Venezuela	sí	no	Democracia política (régimen típico)
2. Perú	no	no	Populismo autoritario
C. Baja modernización			
1. Ecuador	no	no	Populismo autoritario
2. Bolivia	no	no	Fluctuando entre populista y formas marginales de tradicional autoritario
3. Paraguay	no	sí	Tradicional autoritario

FUENTE: *Ibidem*, p. 126.

⁶³ *Ibidem*, p. 84.

En suma, para O'Donnell la "ecuación optimista" se convierte, en alguna medida, en lo que se podría proponer llamar —el autor no lo hace— la "ecuación diabólica".

4. *Similitudes de las variantes optimistas y pesimistas*

Las tesis examinadas precedentemente, aunque lleguen a conclusiones exactamente contrarias a las tradicionales —a las que O'Donnell denomina la "ecuación optimista"— tienen, al igual que ellas, sus puntos de partida básicos, en la idea de que el sistema político se explica por los niveles de modernización y de desarrollo económico. Para una, hay altas probabilidades de que el desarrollo económico y la modernización produzcan la emergencia de la democracia; para la otra, en cambio, lo probable es que generen autoritarismo. Para ambas, la identificación de las variables independientes (modernización y desarrollo económico) y dependientes (sistema político) es la misma. Ambas, también, tienden a postular secuencias históricas necesarias que, más allá de condiciones históricoestructurales específicas crean etapas análogas para diferentes unidades societales. En ese sentido, todas las críticas a las teorías de las etapas, en cuanto se refieren no al contenido de éstas sino a su concepto mismo, son válidas tanto para una como para otra explicación. Más aún, las críticas que O'Donnell dirige a la "ecuación optimista" son impecables, pero no es seguro que la "ecuación diabólica" o "pesimista" esté totalmente libre de las mismas falacias.

Por vías totalmente diferentes, después de publicado el libro de O'Donnell, Chile y Uruguay han terminado en regímenes, burocrático-autoritarios excluyentes. Puede suponerse, lo que es muy discutible, que ambos ejemplos muestran la verdad de la tesis de O'Donnell. Pero acaso ¿tal hecho demostraría que Venezuela o Colombia serán los próximos en sufrir ese proceso? No parece razonable afirmar una versión tan mecanicista y no es seguro que el autor estuviera dispuesto a hacerlo. El mismo ejemplo de lo que ha ocurrido en otros países, se vuelve para las élites políticas de los que se acaban de mencionar, una advertencia de la posibilidad de procesos que destruirían su situación y, a poco que se les atribuya una cierta racionalidad, una incitación a tomar medidas que los eviten. Nada permite asegurar *a priori* que tales comportamientos serán exitosos, pero tampoco es posible asegurar lo contrario. Si O'Donnell está convencido de que un análisis como el suyo es útil para aquellos que quieren detener tendencias consideradas indeseables y no es difícil compartir esa convicción, ésta sólo es justificable, en el supuesto de que se admita cierta autonomía de lo político, que se le considere como algo más que una presa segura en manos de una modernización que no encuentre los canales institucionales adecuados para resolver los problemas que ella misma plantea.

Por otra parte, tanto en el análisis de Huntington como en el de O'Donnell existe un problema importante, que puede analizarse siguiendo el razonamiento de este último. El desarrollo económico previo demostrado por la existencia de una alta industrialización aumenta la pluralización y la activación políticas.

Posteriormente se produce un estrangulamiento del desarrollo, por causas que el autor menciona, que produce un estancamiento que hace imposible satisfacer las demandas crecientes, lo que desemboca en el autoritarismo. La secuencia es, pues, la siguiente: 1) Desarrollo → 2) mayor pluralización política → 3) estancamiento → 4) autoritarismo. Las conexiones entre 1) y 2) como entre 3) y 4) por separado, son generalmente admitidas como válidas en la teoría de la modernización; la conexión entre 2) y 3) que parece ser la novedad es la hipótesis de Graciarena en otros términos. Pero si es así, el crecimiento económico es una variable que es primaria en alguna de las secuencias y secundaria en otras. Lo mismo ocurre con el sistema político. El problema teórico se vuelve entonces implicar estas diferencias de significación y de todas maneras la cuestión no depende solamente de los diferentes grados de desarrollo económico.

Existe otra dificultad considerable. Para la teoría de O'Donnell, como para muchas otras, el estancamiento es un eslabón necesario en la cadena hacia el autoritarismo y el autor lo da por supuesto en los casos de Argentina y Brasil. Lo notable es que para la Argentina, se ha demostrado que no hubo tal estancamiento; en contra de la presunción general, que O'Donnell comparte, se llegó al autoritarismo con tasas de crecimiento muy satisfactorias y, se podría agregar, se salió de él —al menos en la forma que al autor considera— cuando esas tasas continuaban.

Por último, cabe anotar una cuestión sobre la que se volverá más adelante. El aumento de la pluralización política termina en un sistema que Graciarena llamaría orientado hacia el compromiso, el cual se hunde en el estancamiento y su desempeño y eficacia se vuelven muy bajos, lo que desemboca por fin en un autoritarismo que se mira a sí mismo como eficaz. Una de sus finalidades esenciales es la desactivación política de una serie de actores previos, su exclusión por último. Pero los desactivados no eran actores o eran actores marginales dentro del compromiso. Los actores básicos continúan existiendo y son plurales, puesto que el pluralismo es inevitable llegadas ciertas fases de la modernización. Si es así, el autoritarismo no es más que una de las fórmulas posibles de reformulación del compromiso, sus pretensiones de producir el desarrollo no son, en abstracto, más válidas que las de cualquier otro. No es, de ningún modo, una consecuencia fatal de la situación. Puede haber soluciones no autoritarias que influyen o que impliquen la reformulación del compromiso. Además, el autoritarismo puede ser una solución no para salir del estancamiento, sino para mejorar la posición de ciertos grupos que se encontraban dentro del compromiso vigentes, permitiéndoles apoderarse de una porción mayor de los frutos del desarrollo.

V. ESTANCAMIENTO ECONÓMICO Y AUTORITARISMO

1. *Supuestos básicos*

Dentro de la gran corriente de la modernización cabe un modelo que, aunque debe mucho y está ligado a los anteriores, no puede confundirse con ellos, puesto que la conexión que postula es más entre estancamiento económico y autoritarismo que entre éste y desarrollo. Por otra parte, recogiendo elaboraciones de la sociología crítica, se esfuerza en vincular el problema político a la cuestión de la dependencia. Por último, mezcla de manera inextricable hechos, valoraciones y consideraciones ideológicas, para terminar en un voluntarismo que ha tenido pocas expresiones tan fuertes en América Latina.

El representante de esta manera de ver es Helio Jaguaribe,⁶⁴ quien se propone como objetivo unir una interpretación teórica, de tipo *holístico* y antipositivista, pero con fuerte contenido empírico, a ciertas orientaciones básicas, que denomina "modelos operacionales", y que servirían para orientar la acción sobre la realidad.

La caracterización que hace de su teoría busca enfatizar la necesidad de globalidad, de considerar todos los sistemas sociales en su conjunto y las dimensiones políticas, económicas y culturales como subsistemas del mismo. Esta teoría implicaría la adhesión a un modelo de equilibrio-conflicto, de claro corte funcionalista a pesar de lo cual el autor tiende a ver entre él y los funcionalistas una distancia que es difícil creer que exista. El desarrollo político, según Jaguaribe, debe entenderse como el desarrollo de la capacidad del sistema político, lo que, según señala, está cerca de la concepción de la modernización política. Considera que la orientación racional y la diferenciación estructural son también macro-variables importantes, pero la capacidad es el resultado más expresivo de la modernización. Otro aspecto del desarrollo político es la contribución del sistema político al desarrollo total de la sociedad. El tercer rasgo es el desarrollo político como desarrollo de la capacidad de respuesta del sistema político. No se trata como algunos han sugerido, de que el desarrollo político se confunda con la construcción de la democracia, pero sí de que aumente su capacidad de respuesta. Esto lleva a la conclusión de que el desarrollo político es la modernización política más la institucionalización política. Pese a que el autor recuerda y resume algunas de las ideas de Huntington, no hace ningún esfuerzo para discutir la cuestión básica que éste plantea de si modernización e institucionalización son dimensiones sumables y paralelas en cualquier nivel del proceso político o si pueden entrar en contradicción entre sí.

2. *Modelos políticos operacionales*

La posibilidad de crear modelos políticos con carácter operativo obliga a cons-

⁶⁴ *Political development.*

truir una tipología de la sociedad subdesarrollada, que se basa, lo que es muy significativo, en las características de las élites. Aunque el autor se refiere a la dinámica élite-masa como básica para poder entender la evolución de las sociedades reales, son las élites las que mejor caracterizan a las sociedades. Desde ese punto de vista habría, según Jaguaribe, tres tipos de sociedades: con élite semifuncional, con élite no funcional, y con élite disfuncional en que incluye también a las sociedades primitivas o arcaicas. Las sociedades con élites semifuncionales son divididas a su vez en sociedades tradicionales y en sociedades con élite dividida. Los modelos operacionales para salir de la situación de subdesarrollo pueden subdividirse en tradicionales, implícitos, explícitos y de bienestar (*welfare*). Se llega así a los siguientes nueve modelos, identificados con las iniciales inglesas por las que los distingue el autor:

Autocracia modernizante (M.A.) y elitocracia modernizante (M.E.), ambas tradicionales; liberalismo (L), neo-liberalismo (N.L.) dentro de lo implícito; capitalismo nacional (N.C.), capitalismo de Estado (S.C.), socialismo desarrollista (D.S.), dentro del modelo desarrollista explícito; y por último, capitalismo del bienestar (W.C.) y socialismo de bienestar (W.S.) dentro del modelo de bienestar.

3. América Latina y la sociedad internacional

La adecuación de los modelos operacionales a las distintas situaciones de subdesarrollo, en la época contemporánea, no pueden comprenderse sino en relación a la sociedad internacional. Habría un nuevo sistema interimperial que presenta actualmente y, en el futuro probable, un orden internacional de estratificación en el cual hay cuatro clases de actores societales. La primera clase corresponde a los actores de primacía general, que poseen la inexpugnabilidad de su territorio, una amplia primacía regional y un predominio mundial general en áreas o sectores que no están protegidos específicamente. La segunda clase corresponde a los actores con primacía regional, lo que envuelve la inexpugnabilidad, una primacía regional más limitada y una influencia mundial relevante. La tercera clase la integran los actores con autonomía, que se caracteriza, en lugar de la primacía, por el disfrute de una situación en la cual independientemente de la voluntad de otros actores, el ataque contra su territorio envolvería costos muy altos para cualquier agresor potencial. La cuarta clase es la de los actores en situación de dependencia, con un status y rol internacionalmente subordinado.

En el sistema interimperial las posibilidades de libre maniobra en la arena internacional están severamente limitadas para los actores, salvo para los que disfrutan de primacía general o regional.

América Latina es la región más desarrollada del mundo subdesarrollado pero sufre los efectos paralizantes que resultan del control interno de su sistema por la economía norteamericana. Su integración horizontal y vertical está por debajo del mínimo requerido para una acción eficiente y compra el apoyo americano para sus regímenes militares al precio de renunciar a un posible

margen de autonomía internacional (con la posible y extendible excepción del Perú), según entiende Jaguaribe.

La penetración norteamericana debido al carácter pluralista de las sociedades y las relaciones multilíneales hacen que su hegemonía tienda a ser muy grande, penetrando todos los aspectos de la vida social, cooptada internamente por varios grupos dominantes, salvo en momentos de crisis y sobre cuestiones que se refieren a intereses estratégicos muy relevantes. Esta es una diferencia importante con la hegemonía soviética sobre Europa Oriental que es monolítica, en el sentido de extremadamente unificada, pero con control interno limitado sobre los subsistemas y grupos no políticos de los países dominados. La principal consecuencia de esta diferencia en el control es que en América Latina las propensiones internas para el ejercicio real de la autonomía son pequeñas, inconsistentes y esporádicas, aunque el margen potencial de permisibilidad internacional es suficientemente amplio. Las contradicciones de la sociedad americana y su pluralismo dan cierto margen de maniobra. El factor crucial a este respecto es la distinción entre los intereses económicos y militares norteamericanos. Ambos no pueden ser desafiados simultáneamente porque tal cosa provocaría, de ser necesario, la intervención militar. En cambio, puede desafiarse el control económico interno mientras no se utilice la autonomía así obtenida para reforzar la influencia de otros superpoderes o, en general, para generar riesgos políticos o militares para Estados Unidos.

Lo que, según Jaguaribe, resulta vital es afirmar esta autonomía dentro de los próximos treinta años, ya que más tarde las condiciones potenciales disminuirán notablemente y se volverá imposible alcanzarla.

4. Autonomía y formas de dependencia

Sin embargo, no todos los países podrían alcanzar la autonomía. El dualismo es la característica general de los países latinoamericanos, pero entre ellos existen diferencias que permiten establecer una tipología basada en el criterio de la viabilidad nacional. Esta última es básica porque si no existe no hay proyecto de desarrollo nacional posible. Desde ese punto de vista los países latinoamericanos pueden estar clasificados en tres grupos: los que tienen viabilidad individual y relativa que son al mismo tiempo, los relativamente más desarrollados (Brasil, México y Argentina); países con viabilidad nacional colectiva, centrada alrededor de algún polo de integración, categoría en que entran los menos desarrollados (Perú, Ecuador, Bolivia y Paraguay) y cuatro de los más desarrollados (Venezuela, Colombia, Chile y Uruguay); los países no viables, por carecer de suficientes recursos humanos y naturales como para lograr un desarrollo autónomo individual o colectivamente, son nueve, seis de los relativamente menos desarrollados (Guatemala, Nicaragua, Honduras, República Dominicana, El Salvador y Haití) y tres relativamente más desarrollados (Cuba, Costa Rica y Panamá).

Todos los países de América Latina han tenido fenómenos comunes en los últimos 20 años, como el deterioro de los términos del intercambio, la escasez

de la inversión exterior, etc. Jaguaribe considera indispensable agregar la relación circular de mutuo refuerzo entre el estancamiento y la marginalidad, que se conecta con un creciente proceso de desnacionalización consistente en la transferencia real del control de las decisiones desde actores leales favorables a la propia nación hacia actores leales y favorables a otra, lo que afecta la viabilidad nacional. Esta, además de estar determinada por el nivel de los recursos humanos y naturales disponibles, es función de la capacidad política de la sociedad en cuestión. A su vez, la capacidad política está relacionada con la funcionalidad de la élite, la que por último depende del grado de congruencia y complementariedad entre los cuatro roles complementarios de ésta (cultural, social, político y económico). A su vez, esa congruencia básica depende de la ligazón nacional de la élite y no es compatible con un proceso de desnacionalización que afecta de manera significativa cualquiera de esas élites. El proceso de desnacionalización es económico, y desde ese punto de vista, su principal defecto está en que tanto los mecanismos nacionales para generar recursos flotantes libres como la forma en que son canalizados han sido prácticamente sofocados y su rol trasferido a agentes no nacionales. La segunda forma de desnacionalización es la cultura. El desarrollo de la ciencia y de la tecnología tiene como condiciones la existencia en su cultura de ideas y motivaciones que conduzcan a una concepción del mundo y a su manipulación técnica, y la existencia en la sociedad de condiciones institucionales que permitan y estimulen la investigación científica y su aplicación tecnológica provechosa. Ambas tienden a desaparecer debido a la desnacionalización cultural, sea por la importación de tecnologías, sea por la formación de recursos humanos de alto nivel en el extranjero. La dependencia científica y tecnológica crece de esa manera cada vez más rápido, afectando la funcionalidad de la élite cultural como grupo nacional. La tercera forma de desnacionalización, la políticomilitar, ya ha sido considerada oportunamente.

Todos estos procesos tienden a reforzar la dependencia, en la cual Jaguaribe distingue cuatro formas: colonial, neocolonial, satélite y provincial. Es muy probable a su entender que estas formas de dependencia se sustituyan sucesivamente unas a otras. Así, América Latina pasó de la dependencia colonial a la neocolonial para caer luego en la condición de satélite. Ese proceso tiende a producirse aun contra los deseos y los aparentes intereses del antiguo país metropolitano y sus asociados en los países dependientes. El problema de la satelización es que, igual que el neocolonialismo, es un proceso que se autoagota. El neocolonialismo acaba con la caída final de la capacidad importadora de los países dependientes. La satelización se produce al terminarse los fondos de flotación libre de la metrópoli para subordinar al satélite. El crecimiento necesariamente irregular del satélite, implica una creciente marginalización de las masas que hace que la demanda interna para los bienes industriales sea muy limitada y con altos costos relativos para la industria. Se producen fenómenos de falta de empleo, incluso al nivel de las clases medias, aumentando, así, la propensión para movimientos revolucionarios contra la élite dominante, la que para controlarlos, recurre a métodos cada vez más coercitivos, que requieren fondos crecientes proporcionados por la metrópolis, a tal

punto que ésta llega a no poder o no querer otorgarlos. La crisis de la forma satélite de la dependencia sólo se resuelve por dos caminos opuestos; o el satélite crea las condiciones para llegar al desarrollo autónomo, o tiende a caer en la dependencia provincial.

Esta última es, en buena medida, un sistema razonablemente dentro del régimen intraimperial, porque permite a la metrópolis el uso racional y el manejo de los recursos de las provincias. En cierto momento es más conveniente formar una burocracia eficiente y honesta de nativos provinciales que pagar las relativamente ineptas élites locales que están conduciendo el proceso de desarrollo satélite.

Hay algunas cuestiones interesantes en la visión de Jaguaribe de este problema. Por un lado, racionalmente, en términos de costo/beneficio, sostiene que llegaría un momento en que para Estados Unidos sería demasiado caro pagar a las burguesías locales o si se quiere, que sería más barato colocar administradores nativos eficientes, fieles, para manejar los excedentes sin apropiaciones intermedias e innecesarias. Es obvio, sin embargo, que un análisis de tal tipo debería incluir otras variables.

El segundo punto es claramente ético. Dada la ineptitud de las burguesías dominantes, que las hace incapaces de producir el desarrollo autónomo, tampoco podrían mantenerse como satélites, desapareciendo en un régimen de dependencia provincial. En otros términos, o la burguesía nativa es capaz de afirmarse como burguesía nacional o está condenada a desaparecer.

Una tercera cuestión, implícita en todo el modelo de Jaguaribe, es el voluntarismo subyacente. En muchos aspectos su análisis se vincula al de Frank. La dependencia por ejemplo, es concebida como una relación mecánica y las burguesías nacionales, como meras intermediarias. Ello no es resultado fatal de ciertas condiciones del desarrollo del capitalismo, sino producto de la incapacidad de las élites nacionales de afirmarse como tales, bajo la asesoría de una intelectualidad iluminada, de la cual el mejor ejemplo implícito sería el autor.

VI. UN ORDENAMIENTO ANALÍTICO BASADO EN EL CONFLICTO

Es persistente en la literatura, el carácter conflictivo del proceso político en América Latina en el sentido de su inestabilidad, de su violencia, o del énfasis en la noción de un proceso político tentativo, y la imagen del Estado como presa importante en un juego de intereses. Silvert propone una forma alternativa de explicar el problema considerando como elementos de análisis los valores, la estratificación, las instituciones y las características personales que establece en su esquema general.

Define el conflicto político como "todo choque manifiesto que involucra a la totalidad o a parte de los miembros de una institución política, motivado por la percepción de diferencias entre los intereses de las partes que tienen

algún poder para actuar".⁶⁵ En esa definición, la frase "percepción de diferencias entre los intereses" es un reconocimiento del papel que desempeñan los valores e ideologías.

Ordena los conflictos, según su importancia y profundidad en conflictos de valores; conflictos sobre la definición de la comunidad, que incluye los raciales y de clase; conflictos ideológicos; conflictos de intereses entre las instituciones; y conflictos de intereses dentro de las instituciones. Todos tienen importancia pudiendo, según las circunstancias, adquirir una significación relativamente autónoma, pero los relativos a los valores son los centrales.

De ahí que Silvert interprete a la Argentina como un caso de conflicto de valores. Se trata de un país caracterizado por violentos contrastes entre sus estructuras "desarrolladas" y su conducta social y sobre todo política "subdesarrollada".

Los significativos logros obtenidos durante las últimas décadas, no se reflejan en una capacidad correspondiente para manejar la política de desarrollo de manera satisfactoria, aun dentro de condiciones establecidas por los propios argentinos.

Silvert rechaza por superficiales las explicaciones basadas en malos hábitos "gimnasia revolucionaria"— de los militares argentinos convencidos de su papel de custodios sagrados del interés nacional.⁶⁶ Estima necesario preguntarse cómo los adquirieron y ello requiere un nivel más profundo de explicación. Considera fundamental estudiar la separación de valores que parte a la Argentina en dos, vertical y no horizontalmente.

Según Silvert, los argentinos conviven dentro de la misma sociedad, pero la conciben de dos maneras distintas y antagónicas. No tienen ni los beneficios de la comunidad nacional, que dé base para una acción colectiva eficaz, ni la desventaja de que dicha comunidad pueda transformarse en un instrumento de represión totalitaria. Además, dicho conflicto de valores se acompaña de conflictos en todos los niveles inferiores. En Argentina, las clases, los valores y los intereses no coinciden porque la condición de las instituciones, la distribución del poder existente, los tipos de ideologías, así como los valores de los actores, fragmentan ese orden social en una variedad de niveles.

Esta situación cierra la posibilidad de diálogo racional y las alternativas se plantean en términos morales. Por ende, la base de la política no es la coalición ni el compromiso, sino la utilización de la fuerza bruta.

Las fuerzas mismas del desarrollo que generaron una política orgánica, potencialmente amplia, no fueron suficientes para superar las contradicciones de valores que existían entre los argentinos. Éstas y sus vastas consecuencias para

⁶⁵ Silvert, *Man's power*, p. 58.

⁶⁶ Señala al respecto: "Los integrantes de las fuerzas armadas han llegado a ser conspiradores institucionalizados. Se han convencido de que tienen un papel especial en la vida nacional argentina, y cada vez que abandonan el gobierno, el descalabro que dejan tras de sí sirve de punto de partida para justificar nuevos golpes sobre la base de la ineficiencia civil. Por supuesto, algunos civiles captan rápidamente el juego y se unen a los militares en lo que muchos de ellos creen, sinceramente, una misión sagrada." *Man's power*, p. 61.

el consenso, la legitimidad y las posibilidades de opción racional persisten pese al grado de "urbanización, industrialización y europeización cultural".

De todo ello, concluye Silvert: "Argentina demuestra claramente que las máquinas, los europeos y las grandes ciudades no garantizan el automantenimiento del desarrollo y la estabilidad. La igualdad ante la ley, el secularismo público y las garantías de participación en toda la nación siguen siendo partes ineluctables de la situación total que conforma al Estado moderno."⁶⁷

Las condiciones y los orígenes de los conflictos de valores en las sociedades pueden diferir, pero cuando dichos conflictos se desarrollan, sus consecuencias (salvo la revolucionaria) pueden ser similares a las reflejadas en la situación argentina.

La falta de participación efectiva como la quiebra del cuerpo político a través de los conflictos de valores son el trasfondo, según Silvert, de un juego político en que la fuerza se vuelve el principal instrumento. Y la posibilidad de sobreponerse a esta condición de sociedad en conflicto se logra solamente con la expansión tanto de los mecanismos de la participación como de los modos de expresión racionales.

Ese es el problema que enfrenta América Latina para Silvert, si existe o no la posibilidad de la modernización, entendiendo por tal la "libertad para hacer elecciones públicas racionales y eficaces", es decir, aquellas "que se elaboran mediante una consideración pragmática y relativista de toda la gama de posibilidades abiertas en el momento del análisis y que tienen probabilidades de permanecer abiertas en un futuro cercano".⁶⁸

Indudablemente, la gama de alternativas está relacionada con el nivel de desarrollo social. Deben existir instituciones que permitan que las opciones imaginables se puedan convertir en alternativas disponibles. Además, la apertura de alternativas asigna un papel especial a la ciencia y sobre todo a la ciencia social en la búsqueda de tales opciones. A la vez, el desarrollo permite la especialización de funciones que promuevan el crecimiento de los diversos cuerpos de conocimiento especializados, lo que contribuye a la expansión de las opciones, pero esto vincula a su vez, la modernidad con la necesidad de un flujo libre de información, a fin que se dé la racionalidad entre los que toman decisiones, ayudando a la formación de un consenso entre los que acatan la decisión de los designados para decidir.

El estudio del cambio político consiste en examinar el contraste entre la realidad y las posibilidades de alcanzar una participación racional y efectiva. América Latina es un mosaico de parcialidades, de estados parcialmente desarrollados y parcialmente nacionales, algunos de los cuales son potencialmente capaces de modernizarse, en tanto que muchos se ven maniatados por exclusiones, incluyendo las barreras de clase, casta, raza y la falta de eficacia institucional, es decir, la corrupción, la incompetencia y la naturaleza del acceso institucional. En el futuro pueden darse dos direcciones: la formación y el fortalecimiento de las tendencias hacia la integración nacional y la integración

⁶⁷ *Expectant peoples*, p. 372.

⁶⁸ *Man's power*, p. 112.

política (el aumento de la participación efectiva) o a la inversa, la mantención de un sistema de parcialidades, de restricciones en términos de las posibilidades de participación efectiva. Pero tales restricciones, exigen reforzar y en muchos casos ampliar las exclusiones que existen, con todo lo que eso significa en términos de eliminación de posibilidades futuras de modernización, lo cual tiene implicaciones importantes para la calidad de la vida política. Si hay algo cierto para Silvert en todos estos procesos, es que la restricción continuada de la participación aumenta tanto la irracionalidad como la violencia y la debilidad del sistema institucional. Por el contrario, la apertura hacia la participación es la base tanto de la racionalidad como de la fuerza y estabilidad de las instituciones políticas.

La idea básica de Silvert es que en América Latina se invierte la secuencia que se acepta generalmente como habiéndose dado en los países de desarrollo originario. Las élites latinoamericanas, en constante contacto cultural con el mundo desarrollado, tienden a importar fórmulas ideológicas y sistemas políticos, lo que produce transformaciones que se reflejan en la estructura económica. Ese hecho se convierte, por último, en el primado de lo valorativo, que no es la explicación única, pero sí la más importante para comprender el proceso social.

Así, Silvert parte de que el conflicto es un acompañamiento necesario de los procesos de desarrollo y de modernización, en el sentido especial que presta a cada uno de estos términos. Pero si ese énfasis en el conflicto lo aleja de los autores expuestos en la sección anterior y parecería acercarlo a los marxistas, de éstos lo separa completamente, la idea de que el conflicto esencial es de valores y no de clases. Si bien reconoce la existencia e importancia de éstos, la considera menor que la de aquéllos. Otro rasgo característico es su resistencia a proponer ningún género de causalidad mecánica. Así como el desarrollo de la Argentina es compatible con extremos conflictos de valores, la forma que éstos asumen no puede comprenderse, sino en relación con la estructura social de la Argentina.

Los países latinoamericanos tienen como rasgo esencial la dificultad de aceptar al Estado como un árbitro impersonal y secular de conflictos sociales, es decir, son naciones incompletas. Pero la manera en que concibe esa situación y los medios que propone para salir de ella tienen una fuerte carga valorativa, expresamente reconocida y asumida, que corresponde a convicciones personales que implican una filosofía social y política, más allá de los límites de la ciencia política misma.

VII. LAS PERSPECTIVAS MARXISTAS

1. *Estado y clases sociales*

Sería imposible hacer una presentación de todos los autores que han tratado

de aplicar la perspectiva marxista al análisis de los sistemas políticos latinoamericanos. Cuando se vieron las diversas posiciones teóricas respecto a las clases sociales, se hizo notar la existencia de corrientes marxistas muy diversas, que se diferencian en el nivel de complejidad de sus elaboraciones y en la forma de percibir la sociedad. Algunos aplican mecánicamente a América Latina la hipótesis sobre la contradicción entre burguesía y proletariado. De la misma manera, existen innumerables versiones que presentan al Estado como el instrumento de dominación de la primera sobre el segundo. Tales análisis, sumamente abstractos y aplicables a cualquier Estado, no toman en cuenta las peculiaridades del sistema político y de dominación de América Latina, como Marx mismo hubiera hecho.

Por esta razón, tales posiciones no son consideradas en esta sección que, en cambio, examina algunas interpretaciones que, partiendo expresamente del punto de vista marxista, son más complejas, aunque tienden, de todas maneras, a percibir bastante mecánicamente al Estado y al sistema político como una emanación del sistema de clases y de sus luchas. Otras perspectivas que, reconociendo influencias marxistas, no tienen ese carácter serán consideradas en una sección especial.

Dentro de la organización política, los agentes básicos de desarrollo del Estado son las clases sociales. Por ejemplo Villa, analizando al Estado mexicano, sostiene que: "el análisis debe partir por establecer las características peculiares que el caso mexicano va a adoptar en el contexto del sistema capitalista —en el presente— y proceder a buscar a los grupos y clases sociales que habrán de decidir la conformación y estructuración del propio Estado. Con este fin el punto central del análisis habrá de constituirlo el sistema político de dominación donde con mayor claridad se expresarán las relaciones entre los grupos y clases sociales. Asimismo, a partir del análisis del modelo de desarrollo económico será posible apreciar con mayor claridad los proyectos de dichas clases; así como la dirección que éste siga, manifestará las influencias reales que las clases tienen dentro del contexto general del Estado".⁶⁹

Ese es el punto de ligazón entre el análisis político y el de la dependencia. Mientras éste hace una división entre dos grandes momentos a los cuales corresponden sus respectivos modelos de crecimiento, también se refiere a modelos respectivos de dominación. En el período del llamado modelo de crecimiento hacia afuera o de expansión de las exportaciones, correspondía una estructura estatal de carácter oligárquico. Mientras en el segundo momento, que corresponde a cambios en el conjunto del sistema de la transferencia de uno a otro polo económico, que ha correspondido a un modelo de industrialización por "sustitución de importaciones", ha habido el enfrentamiento con la crisis oligárquica, con la expansión de la participación y las nuevas formas que asume la lucha de clases.

⁶⁹ Manuel Villa. "Las bases del Estado mexicano y su problemática actual", en *El perfil de México en 1980* (Siglo XXI, México, 1972) tomo III, p. 425.

2. El proceso político centroamericano

La manera en que un planteamiento que se presenta como marxista, opera para ordenar la comprensión del proceso político se puede ejemplificar en el análisis de Centroamérica hecho por Mario Monteforte Toledo.⁷⁰ Éste caracteriza al desarrollo centroamericano por estar dirigido por y hacia las necesidades de la burguesía en lugar de las necesidades del desarrollo integral y equilibrado. Las bases de tal situación surgen de analizar el modo en que los grupos dominantes organizaron el juego político.

La distinción formal entre liberales y conservadores se terminó con la fusión efectiva de las clases dominantes. La contradicción interna principal de la burguesía se formuló dentro del contexto del reconocimiento del liberalismo como única ideología posible y esta contradicción se planteó en términos del conflicto entre el grupo empresarial moderno y el oligárquico agropecuario. La pequeña burguesía intermediaria de cuyas filas ha sido reclutada la mayor parte de los que sirven en el gobierno, se ha dividido entre estos dos grupos. Es el éxito de la pequeña burguesía que ha logrado perpetuar el mito de su indispensabilidad, plenamente aceptado por las masas cuyas inclinaciones políticas son más bien de orden carismático. Mientras el gobierno es un fiel reflejo de esta contradicción interna de la burguesía, ha logrado independizarse en alguna medida, adquiriendo poder como orientador y administrador de la economía global y distribuidor del crédito. La difusión limitada de los beneficios de este papel hacia elementos fuera de la burguesía (la que por supuesto es la principal beneficiaria) trae como consecuencia dar enorme importancia a quienes son los que controlan el gobierno, lo que reitera la tesis de Kling.

El Estado enfrenta dos fuerzas opuestas, por un lado, el capitalismo, por otro, el desarrollo de la clase trabajadora. Acondicionándose a tal situación el Estado se convierte en una especie de guardián, "imponiendo una violencia que permite el desarrollo desequilibrado de aquellos dos factores".⁷¹

Las alternativas para la organización política del gobierno en Centroamérica no giran entre la dictadura y la democracia sino entre la dictadura y la anarquía. Existe una crisis en las instituciones políticas centroamericanas dado el hecho que no pueden responder a las necesidades del proceso social ni pueden evolucionar "porque están concebidas, controladas y orientadas por sectores dominantes dispuestos a no abandonar sus privilegiadas posiciones".⁷²

En la mantención de esta situación de dominación, juegan un papel importante los que son dueños de la fuerza, los militares. Los cuartelazos tienen lugar en Centroamérica, según el autor, porque es necesario sostener el *statu quo* a través o de la fuerza o de mecanismos que prevengan la posibilidad de la participación autónoma de las mayorías.

Dada la crisis total del sistema, tanto en sus aspectos políticos como en la falta de un desarrollo equilibrado, Monteforte afirma que la manera de resol-

⁷⁰ Véase, *Centroamérica: subdesarrollo y dependencia* (Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1972).

⁷¹ *Ibidem*, tomo II, p. 13.

⁷² *Ibidem*, tomo II, p. 67.

ver este problema no es a través del desarrollismo, es decir, de la expansión del sistema económico, sino de la intervención en los factores políticos. Según él, "semejantes anomalías nunca se han corregido por sí solas; precisan de movimientos revolucionarios hoy sofocados por el poder real en el istmo, o de acciones reformistas de gobiernos lo bastante autónomos para colocarse al menos como impartidores de una suerte de justicia distributiva entre los explotadores y los explotados. Mas no es éste el caso de Centroamérica, donde el poder político y el poder económico se confunden de hecho, especialmente desde que el gobierno se trasformó en la agencia más eficaz de 'desarrollismo', incluso para suplir la iniciativa de la burguesía".⁷³

3. *Las alternativas políticas: socialismo o fascismo*

En la posición presentada anteriormente, el diagnóstico se resume en la imposibilidad de incorporación efectiva de las masas al control del proceso político. Otros analistas exploran más lo que para ellos es la única alternativa, una lucha de clases *a outrance*. Es la posición que sustenta Theotonio Dos Santos.

Aunque acepta la importancia de factores externos, ve en las condiciones internas la base de cualquier movimiento revolucionario y orientación de la acción política.

Si la economía internacional (cuyas leyes tenemos que estudiar históricamente, pues tienen una realidad propia y no dependen hasta cierto punto de las economías nacionales) pudiera determinar definitivamente el movimiento nacional, la revolución sería un acto internacional único. Sin embargo, sabemos que, por sus propias características, esto no puede ocurrir. Las revoluciones dependen de dinámicas nacionales que deciden sobre su posibilidad o no, reflejándose sobre la situación internacional.⁷⁴

Por ello, considera la situación brasileña como "una conjunción de una crisis capitalista coyuntural, con una crisis estructural ligada a la supervivencia del sector subdesarrollado de la economía".⁷⁵

Estas afirmaciones sólo se comprenden si se considera que el capitalismo dependiente es esencialmente excluyente en su crecimiento, "lo que hace crecer la inestabilidad y el desequilibrio interno de la sociedad y consecuentemente amenaza el equilibrio político del régimen por la creciente presión de consumo de las masas que no pueden ser absorbidas, además de la presión normal de los sectores ya absorbidos por el sistema. Esto crea una situación estructural de inestabilidad política que exige, por parte de la clase dominante, recurrir a una política de fuerza para garantizar la sobrevivencia del sistema".⁷⁶ Es interesante notar que esta descripción es prácticamente idéntica a la que

⁷³ *Ibidem*, tomo II, pp. 290-291.

⁷⁴ Theotonio dos Santos, *Socialismo o fascismo, dilema latinoamericano* (Ediciones Prensa Latinoamericana, Santiago, 1969), pp. 44-45.

⁷⁵ *Ibidem*, p. 114.

⁷⁶ *Ibidem*, p. 21.

haría Huntington, pero la causa, en lugar de atribuirse a la modernización, se imputa a la naturaleza del capitalismo dependiente.

Impuesta la solución de fuerza, se trata de practicar políticas de reformas o modernización desde arriba, a partir de una minoría militar ilustrada por las escuelas superiores de guerra, tratando de obtener el apoyo de élites políticas, sindicales y estudiantiles. "Este esquema ha fallado básicamente por la imposibilidad estructural de combinar reforma y represión de manera eficaz. Las reformas se convierten en sus propias sombras —unas pequeñas medidas modernizadoras— y la represión se hace ineficaz por su vacilación entre reprimir y buscar apoyo en los sectores afectados por la represión."⁷⁷

El populismo ha fracasado definitivamente. Los movimientos reformistas también. Los intentos de gobiernos basados en élites militares con el apoyo de otras élites sociales no pueden tener mejor suerte, según el autor, por las contradicciones que crea el capitalismo dependiente penetrado más y más por las corporaciones multinacionales. Las únicas alternativas abiertas son pues el fascismo colonial o el socialismo. El fascismo, según el autor, ha crecido constantemente en el Brasil en los últimos años. Curiosamente, algunas de sus afirmaciones hacen eco a las de un autor que parte de puntos de vista sumamente distintos, como Jaguaribe. Para Dos Santos, el socialismo triunfante en Cuba debe extenderse al resto de América Latina. No quedan, pues, más que dos alternativas. O los trabajadores urbanos y rurales concientizados merced al agravamiento de la crisis general del subdesarrollo del país junto a las crisis sectoriales, organizan y cobran suficiente fuerza para imponer una revolución o por el contrario, la burguesía frente a la falta de actividad revolucionaria efectiva de parte de la clase trabajadora, logra implantar una represión sistemática y un gobierno de pura fuerza. Para Dos Santos, entonces, la opción política se ve condicionada primero por la situación económica, función a la vez de la problemática de la dependencia y de la marcha del capitalismo mundial, y por la organización y conciencia de clases de determinados grupos en pugna. La opción inevitable entonces está indicada por las alternativas de socialismo o fascismo.

El análisis tiene como característica más interesante el hecho de que mezcla, de una manera inextricable, un mecanismo explicativo complejo, por una parte, con un voluntarismo no menos notable, por la otra. En este aspecto, pese a las enormes diferencias en otros, los postulados se encuentran muy cerca de los sostenidos por Jaguaribe.

VIII. EL PRIMADO DE LO POLÍTICO

Como se mencionó oportunamente no es usual encontrar, en América Latina, estudios de los denominados "políticocéntricos". Sin embargo, no hay que creer en su total ausencia. Tal vez el sustentador más representativo de esta posición

⁷⁷ *Ibidem*, pp. 21-22.

sea Cândido Mendes, a través de sus análisis de las características del actual régimen brasileño.⁷⁸

Estudiando la primera etapa del régimen,⁷⁹ destaca la característica paradigmática del gobierno Castello Branco, que lo diferencian nítidamente del patrón normal de intervenciones militares en el continente. Desde una intervención militar improvisada que se apropió del gobierno en una situación ejemplar de vacío de poder, siguió una trayectoria inesperada, llegando incluso a "ganar las dimensiones de proyecto, subordinado a un alto nivel de iniciativa coherente de decisiones sobre la realidad, se propuso la imposición inclusive de *modelos* en el campo económico-social", que produjeron "un grado inequívoco de alteraciones en las relaciones sociales y económicas del país".⁸⁰ La política gubernamental —según Mendes— produjo efectos irreversibles, que permiten la identificación de un conjunto "homogéneo y configurado de articulación de la infraestructura". El proyecto "reformista" de Castello Branco, en fin, ha demostrado gran coherencia en sus acciones.

Se trataría, en el entender de Mendes, de un régimen de "élite de poder", vale decir, una "situación de control del sistema político por un determinado agrupamiento social que, ... no encontraría un condicionamiento o determinación procedente de una 'subyacencia', o de un actor 'externo' a aquel mismo proceso político".⁸¹

Esa élite, en el caso analizado, se caracterizaría además:

a] por la asunción del mecanismo decisorio por una élite definida y caracterizada por una extrema homogeneidad ideológica integrada dentro de polos mixtos civil y militar, o tan solo militar;

b] eliminación, en el mecanismo de las decisiones, de todo recurso a la compatibilización de disensos y utilización consecuente de su formalización por el patrón democrático representativo;

c] adopción de la perspectiva de la neutralidad a las conexiones de infraestructura, expresa en la adopción de la 'ideología de la racionalidad';

d] adopción de un modelo reformista de cambio con tendencia a la contraposición, simultáneamente, en la consolidación de su vigencia, sea de los mecanismos de legitimación social formal, sea de los pactos tradicionales de poder.⁸²

En el caso brasileño, fue esa alianza tecnocrático-militar, lo que permitió —según Mendes— "situar al grupo dirigente... al margen de cualquier determinación objetiva, de clase u otro denominador social para su acceso al nivel de la decisión nacional".⁸³

⁷⁸ Véase, además de los que se citarán más abajo, "Sistemas políticos e modelos de poder no Brasil", en *Dados*, núm. 1 (1966), pp. 7-41.

⁷⁹ Cândido Mendes, "O governo Castello Branco: paradigma e prognose", en *Dados*, núms. 2/3 (1967), pp. 63-111.

⁸⁰ *Ibidem*, pp. 63-64.

⁸¹ Cândido Mendes, "Elites de poder, democracia e desenvolvimento", en *Dados*, núm. 6 (1969), p. 61.

⁸² Cândido Mendes, "Prospectiva do comportamento ideológico: o processo de reflexão na crise do desenvolvimento", en *Dados*, núm. 4 (1968), p. 96.

⁸³ Mendes, "O governo Castello Branco: paradigma e prognose", *op. cit.*

Y habría llevado a cabo "un caso antológico de entropía rigurosamente controlada". Entiende por "entropía", concepto tomado de la termodinámica, el tipo de conducta adoptado por el *statu quo* en casos de inercia social, en los que en lugar de caer en situaciones de anomia, la situación es aprovechada para constituir regímenes de mayor solidez, adosando a la mera situación de dominio, tanto un proyecto de intervención en la realidad dotado de mayor o menor coherencia, y una estrategia que permita llevarlo a cabo, conservando siempre el centro decisorio del *statu quo* la iniciativa sobre el proceso.

Para llevar a cabo tal acción, la élite de poder "desprecia al mismo tiempo, la ampliación del compromiso, o del pacto de expectativa de utilización completa de la máquina gubernamental ... y la *legitimación consensual*".⁸⁴ Ello, sin embargo, no impide —o tal vez incluso facilita— la sincronización de las reformas previstas, en los diversos planos económico y social.

A partir del análisis del gobierno Castello Branco como paradigma, Mendes realiza la prognosis de lo que sería el gobierno Costa e Silva.

Lo expuesto basta para justificar la ubicación "políticocentrista" de Mendes. El principal actor político de la situación brasileña analizada, la élite tecnocráticomilitar, elabora un proyecto que afecta radicalmente a la sociedad civil y lo lleva a la práctica en la mejor forma posible, gracias a una estrategia, tan racional como el proyecto, que imaginó al efecto. La sociedad civil resulta totalmente pasiva frente a esa acción de la sociedad política. Se introducen reformas tanto en lo económico, como en lo social, según afirma Mendes, que tienen por único origen el raciocinio de los tecnócratas que las idearon. Los grupos sociales afectados por las alteraciones —tendientes a la conservación del *statu quo*— no reaccionan ni tienen posibilidad alguna de hacerlo, por cuanto el esquema de análisis no postula ninguna acción en ese sentido.

Tal vez, como apuntó Cardoso, esta supuesta racionalidad en la conducta del gobierno y en la aplicación del proyecto sea la consecuencia de un análisis *a posteriori* y de la elaboración de hipótesis *ad hoc* para explicar las manifestaciones políticas del castellismo.⁸⁵ A favor de esta interpretación estaría el que la "prognosis" de las características que asumiría el gobierno Costa e Silva, debió ser reinterpretada por Mendes, para ajustarlas a la realidad en sus escritos posteriores. "El error en la caracterización del proceso político se debió ... a que fueron tomados muy en serio los proyectos y la ideología de los actores políticos y ... se llegó a pensar que los gobiernos de 'élite de poder' funcionan en un vacío social en el cual la tecnocracia, el poder presidencial y los grupos castrenses allegados a la élite de mando operan técnicamente". En el análisis visto, "los actores políticos son personajes de un enredo que es casi puramente ideológico y obedecen a una lógica política ajena a la base social y económica".⁸⁶

Se omite toda consideración de los enfrentamientos externos, vale decir, los que oponen a los componentes de la élite de poder, con los grupos sociales excluidos de la toma de decisiones, y los internos, donde se dirimen los con-

⁸⁴ *Ibidem*, p. 66.

⁸⁵ Fernando H. Cardoso, *El modelo político brasileño*, p. 80.

⁸⁶ *Ibidem*, p. 83.

flictos producidos dentro del grupo que ocupa el poder decisorio. Tampoco se analiza a qué grupos favorece la aplicación del modelo postulado, lo que permitiría apreciar cuáles son los grupos sociales que sustentan al gobierno.

Cabe mencionar que esta interpretación conduce directamente a sostener la importancia del autoritarismo político como condición básica del desarrollo económico.⁸⁷

Asimismo, existen algunos análisis políticos que introducen subrepticamente esta perspectiva. Por ejemplo, recientemente Simón Schwartzman ha realizado un interesante esfuerzo por superar la antinomia tradicional según lo cual o se entiende a "los fenómenos políticos como derivados de las habilidades o virtudes del jefe político" o "la política se hace en función de intereses y propósitos de grupos dentro de la sociedad".⁸⁸ Estima, siguiendo a Bendix,⁸⁹ que hay una tercera alternativa ya que "coexisten, en todos los sistemas sociales, sistemas de intereses que tratan de orientar y delimitar la acción del Estado, y una autonomía más o menos significativa del Estado que trata de influenciar la vida de la sociedad civil".⁹⁰ En su intento, sin embargo, no consigue analizar adecuadamente las posibles interacciones existentes, por cuanto en definitiva postula que, en algunas situaciones, la variable independiente sería el crecimiento y diferenciación del Estado, mientras que en otras situaciones, sería el desarrollo económico. En definitiva, en vez de superar la opción teórica inicial, elige en un momento la primera y en otro momento la segunda, suponiendo que por el mero hecho de enumerarlas conjuntamente ha elaborado un modelo más comprensivo que las abarca a ambas. Como sugería Cardoso recientemente, puede suceder que las distinciones entre Estado y sociedad (y economía) contribuyan mucho más a oscurecer que a aclarar. Reflexiones similares podrían hacerse respecto a la obra de Wanderley Ghillerme Dos Santos.⁹¹

Aunque no es usual encontrar entre los sociólogos y científicos políticos que se ocupan de América Latina, quienes sustenten la tesis del predominio causal del sistema político frente a la estructura social, tal tesis es sostenida, implícitamente, por la mayoría de los planificadores. Es usual encontrar en los diver-

⁸⁷ Véase la justificación teórica de la inevitabilidad del autoritarismo en los países subdesarrollados, en Wanderley Ghillerme Dos Santos, "Teoría política e prospectos democráticos", *Dados*, núm. 6 (1969), pp. 5-23. En el mismo número de *Dados* puede consultarse "Desenvolvimento e abertura política", en el que Simon Schwartzman realiza un esfuerzo por elaborar una perspectiva de análisis de diversos modelos políticos, que no descuida la importancia de la apertura política, concluyendo que: "El costo social de un sistema político cerrado parece ser, en conclusión, suficientemente elevado como para justificar un esfuerzo en la búsqueda de soluciones políticas que puedan mantener el sistema político abierto o en expansión."

⁸⁸ Simón Schwartzman, "Representação e cooptação política no Brasil", en *Dados*, núm. 7 (1970), p. 9. Consúltese también del mismo autor, "Desenvolvimento e abertura política", ya citado.

⁸⁹ Reinhard Bendix, "Social stratification and the political community", en Reinhard Bendix y Seymour M. Lipset (comps.), *Class, status and power* (Free Press, Nueva York, 2a. edición, 1966).

⁹⁰ Schwartzman, "Representação ...", *op. cit.*, p. 10.

⁹¹ Wanderley Ghillerme Dos Santos, "Raízes da inequação política brasileira", en *Dados*, núm. 7 (1970).

esos planes de desarrollo, la esperanza de que el Estado, como un nuevo demiurgo, creará una nueva sociedad mediante la aplicación correcta del conjunto de medidas propuestas. La acción de los grupos sociales no es considerada. El Estado y los hombres que toman las decisiones como si girasen de una autonomía absoluta lo hacen sin condicionamientos provenientes del sistema social y pensando sólo en el "bienestar general". La tesis implícita se liga, pues, a las consideradas en esta sección.

IX. LOS ESFUERZOS DE SUPERACIÓN DE LOS MODELOS TRADICIONALES DE ANÁLISIS

1. *La crítica del reduccionismo*

En esta sección se considerarán dos ejemplos representativos de los esfuerzos hechos en América Latina por superar la opción sociocentrismo-políticocentrismo. Es muy probable que intentos en dirección análoga se multipliquen en el futuro en América Latina, lo que les presta un interés especial.

En el libro de Cardoso y Faletto, tantas veces mencionado, se hacen consideraciones sobre los sistemas políticos que no corresponde reiterar aquí. Interesa más hacer referencia a algunos trabajos recientes en que Cardoso reflexiona sobre las conexiones existentes entre economía y política.

Comprueba la persistencia en muchos análisis de la política latinoamericana, de los enfoques reduccionistas que la ven o como la consecuencia inmediata e ineludible de las alteraciones producidas en la infraestructura económica, o a la inversa, como el elemento causal de los cambios en la base. Ninguna de ambas alternativas le parece razonable.⁹² Sostiene en cambio que "el proceso político posee cierta autonomía frente al condicionamiento estructural" y, por lo mismo, "el análisis de las coyunturas políticas es necesario para comprender cómo, en la lucha social (económica y política), seleccionan alternativas los grupos, clases e individuos que de manera determinada recrean la historia".

Las visiones mecanicistas están excluidas del análisis que postula, ya que entiende que "las coyunturas políticas y los hechos particulares, deben considerarse como un proceso de sustantivación de las condiciones estructurales en las cuales se producen y, al mismo tiempo, como un proceso de transformación de esas estructuras".⁹³

Los enfoques tradicionales del subdesarrollo latinoamericano afirman que estas sociedades eran oligárquicas y elitistas, como podía deducirse tanto del análisis de la economía como del punto de vista social. Se postulaba, además, que la burguesía industrial era un factor decisivo en la generación del desarrollo económico y se esperaba que, como consecuencia de éste, se produjera la quiebra de la dominación tradicional, la extensión de la participación, tanto

⁹² Véase Fernando H. Cardoso, "El modelo político brasileño", en *Estado y sociedad en América Latina*, pp. 67-90.

⁹³ Cardoso, *op. cit.*, pp. 7 y 8.

económica como política, de las masas postergadas y ocurriera, en fin, un proceso de democratización generalizado. El desarrollo económico tendría entre sus efectos, la democracia.

Sin embargo, la década de 1970 marca el fin de la democracia representativa en el continente, tanto en su vigencia efectiva como forma de organización política, como en su forma de ideología dominante desde la Colonia hasta hoy. Esto último es lo más destacable por cuanto, aunque su vigencia en el primer sentido fue sólo esporádica en la mayoría de los países, nunca se dejó de lado el principio democrático como ideología básica que todos, incluso los que acababan con ella, respetaban.

Y no es que haya sido sustituida por un régimen democrático diferente, como podría esperarse dado el proceso de modernización habido en todos los países de la región. Por el contrario, se la sustituyó por nuevas formas de autoritarismo. Con ello la hipótesis de los que depositaban sus esperanzas en los efectos benéficos del desarrollo económico, pierde toda vigencia.

En cambio, comienza a difundirse no sólo entre algunos grupos sociales específicos (empresarios, tecnócratas, etc.), sino también entre los analistas sociales, la creencia contraria, vale decir, que existe una relación estrecha entre el desarrollo económico y el autoritarismo y que éste constituye una condición de aquél. Es por ello frecuente que muchos gobiernos enfrenten las críticas sobre la falta de libertades democráticas, aduciendo las tasas de incremento económico de sus respectivas economías.

Cardoso sustenta la tesis de que tales relaciones no son necesarias, que es posible la existencia de desarrollo económico y la subsistencia de formas políticas democráticas. Afirma que "La democracia y el totalitarismo se adaptan tanto al capitalismo como al socialismo" y que como ya se ha mencionado⁹⁴ "las creencias ingenuas que hacían coincidir socialismo con libertad y capitalismo con opresión política no se sostienen".⁹⁵

2. *El nuevo autoritarismo*

Graciarena que fue uno de los primeros en plantear dudas acerca de la relación entre desarrollo y democracia, sosteniendo la necesidad de reconocer una cierta autonomía de lo político, recientemente ha comenzado a explorar, la naturaleza de los sistemas políticos que O'Donnell llama burocráticoautoritarios.⁹⁶

Considera la presencia militar en el poder como un modo de llenar el vacío del poder consensual frente a "la articulación de nuevos grupos sociales as-

⁹⁴ Cap. iv, II, 2.

⁹⁵ Cardoso, "Alternativas políticas en América Latina", *op. cit.*, p. 27.

⁹⁶ Que para él, se refiere tanto al ejercicio directo del poder como el control indirecto que resulta de la existencia de o "un estado bismarckiano" o de una "guardia pretoriana" militar del régimen. Véase Jorge Graciarena, "Tecnocratización de la universidad y postgrado en ciencias sociales en países capitalistas dependientes: el caso de América Latina" (Informe a la Séptima Reunión de la Asamblea General del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Maracaibo, 25-27 marzo 1974), p. 7.

cendentes”⁹⁷ no incorporados, señalando que, el resultado tiene como características “la tentativa de reorganizar el Estado sobre bases tecnocráticas y la formulación de políticas impuestas autoritariamente”.⁹⁸ Tal tentativa se dirige en lo económico hacia el fortalecimiento de un capitalismo dependiente “basado en los aumentos de escala de las unidades productivas y en la concentración económica de la propiedad de los medios de producción y del ingreso”.

En estos estados, la democracia formal, mecanismo de una participación muy restringida y de un mínimo de legitimación del poder oligárquico, ha sido drásticamente limitada o abolida, junto con cualquier libertad de expresión efectiva. En cambio las bases de poder del Estado son una coalición débil de grupos minoritarios “en que el principal cemento aglutinador es el ‘plus’ que pone la ‘presencia militar’ que hace posible la formación y aplicación de políticas impopulares y socialmente resistidas”.⁹⁹ Y las bases de legitimación surgen del carácter tecnocrático de este Estado. Como indica el autor: “De la misma manera que antes se invocaba la ‘voluntad divina’ ahora se declara que las alternativas políticas no son otra cosa que ‘opciones técnicas’, sobre las que nadie puede tomar una decisión mejor fundada que los ‘expertos o especialistas’ puesto que ellos —y sólo ellos— disponen de los conocimientos científico-técnicos más avanzados necesarios para poder tomar una decisión ‘correcta’”.¹⁰⁰

Las decisiones se mudan entonces, según declaraciones de los que dirigen estos regímenes, desde el campo de la política, visto como corrompido y más aún peligroso, por las amenazas de subversión interna allí encerradas, hacia el campo de la ciencia y la técnica y, como consecuencia, de los marcos del ciudadano común al “experto” de los cuales los autodenominados expertos en orden y seguridad son, por supuesto, los militares.

El Estado tecnocrático como aparece en América Latina para Graciarena, funciona mezclando maquinarias administrativas modernas con burocracias tradicionales y decadentes. Su capacidad de actuación está relacionada con el nivel de desarrollo de la sociedad. En los países de menor grado de desarrollo resultan ser “poco más que un proyecto y una superposición postiza”,¹⁰¹ sujeto a corrupción por las fuerzas antiguas (además de las nuevas formas que pueda generar por sí sola).¹⁰²

Tal régimen autoritario y tecnocrático tiene supuestamente una capacidad especial para organizar y dirigir el desarrollo, pero tal suposición merece cier-

⁹⁷ *Ibidem*, p. 7.

⁹⁸ *Ibidem*, p. 8.

⁹⁹ *Ibidem*, p. 8.

¹⁰⁰ *Ibidem*, p. 9.

¹⁰¹ *Ibidem*, p. 9.

¹⁰² En conexión con esto conviene recordar un comentario respecto a burocracias de orden tecnocrático o de “meritocracia” hecho por José Medina “Toda jerarquía de carácter funcional ... es por naturaleza en extremo lábil o inestable. La posibilidad de la corrupción por el poder se encuentra tan presente en ella como en otras formas de dominación ... el nombramiento de expertos está expuesto a influjos que nada tienen que ver con las razones de su legitimidad, aun en el caso de que no se imponga la tendencia fatal al autorreclutamiento”. *Discurso* ..., p. 131.

tas dudas. Aparte de las posibilidades de corrupción, a lo cual hace referencia Graciarena, esos regímenes autoritarios realmente son un mecanismo primordialmente con fines políticos y no con fines desarrollistas. Más aún en cuanto se preocupan del desarrollo, promueven uno de tal tipo que, junto con el tipo de participación política que forma la base de su poder, permite clasificarlos como sugiere Cardoso como "regímenes desmovilizadores" ya que "no se sostienen por medio de políticas de redistribución del ingreso (ni siquiera simbólicas), ni necesitan movilizar a las masas para mantenerse en el poder".

X. EL TEMA DEL POPULISMO

1. *Diversos sentidos del término*

El término "populismo" ha sido utilizado en diversos momentos y lugares para designar a una gran variedad de movimientos políticos. Como suele suceder cuando crece la extensión de un concepto, la precisión del mismo se pierde. A tal punto que se ha sostenido que el "concepto de populismo no existe".¹⁰³

Esa amplia utilización trasciende con mucho el ámbito latinoamericano, ya que con dicho término se han designado tanto a movimientos norteamericanos que nucleaban importantes contingentes de granjeros, como a los intelectuales rusos que desde fines de la década de 1860 iniciaron una campaña que puede resumirse en su *slogan* "ir hacia el pueblo". Otros movimientos de corte campesino, primitivista, tradicionalista, etc., que surgieron en diferentes lugares de Europa y del Tercer Mundo, también fueron llamados "populistas". A niveles elevados de abstracción ha sido posible para diversos autores encontrar rasgos y características similares entre todos o muchos de esos movimientos. Sin embargo, cuando los estudios se tornan más concretos, comienzan a aparecer diferencias importantes que, incluso, hacen dudar sobre la utilidad de usar el concepto como si se refiriera a una única familia de movimientos sociopolíticos.

Un elemento muy importante a tener en cuenta cuando se estudian los "populismos" —y que ha sido expresamente destacado por Peter Worsley— es que ellos "no poseen una tradición común de la que tengan conciencia".¹⁰⁴ Por tanto, resulta que "hablar de populismo como género implica suponer lo que se quiere demostrar: que movimientos con rasgos muy distintos, aislados en el tiempo y en el espacio y pertenecientes a diferentes culturas, poseen ciertos atributos capitales que justifican subsumirlos, en forma consciente y con fines

¹⁰³ Juan Felipe Leal, "Nota sobre el populismo", en *Revista Mexicana de Ciencia Política*, año xvi, núm. 64 (abril-junio de 1971).

¹⁰⁴ Cf. Peter Worsley, "El concepto de populismo" en Ionescu y Gellner, *Populismo. Sus significados y características nacionales* (traducción castellana de Leonardo Wollfson, Amorrotu, Buenos Aires, 1969). [Véase también Peter Worsley, *El tercer mundo*, Siglo XXI, México, 5a. ed., cap. 4, "Populismo".]

analíticos, bajo el mismo rubro a despecho de variantes que presentan en otras características".¹⁰⁵

En ese contexto, sin embargo, los movimientos sociales latinoamericanos de tipo "nacional popular" son excepcionales. Mientras los demás, cualesquiera sea el ámbito de su situación, se identifican por su carácter rural o vinculado al campo, en América Latina son fenómenos de corte típicamente urbano.¹⁰⁶

Las referencias anteriores importan a efectos de acotar convenientemente el campo de análisis subsiguiente: no interesa hablar del "populismo" a nivel universal. Por el contrario, se tratará, a través de una revisión de la literatura respectiva, de precisar qué se entiende en la región por populismo, cómo se lo caracteriza y se explica su surgimiento y qué función cumplen en el proceso político.

Tal reducción se justifica por las peculiaridades que encuentran en los movimientos latinoamericanos de este tipo, incluso aquellos autores que consideraran válido hablar de "populismo" como una familia sociopolítica que ha tenido vástagos en diversos rincones del mundo.

Conviene recordar también que todos los intentos de elaborar una noción universal, válida en todo tiempo y lugar, han terminado por caracterizar ambiguamente el término para así poder aplicarlo a situaciones muy diversas. Shils, por ejemplo, encuentra que los únicos rasgos comunes a todos los movimientos que acostumbran a llamarse "populistas" serían afirmar la supremacía de la voluntad del pueblo y postular una relación directa entre pueblo y gobierno. No es necesario aguzar mucho la imaginación para encontrar otros movimientos no llamados "populistas", que comparten características tan vagas, lo que destaca el valor de la afirmación de Worsley ya mencionada.

2. *El populismo latinoamericano*

Debe recordarse, sin embargo, que tampoco entre quienes se preocupan de los "populismos" latinoamericanos es posible encontrar unanimidad de criterios. Por el contrario, hay gran variabilidad tanto en las definiciones como en los movimientos incluidos en la familia populista. Así, Di Tella considera que el antiguo Frente Popular chileno, el Partido Demócrata Cristiano freísta, el FRAP (y seguramente también la Unidad Popular allendista) constituyeron ejemplos de movimientos populistas.¹⁰⁷ Neira, en cambio, estima que Chile es un buen ejemplo de país "donde no ha habido populismo".¹⁰⁸

¹⁰⁵ Peter Worsley, *op. cit.*, p. 266.

¹⁰⁶ Cf. Alistair Hennessy, "América Latina", en Ionescu y Gellner, *op. cit.*

¹⁰⁷ Torcuato Di Tella, "Populismo y reforma en América Latina", en Claudio Véliz (comp.), *Obstáculos al cambio en América Latina* (Fondo de Cultura Económica, México, 1969; edición inglesa, 1965).

¹⁰⁸ Hugo Neira, "Populismes ou césarismes populistes?" en *Revue Française de Science politique*, vol. xix, núm. 3 (junio de 1969). Por su parte Jaguaribe considera populistas a los gobiernos de Velasco Alvarado, Vargas, Cárdenas, López Mateos, Betancourt, Rojas Pinilla, Ibáñez, Kubitschek, Goulart y Frondizi.

En cuanto al papel que han jugado frente al desarrollo, las opiniones también varían ampliamente. Mientras para algunos han constituido el principal obstáculo a su logro sea por su política redistributivista demasiado "temprana", o por otras razones,¹⁰⁹ otros, como Di Tella, sostienen que "el populismo es la única fuerza por el lado de la reforma en América Latina".¹¹⁰ Neira, por su parte, percibe un cambio de su papel. Así, "los populistas antiimperialistas, antioligárquicos en sus comienzos, juegan hoy día un rol nefasto. Dejando aparte los residuos del peronismo y getulismo, son los aliados de la estrategia imperialista americana en el continente y están asociados a los clanes oligárquicos en el poder".¹¹¹

Quienes se sienten vinculados a estos movimientos, reaccionan en forma sumamente variada frente a su designación como "populistas". Algunos recogen un sentido del término que consideran vinculado al "pueblo" y entonces aceptan ser llamados de esa manera. Otros, en cambio, se esfuerzan en demostrar que el movimiento al cual adhieren no es precisamente un "populismo", recogiendo así el sentido despectivo con que muchas veces se carga a dicha expresión. Ello es especialmente notable en los abundantes escritos de autores peronistas o filoperonistas en los últimos tiempos.

Esa diversidad en torno al concepto obliga a intentar agrupar las interpretaciones más relevantes del fenómeno, para apreciar sus características comunes y aquéllos en que se diferencian más netamente.

3. Caracterizaciones del *populismo latinoamericano*

Fue Germani quien introdujo el estudio del populismo en la sociedad de la región, integrándolo en su teoría de la participación creciente. Éste se presentaría en todas las sociedades al comienzo de su desarrollo, estando constituida por dos procesos distintos: el de movilización, vinculado al despertar psicológico a la posibilidad de participación en una comunidad nacional ampliada, es decir, a la posibilidad de intervención en la vida política y el de integración, que se refiere a la adquisición de un poder efectivo y legítimo sobre el aparato político.¹¹² La existencia de movilización no implica que necesariamente haya integración.

¹⁰⁹ Cardoso enfatiza la continua presión por la expansión del consumo, lo que hace que sólo mantengan el poder durante los ciclos de crecimiento económico. Véase *Los agentes de cambio y conservación en América Latina*.

¹¹⁰ Di Tella, *op. cit.*, p. 74.

¹¹¹ Neira, *op. cit.*

¹¹² Germani, en *Política y sociedad en una época de transición*, pp. 200-201, distingue los conceptos de la siguiente manera: "[Movilización] corresponde al proceso psicológico a través del cual grupos sumergidos en la 'pasividad' correspondiente al patrón normativo tradicional (predominio de la acción prescriptiva a través del cumplimiento de normas internalizadas), adquieren cierta capacidad de comportamiento deliberativo, alcanzan niveles de aspiración distintos de los fijados por ese patrón preexistente, y consiguientemente, en el campo político, llegan a ejercer actividad. Ésta obviamente produce participación, intervención en la vida nacional; pero tal intervención puede darse de muy distintas maneras... Es con res-

La alternativa que resulta de la secuencia "correcta" entre movilización e integración (dentro del contexto de un consenso sobre la legitimidad de las instituciones democráticas) es la plena democracia, resultado de la capacidad de establecer canales de participación antes de o de acuerdo con las demandas de nuevos grupos. En cambio, si la movilización es mayor que la incorporación a la participación efectiva, el camino queda abierto para la "política de masas", consistente en el aumento cuantitativo del cuerpo político sin alterar la naturaleza de las relaciones de poder entre masas y élites. La política de masas puede manifestarse en una variedad de regímenes autoritarios, como los fascismos europeos o los nacionalpopulismos. En ellos el poder queda en manos de una élite, aunque se dan ciertas formas de participación (a través de los gremios, asociaciones, etc.). Las masas están, en efecto, contenidas dentro de una estructura que si bien les permite alcanzar limitados beneficios y maneras de expresión, jamás les otorgará la igualdad política o económica con la élite. La cohesión social en tal situación resulta en parte de la utilización del nacionalismo, que no es más que una forma de patriotismo para ligar a grupos con poder distinto a través de vínculos de lealtad xenofóbica hacia un mito nacional promovido en parte por la élite y en parte por la conciencia de las masas de que existe una comunidad más amplia.

Vale decir que en la constitución de los movimientos autoritarios se hallan presentes como elementos claves las masas, la élite y la ideología. Será Di Tella el que —siguiendo los postulados básicos presentados por Germani— caracterizará detalladamente cada uno de estos aspectos.¹¹³

No interesa extenderse demasiado en la consideración del género "movimiento autoritario", por cuanto el tema central del capítulo es una de sus especies, el "populismo", y más específicamente sus versiones latinoamericanas. Por otra parte, las similitudes entre los fascismos europeos y los movimientos latinoamericanos en estudio no van mucho más allá de las características señaladas. Era corriente, y lo sigue siendo, asimilar populismo y fascismo. En el momento en que Germani escribe el folleto titulado *La integración de las masas a la vida política argentina* que luego, reducido y modificado, se incorporaría a *Política y sociedad en una época de transición*, había aparecido la segunda edición del trabajo de José Luis Romero sobre las ideas políticas en la Argentina, donde se sostenía aquella caracterización del peronismo. El es-

pecto a estas diferentes formas como podemos definir la integración como una forma particular de intervención de los grupos movilizados; a] por un lado se lleva a cabo dentro de canales institucionalizados en virtud del régimen político imperante (y tal intervención posee por lo menos un cierto grado de efectividad, además de un reconocimiento formal); b] por el otro es percibida y experimentada como 'legítima' por los grupos movilizados, debiéndose agregar que en ese sentimiento de 'legitimidad' está también englobado de manera explícita o implícita, consciente o inconsciente, el cuadro institucional global, es decir, el régimen político por un lado y por otro, por lo menos ciertos valores básicos que aseguran un mínimo de integración en la estructura social".

¹¹³ Torcuato Di Tella, "Ideologías monolíticas en sistemas políticos pluripartidistas: el caso latinoamericano", en Di Tella, *et al.*, *Argentina, sociedad de masas* (Editorial Universitaria, Buenos Aires, 1966), pp. 272-284; y "Populismo y reforma en América Latina", en Clauudio Véliz (comp.), *Obstáculos para la transformación de América Latina*, pp. 51-74.

tudio de Germani, justamente, estaba destinado a mostrar el error de esa manera de ver. Es por ello paradójal que posteriormente la mayoría de quienes lo han comentado, hayan creído ver en él exactamente lo contrario de lo que el autor buscó demostrar.

A continuación, entonces se especificarán los rasgos constitutivos de los movimientos políticos populistas, tal como aparecen caracterizados en los autores que continuaron los pasos iniciales de Germani.

Di Tella definió los movimientos populistas como coaliciones entre estratos de la clase trabajadora urbana o rural y ciertas élites no obreras. Los tres elementos claves ya mencionados (masas, élites y cierta ideología cohesiva) reaparecen y, por lo mismo, resulta conveniente profundizar cada uno de estos elementos.

a] *Las masas*. La base de sustentación de los movimientos autoritarios permite a Germani y a sus seguidores establecer la diferencia básica (aunque no la única) entre los fascismos europeos y el populismo latinoamericano. Los primeros están formados por individuos de clase media (empleados, pequeños comerciantes, residuos artesanales, pequeños industriales), que en un momento de crisis buscan evitar su proletarización inminente, inclinándose hacia movimientos de derecha; los latinoamericanos, en cambio, encuentran apoyo entre los sectores populares y especialmente entre los obreros industriales y similares.

Esto plantea la necesidad de explicar cómo es posible que prime el tradicionalismo ideológico en sujetos insertos en procesos productivos "modernos". El que se adhieran "obreros" a movimientos originados en grupos de derecha, que difunden un pensamiento señorial, católico, conservador, antiliberal y precapitalista, fuertemente nacionalista, se opone a las hipótesis de la teoría clásica del comportamiento político que considera que la clase baja "tiende a orientarse hacia partidos de ideologías consideradas de izquierda".

Germani estima que deben considerarse algunas circunstancias que pueden contribuir a explicar el que en ciertos países, las clases populares hayan adoptado una actitud modal diferente de la que se registra en las sociedades de tipo urbanoindustrial. Para ello efectúa comparaciones respecto a una proposición cuya universalidad está basada, al parecer, en las características del desarrollo de los países centrales. Entiende que las actitudes autoritarias de las clases populares surgirían en situaciones donde, a] el proceso de industrialización y urbanización fue más tardío o aún se halla en proceso de desarrollo; b] las masas populares o grandes sectores de las mismas recién están adquiriendo significación política; c] el proceso de independización nacional es reciente o está en pleno desarrollo, tanto en lo concerniente a la formación de una conciencia nacional como desde el punto de vista jurídico económico.¹¹⁴

Debe recordarse, además, que no toda la clase obrera apoya las soluciones populistas. A consecuencia de ello surgió la hipótesis "clásica" de la fractura al interior del proletariado de los países de desarrollo reciente. Mientras la "vieja" clase obrera se comportaría en forma similar a su congénere europea, apoyando a los partidos de "clase", la nueva se mostraría proclive a aceptar

¹¹⁴ Germani, *op. cit.*, p. 135.

líderes procedentes de otros grupos sociales. Esa diferencia en el comportamiento se ha explicado por el predominio de una estructura de valores y actitudes de índole tradicional en los nuevos obreros que son inmigrantes rurales recientes, políticamente incultos e incapaces de administrar autónomamente sus propias organizaciones.

Dentro del modelo occidental, el surgimiento y desarrollo de la sociedad industrial supone la existencia de un proceso de movilización que también fue movilización política. Pero existen diferencias respecto al caso latinoamericano, entre otras, la gradualidad del proceso de movilización europeo, que permitió la formación de canales de participación en el plano económico-político de las masas movilizadas:

"En el ejemplo inglés el comienzo del proceso económico de desarrollo tendió a *preceder* al de movilización mental y material de los estratos populares y no fue contemporáneo o incluso *sucesivo*, como ocurre en los países presentemente en curso de desarrollo".¹¹⁵ En América Latina, en cambio, la movilización social está ocurriendo a un ritmo tan vertiginoso, que se verifica el "paso imprevisto de la 'pasividad' tradicional a la movilización total." De allí que la definición genérica de los movimientos nacional populares apunte a la forma peculiar de intervención en la vida política nacional de los estratos tradicionales en curso de rápida movilización en los países actualmente subdesarrollados.

Estos movimientos surgen en contextos donde existe una gama de partidos que no ofrecen adecuadas posibilidades de expresión a las masas movilizadas. De allí que se configure una "masa disponible" (requerida, según Germani, por cualquier tipo de totalitarismo) dada la situación de "anomia" en que se encuentran. De esta disponibilidad pueden alimentarse movimientos nuevos, dirigidos por élites dotadas de la flexibilidad necesaria para utilizarlos, o coincidentes con sus aspiraciones. Por tanto, merced al estado de disponibilidad en que se encuentran, esas masas pueden ser manipuladas por élites procedentes de otros estratos sociales.

En este punto es posible encontrar diferencias entre los autores que se afilian a este enfoque, por cuanto mientras algunos —como Germani al estudiar al peronismo— se alejan bastante de la idea de la manipulación como explicación del surgimiento de tal movimiento, enlazando fácilmente con lo que —como se verá— son los planteos críticos actuales, autores como Di Tella ponen énfasis muy especial en las características de las élites, dejando en un segundo plano y brindándole escasa importancia, al papel de las masas. Pese a ello todos reconocen que los movimientos populistas han hecho importantes concesiones a los sectores populares. La diferencia estriba en que mientras algunos perciben ese mejoramiento en la situación de las masas, como logros de su propia acción en la arena política, otros los entienden como concesiones de los grupos dominantes para asegurarse el concurso de aquéllos. Como se ve, ambas perspectivas no son contradictorias y pueden integrarse en una hipótesis única.

b] *Élites disponibles*. El segundo elemento clave de los movimientos populis-

¹¹⁵ *Ibidem*, p. 153.

tas es que sus cuadros dirigentes están integrados por individuos procedentes de la clase media o alta, con "incongruencia de status", inseguros de su posición en la sociedad, inadaptados e inconformes, según la caracterización de Di Tella. Esa situación los llevaría a provocar tensiones sociales y a perseguir sus metas, mediante la manipulación de esas masas disponibles para las que están cerrados los canales de participación organizados aunque pueden hacer sentir su peso por la vía electoral. Será, justamente, ese potencial el que aprovecharán aquellas élites "externas" a la clase popular.

c] Una *ideología* o psicología dominante difundida, que facilite la comunicación y genere el entusiasmo popular, sería el tercer rasgo constitutivo de un movimiento populista.

d] Un *líder* carismático constituye, para algunos como Jaguaribe, el elemento crucial para la constitución de un movimiento populista. Sostiene que "el populismo puede ser generalmente descrito como un movimiento político caracterizado por el llamado directo de un líder carismático a las masas urbanas". Ese llamado, hecho más por las acciones personales de ese conductor que por la mediación de un partido, lleva a las masas a tener fuertes esperanzas en obtener una mejora relativamente rápida de su condición, en caso de que el líder obtenga poder suficiente para llevar adelante reformas socioeconómicas importantes, promover el desarrollo del país y emprender programas de bienestar y de redistribución del ingreso.

4. Clasificación de los movimientos populistas

Di Tella clasifica los movimientos populistas a partir de dos elementos cruciales: el grado de desarrollo del país en que tiene lugar su aparición; y las características de la élite que lidera el movimiento.

Entiende que los movimientos populistas "típicos" se dan en un contexto donde el crecimiento económico se encuentra rezagado respecto al demográfico y en que falta, además, la capacidad de organización, hay dependencia de mercados exteriores y se están realizando esfuerzos prematuros para la redistribución del ingreso. En cambio, en los países de desarrollo intermedio (especialmente Argentina, Uruguay y Chile, entre los latinoamericanos) su surgimiento resulta bastante más difícil, por cuanto los niveles de alfabetización, de urbanización y de industrialización son más altos y han permitido, consecuentemente, que las clases media y baja hayan realizado experiencias de organización autónoma, por lo que no es probable que sean manipuladas por élites procedentes de otros sectores sociales. La clase media especialmente percibe posibilidades de ascenso dentro del *statu quo* y se vuelve, por tanto, conservadora. La consecuencia obvia de todo este razonamiento es preguntarse —como hace Di Tella— cómo fue posible la aparición del peronismo en la Argentina.

El segundo elemento, que es además el crucial, son las características que asume la élite que lidera el movimiento populista. Como ya se vio, ella siempre pertenece a los sectores medios y altos y sufre por diversas razones, de incongruencia de status. A partir de tal hecho, Di Tella distingue dos tipos di-

versos de élite y predice sus comportamientos políticos según sean aceptados o rechazados por su clase de origen. El cuadro adjunto permite observar las características de los diferentes casos considerados.

CUADRO 12. CARACTERES DE LOS MOVIMIENTOS POPULISTAS SEGÚN SEAN SUS ÉLITES Y LAS RELACIONES DE ÉSTAS CON SU CLASE

Elite disponible integrada por individuos de:	Actitud hacia la élite de los círculos sociales de los cuales proviene:	
	Aceptados	Rechazados
Clase media alta Ejército Clero	1] Alternativa moderada: pueden tornarse conservadores	3] Alternativa intermedia: usa medios violentos, pero acepta valores básicos del orden existente
Clase media baja Intelectuales	2] Alternativa intermedia: uso de medios legales; crítica radical de valores vigentes	4] Alternativa radical: revolución social

FUENTE: Torcuato Di Tella, *op. cit.*

Los ejemplos, en países de escaso desarrollo serían los siguientes: de la alternativa 1], los movimientos populistas multclasistas, con el PRI mexicano y el Partido del Congreso de la India; de la alternativa 2], los movimientos de tipo aprista, que abarcarían no sólo al APRA peruano, sino también otros casos, como Acción Democrática venezolana; de la alternativa 3], los movimientos reformistas militares, como el de Rojas Pinilla en Colombia y los diversos movimiento de corte "nasserista" surgidos en otros países; y de la alternativa 4], los movimientos socialrrevolucionarios, como el castrismo cubano y el comunismo chino.

En los países de desarrollo intermedio, las cuatro categorías sufren modificaciones. El casillero 1, donde se ubicaban los movimientos liderados por grupos procedentes de la burguesía, el ejército y el clero, aceptados por sus congéneres, está vacío por cuanto —según entiende Di Tella— no es posible que en un contexto semidesarrollado, en situaciones de prosperidad, la burguesía o sectores de ella integren coaliciones populistas. La alternativa 2], mostraría movimientos *anti statu quo* generados por élites de clase media baja o intelectuales aceptados, como los liderados por Yrigoyen en Argentina, Frei en Chile, o el Frente Popular chileno. La alternativa 3] correspondería a movimientos similares al peronismo, que sólo pueden concretarse en una coyuntura que llevara a una porción de la burguesía, de los grupos militares o clericales a tor-

narse contrarios al *statu quo*. La alternativa 4] estaría ejemplificada por movimientos de índole socialrrevolucionaria, como el FRAP chileno,¹¹⁶

Di Tella destaca las profundas diferencias que existen entre el proceso de cambio político vivido por los países de desarrollo inicial y los actuales países subdesarrollados. Mientras en aquéllos la reforma fue liderada primero por partido liberal basado en las clases medias y continuado luego por un movimiento obrero centrado en los sindicatos, en América Latina este proceso se lleva a cabo merced a los movimientos populistas, que hacen inaplicable el modelo teórico generado para explicar el proceso europeo. A diferencia de otros autores, Di Tella es optimista respecto a las funciones del populismo latinoamericano. Es la única fuerza que está por los cambios. Hay una paradoja en la situación latinoamericana: para constituir un sistema pluralista —al que aspira el autor en análisis— y de participación total es necesario que exista un fuerte partido de oposición a la oligarquía conservadora. Sin embargo, tales partidos deben basarse en la clase obrera y son de la variedad nacionalista popular con características monolíticas, vale decir, escasamente pluralistas. Por lo tanto, “los partidos nacionalistas populares tienden a ser al mismo tiempo una amenaza para un sistema económico democrático pluralista y el sostén más adecuado para uno de sus componentes esenciales: una oposición capaz de oponerse”.¹¹⁷ Sucede también que el populismo evoluciona. A medida que se da el desarrollo económico, las élites disponibles van desapareciendo y las frustraciones de las masas disminuyen, volviéndose obreros organizados o políticamente apáticos. *Ergo*, el movimiento se va ubicando en una posición más centrista o se basa en los sindicatos y puede actuar en un nuevo régimen pluralista. La ideología que durante el período anterior había sido utilizada por las élites en forma instrumental para crear “un estado emocional difundido que favorezca las comunicaciones entre líderes y seguidores y cree un entusiasmo colectivo”, vale decir, como un medio de control social de las masas, se mantiene en la nueva etapa y dificulta la posibilidad de formar nuevos partidos.

Como puede verse, el modelo de Di Tella busca predecir bajo qué condiciones pueden surgir y qué grado de radicalismo alcanzarán los movimientos populistas en sentido amplio, cuando ellos se den en países subdesarrollados o en vías de desarrollo. Como consecuencia el modelo se mantiene a un elevado nivel de abstracción, dejándose de lado las especificidades de la situación concreta en la que se da el surgimiento del movimiento populista.

Indudablemente, Di Tella recurre en su explicación tanto a argumentos estructurales como socio-psicológicos. Sin embargo, priman estos últimos. Señala que tales movimientos han surgido siempre en países con incongruencia de status sociales, lo que es característico —a su entender— de la situación de

¹¹⁶ Cabe mencionar aquí que Julio Cotler estima que el régimen militar peruano puede constituir un caso de populismo propio de países de desarrollo intermedio que carecen de experiencia populista triunfante anterior. Sin embargo, se trataría de un caso *sui generis* por cuanto las características de conciliación de clases propias de todo populismo, cedería su lugar a un intento consciente de destrucción de la vieja oligarquía. Véase *El populismo militar peruano: un modelo* (Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1969).

¹¹⁷ Di Tella, en “Ideologías monolíticas ...”, *op. cit.*, p. 279.

subdesarrollo. A su vez, los individuos que forman la élite de tales movimientos sufren también una alta incongruencia de status, por lo cual están insatisfechos y frustrados, siendo llevados a reaccionar contra el *statu quo*.

La existencia de incongruencia entre los status sociales supone necesariamente la existencia de esta misma característica en gran parte de los individuos de esa sociedad. Por otra parte, esto no es más que el resultado lógico de la operacionalización que el autor hace de los status sociales: ingreso, educación y urbanización sólo son, en el fondo, características individuales.

Si bien no puede dudarse de que exista incongruencia de status, tanto a nivel societal como individual, es dudosa su capacidad explicativa, ya que tales conceptos no hacen más que describir una determinada situación. La idea subyacente es la de una sociedad en estado de equilibrio, que puede verse alterado, pero al que tiende en el largo plazo. Esta posición niega una visión de la sociedad en constante cambio y conflicto y la inherencia de estos elementos a aquélla.

En el modelo de Di Tella subyace la idea de que son las élites dominantes las únicas que hacen la historia, y su análisis se centra en el estudio de aquéllas, y del papel que les corresponde en la manipulación de las masas. De estas últimas sólo exige que estén "movilizadas", como consecuencia de la revolución de las aspiraciones que provoca el efecto de demostración.

La explicación de por qué surge un tipo de populismo y no otro, la encuentra también en el tipo de élite, sin tener en cuenta que las masas movilizadas, además de estar disponibles políticamente, deben reunir ciertas condiciones propias que son las que las llevan a aceptar el liderazgo que las élites les ofrecen o les imponen.

5. Los movimientos populistas en el poder

Como puede verse de los diversos casos de "populismo" mencionados, no todos consiguieron obtener el poder. Sin embargo, muchos de ellos, incluso los más connotados, lo lograron.

Los gobiernos populistas han sido largamente analizados para marcar especialmente las limitaciones que sus propias características y las bases de sustentación en que se apoyaron dieron a su acción al frente de diversos estados latinoamericanos. A continuación se intentará presentar someramente los rasgos principales, siguiendo el análisis que al respecto ha formulado Helio Jaguaribe.

En este planteo los experimentos de gobiernos populistas, en América Latina, aparecen con dos características fundamentales: la inhabilidad para definir consistentemente sus propósitos, las condiciones básicas y los límites de la visión económica que propusieron para el Estado; y la inhabilidad política tanto para atraer suficientes sectores de las élites que permitieran neutralizar la concepción antipopulista o antiprogresista de las fuerzas reaccionarias, como para enfrentarlas o someterlas.

El fracaso del populismo también encuentra explicación en deficiencias financieras y de administración.

Las primeras fueron constantes, la ambigüedad de las políticas económicas fue siempre un obstáculo a una política presupuestal clara y realista.

El populismo fue particularmente débil frente a la élite económica. Como es, en definitiva, una forma de capitalismo privado, ésta llevó contra él un juego complicado esencialmente destinado a evitar aumentos significativos en los impuestos. A ello se agregó que externamente los gobiernos populistas estuvieron rodeados de una mal ocultada hostilidad de los Estados Unidos y de los organismos financieros internacionales. La combinación de medios "domésticos" inflacionarios y de deudas externas a corto plazo los condujo a una situación sin salida, que obligó a ellos mismos o a los regímenes militares que los sucedieron a adoptar estériles programas de austeridad financiera que pusieron fin prematuro a sus esfuerzos desarrollistas.

Además, manejaron mal la mayoría de las corporaciones públicas y su dependencia de la política de clientela, con lo que se tornaron incapaces de crear los excedentes necesarios para el desarrollo.

La segunda característica del experimento populista fue su incapacidad para obtener apoyo político suficiente o para destruir las fuerzas que conspiraban contra él. Este punto requiere comprender la relación entre la movilización de las masas y el mejoramiento de sus condiciones de vida por un lado, con la situación e intereses de la burguesía y clase media por otro. Independientemente de sus intenciones subjetivas, los líderes populistas dependieron siempre de una gran movilización de las masas urbanas para orientarlas dentro del Estado nacional y del capitalismo privado hacia niveles más altos de participación política y económica. Esa movilización era indispensable para obtener sus fines. Sin embargo, al mismo tiempo que contribuía a mejorar las condiciones de vida para responder a las expectativas de las masas, requería un crecimiento considerable de la economía. Crecimiento de la economía y crecimiento de la participación de las masas colocaron a los gobiernos populistas en una compleja situación dialéctica. La compatibilidad entre esos elementos fue destruida por la incapacidad de obtener una suficiente acumulación.

Las reacciones de la burguesía y las clases medias variaron según que los experimentos populistas estuvieron en su fase ascendente o descendente. Los gobiernos fueron incapaces de no autoengañarse acerca de que la transferencia de poder real que proponían era mucho menor que la declarada y eso les impidió obtener apoyo de aquellos sectores más efectivamente favorecidos por el desarrollo populista (industriales, sectores técnicos de las clases medias). Estos estuvieron divididos en la fase ascendente y, por regla general, se dieron cuenta de las ventajas, pero generalmente estuvieron muy afectados por la contrapropaganda ideológica. Como resultado de estos sentimientos mezclados, industriales y tecnócratas, aunque más favorables que la mayoría de los otros sectores, fueron seguidores reticentes que nunca dieron su total adhesión al gobierno y que se unieron fácilmente a la oposición, cuando aparecieron las dificultades.

Desde el punto de vista de la burguesía nacional, el populismo implicó un dilema entre sus intereses burgueses y sus valores nacionales. Este dilema se conecta con dos características importantes del desarrollo populista.

El primero y más visible de esos rasgos fue que los regímenes populistas tendieron a volverse más radicales cuando la básica compatibilidad anterior entre desarrollo económico y crecimiento de la participación masiva fue interrumpida. Confrontados a ese problema cualquiera que fuera su política real, siempre moderada, los gobiernos populistas manifestaron la intención de aumentar el área de control del Estado en la economía y adoptar legislaciones más extremas (reforma agraria, por ejemplo), al mismo tiempo que expandir el área del sector público. Nunca pensaron realmente en suprimir o incluso en disminuir sustancialmente el sector privado, pero esas políticas fueron entendidas por los grupos dominantes como implicando una inminente socialización de la economía. De ahí la hostilidad de la burguesía.

El segundo rasgo se refiere a la posición internacional de la burguesía nacional. En América Latina, burguesía nacional significa aquel sector de la burguesía, proveniente en parte de los sectores comerciales, en parte del patriado agrario y en parte de la inmigración, que fue llevada por el proceso de sustitución de importaciones a producir y comercializar internamente, bienes industriales antes importados. Aunque sus orígenes pueden remontarse muy lejos, es a fines del 50, gracias a la industrialización sostenida por el Estado, que se convirtió en el sector directriz de la burguesía latinoamericana. Fue predominantemente formada por grupos nacionales, aunque con muchos vínculos internacionales. El desarrollo populista dio a esos grupos la oportunidad de establecer conexiones provechosas con las corporaciones internacionales, sin abandonar el control y el liderazgo de sus negocios. Había, entonces, un conflicto potencial entre la burguesía nacional y las corporaciones multinacionales, pero antes de que alcanzara proporciones serias, la primera se vio enfrentada a la crisis del populismo. Entonces eligieron —según Jaguaribe— sus intereses individuales y de clase antes que sus valores nacionales y encontraron más fácil y más seguro adherir a las corporaciones multinacionales para escapar al riesgo que sentían, y que sobrestimaban, de una socialización general.

Los gobiernos populistas que no pudieron obtener una fuerte adhesión de la burguesía nacional en su fase ascendente, tampoco fueron capaces de conseguirla en la descendente. La explicación está en que nunca consideraron seriamente la posibilidad de imponer a los empresarios nacionales una disciplina más severa e incluso tuvieron una política débil frente a los grupos extranjeros. Cuando confrontados por la posibilidad de la caída definitiva, algunos de los líderes populistas como Perón o Goulart, pudieron tratar con buena posibilidad de éxito de movilizar a los trabajadores en defensa del régimen, permitiendo a los sindicatos armarse, excluyeron expresamente esa solución puesto que sabían que, si era exitosa, iba a llevar al populismo más allá de sus límites capitalistas.

Estos movimientos, al entender de Jaguaribe, se caracterizan en fin, por la ambigüedad básica de la relación entre el líder y sus seguidores, que permite que los diferentes grupos entiendan cosas muy distintas, por lo que nunca consiguen lograr una articulación clara entre su filosofía política y sus fines socioeconómicos. Esto, asociado a la propensión táctica de satisfacer a demasiados sectores, impidió a los líderes redefinir razonablemente su política eco-

nómica. Por otro lado, nunca fijaron los límites entre la iniciativa privada y la pública, de la participación del capital nacional y el extranjero. Además, todos estos gobiernos creyeron en el desarrollo a través de la iniciativa privada, considerando la actividad del Estado como complementaria.

Esa misma ambigüedad política, hizo que las élites conservadoras se creyeran enfrentadas a políticas mucho más radicales que las que jamás pasaron por la mente de los gobernantes populistas.

Como puede verse, las reflexiones de Jaguaribe en torno a los regímenes populistas abarcan sólo a algunas de las variedades indicadas en la clasificación de Di Tella, por lo cual sería erróneo establecer generalizaciones supuestamente válidas a partir de la descripción realizada. Asimismo, debe destacarse el papel no sólo protagónico —que indudablemente tuvo en cada caso— sino casi omnipotente que atribuye al líder, carismático según él, que estuvo al frente de las distintas variedades de estos movimientos. No sólo las masas carecen de cualquier papel en su esquema, sino que incluso pareciera que el “hombre providencial” que efectúa el llamamiento a las masas desheredadas para que lo apoyen, no contara con equipo alguno que lo secundara. No es del caso extenderse aquí en puntualizaciones sobre la carencia que tiene éste o alguno de los esquemas ya vistos, por cuanto muchas de ellas son, justamente, el aporte que hacen los teóricos del “populismo” que se mencionarán en el punto siguiente.

6. Las reflexiones de la sociología crítica

Diversos autores de la nueva orientación han frecuentado el tema del populismo. Ha sido Francisco C. Weffort quien de entre ellos a través de diferentes trabajos,¹¹⁸ ha hecho aportes más considerables a la ya larga discusión sobre el asunto. Si bien a primera vista la nueva reflexión puede parecer inconciliable con su antecesora, en lo esencial no lo es tanto, pudiendo ligarse fácilmente sus observaciones críticas a mucho de lo acumulado anteriormente.

El análisis de Weffort parte de reconocer la aparición de movimientos populistas en un momento histórico determinado. Se trataría de una coyuntura en la que el desarrollo de una contradictoria dinámica interna, unido al hecho de alteraciones sustanciales en el modo de integración dependiente en el sistema capitalista internacional, genera la crisis del sistema oligárquico, dando lugar a la aparición de una nueva estructura de poder y al surgimiento de nuevas clases sociales. En ese contexto aparecen los movimientos populistas, entendidos por Weffort como “formas no revolucionarias de movimientos nacional-populares”. Respecto a las condiciones sociales que les dan origen, este

¹¹⁸ Véase Francisco C. Weffort, “Estado y masas en el Brasil”, en *Revista Latinoamericana de Sociología*, núm. 1 (marzo 1965; versión modificada ILPES, Santiago, julio 1967). También “Le populisme dans la politique brésilienne”, en *Les Temps Modernes*, núm. 25 (octubre 1967; incluido en Furtado y otros, *Brasil, hoy*, Siglo XXI México, 1968). Y su trabajo principal: *Classes populares e desenvolvimento social. Contribuição ao estudo do “populismo”* (Santiago, ILPES, mimeo, 1968).

autor critica las hipótesis funcionalistas clásicas, que asocian a los populismos con los procesos de "movilización" o "puesta en disponibilidad" de sectores sociales que hasta el momento anterior estaban identificados con normas tradicionales.

En este sentido sostiene que dichos procesos constituyen una *condición general* para toda y cualquier forma de comportamiento político, entre ellas el populista, pero no alcanzan a explicar por qué las masas populares se han orientado en este sentido y no en otro.

Para poder comprender este último aspecto resulta necesario, según Weffort, adoptar una hipótesis histórica que explique el populismo por las peculiaridades de los procesos de formación de las clases populares¹¹⁹ en los países dependientes y las consecuencias que tal hecho supone en el sistema de poder vigente.

Destaca la fuerza que alcanzó la presión popular al interior de los regímenes políticos en los cuales se produce su emergencia, lo que se puede detectar tanto sobre las estructuras del Estado, para conseguir una ampliación de la participación política, como sobre las estructuras del mercado, para lograr mayor participación tanto en el consumo como en los empleos urbanos.

Weffort parte de la premisa de que las características que asumen en su emergencia social y política estas clases populares son el resultado de un determinado período histórico y de las particularidades y especificidades propias del desarrollo de cada país.

La adhesión de las masas latinoamericanas a los movimientos populistas —a su entender— "no se explica por la ausencia de experiencia urbana o de clase sino por un tipo particular de experiencia enraizada en las condiciones propias de la formación social de los países dependientes". La tan mentada rapidez de los procesos de urbanización no fue muy superior, frecuentemente, a la vivida por las sociedades europeas actualmente desarrolladas. Además, entiende que la importancia de los componentes rurales en las migraciones campo-ciudad no debe ser exagerada. La presencia de migrantes venidos directamente del campo en la composición de la población de los grandes centros no es tan grande como generalmente se supone y una parte bastante significativa de los migrantes de origen rural pasan por experiencias urbanas en ciudades menores antes de llegar a las grandes metrópolis. Además, el pasaje a una actividad urbana en una gran ciudad es más probable cuanto mayor sea el nivel de urbanización del migrante o de la región de la cual proviene incluido también lo que podría llamarse la "urbanización de la agricultura".¹²⁰

En conclusión, para este autor no sería posible explicar el comportamiento de las clases populares en las sociedades dependientes simplemente por su "inexperiencia urbana" o por su "falta de conciencia de clase" o por "inexperiencia política". Sostiene, en cambio, que la explicación debe centrarse en las distorsiones que el funcionamiento de un sistema capitalista depen-

¹¹⁹ Por "clases populares" entiende "a todos los sectores sociales —urbanos o rurales, asalariados, semiasalariados o no asalariados— cuyos niveles de consumo están próximos a los mínimos socialmente necesarios para su subsistencia". En *Clases populares e desenvolvimiento social*, p. 1.

¹²⁰ Sobre el punto véase la evidencia empírica presentada al estudiar la clase obrera.

diente en pasaje a una etapa superior de crecimiento de las fuerzas productivas, crea sobre la conformación de dichos grupos.

En ese proceso se genera un vacío de poder, por cuanto los nuevos grupos dominantes urbanos carecen de la fuerza suficiente para desplazar a la vieja oligarquía. Si bien ella pierde su antigua situación de predominio político absoluto, por cuanto su poder se debilita grandemente, sigue siendo de enorme peso en el campo económico. Los nuevos grupos empresariales y las clases medias no consiguen dar nacimiento a proyectos sustitutivos viables. En ese panorama irrumpen las clases populares surgidas como consecuencia del desarrollo urbano e industrial. Diversos grupos sienten la necesidad de incorporarlas al juego político y, en definitiva, dada la ausencia de una fracción de clase hegemónica entre los grupos dominantes, serán las clases populares las que servirán de sustento al poder personal de los gobernantes y legitimarán en última instancia al Estado mismo.

La irrupción de las clases populares aparece condicionada entonces por las nuevas condiciones creadas a consecuencia de la crisis oligárquica. La existencia de un equilibrio inestable entre los grupos dominantes, hace que ninguno de ellos pueda asumir, como expresión del conjunto de la clase, el control de las funciones políticas. Según Weffort, ello provoca la personalización del poder, la imagen de la soberanía del Estado por sobre la sociedad en su conjunto y la necesidad de participación de las masas urbanas. Estas constituyen la única fuente de poder personal autónomo para el gobernante que debe actuar además como árbitro. Se constituye así un Estado de compromiso, que es a la vez un Estado de masas.

El sistema populista es una "estructura institucional de tipo autoritario y semicorporativo, orientación política de tendencia nacionalista, antiliberal y antioligárquica; orientación económica de tendencia nacionalista, estatista e industrialista; composición social policlasista pero con apoyo mayoritario de las clases populares".

Weffort recoge en parte y critica a la vez, los elementos puestos en boga por Germani en el análisis de los movimientos populistas aunque, como se vio, intenta insertarlos en un análisis más concreto. En lugar de esquemas de desarrollo político universalmente válidos busca caracterizar la coyuntura histórica concreta en que aparece el movimiento en estudio. Así, entiende que se trata de movimientos manipulatorios de masas, aunque destaca asimismo que la capacidad de manipulación de las élites o, mejor, del gobernante que practica la política populista, no es absoluta. Para poder desarrollar políticas de esa especie, el gobernante debe adoptar medios que favorezcan a las masas populares que son su base de apoyo. Está condicionado por la presión espontánea de las masas y por el nivel creciente de sus reivindicaciones.

Destaca también el carácter de "donaciones" que tienen las medidas del líder para con las masas, pero cuando analiza especialmente el otorgamiento a los trabajadores urbanos de una legislación laboral por Vargas, demuestra de qué manera es posible dudar de que fuera simplemente una "concesión" y permite pensar en alguna forma de intercambio político. Por ejemplo, no se trata de una medida general que abarque a todos los asalariados del país,

sino sólo a los urbanos, vale decir, a los que tenían una tradición de combate y eran, además, la masa de maniobra del caudillo. En conclusión, "si los intereses reales de las clases populares no hubiesen sido atendidos en alguna medida... no habría persistido el apoyo que prestaban dichas clases a líderes originarios de otras clases".¹²¹

Weffort propone como síntesis, entender al populismo como una "alianza (tácita) entre sectores de diferentes clases sociales", aunque reconociendo la hegemonía de las clases dominantes. Es un tipo de política por la cual, un gobernante opta a través del juego de los intereses dominantes, siguiendo la línea de menor resistencia popular.¹²² No es tampoco una simple manipulación porque las masas —tal como recordaba Germani respecto al peronismo— obtienen reivindicaciones tanto a nivel del consumo, como del reconocimiento de su papel en el sistema político nacional.

También debe recordarse que Weffort estima inconducente el análisis en términos de conciencia de clase de los grupos populares "a la europea" porque en América Latina —según afirma— estos grupos mantuvieron respecto del Estado y de las otras clases, *relaciones individuales de clase*, que enmascararon e impidieron apreciar exactamente el contenido clasista que ellas tenían. En todo régimen populista las relaciones entre los individuos de distintas clases sociales tienen mayor importancia que las relaciones entre estas mismas clases concebidas como conjunto social y políticamente homogéneos.

La revisión de la literatura latinoamericana en torno al populismo muestra por encima de discrepancias que son sin duda importantes, muchos puntos en común que permiten considerar la reflexión sobre dicho tema como un proceso acumulativo, en el cual las diferencias entre los dos principales enfoques que han dominado la sociología del continente, sin desaparecer, mantienen conexiones indudables. Ello no debe sorprender demasiado por cuanto el fenómeno a explicar es uno solo, lo que evidentemente hace que las características que se destacan sean más o menos las mismas, variando el énfasis que se pone en una u otra como factor explicativo.

Lo dicho anteriormente debe enfatizarse especialmente en este tema por cuanto ha sido muy común en las generaciones más jóvenes criticar acerbamente los planteamientos iniciales debidos a Germani. Cuando se analiza la polémica sobre el asunto puede verse, sin embargo, el acierto de aquel abordaje inicial. A diferencia de otros temas en los que la acumulación de estudios han hecho rápidamente olvidar los estudios pioneros, en este caso el asunto sigue centrado —con obvias pero leves alteraciones— en la forma en que fue definido en primera instancia.

La sociología "crítica" busca un enriquecimiento histórico del tema, abandonando en parte los intentos generalizadores característicos de la corriente an-

¹²¹ Weffort, "El populismo brasileño...", *op. cit.*, p. 78.

¹²² Nótese que, según Weffort, otra condición para que surjan los movimientos populistas es que lo practique alguien que de antemano se encuentra en una posición de gobierno que lo habilite a practicar la política de "donaciones". Esto limita, obviamente, en el mismo sentido de Jaguaribe, los casos a que hace referencia. Se referiría, entonces, sólo a un subconjunto de los movimientos enumerados por Di Tella en su clasificación.

terior, prefiriendo adentrarse en la consideración de ciertos casos concretos. Asimismo, las diferencias que se encuentran entre ambas perspectivas derivan más que de enfoques opuestos del tema del populismo, de la diferente inserción en el sistema mundial que atribuyen a los países latinoamericanos. Los "críticos" no dudan en reiterar la importancia de la situación dependiente de esta región como elemento fundamental de la explicación de éste u otros fenómenos. No cabe duda que la concepción que se tenga sobre dicho punto resulta fundamental siempre que se lo considere el basamento del conjunto de la explicación. Sin embargo, sería necesario analizar y poner de relieve más claramente las mediaciones a través de las cuales esa característica estructural afecta el desarrollo político en general y el surgimiento de los regímenes populistas en particular.

XI. LOS MODELOS VIGENTES Y LAS ALTERNATIVAS POLÍTICAS DE AMÉRICA LATINA

1. *La realidad política y el debate teórico*

La multiplicidad de versiones que se han presentado sobre el sistema político latinoamericano sólo tienen parangón, probablemente, con las que se han propuesto para explicar la naturaleza y función de las clases medias. La sucesión de interpretaciones sigue, sin embargo, una coherencia lógica y una relación muy estrecha con los fenómenos políticos de la región.

Cuando termina la segunda guerra mundial, la democracia es un valor proclamado, como siempre lo había sido en América Latina,¹²³ pero además algunas circunstancias permiten pensar que han aumentado las posibilidades de que se haga efectiva. La preocupación por el desarrollo económico y la democracia parecen unirse naturalmente. ¿Acaso los países más desarrollados económicamente no son todos democracias políticas? ¿Acaso el desarrollo económico no implica erradicar las formas extremas de la miseria que plagan América Latina y no crea mayores posibilidades de igualdad efectiva, lo que es una condición de la democracia? A todo ello debe agregarse que la democracia era un valor aceptado mundialmente. Ni siquiera el advenimiento de la guerra fría modificó esa situación. La potencia hegemónica justifica sus comportamientos, justamente, en la defensa de la democracia. Las circunstancias internas son complejas y varían considerablemente según los países pero, en todas partes, existen partidos políticos de los que se puede esperar que la respeten donde existe, o la implanten donde falta.

¹²³ En tal sentido, decía Medina: "La constelación originaria de la Independencia está bajo el signo de la libertad, y por eso el liberalismo se confunde desde los primeros instantes con la sustancia y razón de ser de los nuevos estados ... Habían existido cuartelazos y numerosos golpes de Estado, los cambios constitucionales han sido abundantes, todo eso es verdad; pero no lo es menos que nunca se ha renegado abiertamente de los ideales de la independencia y que con los más caracterizados 'espadaños' continuaba en letra de la constitución el tributo respetuoso a los principios del liberalismo." *Consideraciones* ..., p. 43.

Como se ha visto, entre los que viven en América Latina tales convicciones están lejos de ser ingenuas; los que sostienen estas ideas saben que la democracia es un producto difícil de alcanzar y frágil una vez obtenido, dadas las condiciones imperantes. Perciben una conexión entre desarrollo económico y democracia que inclusive, parece confirmarse en América Latina, donde los países de más altos niveles de ingreso por habitante, de mayor alfabetización, etc., son democracias, como Chile y Uruguay. Ello explica tantos esfuerzos dedicados a explicar ese caso "aberrante" que es la Argentina, que reuniendo todas las condiciones para la estabilidad política y la democracia no disfruta ni de una ni de otra.

Incluso entre quienes suponen una conexión entre desarrollo económico y sistema político, aparecen dudas. Pero ellas no son meramente especulativas, sino motivadas por cambios históricos. Por un lado las corrientes políticas de inspiración comunista y socialista cobran más importancia; por otro, fenómeno mucho más importante, la Revolución cubana muestra la viabilidad del triunfo del socialismo en América Latina o, al menos, muchos círculos intelectuales lo estiman así. Otra vez, sin embargo, la situación histórica se vuelve ambigua. La Alianza para el Progreso no sólo afirma la necesidad de implantar regímenes democráticos sino que va más allá al subrayar la necesidad de una democracia reformista, con tintes de democracia social, bajo el amparo de la potencia hegemónica. Unos ven en que declaraciones de tal naturaleza sean firmadas por dictadores y en la evidente intención de responder al reto del caso cubano, la más cabal demostración de la hipocresía que envuelve toda la operación; pero otros ponen sinceramente sus esperanzas en que ello ayudará a los movimientos democráticos y reformistas en el continente. Y es posible que, en parte al menos, unos y otros tuvieran razón. Lo que ocurre es que, rápidamente, las posiciones de Estados Unidos cambian y cuando el reformismo va o parece ir demasiado lejos, cuando se produce el reto de la participación creciente, no sólo se producen golpes militares sino que la potencia hegemónica los apoya, si es que no los provoca. Entonces aparece un nuevo hecho fundamental a confrontar; el ocaso, en la última década, de muchos regímenes formalmente democráticos ante la acción de golpes militares y lo que es más significativo aún, el ocaso de la ideología democrática, hasta entonces la meta oficial cualquiera fuere la forma de los regímenes. Tal ocaso se refleja en pronunciamientos de los nuevos gobiernos, en documentos oficiales presentados a otros —el caso más notable es el informe Rockefeller—,¹²⁴ y también, en la visión de algunos analistas políticos.

¹²⁴ El texto de este Informe que tiene una franqueza poco vista en documentos oficiales, afirma: "En muchos países de Sud y Centro América, los militares son la agrupación políticamente más poderosa. Los militares son los símbolos de poder, autoridad y solvencia y un foco de orgullo nacional. Han sido tradicionalmente considerados en la mayoría de los países como los árbitros del bienestar de la nación ... En breve, un nuevo tipo de militar está surgiendo y a menudo llegando a ser una fuerza para el cambio social constructivo en las repúblicas americanas. Motivado por una impaciencia creciente con la corrupción, la ineficiencia y un orden político estancado, el nuevo hombre militar está preparado a adoptar su tradición autoritaria a las metas del progreso económico y social ... La prueba crítica, en último término, es si el nuevo militar puede y quiere mover la nación, con sensibilidad y

Frente a este ocaso práctico y doctrinario de la democracia, hay un hecho adicional, reconocido por líderes y analistas políticos de todas las orientaciones: cuál es la participación creciente en las sociedades latinoamericanas lo que otros llaman pluralización política. Tal participación, debe ser considerada, no como equivalente a la participación política efectiva, sino como una creciente presencia de las masas en la sociedad nacional, en términos tanto de su reconocimiento de la existencia de tal sociedad, como de la creación de demandas para esa sociedad y de la posibilidad de estar incluidas o excluidas pero ya no ignoradas, por los que manejen el poder.

Frente a tales circunstancias se comprende que cobren creciente significación tanto las teorías inspiradas en el marxismo, como las que viniendo de tiendas teóricas e ideológicas muy diferentes, afirman la relación entre desarrollo, modernización y autoritarismo. Para las primeras, la situación actual sólo puede ser superada por la implantación del socialismo a través de la revolución; para las segundas, por el avance de la institucionalización que permita canalizar los efectos de la modernización. Hace treinta años, la democracia aparecía como la mejor fórmula y se suponía que la historia marchaba hacia ella; ahora las esperanzas se ponen en el socialismo, o en que los altos niveles de participación se unan con altos niveles de institucionalización; o en la nada, en la convicción pesimista de que ya no hay salidas para América Latina, lo que quiere decir, por último, que ya no hay las salidas que la mayoría de los intelectuales desean.

A lo largo de ese debate, tan cargado de frustraciones, se enfrentan dos grandes perspectivas teóricas. Una ve en las condiciones estructurales, los elementos determinantes a los que el sistema político obedece mecánicamente; otra tiende a señalar la autonomía de lo político, a mostrar que si no es la causa por antonomasia, tampoco puede ser considerado meramente como un resultado. Tal oposición de puntos de vista tiene gran importancia práctica. Si el sistema político está dotado de cierta autonomía es posible, influyendo sobre él, cambiar las condiciones estructurales. El intelectual podría ser el instrumento para hacerlo en cuanto consejero político, como está muy claramente implícito en el pensamiento de Jaguaribe. Pero si es así, es verdad tanto para los que quieren transformar la sociedad en el sentido deseable a la mayoría de los intelectuales, como para quienes quieren cambiarla en el contrario.

Desde el punto de vista teórico, tal debate es filosófico, se refiere a ciertos supuestos básicos para explicar la historia humana, al hombre por último y, en ese sentido, va más allá de lo que la sociología o la ciencia política, como tales, pueden dilucidar. De cualquier manera, parece que la posición más abierta desde el punto de vista metodológico es la que sostiene la necesidad de superar el sociocentrismo y el políticocentrismo. Pero los pasos dados en ese sentido son todavía muy tímidos e incompletos.

un plan consciente hacia una forma más pluralista de gobierno que permitirían florecer al talento individual y a la dignidad. ¿O será radicalizado, estatista y anti Estados Unidos?", "The Rockefeller Report on the quality of life in the Americas", en Earl T. Glamet y Lester D. Langley (comps.), *The United States and Latin America* (Addison-Wesley, Reading, Mass., 1971), pp. 191-193.

La carga ideológica que acompaña necesariamente a estas controversias no sólo se refiere, como es obvio, a la interpretación de lo ya ocurrido en América Latina, sino a las alternativas de futuro que se han mencionado. Pero, además, si contribuye a plantear ciertos problemas que tienden a ser olvidados, también lleva a simplificar, a muchos de ellos. Cardoso se ha ocupado con mucha razón de ese aspecto, aunque no lo ligue al problema ideológico.

Afirma que los criterios usuales de clasificación de los regímenes políticos centrados básicamente en las élites o las formas de acceso al poder o los mecanismos de su ejercicio resultan de escasa utilidad: “¿una dictadura militar o una democracia parlamentaria implican, por sí mismas, mayor o menor “participación? ¿Representan necesariamente intereses de grupos sociales distintos? ¿De qué grupos?” Es necesario considerar *cuestiones de base*, tales como cuáles son las clases que “estructuralmente sustentan” o “virtualmente se benefician” con las decisiones adoptadas por un gobierno; o, por el contrario, con las no decisiones que refuerzan la situación vigente; cuál es el mecanismo de acumulación —público o privado— que se ha aceptado; cuál es el perfil de distribución del ingreso que resulta compatible con el patrón de desarrollo aceptado. Cuando se hace este tipo de estudio, se ve que “un mismo grupo funcional, como los militares, al controlar el Estado en situaciones sociopolíticas y económicas distintas ... no adoptará un mismo tipo de acción. Nacionalismo o militarismo son características abstractas cuando no se tienen en cuenta esas diferencias”.¹²⁵

Tal análisis haría posible —entiende Cardoso— distinguir dos grandes modelos: el de desarrollo asociado y el de desarrollo popular.

Este último es adoptado por los países que se presentan “como favorables a un ‘desarrollo para la mayoría’ (y que, con ese fin, apoyan estrategias de acumulación por intermedio de las empresas públicas, aunque no implementen necesariamente formas socialistas de organización económica y política, y sustentan la posibilidad de un desarrollo compatible con un perfil de distribución del ingreso más equitativo)”.¹²⁶

El modelo de desarrollo asociado se caracterizaría por insistir “en que la aceleración del crecimiento se deberá producir por intermedio de la utilización racional de los mecanismos de acumulación de la empresa privada (especialmente extranjera) e igualmente de la empresa pública, funcionando todas en un contexto político-económico-financiero que ve en el ahorro de las capas empresariales (y de las clases poseedoras en general) el medio básico para la acumulación y aceptan como inevitable, por lo tanto, la explotación de clases y la desigualdad. Por eso tienden a desarrollar políticas que llevan a un perfil de distribución del ingreso razonablemente concentrado”.¹²⁷

Agregan que “Las cuestiones políticas fundamentales dependen de mecanismos burocráticos y autocráticos. Las clases económicamente dominantes, cuando opinan, lo hacen casi corporativamente, por su entroncamiento con el aparato del Estado y éste está controlado por un sistema burocrático basado en conocimientos técnicos movido por objetivos desarrollistas, organizado jerár-

¹²⁵ Cardoso, *Estado y sociedad* ..., p. 26.

¹²⁶ *Ibidem*, p. 24.

¹²⁷ *Ibidem*, p. 25.

quicamente y no controlado autocráticamente por un líder, sino por sectores funcionales de la sociedad". Si bien "el aparato del Estado así constituido no es independiente de la correlación de fuerzas sociales y, por lo tanto, de las clases y sectores de clase que dominan", la dominación adopta una forma particular que permite el robustecimiento de los grupos funcionales que administran el Estado, dejándoles amplia libertad de maniobra, siempre que ella se ejerza dentro de los límites impuestos por el "patrón de desarrollo adoptado" y principalmente por la forma de acumulación consagrada.¹²⁸

Dentro de cada una de esas formas fundamentales de desarrollo podrían, y deberían distinguirse muchas otras, sobre todo cuando se quiere llegar al análisis concreto de los países. Es muy obvio que el "proyecto" de los militares peruanos es muy diferente al de los brasileños.

Las reflexiones que se acaban de exponer llaman la atención, esencialmente, sobre dos cosas. Por una parte, recuerdan que ciertas clasificaciones, aunque usen una terminología diferente, pueden ser tan formales como las clásicas y tener muy poca utilidad instrumental para comprender lo que realmente ocurre en una sociedad. Por otro lado, muestran la relativa autonomía o capacidad de acción de un grupo o clase que "administra el Estado", la "burocracia" o "tecnoburocracia", que muchos consideran también fundamental. Ambas cuestiones por su importancia para el análisis político de América Latina, que aumentará en el futuro según todo permite creer, requiere algunas reflexiones adicionales.

La primera observación expresa que las relaciones reales entre la sociedad civil y la política no se comprenden bien a través de categorías abstractas como "nacionalismo" o "militarismo". Si bien esto es cierto, no debe olvidarse que también "sociedad civil" y "sociedad política" y el primado de una u otra, pueden serlo igualmente.

El análisis político respecto a América Latina ha tendido a ser abstracto con bastante independencia de la terminología y de las categorías conceptuales utilizadas. Esto ha ocurrido, en parte, por el esfuerzo, científicamente legítimo, de elaborar una teoría de validez presente o futura para toda la región, construyéndola casi siempre sobre la base de conferir validez universal a ciertos casos concretos. Ello es verdadero como se acostumbra a recordar, de la ecuación desarrollo económico = democracia, pero también lo es, como se recuerda menos, de la postulación de una versión universalista del modelo cubano. En ambos casos se olvidan o se minimizan condiciones estructurales y coyunturales muy específicas, que tienen el efecto desesperante de desmentir aquí y allá todas las ecuaciones y el consolador, de ofrecer también siempre, ejemplos que las confirman. Las consideraciones que siguen no tienen la pretensión de resolver este problema, sino que sólo buscan proponer hipótesis o si se quiere líneas de investigación que pueden ser fructuosas.

Es posible que exista una teoría general válida de las relaciones entre la "sociedad civil" y "sociedad política", pero en las formas que la cuestión adopta

¹²⁸ *Ibidem*, p. 31.

habitualmente, en América Latina, se la presenta explícita o implícitamente, de una manera que difícilmente da cuenta de las situaciones conocidas.

2. *Algunas líneas de investigación sobre las relaciones entre las sociedades civil y política*

La distinción entre sociedad civil y sociedad política tiene una larga y sinuosa historia que sería imposible trazar aquí.¹²⁹ El sentido con que la utilizan los analistas políticos actuales rara vez se remonta más allá de Marx. Para éste, "las relaciones jurídicas y las formas políticas no pueden ser comprendidas por sí mismas, ni pueden tampoco explicarse por el pseudodesarrollo general del espíritu humano. Esas relaciones y esas formas tienen sus raíces en las condiciones de la vida material cuyo conjunto constituye lo que Hegel llama como los ingleses y los franceses del siglo XVIII, la 'sociedad civil'. En la economía política hay que buscar la anatomía de la sociedad civil".¹³⁰

Ella "abarca todo el complejo de las relaciones materiales entre los individuos en el cuadro de un determinado grado de desarrollo de las fuerzas productivas. Incluye todo el complejo de la vida comercial e industrial de un grado de desarrollo y trasciende por lo tanto al Estado y a la nación, aunque esté obligada, por otra parte, a afirmarse hacia el exterior en tanto que nacionalidad y a organizarse hacia el interior como Estado".¹³¹

Es muy claro que tanto Marx como Engels distinguen, desde el punto de vista que aquí interesa, tres planos: el grado de desarrollo de las fuerzas productivas, la sociedad civil y la sociedad política y que afirman, en contra de Hegel, el primado de la sociedad civil. La sociedad política es el Estado, como conjunto institucional-coactivo, que no crea ni impone el orden de la sociedad civil sino que expresa ese orden y se convierte en uno de los instrumentos fundamentales, aunque no el único, para mantenerlo. Es sabido que en el análisis de situaciones reales, en *El 18 de brumario*, por ejemplo, Marx tiende a dar más autonomía a lo político que en las fórmulas, a veces muy rígidas, de su cuadro teórico general, pero resulta difícil poner en duda la primacía de la sociedad civil. Esto no significa que la sociedad política sea un simple epifenómeno y que carezca de capacidad de reaccionar sobre la "sociedad civil". Lo que Marx y Engels sostienen "no es una doctrina del determinismo económico sino de interacción asimétrica entre el desarrollo político y el económico".¹³² En otras palabras, la asimetría de la interacción no puede concebirse haciendo desaparecer a ésta, convirtiendo a uno de los términos en puramente pasivo,

¹²⁹ Véase al respecto el notable ensayo de Norberto Bobbio, "Gramsci y la concepción de la sociedad civil", en Alessandro Pizzorno y otros, *Gramsci y las ciencias sociales* (Cuadernos de Pasado y Presente, Córdoba, 2a. edición, 1972).

¹³⁰ Prefacio de la *Crítica de la economía política*.

¹³¹ *La ideología alemana*, Primera parte, A. Comienzo del último párrafo de la Sección 2, sobre la división del trabajo.

¹³² Stanley Moore, *Crítica de la democracia capitalista* (Siglo XXI, Buenos Aires, 1971. La edición original es de 1957), p. 48.

pero tampoco puede ignorar que, en última instancia, hay un elemento predominante en la interacción.

En esta manera de ver, se abre el tan discutido problema de los grados posibles de autonomía de lo político y de las condiciones estructurales en que ellos pueden manifestarse, que tanto preocupó a Marx, sobre todo, a Engels.

Una concepción que, fiel o infiel, a la de Marx y Engels, se presenta como bastante diferente, es la de Gramsci que sólo muy recientemente ha cobrado influencia en América Latina. Este autor da mayor autonomía a lo político que Marx y Engels. Pero lo que contribuye a crear mayor confusión en un problema de por sí complejo, es que su definición de la sociedad civil resulta muy diferente a la de aquéllos, ya que la considera parte de la superestructura. Por lo tanto, la interacción "sociedad civil" y "sociedad política" se desenvuelve, para Gramsci, a nivel superestructural y, en dicha ubicación, no parece tan heterodoxo atribuirle a la última una autonomía considerable. Muchas reflexiones de Gramsci no son, probablemente, incompatibles con las de Marx y Engels, pero el uso de un lenguaje muy distinto, impide atribuirles el sentido que tendrían en el contexto de la terminología y del pensamiento de aquellos autores.

La falta o la oscuridad de la vinculación entre lo que se afirma en materia de las relaciones sociedad política y sociedad civil y las situaciones conocidas en América Latina a que se aludió deriva casi siempre de la ausencia de definiciones claras de qué se entiende por una y otra.

En segundo lugar, debe tenerse en cuenta que la ardua cuestión de las relaciones entre sociedad civil y sociedad política puede ser, casi siempre, objeto de dos lecturas. Cada una de ellas no es en sí misma falsa desde el punto de vista metodológico, pero la decisión de cuál tiene más riqueza explicativa sólo puede tomarse partiendo de algún esquema teórico previo. Este punto, por su importancia merece algunas reflexiones aclaratorias.

Por una parte, antes de concluir acerca del primado de la sociedad civil o de la política, o sobre las relaciones entre una y otra, hay que tener en cuenta que cada una de ellas puede tener muy distintas características en las diferentes sociedades latinoamericanas. Mirada la cuestión desde el ángulo de la "sociedad civil" cabe sostener que ésta puede presentar grados de estructuración constitutivos (es decir, previos y relativamente independientes de la "política") muy diferentes y éste sería un primer caso a considerar. En Argentina, por ejemplo, la "sociedad civil" está actualmente muy estructurada y alcanza un orden con bastante independencia de los avatares de los regímenes políticos. Un régimen conservador, por ejemplo, puede proponerse, como ha ocurrido, disminuir la participación de los sectores obreros en el ingreso nacional y transferirlo a otros grupos. Tal tentativa, sólo puede tener un éxito limitado, como también está demostrado. Puede lograrse incluso una disminución del ingreso real de los obreros, pero no de la magnitud obtenida por gobiernos con similares propósitos, en el Brasil. Si se quiere decirlo de otra manera, la "sociedad civil" es mucho más dura, o los sindicatos tienen más fuerza en el caso argentino que en el brasileño.

Esto no significa que el tipo de régimen sea indiferente, sino que cualquiera

sea el régimen y con las limitaciones que se mencionarán más adelante, las constantes básicas parecen emanar de la estructuración de la sociedad civil. En un sentido muy especial el régimen político aparece a ciertos efectos del análisis como un fenómeno secundario.

Este hecho, sería también cierto de una sociedad de estructuración monista rígida o de estructuración monista desafiada que no ha llegado a ser pluralista, segundo caso en el que es aplicable el análisis de Kling. El sistema político es secundario ya que no puede desafiar las bases del orden civil existente y, a lo más, puede dar bases futuras de estructuración, a los que están fuera de las fuentes clásicas de poder. En ambos extremos, la sociedad civil domina a la política pero ¿cómo confundirlos? Una dictadura eficiente significa muy diferentes cosas en cada uno de ellos. En el caso del tipo argentino, puede significar una posible reestructuración y afirmación de fuentes tradicionales de poder, con mayor o menor grado de éxito; en el de estructuración monista, un esfuerzo para afianzarla o iniciar una apertura limitada. Las categorías "democracia" o "dictadura" aplicadas a condiciones tan disímiles con formales, no por un defecto intrínseco, sino porque no están referidas al tipo de sociedad civil concreta.

Entre estos dos extremos se dan tipos en los que la participación tiende a ampliarse (nuevos grupos se incorporan a ella y la red de participación se consolida). No se trata de un proceso lineal. Por el contrario, ciertas incorporaciones y estructuraciones nuevas pueden ser destruidas e incluso puede producirse una regresión considerable de la participación a un estado muy anterior. Lo importante es que, se amplíe o regrese, el rol de la "sociedad política" se vuelve básico para que porciones "blandas" de la sociedad se incorporen a la participación y se estructuren. Se requiere que el sistema político no sólo permita sino que favorezca el fenómeno; si se opone, no sólo puede detener el proceso sino volverlo a condiciones muy anteriores. En la infinidad de situaciones que pueden producirse, se dan algunas de claro primado de la "sociedad política" y donde lo que ocurra en ésta resulta decisivo para determinar la estructura de la sociedad civil. En ese sentido la "sociedad política" se vuelve constitutiva de la sociedad civil que sólo alcanza un orden gracias a la "sociedad política". En casos como el de Venezuela, México y otros, la estructuración en sindicatos y uniones sindicales que adquieren cierto poder, sólo es posible al calor de un sistema político que los promueve, a veces con el propósito de controlarlos, pero aunque así fuere, otorgándoles cierta autonomía y una presencia y participación que de algún modo obligan al sistema político. Pero éste es la fuente básica de su existencia y relativo poder, lo que quiere decir que un cambio considerable en la sociedad política puede hacerlas desaparecer o convertirlas en organizaciones puramente nominales. En esas condiciones, cuando segmentos de la sociedad civil se estructuran todavía de una manera "blanda", es la sociedad política la que prima. Y es eso lo que explica que en sociedades que el sindicalismo en aquellos lugares en que ha nacido y evolucionado al calor oficial, quede relegado a un plano de mínima influencia cuando el sistema político cambia fuertemente, como en el caso de Brasil en 1964.

El ejemplo de Chile mostraría a su vez la importancia de estudiar cuidadosamente cómo se ligan la sociedad civil y la sociedad política. En Brasil, aunque algunos autores tuvieron otras expectativas, dada la "blandura" del movimiento sindical,¹³³ era previsible su dependencia de los avatares del sistema político. En cambio, en el caso de Chile, el proceso de organización sindical mostraba una aparente autonomía de la "sociedad política", que permitiría pensar que se trataba de una "robusta sociedad civil" como diría Gramsci, capaz de una resistencia mucho mayor.

Lo sucedido podría interpretarse de dos maneras alternativas, sobre las que no es fácil decidir en el estado actual de los conocimientos. La primera, podría sustentar la hipótesis de que la "sociedad civil" estaba fuertemente estructurada y justificaba las expectativas que se acaban de mencionar pero que la magnitud de la violencia represiva desplegada, real o potencialmente, aplastó desde el inicio toda posibilidad de resistencia efectiva. Una segunda, podría sustentar que la estructuración de la "sociedad civil" era fuerte, pero no autónoma, sino en el contexto de una determinada estructuración de la sociedad política y que, al cambiar ésta radicalmente, aquélla perdió toda su fuerza de sustentación.

Ambas podrían dar una serie de argumentos en su apoyo que no cabe desarrollar aquí. Lo que interesa subrayar es que ambas se plantearían la vinculación entre "sociedad civil" y "sociedad política" en una de sus dimensiones básicas cual es el de saber la magnitud de la violencia necesaria que debe ejercer la "sociedad política" para destruir cierta estructuración de la "sociedad civil". Podría pensarse que para lograr efectos análogos, en las dos hipótesis, ese *quantum* debía ser mayor en Chile que en Brasil, aunque menor del necesario en la Argentina. Dicho de otro modo: una coerción análoga a la brasileña, como la aplicada en el régimen de Onganía en la Argentina, sólo produce efectos mucho más limitados. Y de querer obtener en ese país resultados similares a los alcanzados en Chile, se requeriría mucha mayor coerción que la utilizada en éste.

Este ejercicio hipotético acerca de las conexiones entre "sociedad civil" y "sociedad política" plantea la cuestión en términos menos abstractos que los habituales. Sin embargo, todavía se mantiene, en algunos aspectos, dentro de supuestos mecanicistas, porque si bien destaca que los "primados" pueden ser muy diferentes en distintas condiciones estructurales y muestra las condiciones generales que permiten la vigencia de uno u otro, tiende a dar la idea de que el *quantum* de coerción y violencia necesarios para destruir una estructuración existente de la "sociedad civil" aumenta proporcionalmente a la fuerza de ésta, lo que quizás es verdadero pero casi obvio o tautológico.

Sería necesario preguntar, no cuál es la coerción que el sistema político debe desplegar para cambiar radicalmente una estructuración de la sociedad civil, sino cuál es la que puede efectivamente llegar a desplegar, no siendo razonable medirla en términos de capacidad de fuerza u organización militar, aunque ésta juegue un papel, sino en relación al grado de autonomía real alcanzado

¹³³ Aquí se utiliza el movimiento sindical a título indicativo de lo que puede ocurrir con las estructuras de la sociedad civil.

por la "sociedad civil". Si ésta se hace relativamente grande, podría ocurrir que el grado de violencia necesario para destruirla, no pudiera ser ejercido por la sociedad política sin destruirse a sí misma a través de conflictos internos insolubles. Si ello fuera cierto, cabría sostener que cuanto más autónoma y estructurada sea la "sociedad civil", más fuerza real o potencial se requerirá para destruirla pero tanto menos probable será que esa fuerza se encuentre disponible como recurso efectivo de la "sociedad política".

Venezuela o México mostrarían condiciones concretas de primado de la "sociedad política", mientras que Argentina sería un caso demostrativo del primado de la "civil". Sin embargo, más importante que comprobar ese primado sería señalar que, en el primer caso, la "sociedad política" penetra profundamente dentro de la sociedad civil y en el segundo ocurre a la inversa, siendo imposible comprender a una u otra sino en su mutua relación.

Por otra parte, una segunda lectura de estos mismos hechos, en lugar de enfrentar "sociedad civil" y "sociedad política", podría tratar de encontrar las raíces explicativas básicas en un proceso que se da en la "sociedad civil" misma. En este sentido debería destacarse la artificialidad de presentar a la "sociedad política" argentina en el caso de un régimen tipo Onganía, como tratando de cambiar en sentido regresivo, el equilibrio de fuerzas en la sociedad civil. En puridad, habría un cambio transitorio en el equilibrio de fuerzas de la "sociedad civil" misma que no alcanzando a alterar demasiado radicalmente la situación de partida, se manifestaría en un gobierno que, cualesquiera fuesen sus propósitos, sólo lograría modificaciones limitadas que, a lo más, reforzarían cambios ya producidos en la "sociedad civil". En el caso brasileño, el cambio de gobierno expresaría que más allá de cierto límite de estructuración de algunas partes de la sociedad civil, otras partes muy estructuradas se opondrían a la continuación de ese avance, dándose una coalición de grupos subordinados y subordinantes suficientemente fuerte no sólo para detener el proceso, sino para hacerlo retroceder. Todo este conflicto, con la formación de nuevas alianzas cada vez más fuertes tendientes a detener el crecimiento del poder sindical etc. Se produciría a nivel de la sociedad civil. El apoderamiento del Estado no sería más que la expresión del triunfo de una parte de la sociedad civil sobre otra y su papel, aunque no pasivo, se limitaría a reforzar aquel resultado constitutivo.

En el caso de Chile podría hacerse una lectura análoga. Dejando de lado el papel de los factores internacionales, que no podría ignorarse en un análisis detallado, es una parte de la "sociedad civil", de composición por cierto heterogénea, la que aplasta a otra. Sería el triunfo de una parte de la sociedad civil primero muy pequeña, a la que se van aliando más y más grupos, con capacidad de oposición creciente hasta que conforman una coalición más poderosa que sus adversarios. Su triunfo en la "sociedad civil" se expresa, por fin, adueñándose del gobierno, lo que les permite utilizar el aparato coactivo del Estado para consolidar su situación y reforzarla, desmontando las bases de poder de los grupos que habían desafiado el orden existente. No hay que olvidar, en efecto, que el enfrentamiento que se daba en la "sociedad civil", se reproducía, en gran medida, en la sociedad política.

Por lo tanto, el supuesto del análisis que se ha propuesto en definitiva aquí, considera que los procesos sólo pueden leerse correctamente aceptando el primado de la sociedad civil. No niega la capacidad de reacción de la sociedad política, pero trata de determinar cuáles son los límites entre los que esa capacidad tiene una importancia real.

La variedad de situaciones y la posibilidad de lecturas diferentes, explica en parte que sea viable elaborar hipótesis que afirmen ya la autonomía, ya la dependencia de lo político como si estas características fueran independientes de ellas. Otra parte de la variabilidad de esas hipótesis se explica por los puntos de partida ideológicos o filosóficos que llevan a aceptar *a priori* el primado de una u otra. Pero también juegan un papel importante las perspectivas de cada autor, su propia situación frente al sistema que estudia. En un análisis como el propuesto aquí, se tratan de poner en primer plano las más variadas dimensiones y no sólo aquéllas que un autor determinado considera subjetivamente las más relevantes. Toda transformación importante de la sociedad política produce como es obvio, efectos en la sociedad civil, cualquiera sea el grado de autonomía que se atribuya a ésta. El solo hecho del establecimiento de una dictadura militar puede ser considerado, legítimamente, según el punto de vista ideológico del que se parta, como un mal irreparable y más importante que cualquier otra cosa que pudiera ocurrir. Pero igualmente cabe preguntarse, para salir del plano abstracto, cuáles son los efectos reales de la existencia de una dictadura militar que puede tener incluso idénticos propósitos, en condiciones diferentes de estructuración de la sociedad civil, sobre la distribución del ingreso, sobre el poder efectivo de los sindicatos, etc.

Es posible demostrar que en determinados casos, los efectos sobre la distribución del ingreso son mínimos si es que existen y, en otros, son muy fuertes. Evidentemente lo primero no podría justificar jamás la legitimidad de la dictadura para determinadas perspectivas ideológicas pero de lo que se trata no es de justificarla o condenarla, sino de ampliar las bases de un análisis político concreto, considerando dimensiones que a menudo son omitidas en virtud de un juicio *a priori*, independiente del análisis mismo y que, aunque pueda ser legítimo, se mueve en un plano diferente. Por otra parte, el que dos dictaduras con propósitos conservadores, utilizando recursos análogos, puedan disminuir el salario real de los obreros en un 20 por ciento en un caso y sólo en 5 por ciento en el otro —para poner un ejemplo imaginario—, aunque ilustra sobre los grados de autonomía de la sociedad civil o si se quiere acerca del primado de una u otra sociedad, nada dice sobre la importancia y configuración de las reacciones a producirse en uno y otro caso, que pueden ser más grandes cuanto mayor sea aquella autonomía, pese a que los efectos cuantitativos sean menores.

La relación entre las sociedades “civil” y “política”, o entre otros conceptos que podrían sustituir a los anteriores, varían pues en diferentes sociedades y en una misma sociedad en diferentes coyunturas. Y ello porque tal relación es un fenómeno dinámico que sólo puede comprenderse en relación con totalidades concretas tal como se dan en un momento dado. Esto es verdad si se parte del primado de lo “civil” en “última instancia” o en “definitiva”, siem-

pre que él no sea concebido de una manera abstracta que, como una idea platónica, se da independientemente del tiempo y del espacio. Desde el punto de vista científico basta con partir de la base de que los primados no sólo son relativos, en el sentido de que nunca excluyen totalmente el papel del otro término y de que sólo pueden definirse en relación a situaciones concretas y que admiten perspectivas diferentes en distintos planos del análisis. Tal cosa no quita ni importancia ni legitimidad al problema filosófico. Por el contrario en tanto que aborda y desarrolla el análisis científico, permite plantearlo con mayor claridad y lucidez, como siempre ha ocurrido en la historia de las relaciones entre ciencia y filosofía.

3. Sobre la tecnoburocracia

La existencia y constante crecimiento de un grupo funcional según algunos, de clase según otros, dedicado a la administración de alto nivel del Estado y de las empresas públicas o semipúblicas es la otra gran cuestión que se plantea. Con diferentes nombres (tecnocracia, tecnoburocracia, etc.), como se ha visto, diversos autores le atribuyen una importante significación. Su análisis lleva, en el fondo, a plantearse las mismas cuestiones que se acaban de señalar y sirve de útil complemento a las mismas.

La expansión de ese grupo y la existencia de causas que permiten predecir que la misma continuará en el futuro parecen indiscutibles. El problema no se encuentra allí sino en las variadas posibilidades de interpretación a que tal hecho da y puede dar lugar. Sería ocioso reiterar aquí las consideraciones ya adelantadas. Corresponde sí discutir el problema desde el punto de vista de su significación política. En puridad y en última instancia, la cuestión que se plantea es la de si la tecnocracia es tal, es decir, si tiene un poder propio o si se quiere decirlo de otra manera, quizás más discutible, si es una fuente de poder.

Los orígenes de esta cuestión se remontan muy lejos en el pasado. Sin embargo, los antecedentes inmediatos de la forma en que se plantea hoy en América Latina, se encuentran en una de las principales querellas europeas habidas entre la primera y la segunda guerra mundial. Por razones que se verán más adelante, aquí se usa "antecedentes inmediatos" para significar que el problema y las orientaciones básicas son muy análogas y no para indicar que necesariamente se tenga conciencia clara de ellos.

En el origen de la cuestión como es sabido, está la experiencia histórica concreta de la burocratización de la Unión Soviética. Cuando Trotsky demuestra o cree demostrar que la URSS está dominada por una casta burocrática de la que Stalin es la expresión más visible, se plantea un grave problema para la teoría marxista. Trotsky la resuelve aduciendo que las relaciones sociales fundamentales de aquel país son socialistas o se encaminan hacia el socialismo y que la burocratización afecta sólo a la superestructura estática. En la primera afirmación coincide con los stalinianos; la segunda, que éstos desde luego no podían admitir, hace pensar que bastaría una revolución *política* para elimi-

nar la burocratización y continuar sin pausas el progreso del socialismo. Pero esa posición no es, sin embargo, única y resulta posible y no infiel, al menos en principio, a la doctrina marxista; afirma que si la burocratización existe en la Unión Soviética, ello sólo puede ser la manifestación superestructural de relaciones sociales fundamentales no socialistas. Si al planteo de esta posibilidad se agrega la observación de que el fenómeno también se produce en las sociedades capitalistas, es fácil concluir que se trata de un producto de la sociedad industrial, sea capitalista o socialista. Es en esta vía que se embarcan Bruno Rizzi y, después que él, en un plagio o casi plagio, James Burnham.¹³⁴ Algunas ideas básicas se encuentran antes, todavía, en Simone Weil. Por una extraña paradoja, los antecesores son olvidados en beneficio de Burnham.

Simone Weil¹³⁵ piensa que la especialización cada vez más grande de la sociedad industrial crea una situación en la que “una función toma una importancia primordial ... la que consiste simplemente en coordinar; se la puede llamar función administrativa o burocrática”. Marx había señalado, correctamente, la fuerza opresiva que es la burocracia y hecho observaciones muy atinadas sobre ella, pero —según Weil— “no se preguntó si la función administrativa en la medida en que es permanente, no podría *independientemente de todo monopolio de la propiedad*, dar nacimiento a una nueva clase opresiva”.¹³⁶ La posibilidad de la existencia de una clase dominante no propietaria de los medios de producción será, justamente, el centro de la querrela de entreguerras.

Efectivamente, para Trotsky, si la burocracia se aproxima a veces a la omnipotencia, le falta el factor que crea la estabilidad de las clases orgánicas: un modo de explotación del trabajo particular. Ella se apropia en todo régimen, de una parte de la plusvalía, pero esto no basta para constituirla en clase explotadora. En ese caso no existiría explotación de clase en el sentido científico de la palabra, sino “parasitismo social” aunque sea en gran escala. Existe la posibilidad histórica de que la burocracia sirva de base a la instalación de una clase poseedora, pero en los hechos ella no se ha dado.

Bruno Rizzi,¹³⁷ en cambio, estima que se trata de una nueva clase dominante, que basa su poder en la propiedad del Estado y que, por consiguiente, posee el monopolio de la coacción.¹³⁸ Mediante tal instrumento, explota al proletariado y se apropia “colectivamente” de la plusvalía. Ya no hay acumulación individual. Dadas esas características Rizzi afirma que se trataría de una sociedad que no es capitalista ni socialista, aunque sí clasista y propone denominarla “colectivismo burocrático”. Ella sería la última sociedad de clases; “La

¹³⁴ No debe olvidarse que también Thorstein Veblen había adelantado esta hipótesis en *The engineers and the price system*, aunque refiriéndose a los ingenieros o especialistas técnicos.

¹³⁵ En *Revolution Proletarienne*, núm. 158 (25 de agosto de 1933). Reproducido en *Oppression et Liberté* (NFR, 1955), pp. 24-28.

¹³⁶ *Ibidem*. Subrayado agregado.

¹³⁷ Bruno Rizzi, *Bureaucratization du monde* (París, 1939).

¹³⁸ Propiedad del Estado o propiedad social o colectiva son para Rizzi, como para Marx y Engels, dos modalidades claramente diferentes, que no deben confundirse.

última clase dirigente de la historia está tan próxima de la sociedad sin clases que niega su calidad de clase y de propietaria”.

Rizzi ejemplifica su tesis con los casos de la Unión Soviética y los estados fascistas de la época, pero ve también en el *New Deal* de Roosevelt la manifestación de una tendencia irresistible hacia la propiedad del Estado y la formación de una nueva clase dirigente.

Burnham plagia sin piedad y a conciencia las hipótesis de Rizzi pero elimina la idea de la explotación del proletariado, con lo que si bien hace la teoría más potable para el auditorio norteamericano, la torna absurda, puesto que sea o no cierta la teoría de Rizzi, esa cuestión es central para comprender de dónde deriva el poder de la nueva clase dirigente. Todos los teóricos posteriores de la nueva clase, Djillas entre ellos, sólo repiten con menos profundidad las tesis de Rizzi. Este había intentado llevar su análisis hasta las relaciones de explotación mismas y de ese modo, entre su tesis y la de Trotsky que lo clasificaba entre los ultraizquierdistas, queda perfectamente delineada la gran controversia planteada por la afirmación de Simone Weil subrayada más arriba.

Este repaso de los antecedentes europeos del problema, aunque muy esquemático, puede parecer excesivamente prolijo a los fines de esta obra. Sin embargo cumple una función importante: por una parte, permite vislumbrar la riqueza de la controversia europea, frente a la cual los análisis latinoamericanos resultan extremadamente pobres; en segundo lugar, indica claramente que es necesario algo más que demostrar que la tecnoburocracia crece, que adopta comportamientos similares en distintos regímenes o que liga su estrella al autoritarismo en expansión, para atribuirle un rol político constitutivo, es decir, verdaderamente propio. Ahora bien, tal demostración no ha sido dada hasta ahora y puesto que el problema tendrá un peso creciente en el futuro de las ciencias sociales latinoamericanas vale la pena explorar las diferentes direcciones en que tal cosa puede ocurrir.

Una manera de ver que ya ha tenido representantes es la marxista clásica, para la que la tecnoburocracia no es más que un apéndice, cada vez más desarrollo, pero siempre apéndice, de la clase dominante que utiliza el Estado para su fines privados. Ese grupo funcional carece de toda autonomía y su pretensión de estar más allá de dominantes y dominados, debe ser enérgicamente rechazada. Para esta dirección lo único que puede tener interés es determinar las causas por las cuales la clase dominante, tiene que ceder una parte de la plusvalía a la tecnoburocracia, causas que se encontrarían en las nuevas características del capitalismo, pero que no podrían constituir la en un grupo dotado de poder propio.

En otra variante, que no se aleja demasiado de la anterior, las líneas teóricas de orientación podrían ser las de Trotsky, negando el carácter constitutivo u orgánico de la nueva clase, pero tratando de analizar las diversas circunstancias concretas en que su papel puede variar. En todos los estados latinoamericanos, salvo en Cuba, tal análisis llevaría necesariamente a la conclusión de que la “nueva clase” no es tal, sino el producto de lo que Trotsky llamaba las deformidades de un período de transición social, pero no una formación social independiente. Sin embargo, el análisis concreto mostraría, dentro de los lími-

tes de ese marco teórico, diferencias considerables y a tener en cuenta entre los diversos estados nacionales en lo que respecta a la propiedad estatal, a la plusvalía que deriva de ella y al papel del grupo en cuestión.

En los últimos tiempos, la posición "rizziana" ha sido la predominante y se encuentra en la base de análisis efectuados por autores tan distintos, en cuanto a orientaciones científicas e ideológicas, como Bresser Pereira, Cardoso, Graciarena y O'Donnell. Para todos ellos es evidente tanto la importancia creciente del segmento social tecnoburocrático, como su autonomía. Todos, también, mencionan como causa la expansión de las funciones del Estado y, particularmente, de la propiedad y empresa públicas.

Por último, comparten la creencia de que el surgimiento del Estado autoritario es la culminación hasta la presente coyuntura histórica, del poder de tal grupo. En ese sentido, si carecen de una Unión Soviética como campo de meditación, hay estados autoritarios que cumplen un papel similar al de los estados fascistas, para Rizzi.

Los puntos de acuerdo mencionados no pueden minimizar la importancia de las diferencias que existen entre estos autores. Como no se trata aquí de levantar un inventario de unos y otros, sino de señalar los problemas del análisis político latinoamericano en el próximo futuro, se considerarán en conjunto las cuestiones primordiales a un punto de vista de esa naturaleza.

En primer lugar, aparece otra vez la necesidad de un análisis comparado de la propiedad estatal, de la empresa pública, de la intervención del Estado en la vida económica, etc. En tanto que la suerte o el poder del grupo en cuestión, se ve como esencialmente ligado al Estado, resulta obvio que sólo puede comprendérselo en función de lo que ocurre con éste. No es lo mismo que el Estado administre el 15 que el 30 por ciento del producto nacional, que sus empresas públicas apenas existan o produzcan una buena parte de ese producto, que su intervención en la vida económica sea más o menos fuerte, que sobre cualquiera de estas cuestiones se puedan comprobar tendencias firmes a la expansión o variaciones erráticas profundas al socaire de cambios en el sistema político.

Un segundo orden de consideraciones tendría que referirse a las funciones sociales que asume el grupo tecnoburocrático en diferentes regímenes políticos y en cada uno de ellos. Es evidente que existe en todos ¿pero siempre tiene el mismo significado? A veces parece sostenerse que cuando se llega al Estado autoritario, sea cual fuere el nombre que se le dé, cambia la naturaleza del grupo tecnoburocrático, al cambiar la del régimen. Tal idea no está demostrada, pero es perfectamente legítima y coherente; aunque plantea la cuestión de la naturaleza de las funciones que el grupo desempeña. Graciarena apunta a una de importancia considerable: la de legitimación. Lo político se hace técnico, lo técnico es, por naturaleza, neutral y constituye el reino propio de los técnicos. Estos y el régimen actúan en beneficio de una racionalidad que sólo ellos pueden captar acabadamente, pero que al fin y a la postre, aunque sea a muy largo plazo, producirá los mejores beneficios, para la colectividad entera. Muchos han señalado con razón que la pretensión contenida en esa manera de ver constituye la más radical negación de la democracia, lo que hace lógico sostener

que, aunque existe en cualquier régimen, sólo se vuelve dominante, se constituye en ideología oficial, en uno autoritario.

Podrían agregarse muchos argumentos en favor de este punto de vista. En definitiva, se trata de una ideología excluyente, en la que la exclusión ya no se justifica como en el pasado por la alusión directa a las cualidades supuestamente exclusivas de una clase dirigente o a su contrapartida de la ignorancia de las masas, sino en la ciencia, es decir, en la verdad. Una verdad a la que todos, teóricamente, pueden acceder puesto que su posesión no depende de una cualidad innata, sino de un dominio adquirido, pero a la cual sólo acceden de hecho algunos que, al afirmar la necesidad de que la ciencia y la técnica dirijan los asuntos humanos lo que es difícil de negar, legitiman al mismo tiempo una posición —¿preeminente? ¿dominante?—, en la sociedad. Lo político, que es por esencia público, se transforma en otra cosa también pública con la ciencia, pero como sólo algunos pueden manejarla lo público se vuelve de alguna manera privado.

Estas y otras complementaciones que podrían hacerse no resuelven, sin embargo, la tercera cuestión que se plantea a este punto de vista, la fundamental, a saber si el segmento tecnoburocrático tiene un poder propio y, en caso afirmativo, de dónde deriva ese poder. Los análisis existentes hasta ahora son omisos incluso sobre el planteo directo de esta cuestión. El mismo ejemplo de la legitimación puede servir de excelente ilustración del problema. No existe régimen político conocido que no haya tenido algún género de legitimación; aunque se base realmente sobre todo en la fuerza bruta, tiene que adoptar alguna ideología que justifique su uso. Esto significa que en todo régimen político han existido y existen individuos o grupos productores —ya sean imitadores con variadas dosis de adaptación, ya creadores lo que es más raro—, de ideologías. Es perfectamente sabido que estos truismos nada dicen sobre la importancia del papel social y menos sobre el poder efectivo de esos productores en diferentes formaciones sociales. Que la ideología justificativa de los estados autoritarios encuentre hoy su mejor base en la ciencia y en la técnica, es perfectamente compatible con la idea de que los productores de la misma son sirvientes bien pagados de las clases dominantes que pueden ser despedidos en cualquier momento y ser sustituidos por otros, o con la idea de que se han construido un poder propio, que son una clase o un grupo de poder. Sin embargo, aunque es posible que la función de justificación ideológica pueda prestar alguna ayuda, resulta difícil sostener que sólo en ella se basa el poder propio del grupo tecnoburocrático, por cuanto sería tan fugaz y tan poco tangible que no sería un poder. Sería necesario que cumpliera otros servicios, muchos podrían enumerarse, pero al final se tropezaría con el mismo problema, ¿es que un poder puede fundarse en una acumulación de servicios por importantes que éstos sean?

Recuérdese, además, que la tecnoburocracia existe en regímenes no autoritarios y, a menudo, buena parte de ella se traslada cómodamente de un régimen no autoritario a otro autoritario y viceversa. Ello hace necesario determinar si su poder, suponiendo que exista, es actualmente independiente del tipo de régimen o si es diferente en cada uno.

Si es independiente del tipo de régimen, su supuesto poder es un producto de la etapa actual del sistema capitalista, pero en ese caso todos los regímenes políticos tienden a ser tecnocráticos y el autoritarismo no es más que un tipo, el ideal si se quiere, pero sólo un tipo del régimen tecnocrático. Si a la inversa, la tecnocracia sólo adquiere verdadero poder en un régimen autoritario, habría que demostrar qué es lo que en la naturaleza de tal régimen produce una transformación de semejante importancia. Si no tiene poder propio en ninguno de los dos casos, entonces habría que analizar las diversas constelaciones en las cuales varía la importancia del papel, no del poder, de la tecnocracia.

Estas alternativas no han sido explícitamente exploradas. Como se ha visto, a menudo se reproducen los argumentos de Rizzi. La dificultad estriba en que su reflexión recaía, esencialmente, sobre la Unión Soviética, miraba los estados fascistas en tanto que próximos a ella o en el caso del New Deal de Roosevelt como ilustrando una tendencia irresistible en el mismo sentido. ¿Cuál es esa tendencia ya totalmente realizada en la Unión Soviética y a la que se acercan o se acercarán otras sociedades? Es la propiedad de los medios de producción por el Estado que permite expropiar al proletariado y apoderarse de la plusvalía. La apropiación por el "colectivismo burocrático" es una consecuencia derivada. Sea o no cierta, la teoría de Rizzi supone como requisito esencial la existencia de un Estado propietario de los medios de producción fundamentales, que ha eliminado a la burguesía, como en la Unión Soviética, o que la eliminará progresivamente, como en los otros casos. Ahora bien, en América Latina sólo Cuba cumple este requisito esencial y paradójicamente, ninguno de los análisis latinoamericanos aplica la argumentación a ese caso, mientras que si lo hace a otros países donde tales requisitos no se dan. Ninguno de los autores que reproducen los argumentos de Rizzi ha sostenido, ni siquiera para los estados autoritarios, que estén o se propongan eliminar a la burguesía. Por otra parte, es muy claro que si el Estado se apodera de una parte de la plusvalía, la entidad de ésta, en el supuesto de que fuera manejada libremente por la clase tecnoburocrática, no bastaría para convertirla en una clase dirigente con un poder por sí, ni se dan en América Latina las características de la acumulación colectiva que Rizzi tenía en cuenta.

En esas condiciones, ¿cómo podría ese grupo apoderarse de la plusvalía en ejercicio de un poder imaginario? Esta es la dificultad principal del marco teórico de Rizzi. Desde el punto de vista marxista es difícil concebir una clase orgánica no propietaria de los medios de producción. Ello no quiere decir que no se le ceda una parte de la plusvalía.

Podría sostenerse que, en el estado actual de la evolución del capitalismo, la tecnoburocracia es un factor fundamental en el proceso mismo de la producción y que, de tal circunstancia, deriva su poder. Se puede postular, incluso, recogiendo las ideas de una importante literatura norteamericana y europea que la sociedad postindustrial encontrará sus "usinas" fundamentales en los laboratorios y en las universidades, en la ciencia y en la técnica que serán, cada vez más, las bases de la vida social. De ahí cabe deducir una tendencia irresistible al aumento de la importancia de científicos y técnicos. No corresponde aquí discutir estas ideas que conllevan una utopía cuyas bases son muy an-

tiguas, puesto que el gobierno de los filósofos platónicos es sustituido ahora por el de los científicos y el de los técnicos, sucesores modernos de aquéllos, sino suscitar algunas cuestiones relativas al problema que nos ocupa.

La dificultad principal estriba en que aunque la teoría que se acaba de recordar esquemáticamente fuera inobjetable, lo que por cierto es mucho conceder, no permitiría concluir en un poder propio, constitutivo, de la tecnoburocracia. Y por una razón muy simple. Está demostrado históricamente que se puede desempeñar un papel básico, fundamental, en la producción de una formación social y carecer, al mismo tiempo, de poder. El mismo razonamiento que se hace sobre la tecnoburocracia, llevaría a la conclusión de que, en la sociedad industrial, el poder de los obreros es constitutivo, puesto que sin ellos no habría sociedad industrial. Lo malo es que la hay y la hubo, sin que ese poder adquiriera los caracteres que hoy se le prestan al que tiene y tendrá la tecnoburocracia. El hecho de que lo que puede llamarse el "componente técnico" del Estado y el gobierno aumente constantemente, suponiéndolo cierto, no permite sostener que la cuota de poder de la tecnoburocracia aumenta paralelamente, ni siquiera dentro de los límites del poder que se le puede atribuir a la clase política. Tales tendencias no garantizan que el poder en sentido propio, aumente y tampoco permiten asegurar que la porción de la tecnoburocracia en el ingreso nacional y menos todavía, la participación promedio de cada tecnoburócrata individual vaya a aumentar. Y ello porque la producción de técnicos y por lo tanto su oferta, puede aumentar mucho más que su demanda. Hasta hace poco hubiera sido posible ignorar este fenómeno en América Latina frente a la magnitud de las carencias de mano de obra de alto nivel. Hoy, sin embargo, cuando todavía potencialmente esas carencias son formidables, ya hay fenómenos visibles de subempleo y desempleo de técnicos.

En última instancia, las tentativas de demostrar el poder creciente de la tecnoburocracia se ligan a esfuerzos similares por afirmar la autonomía de la sociedad política y vuelven, por tanto, al problema analizado anteriormente. Sin embargo, tal demostración paralela es paradójica. Si es verdad que el poder político de la tecnoburocracia resulta de la naturaleza de la sociedad industrial capitalista o industrial a secas, porque un papel en el proceso productivo es básico, ese poder está dado al nivel de la "sociedad civil" siendo su manifestación política sólo una derivación de los caracteres básicos de ella en los sistemas considerados. Mal puede servir, pues, para demostrar la autonomía de lo político. En puridad, incluso, si se acepta tal demostración el poder de la tecnoburocracia ni siquiera depende del papel del Estado, o de su mayor o menor intervención en la vida económica, puesto que se daría, crecientemente, en cualquier proceso de producción por privado que fuera.

Es por eso, que la única manera de hacer paralelos, aumento del poder de la burocracia y aumento de la autonomía de la sociedad política es aceptar, en lo básico, la tesis rizziana. Pero se tropieza, entonces, con la dificultad mencionada más arriba, la de que ésta supone que los factores básicos de producción son propiedad del Estado lo que, hasta ahora no parece darse, ya que los regímenes burocráticoautoritarios conocidos en América Latina, se proponen, justamente, evitar que tal cosa ocurra.

Se puede concluir, pues, que el poder de la tecnoburocracia es grande y aumentará constantemente y creer que la autonomía de la sociedad política es nula; se puede pensar que la autonomía de la sociedad política es muy grande y que el poder de la tecnoburocracia es nulo, por cuanto sólo es un simple auxiliar de la clase política dominante. La demostración de un paralelismo entre ambos fenómenos, requeriría un marco teórico que, posible o no, sería distinto a los propuestos hasta ahora en América Latina.

4. *El primado de la sociedad civil*

En suma, una lectura más profunda de las relaciones entre "sociedad civil" y "sociedad política" parece llevar a la necesidad de aceptar el primado de la primera o, si se quiere, la relación asimétrica entre ambas. Aunque el análisis anterior ha utilizado repetidamente el aporte marxista, no debe olvidarse que el planteo del problema y soluciones idénticas existen con independencia del marxismo. Ocurre, simplemente, que algunos de los aspectos más importantes de la cuestión han sido explorados por autores marxistas, pero es bien sabido que el primado de la sociedad civil y su carácter determinante, es postulado también por el mayor enemigo del marxismo, el liberalismo. Desde este punto de vista, el problema de las relaciones entre ambas sociedades se plantea en todas las perspectivas y direcciones teóricas.

Desde luego, como ha propuesto Sartori entre otros, la relación "sociedad civil" y "sociedad política" puede asumirse como un problema de política comparada, diríase mejor, de ciencia social comparada, como una cuestión de relaciones entre dos variables en sociedades y coyunturas diferentes, tratando de construir, sobre la base de los datos surgidos de tal investigación, una teoría satisfactoria. Metodológicamente, tal procedimiento parece irrefutable pero es, justamente, el que no se ha intentado en América Latina hasta ahora.

Por otra parte, la cuestión teórica básica subsistiría, aunque indudablemente enriquecida por un análisis de esa naturaleza. Es a ella que se han dedicado, principalmente, las reflexiones anteriores, que concluyen en el sentido más tradicional en los análisis latinoamericanos, el del primado de la sociedad civil lo que, desde luego, no significa negar una cierta capacidad de reacción de la sociedad política. Esta tiene siempre grados variables de autonomía y, aunque no puede sobrepasar jamás ciertos límites, puede adquirir importancia considerable en ciertas coyunturas, pero su demostración requiere una investigación profunda y comparada de una serie de variables mucho más complejas.

Como melancólica conclusión cabe afirmar que la tradición del análisis latinoamericano es, en lo fundamental correcta, pero que la forma en que ha sido llevado a cabo está atrasada en relación con el "estado del arte", en gran medida, quizás, por la escasa importancia y el carácter episódico de la influencia europea que, en los últimos tiempos, ha avanzado mucho en la materia, ofreciendo sugerencias muy ricas.

Aunque parezca obvio después de las consideraciones anteriores, debe subrayarse que afirmar el primado de la sociedad civil, no significa creer que el des-

arrollo económico produce necesariamente la democracia, o que en ciertas etapas concluye en el autoritarismo, o que éste es un producto del estancamiento, etc. La razón muy simple es que la sociedad civil es mucho más que el grado o el ritmo de desarrollo y, cualquiera sea la importancia que éstos tengan (como innegablemente tienen), es una simplificación grosera reducir aquélla a ellos y un salto todavía más absurdo, hacer derivar el sistema político tan solo de esas variables. La textura de la sociedad civil está formada de relaciones entre los hombres y no de ingreso per cápita o tasa de su crecimiento y es muy difícil pretender que lo que ocurre con ambos es un indicador confiable de la situación de aquéllas.

La dinámica de la sociedad civil es mucho más compleja y muy diversos sistemas políticos pueden servir a los propósitos de dominación de los grupos hegemónicos, en circunstancias análogas de desarrollo económico de acuerdo a las situaciones concretas específicas de cada sociedad. La existencia de uno u otros no se produce, desde luego, al azar, sino que depende de que en ciertas coyunturas las relaciones entre los grupos y sus alianzas se expresan mejor en uno que en otro. Y sobre esto pueden influir muchos factores del más diverso tipo, buena parte de ellos superestructurales y absolutamente propios de la sociedad en cuestión. Esa es la razón por la cual regímenes muy diferentes en abstracto pueden servir a proyectos muy parecidos y a la inversa.

La complejidad de los problemas hace que nuevas posibilidades se planteen. Como se ha visto, algunos como Medina Echavarría, vuelven al problema de la relación entre democracia y desarrollo y a la posibilidad de que exista una afinidad electiva entre ellos. En medio del derrumbe de tantas esperanzas no deja de ser notable que tal problema vuelva a plantearse. Es muy fácil pensar que con ella se intenta renovar una cuestión obsoleta. Convendría, sin embargo, examinarlo con atención. Ya no se trata de mantener la idea de que el desarrollo económico produce la democracia; se trata, a través del examen de la experiencia contemporánea, de demostrar que existe una afinidad entre desarrollo, ya no meramente económico, y la democracia. No en el sentido de que aquél produzca a ésta, sino en el de que ésta, es el único sistema que puede garantizar un verdadero desarrollo. Sin duda, en este planteo, la carga de una preferencia ideológica es muy fuerte. Sería erróneo, sin embargo, creer que esa carga lo explica todo, cuando hombres como Cardoso, o como antes González Casanova, que provienen de tiendas ideológicas muy diferentes vuelven, por otro camino, a exaltar la importancia de ciertos valores que fueron fácilmente despreciados como propios de la sociedad burguesa. Esta confluencia de hombres provenientes de ideologías diferentes, por relativa que sea, indica, quizás, que una buena parte de los futuros análisis políticos latinoamericanos van a intentar la exploración de las perspectivas que Mannheim abrió y que él mismo no pudo explorar, sino muy tímidamente.

EL ESTADO Y LA PLANEACIÓN

I. INTRODUCCIÓN

Este capítulo está destinado al examen de los problemas de la planificación en América Latina, en cuanto aparecen vinculados a o están planteados por las diversas interpretaciones del desarrollo. Por lo tanto excluye la consideración de los aspectos estrictamente técnicos, para centrarse en las ideas básicas y en los análisis que tienen más interés desde el punto de vista de esta obra.

Dada la enorme literatura existente sobre la materia fue necesario establecer alguna ordenación y la más lógica, pese a su carácter convencional como todas, es la que respeta la evolución del problema en sus diferentes etapas históricas en América Latina.

En primer lugar, la primera sección se destina a plantear las cuestiones fundamentales y a recordar la influencia de las ideas de Mannheim en los inicios de las preocupaciones sobre la cuestión entre los sociólogos de América Latina. Luego se consideran las elaboraciones que directamente bajo esa influencia se expusieron en torno a las relaciones entre planificación y democracia. Paralelamente, con el nombre de "programación" la CEPAL exponía ciertas proposiciones concretas, que se analizan, así como los cambios habidos en las mismas y sus fundamentos científicos e ideológicos, en la sección siguiente.

Este *corpus* sobre el tema genera diversas revisiones críticas. Unas, las que se consideran primero, se clasifican como externas, por provenir de antagonistas o de quienes no fueron lo propulsores y practicantes de la planificación. Las otras, que se analizan inmediatamente, provienen de los mismos economistas y planificadores. Ambas revisiones críticas llevan a nuevas ideas, entre las que se destaca la cuestión de la planificación social y sus transformaciones, a la cual se dedica una sección especial.

Tales transformaciones se caracterizan, sobre todo, por una nueva ampliación del campo y de la concepción del planeamiento que culmina con el tema del enfoque unificado, que significa la afirmación de los elementos utópicos siempre presentes en la planificación, hasta extremos cuyo análisis presenta un gran interés. Algunas conclusiones que tratan de recapitular la evolución ocurrida y captar su sentido cierran el capítulo.

II. LAS PRIMERAS PREOCUPACIONES SOCIOLOGICAS POR LA PLANIFICACIÓN

1. *El aporte de Mannheim*

A lo largo de esta obra ha surgido con claridad meridiana que los análisis de la sociedad en general y de sus grandes protagonistas han tenido por objetivo fundamental responder a la cuestión de si es posible y cómo es posible cambiarla profundamente.

Esta preocupación constante del pensamiento sociológico en América Latina, está vinculada, desde sus inicios en la posguerra, al problema de la planificación. Como se verá no todos los autores han prestado atención a las cuestiones relativas a la planeación, pero muchos lo han hecho y el tema ha sido considerado, inclusive, como central en algunas elaboraciones teóricas.

Una larga tradición latinoamericana coloca a la democracia entre los valores más altos de la organización política. Es bien sabido que tal cosa no impide una también larga tradición de violación frecuente de las normas democráticas, ni la existencia de países en los que el sistema jamás existió, reunieron alguna de las condiciones mínimas para que el concepto pueda aplicarse con alguna lógica. Esto no quita, sin embargo, que tanto en el pensamiento de los intelectuales como en las declaraciones oficiales, la necesidad de construir una sociedad democrática o de profundizar las bases de las que existen sea muy anterior a la segunda guerra mundial. Como ya se ha señalado, los que inician la renovación de la sociología en América Latina comparten esa preocupación y ese propósito, que después de las experiencias totalitarias europeas, la guerra y, en general, el derrumbe de la sociedad liberal, exigen para adquirir un sentido auténtico nuevas ideas y plantean nuevas cuestiones que antes no habían enfrentado.

En esas circunstancias es comprensible la enorme influencia de Mannheim en América Latina, no sólo entre los sociólogos sino también en muchos economistas. Como siempre ocurre, esa influencia fue directa en algunos casos y recogida de segunda mano en otros; pero de cualquier manera presidió las primeras elaboraciones sobre la planificación, sin el cual la historia ulterior del problema sería incomprensible.

La traducción de *Libertad y planificación* y de *Diagnóstico de nuestro tiempo*, a comienzos de la década del 40, ofreció a los que no conocían el original, un pensamiento que se enfrenta con problemas que sienten como requiriendo urgente respuesta.

Escaparía a los límites razonables de este capítulo hacer una exposición de la teoría de Mannheim, pero es necesario recordar algunas de las líneas básicas de su pensamiento, en especial las que han tenido más influencia sobre la manera en que la idea de la planificación penetró en América Latina. Hacerlo es necesario, además, porque a partir de allí se produjo un empobrecimiento de la idea original realizado con vistas a atender lo fundamental o lo más operativo o lo más eficaz, pero que no por ello deja de ser un empobrecimiento.

Para Mannheim la sociedad "se enfrenta, no con un malestar pasajero, sino

con un cambio radical de estructura" y, como consecuencia "todas las naciones están igualmente tratando de encontrar una nueva manera de organizar la sociedad industrial".¹ Este hecho tiene su causa y pone de manifiesto las profundas tendencias de las sociedades industriales a converger: la reglamentación y la intervención del Estado en las democracias, las modificaciones hechas en el comunismo soviético, etcétera.

Dadas estas transformaciones de los fundamentos estructurales de la sociedad moderna "no cabe ya elegir entre planificación y *laissez-faire*, sino sólo entre buena y mala planificación". La primera significa, para el autor, encontrar los "mecanismos sociales que unan los principios de libertad y de planificación de tal modo que, por una parte, se evite el caos que puede surgir de los procesos sociales no planificados y, por otra, quede garantizado que el poder y la expansión totalitaria no sean considerados como fines en sí mismos".² "La planificación en este sentido significa planificar para la libertad, dirigir aquellas esferas del progreso social de las cuales depende que la sociedad funcione sin dificultades, pero tratando al mismo tiempo de no reglamentar aquellas cosas que ofrecen más oportunidades para la evolución e individualidad creadoras."³ Pero la libertad a que el autor se refiere ya no es entendida en el sentido liberal tradicional, sino de la forma que corresponde a la nueva estructura de la sociedad industrial y que corresponde distinguir cuidadosamente de aquélla. "En la tercera etapa, la de la planificación, la libertad no puede consistir en la intervención mutua de las instituciones individuales, porque esto no puede llevar a la cooperación planificada. En la etapa más elevada, la libertad sólo puede existir cuando está asegurada por la planificación. No puede consistir en limitar los poderes del planificador, pero sí en una concepción de la planificación que garantice la existencia de formas esenciales de libertad mediante el plan mismo, porque toda restricción impuesta por autoridades limitadas destruiría la unidad del plan, de tal modo que la sociedad retrocedería a la etapa anterior de competencia y control mutuo. Como ya hemos dicho, en la etapa de la planificación, la libertad sólo puede quedar garantizada si la autoridad que planifica la incorpora al plan mismo. Ya sea un individuo o un grupo o una asamblea popular, la autoridad soberana ha de estar obligada por un control democrático a dejar en su plan ancho campo para la libertad una vez que han sido coordinados los instrumentos para influir en la conducta humana: planificar para la libertad es la única forma lógica que queda de libertad."⁴

Las transcripciones precedentes son suficientes, para caracterizar la naturaleza de las ideas de Mannheim sobre la planificación, a los fines de este capítulo. Planificar no se reduce, por cierto, a la planificación económica. Esta es un aspecto importante —no se podría concebir una sociedad librada totalmente a las fuerzas del mercado—, pero sólo es un aspecto de algo mucho más ambicioso. La planificación se refiere a la sociedad en conjunto; se trata de construir,

¹ Karl Mannheim. *Libertad y planificación* (Fondo de Cultura Económica, México, 1942), pp. 11 y 19.

² *Ibidem*, pp. 12 y 14 respectivamente.

³ *Ibidem*, p. 239.

⁴ *Ibidem*, p. 343.

a través de ella una nueva sociedad, lo que se acompaña de la necesidad de crear un nuevo tipo de hombre. La planificación es el intento sistemático de racionalizar la vida humana en todo aquello en que sea necesario hacerlo, lo que va más allá de la economía y no comprende, necesariamente, toda la economía. Por último, si la planificación es importante, se debe a que es la única manera de conservar y fortificar la libertad que sería destruida por la sociedad industrial, de no existir aquella.

Desde luego, el autor no ignora —es más, lo considera largamente— que puede haber y ha habido a su entender una planificación completamente diferente, que se propone desde el comienzo o tiene como resultado, querido o no, la supresión más drástica de la libertad. A ella hay que oponer una planificación que sea la herramienta básica de la construcción de una sociedad democrática. Ella es la única que hace posible la perduración de desarrollo y la ampliación de tal tipo de sociedad. La distinción, que después tendrá tanta importancia, entre planificación económica y social resulta puramente instrumental y técnica para el autor. Planificar es siempre planificar la sociedad no la economía y esto no solamente porque planificando la economía se planifica la sociedad de todos modos, sino porque la necesidad de nuestro tiempo es encarar la sociedad como un todo, para poder intervenir racionalmente en su marcha, para conservar y mejorar los que, para el autor, son los valores básicos.

2. Las elaboraciones latinoamericanas

Tanto Medina Echavarría como Florestán Fernandes, no sólo recogen la tradición de Mannheim, sino que se preocupan de examinar el significado que puede tener la planificación en América Latina.

De acuerdo al maestro común, ambos analizan las relaciones entre las posibilidades de constitución de una sociedad democrática y la planificación. Las ideas del primero ya han sido examinadas, pero es necesario tenerlas presente en este contexto. Sus elaboraciones más recientes en la materia se verán más adelante en este capítulo.

También se ha presentado oportunamente el esquema teórico básico de Florestán Fernandes en sus líneas más generales. Corresponde desarrollarlo aquí *in extenso*. Como se recuerda, para el autor, lo que está en juego en las sociedades subdesarrolladas que quieren acelerar el desarrollo, es la manera por la cual se pretende intervenir en el sistema social para reorganizarlo, en lo posible según los modelos proporcionados por las sociedades plenamente desarrolladas que encarnarían de un modo más perfecto un determinado tipo social. Ese proceso, como se ha visto, implica los de desintegración y reintegración del orden social. Fernandes parte de que ninguno de ellos es posible, por lo menos con la celeridad deseada, si no se produce una intervención racional de los seres humanos para producirlo. Y esta exigencia es, posiblemente, la más difícil y profunda revolución que necesita América Latina, puesto que exige transformar completamente el horizonte cultural de los hombres. Estos deben aprender que el desarrollo de sus capacidades de representación, previsión y acción,

más la creación de una actitud positiva hacia el cambio es la base de las transformaciones deseadas. El hombre no es esclavo de las instituciones; éstas poseen un carácter instrumental y deben ser continuamente reajustadas a las condiciones mutables de la existencia humana. Tal como aparecen en un momento dado, son creaciones del pasado establecidas por los grupos dominantes por razones instrumentales y que se conservaron en tanto conservaron, real o simbólicamente, ese carácter. Ese proceso de comprender adecuadamente el papel instrumental de las instituciones y la necesidad de adecuarlas a los nuevos objetivos que aparecen en el horizonte cultural del hombre, es un aspecto básico de la secularización. No puede haber cambio si no hay disposiciones colectivas para ese cambio. Y "el llamado umbral del desarrollo sólo podrá ser alcanzado, desde el punto de vista sociológico, en las condiciones en que se encuentran los pueblos latinoamericanos, cuando esas disposiciones tomen por objeto el orden social vigente".⁵

En otras palabras, se requieren, en primer lugar, técnicas de conciencia social que permitan el ensanchamiento de la capacidad de percepción de los hombres y también de la explicación y control de las condiciones y factores sociales del ambiente; en segundo lugar, formas más eficientes y complejas de organización y motivación de las actividades humanas y, por último, disposiciones colectivas más definidas y fuertes para el cambio social progresivo. El desafío es complejo y los que ignoran que el cambio supone transformaciones en varios planos y simplifican de esa manera el problema, son los menos aptos para obtener los fines que dicen proponerse.

Al científico social no le compete determinar el grado de moderación o de radicalización de las tendencias ideológicas que están por detrás de los programas de reconstrucción social "pero debe mantener su campo de visión limpio e íntegro para poder discernir objetivamente las soluciones alternativas existentes en el escenario históricosocial, con la viabilidad presumible de cada una de ellas".⁶

Tanto la desintegración como la reconstrucción del orden social suponen, pues, visiones ideológicas que no son generadas por el hombre de ciencia, que no puede asumirlas como propias en cuanto tal, pero de las que debe analizar su presencia, sus implicaciones y sus posibilidades de hacerse efectivas como alternativas ofrecidas a los hombres en la tarea de transformación. La intervención racional se propone, por lo tanto, construir una nueva sociedad, lo que implica en el fondo, como lo implicaba para Mannheim, la construcción de un nuevo tipo de hombre. Es importante sin duda, la intervención en la economía, en cuanto ella es una de las dimensiones básicas de la vida social, pero no es la única y ni siquiera la fundamental. Tal intervención sólo tiene sentido en cuanto forma parte y es un instrumento más de una reconstrucción total de la sociedad.

De cualquier manera semejante reconstrucción tiene que basarse en criterios, que aunque permiten amplias discrepancias ideológicas establecen direcciones

⁵ Fernandes, *A sociologia numa era ...*, p. 273.

⁶ *Ibidem*, pp. 289-290.

básicas y que están dados porque la reconstrucción del orden social debe ser definida sobre la base de los requisitos normales del tipo de sistema social de que se trata, tanto morfológica como dinámicamente. Ese tipo, al cual tienden las sociedades subdesarrolladas, es en las primeras obras de Fernandes, como se ha visto, el capitalismo, aunque ello no quiere decir que deba darse de la misma manera y en las mismas condiciones en los países de desarrollo originario. Todo lo contrario. En éstos fue, sobre todo, la obra de causas en alguna medida espontáneas; en América Latina sólo puede ser el resultado de la intervención racional del hombre. Este razonamiento, en su totalidad, coloca en primer plano tanto el problema del Estado como el de la planificación. La desintegración del orden social tradicional y la construcción de uno nuevo no son sólo un problema político, aunque su raíz esencial sea política. La intervención racional del hombre no puede ser dispersa; su racionalidad es tanto más alta, cuanto más pluridireccionalmente ataque el problema de manera que todas en conjunto impulsen la llegada a los fines propuestos. El principal requisito para el crecimiento económico y el desarrollo social es el fortalecimiento y la expansión de los patrones democráticos de comportamiento social. La necesidad de tal expansión es afirmada, sin duda, por convicciones ideológicas muy arraigadas en Fernandes pero también por un supuesto básico de la reconstrucción de un orden social nuevo, cual es la desintegración del patrón tradicional. Ahora bien, lo más característico de este último tal como se da en América Latina es la dominación oligárquica y su desintegración sólo puede concebirse a través del fortalecimiento constante de la democracia.

Propone, en definitiva, la planificación a la manera de Mannheim. Para realizar sus proyectos de una nueva sociedad, el planeamiento es la forma más racional de intervención del hombre, posible gracias al avance de una multitud de técnicas parciales de control racional. Pero si bien la planificación no puede existir sin esas técnicas, debe recordarse que no se agota en ellas, es mucho más que su simple suma; es su integración para el advenimiento de un gran proyecto, en el que lo económico y lo social son indistinguibles. Ese gran proyecto tiene contornos generales determinados por el tipo social al que pertenecen de hecho las sociedades latinoamericanas pero, dentro de ellos, sólo puede concretarse gracias a la adopción de una ideología entre las muchas alternativas que la ampliación del horizonte cultural del hombre ofrece. La tarea que Fernandes propone al cientista social —la de examinar la coherencia, el sentido y la viabilidad de esas alternativas—, es en lo esencial la misma que los economistas se van a atribuir a sí mismos respecto al crecimiento económico, pero concebida en un contexto muchísimo más amplio. La planificación es, al mismo tiempo, la herramienta y la manifestación de un cambio social profundo, que envuelve todas las dimensiones de la vida social. Y por esa razón y de manera muy coherente, los supuestos ideológicos y utópicos que la subyacen son puestos de manifiesto muy claramente.

III. LA PLANIFICACIÓN ECONÓMICA Y LA CEPAL

1. *Concepción del desarrollo y supuesta neutralidad de la planeación*

Paralelamente a esta reflexión de los sociólogos sobre el significado de la planificación como instrumento de un gran proyecto de cambio social, los economistas desarrollaron un ideario que la concibe centrada en un campo mucho más reducido, al menos en la forma en que presentan sus ideas: el planeamiento como instrumento del crecimiento económico.

En América Latina, tal esfuerzo está vinculado a la práctica constante de la CEPAL, bajo la dirección de Raúl Prebisch, a la cual se deben la mayoría de los intentos que se han hecho para aplicar la planificación económica en la región. De ahí que sea ineludible considerar su pensamiento en la materia y la evolución que ha tenido. Al hacerlo, conviene reiterar que no se trata de introducirse en los aspectos técnicos mismos, sino en las justificaciones y los objetivos principales que se le han atribuido a la planificación.

Dos textos, entre muchos otros, son fundamentales para comprender el pensamiento de la CEPAL en su primera manera y, ambos se complementan mutuamente. Se trata, por una parte, de los apuntes de clase que Jorge Ahumada⁷ como Director de los cursos de CEPAL, impartió desde poco antes de mediados de la década del 50 hasta fines de la misma. El otro documento es el titulado *Introducción a la Técnica de la Programación*, de julio de 1955, que expone oficialmente el punto de vista de la institución.⁸

En primer lugar, la CEPAL se preocupa de distinguir cuidadosamente entre programación y regimentación de la economía, y no habla de planificación, sino de programación. Ambas cosas se deben a que, pese a la experiencia de países europeos no socialistas en la materia, en América Latina el término planificación tenía resonancias que lo ligaban a lo que ocurría en la Unión Soviética. De ahí que se comience diciendo: "Hay alguna confusión entre el concepto de programa de desarrollo y la regimentación rigurosa de la economía por el Estado. Es necesario disiparla. Un programa responde a una idea simple: acrecentar y ordenar juiciosamente las inversiones de capital con el fin de imprimir más fuerza y regularidad al crecimiento de un país. Es cierto que el Estado puede abarcar en esta forma una esfera de acción muy dilatada y suplantar en gran medida a la iniciativa privada. Pero esto no es en modo alguno inherente a un programa de desarrollo." E inmediatamente, para hacer resaltar que la iniciativa privada nada tiene que temer de las proposiciones que se hacen, agrega: "Por el contrario, un programa requiere la aplicación firme de una política de desarrollo, pero ello podría realizarse sin trabar la inicia-

⁷ Jorge Ahumada, *Teoría y programación del desarrollo económico* (Santiago, cuadernos del ILPES, serie I, núm. 1, 1967; hay impresiones posteriores).

⁸ CEPAL, *Análisis y proyecciones del desarrollo económico I. Introducción a la técnica de programación* (E/CN.12/363, julio de 1955). Fue editado en español, inglés y portugués. Reproducido parcialmente en *El pensamiento de la CEPAL* (Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1969), cap. III.

tiva privada, antes bien, ofreciéndole estímulos para que se oriente en determinado sentido y dándole acceso a los recursos indispensables.”⁹

En resumen, se trata de mostrar a la programación no sólo compatible, sino beneficiosa para el desarrollo de una economía capitalista basada en la economía privada. Es obvio, sin embargo, que tal argumento sólo intenta despejar los temores políticos que suscitaba en muchos sectores de América Latina.

Se requería, además, para ser convincente, una demostración sustantiva de su necesidad, lo que implicaba analizar a) la situación de subdesarrollo de la región; b) la necesidad del desarrollo y c) que solamente la planificación puede asegurar este último en países como los latinoamericanos.

No es necesario recordar aquí en detalle tales razonamientos, pero sí conviene hacerlo con la concepción del desarrollo que la institución sostiene, porque de ella deriva, directamente, su idea de la planificación.

Para Ahumada, “en la vida moderna los pueblos subdesarrollados están en cierto modo condenados a enfrentarse a un desequilibrio entre aspiraciones y realidades”.¹⁰ Ahora bien “los sociólogos están de acuerdo en que el funcionamiento satisfactorio de cualquier grupo social se apoya en la aceptación por parte de la mayoría de sus componentes de las normas que rigen sus relaciones, y en la conformidad con los frutos que se obtienen de la convivencia bajo esas normas. Pero la conformidad y, en consecuencia, la aceptación, resultan de cotejar las aspiraciones que cada uno sustenta con lo que cada cual consigue lograr efectivamente; de comparar esperanzas con realidades”.¹¹

En otras palabras, el subdesarrollo se caracteriza por el conflicto entre aspiraciones y realidades, que es contrario al mantenimiento de la estabilidad social. Además, a medida que los países subdesarrollados se incorporan a las formas democráticas de vida política, se busca llegar al poder político por la vía de ofrecer mejoras rápidas en los niveles de vida, con lo que se elevan continuamente las aspiraciones y “la falta de una conciencia clara de la relación que hay entre progreso y sacrificio contribuye a ahondar todavía más el abismo entre aspiraciones y realizaciones”.¹² Además, el crecimiento demográfico, la intervención y ampliación de las funciones del Estado y la aspiración a una convivencia democrática justifican la necesidad del desarrollo. En ese sentido, si bien se lo presenta como una condición de la estabilidad política y ésta puede darse teóricamente bajo cualquier régimen, el supuesto valorativo subyacente es, por último, la estabilidad política en un régimen democrático. El desarrollo aparece como una garantía de ambas cosas.

¿Pero de qué desarrollo se trata? Ahumada menciona rápidamente las dificultades conceptuales existentes para definirlo y concluye sosteniendo que “tendremos que conformarnos con la definición que identifica el desarrollo con

⁹ CEPAL, *op. cit.*, Introducción, p. 7 de la publicación original y p. 98 de *El Pensamiento de la CEPAL*, a cuya numeración se referirán las citas que siguen, por ser más fácilmente accesible que la primera.

¹⁰ Jorge Ahumada, *op. cit.*, p. 2.

¹¹ *Ibidem*, p. 2.

¹² *Ibidem*, p. 3.

el crecimiento del producto por habitante", "que hemos identificado como la esencia del desarrollo".¹³

En todos los escritos cepalinos de la época, ésta es la ecuación básica: desarrollo = crecimiento del producto por habitante. Los otros fines, vendrán por añadidura. Pero todavía no se ha demostrado la imposibilidad de que tal crecimiento pueda producirse por el libre juego de las fuerzas económicas enfrentadas en el mercado. A ello se dedican buena parte de los esfuerzos de CEPAL. Ahumada presenta la cuestión diciendo que, en la literatura económica, se ha discutido mucho la posibilidad de encontrar una solución que garantice: a] una distribución del ingreso tal que cada persona obtenga una parte del producto exactamente igual al valor de su contribución personal y de los activos productivos que posee; b] la óptima asignación de los recursos para satisfacer esa distribución de ingresos y c] el pleno empleo de todos los recursos disponibles. Luego trata de demostrar que el mecanismo del mercado no es solución para esos tres problemas, y concluye: "Si la libre operación de las fuerzas del mercado ... no conduce de un modo necesario e inevitable a la utilización óptima de los recursos productivos; si, además, se considera que esa forma de utilización constituye un requisito fundamental para el buen funcionamiento de la sociedad, entonces parece lógico buscar algún mecanismo que permita resolver los problemas que las fuerzas del mercado resuelven de un modo insuficiente o no resuelven del todo. Ese mecanismo es la programación."¹⁴

Así se vuelve a la idea del documento oficial ya mencionado: no se trata de eliminar el mercado, ni la iniciativa privada, sino sólo de complementarla con un instrumento nuevo, la planificación.

¿Cuáles son los problemas básicos que ésta debe encarar? El documento mencionado enumera los siguientes: el establecimiento de las metas de crecimiento y las inversiones necesarias para lograrlo; la necesidad de aumentar el coeficiente de ahorro propio; determinar las limitaciones impuestas al crecimiento por la capacidad para importar; construir proyecciones de demanda en función de la tasa de crecimiento; determinar la productividad y los desplazamientos de la mano de obra; y ocuparse de la productividad y su relación con las posibilidades de inversión. En la manera que encaran el problema tanto del documento oficial como Ahumada, se está pensando muy claramente en planificación a largo plazo. Más sintéticamente, otro informe de CEPAL, hablando de la programación, dice que "su principal objeto es establecer un orden de prelación para las inversiones y la producción".¹⁵

La programación es, pues, puramente económica y está centrada en el aumento del producto por habitante. Los argumentos que se exponen para defenderla se basan en la incapacidad del sistema económico para obtener ese resultado mientras no se recurra al instrumento de la programación. No sería

¹³ *Ibidem*, p. 6.

¹⁴ Jorge Ahumada, *ibidem*, p. 22. La edición que citamos dice "lógico buscar algún *mercado*", pero debe tratarse de un error de imprenta queriéndose decir *mecanismo*.

¹⁵ CEPAL, *Asistencia y asesoría a los gobiernos en la programación del desarrollo económico* (E/CN.12/518.27, de abril de 1959). p. 1.

justo creer que hombres de la calidad intelectual de Prebisch, Ahumada y el resto de los que trabajaron en CEPAL de aquella época no tuvieran otros argumentos. En Ahumada, que escribe con menos limitaciones institucionales, porque se trata de un curso y no de un documento oficial, aparece implícita la preocupación por el correcto funcionamiento de una sociedad democrática. Esa preocupación estaba, sin duda, en todos. Pero las resistencias a la idea de planificación eran muy fuertes; los grupos que en América Latina, dentro y fuera de las esferas gubernativas, sentían que tenía olor a "socialismo" eran numerosos, tanto lo cual obligaba a una gran prudencia. Un ejemplo notable se tiene en que no se aduce como argumento el de que siempre hay planificación, haga lo que haga el Estado que era importante y conocido en la época. Como lo resume bien Marrama: "La verdadera elección ... no es tanto entre plan y no plan, sino entre plan público y una serie de planes privados que pueden influir sobre los caminos generales. En estas circunstancias es muy posible llegar a la conclusión de que es preferible un plan público".¹⁶ Pero señalar que las grandes empresas formulan planes que pueden tener y tienen enorme influencia sobre la economía, hubiera parecido un ataque a la iniciativa privada que, como se ha visto, se buscaba desde el principio evitar.

Una convicción que parece en cambio muy sincera y no determinada meramente por razones políticas es la relativa al carácter neutral de la programación. Ahumada, en sus apuntes de clase, emplea varios párrafos en la discusión del tema y en *Introducción a la técnica de la programación* se dedica todo un apartado al tema de la neutralidad. En ésta, el razonamiento es el siguiente. El economista al confeccionar un programa, enfrenta soluciones alternativas que debe plantear con toda objetividad a las autoridades responsables, quienes deben elegir. Pero hay otras decisiones de carácter político y social, que tampoco atañen a los técnicos, cuya función se limita a "ofrecer claros elementos de juicio para que se tomen con pleno conocimiento de la magnitud de los elementos en juego y de las consecuencias que han de esperarse de dichas decisiones".¹⁷ A vía de ejemplo, el documento señala que "el primer acto de neutralidad de la técnica de programación es discutir las posibles tasas de crecimiento, y si para lograr esas tasas se ha de acudir o no al capital extranjero".

Es muy fácil observar, que tal neutralidad se da dentro del contexto de una ideología previa, la de la aceptación del desarrollo concebido como aumento de las tasas de crecimiento y que la dimensión ideológica se reitera en otros aspectos. Esto es muy claro si se piensa que podría partirse de que jamás se recurriría al capital extranjero, en cuyo caso esta afirmación pasaría a tener el carácter de principio valorativo básico al cual habría que adaptar las tasas de crecimiento y no al revés, como se propone en el ejemplo transcrito. A pesar de la indudable sinceridad con que se sostiene la idea del carácter neutral de la programación resulta evidente que está encuadrada en ciertos supuestos ideológicos que por naturaleza, no pueden ser neutrales. Algo de eso asoma, incluso, en el propio texto cuando se afirma que "esta neutralidad de la técnica de

¹⁶ Vittorio Marrama, *Problemi e tecniche di programmazione economica* (Cappeli Editore, Roma, 1962), p. 16.

¹⁷ CEPAL, *Introducción* ..., p. 115.

programación no sólo es recomendable para deslindar funciones, sino también porque fortalece la autoridad moral y el *sentido persuasivo* de quienes la elaboran".¹⁸ Si la técnica es neutral justamente porque no es más que una técnica, sus soluciones son científicamente demostrables y no persuasivas, y si hay que persuadir ello implica que se ingresa en dominios que van más allá de esa supuesta neutralidad.

La demostración que aparece en Ahumada es más elegante y precisa. La programación es una técnica, un procedimiento para actuar y como tal no es buena ni mala en sentido ético. "En virtud de su neutralidad la programación no lleva en su esencia ningún fin último implícito. Se puede programar para la libertad o para la esclavitud, para la riqueza o para la miseria, para la cultura o para la ignorancia, para la libertad de empresa o para la centralización de las decisiones económicas." ¹⁹

En otras palabras, la programación está al servicio de fines últimos y la elección entre ellos depende de juicios de valor que el programador mismo no puede fijar. No sirve para seleccionar estos fines últimos, pero puede ser extraordinariamente útil, según el autor, para verificar en qué medida son compatibles entre sí. Los fines, pues, los ponen otros, la sociedad o los gobiernos. La programación es neutral porque, en definitiva, es el reino de los medios, aunque puede ilustrar sobre los costos de las diversas alternativas y sobre los sacrificios que impone la adopción de ciertos fines como fundamentales.

Hasta este momento, la demostración parece inatacable. Debe recordarse sin embargo, que hay un fin, el crecimiento económico que se da por aceptado. Además, muy pocas líneas después de las consideraciones anteriores, el autor agrega: "La técnica de programación que se expondrá, parte de la base que el criterio básico de asignación de los recursos lo proveen los consumidores al expresar libremente sus preferencias en el mercado" y agrega que "por cierto es posible concebir una técnica de programación que no respete la soberanía del consumidor. Si se pretende seguir este camino, se hace indispensable encontrar algún otro criterio que permita asignar los recursos. Las consecuencias políticas de una determinación como esa son enormes." ²⁰ Es notable la contradicción y sorprendente que el autor no la perciba. Si es posible concebir una técnica de programación distinta y si las consecuencias políticas de adoptarla son enormes, resulta evidente que la decisión de prohiar la que el autor acepta, no tiene nada de neutral, sino que se basa en una ideología que prefiere consecuencias políticas para él más tolerables. Obviamente se podría partir de la necesidad de cambiar la estructura del consumo, no como vía —que Ahumada menciona— de restringir la libertad del consumidor, sino como principio básico de la planificación misma. Tan evidente es ese punto de partida ideológico que su supuesta neutralidad no le impide afirmar que "mientras más grande sea el salto que se pretende dar desde aquel ritmo de crecimiento al que la economía está habituada a otro más alto, mayores serán las resistencias que opondrá la gente ... Por esta razón se podría considerar que el obje-

¹⁸ *Ibidem*, p. 115, subrayado agregado.

¹⁹ Ahumada, *op. cit.*, p. 22.

²⁰ *Ibidem*, p. 23.

*tivo de la programación es alcanzar el máximo ritmo de crecimiento del producto por habitante que es compatible con la estabilidad".*²¹

Esta frase, y otras que pueden encontrarse en el texto de Ahumada, tienen una importancia que no siempre ha sido debidamente apreciada. Es cierto, como se dice generalmente y se ha repetido aquí, que el objetivo principal de la programación es el máximo crecimiento posible del producto por habitante. Lo que no es cierto es que ese máximo posible, esté determinado solamente por consideraciones económicas; por el contrario es el máximo posible compatible con la estabilidad política. Muchas veces se ha acusado a la CEPAL de "economicismo", pero si se miran las cosas con mayor profundidad tal reproche es injusto; la meta del economista de lograr las más altas tasas de crecimiento se subordina por último a la meta del ideólogo, mantener la estabilidad. Si una tasa de crecimiento del 10 por ciento genera inestabilidad política, mientras que otra de sólo 7 no lo hace, es preferible la última. En otras palabras, el valor "tasa de crecimiento", se subordina al valor "estabilidad política". Esa subordinación, que puede ser o no legítima, versa típicamente sobre fines últimos, vale decir, aquéllos que, según se había afirmado por definición le estaban vedados al programador.

En suma, programación a largo plazo, programación del crecimiento entendido como aumento de las tasas, programación estrictamente económica, pero subordinada por último a la estabilidad política es lo que la CEPAL ofrece como línea central de pensamiento. En ella, lo social no aparece, ni como planeación de la sociedad en el sentido de Mannheim, ni como planeación de ciertos aspectos de lo social. En Ahumada, por su parte, lo social sólo se considera un escollo para el desarrollo económico.

2. *Alteraciones en el pensamiento de CEPAL*

Sin embargo, el pensamiento de la CEPAL sobre este punto, va a sufrir una considerable evolución en la segunda mitad de la década del 50. Así, un documento publicado en 1961,²² enumerando los problemas a enfrentar por la programación ofrece variaciones muy significativas respecto al examinado con anterioridad. Coloca en primer lugar el problema de la distribución de los recursos disponibles entre el consumo y la inversión, con el objetivo de aumentar ésta; es decir, que propone comprimir el consumo de una manera más enfática que en el pasado. Menciona el equilibrio entre inversiones que economizan mano de obra e inversiones que economizan capital, que antes no aparecía en lugar tan destacado; la distribución del gasto del Estado y la contribución de los recursos internacionales, etc. Pero la gran novedad es que coloca en segundo lugar entre los cinco problemas principales que se enumeran, la relación entre inversión productiva e inversión social, con lo que ésta alcanza una dignidad que jamás había tenido en el pasado. Ahora aparece como uno de los problemas

²¹ *Ibidem*, p. 24.

²² CEPAL, *Economic development, planning and international cooperation* (E/CN.12/582. Rev.1, 1961).

centrales que la planificación (se abandonó el término programación) tiene que resolver. Sin embargo, la transformación no llega hasta el cambio de prioridades. Lo social, aunque es una inversión, dada su naturaleza, está próximo al gasto de consumo y por lo tanto no debería exceder un cierto nivel para no frenar el proceso de desarrollo (léase de crecimiento del producto por habitante). Es decir, el objetivo social es importante, pero está subordinado al objetivo del crecimiento por habitante. No se plantea la cuestión de qué ocurriría si esa subordinación resultara contraria al mantenimiento de la estabilidad política, que era el objetivo principal afirmado antes, quizás porque se parte de que cuanto más alto sea el nivel del producto por habitante, mayores serán las probabilidades de conformidad social y menores, por lo tanto, las de inestabilidad política.

De cualquier manera, esta preocupación por lo social es el indicador de cambios sustanciales en el pensamiento de la CEPAL. En los últimos años de la década del 50 se enfatizó cada vez más la idea de que el desarrollo de América Latina sólo es posible en el contexto de grandes reformas estructurales, lo que unido al desarrollo del pensamiento sociológico en la CEPAL, hizo imposible continuar ignorando lo social en la programación, aunque sea como objetivo subordinado. Se llega así a 1961, y en la Conferencia de Punta del Este parecen triunfar las ideas de la CEPAL sobre desarrollo y programación, al crearse la Alianza para el Progreso, con el compromiso de Estados Unidos de financiar una buena parte del desarrollo siempre que los países formulen planes y realicen reformas estructurales que eran, tanto unos como otras, los que CEPAL venía proponiendo. La idea de la planificación se generaliza en casi todos los países. No es de extrañar que los documentos de la época registren con satisfacción ese triunfo.²³ En honor de la CEPAL debe subrayarse que en el momento en que se recogen los mejores frutos de tantos años de prédica desarrollista y planificadora, la institución continúa revisando críticamente sus ideas, analizando los obstáculos que la planificación encuentra, buscando maneras de superarlos y, preocupándose por haber descuidado la planificación del corto plazo a la que se empieza a asignar gran importancia, lo que "se explica no sólo por consideraciones de urgencia, sino también porque ve en ellos (los planes de corto plazo) el inicio de esfuerzos de planificación de largo plazo".²⁴

Dos corrientes paralelas que adquirirán una gran importancia comienzan a expresarse en estos nuevos desarrollos de la CEPAL. Por una parte, los objetivos de la planificación se han ampliado; ya no se limita a ser un instrumento de crecimiento del producto por habitante, sino de la finalidad mucho más amplia, de realizar reformas estructurales profundas. Por otro lado, mientras antes sólo se pensaba en la planificación de largo plazo, ahora se da importancia al corto plazo que es la manifestación de una preocupación cada vez más fuerte: la de ser eficaz.

²³ Véase, en ese sentido, el "Informe del seminario latinoamericano de planificación", Santiago 19 al 24 de febrero de 1962 en *Boletín Económico para América Latina*, vol. II, núm. 2 (octubre de 1962) y "Progresos en materia de planificación en América Latina" en *Boletín*, vol. VIII, núm. 2, pp. 131 ss.

²⁴ Informe del seminario citado en la nota anterior, p. 192.

La posibilidad de aplicar las ideas elaboradas durante tantos años, enfrenta a la institución con nuevos problemas y dificultades de los que toma conciencia y va incorporando en sus análisis. Por otra parte, si las antiguas críticas a CEPAL parecían superadas por la adopción de la Alianza para el Progreso, cabe recordar que ellas subsistían en muchos círculos de América Latina, e incluso se agregaban otras nuevas generadas en tiendas ideológicas muy diferentes. Pero esto ya pertenece a la revisión crítica externa e interna de la que tratan las secciones que siguen.

IV. LA CRÍTICA EXTERNA A LAS IDEAS DE CEPAL

1. *La versión oligárquica*

Aún antes de la Alianza para el Progreso, las ideas de la CEPAL sobre la programación estuvieron sometidas a críticas y resistencias muy duras provenientes de diferentes concepciones ideológicas. Como es natural, tendieron a hacerse más fuertes y a sistematizarse, una vez que la planificación pareció triunfar e institucionalizarse como método de gobierno. Esas críticas se dirigían a la planificación en sí misma, o a los supuestos políticos de la Alianza pero, en general, la crítica a estos últimos fue más importante que las reservas a la primera aunque la apariencia, a veces, fuera la contraria.

Una primera crítica es la que se origina en un punto de vista alimentado por un liberalismo vinculado a y defensor del *establishment*. Graciarena ha analizado muy bien la conducta ambigua de los grupos dominantes respecto a la Alianza para el Progreso. Por una parte, ésta aparecía prohibida por Estados Unidos y la queja de los grupos oligárquicos contra ella tenía su fundamento, "ya que su solidaridad con la política norteamericana, dentro y fuera del hemisferio, ha sido y sigue siendo muy alta, probablemente más alta que la de cualquier otro grupo interno".²⁵ Sin embargo, esa misma solidaridad, les hacía difícil oponerse abiertamente.

Por otra parte, uno de los factores que gravitó decisivamente en el gran interés por el desarrollo de los gobiernos de América Latina, durante la segunda mitad de los cincuenta y, particularmente, a comienzos del 60, fue "la posible inminencia de una revolución popular",²⁶ que algunos contemplaban con temor desde mucho tiempo atrás, pero que se reactualizó con el ejemplo de la Revolución cubana, a la que la Alianza para el Progreso buscaba dar respuesta. En ese sentido, lo señalado por Graciarena debería completarse con la idea de que el triunfo de las ideas de la CEPAL que se da en ese momento, no es el mero producto de una larga labor de convencimiento intelectual, por más que esa labor haya jugado algún papel, sino sobre todo de una configuración histórico-

²⁵ Graciarena, *poder y clases sociales*, p. 25

²⁶ *Ibidem*, p. 18.

estructural nueva, en que los dirigentes llegan a pensar que sólo el desarrollo puede detener la rebelión popular. En otras palabras, algunos empiezan a considerar que *el desarrollo es garantía de estabilidad política*, posición que, como ya se ha visto, siempre había sostenido la CEPAL. Los propulsores de la Alianza, además, aceptan otras ideas cepalinas, como la de que el desarrollo con estabilidad política sólo era posible en el contexto de profundas reformas estructurales e incompatibles con la situación existente en materia de propiedad de la tierra, distribución del ingreso, bajo nivel de imposición, etc., todas modificaciones que los grupos oligárquicos no podían ver sino como una amenaza. En estos aspectos la Alianza para el Progreso se presenta (y para muchos lo era) como el instrumento que iba a realizar el sueño dorado de la "revolución de la clase media", lo que también respondía a viejas ideas de CEPAL sobre el papel de éstas en el desarrollo. Realmente, la Alianza para el Progreso, es un ejemplo notable de aplicación política de una serie de ideas, falsas o verdaderas no importa en este momento, que se habían acumulado en la ciencia social latinoamericana. Y aunque parezca paradójal era mucho más la aplicación de conocimientos o pseudoconocimientos de la sociología y de la ciencia política que de la economía misma. Los grupos oligárquicos no podían dejar de temer la inminencia de la revolución popular, pero, por último, ésta aparecería más lejana que la inminencia de cambios drásticos cuando éstos eran apoyados y aconsejados por los Estados Unidos nada menos. Además, como ha señalado Graciarena, la política norteamericana es multifacética y no puede reducirse a la que oficialmente sostiene el Departamento de Estado. "Estas discrepancias en la política norteamericana permiten a los grupos oligárquicos locales un margen de maniobra política suficientemente grande como para contrarrestar las presiones que vienen de un lado, con el apoyo que reciben de otro" (el autor se refiere a presiones que emanan de distintos sectores de Estados Unidos).²⁷

No forma parte del objeto de este capítulo analizar el comportamiento de los grupos oligárquicos frente a la Alianza para el Progreso, pero vale la pena mencionar sus críticas contra la planificación. Como decía *La Nación* de Buenos Aires, "la planificación excesiva es otra característica negativa de la Alianza".²⁸ Casi toda la literatura liberaloligárquica repite este tema. La "planificación excesiva" es una víctima propiciatoria no tanto por sí misma, sino porque es el instrumento y, simultáneamente el indicador, de que las reformas propuestas conllevan un notable aumento de la injerencia e intervención del Estado que, según esta crítica, amenaza con paralizar la economía, distrayendo en reformas que a nada conducen y olvidando que lo más importante es atraer capitales e inversiones extranjeras. Efectivamente, de toda la parafernalia de la Alianza para el Progreso, lo único bien recibido por los grupos oligárquicos era la inversión extranjera. Lo esencial de su política frente a ella consistió en tratar de aislar la componente buena —el aflujo de los capitales extranjeros— de la componente mala —las reformas estructurales y la planificación—, y así lograr la primera, evitando la segunda. Esa línea política básica chocaba con un es-

²⁷ *Ibidem*, p. 28.

²⁸ *La Nación*. Edición aérea internacional, 18 de marzo de 1963, citado por Graciarena, p. 23.

collo aparentemente insalvable, el de que la ayuda se condiciona a la formulación de planes, aparte de estarlo a las reformas estructurales. Pero debía reconocerse que el planeamiento de reformas estructurales lleva un tiempo considerable de preparación y que la suspensión de la ayuda hasta que pasara ese período podía ser fatal para la tan deseada estabilidad política, el verdadero escollo inmediato era la planificación. Sin embargo, en esas condiciones, el obstáculo era fácilmente superable. Puesto que planificar era el instrumento *sine qua non* para obtener ayuda era necesario formular planes y así se hizo. Entre tantos ejemplos latinoamericanos que podrían citarse, uno de los más típicos es el del gobierno de Alessandri en Chile, que ni simpatizaba con la planificación, ni menos con las profundas reformas estructurales, pero que elaboró a toda velocidad un plan decenal —nada menos— que jamás sería cumplido ni provocaría esfuerzo alguno por ejecutarlo, pero que llenaría exitosamente su finalidad verdadera: la obtención de la ayuda externa.

Mirada desde este punto de vista, la vieja crítica liberal no logra triunfar, puesto que la planificación se impone. Pero para los antiguos propulsores de la planificación el triunfo no puede ser más melancólico y parecerse más a una derrota. Se acepta su vieja y repetida idea de que la planificación era un instrumento, pero a costa de una reducción tal de significado que le hace perder casi todo su sentido. Es cierto que en el planteo cepalino la planeación no perseguía ya, como para Mannheim y sus seguidores, el objetivo de transformar la sociedad entera, sino que había sido planteado como el único modo de alcanzar el crecimiento económico, pero recuérdese que luego se había agregado la necesidad de que permitiera abordar reformas estructurales profundas que, por último, habrían cambiado la sociedad. Pero al aceptarse y ponerse en práctica, por fin, sólo servía para obtener ayuda externa.

2. La oposición de izquierda

Otras críticas provienen de diversas ideologías de izquierda, en especial de origen marxista. El proyecto que la Alianza para el Progreso propone, no es muy diferente al fin de cuentas del sostenido por los partidos comunistas latinoamericanos unos cuantos años antes: alianza entre las clases medias y las obreras, bajo el liderazgo de las primeras; la revolución de la clase media, en fin, que América Latina debería hacer para romper, definitivamente, los lazos que la ataban al feudalismo. Pero los partidos comunistas, en el contexto de la guerra fría, si es que pueden todavía reconocer a su hijo, no pueden aceptarlo como legítimo, desde que aparece en brazos de Estados Unidos. Por razones más profundas todas las corrientes marxistas están, además, en la necesidad de oponerse. El triunfo del socialismo en Cuba, parecía prometer un movimiento irresistible que arrastraría a América Latina hacia la revolución popular tan deseada. Si se mira bien, las convicciones respecto a los hechos son similares a las que sustentan quienes apoyan la Alianza para el Progreso —otro éxito de la ciencia social—, pero mientras la Alianza se propone evitar las consecuencias, la izquierda, en cambio, desea ardientemente que se produzcan.

La crítica a la planificación tiene poco relieve, en medio de la que arrecia contra un apoyo que la mayoría de la izquierda ve como imperialista y oligárquico, pese a que algunos grupos oligárquicos lo vean como peligrosamente antioligárquico; aunque dentro de ellas también se multiplican las reservas respecto a la CEPAL, sospechosa de estar infiltrada por la influencia de Estados Unidos como para los otros, estaba infiltrada por los comunistas. El hecho de que no aparezcan, prácticamente, críticas a la planificación en sí misma, parece derivar de dos fuentes fundamentales. En primer lugar, que el planeamiento, como idea, no puede ser criticado por esta corriente ideológica, puesto que todo el mundo sabe que es un instrumento indispensable para la construcción de una sociedad socialista. En segundo lugar, lo que importa para ella, es la crítica acerca de la significación del Estado, de las alianzas que lo sustentan como instrumento del *statu quo*, etc., que ya han sido examinadas a lo largo de esta obra. Si el Estado y el sistema de dominación son lo que esas interpretaciones describen, la planificación es meramente un instrumento más al servicio del *statu quo*. Una crítica específica no parece tener sentido. En otras palabras, la idea de que la planificación es en definitiva un instrumento, también triunfa aquí, bajo la forma de considerarla un epifenómeno de las tendencias profundas de la sociedad, que sólo adquirirá importancia después de producida la revolución.

Es tan escasa la importancia que estas corrientes dan al análisis de la planificación, que ni siquiera apoyan sus argumentos estudiando el significado de lo que hacen las grandes firmas y consorcios multinacionales. Si la dependencia aumenta, si la internacionalización del mercado interno es cada vez más fuerte, podría haberse mostrado, por ejemplo, la inanidad de la planificación pública estatal frente a las planificaciones privadas de los poderosos.

3. Otras críticas

Como cabía esperar, han existido una serie de críticas a la concepción de la CEPAL que no pueden subsumirse en ninguna de las dos categorías anteriores. No existiría la posibilidad ni tendría interés considerarlas todas, pero puede tomarse como representativa la de Albert Hirschman que es quizá la más lúcida y elegante. Este autor rinde homenaje al esfuerzo de CEPAL y señala que "posee atributos no encontrados frecuentemente en organizaciones internacionales: una personalidad coherente que suscita lealtad de parte del personal, y un conjunto de creencias, principios y actitudes distintas, en breve, una ideología, que es altamente influyente entre los intelectuales y políticos latinoamericanos".²⁹ Luego de analizar diferentes teorías de la institución sobre problemas de desarrollo económico, considera sus propuestas en materia de planificación. Menciona los programas trazados durante la segunda mitad de la década del 50 para diversos países, las dificultades encontradas y el hecho, tantas veces re-

²⁹ Albert Hirschman (comp.), *Latin American issues. Essays and comments* (The Twentieth Century Fund, Nueva York 1961), p. 13. La referencia personal es, desde luego, al Dr. Raúl Prebisch.

cordado después en las discusiones sobre planificación, de que tales planes no han tenido aplicación práctica.

Respecto a las propuestas mismas en materia de programación formula varias críticas. En primer lugar, sostiene que proponer como principal tarea de los gobiernos la formulación de planes a largo plazo "tiene un sonido utópico para sociedades en las cuales los simples cambios ministeriales significan frecuentemente inversiones totales de las políticas y donde los *policy-makers* mismos se enorgullecen de ser impredecibles".³⁰

Quizás, sin embargo, esto no es ignorado y el intento de CEPAL tiene por objeto, precisamente, reformar ciertos rasgos inveterados, introduciendo más seriedad, más racionalidad y menos improvisación en el manejo de los asuntos públicos. Pero a pesar de eso, Hirschman cree, y ésta es la segunda objeción, que "las detalladas proyecciones de CEPAL en que todos los sectores económicos se hacen unir armoniosamente son, en un sentido, el equivalente en el siglo XX de las constituciones latinoamericanas del siglo XIX y están igualmente lejos del mundo real".³¹

En otras palabras, la utopía existe tanto en el llamado que se hace, como en el contenido técnico del mismo. Por eso el autor propone la hipótesis de que, quizás, hay una vuelta, a la vieja idea de que el subdesarrollo latinoamericano sólo puede superarse cambiando los caracteres y los comportamientos de los que dirigen los países.

En una obra posterior,³² sin referirse directamente a CEPAL, Hirschman vuelve sobre sus consideraciones respecto a la planificación global y sus aspectos ideológicos y utópicos, colocando la cuestión en el contexto más complejo de un análisis de la solución de problemas y la construcción de políticas en América Latina. Hace notar que los problemas se imponen a la atención de los que deben formular políticas por caminos variados. Analiza el papel de la violencia como medio de hacerlo, el hecho de que una suba en el pasaje de los ómnibus puede provocar protestas en masa en tanto que es muy poco probable que una alta tasa de mortalidad infantil tenga el mismo efecto, que la constitución de grupos de presión y de interés juega un papel muy considerable, etc. Si se la considera desde este punto de vista, aparece una función latente de la ideología, la cual "*a veces remedia la falta de acceso directo a ciertos problemas descuidados y los provee de acceso indirecto a través de la construcción de teorías que crean vínculos entre privilegiados y descuidados*".³³ Y agrega inmediatamente que el mismo tipo de mecanismos resulta del énfasis en la necesidad de una planificación general global. Si todo el mundo percibe P como un problema importante y no se ocupa de N porque nadie lo percibe como tal, se puede llamar la atención sobre N construyendo una teoría que demuestre que la persistencia de P se debe, justamente a la existencia de N. Pero una manera menos peligrosa, que sirve para muchos propósitos y que es frecuentemente un cami-

³⁰ *Ibidem*, p. 22.

³¹ *Ibidem*, p. 22.

³² Albert O. Hirschman, *Journey toward progress. Studies of economic policy-making in Latin America* (The Twentieth Century Fund, Nueva York, 1963).

³³ *Ibidem*, p. 231. Subrayado del autor.

no más convincente para lograr el mismo resultado, es sostener que P no puede ser resuelto sino por un plan global y luego, insertar en éste medidas para atacar a N. Según el autor "ese es esencialmente el camino seguido por Celso Furtado cuando trajo el hasta entonces problema tabú de la monocultura de caña en la *zona de mata* dentro de los propósitos del plan del SUDENE para el Noreste".³⁴

Esta lúcida anotación acerca de los papeles latentes de la ideología y de la planificación global de algún modo modifican, aunque Hirschman no lo señala, las críticas referidas más arriba respecto a los puntos de vista de la CEPAL en la materia. Efectivamente, si los planes sirven para que los gobiernos consideren problemas importantes, a veces cruciales, olvidados ya porque nadie los ha identificado, ya porque hay interés en que pasen desapercibidos, hay que admitir que ejercen una función realista y no meramente utópica como la que Hirschman les había atribuido antes. Más aún, pueden considerarse una forma muy sutil de realismo.

El autor tiene razón cuando llama la atención sobre el elemento ideológico y utópico que hay en las propuestas de la CEPAL. Pero parece seguro que tales características son propias de cualquier planificación global; ella es imposible sin una ideología que permita elegir entre diversos fines posibles y sin una utopía que ligue al proceso, un futuro venturoso. En ese sentido la crítica no es específica a CEPAL, sino en cuanto el autor está convencido de que no existen en América Latina las condiciones básicas para practicar la planificación y que otras maneras de acercarse al problema de la construcción de políticas económicas resultan más fructíferas. No es sin razón que una obra anterior suya lleva en su título la palabra "estrategia",³⁵ noción que fue profundizando a través de una larga reflexión sobre los problemas de la política económica en América Latina. Como es sabido su proposición básica, la que llama *reformongering*, se funda en que "la reforma, concebida como una alternativa a la revolución, no es cualquier ataque a un problema sino uno que tiene al fin algún contenido antagónico: el poder de los grupos privilegiados hasta entonces es refrenado y la posición económica y el status social de los grupos subprivilegiados es mejorado correspondientemente".³⁶ Pero el *reformongering* es un acercamiento pragmático y muy atento a las exigencias inmediatas de la política que se basa, justamente, en una gran desconfianza en el irrealismo de los planes globales y en las pocas posibilidades que tienen de ser aplicados.

³⁴ *Ibidem*, p. 232.

³⁵ Albert O. Hirschman. *The strategy of economic development* (New Haven, Yale University Press, 1958).

³⁶ *Journeys ...*, p. 267. Literalmente, *reformongering* significa "tráfico de reformas".

V. LA REVISIÓN INTERNA

1. *Orientaciones básicas*

La revisión crítica, que se ha llamado interna, es la que surge de los economistas sostenedores de la planificación y de los propios planificadores. En parte, se desarrolla como respuesta a las observaciones externas, pero sería injusto suponer que se limitan a ello. De hecho, implican la aparición de nuevas ideas sugeridas en muchos casos, por los problemas que ha enfrentado la actividad planificadora en América Latina. Como en los casos anteriores se excluye aquí, salvo excepción, lo que tiene que ver con los aspectos puramente técnicos y organizacionales de la tarea, para atenerse a las consideraciones que pueden llamarse sustantivas.

Es bastante difícil, casi imposible, determinar las líneas centrales comunes a esta revisión. La dificultad deriva no solamente de la enorme literatura acumulada sobre el punto, sino de que a menudo se mezclan consideraciones que pertenecen a líneas centrales de pensamiento distintas. El elemento común, como podría esperarse, es la defensa de la planificación. Las revisiones que se proponen tienen por objetivo, justamente, ponerla al abrigo de ataques a sus mismos fundamentos. La crítica puede ser muy fuerte, pero nunca pone en duda la legitimidad y la necesidad de la planificación. Siempre hay maneras de superar las dificultades observadas, de explicar los fracasos ocurridos, de demostrar, en fin, que una concepción mejor del planeamiento permitiría proporcionar, acabadamente, el servicio que los países latinoamericanos necesitan. En esas condiciones el análisis crítico tiende a tomar, muy a menudo, el carácter de un discurso ideológico. Este tiene como uno de los elementos más conocidos, el que los hechos rara vez conmueven la convicción ideológica, porque se los interpreta de manera tal que pueden ser integrados como si finalmente, la justificaran. Una segunda línea de análisis, que no excluye por cierto a la anterior, está centrada en la influencia negativa de los factores externos, institucionales, sociales, políticos, coyunturales, etc. sobre la planificación. Por fin, una tercera línea la constituye el análisis en términos de actores, que enfrenta a planificadores con políticos y burócratas para dar cuenta de los problemas que enfrentan los primeros. Es bueno reiterar que estas tres líneas se superponen y entrelazan de manera muy complicada y que su distinción sólo obedece al deseo de mostrar la existencia de tres orientaciones básicas que conservan una cierta identidad dentro de un propósito común. Existe una cuarta línea crítica interna, que se opone a la limitación al campo económico y propone la necesidad de la planificación social, a la que se dedicará una sección especial.

2. *La crítica-defensa ideológica*

El informe del seminario realizado en Santiago de Chile del 6 al 14 de julio

de 1965, tiene una gran importancia.³⁷ El gran número de ediciones que ha tenido el libro que presenta sus conclusiones demuestra que en América Latina se considera que plantea los grandes problemas que enfrentan los planificadores. Además, proporciona una adecuada idea del camino recorrido desde las primeras formulaciones de CEPAL. Por fin y no menos importante constituye un ejemplo de lo que más arriba se ha llamado "discurso ideológico".³⁸

El libro comienza por tres verificaciones: que la planificación está en boga, que su significación por un lado se ha restringido y que, por otro, se ha ampliado.

Considera positivo el hecho de su difusión "respecto a la situación prevaliente hace unos diez años, en que el término mismo era objetado por su excesiva carga de valoración política", con lo que parecen recordarse los esfuerzos de la CEPAL para demostrar lo contrario. Más aún, se ha ido al extremo opuesto "en que se comienza a considerar la planificación como un instrumento que opera al nivel estrictamente técnico". Otra vez es interesante comprobar que tal extremo opuesto es, justamente, el que proponía la CEPAL diez años antes, lo que demuestra el largo camino recorrido por la revisión crítica. Por último "su aplicación se ha difundido también en forma desmedida. Ha pasado del área de lo económico a todo el vasto campo de lo social y a veces se pretende aplicarlo a casi cualquier actividad humana que pueda imaginarse".³⁹ Aunque es difícil entender a qué es la referencia de la última parte de esta frase, es interesante el rechazo explícito que aparece en la palabra "desmedida" que una ampliación del campo que, en todo caso, lo único que hace es acercar la planificación a su sentido original. Sin embargo, esto tiene que ver, como se verá, con una gran preocupación de la revisión crítica interna: la de la eficacia.

Esa boga generalizada requiere una explicación que el libro da bajo el título de "génesis de la planificación", enumerando las siguientes causas: a] la conciencia creciente de que el ritmo de expansión económica es insuficiente para atender las necesidades de una población en crecimiento acelerado; b] los indicios cada vez más claros de que los esfuerzos parciales para acelerar el desarrollo no han logrado remediar y "ni siquiera atenuar de manera significativa, las deficiencias lamentables que persisten en las condiciones de vida de los grupos mayoritarios de la población latinoamericana".⁴⁰ c] el reconocimiento de que un desarrollo acelerado que se traduzca simultáneamente en beneficios para el grueso de la población es un imperativo ineludible en América Latina; d] el convencimiento de que para cumplir, simultáneamente, el doble propósito de acelerar el desarrollo y distribuir mejor sus frutos es imprescindible llevar a cabo cambios profundos en la estructura económica y social de las naciones la-

³⁷ *Discusiones sobre planificación* (Textos del ILPES, Siglo XXI, México, 1966; la cuarta edición es de 1973).

³⁸ El término no tiene aquí ninguna connotación peyorativa, como no lo tiene el de ideología. La planificación, sean cuales sean sus aspectos científicos es además una ideología y es lógico que genere este tipo de discurso.

³⁹ *Ibidem*, p. 5.

⁴⁰ *Ibidem*, p. 10. Las frases que siguen también reproducen en forma casi textual el contenido de esta página y la siguiente.

tinoamericanas; e] el reconocimiento de que la planificación puede ser un instrumento eficaz para orientar el proceso de reformas estructurales e institucionales, en el sentido de promover y hacer viable un proceso de desarrollo que cumpla simultáneamente con los objetivos económicos, políticos y sociales que ha llegado a plantearse la sociedad latinoamericana; f] la creciente complejidad de las funciones y responsabilidades entregadas al sector público y la necesidad de coordinar y dar sentido y propósito común a la acción del Estado en sus múltiples manifestaciones ha sido también importante para impulsar la idea y la acción planificadoras; g] el avance de la integración ha exigido en alguna medida de los países el análisis de las perspectivas y el estudio de orientaciones futuras de la política económica, así como, en determinados casos, la preparación conjunta de proyectos de inversión.

Lo primero que cabe señalar es que de las siete causas que se alegan para explicar la boga de la planificación, las cuatro primeras, en sentido estricto, no tienen nada que ver con esa explicación; la quinta, o sea la e], tiene relación específica con el problema pero es tautológica y las dos últimas, la tienen indirecta, ya muy deslavada en la final. Efectivamente, es posible creer que el ritmo de expansión es insuficiente, que los esfuerzos parciales no remedian la situación de las grandes masas, que hay que acelerar el desarrollo y simultáneamente, distribuir mejor sus frutos y pensar, al mismo tiempo, que el mejor medio para lograrlo *no* es la planificación. Por una parte todos los que consideran que la condición previa para obtener todas esas cosas, en cuya necesidad creen, es la revolución, piensan que ésta es el instrumento básico y no la planificación. Los que como Hirschman proponen el *reformongering* también aceptan todas esas creencias, pero no piensan que el mejor instrumento para realizarlas sea la planificación global. Más aún, es perfectamente sabido que hay una larga tradición en América Latina que argumenta que realizar todos esos postulados es deseable, pero que la única manera de lograrlo es, justamente, a través del funcionamiento sin trabas de una economía librada a las fuerzas del mercado. Por último, puede hacerse notar que es perfectamente posible proponerse, al menos en el corto y mediano plazo, mantener y acrecentar la concentración del ingreso y pensar, simultáneamente, que la mejor manera de hacerlo es planificar la economía. No hay pues relación lógica ni de hecho, entre las cuatro primeras causas alegadas y la planificación.

Lo que esta enumeración dice es que hay personas que creen en todos esos fines y que reconocen que la planificación puede ser un instrumento eficaz para alcanzarlos. Pero ésta no es una causa, sino una comprobación de que los asistentes al seminario, entre otros, aceptan las cuatro primeras postulaciones y, además, creen en lo último. En ese sentido, como justificación, el inciso e] es una tautología y si no lo es, se vuelve una mera verificación. Las dos últimas tienen una relación muy indirecta: coordinar la actividad del Estado, es un objetivo que puede proponerse la planificación pero que puede obtenerse también sin ella; el Mercado Común exige ciertos proyectos comunes, pero tal cosa no puede confundirse con la planificación, etc.

Esta pretendida explicación acerca de las causas que generan la difusión de la planificación es, en suma, típica del discurso ideológico. Se enumeran una

serie de principios y postulados sumamente valiosos y en los cuales cree una gran parte de los latinoamericanos; en medio de la enumeración se introduce la idea del planeamiento dando la impresión de que quienes creen en una cosa comparten la otra y viceversa. Lo notable es que los asistentes al seminario son personas de alto nivel intelectual que casi seguramente no fueron conscientes de este mecanismo subrepticio. Sucede empero que justamente él es, típico del discurso ideológico.

La segunda idea básica, como se ha visto, es que la planificación ha sufrido un proceso de crecientes restricciones. Las primeras experiencias recogidas (a partir de 1961), salvo en algunos casos "registran más que un esfuerzo para utilizar los planes con fines deliberados de cambio, una marcada tendencia a constituirlos en medios de racionalización y coordinación formal de la política de desarrollo".⁴¹ Esto es considerado una desviación de los propósitos originales y los participantes lo ligan al problema de la eficacia, a la falta de ejecución, a la escasa influencia sobre las políticas concretas, particularmente de corto plazo, etc.

En cambio, la tercera idea básica, la expansión desmedida, no se retoma, sino muy indirectamente en el resto del análisis.

Las diferencias de la planificación en los países latinoamericanos respecto a los desarrollados parece haberse constituido en una preocupación importante. Se afirma que la planificación en América Latina supone cambios estructurales muy profundos, lo que no ocurre en los países desarrollados, por lo cual "tiene en nuestro caso una problemática diferente y también un *significado político* bien definido y no podría concebirse como un problema exclusivamente técnico, administrativo y de organización".⁴² Una vez más se marca aquí la gran distancia que separa estas elucubraciones de las presentaciones de CEPAL en 1955. Se insiste sobre el significado político de la planificación, aunque resulta muy extraña la idea implícita de que en los países desarrollados no tiene un significado político definido. Pero dejando de lado esta observación, para los autores es una fuente de preocupaciones que "el avance de la planificación en América Latina no ha coincidido con la aplicación de definiciones político-doctrinarias claras y precisas en el campo del cambio estructural, base necesaria para fijar los objetivos del desarrollo y determinar los medios y las políticas instrumentales".⁴³ Otra vez, el lazo entre estas distintas afirmaciones es emocional y no lógico o fáctico, lo que es típico del discurso ideológico. La planificación tiene un significado político especial en América Latina, pero no ha habido definiciones político-doctrinarias precisas. No se entiende cómo puede tener aquel significado y, sin embargo, se afirma que ha habido avances en la planificación, lo que se comprende menos. La mezcla entre juicios de realidad y juicios de valor, entre hechos y deseos, que pueden ser muy legítimos, se vuelve inextricable. Tan es así, que los autores reiteran los avances de la idea de planificación a cada paso, al mismo tiempo que reconocen que en unos casos es meramente instrumental y se entiende en sentido formal, en otros implica

⁴¹ *Ibidem*, p. 7.

⁴² *Ibidem*, p. 13. Subrayado agregado.

⁴³ *Ibidem*, p. 14.

cambios estructurales profundos, lo que revela que cuando mucho podría hablarse de *las* ideas diversas de planificación y reconocer que los avances de esas diferentes ideas, suponiendo que hayan existido, tienen significados totalmente distintos según la propia lógica que se utiliza.

El Seminario se dedicó y éste es otro aspecto novedoso, a considerar el llamado marco social y político en que se desarrolla la planificación en América Latina. La concepción de ese marco gira alrededor del dualismo y la marginalidad, de la presencia de nuevas presiones políticas producidas por la irrupción de las masas sobre todo urbanas, etc. Se llega a la conclusión de que se produce un proceso en que muchas veces se dan quiebres en el sistema de dominación de los grupos tradicionales. Lo interesante es que esa enumeración de las características del marco social y político, sea cual fuere su valor científico, no sirve para ponerla efectivamente en relación con las características del planeamiento en cada una de las situaciones que pueden distinguirse. La única vinculación aparece al concluirse "que cuando se produce alguna ruptura en el equilibrio tradicional del poder ..., generalmente se utiliza la planificación como una alternativa válida para enfrentar los problemas del desarrollo de la región y hay fuerzas sociales dispuestas a apoyarla".⁴⁴ Es muy característico que todo el análisis del marco social y político sólo aparezca para justificar, aparentemente, esa conclusión. Un examen, incluso limitado a la experiencia brasileña como el de Ianni, demostraría que se ha usado la planificación cuando ha habido ruptura en el equilibrio tradicional de poder" y cuando no la ha habido y que la afirmación del Seminario debería respaldarse con alguna prueba empírica, sobre unos y otros casos, para que la demostración de la existencia de una tendencia más fuerte en el caso de ruptura del equilibrio adquiriera algún valor científico.

No es necesario analizar el resto de los argumentos que se proponen. Por una parte se acumulan las comprobaciones de que no hay designios políticos claros, que los planes no se ejecutan, que la planificación tiene un carácter esencialmente formal, que la organización del Estado no está preparada para ello, etc. Frente a todas esas comprobaciones la pregunta ineludible sería si realmente la planificación tiene sentido en América Latina, porque esos son justamente los argumentos utilizados por quienes no creen que lo tenga. Pero tal pregunta no se plantea. El supuesto de que la planificación es un bien en sí y de que todos los obstáculos son superables, supuestos ambos que pueden ser verdaderos, no son demostrados jamás partiéndose de su aceptación como artículos de fe indiscutida. De ahí que si este tipo de crítica interna demuestra y honra el celo profesional de quienes la hacen, por el esfuerzo de tomar conciencia de los obstáculos, etc. y porque de cualquier manera afirma una concepción más compleja que la tradicional, se queda muy corta en cuanto a la consideración de los problemas verdaderamente básicos, por trascurrir casi permanentemente en el plano del discurso meramente ideológico.

⁴⁴ *Ibidem*, p. 24.

3. *El análisis en términos de actores*

Como se ha señalado, otra línea crítica interna se encuentra en el análisis de la planificación en términos de actores. Mucho se ha producido en esa dirección, dentro y fuera de América Latina.⁴⁵ En la necesidad de elegir algún trabajo representativo se ha optado por el de Bardeci y Cibotti, específicamente referido a la región.⁴⁶

Como es obvio, este tipo de análisis puede asumir muy diferentes formas que reconocen dos extremos. Uno se da cuando los actores-autores se presentan como víctimas de los otros actores que no les permiten cumplir su función. La planificación, se afirma, tendría resultados extraordinarios si no fuera porque los políticos y los burócratas aplastan con su improvisación unos y su rutina otros, a los pobres planificadores. El otro extremo lo constituye el autodesprecio profesional que es mucho más raro. Así Seers afirma que "los economistas como profesión han contribuido sustancialmente a la irrealdad del planeamiento".⁴⁷ En esta versión, el planificador inteligente parece tan lúcido como para darse cuenta de que su profesión es la principal responsable de los males. Ya no son los otros, sino ellos mismos. Es interesante ver que ambos extremos, por más diferentes que sean, comparten un supuesto básico: el de que, en lo esencial, el *deus ex machina* de la planificación es el planificador. Pero mientras en la primera versión los planificadores son buenos y los demás actores son malos; en la segunda, ellos mismos son los malos, y es por esto que el planeamiento no funciona a la perfección. El supuesto común casi seguramente es falso. El análisis de la planificación desde el punto de vista de los actores, tendría que suponer que aquélla es un proceso complejo en el que intervienen muchos actores y en cuanto análisis empírico, no puede partir del supuesto de que unos son más importantes que otros, salvo que se incline más a la asociación mágica entre las palabras planificadores-planificación que al examen científico.

Cibotti y Bardeci casi siempre evitan este error básico que aparece en ambos extremos. Su discurso es a veces ideológico, pero en general, cuando lo es, son conscientes de adquirir ese carácter. Y por eso no es extraño que su análisis, iniciado en términos de actores, termine siendo, en gran medida, un esfuerzo de análisis en términos institucionales.

Comienza verificando que "la contradicción consiste en que la planificación se ha instaurado en toda América Latina en su aspecto formal, pero está perdiendo importancia como instrumento eficaz de acción práctica"⁴⁸ y ése es el

⁴⁵ Fuera de América Latina un análisis muy típico y muy restringido a esos términos puede encontrarse en Dudley Seers, "The prevalence of pseudo-planning", en Mike Faber y Dudley Seers (comps.), *The crisis in planning* (Chatto and Windus for Sussex University Press, 1972), tomo 1.

⁴⁶ Ricardo Cibotti y Oscar Julián Bardeci, "Un enfoque crítico de la planificación en América Latina", en *Transformación y desarrollo. La gran tarea de América Latina* (Fondo de Cultura Económica, México, 1972), volumen II: Trabajos de apoyo, pp. 107-129.

⁴⁷ Seers, *op. cit.*, p. 17.

⁴⁸ Cibotti y Bardeci, *op. cit.*, p. 110.

problema que tratan de explicar. Para hacerlo consideran las relaciones entre los planificadores y los políticos.

Los políticos tendían a considerar peligrosa a la planificación porque contenía intenciones de cambio y de transformación. De manera que, sobre todo antes de la Carta de Punta del Este “era aceptada por ciertos países sólo cuando se encontraban en una situación crítica determinada por la caída del precio de su principal producto de exportación, o cuando se manifestaban serios estrangulamientos en la provisión del insumo de uso generalizado, déficit fiscal o proceso inflacionario”.⁴⁹ Frente a esta actitud “oportunist” de los políticos —adjetivo que los autores no usan—, la de los planificadores era muy distinta, puesto que consideraban esos fenómenos “como síntomas de problemas más profundos que se atribuían a la condición estructural del sistema económico”.⁵⁰

Como consecuencia de tan opuestos puntos de vista “surgieron ciertas diferencias entre planificadores y políticos que deterioraron las posibilidades de un diálogo constructivo que permitiera convertir a la planificación en un instrumento del proceso de decisiones de política económica”.⁵¹

Esas dificultades para el diálogo derivan, en general, de la existencia de dos perspectivas distintas. El planificador presenta un cuadro de soluciones basadas en una concepción estructural del desarrollo, pero que no contiene remedios inmediatos para los síntomas que preocupan al político. Si, por un lado, el planificador iba a lo que consideraba la raíz de los problemas, no proponía soluciones para los más urgentes y, además, las que proponía atacaban a veces los intereses de los grupos dominantes. Se comprende que en alguna medida agravaba más que simplificaba los problemas del político. Es interesante notar que los autores no presentan estas reflexiones como críticas al político, sino justamente al planificador. Señalan, eso sí, que tal crítica es parcial, por no atender a la esencia de los orígenes del problema, que debe encontrarse en que “uno de los rasgos esenciales del medio político latinoamericano es su inestabilidad, y esto lleva a los gobiernos a tener que utilizar gran parte de su capacidad de maniobra para lograr el apoyo de los principales grupos de presión”.⁵² Pero para ello tienen que recurrir a compromisos diversos, realizar cambios parciales en las políticas, con lo que la coherencia que el planificador trató de introducir en los planes queda necesariamente dañada.

Además, el planificador adopta a veces una actitud demasiado “tecnicista” y por un lado no presta bastante atención a la realidad socioeconómica del país o la simplifica en exceso para hacerla coincidir con sus modelos de proyecciones mientras que por otro, no da su justa importancia a las cuestiones circunstanciales y de solución urgente. Finalmente, Cibotti y Bardeci recuerdan que, en muchos casos, la planificación sólo ha sido aceptada por los políticos como un medio de obtener financiamiento externo.

Es necesario dedicar algunas consideraciones a las relaciones del planificador con el otro personaje del drama, el burócrata. Cada uno de ellos, reconocen

⁴⁹ *Ibidem*, p. 113.

⁵⁰ *Ibidem*, p. 113.

⁵¹ *Ibidem*, p. 113.

⁵² *Ibidem*, p. 114.

los autores, tiene su propia racionalidad, lo que provocó enfrentamientos que aún subsisten y que entorpecen la eficiencia de los mecanismos de planificación y la ejecución de los planes. Los mecanismos de planificación no se integraron en el engranaje de la administración pública, sino que más bien se le superpusieron. A menudo, los planificadores subestimaron las dificultades para solucionar problemas ya estudiados por la administración pública, pues no tomaban debidamente en cuenta las circunstancias políticas, administrativas y técnicas que las condicionaban. Estos errores de los planificadores, se acompañaron de errores de la burocracia. Aquéllos establecieron técnicas nuevas que implicaban, a veces, cambios considerables en la rutina administrativa, que levantaron férreas resistencias de los burócratas. Pero los autores confiesan que, frente a ellas, los planificadores adoptaron una indebida actitud de insuficiencia, que contribuyó a dificultar todavía más, las relaciones con los burócratas.

Cibotti y Bardeci vinculan, expresamente, su idea de la planificación a una ideología. En los países en desarrollo, dicen, la planificación debe perseguir un propósito de cambio estructural e insisten sobre el modelo analítico y el modelo normativo que ella debe contener. Este último "debe coincidir con la imagen del país que se trata de alcanzar en el futuro; la que debe ser suficientemente definida en sus rasgos esenciales".⁵³ De ahí llegan a la conclusión de que un problema básico está en la cuestión de la viabilidad política y social de los mismos. De nada sirve que el planificador incluya grandes proyectos como la reforma agraria u otros similares si no existen las condiciones políticas para llevarlos a cabo. Esto subraya la importancia de estudiar cuidadosamente las condiciones políticas existentes, la distribución del poder, los grupos de presión, los intereses lesionados por tales o cuales aspectos del plan, etc. En palabras que los autores no usan: si el plan es un proyecto político requiere un diagnóstico político previo. De otro modo nada se sabe acerca de la factibilidad de los planes, y la planificación puede convertirse en un ejercicio fútil de redactar documentos cuyas prescripciones jamás serán ejecutadas.

Por último, los autores insisten en la necesidad de formular planes de largo, mediano y corto plazo, debidamente coordinados entre sí, para poder llenar todos los requisitos de una planificación que se proponga, efectivamente, los cambios estructurales profundos, lo que parece evidente. No resulta tan claro sin embargo, que ésa sea una necesidad peculiar de una planificación con tales objetivos, puesto que todo indica que es válida para toda planificación realista cualesquiera sean los fines que se proponga, siempre que algunos de ellos pertenezcan al largo plazo. También sería exacto si se propusiera conservar el *statu quo* y, en ese aspecto renace el discurso ideológico.

El análisis de Cibotti y Bardeci marca claramente la magnitud del camino recorrido y reafirma, en ese sentido, lo que ya era notorio en *Discusiones sobre planificación*. De la técnica neutral se pasa a la técnica que tiene por objeto lograr profundos cambios estructurales y de ahí a reconocer expresamente su ligazón con una ideología, para llegar a admitir por fin, que una planificación

⁵³ *Ibidem*, p. 121.

económica que parte de un diagnóstico puramente económico, sin tomar en cuenta la realidad política y social, está condenada a fracasar. El mismo hecho de tratar de construir una visión tan amplia, explica que el análisis de los autores comience en términos de actores y termine, o mejor dicho esté siempre encuadrado, en términos institucionales. En la parte que se desarrolla en términos de actores es muy objetivo e imparcial en gran medida porque los actores están colocados en los contextos institucionales en que actúan. En términos que por convención se han llamado institucionales, el análisis alude reiteradamente, como se ha visto, a la necesidad de tomar en cuenta los factores políticos y sociales, la constelación de las fuerzas políticas en los plazos que el plan debe ser ejecutado, los problemas coyunturales de los diversos países, etc. El trabajo constantemente recalca que el planificador no puede ser, como sucede con frecuencia, el hombre armado con una idea, en el sentido platónico de la expresión, que debe imponer a las más distintas realidades y coyunturas.

Mirado desde este punto de vista, una parte del análisis se encuentra en una línea muy coincidente, aunque ambos hayan sido formulados en forma totalmente independiente, con el que propone Leys:⁵⁴ considerar al planeamiento con una competencia política, en la que los planificadores no son más que una fuerza entre otras, cuando lo son, competencia que debe encararse con un modelo estructurfuncional, descartando el modelo de análisis en términos de actores.

Bardeci y Cibotti no van tan lejos como para formular expresamente esta última proposición, pero en la práctica terminan disolviendo el modelo de actores en uno parecido al propuesto por Leys.

Sin embargo, el discurso ideológico no desaparece completamente. En primer lugar, como en *Discusiones sobre planificación*, la exposición sistemática de las dificultades y problemas que enfrenta la planificación en América Latina, no lleva a los autores a cuestionarse aunque sea por interés científico la posibilidad de su realización. En segundo lugar, se les puede hacer el mismo reproche que Lord Balogh⁵⁵ formula a Leys: partir del concepto de que hay y debe haber una teoría unitaria del desarrollo y, además, de la planificación, que es la única aplicable a América Latina. En cuanto ese punto de partida no es objeto de demostración alguna se lo acepta únicamente como artículo de fe integrante de una ideología.

Por último, en el fondo de todas sus reflexiones, Cibotti y Bardeci llaman a la necesidad de una sociología históricoestructural de la planificación que, como es lógico, ellos mismos no podían construir y que, sin duda, es una de las lagunas más notorias de la sociología y la ciencia política aplicada a América Latina.

⁵⁴ Colin Leys "A new conception of planning", en *The crisis in planning*, tomo I, pp. 56 ss.

⁵⁵ *Ibidem*, p. 77.

VI. ALGUNAS INTERPRETACIONES SOCIOLOGICAS RECIENTES DE LA PLANIFICACIÓN

1. *La tendencia a las soluciones globales*

Es corriente que los sociólogos reprochen a los economistas ignorar el contexto social e histórico de la planeación o que, cuando lo toman en cuenta, los censuren por la superficialidad de sus análisis. Esta crítica no siempre es justa y tendría que acompañarse del reconocimiento de lo poco que se ha hecho en sociología y en ciencia política respecto a ese problema. Sin embargo, en los últimos años han visto la luz algunas contribuciones que, marcan caminos importantes, para la construcción todavía en ciernes de una sociología de la planificación en América Latina.

Charles W. Anderson⁵⁶ ha aplicado sus ideas generales sobre el funcionamiento del sistema político latinoamericano al problema de la planificación. Como se recuerda, destacaba como una de las características esenciales de América Latina, la tendencia a prestar demandas políticas específicas como inseparables de un sistema total de demandas, a ideologizar y a quitar todo pragmatismo al debate político. A esta tendencia hacia el "gran proyecto" se vincula la búsqueda de soluciones "científicas" y globales, como la planificación y por ella se explica el papel del "experto" que, en alguna medida, es visto como un mago que puede encontrar la tan deseada solución total. Este diagnóstico, discutible en sí, curiosamente se presenta como una consecuencia de la debilidad de la información en América Latina. Además Anderson distingue tres grandes estrategias: la convencional atribuida entre otros, a Prebisch y a la CEPAL en sus primeras formulaciones; la democrático-reformista, sustentada por Betancourt, Figueres y Bosch, y técnicamente formulada también por la CEPAL y Prebisch, en su segunda manera, que cabe suponer es la de fines de la década del 50, la aceptada en la Carta de Punta del Este; y la revolucionaria, seguida por Fidel Castro en Cuba.

Pese a esta distinción, Anderson encuentra que hay continuidades muy considerables entre las dos primeras estrategias. Más allá de los propósitos declarados, los convencionales y los reformistas coinciden muy a menudo. El análisis de las políticas seguidas en casos que pertenecen a una y otra estrategia así lo demuestra y Anderson acumula tales argumentos, en ese sentido, que cabe preguntarse si, en consideración de ellos, la distinción de la que se parte conserva todavía alguna validez.

Sin embargo, el principal reproche que puede hacerse al análisis de Anderson es que, por un lado, se queda demasiado en el nivel descriptivo y, por otro, no hace distinciones elementales en una consideración científica del problema. Por ejemplo, no analiza adecuadamente, cuándo las continuidades entre convencionales y reformistas se observan a través de proyectos aprobados, cuándo a través de proyectos efectivamente cumplidos y cuándo en unos casos se da una alternativa u otra. Al no hacerlo, es imposible saber si en la realidad hay

⁵⁶ Charles W. Anderson, *Politics and economic change*.

continuidades o discontinuidades puesto que éstas no podrían considerarse al nivel puramente formal de los propósitos declarados. De cualquier manera el autor es uno de los pocos que se ha preocupado de la cuestión desde el punto de vista de la ciencia política y por eso era ineludible mencionarlo aquí.

2. *Diversas formas de racionalidad implicadas en la planeación*

En la sección anterior se ha concluido que los análisis de los problemas de la planificación en términos de actores carecen de utilidad, salvo que sean colocados en el contexto de una teoría sociológica general en que aparezcan como ejemplos ilustrativos, o como pruebas empíricas o como tipos ideales. En ese caso, están libres de esa crítica, sin perjuicio, de que a cada ejemplo concreto puedan formularse otras. El análisis de Medina Echavarría, que se examinará enseguida, sólo en apariencia se hace en términos de actores; es realmente una construcción de tipos ideales respecto a la planificación. El autor⁵⁷ distingue entre la planeación burocrática, la tecnocrática y la democrática. Parte de comprobar que “desde el punto de vista histórico-sociológico parecería que poco o nada puede oponerse a la pretensión burocrática a constituirse en el soporte principal de la planeación y en su caso extremo, propiamente utópico, con carácter exclusivo”.⁵⁸ Ni el Estado ni la empresa actuales pueden concebirse sin el funcionamiento eficaz de un aparato burocrático, pero debe recordarse que nunca se está frente a la burocracia, sino a una serie de burocracias que se desarrollan dentro del Estado. Eso no impide que exista un saber burocrático que incluso puede extenderse y, se extiende a menudo a materias económicas, pero la instancia suprema de la burocracia nunca es propiamente burocrática, es decir que todo el saber acumulado por una burocracia no produce por sí mismo un acto de decisión. Los que toman las decisiones utilizan toda la información que la burocracia ofrece, pero sin deducir de ella en forma necesaria y predeterminada el contenido de un acto que consideran de su exclusiva responsabilidad. La completa autonomía de la burocracia sólo se produciría si pudiera liberarse de su dependencia respecto a su propia cima. “En ese sentido la utopía de la planeación exclusivamente burocrática supone la supresión de las relaciones de dominación de que depende y un tipo de consenso ideológicamente basado en una doble legitimación: por una parte intelectual, el reconocimiento de una completa capacidad racionalizadora de la burocracia y por otra, política, el reconocimiento y la aceptación íntegros del orden jerárquico, del procedimiento burocrático y de la organización burocrática misma. Sólo así podría sustituir la burocracia el mando sobre las personas por la más estricta administración de las cosas”.⁵⁹ Es dudoso que puedan prevalecer ambos momentos; la burocracia dejaría de ser propiamente tal de realizarse esa utopía. Si es cierto, en cambio que la planificación no puede prescindir de la buro-

⁵⁷ *La planeación en las formas de la racionalidad.*

⁵⁸ *Ibidem*, p. 115.

⁵⁹ *Ibidem*, p. 118.

cracia, porque no puede dejar de usar el saber acumulado por ella, ni los mecanismos de ejecución ya existentes y de eficacia probada. A su vez, la burocracia tiende a introducirse en la planificación, a reducirla a una forma más de su actividad, a prescindir, en última instancia, sino de la planificación misma, de los planificadores, o a someterlos, al menos, a sus normas. Esta pretensión es errónea. "El saber de hechos es un supuesto de la actividad administrativa, pero otro todavía más fundamental estriba en la detenida regulación a que está sometido su análisis. La administración tiene que sujetarse a normas de contenido y de procedimiento, estatutos, reglamentos, el derecho administrativo en suma. Toda instancia administrativa, burocrática, dentro de su 'prescripta competencia' aplica ciertas regulaciones a los hechos que conoce o que va descubriendo sobre la marcha. Resulta así que la nota esencial de su racionalidad consiste en la naturaleza de su peculiar competencia —en la aceptación de capacidad—, es decir, en el manejo de los procedimientos necesarios. Es, por consiguiente, una racionalidad en la actuación de un proceso."⁶⁰

Se trata pues, en el caso de la burocracia, de una racionalidad formal, en tanto que la planeación supone otro tipo de racionalidad que se basa en alguna medida en la demostración científica supuesto dominio del experto llamado planificador.

La planificación tecnocrática, acompañada de su utopía correspondiente, podría resultar la más típica de nuestro tiempo según Medina. En ella, el proceso de racionalización creciente es llevado a su máximo y sus soportes humanos están constituidos por el grupo de expertos que ahora se llaman tecnócratas. La aparición de la demanda tecnocrática sólo en apariencia es más tardía que la de la pretensión burocrática. Su carácter más tardío aparece, en todo caso, no tanto en la pretensión misma, como en su realización. En definitiva tecnocracia y burocracia nacen prácticamente juntas en el mundo moderno. Es necesario distinguir entre el hecho de la existencia de los tecnócratas y el hecho de la tecnocracia en sí, es decir, entre el dominio de la técnica y el dominio de los técnicos, de los expertos. Cuando Pirker se refiere a la utopía tecnocrática no puede caracterizarla en su forma más cabal, sino como utopía cibernética. "En el tipo de racionalidad que subyace al desempeño del tecnócrata suele continuar vigente, en principio, la separación entre el consejo o propuesta científica y la decisión definitiva; o si se quiere, la distinción entre el político y su consejero, el último de los cuales no pretende en modo alguno eliminar o sustituir al primero. Por lo demás, sigue abierta la posibilidad de la colaboración burocrática como fuente importante de información."

Muy distinta es, sin embargo, la situación que no sólo pudiera imaginarse sino que ha ocurrido de hecho en los últimos tiempos. Si el saber del tecnócrata pareciera apoyarse en procedimientos de investigación y cálculo rigurosamente seguros —más seguros e indiscutibles que todos los demás—, ese saber aun sin quererlo, tendería a tomar un carácter absoluto. El tecnócrata no valdría meramente como la expresión de un conocimiento personal de carácter científico, sino como la más completa exteriorización de la ciencia misma en su cabal impersonalidad. De ahí que la pretensión al pre-

⁶⁰ *Ibidem*, p. 119.

dominio tome en este caso un carácter muy diferente, y en igual medida la relación del tecnócrata con el político y el burócrata.⁶¹

Como en alguna medida es inevitable que cada grupo tienda a llevar al máximo sus pretensiones y como sus roles respectivos están interrelacionados, se produce un conflicto latente entre el planificador, el burócrata y el político en cualquier sistema social. Este conflicto explica las dificultades que, en casi todos ellos, se encuentran para integrar debidamente el proceso planificador con el de las decisiones políticas y viceversa, tantas veces señaladas en América Latina.

Sería imposible recoger aquí toda la riqueza del análisis de Medina Echavarría por una parte, y por la otra, él mismo no se refiere específicamente a América Latina. Su importancia reside en proporcionar un marco general y usar una línea metodológica cuya explotación podría ser de suma importancia en la construcción de una sociología de la planificación.

3. *Hacia una sociología de la planificación*

Octavio Ianni ha sido quizá el único sociólogo que ha tratado de considerar las diversas significaciones de la planificación según sus objetivos y según las coyunturas políticosociales en que se inserta. Por eso, aunque su estudio se refiere solamente al Brasil,⁶² contiene múltiples sugerencias para una sociología de la planificación.

Examina el período comprendido entre 1930 y 1970 distinguiendo varias etapas: 1930-1945, política nacionalista; 1946-1950, política económica liberal; 1951-1954, desarrollo y capitalismo nacional; 1955-1960, industrialización e interdependencia; 1961-1964, el Estado y la economía en la crisis de la democracia y, por último 1964-1970, interdependencia y modernización.

Ianni a diferencia de otros autores, remonta la introducción de la planificación en el Brasil al período de la segunda guerra mundial. "Es muy probable que la técnica del planeamiento, en cuanto instrumento de política estatal se haya comenzado a incorporar por el poder público, en el Brasil, durante la segunda guerra mundial (1939-1945). Al menos, fue en esa época que la planificación pasó a formar parte del pensamiento de la práctica de los gobiernos, como técnica 'más racional' de organización de informaciones, análisis de los problemas, toma de decisiones y control de la ejecución de políticas económicas y financieras."⁶³

Particularmente, el establecimiento, en 1942, de la Coordinación de Movilización Económica, la creación por ésta del Sector de Producción Industrial con el expreso propósito de elaborar la planificación industrial del país atendiendo a sus necesidades militares y civiles, indican de qué forma poco a poco la

⁶¹ *Ibidem*, pp. 124-125.

⁶² Octavio Ianni, *Estado e planejamento econômico no Brasil (1930-1970)* (Civilização Brasileira, Río de Janeiro, 1971).

⁶³ *Ibidem*, p. 43.

idea y la práctica del planeamiento se incorporaron a la acción estatal. La misma preocupación aparece en el Primer Congreso Brasileño de Economía que tiene lugar en 1943, acentuándose hacia fines de la guerra mundial. "Los orígenes de la ideología y de la práctica del planeamiento gubernamental en el Brasil" derivan "de una combinación privilegiada de condiciones (economía de guerra, perspectivas de desarrollo industrial, problemas de defensa nacional, reestructuración del poder político y del Estado, nueva constelación de clases sociales) que transformaron el lenguaje y la técnica del planeamiento en un componente dinámico del sistema político-administrativo".⁶⁴

Así se inicia una historia en la que el planeamiento alcanza importancia diversa y distintos objetivos, pero nunca se abandona del todo, con la notoria y casi única excepción del gobierno del presidente Garrastazú Medici.

Durante todo el período estudiado, el Estado pasa a desempeñar funciones cada vez más complejas en el conjunto de la economía. Esa participación creciente tuvo carácter directo e indirecto, desde la formulación de las reglas de juego para las fuerzas presentes en el mercado hasta la creación de empresas estatales. "En segundo lugar, la política económica gubernamental se hizo cada vez más compleja y ambiciosa, llegando a configurarse como política económica planificada."⁶⁵ Ianni advierte que no siempre se trató de una política de desarrollo en sentido propio; a veces fue una simple política de estabilización y otras se orientó hacia la armonización o integración de los sectores productivos y de los subsistemas regionales del país.

Tal intervención creciente se explica, en parte, por la mayor frecuencia y profundidad de las crisis económicas en los países dependientes, que reclaman la inmediata atención del Estado. Este se va insertando cada vez más en el centro del funcionamiento del sistema económico y desempeñando funciones cada vez más complejas en la economía, lo que no significa que su actividad se desenvuelva contra la empresa privada o ahogando la iniciativa que parte de ella. Por el contrario, según el autor, en el caso del Brasil "el libre juego de las fuerzas productivas en el mercado y la creatividad empresarial no produjeron automáticamente las soluciones" y "en general", el poder público tuvo un papel decisivo en la creación de condiciones más favorables para el funcionamiento y la expansión de la empresa privada, nacional y multinacional. Para eso organizó y perfeccionó los mercados de capital y de fuerza de trabajo, de acuerdo a las conveniencias del sector privado".⁶⁶

Es imposible disentir con este diagnóstico en cuanto parece sugerir que toda la acción del Estado estuvo dirigida a beneficiar al sector privado, pero es importante subrayar que, de cualquier manera, puede haber una intervención estatal planificada, cuyo objetivo básico sea crear las mejores condiciones para el desarrollo de aquél. Y, en ese sentido, vale lo dicho por los primeros proponentes de la planificación cuando argumentaban que la iniciativa privada nada tenía que temer de ella.

En ese sentido, el análisis de Ianni permite demostrar en forma concreta, a

⁶⁴ *Ibidem*, p. 57.

⁶⁵ *Ibidem*, p. 301.

⁶⁶ *Ibidem*, pp. 304-305.

cuántos designios diferentes puede servir la planificación. Según él, la política gubernamental de 1930 a 1970 osciló entre dos tendencias principales, una de desarrollo nacionalista, predominante en los períodos 1930-1945, 1951-1955 y 1961-1964. "Contenía como presupuesto implícito o explícito, el proyecto de un capitalismo nacional, como única alternativa para el progreso económico y social"; "la otra que puede llamarse estrategia del desarrollo dependiente, predominó en los años 1946-1950, 1955-1960 y 1964-1970. Contenía como presupuesto implícito o explícito, el proyecto de un capitalismo dependiente como única alternativa para el progreso económico y social. Nótese que el proyecto de capitalismo dependiente implicaba el reconocimiento de las conveniencias y exigencias de la interdependencia de las naciones capitalistas, bajo la hegemonía de Estados Unidos".⁶⁷

Como es obvio estas dos estrategias no se sucedían la una a la otra sustituyéndose completamente pero "en el conjunto ... las políticas económicas gubernamentales de los años 1930-1970 se comportaron de acuerdo a una especie de movimiento pendular, polarizándose ora en el sentido nacionalista, ora según las determinaciones de la dependencia".⁶⁸

También hubo grupos políticos, principalmente de izquierda, que propusieron una intervención mucho más abierta del Estado, que llevara a nacionalizar las grandes compañías extranjeras, como parte de la lucha antiimperialista. En ese sentido se dio en el Brasil una estrategia de desarrollo socialista paralela a las otras dos, pero "los representantes de esa estrategia nunca llegaron a controlar centros de decisión, sobre la política económica gubernamental".⁶⁹ Esa misma circunstancia llevó a esos grupos a expresarse, sobre todo, en términos ideológicos. El propio proyecto de capitalismo nacional, aunque sus proponentes tuvieron varias veces las riendas del gobierno, según ya se ha visto, nunca consiguió tampoco imponerse y, por la misma razón, existió mucho más al nivel ideológico.

El predominio a largo plazo del proyecto de capitalismo dependiente no puede ocultar que las transformaciones ocurridas, particularmente la industrialización, correspondieron a una verdadera revolución en el subsistema económico brasileño. Una transición de tal naturaleza, que lleva consigo saltos cualitativos implicó reajustes y reacomodaciones económicos, sociales, políticas y culturales; "en rigor se trataba de una revolución en la esfera del poder político, tanto como al nivel de la estructura económica". Y si estas necesidades llevaron al Estado a desempeñar un papel cada vez más decisivo, también "fue la razón por la que ocurrió la progresiva adopción de técnicas de planeamiento, como instrumento de la política económica gubernamental".⁷⁰

Pero en un contexto de esta naturaleza, el planeamiento siempre incluye necesariamente objetivos que van mucho más allá de los económicos, por más que éstos sean los únicos que aparezcan en la superficie. "Las dos instancias fundamentales del planeamiento son la estructura económica y la estructura del

⁶⁷ *Ibidem*, pp. 307-308.

⁶⁸ *Ibidem*, p. 308.

⁶⁹ *Ibidem*, p. 309.

⁷⁰ *Ibidem*, p. 309.

poder. Pero los planificadores no tratan, en general, sino de relaciones y procesos relativos a la estructura económica. Sin embargo, las relaciones y procesos políticos están siempre envueltos en la misma configuración. Por lo tanto puede decirse que, en última instancia el planeamiento es un proceso que comienza y termina en el ámbito de las relaciones y estructuras del poder".⁷¹

Podría agregarse que, por estas razones, la planificación es incorporable a las más diferentes relaciones y estructuras de poder, con variados significados y diversos niveles de importancia efectiva, que es lo que el autor trata de demostrar a lo largo de la obra examinada. Así, en 1953, en el período que Ianni llama de desarrollo y capitalismo nacional se forma el grupo mixto BNDE/CEPAL. El gobierno había pasado a "ver en la CEPAL un órgano útil e importante, en ese esfuerzo de reelaboración de las concepciones latinoamericanas tradicionales sobre el crecimiento y el desarrollo económico. Ya era de conocimiento general —en los sectores mejor informados— la actitud negativa de los gobiernos norteamericanos con respecto a las concepciones y propuestas formuladas por la CEPAL".⁷² En 1951 el gobierno había formulado un plan y el grupo mixto debía levantar un diagnóstico más profundo y formular un nuevo plan de desarrollo orientado en las líneas de la política nacionalista del gobierno. Durante el gobierno de Kubitschek, la política económica se concentró en el programa de metas, que aceptaba expresamente, según Ianni, el enorme esfuerzo de industrialización combinado con un reconocimiento de la interdependencia y, por último, del papel hegemónico de los Estados Unidos. Y es en ese entonces que se publica en portugués el documento de la CEPAL referido a la neutralidad de la técnica de programación ya analizado. Otra vez, el papel de la CEPAL es importante, pero las orientaciones políticas y las modificaciones que se quieren lograr en la estructura de poder son diferentes. Por fin, para citar un último ejemplo, el gobierno de Goulart formuló el plan trienal, "el primer instrumento de política económica global y globalizante, de entre todos los formulados hasta entonces por los diversos gobiernos del Brasil".⁷³ Su autor intelectual fue Celso Furtado y el plan se proponía metas mucho más ambiciosas vinculadas a las ideas aceptadas en la Conferencia de Punta del Este. Era más que un instrumento para obtener ayuda externa y, en ese sentido puede contraponerse muy bien a la significación que tuvo el plan de gobierno de Alessandri.

Ianni insiste en que, a lo largo de todo este proceso, se fortalece constantemente lo que llama la tecnocracia estatal entendida no solamente como la influencia creciente de la tecnocracia, sino como también la creación de órganos que tienden a racionalizar las actividades del país.

Caben variadas reservas al análisis de Ianni. Como él mismo reconoce, las políticas nacionalistas y de dependencia no se han sustituido totalmente unas a las otras; la etapa final coincide con lo que llama un neonacionalismo. Pese al movimiento pendular que sin duda existe, hay instituciones creadas dentro de determinadas políticas que sobreviven a las sucesivas transformaciones de

⁷¹ *Ibidem*, p. 310.

⁷² *Ibidem*, p. 115.

⁷³ *Ibidem*, p. 205.

los objetivos, como por ejemplo, Petrobras. Podría sostenerse que, en cada uno de los períodos que se distinguen existe, de hecho, una mezcla de designios diversos cuya resultante final es bastante confusa, aunque el analista pueda demostrar que ora se inclina en un sentido, ora en otro. Pero escapa a los límites de este capítulo y a nuestra competencia el examinar la política económica del Brasil.

La importancia del análisis de Ianni reside en que, a diferencia de otros estudios sociológicos, no se propone discutir la significación que el planeamiento podría tener en la fundación de una sociedad democrática ni construir tipos ideales, sino que examina lo ocurrido efectivamente con el planeamiento bajo diferentes políticas, las modificaciones ocasionadas en la estructura de poder, cuáles se han querido provocar y cómo influyen sobre el proyecto planificador. En ese sentido se trata de un esfuerzo pionero en materia de sociología de la planificación en América Latina. Sólo un tema importante está ausente de su análisis, la cuestión de la ejecución efectiva de los planes, de las deformaciones que sufrieran en la realidad, que constituye un aspecto básico para comprender lo que podrían llamarse las bases sociales de la planificación. Pero tratar ese tema no era su objetivo y de cualquier manera, entre tantos, tan innumerables y tan repetidos análisis acerca de lo que debía ser y lo que debería significar la planificación es importante poder examinar uno que se preocupa de lo que ha sido y ha significado.

4. *El contexto sociohistórico de la planificación y las funciones latentes de los planes*

Fernando Henrique Cardoso ha dedicado algunas reflexiones a la planificación, especialmente referidas a la experiencia del Brasil, que desarrollan algunas ideas complementarias a las de Ianni.⁷⁴

Hace un análisis histórico de las diversas concepciones sobre la racionalidad y el planeamiento en los países europeos, subrayando las diferencias que el proceso tiene en las sociedades latinoamericanas como el Brasil. En la Unión Soviética el triunfo de la revolución impuso el planeamiento; el Francia, se dio gradualmente, con la participación creciente de los grupos interesados en la definición de metas y en la formulación del plan.

En Brasil, entre tanto, los planes fueron definidos por grupos restrictos de técnicos y políticos y fueron aprobados por el sistema político tradicional, aunque sus justificativos más generales también han sido presentados, casi siempre, en nombre de los que no participan del progreso económico o de los que deben beneficiarse por imperativos ético-políticos o para asegurar el crecimiento nacional. Todo eso ocurre *dentro de un cuadro general de baja información, información política y de un consenso limitado en cuanto a las soluciones políticas y económicas concretas, pero con una aceptación gene-*

⁷⁴ Fernando Henrique Cardoso, "Aspectos políticos de la planificación", en *Revista Latinoamericana de Ciencia Política*, vol. 1, núm. 1 (abril de 1970), pp. 120-136.

ralizada, en el plano ideológico, en cuanto a las necesidades de fortalecimiento de la acción.⁷⁵

Esta modalidad de acción política, en la que se combinan modernización a partir de la cúpula gubernamental, con el concurso de políticos y técnicos, y tradicionalismo, es viable porque la sociedad civil es políticamente amorfa y el Estado, en esas condiciones, ejerce funciones catalizadoras de primer orden. En el sistema político brasileño tradicional la permeabilidad del gobierno es mayor que la de la burocracia, pero es obvio que los planes propuestos por esta vía tienen escasas posibilidades de transformarse en procesos de planificación efectiva. Pero la planificación tiene otras funciones que pueden ser muy importantes. La cristalización de algunos núcleos sociales alrededor de la idea del plan o en el reconocimiento de la necesidad de planificar dan, por ejemplo, al Plan Trienal del gobierno de Goulart, una enorme importancia estratégica.

En ese sentido, la valoración del Plan Trienal, la casi mística del SEDENE, el propio Plan de Acción y la enorme difusión de las técnicas de planeamiento y de las necesidades de planear a través de los cursos de CEPAL y de ILPES, fueron creando los ya referidos "círculos de interesados" del planeamiento, que penetraron a menudo, por el mismo proceso de cooptación y contaminación de la cúpula administrativa, los órganos estatales, regionales y nacionales de decisión económica, de acción económica directa y la administración formando lo que Hirschman llamó "isla de racionalidad".⁷⁶

En este punto, el análisis de Cardoso, preanuncia el de Leys: los planificadores y tecnócratas son una parte en una contienda política y la formulación de planes tiene la función de aglutinarlos y darles una bandera de acción independientemente de que sean ejecutados o no.

Si esa es la significación del planeamiento, el gran corte que hubo en el Brasil debía ser y fue político, como se vio muy bien cuando la revolución de 1964. "Implicó una reorganización del sistema de poder, que alcanzó desde alguna de sus bases hasta su forma de institucionalización. En efecto, en PAEG, *en cuanto al plan en sí*, no difiere fundamentalmente del Plan Trienal. Más la política del Gobierno que lo adecuó a sus bases de poder es, obviamente, bien distinta."⁷⁷ Por una parte se quebró la preocupación de la participación de masas en el juego político y, por otro, nuevos actores aparecen en el proceso. La modificación más importante está en que el problema ya no versa, como en el caso de Plan Trienal, en si iba a aplicarse y hasta dónde, sino más bien en qué es lo que impondrán los organismos planificadores y el estilo autoritario, a la sociedad civil. Desde este punto de vista, el viejo tema europeo respecto a la planificación retoma actualidad: la planificación como amenaza a la libertad o, si se quiere, el problema de la opción entre movilización popular y regimentación.

La conclusión es que si se examina la significación del planeamiento en estas

⁷⁵ *Ibidem*, p. 127. Subrayados del autor.

⁷⁶ *Ibidem*, p. 131.

⁷⁷ *Ibidem*, p. 133.

diversas condiciones se puede observar claramente que nada depende de la "naturaleza del planeamiento", como muchos se plantean, sino de las funciones muy diferentes que adquiere en diversos contextos históricos y sociales, que pueden ser no sólo distintos sino contradictorios en muchos aspectos.

El análisis de Cardoso apunta a una cuestión que no aparecía enfatizada por Ianni, la que un funcionalista llamaría de las funciones latentes de los planes. Aparte de que muchas veces los planes hayan sido ejecutados parcialmente y no siempre hayan quedado en el papel, como muchos dicen, adquieren una serie de significaciones que aunque muy distintas a las que imagina el planificador, pueden alcanzar importancia considerable. Los islotes de racionalidad son menos islotes cuando consiguen reunir alrededor de ellos algunos políticos y técnicos, para los cuales el plan representa el equivalente funcional, para continuar con un lenguaje que Cardoso no usaría, de las viejas declaraciones de principios y manifiestos de acción de los actores en una contienda política. En esa línea de pensamiento es curioso que Cardoso no cite, por más que tenga en mente el ejemplo del Brasil, el notable caso de Chile, cuando la campaña electoral de 1964, donde tanto el FRAP como la Democracia Cristiana tuvieron equipos de técnicos que formularon planes de acción para los futuros gobiernos de sus respectivas tendencias. Un ejemplo como éste demuestra que, sea cierta o no la teoría que subyace en el análisis de Cardoso de las relaciones entre sociedad civil y política, los planes tienen un significado político no sólo en el sentido obvio de que siempre suponen una decisión en la que fundarse, sino en el de que cumplen funciones políticas.

VII. LA PLANIFICACIÓN SOCIAL Y EL ENFOQUE UNIFICADO

1. *Un malentendido usual*

Como se ha señalado, una de las revisiones críticas más frecuentes en América Latina ha insistido en el carácter erróneo de una planificación puramente económica. A esa manera de ver corresponde el desarrollo de la idea de planificación social de la que se ocuparán las consideraciones que siguen.

Hay que disipar, desde el inicio, un mal entendido que preside muy a menudo las discusiones sobre este punto. Es común hacer notar que la planificación "social" tiene un carácter residual frente a la planificación económica. Aunque hay algo de verdad en esta afirmación, conviene recordar que "los planificadores económicos de América Latina no pueden resolver por sí mismos la magnitud y la distribución de las asignaciones sociales. Y la posición residual de los programas sociales en la mayoría de los planes de desarrollo que se publican, tampoco significa que su participación en la distribución real de los recursos públicos sea siempre igualmente residual. Las distintas fuerzas de presión e inercia que influyen en estos programas los sustraen en gran medida al control, no sólo de los planificadores, sino también de la mayoría de las autori-

clades ejecutivas nacionales. En muchos países de la región, los servicios de educación y salud han crecido tanto, que su personal y su clientela pueden formular demandas para obtener mayores asignaciones con tanto vigor como otros reclamantes de recursos públicos. En varios países se recolectan y redistribuyen proporciones extraordinariamente altas del producto nacional a través de los sistemas de seguridad social, con poca o ninguna intervención de los planificadores o autoridades ejecutivas nacionales, por lo menos mientras los sistemas no demuestren ser impracticables desde el punto de vista financiero. Sólo en algunos de los países más pobres y pequeños los programas sociales más importantes ocupan una posición claramente residual; pero en esos países los programas económicos no se hallan en mejores condiciones".⁷⁸

2. *¿Qué es planificación social?*

El término planificación social es ambiguo porque depende de los muy diversos significados que pueden prestarse a la palabra social. En su significado más cabal, toda planificación sería social desde que nadie niega que lo económico también es social. En un sentido más restringido la planificación social puede referirse, en general, a lo que tiene que ver con el bienestar humano, los niveles de vida, etc., o a la estructura de la sociedad y tener entonces por objeto cambios en la estructura y movilidad social, o en ambos a la vez.⁷⁹ Pero éstas, son más bien nociones de lo que a veces se ha llamado desarrollo social, como opuesto o paralelo al desarrollo económico; la planificación misma ha tenido que limitar sus objetivos y, en su primera forma, aparece sobre todo, como la planificación de los sectores sociales: vivienda, salud, educación, etc. Este desarrollo paralelo de una planificación sectorial es aceptado sin dificultad por los economistas, en cuanto aun desde el puro punto de vista de la racionalidad económica, el crecimiento supone contar con hombres sanos, debidamente educados, etc. Se conocen estudios que demuestran o parecen demostrar que los aumentos de productividad en los países desarrollados se deben principalmente a lo que no es capital físico, a los llamados factores residuales, entre ellos la educación. La planificación se preocupa de estos aspectos porque en última instancia se trata de la inversión en recursos humanos, expresión que hace fortuna en América Latina. Es claro que hay un aspecto de esas inversiones sociales en que son consumo y que por tanto no debería exceder de cierta magnitud para no convertirse en un obstáculo a la acumulación y al crecimiento.

Desde luego, hay otras razones, quizás más importantes que las teóricas, que implican la importancia de la planificación social en su forma sectorial. Las transformaciones de las sociedades latinoamericanas se traducen en demandas crecientes de educación, por ejemplo, que es necesario atender so pena de consecuencias políticas graves. Tales demandas se deben no sólo a las presiones

⁷⁸ Naciones Unidas, *El cambio social y la política de desarrollo social en América Latina* (Nueva York, 1969), p. 155.

⁷⁹ Sobre todos estos puntos véase mucho más ampliamente la obra citada en la nota anterior.

de nuevos grupos, sino también al hecho de que los aumentos de población hacen duplicar los demandantes en pocos años. Como consecuencia, la planificación educativa desarrolla rápidamente técnicas relativamente sofisticadas y se convierte en un instrumento que pocos gobiernos pueden darse el lujo de no usar. La paradoja es que, en muchos países, los planes sectoriales sociales se acercan más a ser cabalmente ejecutados que los económicos generales. Los economistas insisten en la necesidad de integrarlos al plan global, lo que sólo se logra nominalmente, porque las demandas sectoriales tienen una dinámica propia que hace imposible, por ejemplo, detener el crecimiento de los gastos en educación aun cuando aumenten más allá de lo previsto en los planes generales.

Como no se trata aquí de examinar la historia, ya larga, de los planes sectoriales sociales, sino las ideas básicas que están detrás de ellos, interesa subrayar que las necesidades sociales que llevan a formularlos, al crear mecanismos prácticamente paralelos de planificación en relación a la economía, llaman por su misma existencia a una integración. Pero, como es obvio, esa integración puede hacerse en dos sentidos muy diferentes. Uno, es el que aparece en el documento de la CEPAL mencionado antes: lo social sectorial debe ser contemplado en la planificación en cuanto contribuye y hasta tanto no dañe, la finalidad básica del crecimiento del producto por habitante. Y ésta es la forma más común que ha asumido la integración.

La otra forma, va mucho más allá que la idea de integrar la planificación sectorial a la planificación general, pese a que la supone. Es la idea de una planificación de objetivos sociales. Tal pretensión puede querer decir, a su vez, dos cosas: por un lado, una planificación que a los objetivos económicos clásicos agregue objetivos sociales; en la que sea tan importante, por ejemplo, que crezca el producto por habitante como que aumente el nivel educativo o disminuya el desempleo; por otro lado, la idea de una planificación en que los objetivos económicos se subordinen a los sociales, en la que por ejemplo el crecimiento del producto por habitante sea un instrumento para obtener ciertos fines sociales. Ambas cosas han sido calificadas en América Latina como planificación integral. La progresión de las ideas en el sentido apuntado ha sido extraordinariamente rápida aun entre los mismos economistas. Así, la estrategia formulada para Bolivia en 1970, con asesoramiento del Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social, establecía como prioritarios objetivos políticos y sociales a cuyo servicio se colocan, por lo menos formalmente, los económicos.

Desde este punto de vista, la evolución de las ideas acerca de la planificación social, se une con el proceso, ya señalado en la sección relativa a las críticas internas a las ideas de CEPAL, de ampliar los objetivos y el significado del planeamiento como instrumento de una transformación que va mucho más allá de lo económico. El enlace se facilita, además, por la creciente importancia concedida a la idea de estrategia,⁸⁰ es decir al establecimiento de imágenes-objetivos y de principios instrumentales centrales. La estrategia debe ser un antecedente

⁸⁰ En este sentido Carlos Matus, *Estrategia y plan* (Santiago de Chile, Textos del ILPES, Editorial Universitaria, 1972).

te del plan, pero tiene un valor por sí misma, en cuanto establece las grandes líneas del proyecto económicosocial de un gobierno. Al recogerse en ella los objetivos sociales y la idea de una profunda transformación, se requiere un diagnóstico que contemple el problema político, como quiere el trabajo de Cibotti y Bardeci ya examinado. Y, simultáneamente, se supone que puede ser más eficaz, más ejecutable que los planes-documentos que sólo tienen una significación formal.

De esta manera, la planificación parece culminar su revisión crítica. No sólo comprende "lo social", no sólo va más allá de la consideración sectorial de éste, sino que llega a constituir a los objetivos no económicos en los principales, subordinando el crecimiento del producto por habitante. Además, se presenta como eficaz porque une armoniosamente las consideraciones de corto, largo y mediano plazo. Y ello con los plácemes de los economistas mismos, o mejor dicho de una buena parte de ellos, que matan el "economicismo" en nombre de la naturaleza del proyecto que se proponen y de la eficacia.

La revisión de la idea del planeamiento parece llegar así a los límites de la utopía. Pero para demostrar que nunca esa revisión termina y que jamás pueden ponerse límites a la utopía, desde fuera de América Latina, pero dentro de las preocupaciones de las Naciones Unidas, surge como manera de superar todas las ideas anteriores sobre el desarrollo y la planificación una nueva entidad platónica que se llama enfoque unificado, al cual es necesario dedicar algunas consideraciones.

3. *El enfoque unificado*

La concepción unificada del desarrollo parte de una extensa crítica de la concepción puramente económica del mismo, que lo define como crecimiento⁸¹ y termina proponiendo los siguientes objetivos generales:⁸²

[a] No dejar ningún sector importante de la población fuera del alcance de los cambios y del progreso y, en particular, integrar en el proceso de desarrollo a los sectores o regiones llamados tradicionales, marginales y de subsistencia, tanto rurales como urbanos, a los que en la actualidad no alcanza dicho proceso y van quedando atrás sin beneficiarse de él:

[b] Tener por objetivo principal activar a vastos sectores de la población y promover su participación en el proceso de desarrollo; a este fin, sería también indispensable, además de tener presente las cuestiones ya examinadas, tales como el "cambio social sistematizado" y la "animación":

⁸¹ Véase "Política y planificación social en el desarrollo nacional", en *Revista Internacional del Desarrollo Social* (Naciones Unidas, Nueva York, 1971), núm. 3, pp. 5-18.

⁸² Véase la Resolución 1494 (XLVIII) del Consejo Económico y Social y la Resolución 2681 (XXV) de la Asamblea General de las Naciones Unidas. En lo fundamental estos objetivos fueron asimismo recogidos en la Resolución núm. 2626 (XXV) de la Asamblea General que establece la Estrategia Internacional de Desarrollo para el Segundo Decenio. Ver CEPAL, E/CN.12/900, 1971.

- i] contar con políticas estructurales y tecnológicas orientadas hacia el empleo;
- ii] iniciar grandes campañas y reformas educativas, que tengan por objeto establecer la educación primaria universal y organizar la educación de los adultos, y un cambio en el contenido de la enseñanza secundaria y superior a fin de adaptarlo a las necesidades del desarrollo económico y social;
- [c] Reconocer que la equidad social es importante desde el punto de vista moral y como factor del aumento a largo plazo de la eficiencia económica, y tener como propósito lograrla; en particular, el principio de la equidad debe entenderse como:
 - i] la seguridad de condiciones de vida mínimas para los grupos de menos recursos;
 - ii] la reducción de las disparidades económicas entre los diversos grupos sociales, regiones, sectores, etc., mediante la aplicación de políticas adecuadas de inversión y de empleo, el desarrollo de los servicios públicos, la adopción de medidas financieras apropiadas, incluida la tributación progresiva, etc.
- [d] Atribuir alta prioridad al desarrollo de las potencialidades humanas, en especial las de los niños, previniendo la malnutrición durante las etapas iniciales del desarrollo mental y corporal, y suministrando servicios sanitarios e iguales oportunidades de educación en conformidad con las dotes y la inteligencia de cada uno.

En la reunión de CEPAL en 1973 en Quito se adoptó la Resolución 320 que recoge estas mismas ideas en el texto que se transcribe:

1. Una preocupación central en cuanto a la evaluación y revisión de la Estrategia Internacional de Desarrollo debe ser la correspondiente al concepto de desarrollo integral y a las diferencias existentes entre un fenómeno de crecimiento económico y el de desarrollo propiamente dicho.

2. El desarrollo integral no puede obtenerse mediante esfuerzos parciales en ciertos sectores de la economía o del sistema social, sino a través de un avance conjunto en todos los aspectos. Es sumamente difícil realizar una evaluación del proceso de desarrollo definido en esta forma, ya que no basta con referirse a uno o más indicadores, sino que es preciso apreciar en qué medida el avance conjunto en todos los sectores está promoviendo un nuevo tipo de sociedad orientada hacia el rápido desarrollo humano.

3. El crecimiento experimentado en las variables económicas a menudo no ha dado lugar a cambios cualitativos de importancia equivalente en el bienestar humano y en la justicia social. Así lo demuestra la persistencia de problemas tan graves como la pobreza masiva, la incapacidad del sistema productivo para dar empleo a la creciente fuerza de trabajo, y la falta de participación económica y social de amplios estratos de la población. Evidentemente, esos cambios cualitativos son más difíciles de lograr cuando las variables económicas no crecen a tasas satisfactorias. Coincidiendo con este enfoque, el cumplimiento de las metas cuantitativas de la Estrategia debería constituir el complemento necesario para lograr el desarrollo humano, fin último del proceso.

4. Las estructuras tradicionales, en la medida en que oponen obstáculos al cambio, dificultan el progreso social y el desarrollo económico. En esas condiciones, es necesario desplegar esfuerzos aún más intensos para operar los cambios cualitativos y estructurales a que hace referencia la EID, y que son indispensables para crear los fundamentos que permitirán la consecución de sus metas socioeconómicas. El no haber puesto el acento en la primordial importancia de este aspecto del desarrollo y el no haber

llevado a la práctica estos cambios estructurales y cualitativos, explican en buena medida los insuficientes logros de muchos países de América Latina.

5. Esos cambios estructurales, que son una condición indispensable de todo proceso integrado de desarrollo, particularmente en los términos amplios, humanos y sociales en que la EID plantea este objetivo, incluyen: el control y la utilización soberana de los recursos naturales; la modificación de los sistemas de tenencia de la tierra, según se requiere a fin de promover tanto la justicia social como la eficacia de las actividades agropecuarias; el establecimiento de formas de propiedad social o mixta que cada país estime conveniente en aquellas actividades que, a juicio de cada país, así lo demanden para promover el desarrollo económico autosostenido independiente, así como cualquier otro tipo de reforma sustantiva necesaria para lograr este objetivo.

6. Al mismo tiempo, el crecimiento económico acelerado, armónico y autónomo es fundamental para asegurar el éxito de estos cambios cualitativos y estructurales y, consecuentemente, de los objetivos de la Estrategia, pues un crecimiento acelerado de la economía como un todo facilita obtener los recursos necesarios para las inversiones que exige el desarrollo humano.

7. Cuando en cumplimiento de la Estrategia, un país encara simultáneamente todos los aspectos del desarrollo y promueve las reformas estructurales necesarias para lograr el desarrollo integral, la experiencia demuestra que en las primeras etapas se presentan desajustes que dificultan la continuación del proceso. La injusticia y tensiones sociales históricamente acumuladas se expresan en demandas ante las cuales los recursos internos resultan insuficientes. A fin de poder atender esos desajustes, la cooperación internacional con dicho país no debería estar sujeta a restricciones, como ha ocurrido en muchos casos. Algunos países que emprenden transformaciones de estructuras, lo que está de acuerdo con la EID, enfrentan a veces la hostilidad y la agresión económica del exterior. Ello es particularmente grave puesto que, a la luz de compromisos contenidos en la Estrategia, los países que transforman sus estructuras deberían haber encontrado respaldo internacional.⁸³

Estas transcripciones exigen, prácticamente, de todo comentario. El enfoque unificado no es sólo la clara expresión de una utopía tecnocrática sino que, pese a su nombre, es una utopía por agregación de objetivos, cuya validez aislada casi nadie puede negar, acompañada de las constantes reservas de que la situación particular de cada país puede legitimar el que no sean cumplidos o incluso sean dejados de lado para un futuro indeterminado e interminable. Leídas atentamente, demuestran una vacilación constante entre la acentuación de los objetivos llamados sociales, la primacía de los económicos y la interacción que debe haber entre unos y otros. Esas vacilaciones no provienen solamente de la naturaleza de las reuniones que dieron origen a las resoluciones citadas, sino de una causa mucho más profunda e ineludible: un enfoque unificado del desarrollo digno de ese nombre supone una ciencia social unificada, que no existe actualmente y que sólo podría ser construida sobre ciertos postulados filosóficos, derivados de una teoría general, que, a su vez, no podría contar por largo tiempo con apoyo universal. Simultáneamente, una declaración internacional de objetivos supone para ser posible, eludir las discrepancias filosófico-políticas, por lo que la única base posible de un enfoque unificado, una filoso-

⁸³ CEPAL, *Evaluación de Quito* (Santiago, 1973), pp. 3 y 4.

fía común, está descartada de partida. Pese a ello se propone como tal⁸⁴ y la única manera de hacerlo, de manera aparentemente legítima, es la agregación de objetivos.

VIII. UN BALANCE

1. *La historia de la planificación en América Latina*

La planificación aparece originariamente en América Latina como un gran proyecto de transformación de la sociedad y de construcción de una nueva, en el mejor estilo de la tradición de Mannheim. Casi inmediatamente los economistas la presentan como un instrumento indispensable para lograr el crecimiento del producto por habitante, puesto que a éste reduce el desarrollo. La distancia entre ambas concepciones es inmensa; el discurso de Florestán Fernandes, por ejemplo y el contenido del documento de la CEPAL de 1955 utilizan el mismo nombre para designar dos cosas cuyo parentesco es muy lejano, tanto que la segunda prefiere hablar de programación no sólo por razones políticas sino para resaltar también los modestos contornos de la tentativa.

A partir de ese momento la planificación económica ensancha constantemente sus objetivos y se preocupa cada vez más por los problemas operativos de ejecución, etc. Es decir, mientras que al principio se hablaba solamente de la planificación a largo plazo con objetivos precisos y no se mencionaba para nada el corto plazo, ahora la preocupación por éste va en constante aumento y se acompaña de un movimiento paralelo de la expansión de los objetivos de aquélla. Al final de este desenvolvimiento histórico, dos extremos se presentan paralelamente. Un proyecto de enfoque unificado que quiere decir a una concepción unitaria y global del desarrollo una planificación unificada o integral, en el más cabal sentido del término; y una línea de economistas que, preocupados cada vez más por ser operativos, miran nada más que el corto plazo y perciben el crecimiento del producto por habitante como objetivo esencial, lo que obviamente es una concepción más restringida que la de CEPAL en 1955.⁸⁵ Esta especie de dialéctica entre la planificación gran orquesta y la planificación tocada por un pequeño instrumento, parece ser la expresión de las condiciones especiales en que se desarrolla su historia en América Latina.

⁸⁴ Es el mismo problema con que tropiezan, fuera de sus otros méritos posibles, otros informes preparados para organismos internacionales. Un ejemplo típico puede encontrarse en el de Edgard Faure y colaboradores preparada para la UNESCO, titulada *Learning to be*.

⁸⁵ Un ejemplo típico, que ha tenido influencia en América Latina, puede encontrarse en Albert Waterston, "An operational approach to development planning", en Faber y Seers, *op. cit.*, tomo I, cap. IV, y en su obra *Development planning: lessons of experience* (Baltimore, 1965).

2. Relaciones entre política y planeación

Los modelos que se consideran como ejemplos de la integración mutua entre planeación y política —cuyo éxito no conviene exagerar— parten de condiciones muy diferentes a las que se dan en América Latina. En el caso de la Unión Soviética y los países socialistas, el primado de lo político y los rasgos esenciales de su orientación están definidos y no son objeto de controversia. En el caso de Francia y la planificación indicativa, si bien la controversia política subsiste, las líneas esenciales del tipo de desarrollo están muy definidas y corresponden mucho más al desenvolvimiento de potencialidades existentes que a una tarea de transformación profunda de la sociedad en el corto plazo. Una combinación muy especial y no bien conocida de estabilidad en ciertas esferas de la sociedad y de necesidad de producir cambios es lo que parece garantizar una soldadura adecuada entre planificación y política. Es posible, que un examen comparado, mucho más profundo que el hecho aquí, demostraría que una parte de la magnitud del fracaso que se le atribuye a la planeación en América Latina tiene que ver con expectativas desmedidas, producto del traspaso de situaciones muy distintas, que con lo que cabría y cabe esperar, dadas las características de las sociedades latinoamericanas.

3. Funciones ideológicas de las concepciones actuales de la planificación

Las funciones ideológicas de una concepción como la del enfoque unificado son bastante evidentes. Llenan una aspiración profunda de encontrar soluciones totalizadoras obedeciendo a la *rage de vouloir conclure*, que tan característica le resulta a Hirschman, recordando la frase de Flaubert. A través de su aceptación, todos los gobiernos de América Latina y del mundo pueden demostrar que una serie de grandes principios normativos, cuya validez nadie puede negar, obtienen también su firme adhesión. Cuanto más principios y más visiones grandiosas de una nueva sociedad se acumulan como una lista de objetivos, más evidente es que el tiempo juega un papel creciente. El largo plazo, ya no en el sentido más o menos preciso de los economistas, es cada vez más largo; nadie puede esperar que esos objetivos sean alcanzados sino a través de muchas y muchas generaciones. Más aún, es perfectamente posible actuar hoy y en el corto plazo de una manera contraria a tales principios y explicar fácilmente que se trata de una impresión engañosa, puesto que la conducta política actual es la única vía para alcanzarlos finalmente. El gran milenio está perfectamente codificado y los tecnócratas pueden agregar siempre nuevos retoques que perfeccionen su imagen, pero su advenimiento, quién no lo sabe, puede colocarse tan lejos como el juicio final. Mirados desde este punto de vista, el enfoque unificado y muchas otras propuestas análogas en materia de planificación, tienen mucho menos que ver con ésta, que con el estudio de la función social de las ideologías y la capacidad para crear constantemente nuevas o que parecen serlo. Este juicio tiene validez independientemente de las buenas o malas intenciones de los actores que contribuyen a las nuevas formulaciones; por el

contrario, presume su buena fe y eso hace tanto más importante el estudio de su función real, por debajo de la aparente.

Si la misma grandiosidad, real o aparente, de las últimas concepciones que expanden más y más el significado de la planificación llaman, por su propia naturaleza a la necesidad de estudios de ciencia social que examinen sus bases reales, otro tanto ocurre con el otro intento, el reducidamente instrumental, que busca justificarse en términos puramente prácticos y de eficacia. El solo hecho de que ambos se den juntos y con igual fuerza, el que a veces sean voceados por las mismas personas, llama la atención acerca de cuáles son las condiciones sociales y políticas que los hacen subsistir paralelamente pese a sus diferencias y cuáles son los efectos reales que producen.

Pero todo esto es también cierto de la concepción reducida, puramente instrumental, considerada en sí misma. ¿Es realmente tan instrumental? Las grandes visiones planificadoras quedan en el papel ¿qué es lo que queda, más allá del papel, de las pequeñas? Los prácticos ¿son verdaderamente prácticos? Y si lo son ¿para qué grupos son prácticos y en qué sentido lo son? ¿Las funciones de la planificación son las declaradas u otras? ¿Cuál es la función que desempeñan las declaradas y las latentes? Éstas y muchas otras preguntas afloran incesantemente a lo largo de este capítulo. Pero no sólo no tienen respuesta, sino que ha habido muy pocos ensayos, aunque los existentes sean valiosos, para dárselas sistemáticamente. Todas ellas, en fin, claman por una verdadera ciencia social de la planificación, de la cual la sociología de la planificación sería una parte importante. Pero como se ha visto, ésta ha tenido muy pocos desarrollos. Por diferentes razones son raros los que se interesan por ella. Las causas pueden ser muchas, pero las más profundas tal vez podrían resumirse diciendo que se evita una sociología de la planificación porque sería, en América Latina, una sociología de la desesperación. Nada descarta *a priori*, sin embargo, que los planes, aun los no cumplidos, hayan tenido funciones sociales y políticas importantes.

QUINTA PARTE

A MODO DE EPÍLOGO

1. *El sentido de la obra.*

Es conveniente cerrar este largo periplo, con algunas reflexiones de carácter muy general acerca del pasado y las perspectivas de futuro de la ciencia social sobre América Latina.

Esta obra no termina proponiendo una teoría más porque no era ése su objetivo. A lo largo de ella y de las conclusiones y reflexiones críticas que acompañan a cada capítulo, se sugieren direcciones consideradas fructuosas y se plantean cuestiones a profundizar, todo lo que sería ocioso reiterar aquí. Si bien se ha intentado dar una base para la reflexión latinoamericana futura, no se intentó establecer las líneas en que la misma debería llevarse a cabo. Una obra de balance, de examen del camino recorrido, de análisis crítico de sus errores, es un antecedente necesario para proponer nuevas elaboraciones, sin ignorar y sin tampoco valorar demasiado lo ya hecho. Su última finalidad es propiciar a que en la futura evolución de la ciencia social latinoamericana se oigan las voces y se acallen los ecos, parafraseando a Machado. El éxito del presente intento, en esa vía, sólo puede juzgarlo el lector.

2. *La regionalización de la sociología latinoamericana*

Los avatares históricos de la región, en el período considerado, han tenido una profunda influencia sobre las elaboraciones propuestas en materia de cambio y desarrollo. A veces los sociólogos se han acusado mutuamente de dar la espalda a la realidad latinoamericana. Es difícil, sin embargo, encontrar rastros de ello. Aun los que parecen proponerse problemas más abstractos recogen al tratarlos, las peculiaridades históricas de la región y, desde luego, de su propio país. En este último aspecto, puede comprobarse un proceso que podría llamarse de desnacionalización y de regionalización de la sociología. Se alude con estos términos no al hecho de que los estudios sobre sociedades determinadas hayan perdido importancia, puesto que la conservan, sino a que las afirmaciones sobre América Latina como conjunto estaban muy teñidas de las experiencias específicas de los países en que sus autores trabajaban, teniendo un carácter muy acentuado de extrapolación. En ese sentido, no era difícil reconocer una sociología latinoamericana del cono sur, o mexicana, o brasileña. Este efecto, no ha desaparecido del todo, pero se ha atenuado cada vez más, a medida que un conocimiento más adecuado de los distintos países se ha convertido en parte obligatoria de la formación de los que practican las ciencias sociales. A ello ha contribuido también, sin duda, el hecho de que ciertas diferencias entre los distintos países, que parecían insalvables y que todavía son importantes, van perdiendo relevancia frente a comunes avatares históricos.

3. Preocupación por la realidad concreta

Si la historia de América Latina ha sido el principal motor de los cambios producidos en las interpretaciones y en los problemas que se plantean, es porque ellas estaban, desde los inicios, fuertemente orientadas hacia la realidad concreta. Salvo excepción, no ha habido en América Latina proponentes de grandes teorías generales, de real o supuesta aplicación universal; lo que han existido son esfuerzos denodados por entender, en primer término, la realidad latinoamericana, aunque para lograrlo, se hayan utilizado, como era lógico, esquemas generales creados en otras partes.

Tales esfuerzos estuvieron siempre animados explícita o implícitamente, por el deseo de comprender los procesos de cambio que ocurrían en la sociedad, pero sobre todo, por el de aportar elementos para darles la dirección deseada. En ese sentido, la inmensa mayoría de los científicos sociales de América Latina han adoptado, de hecho, la divisa de Comte, "saber para prever, prever para actuar". Las diferencias entre los que han declarado a viva voz tal preocupación y la han justificado en términos normativos y aquéllos que han propuesto una ciencia social valorativamente neutra es muy pequeña respecto a este problema. De hecho, unos y otros, han querido interpretar el cambio de América Latina con el objetivo de contribuir a que tomara la dirección considerada mejor.

Esta atención constante hacia la realidad, este deseo de actuar sobre ella, no sólo explica el hecho de que los avatares históricos hayan penetrado tan profundamente las elaboraciones teóricas, sino que permite dar cuenta de otra serie de rasgos de la ciencia social latinoamericana.

Por una parte, esta obra constituye un testimonio de la riqueza que ha adquirido, pese a todas las objeciones que puedan hacerse a las distintas posiciones. Esa riqueza es producto en gran parte, de profundas discrepancias las que, a su vez, la explican en gran medida. Se pueden descontar debates teóricos interminables sobre interpretaciones muy abstractas, se puede esperar que se desplieguen alrededor de ellos dos grandes líneas de pensamiento que van acumulando argumentos más o menos procedentes, pero sólo una relación íntima con la realidad concreta, es capaz de producir tantas discrepancias y al mismo tiempo un enriquecimiento tan considerable de perspectivas.

Dada la naturaleza de la tarea, esas discrepancias no son ni pueden ser estrictamente científicas (se podría decir que no pueden ser "meramente" si no fuera por miedo de ofender al científicismo contemporáneo), lo son también y, a veces sobre todo, ideológicas. No se trata de volver al problema de si es posible una ciencia social purificada de la ideología, ni al de si es deseable que exista, pero es muy evidente que un intento tan concreto como el descrito y tan vinculado a las necesidades de transformación de la realidad, es el que tiene menos probabilidades de recorrer ese camino de purificación suponiendo que realmente sea tal. El peso de lo ideológico, no sólo ha contribuido a hacer más agudas las polémicas y a dar la sensación de separaciones infranqueables entre los que cultivan la misma disciplina, sino que también ha influido en favor de aquella riqueza mencionada más arriba. Como siempre, las ideo-

logías han sugerido nuevas perspectivas, han desafiado los puntos de vista aceptados como artículos de fe, han puesto de relieve supuestos ignorados y al hacerlo, los han colocado a la luz de la discusión.

Por último, las características mencionadas explican lo que, si se quiere, es la contrapartida de la riqueza de las construcciones interpretativas: los fracasos. Estos, pueden referirse a dos dimensiones bastante diferentes pero, por último, muy vinculadas entre sí. En una primera dimensión, es el fracaso de las expectativas, de las esperanzas. Los cambios que producidos en América Latina se encuentran tan lejos de los deseados por las diversas generaciones de sociólogos que algunos, tremendamente frustrados por esa comprobación, han terminado por creer que no los ha habido. En una segunda dimensión, los fracasos se han dado en la función de prever, propiamente dicha, no en la de desear. En innumerables ocasiones, se ha argumentado respecto a que tales o cuales grupos deberían actuar en cierta manera según surgía del análisis científico dándose por sentado que el proceso social asumiría características previsibles. Muchas veces, lo efectivamente ocurrido ha sido completamente diferente, obligando a encontrar argumentos complementarios ya para sostener la teoría demostrando que aparecieron otros fenómenos no previstos pero que lejos de invalidarla la confirman, ya para proponer nuevas interpretaciones. Estos fracasos pueden considerarse un indicador de las debilidades de las construcciones y, obviamente, lo son. Pero sería erróneo, comparar esa debilidad verificada por ellos, con un paradigma ideal de una ciencia social que no los experimenta, sin colocar los términos de la comparación en las mismas condiciones. Las teorías muy generales y muy abstractas son tan difíciles de confirmar como de invalidar totalmente. En cambio, una ciencia social apegada a lo concreto está exponiéndose siempre a ser invalidada por la realidad futura. En ese sentido, sería un grave error suponer que los fracasos indican la pobreza de la ciencia social latinoamericana; son un producto de la naturaleza misma del objetivo que ésta se ha propuesto en la mayoría de sus representantes.

4. Influencia sobre la acción

Parece razonable pensar que todos los rasgos que se han señalado hasta ahora, tienen que ver con un fenómeno muy particular y que merecería un estudio especial por sí mismo, el de la influencia que ha tenido la ciencia social latinoamericana sobre la acción. Muchos ejemplos se han mencionado a lo largo de esta obra. Así, las especulaciones sobre la marginalidad y los marginales han hecho pensar a muchos que existía en ellos un potencial extraordinario para producir cambios, lo que ha provocado gran cantidad de estudios, que a su vez han influido sobre las políticas efectivamente seguidas y así sucesivamente. Unos los temían y querían canalizar ese potencial cuya existencia aceptaban; otros querían expandirlos al máximo; todos, con intenciones tan distintas, alimentaban y se alimentaban de una serie de construcciones científicas sobre el tema. De entre tantos otros temas, podría recordarse, en el mismo sentido, el de los campesinos. La influencia de la ciencia social latinoamericana sobre la

acción, buena o mala según los valores del que lo juzgue, ha sido tal, que hay hombres que han muerto en intentos de transformación revolucionaria que estaban alimentados, en parte, por análisis científicos, fueran o no válidas sus conclusiones, acerca de las características de ciertos grupos y de sus comportamientos previsibles. La concreción, la riqueza, las discrepancias, las frustraciones, los fracasos y la tragedia forman parte, en definitiva, de un haz común producto de la constante persecución de lo concreto.

5. Importancia de teoría, producción original y exportación

Esa aventura intelectual, en cuanto tal, ha tenido una serie de avatares que, en sus grandes límites es necesario destacar. La sociología, en la inmediata posguerra, se construye bajo la influencia central de la ciencia social norteamericana e, implica, una negligencia benigna de la tradición de los pensadores. Sobre todo, establece respecto a ésta, una ruptura muy considerable: del predominio tradicional del pensamiento europeo se pasa al del norteamericano. Ya se han explicado las causas de este hecho y no se volverá sobre ellas, baste recordarlo aquí. Lo que interesa subrayar en este momento es que parece existir un crecimiento constante de la importancia del pensamiento europeo, que no vuelve, desde luego, al monopolio del que prácticamente había gozado en el pasado, pero que adquiere, sobre todo en la última década una significación sin la cual, los desarrollos de la sociología latinoamericana, serían incomprensibles. Simultáneamente, y no por casualidad, renace una fuerte conciencia del valor de la tradición de los pensadores y del significado de su instrumento de comunicación: el ensayo. Como es obvio esta evolución no es tan simple ni tan mecánica, como un esquema resumido obliga a presentar, pero parece claramente perceptible y todo permite indicar que continuará al menos en el futuro próximo.

Paralelamente a ella se ha producido otra de no menor importancia. Aunque siempre existieron, como se ha visto, algunos creadores en la sociología latinoamericana, en la primera parte del período considerado, el rasgo más notable es la importación de teorías y esquemas interpretativos. Luego sucede un período, en que el rasgo predominante está constituido por el esfuerzo creativo que sigue basándose, como no podría ser de otra manera, en la utilización de los aportes del pensamiento universal, pero en el que se afirma cada vez más un propósito, coronado por un éxito nada desdeñable, de creación original. En los últimos años, ese esfuerzo de creación comienza a ser reconocido, al menos en otras regiones subdesarrolladas, como el intento más serio para comprender la situación del mundo actual y el lugar que en él ocupan los países periféricos. Se llega a la época que podría llamarse "de la exportación". De la importación a la creación y de ésta a la exportación hay un largo recorrido en cuanto al significado de la tarea intelectual emprendida, sobre todo, para un período tan corto, como el considerado en esta obra.

6. *De lo psicosocial a lo estructural*

Por último, debe mencionarse un tercer rasgo importante de esta aventura intelectual. En ella se da un pasaje del predominio de los puntos de vista que podrían llamarse psicosociales a los que podrían considerarse como histórico-estructurales. Otra vez es necesario advertir contra las interpretaciones demasiado mecánicas de una afirmación como ésta. Unos y otros puntos de vista han estado siempre presentes y Medina al iniciar la renovación de la sociología en la posguerra, se afilia claramente al punto de vista históricoestructural. Pero de cualquier manera es cierto que hasta hace unos quince años, con la imprecisión natural de estas aseveraciones, el punto de vista psicosocial era el predominante y es a partir de ese momento que el otro va creciendo en importancia hasta volverse el más significativo para comprender la situación actual de la ciencia social latinoamericana.

7. *De la sociología como ciencia autónoma al análisis integrado*

Desde el punto de vista más abstracto y general, las trasformaciones que se acaban de señalar, pueden describirse en buena parte, aunque no totalmente, como el proceso que va desde un fuerte esfuerzo por afirmar la necesidad y la legitimidad de la sociología como una ciencia autónoma hasta una evolución reciente, pero cada vez más firme, por quebrar la separación entre las diversas ciencias sociales llegando a un análisis global, se llame "integrado" o "interdisciplinario". La idea básica ya se encontraba en el punto de partida del intento de renovación puesto que, implícita o explícitamente, y de una manera mucho más fuerte que en cualquier otra región del mundo, el uso sistemático de los aportes de la economía, envolvía la intención de un análisis integral realizado a través de la sociología, idea que corresponde, como es sabido, a una vieja pretensión de sus fundadores.

En ese sentido, el cambio señalado no se encuentra tanto en los propósitos, puesto que el esfuerzo global o integral era casi ineludible frente al apego a la acción ya mencionado, sino en la concepción de los instrumentos para llevarla a cabo. Primero es la sociología la que centraliza los aportes de otras ciencias sociales, luego se piensa en un esfuerzo de integración de disciplinas concebidas en pie de igualdad; por último, en un análisis integral que supere y termine con las distinciones entre las ciencias sociales particulares.

Tan clara como esta evolución de los propósitos, resulta la magnitud de las dificultades que su acabado cumplimiento enfrenta. En realidad, cualquiera de los tres intentos que se acaban de distinguir, tropieza con un problema presente desde los orígenes mismos de las ciencias sociales: el de la posibilidad de una teoría general de los fenómenos sociales. Su existencia es necesaria, para que cualquiera de ellos pueda tener sentido. Si se piensa, como por lo menos está implícito en las primeras elaboraciones, que la sociología es capaz de construir un análisis integral de los problemas del cambio y del desarrollo es porque se supone que está en condiciones de ofrecer esa teoría general que no se

da en las otras ciencias sociales particulares o que, al menos, tiene ventajas considerables para poder ofrecerla. La idea de un esfuerzo multidisciplinario, levantado sobre los aportes de las ciencias sociales particulares incluyendo a la sociología entre ellos, carece de sentido si no se posee un paradigma o teoría general. Es obvio que de la reunión de especialistas diversos, sólo pueden derivarse una serie de estudios, cuyo posible parentesco tendrá que ver con el hecho de la reunión, con el tema común y con la encuadernación conjunta, mientras no se llegue a un lenguaje común producto de un paradigma que también lo sea. Es lo que puede comprobarse en muchos trabajos surgidos del llamado enfoque unificado. Para que resultara otra cosa serían necesarias bases muy distintas y si ellas existieran ¿de qué serviría la distinción entre las ciencias sociales particulares? Por estas razones es posible sostener que el llamado esfuerzo multidisciplinario es el más absurdo de todos, salvo que se le conciba como un instrumento para ensayar la posibilidad de obtener que voces diferentes terminen por formar un coro y se recuerde que esto es imposible, si no se acompaña de la construcción de una partitura. Los intentos de análisis integrado tienen, en cambio, la ventaja de que reconocen como ineludible, desde el inicio, la construcción de una teoría básica común. Sin embargo, cualquier intento de integración sería rechazado por una parte de los científicos sociales, por implicar un eclecticismo insostenible o por ser un remedo de tal presidido realmente por un paradigma determinado. Un verdadero intento de integración supone una teoría general de la sociedad que sea aceptable universalmente en sus grandes líneas y que pueda formar un paradigma dentro del cual trabajen, durante un período largo de tiempo, todos los científicos de una disciplina determinada.

Es sabido que una situación de esta naturaleza está muy lejos de alcanzarse en ciencias sociales, y que puede incluso dudarse de la posibilidad de que alguna vez se logre. Ha habido, en América Latina como en el resto del mundo, un esfuerzo considerable, creciente en la última década, por superar los límites de las diversas disciplinas sociales y llegar a un enfoque integrado. Pero tales intentos que están, sin duda, en la dirección correcta, no pueden constituir, por sí mismos, ni lo han logrado, esa teoría general; a lo más, constituyen un camino para alcanzarla.

La existencia de esas diversas perspectivas y la imposibilidad de integrarlas continuará durante largo tiempo en América Latina. El notable grado de fuerza a que han llegado las discrepancias entre ellas, las acusaciones mutuas de "cientificismo", de "ideologismo" etc., no deben hacer olvidar que, sin embargo, no han impedido una cierta acumulación de conocimientos derivada de los aportes de unos y de otros, como tampoco han obstado a que ciertos problemas sean centrales para todas las perspectivas. Esta obra es una palmaria demostración de ello. Los grandes temas del cambio, el desarrollo y el sistema político son y han sido siempre centrales en América Latina, como no lo han sido, por cierto, ni en Estados Unidos ni en Europa en la misma medida. Sobre ellos las diferentes perspectivas han aportado conocimientos que se han ido acumulando y, en muchos casos, están muy próximas en la descripción de los fenómenos y en buena parte de su interpretación. El desacuerdo versa, sobre todo, en el

marco general en que deben colocarse esas descripciones e interpretaciones parciales.

Tal situación se prolongará, también, por mucho tiempo. Mientras haya historia latinoamericana y hombres que quieran entenderla y, sobre todo contribuir a hacerla, habrá grandes discrepancias, distintas perspectivas y fuertes controversias en la ciencia social. Son un signo irrecusable de la vida de la misma y es de ella de la que esta obra ha querido dar un testimonio tan objetivo como comprometido.

8. Demandas contradictorias a la sociología

La tendencia a la acción que caracteriza casi toda la sociología latinoamericana hace imperativos, como se recuerda más arriba, los esfuerzos de análisis integrado, en cuanto tal tendencia se propone objetivos globales. Cambiar la sociedad es un propósito que no se compadece con la división en ciencias sociales particulares, ni con especialidades muy definidas. En cambio, ésta es perfectamente compatible, con los esfuerzos de solución de problemas específicos con la *social engineering*, con la planificación social de objetivos limitados. Se trata de dos demandas muy diferentes que siempre se han dirigido a la sociología. En determinadas sociedades y en ciertas coyunturas ha predominado una sin que jamás la otra desapareciera del todo. Tal situación continuará en el futuro y la división de funciones que propicia, seguirá estando presente en la tarea de las ciencias sociales.

Como es obvio, cuanto más global es la concepción de la sociedad y la propuesta de cambio, más claramente presentes están las ideologías. Ellas existen, desde luego, con la misma fuerza, en los intentos de cambios parciales dentro de un *statu quo* definido. Pero una de las propiedades de las ideologías conservadoras es que, con mayor facilidad, no aparecen como tales. El orden establecido puede ser el desorden establecido, como diría Mounier, pero siempre aparecerá como el orden y en realidad lo será en tanto que establecido.

En este aspecto, como en tantos otros, la demanda tecnocrática, es aparentemente "desideologizante" y al aumentar su peso, como sin duda ocurrirá en muchas sociedades, contribuirá al renacimiento de la idea de la neutralidad valorativa de la ciencia social y a que los sociólogos se refugien en la pretensión de imparcialidad. El aspecto más grave de ese proceso no será que se vuelva a sostener un postulado teórico que, por último, puede ser fundado como pretensiones de legitimidad, sino que tal cosa ocurrirá en un plano muy superficial, como si la larga controversia que ha suscitado no tuviera significación alguna.

Por otro lado, élites establecidas y contraélites continuarán utilizando la ciencia social para entender la sociedad que dominan o que intentan dominar y para ponerla al servicio de sus respectivos proyectos. Puede discutirse largamente el problema de hasta dónde la producción de conocimientos depende de la estructura del poder, pero es indudable que su utilización es ininteligible sin referencia a ella. Las diversas élites dominantes, como las diversas élites

que las desafían pueden utilizar los conocimientos, pero para ello tienen que haber accedido a detentar una cuota más o menos grande en el sistema del poder. A su vez, en tanto que la ciencia social o ciertos aspectos de ella, sean vistos como al servicio de algunas de esas élites y contraélites, el aplastamiento de cualquiera de ellas terminará con su cultivo en la dirección considerada como indeseable por las otras. La ciencia social *au dessus de la mêlée* será siempre intentada, pero la mayor probabilidad, en tiempos de gran controversia ideológica, es que será vista por unos y otros como una incómoda ideología más.

9. La ideologización de la sociología

De ahí que el desarrollo de estas diversas tendencias y la mayor o menor fuerza que adquieran, dependerá mucho más de la evolución global de las sociedades latinoamericanas que de imperativos internos del desarrollo de las ciencias sociales o, mejor dicho, esas líneas de evolución actuarán asumidas como si fueran imperativos internos.

De esa evolución global, lo que ocurra con los sistemas políticos será el factor decisivo de las transformaciones de la ciencia social. Sea cual fuere el grado de autonomía de la sociedad política, es la forma que ella asuma la que repercutirá más inmediatamente sobre el cultivo de la disciplina en tanto que éste continúe volcado hacia la acción como ha ocurrido hasta ahora.

En cuanto triunfen sistemas e ideologías excluyentes no habrá más que una sociología: la oficial. Es interesante, aunque melancólico, que parezcan superados los tiempos de supresión completa de toda sociología y que ésta sobreviva bajo cualquier régimen, desde luego que a condición de servirlo o, por lo menos, de no aparecer planteando ningún género de desafío explícito o implícito. A su vez, en sistemas más o menos pluralistas, diversos grupos se convertirán en usuarios y en alentadores potenciales del cultivo de la ciencia social.

Se necesita poder, como se ha visto, para utilizar eficazmente el conocimiento, pero ningún género de poder garantiza la eficacia de tal o cual conocimiento. Esto ocurre no solamente porque el conocimiento puede ser falso o incompleto, sino porque los actores con poder pueden percibir erróneamente las consecuencias a largo plazo que una teoría tendría sobre sí mismos o porque pueden negarse a usarla debido a las consecuencias desfavorables que perciben en el corto plazo.

Si la relación entre conocimiento social y acción es muy compleja, mucho más de lo que surge de las consideraciones anteriores, es cierto que mientras se pidan a la ciencia social recetas para la acción, su cultivo será alentado, vigilado o censurado por los distintos grupos que luchan por el poder. La ideologización de la sociología es el producto de la situación de la sociedad y no del voluntarismo de los sociólogos.

Las transformaciones en la sociedad internacional, lo que se llama a veces, el nuevo orden internacional, que en este caso sí cabría calificar como el nuevo desorden, tendrán un impacto no menor por cierto. En América Latina, se

planteará un caso, al menos, el de la sociedad venezolana que puede dejar de ser dependiente y que si lo sigue siendo, será de una manera muy diferente a la antigua. Las nuevas situaciones de todos los países de América Latina podrán ser descritas según las teorías y según el analista sea optimista o pesimista, como nuevas formas de autonomía o nuevas formas de dependencia pero, en todo caso, será necesario repensar todos los esquemas propuestos hasta ahora.

10. *Perspectivas*

Muchas otras demandas recaerán sobre la ciencia social en el próximo futuro. Se le pedirá la elaboración de teorías globales y de hipótesis muy concretas, que preste servicio a proyectos políticos claramente definidos y lo dé también para ayudar a clarificarlos; se buscarán sociólogos-políticos y sociólogos-tecnócratas y así sucesivamente. Si es muy difícil prever el peso respectivo de las diversas demandas, cualquiera sea la estructuración que adquieran, se planteará el problema de la preparación de la ciencia social para responderlas.

Esta obra testimonia acabadamente la riqueza de la sociología latinoamericana y la apreciable acumulación de conocimientos que ha logrado. Testimonia, también, la existencia de más planteos que exploraciones sistemáticas y de desequilibrios entre el cultivo de diversas dimensiones del campo que abarca la ciencia social.

La estrecha vinculación del desarrollo de la sociología con los avatares de la sociedad latinoamericana y las necesidades de actuar sobre ella explica en buena parte esa situación. El desarrollo de toda ciencia responde a demandas externas, aunque no sólo a ellas. El peso de esas demandas externas es mucho más fuerte, a largo plazo, en las ciencias sociales que en las otras. Y decimos a largo plazo, porque en ciertas coyunturas, las demandas externas sobre una ciencia como la física pueden ser más fuertes incluso que sobre las ciencias sociales. Comte sostuvo, como muchos pensadores de su época, la idea que hoy parece tan extraña de que la guerra iría desapareciendo porque había una especie de enemistad intrínseca entre ella y la sociedad industrial. Como un indicador de ese hecho señaló que la tecnología militar de su tiempo estaba muy atrasada respecto a la ciencia de la época. La puesta al día significó, como es sabido, grandes y urgentes demandas sobre las ciencias naturales. Tal hecho es más permanente, sin embargo, en las ciencias sociales, pese a que los éxitos de su aplicación son más raros, por decir lo menos.

Se juzgue tal acumulación de demandas como beneficiosa o perjudicial en su conjunto, es evidente, en primer lugar, que tiende a producir la exploración de temas sugeridos por las urgencias del contorno social más que por el desarrollo de la ciencia. En segundo lugar, se espera que sobre esos temas, haya respuestas aplicables a la acción. Como consecuencia, lo que ocurra en ésta, es mirado como la mejor prueba de la exactitud de las hipótesis propuestas. Sin embargo, en la acción actúan muchos más factores que los que cualquier teoría puede tomar en cuenta, de modo que siempre existe la posibilidad de defenderla. En esta compleja dialéctica, la investigación empírica tiende a pa-

sar a segundo plano lo que ha dado a la ciencia social latinoamericana, un carácter o si se quiere una deficiencia, muy propia. Todo permite creer que lo mismo continuará ocurriendo en el futuro.

Sin embargo, puede suceder que si el cultivo de la ciencia social se expande, la diversidad de demandas sobre ella produzca una variedad de especialistas mucho mayor que la conocida hasta ahora y que obreros de las grandes ideas y obreros de la construcción de investigaciones concretas sean reconocidos como hijos distintos, pero igualmente legítimos. En buena medida, la polémica entre "cientificismo" y "críticismo", entre sociología comprometida y sociología valorativamente neutra, obedece a la tendencia a establecer un solo patrón legítimo de quehacer sociológico y, en ese sentido, es una expresión del dogmatismo o está acechada por él. La historia de la ciencia, de todas las ciencias, demuestra que siempre ha habido muchos planos legítimos del quehacer científico, que todos han concurrido al progreso de ellas y en la situación de América Latina no habría que olvidar que una sola manera de pensar es, también, una sola cabeza para cortar.

Desde este punto de vista, es importante y constituye un signo de madurez de la sociología latinoamericana el hecho de que el diálogo entre la mayoría de los que la cultivan nunca haya desaparecido del todo. No habría que exagerar, sin embargo, la importancia de esa ventaja frente a tantas presiones externas sobre la ciencia social.

Por otra parte, si la riqueza de la sociología latinoamericana es mucho más grande que la de cualquier región del llamado tercer mundo, no puede ocultar que una de sus más notables deficiencias es, como se ha señalado oportunamente, la relativa pobreza del análisis político. Esta deficiencia es tanto más grave cuanto más fuerte es la relación que se postula, explícita o implícitamente, entre la ciencia y la acción. La convicción, por más válida que sea, de que el primado debe encontrarse en la sociedad civil, si bien explica las deficiencias, no las justifica. De todos modos es a través del sistema político, sea cual fuere el grado de autonomía que se le reconozca, que los grandes proyectos sociales se actualizan como principios de acción. La evolución reciente que insiste sobre la autonomía de lo político puede ser una manera, aunque sus bases se consideren erróneas, de afirmar la necesidad de encarar la tarea con mucha más profundidad que hasta ahora.

ÍNDICE DE CUADROS

1: Par centro-periferia	162
2: Los principales rasgos de la oligarquía y la élite	239
3: Prioridades de reforma por área principal	249
4: Tipos de élites religiosas	277
5: Papel de las nuevas élites religiosas	280
6: Estimaciones del volumen de la clase media en diversos países de América Latina	306
7: Concepciones de las clases medias	330
8: Caracterizaciones de la "vieja" y de la "nueva" clase obrera latino-americana	340
9: Características de la clase obrera en dos industrias chilenas	344
10: Estructura del empleo en Brasil: 1920 a 1969	365
11: Tipología bidimensional de los países sudamericanos contemporáneos	522
12: Caracteres de los movimientos populistas según sean sus élites y las relaciones de éstas con su clase	550

impreso en editorial galache, s. a.
privada del dr. márquez 81 — méxico 7, d. f.
cinco mil ejemplares
10 de marzo de 1976

